

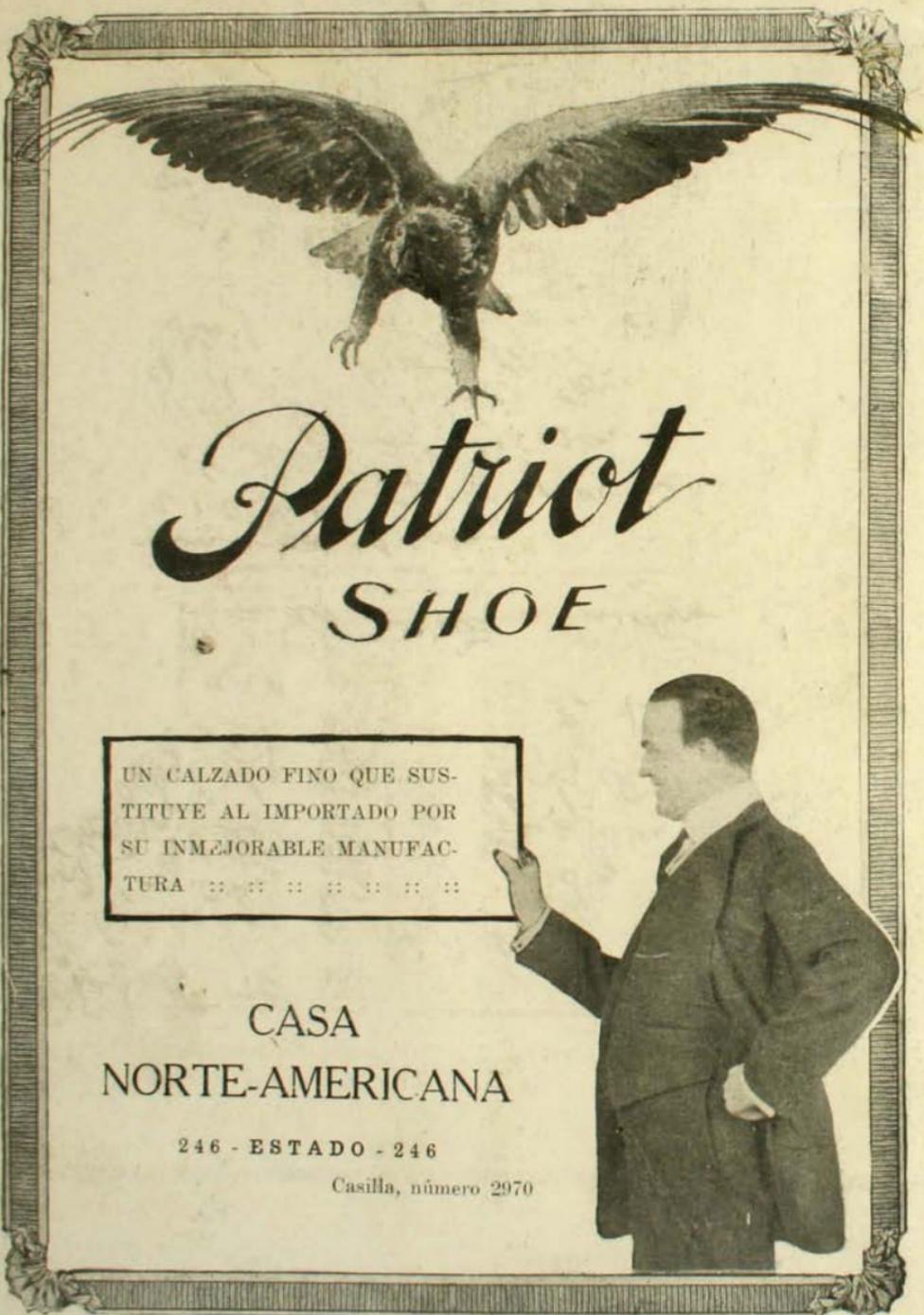
PREZZO
1020

PACIFICO

PREZZO
UN PESO

MAGAZINE





Patriot SHOE

UN CALZADO FINO QUE SUS-
TITUYE AL IMPORTADO POR
SU INMEJORABLE MANUFAC-
TURA :: :: :: :: :: :: ::



CASA
NORTE-AMERICANA

246 - ESTADO - 246

Casilla, número 2970



LO LEGÍTIMO TRIUNFA SIEMPRE SOBRE LO FALSO POR ESO LAS TABLETAS BAYER DE ASPIRINA HAN VENCIDO, VENCEN Y VENCERAN A TODOS LOS SUBSTITUTOS

UNA LEYENDA DE AMOR

Djemil el Azra le dijo: "Mientras viva, mi corazón te amará y, cuando ya no exista, todavía entonces mi sombra perseguirá a la tuya más allá del sepulcro".

Acaso la conozcas, aquella ciudad blanca y poderosa que yace escalonada por terrazas en la falda de la montaña. Las palmeras se balancean en el azul del cielo por encima de las torres de la ciudadela; las aguas del lago, taraceadas por los vientos, reflejan en su tembloroso espejo las rejas árabes, las cornisas en donde brillan las áureas palabras del Profeta, las cúpulas de las mezquitas, redondeadas cual los huevos del pájaro Roc y los minaretes desde cuyo tope llega a los fieles la voz del muezín con el postrer fulgor escarlata del Po-niente: "Oh! vosotros que os preparáis a dormir, encomendad vuestras almas Al que no duerme nunca!"

En otro tiempo vivían en esa ciudad in-

números cristianos—¡que sus huesos sean pulverizados y sus nombres borrados para siempre! ¡Sí! Todos, exceptuando los de una cuyo nombre he olvidado. Mas nuestro Señor el Profeta lo habrá anotado seguramente y Aquel que nunca olvida la menor cosa, sabrá recordar que se trata del nombre de una mujer.

Al pie de las murallas de la ciudad se encuentra un lugar de sepultura para los buenos musulmanes. Aún se pueden ver allí dos tumbas colocadas de tal modo que los pies de la una dan contra los pies de la otra...! En uno de esos sepulcros hay un monumento coronado por un turbante, en tanto que sobre la piedra tumular del otro, algunas flores en alto relieve se mezclan a

BONOS PANAMA

Fortuna al alcance de todos por el Ahorro. Venta por cuotas de cinco pesos. Sorteo en París cada tres meses: 15 de febrero, 15 de mayo, 16 de agosto, 15 de noviembre.

PREMIO MAYOR

500.000 FRANCOS

Con una sola cuota, con cinco pesos se toma parte en todos los sorteos. No es lotería; no se pierde nunca el capital. Pedir prospectos.

M. MASBOU

Santo Domingo 969.—Casilla 1485.

SANTIAGO DE CHILE

RECORTE ESTO

Maravillosa preparación para el catarro, sordera catarral y zumbidos de cabeza.

Si Ud. sabe de alguien a quien molesten los zumbidos de cabeza o la sordera catarral, recorte este párrafo y dóselo, con lo que muy bien puede ser le libre de sordera total. Molestias como el catarro, la sordera catarral y el zumbido de cabeza, provienen de enfermedades constitucionales; las pomadas, rocaduras, inhalaciones, etc., podrán, quizá, contemporizar con el mal, pero rara vez o nunca remediarlo con permanencia. Porque esto es así, se ha empleado mucho tiempo en perfeccionar un tónico puro, benigno y, sin embargo, efectivo, que arroje prontamente hasta la última traza del veneno catarral del sistema. La receta eficaz que eventualmente se formuló, sigue a continuación en forma tan inteligible, que cualquiera la puede usar en su casa con poco costo.

Pídale a su boticario un pomito de *Parmenta* (Doble Fuerza); líveselo a casa y añádale 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulado; bátalo hasta disolverlo y tómese una cucharada de las de postre, cuatro veces al día.

El alivio de los molestos zumbidos de cabeza, de la jaqueca, del estupor y de la confusión de ideas debe empezar con la primera dosis, y el oído aclarándose a medida que el sistema se vigoriza por la acción tónica del tratamiento. La pérdida de olfato, la goteadura mucosa al fondo de la garganta, son, asimismo, síntomas que demuestran la presencia del veneno catarral, y que a menudo ceden al gran efecto de este tratamiento. Siendo causados por el catarro casi el noventa por ciento de todos los males de oídos, mucha gente se lo tiene que curar por este sencillísimo tratamiento casero.

Toda persona que sufre zumbidos de cabeza, sordera catarral o catarro en cualquier forma, debe hacer una prueba con esta mixtura.

las letras de un nombre borrado en sus tres cuartas partes. ¡Es la tumba de una mujer...! Unos cuantos cipreses, más viejos que el mismo Islam, arrojan sobre ese santo lugar una obscuridad semejante a la de una noche estival.

...Ella eran tan frágil como la delicada flor del tulipán y, cuando caminaba, parecía como si sus pies fueran besando el suelo. ¡Oh! que no hubieras contemplado sin velo su rostro, ese rostro en donde, al sonreír, brillaban los dientes cual perlas de no soñado oriente, entre los labios carmesíes!

También estaba él en el estío de su juventud, y su amor era semejante al de Beniazra, tal como lo canta en estrofas incomparables el poeta Sahidben-Agba.

No podían hablarse sino furtivamente, pues él era un buen musulmán y ella una virgen cristiana; y no se atrevieron a declarar su amor a sus padres. El uno podía hacerse infiel—que Dios aniquile sobre la tierra su posteridad maldita!—y ella, por temor a la cólera de los suyos, no osaba confesar tampoco la fe del Profeta.

En ocasiones ella lograba hablarle al través de las rejas de su ventana, y el amor de ambos era tan grande que terminaron por enfermar gravemente. El joven llegó hasta el extremo de perder la razón y por largo tiempo estuvo como loco. Cuando se repuso, partió para Damasco—no para dejar de pensar en aquella a quien no podía olvidar, sino a fin de recobrar, con las distracciones del viaje, más rápidamente la salud.

Los padres de la doncella gozaban de cuantiosos bienes, en tanto que los del mancebo estaban sumidos en la mayor pobreza. Cuando los dos jóvenes pudieron al fin escribirse, la virgen cristiana le envió al amado de su corazón la suma de cien dinares suplicándole que mediante ese dinero se mandara retratar del mejor artista de esa ciudad, y luego le remitiera el retrato a fin de que ella pudiera tenerlo siempre cerca de sí.

—¿Pero no sabes acaso, amada, le contestó el joven, que semejante cosa es contraria a nuestras creencias? ¿Qué dirás a Dios, el día del juicio final, cuando te ordenen dar la vida a la imagen que se haga a mi semejanza?

Ella respondió:

—Ese día, oh mi bien amado, hablaré a Dios así: “¡Oh! Muy Santo, Tú sabes que tu humilde criatura no puede hacer nada de valor. Pero si Tu voluntad consiente en animar esta imagen, bendeciré por los siglos de los siglos Tu nombre, aunque me condenes por haber amado más que a mi propia alma la más hermosa de las imágenes vivas que jamás hayas creado!”

Sucedió, empero, que cuando el mancebo regresó a la ciudad de que hablo, su salud se alteró nuevamente. Y cuando en el espasmo de la agonía, conoció que iba a morir, así dijo a uno de sus amigos:

—Nunca más veré en este mundo a la que adora mi alma. Y mucho temo, si muero musulmán, no volverla a ver tampoco en la otra vida. Quiero pues, abjurar de mi fe y hacerme cristiano.

Murió. Pero con todo, lo enterramos entre los fieles, pues cuando pronunció esas palabras insensatas, seguramente su razón no le pertenecía.

Y el amigo del efebo muerto se apresuró a visitar la mansión de la virgen cristiana, a quien también mataba el agudo dolor que torturaba su corazón. Ella le dijo:

—Ya no veré más aquí abajo al que mi alma idolatra. Y temo, si muero cristiana, no poderme reunir a él en el más allá. Proclamo pues, que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su Profeta!

Entonces el amigo le murmuró al oído las palabras que su amado había pronunciado al morir. Emocionóse ella en gran manera. más sólo replicó lo siguiente:

—Llevedme al lugar en donde mi amado reposa; sepultadme con mis pies contra los suyos, a fin de que, el día del juicio Final, al levantarme, haya de encontrarme frente a frente con él!

LAFCADIO HEARN



LOS CINCO MIL MILLONES DE 1871

Al firmarse la paz en 1871 entre Francia y Alemania, ésta impuso a la primera una contribución de cinco mil millones de francos. A fines del mismo año, Julio Favre y el Ministro de Hacienda francés, Pomper Quertier, fueron a Versalles y dijeron a Bismarck que el erario francés no podía hacer entrega del dinero en la forma acordada porque no tenían sacos de tela donde echarlo.

—El dinero está listo—dijeron al canciller, pero no podemos entregarlo embalado.

—Yo les procuraré tela — respondió Bismarck.

Y dió orden a Berlín para que por tren expreso se enviaran sacos a Francia.

—Está bien—dijo el Ministro de Hacienda—pero no es ese el único inconveniente; el Banco de Francia cobra 75 céntimos por cada saco que expide.

—Pagaremos los 75 céntimos—replió el canciller.

Como hubiera sido imposible contar el con-

tenido de los sacos, pues hubiese hecho falta un personal supletorio enorme, hubo que pesarlos. Cuando se hizo la liquidación se vió que no faltaba ni un franco. En cambio, entre los billetes se encontró uno falso.

—No importa—dijo Bismarck—además está admirablemente falsificado; yo lo compro y lo guardo para el archivo.

El billete se conserva aún y presenta una particularidad curiosa: en el lugar donde en los billetes de Banco franceses se lee el artículo de ley referente a la pena que sufren los falsificadores de moneda, el grabador había grabado estas palabras:

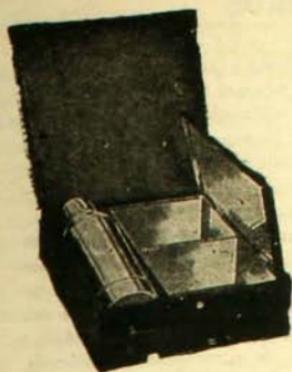
“La República francesa pagará diez millones al que entregue a Guillermo o a Bismarck a las autoridades de París”.

Se ignora quién fué el autor de esta broma, que demuestra la tranquilidad con que Francia hizo frente a los acontecimientos y es una prueba del buen humor característico de los pueblos latinos.

Tarifa de suscripciones para el año 1920 a las revistas QUE EDITA LA EMPRESA ZIG-ZAG

	EN EL PAIS		AL EXTRANJERO	
	Anual	Semestral	Anual	Semestral
ZIG-ZAG.	\$ 28.00	\$ 14.50	\$ 37.00	\$ 19.00
FUCESOS.	25.00	12.50	34.00	17.50
CORRE-VUELA.	9.00	5.00	16.00	8.50
PENECA.	4.50	2.50	8.00	4.50
FAMILIA.	10.00	5.50	14.00	7.50
PACIFICO.	10.00	5.50	16.00	8.50

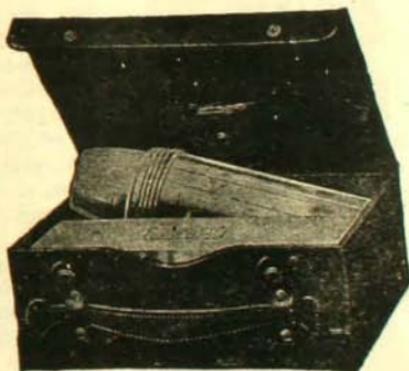
Todo pedido, acompañado de su valor, debe ser dirigido al Director-Gerente de la Empresa Zig-Zag, Casilla 84-D - Teatinos, Núm. 666 - SANTIAGO



BOTELLAS "THERMOS"

Aseguran bebidas calientes o heladas en cualquier momento durante su paseo. Especialmente cómodas para automovilistas, durante el turismo.

Estuches y Canastos para Picnic, equipados con todo lo necesario para excursiones en el campo.



MORRISON Y CIA

Calle Cochrane.

VALPARAISO.

Importadores de Bicicletas Inglesas

EL PAN DE LOS MOROS

El pan, "el-jobz", como le llaman los moros, es en Marruecos, como en todas partes, elemento indispensable de la alimentación. Generalmente en la montaña y entre los nómadas sobre todo, está hecho con cebada ("esh-shair"), y es muy delgado, casi como una oblea gigantesca. Su confección está, como en nuestros pueblos, a cargo de las mujeres, que por otra parte son allí las que hacen casi todos los trabajos, desde criar los hijos hasta servir de acémilas cuando éstas faltan. En algunos puntos del interior de Marruecos se come también pan de panizo, pero el de cebada es el que predomina en todas partes, siendo esta razón, y el ser el mismo grano base del pienso de las caballerías, lo que hace que todos los sitios de Marruecos donde el terreno es fértil estén llenos de campos de cebada. En muchas ciudades, como ocurre en Larache, hay un zoco o mercado destinado exclusivamente a la venta del mismo cereal, y en las aldeas montañosas, los silos o "matmoras" (de donde viene nuestra

palabra mazmorra) para guardar la cebada, se consideran como el tesoro de la comunidad. La entrada a estos silos suele estar protegida por punzante barrera de pitas y chumberas y además hay un guardián, que en recompensa de su misión recibe un almud de grano cada vez que se saca cebada del depósito.

El pan moruno, aunque al principio extraña un poco al paladar europeo, es agradable y muy nutritivo. Un robusto anyerino puede hacer un día de marcha con un pan de cebada y un cuenco de leche caliente con sal.

En las kabilas marroquíes constituye un delicado obsequio el pan de cebada con manteca, acompañado de leonabido te con hierba buena. La manteca la sacan en una vasija de barro de la forma de un tiesto, y en vez de untarla sobre el pan como hacemos nosotros, meten en ella un trozo del pan a la vez que las puntas de los dedos pulgar e índice, y toman así un pellizeco aplicado contra el pan. Aquí de los etimologistas. ¿Quién sabe si, después de todo, pellizeco será lisa y llanamente de diminutivo de pella? También se suele comer el pan de cebada con queso, un queso muy blanco y blando que las atezadas kabileñas ofrecen al viajero sobre improvisada bandeja que forma la ancha hoja del palmito; merienda frugal y sana, que trae a la memoria el recuerdo de los tiempos bíblicos, y que sabe a gloria después de haber hecho larga jornada a caballo, por los estrechos senderos, bajo el sol africano.

ACIDOS PELIGROSOS EN EL ESTÓMAGO QUE ARRUINAN LA DIGESTION

Generalmente, dispepsia, indigestión, etc., son causados por estómago ácido.

Un especialista dice lo que se puede comer y cómo prevenirlo.

Dispepsia, indigestión, catarro en el estómago, gastritis y prácticamente todas las formas de desórdenes del estómago son causadas en la mayor parte de los casos por un exceso de ácido hidrocórico constituido en el estómago. Se dice que nueve casos de diez que sufren de indigestión, tienen estómago ácido. Ellos, por lo tanto, deben evitar el comer alimentos en su naturaleza ácidos o los cuales, por acción química en el estómago, desarrollan acidez. O ellos pueden evitar dietas desagradables y comer casi todo lo que gusten, razonablemente, si simplemente neutralizaran el ácido excesivo en el estómago tomando dos pastillas de Magnesia Divina en un cuarto de vaso de agua caliente después de las comidas.

Probablemente no hay medio mejor, más seguro y más digno de confianza para conservar el estómago puro y libre de ácidos peligrosos que Magnesia Divina. Se usa extensamente para este fin. No tiene acción directa en el estómago y no es un digestivo de alimentos, pero sólo dos pastillas tomadas en agua, neutralizarán todo el ácido excesivo que pueda estar presente en su estómago y evita su formación. Neutralización de ácido en el estómago con Magnesia Divina elimina la causa completa del mal del estómago y su comida se digerirá naturalmente y saludablemente sin la necesidad de medicinas para el estómago o digestión artificial.

Si Ud. sufre del estómago consiga un frasquito de Magnesia Divina con algún buen droguista y pruebe este plan. Coma lo que quiera en su próxima comida y vea si no e síste el mejor consejo que ha tenido sobre "lo que se puede comer y evitar indigestión".

Algunas veces, en vez de la manteca o el queso, el obsequio se compone de huevos duros, muy pequeños, casi como de paloma. En cuanto a la costumbre tradicional del pan y la sal, que siquiera de oídas conoce todo el mundo, existirá en Arabia, pero en Marruecos no se practica. A lo mejor, será esta una de tantas leyendas como los viajeros han contado, y que hay que dejar para un Oriente que ya pasó o que acaso no ha existido nunca más que en la fantasía de los poetas; ese Oriente en el que los moros son caballeros, las mujeres incomparables y los caballos veloces como el simoun e inaccesibles a la fatiga; ese Oriente, en fin, de las "Mil y una noches".

Lo cual no quiere decir que no haya poesía en el Oriente verdadero ni que carezcan de encanto las horas pasadas bajo la tienda de pelo de caballo, gozando de la hospitalidad kabileña y saboreando el pan de cebada que una Fatma o una Zoraida de cobrizo cutis ha cocido pocas horas ha.

INDICE

Págs.

Págs.

CIENCIA

Cucarachas de Chile, por Alberto Edwards. N.º 80. Agosto.	135 a 143
Telefonía sin hilos, por Pablo James. N.º 81. Septiembre.	251 a 256
Las figuras de los animales, por Edmond Perrier. N.º 81. Septiembre.	278 a 288
Ernesto Haeckel, por Omer Emeth. N.º 82. Octubre.	353 a 355
A 12.000 metros de altura, a 500 kilómetros por hora. N.º 82. Octubre.	419 a 421
La Vivisección desde los puntos de vista científico y sentimental. N.º 82. Octubre.	431 a 436
El nacimiento del hombre. N.º 84. Diciembre.	631 a 639

HISTORIA

Un viva a Rozas en 1847, por Alba Cruz. N.º 79. Julio.	47 a 49
Diablerías de Antaño, por J. Valny-Baysse. N.º 79. Julio.	95 a 104
La construcción de la Opera de París. N.º 80. Agosto.	157 a 158
L'affaire Alessandri - Taine - Lazcano-Lamballe - Roland, por H. Tartarín. N.º 83. Noviembre.	478 a 480

LITERATURA

Espiritismo y Espiritualidad, por Hipólito Tartarín. N.º 79. Julio.	29 a 34
Notas marginales, por Juan Agustín Barriga. N.º 79. Julio.	50 a 51
Críticos y criticados, por Pablo Rebox. N.º 79. Julio.	57 a 64
Las Nuevas Escuelas, por Daniel de la Vega. N.º 79. Julio.	77 a 80
Recuerdos de don Ricardo Palma. N.º 82. Octubre.	356 a 358
Un gran artista ruso, Leonidas Andreiff, por Mariano Latorre. N.º 83. Noviembre.	467 a 469
El Bi-Centenario de Robinson Crusoe. N.º 83. Noviembre.	511 a 519
Cuentistas chilenos, por Guillermo Rojas Carrasco. N.º 83. Noviembre.	541 a 557
Zamacois, por René Ramade. N.º 84. Diciembre.	593 a 595
Rebollo de Correa, por N. Yáñez Silva. N.º 79. Julio.	23 a 27
La última exposición de acuarelas, por Fray Apenta. N.º 81. Septiembre.	260 a 262
Los dibujos de G. C. Bolin, por Raúl Simón. N.º 82. Octubre.	449 a 451
El Salón Oficial de 1919, por N. Yáñez Silva. N.º 83. Noviembre.	491 a 498
Simón González, por N. Yáñez Silva. N.º 84. Diciembre.	605 a 610
En el Instituto Nacional. (Impresiones), por Carlos Gutiérrez. N.º 84. Diciembre.	615 a 618

DEPORTES

Deportes. 15 de Septiembre a 15 de Octubre. N.º 82. Octubre.	374
Todos los deportes. 15 de octubre a 15 de noviembre. N.º 83. Noviembre	489 a 490

BIOGRAFIAS

Andrés Carnegie, por Luis Popelaire. N.º 80. Agosto.	121 a 127
--	-----------

CUENTOS

Gloria Vana, Por Germán Laco. N.º 79. Julio.	39 a 46
Nora Darti, por Almaviva. N.º 79. Julio.	52 a 56
La venena trágica, por Fred M. White. N.º 79. Julio.	67 a 76
La torre del silencio, por Ruperto M. Heath. N.º 79. Julio.	81 a 89
Los misteriosos estudios del Profesor Krubl, por Paul Arosa. N.º 80. Agosto.	145 a 152
La venganza del evadido, por Víctor L. Whitechurch. N.º 80. Agosto.	171 a 176
La muerte del cuchillo, por Mariano Latorre. N.º 80. Agosto.	177 a 187
El Pruloncón, por Germán Laco. N.º 81. Septiembre.	263 a 267
Un asunto de teatro, por Francois Coppé. N.º 81. Septiembre.	295 a 299
La desconocida, por Darío Nicodemus. N.º 81. Septiembre.	301 a 308
El caso de Juan Fredes, por Hipólito Tartarín. N.º 82. Octubre.	359 a 365
Giuseppe, por Federico Gana. N.º 82. Octubre.	422 a 424
Cartas de un escéptico, por Martín Escobar. N.º 82. Octubre.	425 a 429
La Marsellesa, por Leonidas Andreiff. N.º 83. Noviembre.	469 a 471
El romance de un tony, por Mariano Latorre. N.º 84. Diciembre.	585 a 592
El tesoro del pirata, por José Ignacio Vives Solar. N.º 84. Diciembre.	597 a 600
El canalla, por N. Novoa Valdés. N.º 84. Diciembre.	623 a 628

VERSOS

Del libro "El Dolor pensativo", por Alberto Ureta. N.º 80. Agosto.	153
El niño solo, por Gabriela Mistral. N.º 81. Septiembre.	262
A la tierra, por Daniel de la Vega. N.º 82. Octubre.	418
Obsesión, por Jorge Hübner Bezanilla. N.º 83. Noviembre.	520
El Herbolario, por Valle-Inclán.	601 a 604
Transparencia, por Marcelle Auclair. N.º 84. Diciembre.	629 a 630
Romance del Príncipe ciego, por Juan Guzmán Cruchaga.	614

VIDA LITERARIA

"La Musa Cruel", novela de N. Yáñez Silva, por Víctor Silva Yoacham. N.º 80. Agosto.	225 a 227
"Por la Gloria de San Ambrosio", novela de H. Henríquez Pérez, por Víctor Silva Yoacham. N.º 82. Octubre.	452 a 453
"Horizon Carré", poemas de Vicente Huidobro, por Víctor Silva Yoacham. N.º 81. Septiembre.	558 a 560
"Liberación", novela de Vera Zoureff, por Víctor Silva Yoacham. N.º 83. Noviembre.	673 a 677
"En plena bohemia", de Enrique Gómez Carrillo, por Víctor Silva Yoacham. N.º 84. Diciembre.	673 a 677

FOLLETIN

El justiciero, de Paul Bourget. N.º 79. Julio.	105 a 116
--	-----------

El justiciero, de Paul Bourget. N.º 80. Agosto. (Conclusión).	207 » 224
El círculo rojo, por A. Conan Doyle. N.º 81. Septiembre.	33 » 343
La casa que duerme, de Camilo Lemonnier. N.º 82. Octubre.	437 » 446
La casa que duerme, de Camilo Lemonnier. (Conclusión). N.º 83. Noviembre.	565 » 584
Puerto mayor, por Mariano Latorre. N.º 84. Diciembre.	689 » 702

POLITICA

Revista política contemporánea, por E. U. P. N.º 79. Julio.	8 a 21
Los diputados, estudio zoológico-político, por J. B. C. N.º 82. Octubre	367 » 373

VARIEDADES

La Legación de Chile ante la Santa Sede, por Paolo Dalla Noce. N.º 81. Septiembre.	238 a 249
Pro buérfanos de Alemania y Austria. N.º 81. Septiembre.	258 » 260
El renacimiento del gusto colonial en Santiago, por Sady Zañartu. N.º 81. Septiembre.	267 » 271
El túnel de la Mancha. N.º 81. Septiembre.	272 » 276
Los dos puntos de vista, por E. Servan. N.º 81. Septiembre.	289 » 294
Los sueños, por el doctor Grassset. N.º 81. Septiembre.	309 » 314
El sentimiento de la Naturaleza. Un palacio claustral, por Hernán Díaz Arrieta. N.º 82. Octubre.	377 » 390
Los libros, su origen, sus amigos y sus casas, por Luis Popelairre. N.º 82. Octubre.	391 » 405
Fiume, la última oda naval de D'Annunzio, por M. Latorre. N.º 82. Octubre.	415 » 417
En el santuario.	447
Una audiencia privada con el Papa. Entrevista a don Romualdo Silva Cortés, por M. A. X. N.º 83. Noviembre.	475 a 477
La tragedia bolchevik. N.º 83. Noviembre.	483 » 488
Las tragedias del mar, por Luis Popelairre. N.º 84. Diciembre.	651 » 663
En la Cámara francesa, por Montesquieu. N.º 84. Diciembre.	665 » 671

TRICROMIAS

Cabeza de estudio, por Nicolás González Méndez. N.º 79. Julio.	(Portada)
Señorita Teresa Jaraquemada A., cuadro de la señorita Rebeca Claro Velasco. N.º 80. Agosto.	(Portada)
"En el baile", cuadro de H. Nicholson. N.º 81. Septiembre.	(Portada)
"La risa", dibujo de Carlos Bolin. N.º 82. Octubre.	(Portada)
"Cabeza de niña", por N. A. Hudson. N.º 83. Noviembre.	(Portada)
Señorita Mercedes García Huidobro Fernández, retrato iluminado de Rembert. N.º 84. Diciembre.	(Portada)

FOTOGRAFIAS ARTISTICAS

Señorita Raquel Castillo de Bernales. N.º 79. Julio.	65
Andrés Carneiro. N.º 80. Agosto.	121
Señorita Rebeca Vicuña. N.º 80. Agosto.	169
Señora Ema de la Fuente de Escobar. N.º 80. Agosto.	206
Señor Ramón Barros Luco, dibujo de J. Délano. N.º 81. Septiembre.	237
Señora Dolores García Huidobro de Mónica. N.º 81. Septiembre.	277
Señora María Luisa Fernández de García Huidobro. N.º 82. Octubre.	366
Señorita Angela Vaccaro. N.º 83. No-	

viembre.	540
Señorita silvia Salas Edwards. N.º 84. Diciembre.	611
Señora Josefina Acosta de Noel. N.º 84. Diciembre.	612
Excmo. señor Carlos Noel. N.º 84. Diciembre.	613
Mlle. Marcelle Auclair. N.º 84. Diciembre.	627
Señora Victoria Pobleue de Carmona. N.º 84. Diciembre.	664
Señorita Ines de la Jara Montt. N.º 84. Diciembre.	672

MINERIA

Desde las montañas del cobre (Chuquicamata), por G. Colón. N.º 80. Agosto.	191 a 201
Una ciudad que surge por encanto en el desierto (Mineral de Potrerillos), por J. B. C. N.º 81. Septiembre.	321 » 329
Chuquicamata-Planta, por A. Valenzuela. N.º 82. Octubre.	407 » 413

MASCARILLAS

Don Augusto Orrego Luco, por Juan de Armaza. N.º 80. Agosto.	130
Monna Lisa, por Juan de Armaza. N.º 81. Septiembre.	300
Don Enrique Mac-Iver, por Juan de Armaza. N.º 82. Octubre.	406
Don Paulino Alfonso, por Juan de Armaza. N.º 83. Noviembre.	481

MODAS

Elegancias, Madame Valmore. N.º 79. Julio.	117
La moda en las carreras de Longchamps. N.º 80. Agosto.	154 a 155
Elegancias, Madame X. N.º 80. Agosto.	228 » 230
Elegancias, Madame X. N.º 81. Septiembre.	344 » 346
Elegancias, por Jeanne. N.º 84. Diciembre.	708 » 710

ECONOMIA DOMESTICA

Cocina histórica y prehistórica. N.º 79. Julio.	118
La cocina: dos buenas maneras de guisar los choros. N.º 80. Agosto.	230
El arte en el hogar, por Esilda. N.º 81. Septiembre.	515 a 520
La cocina. N.º 81. Septiembre.	343
El arte en el hogar, por Esilda. N.º 82. Octubre.	456
El arte en el hogar, por Esilda. N.º 83. Noviembre.	561
El arte en el hogar, por Esilda. N.º 84. Diciembre.	711

PAGINAS COMICAS

Una tragedia en los aires. N.º 80. Agosto.	170
Los niños terribles. N.º 82. Octubre.	430
La caricatura extranjera. N.º 84. Diciembre.	641

CONCURSOS

Concurso de ojos (niñas). N.º 79. Julio.	22
Solución al concurso de ojos. N.º 80. Agosto.	128 a 129
Concurso de ojos (políticos). N.º 81. Septiembre.	257
Solución al concurso de ojos. N.º 82. Octubre.	454 a 455
Concurso de bocas. N.º 83. Noviembre.	VI
Solución al concurso de bocas. N.º 84. Diciembre.	621 a 622

BANCO ANGLO SUD-AMERICANO LIMITADO



OFICINAS DEL BANCO COMERCIAL DE LA AMERICA ESPAÑOLA AFILIADO AL
BANCO ANGLO SUD-AMERICANO LTD.

SUMARIO

Págs.

EL GENERAL FOCH Y SUS ENSEÑANZAS, J. Boonen Ri- vera	3
EL PROBLEMAMONETARIO.	14
BLASCO IBANEZ EN ESTADOS UNIDOS, Alcader	18
VIVIR OTRA VIDA, Adela A. de d'Armorin V.	25
LOS VIRTUOSOS DEL TECLADO.	31
MADemoiselle LEONTINE, Nicolás Novoa Valdés	41
CARPENTIER INTIMO, Jacques Montane	53
PEREZ GALDOS, Angel Guerra	57
EL MISTERIO DEL MUSIC HALL, Rafael Maluenda	63
TEATRO ARGENTINO, Alberto Romero	69
VIDA LITERARIA, Victor Silva Yoacham	73
ELEGANCIAS, Jeanne	77
EL ARTE EN EL HOGGAR, Esilda	81
PUERTO MAYOR, Mariano Latorre (Conclusión).	90

EL GENERAL FOCH Y SUS ENSEÑANZAS

Por J. BOONEN RIVERA

CON el título de Foch el vencedor, acaba de publicar Raymundo Recouly, en la librería Hachette, un interesante estudio sobre la eminente personalidad que en la gran guerra mundial recién terminada, encarna el triunfo final de las fuerzas aliadas.

Una delicada atención del señor don Carlos Larrañá Claro nos ha permitido imponernos de la indicada publicación, y gracias a ella podemos exponer a los lectores del "Pacífico" como la brillante actuación del mariscal Foch ha sido la más completa aplicación de las doctrinas que había profesado en la cátedra de la Escuela Superior de Guerra, y que, recopiladas en la obra "Principios de la Guerra", constituyen la más clara y completa demostración del método para preparar los indispensables colaboradores del mando supremo y para desarrollar un plan lógico de operaciones que lleve al objetivo deseado, el completo aniquilamiento del adversario.

La opinión casi unánime en el ejército francés, desde el primer día de la guerra, designó al general Foch, como el más apto para cargar con la tremenda responsabilidad del mando en jefe, en una contienda que no sólo iba a decidir la suerte de la patria querida, sino también los futuros destinos del mundo.

¿Cuál era el fundamento de esa opinión?
Vamos a verlo.

II

El futuro mariscal nació el 2 de octubre de 1851 en Tarbes, cabecera del departamento de

los Altos Pirineos, siendo sus padres Bertrand, Julio, Napoleón Foch, secretario general de la prefectura, y su esposa María Sofía Jacqueline Dupré, cuyo matrimonio se efectuó en 1850. En la pila se le dió el nombre de Ferdinando.

Tanto por su ascendencia paterna como por la línea de su madre es de origen pirenaico, oriundo de esa raza nervuda que une a la viveza de genio del hombre meridional, la firmeza del montañés, de imaginación viva, rápida, de sentido común sólido y claro.

Su educación se realizó en diversos colegios regentados por jesuitas, sobre todo en el de San-Clemente, en Metz, que goza de gran reputación para la preparación de los candidatos a las escuelas técnicas.

Rasgo característico, a los doce años de edad su lectura favorita era la **Historia del Consulado y del Imperio**, de Thiers.

Al estallar la guerra en 1870, Ferdinando Foch sentó plaza de voluntario para la duración de la campaña, en el cuart regimiento de infantería. Firmado el armisticio enero de 1871, regresó a Metz para terminar su preparación, y luego después ingresada, noviembre del mismo año, a la Escuela Politécnica, en París.

En octubre de 1873 pasaba a la Escuela de Artillería en Fontainebleau, y el año siguiente, con su despacho de alférez, era destinado el 24.º regimiento de artillería, en Tarbes.

Después de una corta estada en Saumur, el capitán Foch en 1885 entraba a la Escuela Superior de Guerra, cuyos cursos siguió du-

rante dos años, obteniendo en la clasificación de salida el cuarto lugar.

Teniente coronel en 1890, era nombrado profesor titular de la asignatura Historia militar, Estrategia y Táctica Aplicada, de la Escuela Superior de Guerra.

Sus lecciones causaron profunda sensación y llamaron la atención hacia su joven personalidad. Hablaba sin gestos, con autoridad y precisión, la voz ruda, grave, un poco monótona, alargando la frase para abarcar todos los puntos del tema propuesto con razonamiento vigoroso, discutiéndolo con la mayor amplitud, y sintetizando sus ideas en fórmulas matemáticas; su discurso, no siempre fácil de seguir, se imponía a la atención del auditorio por el gran alcance de sus ideas y la sinceridad con que eran expuestas.

Nombrado general de brigada en 1907, fué destinado al Estado Mayor del Ejército, en circunstancias que Clemenceau, presidente del Consejo de Ministros, buscaba un director para la Escuela Superior de Guerra, cuyo régimen se hallaba desquiciado por haberse introducido en ese establecimiento y en el ejército la política, que amenazó destruir la sólida base de las instituciones francesas.

Clemenceau hace venir al joven general Foch, que no conoce, y luego le propone, en pocas palabras, la dirección de la Escuela.

“Señor Presidente del Consejo, le contesta inmediatamente, temo que no todo se le haya dicho sobre mí. Soy católico y tengo un hermano que es jesuita.”

Je m'en f... replicó Clemenceau. Ud. dirigirá perfectamente la Escuela. Lo demás me importa un rábano.

Este fué el primer contacto que tuvieron esos dos hombres que unos diez años más tarde debían volver a reunirse en condiciones har-to trágicas y solemnes, para ser uno y otro los grandes artífices de la salvación de su patria.

III

Hélo ahí a la cabeza de esa escuela de la cual ha sido uno de los profesores de mayor reputación, en situación de dirigir, de encaminar la instrucción según sus ideas y convicciones, pudiendo ejercer en los alumnos y profesores una influencia directa y persuasiva,

para convertirlos a sus teorías, producto de largos y concienzudos estudios.

La idea de una próxima guerra constituye su constante preocupación. Toda su enseñanza se orienta en ese sentido para tratar de formar jefes, verdaderos jefes, ante todo, pues de ellos dependerá la victoria.

Consecuente con ese propósito, Foch propone y dirige personalmente un curso superior para los quince mejores alumnos, curso de un año, en el cual afronta los problemas más arduos del arte militar.

Esa institución sólo dura poco, pero sirve de cuna a la creación del “Centro de Estudios Superiores Militares”, al cual concurre cierto número de tenientes-coroneles de todas las armas.

El curso que dirigió Foch ha merecido, después de la campaña, el nombre de “Escuela de Futuros Mariscales”. Todos los jefes que en él participaron han tenido durante la guerra una brillante actuación y han salvado rápidamente los escaños de la jerarquía, hasta llegar a los puestos de mayor responsabilidad.

Para no citar más que uno, el general Weygand, tenientecoronel, al iniciarse la movilización, ha sido el colaborador íntimo de Foch, desempeñando a su lado durante toda la campaña el papel de Berthier al lado de Napoleón.

Llega ahora el momento de analizar las teorías sustentadas por Foch, cuya enseñanza ha dado un resultado tan eficaz.

IV

Esas doctrinas se hallan publicadas en dos gruesos volúmenes, editados por la casa Berger Levrault, que se titulan “Los Principios de la Guerra” y “La Maniobra para la Batalla”.

En oposición con Jenofonte, César, Federico II y Napoleón, que han narrado sus grandes hechos después de realizados, explicando los motivos que tuvieron para operar como lo hicieron, Foch ha dado primero la teoría de su concepción de la guerra y en seguida ha tenido la fortuna de aplicarla en la más vasta escala y en las proporciones más grandiosas que se conocen.



El Mariscal Foch

En el prefacio de los "Principios de la Guerra", explicando el alcance que atribuye a su obra, dice: "Luz encendida en una costa peligrosa para guiar al navegante, denominaríamos estas páginas. Han sido escritas para jóvenes oficiales. No se busque en ellas

una exposición metódica, completa, ni mucho menos académica del arte de la guerra, sino sencillamente la discusión de algunos puntos principales de la conducción de las tropas y sobre todo de la orientación que debe darse al criterio para que conciba siempre una

maniobra racional Y termina el de la tercera edición, publicada después de la guerra ruso-japonesa, con la fórmula lapidaria admirable resumen de sus profundos estudios sobre la guerra "Las formas evolucionan, los principios directos subsisten".

Si existen esos principios, ¿dónde se les encuentra?

¿Puede enseñarse la guerra y en qué forma debe hacerse el estudio?

¿Cuáles son las facultades de la inteligencia que deberán desarrollarse?

He ahí la serie de preguntas que Foch dirige a su auditorio. Y al contestarlas analiza las formas lógicas que debe darse a la enseñanza para crear la unidad de doctrina, el mismo modo de ver y de apreciar, a fin de asegurar la armonía en la conducción de las diversas unidades de un ejército, cuyos esfuerzos deben tender a un mismo fin.

En seguida demuestra la superioridad de la instrucción dada en el ejército prusiano, donde gracias a Scharnhorst y Clausewitz, se había penetrado a fondo el nuevo carácter que las guerras de la Revolución y del Imperio habían impreso a la lucha entre naciones.

Ciertos teóricos, dice Foch, en el siglo XVII, sobre todo, creían que las fuerzas materiales eran todo. Para obtener la victoria, según ellos, bastaba contar con la superioridad numérica, tener mejores fusiles y mejores cañones, buenas bases de operaciones, posiciones científicas, etc.,. Esas teorías, aún cuando parecían basadas en premisas ciertas, matemáticas, prescindían del factor más importante: el hombre con sus facultades morales e intelectuales. Desconocían en la guerra lo que Jomini ha designado como **drama espantoso y apasionado**.

La Revolución y Napoleón, sobre todo, se encargaron de demostrar la falsedad de esas teorías, pues con fuerzas inferiores, mal armadas en un principio, batieron, sin embargo, todos los ejércitos de la Europa, ya que merced a las combinaciones de su jefe, "supieron hacer el número" allí donde se le requería, en el punto decisivo, y por su energía, robustecida por el sentimiento de la causa que defendían, llegaron a quebrantar la moral de sus enemigos.

La guerra tiene, pues, un lado divino,

por decirlo así. Pero ese lado, por lo mismo que es divino, sostienen algunos, no puede enseñarse. Dominarlo es un don natural. Se nace con o sin ese don. Se tiene o se carece de chispa sagrada; para saberlo el único medio consistiría en afrontar el campo de batalla.

Semejantes teorías llevan rectamente a la pereza, al fatalismo. Son la negación del esfuerzo y del estudio y todo lo esperan de la potencia del armamento, reforzada por el terror. Por lo tanto, lógicamente llegan a la errada conclusión de preconizar la defensiva sobre la ofensiva, tanto en estrategia como en táctica.

Foch se alza contra ellas, las refuta vigorosamente y nos dice: "La realidad del campo de batalla es lo que no puede estudiarse; sencillamente se hace allí lo que se puede para aplicar lo que se sabe. Por lo tanto, para poder algo, es menester saber mucho y bien."

Recetas para ganar batallas como Austerlitz, Jena, Friedland, Leipzig, Konigsgratz, no existen. Pero esos modelos deben constituir temas de estudio y de meditación, a fin de penetrar su espíritu y para inspirarse en ellos.

La guerra, "drama espantoso y apasionado", la hacen hombres dirigidos por hombres. Por lo tanto, es el hombre que debe estudiarse ante todo, y esto en la historia. El conocimiento exacto y minucioso de la historia forma la base misma de todo estudio militar.

En apoyo de su doctrina hace suyas las palabras de Dragomirov: "Primeramente, ciencia y teoría, son dos cosas bien diferentes, porque todo arte puede y debe tener su teoría, pero sería absurdo querer hacerla una ciencia. Nadie pretendería hoy pensar que existe una ciencia de la guerra. Sería un absurdo tan grande como atribuir una ciencia a la poesía, la pintura, la música. Pero esto no quiere decir que no existe una teoría de la guerra, así como existe una para las mencionadas artes liberales y pacíficas. No es, pues, esa teoría lo que hace los Rafaeles, los Cervantes, los Beethoven, los Goethes; pero ella pone a su disposición una técnica, sin la cual les hubiera sido imposible llegar a las cimas que alcanzaron."

"La teoría del arte de la guerra, no tiene la pretensión de formar Napoleones, pero pro-

cura el conocimiento de las propiedades de las tropas y del terreno. Señala los modelos, las obras maestras realizadas en el campo de la guerra, y con ello allana las vías para los que la naturaleza ha dotado de capacidades militares."

El conocimiento de la historia no basta para hacer un gran general, pero le es necesario. La ciencia, basada en el estudio de la historia, proporciona convicciones, da confianza, suministra el poder de obrar y crea los hombres de acción.

"Leer y volver a leer las campañas de Alejandro, Aníbal, César, Turena y Federico II, dice Napoleón, es el único medio de penetrar los secretos del arte de la guerra."

La guerra, agrega, es "un arte muy sencillo" que comporta ciertos principios, y estos son:

El principio de la economía de las fuerzas; que las organiza en sistema para poder atender todas las contingencias.

El principio de la libertad de acción; para realizar lo que se pretende.

El principio de la libre disposición de las fuerzas.

El principio de la seguridad, a fin de obrar en salvo, con plena libertad y certidumbre, a pesar del peligro constante y de lo desconocido que envuelve el campo de acción.

Foch concluye su exposición con los consejos siguientes, que constituyen un catecismo que deben recordar siempre los jóvenes oficiales.

"Felices son los que nacen creyentes, pero son raros. Tampoco se nace instruido y musculoso. Cada uno tiene que formar su fe, sus convicciones, su saber, sus músculos. El resultado no se obtiene por una súbita revelación de la luz en forma de relámpago, o por un desarrollo instantáneo de nuestras facultades. Sólo se le alcanza por un esfuerzo continuado de penetración y de asimilación."

"Ese trabajo, en este caso, es un llamamiento constante a la reflexión. Se os pedirá más tarde ser el cerebro de un ejército; os digo hoy: aprended a pensar. Frente a cualquiera proposición, considerada libremente y en sí misma, preguntaos primero: ¿De qué se trata? He ahí el comienzo del estado de ánimo que debe tenerse; esa es la orientación verdaderamente objetiva." Y para terminar

cita lo dicho por Napoleón: "no es un genio quien me revela de repente y en secreto lo que tengo que decir o hacer en una circunstancia inesperada para los demás; es la reflexión, la meditación."

V

La clave de bóveda de las teorías de Foch y en la cual insiste continuamente, es ésta: la victoria nace de la batalla y de la batalla sola. Mientras la batalla no tenga lugar, nada se ha hecho; su resultado decide todo. Por lo tanto, todos los esfuerzos, toda la potencia material y moral deben tender a librarla cuanto antes.

Desarrollando sus teorías, establece que la guerra es hoy más y más nacional, ya que por haberse adoptado en el mundo entero, siguiendo las aguas de la Prusia, el servicio militar personal y obligatorio, todas las naciones están organizadas para la conquista, la invasión, la lucha hasta el último extremo.

La guerra nacional, nacida con la Revolución francesa, tuvo primeramente por objeto



Los tres hermanos Foch. A la izquierda está el mayor, Gabriel; el del medio es Fernando, el general; y Germán, (a la derecha).

la defensa y propagación de ideas, principios de independencia, de unidad de razas, de ventajas inmateriales de diversas índoles, que le imprimieron un carácter apasionado y comportó entonces esas manifestaciones gloriosas de las pasiones populares que se llaman: Valmy, Zaragoza, Gerona, Moscou, Leipzig, etc. En el pasado las guerras de religión, lucha de ideas, habían sido las más obstinadas y violentas.

Es ahora nacional para conquistar ventajas comerciales, habiéndose convertido en el medio de que se valen los pueblos para enriquecerse. Guerra de **intereses** de menos en menos **interesante**, de más en más **interesada**, que aspira a la fortuna de las naciones.

La fortuna de los pueblos se ha modificado como la de los individuos, de territorial que era se ha convertido en un título de renta para los particulares, un tratado de comercio ventajoso para las naciones.

¿Qué buscamos todos?, pregunta Foch. Y contesta con honrada franqueza: salidas para un comercio, para una industria que, produciendo más de lo que pueden vender, están constantemente ahogados por la competencia creciente. ¿Y entonces? se les abren nuevos mercados a cañonazos.

Tal fué, dice, el origen de las guerras chino-japonesa, de Cuba, ruso-japonesa las dificultades de Francia con Inglaterra, a propósito de Fochsda. Y al preguntar ¿quién empujó a la guerra con los boers? No vacila en contestar: no fué, por cierto, la reina de Inglaterra, pero sí la City. Aceptando la opinión de Moltke, agrega: la Bolsa ha tomado en todas partes una influencia tal, que para la defensa de sus intereses puede hacer entrar los ejércitos en campaña.

Egoísmo nacional, creando la política y la guerra de intereses, destinada a satisfacer el apetito de los pueblos que aportan, por consiguiente, en la lucha un desencadenamiento de pasiones más y más grande; un mayor consumo del factor humano y de todos los recursos del país.

¿Cuáles son los recursos puestos al servicio de esa política más y más nacional, **interesada** y **egoísta**; de esa guerra más y más **apasionada** y **violenta**?

“La movilización toma ahora todas las fuerzas intelectuales y materiales del país

en vista de asegurarle un término feliz.” (Von der Goltz).

Pero toma los hombres ya instruidos en el oficio de las armas; por lo tanto, si esa masa es más considerable, es también más **impresionable** y más nerviosa. Los ejércitos puestos en campaña se componen de civiles arrancados a sus carreras, sociedades, familias. Con la guerra, la vida nacional se suspende y cesa casi por completo. De ahí la necesidad que, no pudiendo prolongarse mucho, debe ser conducida violentamente para aleanzar pronto su objetivo.

Los resultados tácticos sólo proporcionan ventajas en la guerra. La decisión por las armas es la única sentencia valedera, porque sólo ella produce un **vencedor** y un **vencido**, sólo ella modifica la situación respectiva de los partidos, quedando uno libre de sus actos y el otro obligado a aceptar la voluntad de su contendor.

Por lo tanto, es menester adoptar una estrategia que aspire a la batalla, como argumento supremo, y que se valga de la manobra para lograrla.

VI

El arte de la guerra, según Napoleón, consiste en tener siempre con un ejército más débil que el contrario, mayores fuerzas en el punto donde se le ataca o en el que este ataca.

Bonaparte, conversando con generales austriacos en Leoben, les decía: “Existen muchos buenos generales en Europa, pero ven demasiadas cosas; yo sólo veo una: donde están las masas. Trato de destruirlas, seguro como estoy de que los accesorios caerán por sí solos en seguida.”

En la guerra, uno sólo manda, es el general en jefe.

Los demás jefes de unidades, antes de mandar deben empezar por obedecer, es decir, por ejecutar las órdenes que han recibido poniendo todo empeño para penetrarse del espíritu que los anima a fin de obrar acertadamente en el sentido que les señala el jefe superior.

Obrando según el espíritu de la orden recibida, Dessaix, en 1800, procura al Primer Cónsul, la hermosa victoria de Marengo. Richepanse hace otro tanto en Hohenlinden, para

Moreau. Y ambas victorias son el fundamento del tratado de Luneville, uno de los más gloriosos que han obtenido las armas francesas.

Desconociendo el espíritu de sus instrucciones—mantenerse entre los prusianos y los ingleses—después de la batalla de Ligny, 1815, Grouchy no llega al campo de Waterloo y los destinos de Francia se eclipsan durante algún tiempo.

Analiza Foch luminosamente el caso famoso del general de Failly, en 1870, quien, ciñéndose aparentemente a la letra de las órdenes recibidas, no las comprende, no las ejecuta por falta de carácter, por miedo a las responsabilidades y con su ausencia del campo de batalla es el verdadero responsable del tremendo contraste experimentado por Mac Mahon en Weerth y Rheishaffen. Cita en seguida la conducta de Garibaldi en Dijon, quien, por miras personales, consideraciones de amor propio, no obedece las órdenes recibidas y provoca los desastres del ejército del Este, a as órdenes de Bourhaki.

Garibaldi y el general de Failly, dice Foch, dos jefes que provenían de centros muy diferentes, llegan al mismo resultado: el desastre, por la misma vía, la indisciplina intelectual, el olvido del deber militar en el sentido más estricto de la palabra.

Y concluye en sobria elocución, diciéndonos:

“En nuestra época, que cree poder prescindir de ideales, rechazar lo que denomina abstracciones, vivir de realismo, de positivismo, reduciéndolo todo a cuestiones de saber o al empleo de expedientes más o menos ingeniosos, sólo se encuentra todavía para evitar el error, la falta, un solo recurso, pero tan seguro como fecundo, el culto exclusivo de dos entidades del dominio moral: el deber la disciplina, culto que para producir resultados felices exige el saber y el razonamiento.”

VII

En la guerra lo que triunfa es el factor moral. Voluntad de vencer, debe ser el deber primordial del jefe y del soldado.

En las grandes batallas se produce un fenómeno psicológico, que explica y determina



Foch cuando era, hace treinta años, capitán en el 16.º Regimiento de Artillería Rennes.

el resultado: 100,000 hombres pierden 10 mil de los suyos y se reconocen vencidos al retirarse delante de su adversario, que ha perdido otro tanto o más. Ni unos ni otros conocen sus pérdidas. Por lo tanto, dice el general Cardot: “90,000 hombres vencidos se retiran ante 90,000 vencedores, únicamente porque no quieren más, y no quieren más porque ya no creen en la victoria, porque están desmoralizados y exhaustos.”

Foch cita el pensamiento célebre de José de Maistre: “una batalla perdida es una batalla que se cree haber perdido, porque una batalla no se pierde materialmente.” ¿Es, pues, moralmente que se pierde? Pero entonces es también moralmente que se gana y podemos decir: una batalla ganada es una batalla en la que no se quiere confesarse vencido.

Federico el Grande, pasando frente a un viejo castillo, ve un escudo con dos ciervos que se mubsten. Al leer el mite: “el más

obstinado", vencerá exclama: he ahí la más clara y precisa definición de la victoria.

Lo que crea la victoria es, ante todo, la acción del jefe, acción personal cuyos efectos son múltiples, que por el empleo más ilimitado de sus fuerzas, encuentra el modo de acrecentar su potencia, de transformarlas haciendo surgir tropas meritorias, lugar-tenientes, es decir, capacidades y abnegaciones que sin la acción de más arriba hubieran permanecido en una vulgar mediocridad.

"No fueron, dice Napoleón, las legiones romanas las que conquistaron las Galias, sino César. No fueron los soldados cartagineses los que hicieron temblar a Roma, sino Aníbal. No fueron los soldados prusianos los que defendieron la Prusia, durante siete años, contra las tres más formidables potencias de la Europa. fué Federico el Grande."

¿Y qué no se podría decir de la influencia preponderante del jefe, si continuando esa enumeración, se llegara a ese período de la historia que atravesará los siglos con el nombre de **epopeya** y que Napoleón animó todo entero con su gigantesca personalidad?

Los grandes resultados que se obtienen en la guerra se deben, pues, a la acción personal del jefe que, para manifestarse, requiere el temperamento, la aptitud para el mando, la facultad de transmitir sus sentimientos a las fuerzas que dirige.

¿Podría negarse que es en esa influencia del que manda, en el entusiasmo que comunica a sus subalternos, donde debe buscarse la explicación de esos movimientos inconscientes de la masa humana en los momentos solemnes en que, sin saber cómo, un ejército en el campo de batalla se siente arrastrado hacia adelante como si resbalara por un plano inclinado?

Tarea inmensa del mando con grandes efectos, rara vez posible para un solo hombre, pero sí a una pluralidad, concepción nueva que introdujo la Revolución francesa al hacer servir en la dirección de los ejércitos, constituyendo un sólo todo, la iniciativa de jefes subordinados que trabapaban en un mismo sentido y practicaban una misma doctrina, realidad que nos mostraron en pleno desarrollo los ejércitos alemanes en la guerra de 1870, en la cual el Estado Mayor prusiano, pluralidad de inteligencias medias, con-

dujo felizmente una gran guerra con tres o cuatro ejércitos, cuando se saben las dificultades con que tropezó para ello en 1813 el genio incomparable de Napoleón, que cayó abrumado por el inmenso peso de una carga que sólo gravitaba sobre sus hombros

VIII

Foch atribuye a la acción del jefe un papel preponderante en la batalla que, según él, no puede ser abandonada a sí misma. Debe ser dirigida y se la ganará o perderá, según lo sea bien o mal. En su teoría predilecta y en la cual insiste con tesón, haciéndola penetrar en el ánimo de sus alumnos en forma tal, que constituya un punto de doctrina indestructible.

Según su concepto, la guerra actualmente para alcanzar sus fines: imponer la propia voluntad al adversario, no reconocer más que un medio, la destrucción de las fuerzas organizadas que éste tenga.

Esa destrucción la emprende y la inicia por la **batalla**, a fin de desorganizar el mando, la disciplina, la cohesión táctica de las fuerzas enemigas.

Se realiza por la persecución, en la que el vencedor, explotando la superioridad moral que le proporciona la victoria obtenida, talla, última sin tregua las tropas desmoralizadas del vencido, cuya cohesión ha sido rota y que cesan de ser fuerzas desde el instante en que cesa la acción dirigente que las anima.

La batalla para ser el objetivo racional de las operaciones estratégicas y el medio eficaz de la táctica, no puede ser meramente defensiva, pues en esas condiciones, aún bien conducida, no establece un vencedor y un vencido y es por lo tanto una partida que tendrá que renovarse.

De donde resulta que la forma **ofensiva** ya sea inicial o continuación de una ofensiva, es la única que puede proporcionar el resultado apetecido y, será la que tendrá siempre que adoptarse, por lo menos al final de cuentas.

Toda batalla defensiva tiene que terminar por una acción ofensiva, un contra-ataque victorioso para producir un resultado. Nocción elemental que faltó al ejército francés en 1870, pues no hubiera llamado vic-

torias las jornadas del 14 y 16 de agosto y otras que podían convertirse en victorias, pero que no lo eran, por cierto, en el punto en que se les dejaba, ya que simplemente se habían mantenido las posiciones, según la expresión sacramental de la época, y de las cuales no había derecho de aguardar nada, porque mantener las posiciones no es sinónimo de quedar victorioso y aún prepara implícitamente a la derrota, si no se pasa a la acción ofensiva.

Siendo la batalla una lucha de dos voluntades, se la empeña para quebrantar la moral del adversario y exaltar la propia.

¿Cuál es el medio más eficaz para quebrantar la moral del adversario?

“Cualquiera que sea una cosa, dice Jenofonte, agradable o temible mientras menos se la prevé, mayor placer o terror produce.”

En ninguna parte se confirma ésto mejor que en la guerra, donde toda sorpresa amilana aún a los más fuertes.

He dicho bien **terror**, “la diosa fría”, el miedo, no ese miedo mujerial que huye gritando, sino ese mucho más terrible que penetra en el corazón más viril, lo hiela y lo persuade que está vencido.

El medio, pues, de quebrantar la moral del adversario, de persuadirlo que está vencido, es la **sorpresa** en el sentido más amplio de la palabra. La revelación de una fuerza de destrucción mas grande que la suya, sea que la conozca, ora que la prejuzgue, y para ésto una concentración de fuerzas y, por lo tanto, de esfuerzos indiscutibles en un punto donde el adversario no esté en condiciones de **parar** instantáneamente, es decir, de contrarrestar los por un despliegue de iguales fuerzas en el mismo instante.

Sorprender, según Foch, es, pues abrumar de cerca por el **número** y en el **tiempo**; sin estos requisitos el adversario sorprendido por el número, tendría la posibilidad de contrarrestar el ataque, llamando sus reservas, con lo cual el atacante pierde las ventajas de la sorpresa.

La pierde asimismo si la sorpresa se emprende desde lejos, porque el adversario puede, gracias al alcance del armamento y de su potencia retardatriz, ganar el tiempo que exige la llegada de sus reservas.

Tales son las condiciones de **número**, de



Un busto del general Foch por Augusto Mailland.

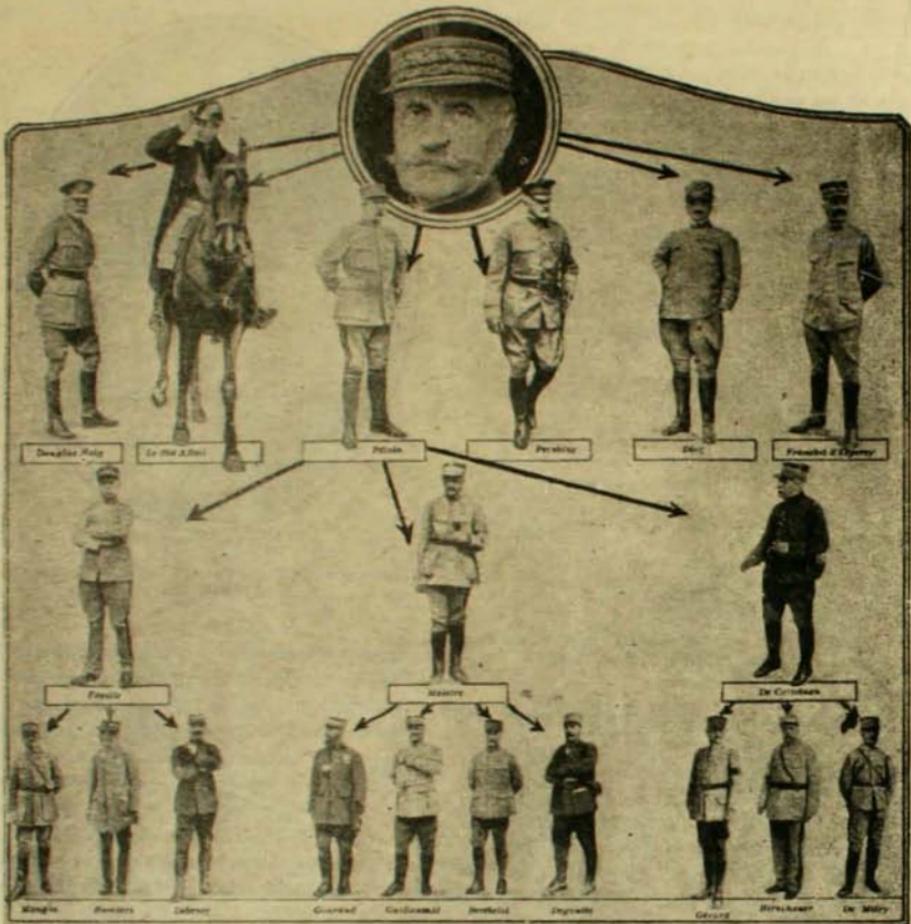
tiempo y de **espacio** que debe contemplar la acción militar para tomar el carácter de sorpresa que afecte la moral del adversario.

Quebrantar la voluntad del enemigo, tal es, pues, el primer principio que nos indica el estudio; conseguirlo por un golpe inesperado de un vigor supremo, creando en el adversario el sentimiento de su impotencia, la convicción de que no puede vencer, es decir, que está vencido, tal es la primera consecuencia de ese principio.

Pero ese golpe supremo y de vigor inesperado no es necesario suministrarlo a todo el ejército enemigo. Este es un ser mimado y organizado. Ahora bien, quien dice organismo, dice conjunto de órganos, cuya perturbación, aún cuando sea de un o solo, trae la muerte.

Para batir a un adversario es inútil cortarle a la vez la cabeza, los brazos, abrirle el vientre. Una estocada al corazón o un golpe de aza en la abeza, producen el resultado apetecido.

Asimismo, en un ejército, arrollar una **ala**, perforar el centro, aniquilar una parte importante, basta para lograr el resultado que se persigue.



LOS GENERALES MANDADOS POR FOCH EN LA PASADA GUERRA: He aquí, colocados según el orden jerárquico de su importancia en el comando, a los generales que, bajo las órdenes de Foch, derrotaron a los ejércitos alemanes. En la fila de arriba están los comandantes en jefe. De derecha a izquierda: Douglas Haig (ingleses); el Rey Alberto (belgas); Petain (ejércitos franceses del Norte y del Noroeste); Pershing (norteamericanos); Diaz (italianos); Frauchet D'Espercy (ejércitos franceses de Oriente). En la fila del medio, los generales franceses que tenían bajo su mando grupos del ejército francés, bajo las órdenes inmediatas del general Petain; estos son Fayolle, Maistre y Castelnau. Abajo, los generales comandantes de secciones; de izquierda a derecha: Mangin, Humbert, Degenne, los cuales eran comandados por Fayolle; Gouraud, Guillaumat, Berthelot, Degoutte, bajo las órdenes directas de Maistre, y Gérard, Hirschauer y De Mitry, bajo las órdenes directas de Castelnau. Hay que añadir, sin embargo, que el orden un poco idealista del presente gráfico fué alterado por las necesidades de la batalla. Berthelot, por ejemplo, fué llamado a Rumania, y Degoutte terminó la campaña en el frente belga.

En la batalla la ofensiva representa el flujo que bate un malecón constituido por el defensor. Si por una visión cualquiera el atacante llega a percibir una grieta en el muro o un punto de insuficiente resistencia, por medio de una combinación particular de sus fuer-

zas podrá agregar allí a la acción metódica y regular del flujo el efecto de un golpe de aríete capaz de demoler el edificio, romper el equilibrio y abrir una brecha por la cual la masa se precipitará en el acto, arrastrando el obstáculo.

Toda las consideraciones os conducen, pues a la aplicación de un golpe contundente en un momento y en un punto dados, acumulando allí fuerzas preponderantes para asegurar la victoria, tal cual lo indica el gran maestro de la guerra, Napoleón.

La batalla en sí misma, comporta tres faces: preparación, ejecución y explotación. En ellas las diversas armas, completándose mutuamente, deben obrar según la iniciativa del jefe, con el propósito de facilitar la ejecución del golpe de ariete, el ataque decisivo, **victoria de todos**, que resulta a veces de los esfuerzos, en apariencia, infructuosos de algunos, de la resultante de los esfuerzos convergentes ejecutados en la más estrecha unión y con absoluta abnegación y desprendimiento.

La guerra, concluye Foch, en su conducción queda sometida actualmente a las mismas leyes en el pasado. Es con medios más poderosos, más numerosos y más delicados que se le lleva a efecto.

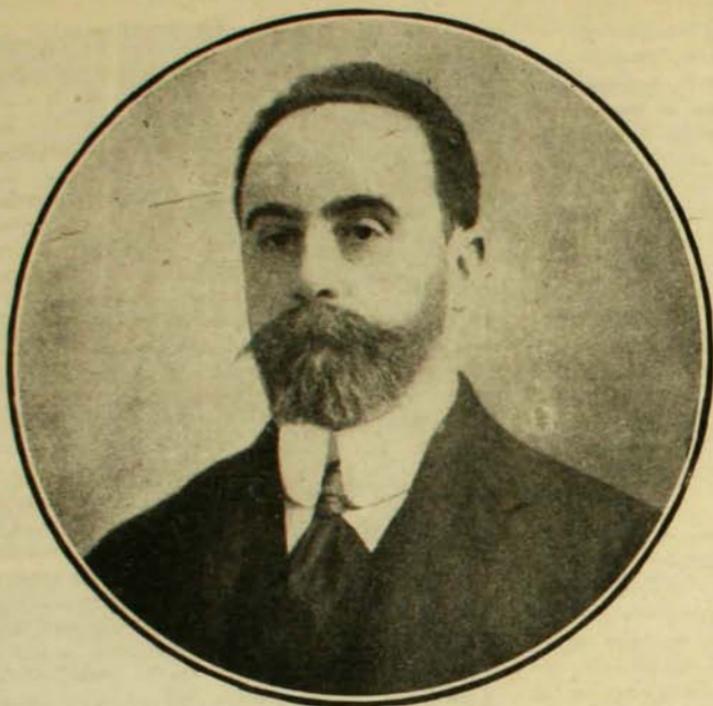
Por esto su ejecución reclama mayor saber en todos los elementos que pone en juego. Así como en ciertas épocas el arte de la construcción se lanza a mayores proporciones en un estilo particular, cuya realización permiten nuevos materiales y una mano de obra más acuada, sin que por esto se modifiquen los principios de estática que rigen la arquitectura en todos los tiempos, otro tanto ocurre con el arte de la guerra, aún después de las últimas campañas.



LOS GENERALES VENCIDOS POR FOCH: 1) El Kronprinz; 2) Ruperto de Baviera; 3) von Hoetzendorff; 4) von Below; 5) von Boehn; 6) von Hutten; 7) von Heinen; 8) Duque de Wurtemberg; 9) von Mudra; 10) Todorou.

Las formas evolucionan, los principios directivos subsisten.

En un próximo estudio, veremos la aplicación por el generalísimo de los ejércitos aliados de las teorías del eminente profesor que acabamos de exponer.



Don Ricardo Salas Edwards

EL PROBLEMA MONETARIO

Entrevista con don Ricardo Salas Edwards, ex-Ministro de Hacienda

En su residencia de la antigua Viña Zavada, situada pintorescamente en los faldeos en que remata el valle de Maipo, a media hora de Santiago, encontramos al señor Salas Edwards, cuya opinión deseábamos oír sobre ciertos puntos de la reforma económica proyectada, que él impulsó, en años pasados, como Ministro de hacienda.

Cumplidas las excusas y las cortesías de estilo y quitando con pena los ojos del hermoso paisaje que verdeaba a través de las ventanas de la biblioteca, abordamos en forma concisa el tema, seguros de poder esquivar su aridez.

La conversación se presta, más que un artículo, a presentar las cosas en forma clara y comprensiva para todo el mundo.

—¿No habría sido mejor esperar el alza del cambio para estabilizar nuestra moneda a un tipo más alto?—interrogamos al señor Salas, deseosos de provocar una réplica sobre punto de tal importancia.

—Creo que les bastará una corta reflexión, nos dijo, para convencerse de que lo único que puede interesar legítimamente a todos los habitantes es que la moneda tenga un valor fijo y aproximado a las cotizaciones de los últimos años. Salirse de esta norma para ir a buscar un

tipo de estabilización mucho más alto o mucho más bajo que el corriente (que tan absurda es una idea como la otra) equivale:

A cometer una injusticia, aumentando en un caso la deuda del que está comprometido a pagar en lo futuro un arriendo, un dividendo de compra de propiedad, etc., etc., o despojando, en el caso inverso, al que tiene el derecho de cobrarlo.

Equivale, además, a un trastorno general de los negocios producido por esa misma causa, y es sabido, que en las crisis comerciales no son los pobres, ni los industriales los que sacan de ellas beneficios, sino los capitalistas que tienen sus reservas disponibles para adquirir bienes por mitad de lo que valen. Ejemplo: lo ocurrido en 1897 y 98.

Hablar, pues, de estabilización a tipos de cambio muy superiores a los actuales es ir contra los intereses del pueblo; es dejarse engañar por los escritores que, para alejar toda posibilidad de la estabilización de la moneda, suelen hacer camoufflage de aspirar al padrón íntegro de 18 d., a sabiendas de que es prácticamente imposible.

Moneda de valor fijo, eso es lo que a todos interesa. Sin fijeza en el valor de la moneda, no ha progresado ningún pueblo de la tierra.

—Sin embargo, señor Salas, hay hombres de gran experiencia comercial que aseguran que este régimen en que vivimos da holgura a los negocios.

—Vea, señor, nos replicó, entre socarrón y enfadado el señor Salas; supóngase que, por una circunstancia excepcional, ninguna balanza pudiera dar peso exacto en nuestro país, sino que siempre marcaran de más o de menos. Y no me refiero, por cierto, a la invisible y grande balanza de las cuentas internacionales que está colgada entre la cordillera y el mar y que el senador Zañartu asegura está desequilibrada, sino a las vulgares romanas con que se pesa en los almacenes todo lo que vendemos y compramos para el uso diario.

Pues bien, ¿qué ocurriría en este caso?

Que unas veces obtendría Ud. una disminución y otras una ganancia imprevista en sus transacciones.

Imagine Ud. que también los metros con que se miden los terrenos en venta o con que se miden los lienzos fueran de un material elástico, y que no fuera menos variable la medida de los líquidos. Resultaría que en los negocios de todo el mundo habría una cuota

de negocio y otra de azar, y que cada uno hablaría de ellos según como la suerte fuere.

Pues bien, una moneda de fluctuante valor introduce en el comercio una perturbación aún mayor de altas y bajas y sume a todos, aunque no lo quieran, en el juego del cambio.

¿Y las consecuencias de ello? se interrogó a sí mismo el señor Salas. Están a la vista.

Las actividades de los chilenos se retraen de las industrias que necesitan una base menos insegura para prosperar, y se inclinan hacia las simples especulaciones.

El vestón que Ud. lleva y el azúcar que compra le cuestan a Ud. más caro porque el comerciante los recarga para asegurarse de los descensos posibles del cambio.

Y, sobre todo, el capital es menos abundante de lo que requiere el progreso industrial del país, porque ha de saber Ud. que hasta las sociedades nacionales han estado colocando, en años pasados, fuera de Chile, parte de sus reservas para asegurarse contra la depreciación de la moneda. Cuando ésta tenga un valor fijo, no sólo quedarán en el país la mayoría de las utilidades que aquí se producen, sino que, es de esperar, vengan, como a las demás naciones de América, nuevos capitales a dar vida a las industrias chilenas y más trabajo a sus obreros.

—No se puede negar, dijimos, que todo ello sería de un inmenso beneficio, pero... ¿es posible? ¿Podremos mantener una moneda de valor fijo?

—Vea, nos dijo el señor Salas. ¿Sabe Ud. manejar un automóvil?

—Nó, a Dios gracias.

—¿Sabrá escribir a máquina?

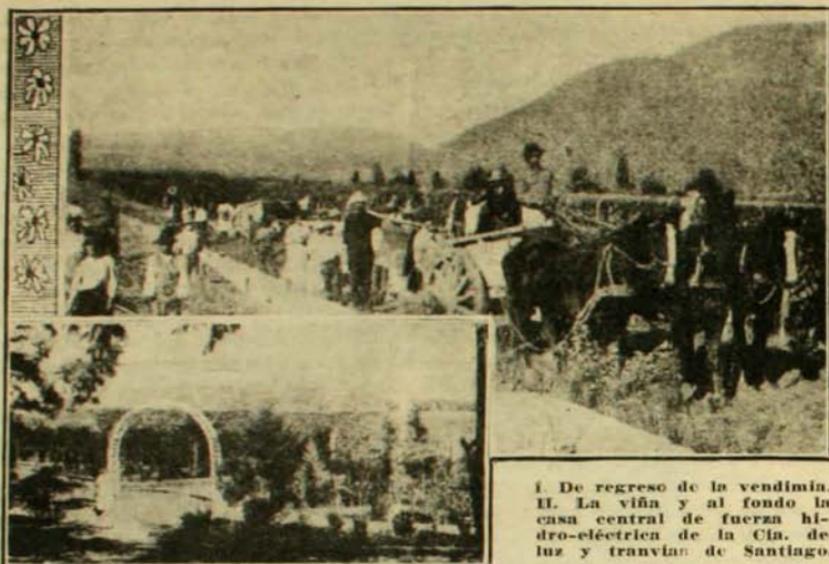
—Por cierto, replicamos; y a diario la usamos.

—¿Y por qué se creyó Ud. capaz de aprender a manejarla?

—¿Y por qué no iba a creerme yo capaz de hacer lo que todos hacen?

—Muy bien dicho, exclamó el señor Salas.

¿Y por qué no aplica Ud. el mismo criterio para juzgar de la futura estabilización de la moneda? ¿Por qué no hemos de poder hacer en Chile lo que hacen los demás países de la América latina con la excepción casi única del Paraguay? ¿Por qué no hemos de tener una unidad monetaria de valor estable como Suiza, Holanda, Noruega, España y demás países de Europa, donde no existe el papel moneda inconvertible?



I. De regreso de la vendimia.
II. La viña y al fondo la casa central de fuerza hidro-eléctrica de la Cía. de luz y tranvías de Santiago.

Y advierta Ud. que las naciones que, por causa de sus gastos de guerra, emitieron billetes de curso forzoso están preocupados ya de su redención, apenas firmada la paz. Inglaterra y Francia no parecen dispuestas a completar las bodas de oro del papel moneda para hacerlo convertible, como algunos desearían esperarlas en Chile.

—Y es verdad, preguntamos, que el Perú, en medio de su pobreza, tiene hoy cambios a tipo de oro?

—Sí, señor, y desde hace muchos años, y llegó a ellos por un procedimiento muy instructivo. El papel moneda, a fuerza de descender, pasó a valer tan poca cosa y en forma tan insegura, que el comercio y los Bancos de Lima concluyeron por rechazarlo, de hecho, al recibir sus pagos. Quedó así prácticamente desmonetizado y sólo siguieron circulando las monedas de plata y los cheques. Luego llegaron las libras esterlinas y otras monedas extranjeras, y en seguida acuñó el Gobierno libras de oro peruanas, que hoy tienen premio sobre la inglesa.

La conversión se hizo, pues, en el Perú por el sistema que preconizan en Chile algunos financistas; se hizo por sí sola y sin necesidad de echar mano de ningún fondo de conversión. Los trastornos comerciales fueron enormes;

pero desde entonces tiene el Perú cambios fijos sobre oro. ¿Puede darse nada más vergonzoso para un país, ni nada más instructivo para los chilenos que sostienen que nuestro país no puede estabilizar sus cambios, a pesar de su superior fuerza económica y de su considerable reserva metálica?

Más afortunado que el Perú anduvo Colombia, país a que se abre hoy día un inmenso porvenir. Allí se estabilizó el cambio al diez mil por ciento, como ellos dicen. El peso papel colombiano llegó a valer menos de un cuarto de centavo de dólar! Al cabo de grandes esfuerzos para tonificarlo, se ha logrado estabilizar en la relación indicada del diez mil por ciento que equivale a un centavo de dólar, o sea prácticamente medio penique.

Dentro de este modesto padrón monetario, que estaba en armonía con la realidad de las transacciones del mercado, el comercio colombiano se ha desenvuelto, sin embargo, al amparo de la fijeza de la moneda, que vale más que un tipo alto artificial y falso.

—¡Qué interesantes casos de patología económica! exclamamos. Pero, ¿cree Ud. que se logrará hacer en Chile lo que, de grado o por fuerza, han hecho aún los países más atrasados que nosotros?

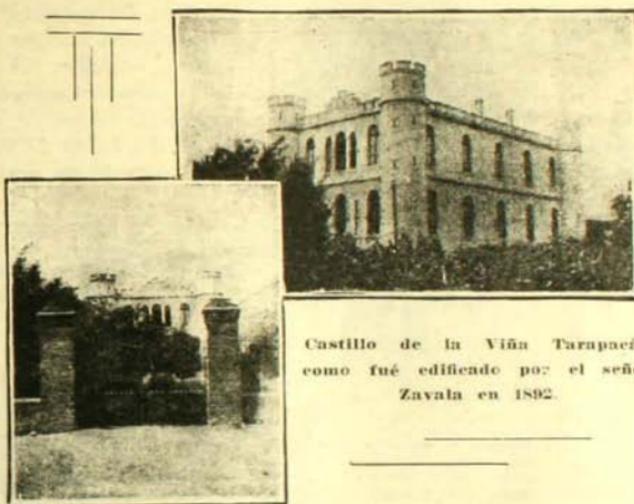
—Creo que ha llegado la hora y que el país

lo exige, nos dijo el señor Salas, y me imagino que esta cuestión va a ir envuelta en la campaña presidencial y próxima, alterando no poco las combinaciones de partido de la vieja política.

Aunque la actual ley financiera esté despachada, es evidente que de las convicciones

económicas del futuro Presidente de la República y del equilibrio en que él esté dispuesto a mantener nuestras finanzas fiscales, dependerá en gran parte el acertado funcionamiento de la estabilidad monetaria.

Será natural que el país lo elija teniendo en vista estas miras.



Castillo de la Viña Tarapacá,
como fué edificado por el señor
Zavala en 1892.

BLASCO IBÁÑEZ EN ESTADOS UNIDOS

El moro de Valencia. — El viaje a la Argentina. — Blasco Ibáñez, veraneante de la Costa Azul. — El chalecito de Passy. — El gachó macaneador y un colonizador fracasado. — Viaje a los Estados Unidos. — La catarata de dólares. — Blasco habla de política internacional americana. — Aconseja a los yanquis los medios psicológicos de atraerse la buena voluntad de los países sudamericanos. — Wilson, poeta épico. — No pasará a la América del Sur. — El 5.º jinete del apocalipsis y el maximalismo. — La demanda de la casa exportadora William E. Peck y Cia.

Blasco Ibáñez es, probablemente, la figura más interesante de la moderna literatura española. Es algo así como si un capitán aventurero se hubiera reencarnado en el alma de un artista y lo impulsara a cambiar de lugar, a esparcir la gloria de España fuera del continente, en la América del Sur, su heredera más legítima y en Norte América, en este último. Blasco Ibáñez algo de aquel Jaime Fabrer de "Los muertos mandan" del capitán que figura en una de sus últimas reacciones la novela mediterránea "Mare Nostrum". En su primer viaje por América, el novelista recogió un tesoro de observaciones el paisaje de Chile y la Argentina y sobre la modalidad de estos pueblos, que luego voció en los "Argonautas", el prólogo, como él dijo, de una serie de novelas americanas que pensaba escribir, y en la primera parte de su famosa novela "Los cuatro jinetes del Apocalipsis", verdadero acierto como interpretación de la guerra europea y una obra maestra de descripción y de pintura de caracteres, según la afirmación del cronista de "New York Herald", que lo entrevistó al llegar a los Estados Unidos.

Blasco Ibáñez es un curioso tipo de luchador. Fué siempre un apasionado de las ideas generosas. Por encima de su ideal literario siempre se perfiló la silueta de un ideal colectivo, de alguna idea generosa o de algún

defecto social al cual dedicar la reserva de su desbordada personalidad en que hay algo del capitán aventurero de que hablaba al comienzo y la ardorosa convicción del moro que se exteriorizaba en la crespa cabellera del novelista y en su barba auténtica de descendiente del profeta, una barba histórica de árabe de Damasco que, en la Valencia medioeval, hubiese dejado su alfanje en el robrado de Corpas, en un noble gesto de rey vencido, ante las



Blasco, a los cinco años, vestido para una procesión del Corpus, según antigua costumbre valenciana.



Blasco en la frontera de Bolivia y la Argentina.

Los Argonautas

(Fragmento)

Lo mismo que Brunilda tras la dorada América, no años sino siglos, guardada en su manto por los desiertos azules del Océano más inabarcables que las barbas de Ullamas. Solo un beso de firme covaron podía desventarla. Y al vermar los vasos fúnebres del conquistador parpadearon sus ojos de virgen novicia, se incorporó con los brazos extendidos y sus pechos se agitaron sobre el peto de una covara.

En el beso ^{esperado} ~~pasado~~, el amor que despierta con guantelete de acero, el alvaro fecundador con tintines de armas...

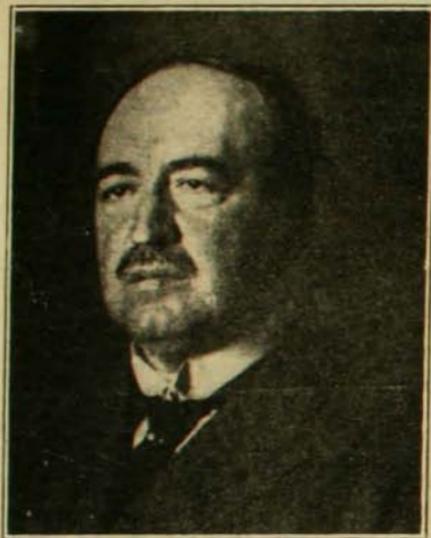
Vicente Blasco
Ibáñez

De las galeradas de su nueva obra "Los Argonautas", que se está acabando de imprimir, copió Blasco Ibáñez este fragmento.

noble gesto de rey vencido, ante las huestes agueridas del Campeador.

Después de su viaje a América, Blasco se afeitó la barba. El rudo cantor de la huerta valenciana se convirtió en un dandy algo postizo, con reloj de pulsera en la muñeca y jipi-japas albos y costosos, con las cuales se paseaba en la mañana de oro de la Costa Azul. El gran tribuno republicano, el ídolo de las masas valencianas, después de su viaje a la República del Plata, sin barba y perfumado como uno de esos rastacueros pintados por el Abel Hermant, se había alejado de todo para recogerse en su chalecito de Passy,

rodeado de estatuas de Víctor Hugo, por el cual confiesa el novelista una admiración sin límites. El Blasco sin barba es un Blasco literato. De aquí en adelante, pertenece por entero a la literatura: en ese rincón, risueño como una jaula, según frase de él mismo, va a enpezar la novela de la raza. Promete a los periodistas que van a visitarlo, cuatro novelas para la Argentina, tres para Chile, tres para el Perú, y agrega: **Acabaré por Santo Domingo**, al revés de como se hizo el descubrimiento. En Europa sigue desconociéndose América, y es un gran dolor que la juzguen por algunos de los ejemplares cuyo desembarco no limitan



Blasco Ibáñez en Norte-América. los gobiernos europeos. Cuando haya terminado "Los Argonautas" iré a Buenos Aires, permaneciendo allí cosa de un mes. "Los Argonautas" se publicaron, pero Blasco no volvió



Blasco Ibáñez a los quince años.

a la Argentina. Los diarios bonaerenses, a pesar del recibimiento grandioso que se le hizo, lo tildaron de gachó macaneador, según el típico argot rioplatense. Esos pueblos de Cervantes y de Nueva Valencia que iba a levantar en los territorios del sur quedaron diseñados en la imaginación del novelista y los colonos de la huerta que Blasco trajo de la costa levantina parece que han guardado un hondo encono en su contra.

Se cuenta que un español que desembarcaba en Buenos Aires, con un aspecto físico muy



Europa desconoce a Norte-América.

semejante al del novelista, fué agredido por un campesino afeitado que lo confundió con el colonizador fantasista y que a duras penas pudo la policía arrancar de sus dedos vengativos. Era algo así como si uno de esos extraños tipos creados por él en sus novelas regionales de la huerta valenciana le hubiera venido a pedir cuentas por la manera cómo había sido tratado en las obras juveniles del escritor. Según ese mismo cronista, Blasco se rancó la barba por esa causa solamente; para evitar persecuciones que, con su marcha a Europa, se fueron apaciguando lentamente hasta revivir de nuevo apenas se voceó por las Américas el triunfo del novelista en Yanquilandia, donde llegaba aureolado de pres-

tigio y comenzando la ascensión a una montaña de dólares.

Poco después de sus correrías por la pampa, estalló la guerra europea; y Blasco Ibáñez se hizo portavoz de la civilización latina, los países del Mare Nostrum, herederos de la cultura romana, amenazados por el férreo galope de los cuatro jinetes del apocalipsis. Revivió nuevamente en él, el espíritu de aventura. Trató en compañía de Lerroux, de inclinar los ánimos españoles a la guerra; pero una prohibición terminante del Gobierno de Madrid lo hizo desistir y preocuparse, en compensación, de publicar una larga y documentada historia



Blasco Ibáñez, como lo vé el artista Arteches, de "La Prensa".

de la guerra, donde hay admirables retratos de los generales Foch, Joffre y Pétain y animadas descripciones de la batalla del Marne y del sitio de Verdún. En esta época, antes de terminar la guerra, publicó su "Mare Nostrum" que es una terrible condenación de la guerra submarina y la base de su reputación y de su fortuna en Estados Unidos.

Según cuenta el mismo Blasco Ibáñez, una escritora yanqui le compró en 1,000 dólares los derechos de traducción de su novela "Los cuatro jinetes", que le han dado posteriormente una fortuna. Agrega el detalle de un editor honrado que, sin estipularlo el contrato, envió al escritor hasta 40,000 dólares suple-



¡Victor Hugo! En todas las piezas del coquetón hotelito Passy, vive el recuerdo de Victor Hugo... Cariñoso, filial, devoto, Blasco Ibáñez se prestó a que se le retratara junto a un busto del genial creador del "Año terrible". En su casa Blasco Ibáñez no es más que un huésped de Victor Hugo, que preside todos los rincones de la poética estancia.

mentarios como una indemnización por el mal negocio. Los yanquis están entusiasmados con Blasco. Lo pasean y lo exhiben con una alegría algo ridícula de niños grandes. Es un juguete



Una curiosa fotografía de Blasco Ibáñez en su mesa de trabajo.



La huelga, el primer finete del Apocalipsis.

interesante que los recuerda su actuación en la guerra, y su verba sonora y agradable de levantino, los hace prorrumpir en hurras estruendosos. En todos los estados de la federación, desde Broadway hasta el Far West, se leen en este momento las novelas de Blasco que las prensas lanzan continuamente a la publicidad con la misma fiebre con que meses antes construían obuses para los aliados. Es un record de popularidad que enmarca perfectamente dentro del espíritu norteamericano. Consideran la labor de Blasco como la más diestra propaganda que se haya hecho en cualquiera de los países aliados durante la guerra.

Y Blasco se adapta admirablemente a esta situación que se le crea. El mismo parece estar un poco asustado de este éxito, como se deja entrever en la carta dirigida a Gómez Carrillo y publicada en Cosmópolis, donde se habla de este chaparrón de dólares en el cual han querido tomar parte sus antiguos acreedores de Río Negro, la casa exportadora William E. Peck y Cia., cobrándole unos 7,000 dólares que, según el abogado que entabló la demanda a la casa editora de las obras de Blasco en inglés, quedaron en Argentina sin pagarse.

La casa exportadora expone respetuosamente que no desea causar la menor mortificación al ilustre novelista y desean llegar a un arreglo amigable con el señor Blasco Ibáñez, para iniciar el cual han determinado hacerlo citar en la Corte y proponerle una transacción antes de iniciar ningún procedimiento.

No tenemos noticias de la contestación del novelista. Sólo nos ha llegado, en inglés y castellano, el rumor de sus éxitos, el paseo por universidades y ciudades, el puro famoso, de cinco pesetas que le enviaba un admirador cubano, la cintilla roja de la Legión de Honor en el ojal de su americana y el intérprete de la Casa Nelson que lo acompaña a todas partes como la sombra inglesa de su luz levantina.

En los momentos de tregua, a los corresponsales de los diarios, Blasco les habla de política internacional. Se permite apreciaciones que los yanquis reciben con grave circunspección. Traducimos del inglés, por ejemplo, este párrafo de un diario neoyorquino: "Los sudamericanos simpatizan con los Estados Unidos en la cuestión europea, porque los países de Sud-América son aliados; pero así como Uds. no los conocen tampoco los conocen ellos a Uds. En cada república, ha habido desconfianza siempre hacia Estados Unidos y esta desconfianza está basada en el temor. Esta desconfianza fué muy viva hasta la declaración de guerra pero a causa de su reciente política con Méjico, esa desconfianza ha disminuído conside-



Yo admiro profundamente al Presidente Wilson...



Blasco Ibáñez en su juventud.

rablemente. Hay muchas cosas que los Estados Unidos pueden hacer para acercentar las relaciones con los países de Sud-América. Por ejemplo, el servicio consular. Muchos cónsules americanos son aceptables, pero otros no tienen tino alguno y tienden a crear conflictos y en lugar de cultivar buenas relaciones hablan campanudamente haciendo creer que representan gran fuerza y poder. Es una lástima que esto sea así. Los Estados Unidos debieran tener mucha más influencia que la que hoy tienen, porque es lógico que la Gran República influya en forma protectora y comercial en los jóvenes países.

En Argentina, por ejemplo, el país más avanzado de Sud-América, Uds. ocupa el 10.º lugar en materia de influencia. Inglaterra es la primera con sus intereses ferroviarios; después vienen Bélgica Francia, Italia y España. Hay ya algunas señales de progreso que pueden cambiar la situación. He notado gran interés en los sudamericanos para aprender el inglés. Veo, igualmente, que en Estados Unidos se despierta un parecido interés por aprender castellano. Esto traerá a Estados Unidos a la América del Sur, porque el interés de los que aprenden castellano no está en España. Y el interés de los que aprenden inglés no está en Inglaterra. La América española mira hacia Norte-América, esto es, los países del sur jiran hacia

Estados Unidos a menos que los Estados Unidos lo impidan.”

En esta tournée que durará seis meses, Blasco visitará las principales ciudades americanas, principiando por Nueva York y llegará al Canadá; después pasará a Cuba, que será la única nación hispana que visite esta vez. Su primera conferencia, que versó sobre lo que ha sido España en el progreso del mundo, la dió, con gran éxito, en la Universidad de Columbia el 3 de Noviembre de 1919.

Muy comentada fué su conferencia en el Hotel Pennsylvania, bajo los auspicios del Club Mejicano, en que trata de precisar su concepto de España, concepto algo raro, algo especial, algo en que talvez influyen su imaginación y sus hábitos de novelista. El ve a España como a una inmensa federación de Estados de que ella misma, por decirlo así, es una gran provincia. Es una inmensa república con veinte banderas diferentes, cuyos vivos y variados colores representan la diversidad de climas, de productos y de riquezas. Esta gran federación sigue y seguirá presidida por un Presidente no sujeto a reelección. Es un Presidente perpetuo cuyo espíritu vive en el corazón de todos los de habla española. Es don Miguel de Cervantes Saavedra.

Continó diciendo que en Europa viven muy atrasados en lo que se refiere al conocimiento de América en general, de Sud-América en particular porque todavía muchas gentes que parecen cultas, ignoran su historia, íntimamente enlazada en los tres primeros siglos de su existencia con la historia de España.

Y termina: Wilson es el primer poeta

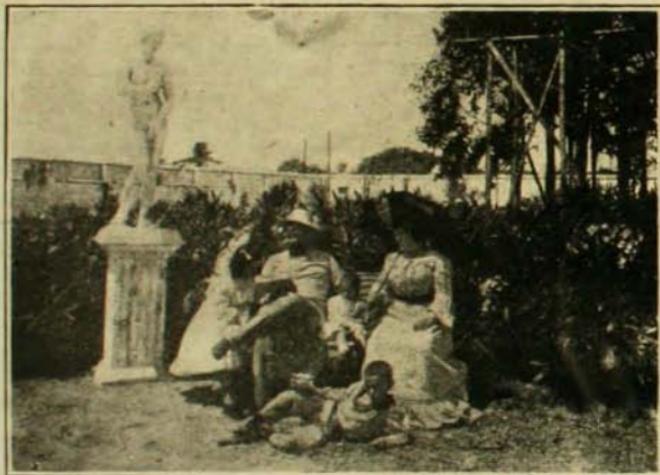


Blasco Ibáñez.

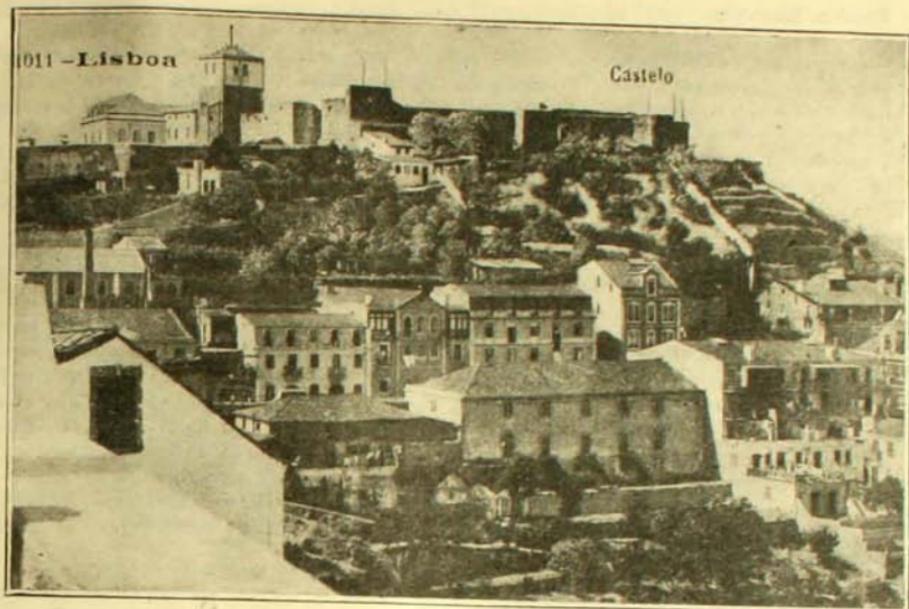
de nuestra época, no escribe versos, pero sueña con la humanidad. Es un espíritu etéreo, que se mueve en la región de los ángeles y tiene la mentalidad del poeta. Y en un arranque profético, convirtiéndose él también en vate anunciador, predice la revolución social, galopando muy cerca del caballo de la guerra. El Quinto jinete, la huelga, ha aparecido en la escena. Parece, a pri-

mera vista, que se lanza hacia la destrucción ante la implacable fuerza de la justicia internacional, como lo hicieron sus cuatro predecesores. Estamos pasando a través de un período de incertidumbre y de duda. Y agrega: Soy de aquellos que creen que todas las cosas tienen una solución. El quinto jinete puede continuar galopando durante algún tiempo pero, al fin, será ahuyentado.

ALCADER



La familia de Blasco.



VIVIR OTRA VIDA

Por Adela A. de d'Armorin Vasconcellos

En tierra Lusitana y en la provincia de Beira, hermosa por la belleza natural de la famosa sierra de la "Estrella", está villa de Castello-Branco.

En los alrededores de la villa, en medio de un bosque de castaños y de almendros y cerca de un pequeño lago, existe un antiguo Castillo de torres y troneras almenadas, con un escudo condal, mohoso y ennegrecido por el tiempo, encima de la principal entrada.

Corren los últimos meses del año de 1901, gobierna el reino don Carlos de Braganza y habita el castillo-feudal un coronel en el arma de artillería, joven aún, de severo aspecto y de porte altivo y aristocrático.

Forman la familia de este servidor de la corona, dos hijos; el mayor, varón, fiel retrato del altivo militar, y una joven de 15 años, María, de una belleza con rasgos bíblicos y de inteligencia vivaz.

En Castello-Branco, tal es el nombre del castillo, dedican el cultivo de sus tierras a

hermosos viñedos y cuidadas plantaciones de olivos, almendros, limoneros, naranjos, higueras y castaños.

Cubre por completo los muros del castillo, trepando robusta, hasta escalar sus torres, la hiedra, dando al paisaje un tinte de melancolía.

El silencio de afuera armoniza con la tristeza que domina el alma del severo militar. Coincide la edad de su hija María con la muerte de su esposa, la vizcondesa de X... , desgracia que hirió muy hondo el porvenir de este aristocrático hogar...

El padre, cumpliendo continuamente mandatos superiores, pasa largos años en campañas militares en Sud-Africa y Oceanía.

Los hermanos de Castello-Branco reciben en su niñez una educación esmerada pero fría, causa que da la característica enérgica al joven Luis, y la apacibilidad de sentir en la bella María.

Durante la infancia y la niñez, ambos her-

manos pasaban en Castello tres estaciones del año, las que eran dedicadas a su educación intelectual, pues manteníanse allí una corte de buenos maestros venidos de la capital, y a veces de la misma Casa de Braganza.

II

Habla Luis: "De mi madre conservo un vago recuerdo, limitado a su estatura, que era casi mediana, y a una cruz blanca que llevaba siempre sobre el pecho, con la que acariciaba mi frente... murió cuando yo cumplía tres años y cuando mi hermana venía al mundo...; por eso nuestra infancia fué sin caricias, y nuestra niñez—aunque cuidada—fué triste.

Castello era para nosotros una Universidad; se nos enseñaba de todo: idiomas, artes, literatura y hasta arquitectura, pues yo me aficionaba de preferencia al dibujo. Nuestros maestros nos llevaban continuamente a Coimbra, que distaba poco de Castello; y allí parece que recibían instrucciones sobre nuestra educación, por eso un día se me sometió a examen en esta célebre Universidad de Coimbra, y obtuve un título en Arquitectura.

Cuando venía mi padre a Castello, lo que sucedía rara vez, debido a su vida de militar, dedicábase de lleno a nosotros, imponiéndose de nuestros progresos y exigiéndonos mucho en cada ramo.

Mi padre era de natural enérgico, sencillo y gustaba de lo bello; por eso María lo distraía tocando y cantándole al piano, lo que mi hermana hacía con gracia y dulzura. Respecto de mí, él habría gozado si el destino, torciéndose, me hubiera convertido en un galoneado militar del reino".

III

"María y yo habíamos llegado a la adolescencia, y posiblemente nuestras vidas debían tomar distintos rumbos...

Era el último mes del otoño del año ya enumerado (1901), mi padre debía llegar al siguiente día para llevarnos a la capital, pues nuestros maestros habíamos unido pequeños sabios; nuestra educación había terminado y una vida nueva nos aguardaba...

Era un sábado 28, y después de haber dado un largo paseo por el bosque en compañía de don Gaspar, nuestro docto profesor de castellano, fuimos a navegar por el lago, en señal

de despedida...; yo remaba pausadamente, con seriedad, cual si desempeñara en la excursión un papel importante; María, sentada a la popa de la embarcación, arrancaba al pasar, las flores silvestres que bordeaban las orillas, flores blancas, amarillas y azules, amontonábalas sobre su regazo y formaba cruces.

Don Gaspar—también en señal de despedida—nos recordó la leyenda de aquel lago: "En época cartaginesa, aquella región era rica en piedras preciosas; y en época de los moros, vivía allí un pueblo donde las mujeres, de rara belleza, leían en las manos los destinos del hombre, y este pueblo desapareció una noche pereciendo todos sus habitantes". Oyéndola esta vez, tuve miedo de que un nuevo cataclismo arrebatará nuestro pequeño bote... o que lejana tragedia nos aguardara...; miré a mi alrededor, María formaba cruces de flores...

IV

"Como lo había determinado mi padre, el 29 partimos de Castello... La despedida fué tierna, al recordarla aún lloro...

Los criados y servidores de Castello, casi todos del tiempo de nuestros abuelos maternos, lloraban... Adelaida, antigua dama de compañía de mi madre, presidía la despedida, y adelantándose hacia mi hermana y con la autorización de mi padre, colocó sobre el pecho de María una cruz blanca, entregando el cofre en que estaba guardada a mi padre... Yo no reconocí en ella la cruz que llevaba mi madre...

Partimos. Nuestros maestros debían hacerlo al siguiente día.

Desde aquel día... no he vuelto a Castello...

V

Llegados a Lisboa, nos dirigimos a la Avenida de la Libertad, a la suntuosa morada de mi tía, la vizcondesa de N., donde debíamos dejar a María y donde se desarrollaría la vida de sociedad de mi joven hermana.

Después de una semana pasada en la capital, mi padre recibe órdenes para dirigirse al Congo y me notifica que debo preparar mis maletas, pues ahora debo viajar con él, anunciándome que este viaje durará varios años.

Ayer dejé la vida silenciosa de Castello, y hoy debo separarme de mi hermana... ¡Oh! esto es triste!... Vinjar si lo deseo, pero llevándome a María... Mi padre no lo quiere... Forzoso es partir...

VI

Visité países de superior cultura, tales como Alemania, Italia y Austria. En Africa vi ciudades hermosas y muy adelantadas, en regiones de reciente progreso; visité el Egipto, sus pirámides y sus templos; navegué por los mares de Sud-Africa y por el azulino Mediterráneo; crucé el Atlántico y fui a Inglaterra, y de allí pasamos a América después de tres años de continuo viajar...

Durante este tiempo, las cartas de mi hermana fueron volubles; hablaban de novios, de bailes, y parecían carejadas alegres de niña bonita y mimada; después fueron cambiando; eran serias, formales, invocaban a Dios con frecuencia, y terminaron por ser místicas...

Escribí diciéndola parecía una monja, y contestó, notificándome había determinado retirarse a un convento, y que sólo aguardaba la vuelta de mi padre.

Nos encontrábamos en plena ciudad tropical, (Río de Janeiro), así mi loca imaginación la vió jugando con los hombres y con el

amor, terminando por ser víctima de ambos...; envuelta en la penumbra de la nave de una iglesia, arrodillada ante los pies de un crucifijo, llorando sus dolores...; haciendo el voto que la apartaría del mundo donde causó penas y sufrió desengaños... ¡Oh! pobre hermana!... ¡Pobre María!

La remití una carta en la cual suplicaba desechase ideas que en momentos de dolor la debieron haber dominado. En ella explicaba lo que á mí parecíame realidad de la vida: "Que el cariño no es fijo; que las amarguras del amor las cura el tiempo; que aun cuando nos parece que de igual modo no podemos querer a nadie más, los años nos demuestran lo contrario".

Era muy larga la carta y esperaba llegase y convencerla... A mi padre nada dije... Yo sufría..., y tuve miedo por él... Un sentimiento horrible me dominaba... Veía allá a lo lejos, que mi pobre padre, que hacía esa vida casi errante, agitada y sin afecto de hogar, tendría que llorar la separación de su hija, y después quizás la mía...

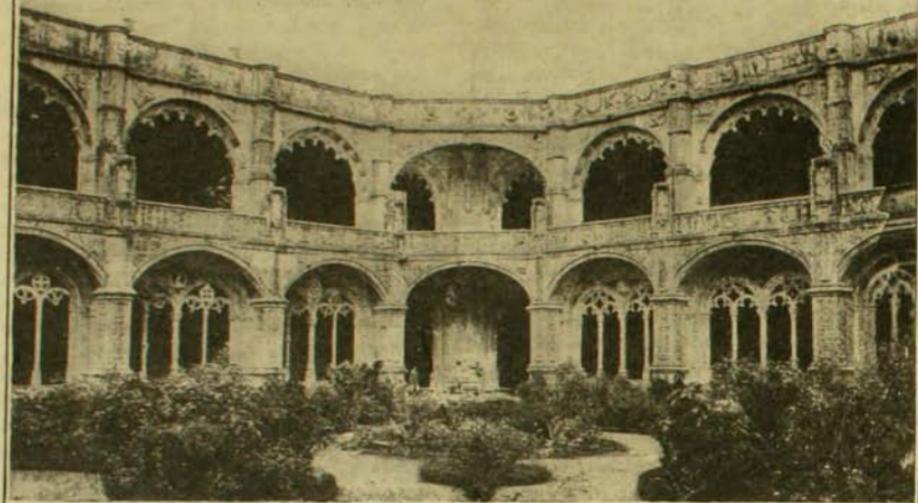
El cable llamó a mi padre a la capital del reino, y me dejó en América hasta nuevo aviso. Durante este tiempo visité un país más austral en América al que me atraía oculto destino...

Regresado a Lisboa, recibí de boca de mi



1259 - Lisboa

Claustro dos Jeronymos



padre la noticia fatal: María era religiosa y sentíase feliz; creyéndole engañado, determiné ir a verla.

Era un día de invierno; dentro del coe he en que recorrí los dos kilómetros que separan convento y pueblo, tuve frío en el cuerpo y en el corazón.

Subí las escaleras de aquel viejo monasterio de piedras negras. Llamé al torno. Una voz dulce y agradable después del ritual "Ave María", preguntó: ¿Qué deseaba? Y al oír mi ruego, me indicó pasara al locutorio.

Aquel convento antiguo y frío parecía un sepulcro.

Una conversación fué acercándose..., pronto reconocí la voz de María... Su cara risueña me causó asombro... Me saludó con efusivo cariño, presentándome a la Superiora que la acompañaba, y comenzamos una conversación sencilla.

En un momento en que la priora se ausentó, en voz baja, temiendo me oyesen murmuré: "Si estaba contenta y a qué causa había obedecido su cambio de carácter". Repliqué: "Que era inútil y tonta la vida que llevaba, y con calma pensó cuánto más provechosa le sería dedicándose a Dios, y sin instigación, no obedeciendo a desengaños, fué en busca de paz y recogimiento, y en el convento encontró lo que buscaba".

Decíalo sonriente, sin precipitación, un poquito colorada. En el tiempo que llevas en el convento, le dije, ¿no deseaste alguna vez volver a Castello?

Nó, aunque amo todo aquello, no lo deseo. Mi padre viene a verme con frecuencia, y tú ya no estás allá, contestó. Además, un convento no es lo que supones, lo que yo mucho tiempo he creído: un sepulcro en vida; al contrario, sin emociones, vivimos con alegría, que no es loca como la de la sociedad; pero es tranquila... No sé explicarme; sé decir que pasa nuestra vida sin murmuraciones ni envidias, procurando ser lo mejor posible las unas para las otras, pensando en Dios y en hacer caridad.

La superiora volvió a entrar. Sonó una hora y silabearon un rezo. Mi hermana preguntó: "Visitaste nuestra capilla? Es muy linda. Antes de marcharte entra en ella y reza por tí, por nuestros padres; que si tus rezos son fervorosos, Dios y la Santísima Virgen escucharán tus ruegos". Nada hay mejor que la oración, aparta el peligro y tranquiliza el alma, y es lo que llevamos de este mundo con nuestras buenas acciones, todo lo otro se deshace como columnas de humo: hermosura, gloria, fortuna, posición, ambiciones que agitaron nuestra vida al luchar por alcanzarlas... todo.

Hablaba sin presunción, y su voz era tan suave, que parecía un susurro.

Después, dijo:

“¡Estarás hecho un hereje! sobre todo después de tu viaje por América. ¡Cuánto tiempo hace que no te confiesas?”

“Cerca de un año”—respondí sofocadamente.—“¡Dios mío! Debes confesarte y comulgar lo más pronto posible; ¡se gana tanto haciéndolo!”

Insistió recordando lo mejor de nuestra vida: la infancia; insistió de un modo que me encontré pesaroso y prometí complacerla.

Acercábase la hora de sus rezos y me despedí.

María agrega: “Mira, Luis, yo llevo aquí—mostrándomela—la cruz blanca, que nos dejó mi madre. Cuando yo muera debe ir al pecho de tu hija primogénita... Si tú mueres primero, yo colocaré cruces de flores blancas so-

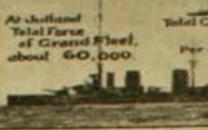
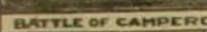
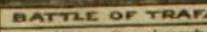
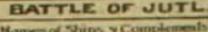
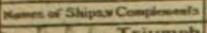
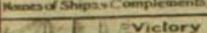
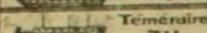
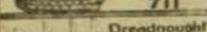
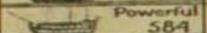
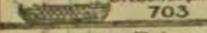
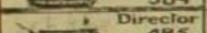
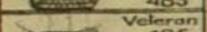
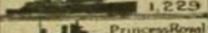
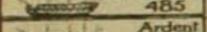
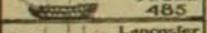
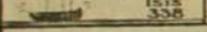
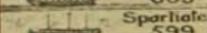
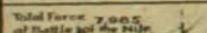
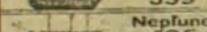
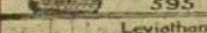
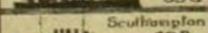
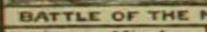
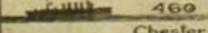
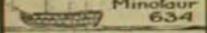
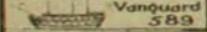
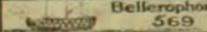
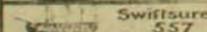
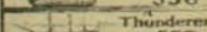
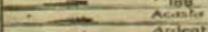
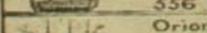
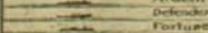
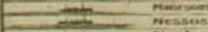
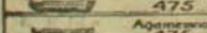
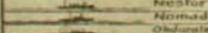
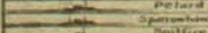
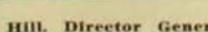
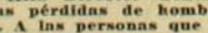
bre tu tumba... siempre que no haya que ir por América... ¡Adiós!

Al abrir la puerta de la iglesia las voces de las monjas parecieronme de ángeles. Chisporroteaban las luces de aceite que sostenían ligera claridad. En el interior, un órgano, muy lento, impulsado por manos ocultas, daba notas lánguidas, y las religiosas, acompasadamente, como un eco... recitaban una plegaria...

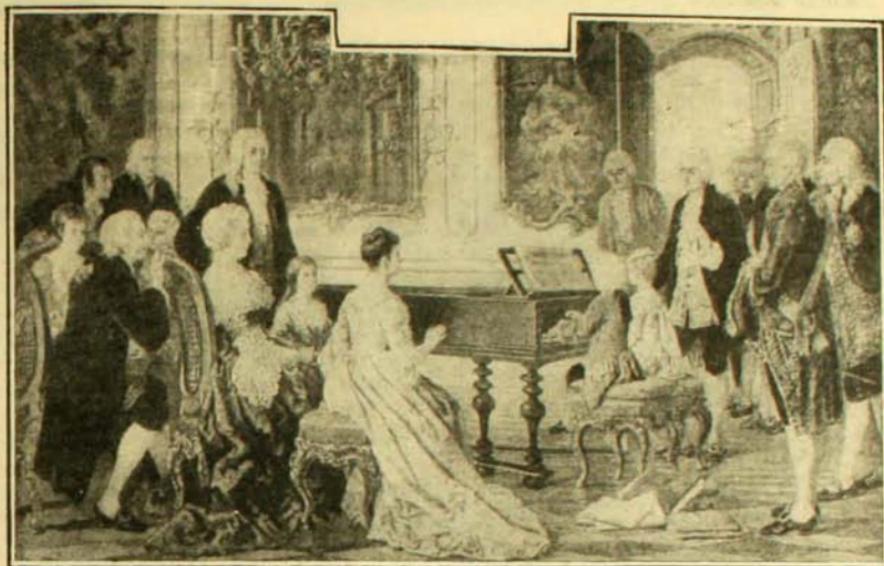
Arrodillado recé por mis pecados, por mis padres, por aquellas santas mujeres, por el mundo loco y frívolo... Cesaron los rezos y la capilla quedó silenciosa... Era noche cuando salí de aquel convento, y el sacristán—un viejecito,—me acompañó hasta la puerta alumbrando con un farol. Le di una propina y entré en el coche. En su interior, rodeado de sombras, sentí un deseo muy grande de vivir con sosiego, de conseguir lo que había visto: vivir otra vida.



BATALLAS NAVALES.—LAS PERDIDAS DE LA JUTLANDIA

representing Total Force 8,221 of Camperdown				representing Total Force of Trafalgar 17,772				At Jutland Total Force of Grand Fleet, about 60,000.					
		Total Casualties 825. Per cent of Force 10.0				Total Casualties 1,631 Per cent of Force 9.2				Total Casualties 6,658 Per cent of Force 11.17			
BATTLE OF CAMPERDOWN				BATTLE OF TRAFALGAR				BATTLE OF JUTLAND					
Names of Ships & Complements		Killed	Wounded	Names of Ships & Complements		Killed	Wounded	Names of Ships & Complements		Killed	Wounded		
 Triumph 634		29	53	 Victory 815		57	102	 Barham 1,124		22	46		
 Monarch 593		36	100	 Royal Sovereign 811		47	94	 Marlborough 1,119		2	2		
 Venerable 587		15	62	 Britannia 786		10	42	 Valiant 1,063		—	1		
 Russell 584		—	7	 Temeraire 711		47	76	 Warspite 1,048		9	32		
 Monarch 584		3	5	 Dreadnought 703		7	26	 Malaya 1,032		33	68		
 Powerful 584		10	78	 Prince 679		—	—	 Colossus 884		—	9		
 Bedford 584		30	41	 Ajax 668		2	9	 Tiger 1,281		20	46		
 Director 485		—	7	 Tonnant 664		26	50	 Lion 1,229		95	51		
 Veteran 485		4	21	 Conqueror 622		3	9	 Princess Royal 1,202		19	81		
 Monmouth 485		5	22	 Mars 621		29	69	 Queen Mary 1,264		1,258	6		
 Ardent 485		41	107	 Colossus 617		40	160	 Invincible 1,027		1,026	1		
 Lancaster 485		3	18	 Revenge 610		28	51	 Indefatigable 1,017		1,017	—		
 Belliqueux 485		25	78	 Achille 605		13	59	 Defence 902		902	—		
 Isis 338		2	21	 Spartiate 599		3	20	 Warrior 832		65	36		
 Total Force of Battle of the Nile 7,905		Total Casualties 896. Per cent of Force 11.22		 Neptune 595		10	34	 Black Prince 856		856	—		
BATTLE OF THE NILE				 Leviathan 592				4	22	 Southampton 498		29	60
 Minotaur 634		23	64	 Minotaur 586		3	22	 Dublin 460		3	27		
 Vanguard 589		30	76	 DeFiance 582		17	53	 Chesler 424		29	49		
 Goliath 584		21	41	 Bellerophon 569		27	123	 Calliope 363		7	29		
 Zealous 584		1	7	 Defence 568		7	29	 Cantor 358		12	26		
 Orion 584		13	29	 Swiftsure 557		9	8	 Caroline 338		2	—		
 Audacious 584		1	35	 Belleisle 556		33	93	 Broke 250		17	36		
 Theseus 584		5	30	 Thunderer 556		4	12	 Tipperary 398		184	4		
 Defence 584		4	11	 Orion 543		1	23	 Acadia 6		1	—		
 Bellerophon 584		49	148	 Africa 475		16	44	 Ardent 78		1	2		
 Majestic 584		50	143	 Agamemnon 475		2	8	 Defender 67		2	—		
 Swiftsure 584		7	22	 Polyphemus 461		2	4	 Marston —		7	7		
 Alexander 584		14	58	 Howe 294		—	—	 Neeson 7		—	—		
 Leander 338		—	14	 Maid 275		—	—	 Neeser 6		8	8		
				 Eurymachus 273		—	—	 Obolenski 1		1	1		
				 Sirius 258		—	—	 Onkapiti 5		3	3		
				 Polyphemus 35		—	—	 Qualow 2		3	3		
				 Prickie 31		—	—	 Petard 9		6	—		
						—	—	 Sparsholt 6		—	—		
						—	—	 Spillars 5		20	—		
						—	—	 Shark 85		3	—		
						—	—	 Porpoise 2		2	—		
						—	—	 Tubalca 89		—	—		

Este gráfico confeccionado según los estudios de Sir Roberto Hill, Director General del Servicio Médico Naval inglés, muestra en forma interesante las pérdidas de hombres en las escuadras inglesas durante cuatro célebres batallas del mar. A las personas que no saben inglés hay que advertir que la 1.ª columna con el nombre del buque, indica su tripulación; en la 2.ª los muertos y en la 3.ª columna los heridos.



MOZART Y SU HERMANA AL PIANO DELANTE DE LA EMPERATRIZ DE AUSTRIA MARIA TERESA, MADRE DE MARIA ANTONIETA.—Mozart, que debía ser más tarde uno de las más grandes glorias de la música, tuvo el envidiado honor de dar—entonces cuando no era sino un niño—una audición, tocando a cuatro manos con su hermana' delante de la emperatriz de Austria María Teresa, rodeada de una corte brillante.

LOS VIRTUOSOS DEL TECLADO

SE cuenta que Ernesto Reyer detestaba el piano. Pero, yo creo que su odio estaba destinado más bien a los pianistas presuntuosos y torpes. El mismo solía a veces tocar el piano, aunque con muy poca habilidad. Con gusto refería rasgos de su ferocidad contra los pianistas. Había conseguido que ninguno pudiera habitar en el mismo edificio de su casa, calle de la Tour-d'Auvergne, durante más de cuarenta días. Pero quedaban las casas de enfrente. De ellas llegan un día hasta él los acentos de Sigurd. Sin duda, el joven (era un joven el que tocaba) trataba de rendir homenaje al autor de Salammbó, al propio Reyer, que habitaba enfrente. Impacientado éste, lanzó dos centavos por la ventana abierta, en casa del pianista obstinado. Tocaba, tocaba siempre, y siempre Reyer le disparaba con centavos . . . Por fin el joven apareció en la ventana, gritando: "Siga tirando centa-

vos, se lo ruego". Era la guerra. . . Reyer buscó en sus bolsillos: no tenía mas centavos; estaba vencido.

Berlioz tuvo también odio por el piano, pero en un grado mucho menor.

¿Merece este instrumento tanta mala voluntad? No, ciertamente. La molestia que puede causar está más que compensada por los deleites que prodiga.

De la espineta al piano de cola

El piano apenas alcanza a tener un poco más de 200 años de origen. Sólo en 1800 fué implantado en las costumbres. El clavecín, el clavicordio, la espineta, el pianoforte le habían precedido. Existe en el espíritu del público una grave confusión acerca de estos instrumentos. Mme. Landowska escribe:

"Se sirven sin distinción de estos términos, que designan sin embargo instrumentos bien diferentes. En Alemania, esta

confusión es quizás más grande todavía que en Francia, y encontramos frecuentes errores aun entre los más sabios historiadores.

“Tengo delante de mí el catálogo del Museo de Mozart en Salzbourg, en el cual leo:

“El pequeño clavicordio (espineta) de cinco octavas, del cual Mozart se sirvió todavía durante cinco meses para componer *“La Flute enchantée”*, le *Tito*, le *Requiem*, la *Cantate des frane-maTmhrdu*

“Mozart no usó jamás ni la espineta ni el clavicordio; por lo demás, si este instrumento es un clavicordio, no podría ser al mismo tiempo una espineta. Yo no he tenido el placer de ver el *Mozarteum*, pero desde lejos me atrevo a afirmar que no puede ser otra cosa que un piano-forte cuadrado.

“El nombre de espineta viene de que sus cuerdas estaban sujetas por pedacitos de plumas de cuervo en forma de espinas. Este instrumento tenía también en Inglaterra el nombre de *virginal*. No es, en suma, sino un claví primitivo del cual se servían ya muy raramente hacia fines del siglo XVII.

“En el clavicordio, la cuerda estaba sujeta por una lámina de metal, que la hacía producir un sonido débil pero muy dulce. Este instrumento es el verdadero padre de nuestro piano moderno, no el clavecín”.

A pesar de la evidencia de su encanto y de su emoción, el clavecín está hoy en poco favor. Se le reprocha no producir sino sonidos muy cortos; y se puede leer, a menudo en las críticas, este calificativo: “esa molesta jaula de moseas”. Es quizás un error. Mme. Wanda Landowska, para no citar sino a esta virtuosa del clavecín, hace exhalar de este instrumento vibraciones tan prolongadas como las que producen las cuerdas de un piano sin pedales. Durante todo el siglo XVI y XVII, el clavecín fué considerado como el rey de los instrumentos.

Fué en 1716 cuando, casi al mismo tiempo, el francés Martin y el florentino Cristofori, constructor de clavecines del gran ducado de Toscana, inventaron los primeros piano-fortes. La invención no fué bien

recibida. Voltaire escribió: “Le piano-forte est une invention de chaudronnier en comparaison avec le clavecín.”

Baibastre, el organista de Luis XVI, dijo a Pascal Taskin, que acababa de toear el primer piano-forte introducido en las Tullerías: “Por mucho que Ud. haga, amigo mío, este recién llegado no destronará al majestuoso clavecín”.

Los progresos en la factura de este nuevo instrumento crecieron rápidamente. Hacia 1770, el sajón Godefroy Silbermann y el fabricante de órganos, Gera, construyeron el primer piano cuadrado. Tenía entre otros méritos el de no ser muy dispendioso; gran ventaja para el vulgo, sobre el clavecín, generalmente pintado con hermosos dibujos. El piano cuadrado no costaba sino 450 francos. Este precio no tardó en aumentar con las mejoras poco a poco introducidas; y Mozart, que se había enamorado del nuevo instrumento, siente que el deseado (un piano de Stein) cueste 300 florines, o sean 600 francos. De todos modos lo adquirió.

En su forma primitiva, el piano-forte tenía una sonoridad dulce y débil. No se le empleaba sino para los acompañamientos de una voz, y en música de cámara, con otros dos o tres instrumentos.

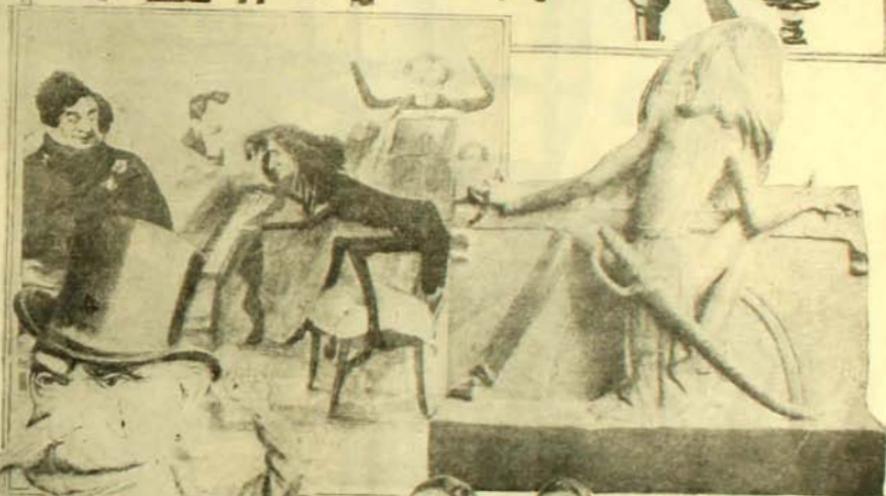
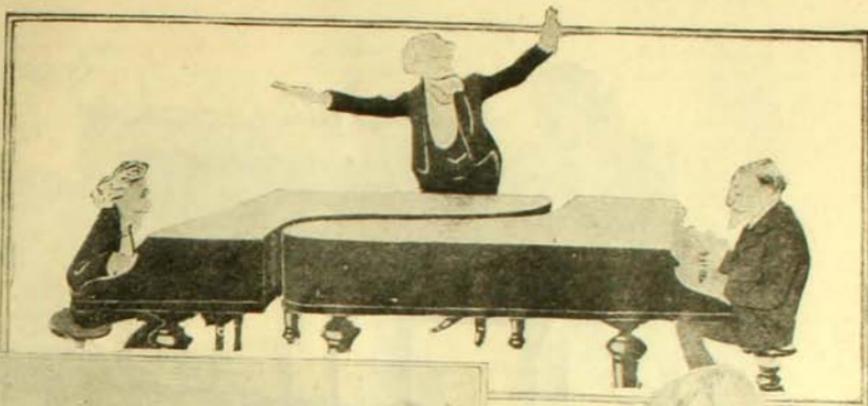
En la época de los hijos de Bach, su papel fué mínimo; se prefería el clavecín; Haydn y Mozart le empleaban al igual que el clavecín, sin mostrarle preferencia.

Fué en 1780, por los admirables trabajos de Sebastián Erard, cuando el piano tomó una gran expansión. No menos que Sebastián Erard, Ignacio Pleyel y su sucesor, Camilo Pleyel, deben ser alabados por el impulso que dieron a este instrumento, hoy día sin rival.

Sería fastidioso explicar menudamente los progresos extraordinarios que se han hecho en la factura del piano, progresos que nos han llevado a esos admirables pianos de cola que lucen en los grandes conciertos.

Cada momento de un arte suscita los instrumentos de que ha menester. Es la justificación de la fórmula de Darwin: “La función crea el órgano”. Cuando el clavecín no bastó al ideal de los músicos, se eclipsó. El piano-forte conviene sobre todo a una

Los virtuosos del teclado



CARICATURAS Y RETRATOS.—Arriba (dibujo de Losques), el director de orquesta Colonne dirige a Luis Dimier (a la izquierda) y a Saint-Saens (a la derecha); abajo, a la izquierda, el galope cromático y al lado, una estatua Liszt al piano, por Dantan; más abajo, caricatura de Ernesto Reyer y, por fin, un grupo de pianistas célebres. — 1. Rosenhain; 2. F. Dohler; 3. E. Wolff; 4. Heusch; 5. Chopin; 6. Liszt; 7. Stalberg.



ALGUNAS DE LAS GRANDES FASES DEL PIANO Y ALGUNAS DE LAS GRANDES FIGURAS DE PIANISTAS.—Se ha tratado de mostrar aquí cómo, de progreso en progreso, el teclado de la humilde espineta ha llegado a ser el de esos grandes pianos de cola, cuyo poderoso sonido desafía las tempestades de la orquesta, y que muestran a los auditores maravillosos un lujo y una arquitectura brillantes. Ciertamente, no todas las formas que correspon-



den a este progreso figuran aquí; pero las principales están representadas; y la presencia de los grandes compositores Lulli, J. S. Bach, Mozart, Beethoven, Chopin, César Franck, de los grandes pianistas Pleyel, Diemer y Paderewski, evocan las más características de las hermosas épocas de la historia de la música. (Fotografía arreglada por la Casa Pleyel).

época musical que coloca la melodía más alto que todo. Cuando la ejecución de los pianistas se singularice por rasgos de alocuciones milagrosas, la factura del piano se ingeniará para buscar una mayor perfección todavía.

A la boga del clavecín corresponde el estilo lacónico de un Juan Sebastian Bach, estilo mas armónico que melódico.

Con uno de sus hijos, Charles Emmanuel Bach, comprobamos una modificación de estilo muy sensible. Se hace menos conciso, mas melódico. Entónces los virtuosos abundan. Mozart, Muller, Clementi, Beethoven, Fuld, Klengel; los tres últimos valen mas por lo didáctico que por su ejecución propia.

Mozart y Beethoven merecen más que todos los otros, el que nos detengamos un instante en ellos.

Se sabe del niño prodigio que fué Wolfgang Mozart. A los tres años, componia ya; y su hermana, si fué menos genial, no fué menos precoz que él. Mozart encontró en el espíritu artistico de su padre lo que faltó al florecimiento de Beethoven: la ayuda, la dedicación inteligente y sin límites.

En Mozart, sólo nos interesa aquí el virtuoso: tuvo los éxitos más enormes. Si ellos no le enriquecieron—entonces no se pagaba una centésima parte de lo que se paga hoy a tantos virtuosos—sus innumerables conciertos le valieron un renombre universal. París lo aclamó; un concierto en casa del príncipe de Conti, que pudo dar, gracias a la mediación de Grimm, consagró súbitamente su reputación. Agotado por la enfermedad, y sin duda, por su propio genio, Mozart murió a los 33 años. Si se considera que para él la vida creadora comenzó a la edad de 3 años, se puede sostener que no murió tan joven como se dice.

Delante de Mozart fué llevado un día un

niño de 9 años, de una figura un poco leonina, de aire soñador y retraído. Este niño tenía ya una historia, una muy triste historia. Había nacido en Bonn (Alemania). Su padre, músico también, le había enseñado la música golpeándolo las tardes en que llegaba borracho, cosa que le sucedía casi todos los días. Se muestra todavía, en un museo consagrado a su memoria en la casa natal, la pieza en que, según afirma el guardian, el niño se retiraba para sollozar sobre el tierno corazón de su madre. Mozart dió al niño un tema de improvisación.

Comenzó éste: y poco a poco la figura de

Mozart se iluminaba de gozo y admiración. Dirigiéndose a los que le rodeaban, Mozart les dijo: "Observen bien a este niño: causará el asombro del mundo".

Ese niño era Ludwig von Beethoven.

Su carrera de pianista fué relativamente breve, pero de un incomparable brillo. Si creemos a uno de los virtuosos que se midieron con él, quien, al volver a su casa, dijo a

los suyos: "He visto

tocar al diablo", la ejecución de Beethoven estaba inflamada de delirio sagrado.

La sordera que se manifestó en Beethoven hacia 1801, detuvo su carrera de virtuoso.

Después de Beethoven, se nota en el estilo pianístico el desarrollo sin cesar creciente de la virtuosidad; nunca como en esta época los rasgos se difunden y brillan. Esto, preciso es decirlo, fué y aún es todavía un gran peligro para la música. Los primeros autores de esta música milagrosa, trepidante, execrable a menudo, son Kalbrenner y Hummel, cuya influencia ha sido inmensa. Es preciso citar todavía a Hez, Mocheles, Dreyschock, Doehler, Prudent, Lubeck.



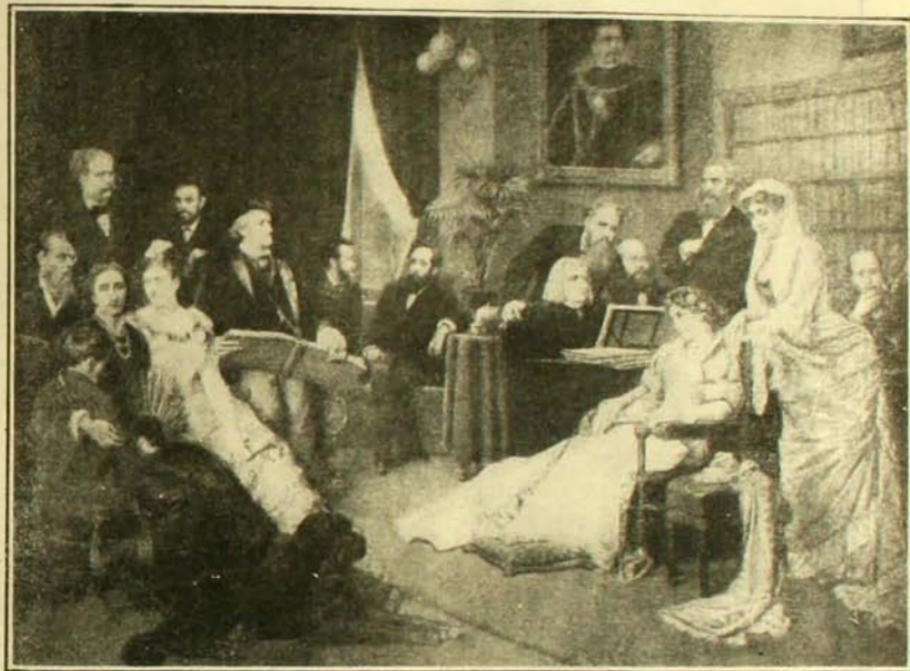
Raul Pugno, notable profesor del Conservatorio Femina.

Chopin, una de las mas grandes glorias musicales, fué un gran pianista.

Desde su llegada a París fué celebrado, deseado, y se puede decir, perseguido en cuenta de admiración.

Chopin decía a Liszt: Ud. tiene siempre una manera de convencer a sus auditores: aplastándolos.

y a quien todos los músicos modernos,—sobre todo su yerno, Richard Wagner,—deben infinitamente. Liszt, a quien un irresistible misticismo debía empujarlo a hacerse sacerdote, fué verdaderamente el dios del piano. Conoció triunfos que eclipsan todos aquellos de que se hace mención en la historia del piano. Con ellos ganó una for-

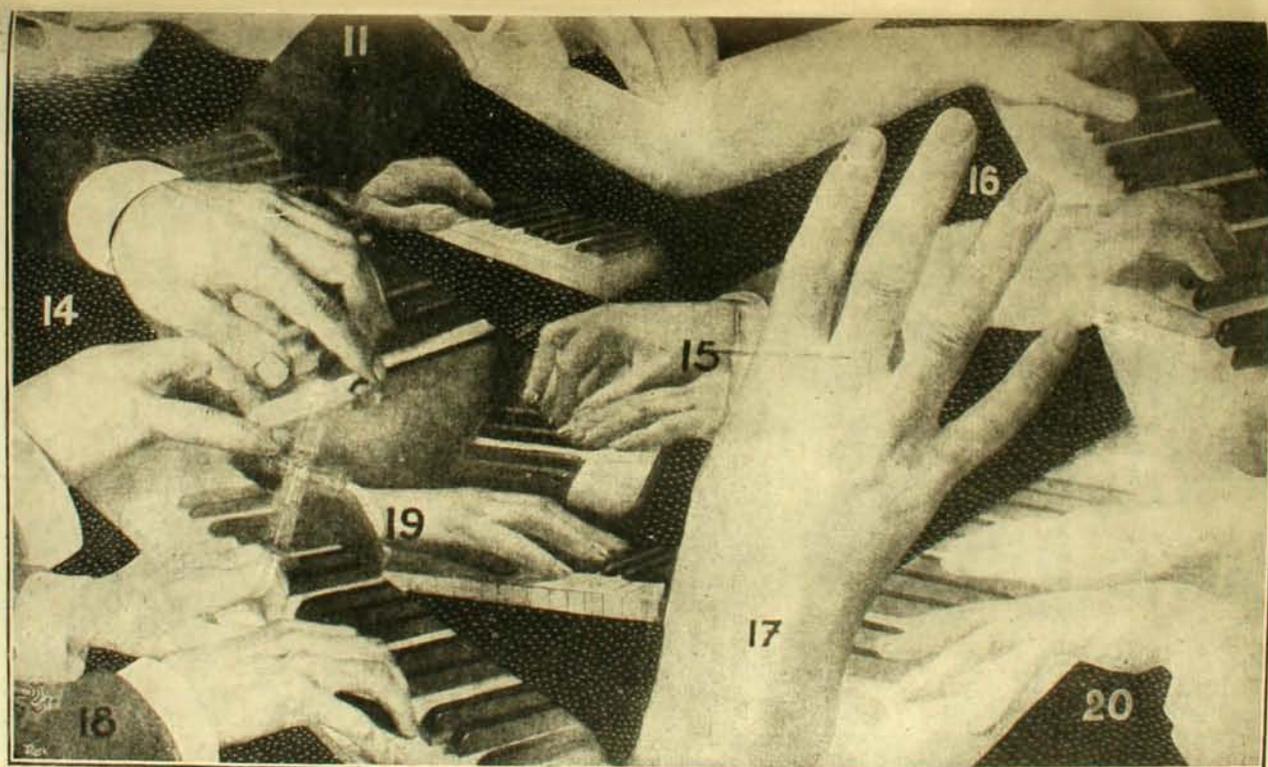
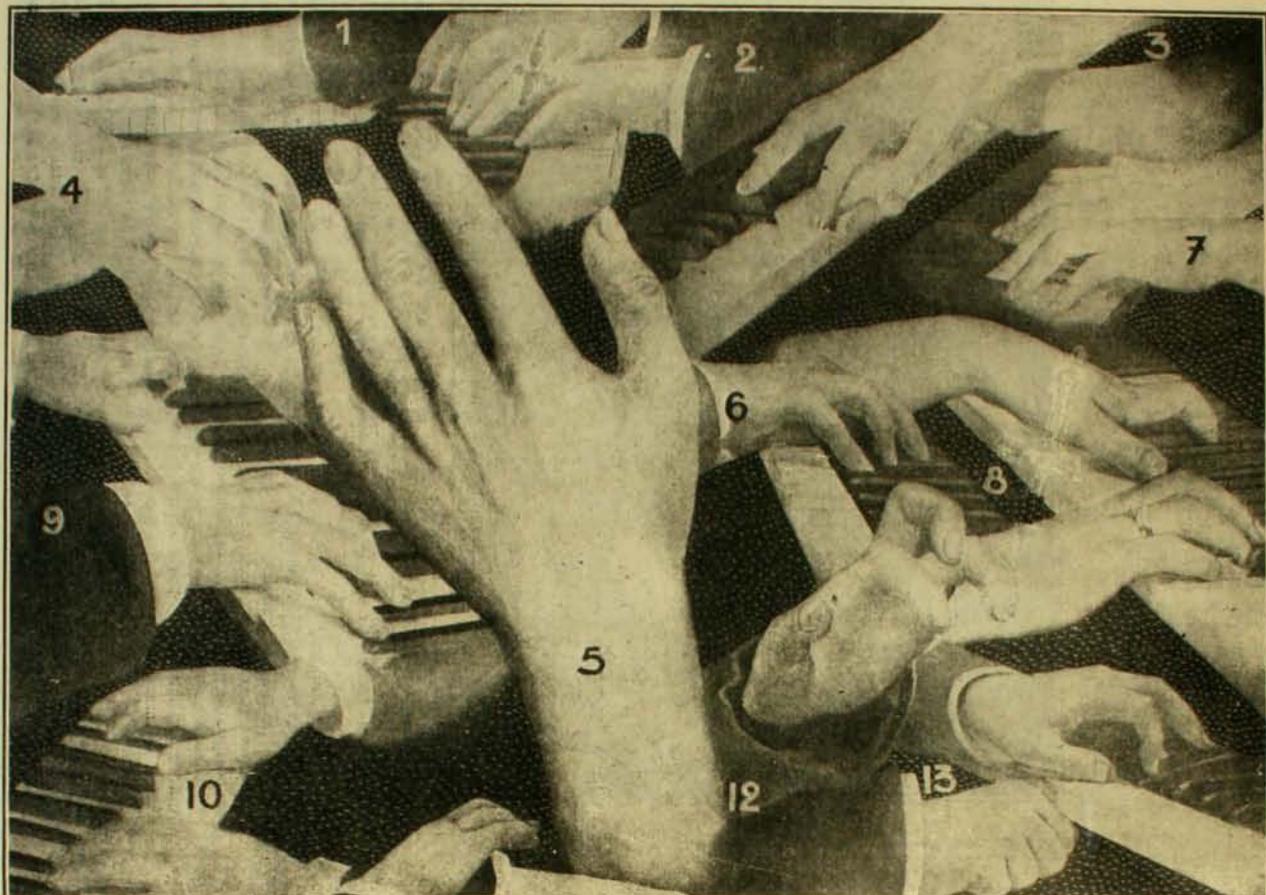


UNA VELADA EN CASA DE RICARDO WAGNER EN BAYREUTH.—Liszt, que fué suegro de Ricardo Wagner, está al piano tocando delante de un círculo de íntimos, entre los cuales se pueden reconocer: a la izquierda, vestido de negro, Mme. Cosima Wagner; en traje blanco, Mme. Materna; detrás de ellas, con un álbum de música, Ricardo Wagner; en el piano Liszt y, delante, con la mano en el cruce de la levita, el barítono Searla.

Robert Schumann fué tambien un pianista de gran mérito; y hasta 1875, su tierna esposa, Clara Schumann, dió conciertos que merecieron aclamaciones. Mendelssohn debió igualmente al piano, brillantes éxitos; fué un virtuoso de corte, y la reina de Inglaterra, Victoria, le tenía en muy particular estima.

Parece ser que la cima de la virtuosidad ha sido alcanzada por Thalberg, y, sobre todo, por Liszt. Liszt es, por otra parte, un inmenso compositor, cuya gloria va, de día en día, afirmándose y extendiéndose,

tuna considerable, que él agotó en servir a la música y sobre todo a los músicos. Su bolsa era inagotable como su corazón. No es exagerado decir que Wagner le debió la vida, la vida espiritual al menos. Fué el mas activo propagandista de aquel que debía ser su yerno. No le dió sino toda su abnegación; pero, por su comercio cotidiano, le sembró de ideas que Wagner no dejó perderse. Se cuenta que un día en que Liszt tocaba delante de él, Wagner exclamó: "Papá, yo te he tomado ese tema". Liszt se contentó con responder: "Tanto mejor,



ALGUNAS MANOS DE PIANISTAS CONOCIDOS.—Entrelazadas las unas al lado de las otras, estas manos, al mismo tiempo que muestran cierta característica curiosas, permitirán a nuestros lectores darse cuenta de la energía y de la dulzura empleadas por estos virtuosos del teclado. He aquí algunas manos: 1. Rubinstein; 2. Lazare Levy; 3. Mme. Roger Mielos; 4. Mme. Jeanne Mortier; 5. Chopin; 6. Lucien Wurmser; 7. Mme. Roger Mielos; 8. Kleeberg; 9. Luis Diémer; 10. Raul Pugno; 11. Rlsler; 12. Mme. Landowska; 13. Paderewski; 14. Cortot; 15. Eduardo Rlsler; 16. Mme. Jeanne Mortier; 17. Lstz; 18. Luis Diémer; 19. Planté; 20. Massenet.

muchacho, gracias a ti será inmortal".

Otro gran pianista fué el ruso Antonio Rubinstein; los que le han oído, como a Liszt, no titubean en colocarle en el mismo plano de su admiración. Los nombres se agrupan bajo nuestra pluma: Ravina, Marmontel, Teodoro Ritter, Delaborde, etc.

Se sabe que Camilo Saint-Saens fué el intérprete en el piano de sus propias obras; dió su primer concierto, hace cincuenta años, en la sala Pleyel, en donde Chopin y César Franck, para no citar sino estas dos glorias inmortales, habían sido ya aclamados.

Massenet toca admirablemente el piano, pero no ha sido jamás tentado por la carrera del virtuoso, lo mismo que el maestro Gabriel Fauré. Se debe a éste el descubrimiento de nuevas sonoridades pianísticas. Después de Chopin, ha sabido hacerse sensible y original.

Todo el mundo sabe el legítimo renombre de Paderewski, de Wanda Landowska, de Slivinski, de Hoffmann, d'Albert. Italia se enorgulleció justamente con Ferruccio Busoni. Francia no tiene nada que envidiar a estos países con Raoul Pugno, Francis Planté, Risler, Diemer, Cortot, Gabriel Pierné, Marguerite Long, Lucien Wurmser, Augusto Pierret, aclamados por los países del mundo entero.

¿El entusiasmo que levantan los virtuosos del piano es siempre de buena ley y se justifica por un mérito puramente artístico? No podríamos jurarlo. Es seguro que si M. X. es universalmente célebre porque puede probar que nadie hace resonar como él el mayor número de notas en un segundo y puede tocar más largo tiempo, es seguro que semejante celebridad estaría mejor en su sitio en un circo que no en un

concierto. Pero, ésa no es sino una rara excepción.

Exaltados como los tenores, los virtuosos del piano reciben tan buenos emolumentos como ellos. Exceptuado Caruso, no vemos que haya un cantor que gane el dinero ganado por Paderewski. Por eso, los virtuosos del piano llevan a menudo una vida verdaderamente real, y, en viaje, un tren que no lo es menos.

Una palabra de Labiche

Ello no es sino la compensación de largos años de miseria. Los más grandes han conocido ese calvario. Paderewski, sufrió las angustias del pan aleatorio. Recuérdalo sin duda cuando reparte a su alrededor el bien y la abundancia.

Terminaremos este artículo por el relato de una aventura que le ocurrió. Muy joven —Paderewski no tenía sino diez años— se hizo escuchar en casa de una anciana señora, que frecuentaba también el autor cómico Eugenio Labiche. A Eugenio Labiche no le gustaba la música, de modo que experimentó dolorosamente la virtuosidad extraordinaria del niño. Este escabullía los elogios, cuando la dueña de casa notó que sólo Labiche no participaba en el elogio general, y se hallaba solo en un rincón. Y él era el invitado de nota... Ella le regañó por su silencio y le rogó que hiciera un pequeño esfuerzo para cumplimentar al joven virtuoso. Gruñendo avanzó Labiche, con el deseo sincero de causar a su inocente verdugo algún placer. Buscó mucho la manera, y tomándole afectuosamente de una oreja, le dijo: "¿Y qué hubo? ¿Ya hemos concluido, chiquillo bullicioso?"





Mademoiselle Leontine

Por Nicolás Novoa Valdés

Ilustraciones de Sergio Huneeus L.

La sirena del transatlántico, con voz grave y solemne, había anunciado por segunda vez a los pasajeros que el barco estaba a punto de zarpar.

Llego por costumbre a los trenes con

media hora de anticipación a la partida, y a los vapores con dos por lo menos, de modo que hacía ya largo rato que, libre del trabajo de arreglos de equipaje y de distribución de mis efectos en el camarote

reposaba tranquilo, sobre cubierta, en un amplio y cómodo sillón de tela que mediante una módica suma, había arrendado al indispensable **stewart**.

Me entretenía en ver desfilar los pasajeros, aquella masa de desconocidos que habían de ser mis compañeros, tal vez algunos mis amigos, durante la travesía.

Imposible caracterizarlos, por mucho que me doy aires de psicólogo. Eran todos tan diferentes que, al fin, resultaban iguales. Vistosos sombreros de mujeres, severas ropas de hombres, flores que llevaban en su perfume el amor, la amistad o el interés, maletas salpicadas de papeles de colores en que se leía: Burdeos, Hong Kong, Hotel Majestic, Expreso Villalonga, etc.; brisas de perfumes despedidas, gritos, adioses, todo se confundía en un cuadro polieromo imposible de analizar.

Fatigado, clavé la mirada en la ciudad que iba a abandonar. Me era completamente indiferente. Nada dejaba allí, a no ser esa parcela pequeñísima de espíritu que la vida, sin que lo sepamos, arranca en cada momento de nosotros. Sin embargo, el espectáculo me interesaba: ¿qué habría dentro de cada una de aquellas casitas que, en conjunto abrumador, se presentaban ante mi vista? Una ciudad así, en informe masa, se me imagina un hacinamiento de miseria, un grito global de angustia, desprendido de las puntas de los campanarios que imploran al cielo con desgarradoras voces metálicas.

Yo partía. Era el eterno viaje. Vamos abandonando dolores para buscar dolores diferentes en otros sitios. Una ciudad, otra, y otra. Todo es igual, la forma sólo varía; la miseria que va en nosotros se encamina en busca de miserias diversas.

—Oyé, ché Leontina no olvidés el maletín de mano.

—Voyons, je sais ce que je fais.

El breve diálogo me llamó la atención; la voz francesa me inquietó. Fijé la mirada en un hombre alto, de ojos negros, vestido con atildamiento, que aparecía por la escala de embarque, seguido de una mujer rubia, delgada, de ojos azules muy rasgados, muy grandes, muy abiertos, cuya expresión tenía algo de la sorpresa y de la im-

ploración. Seguí con la vista a aquella mujer. No vestía mal, sin que ello autorizara para decir que era elegante. Su andar era decidido, nervioso, rápido, pero su cabeza, como la de un gorrión, giraba de un lado para otro, como queriendo verlo todo de una sola vez.

¿Era o no era? Podía ser Mlle. Leontine, la ex-institutriz de mis hijos. Me puse de pie e intenté seguirla para convencerme más aún. Alguien me impidió hacerlo.

—Ah, el eterno femenino, me dijo Raúl; siéntate, hombre, no te apures, ya vendrá después algo. No puedes ver una mujer medianamente aceptable sin perder el compás.

Hube de sentarme de nuevo al lado de mi compañero de viaje.

—Miremos, observemos, soñemos un momento más, insistió Raúl. Es tan agradable conversar callado.

—Tú me juzgas mal, respondí. No hay en mi movimiento nada de pecaminoso. Me he dejado simplemente llevar de una curiosidad pueril. ¿Sería cómico que fuera Mlle. Leontine acompañada de un argentino! Mlle. Leontine en *voyage avec son ami*, dije con tono de burla.

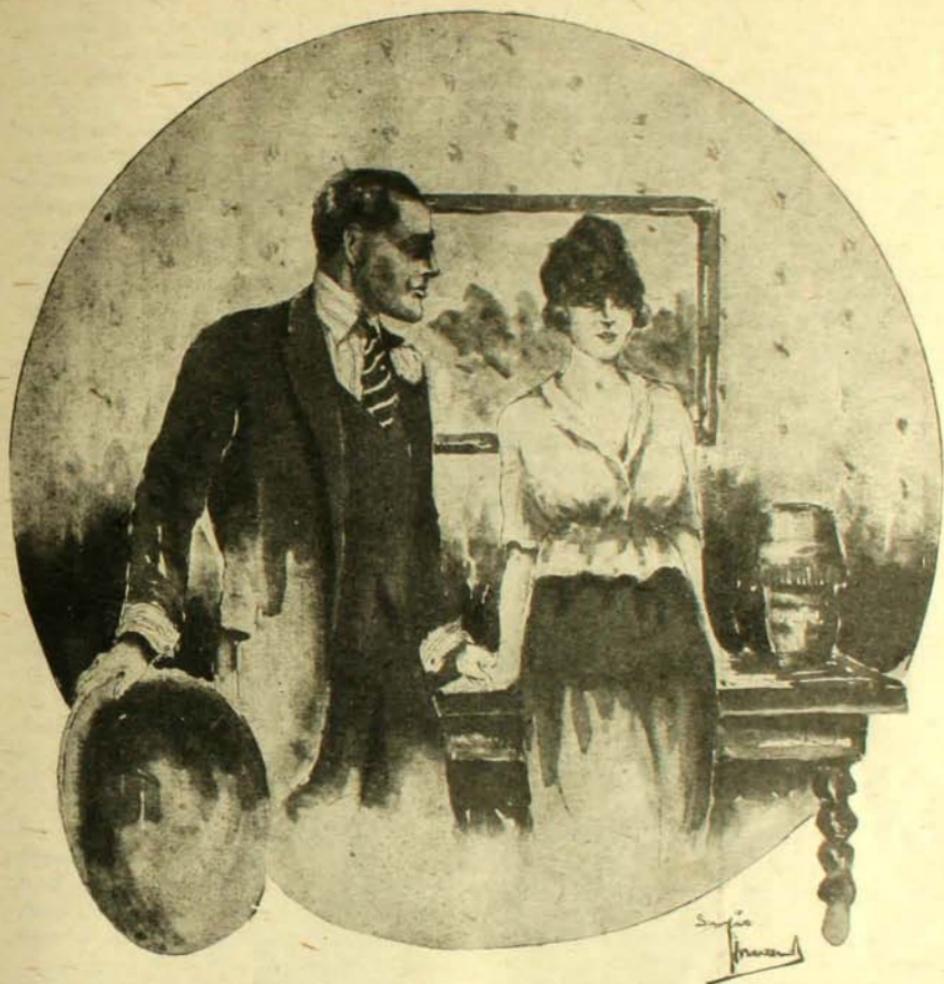
—¿A quién te refieres? ¿Quién es esa tal Mlle. Leontine, que llama tu atención en esa forma?

—Mlle. Leontine es un tipo extraño, curioso, que no deja de tener su interés, y en cuya vida algo he tenido yo que ver.

—Bien, pero explica.

—Me explicaré. En primer lugar, no sé si efectivamente la mujer a que te refieres, sea o no Mlle. Leontine. Esto lo averiguaremos más tarde. Pero, como en todo caso la historia de esa muchacha que viene ahora a mis recuerdos es interesante, voy a referirtela:

Mi mujer, es un tanto incrédula y desconfiada, no tiene fe en las cartas de recomendaciones y considera que el examen personal de un sujeto forma más claro criterio que las frases escritas o verbales. Así, para conseguir una institutriz que se hiciera cargo del cuidado inmediato de nuestros hijos, no fué mi esposa de casa en casa preguntando si conocían alguna de estas profesoras y en caso afirmativo qué condi-



ciones tenía, sino que se limitó a poner un aviso en dos o tres diarios.

Audieron al llamado varias interesadas; la una, vieja y gruñona, la otra, oxigenada y vistosa; la de más allá, dura, árida, y seca como un árbol sin savia. Por fin, un día cualquiera, apareció Mlle. Leontine. Era una muchacha que contaría apenas veinte años; tímida en exceso, ojos azules de mirar cándido y sorprendido y boca fresca y graciosa. Habló muy poco, se recomendó apenas y concluyó por implorar casi que la

tomáramos a nuestro servicio. Manifestó ser suizo-alemana, estar sin trabajo y no poder regresar a su tierra por las dificultades que oponía a su viaje el conflicto europeo. Mlle. Leontine hablaba con suma corrección el alemán, el inglés, el francés y el castellano; escribía todos estos idiomas, tenía una ilustración bastante vasta, como en general la poseen las muchachas europeas, y completaban este bagaje conocimientos de contabilidad y de dactilografía.

Tanto mi mujer como yo quedamos pren-

dados de Mlle. Leontine, de su afabilidad y de su candor.

Al día siguiente, la nueva institutriz había su entrada solemne en casa. Vestía un modestísimo traje de tela de algodón blanco y sobre su cabeza se alzaba un sombrero de tan mal gusto que casi llegaba a causar cierta hilaridad. La precedía un mozo de cuerda que con aire ligero llevaba sobre sus hombros una maleta que, sin duda, debía contener bien poca cosa.

¿Por qué la llamamos Mlle. y no Fraulein? Porque sí, porque siempre hablábamos francés, porque las institutrices deben ser *miss* o *mademoiselle*. Mlle. Leontine desarrolló, desde el principio de su labor una gran actividad. Los chicos progresaron rápidamente y en pocos meses el mayor de ellos, hablaba un delicioso francés, me llamaba a mí "mon cher papá", y se permitía corregir los resultados de mis adiciones que, por lo demás, son casi siempre errados.

Trascurrió un año entero, en el cual Mlle. Leontine fué introduciéndose en nuestra familia y en nuestras personas mismas como un pensamiento dulce y consolador que se apodera de nuestra mente en los días monótonos de la lucha cotidiana.

Ya Mlle. Leontine no era sólo la institutriz de los niños, era también un poco la mayordoma de la casa, un tanto la modista y hasta cierto punto la confidente de todas esas pequeñas cosas que surgen en la vida normal de una familia, sin importancia alguna por sí mismas, pero que aparecen graves en el medio en que se desarrollan.

Un sólo hecho traía preocupados a mi mujer y a mí. Mlle. Leontine era melancólica, su aspecto era cada día más sombrío y más triste, de su boca roja y bien perfilada se escapaban a cada instante suspiros muy hondos, que venían, sin duda, de alguna congoja oculta que le roía lentamente el alma. La pobre muchacha, con el azul de sus ojos y el dorado de sus cabellos, parecía un continuo atardecer, que es triste a pesar del cielo diáfano y del oro de los celajes.

—¿Qué tendrá? ¡Pobre Mlle. exclamaba mi mujer.

—¿Qué ha de tener?, respondía yo. To-

dos estos sajones de raza alemana son así, viven pensando en el wallahala.

Sin embargo, Mlle. Leontine ensombrecía.

Una noche, al regresar a casa, pasé frente a la ventana de su dormitorio, que tal vez por una casualidad, había quedado abierta. Mi institutriz se peinaba. Una verdadera lluvia de oro caía sobre sus espaldas. Me detuve sin querer y sin querer miré. Y esta vez no fué ella la que suspiró, sino que yo mismo en persona. ¡Pobre muchacha! Vestía un corsé raidísimo, y la parte superior de las medias estaban remendadas hasta lo increíble.

Volví la vista y continué mi camino mientras mi cerebro no podía menos que indagar una y otra vez el secreto de Mlle. Leontine, la pobre muchacha que suspiraba y que vestía el sucio corsé y la media remendada.

Tal vez Mlle. Leontine, a no ser por las circunstancias que voy a referir, habría vivido años de años a nuestro lado, suspirando siempre y sin articular palabra, pero la vida se encarga, con una fatalidad ciega, de descubrirlo todo.

Mi trabajo se hizo en aquellos días abrumador. Además, mi secretario estaba enfermo y no me era posible utilizar sus servicios.

Desesperado ante la urgencia de mis obligaciones y mi falta de medios, recordé los conocimientos dactilográficos de Mlle. Leontine y resolví honrarla con un cargo aún más elevado: mi empleada de confianza.

Cada vez que una nueva carga pesaba sobre las espaldas de la institutriz, ella sonreía débilmente, suspiraba como de costumbre y respondía:

—C'est bien, monsieur.

La minuciosidad de las mujeres aventaja con mucho a los hombres como oficinistas. Mi despacho, desde el día en que Mlle. Leontine se hizo cargo de él, fué una verdadera maravilla de orden y de arreglo. Se completaron los índices y jamás quedó trabajo alguno para el día siguiente.

Una mañana de verano, ordené a Mlle. Leontine que se sentara frente a la má-



quina de escribir porque había de dictarle. Como de costumbre, la secretaria estaba en la oficina, a lo ménos hora y media antes de mi llegada y trabajaba afanosa.

Comenzamos la labor y ella se prolongó considerablemente. A pesar de lo embebido que me encontraba en mi tema de relación, hubo un momento en que me detuve al medi^o de la sala. Los suspiros de Mlle. Leontine eran ya tantos y tan frecuentes, que concluyeron por acongojarme de verdad.

—¿Quiere decirme, Mlle., qué dolor, qué pena le aflige a usted? ¿Por qué suspira usted tanto?

La infeliz enrojeció.

—Sea usted franca, agregué. Usted sabe que yo la quiero mucho y que tiene usted en mí un amigo que tal vez podría hacer algo en esta misteriosa situación por que usted atraviesa.

Mlle. Leontine enrojeció más aún y me pareció que algunas lágrimas saltaban de sus ojos.

Sin poderme contener y obedeciendo a un impulso de caridad, me acerqué a la joven y oprimiéndole su mano contra las mías la dije:

—Pero, ¿qué es esto, Mlle.? ¿Qué tiene usted? Dígamelo.

La institutriz se puso violentamente de pie, retiró con brusquedad su mano de entre las mías, y salió de la habitación.

Difficil me sería explicarte el estado de ánimo que se produjo en mí después de esta escena. Me acusé de estúpido y de torpe por haber herido la delicadeza de esta criatura tan frágil y tan desgraciada. Tenía vergüenza de mí mismo al pensar que ella habría interpretado mi movimiento como la expresión de un deseo de abuso para con un sér que estaba a mi servicio.

Pasé la tarde molesto y evité el encuentro con Mlle. Leontine. Por fin, me decidí a darla una explicación y a pedirla perdón por mi torpeza.

Temblando como un culpable, penetré a la mañana siguiente a mi despacho. El sol reía y la cabellera rubia de mi secretaria parecía haberse metalizado, era de oro puro.

La fiel servidora trabajaba con toda dedicación. Estaba sentada a mi mesa y no levantó los ojos cuando me sintió entrar.

Me acerqué a ella y no me atreví a articular palabra, ni siquiera a decirle buenos días. Temía una mirada acusadora en que el insulto estuviera velado por las lágrimas.

—¿Qué está haciendo usted? Pregunté por fin.

—La minuta que usted me encargó ayer, señor, me respondió la interpelada mirándome con sus ojos azules llenos de dolor.

—Bien, bien, respondí secamente.

Di dos vueltas por la sala y me decidí a todo.

—Tenemos que hablar, Mlle. Leontine.

—¿En qué puedo servirlo, señor?

—En nada, en oír y tal vez en perdonarme.

—¿Perdonarle yo a usted, señor? ¿Por qué?

La fisonomía de la institutriz tomaba el mismo aspecto nervioso y confuso del día anterior. Tuve miedo.

—Usted me ha interpretado mal, Mlle. Yo no he querido ofenderla. Comprendo que he sido torpe y que usted ha podido creer que mi caricia de ayer tenía una mala intención. Le aseguro que me preocupa su estado de ánimo y que al acercarme a usted no me ha movido otro objeto que una cariñosa compasión. Deseaba sinceramente ayudarla, hace un año que está usted a nuestro servicio y le debemos mucho. Tal vez me extralimité, discúlpeme. Créame que no soy capaz de acción tan villana y que tengo un noble corazón.

A medida que mis palabras iban saliendo de mis labios, Mlle. Leontine inclinaba su cabeza hasta apoyarla entre sus manos blancas y en los dedos de la derecha había una mancha de tinta que significaba claramente su pobre condición. Cuando hube pronunciado mi última frase, Mlle. Leontine prorrumpió en el más amargo llanto. Sollozaba y lágrimas abundantes corrían por sus mejillas siempre frescas, siempre sonrosadas.

Mi situación se había hecho aún peor.

¿Qué hacer, cómo proceder? Me acerqué a ella, hasta llegar a su lado y la dije:

Por Dios, Mlle., no llore usted, veo que agrego torpeza sobre torpeza, perdóname, tenga compasión de mi vergüenza.

Entonces se alzaron los ojos de la rubia, empapados en lágrimas, al través de las cuales, como en una lluvia de verano, se veía el nítido azul de sus pupilas. Tomó mi mano entre las de ella, que estaban frías, y llevándola hasta sus labios, me dijo:

—Perdóname, señor, es usted quien debe perdonarme, yo no tengo la culpa; le he visto vivir, he estado a su lado tanto tiempo, comprendo su bondad, conozco su corazón y sé que él vive solo. Es usted el hombre que yo, pobre y modesta como soy, había soñado. Le quiero a usted señor, con toda mi alma, sé que este afecto es atentatorio, pero es su corazón, su manera de sentir, lo que me ha perdido.

Nunca he sido más imbécil que en aquellos dolorosos momentos. Nada venía a mi mente, y con una falta de mundo extraordinaria no supe hacer otra cosa que dar golpecitos leves y cariñosos con mi mano en la rubia cabeza, como quien acaricia un perro faldero.

Después me retiré lentamente, retrocediendo, y fui a caer en un sillón que estaba próximo.

Mlle. Leontine me miraba ansiosamente y en sus ojos se veía la angustia de ciertas esperanzas y el brillo que acusa un poema pasional.

—Mlle., yo debo ser franco. Yo no puedo corresponder debidamente a este afecto sin hablarle casi con rudeza. Yo tengo por usted un inmenso cariño, casi una ternura; su presencia en casa constituye para mí un verdadero agrado; pídamelo que desee, pero no me exija amor, porque yo no la amo.

La secretaria no derramó entonces una sola lágrima. Permaneció callada y rígida como un sér tallado en piedra. Sus ojos estaban fijos y su barbilla temblaba levemente.

Tomé mi sombrero y salí de la habitación.

Ya comprenderás la atmósfera que des-

de entonces comenzó a reinar en mi despacho, antes lleno de actividad y de fuerza.

Mlle. Leontine no me miraba jamás. Trabajaba mal y lloraba a cada instante.

No tenía ánimos para hacerla salir de casa. Me parecía cruel lo que tal vez hubiera sido un acto de misericordia.

En una ocasión en que yo escribía a máquina, la ví ponerse de pie y venir hacia mí como un sonámbulo, silenciosa, demacradas las facciones.

Llegó a mi lado, me besó con ardor en la frente y me dijo:

—Si usted no me quiere, al menos permítame que yo le ame. Déjeme escribirle para no ahogarme.

Y desde ese día llegó tarde al trabajo, para darme lugar a que yo leyese una larga carta que, a diario, encontraba sobre mi escritorio.

Mlle. Leontine trataba de inquirir en mis ojos el efecto de su ardorosa y cándida literatura; después buscaba ansiosa el sitio donde yo había dejado sus carillas y, por fin, una amarga desilusión se pintaba en su semblante al descubrir en el canasto de papeles un pequeño montón de negras cenizas, único resto de sus tiernas frases.

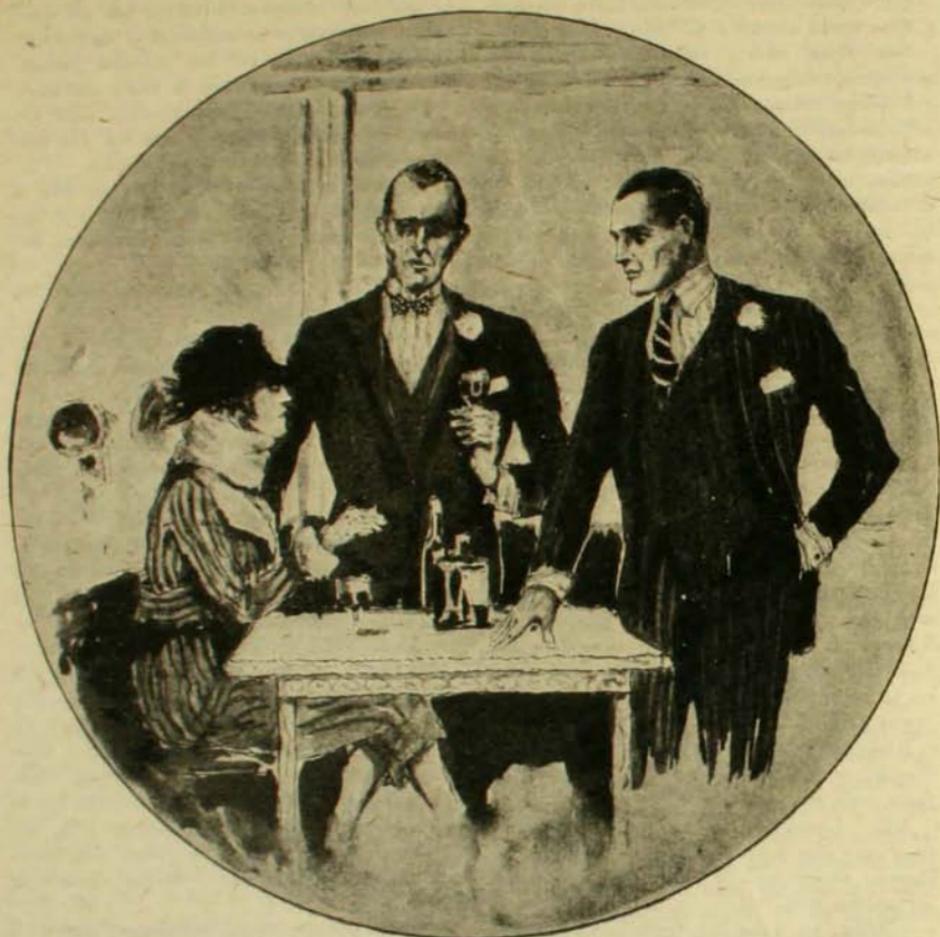
La situación se hacía ya demasiado tirante para ambos. Era necesario, a toda costa, buscar una salida decorosa. Pero ¿cómo hacer? No era posible expulsar a la abnegada institutriz. ¿A dónde iría, sin apoyo y sin refugio, la pobre muchacha de los cabellos de oro y de las medias de algodón?

Sobre mi conciencia planeaban inquietudes, responsabilidades y remordimientos.

Llamé hacia mí al poco sentido práctico que poseo, y mezclándolo con algo de mi eterna flaqueza de alma, tomé una resolución.

Mis medios no me permitían pagar el sueldo de la secretaria, debía salir de casa y para evitar que rodara por las calles con su candidez y con su alma niebelunga, yo pagaría su pensión, en una casa de familia, hasta que encontrase un trabajo honrado que le permitiera ganarse el sustento.

Y Mlle. Leontine partió. Lloraban los chicos al ver salir el clásico baúl que contenía los efectos de la muchacha. El ma-



yor se prendía de las faldas de mi secretaria, el más pequeño, vuelta la cara hacia un rincón, hacía pucheros. Mi mujer, intuitiva, miraba la escena con aire grave y misterioso.

Desde la ventana de mi escritorio, tras los vidrios, ví partir el automóvil. Los ojos azules se volvieron hacia mí y se agitó un pañuelo. Un instante después la bocina del coche resonaba lejana. Sentí una pequeña congoja. ¡Pobre muchacha!

Aquel ser extraño que llegó un día

cualquiera a mi hogar, llamado por un aviso de periódico, había logrado ocupar un privilegiado sitio entre nosotros. La comida fué triste, algo faltaba, no se habló de otra cosa que de las prendas de la institutriz, morales, intelectuales, etc. Más de una vez se encendieron los ojos de mis hijos y, antes de concluir la comida, el menor prorrumpió en amargo llanto.

El otro gritaba:

—No llores, ha prometido venir siempre a vernos y escribirnos.

Como acontece en todas las cosas de este mundo ligero y casquivano, pronto la silueta de la institutriz desapareció de la imaginación de los niños. Los chicos, libres ya de tareas, dieron amplias satisfacciones a sus insaciables deseos de jugar y brincar y en muy raras ocasiones aparecía en ellos el recuerdo de Mlle. Leontine. Mi mujer, sabía de ella a menudo, porque continuaba enviándole trabajo de costuras y de remiendos.

En cambio, yo vivía con Mlle. Leontine atravesada en mi existencia, como una de esas flores que se guardan en las habitaciones, que lo perfuman todo y que concluyen por hacer mal a la cabeza. Esta infeliz criatura continuaba escribiéndome, poniendo en sus cartas todo el trágico fuego de la desesperación y de la histeria. Quería morir. Quería morir de verdad. En su corazón se había abierto una brecha de donde manaba una sangre oscura y turbulenta que la envenenaba. No dormía, pasaba la mayor parte de su tiempo revolcándose en la cama y debatiéndose en medio de los más siniestros proyectos.

Nunca pudo conseguir que yo la fuera a visitar y, menos aún, ni siquiera a una tarjeta con dos palabras de consuelo.

No puedo negar que una inmensa inquietud me invadía. Tenía miedo de los grandes ojos azules inmóviles y casi salientes.

Una noche llegó hasta mí un amigo, un amigo íntimo que conocía la desagradable historia. Se presentó en mi casa nervioso, azorado y pidió hablarme a solas.

Mlle. Leontine había tratado de envenenarse. La presencia de mi amigo oportuna y tranquila, había impedido el suicidio. Pero la pertinaz enamorada daba sólo un tre gua, veinticuatro horas. Si en ese plazo yo no aceptaba una cita con ella, daría fin a sus días.

La descripción que me hiciera mi amigo de aquellos momentos dolorosos en que la rubia criatura, presa de las primeras angustias del veneno se retorció en su miserable lecho, pronunciando mi nombre con toda pasión y con amor infinito, me impresionó hasta el fondo del alma.

— Ernesto, Ernesto mío, te he querido

tanto, balbuceaba la infeliz creyéndose próxima al definitivo descanso.

No pude resistir y accedí al pedido de mi amigo, portador de la femenina angustia.

El también tenía algo extraviado en su mirada. El dolor profundo se comunica a los seres por vía secreta, como los torrentes que se hunden en la tierra para revivir en puntos desconocidos y lejanos.

Era el atardecer cuando estreché, junto a los muelles, la mano temblorosa de Mlle. Leontine.

Estaba inmensamente pálida, y su cuerpo se había tornado escueto y anguloso. Caminamos a la orilla del mar, pasando por sobre cadenas, fardos, cordeles y demás utensilios que habían quedado allí durmiendo, en espera que al clarear del alba siguiente el trabajo los pusiera de nuevo en vida y movimiento. Estaba todo oscuro, los edificios de las Aduanas y oficinas de Marina se alzaban como fantásticas molas y a lo lejos, sobre las aguas, ondulaban lucecillas de variados colores.

Por fin, después del silencio torturante y prolongado hablé y dije:

— Si alguna vez he podido abrigar en mi alma alguna ternura para usted, ella ha desaparecido, desde ayer, radicalmente.

— ¿Por qué?

— Porque usted ha intentado matarse, Mlle., porque su muerte voluntaria la convertiría a usted en un sér cuya memoria me sería más que horrible. Usted comprenderá bien que nada queda oculto bajo el sol; que, más tarde o más temprano, la causa verdadera del suicidio se conocería. Nadie podría creer en mi conducta leal y generosa. Hablarían de mi infamia, de mi abuso, y mi reputación y mi nombre quedarían perdidos. ¿Quiere usted poner las sombras de un cadáver entre mi mujer y yo, entre mis hijos y su padre?

No vi en medio de la obscuridad, sino el inmenso brillo de los ojos azules, sentí que dos brazos nerviosos y delgados se anudaban a mi cuello, y muy junto a mi mejilla, oí murmurar:

— Perdóneme, no me odie, viviré mientras no pueda morir.

Un automóvil nos condujo al centro de la

ciudad. La dolorosa empapaba mis mejillas con sus lágrimas y sus labios se juntaban a los míos en un estertor.

Aquella pasión me molestaba, el perfume ordinario y barato hacía mal a mis sentidos. Me parecía que había asesinado a alguien y que se me obligaba a cargar sobre mis espaldas el descompuesto cadáver de mi víctima.

Cuando descendí del coche y entré en la vida corriente y me sentí un sér como los demás, como esos despreocupados que miraban las vidrieras, me pareció que renacía a una nueva existencia.

La calma volvió poco a poco a mi espíritu, al ver que Mlle. Leontine no intentaba buscar en mí la satisfacción de sus anhelos y de sus ideales.

Había mudado de pensión, y con ello roto el último compromiso que a ella me ligaba.

Mi mujer ignoraba el paradero de la institutriz y vivía en la desesperación porque nadie hacía plegados y pegaba *soutaches* como Mlle. Leontine.

Una noche me pareció divisarla en un cinema, acompañada de un sér desconocido. El encender y apagar de luces, la confusión de la muchedumbre, me impidieron verificar la presencia de mi antigua institutriz en aquel teatro.

Más tarde, después de largos meses, mi esposa la encontró en la calle. Preguntóla sobre su vida y Mlle. contestó que se había casado con un yankee que la llevaría pronto a Norte América.

—Pero no lleva usted argolla de matrimonio, insistió mi mujer.

La interpelada enrojeció, se turbó y dió respuestas muy vagas y contradictorias.

De todo ésto hace ya largo tiempo. No puede menos de sorprenderme el parecido de esa mujer que acaba pasar con Mlle. Leontine. ¿Cómo es posible, la tierna, la romántica, la pasional institutriz, con un argentino y en viaje de placer?

—En verdad la cosa es interesante y curiosa, dijo Raúl. Mientras tú hablabas he visto pasar a la muchacha hacia el *fumoir*. ¿Qué te parecería que nos acercáramos a ella?

—Magnífico.

El barco se había puesto ya en movimiento. Muchas gentes se paseaban por cubierta mirándose los unos a los otros con ese aire de tímida curiosidad que expresa el deseo de trabar amistades y el miedo a lo desconocido. Atravesamos entre ellas y penetramos al fumadero.

Avanzamos dos o tres pasos y nos detuvimos. No puedo negar que el corazón me palpitaba más rápidamente. No cabía duda, era ella; ahí estaba sentada frente a una mesa pequeña sorbiendo una copa de vermouth y chupándose en seguida los labios con una coquetería y una fruición extrañas a su naturaleza. Vestía con tal mal gusto como antes, pero ricamente. El color rosa natural de sus mejillas había cedido el paso a un tinte rojo artificial.

De súbito levantó la cara y nuestras miradas se encontraron.

—Ernesto, toi ici, quel plaisir, venez prendre un cocktail.

Me turbé. Jamás me había tratado de tú.

Sin embargo, avancé, la saludé muy afectuosamente, oprimí aquella mano que me era tan familiar, entre las dos mías, y, después de presentar a mi amigo, tomé asiento a su lado.

Mlle. Leontine quedó un instante mirándome fijamente, me pareció que sus ojos adquirían un mayor brillo, luego después levantó la cabeza con un mohín ligero y me dijo; palmoteándome los brazos:

—¿Qué es de tu vida? ¿Siempre serio y soñador? Yo he querido mucho a este hombre, agregó en medio de su risa, y dirigiéndose a Raúl. ¿Qué divertidos! ¿Y Pepito? ¿Era tan dije!

Hablaba como una taravilla y de su pecho no se escapó un solo suspiro.

Recordó con toda sencillez la bondad de mi mujer y las gracias de mis hijos. Conversamos y reímos como viejos amigos que se encuentran después de larga ausencia.

Con todo, la charla no podía hilarse bien, porque Mlle. Leontine, con su cabeza de gorrión, miraba hacia todos lados y parecía distraerse a cada momento.

Sonó la campana que indicaba el primer aviso para ir a comer.

Ella me dijo:

—¿Te has fijado en ese joven que está en esa mesa junto a esa gran ventana? ¿No es verdad que es muy buenmozo y que parece muy fuerte?

Apuré el fondo de mi copa y me levanté.

—Permitame, Mlle., debo ir a mi camarote a vestirme para la comida.

Salí rápidamente. El barco se movía bastante. Yo, que no me mareo jamás, sentía algo extraño en la cabeza. Estaba sofocado: recuerdos, impresiones, malestar físico. ¿Qué sería?



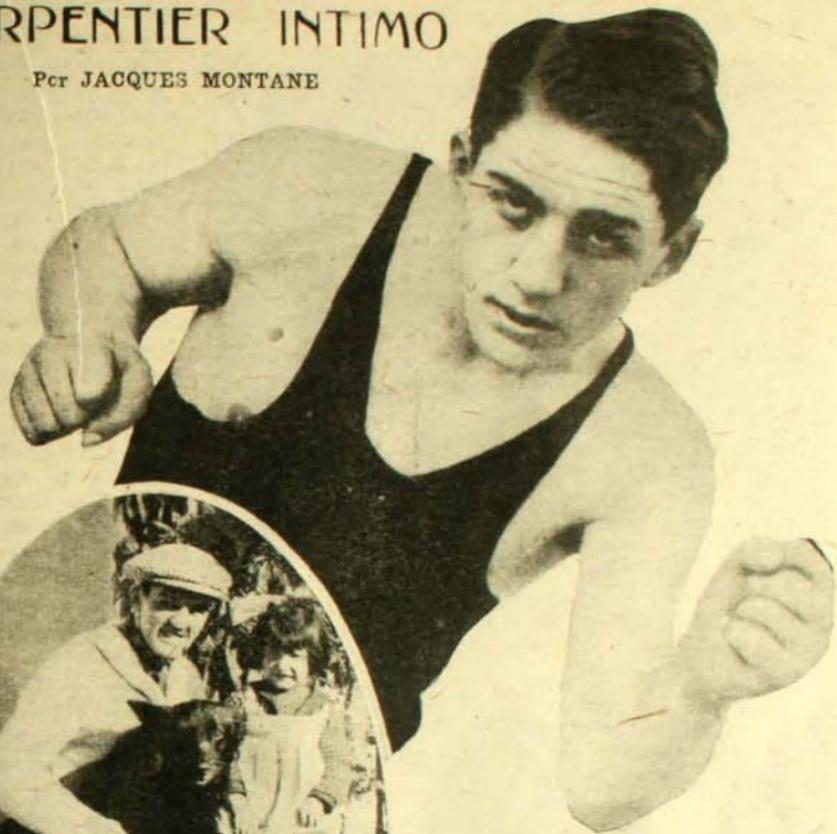


Srta. NORMA SUBERCASEAUX

(Artista fotógrafo japonés K. Nanyo.)

CARPENTIER INTIMO

Por JACQUES MONTANE



Carpentier, mientras se entrenaba para su pelea con Joe Beckett.



Carpentier en la intimidad, en La Guerche.

He tenido la suerte de conocer a Jorge Carpentier desde su más temprana edad. Fui yo mismo el que le hizo fotografiar en París por vez primera. Tendré siempre en la memoria al pequeño diablo de doce años que acudió

a disputar en la sala Wagram los campeonatos de aficionados del box francés. Fue contendidor de jóvenes de 22 a 25 años. Les llegaba apenas al ombligo; y había que verlo cómo se esforzaba en colocarles golpes en la cara. Puso a varios fuera de combate y se clasificó segundo en el final. Se le habría creído un león encadenado; iba y venía sobre el ring, sin descuidar a su adversario, saltando, atacando sin reposar jamás. Maravillado ante el pequeño fenómeno, yo le hice una fotografía. Tú te acordarás, Jorge Carpentier, de aquella noche. Te llevé al subterráneo de la sala Wagram; me seguías con un gesto de seguridad que yo no comprendía aún; y una alegría indecible. Ibas a poseer un retrato. Estabas acalorado por el ejercicio; te obligué a despojarte del sobretodo el momento preciso para que operara el magnesio. Después te entregué a tu profesor, que no era otro que Francisco Descamps. Hace doce años de esto.



El campeón tiene en sus brazos la hijita de su manager y amigo Descamps.

La entrada al ring de un muchacho tan joven fué juzgada con inquietud por algunos. Se creyó que el box y sus violencias podían influir malamente en su desarrollo. E año siguiente, de trece años Carpentier fué capaz

de sostener 18 vueltas de tres minutos contra el jockey Salmon, en Maisons-Laffite. Descamps— juzgándole mal—lo retiró de la pelea; pero el joven pugilista no se consideró conforme e intentó boxear, a su turno, con su mismo manager, quien ya había preferido este título al de simple profesor. Lo ha conservado, después, y ya se sabe el valor que ha temido!

En 1910, Carpentier tomó parte en una función de box, organizada por mí, en la sala Femina, a beneficio de las víctimas de la inundación. Ya era famoso por su ciencia y su sentido del box. Vivió siempre en Lens. Descamps, que no pudo acompañarlo, me lo confió a mí. Comprendí que nada era más fácil que hacer de mentor de un muchacho semejante. Después de haberle prevenido que debía trabajar bajo mi dirección, lo sometí a mi training. Nadie hubiera creído que se estaba en presencia de un boxeador ya conocido. Durante la velada él había puesto knock-out a un rival de valor; pero cumplió esta prueba como un estudiante que ejecuta su tarea. No manifestó ningún asombro. Le pareció un incidente sin

campeón que todo el mundo admira. Hoy, que le ofrecen tres o cuatrocientos mil francos por boxear una sola vez en Norte América, ya no puedo revelar que después de la función Femenina, le di 25 francos para sus gastos de viaje, añadiéndole todavía cinco francos que no habían sido convenidos, para darle margen a alguna de sus fantasías de adolescente... No hay para qué hacer notar que el genial muchacho tomaba parte en una función de caridad: desde tan breve edad se daba cuenta de la desgracia ajena!

Lo que es ahora, nadie podrá ver un knock-out de Carpentier por 25 francos!

Si he seguido con vivo interés la carrera del campeón que parece haberse puesto guantes de siete leguas para alcanzar más pronto la fama mundial, lo que me interesará siempre más es el Carpentier íntimo, el que no conoce todo el mundo. Personas que desean aparecer muy bien informadas lo han presentado bajo los más contradictorios aspectos. Según la mayoría, no es un modesto sino que un snob. Se necesitó ignorar por completo a esta gloria del boxeo para juzgarle así.

Yo he visto a Carpentier, después de su victoria sobre Gunboat Smith, en Londres, ocultarse en una panadería del faubourg Montmartre para sustraerse a las aclamaciones del público. El salió a otra calle por una puerta excusada. Su modestia le hace huir de las manifestaciones bulliciosas. Considera que él ejerce su oficio lo mejor posible; reconoce que su reputación no hace más que servir la causa de Francia en sus relaciones internacionales—este hecho ya no se discute—pero estima que las ovaciones de la calle deben ser reservadas a personajes de carácter más oficial que un campeón.

Ese mismo día, cuando se juntó conmigo en mi oficina de "La Vie au Grand Air", me decía:

—No sé cómo he escapado de ese mar humano; y estoy algo molesto. ¿Por qué me han reservado únicamente a mí una recepción semejante, y se han olvidado de Bouin, con su maravilloso record de la hora, y de Pourpe, que ha cumplido el raid del Cairo a Khar-tún, ida y vuelta?

Esta hermosa actitud pinta fielmente el espíritu de nuestro héroe. Aceptaría en rigor la ovación de la muchedumbre, a condición de

que se hiciera extensiva a otros que según él poseen mayores méritos.

He vuelto a ver a Jorge Carpentier cuando acababa de obtener su brevet de piloto. Puedo afirmar a Uds. que costaba darse cuenta de que era aquel joven militar, sin pose alguna, el campeón cuyo nombre bastaba para hacer desbordar de público las más enormes salas. Llevando su tenida reglamentaria de una corrección absoluta, seguía siendo el mismo modesto de siempre que no se preocupaba de asombrar con el relato de sus hazañas. Sin embargo, obtuvo dos citaciones en el orden del día, y la medalla militar.

La gloria de las armas no le hizo cambiar más que la fama del ring.

Vuelto a la vida civil y al ejercicio de su brillante carrera, abatió al inglés Dick Smith, Bajando del ring, después del nuevo triunfo, se contentó con decirme: "Estoy descontento; me sentía mal dispuesto".

Así juzgaba su primera pelea después de cinco años de ausencia del ring. Nueve rounds le habían bastado para poner knock-out a un campeón auténtico de Inglaterra.

Se ha presentado a menudo a Carpentier como a un hombre de ciudad que ama el teatro y las fiestas. El hecho es sin embargo que si se le encuentra en dichos sitios es por obra de sus admiradores que gustan de lucirse ante el público en su compañía. La verdad es que él no se divierte mucho en casos semejantes. Prefiere una vida regular y sana. No vayan Uds. a creer por ello que extrema este aspecto de su carácter hasta llevar siempre una existencia monástica. Hay que advertir que cuenta veintiocho años y que no desdeña distraerse cuando puede, es decir, cuando no está en un período de entrenamiento. Mientras se preparaba para el combate con Beckett, fué a entrenarse a La Guesche, en el paraíso de los campeones, organizado por su "hada", Francisco Descamps. Allí hacía una vida ejemplar. Carpentier gusta de unir lo útil a lo agradable. Rodeado de camaradas serios que le ayudaban en su trabajo, parecía un caballero campesino de la región. Los momentos de ocio que le dejaba el box lo destinaba a la caza, a la pesca, a la corta de bosques, a correr a pie, a saltar; porque, siendo como es un atleta incomparable, es un corredor y un saltador de gran estilo.

Se ha pretendido mucho hacer pasar a los

boxeadores por unos perfectos imbéciles. ¿No es nuestro deber contribuir a que se desvanezca esta opinión?

La preparación metódica y consciente de Carpentier le dió el triunfo el 4 de diciembre pasado sobre Joe Beckett, campeón de Inglaterra de todas las categorías. Ahora, sólo le resta disputar el campeonato del mundo a Jack Dempsey, tal vez en junio próximo. Y si

gana esta vez, recibirá, por lo menos, una bolsa de quinientos mil francos.

Merece el laurel mundial esta celebridad del ring que, al mismo tiempo que el mejor boxeador europeo, es el más simpático atleta que Uds. pueden imaginarse.

(Traducido y arreglado de "J'ai vu", para "Pacífico Magazine".)



Entrenamiento de carrera; a su izquierda el boxeador Mac-Croft.

PEREZ GALDOS

Por Angel Guerra

El novelista según la película de Zamacois.—La humanidad galdosiana.—Manera como se documentó para los episodios nacionales.—El testimonio humano y los archivos.—La vida burguesa de Galdós.—Influencia anglosajona.—El "humour" en su obra.—El luchador y el polemista.—Distracciones de Galdós.

Poco antes de que se anunciase en los diarios la grave enfermedad de Pérez Galdós, Eduardo Zamacois dió una conferencia sobre escritores españoles, en un teatro de la capital y al mismo tiempo, en una gastada película, vimos la figura del gran español de la última época. Hemos de confesar que una gran amargura nos sobrecogió cuando en la pantalla húmeda apareció la casita de extramuros de Madrid, un lindo chalet de estilo mozárabe, donde Zamacois señaló una ventanita aislada, entre las columnatas del piso segundo; el cuarto de trabajo del novelista! Allí, de seguro, nació todo ese mundo variado y pintoresco de la humanidad galdosiana, tan numerosa como el mundo creado en la comedia humana de Balzac y del cual puede decirse, con Montégut, que le hace competencia al estado civil.

Gloria, la apasionada vidente, Amparo, la amorosa; Leré, la mística de Angel Guerra; Almudema, el ciego de Misericordia, el amigo Manso, la familia Miau, Marianela, la Mignon meridional, Fortunata y Jacinta, todo el mundo que lucha y se desespera en la vida media de Madrid y de España, agregando el mundo de los episodios nacionales. Otra España, como dice Altamira, donde habría que documentarse para escribir historia. Y cosa curiosa, Galdós, cuando inició con la Fontana de Oro esta

vivificación real de la historia española, renunció por completo a la búsqueda de las fuentes históricas más socorridas: ni un documento, sino los avisos de los diarios o la correspondencia que se guarda en los archivos de las Bibliotecas de Madrid y de provincias. No quiso apagar el libre vuelo



Galdós, en la época en que escribió la primera serie de sus Episodios Nacionales.

del pájaro azul, el fulgor de la Quimera imaginativa; y para sentir de visu el color del paisaje donde se habían de mover sus hombres, viajó, de a pie, con su criado, por los caminos de España, durmiendo en los ventorros clásicos, interrogando a los viñateros de Castilla, de manos sarmentosas, o a los payeses de las serranías de Navarra, o a los cántabros bravíos, que guardaban en sus

almas rudas el recuerdo de los guerrilleros del tiempo de D. Carlos, la boina blanca de Cabrera o los ojos de fuego de Zumalacarrequí. Y de sus labios, fuente inagotable de colorido, empapados en leyenda, brotaron las anécdotas que habían de informar sus cinco series de episodios históricos, monumento literario que no tiene ningún país del mundo y que bastaría por sí sólo para hacer inmortal el nombre de Galdós.

Y este hombre que interpretó guerrilleros y místicos, mendigos y hambrones, todo el elemento puramente español, aventurero y pícaro que ha formado la novela clásica, era un burgués silencioso y metódico, so-



El maestro acariciando a su perro favorito. Último retrato hecho en el jardín de su casa.

brio como un anacoreta, la negación, precisamente, de todo ese mundo movible e inquieto que salió de su pluma, amontonándose en cuartillas del mismo tamaño, en cuyos márgenes dibujaba cabezas y paisajes, en las treguas de la concepción, que sacaba vírgenes de uno de los cajones de su mesa de trabajo, para colocarlas, nutridas de ideas, en otro de los cajones. Es como si la vida que bullía entre las células de su cerebro hubiera inmovilizado su cuerpo duro de isleño y de africano. Y en esto hay también una característica curiosa: el que pudiera ser un hombre fogoso y desbordado en virtud de la ley del

medio, es medido y equilibrado como un sajón; todo método y composición serena. Zamacois lo explica, justamente, por su influencia inglesa; pues don Benito aprendió en las islas Canarias primero el inglés que el castellano y la lectura de Dickens y de Shakespeare parece que hubiera informado para siempre su complexión espiritual. Hasta el *humour* de los anglosajones se puede entrever claramente en alguna de sus novelas, que tienen la ingenua frescura de las creaciones del autor de "Pickwick's Papers". La bella traducción del David Copperfield que hay en castellano, es de Pérez Galdós, como él mismo lo dice en las "Memorias de un desmemoriado" que se publicaron hace dos años en "La Esfera". De Dickens tiene el amor por las gentes humildes, su conmiseración amorosa y socialista por los desheredados y de Shakespeare, la grandeza de la concepción, la fuerza más allá del bien y del mal que se transparenta en "El abuelo" y en "Cassandra".

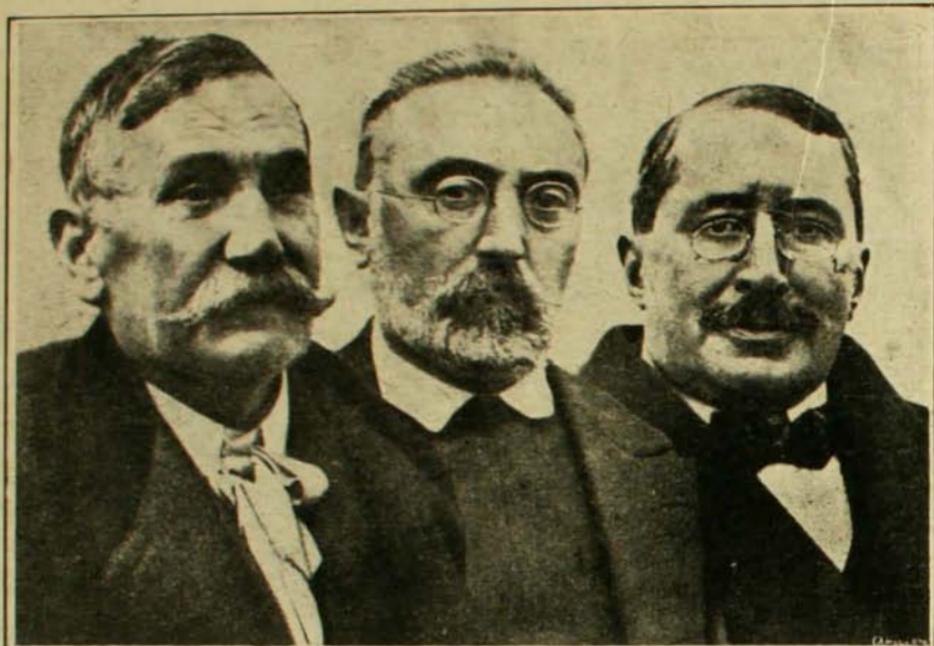
Tenía un concepto original y moderno sobre el arte de escribir novelas. Novela era



Don Benito Pérez Galdós y la actriz Nieves Suárez, en el Teatro Español, la noche del estreno de "Celia en los infiernos", última obra del autor de "Doña Perfecta".



Don Benito Pérez Galdós, al publicarse la segunda serie de sus Episodios Nacionales.



Galdós, Unamuno y Cavia.

para él, interpretando su labor, una obra de arte inspirada en la realidad, a través de la cual un sociólogo podría estudiar la vida y sus problemas como en la realidad misma. Esto explica, por supuesto, el concepto de Balzac: la novela es la historia de la vida privada de las naciones. Al novelista no se le exige sino una cualidad espontánea: ser novelista. Tener el don de reproducir la vida sencillamente, y descubrir en ella sus móviles psicológicos: no en forma de teorización sino en forma de vida, paisaje, hecho vivido o diálogo. Pérez Galdós enmarca perfectamente dentro de este novísimo tipo de novelista. No puede buscársele su *alter ego* literario entre los risueños narradores de la primera edad de la literatura española, verdaderos creadores de la prosa castellana: él es, ante todo, hombre de su época, reflejo de la agitación de ideas del siglo en que la democracia ha querido también tomar parte en la organización de los Gobiernos. Ya en él se nota cierto desaliño

en el lenguaje, cierta libertad en la introducción de nuevos vocablos, lo que un siglo antes habría sido un verdadero desacato literario. Ya en él se define el poco respeto a los clásicos, que parecen rezagados en esta nueva evolución de las ideas y quedan como bellos documentos del idioma, como estatuas impecables de una civilización brillante, pero con toda la frialdad de la obra demasiado estudiada.

Con razón Manuel Bueno lo clasificó en esa categoría de escritores que aceleran la emancipación moral de los seres, ensanchando el horizonte de la conciencia social. Los que preparan con varonil lucidez el porvenir; en contraposición a aquellos que, por pereza o por limitación de espíritu, contribuyen a la perpetuidad de las intolerancias y todas las tiranías que cohiben la ventura humana. Galdós, como Benavente y Pío Baroja, en vez de respetar las ideas y los sentimientos de su época, los analiza friamente y en muchos casos los

disuelve. Son los descontentos, los demole-dores, los que anuncian el pensar y el sentir de la edad futura.

Las calles de Madrid deben estar de luto, pues ya no cruzará las aceras de la Puerta del Sol o la calle de Alcalá la figura alta, cenceña, del heptagenario ciego o no se verá, a través de la ventanilla del fiacre de alquiler, el rostro cansado, con la nota pintoresca de sus antiparras ahumadas, del gran español.

Pérez Galdós era un gran distraído. Se cuentan de él varias anécdotas muy características y que confirman esta opinión. Entre ellas es muy curiosa la que nos contaba Blasco Ibáñez, en una de sus conferencias del año 1913. Era en Santander, en la villa de Galdós, aquel rincón de la costa montañesa que oyó las conversaciones de Pereda y del autor de "Lo prohibido", que el arte unía y que un abismo de ideas reparaba. Don Benito recibía sus visitantes matinales y a cada uno le contaba, señalándole una mancha negra de su pantalón blanco, cómo el gato favorito le había vaciado la tinta en su prenda. Blaseo, el levantino de ingenio mordaz, insinuó una observación:

—Don Benito: yo creo que usted debiera cambiarse el pantalón y así se evitaría el contarle la historia a cada visitante.

El novelista rió de buena gana; y según Blasco, se cambió el pantalón. Igualmente, en la administración de sus bienes, tuvo distracciones que amargaron no poco los últimos años de su vida. Basta para el caso, aquel pagaré firmado al prestamista, en que un cero insidioso dió al traste con toda la fortuna, tan pacientemente acumulada y a la que tenía pleno derecho. Empezó para él una lucha dolorosa. Se vió obligado a aceptar el puesto de director del teatro español y España entera hizo una suscripción para pagar la deuda de medio millón de pesetas que amargaba la vida de su novelista nacional.

La figura avellanada, paciente, característica de Pérez Galdós, con la inmensa mole de su obra en que están incluidas todas las



La vejez de Galdós. El ilustre literato, al subir en su coche, a la puerta del Teatro Español.

tendencias y todos los géneros, su labor de agitador de ideas, de periodista, de patriota, de legislador, es el mejor exponente de la vitalidad de la raza española que, al tildársela de país en decadencia, ha producido uno de los más poderosos cerebros del mundo, un genio artístico, que en la fecundidad de su labor, en la pintura de los caracteres, en la descripción de ambientes es un hermano de Dickens y de Balzac y un legítimo heredero de Miguel de Cervantes.



SRA. CARMEN SUBERCASEAUX DE HELFMANN

(Artista fotógrafo japonés K. Nanyo.)



El misterio del Music Hall

Al doctor Eugenio Cienfuegos, fraternalmente.

Por RAFAEL MAUENDA

Para unos era aquello simple leyenda, para otros se trataba de un acontecimiento estrictamente histórico; había quienes juzgaban el hecho como fantasmagoría, hija de un cerebro calenturiento de artista, pero había también quienes atestiguaban la estricta verdad de lo ocurrido.

Entre estos últimos estaba el flautista de la orquestuela, un viejecillo enteco, de mirar buhido, silencioso y huraño, que rara vez se decidía a esclarecer el asunto con sus afirmaciones de testigo ocular ante los parroquianos interesados por conocer los detalles del suceso. Temía la grosería de los incrédulos, de los torpes, que sólo reconocen lo que palpan sus sentidos, gente inculta que en más de una ocasión lo dejó con la palabra en la boca, llamándolo iluso y visionario.

Pero cuando supo que yo era un escritor aficionado a los "casos curiosos", se humanizó y después de aceptarme un whisky con soda, me dijo:

—Créame que me fastidia ver que duden de mis palabras, aunque yo mismo a veces pienso que el asunto no es fácil de admitir. Pero, mi señor, las cosas pasaron aquí mismo, delante de mí, a mi vista. Mire: yo estaba en ese extremo del tablado de la orquesta y la Santarella y sus amigos ocupaban una mesa justamente debajo de mi asiento. Podía verles y oírles con sólo inclinar la cabeza. Y el otro fué a sentarse en aquella mesa, en esa del ramo de lilas... Desde entonces el patrón no ha querido que muevan esa mesa, aunque se han hecho muchos cambios en el establecimiento... Bueno: las cosas pasaron un 20 de marzo, recuerdo la fecha exacta. ¿Quiere que le cuente?

Y fué éste el relato que le oí.

La Santarella era una estrella de variedades. Vino a Chile en una compañía que tuvo mucho éxito. Era una mujer muy bonita, muy elegante, que arrastraba tras de sí una corte de admiradores. Pero ella parecía no hacer mayor caso de esos éxitos y aunque, naturalmente, no era una virtud nadie pudo envanecerse de haber obtenido de ella otra cosa que la merced de su sonrisa triste.

Porque la Santarella no era una muchacha alegre. Los que después de verla en la escena, reidora, cantando sus canzonetas llenas de malicia y picardía, la miraban cruzar el foyer, con aquella eterna expresión de pena que era como un transparente velo de tristeza echado sobre su bello rostro, creían encontrarse con otra mujer.

Y es que la artista tenía su secreto, un doloroso secreto de amor.

Se había enamorado locamente de un pintor inglés, un lord millonario que distraía con los pinceles su incansable hastío. Se conocieron en Nápoles: él pareció despertar de su desdenosa indiferencia ante la belleza espléndida de la italiana, ella se sintió dominada, absorbida por la varonil apostura de aquel gran señor elegante y espléndido que tuvo para ella homenajes de príncipe. Y una pasión ardiente los envolvió como una llamarada.

En pleno idilio y cuando estaban haciendo proyectos para un viaje por las tierras, para ellos desconocidas, de América, una circunstancia repentina les impuso momentánea separación. Lord John Saxton debía concurrir en Londres a un grave consejo de familia que no podía eludir. Y como por aque-



En la misma época un empresario teatral de Buenos Aires le ofreciera a la artista un excelente contrato, acordaron que mientras ella se iba a la capital argentina, lord Saxton alcanzaría a Londres, en rápido viaje, para luego tomar en Liverpool el primer vapor que hiciera ruta a América.

Se trataba de una breve ausencia que sólo podía hacer más grande su mutua pasión. Y al despedirse, mientras ella toda llorosa y estremeida se abrazaba a él llamándolo:

—Mio John, mio caro John... el inglés

le sintetizó su pensar murmurando un dístico francés, cuya traducción exacta era la siguiente:

—La ausencia es para los recuerdos lo que el viento para el fuego: apaga los pequeños pero enciende los grandes.

Cuando la Santarella—Lina Santarella—llegó a Buenos Aires, recibió un cable, fechado en Liverpool, y en el cual lord Saxton le decía que "había tomado camarote en el "Ebro", rumbo a Nueva York; allí trasladaría para cruzar el canal y seguir viaje a Valparaíso, donde creía llegar antes del 5 de noviembre. Lina debía, calculando fecha, ir a su encuentro en el puerto chileno."

Quince días más tarde un nuevo cable le hizo saber que lord Saxton había tomado pasaje en el "Doralia", para encontrar se en Valparaíso en la fecha antes indicada.

La Santarella firmó contrato para Chile. Pero un día antes de salir de Buenos Aires recibió la noticia del naufragio del "Doralia" frente a las costas del Ecuador, y los diarios que relataban la catástrofe incluían el nombre de Lord John Saxton entre los pasajeros desaparecidos.

La desgracia que la hería en pleno corazón arrastró a la mujer a los bordes de la locura. Volvió de su desvarío como si la horrible impresión le hubiera arrancado un pedazo del alma; sumida en una especie de inconsciencia que la hizo olvidarse de todo menos de la amorosa cita de su John. Fué recobrando poco a poco la salud y el equilibrio; pero la idea de que era imposible, imposible, imposible que "su John adorado" hubiera muerto se le transformó en una especie de obsesión. Renovó su contrato, caducado por las circunstancias, y se vino a Santiago.

¿Quién sabe qué secretos pensamientos andaban en su mente desequilibrada; tal vez sólo era esa esperanza que nunca pierden las almas apasionadas ni ante los desconciertos definitivos; pero el eso es que Lina Santarella, terminada su temporada teatral, se quedó aquí. Se hubiera dicho que esperaba la realización de un milagro que la hiciera encontrarse con el hombre a quien ella no podía creer desaparecido para siempre.

¿Cuesta tanto hacerse la idea de que la felicidad ha muerto definitivamente!

Se habló de que una grave dolencia ren-tenía en Chile a Lina Santarella; tal vez ella misma insinuó esta idea para cubrir con una explicación verosímil la curiosidad de que una artista de su cartel se mantuviera sin contrato en Santiago. Pero la verdad, la dolorosa y romántica verdad concluyó por trascender al público y ella nimbó la melancólica belleza de la enamorada con el prestigio de su fidelidad y de su fe admirable.

Un pequeño círculo de amigos, entre los cuales estaban el escenógrafo Francisco Tunnelo, compatriota suyo, el periodista Salvador Nolasco, corresponsal de "La Prensa" de Buenos Aires y el violoncellista Michel Penha, gozaba de preferencia las exquisiteces de su camaradería. Con frecuencia solía vérsese por el Music-Hall a la hora de salida de los teatros. Ellos charlaban y Lina—escuchándoles en apariencia—permanecía muda, con los ojos perdidos en una misteriosa lontananza.

Una noche, la noche de aquel veinte de marzo, el grupo amigo entró al Music-Hall a la hora de costumbre. Vinieron a ocupar la mesita más próxima al tablado de la orquesta.

Lina Santarella parecía presa de una viva agitación; en sus mejillas, de ordinario pálidas, la sangre había ahora impreso un sutil arrebol; una luz centelleaba con raro fulgor en el fondo de las negras pupilas. Cuando ocuparon asientos, Nolasco le dijo con acento de amable reproche:

—Bueno; lo que va Ud. a hacer, Lina, es tomarse una taza de café bien cargado con unas gotas de ron para echar afuera esa obsesión enfermiza.

—¡Oh! qué fastidio—murmuró ella con tono de reproche.—Digo que lo he visto, que estoy segura, pero segura de que vendrá.

Parece que la artista les había confiado una idea, una loca idea que ellos pretendían hacerle olvidar y cuyo absurdo procuraban representarle con suavidad, a fin de no hierla en lo que era su más cara preocupación.

Pero la Santarella, con una terquedad inflexible, seguía diciéndoles:

—No ha sido un sueño, nó; ha sido una visión. Me pareció que estaba sentada aquí, zreo que en esta misma mesa. Y de pronto tuve la seguridad de que John iba a llegar. No era un sueño, pero tampoco puedo decir que estuviera despierta.... Bueno:





fué algo como si de improvizo una voz me hubiera dicho al oído que John se había salvado del naufragio, que venía a nuestra cita y no me había dado aviso para probar si yo tenía fe en él y lo estaba esperando... Y luego he visto el naufragio, he visto una playa. John, medio desnudo, se asía a una roca, y alzaba los ojos al cielo.

Tenía en la mano un pañuelo rojo... Estaba salvado. Después me alcé en el lecho, buscándolo y tuve la seguridad de que ahora, ¿saben? esta noche misma va a llegar... Uds. no creen, pero yo lo espero, lo espero.

El periodista Nolaso se volvió para interrogar a Tunello:

—¿Qué piensas tú de esto?

—Yo creo que se trata de una simple pesadilla.

Pero Miché! Penha arguyó:

—En realidad ¡sobre estas cosas del espíritu nada se sabe de cierto. No se puede negar ni afirmar.

De pronto, Lina dejó de hablar y apoyando la frente en sus manos, pareció entregarse a una honda meditación. Los otros callaban y bebían en silencio.

Una atmósfera extraña reinaba en la sala del Music Hall. Había pocos parroquianos, por ende escaso movimiento y agitación. La orquesta terminaba de ejecutar la "Reverie" de Schumann.

Súbitamente, en medio de aquel silencio,

la Santarella se sacudió como presa de un calofrío y dijo en voz alta, con los ojos cerrados:

—¡El!

Los tres hombres, inconscientemente, volvieron los ojos hacia la mampara de la entrada y allí, delante de los vidrios de colores, inmóvil, un hombre apareció.

Nolasso se volvió a Lina para preguntarle:

—¿El?

Pero ella no le respondió: alzó su cabeza, transfigurada por una expresión extraña. Murmuraba:

—John mío... John...

Pero se hubiera dicho que sus ojos, como los de aquellos seres heridos por la gota serena, miraban de frente sin ver. Y el forastero desconocido avanzó como buscando un sitio sin que la mujer en realidad se diera cuenta de su presencia.

Entonces los tres amigos, no encontrando relación alguna entre aquel nombre que los labios de la artista musitaban con pasión y el recién llegado, siguieron atentamente los manejos del desconocido.

Avanzó lentamente. Vestía de negro, con impecable elegancia. Alto, pálido, con una palidez extraña. Se hubiera dicho que nada existía debajo de la fina piel de aquella cabeza **hiératica que parecía absorber la luz sin reflejarla**. Ocupó la mesa del ramo de lilas, sin pronunciar palabra. El mozo se había apresurado a colocarse a su lado. Debíó ordenarle algo, porque se le trajo un vaso grande.

—Ud. dirá.

Y el mozo sirvió el whisky, pero como el forastero no le decía nada, lo llenó hasta el borde.

Lentamente, como si aquella sencilla operación le costara un inmenso trabajo, el desconocido se quitó los guantes de blancura impecable y los dejó sobre la mesa. Luego alzó el vaso y lo vació en su boca.

—¿Qué modo de beber!—apuntó Nolasso casi al secreto.

Tunello hizo una observación desconcertante.

—¿No han visto el líquido correr por su garganta? Cosa más rara! Hace poco me ha parecido **divisar el ramo de lilas a través de su cabeza**.

La Santarella se estremeció como presa de un gran calor. Un temblor finísimo sacudió

las blancas manos sobre las cuales descansaba la cabeza. Murmuró débilmente, como en un **sollozo**:

—John...

—¿Qué le pasa?—preguntó Penha.—Esto no es natural.

Y presos de un repentino sobresalto los tres hombres se aproximaron a la artista. La tocaron en el hombro.

—¿Lina... Lina!...

—¿Qué tiene?

Ella murmuró un nombre alzando los ojos sobre cuyas pupilas había como una opacidad lechosa:

—John...

—¿Pero está loca? Vuelva en sí. Fijese que **no puede ser él!**

Y fué entonces cuando ante todos los que allí estaban se produjo el misterio.

Como si el hombre—al oír aquella negativa terminante—hubiera sido herido de muerte, se dobló sobre la silla, se plegó sobre sí mismo. El brazo que tenía sobre el mantel se le escurrió de la mesa para quedar colgando con el blanco puño fuera de la manga. Súbitamente **dejaron de verlo**; mientras el traje, como un globo que se desinfla, se fué quebrando, plégándose hasta escurrirse de la silla.

Los tres amigos se pusieron de pie, pálidos, desencajados, con las pupilas agrandadas por el terror.

—¿Oh!...

Lina Santarella había recobrado la conciencia. Miró en torno suyo con extrañeza, se pasó la mano por la frente humedecida y murmuró:

—Soñaba, soñaba que él estaba aquí...

Pero los hombres no la escucharon, y sacudiendo de aquella especie de estupor que los inmovilizaba, se plantaron de un salto junto a la mesa del ramo de lilas. Uno de ellos tendió la mano hacia el montón negro del traje abandonado y lo alzó.

De la camisa y del chaleco empapados de whisky una lluvia de gotas ambarinas cayó sobre el parquet!...





LUIS RODRIGUEZ ACASUSO, notable autor teatral argentino.

TEATRO ARGENTINO

“COLORADO Y NEGRO”.—LO QUE PIENSA SU AUTOR DEL TEATRO ACTUAL.
—LA NUEVA ORIENTACION.

Por ALBERTO ROMERO

EN la redacción de “La Epoca” se discutía una tarde sobre la significación del criollismo, aplicando este vocablo al teatro nacional, representado en aquel instante por Luis Rodríguez Acasuso, uno de los escritores más talentosos de la nueva generación.

Buenos Aires, con su extraño conglomerado de hombres y su gesto de mujer caprichosa, va dejándose robar su personalidad, para entregarse en manos de un desahogado cosmopolitismo.

El tipo popular se perdió en una hermosa leyenda... A la Argentina de hace medio siglo se la recuerda solamente cuando se lee el maravilloso poema de Hernández, creador de aquel Martín Fierro sublime que hoy se viera reemplazado lamentablemente por el italiano de arrabal y los “gallegos” de casa grande.

Dentro del teatro, este mismo espíritu hace su labor calladamente. Muy pocos autores desearon en el tablado la figura del criollo puro, ese criollo que sabe llorar y sabe reír; que tiene porte de estatua y finura de romántico, capaz de todo lo bueno y de todo lo malo...

Rodríguez Acasuso ha perfeccionado, por decirlo así, el teatro psicológico, arrancando del ambiente maleado donde se agotan los hombres, personajes animados por una formidable racha de vida.

Con suprema honestidad, Rodríguez supo aislar al público, que con benevolencia cortesana le ofrecía desde las butacas una recompensa, a trueque de saborear un mal chiste que evitara sus pasiones.

“Colorado y Negro”, las dos fichas atormentadoras de la ruleta, hacen reformarse al criollo vicioso, al jugador atávico padre de una familia honesta, esposo de una mujer a quién vende por dinero, en el momento de sentirse perdido, cuando una voz interior le grita: “negro”.

Y Rodríguez Acasuso, conocedor de almas grandes, nos pinta en trazos imborrables a la víctima; al pequeño que más tarde ha de rodar también por la pendiente hasta estrellarse; nos pinta el dolor de la madre y la cobardía de los hombres, dándonos una solución, al final de la obra, para ese mal de vivir muriendo...

Los muchachos de “La Epoca” nos abandonaron, para discurrir un acontecimiento político, planteado por uno de los tantos visitantes que pasan por las redacciones en busca del sabroso plato diario.

Rodríguez parecía dispuesto a marcharse; pero el humo de los cigarrillos entibiaba el rincón de nuestra charla, poniendo ese velo sutil que adormece las cosas.

—Rodríguez, pregunté, cuando éste me alargaba su petaca. ¿Cuál es, en su concepto, el mejor autor teatral argentino?

—Muy difícil es precisarlo, exclamó... A la formación y sostenimiento de nuestro teatro han concurrido elementos diversos y complejos... Florencio Sánchez, para mí el autor de más talento, no era argentino por su nacionalidad, pero sí por la definición que tuvo la mayor parte de su obra.

Rodríguez Acasuso recuerda con cariño al escritor oriental que tanto engrandeciera a su patria, y cuando lo interrogamos acerca de la corriente artística que uniforma al teatro en sus producciones, nos respondió con cierto dejo de amargura:

—El “teatro nacional” iniciado, puede decirse, en pleno picadero, de pronto evolucionó a formas más orgánicas. En aquel momento surgió el plantel de autores brillantes con que él ha contado. Sánchez, Laferrere, Herrera, Pagano, Payró, Pacheco, Sánchez Bardell, Martínez Cuitiño, González Castillo; más tarde Iglesias Paz, Cayol y Vacarezza contribuyeron a basar sólidamente los elementos de un teatro de gran porvenir... En aquel entonces nadie

hubiera dudado de una creciente y admirable progresión artística; pero no fué así, por desgracia... Desde hace cinco años—hay que ser sincero—una ansiedad frenética de ganancias desquició gran parte de lo hecho; y si ganamos inverosimilmente en volumen económico, agrega, rápidamente decrecimos en volumen artístico... Hoy, unos cuantos autores—tal vez los menos—bregamos por encarrilar nueva y definitivamente al teatro de entonces... La importancia del diez por ciento, sonríe Rodríguez, acomodándose en su butaca, ha sido perjudicial para la tendencia artística, no así para el verdadero autor, preocupado, por sobre todo lucro material, de su expansión estética... Ello trajo como consecuencia la inmisión de elementos ajenos al teatro, deslumbrados por la ganancia fácil y rápida. La ingenua corriente de sensibilidad e idealismo desvióse como por encanto a un maquiavelismo cínico y refinado... Apareció entonces, un industrialismo teatral exento de toda otra finalidad que no fuera la de explotar al público, adulándolo en sus debilidades... La estupidez, la insolencia y la pornografía se aliaron para volcarse en producciones que, a pesar de su éxito financiero, no significaron nada y murieron en el último día de su representación... Cinco años de continuos adefesios teatrales han terminado por fatigar al público y hoy el teatro cínico agoniza por su propio cinismo, y morirá por exceso de cinismo... Se hace necesario caer en lo inmutable del arte: en la sinceridad.

La voz iba haciéndose cada vez más intensa. Rodríguez hablaba con pleno convencimiento, sin esos chistes que tanto regocijaban al maestro Gil, cuando en torno de una mesa precipitábamos un sorbo de café amargo.

—Y diga, Rodríguez, insistimos, ¿qué orientación juzga usted más aceptable para el teatro de hoy?

—Para esta respuesta sobra materia, contestó, y creo difícil concretar una definición, mucho más, tratándose de un teatro como el nuestro, en plena formación sobre un caos étnico, social y ético... No hay que olvidar lo que alguien dijo sobre el teatro: "él es patrimonio de los grandes centros de población"... Buenos Aires es una ciudad eminentemente cosmopolita, lo

que hace difícil, como usted comprende, vislumbrar la orientación más aceptable. La única deseable, a mi modo de ver, es la sinceridad, como lo dijo Baroja... Beber fuera de nosotros, en lo objetivo, es inspirarse en lo pasajero, en lo transitorio... Sondarse interiormente con toda sinceridad, es inmortalizarse... Buena prueba de ello nos presta la historia del Arte; lo épico envejece y muere; lo lírico es inmutable; un cielo de mecánica destruye una escuela artística basada en lo formático y en lo descriptivo, o sea, en la expresión enfónica o rítmica, y en la configuración del mundo externo... El arte es una fatalidad de cada temperamento y es inútil contradecirla, por eso el arte no puede tener una premeditada orientación, ni social, ni política, ni ética... El arte más nacionalista será el que de más universalidad disponga para poder así expandir lo que contenga de nacional...

Rodríguez Acasuso tenía en frente suyo las pruebas de su drama, próximo a imprimirse. Sin darnos cuenta, la interrogación se deslizó a través de la serenidad ambiente que nos acariciaba:

—¿El éxito de "Colorado y Negro" lo atribuye únicamente a su bondad, o cree que se deba en parte al procedimiento emocional con que llegó hasta el público?

—Los periodistas, sonrió Rodríguez, son espíritus de una malicia inquisitiva... Podría contestar, sin embargo, con una frase: "Soy el autor", o como quien dice, el papá del chico... Vaya usted a preguntarle al padre de una criatura muy fea o muy linda, y es seguro que contestará en ambos casos lo mismo: "Es mi hijo"... A pesar de todo, dejando de un lado la malicia periodística y comprendiendo la sagacidad que implica su pregunta, pues nada interesa tanto al público como el propósito y el procedimiento concretos de un autor, para emocionarlo, me explicaré... Aquello de Píndaro: "Se quien eres", lema constante de Federico Nietzsche, concreta admirablemente lo que debe ser un artista para serlo, y lo que creo, modestamente, ser yo al ponerme a escribir: "ser quién soy"... Siempre lo he hecho sin pensar en el público, que, por cierto, es la mejor manera de pensar en él. Creo que al público no se le pue-

de mentir como a la crítica... Ahora, interrumpió, permítame ser más claro: he sido crítico y lo soy aún a pesar de ser autor; ello no obsta para que como crítico sienta un gran respeto por el autor, y como autor, un gran respeto por la crítica... Usted podría objetarme ahora que ésta es una manera ingeniosa de respetarse a sí mismo, y en los dos sentidos, porque el autor que hay en mí respeta a' crítico, al mismo tiempo que el crítico respeta al autor.

Es un pequeño truco de modestia impensada...? exclamamos. Por esta vez, pase; ahora lo escuchamos.

—En efecto, continuó Rodríguez, la crítica se engaña muchas veces por una superintelectualidad; en cambio, rara vez se equivoca el público, debido a una superinstantividad... No olvidemos que el teatro es, únicamente, emoción, y que toda ideología en él debe ser emotivada por el artista... Por eso la crítica queda tantas veces perpleja ante el público que no supo apreciar una obra de ideas... Olvida que para hacer pensar al público es necesario emocionarlo... Estamos cansados de constatar cómo la crítica empieza atacando una obra para terminar por plegarse al concepto colectivo... Si el autor, al escribir, no puso todo su instinto, el público no corresponde a su obra, aunque la crítica corresponda a su cerebro... El teatro sin teatralidad es como un verso sin rima... En la corriente moderna existe un ansia morbosa de inateatralidad... El teatro, amigo mío, es un arte de gran complejidad... Para llegar hasta el alma del espectador, se hace preciso pasar primero por sus ojos y después por su oído. La tendencia moderna se empeña en que sólo sea por el oído, despreciando a la vista, el órgano de mayor sensualidad... ¿Por qué

razón si un asunto puede presentarse completo, es decir, plásticamente, con teatralidad, con emoción y con ideología, nos empeñamos en pretender exponerlo con uno sólo de sus elementos?...

Terminaré con Pero Grullo, dijo Rodríguez, haciendo sonar el suelo con la contera de su bastón. "El teatro es el teatro"... Los que desecha es porque carecen de sentido teatral, imaginación o poder asociativo... Se nace autor de teatro como se nace criminal; el primero va a un efecto escénico con el instinto y la fatalidad con que el segundo va a pegar una puñalada... El autor que se resista al mandato imperativo del temperamento, en nombre de una ambigua e inexplicable honestidad de orden cerebral, enfriará su obra y jamás podrá llegar a la emoción pura, el más alto ideal del teatro...

Pedro Sondereguer, el colombiano artista que hiciera nuestra presentación, se había dormido en el convencimiento de su charla...

La Avenida de Mayo deslizaba con sus luces de anochecer un misterio parlanchín, y a lo lejos, la cadencia de un tango hacía evocar la grandeza de aquella raza taciturna, personificada con todos sus encantos en la fiereza sentimental del gaucho, esculpida en el alma de Martín Fierro...

Rodríguez Acasuso, el muchacho que sabe pensar y sabe soñar, nos contaba sus proyectos, mientras nosotros, a lo largo de la calle, nos ensimismábamos en una lejanía sin fin; acaso en las notas de un "triste", llorado en esa inmensidad pamplina, que sabrá responder mañana cuando el cosmopolitismo le pregunte dónde se fué la raza...





SRTA. ROSA SUBERCASEAUX ALDUNATE

(Artista fotógrafo japonés K. Nanyo.)

VIDA LITERARIA

NAPOLEON PERIODISTA

No puedo disimular que el título de este curioso libro de M. Périvier—Napoleon Journaliste—me causó sorpresa, a pesar de

tre, para acompañarse en miserias más grandes todavía...

M. Périvier, llevado de la debilidad a que acabo de aludir—él también es periodista—exagera un poco la verdad de este singular descubrimiento.

De creerle, "los prodigios realizados por Napoleón en los campos de batalla, pierden en el curso de la historia su deslumbrante brillo y semejan a esos planetas enfriados que van errantes por el espacio".

Alejandro, Aníbal y César, como no fueron periodistas, se desvanecen. Rivoli, Marengo, Austerlitz, pasan a un segundo



• Napoleón, cuando era Primer Cónsul

lo habituados que nos tienen los literatos franceses a las mayores curiosidades.

¿Nuestro gremio podía honrarse con tan enorme personalidad?

Si bien es cierto que el hecho de ser gran capitán no le autorizaba para ser gran periodista, no por eso deja de ser agradable cosa—y yo no sé porqué—el contar con un colega de la calidad de Napoleón I.

Otros han recurrido a su nombre ilus-



Hacia Santa Elena, a bordo del "Belléophon"



Napoleón en sus primeros tiempos cuando era teniente

plano, "para ser en adelante meros asuntos de estudio de historiadores y críticos militares"; en tanto que "ciertas palabras de Napoleón, ciertas frases, ciertas páginas, ciertas conversaciones, ciertas correspondencias vivirán mientras viva la lengua francesa".

Esto me recuerda la atrevida observación de una estimada escritora nuestra. Decía—y esto en los momentos en que no se hablaba de otra cosa en el mundo que de batallas—que el recuerdo de Napoleón cedía paso al de Alfredo de Vigny!

Pero, ya es tiempo de observar que Napoleón, antes que periodista, fué un distinguido enemigo de los periodistas. A unos por torpes, a otros por perversos es el caso que a casi todos los persiguió rudamente, suspendiendo o suprimiendo las hojas en que escribían.

Así ocurrió con la "Gazette de France". Se publicó en este periódico la noticia del suicidio de un portero que, aburrido de la

vida, se había pegado un tiro, "no sin quitarse previamente las botas—terminaba diciendo el suelto—a fin de aborrazar a sus hijos el trabajo de descalzarlo". Esta ocurrencia fué calificada de "broma atroz sobre la muerte de un infeliz portero".

Igual suerte corrió la "Vedette de Rouen", por burlarse del presidente del Instituto. "El presidente del Instituto,—decía,—en el discurso que pronunció ante el Primer Cónsul, ha sido inspirado por el libro veintiuno del Telémaco".

Como algunos periodistas le adularan tontamente, Bonaparte hizo insertar en un diario de su influencia este aviso: "Se dice que el Primer Cónsul rehusará la entrada a quienquiera que se permita hacer en contra de él, elogios enfáticos o ridiculos".

En general, lo que motivaba esta persecución—según Thiers—era "que Napoleón comenzaba a inquietarse por las indiscreciones que la prensa cometía respecto de las operaciones militares, y los ataques virulentos que ésta se permitía contra los gobiernos extranjeros".

Verdad que no eran más suaves los que dirigían contra la propia persona de Bonaparte. Peltier, que escribía en Londres una sección de un periódico, intitulada "Paris", anunció así el advenimiento del Primer Cónsul:

"Ha comenzado a reinar Su Majestad muy increíble Napoleón, alias Bonaparte, jefe de una nueva dinastía corsa y sexagésimo octavo rey de Francia, por la gracia del abate Siéyès, de Luciano Bonaparte y del señor Saladino, héroe del siglo XVIII, etc... Y según las gentes honradas, miserable lugarteniente de Barras, esposo envilecido de la concubina de este último, ametrallador de Tolón, ametrallador de París, asesino de Alejandría, carnicero del Cairo, aventurero, charlatán, hipócrita, ambicioso desenfrenado, revolucionario furioso, traidor a su Ejército, desertor de Egipto, prófugo de Siria, verdugo de la especie humana, hombre sin fe y sin ley, inconsecuente, pérfido, extravagante, ateo, jefe de bandidos, usurpador, tirano, el Atila moderno, en fin, el más odioso de los hombres..."

Lo copiado da una idea de las fuertes razones que asistieron a Napoleón para terminar con semejante ralea.

* *

Bonaparte no sólo dirigía el "Monitor", sino que solía escribir en él. Escribió en contra de Inglaterra y sostuvo con la prensa y el Gobierno británicos, una violenta polémica.

Según Thiers, "sus artículos son modelos de razón, de elocuencia y de estilo".

Sauvo se llamaba el redactor en jefe del periódico de Napoleón. Un pobre hombre era el tal redactor, que pasaba molestias sin cuento cuando Bonaparte no le suministraba artículos propios.

Creía darle gusto—lo que no era tarea fácil—publicando artículos incoloros, extraños a toda política. En una época recurrió al ciudadano Goertz, médico, quien dió en elogiar la vacuna. Por lo cual, el Primer Cónsul le decía: "Siempre la vacuna: es muy fastidioso!"

"Es lo que ocurre—dice André Beaunier—con los periódicos que son el órgano de un solo escritor: en efecto, las veces que Bonaparte no escribía, el "Monitor" aparecía en extremo aburridor".

Pero, a falta de artículos, Bonaparte enviaba al "Monitor" algunos sueltos de no poco interés. Así, por ejemplo:

"L'Ami de Lois" dice que el Primer Cónsul, Bonaparte, acaba de ordenar la celebración de una fiesta que costará doscientos mil francos... ¡Esto es falso! El Primer Cónsul Bonaparte sabe que doscientos mil francos son el costo de una brigada durante seis meses".

O bien, si la prensa inglesa anunciaba que la mujer del Primer Cónsul cedía a alguna veleidad de anglomanía: "Es falso que Mme. Bonaparte haya encargado un carruaje a Londres".

Cierta vez envió Napoleón desde España, unas banderas que había tomado al enemigo. Y el presidente del Cuerpo Legislativo, que fué quien las recibió, presentóse a la

Emperatriz, con el objeto de rendirle los homenajes de la Asamblea en tan fausta ocurrencia. Josefina habría contestado diciendo: "que se sentía emocionada por esta cortesía de una asamblea que representaba a la Nación". Lo cual fué traserito al día siguiente por el "Monitor".

Pocos días después, Napoleón hizo publicar en el mismo diario, esta rectificación: "S. M. la Emperatriz no ha dicho eso. Conoce demasiado bien nuestras instituciones. Sabe que el representante de la Nación es el Emperador, porque todo poder viene de Dios y de la Nación. En el orden de nuestras instituciones, después del Emperador está el Senado, después del Senado, el Consejo de Estado, después del Consejo de Estado, el Cuerpo Legislativo, y después del Cuerpo Legislativo vienen cada tribunal y cada funcionario público en el orden de sus atribuciones".

Quando Napoleón fué Emperador, colaboró mucho ménos a menudo en el "Monitor". El pobre Sauvo no se atrevía a publicar nada por miedo a sus reprimendas. Napoleón se hacía llevar pruebas y las corregía sin piedad.



Traje de marta zibellina que usó el gran conquistador en la campanaña de Rusia

Un tiempo dió en la flor Sauvo, de contar cosas relativas a la Gran Duquesa de Toscana: "Es ridículo!—le dijo el Emperador. Europa se preocupa poco de lo que hace la Gran Duquesa. Los soberanos dejan publicar lo que ellos hacen, pero es a su pesar y sólo para impedir las habladurías ridículas. Se permite decir, por ejemplo, que el Emperador ha ido de caza: esto es para que el público, que no oye hablar de él, no invente novedades. Hay gran interés acerca de los actos de los soberanos, en tanto que no lo hay en lo relativo a la Gran Duquesa!"

¡No es interesante decir—ya al término de este artículo—que Napoleón fué el euasi inventor del reportaje, que es el caballo de batalla—o por lo ménos lo era hasta hace poco—de los diarios modernos?

Pues así fué. Y ello se puede ver en esta carta dirigida a Savary:

"Señor Duque de Rovigno: en lugar de las tonterías que llenan diariamente los periódicos, ¿por qué no envía a algunos comisarios a recorrer los lugares de donde hemos expulsado al enemigo, con el objeto de que recojan detalles de los crímenes que éste ha cometido allí? En este momento necesitamos cosas reales y serias, en vez de ingenio en prosa y en verso... Que vayan a las comunas e interroguen a los habitantes, a los testigos, jueces de paz, curas, alcaldes, quienes pueden decir lo que han visto... He aquí lo que se ha de publicar... Y bien, para obtener estas cosas, no habría sino pedir las. No es preciso para ello, ni ingenio ni literatura..."





I

ELEGANCIAS

Por JEANNE

Nunca como ahora se había llevado tanto el traje blanco, en todas las telas, en toda ocasión y en las formas más variadas, y debemos felicitarnos, pues nada hay más fresco y elegante. Cualquiera que sea la edad de la mujer, se verá bien de blanco si cuida que el corte del traje sea apropiado a sus años.

Se empieza nuevamente a usar la blusa para comidas de confianza y con los "tailleurs" clásicos; pero no es ya la blusa blanca bordada; se hacen, sobre todo, de sedas brochés y en colores vivos: verde, azul, cobre, etc. Estas blusas son de un solo género o combinando dos telas, como las del grabado III. Una tiene el cuerpo de crépe negro con un gran

chaleco de seda verde, bordado con oro. Otra es verde con pechera, cuello y puños color galleta y un bordado de cuentas en colores vivos.

En los grabados I, II y IV les ofrezco trajes de paseo y de comida y un elegante y original abrigo; todo del mejor gusto y muy útil en estos momentos en que empieza la temporada veraniega en nuestros balnearios de moda...

Los modelos del número V son trajes y abrigos sencillos y prácticos para viajar y para la playa.

Hojeando revistas y visitando las casas importadoras de modas, he visto lo que unas y

otras traen para las diferentes horas del día veraniego de nuestras elegantes en Viña, Miramar, Cartagena, etc. Para la mañana, trajes de telas gruesas de hilo, piqué, shantung, seda japonesa; mucho blanco y colores vivos, de corte sin complicaciones, pero con pequeños detalles originalísimos. Entre muchos que sería largo detallar, recuerdo uno que llevara una hermosa santiaguina: es blanco, de géne-



II



III

ro de seda lavable, los paños caen unos sobre otros, con anchas pestañas sin costuras y por cinturón, un cordón de cuentas verdes, tejido de una manera completamente nueva.

Para la misma señora tenían otro traje blanco, con tres o cuatro crisantemos, lilas y hojas verde gris muy vago, estampados a mano en el delantero con una pintura especial que ha introducido uno de los mejores modistas, y de la que hablaré en una de mis próximas crónicas. Completa este traje una especie de blusa independiente de gros morado, cuyos delanteros muy largos se anudaban atrás en un gran lazo.

El tul está en gran boga para trajes de





noche: en tul blanco los he visto lindos para jovencitas, algunos estampados a mano como el que mencioné y de un efecto precioso. Muchos, o casi todos, adornados con cintas empleadas como volantes, ruches; ya formando grandes nudos en los costados, como paniers o cayendo para simular cola; para esto último se usan las cintas de dobles faz, que son encantadoras.

El arte en el hogar

Por ESILDA

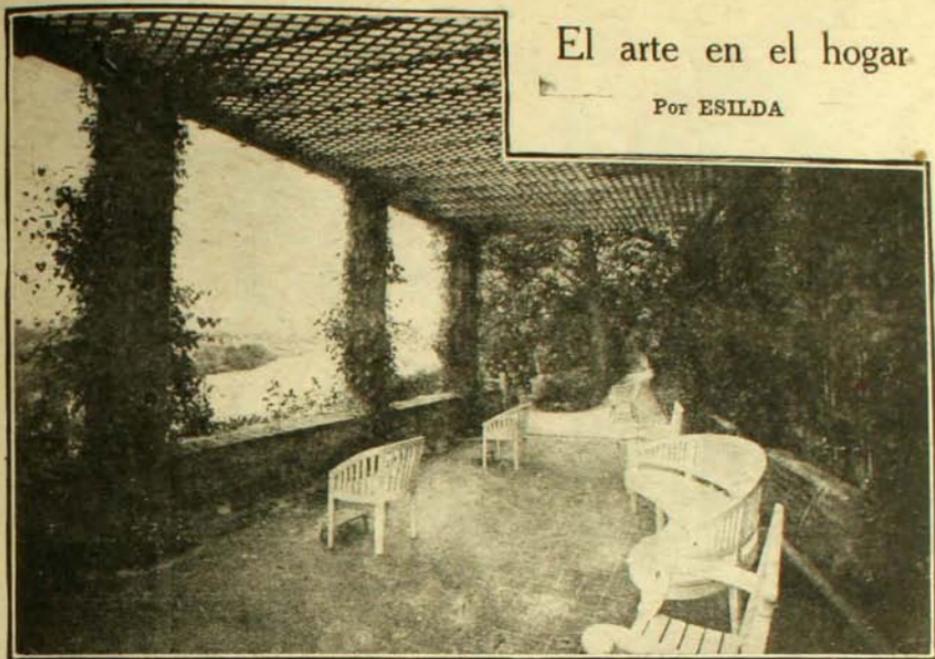


Fig. 1

Son tantas las preguntas que se me han hecho sobre arreglos de casas de campo que por complacer a mis lectoras vuelvo sobre el mismo asunto.

A M. señora que con tanto empeño busca hacer "encantadoramente cómoda" su casa de campo, le aconsejaría que adornara las grandes ventanas del hall que me describe, con enredaderas y plantas floridas; las hiedras y petunias son preciosas para eso. No ponga esos cortinajes de que me habla; reemplácelos por cortinitas de "plumetis" o de organdí de un color suave y ya que sabe stenciling, pinte en ellas golondrinas, rosas u otra flor decorativa, pero, cuidado con esas flores o pájaros cargados de pintura! Eso hecho así es horrible! Estampe bien su dibujo, impregne el tejido para que se vea como estampado y pueda lavarlo. Yo voy a hablar de ésta y otra pintura próximamente.

A los sillones fórrelos con etretona y a los de mimbre póngales un cojín de tela lavable.

Entre los grabados (fig. 2) encontrará un modelo de mesita sencilla y firme como me-

lo pide: un cesto gris para diarios y revistas que con sus rosas pintadas se verá bonito y otro en color natural con flores

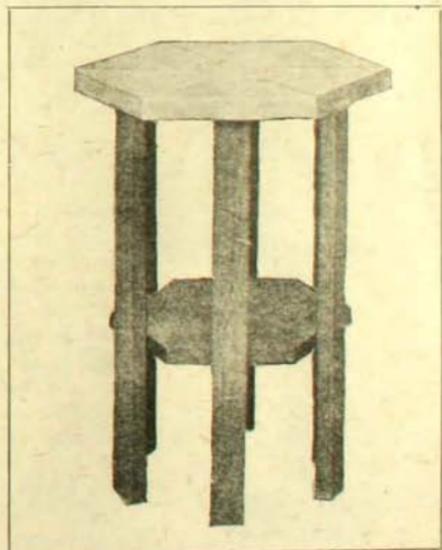


Fig. 2



Fig. 3

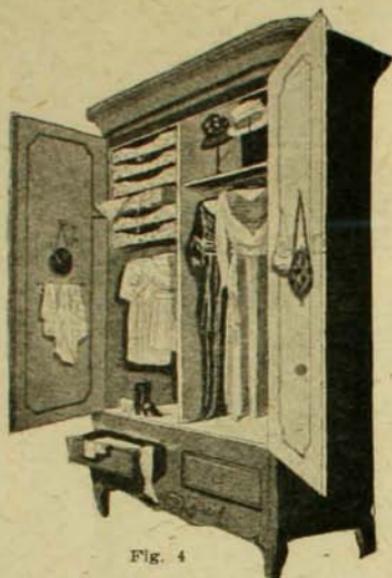


Fig. 4

silvestres y helechos. Esos cestos rústicos que hace nuestra gente del campo, esas ollitas, son preciosos cuando se saben adornar con flores y nudos de cinta.

Es usted muy preguntona, Mina, pero tan simpática me parece a través de su carta, que paso a detallarle pacientemente, como me lo pide, un arreglo de salón para campo, que encontré

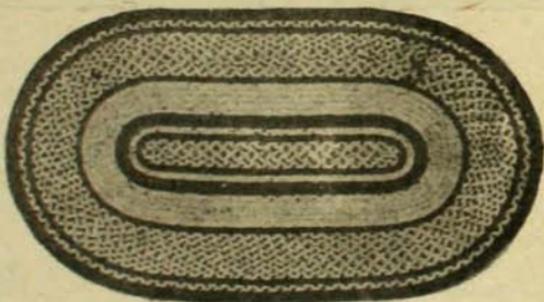


Fig. 5



Fig. 6

muy bonito cuando lo hice ejecutar.

Las mesas, sillones, sillas, de esas vulgares de paja, todo (incluso la paja) se pinta de verde esmeralda. Cortinas de tela verde esmeralda (puede ser arpillerá teñida) muy bordadas a la inglesa y forradas en negro. En las paredes la misma tela con un friso también a la inglesa, transparentado el fondo negro. Todo lo de madera,



Fig. 7

LINEA "GRACE"

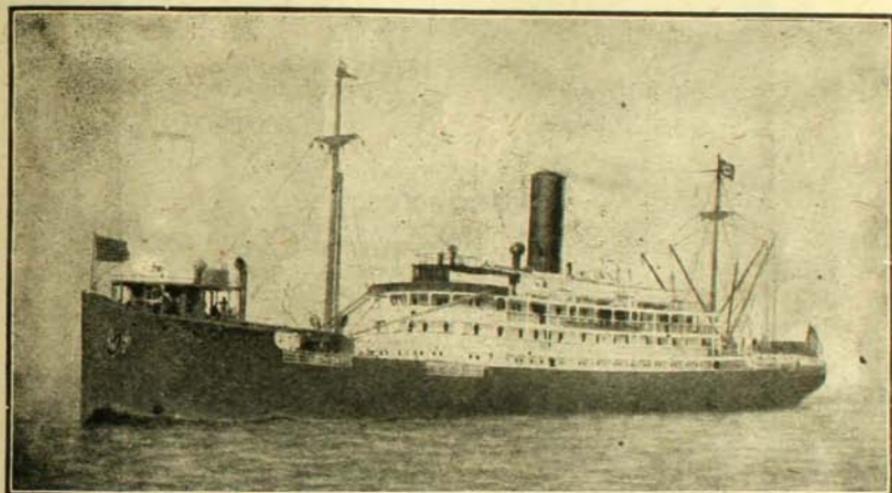
SERVICIO DIRECTO DE PASAJEROS

ENTRE CHILE, PERU Y NUEVA YORK

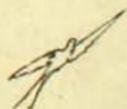
Vía Canal de Panamá. - Sin Traslado

POR LOS NUEVOS VAPORES AMERICANOS:

"SANTA ANA" y "SANTA LUISA"



VIAJES RAPIDOS DE VALPARAISO A NUEVA YORK EN 17 DIAS, UNICAMENTE
PARA PASAJEROS DE PRIMERA CLASE.



ESCALAS EN LOS SIGUIENTES PUERTOS: Antofagasta, Iquique, Callao, Colón
y Nueva York.

W. R. GRACE & Cía. - Valparaíso
GRACE & Cía., Chile, (S. A.) - Santiago

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA.

“LA VALPARAISO”

Compañía de Seguros Contra Incendios, Riesgos
Marítimos, Etc.

COCHRANE Núm. 879

VALPARAISO

Capital Suscrito. \$ 2.000,000.00

Capital Pagado. 1.000,000.00

Banqueros:

Banco A. Edwards y Cía.

CONSEJO DIRECTIVO

PRESIDENTE

Don Jorge Etehegaray

VICEPRESIDENTE

Don C. Gordon John

CONSEJEROS

Don Max Fontaine, Don Eduardo Deves, Don Francisco
Sampaio, Don Arturo García, Don José M. Ríos Arias.

GERENTE

Don Ricardo Swett O.

Agentes Generales en Santiago:

JORGE PHILLIPS y Cía.

AGUSTINAS 1120

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDA-
DES DE LA REPUBLICA

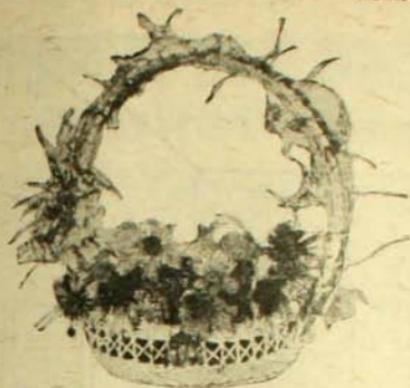


Fig. 8

blanco, visillos de gasa blanca con listas verdes. Plafonier en forma de quitasol, cubierto de verde y recubierto de una malla a grandes cuadros hecha al crochet con lana negra, sobre la que se ponen guirnaldas y moñitos de rosas de color vivo hechos en lana. En el piso, esteras de china con dibujos de cachemira. La misma decoración puede hacerse en amarillo trasparente de azul, o lila y violeta. Creo que quedará contenta con la idea, ¿verdad?

No recargue su casa de adornos, no la replete de cosas, todo eso que me enu-



Fig. 9

mera se aleja de la sencillez en la cual casi siempre está la elegancia. El encanto de las casas de campo está en cierta dureza de líneas y colores, en contraste con la naturaleza; nada demasiado rebuscado, na-

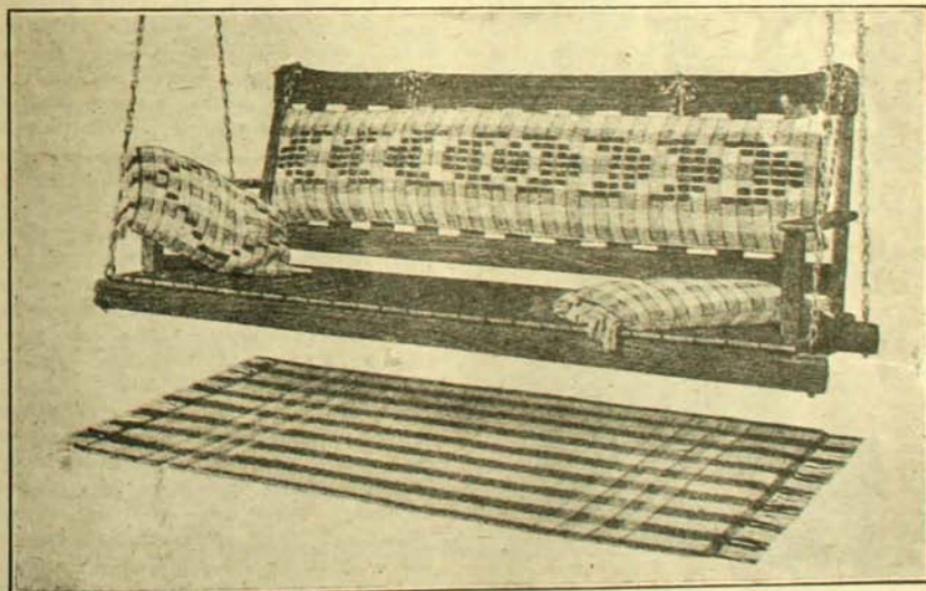


Fig. 10

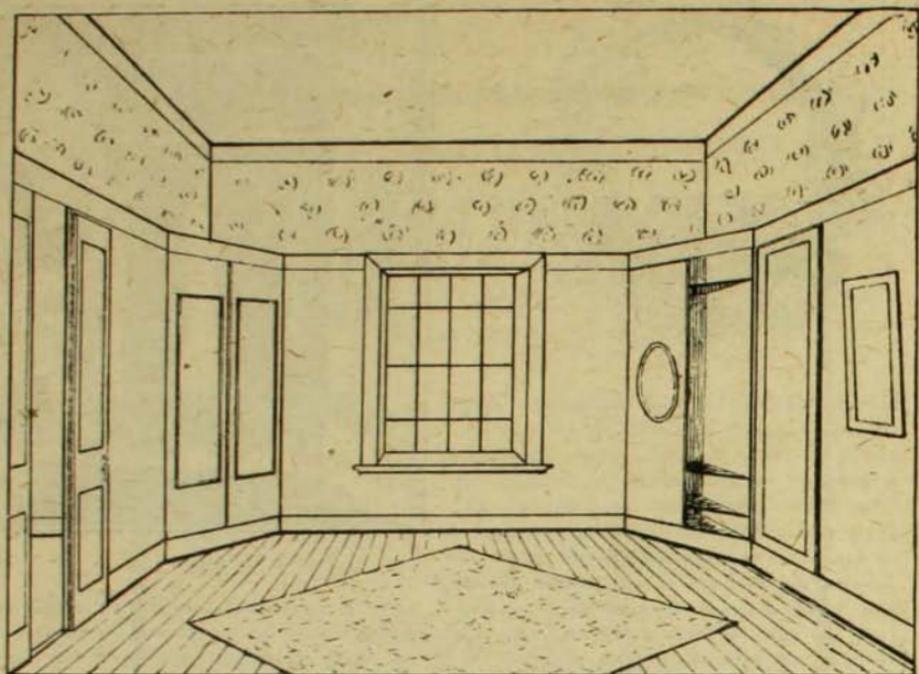


Fig. 11

da "bibelot". Los interiores deben servir de fondo para lucir los trajes de verano que allí pueden ser de originalidad rebuscada, pintorescos. Desde el momento en que una casa de campo está demasiado adornada, demasiado vestida, pierde el encanto del ambiente y todo aquello queda tan fuera de lugar como un sombrero con gran pluma de avestruz en un pic-nic.

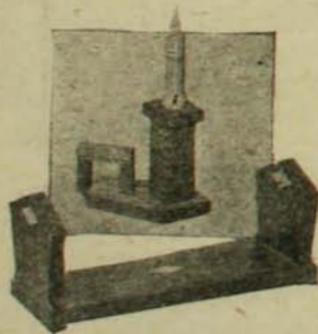


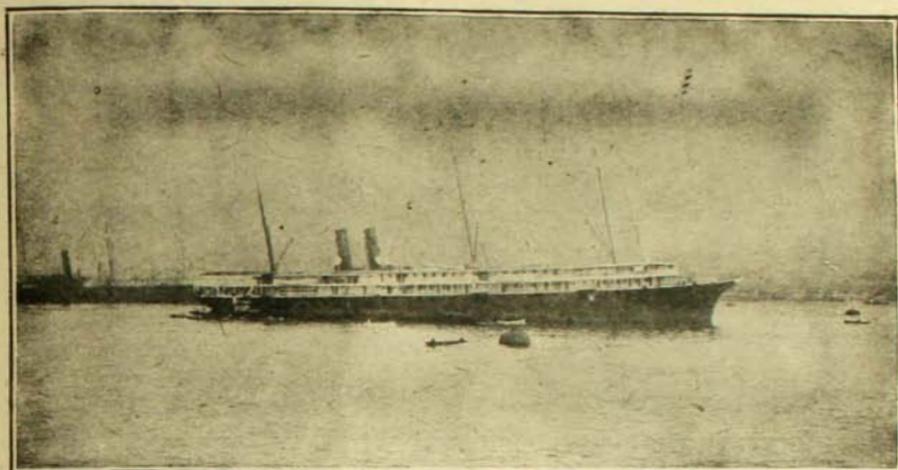
Fig. 12

Para usted, Mina, que quiere arreglar una pieza grande para alojados ve el dibujo 11. Como ésta ochave la suya y de esos cuatro armarios que forman las esquinas, utilice dos como roperos, en otro pone el lavatorio y en el otro las maletas que el alojado prefiere tener a mano. En las puertas de los armarios se coloca un espejo y un retrato o cuadro de gusto. Unos pocos muebles, los indispensables, y la pieza queda cómoda. Allí verá también una palmaria rústica (fig. 12) y un aparato para libros. El número 9 le muestra otro ropero, que sólo tiene la armazón de madera y forrado en cretona. Allí cabe todo cómodamente, ¿queda contenta?

Hace muy bien, Inés, de llevar al campo el buen propósito de buscar un lugar para cada cosa y tener cada cosa en su lugar. Para conseguirlo, transforme esos roperos de que me habla como se lo indican los números 3 y 4; así encontrará todo a tiempo, y su marido, que parece un señor exigente en este asunto y a quien aplaudo,

Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 695



SERVICIO SEMANAL RAPIDO entre Valparaíso y Cristóbal en 14 días, atendido por los magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica.

Aysen - Huasco - Palena - Imperial

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde y tienen conexiones en Antofagasta y Arica con los trenes internacionales para Bolivia, los mismos días de llegada, y en Cristóbal para Estados Unidos, en las lujosas naves de United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

SERVICIO QUINCENAL entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú) en 14 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

Mapocho - Maipo - Cachapoal

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde.

AGENCIAS:

En Santiago: Carlos Rogers, Bandera esquina Moneda

En París: A. P. Dupont, Rue Halevy 4

En Nueva York: John R. Livermore Inc. 21-24, State St.

En Cristobal: United Fruit Company

En Buenos Aires: Expreso Villalonga, Balcarce esquina
Moreno

quedará contento. El más grande fórralo en cretona y ponga en él bien doblada y atada con cintas la ropa de casa. En su pérgula ponga sillas y enredaderas como las del grabado 1.

Los pisos para casas de campo pueden hacerse muy bonitos utilizando los géneros de lana viejos. Se cortan tiras angostas

uniéndolas hasta formar varios ovillos, después se teje en medio punto suelto con un grueso crochet, cosa que cualquier campesina puede hacerlo perfectamente. Se combinan colores o se mezclan todos, siempre queda bien. Así fué hecho el del número 5.

Creo que por hoy dejo satisfechas a mis amables preguntonas.

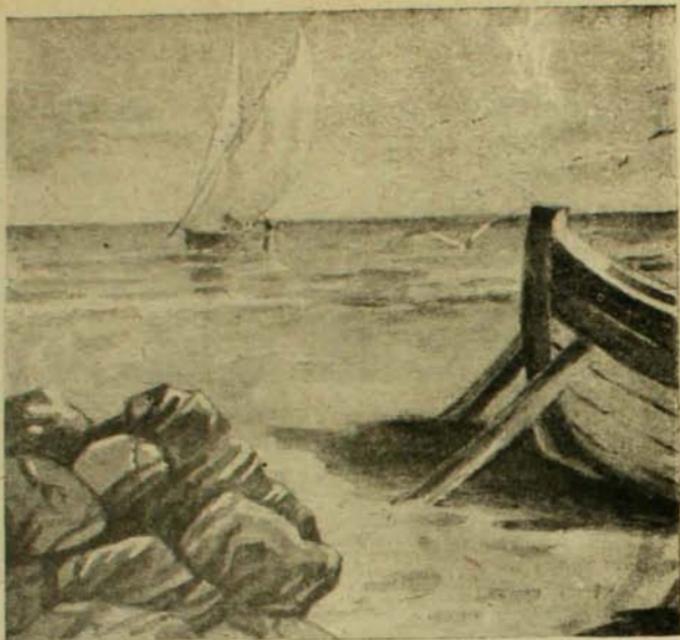




Puerto Mayor

(por)

Mariano Latorre



(CONCLUSION)

Doña Hermosinda, seria y repolluda, sentada a la diestra del dios de la casa, unía los dos bandos: en el fondo era de un profundo espíritu diplomático y se aprovechaba lindamente de las rabietas y momentos de calma para sacar partido conveniente y estar bien con la pollada bullanguera o la terquedad intelectual de su marido.

Don Santiago había querido hablar varias veces, sonriendo al principio y moviendo los labios con un leve gesticillo que no pasó inadvertido, pero luego parecía arrepentirse; y su actitud lo envolvía como en un manto de solemne impenetrabilidad; hundía su nariz roma en el plato y la servilleta anudada al cuello como un babero se llenaba de portentosas arrugas.

De pronto volvió a levantarla y miró con fijeza severa a uno de los muchachos que en ese momento disimulaba una sonrisa con toda la cuchara metida en la boca; su actitud de terror fué tan grande que la cuchara cayó al plato con un desastroso ruido de vidrios rotos de improviso. Los demás hundieron su nariz en el plato, y se sintieron, con un agradable rumoreillo, las risas ahogadas malamente.

Doña Hermosinda quiso en este instante

castigar con severidad este acto de mala crianza, con uno de sus golpes de dueña de casa, tirana y mandona, pero don Santiago, radiante de alegría, la hizo callar y preguntó a su hijo:

—¿Qué hieiste, Santiaguito, los calzoncillos de baño que te compré el año pasado?

El chico creyó que se le venía encima una reprimenda por la cantidad de veces que se bañaba al día en el río; y miraba con melancólica reconvención a su hermano menor, camarada en sus ensayos de natación en la isla, que también lo miraba perplejo:

Coneluyó por contestar entrecortadamente:

—Ahí... están... papá.

Y dando por lo bajo puntapiés a su hermano, decía con tono furioso apretando los dientes.

—¿Para qué me fuiste a acusar, tonto?

Y el otro, temiendo futuras represalias, murmuraba cariacontecido:

—Si no he sido yo, Santiago, fué la Lola.

Esta saltó altiva, brillantes sus lindos ojos negros:

—Yo no, acuseté, tú, tú.

Pero don Santiago interrumpió el calla-



do sainete, adoptando un tono confidencial que no se le conocía:

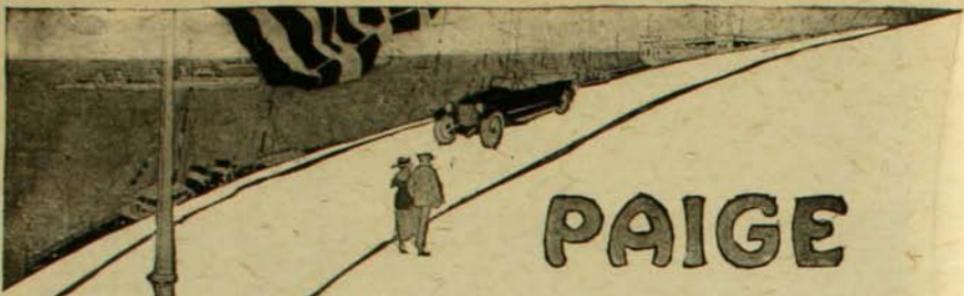
—Pues, vas a ir tú, Santiago, con Miguel, y le vas a poner a ese mono del muelle tus calzoncillos. Así no se burlarán de mí esos mostrencos inmorales, hijos de piratas y de indios, que permiten que sus hijos vayan a mirar ese mono indecente.

Y viendo que el muchacho hacía pucherros, comprendió de pronto, agregando:

—No llores, tonto, si yo te compraré otros mañana mismo.

La pollada aplaudió barulleramente: la idea era de una infantilidad risueña, y encontraba eco en sus corazoncitos alegres de la conspiración en que serían cómplices nada menos que del papá, el alcalde del puerto, respetado por su riqueza, por su pequeña biblioteca, su pañosa capa con engarces de plata, y su peluca rizada y aristocrática. La pollada lo rodeaba sin miedo de ninguna especie, contenta de la idea. Sólo doña Hermosinda consideraba que los atrevidos mocuosuelos se tomaban demasiadas ventajas de su situación, y con gesto autoritario, que fué obedecido con verdadera desesperación, descartó a las mujeres de la aventura.

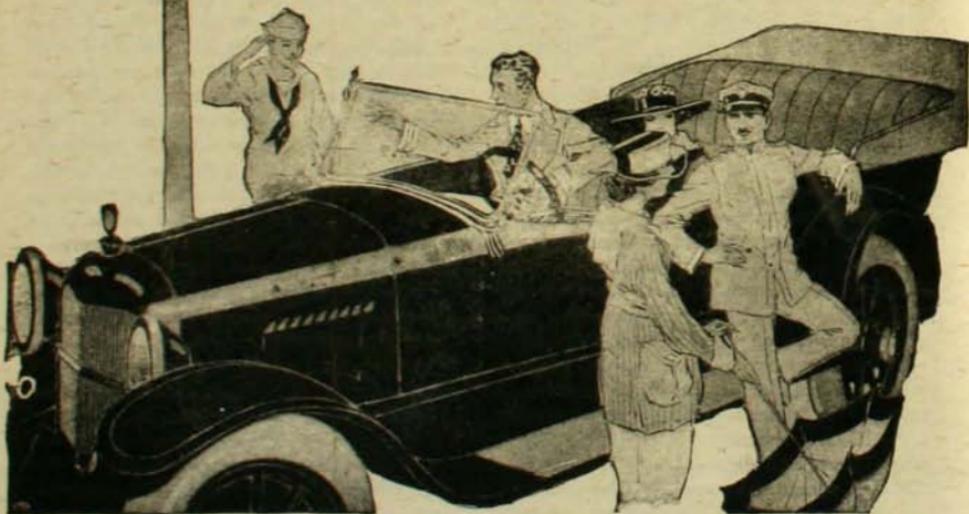
Aquella noche, al ir al Club Social, una sonrisilla sardónica iluminaba la cara del héroe. Mientras leía "El Ferrocarril" y aplaudía los éxitos del joven Mac Kellar, el hijo del capitán del Paquete de Maule, ponía la oreja a un ruidecillo que parecía escuchar en dirección del muelle: ruido que sólo existía en su espíritu y que la fuerza de su idea revestía de corpórea materialidad. Oía la risa de los pequeños que, en medio de la obscuridad, metían los calzoncillos en las piernas de bronce del mono. Esta sonrisa se acentuó más cuando se acercó a saludarlo con expresión maliciosa un hombre alto y panzudo que dejaba caer las palabras con cierta hueca solemnidad. Era un comerciante chileno, especie de abogado, especie de agente electoral; en realidad, sin una profesión fija: el hombre era tan ducho en construir un barco y dárselas de armador como de negociar en vinos en un cuchitril de la ribera; sabía enjaretar un discurso con gracioso empaque, curiosa caricatura de político chileno en la ribera maullina, como defender por un par de corderos a un hacendado de Nirivilo. En el fondo, tenía una reputación de hombre sin es-



PAIGE

En la lucha actual por la introducción de marcas de automóviles, ha venido abriéndose camino a paso lento pero seguro, debido a que sus cualidades y duración son reconocidas y difundidas por sus poseedores, lo que es el mejor testimonio de sus bondades, y lo que debe consultar toda persona interesada en adquirir su automóvil.

La variedad en sus modelos puede satisfacer gustos exigentes, tanto por las formas nuevas y elegantes de ellos, como por su fino acabado, en el cual no se ha omitido detalle que no esté consultado para hacer de este carro un coche cómodo y agradable.



WESSEL DUVAL y Cía.

Huérfanos, esq. Morandé. — GARAGE: Catedral, 1229

crúpulos, que lo hacía temible entre aquellos marinos sin sociedad o entre esos vasos trabajadores y sencillotes. ¡Menuda página de chismes tenía el hombre de la panza en el librito de Don Angel Bossi!

Habíase sentado frente a Don Santiago en un viejo canapé del Club Social; y hundíendose voluptuosamente en los cómodos muelles, lanzó una broma picaresca al prócer, cuya hermosa cabeza testaruda se destacaba admirablemente, bañada por la luz blanca de la lámpara de parafina.

—¿Qué dice el mono, don Santiago?

—¿Qué dice el mono? El mono no dice nada: es muy amable. Se deja colocar los calzoncillos sin protestar. Es claro, él no tiene la culpa que un escultor descreído le haya puesto... ni que media docena de ignorantes lo hayan comprado sin darse cuenta que ese monicaco no representa nada aquí, en este rincón del mundo, y lo tengan en medio del pueblo, para que los niños y las mujeres se entretengan en mirarlo... Inconsciencia, falta de principios morales, que yo no estoy dispuesto a tolerar...

—Duro es eso, don Santiago, dijo el maligno tinterillo, mientras volvía a arrellanarse en el sofá, apareciendo su panza dura y repugnante encima de las rodillas; teniendo así el aspecto de un enano monstruoso. Dicen que Ud. lo ataca porque está colocado frente a la ventana de su escritorio, y eso le impide ver lo que hace don Fernando en su astillero.

Al oír esto, don Santiago estalló. Arrugó el diario entre sus manos con un movimiento furioso, y abrochándose majestuosamente su capa celeberrima, salió del salón mascullando:

—Estúpidos, ignorantes, cochinos... ¿Qué saco yo con señalarles el camino recto? Y como en su rabia se llevase "El Ferrocarril" hecho una pelota en su mano, lo detuvo un hombrecillo de ojos bobalicones y de caídos bigotes que, al par que se reía con cascada y estúpida risa, se chupaba furiosamente una muela cariada.

—No se lleve "El Ferrocarril", don Santiago, que quiero leer el discurso del gran maulino, de Mac Kellar.

Y dulcemente lo desprendía del puño cerrado del prócer, que salió a la calle manoteando desatentado, según su costumbre.

El aire maulino, quieto y saludable, fres-

cachón y acariciante, calmó sus nervios. Al atravesar la calle del muelle, miró hacia allá, creyendo advertir risas y carreras. Tan grande era su deseo de que la broma genial espantase al pueblo a la mañana siguiente.

IV

¿Por qué amaneció el nuevo día? Día fatal y negro para la casa del **jardín bonito**; más valía que no hubiera amanecido nunca, que nunca la luz del sol hubiera vuelto a teñir con sus soberanos matices los colores del terruño: que la sombra protectora y amable envolviera para siempre en su crespón pesado la lámina del río, la pintoresca irregularidad del caserío y el mono abominable del muelle.

¿Por qué amaneció? ¿Para qué despertó Dios la aurora y la envió con su polvo de oro, purificado al pasar por el ambiente del rincón nativo, a teñir de verdura los montes, de azul el cielo y de blancor inmaculado las olas? ¿Para qué? El primero que se dió cuenta de la burla fué un guarda del muelle; éste llamó a un guanay, el guanay a un botero, y el botero a dos marineros que bajaban de un pailebote cercano a la orilla, y allí permanecieron largo rato antes que el pueblo se despertase, en medio de risas y dicharachos picantes; de seguro que sus miradas se tendían sin querer hacia la calle inundada de luz, esperando ver aparecer la clásica figura rechoncha y aristocrática, envuelta en su pañosa y fina capa española. A las ocho de la mañana el grupito era considerable; cada recién llegado que se agregaba al publiquillo, estiraba los labios en una sonrisa idiota, y con las manos en jarras miraba también hacia el término de la cuadra, en cuya esquina se destacaba un trozo de granito de forma enigmática y luego el ángulo del chalet del alcalde, pintado de verde claro con sus tablas reseca a las cuales había doblado el calor del sol, haciendo saltar los orinosos clavos.

Poneos muy bien la peluca, empingorotado eusealduna, imitad con la pulera regularidad del peine las ajenas guedejas, tal que parezcan realmente vuestras; dad al rostro retadora expresión de desprecio y envolveos como un personaje de drama antiguo en vuestra capa de verde terciopelo



Ⓢ

Y desde entonces se le vió pasear con el cura párroco, su íntimo amigo, por la playa y el muelle.



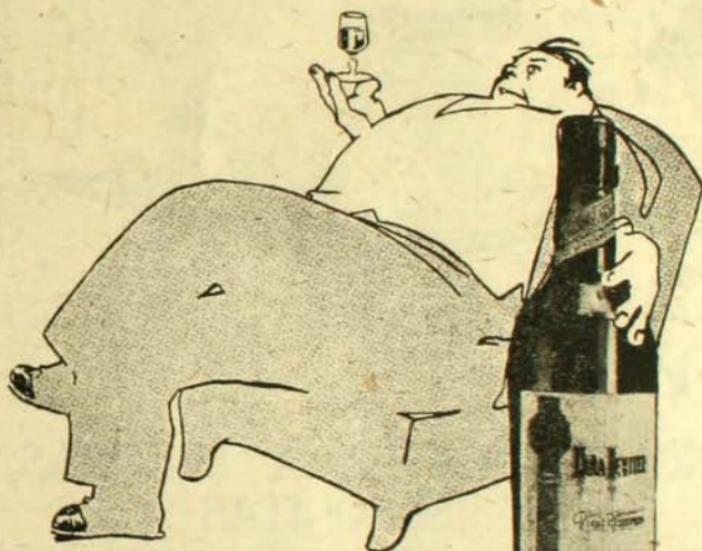
VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



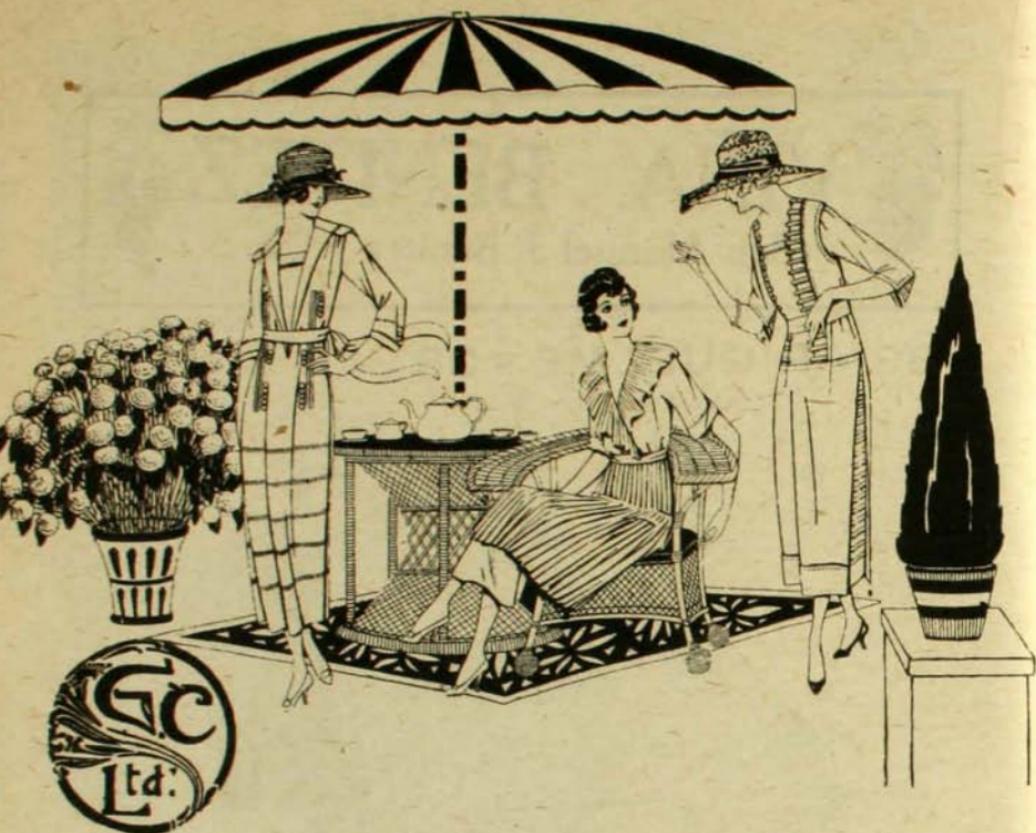
33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646



RECOMIENDA TODOS
SUS VINOS Y
ESPECIALMENTE EL

PINOT RESERVADO



NOVEDADES PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS

Una nueva y magnífica remesa de bellísimos modelos para la actual temporada de verano acaban de recibir los Departamentos "CONFECCION SEÑORAS", "CONFECCION NIÑAS" y "MODAS", procedente de las ya famosas Casas Marcus, Lina Mouton, Pre-met, Jenny, etc., de París.

Entre el hermoso conjunto de este surtido formado por preciosos Trajes-sastre, Bata y Tapados de lana, Vestidos de velo, tul y seda, se destacan por su gran variedad, presentación elegantísima y esmerada confección, los Trajes ligeros, que han sido especialmente seleccionados para la temporada de playa.

El espléndido surtido de Sombreros adornados, que actualmente presenta el Departamento "Modas", es excepcionalmente novedoso y está formado por modelos originales, del más refinado gusto artístico, de las insignes modistas de fama mundial: Caroline Reboux, Suzanne Talbot, Jeanne Blanchot y Marie Louise.

En "Confección Niñas" también se está exhibiendo una espléndida colección de Trajes de verdadero estilo parisién.

Gath & Chaves, ofrece estas primicias en el tercer piso de sus Almacenes, e invita a su distinguida clientela a la exhibición de este maravilloso surtido.

Los precios son muy equitativos

Gath & Chaves Ltd.

y brillante broche de plata, alcalde severo y moralizador, buen don Santiago de Algorta y Sandeliz, maulino de pura cepa; no dejéis transparentar en vuestro rostro impecable la rabia que morderá con sus agudos dienteillos de sierpe vuestro amor propio de europeo, cuando veáis cómo se do del edificio municipal, con las letras petu-cuya vida sin aspiraciones prefiere el chiste chabacano a la moralidad rígida y virtuosa; no miréis hacia el muelle, concienzudo comerciante, porque es probable que al acercaros a la estatua veríais algo que haría correr vuestra bilis por la sangre, en oleadas espesas, como el deshecho lodo en el agua clara del río en los días lluviosos; pasad de largo hacia el cuadrado caserón donde en sacos dormilones y negruzcos está el dorado trigo, la verdinosa lenteja o el poroto multicolor, pasad por encima del grupo y mirad la luminosa mañana estival, de claridad húmeda y dulcificadora. Dormida quietud del terruño, espejo sombrero del agua lleno de amable paz, cielo de impecable limpidez, blancas olas, gaviotas maulinas, álamos copudos y sonoros, martilleo adormecedor y claro del astillero ribereño, ¿permaneceréis imperturbables ante lo que pasa? ¿No vendrá el mar justiciero que arroja las basuras para limpiar sus aguas, a barrer esa burla canallesca y cruel que sopla alrededor del mono con calzoncillos de baño como un viento de corrupción y de decadencia? ¿Siquiera podía venir una gaviota blanca y pura a arrancar de un picotazo el ojo de don Angel Bossi que, parado en una esquina, muestra al prócer el grupito de ociosos entretenidos en hacer grotesco lo que tuvo intenciones de ser burla moralísima, enseñanza risueña contra los que parecían olvidar el más elemental de los preceptos bíblicos: la limpieza de alma!

Entonces el pueblo vió una cosa extraordinaria: aquella recta de medio siglo que el vasco había trazado desde la puerta de su casa al portalón de su bodega cuadrada y húmeda, rompióse a una hora desusada; se le vió atravesar, en la luminosa mañana maulina, las calles cubiertas de polvo, apesurado y rabioso, tropezando en las piedrezuelas su piececillo diminuto, inyectados de espuma los labios rabiosos, furiosamente

exaltados sus brillantes ojos de ébano; pasaba sin saludar a nadie, a pesar de los ¡buenos días, don Santiago! que salían de las ventanas entreabiertas o tras los mostradores de los tenduchos porteños. Atravesó la Plaza de Armas, indiferente al rumoreo fresco que por encima de su cabeza ardiente formaban hojas y pájaros, en la alegría de la primavera, en cuya tibieza los pájaros empluman y los árboles hojecen, y su bastón histórico golpeó en la vieja puerta del Curato. Los curiosos parados en las aceras como en la alarma de un temblor, respiraron con alivio. Algo del misterio se había revelado: el alcalde iba a consultar al cura Albornoz sobre el acto grosero que había dejado sin efecto su burla moralizadora, la parábola bíblica, nacida en su cabeza de lector de folletines y convertida por el mal gusto chabacano de la aldea en unos calzoncillos agujereados, más escandalosos, si cabe, que si el Mercurio no los hubiera tenido nunca... Los huasos de Putú que, cargados de paquetes de colores, volvían a la orilla del río, miraban con sus carotas bobaliconas este inusitado movimiento que no podían explicarse. Don Angel Bossi, envuelto en su capa raída, se escurría como una culebra por las aceras y asestaba su ojo hacia las paredes descascarilladas de la casa del cura, donde se hablaban asuntos que sus oídos no podían penetrar, donde se ataba una intriga en la que sus dedos, color concho de vino, no intervendrían. Llegó disimuladamente hasta la pila musgosa donde el agua que salía de la boca abierta de un amorcillo tamborileaba sobre el abanico verde obscuro de las calas... Su bastón se entretenía en azorar los pececillos rojos de la pila, mientras su ojo asestaba su rayo verde a la puerta de viejos cuarterones de la casa parroquial.

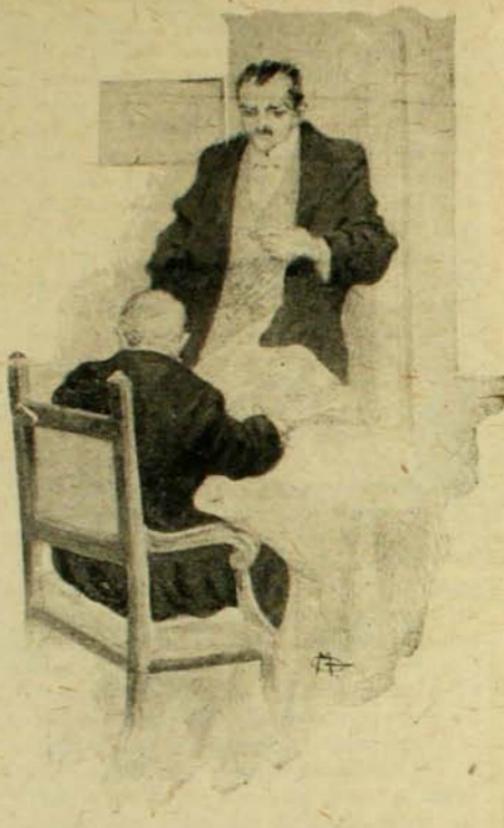
De pronto el ojo se inmovilizó, escurriéndose el bastón por el fondo aterciopelado de la pila. El cura Albornoz y el alcalde atravesaban la cuadra, ¡qué bien se destacaban las dos figuras en la claridad dorada de la mañana porteña! Doblaron la esquina y desaparecieron. El rayo verde se hizo entonces obscuro: "Van a la Alcaldía, pensó, y dando un rodeo, siguió el mismo camino, deteniéndose en la esquina, hasta que la capa española y la sotana vieja vol-

vieron a salir. Segundos más tarde, un papel blanco aparecía en el tablero desteñido de ti el lugareño incivil e ignorante, lantes del secretario de la Alcaldía, un preceptor borracho cuyo orgullo estaba en las curvas pretenciosas de su letra inglesa. Don Angel Bossi no esperó más; atravesó rápidamente la cuadra y en una bocacalle apuntó en su famoso librito anónimo:

“El alcalde renunció hoy. El mono será trasladado a la playa, pese a don Fernando. ¡Oh tempora, oh mores! Una ráfaga de aire movió los pliegues de su capa y agitó las hojas de su libro, una ráfaga de aire que parecía venir, por la calle, del trozo azul de río, por donde atravesó en este instante una lancha cargada de sacos, entre cuyos vientres moviéronse de improviso las camisas flotantes de los guanayes. Don Angel, aguijoneado por el apetito, alargó sus pasos hacia la orilla del río, en cuyas cercanías estaba su casa.

V

Después de una memorable sesión municipal, el Mercurio de bronce, símbolo de la prosperidad porteña, fué trasladado a la Poza, donde se le ve hasta hoy. El alcalde renunció su cargo aquella misma noche de primavera, aunque la Corporación se puso en pie para darle un voto de confianza y rogarle que siguiera dirigiendo sus destinos. Don Santiago se mantuvo firme; el despecho, como un veneno lento, se iba infiltrando en su organismo: llevaba una ola amarga a la redondez de sus carnes bien cebadas de burgués comilón. Algún tiempo después realizó su bodega y desde entonces se le vió pasear mañana y tarde con el cura párroco, su amigo más íntimo, por la playa y el muelle. Esto trajo una verdadera revolución en las costumbres del poblacho, según el testimonio oral de don Angel Bossi. Así, por ejemplo, la mujer del lanchero Doroteo debió comprarse un reloj para poner la olla al fuego a la hora del almuerzo. Antes, al pasar don Santiago hacia su casa, al mediodía, sabía la vieja maulina que era la hora propicia y el guiso de cohayuyo para el almuerzo frugal estaba preparado de antemano. Durante años, en



los veranos sin capa y en los inviernos con ella, sus menudos pies medían esa cuadra cercana al muelle, a la hora en que el camino azul del río tornábase de un blanco áureo, como si estuviera hirviendo.

¡Recta simbólica que un mono sin pudor vino a quebrar para siempre, recta que es un pasado y es una raza!

Dicho sea en honor de la verdad, el mono de bronce siguió siendo la obsesión del bueno de don Santiago; pues si su renuncia del cargo de alcalde, que él comparaba con la abdicación del muy amado Fernando VII, había hecho salir al mono del muelle, de todos modos el Mercurio era la viva imagen de la burla grotesca, en la memorable noche de una primavera memorable. El recurso no había de faltarle esta vez, recurso ingenioso cuyo origen debemos buscar en los miles de novelas leídas en la paz

Frat. Castagnette



FABRICANTES DE ROPA BLANCA bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

AGRADECEREMOS PIDA DATOS, muestras y precios a otras partes y los compare con los nuestros y se convencerá de la gran ventaja de los artículos de nuestra fabricación.

Atendemos gratuitamente pedidos de nuestro Catálogo

COMPañIA DE SEGUROS
CONTRA
INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

LA
"INTERNACIONAL-CHILE"

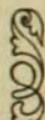
AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7 DE 1910

Capital Subscrito y Pagado \$ 1.000.000,00
Reservas hasta Junio 30-1919. , 2.669.485,44
Total Disponible. , 3.669.485,44

DIRECTORIO

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos García L., Don Gmo. Luis Plummer, Don Enrique Middleton
Cruz, Don Victor Prieto Valdés, Don Marcos Montt,
Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

Oficina Principal:

VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en
Londres

de las veladas nocturnas, a la clara luz de la pantalla familiar. Todas las noches, bajo las estrellas y junto a las olas rumoreantes, empezó la lapidación, que dura hasta hoy como un negro empecinamiento de la fatalidad sobre el puerto y sobre su pasado y sobre don Santiago, símbolo del pasado y del puerto. Una noche de luna en que un trozo de granito abrió el pecho del Mercurio, enmohecido por la humedad del ambiente marino, sobre su sillón cómodo, a la clara luz de la pantalla, sintió también don Santiago un golpe traicionero en medio del corazón: su boca se torció en un rictus grotesco; y la peluca, enredándose en las salientes del sillón, rodó por el suelo desmezenada y extraña: los ojos de negro brillo se apagaron sin vida. Una gran consternación alarmó a las redondas mujercitas, que con gran desorden de cristalería, preparaban tisanas que se escurrían por entre los dientes crispados del prócer; la hemiplejía había detenido para siempre el movimiento ágil de la mano regordeta que sujetara, en una pose de retrato de Velásquez, los pliegues de la pañosa y aunque la vida tornó suavemente a aquel cuerpo medio muerto, no volvieron a brillar los ojos dominadores de sombrías cóleras; ni a descomponerse la peluca sobre su cráneo agitado; ni los agudos conceptos a pasar por sus carnosos labios de gastrónomo: una pinta clara, último jirón de luz prendido al cristallino opaco, fulgía en sus ojos; y un ronquido afónico, empapado de saliva, hacía temblar sus labios descoloridos. Doña Hermosinda, que había reanudado sus novenas en la iglesia, rondaba con elástico paso alrededor de la silla con ruedas que guardó su cuerpo, otrora hinchado de sangre sonora y agresiva; dos veranos y dos inviernos, presenciaron, con sus doradas mañanas o sus tardes grises, con las marinas gaviotas o los jotes ribereños, la agonía del viejo prohombre, en su sillón frailuno, tras los vidrios de la ventana por donde su ojo sin brillo vió pasar la vida del poblacho; ni una sola palabra volvieron a pronunciar sus labios, sino que doña Hermosinda, mistificada por consejos de ánimas y vagas supersticiones campesinas, creía que el gorgoriteo de la saliva tomaba claramente la forma de la **p**: **puerto mayor**, decía la bue-

na señora, recordando la orgullosa debilidad del héroe, que se creía, como sus antecesores, fundador de ciudades y creador de razas. En otra ocasión, su mano de cera en cuyos huesos la carne rojiza obscurecía en lacras azulosas, golpeó con histérico movimiento el brazo del sillón; nadie se dió cuenta de este llamado mudo, porque acto continuo la mano volvió a dormir sobre la felpa de la silla; pero la chispita de alma, eternamente en vela, había visto dibujarse, a través de los visillos calados, la alta silueta de don Angel Bossi, empujándose por encima de la cortina y resbalando después entre las sombras crepusculares, como la caricatura de sus imaginaciones en los tiempos felices del puerto mayor. Su vida se detuvo de improviso, justamente en el momento histórico en que el Maule antiguo iba a cambiar de rumbo, desazonado e incierto como un velero sorprendido por la calma; lacio el velamen que un momento antes se hinchaba con la turgente fuerza del aire, dibujándose en un cielo blanco y frío la maraña de su cordaje, en que las roldanas fingen frutas secas enredadas entre las ramas invernales, dormidos en el puente los marineros ociosos, callado el terranova, su hocio entre las patas delanteras, junto a la inmóvil rueda del timón, descascarillada la pintura gris de su matrícula por el lengüeteo de las mareas, vacías las bodegas cargadas otrora de los productos de la tierra. Su vida se detuvo en el momento preciso que el puerto mayor se deshacía como las cuadernas de un buque naufrago... Por encima de las montañas de Quivolgo, más allá de los robledos decorados de copihues, más allá de los pajonales de Putú, en la llanura verde, un penacho de humo se destrenzaba en su marcha vertiginosa por los campos cuyas entrañas iban en los vagones ruidosos del convoy. Su vida se detuvo en el momento preciso. El Maule, puerto mayor, siguió floreciendo en el ensueño trágico de la parálisis, en la callada noche de sus pupilas, en cuya tiniebla vítrea pasaban las caravanas de veraneantes que habían sustituido, con su alegría burguesa, a los capitanes barbudos, que, con la pipa colgada de los labios, taconeaban en el asfalto de las aceras como en el puente de sus barcos, cerciorándose de la seguridad de la tierra.

Allí, junto al muelle, dormían como muebles viejos, cargados de telarañas, los bergantines marineros o las goletas audaces y las aspas, semejantes a alas cansadas, de los vapores de rueda, pero dentro de su corazón, que funcionaba con la lentitud de un regulador sin cuerda, esto era el puerto mayor que había seguido su evolución... hasta convertirse en el Bilbao de sus tierras vascas, con sus muelles colosales y las pirámides grises de sus altos hornos... Y en el último aleteo de su ensueño, cuando la fanfarria de un regimiento, traído por los veraneantes, hacía temblar los viejos vidrios de la casa, el alma del viejo vasco escurrióse calladamente por entre sus carnes ya muertas y como un silbido, no más ruidoso que el vuelo de un zanendo que en ese momento trizó sus alas en la pantalla, se coló entre los dientes, apretados por última vez en una última rabieta. Alma vehe-

mente, aferrada a la tradición y al pasado como el cuerpecillo rechoncho a las tablas huecas de cubierta o la peluca rizada a la calva reluciente... Alma enamorada de su rincón como la gaviota de su montículo bordado de espuma, que fué a revolotear por entre la sombra musical de los cipreses, cerniéndose, semejante a un soplo de aire vivo, sobre el mausoleo pretencioso en cuya puerta se leía: Familia Algorta y Sandeliz. Alma vagabunda que se deslizó en una ráfaga de aire, salpicándose en el polvo espumoso de la marea, y que retrocedió como una ola que vuelve al océano, al llegar a la Poza, donde, en el claro lunar, sin corazón y sin alas, el dios de los comerciantes señala todavía un horizonte desierto, que ya no mancha el humo de un vapor ni decora el velamen aventurero de un bergantín, azotado por el aliento acre de todos los vendavales.



EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

COMPANIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%

100.00%

Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centigrado	7,500

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.º Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

COMPañIA

DE

LOTA Y CORONEL

Minas de Carbón de Lota y Coronel

Fábrica de Ladrillos, Baldosas y Cañería de Greda

AGENTES EN VALPARAISO

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL

AGENTE EN SANTIAGO:

SEÑOR LUIS VIDELA HERRERA

Calle Estado, esquina Moneda

(Edificio Banco Hipotecario de Chile)

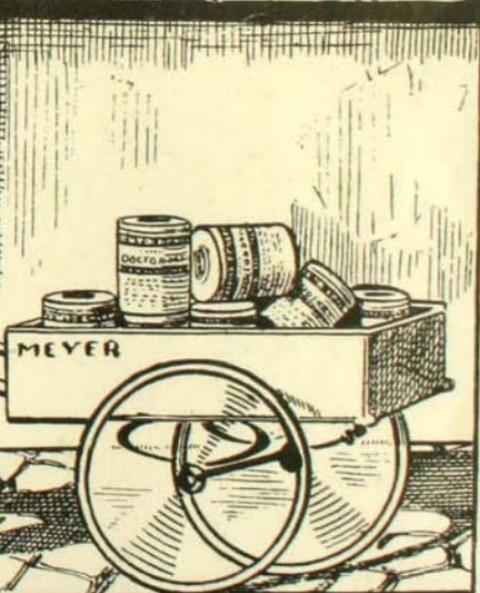
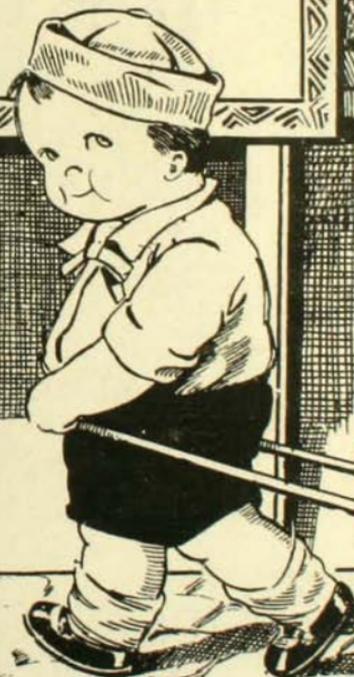
CASILLA NUMERO 1 853

AUN ES TIEMPO

Si Ud. no ha dado a su niño ALIMENTO MEYER, no deje de hacerlo antes de que note en él su falta de desarrollo, su extrema debilidad y otros síntomas de una alimentación deficiente.

ALIMENTO MEYER ha sido reconocido por todos los médicos del país, como el mejor para niños, para enfermos y convalecientes, como lo hemos comprobado con más de cien certificados.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS DEL PAIS Y CASA GATH Y CHAVES



ALIMENTO MEYER ES EL MEJOR



CREMA FRESIA

Suavizador Ideal del Cutis

Pídala en todas las Boticas y Perfumería

Valparaiso: Independencia 752
Por mayor: E. CAUQUELIN

PACIFICO

MAGAZINE

Febrero
de 1920

PRECIO:
EN PESO





CALZADO



ARTISTICO

Un detalle de distinción en el VESTIR

CASA NORTE - AMERICANA

246 Estado 246

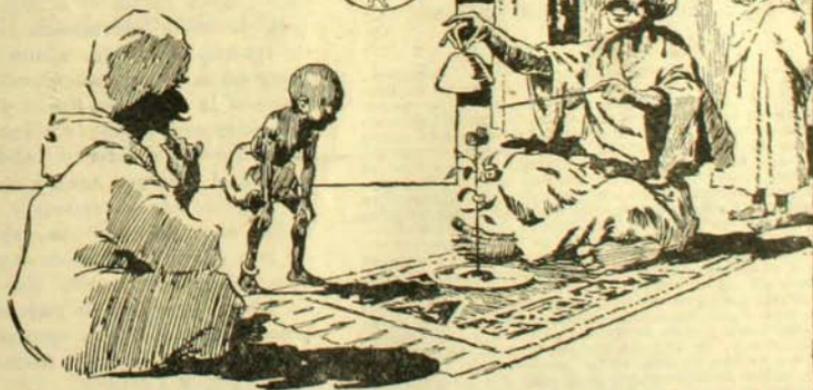
M. ARTIGAS Y COMPAÑIA.—CASILLA 2970

Los escamoteadores peligrosos.

Si Ud. tropieza con un escamoteador de arrabal, lo más seguro es que se abstenga de unirse a las gentes ignorantes y cándidas que le hacen corro, por que ni gusta de que lo engañen con artimañas groseras, ni quiere que su dinero vaya a manos de charlatanes. Pero, ¿es Ud. igualmente precavido cuando se trata de ciertos comerciantes escamoteadores? Pues si no lo es, séalo, por que esos son 'los verdaderamente temibles. Cuando vaya, por ejemplo, a comprar un remedio como las

"TABLETAS BAYER DE ASPIRINA".

sea Ud. muy cauto. No le dé oídos a quien le brinde unas tabletas sospechosas diciéndole que "son iguales a las legítimas". Eso es una impostura con que se le quiere seducir creyendo que Ud. es un ignorante. Las "TABLETAS BAYER DE ASPIRINA" son únicas e insustituibles. Esas, y exclusivamente ésas, son las que debe exigir Ud. siempre. Por medio de la "CRUZ BAYER" estampada en cada una de ellas y en la etiqueta y la tapa del tubo, podrá identificarlas. En ninguna ocasión ni por ningún motivo acepte otras.



Tarifa de suscripciones para el año 1920 a las revistas QUE EDITA LA EMPRESA ZIG-ZAG

	EN EL PAIS		AL EXTRANJERO	
	Annual	Semestral	Annual	Semestral
ZIG-ZAG.	\$ 28.00	\$ 14.50	\$ 37.00	\$ 19.00
SUCESOS.	25.00	12.50	34.00	17.50
CORRE-VUELA.	9.00	5.00	16.00	8.50
PENECA.	4.50	2.50	8.00	4.50
FAMILIA.	10.00	5.50	14.00	7.50
PACIFICO.	10.00	5.50	16.00	8.50

Todo pedido, acompañado de su valor, debe ser dirigido al Director-Gerente de la Empresa Zig-Zag, Casilla 84-D - Teatinos, Núm. 666 - SANTIAGO

ACIDOS PELIGROSOS EN EL ESTOMAGO QUE ARRUINAN LA DIGESTION

Generalmente, dispepsia, indigestión, etc., son causados por estómago ácido. Un especialista dice lo que se puede comer y cómo prevenirlo.

Dispepsia, indigestión, catarro en el estómago, gastritis y prácticamente todas las formas de desórdenes del estómago son causadas en la mayor parte de los casos por un exceso de ácido hidrocórico constituido en el estómago. Se dice que nueve casos de diez que sufren de indigestión, tienen estómago ácido. Ellos, por lo tanto, deben evitar el comer alimentos en su naturaleza ácidos o los cuales, por acción química en el estómago, desarrollan acidez. O ellos pueden evitar dietas desagradables y comer casi todo lo que gusten, razonablemente, si simplemente neutralizaran el ácido excesivo en el estómago tomando dos pastillas de Magnesía Divina en un cuarto de vaso de agua caliente después de las comidas.

Probablemente no hay medio mejor, más seguro y más digno de confianza para conservar el estómago puro y libre de ácidos peligrosos que Magnesía Divina. Se usa extensamente para este fin. No tiene acción directa en el estómago y no es un digestivo de alimentos, pero sólo dos pastillas tomadas en agua, neutralizarán todo el ácido excesivo que pueda estar presente en su estómago y evita su formación. Neutralización de ácido en el estómago con Magnesía Divina elimina la causa completa del mal del estómago y su comida se digerirá natural y saludablemente sin la necesidad de medicinas para el estómago o digestión artificial.

Si Ud. sufre del estómago consiga un frasquito de Magnesía Divina con algún buen droguista y pruebe este plan. Como lo que quiera en su próxima comida y vea si no e sáete el mejor consejo que ha tenido sobre "lo que se puede comer y evitar indigestión".

CASAS INCOMBUSTIBLES

A fines del siglo XVIII un tal Frederic, de Viena, ideó un procedimiento para hacer los edificios a prueba de incendio. Para esto se fabricaba una mezcla compuesta de nueve partes de arcilla, una de corteza de roble pulverizada, una de agua de tenería. A esto se añade una treceava parte de ceniza con la misma cantidad de arena si la arcilla es buena y crasa y una veinticincoava parte de arena y ceniza si la arcilla es de inferior calidad. Se amasa bien el todo con agua y se deja la pasta así obtenida en reposo y luego se extiende sobre el piso una capa de mezcla de tres o cuatro dedos de espesor y sobre esto, atado con cuerda bien impregnada en jabón, otra capa de paja del mismo espesor. Además de esta capa protectora había que cubrir con esta pasta las maderas y el techo del edificio.

No sabemos a punto fijo si las casas en estas condiciones han resistido bien los incendios y si, en efecto, a los edificios así protegidos se les puede dar, en justicia, el nombre de incombustibles, pero el procedimiento, aunque algo complicado, es barato y puede ensayarse.



Además del gran surtido de Alfombras que llevamos constantemente
en existencia, se encuentran: Toda clase de

Pisos de Alfombras

Pisos Afelpados

Pisos de Lana (Sheepskin Rug)

Pisos Lavables para Pieza de Baño.

MORRISON Y CIA

VALPARAISO

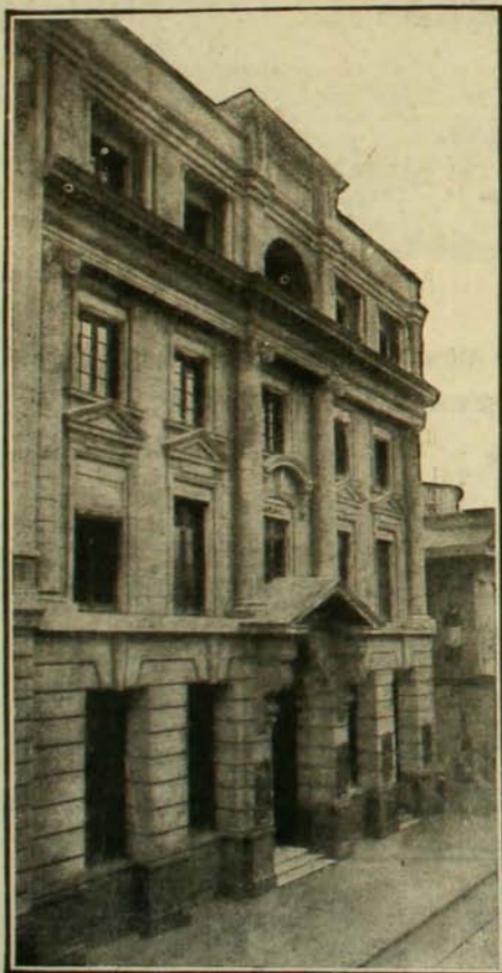
SANTIAGO

Banco de Londres y Rio de la Plata

Ltdo.

VALPARAISO: Calle Prat — SANTIAGO: Calle Huérfanos
 Oficina Principal: 7, Princes Street, London
 Agencia: Cross Street, Manchester

CAPITAL AUTORIZADO.	£	4.000.000
CAPITAL SUSCRITO.	"	3.000.000
CAPITAL PAGADO.	"	1.800.000
FONDO DE RESERVA.	"	2.100.000



SUCURSALES:

FRANCIA.—Paris, 16 Rue Halévy.

BELGICA.—Amberes, 22 Place de Meir.

PORTUGAL.—Lisboa, 32 Rue Aures.

ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA.—Agencia en New York, 15 Wall Street.

ARGENTINA.— Buenos Aires, Agencias en Buenos Aires: Barracas al Norte, calle Bernardo Irigoyen 1138, calle Sarmiento 2799, Once de Septiembre, calle Santa Fe 2122, Boca de Riachuelo, calle Almirante Brown 1159. Sucursales en Rosario de Santa Fe, Mendoza, Bahía Blanca, Tucumán, Córdoba, Paraná y Concordia.

URUGUAY.—Montevideo, Agencias en Montevideo, calle Río Negro, Salto y Paysandú.

BRASIL.—Río de Janeiro, Maaos, Santos, Bahía, Sao Paulo, Pará, Pernambuco, Curitiba y Victoria, Porto Alegre.

Emite y atiende Cartas de Crédito, vende y compra letras de cambio.—Transferencias telegráficas. Compra y venta de valores por cuenta de sus clientes. Guarda valores y documentos en custodia y se encarga al mismo tiempo del cobro de sus dividendos. Cobranzas de Letras. Recibe Depósitos a la vista y a plazo de tres, seis y doce meses. Abre Cuentas Corrientes en moneda corriente, oro, esterlinas y oro americano.

WESSEL, DUVAL & Co.

Santiago, Valparaíso, Concepción

Antofagasta, Valdivia, Talcahuano, Callao, Lima, New York

Agentes Generales de la "West Coast Line"

LINEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE NEW-YORK Y LOS PUERTOS DEL PACIFICO

Representantes Exclusivos para Chile de la "BALDWIN
LOCOMOTIVE WORKS"

Representantes de la "HERCULES POWDER Co."

Unicos Importadores de los famosos Automóviles

Locomobile, Franklin, Paige y Marmon

Y DE TODA CLASE DE REPUESTOS PARA LOS MISMOS. CUENTA ADEMAS CON UN
PERSONAL EXPERTO Y CON MECANICOS COMPETENTES

Unicos Concesionarios de los insuperables Aceites Lubricantes

"GARGOYLE MOBILOIL, de la VACUUM OIL Co.

Importadores de Artículos de Primera clase

ACEITES lubricantes "Mobiloil"
ACEITES para máquinas de coser, "Campana"
ACEITE de semilla de algodón, "Campana"
AGUARRAS
ALAMBRE negro, galvanizado y Alambre de púas
CAJAS DE SEGURIDAD
CARBURO de calcio
CEMENTO "Vulcanite" "Colton"
CLAVOS de hierro cortado
COCHES para guaguas "Alwin"
ESCRITORIOS de roble americano "Roll-Top" y para máquinas de escribir
FRANJEAS crudas "Campana" de X, XX, XXX y XXXX
GENEROS blancos marcas G. B. y H.
GLUCOSA
GRASA de Pino "Campana"
HARINA de maíz Monte Blanco
HILO de algodón para coser sacos

HOJALATA
LONETA de algodón "Campana" de 7, 8, 9, 10 y 12 oz.
OSNABURGO "Campana"
PAPEL imprenta
PAPEL Sulfito
PAPEL Toilet "Tacoma"
PINTURA de cobre
RESINA "G"
ROMANAS "Fairbanks"
SODA cáustica
SALMON Rosado
TOCUYO liso "Cabota"
TOCUYO liso "Elefante"
TOCUYO asargado "Campana"
TOCUYO asargado "Pepperell"
TOCUYO asargado "Caballo Alado"
VIDRIOS Americanos de todas dimensiones, en cajones de 90"
ZUNCHOS para cajones 12" 58" y 34"

PREMIO MAYOR 500.000 FR.

SORTEO CADA TRIMESTRE: 15 de Febrero, 15 de Mayo, 16 de Agosto, 15 de Noviembre
CON SOLO CINCO PESOS, que se pagan **UNA SOLA VEZ**, se toma parte en **TODOS** los sorteos con derecho al cincuentavo de cada premio, y se puede ganar hasta 10.000 fr. Con \$ 10, \$15, \$ 20, etc., se puede ganar hasta 20.000 fr., 30.000 fr., 40.000 fr., etc. Con cincuenta cuotas de cinco pesos se puede ganar hasta 500.000 fr.

176° **SORTEO** verificado en París el 15 de Noviembre de 1919.—250.000 fr. N.° 431351; 100.000 fr. N.° 1112770; 10.000 fr. N.° 654211; 5.000 fr. N.° 973183; 2.000 fr. N.°s 64356, 1209693, 1531, 951, 1873, 115, 1925977; 1.000 fr. N.°s 814, 58945, 65826, 110, 508, 117467, 125371, 146027, 177539, 232221, 237400, 280034, 286427, 311284, 406178, 417373, 456741, 526410, 574374, 589808, 647028, 652241, 748187, 756255, 801056, 811258, 847635, 888172, 950798, 951045, 1072883, 1129594, 1216692, 1216990, 1257400, 1261629, 1278501, 1295827, 1367300, 1544670, 1573505, 1638721, 1688094, 1695715, 1809251, 1828284, 1852656, 1854876, 1949229, 1973501, 1984727.

Las inscripciones se reciben por carta certificada, giro postal, bancario o telegráfico. Las cuotas y los bonos se entregan a vuelta de correo. Las inscripciones **SE REEMBOLSAN**, previo aviso de noventa días. **NO ES LOTERIA.** Nadie pierde su capital. Es un ahorro.

M. MASBOU

AGENCIA FRANCO-AMERICANA. - SANTO DOMINGO 969. - CASILLA 1485, Santiago de Chile.

CADAVERES EN COMPOTA

Tiene el título aspecto de chiste macabro, pero es verdad si la historia no miente, pues nos dice que con miel se embalsamaban en Grecia los cadáveres de los grandes personajes que no eran incinerados inmediatamente o cuya conservación se pretendía fuese eterna, costumbre que parece haber sido importada del Asia. Esta costumbre se seguía ya en los tiempos homéricos, pues en un pasaje de la "Iliada" nos dice que Tetis vertió néctar y ambrosía en las fosas nasales del cadáver de Patroclus para que no se corrompiese, y así se explica que los cuerpos de Héctor y de Aquiles estuviesen expuestos al público el uno nueve días y el otro diez y

siete, antes de ser conducidos a la hoguera.

Los autores antiguos nos refieren varios ejemplos de la época histórica, siendo uno de los más importantes el de Alejandro, sepultado en miel, como seguramente lo habían sido sus predecesores asiáticos, y el de Justiniano.

Los griegos colocaban también en los funerales vasijas con miel sobre la hoguera, costumbre que debió tener su origen en época remota, cuando todavía no incineraban los cadáveres y los embalsamaban antes de darles tierra.

¿QUE SIGNIFICA ABA?

En castellano la palabra aba es sinónimo de padre, y así llamaban los hermanos al primogénito en señal de respeto. En la provincia de León se usa como contracción de abate, inflexión del verbo defectivo abarse. Aba en Aragón, Cataluña y Valencia es una medida agraria que tiene dos anas.

En sirio y etíope significa padre y en Filipinas, Dios. Los coptos dan ese nombre a unos dignatarios eclesiásticos que ejercen las funciones de nuestros obispos.

El aba indio es una tela burda con la que se hace un traje especie de anguarina, y en Turquía se llama aba al traje mismo.

Aba en Colombia es una medida para áridos, y así medían el maíz los antiguos chibchas, y Aba fué una preciosa ninfa, madre de Ergisco; Aba se llamaba la hija de Zenófanes, tirano de Olba, y Aba fué un rey de Hungría que vivió a mediados del siglo XI.

Además hay una docena de ciudades, aldeas, montañas, yermos, escollos, etc., que llevan el nombre de Aba.

PARA CURAR LA SORDERA CATARRAL Y LOS ZUMBIDOS DE CABEZA

Las personas que padecen de sordera catarral y zumbidos de cabeza, se alegrarán de saber que esta aflictiva molestia suele curarse prontamente en casa con un remedio interno que, en muchos casos, ha efectuado curaciones completas, donde fracasaron otros tratamientos. Pacientes que apenas oían, recobraron el oído al extremo de poder oír el tic-tac de un reloj puesto a siete u ocho pulgadas del oído. Por lo tanto, si Ud. sabe de alguien que padezca de zumbidos de cabeza o sordera catarral, corte este parrufito y déselo, con lo que, sin ser milagro, tal vez le evite volverse totalmente sordo. El remedio puede prepararse en casa, y es como sigue:

Fídale a su boticario un frasquito con una onza de **Parmenta** (Doble Fuerza); líveselo a casa y añada 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulado; bátales hasta disolverlo y tómese una cucharada de las de postre cuatro veces al día.

Parmenta se usa en esta forma no sólo para reducir por acción tónica la inflamación de las Trompas de Eustaquio, igualando así la presión del aire sobre el tímpano, sino también para corregir cualquier exceso de secreciones en el oído medio y sus resultados son casi siempre rápidos y efectivos.

Cualquiera que tenga catarro, no importa en qué forma, debe probar esta preparación.

BANCO ANGLO SUD-AMERICANO LIMITADO



Oficinas del Banco Comercial de la América Española
afiliado al Banco Anglo Sud-Americano Ltd.

SUMARIO

	Págs.
M. PAUL DESCHANEL, por G. de la F.	103
LOS VENCEDORES DEL AIRE. El teniente Prieur. . .	110
MARIETA, por Januario Espinoza.	111
LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO.	126
INTERIORES COLONIALES. La Legación del Ecuador	127
EN EL CONVENTO DE LA RECOLETA DOMINICANA	135
FOTOGRAFIA ARTISTICA. Señorita Marta Prado (Foto Heffer).	146
EL SUEÑO DE SIR H. W. FERKETT, por el Dr. Bres- selle.	147
EL PINTOR PAOLANTONIO, por Mariano Latorre. . .	156
LOS TRES COMPAÑEROS FIELES. Ilustraciones de Heath Robinson.	159
ELEGANCIAS, por Jeanne.	165
EL ARTE EN EL HOGAR, por Esilda.	169
FOLLETIN: EL MISTERIO DE CANTERVILLE, por Oscar Wilde. Ilustraciones de Coke.	173

va. NUESTRA PORTADA:

Clarines, cabeza de estudio por el conocido pintor Franco Paolantonio. (Véase artículo pag. -56).



M. PAUL DESCHANEL

M. Paul Deschanel es una voluntad. Sabe lo que quiere y donde va. Tiene trazado su programa de política interior en "Le République Nouvelle", su programa social en "La Question Sociale"; su programa de política exterior en "Orateurs et Hommes d'Etat".

Escribe en 1884, a propósito de Federico el Grande: "Es por un continuo esfuerzo de voluntad, por un perseverante trabajo sobre sí mismo, como ha llegado a ejercer gloriosamente el oficio de conductor de pueblos, uno de los más duros y más nobles que puede desempeñar una elevada inteligencia. No vino al mundo con la estrella en la frente: ha debido conquistar su propio genio palmo a palmo. Este genio y esta gloria se han fundido y templado laboriosamente al fuego de una voluntad ardiente y bajo los golpes de la fortuna... Es siempre la razón quien lo gobierna y se pueden aplicar a su vida las palabras de Bossuet: "El buen sentido, que es el amo de la vida humana, reina en todas partes".

Más adelante, comparando al fundador del poder prusiano con Napoleón: "¡Ah!", exclamaba, "cuánto preferimos esos grandes hombres razonables, que saben limitar su propio campo de acción y quedar dueños de situaciones deslindadas previamente; que se pliegan a los hombres y a las cosas para hacerlos doblegarse después; que entran en su época para mejor removerla y conducirla; que conservan lo que han tomado porque no toman sino lo que pueden guardar; cuánto preferimos estos espíritus bien templados, flexibles y finos a los dominadores fatales y a menudo ciegos, que con sus saltos impetuosos y sus aventuras insensatas falsean todos los resortes de la política... Si su acción es menos viva, es sin embargo más du-

rable; si deslumbran menos a los hombres, les sirven en forma más eficaz!..."

Servir bien a su país, tal es el objeto que se propuso M. Paul Deschanel desde su juventud. Por lo demás, es ésa, en su hogar, una virtud hereditaria: la ha recibido no solamente de su padre, sino también de su madre, hija del doctor Feigneaux, uno de los médicos más ilustres de la Bélgica, que estuvo mezclado activamente en las luchas del partido liberal de su patria.

Sainte Beuve se complace en citar las bellas páginas, rebosantes de frescura y poesía, con que desterrado en Bruselas, felicitaba a M. Emile Deschanel por el nacimiento de su hijo Paul:

"¡El rostro de vuestro hijo, espectáculo de interés inagotable! Vuestro ojos no pueden apartarse de los suyos. El encanto, lejos de disminuir, va siempre aumentando. Cada día se desarrollan en él nuevos atractivos.

"Así, cada día, en lo sucesivo, y cada semana, y cada año serán bienvenidos.

"Se cuenta el tiempo de otra manera que antaño. Todas esas horas y todos esos años ya no veis que os hacen encanecer, veis que lo hacen desarrollarse.

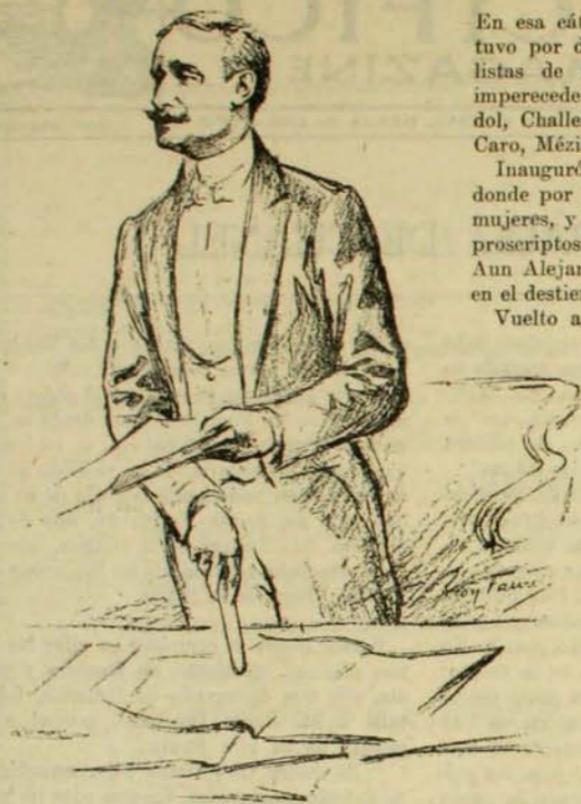
"Por otra parte, ya no envejecéis; al contrario, rejuvenecéis. El niño os quita los años que él toma.

"Sus ojos brillantes de alegría—la alegría de vivir—iluminan a vuestro alrededor todos los objetos, aun vuestro aposento de desterrado.

"La mirada del niño cicatriza vuestras llagas.

"Sus manitas hacen liviano el peso bajo el cual vuestro corazón está agobiado.

"Cuando cogéis a vuestro hijo, dulce carga



M. Deschanel, nuevo Presidente de Francia, cuando lo era de la Cámara de Diputados

que os parece ligera, y él coloca sus brazos alrededor de vuestro cuello, es él el que os lleva.

“El os eleva a las nubes azules de la esperanza; sobre las nubes; sobre los dolores.

“Niño, fuente de consuelo, de gozo y de vida! Se le da el nacimiento y lo retribuye haciendo renacer vuestra alma de sus cenizas y de sus despojos...

“Coquetamente, se deja adorar; recibe todas las caricias y devuelve muy pocas. Le son debidas; lo sabe. ¿De qué os extrañáis? Vos fuisteis adorado así, e hicisteis lo mismo. Cada uno a su turno”.

M. Emile Deschanel, arrojado a Bélgica por el golpe de Estado, perdió su cátedra de Literatura griega de la Escuela Normal.

En esa cátedra, conquistada a los 25 años, tuvo por discípulos una falange de normalistas de renombre que deja en recuerdos imperecederos: Taine, About, Prevost-Paradol, Challengé-Lacour, Sarcey, J. J. Weiss, Caro, Mézieres, etc.

Inauguró en Bruselas conferencias libres, donde por primera vez fueron admitidas las mujeres, y donde se reunió la “élite” de los proscriptos: Victor Hugo, Edgar Quinet, etc. Aun Alejandro Dumas, que, él, se refugiaba en el destierro para escapar a sus acreedores.

Vuelto a Francia, después de 9 años de expatriación, M. Emile Deschanel, de acuerdo con Albert Le Roy, J. J. Weiss, Edouard Hervé, About, Sarcey, etc., fundó sus cursos de la Rue de la Paix, que estuvieron en gran boga bajo el Segundo Imperio, y contribuyeron activamente a la unión de liberales y republicanos.

M. Emile Deschanel fué el creador de un género nuevo de enseñanza familiar, superior y libre, no sólo en París, sino que en la Francia entera, en Bélgica, en Holanda y Suiza; sembrador de la buena palabra, merecía bien el título de “Apóstol”, con que lo honró Sainte-Beuve.

Conjuntamente colaboraba en “L'Indépendance belge”, en el “Journal de Débats”, en la “Revue de Paris”, en la “Revue de Deux Mondes”, sus “Causeries de Quinzaine”, del “Journal de Débats”, se leen todavía con placer, sobre todo las páginas deliciosas sobre la melancolía, escritas largo tiempo antes que las de Schopenhauer.

Durante la tercera República, diputado por el Sena, después senador inamovible, M. Emile Deschanel, fué elegido profesor del College de France.

Ocupó la cátedra de idioma y literatura francesa moderna; su curso fué seguido por un auditorio numeroso, simpático y fiel.

En su brillante serie “Romantisme des cla-

ssiques", ha hecho ver por qué Corneille, Rotrou, Moliere, y aun Racine han sido los precursores de los románticos. Indicó principalmente el "Tancrède", de Voltaire, como el primer drama romántico.

Su "Lamartine", en dos volúmenes, es una obra definitiva; estudia a la vez al poeta, al orador, y al hombre político. A M. Emile Deschanel corresponde el honor de haber restablecido esta gloria literaria en la opinión pública, como lo dijo Alejandro Dumas hijo. Señaló en Lamartine al hombre de penetración profética—al vate—que desde 1840 predijo la vuelta del Imperio y aun advinó el "boulangisme".

En sus clases de los sábados, el sabio profesor, hacia, de cierto modo, la botánica de la lengua. De allí nació una pequeña obra muy celebrada en aquella época, tanto por la gente de mundo como por los profesionales: "Les déformations de la langue française" en la cual especifica las lesiones y enfermedades que la corroen. Ejemplos y anécdotas sazonan este picante estudio.

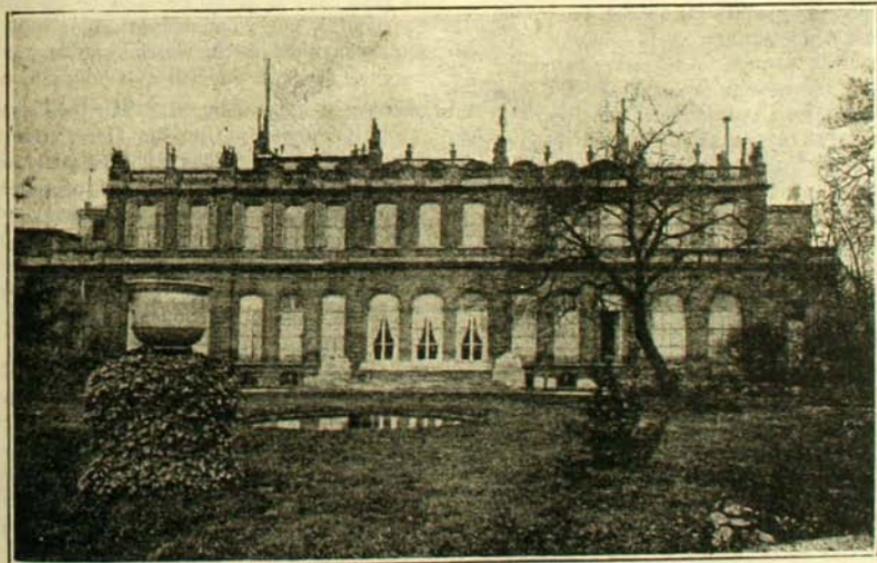
Alimentado del más puro aticismo, M. Emile Deschanel es un republicano de ideas superiores. De una constancia inquebrantable ha regido siempre su conducta por las máximas de los estoicos. Cuando se presen-

tan dos caminos o se puede dudar entre dos partidos, basta que su interés personal esté a un lado para que él opte por el otro. Al finalizar el Imperio, M. Duruy, Ministro de Instrucción Pública, ofreció crearle una cátedra en el Colegio de Francia; él rehusó prestar el juramento profesional exigido en esa época, prefiriendo continuar modestamente su carrera de conferencista. Se encuentran, en esta vida tan pura, numerosos ejemplos de este género.

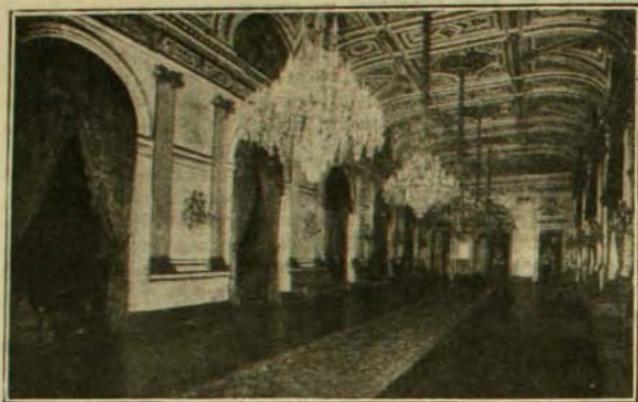
Su hijo, pues, se crió en noble y buena escuela.

M. Paul Deschanel no tenía 20 años cuando entró en la vida política como Secretario de M. de Marcere, Ministro del Interior, y de M. Jules Simon, Presidente del Consejo. Después de una rápida carrera administrativa, que le valió los cargos de subprefecto de Dreux, de Brest y de Meaux, fué elegido en 1885 diputado por el departamento de Eure et Loire por más de 37.000 votos.

Algunos meses más tarde hizo su estreno en la tribuna defendiendo la causa de la agricultura francesa, y el impuesto de 5 francos sobre los cereales: "Fué—dice M. Henri Avenel en su obra "Le Nouveau Ministère et la Nouvelle Chambre"—uno de los estre-



El Palacio de la Presidencia.—Frente que da al Quai d'Orsay



Salón de fiestas del Palacio Presidencial

nos oratorios más brillantes que se han registrado desde largos años; la sesión después del discurso quedó suspendida de hecho y la prensa de todos los partidos aplaudió al joven orador con rara unanimidad. "Al año siguiente, trató el mismo tema con igual éxito. Después abordó la política exterior en una elocuente defensa de los intereses franceses en el Oriente. El 29 de Octubre de 1889, fué uno de los primeros que llamó la atención del parlamento sobre la insuficiencia de la flota en materia de cruceros exploradores y torpederas y sobre los abusos de la administración de marina.

En 1889, después de la campaña boulangiste, donde netamente tomó su partido en contra de los inspiradores de un golpe de Estado, fué elegido sin lucha por el departamento de Nogent Le Retrou. En 1890, defendió con elocuencia la libertad de la prensa, a propósito del proyecto de ley que tenía por objeto quitar al jurado el conocimiento de los delitos de injuria y difamación cometidos por medio de la prensa o de la palabra en contra de los hombres públicos, para definirlos en los tribunales correccionales.

Peró no es de los que confunden la libertad con la licencia; así, cuando en 1892, durante la huelga de Carmeaux, los jefes del partido se aliaron por vez primera a los socialistas revolucionarios, y después del atentado cometido en París en el local de la Sociedad de Minas, M. Paul Deschanel reclamó la aplicación de las leyes y estigmatizó a los

agitadores. El Presidente del Consejo a quien apoyaba con su palabra vibrante, era M. Loubet.

El 16 de Febrero de 1893, en una ardiente requisitoria, exigía a M. Delahaye hacerse relevar de su juramento y dar los nombres de los parlamentarios comprometidos en el asunto de Panamá.

Algunos días más tarde imploraba al Ministerio Ribot que se separara de la extrema izquierda:

"Pregunto—exclamaba el orador—en virtud de qué derecho y con motivo de qué extrañas debilidades, hombres políticos que durante diez y seis años han derribado quince ministerios republicanos con el concurso de la derecha; que, cosa aún más grave, han contribuido en el exterior a dejar caer al Egipto en manos de la Inglaterra, y que, si no se les hubiera impedido, habrían dejado caer a Túnez y a Bizerta en manos de la Triple Alianza; que, sino han tenido la mano feliz bajo el punto de vista de los acontecimientos, no la han tenido mejor bajo el punto de vista de la elección de hombres, porque, después de haber combatido con toda energía a Gambetta y Miribel, inventaron Boulanger y Cornelio Herz, preguntando con qué derecho esos hombres pretenden pesar en la política de una mayoría fuera de la cual se han colocado voluntariamente, y sobre la conducta de un gobierno que no han cesado de combatir. He ahí el equívoco que desde hace 16 años vicia, altera y falsea la política del partido republicano y la política general de la Francia!"

En seguida demostraba que, "todas las reglas esenciales del gobierno parlamentario estaban corrompidas por ese equívoco..."; que en lugar de Ministerios "homogéneos y solidarios", había en los bancos de gobierno "mosaicos, donde cada grupo, a cual más disparatado, y cada opinión de las más divergentes estaban representados. De ahí la

falta de certeza en la dirección política general, las perplejidades, los conflictos en el seno de cada ministerio; la anemia del poder ejecutivo; en fin, esa continua inestabilidad, incompatible con el gobierno de una gran nación como la Francia y sobre todo con la dirección de su política exterior, etc.”

En 1894, a la revisión radical preconizada por M. Goblet, opone la reforma parlamentaria:

“Un gobierno, decía, no puede estar a merced de todas las intimaciones desconsideradas, de todos los caprichos de los grupos que componen una de las dos asambleas. El sistema de la responsabilidad ministerial así comprendido no es el medio más ingenioso ni más seguro para escuchar la voluntad de la nación; es un juego pueril que un gran país no sabría soportar largo tiempo, y contra el cual, en efecto, la Francia ha protestado tan violentamente como ha podido. No es ése un gobierno parlamentario; es la parodia del gobierno parlamentario. El mal no está solamente en la no ejecución de las leyes constitucionales ni en la violación de las reglas más esenciales; está también en nuestras costumbres políticas y administrativas; está en esa sensible confusión de poderes: el ejecutivo aniquilado, los Ministros a remolque de los diputados, los diputados a remolque de los comités y de los corrillos locales....

¿Cómo desean que los Ministros tengan tiempo de gobernar, de administrar, de defender su existencia, y por encima de todo, llevar a cabo reformas y obras de largo aliento, cuando se encuentran agotados, aplastados por ese sistema de concentración burocrática a outrance, creado el año VIII por el poder absoluto de un hombre y que es manifiestamente incompatible con el sufragio universal?”

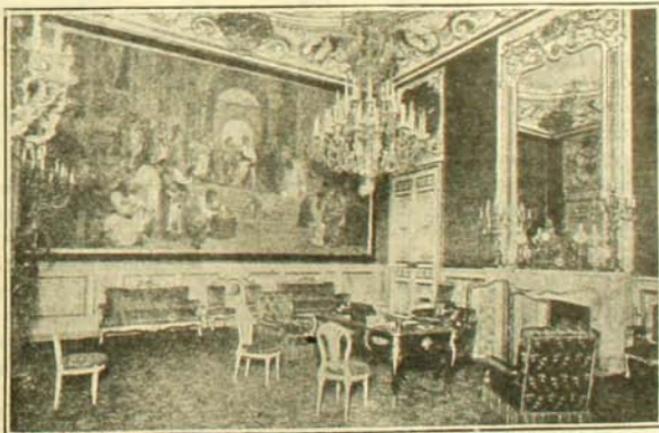
¿No encontráis que hay algo de reconfortante al pensar que esta opinión severa sobre nuestras costumbres políticas es la de

un hombre que desde ahora ocupa una de las más altas situaciones del estado, y que por esto mismo, puede ser llamado de un día a otro a modificarlas? Sobre todo cuando se sabe que M. Deschanel no se paga de palabras y que hará todo lo posible por asegurar el éxito de las ideas de las cuales ha sido siempre el más valiente y enérgico campeón.

Esta arrogancia no agradaba a sus colegas, que, rindiendo homenaje a su talento oratorio, a la exactitud de sus puntos de vista, afectaban sistemáticamente descartarlo, hasta el día en que, por la fuerza misma de su valer, se encontró elevado a la vicepresidencia de la Cámara.

Rehusó el Ministerio de Colonias que le ofreció M. de Méline, pero prestó a ese gabinete su concurso sincero. Al día siguiente de la constitución del Ministerio moderado, tomó la palabra para defenderlo y constatar que el partido radical había faltado a su programa:

“...Revisión de la Constitución; supresión del Presupuesto del Culto; supresión de la Embajada ante el Vaticano; supresión de los obispados no nacidos de concordato; de las subvenciones de las Escuelas Católicas de Oriente; supresión de fondos secretos; derogación de la ley contra los manejos anarquistas; jornada de 8 horas: sobre todos estos puntos los Ministros radicales han hecho exactamente lo que nosotros habríamos hecho si hubiéramos estado en su lugar, y lo que, por lo demás, nos habría valido



Sala de recibio del Presidente de Francia

las críticas y los ataques de sus amigos..."

En Junio siguiente, a propósito de los debates relativos a la ley sobre el trabajo de las mujeres en las manufacturas, pronunció un discurso que permanecerá como un modelo de lo que deben pensar los hombres de buen sentido en la cuestión social.

Colocándose entre M. Jules Guesde y M. de Mun, precisó las declaraciones siguientes:

"Creemos nosotros también, dijo, que el contrato del trabajo no es un contrato como los demás, porque aquí la mercadería ofrecida, el trabajo, no hace sino uno con el vendedor; es la persona humana misma la que se contrata, es una creatura que vive, que piensa y que sufre..."

"Esperamos perfeccionar, coronar la obra de la Revolución dando al principio de la libertad del trabajo, que fué su conquista esencial en el orden económico, lo que le es su complemento necesario, es decir, el principio de asociación bajo formas más y más variadas, más y más sabias. Cuando la asociación sea aún muy débil, cuando el individuo esté todavía aislado y sacrificado, la intervención del Estado se impone, no para abogar la iniciativa individual, sino, al contrario, para ayudarla como el tutor sostiene la planta que va creciendo".

El 10 de Julio de 1897, M. Deschanel pronunció, en respuesta de M. Jaurés, en una interpelación sobre la crisis agrícola, un discurso notable cuya fijación en todas las comunas ordenó la Cámara. Después de haber demostrado la inutilidad de las teorías socialistas, terminó con esta elocuente invocación:

"Amado aldeano de Francia, eterno creador de riqueza, de poderío y de libertad, eterno salvador de la patria, en la paz y en la guerra, tú, que tantas veces has reparado los reveses de nuestras armas, y las faltas de nuestros gobiernos, tu clara y fina razón salvará de un materialismo bárbaro el alma idealista de la Francia!"

En la víspera de las elecciones generales de 1898, en París, y después en Lyon, desarrolló en resonantes arengas el programa de los republicanos progresistas. Preconizó principalmente el desarrollo de la asociación profesional, "que será, no una arma de guerra para provecho de ambiciosos a menudo extraños al mundo del trabajo, pero sí el instrumento de una emancipación y paz social

que creará bajo formas más y más complejas y sabias, el crédito, la previsión, los seguros, los retiros, la conciliación y el arbitraje; todo este orden nuevo, esta organización nueva del trabajo que nos acercará a la Justicia por la solidaridad. El siglo XX será el siglo de la Asociación".

Reelegido una vez más sin lucha por Nogent Le Rotrou, M. Paul Deschanel fué nombrado Presidente de la Cámara contra M. Henri Brisson, por una mayoría de 10 votos, después reelegido, el 10 de Enero de 1889, por 323 votos contra 187 de M. Brisson.

Todo el mundo está de acuerdo en que M. Paul Deschanel desempeña sus funciones con tanto tacto como galanura; es verdaderamente el "speaker" modelo, que mantiene la balanza entre los representantes de todos los partidos. No esperó estar en el sillón de la Cámara para dar la medida de su espiritualidad. Hace algunos años, en el curso de una discusión en que M. Fabérot se distinguía por sus ruidosas interrupciones, lo azotó con esta réplica: "¡Es sin duda porque M. Fabérot ocupa el asiento que ocupaba antaño M. Berryer, por lo que interrumpe a cada momento?" (1)

Las funciones de presidente las ejerce tanto en su escritorio privado como en la sala de sesiones! Ahí también es el árbitro y el conciliador de los partidos. A fuerza de finura, buen sentido, miramientos, puede evitar gran número de conflictos y prevenir muchas desavenencias. M. Paul Deschanel ya es maestro en su rol. Desde su instalación, aumenta su prestigio día a día. Ha hecho de la Presidencia la casa común de todos los partidos.

Su carrera política ha sido tan brillante que sus obras literarias—que habrían bastado para ponerlo en evidencia—han pasado a segundo plano. ¡Es atavismo, ingenuidad de un padre que ha escrito antologías de lo bueno y de lo malo que se dice de las mujeres y del amor?... Seguramente porque demuestra mucho espíritu y penetración en el volumen

(1) Pierre Antoine Berryer. — 1790-1868— Líder monarquista, considerado como el más grande orador francés después de Mirabeau. Se señala por un vigor y elocuencia asombrosos en sus interrupciones.

que bajo el título "Figures des femmes" reunió algunos estudios de seductora psicología sobre M. Du Deffand, Md. d'Epinay, Md. Necker, Md. de Beaumont, Md. de Récamier. Ninguna es semejante a la otra, cada una representa exactamente el tono de distinción y de buena compañía de su tiempo y personifica a nuestros ojos un grupo de épocas diferentes de la sociedad.

Ved estos croquis que tienen la nitidez y la seguridad de una flecha acerada: "Md. Du Deffand habla y escribe a maravilla; todo es sobrio, natural y vivo; por la precisión, la exactitud y el olfato crítico es el Voltaire de las mujeres; pero también da la impresión de un mundo caduco, desecado, que ha envejecido y que muere del abuso intelectual".

"Con Md. de Epinay, la nota varía. He aquí la sensibilidad, la necesidad de poner

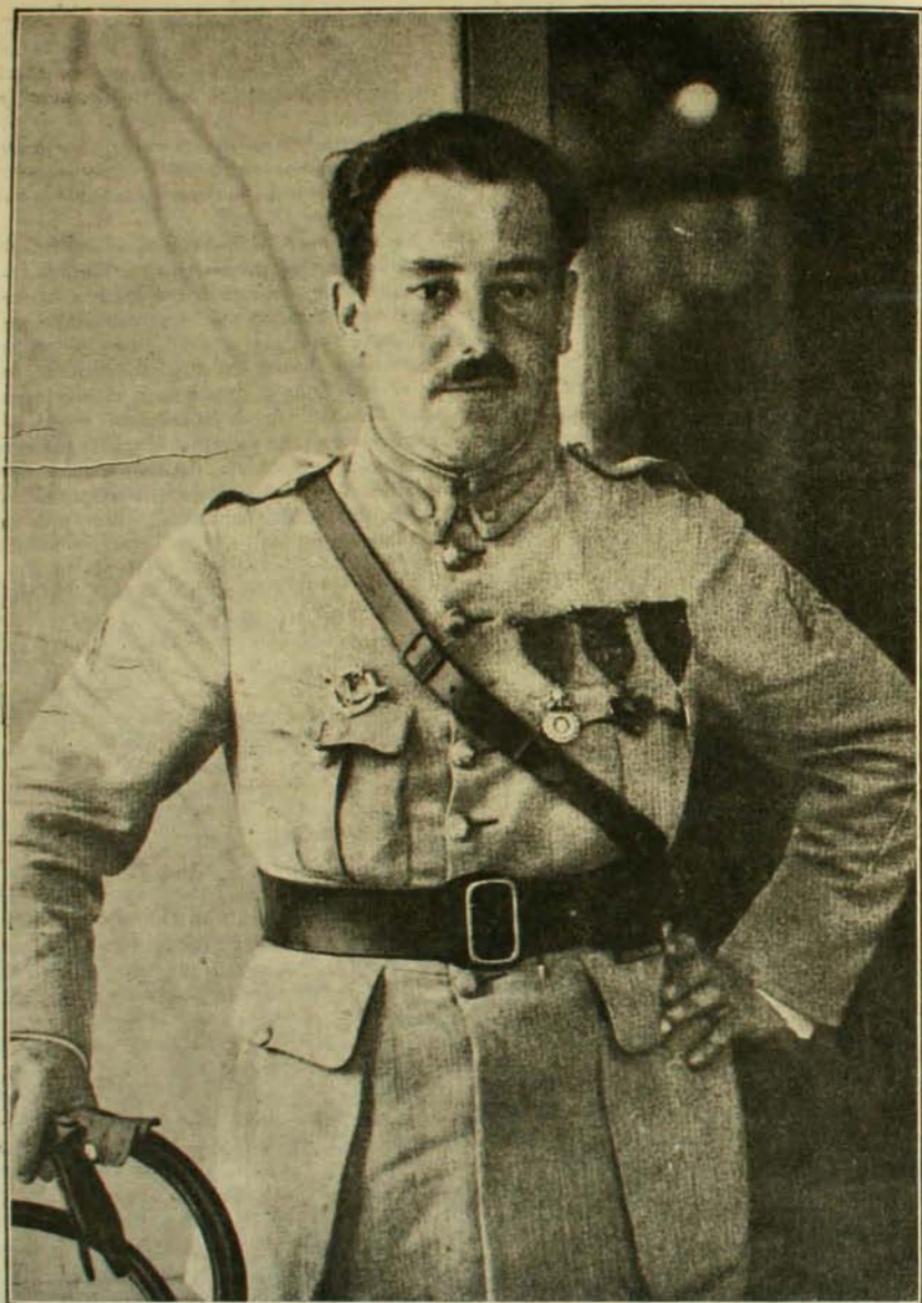
en novela su vida misma; la manía de disertar predicando; escribe sus "Confesiones" y su "Emilio".

¿No es necesario conocer muy bien a las mujeres para definir las así? ¿Y no es necesario conocer a las mujeres para gobernar a los hombres?

En todo caso, si habla de ellas con infinito gusto, habla también en sus "Figures Littéraires" de "esos espíritus superiores que se elevan sobre las pasiones; que se dirigen exclusivamente por la inteligencia y por la razón; que encuentran en la investigación de la verdad, tanto el objeto de la vida humana como la condición de la felicidad, y que toman por guía, no el corazón, agente obscuro e inferior del instinto, del sentimiento irreflexible y de la pasión ciega, sino que el cerebro, órgano del pensamiento libre y de la voluntad responsable".

G. de la F.





8.10/2/20

LOS VENCEDORES DEL AIRE

Por su valiente vuelo sobre el
Chilcano

Por sus servicios
[Signature]

Teniente Fernando Prieur, de la misión aeronáutica francesa que vino a la Argentina. Atravesó la cordillera el 16 de febrero, aterrizando a 60 kilómetros de Ovalle.



Marieta

por
F. J. Espinosa

Luego que leyó la carta de recomendación, don Sócrates, el dueño de la botica, alzó la mirada y observó detenidamente a la postulante.

Era una muchacha que aparentaba unos dieciocho años a lo sumo. Su tipo tenía más de vulgar que de distinguido, y se adivinaba en ella a la mujer del pueblo que ha logrado subir a la clase media, por la constancia o por el estudio. Unos ojos pardos, resignados y humildes; una nariz bien perfilada, boca más bien grande, pero graciosa y sensual: en suma, ni bonita ni muy fea. No era, por otra parte, ni muy alta ni muy baja, ni fina ni rechoncha, ni rubia ni enteramente morena, no tenía aspecto de viaracha ni lucía esa timidez fingida de las "mosquitas muertas".

Estos términos medios llenaban las condiciones que él exigía para una cajera del establecimiento. No le agradaba una de belleza llamativa, porque esta clase de mujeres son generalmente muy vanidosas y carecen de constancia para atender su puesto. Una fea ahuyentaría a los compradores jóvenes...

Satisfecho de su examen visual, preguntó:

—¿Ud. se llama Marieta?

—Sí, señor.

—¡Marieta...! María se llamará tal vez.

—No; Marieta es mi nombre.

Insistía ella sencillamente, sin que pareciera darle mucha importancia al asunto. Don Sócrates encontraba el nombre demasiado romántico para una mujer de esa categoría.

Volvió a preguntar:

—¿Vive usted con su madre?

—Sí, señor. Es viuda y tiene otros siete hijos.

Esto concluyó de decidirlo. Al darle un sueldo a esa muchacha, haría seguramente una buena obra. Y estas niñas muy modestas, que necesitan demasiado del producto de su trabajo, suelen ser muy cumplidoras de sus obligaciones.

No se engañaba don Sócrates en este capítulo: Marieta le resultó una cajera excelente. Llegaba a la hora justa, era la primera en volver después de almuerzo, ganándose al empleado de ventas y al mozo, y se iba en el momento de cerrar. Una mañana que se atrasó el mozo, espontáneamente tomó la escoba y el plumero y se dispuso a practicar la limpieza.

Dos meses hacía que estaba Marieta en la botica cuando ocurrió que el empleado se enfermara y faltara tres días. Don Sócrates hubo de hacer solo el despacho al público, en lo que naturalmente se veía muy atareado; pero en un momento en que había mayor afluencia de compradores, Marieta cerró la caja, se presentó en el mostrador sin que nadie la llamara e hizo la venta al menudeo.

Grande fué el asombro del dueño de la botica al verla tan expedita en esto. Apenas quedaron solos, la llamó para preguntárselo.

—Lo he aprendido fijándome—explicó ella con sencillez.

Y al hacerlo, alzó sus ojos humildes hasta él. Don Sócrates creyó ver en ellos un encanto hasta allí no sospechado.

II

Don Sócrates López bordeaba en los cuarenta años, y no pensaba en casarse. Su vida era pareja y monótona: de la pensión a la botica, y de ésta a la pensión nuevamente. Su existencia había sido lo mismo desde la edad de los veintitrés años, cuando recibiera el título. Apenas si los domingos salía a recorrer los alrededores de la ciudad en compañía de uno u otro amigo. En cuanto a mujeres, le bastaban ciertas aventurillas fáciles, que no comprometían a nada. En este sentido pecaba más bien de sobrio.

Su retraimiento, o sea su indiferencia respecto del amor, venía precisamente de



—Ud. se llama Marieta?
—Sí, señor...

la época final de sus estudios. Fué por entonces cuando acaeció el drama decisivo de su vida: tres años había estado en correspondencia amorosa con una mujer que él creyó dotada de todas las perfecciones y que resultó una vulgar comedianta. Una mañana, por el diario, vino a saber que se casaba con otro, en circunstancias que sólo dos días antes había recibido de ella una de sus cartas más cariñosas. Estuvo a punto de tomar dos resoluciones violentas: o ir donde la traidora y armarle una escena, o llevarle las cartas al novio, para provocar un rompimiento. Pero tras mayores reflexiones, se inclinó por perdonar. Encontró cierta voluptuosidad en mostrar un espíritu grande ante esa mujer de alma tan pequeña. Mas, la espina que ella había clavado en su corazón quedó allí para siempre.

Desde entonces llenaban su tiempo únicamente las atenciones de la botica y la lectura de libros científicos. Como muchos

otros boticarios, se dedicaba a dar remedios, especialmente a los niños. En esto había logrado tales éxitos, que su clientela aumentó grandemente: era lo común ver junto al mostrador a varias mujeres con sus niños en brazos.

A las diez de la noche cerraba la botica, y si hacía buen tiempo, gustaba de ir a sentarse una media hora en un escaño de la plaza próxima, o bien se paseaba un poco, antes de encumbrarse a su domicilio, situado en uno de los cerros. Se levantaba muy temprano, leía algo antes del desayuno, y a las ocho estaba ya en el plan, para empezar de nuevo la tarea diaria.

Esta vida monótona llegó a serle liviana a fuerza de la costumbre. Para él habían pasado los años sin que casi los sintiera.

Una noche de noviembre, tibia y en calma, cerró la botica y fué a dar su paseo habitual. A poco andar alcanzó a Marieta.

—No me vinieron a buscar—explicó ella—y tengo que irme sola.

Siguieron andando juntos. Por primera vez en su vida de boticario acompañaba en la calle a una cajera suya. Por lo demás, digna era ella de una distinción semejante, no sólo por su conducta estrictamente respetuosa y discreta sino por su decisión para el trabajo. Nuevos hechos le habían demostrado que, como empleada, aquella mujer era una alhaja. ¡Qué atenta era con el público cada vez que, por cualquier motivo, ayudaba a la venta! El la veía trasfigurarse, al mostrar para todos una carita risueña, al no escatimar las palabras amables. Dió esto un resultado sorprendente. A pesar de ser Marieta la menos bonita de las cajeras que la botica había tenido, fué la que atrajo mayor número de compradores jóvenes. Pero nunca se le notó una distinción especial para alguien. A todos sonreía igualmente, y parecía hacerle como si ello entrara en sus obligaciones de cajera.

En dos cuadras apenas si cambiaron una que otra frase banal. Al llegar a la plaza de la Victoria, él le propuso que se sentaran un momento. No tenía el menor propósito de iniciar un flirteo con su cajera, pero quería sentirse niño, poner su espíritu al nivel del de esa chiquilla ingenua. Como ella mirara fijamente hacia la luna, dijo:

—¿No le parece a usted que la contemplación de la luna nos trae recuerdos agradables?

—¡De veras!—murmuró ella, y sus ojos siguieron fijos en el plateado luminar.

—Yo me acuerdo de cuando tenía veinte años, y podía como Ud. alimentar ilusiones risueñas.

Sin querer daba a su voz un tono emocionado, y era que sentía ligera angustia al tocar heridas antiguas. Pero temiendo hacer el ridículo, adoptó en seguida un lenguaje de ebanza:

—Mire usted a la luna y se acordará de alguien...

—¿De quién...? No me acuerdo de nadie...

—¿Cómo, de nadie? Sería increíble que usted, a su edad, no tuviera siquiera su pequeño amorío...

—No he querido a nadie todavía—insistió ella en forma tan llana, que don Sócrates quedó convencido.

Le parecía ahora mucho más joven; acaso no pasaría de los quince. Tanto mayor razón para no flirtear con ella. Mucho menos podía abrigar una intención pecaminosa. Creía solamente que empezaba a sentir por esa muchacha una especie de afecto

paternal. Nada puso, pues, ni en sus palabras ni en sus ademanes, que pudiera interpretarse torcidamente. Fué, no obstante, a dejarla hasta lo alto del cerro, donde ella vivía, y al despedirse le estrechó la mano con fuerza.

Al día siguiente vió que Marieta, al entrar y darle los buenos días, su sonrisa no era tan simple y lo miraba a los ojos en una forma nueva. Había en esa mirada algo de complicidad y de camaradería. Esto lo asustó. Se propuso ser más serio en adelante. No volvería a incurrir en la imprudencia de ir por la calle con una empleada suya.

III

Por varios días se mantuvo firme en esos propósitos. No flaqueó su voluntad a pesar de que Marieta multiplicaba las ocasiones de acercarse a él, para hablarle en voz baja, con cierta dulzura estudiada.

Ya se creía libre de toda tentación y de todo sentimentalismo, cuando una mañana llegó Marieta muy alarmada y le informó que un hermanito suyo estaba grave.

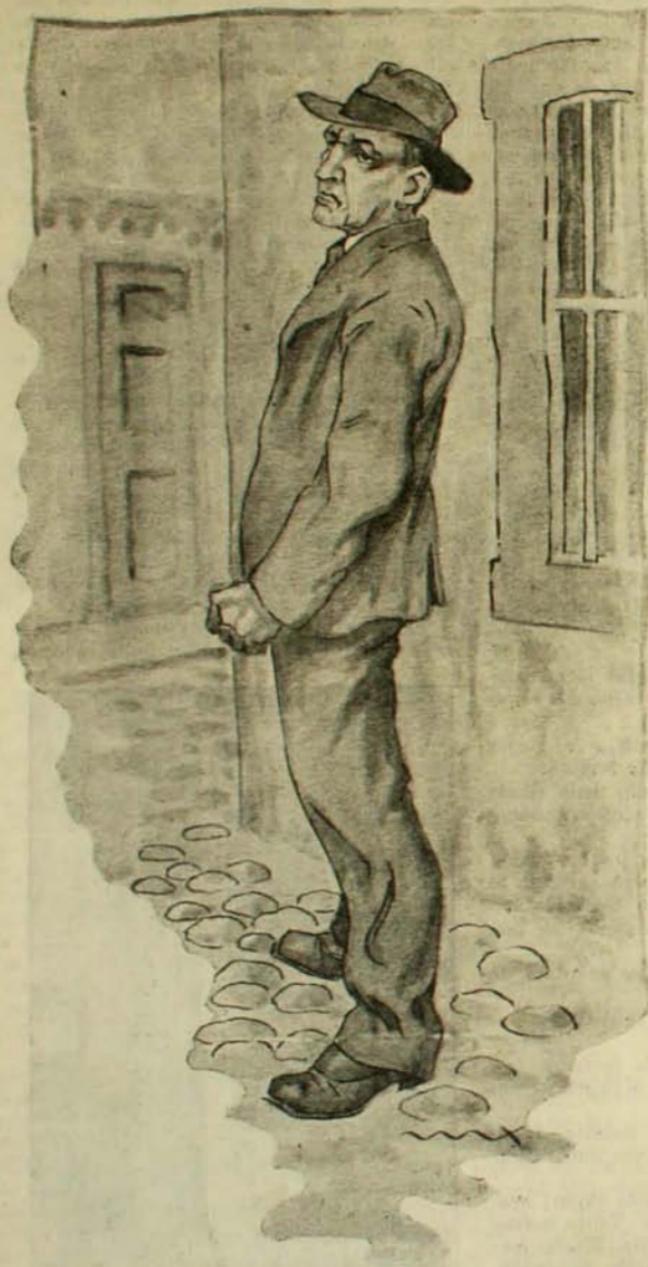
—¿No han llamado un médico?

—No; mi mamá tiene fe en usted solamente...

Se lo decía con los ojos suplicantes. Ante ese ruego se sintió vencido, y, además,



...y quedó solo con Marieta, que se sentó frente a él, en actitud turbada y humilde.



hacer esa concesión era justo premio para esa empleada excelente: prometió, pues, que iría a ver al niño después del almuerzo.

Ella lo esperaba en lo alto del ascensor y lo condujo, trepando siempre, a una quebrada profunda. Salió a recibirlo la madre, a quien ya conocía, y se encaminó rectamente hasta el cuarto en que estaba el pequeño enfermo. Aseguró que se mejoraría, recomendó ciertos remedios, y ya se retiraba, pero la madre le pidió que se detuviera en el comedor para servirle un vaso de cerveza. Se había negado, pero Marieta insistió en un tono de ruego. Se sentó entonces, y, conversando, se quedó largo rato. Pronto la madre corrió a ver al niño que la llamaba y quedó solo con Marieta, que se sentó frente a él, en actitud al mismo tiempo turbada y humilde. La falda corta le llegaba apenas a las rodillas, y la blusa, demasiado delgada, le ceñía demasiado el busto. También él se hallaba un poco turbado. Sentía sequedad en los labios y al hablar sus palabras temblaban. La sala era pequeña y carecía de ventana. El estaba a la sombra, y ella recibía de lado toda la luz que entraba por la puerta. En esta situación especial, la vió con encantos desconocidos... Al volver la madre, sacó el reloj y notó con alarma que había pasado media hora. Se

LA REVELACION.—"Poco había caminado, cuando se presentó a sus ojos algo que le pareció una escena ilusoria..."

despidió en el acto y bajó apresuradamente.

Aquella misma noche, la casualidad o el destino los hizo encontrarse en la calle, apenas cerrada la botica. Había luna, como la primera vez que se juntaron. Inconscientemente encaminaron sus pasos hacia la gran avenida. Sólo se veía el gran paseo. Uno que otro transeunte lo cruzaba a largos pasos para tomar algún tranvía, o se deslizaban como sombras parejas de enamorados.

La proximidad de una mujer joven, en esa noche tan propicia para el amor, lo hizo olvidar todos sus propósitos. Sobre sus hombros no pesaban ya los años, y se sintió dueño de la agilidad y de las ilusiones de su época de estudiante. Si alguien se hubiera acercado a decirle: "Recuerda que tienes cuarenta años y que esa chiquilla no ha llegado a los veinte todavía" lo habría recibido como la bofetada que nos despierta de un ensueño dulce.

Fueron a sentarse en un banco, bajo la sombra de un arbolillo. Allí, tan junto a ella, su transformación fué mayor. Nada había ya del hombre escéptico y retraído, en donde ha muerto todo sentimiento exaltado. Se apoderó de una de sus manos e hizo una pregunta de cualquier enamorado novicio:

—¿Pero es cierto que usted no ha querido nunca a nadie?

—Nunca.

Esa pregunta banal sirvió, sin embargo, para hacer una serie de consideraciones sobre lo que es el verdadero amor. Marieta tenía sobre esto ideas muy simples o no tenía ninguna. Aquellas palabrerías terminaron en un beso: en él ardiente, en ella un poco frío. Se dejaba besar como una cosa sin vida. Las manos ansiosas del hombre oprimieron los senos duros y redondos, estrecharon el talle, se deslizaron hacia las caderas, y Marieta se limitaba a sonreír, con menos turbación de la que era necesaria.

Pero esto fué sólo un momento de extravío. La luz de la luna, la noche en calma, invitaban a un amor más idealista. Además, él pensó de pronto que acaso abusaba de una muchacha casi inocente o que aparentaba serlo.

Sonaron las once en un reloj vecino, y entonces ella se asustó. Tal vez la esperaban con cuidado en su casa... Fué él a dejarla, y por el camino hablaron sólo cosas triviales.

De regreso, le asaltaron nuevos escrúpulos: ¿no era una villanía la suya el tratar

de seducir a esa muchacha? Tendría francamente que hacerla su querida, dejarla posiblemente con uno o dos hijos... Su probidad se oponía a un acto semejante; y luego, si necesitaba una mujer, podía elegir la en cualquier otro terreno, antes que causar la desgracia de una chiquilla buena y sencilla y ser la causa de las lágrimas de una madre...

En la noche siguiente, sin embargo, volvieron a reunirse. Sin acuerdo previo, estuvieron los dos a la misma hora en el mismo sitio. Otra vez buscaron la sombra; pero él no se aprovechó de ocasión tan propicia. Apenas si la besó con delicadeza. Luego le habló seriamente. Quería adivinar si era Marieta una muchacha ya corrida o si realizaba el concepto en que él la tuviera. Siempre le dejaba la misma impresión de ingenuidad y de sencillez. Ello era suficiente para que aumentaran sus vacilaciones, y para que sus sentimientos superaran toda realidad y se hicieran más y más románticos.

Realmente, su transformación era completa. También había cambiado en lo físico: se sentía más fuerte, más gallardo. Su rostro rasurado a la yanqui aparecía menos adusto; y sus ojos—tras los lentes que ocultaban su miopía—tenían ahora un brillo inusitado. Desde el fondo de su espíritu bendecía a aquella mujer que vino a renovar sus sentimientos ya muertos. Concluyó por comprender que era lo mejor no precipitarse, seguir aquellos amores con la misma timidez presente, a fin de prolongar la ilusión. Y así su vida tendría un objeto sentimental, tal vez a poco costo...

Por su desgracia, los acontecimientos marchaban con demasiada rapidez. En una de aquellas noches, Marieta dijo que se sentía algo resfriada, y pidió permiso para retirarse temprano.

Cerrada la botica, fué él a pasearse solo por la gran avenida. La temporal ausencia de Marieta ponía en su espíritu mayor amargura de lo que él podía presumir. Ese paseo nocturno junto a ella, se había hecho ya imprescindible para él. Largo rato estuvo sentado en el mismo banco donde se dieron besos furtivos; y se retiró ya tarde, rumiando su desconsuelo.

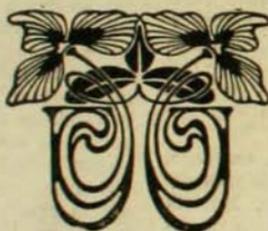
Dos noches después, Marieta volvió a pedir permiso para irse un poco antes... y al pasearse solo, él se sintió todavía más triste. Queriendo buscar una distracción en la marcha y en el bullicio, echó a andar por las calles, sin rumbo determinado. Iba tan

distráido que sin darse cuenta, embocó por una donde abundaban las casas de diversión y otros negocios dudosos.

Poco había caminado, cuando se presentó a sus ojos algo que le pareció una escena ilusoria: Marieta salía de un negocio

celestes, acompañada de un empleadillo de tienda o algo menos todavía, acaso un chofer o un cochero...

Recordaba después solamente que sus ojos se nublaron y que en su corazón, todavía joven, algo se derrumbaba con estrépito.



EN EL REINO DE LILIPUT

Esta fantasía, debida a la minúscula pluma del microscópico conde de Primo Magri, (de 0.80 centímetros de altura), revela el alto grado de cultura y la resignación con que soportan su pequeñez material aquellos seres que llamamos vulgarmente enanos; el conde Primo Magri nos cuenta en este artículo la vida en el reino de Liliput, creado hace algunos años en el Bosque de Bouonia de París. Allí se reunieron los enanos de todas partes del mundo, que fundaron en medio de París, simple ciudad, un reino completo, con su corte, su administración, su justicia y demás departamentos que contribuyen a formar y mantener el buen orden dentro de un país civilizado.

Hace algún tiempo, un diario parisiense organizó una encuesta sobre el más bello verso de la lengua francesa.

No hay duda que si ese diario hubiese interrogado a los letrados,— más numerosos de lo que se figura la gente,— del reino de Liliput, hay casi seguridad que los votos se habrían repartido en dos poetas: Molière y Alfredo de Musset.

Efectivamente, dijo el primero: "La enana, que es la síntesis de las gracias del cielo".

Y Musset, pintó así a un héroe, a uno de sus héroes maravillosos.

"Su padre, para hacerlo mejor, lo hizo pequeño".

Si la pequeñez de vuestra estatura necesitara una justificación bastaría esa defensa tan elocuente como artística de dos grandes poetas. Además, si Swift, el inmortal autor de Gulliver, volviera entre nosotros, quedaría pasmado, pues aquel reino de Liliput, que nunca existiera sino en su imaginación calenturienta, ha sido cons-



EL RECORDMAN DE LA LIVIANDAD!—Este hábil ciclista y su máquina han batido un sólo record: el de la liviandad, pues pesan sólo, hombre y máquina 18 kilos!



UN PUEBLO DE ENANOS.— Hé aquí la moderna Torre de Babel. Todas las naciones han sido representadas. Hay portugueses, franceses, suecos, hindúes, tiroleses. Es la reproducción exacta de todos los pueblos del universo... en abreviatura! Compare usted la talla de los liliputienses con las de sus visitantes, que parecen a su lado gigantes escapados del libro de Swift. Ese pueblo vive en un perfecto acuerdo, sin que sus leyes ni su policía tengan



mucho que hacer. El movimiento social es, por otra parte, lo mismo que el pueblo de los "mayores", con la única diferencia que todo está en relación al tamaño diminuto de los habitantes de este maravilloso reino nuevo.



tituído, para dicha y regocijo del resto de los mortales.

Antaño, los reyes gozaban con hacer desfilar ejércitos de enanos por las vastas salas de sus amplios palacios, con una total falta de gusto. Nuestra ciudad tiene construcciones proporcionadas a sus habitantes. Esas casas pequeñas son casas de sabios. Yo no quisiera hacer aquí alarde de una trasnochada, pero ¿cómo no evocar las inscripciones filosóficas que los antiguos escogían para frentis de sus viviendas? *Parva sed apta* (pequeña pero confortable), y *Parva domus, magna quies* (casa pequeña, gran reposo!) Un visitante de alto copete, multimillonario, acostumbrado a los palacios fastuosos y a esos cuartos enormes en que mora el aburrimiento, visitaba en mi compañía nuestra ciudad, con sus casas que le llegan apenas a la cintura, su plaza pública, sus escuelas, su iglesia, sus comisarías policiales, sus bomberos, su teatro, sus coches que parecen tallados en cáscaras de nuez, sus caballos cuya talla es apenas la de un perro mediano, y sus almacenes de muñecas. Terminada su visita se inclinó hacia mí y me dijo, con tono melancólico:

—Créame que les envidio. ¡Deben ser tan felices ustedes!

—¡Si, somos dichosos!

—Ponga usted,—le dije,—ponga usted en su biblioteca una de esas ediciones mirúsculas, de tipos encantadores y admirables viñetas, y compárela con cualquiera de esos enormes, molestos y tristes in-folios.

Debo confesarle, además, que esta reunión nos ha sido muy grata, tanto a la condesa como a mí.

En nuestra ciudad no hay nunca una discusión: Todas las nacionalidades se han amalgamado de tal modo, que hoy podría decirse que no hay más que una sola: la de Liliput. Formamos, si usted quiere, una torre de Babel, pero ella no tiene la pretensión ridícula de ascender al cielo.

Y no crea el lector que en el reino de Liliput falten distracciones. Las hay, y tanto, que cualquiera de esos aficionados a la psicología que se deleitan en las indiscre-



ciones hallarían entre nosotros campo para hacer una cosecha fructífera. Para que usted vea, voy a contarle dos casos, un drama y un idilio.

—Vengan.

—Cuando fué constituido el Estado, fuimos presentados unos a otros. Entre los últimos, llegó una señora de unos ochenta centímetros cuyos rasgos fisiológicos estaban casi completamente ocultos bajo un enorme sombrero.

Desde los primeros momentos, empezó a intrigar contra uno de nuestros nuevos camaradas. Este, después de mirarla con un poco de detención, consiguió distinguir sus rasgos y hube de sujetarlo, pues casi se desmayó. Cuando volvió en sí, lo interrogué:

—Es mi mujer,—me dijo... Hace cuatro años que no la veía... Somos divorciados...

Ella llega de Constantinopla y yo de Moscú!

Pobre joven! Su caso ha despertado piedad entre nosotros, pues puedo asegurarle que los matrimonios enanos podrían en nuestros casos servir de ejemplo.

Un idilio entre enanos

También existen entre nosotros Pablo y Virginia. Como prueba, hé aquí un idilio: mi camarada Tom, de nacionalidad turca, merece ser presentado: habla fácil y elocuentemente ocho idiomas. Es un espíritu satírico y parlachín. Estuvo mucho tiempo en la corte del sultán, y sólo sus bromas y sus sátiras modernas conseguían distraer un poco al torvo soberano. La profesión de Tom es la de prestidigitador y su destreza es admirable...

En Liliput ha encontrado la mujer de sus ensueños, y allí le tiene usted, comprometido con una simpática española. El matrimonio tendrá lugar a fin de año. He ahí uno de nuestros compañeros que se llevará un recuerdo amable y delicado de esta reunión universal.

Lo ideal, para que el acuerdo y la alegría fueran generales, sería reunir los divorciados. Pero viven cada uno en un extremo de la ciudad, y toda tentativa de reconciliación ha sido hasta ahora imposible!

Una de las preguntas que más frecuentemente se me ha hecho es la siguiente:

—¿Siempre se casan ustedes entre enanos?

—No, señor (o señora). Del mismo modo que ve usted casarse reyes con pastoras, blancos con negros, se ve también el caso de enanos contrayendo matrimonio con mujeres de tamaño ordinario. Aquí tiene usted a nuestro director, M. Ulps, un hombre que ha viajado por todos los países del mundo, acaba de casarse con una señorita vienesa, Mlle Hella, que tiene justamente el doble de la altura de su marido. Esa unión desmiente el viejo adagio: "cada oveja con su pareja".

Otra pregunta:

—Un reino sin rey no es reino. ¿Cuál es el rey de Liliput?

—Aquél. Se llama Smann, y es hindú. Es un gentleman que viste maravillosamente el traje negro y que nos representa en los salones. Recientemente fué invitado a un baile por un conocido banquero, y supo conducir tan bien el cotillón, que un poco de su gloria mundana ha caído sobre todos nosotros.

—¿Cuál es el más pequeño de todos los enanos presentes?

—Ludwig, dibujante, un alma de artista. ¡Tiene sesenta y un centímetros de altura! Como alguien le preguntara un día si no se sentía desgraciado con ser tan pequeño, respondió fríamente: "Soy filósofo espiritualista y por lo tanto doy gracias a Dios de haber cargado mi alma con una tan mínima cantidad de materia!..."

Esa filosofía es general entre nosotros, lo cual no nos impide mirar la vida con agu-

desa de Magri y su hermano se ponen al corriente de los acontecimientos sociales, políticos y artísticos. Sin embargo, preferían un formato más cómodo...



Establézcanse comparaciones entre la altura de los habitantes de Lilliput y los objetos que los rodean. Una botella de buen Jerez es casi tan grande como uno de estos minúsculos seres. Véase, abajo, al guardián Paulus, que parece una estatua con un tomo del Larousse como pedestal.

deca, quizás con más agudeza que el resto de los mortales. Suele suceder generalmente que los que nos observan son más observados, y esto acontece todas las veces que algún visitante de marca se molesta en llegar hasta nuestras viviendas.

Por otra parte, estas reuniones de enanos tienen un precedente histórico, pues la princesa Natalia, bajo el reinado de Pedro I, convocó a todos los enanos y enanas de Rusia a una reunión en su residencia de Moscú, dando en su honor fiestas suntuosas.

Hasta se cuenta que notando la viva inclinación que se demostraban mutuamente un enano y una enana, arregló ella misma el noviazgo, llegando su ayuda hasta el extremo de hacerlos conducir a la iglesia en pequeñas carrozas construidas especialmente, y tiradas por minúsculos caballos; tuvieron un séquito de dragones y asistió a la ceremonia toda la corte.

No está demás decir que sólo pueden ser clasificados entre los enanos aquellos individuos que tengan menos de 1 m. 30, y que si hay pueblos cuyos habitantes son de pequeña estatura, como Lapones y Samogodos, que habitan regiones muy frías, y los habitantes de algunas islas del mar del Sur, donde el calor es excesivo, no existe



LLUEVE.—Símbolo de la fraternidad liliputiense. La condesa Primo Magri, cubierta por el paraguas; "monstruosa" de su marido, había casado en primeras nupcias con el célebre general Tom Ponce, conocido en el mundo entero.

propriamente un pueblo de enanos y hay que considerar una fábula la existencia de los Pigmeos. Esta era una nación imaginaria que los griegos ubicaban en Tracia, en la India o en la Etiopía, pero siempre en las extremidades de la tierra. Eran, según la leyenda, de estatura pequeñísima; se decía que medían un pigmeo, es decir, 1 pie griego, $\frac{1}{8}$, o 34 centímetros. Cortaban las aspigas con cortaplumas, y tenían como enemi-

gos formidables a las cigüeñas con las cuales guerreaban constantemente. Quisieron una vez atacar a Hércules cuando éste dormía; pero el héroe los puso a todos en su piel de León y los trajo a Euristrea.

Algunos enanos célebres

Hemos visto a la princesa Nutalka dando en honor de los enanos fiestas inolvidables, casando un enano y una enana a la cual dotó espléndidamente y organizando para ella un matrimonio suntuoso que recuerda la organización fantástica del baile de Centa.

En eso no hacía otra cosa que seguir el ejemplo dado por reyes y príncipes que agregaban enanos a su corte no sólo para divertirse con ellos, sino para hacerlos frecuentemente sus confidentes y amigos. Los orientales, persuadidos que los cuerpos pequeños encerraban una gran sabiduría, habían encontrado, según se cuenta, el medio de impedir el crecimiento del cuerpo, produciendo, por decirlo así, enanos artificiales. De la corte de los reyes de Persia, ese sistema tártaro pasó a los griegos, después a Alejandro y luego a los romanos, a mediados del siglo I.

En la Edad Media los enanos eran muy apreciados; llevaban los mensajes de los caballeros y servían de pajes a las castellanas. La manía de los enanos fué extrema bajo los reinos de Francisco I y de Enrique III. El último príncipe que se haya divertido con ellos fué Estanislao Leczinsky, duque de Lorena; su enano Nicolás Ferry se hizo célebre bajo el nombre de Bebé. Cuando nació, Bebé no tenía más que 0.24 centímetros de estatura, y cuando hubo llegado al término de su crecimiento, a los quince años, medía sólo 0m. 70. Murió a los veinticinco años de edad.

Entre los enanos más conocidos hay que citar a los ingleses Jeffery Hudson y a Boreh. Este último medía sólo 0.30 centímetros; al gentilhomme polonés Borwilawsky, y en los tiempos modernos a Tom Pouce y al almirante Tromp. El primero tenía 0m. 71, y el segundo 0m. 73. Entre el sexo femenino pueden anotarse la princesa Colibrí y Felicia, más o menos de la misma estatura.

Un detalle ignorado: existe, en Francia, una pequeña ciudad de seis mil habitantes, entre los cuales hay seis enanos. Uno de esos enanos es un rico industrial, y el otro un pequeño rentista. Otro de los enanos es como ese personaje de Molière que no vendía paño pero que lo cedía a sus conocidos... pagándolo, por supuesto; este enano no mendiga, pero entretiene a los transeú-



DOS AMIGOS.—Mr. Ulps, director del reino de Liliput, (a la derecha) y el conde de Primo



tes con sus canciones y sus muecas, recibiendo por ello una buena remuneración. Es un artista parecido a los de la Edad Media, y se llama, con toda modestia, Homero!

Pero esos enanos no se conocen siquiera, y ni siquiera se miran. Tal vez les sirva de ejemplo nuestra unión y se les ocurra venir a formar parte de nuestro reino, para satisfacer la curiosidad del público.

Y si éste se pregunta, lleno de sorpresa: ¿Cómo se puede vivir, siendo enano?, no nos enfadaremos. Sólo puede enfadar a los hombres de más de un metro cuarenta el sentirse pequeños...

CONDE PRIMO MAGRI,

(Burgomaestre de Liliput).

Magri, firmante de este artículo y burgomaestre de Liliput.

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO

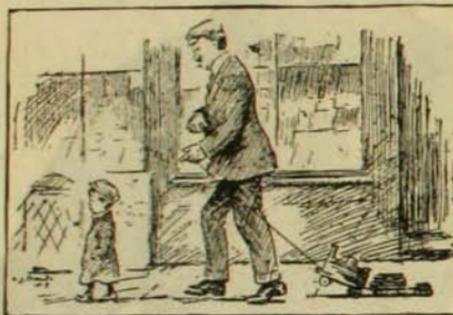


—¡Hemos salvado a Barcelona!
—¡Y a Burgos!...
(El Heraldo de Madrid.)



—Sí, señores, obtendremos la paz universal, aunque para ello debamos declarar la guerra al mundo entero.

(La Baionette, París.)



Desgraciada situación de un ferroviario huelguista, cuyo hijo se niega a llevar a casa su ferrocarril de juguete.
(Punch, de Londres.)



El parroquiano.—Lo siento mucho; pero me he dejado el dinero en casa.
El barbero.—No importa; puede usted quedarse aquí hasta que le crezca la barba otra vez.



La candidata.—¡Ciudadanas! Estoy pronta a contestar cualquiera pregunta.
Una electora.—¿Dónde ha comprado ese delicioso sombrero?...

(Le Rire, París.)

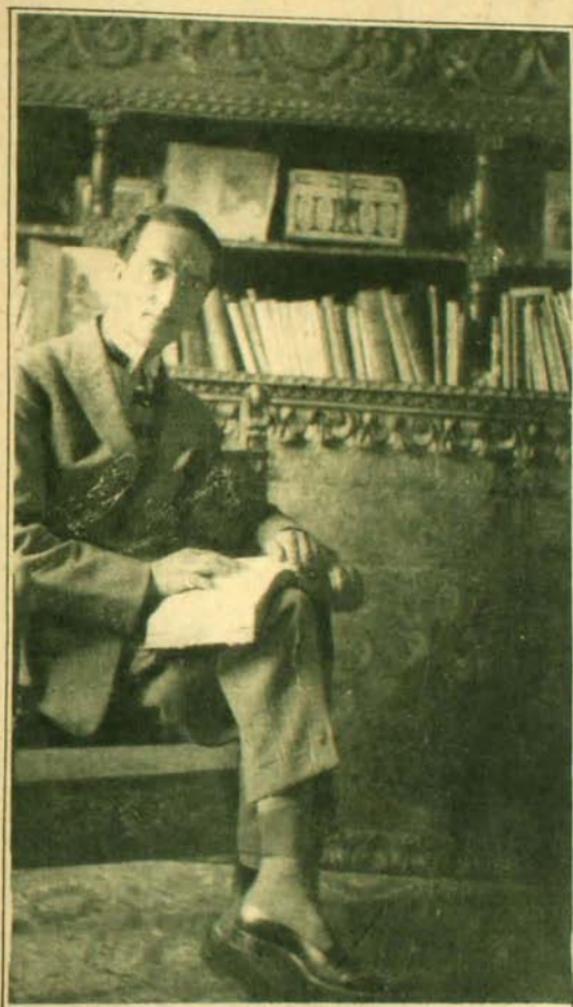


—Pareces feliz porque invito a mamá a visitarnos.
—¡Ah! Si supieras cuánto me alegro... Hay tantos accidentes de ferrocarril ahora.

(Le Rire, París.)

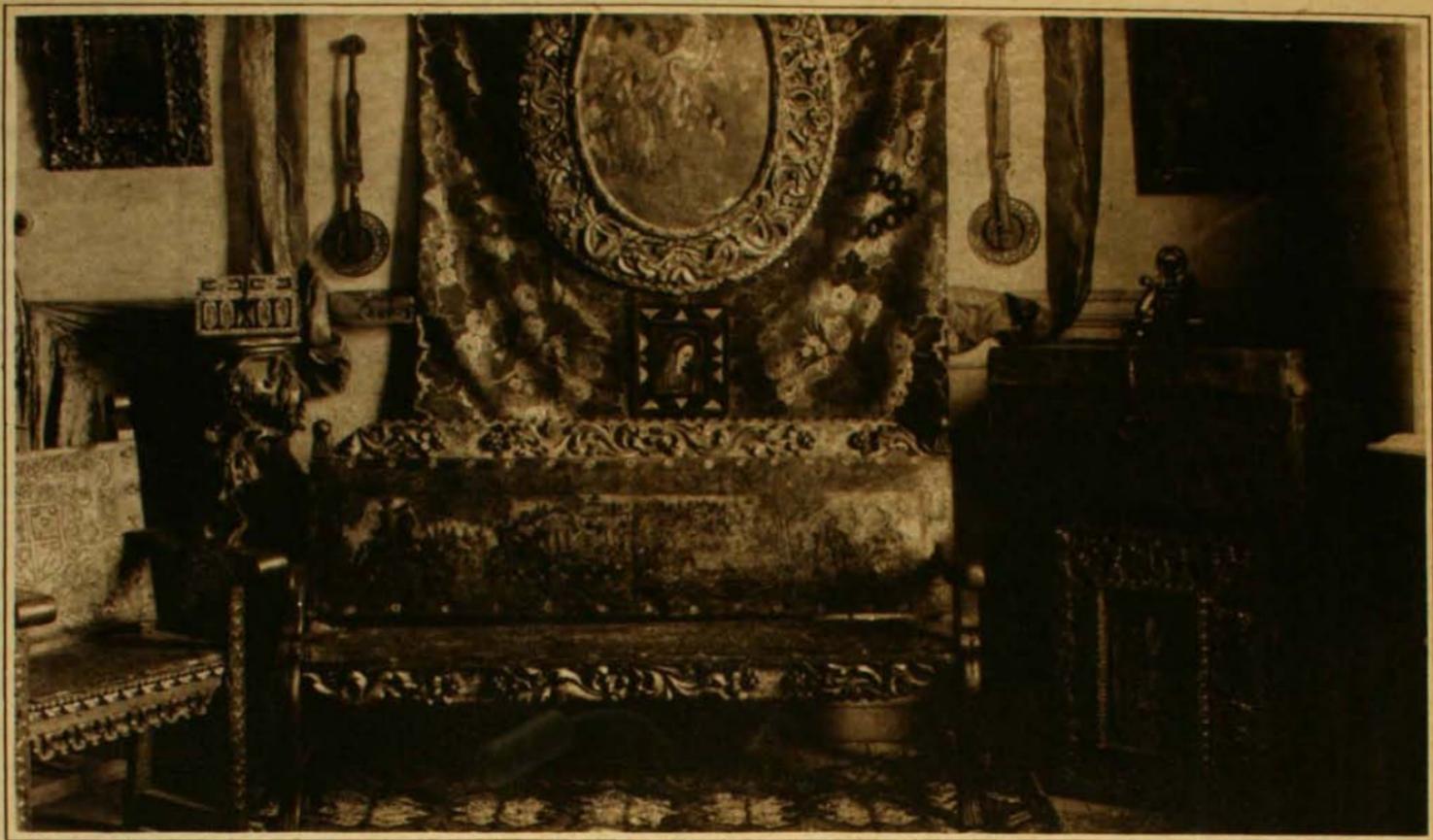
Interiores coloniales

La Legación del Ecuador



El señor don Ricardo Crespo-Toral y Ordóñez, secretario de la Legación del Ecuador en nuestro país, de cuya valiosa colección de arte colonial reproducimos algunos aspectos

No solamente el señor Crespo se ha limitado a desempeñar, en su campo de acción, una simpática labor intelectual y social, de todos conocida, en beneficio de su patria, sino que nos la ha dado a conocer objetivamente en su pasado histórico y cultural con su colección de arte, en medio de la cual vive; realizando con ella una brillante propaganda de los tiempos suntuosos y evocativos del Quito artístico y colonial.



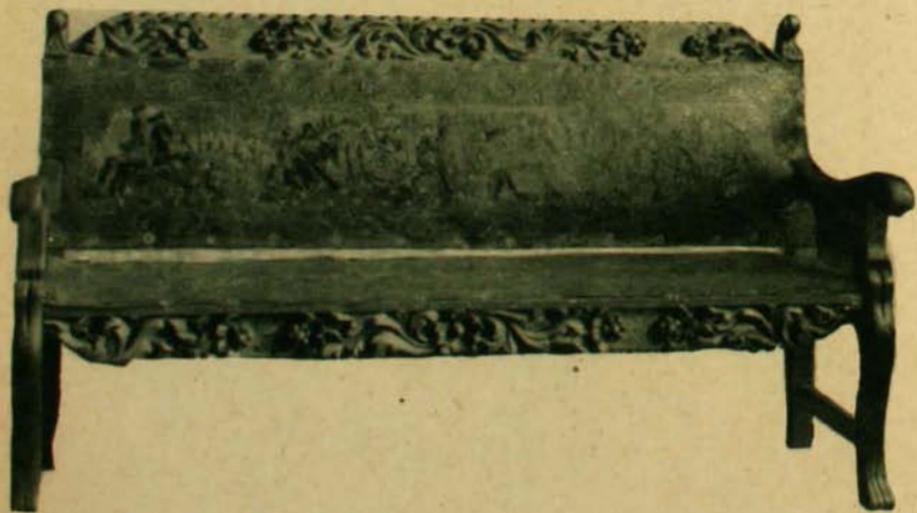
Interior colonial.



Tela.—'El Descendimiento de la Cruz'. Comienzos del siglo XVI, escuela flamenca anterior a Rubens.



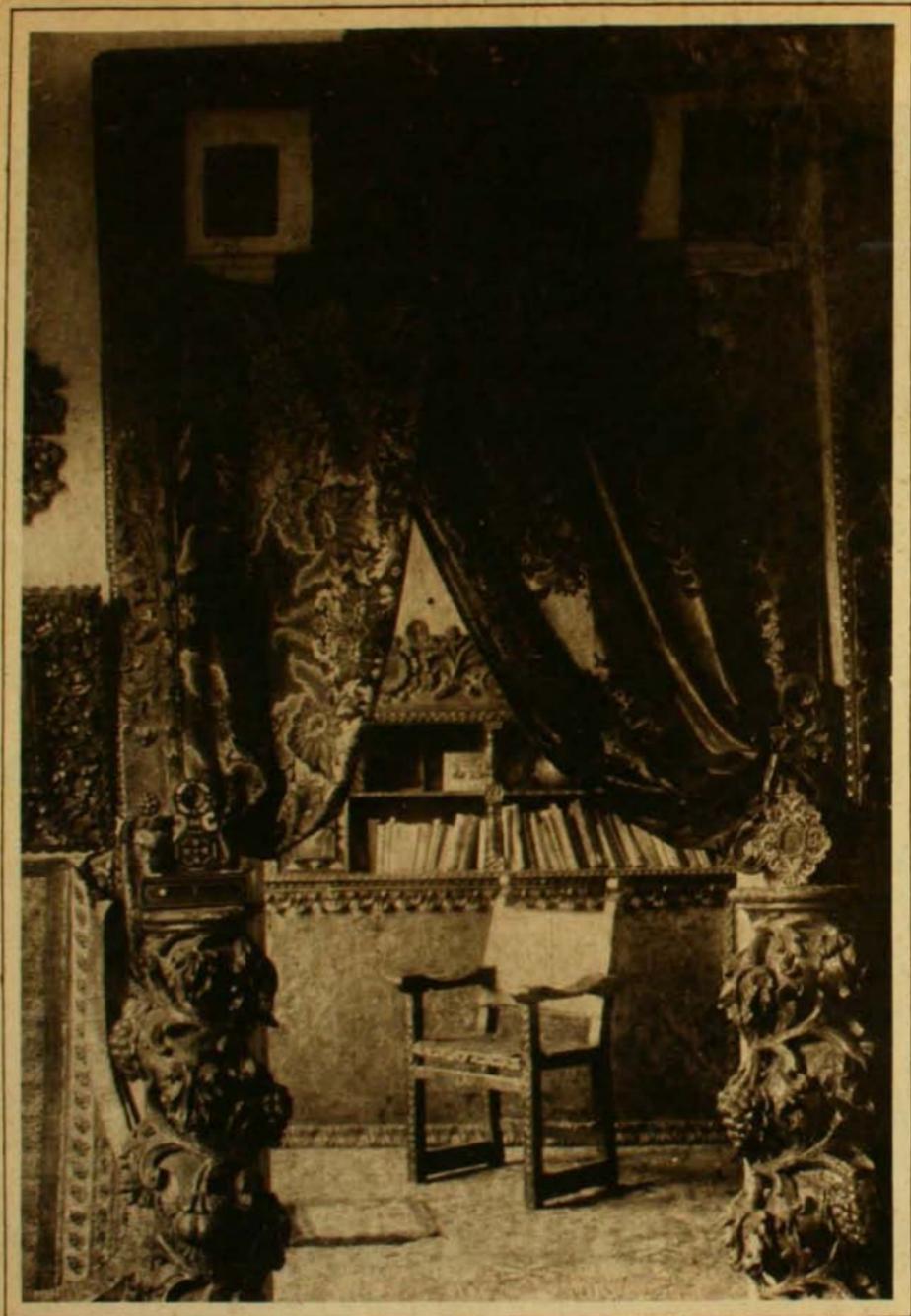
Escaparate español de fines del siglo XVII, tallado y dorado con su frente de cuero repujado y policromado.



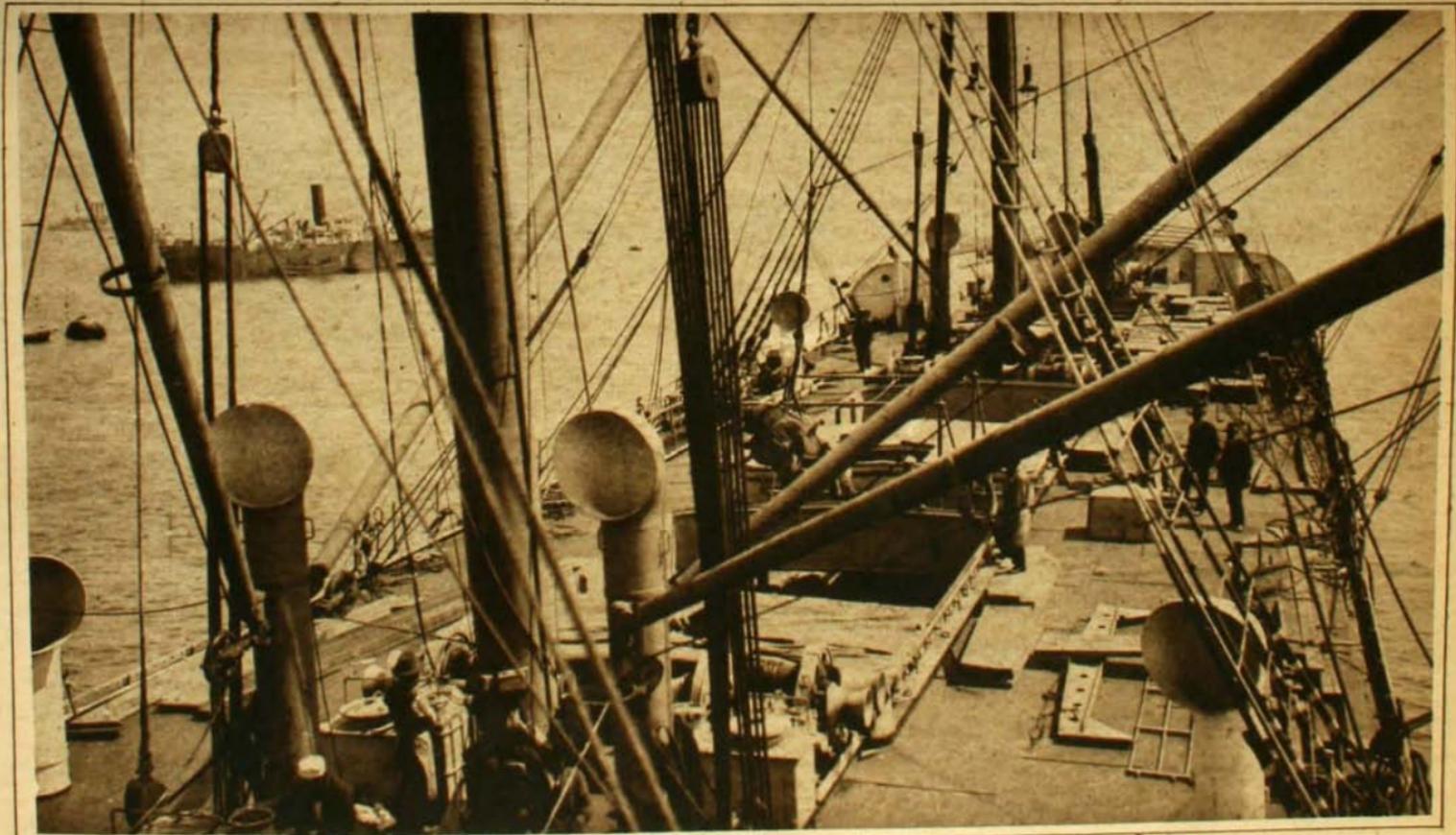
Escaño español del siglo XVII. Cuero tallado y policromado. Dibujo y motivos coloniales.



Cobre.—'La Sagrada Familia'. Escuela rafaelista. Siglo XVII. Marco colonial.



Otro aspecto de la colección de Arte del señor Crespo Ordóñez.



ARTE FOTOGRAFICO

Cubierta de un vapor.



La magnífica columnata de mármol blanco, estilo greco-romano, en el interior del templo.

En el Convento de la Recoleta Dominicana

El odio a los frailes.—Un templo suntuoso.—La Biblioteca de los Recoletos.—Donde se formó don Crescente Errázuriz.—Figuras de frailes antiguos.—Un mártir del fiato.—Galería de Fray Sebastián con las Monjas Carmelitas.—Versos que una le dedica en agradecimiento a su hospitalidad.—¡Simpático Díaz!—El interior del convento.—La cara de Fray Reginaldo.—Unas excelentes personas, después de todo.



La magnífica cúpula del templo, destruida y reedificada.

Nuestra gente del pueblo no quiere a los frailes; los mira pasar con recelo, les dice groserías al oído si van solos, celebra las desgracias y aun las catástrofes que les suceden y los cree viciosos, holgazanes, parásitos, atribuyendo su obesidad a la existencia regalada y su aspecto enfermizo a los estragos del libertinaje secreto. Muchos están realmente convencidos de que no se ocupan sino en sácarles dinero a los fieles para mandarlo a Roma, en grandes cajones.

Este odio, sucesor de la antigua reverencia, constituye uno de los hechos sociales más dignos de interés, y de su estudio prolijo podrían desprenderse grandes lecciones sobre la fuerza del contagio mental en las multitudes, el poder irresistible de las afirmaciones repetidas sin cesar y los efectos del choque de instituciones muy viejas, iguales desde tiempo inmemorial, con los nuevos hábitos y los medios de propaganda del mundo moderno.

Porque, en realidad, sinceramente, los frailes no son tan perversos como algunos se empeñan en pintarlos...

Nada más fácil que convencerse de ello:

basta hacerles una visita, hablarles, mirarles la cara, preguntarles por sus recuerdos, sus proyectos, sus esperanzas, sus penas, sus alegrías, en suma, confesarlos un poco. ¡Y esto no cuesta ningún trabajo! Las puertas de los conventos están abiertas a toda hora para todos y si alguien se retrae de cruzarlas, porque no se siente muy seguro en la Fe o tiene algún pecado oculto contra la Iglesia, en verdad que comete un error bien burdo. Precisamente, los mejor recibidos en esas casas del Señor son los que van de fuera y, si es posible, del campo enemigo. Los frailes como los clérigos tienen muy presente aquella palabra evangélica: "Más gozo habrá en el reino de los cielos por la conversión de un pecador que por la perseverancia de noventa y nueve justos" y aunque el pecador no manifieste intenciones muy visibles de convertirse, siempre halla los brazos abiertos. Las señoras devotas lo saben por una experiencia que no deja de tener su gota de amargura...

...Vamos, pues, sin temor, a golpear a esta puerta baja, en un barrio apartado, que

da al sol poniente. Un seglar nos acompaña, uno de esos seglares que viven a la sombra de los claustros y acaban por tomar algo de la exterioridad, del modo de hablar, de mirar y hasta de pensar de los religiosos. Tiene cierta parte y mucho interés en el Colegio que los Recoletos de la Dominica mantienen a la derecha del templo, alto y vistoso edificio que luce arriba el letrero: "Academia de Humanidades". Llevados por él, a ella pasamos desde la portería y vemos salas amplias, claras, recién pintadas y de una banalidad perfecta, pupitres alineados, pizarras contra las paredes, mapas, figuras de Historia Natural, todo el horrible aparejo pedagógico con que se martiriza a los niños. Le escuchamos datos abundantes: Trescientos alumnos de la clase media estudian ahí hasta segundo año; es una obra muy buena y los Padres están resueltos a llevarla adelante hasta ponerla en situación de competir con un Liceo Fiscal que le hace una guerra tremenda.

—Podrán hacerlo, ciertamente—asentimos.

¿Qué fortuna tendrá el Convento?

—Unos cuarenta millones, se calcula.

—¿Y cuántos son los Padres?

—Los profesores, seis.

Efectuamos una operación mental, quedamos satisfechos y nos dirigimos en seguida al claustro, no sin cierta velada resistencia de nuestro guía, para quien fuera del colegio hay poco que ver.

Un hermano de hábito blanco y de cejas negras se nos reúne en el pórtico de la Iglesia. El pórtico está inconcluso.

—¿Ustedes saben la leyenda?—nos pregunta el hermano, sonriendo.

La sabemos. Dicen que cierta señora acaudalada, aburrida de ver sin terminarse la fachada del monumental edificio, legó a la comunidad una hacienda para que se terminara con sus réditos. Después, la hacienda debería pasar a otras manos. Pero los progresos del tiempo valorizaron la propiedad y a fin de no verse en el caso de tener que devolverla, los buenos padres prolongarían interminablemente su construcción, sin llevar visos de acabarla nunca, de tal manera que la piadosa testadora, creyendo ponerle fin, aplazó probablemente hasta la eternidad la construcción del templo...

El hermano contempla la soberbia columnata de mármol blanco y murmura:

—Eso lo inventó uno que está en la cár-

cel por mentiroso. La verdad es que no hay fondos.

Y entramos. Las enormes pilastras del atrio que admirábamos afuera se repiten en el interior en largas filas imponentes, arrancando de un suelo luminoso, lleno de reflejos, hacia una altísima techumbre ricamente artesonada y cubierta de multicolores decoraciones al Nóleo. La primera impresión es deslumbradora, más de palacio o de teatro que de templo. Ningún misticismo gótico ni nada de sombras coloniales a lo español: una luz italiana inunda estas naves donde la mezcla de los estilos griego y romano, equilibradamente distribuidos, ofrece copia exacta de la basílica de San Pablo, extramuros de la ciudad eterna.

A media voz, como se habla instintivamente en las iglesias, el hermano acompañante nos refiere algunos detalles de su historia: —Miren el altar. El templo se fundó para alojarlo. Instintivamente había aquí una capilla vieja, ruinosa. Se quiso dotarla de un buen altar y se le encargó a Roma, al mejor artífice. Resultó tan bueno que la capilla no le venía y entonces la comunidad—cuyos intereses prosperaban—resolvió levantar un nuevo templo. La primera piedra se colocó en 1853.

Hacemos nuestra reverencia al templo y al altar y salimos. Una puerta lateral nos lleva a un patio angosto, con muchas plantas y un Conservatorio al fondo: experimentamos una gran decepción observando la arquitectura, si tal puede llamarse, de aquellos corredores sin asomo de estilo, vulgares y recientes. Apenas si unos grandes cuadros de santos, frailes y escenas milagrosas recuerdan que estamos en un claustro.

Por entre aquellos pilares delgados y bajo esos techos lisos, nos encaminamos hacia la Biblioteca, que el hermano abre en silencio. Instalada en el corazón del Convento, la Biblioteca es motivo de su orgullo y su más justo título de nobleza. No ciertamente a causa del tamaño ni la ornamentación: las dos salas que la componen, anchas, bajas, largas y sombrías, nada tienen de las proporciones ni del esplendor que brilla en las naves del templo; pero, en cambio, posee dos tesoros: uno compuesto de los treinta y tantos mil volúmenes, todos escogidos, que tapizan las paredes, y otro de un cuadro... Está al fondo, a la derecha, junto a la luz



El rincón de la Biblioteca donde trabajaba fray Raymundo, hoy arzobispo de Santiago, don Crescente Errázuriz. A un lado el cuadro de Ribera.

de una ventana. Es una tela sombría con un santo asesta en oración; la cabeza amarillenta y la cara apenas visible se envuelven en tinieblas, haciendo resaltar con poderoso relieve el pensamiento místico y la ejecución de un audaz realismo que caracterizaron a los pintores españoles del siglo de oro.

—Es el San Jerónimo de Ribera,—nos dice modestamente el hermano.

—¿Y cómo ha llegado aquí? El Museo del Prado lo envidiaría...

—Lo encontraron no hace mucho entre los trastos viejos del Convento. Parece que vino de Lima, hace muchos años. Allá fué llevado probablemente por alguno de los priores que iban a la Corte y regresaban cargados de todas las novedades posibles en materia de libros y arte religioso. A los artistas les gusta mucho; se quedan extasiados mirándolo...

Salidos de nuestro éxtasis, empezamos a recorrer las interminables filas de volúmenes alineados en su estantería oscura, hasta el techo. Son obras de Historia, de Teología, de Moral, de Religión, colecciones de los Padres y los Doctores y también antiguos documentos, algunos preciosos, sobre el pasado chileno.

—En esta Biblioteca—comenta el hermano—fué donde se formó y escribió sus obras nuestro antiguo Prior, Fray Raymundo, hoy el Itmo. y Rvdmo. Arzobispo, Monseñor Errázuriz.

¡Buen nido para semejante águila!

Llamados por sus deberes, nuestros acompañantes nos dejan en libertad y quedamos, en el gran silencio conventual, perdidos entre aquellos millares de libros que hablan de épocas remotas, crónicas milagrosas, disputas de santos, palpitantes luchas teológicas entre comunidades rivales, tantos fuegos extintos hoy, enterrados bajo triple capa de polvo, y que antaño encendían terribles batallas, en las cuales toda la sociedad tomaba parte.

Al azar de las páginas revueltas con mano curiosa e indevota van surgiendo, aquí y acullá, figuras de frailes ilustrísimos y pretéritos, glorias desconocidas del profano, vidas de aroma arcaico relatadas en ingenuo lenguaje, leyendas piadosas que hacen sonreír, no sin respeto.

Nuestro Muy Reverendo Padre Maestro

Fray Manuel de Acuña, sucesor del Padre Carvajal—que fundó la Casa de estricta Observancia a principios del siglo XVII—¡era un santo varón! “Guardó abstinencia de carnes y la formalidad del ayuno con tanta exactitud—dice uno de sus biógrafos—que ni en el Convento ni en la Hacienda de Campo, ni en los ataques de Cefalalgia ni en las hostilidades del flato, que le eran enfermedades como nativas, quiso admitir jamás alimento de carne... aunque bien notorio es por la experiencia (sin echar mano de la Física para demostrarlo), que las comidas de vigilia por lo común exacerban semejantes accidentes: que ellos son muy molestos; que para agudos, les sobra ser crónicos... y que especialmente el flato amenaza perder la vida en cada espiración. También es notorio que el Padre Maestro lo tuvo de tiempo inmemorial para nosotros y no puede menos que sernos admirable en su Paternidad Muy Reverenda el ejercicio de la templanza en medio de las circunstancias dichas y que andando toda su vida con esta enfermedad, en medio de las sombras de la muerte, jamás tuvo temor de males...”

El historiador de este mártir—que un poco debió martirizar a la comunidad con su resistencia—ha dejado nombre como el más santo y más sabio fraile de sus tiempos. Fray Sebastián Díaz, sucesor de Acuña en el Priorato, fué de los pocos hombres que entonces juntaban el saber profano a la erudición teológica; él trajo la primera imprenta a Chile y en ella dió a luz una obra donde se describen “las cosas del mundo por orden de su colocación”, empezando por el número de los ángeles necesarios para sostener los planetas en el infinito, número tan crecido que para expresarlo se necesita el guarismo 6666, que significa legión... Y sin embargo, dentro de su hábito blanco, que imaginámos manchado de tinta, Fray Sebastián encerraba un corazón de “galantuomo”. Véase este suceso acaecido durante su segundo gobierno:

“Uno de los inviernos memorables por sus inundaciones, relata el erónista conventual, fué el de 1783. Horrosos temporales causaron grandes avenidas que derribaron el Tajamar y fueron a estrellarse contra el Convento del Carmen Bajo (frente al Santa Lucía). Se inundaron los claustros hasta el extremo de peligrar la vida de las religiosas que lo habitaban y que sólo libraron siendo



La comunidad reposa, después de una partida de **football** jugada por los novicios: la pelota frente a fray Reginaldo.

sacadas a través de un albañal, no sin trabajo y estropeo de sus personas, por unos peones que practicaban esta caridad, mientras otros se ocupaban en saquear y robar el Convento y la Iglesia. En tan apuradas circunstancias, el Prior de la Recoleta les franqueó su casa y ellas admitieron la oferta, previa licencia de su Prelado, el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Alday y Aspé. El P. Díaz juntó los carruajes que pudo para ellas y los muebles que fué posible sacar y, sin temor de la lluvia ni de la inundación, fué en persona a traerlas. Tres claustros les separó para su alojamiento, los que estuvieron absolutamente incomunicados con los otros. En ellos se acomodaron, separaron una pieza para capilla y arreglaron las demás oficinas. No sabemos el tiempo que tardaron en volver a su Convento, pero no debió ser menos de un año, no tanto por las humedades, cuanto por los edificios que derribó la avenida".

Por lo demás, las buenas carmelitas no debían sentir una prisión extraordinaria por regresar al redil, pues aunque sumergido en los más difíciles cálculos matemáticos, el Reverendo Maestro Díaz se portaba como un dueño de casa cumplido, atento a los menores detalles que pudieran hacer agradable su hospitalidad. Elocuente recuerdo de ella nos ha quedado en unos versos que una de sus huéspedes le dedicó, a manera de acción de gracias y que dicen así:

En tres claustros bien labrados
con muy delicioso huerto
oficinas necesarias
y sobre todo el recreo
del coro con su capilla,
que, aunque es algo pequeño,
contiene la Majestad
que contiene todo el cielo,
aquí estamos asistidas
de los Padres, cuyo celo
atiende a lo espiritual
y temporal con desvelo
sin dispensar su cuidado,
lo infimo ni lo supremo,
pues el linde de su Prior
se hace Argos en nuestro obsequio...

¡Amables tiempos idos que las viejas crónicas evocan! Sólo estos papeles amarillos por la edad los atestiguan, y los cuadros borrosos, los grandes retratos mucho más rígidos, más oficiales, que muestran por doquier los rostros de los Priores y los fundadores de la Orden, o los de aquéllos que por cualquier título le dieron lustre.

El de Fray Sebastián Díaz, muy comido

de sol y de tierra, con la figura céntrica enhiesta entre una mesa de trabajo y una serie de figuras diminutas, en semi-círculo, como para una contradanza—¿recuerdo del paso de las buenas religiosas por el Convento?—ostenta a los pies esta solemne inscripcíon:

"El Padre Maestro Doctor Fray Sebastián Díaz. Uno de los astros más radiantes que han resplandecido en nuestra Provincia fué el P. Díaz. Nacido en esta capital y educado según las exigencias de su asombroso talento fué la honra de la orden y de la patria. Adscrito a la milicia dominicana a impulsos de una vocación irresistible, su vida fué tan pura como la de un ángel y tan ejemplar como la de un santo. De portentosa inteligencia y de memoria tan admirable que jamás se olvidaba de lo que una vez leía, llegó a ser un santo verdaderamente enciclopédico y se colocó al nivel de los más altos conocimientos de Europa en su tiempo. No sólo fué versadísimo en literatura española, italiana, latina, inglesa, griega y francesa, como poseedor profundo de los respectivos idiomas, sino que fué también filósofo, naturalista, médico, matemático, canonista y celeberrimo teólogo. Esto parecerá más sorprendente advirtiendo que toda la vida tuvo una salud valetudinaria. Obtuvo la doble borla de Doctor en Medicina y Teología en la Universidad de San Felipe. Un ilustrado extranjero le llamó *Mar de Sabiduría*. Escribió:

- 1.o Noticia General de las cosas del mundo por orden de su colocación, para enseñanza del hijo de los Marqueses de la Pica;
- 2.o Vida del Reverendo Padre Maestro Acuña;
- 3.o Vida de sor Mercedes Valdés;
- 4.o Manual Dogmático y Polémico;
- 5.o Tratado contra la Falsa Piedad.

Fué socio de N. R. P. M. Acuña en la fundación de esta Recoleta y su dignísimo sucesor, habiéndola regido en dos períodos. Dió la última mano a la obra del fundador. ¡Simpatío Díaz! Tú vivirás eternamente en la gratitud de esta Casa y ella siempre se felicitará de poseer en la Sala de su Capítulo para ejemplo de sus hijos tus respetables cenizas!"

El día avanza. Pasos discretos que resuenan en la vasta sala nos advierten la presencia del hermano y, acostumbrados ya a



A un lado, fray Reginaldo hace oración entre dos eucaliptos; al fondo los novicios empeñados en una partida de **football**.



La comunidad de la Recoleta Dominicana en la avenida de castaños que cruza su huerto interior. Al centro, fray Reginaldo.

la compañía de los frailes muertos, en ese vasto cementerio de recuerdos que es una biblioteca, podríamos tomarlo por un espectro más surgido de las sombras del pasado si sus negras cejas y su sonrisa de hombre de mundo con sotanas no nos volvieran vivamente a la realidad.

Salimos conversando sobre las glorias de la Orden Dominicana en Chile y fuera de Chile; desde la puerta, el hermano se vuelve y nos muestra un retrato casi oculto y nos relata la victoria que el Obispo allí representado obtuvo en Roma, cuando el concilio para declarar el dogma de la infalibilidad pontificia. Algunos se oponían. Monseñor Dupanloup, el célebre Obispo de Orleans, iniciado en la vida eclesiástica con la última confesión de Talleyrand—quien algo le dejaría de su oportunismo consumado—era de opinión que aún no había llegado el momento propio para proclamar esa verdad.

—Entonces subió a la tribuna nuestro prelado y en un latín que deja pero muy atrás a Cicerón y a todos los oradores clásicos, refutó, pulverizó, deshizo, mató a Monseñor Dupanloup delante de todos los Obispos de la cristiandad, de tal manera que cuando terminó su oración, los demás se preguntaban:—¿Quién es, quién es? Y cuando sabían que venía del último rincón del mundo se admiraban mucho; y esto nos dió mucha gloria.

Expresamos nuestro entusiasmo y el hermano prosigue:

—Tenemos además al Padre Aracena, de quien ustedes habrán oído hablar. No salió nunca de la ciudad, no conoció el tren, sólo estuvo dos o tres veces en Peldehue y Apoquindo. Pasaba enterrado estudiando. Cuando le preguntaron qué haría si bajo obediencia le ordenaran ir a Roma, respondió:—Iría, con la certidumbre de morir en el camino; pero después de la muerte nos está dispensada la obediencia. Durante su vida, Pío IX pidió informe a los Obispos de todo el mundo sobre la Inmaculada Concepción. El Arzobispo de

Santiago eligió miembro de la comisión informante al P. Aracena. El Padre redactó un dictámen que don Andrés Bello consideró "honroso para la literatura nacional" y que, enviado a Roma, mereció el tercer lugar entre todos los otros. Era el confesor y consultor de Monseñor Valdivieso.

Charlando de esta suerte, hemos atravesado patios y corredores y hemos llegado al interior del Convento; desde la última puerta, vemos un huerto muy grande, fresco, luminoso y apacible, atravesado en toda su extensión por una ancha avenida de castaños que va hacia el cerro San Cristóbal.

Al lado izquierdo, se ve una cancha de *foot-ball*, llena de novicios que juegan con ardor, corriendo, los hábitos blancos al aire; hecho algún buen pase, deteniéndose y se enjugan el cerquillo sudoroso. Cerca de allí, bajo los árboles, como extraviado entre los arbustos, un Padre viejo los contempla y fuma sonriendo con aire cándido y mali-



El Hmo. y Revdmo. arzobispo de Santiago, don Crescente Errázuriz, que también perteneció a la orden.



El pórtico inconcluso de la Recoleta Dominica.

cioso. El hábito se le redondea sobre el vientre, dándole una silueta gastronómica, y el rostro de facciones abultadas y bonachonas, con esa expresión simpática de los frailes indulgentes, recuerda los racimos de uva maduros, morados y tostados por el sol de marzo. Es el jardinero del Convento y se llama Fray Reginaldo. ¡Fray Reginaldo! ¡Qué nombre para puesto bajo un vitrial donde su cara tentaría la audacia de un artista en coloridos heroicos!

Por el fondo de la avenida de castaños, avanzan dos padres más: uno es el Prior. Desde el saludo y la primera palabra se siente en ellos no a los eclesiásticos, sino a los hombres; nada tienen de la afectación beatífica o mística que se halla con frecuencia entre los eclesiásticos; parece que se hubieran puesto la sotana el día anterior. Mientras los novicios juegan, nos paseamos conversando de cualquier cosa. Uno, de los Padres que ya se han ido a veranear a Apokindo. Otro cuenta anécdotas de la Escuela

de Peldehue; los padres tienen mucho trabajo para inculcarles las nociones más elementales a sus rudos alumnos, criados en plena cordillera. Cuando les explican que la tierra es redonda, miran afuera, hacia la cumbre de las ásperas montañas filudas, y repiten con sorna:—¡Redonda!

—¡Y sin embargo, es redonda!—comenta alguien recordando tal vez que otra frase parecida fué pronunciada hace unos pocos siglos delante de los mismos padres, miembros del Santo Oficio, que ahora sonríen ante la ignorancia geográfica. ¡Los tiempos cambian! La permanencia de ciertas instituciones inmutables tiene esa ventaja de que verifica como un barómetro los progresos alcanzados, haciendo que las mismas bocas que otrora condenaban, se abran ahora para enseñar algunas verdades.

... Las horas se deslizan fáciles en los Conventos y es necesario que la campana ritual nos recuerde los deberes de la comunidad para cumplir el nuestro de abandonarla. Y

nos vamos recordando la amable y sencilla acogida de los buenos religiosos, tan francos, tan abiertos, tan buenos en su serenidad despreocupada, en su falta de excesos místicos,

en su tranquilidad de conciencia y de acción, y pensando que es una inexplicable injusticia la malevolencia contra ellos de ciertas gentes. Una injusticia rara, casi misteriosa.

H. D. A.



Fray Juan Alberto Aguirre
(Prior de la Recoleta Dominicana).



Srta. MARTA PRADO

(Foto. Heffer.)



El sueño de Sir S. H. W. Ferrett

Por el Dr. Bresselle

(Traducido para "Pacífico Magazine")

Ilustraciones de Simón Harmor Vedder

—Realmente,—me dijo Berin,— para ser un congreso de higiene, no estuvo malo el de Alejandría, y debo confesar, además, que fuera de no haberme producido ningún cansancio, me ha dejado la impresión de un viaje agradabilísimo. Por otra parte, ya conoce usted mi sistema de asistir a los congresos; fui a la sesión de apertura a oír el discurso del gran pontífice, y todo el resto del tiempo, me dediqué a husmear por los barrios bajos, que le aseguro alcancé a conocer a fondo... ¡Ah! y al respecto, ¿sabe a quién encontré en los barrios bajos de Alejandría? Le doy ciento contra uno... no busque usted inútilmente; he encontrado a Morel, simplemente.

—¡Bah!, ¿Morel, el médico? ¡Su amigo Morel, que desapareció hace dos o tres años, casi al día siguiente de abrir tu gabinete en la plaza de los Vosgos?... Recuerdo, sí, que hasta hizo cierto ruido su desaparición, sin que se supiera nunca

a punto fijo por qué se escabullía de ese modo... cuestiones de mujeres, sin duda, como de costumbre, ¿verdad?

—¡Ah!, amigo mío,—dijo Berin,— de ningún modo cuestiones de mujeres, al menos en lo que a él se refiere. ¿Tiene usted tiempo? Entonces venga a mi casa: voy a contarle eso tal cual como me lo contó él.

El 20 de Mayo próximo hará exactamente tres años que Morel se presentó al comisariato del boulevard Beaumarchais. Introducido a presencia del "simpático comisario" (elisé de la prensa cotidiana), le habló mas o menos así:

—“Señor comisario,—dijo,—usted tiene ante sí al Doctor Morel. He abierto hace pocos días, diré más claro, hace cinco días, en el ángulo de la calle de los Mínimos y de la plaza de los Vosgos, el gabinete del doctor Desgenets, que estaba cerrado desde mucho tiempo. Vengo a confesarle que estoy en un grave apuro y al margen de la

ley. La culpa, por otra parte, corresponde únicamente a mi predecesor, como va usted a ver.

“Desde hace un año, más o menos, soñaba yo en buscar una buena ubicación; mis recursos no me permitían adquirir una sucesión de clientela y ya sabe usted el riesgo que corre uno al instalarse en estos parajes sin otras referencias que el saber y la buena voluntad.

Aparte de eso, razones particulares (y ya que de confesar se trata no tengo por qué ocultárselas)... razones de noviazgo me impedían salir de París. Un amigo que conocía mis deseos, me habló del Dr. Desgenets y me puso en contacto con él. El Dr. Desgenets, como tuve el honor de decirle, no ejercía desde hace mucho tiempo; pero había conservado multitud de relaciones en su barrio e insistió en presentarme en las familias que le recibían. Como ya tenía asegurada una situación desahogada, y deseaba retirarse a un punto menos central, consintió en cedermé el derecho de llaves a su gabinete sin exigirme ninguna retribución, yéndose a residir al boulevard Barne, en un departamento más modesto. Era lo ideal, como usted comprenderá, y la transacción fué efectuada con entusiasmo por mi parte. Mi colega y predecesor, después de haberme puesto al corriente de los usos de la casa y haberme hecho entrega de ella, se despidió de mí con un apretón de manos y diciéndome, con un tono que me pareció un poco solemne: “Es necesario que vuelva a verlo dentro de algunos días, mi joven amigo; usted me lo agradecerá con el tiempo”. Y se fué hacia sus nuevos penates.

“Durante los tres primeros días, me ocupé de mi instalación, colocando en su sitio mis modestos muebles en compañía de una ama de casa que debe, además, abrir la puerta en las horas de consulta. Usted sabe ya cuántas sorpresas reservan las viejas construcciones de la plaza de los Vosgos a cuantos las visitan por primera vez. Todo se vuelve corredores estrechos y paredes gruesas, rincones de apariencia incoherente y estantes enormes y a fe mía muy cómodos. En el curso de mi andanza a través de los diversos cuartos, divisé, al fondo del gabinete de consultas, uno de esos armarios, cuya llave no estaba entre las del manejo que me había entregado el conserje. Su posición en ángulo, mitad sobre la plaza, mitad sobre la bóveda que precede la calle de los Mínimos, me sor-

prendió un poco; parecía efectivamente, ser demasiado grande para el espacio reservado ordinariamente a esos artefactos. Sin embargo, no le di ninguna importancia, esperando la visita de mi predecesor que se habría llevado sin duda la llave por alguna distracción.

“Esa visita tuvo lugar ayer. El Dr. Desgenets vino a la hora de consultas; venía de un almuerzo en casa de unos amigos, y me confesó que, contra su costumbre, había aceptado algunas copas de vino, que le indisponían un poco...

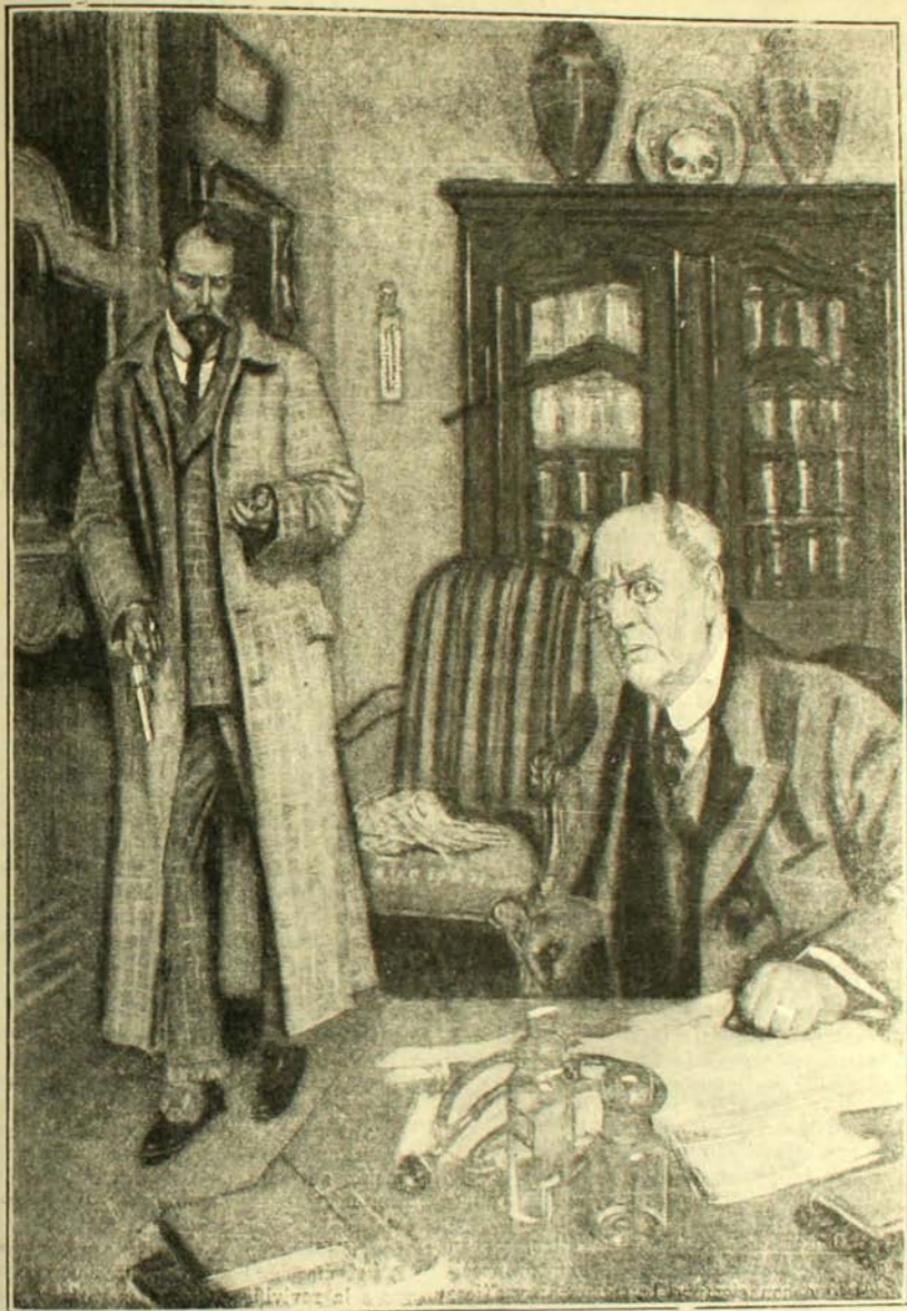
—A los sesenta años, mi joven amigo,—dijo,— uno debe cuidar mucho sus arterias, y le aseguro que no me vuelven a coger. Pero esta no es la cuestión. ¿Está usted contento? “Le contesté que ya había sido llamado por dos de sus antiguos clientes, lo que me parecía de muy buen augurio”. Realmente, realmente, está bien eso; está usted por lo tanto bien ubicado aquí, lo que me satisface. Pues bien,—añadió,—tengo que confiarle un secreto que habría podido desanimarlo si lo hubiese conocido antes de instalarse. Ahora no tiene casi importancia. Es un secreto que guardo desde hace catorce años... Eso le sorprende, ¿verdad? Quería llevármelo conmigo a mi nueva residencia, pero después he reflexionado. Acabo de decirle que tengo sesenta años; puedo un día u otro, desaparecer, y mi secreto no puede tener realización hasta dentro de un año. ¿Estaré aquí en un año más? Por eso he venido a participárselo a usted, con la seguridad,—por lo que le conozco,—que le apasionará lo mismo que a mí, y que si la muerte me arrebatara antes del plazo fijado para la experiencia, sabrá usted conducir a buen resultado, para su honra y provecho, lo que yo no pude concluir”.

Un huésped inmóvil pero molesto

—“Yo estaba sumamente intrigado, como usted comprenderá, señor comisario.

“—He aquí,—prosiguió el Dr. Desgenets buscando en su bolsillo,—he aquí la llave del armario que ocupa el ángulo de esta pieza. Cierre usted la puerta con llave, por favor.

“Cuando lo hube hecho y me volví, divisé a mi colega frente a la puerta abierta del armario. Dentro de éste no se veía nada, salvo una manilla de metal que brillaba. Estiró la mano en la obscuridad, cogió la manilla y la tiró hacia sí con fuerza. Oí algo así como el chirrido de unas ruedas y



—Bien, ya que no quiere Ud. hacerlo por medio de la persuasión, voy a matarlo. ¡All right!, tiene Ud. cinco minutos para pensarlo. (Pág. 151).

vi aparecer por la abertura una especie de enorme cajón que se deslizaba efectivamente sobre dos rieles laterales. Me acerqué curiosamente. El Dr. Desgenets levantó la tapa del cajón, que mantuvo levantada con una varilla de hierro, y mis ojos, ya acostumbrados a la obscuridad, vieron, acostado a lo largo del inmenso cajón, un hombre de unos cuarenta años, de faz angulosa, que con los ojos cerrados y aire reposado, parecía dormir. No pude retener una exclamación, y di un paso hacia atrás. "Cálmese,—dijo el Dr. Desgenets, que no había perdido su serenidad... Esto no es peligroso; y el gentleman que ve usted ahí no puede moverse, en ningún caso, ni el dedo meñique sin la intervención de mi voluntad. Y mi voluntad, que es por otra parte la de él, ha decidido que no se mueva antes de un año a la fecha, es decir, exactamente el 20 de Mayo de 19... día aniversario del nacimiento de Sir Samuel Henri Williams Ferkett, que tengo el gusto de presentarle, y cuya aventura le voy a contar.

"Para que tenga usted antecedentes de qué se trata, es necesario que nos remontemos a treinta años atrás, época en que, medio chiflado por las ciencias, me entregué a trabajos que hicieron poco ruido, aun entonces. ¿Conoce usted la mosca *seygomia*?

—Sí,—contesté,—he oído hablar vagamente de ella estudiando parasitología para dar mi tercer examen. ¿No fué acaso una larva de *seygomia* en una de las fosas nasales lo que produjo la muerte de Adrián IV, que tenía la deplorable costumbre de dormir al aire libre?

—Tal vez tenga usted razón,—dijo mi colega,—pero no parece usted haber llegado muy adelante en sus relaciones con ese estimable díptero. Pues bien, sepa, mi joven amigo, que la larva de la *seygomia* es eminentemente ávida de substancias carnosas, pero que es incapaz de conservar la vida si esas substancias no se le dan vivas. Así, con el propósito de proveer a la nutrición de su prole, recurre a un medio verdaderamente genial. Obrando como si conociera los más íntimos detalles anatómicos de las cucueñas y de las mariposas, busca las crisálidas de éstas, y con su dardo, las clava en ocho puntos precisos, que son siempre los mismos; y fíjese usted bien en esto, aquellos ocho puntos corresponden exactamente a las ocho glándulas nerviosas que representan los centros del movimiento en la crisálida en cuestión.

Por los ocho hoyos practicados por ese medio, inyecta en seguida con ayuda de sus trompas, un líquido elaborado por glándulas especiales. El contacto de ese líquido produce un accidente muy particular, difícil de explicar; produce, si usted quiere, una suspensión de la vida en esos ganglios. Luego, nuestra *seygomia* pone sus huevos en la abertura practicada, y cuando los huevos dan salida a la nueva mosca, su larva puede nutrirse tranquilamente de su víctima, siempre viva, pero con una vida inactiva y adormecida que la incapacita para intentar cualquier defensa o movimiento.

Sorprendido por el estudio de esas circunstancias, capturé *seygomias* y crisálidas y observé en mi laboratorio dicho proceso.

Muchas veces necesitamos la ayuda de uno más pequeño que nosotros

Para empezar, observé que las crisálidas tratadas de ese modo no se descomponían, ni aun en seis meses o en un año, y que no salían tampoco de su estado de muerte aparente. Además, después de mil fracasos, pude aislar en mis *seygomias* las glándulas especiales de que le he hablado, y pude obtener por destilación simple, algunas gotas de un líquido que analicé. Dos meses de labor incesante y minuciosa bastaron para hacer este hallazgo. Mi alegría llegó al colmo cuando pude constatar que podía, sin la menor dificultad, reconstituir por síntesis ese dichoso líquido, que se compone solamente de elementos químicos conocidos. Aunque difícil, este trabajo me dió buenos resultados y al poco tiempo habría podido surtir de líquido a todas las *seygomias* del mundo.

"Eso estaba bien, pero no era todo, y una idea fantástica se apoderaba de mí poco a poco. Ya que, pensé, la reunión de ciertas substancias puede provocar una muerte aparente de los centros nerviosos en un animal vivo, ¿por qué otra substancia, antídoto de la primera no podría neutralizar su efecto y restituir la vida a la víctima? Durante tres largos años titubé, ensayé mil combinaciones basándome en trabajos anteriores relativos a la revivificación de las rotíferas. Por fin llegué a la meta y pude obtener el triunfo de ver una de mis crisálidas, inmóvil desde hacía más de un año, renacer y transformarse evolutivamente en una her-

mosa mariposa, bajo la influencia de mi nuevo suero.

Comunique a las academias mi descubrimiento y publiqué un folleto... Pero, mi joven amigo, yo no era oficial; ¿quién era ese tal doctor Desgenets?... Un desconocido, un aislado, un farsante por lo tanto. Me resigné, pues, al olvido, y proseguí mis investigaciones para mi propia satisfacción, tomando como sujetos, para mis experiencias, animales cada vez más importantes. Primero fui utilizando sanguijuelas y crustáceos de sistema nervioso casi exclusivamente ganglionario; luego seres de organización más compleja, como pájaros, peces. Por fin abordé al cochinito de Indias y al perro, esos tristes comparsas de los secretos de nuestro organismo. En todos obtenía el mismo resultado, el mismo éxito. Hasta constaté un hecho que me pareció de grande importancia: al volver a la vida, mis víctimas no habían envejecido un solo día; su pelaje no se había renovado; hubiera podido creerse, al despertarlos después de cinco o seis años, que se habían dormido la víspera. Entonces lancé mis millares de ejemplares de una especie de manifiesto al público, en forma de protesta contra la inercia de quienes debieran haber sido mis jueces y mis colaboradores. Todos los continentes vieron mis folletos, pero nadie respondió, de ninguna parte llegó una respuesta sensata. ¡Ah! ¿Cree usted que gentes serias y ponderadas van a ocuparse de patrañas como éstas? No había nadie, fuera de los locos, que pudiera entenderme. Y fué un loco, un loco de amor quien acudió a mí!

La única solución de un intrincado problema.

“Sir S. H. W. Ferkett es uno de esos pobres hombres afligidos por el peso de una euarentena de millones, de esos que se suelen encontrar diseminados en los pueblos del Nuevo Mundo. Una hermosa mañana de Mayo de 18... , le vi entrar en este mismo gabinete en que nos encontramos. Es, como puede usted verlo, de una talla enorme, con aspecto de atleta, y habla correctamente el francés. Me dijo sin preámbulos: “Señor, vengo a que usted me adormezca. Pago lo que sea necesario”.

Como nunca me había entregado a prácticas de hipnotismo, no entendí claramente el sentido de su solicitud.

Así se lo expresé. Entonces sacó del fon-

do de uno de sus tantos bolsillos uno de mis folletos, y llevó al colmo mi estupefacción explicándome que quería ser “adormecido” por medio de mi sistema, durante quince años. Mi negativa lo aterro; le parecía inexplicable que las leyes de mi país se opusieran a una operación de ese género y que yo estuviera expuesto a ser encarcelado si la llevaba a cabo. Su historia, según me explicó, era de lo más sencilla. Tenía una sobrina de dieciocho años, hija de su hermana, que había casado en Francia con un funcionario casi necesitado. En su último viaje había quedado profundamente enamorado de la chiquila, una parisienne exquisita, y se había jurado desposarla. Había ofrecido toda su fortuna, asegurando la suerte del padre, de la madre y de los demás hijos con un donativo fastuoso. La familia aceptaba inmediatamente, pero la deliciosa criatura rehusó redondamente, rogando a su tío que creyera en su sincero afecto, pero declarando que nunca se casaría con un hombre que tuviera veintidos años más que ella. “Si usted puede, añadió con ojos llenos de malignidad, rejuvenecer quince años o envejecerme otros tantos, seré su mujer mañana mismo”.

“Y durante los seis meses de su permanencia en París, ninguna influencia de los padres, ninguna promesa de su parte pudo decidir a la testaruda personita, que, ante tanta insistencia, repetía a cada instante su frasecita chancera. Y lo que era más, había llegado a decirlo en serio; hasta había llegado al extremo, una tarde, de llegar a su casa exhibiendo triunfalmente uno de mis folletos ante los ojos estupefactos de su tío, decidiéndolo a intentar la aventura. Llena de entusiasmo, por fin, había consentido en firmar una declaración en que se comprometía a casarse con Sir Ferkett en un plazo de quince años, si éste consentía en someterse a la prueba.

“Y mi yanqui sacaba entusiasmado de otro de sus bolsillos insondables el dichoso papel que agitó un momento ante mis ojos. Pero a pesar de la sublimidad de un sentimiento tan exaltado, permanecí impassible, y a todos los ruegos de Sir Ferkett contestaba con un movimiento de cabeza.

“Entonces, sacando de un tercer bolsillo un revólver del calibre de un pequeño cañón de campaña, me lo puso bajo las narices, diciendo:

—“Bien, ya que no quiere usted hacerlo por medio de la persuasión, y que no tengo

ya nada que hacer sobre la tierra, voy a matarlo y en seguida me mato. ¡All right! Tiene usted cinco minutos para pensar...

“Y al momento hizo brotar un enorme cronómetro de un bolsillo de su chaleco, contando pausadamente los minutos.

“Mi decisión fué rápida: aplicaría a ese obstinado una buena inyección de morfina y en cuanto estuviera apaciblemente dormido avisaría a la policía para que se hiciera cargo de él. Pero no había contado con la huésped: por un fenómeno bastante raro, la primera inyección lo enfermó terriblemente sin conseguir la menor somnolencia; la segunda y la tercera obtuvieron el mismo resultado nulo. Por fin, sospechando sin duda mi estratagemas, se encolerizó de un modo espantoso, y cogiendo el frasco en que decía con letras “morfina”, lo estrelló rabiosamente contra el suelo; y poniéndome el revólver en la sien, me conminó a que le mostrara la botella que encerraba el terrible líquido.

“Creo haberle dicho que lo había llamado prosaicamente “dormina” y que su nombre era repetido más de veinte veces en mi folleto; eso le bastó para reconocerlo y aplacarse. Siempre revólver en mano, esperó a que la jeringa estuviera llena. Soportó sin pestañear las dos inyecciones necesarias para producir el fenómeno, que mis trabajos han localizado, en el hombre, en dos puntos de la médula raquídea. A la primera inyección, se sentó, y su cabeza se movió de un lado a otro como un péndulo; después de la segunda, cayó como una mosca inerte; entonces se desprendió de sus manos el minúsculo cajón que tanto miedo me había dado...

“Los primeros instantes fueron terribles para mí. ¡Qué había hecho!... Era, naturalmente, mi primera experiencia sobre la especie humana... Pero, ¿eran verdaderamente exactas mis previsiones? ¿No produciría realmente la muerte en lugar de la suspensión de vida esperada?

“Después de algunos minutos, me reñice, y palpé en todos sentidos el enorme cuerpo tendido a mis pies. Pasadas cuatro horas, me tranquilicé un poco; no se manifestaba ningún signo de rigidez cadavérica; la córnea no estaba vidriosa. Cerré la puerta de mi gabinete y me fui a reflexionar a través de las calles. Y al fin, ¡qué diantres!, la cosa estaba hecha, y no me quedaba otra solución que obrar en consecuencia.

“De vuelta, avanzada ya la noche, en-

contré el cuerpo en el mismo sitio en que le había dejado; lo llevé entonces a un cuartito pequeño donde lo encerré con llave. Al día siguiente hice fabricar ese enorme armario y el cajón-ataúd que ve usted, diciendo al carpintero era para guardar más pelizos de pieles para preservallas de la polilla. Esto es todo.

“La hermana de Sir Ferkett, cuya visita temía, vino algunos días después a contarme los detalles de la desaparición. Le dije simplemente que nunca había oído hablar de su hermano. Vi después algunos anuncios en periódicos de éste y del otro continente, pero como no tenía más familia, todo ha quedado en nada. Por otra parte, este asunto no ha transcendido, por lo cual el 20 de Mayo de 19... haré a Sir H. W. Ferkett, que tiene siempre cuarenta años y no ha perdido siquiera el color, una inyección de suero necesario y asistiremos a lo que pudiera llamarse su resurrección. Usted me acompañará, Morel, y probaremos con este hecho constatado que no es necesario pertenecer a la ciencia oficial para descubrir senderos nuevos. Y además, lo cual no es nunca desagradable y

no me haga falta, haremos seguramente una pequeña sangría en la fortuna de este hombre excelente que va a buscar a su sobrina para casarse con ella; y no dude usted, mi joven amigo, que la mayor parte de ese donativo le servirá a usted para seguir adelante en la vida.

Un desenlace doblemente molesto

—“Pero,—usted debe haberlo comprendido,—tengo cierto escrúpulo en guardar para mí solo la fórmula de resurrección, y voy a dictársela inmediatamente. La aprenderá usted de memoria y quemará el papel como lo he hecho yo hace ya mucho tiempo... Sería demasiado tonto que nos la robaran después de tanto ingratitude de mis estúpidos contemporáneos.

—“Estaba estupefacto, señor comisario,—prosiguió Morel,—y debe usted confesar que había razones para ello. Cogí, pues, maquinalmente la pluma y mi block de recetas y me senté ante el escritorio mientras el doctor Desgenets iba a abrir la ventana y se desplomaba casi sobre un sillón enfrente de mí.

Empezó a dictarme (aquí está la nota): “Dosis para la inyección necesaria como antídoto de la dormina, para adulto:

—“Tómense tres gramos de cloruro de sodio.



Levantando entonces la vista, vi que el doctor Desgenets, con la cabeza inclinada sobre un hombro... (Pág. 154)

—Un gramo sesenta centígrados de agua oxigenada a siete volúmenes, fresca.

—Cincuenta y dos centígramos de terpina pura, que deberá disolverse en tres centímetros cúbicos de alcohol de noventa grados.

“Se detenía a cada frase jadeando un poco; luego proseguía:

—Añádase medio milígramo...

“... Con la pluma en el aire, esperé la continuación, que no llegó nunca. Levanté los ojos y vi que el Dr. Desgenets estaba violáceo; tenía la cabeza inclinada sobre un hombro y de sus labios salía un hilillo de saliva viscosa que iba a manchar su levita.

¡Demasiado temprano!...

Lo sangré inmediatamente, intenté la respiración artificial y las tracciones rítmicas de la lengua. Todo fué en vano, estaba muerto. Telefoné inmediatamente a la Asistencia Pública, la cual lo transportó, como es costumbre, al hospital más cercano, y vinieron dos agentes de policía los cuales redactaron un parte...

Ese parte debe usted conocerlo, señor Comisario”.

El señor Comisario compulsó rápidamente algunos papeles esparcidos sobre su escritorio, y, dijo:

—Aquí está, efectivamente, pero todavía no me he ocupado de él... ¡Tenemos tanto que hacer!

Se estableció un silencio entre ambos interlocutores. El comisario examinaba furtivamente a Morel, como para convencerse de que no tenía ante sí a un loco. Por fin habló Morel:

Estoy ya libre de una enorme responsabilidad. ¿Qué debo hacer ahora?

Gravemente, el señor comisario afirmó:

—Lo que debiera usted haber hecho, habría sido hacer su declaración ayer mismo, a raíz de los acontecimientos; ahora no puedo hacer otra cosa, señor, que poner este asunto en conocimiento de mis jefes inmediatos, los cuales adoptarán las medidas que juzguen convenientes; de todos modos, vamos a colocar en su presencia sellos sobre el armario y en la puerta de su gabinete. Le ruego, además, estar a disposición de la policía después que mi secretario haya tomado nota de su declaración oficial.

Dicho y hecho. Morel, muy impresionable, se alojó en un hotel. Tres días después recibió orden de comparecer ante el juez de instrucción, pues la historia le parecía a éste de lo más sospechosa. Mi-

migo fué medido, retratado de frente, de $\frac{3}{4}$ y de perfil; le tomaron impresiones digitales y se revolviéron las fichas de la antropometría para convencerse de que no se trataba de un reincidente. Durante el segundo comparendo, el juez le dijo que, muy a su pesar, el asunto debía seguir el curso ordinario, siendo acusado de asesinato y de secuestro. Le notificó, además, que debía presentarse cuatro días después, como detenido, notificándole, por otra parte, que una decisión del prefecto de policía, basada en decretos de higiene pública, ordenaba la cremación del cadáver de Mr. Ferkett en el curso de la semana.

—¡Pero, señor,—exclamó Morel,— si no se trata tal vez de un cadáver! Tome usted en consideración las consecuencias de un error semejante.

—Señor,—replicó el juez con una amable sonrisa,—calme usted su conciencia y sus dudas. Puede usted suponer que después de la publicidad dada por Mr. Desgenets a su pretendido descubrimiento, la Academia de ciencias le habría concedido las atenciones del caso si éste hubiera existido. Hemos obtenido, después de un examen minucioso, un informe circunstanciado que emana de las más altas lumbreras de la Facultad; ese informe llega a la conclusión de que existe imposibilidad material para la realización de los hechos enunciados y de la presencia de un caso de conservación extraordinaria; a no ser que el Dr. Desgenets, llevado por una imaginación demasiado fantástica, se haya sugestionado a sí mismo y lo haya sugestionado a usted también. Fuera de esto, una pesquisa hecha en el último domicilio del Dr. Desgenets, avenida de Barne, no ha permitido descubrir ningún documento que pueda servir de base seria a toda esa historia. En todo caso, la ley es clara y no puede plegarse a maniobras que pudieran comprometerla o debilitar el respeto que se le debe... Señor, tengo el gusto de saludarle; sírvase usted apreciar debidamente la delicadeza de nuestros procedimientos y sea exacto a la cita.

Morel entró en el departamento de la plaza de los Vicos siendo presa de las ~~terribles~~ torturas de conciencia. El, que había oído a Desgenets, que había revivido junto con éste las etapas del descubrimiento maravilloso, no podía dudarle. Y acaso, ¿no existe por sobre todas las cosas, la experiencia y la esperanza, hasta para lo que parece imposible?

Tomó una resolución energética y rápida: los imbéciles que pretenden plegarlo todo a leyes que otros han creado le daban cuatro días de libertad. Tanto peor para ellos; tanto peor para la ley! Empaquetó en un dos por tres algunos objetos indispensables; rompió deliberadamente los sellos, y colocó, no sin trabajo, a Sir Ferkett en un cajón sólido, tomando aquella misma noche el rápido a Marsella. Al día siguiente se embarcó en el primer vapor que salía, que era un paquebot inglés dirigido a Alejandría. La suerte le favoreció en estas circunstancias, pues la solicitud de extradicción lanzada contra él fué rechazada.

Y desde hace tres años, está allá al lado de Sir Ferkett, que no ha perdido ni la serenidad ni su juventud, buscando la fórmula del Dr. Desgenets; hasta ahora no ha tenido éxito, pero Morel es obstinado... y quizás!

—¿Pero qué se ha hecho la sobrina de Sir Ferkett?, pregunté.

—Morel me lo dijo también. Después de haber sido empleada en una tienda y haber economizado una pequeña dote, se casó hace unos doce años, con un bellaco que consiguió enamorarla perdidamente; un vendedor de aceites, según me parece. Ese bruto la pega y se emborracha abominablemente; tienen seis hijos, y la pobre tiene que trabajar rudamente para un bribón... que no hace nada porque tiene una afección al estómago!

Cuatro días habían pasado desde que Berin me contara la historia de Sir Fer-

kett, cuando, la quinta mañana, lo vi entrar a mi casa a la carrera, jadeando, con unos papeles en la mano; los arrojó sobre mi escritorio y se desplomó sobre un sillón secándose la frente sudorosa. En un sobre había una hoja de papel de cartas, que tenía la parte inferior quemada. Decía el fragmento: "Su visita y su estímulo me han traído buena suerte, mi querido amigo. Rejuvenecido por el entusiasmo manifestado por usted ante mis esfuerzos, he vuelto a trabajar encarnizadamente... y he triunfado. Así, he hallado la fórmula que ha de despertar mañana el cadáver que tengo al lado! Es justo que usted, que ha tenido confianza en mí, sea el primero que conozca la noticia. Si la mala fortuna me arrebatara nuevamente la dichosa fórmula, quedaría usted para revelarla. Va a continuación con todos sus detalles..."

Eran aún visibles, sobre el papel, dos líneas enrojecidas por el fuego... y era todo.

Otra hoja de papel, entera ésta y adornada con las armas de Inglaterra, anunciaba en términos corteses y distinguidos al "muy honorable Mr. Berin", que durante una tempestad violentísima había caído un rayo sobre una casa de Alejandría, dejándola en muy mal estado. Bajo los escombros había dos cadáveres, y sobre una mesa, rescatada milagrosamente por el fuego del cielo, hallóse aquel papel incluido, cuya dirección estaba ya lista en un sobre que también salvó del fuego...



EL PINTOR PAOLANTONIO

Influencia de los Abruzzos, su tierra natal, en el colorido del pintor.—Opiniones de Paolantonio sobre la pintura nacional.—Su concepto del retrato y sus últimos cuadros.—Una frase del poeta Magallanes.—Paolantonio admirador del poeta D'Annunzio.

Por MARIANO LATORRE

—Caro amigo, ho aspettato fino a le dieci... exclamó una voz llena, sonora a nuestra espalda, una de estas tardes doradas de verano. Y sintiéndonos culpables de haber faltado a la cita, ¡el calor evapora la voluntad de un modo increíble! nos hemos vuelto risueños para desagrarar al amigo. Paolantonio, lleno de esa bonhomía cariñosa del hombre sano, no se ha enfadado. Comprende, al contrario, esta pereza que no es otra cosa que el cansancio del cerebro. Pequeño, nervioso, con un aquilino perfil de montañés, Paolantonio tiene el verbo abundante de un mediterráneo: en sus ideas hay una fuerte confianza en sí mismo y la convicción penetrante de un artista de vieja raza. Paolantonio es de Vasto, en la costa levantina de Italia. Al pie del pueblillo costanero se extiende la sábana azulina del Adriático, el amarguino, como cantara D'Annunzio en sus Odas Navales y tras las colinas en que se acurruan las casas antiquísimas, de carcomidos sillares, se levantan las montañas azules de los Abruzzos, la tierra paradisiaca en que nacieron Pallizzi, el gran animalista, y el poeta patriótico Gabriel Rossetti, padre del creador del pre-rafaelismo.

El pintor nos charla, en amable confianza, de sus impresiones en el país y en ellas vibra ese calor efusivo de los italianos cuando hablan de su clara tierra, heredera de Grecia. Al llegar a Valparaíso, nos dice Paolantonio,

rememoré mi rincón nativo, la aldea blanca a la margen de la costa azul, con el avance lento de las casitas que se incrustan como nidos de aves marinas en los peñascos humedecidos por el aire fresco del mar; y con un gesto amplio, lírico, habitual en él al hablar de cosas artísticas, describe la emoción profunda que experimentó al ver de nuevo el mar de acero, encrepándose de blancas espumas en la playa.

Bajo la fronda rumorosa de las encinas de la Alameda, abstraídos en nuestra conversación, caminamos hacia el taller del retratista. Nos habla con ardiente convicción de su arte y del esfuerzo de toda su actividad consagrada al pincel. Nos cuenta de su asombro al verse aislado, sin ambiente, restringido a su taller y a un grupo de amigos buenos, amantes sinceros del arte en el ambiente casi colonial de Santiago. En América, nos dice, por la misma razón que las nacionalidades se están formando, no hay una tradición que respetar. Todo se improvisa y a veces estas improvisaciones no son ni el resultado de una emoción ni siquiera un esfuerzo de técnica: es, a lo sumo, la premura de un encargo ocasional. No tiene el arte esa marcha serena, segura, que en los países europeos donde el pasado tradicional rezuma hasta en las paredes de los edificios y donde el artista, por el solo hecho de serlo, es respetado, querido, elevado sobre el medio: es un sacerdote de belleza, agrega



France Paolantonio.

el pintor, de que se enorgullece el noble de rancios pergaminos como el plebeyo que se ha enriquecido por el esfuerzo de su brazo en las Américas. Paolantonio tiene, sin embargo, la mejor idea de las condiciones artísticas de la raza. La cree, sencillamente, la mejor dotada de la América del Sur. Habla entusiasmado de Valenzuela Puelma, cuyo esfuerzo y cuya intuición, en una época en que el medio era mucho más hostil que ahora, es admirable. Entre los jóvenes hay disposiciones nativas que, ejercitadas con una buena disciplina artística en un medio europeo, por ejemplo, darían verdaderos frutos. Paolantonio me dice que el Gobierno no protege suficientemente a los artistas que, a fin de cuentas, con ese medio de difusión simpática que es el arte, hacen por su país y por su conocimiento en el extranjero, más que diez generaciones de diplomáticos. Sorolla, en Estados Unidos, por ejemplo, ha impuesto a España y al arte español. Y en mi tierra muchos artistas son senadores del reino, sin que su condición de intérpretes de la belleza los imposibilite para ser buenos ciudadanos. Aún más: son, en muchos casos, como el de D'Annunzio, fieles voceros de las aspiraciones populares.

Dedicado por completo a su arte, sin otra preocupación que dar forma a la belleza que sus sentidos ávidos y sabios reciben de la naturaleza, sin la contaminación del mercantilismo y sin preocuparse de los detalles mezquinos del pan de cada día, su obra adquiere un alto grado de perfección, esa penetrante perfección que es hija del sol mediterráneo y nieta de Atenas.

Paolantonio me habla con énfasis lírica de esa bella tradición del arte itálico que culminó en el colorido luminoso del Ticiano y del Veronese, sabrosos pintores de realidad y de color, sin olvidar la espiritualidad aristocrática de Leonardo.

La contemplación casi inconsciente de esta pintura ha formado su concepto del arte, su amor al claro oscuro envuelto en las tintas discretas de la realidad, su devoción consciente y sincera a la Diosa Naturaleza. Paolantonio siente, con aguda emoción, esa gloriosa pintura renacentista, llena de luz y de vida, aromada por el divino soplo del eterno femenino. Hay en esa pintura, una adoración sana de la mujer, de la *donna* que, con la gracia plástica de su carne, comunica a la obra del artista, a través del dulzor de los labios o de la seda de las manos que acaricia, el mflagro de su gracia y de su juventud. Paolantonio siente, como

el autor del Poema Paradisiaco, el influjo de la mujer en su obra. Muchas veces hemos hablado de este curioso tipo de la mujer chilena, en el que hay divina concreción de razas, desde la rubia dorada de tipo sajón hasta el oro tostado de las trigueñas o el óvalo gracioso de claro origen arábigo. Y exaltado ante el recuerdo de esas manos que, en el dolor de la producción acariciaron los cabellos del artista, recita la perfumada estrofa de D'Annunzio, el poeta de los amores:

Ci lasciaron ta lune una fragranza
cosí tenace che per una intera
notte, avemmo nell cor la primavera,
e tanto auliva la solinga stanza
che foresta d'April non piú dolce era.

Y Paolantonio mira con deleite su obra que en la habitación penumbreada por el claro oscuro de las cortinas, destaca el óvalo fresco de su rostro iluminado por la luz graciosa de una sonrisa, puramente femenina. Porque es preciso darse cuenta cómo este pintor ha dominado a la loca de la casa, recibiendo de ella sólo lo preciso para formar la obra maestra que es un glorioso maridaje de color y de verdad. *La natura é ora piú benigna con me*, afirma el pintor, *mi ha svelato talluni dei suoi secreti come una recompensa per la mia divozione a la Madre Natura*. Y vuelvo a mirar la cara risueña y es tal la impresión de realidad que el marco donde la tela termina desaparece y la frescura viva de la sonrisa me atrae con una irresistible impresión de sensualidad sin morbosismo. Y si esta figura da la sensación de la belleza plástica, en la carnosa realidad del colorido, el retrato de la señora Casanova de Prieto, colocado un poco más allá produce un delicado encanto espiritual: allá es el alma la que ha puesto su bautismo sagrado, según la expresión de Hegel: hay un dulce encanto en la expresión de las facciones envueltas en una suavidad dolorosa.

Al hacerle esta observación al pintor, me la confirma asegurándome que, precisamente, ése es su concepto del retrato: hacer viva y humana la interpretación, que el artificio de los colores desaparezca. Recuerdo, al mismo tiempo, una frase de Fromentin al referirse a un retrato de Velázquez cuya cualidad primordial era también esa entrega tan generosa del artista, que el natural atraía como una cosa animada.

Paolantonio, llegado a Chile hace más o menos cinco años, ha hecho una larga y la-

boriosa carrera artística. Ha pintado, por lo menos, cien retratos, entre los cuales hay algunos notables como el del escritor Luis Orrego Luco, el del señor Moisés Errázuriz, el de don Alberto Cousiño, el de la señora Ovalle de Errázuriz, de la señora María Lyon de Cousiño, etc.

Ha sido a principios del siglo XX lo que fué Monvoisin a principios del siglo XIX. Ha pintado en una serie de retratos maestros a la aristocracia chilena y es muy probable que, cuando el pintor salga de Chile y alcance renombre y fortuna en su tierra, se desempolven sus telas y sean un recuerdo de su paso por la República.

Bajamos lentamente la escala de la casa en que Paolantonio tiene su taller. La tar-

de se abate, envuelta en el oro del sol poniente, sobre la ciudad ruidosa; y Paolantonio con esa embriaguez lírica que nunca lo abandona, recita los versos de la "*Passegiata*", al ver pasar una jovencita, fresca, vaporosa, en su traje ligero de verano:

Voi, signora, siete per me come un giar-
[dino chiuso
dove nessuno ha penetrato mai.

Insinúo a Paolantonio, parodiando los versos del poeta de los Abruzzos: El alma de esa mujer era para D'Annunzio un jardín cerrado: pero el arte es para vos, *signore del penello*, como os llama el poeta Magallanes, un jardín abierto y glorioso.





Los tres compañeros fieles

(*Leyenda de encantamiento*)

Ilustrada por W. HEATH ROBINSON

HABIA una vez un rey muy anciano que tenía un hijo único. Un día llamó al príncipe y le dijo:

—Hijo mío, antes de morir, mi mayor placer sería conocer a la que va a ser mi hija y tu esposa. Por lo tanto, te ruego que la traigas.

—Padre,—respondió el príncipe,—con mucho gusto os complacería; pero es el caso que no tengo novia, ni conozco a nadie a quien escoger.

El rey se metió la mano en el bolsillo, sacó una llave de oro y, alargándosela a su hijo, le habló así:

—Sube al aposento más encumbrado de la Torre y cuando hayas mirado bien a tu alrededor, me dirás cuál de las novias que encontrarás allí ha sido la predilecta.

En el penúltimo aposento de la Torre descubrió el príncipe, en el techo, una puertecilla de hierro que estaba cerrada. El techo era azul como

el cielo de una noche clara de verano. Estrellas plateadas brillaban en él. Una sedosa alfombra verde cubría el piso y apagaba el ruido de los pasos. El aposento tenía doce ventanales de dorados bastidores. En cada uno de ellos, pintada con los más bellos colores, se veía una joven preciosa, con una corona real en la cabeza.Cuál de todas era más bella, fuera difícil definir. El príncipe se quedó maravillado.

Mirábalas hechizado, sin resolverse a escoger. Las celestes visiones parecían adquirir vida. Le miraban con sus azules ojos y sus labios se florecían de sonrisas. Parecía que le querían hablar.

De pronto el príncipe descubrió que una de las ventanas estaba cubierta de una cortina blanca. Inmediatamente la descorrió para ver qué se escondía tras ella. Era una doncella toda ataviada de blanco. Una cinta de plata ceñía su talle y sus rubios cabellos estaban coronados por un cerco de perlas. Era la más linda de todas; pero, una gran tristeza y una gran palidez la hacían aparecer como recién salida de una tumba.

El príncipe la miraba como a través de un sueño. Le latía el corazón suavemente y se decía para sí: "Ella, nadie más que ella, es la predilecta". La doncella inclinó la cabeza y sus mejillas se colorearon. Al instante las demás visiones se desvanecieron.

Cuando el príncipe abandonó la Torre, se dirigió lleno de gozo donde su padre, para hacerle relato de la elección. Pero el anciano monarca se puso muy triste y le dijo:

—Tu elección ha sido desgraciada, hijo mío. Has descubierto lo que a tus ojos estaba vedado. Grandes peligros tendrás que vencer por haber pronunciado estas palabras. Esa doncella está bajo el poder de un malvado encantador que la mantiene encerrada en un castillo de hierro. Todos los que han ido a libertarla, jamás han regresado.

El príncipe salió cabalgando en busca del Castillo de Hierro, donde rescataría a su novia. Tras mucho andar se encontraba vagando en un bosque cuando oyó que alguien le gritaba:

—¡Hola, hola! Deténgase.

El príncipe torció las bridas de su caballo y se detuvo. Un hombre muy alto se dirigía hacia él a largos pasos.

—Espéreme para que sigamos juntos,—dijo el hombre;—no se arrepentirá.

—¿Quién eres?—preguntó el príncipe.—¿Y cuál es tu oficio?

—Me llamo Piernaslargas, porque puedo estirarlas hasta donde se me antoje. ¿Ve Ud. aquel nido que cuelga en la última rama de aquel árbol? Yo, para tomarlo, tengo que inclinarme.

Apenas había dicho esto, Piernaslargas empezó a crecer que era un contento hasta sobrepasar el mismo árbol. En seguida se inclinó, tomó el nido y empezó a decrecer hasta ponerlo en las manos del príncipe.

—Tu oficio no es del todo malo,—le dijo, —aunque no veo el objeto de estar bajándome nidos de los árboles dentro de este bosque. ¿No podrías ayudarme fuera de él?

—Eso es sumamente fácil,—replicó Piernaslargas,—y empezó a alargarse hasta sobrepasar en tres veces el árbol más alto del bosque. Dando una mirada a su alrededor, señaló un punto y dijo:

—Por aquel lado está el camino real.

Volvió a encogerse, tomó el caballo del príncipe por las bridas y siguieron el camino.

—Allí va un compañero mío,—dijo Piernas-



largas señalando un punto en la distancia.—Debe Ud. tomarlo también a su servicio, que él se los puede prestar y grandes.

—Llámalo,—dijo el príncipe,—para conocerlo.

—Más vale que lo vaya a buscar yo mismo,—dijo Piernaslargas creciendo hasta tocar la cabeza en el cielo. Apartó las nubes con las manos y de un par de zancadas, llegó donde su compañero para llevarse al príncipe. El nuevo amigo era un hombre barrigudo y chato.

—¿Quién eres y a qué te dedicas?—preguntó el príncipe.

—Señor, me llaman Barrigaancha, porque puedo hincharme cuanto quiera.

—Veamos, pues, lo que eres capaz de hacer.

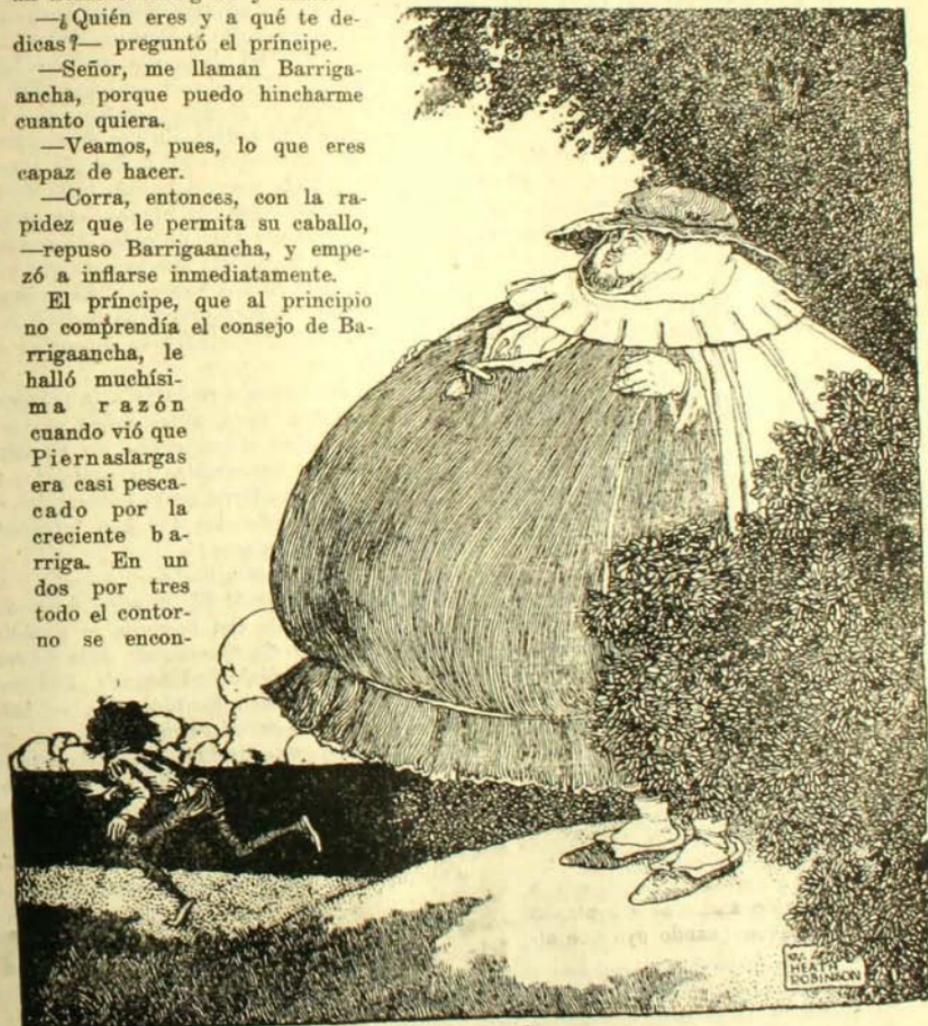
—Corra, entonces, con la rapidez que le permita su caballo,—repuso Barrigaancha, y empezó a inflarse inmediatamente.

El príncipe, que al principio no comprendía el consejo de Barrigaancha, le halló muchísima razón cuando vió que Piernaslargas era casi pescacado por la creciente barriga. En un dos por tres todo el contorno se encon-

tró lleno de Barrigaancha. En seguida, éste expulsó de sus pulmones todo el aire que había inspirado, con tal fuerza, que los árboles del bosque vecino se cayeron como tronchados por el huracán.

El gordo había recobrado su apariencia habitual.

—Vaya con la bromita que nos has jugado,—dijo el príncipe.—De todas maneras, eres un buen compañero. Ven conmigo.



Más adelante encontraron un hombre con la vista vendada.

—Este es otro compañero nuestro,—dijo Piernaslargas.—Tómelo a su servicio y le será útil.

—¿Quién eres?,—le preguntó el príncipe.—¿Por qué llevas los ojos vendados de esa manera? De seguro que no podrás encontrar el camino.

—Al contrario, señor,—replicó.—Si tengo los ojos vendados es precisamente porque veo demasiado. Así, con ellos cegados, veo tan bien como Ud. con los suyos libres. Si me quito la venda mis ojos ven a través de las substancias más gruesas y densas. Y al concentrar mi mirada las cosas se incendian o vuelan hechas pedazos. Por esto, señor, me llaman Vistafuerte.

En seguida Vistafuerte se volvió en dirección de unas rocas lejanas, se quitó la venda y clavó sus terribles ojos sobre ellas.

En un dos por tres las rocas empezaron a crujir, concluyendo por volar hechas mil pedazos, y dejando en el sitio en que se encontraban un minúsculo montón de cenizas. En medio de éstas un objeto brillaba con raro fulgor. Vistafuerte lo recogió y se lo presentó al príncipe. Era un lingote de oro puro, recién fundido.

—En verdad, eres un precioso compañero,—dijo el príncipe.—Dadas las excelentes condiciones de tus ojos, quedas desde este momento a mi servicio. Para empezar, mira y dime a qué distancia nos encontramos del Castillo de Hierro y qué pasa en su interior en este momento.

—Si empiezas a cabalgar al instante,—replicó Vistafuerte,—tardaréis en llegar a él lo menos un año. Con nuestra ayuda el viaje terminará antes de anochecer. En este momento preparan la comida para nosotros.

—¿Qué hace mi novia?,—preguntó el príncipe.

—Solitaria y triste espera vuestro arribo.

—Entonces,—dijo el príncipe,—quien sea mi amigo ayúdeme a salvarla.

Los tres le prometieron ayudarlo y siguieron juntos la marcha. Pocos momentos después cruzaban el puente de acero del Castillo. Tan pronto como hubieron entrado, el puente se alzó por sí solo y las puertas se cerraron tras ellos, dejándolos pri-

sioneros. Todo estaba preparado esperándolos. A la luz desfalleciente del crepúsculo pudieron observar que el vestíbulo estaba lleno de gente muy lujosa; pero, todos inmóviles, porque estaban convertidos en piedra.

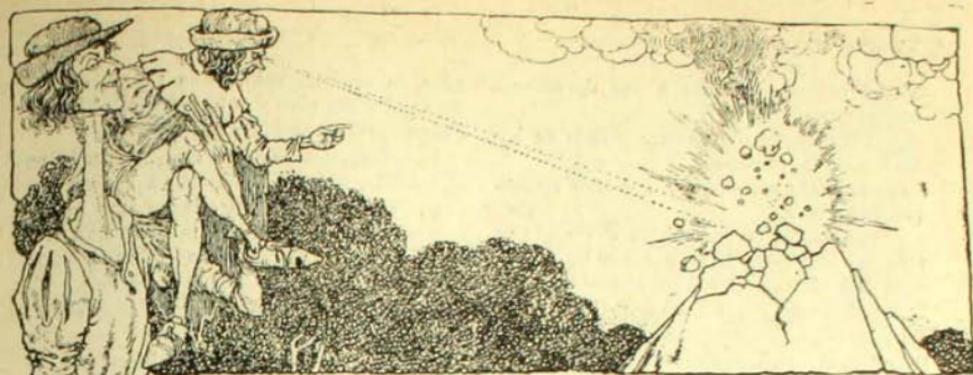
Después de vagar por muchos salones llegaron al comedor, brillantemente iluminado, con una mesa cubierta de apetitosas viandas, para cuatro personas. Como nadie aparecía, empezaron a comer y beber, hasta quedar satisfechos. En seguida, buscaron un lecho para reposar. De pronto, abrióse la puerta con estrépito y el mago encantador apareció. Era un viejo vestido con larga bata negra, inclinado el espinazo por los años; calvo, de lenguas barbas grises que le rozaban las rodillas. En vez de cinturón, rodeaban su cuerpo tres anillos de hierro. Conducía de la mano a la más bella de las princesas, ataviada de blanco, sus rubios cabellos coronados por un cerco de perlas y tan triste y tan pálida que parecía que acababa de salir de una tumba... El príncipe la reconoció al momento y se inclinó ante ella. Pero el Encantador se interpuso diciendo:

—Sé que vienes a rescatar a la princesa. Bien. Así sea. Pero, antes debes cuidarla por tres noches consecutivas sin permitir que huya. Si no cumples tu cometido, tú y tus tres compañeros serán convertidos en piedra, como todos los que han intentado la empresa antes que tú.

Guió a la princesa hasta un asiento y en seguida desapareció. El príncipe no podía dejar de mirarla, tan hermosa le parecía. Empezó a hablarla suavemente. Ella no respondía, ni le miraba, ni sonreía. Era una estatua de mármol. Sentóse él a su lado tratando de no dormirse para vigilarla.

Para mayor seguridad, Piernaslargas se alargó cuanto pudo, de manera que su cuerpo rodeaba todo el aposento. Barrigaancha se infló obstruyendo la puerta de manera que a una laucha le habría sido imposible entrar. Vistafuerte se quedó en pie hecho todo ojos. Pero sucedió que los tres se quedaron más dormidos que tres piedras.

A la mañana siguiente, el príncipe, cuando despertó, no encontró a la princesa. Esta había desaparecido. El príncipe se desconsoló.



—No os turbéis, señor.—dijo Vistafuerte.—En este momento la veo a cien leguas de aquí, en un bosque. En el medio del bosque hay una encina. En la punta de la encina hay una bellota. Esta bellota es la princesa. Piernaslargas me llevará en hombros y os la traeremos.

Dicho y hecho. Piernaslargas, dando zancadas de diez leguas y Vistafuerte señalándole el camino, estuvieron de vuelta en menos que canta un gallo. Piernaslargas le dió la bellota al príncipe y le dijo que la dejara caer al suelo. Así lo hizo el príncipe y al momento apareció la bella princesa.

Al salir el sol, entró el viejo encantador sobándose alegremente las manos; pero su desencanto fué grande cuando vió que la princesa estaba en el mismo sitio en que la había dejado. Mientras el viejo mascullaba una maldición, uno de los anillos de hierro que le rodeaban el cuerpo se aflojó y cayó a sus pies. En seguida llevóse consigo a la princesa.

Durante el día, el príncipe recorrió el Castillo y pudo darse cuenta de que en él la vida se había detenido como por un soplo milenarío. Por lo demás, manos invisibles le sirvieron regiamente a la mesa y en todo el día no hizo otra cosa que divertirse.

Volvió a aparecer el Encantador, conduciendo a la princesa para que el príncipe la cuidara una segun-

da noche. Ahora sí que el príncipe se hizo el firme propósito de vencer al sueño. Sucedió todo lo contrario; pues el sueño venció al príncipe y a sus compañeros. Cuando despertó, al amanecer del siguiente día, aún antes de frotarse los ojos, miró al sitio en que había quedado la princesa; pero ésta, ya había vuelto a desaparecer. Vuelta a desconsolarse el príncipe y vuelta a consolarlo Vistafuerte.

—A doscientas leguas de aquí hay un monte; dentro de él hay una Peña. Dentro de la Peña un diamante. Este diamante es la princesa. Piernaslargas me llevará en los hombros y os la traeremos.

Dicho y hecho. Piernaslargas va a zancadas de veinte leguas. Llegados que son al monte, Vistafuerte fija sus terribles ojos en él y toda la tierra se estremece; la Peña empieza a fundirse y en el medio brilla el diamante como una estrella. La toman y la llevan al príncipe, el cual la arroja al suelo y la princesa reaparece.

El Encantador, a la salida del sol, volvió a presentarse. Sus ojos flamearon de ira al verla quietecita en su sitio. Antes que mascullara una sílaba, el segundo anillo de hierro se soltó de su cintura. En seguida se llevó a la princesa.

Este día pasó como el anterior y llegó la tercera noche. El Encantador dejó a la princesa en el mismo lugar y mirando fieramente a los ojos del príncipe, le dijo:

—Ahora vamos a ver cuál es el más poderoso de ambos.

El príncipe y sus amigos no quisieron sentarse siquiera, para no dormirse; pero, fué inútil. Los cuatro se quedaron dormidos de pie y la princesa desapareció misteriosamente por tercera vez. Por la maña-

na el príncipe sacudió a sus dormilones compañeros.

—Vistafuerte, dime, dime dónde se halla ahora la princesa.

Vistafuerte observó a los cuatro vientos por largo rato.

—Por fin, ya la veo. Ahora el camino es más largo, señor. A trescientas leguas de aquí está el Mar Negro. En el medio de éste, en el fondo, hay un caracol. En el caracol hay un anillo de oro. Este anillo es la princesa. No os inquietéis que ya os la traeremos. Mas, ahora debe acompañarnos Barrigaancha.

Piernaslargas tomó a Vistafuerte en un hombro y a Barrigaancha en el otro y partieron. Cada paso medía ahora treinta leguas. Cuando llegaron al Mar Negro, Vistafuerte señaló el sitio preciso en que se encontraba el caracol. Piernaslargas alargó un brazo; pero, por más que hizo no pudo tocar el fondo. Entonces Barrigaancha empezó a inflarse a más y mejor. Cuando estuvo tan barrigudo como una montaña se inclinó y empezó a beberse el agua. A poco más, seca completamente el Mar Negro y no hay necesidad de que Piernaslargas estire el brazo.

Mientras tanto, en el Castillo el príncipe agonizaba de incertidumbre. Empezaba a clarear el alba y sus amigos no llegaban. De súbito la puerta se abrió y apareció el Encantador, quien, al darse cuenta que no estaba la princesa, sintió una alegría salvaje. Pero, antes que pudiera articular un so-

nido, la ventana voló hecha trizas, el anillo cayó a sus pies y ¡oh, maravilla! la linda princesa apareció ante ellos...

Vistafuerte, viendo lo que acontecía en el Castillo, había comunicado a Piernaslargas el grave peligro en que su amo se encontraba. Este último había dado una tremenda zancada y estirando el brazo había roto la ventana para lanzar el anillo.

El Encantador mordió una feroz exclamación. El Castillo se estremeció hasta los cimientos. El tercer anillo de hierro se escurrió de la cintura del mago, quien se transformó al momento en un cuervo que salió volando por la ventana.

Entonces la princesa empezó a hablar; al mismo tiempo sus pálidas mejillas y sus labios se coloreaban. Todo en el castillo empezaba a animarse de vida. Las estatuas de piedra perdían su mortal inmovilidad. El encantamiento se perdía ahogado por el renacer de la vida.

El anciano monarca lloró de alegría al saber la suerte de su hijo y al contemplar el rostro encantador de la princesa. Las felices bodas se prolongaron por tres largos días y en el reino hubo un loco repicar de campanas, como por Navidad.

¿Y qué fué de los tres fieles compañeros del príncipe? Este quiso dejarlos en palacio y rodearlos de riquezas; pero ellos no aceptaron, y salieron por los largos senderos del mundo a vagar. Y todavía deben andar vagando por estas tierras de Dios...





Nueva forma de sombrero, muy elegante con su nudo de encaje plateado en el borde del ala.

MODAS

ELEGANCIAS

Por JEANNE

La moda actual, en general, está ideada para mujeres altas. Los drapeados, las formas redondeadas a lo Velásquez, exigen una silueta esbelta. Para las personas bajas se

suprimen los drapeados y adornos voluminosos, pero como hay tantos modelos y estilos, todas pueden encontrar lo que mejor les conviene.



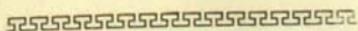
Estos modelos son apropiados para las mañanas de principios de otoño.

La capa sigue usándose con furor, de tela escocesa para la mañana, de terciopelo o piel para la tarde y brocado para la noche; pero las capas modernas llevan mangas, lo que las hace más prácticas y confortables.

Los sombreros, en conjunto, son muy sueltos, se hacen de gamuza y terciopelo en



Deliciosa combinación de negro y blanco.



Modelo apropiado para las mañanas de principios de otoño.



Se ve mucho esta combinación de la falda obscura y la chaqueta clara, pero en el mismo color.

colores vivos; para playa, también se llevan de hule.

Para la noche, en comidas, bailes, grandes recepciones, se emplean, como digo, los brocados, las telas recamadas de cuentas y bordados; pero éstos son ahora de motivos muy originales, como paisajes japoneses, pájaros y flores y hasta figuras de bailarinas, magos, etc.

Los terciopelos salambó o tañagra ligeros y suaves se drapean fácilmente y se hacen con ellos toilettes de una originalidad encantadora.

Para una joven sería muy elegante el siguiente modelo: gasa rosada, broches de oro; el drapeado se estrecha en los pies hasta hacer el efecto de pantalón. Ancha echarpe de raso verde mirto hace las veces de cinturón y cae hasta el borde del traje.

Durante los últimos años, habíamos desechado el encaje como adorno para trajes y aun para ropa interior, pero este año se vuelve a usar con entusiasmo, haciéndose con ellos trajes deliciosos para el verano. Para trajes elegantes del día o de la noche, rivaliza con el tul y el tafetán.

La forma que mejor conviene para estos trajes de encaje, es la de falda de vuelos, forma muy a la moda en este momento; el vuelo superior, bastante recogido, debe ensanchar las caderas y el bajo se dejará estrecho. Al corpiño se le da generalmente la forma de fichú anudado atrás.

Los trajes de tul de algodón se hacen del mismo modo, son económicos y elegantes. Los vuelos de tul pueden adornarse con un sesguito de tafetán.



EL ARTE EN EL HOGAR

Por Esilda

VASOS DE SIMMEN

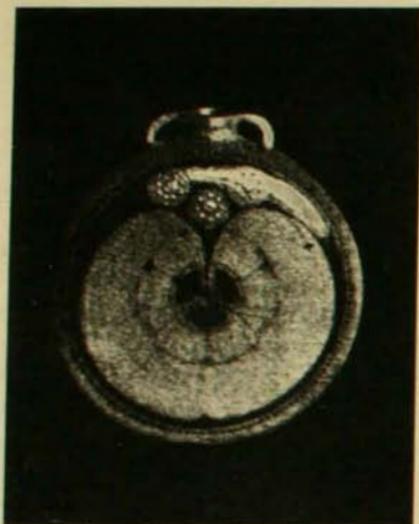
Bastante hemos hablado ya del arreglo y mobiliario de interiores en la ciudad y en el campo, y aún cuando ese es un tema

Además, sé que en estos momentos la industria en todas sus manifestaciones, trata de nacionalizarse, naturalmente que me felicito de ello, pero desearía que no tratáramos únicamente de montar fábricas para independizarnos del extranjero, sino que en ellas se trabajará con entusiasmo, con ese entusiasmo de artistas que buscan siempre la línea pura, la forma bella, la armonía de los colores. Ya es tiempo que nuestros fabricantes de gredas cocidas, bronce y cristales se esmeran en crear modelos artísticos para que los comerciantes no nos sigan trayendo ese mundo de floreros feísimos de que están atestadas las vitrinas y mesones de las casas del centro.

Este primer grupo de va-

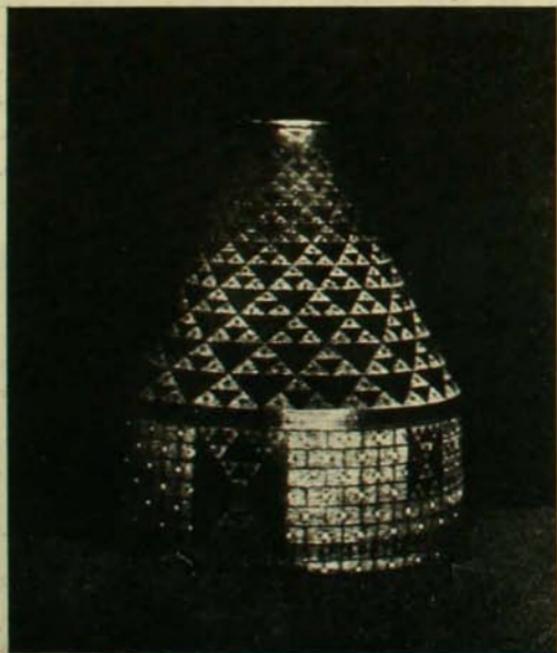


“siempre antiguo y siempre nuevo” e interesante, vamos a dejarlo un poco para ocuparnos de detalles como son los vasos, cojines, pantallas, etc., que realzan la belleza y comodidad del mobiliario y son reveladores del buen o mal gusto de sus dueños.



esos es de Simmen, el gran artista que para realizar su obra empezó por aislarse y purificar su gusto. Su simplicidad que rechazaba

el lujo desprovisto de gusto con que el "parvenue" cree ennoblecer su existencia lo llevó hacia la sana comprensión de las cosas



elementales. La misma lógica natural que indujo a los primeros hombres a curvar las ramas para formar el techo de la choza primitiva, lo impulsó, ante todo, a realizar esta primera manifestación de su ideal estético: construir la casa en donde pudiera crecer y embellecer su ensueño, en donde pudiera materializarse su deseo de belleza.

Sobre las colinas de Meudon, al frente del lugar donde se levanta el templo de Rodin, Simmen levantó la cabaña que convenía a su concepto filosófico de la existencia. Como arquitecto distribuyó las habitaciones con un gusto impecable, y como artista las amobló y decoró con un armo-

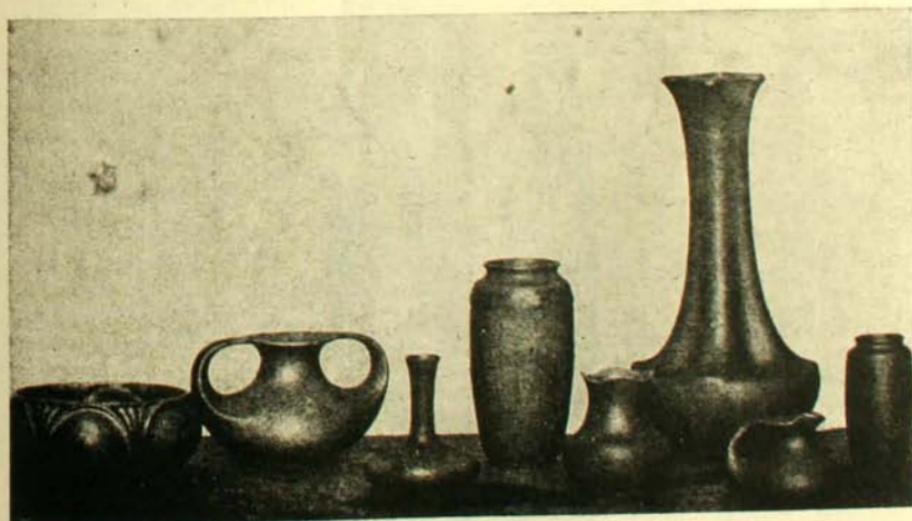


nioso equilibrio de colores y de líneas". Desde una ancha ventana cerca de la cual tenía su mesa de trabajo, podía ver matizarse según la estación, todas las luces del día y del crepúsculo en los azules horizontes de París.

De sus mudas admiraciones sacó preciosas enseñanzas. Para poder desviar sin pe-

na sus miradas del bello horizonte, era necesario que sus ojos, llenos de pensamiento, se pudieran reposar en formas preciosas, en muebles bellos, en colores sin falsos contrastes.

Simmen consigue hacer decir a la materia lo que él deseaba. No se contenta con resultados medioerres ni con los buenos ob-



tenidos por casualidad. Al lenguaje elocuente de las formas mezcla el encanto de colores escogidos. Tan cierto es que la materia bruta puede, en las manos de un artista plegarse hasta llegar a ser creadora o interpretadora de emociones. Símmen ha hecho suyo este pensamiento de Maeterlinck: "Todas las piedras son iguales, todas las piedras son preciosas". Posee recursos decorativos de una riqueza inapreciable. Los detalles de sus ornamentaciones son poco complicados, pero cada motivo está en su lugar, y contribuyen a la pura armonía del conjunto. A veces utiliza la escritura, otras pone sobre fondo de un rojo otoñal dispuestas en frisos, grandes flores color marfil con semillas doradas, etc.

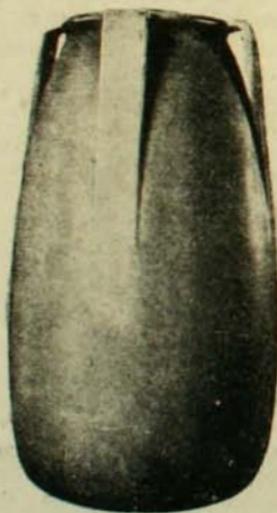
Los vasos del artista llevan ostensiblemente la huella del fuego ardiente que los ha abrasado a veces brutalmente, apasionadamente, pero dejándoles una marca de be-

lleza, de poder y de brillo incomparables.

Para terminar, repito a mis lectores industriales particularmente, estas palabras de Símmen: "Hay que buscar nuevos rumbos y nuevas formas de belleza, buscar siempre y sin tregua, sólo esto puede embellecer y dar grandeza a la existencia" y estas otras de Zoroastro. "Los felices inmortales ayudan al mortal perseverante".

El último grupo es de vasos Tecó. Al principio solo se hicieron en color verde, un hermoso verde gris opaco, pero después se han hecho en otros colores de bella tonalidad. El fabricante de estos vasos se esmera en la forma y el colorido desechando todo adorno, pero, ¡qué artística simplicidad!

Los vasos Tecó quedan bien en todas partes, no chocan en ninguna decoración y es esta una gran cualidad y su mejor recomendación.





POR OSCAR WILDE

Ilustraciones de Jorge Délano

I

Cuando mister Hiram B. Otis, el ministro de América, compró Canterville-Chase, todo el mundo le dijo que cometía una gran necedad, porque la finca estaba embrujada.

Hasta el mismo lord Canterville, como hombre de la más escrupulosa honradez, se creyó en el deber de participárselo a mister Otis, cuando llegaron a discutir las condiciones.

—Nosotros mismos—dijo lord Canterville—nos hemos resistido en absoluto a vivir en ese sitio desde la época en que mi tía abuela, la duquesa de Bolton, tuvo un desmayo, del que nunca se repuso por completo, motivado por el espanto que experimentó al sentir que dos manos de esqueleto se posaban sobre sus hombros, estando vistiéndose para cenar.

Me creo en el deber de decirle, mister Otis, que el fantasma ha sido visto por varios miembros de mi familia, que viven actualmente, así como por el rector de la parroquia, el reverendo Augusto Dampier, agregado del King's-College de Oxford.

Después del trágico accidente ocurrido a la Duquesa, ninguna de las doncellas quiso quedarse en casa, y con frecuencia lady Canterville no ha podido conciliar el sueño a causa de los ruidos misteriosos que llegan del corredor y de la biblioteca.

—Milord—respondió el Ministro—, ad-

quiriré el mobiliario y el fantasma bajo inventario. Llego de un país moderno, en el que podemos tener todo cuanto el dinero es capaz de proporcionar, y con nuestros empresarios jóvenes y avisados, que recorren de parte a parte el viejo continente, que se llevan los mejores actores de ustedes y sus mejores *prima-donnas*, estoy seguro de que si queda todavía un verdadero fantasma en Europa, podrían ofrecérselo en seguida para colocarle en uno de nuestros museos públicos o para pasearle por los caminos como un fenómeno.

—El fantasma existe; me lo temo—dijo lord Canterville sonriendo—, aunque se haya resistido a las ofertas de los intrépidos empresarios de ustedes. Hace más de tres siglos que se le conoce. Data, con precisión, de 1574, y no deja de mostrarse nunca cuando está a punto de ocurrir alguna defunción en la familia.

—¡Bah! Los médicos de cabecera hacen lo mismo, lord Canterville. Amigo mío, un fantasma no puede existir y no creo que las leyes de la naturaleza admitan excepciones en favor de la aristocracia inglesa.

—Realmente son ustedes muy incrédulos en América—dijo lord Canterville, que no acababa de comprender la última observación de mister Otis. Ahora bien, si le gusta a usted tener un fantasma en casa, mejor que mejor. Acuérdesse únicamente de que yo le previne.

Algunas semanas después, se cerró el trato y a fines de estación, el Ministro y su familia emprendieron el viaje hacia Canterville.

Mistress Otis, que con el nombre de miss Lucrecia R. Tappan, de la calle West, 52, había sido una ilustre *beldad* de Nueva York, era todavía una mujer guapísima, de edad regular, con unos ojos hermosos y un perfil soberbio.

Muchas damas americanas, cuando abandonan su país natal, adoptan aires de personas atacadas de una enfermedad crónica, y se figuran que eso es uno de los sellos de distinción en Europa, pero mistress Otis no cayó nunca en ese error.

Tenía una naturaleza magnífica y una abundancia extraordinaria de vitalidad.

A decir verdad, era completamente inglesa, bajo muchos aspectos, y hubiese podido citársela en buena lid para sostener la tesis de que tenemos todo en común con América, hoy día, excepto la lengua, como es de suponer.

Su hijo mayor, bautizado con el nombre de Washington por sus padres, en un momento de patriotismo, que él no cesaba de lamentar, era un muchacho rubio, de bastante buena figura, que se había erigido en candidato a la diplomacia dirigiendo un cotillón en el casino de Newport durante tres temporadas seguidas; y aun en Londres, pasaba por ser un bailarín excepcional.

Sus únicas debilidades eran las gardenias y la pairia; aparte de eso, era perfectamente sensato.

Miss Virginia E. Otis era una muchachita de quince años, esbelta y graciosa como un cervatillo, con un bonito aire de despreocupación en sus grandes ojos azules.

Era una amazona maravillosa, y, sobre su poney, derrotó una vez en carreras al viejo lord Bilton, dando dos veces la vuelta al parque, ganándole por caballo y medio, precisamente frente a la estatua de Aquiles, lo cual provocó un entusiasmo tan delirante en el joven duque de Cheshire, que la proposita acto continuo el matrimonio y sus tutores tuvieron que expedirle aquella misma noche a Eton, bañado en lágrimas.

Después de Virginia venían dos gemelos, conocidos de ordinario con el nombre de Estrellas y Bandas, porque se les encontraba siempre ostentándolas.

Eran unos niños encantadores, y con el Ministro, los únicos verdaderos republicanos de la familia.

Como Canterville-Chase está a siete millas de Ascot, la estación más próxima, mister Otis telegrafió que fueran a buscarle en coche descubierto, y emprendieron la marcha en medio de la mayor alegría.

Era una noche encantadora de julio en que el aire estaba aromado de olor a pinos.

De vez en cuando oíase a una paloma arrullándose con su voz más dulce, o entreveías entre la maraña y el frú frú de los helechos, la pechuga, de oro-bruñido, de algún faisán.

Ligeras ardillas les espían desde lo alto de las hayas, a su paso; unos conejos corrían como exhalaciones a través de los matorrales o sobre los collados herbosos, levantando su rabo blanco.

Sin embargo, no bien entraron en la avenida de Canterville-Chase, el cielo se cubrió repentinamente de nubes. Un extraño silencio pareció invadir toda la atmósfera, una gran bandada de cornejas cruzó calladamente por encima de sus cabezas y antes de que llegasen a la casa ya habían caído algunas gotas.

En los escalones se hallaba para recibirlos, una vieja pulcramente vestida de seda negra, con cofia y delantal blancos.

Era mistress Umney, el ama de gobierno que mistress Otis a vivos requerimientos de lady Canterville, accedió a conservar en su puesto.

Hizo una profunda reverencia a la familia cuando echaron pie a tierra y dijo con un singular acento de los buenos tiempos antiguos:

—Les doy la bienvenida a Canterville-Chase.

La siguieron atravesando un hermoso *hall* de estilo Tudor, hasta la biblioteca, largo salón espacioso, que terminaba en un ancho ventanal acristalado.

Estaba preparado el té.

Luego, una vez que se quitaron los trajes de viaje, sentáronse todos y se pusieron a curiosear en torno suyo, mientras mistress Umney iba de un lado para otro.

De pronto la mirada de mistress Otis cayó sobre una mancha de un rojo obscuro que había sobre el pavimento precisamen-

te al lado de la chimenea y, sin darse cuenta de sus palabras, dijo a mistress Umney.

—Veo que han vertido algo en ese sitio.

—Sí, señora, contestó mistress Umney en voz baja. Ahí se ha vertido sangre.

—¡Es espantoso!—exclamó mistress Otis.

—No quiero manchas de sangre en un salón. Es preciso quitar eso inmediatamente.

La vieja sonrió y con la misma voz baja y misteriosa respondió:

—Es sangre de Lady Leonor Canterville, que fué muerta en ese mismo sitio por su propio marido, sir Simón de Canterville, en 1575. Sir Simón la sobrevivió nueve años, desapareciendo de repente en circunstancias misteriosísimas.

Su cuerpo no se encontró nunca, pero su alma culpable sigue embrujando la casa. La mancha de sangre ha sido muy admirada por los turistas y por otras personas, pero quitarla... es imposible.

—Todo eso son tonterías—exclamó Wáshington Otis. El producto quita-manchas, el limpiador incomparable del campeón Pinkerton hará desaparecer eso en un abrir y cerrar de ojos.

Y antes de que el ama de gobierno, aterrada, pudiese intervenir, ya se había arrojado y frotaba vivamente el entarimado con una barrita de una sustancia parecida al cosmético negro.

A los pocos instantes la mancha había desaparecido sin dejar rastros.

—Ya sabía yo que el *Pinkerton* la borraría—exclamó en tono triunfal, paseando una mirada circular sobre su familia llena de admiración.

Pero apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando un relámpago formidable iluminó la estancia sombría y el retumbar del trueno levantó a todos menos a mistress Umney, que se desmayó.

—¡Qué clima más atroz!—dijo tranquilamente el Ministro encendiendo un largo veguero. Creo que el país de los abuelos está tan lleno de gente, que no hay buen tiempo bastante para todo el mundo. Siempre opiné que lo mejor que pueden hacer los ingleses es emigrar.

—Querido Hiram—replicó mistress Otis—¿qué podemos hacer con una mujer que se desmaya?

—Descontaremos eso de su salario en casa. Así no se volverá a desmayar.

En efecto, mistress Umney no tardó en volver en sí. Sin embargo veíase que estaba conmovida hondamente; y con voz solemne advirtió a mistress Otis que debía esperarse algún disgusto en la casa.

—Señores, he visto con mis propios ojos unas cosas... que pondrían los pelos de punta a un cristiano. Y durante noches y noches no he podido pegar los ojos a causa de los hechos terribles que pasaban.

A pesar de lo cual, mister Otis y su esposa aseguraron vivamente a la buena mujer que no tenían miedo ninguno de los fantasmas.

La vieja ama de llave, después de haber impetrado la bendición de la Providencia sobre sus nuevos amos, y de arreglárselas para que la aumentasen el salario, se retiró a su habitación renqueando.

II

La tempestad se desencadenó durante toda la noche, pero no produjo nada extraordinario.

Al día siguiente por la mañana, cuando bajaron a almorzar, encontraron de nuevo la terrible mancha sobre el entarimado.

—No creo que tenga la culpa el *Limpiador sin rival*—dijo Wáshington—pues lo he ensayado sobre toda clase de manchas. Debe ser cosa del fantasma.

En consecuencia, borró la mancha después de frotar un poco.

Al otro día por la mañana, había reaparecido.

Y, sin embargo, la biblioteca permaneció cerrada la noche anterior, llevándose arriba la llave mistress Otis.

Desde entonces la familia empezó a interesarse por aquello.

Mister Otis se hallaba a punto de creer que había estado demasiado dogmático negando la existencia de los fantasmas.

Mistress Otis expresó su intención de afiliarse a la sociedad Psíquica, y Wáshington preparó una larga carta a místers Myers y Podmore (1), basada en la persistencia de las manchas de sangre cuando provienen de un crimen.

Aquella noche dispipó todas las dudas so-

(1) Autores de los *Phantoms of the living*, obra sobre las alucinaciones telepáticas.—(N. del T.)

bre la existencia objetiva de los fantasmas.

El día fué caluroso y soleado.

La familia aprovechó la frescura del día para dar un paseo en coche.

Regresaron a las nueve, tomando una ligera cena. La conversación no recayó ni un momento sobre los fantasmas; de manera que faltaban hasta las condiciones más elementales de *espera* y de *receptividad*, que preceden tan a menudo a los fenómenos psíquicos.

Los asuntos que discutieron, por lo que luego he sabido por mistress Otis, fueron simplemente los habituales en la conversación de los americanos cultos que pertenecen a las clases elevadas, como por ejemplo, la inmensa superioridad de miss Janny Devenport sobre Sarah Bernhardt, como actriz; la dificultad para encontrar maíz verde, galletas de trigo sarraceno y *polenta*, aun en las mejores casas inglesas; la importancia de Boxtton en el desenvolvimiento del alma universal; las ventajas del sistema que consiste en anotar los equipajes de los viajeros; así como la dulzura del acento neoyorkino, comparado con el deo de Londres.

No se trató para nada de lo sobrenatural. No se hizo ni la menor alusión indirecta a sir Simón de Canterville.

A las once la familia se retiró.

A las once y media estaban apagadas todas las luces.

Pocos instantes después mister Otis se despertó con un ruido singular en el corredor fuera de su habitación.

Parecía un ruido de hierros viejos, y se acrecaba cada vez más.

Se levantó en el acto, encendió una luz y miró la hora.

Era la una en punto.

Mister Otis estaba perfectamente tranquilo. Se tomó el pulso y no le encontró nada alterado.

El ruido extraño continuaba, al mismo tiempo que se oía claramente un ruido de pasos.

Mister Otis se puso las zapatillas, cogió un frasquito alargado de su tocador y abrió la puerta.

Y vió frente a él, en el pálido claro de luna, a un viejo de aspecto terrible.

Sus ojos parecían carbones encendidos. Una larga cabellera gris caía en mechones

revueltos sobre sus hombros. Sus ropas, de corte anticuado, estaban manchadas y en jirones. De sus muñecas y de sus tobillos colgaban unas pesadas cadenas y unos grilletes herrumbrosos.

—Mi distinguido señor—dijo Mister Otis—permítame que le ruegue vivamente que se engrase esas cadenas. Le he traído para ello un botecito del engrasador de *Tammany-Sol-Levante*. Dicen que una sola untura es efecacísimá, y en la etiqueta hay varios certificados de nuestros teólogos más ilustres que dan fe de ello. Voy a dejársela aquí, al lado de las mecedoras, y tendré un verdadero placer en proporcionarle más si así lo desea.

Dicho lo cual, el Ministro de los Estados Unidos dejó el frasquito sobre una mesa de mármol, cerró la puerta y se volvió a meter en la cama.

El fantasma de Canterville permaneció algunos minutos inmóvil de indignación.

Después tiró lleno de rabia el frasquito contra el suelo encerado y huyó por el corredor, lanzando gruñidos cavernosos y despidiendo una extraña luz verde.

Sin embargo, cuando llegaba a la gran escalera de roble, se abrió de repente una puerta. Aparecieron dos siluetas infantiles, vestidas de blanco, y una voluminosa almohada le rozó la cabeza.

Evidentemente, no había tiempo que perder, así es que utilizando como medio de fuga la cuarta dimensión del espacio, se desvaneció a través del estuco, y la casa recobró su tranquilidad.

Llegado a un cuartito secreto del ala izquierda, se adosó a un rayo de luna para tomar aliento y se puso a reflexionar para darse cuenta de su situación.

Jamás en toda su brillante carrera, que duraba ya trescientos años seguidos, fué injuriado tan groseramente.

Se acordó de la duquesa viuda, en quien provocó una crisis de terror, estando mirándose al espejo, cubierta de brillantes y de encajes; de las cuatro doncellas a quienes había enloquecido, produciéndoles convulsiones histéricas, sólo con hacerlas visajes entre las cortinas de una de las habitaciones destinadas a invitados; del rector de la parroquia, cuya vela apagó de un soplo, cuando volvía el buen señor de la biblioteca, a una hora avanzada, y que desde entonces se



—Mi distinguido señor,—dijo Mr. Otis—permítame que le ruegue vivamente que engrase sus cadenas....”

convirtió en asiduo cliente de sir William Gull, y en mártir de toda clase de alteraciones nerviosas; de la vieja señora de Tremouillac, que, al despertarse a media noche, vió sentado en un sillón, al lado de la lumbre, a un esqueleto entretenido en leer el diario que redactaba ella de su vida, y que, de resultas de la impresión, tuvo que guardar cama durante seis meses, víctima de un ataque cerebral. Una vez curada, se reconcilió con la Iglesia y rompió toda clase de relaciones con el señalado escéptico monsieur de Voltaire.

Recordó igualmente la noche terrible en que el bribón de lord Canterville fué hallado agonizante en su tocador, con una sota de espadas hundida en la garganta, viéndose obligado a confesar que por medio de aque-

lla carta había timado la suma de 10,000 libras a Carlos Fox, en casa de Grockford. Y juraba que aquella carta se la hizo tragar el fantasma.

Todas sus grandes hazañas le volvían a la memoria.

Vió desfilas al mayordomo que se levantó la tapa de los sesos por haber visto una mano verde tamborilear sobre los cristales; y a la bella Lady Steelfied, condenada a llevar alrededor del cuello un collar de terciopelo negro para tapar la señal de cinco dedos, impresos como con un hierro candente sobre su blanca piel, y que terminó por ahogarse en el vivero que había al extremo de la Avenida Real.

Y lleno del entusiasmo ególatra del ver-

dadero artista, pasó revista a sus creaciones más célebres.

Se dedicó una amarga sonrisa al evocar su última aparición en el papel de "Rubén el Rojo, o el rorro estrangulado", su debut en el de "Gibeon el Vampiro flaco del páramo de Bexley" y el furor que causó una tarde encantadora de junio sólo con jugar a los bolos con sus propios huesos sobre el campo de hierba de *lawn-tennis*.

¿Y todo para qué?

¡Para que unos miserables americanos le oreciesen el engrasador marca "Sol-Levante" y le tirasen almohadas a la cabeza!

Era realmente intolerable.

Además, la historia nos enseña que jamás fué tratado ningún fantasma de aquella manera.

Llegó a la conclusión de que era preciso tomarse la revancha, y permaneció hasta el amanecer en actitud de profunda meditación.

III

A la mañana siguiente, cuando el almuerzo reunió a la familia Otis, se discutió extensamente acerca del fantasma.

El Ministro de los Estados Unidos estaba, como era natural, un poco ofendido viendo que su ofrecimiento no había sido aceptado.

—No quisiera en modo alguno injuriar personalmente al fantasma—dijo—, y reconozco que, dada la larga duración de su estancia en la casa, no era nada cortés tirarle una almohada a la cabeza...

Siento tener que decir que esta observación tan justa provocó una explosión de risa en los gemelos.

—Pero, por otro lado—prosiguió mistress Otis—si se empeña, sin más ni más, en no hacer uso del engrasador marca "Sol-Levante", nos veremos precisados a quitarle las cadenas. No habría manera de dormir con todo ese ruido a la puerta de los dormitorios.

Pero, sin embargo, en el resto de la semana no fueron molestados.

Lo único que llamó algo la atención fué la reaparición continua de la mancha de sangre sobre el *parquet* de la biblioteca.

Era realmente muy extraño, tanto más cuanto que mistress Otis cerraba la puerta con llave por la noche, igual que las ventanas.

Los cambios de color que sufría la mancha, comparables a los de un camaleón, produjeron asimismo frecuentes comentarios.

Una mañana, era de un rojo obscuro, casi violáceo; otras veces era bermellón; luego de un púrpura espléndido; y un día, cuando bajaron a rezar, según los ritos sencillos de la libre Iglesia episcopal reformada de América, la encontraron de un hermoso verde esmeralda.

Como es natural, estos cambios kaleidoscópicos divertieron grandemente a la reunión, y hacíanse apuestas todas las noches con entera tranquilidad.

La única persona que no tomó parte en la broma fué la joven Virginia.

Por razones ignoradas, sentíase siempre impresionada ante la mancha de sangre, y estuvo a punto de llorar la mañana que apareció verde esmeralda.

El fantasma hizo su aparición un domingo por la noche. Al poco tiempo de estar todos ellos acostados, les alarmó un enorme estrépito que se oyó en el *hall*.

Bajaron apresuradamente y se encontraron con que una armadura completa se había desprendido de su soporte, cayendo sobre las losas.

Cerca de allí, sentado en un sillón de alto respaldo, el fantasma de Canterville se restregaba las rodillas, con una expresión de agudo dolor sobre su rostro.

Los gemelos, que se habían provisto de sus cañas de majuelos, le lanzaron inmediatamente dos huesos con esa seguridad de puntería que sólo se adquiere a fuerza de largos y pacientes ejercicios sobre el profesor de caligrafía.

Mientras tanto el Ministro de los Estados Unidos mantenía al fantasma bajo la amenaza de su revólver, y, conforme a la etiqueta californiana, le intimaba a levantar los brazos.

El fantasma se alzó bruscamente lanzando un grito de furor salvaje y se dispó en medio de ellos, como una niebla, apagando de paso la vela de Washington Otis y dejándoles a todos en la mayor obscuridad.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, una vez dueño de sí, se decidió a lanzar su célebre repique de carcajadas satánicas.

Había experimentado ya, en diferentes ocasiones, la utilidad de aquel procedimiento.

Contaba la gente que aquello hizo encanecer en una sola noche el peluquín de lord Raker.

Lo cierto es que no necesitaron más las tres amas de gobierno para decidirse a *dimittir* antes de terminar el primer mes en su cargo.

Por consiguiente lanzó su carcajada más horrible, despertando paulatinamente los ecos en las antiguas bóvedas; pero, apenas apagados éstos, se abrió una puerta y apareció, vestida de azul claro, mistress Otis.

—Me temo—dijo la dama—que esté usted indispuerto y aquí le traigo un frasco de la tintura del doctor Dobell. Si se trata de una indigestión, esto le sentará muy bien.

El fantasma la miró con ojos llameantes de furor, y se creyó en el deber de metamorfosearse en un gran perro negro.

Era un truco que le había dado una reputación merecidísima, y al cual atribuía el médico de la familia la idiotéz incurable del tío de lord Canterville, el honorable (1) Tomás Horton.

Pero un ruido de pasos que se acercaban le hizo vacilar en su cruel determinación, y se contentó con volverse un poco fosforescente.

En seguida se desvaneció, después de lanzar un gemido sepulcral, porque los gemelos iban a darle alcance.

Una vez en su habitación, sintióse destrozado, presa de la agitación más violenta.

La ordinariez de los gemelos, el grosero materialismo de mistress Otis, todo aquello resultaba realmente vejatorio; pero, lo que más le humillaba era no tener fuerzas para llevar la cota de malla.

Contaba con hacer impresión aun en unos americanos modernos, con hacerles estremecer a la vista de un espectro acorazado, ya que no por motivos razonables, al menos por deferencia hacia su poeta nacional, Longfellow (2), cuyas poesías delicadas y atrayentes habíanle ayudado con frecuencia a matar el tiempo, mientras los Canterville estaban en Londres.

Además, era su propia armadura.

La llevó con éxito en el torneo de Kenil-

worth, siendo felicitado calurosamente por la *Reina-Virgen* en persona.

Pero cuando quiso ponérsela, quedó aplastado por completo con el peso de la enorme coraza y del yelmo de acero. Y se desplomó pesadamente sobre las losas de piedra, despellejándose las rodillas y contusionándose la muñeca derecha.

Durante varios días estuvo malísimo y no pudo salir de su morada más que lo necesario para mantener en buen estado la mancha de sangre.

No obstante lo cual, a fuerza de cuidados, acabó por restablecerse y decidió hacer una tercera tentativa para aterrorizar al Ministro de los Estados Unidos y a su familia.

Elegió para su reaparición en escena el viernes 17 de agosto, consagrando gran parte del día a pasar revista a sus trajes.

Su elección recayó al fin en un sombrero de ala levantada por un lado y caída del otro, con una pluma roja; en un sudario deshilachado en las mangas y en el cuello, y por último, en un puñal mohoso.

Al atardecer estalló una gran tormenta.

El viento era tan fuerte que sacudía y cerraba violentamente las puertas y ventanas de la vetusta casa.

Realmente, aquél era el tiempo que le convenía.

Hé aquí lo que pensaba hacer.

Iría sigilosamente a la habitación de Washington Otis, le musitaría unas frases ininteligibles, quedándose al pie de la cama y le hundiría tres veces seguidas el puñal en la garganta, a los sonos de una música apagada.

Odiaba sobre todo a Washington porque sabía perfectamente que era él quien acostumbraba a quitar la famosa mancha de sangre de Canterville, empleando el "Limpiador" incomparable de Pinkerton.

Después de reducir a un estado de terror abyecto al temerario, al despreocupado joven, entraría en la habitación que ocupaban el Ministro de los Estados Unidos y su mujer.

Una vez allí, colocaría una mano viscosa sobre la frente de mistress Otis, y al mismo tiempo murmuraría con voz sorda al oído del Ministro tembloroso los secretos terribles del osario.

En cuanto a la pequeña Virginia, aún no tenía decidido nada.

(1) Título de cortesía que se dan entre sí los miembros de la Cámara de los Comunes de Inglaterra.—(N. del T.)

(2) Longfellow publicó "El esqueleto de su coraza", poesía que le inspiró el descubrimiento de un esqueleto acorazado en Newport.—(N. del T.)

No le había insultado nunca. Era bonita y cariñosa.

Unos cuantos gruñidos sordos que saliesen del armario le parecían más que suficientes, y si no bastaban para despertarla, llegaría hasta tirarla de la puntita de la nariz con sus dedos rígidos por la parálisis.

A los gemelos estaba resuelto a darles una lección: lo primero que haría sería sentarse sobre sus pechos, con objeto de producirles la sensación de la pesadilla. Luego, aprovechando que sus camas estaban muy juntas, se alzaría en el espacio libre entre ellas, con el aspecto de un cadáver verde y frío como el hielo, hasta que se quedasen paralizados de terror.

En seguida, tirando bruscamente su sudario, daría la vuelta al dormitorio en cuatro patas, como un esqueleto blanqueado por el tiempo, moviendo los ojos en sus órbitas, en su creación de "Daniel el mudo o el Esqueleto del Suicida", papel en el cual hizo un gran efecto en varias ocasiones. Creía estar tan bien en éste, como en su otro papel de "Martín el demente o el Misterio enmascarado."

A las diez y media oyó subir a la familia a acostarse.

Durante algunos instantes, le inquietaron las tumultuosas carcajadas de los gemelos, que se divertían evidentemente, con su loca alegría de colegiales, antes de meterse en la cama.

Pero a las once y cuarto todo quedó nuevamente en silencio y cuando sonaron las doce, se puso en camino.

La lecheza chochaba contra los cristales de la ventana. El cuervo erascitaba en el hueco de un tejo centenario y el viento gemía vagando alrededor de la casa como un alma en pena; pero la familia Otis dormía sin sospechar la suerte que le esperaba.

Oía con toda claridad los ronquidos regulares del Ministro de los Estados Unidos que dominaban el ruido de la lluvia y de la tormenta.

Se deslizó furtivamente a través del estuco. Una sonrisa perversa se dibujaba sobre su boca cruel y arrugada, y la luna escondió su rostro tras una nube cuando pasó delante de la gran ventana ojival sobre la que estaban representadas en azul y oro sus propias armas y las de su esposa asesinada.

Seguía andando siempre, desliziéndose co-

mo una sombra funesta, que parecía hacer retroceder de espanto a las mismas tinieblas en su camino.

En un momento dado le pareció oír que alguien le llamaba; se detuvo pero era tan sólo un perro que ladraba en la Granja Roja.

Prosiguió su marcha, refunfuñando extraños juramentos del siglo XVI y blandiendo de vez en cuando el puñal enmohecido, en la brisa de media noche.

Por fin llegó a la esquina del pasillo que conducía a la habitación del infortunado Washington.

Allí hizo una breve parada.

El viento agitaba en torno de su cabeza sus largos mechones grises, y ceñía en pliegues grotescos y fantásticos el horror indecible del fúnebre sudario.

Sonó entonces el cuarto en el reloj.

Comprendió que había llegado el momento.

Lanzó una risotada y dió la vuelta a la esquina. Pero, apenas lo hizo, retrocedió lanzando un gemido lastimero de terror y escondiendo su cara lívida entre sus largas manos huesosas.

Frente a él había un horrible espectro, inmóvil como una estatua, monstruoso como la pesadilla de un loco.

La cabeza del espectro era pelada y reluciente; su faz, redonda, carnosa y blanca; una risa horrorosa parecía retorcer sus rasgos en una mueca eterna; por los ojos brotaba a oleadas una luz escarlata; la boca tenía el aspecto de un ancho pozo de fuego, y una vestidura horrible, como la del mismo Simón, envolvía con su nieve silenciosa aquella forma gigantesca.

Sobre el pecho tenía colgado un cartel con una inscripción en caracteres extraños, antiguos.

Quizá era un rótulo infamante, donde estaban escritos delitos espantosos, una terrible lista de crímenes.

Tenía, por último, en su mano derecha una cimitarra de acero resplandeciente.

Como no había visto nunca fantasmas hasta aquel día, sintió un pánico terrible y, después de lanzar a toda prisa una segunda mirada sobre el atroz fantasma, regresó a su habitación, trompicando en el sudario que le envolvía.

Cruzó la galería corriendo y acabó por

dejar caer el puñal enmohecido en las botas de montar del Ministro, donde lo encontró el mayordomo al día siguiente.

Una vez refugiado en su retiro, se desplomó sobre un reducido catre de tijera, tapándose la cabeza con las sábanas. Pero, al cabo de un momento, el valor indomable de los antiguos Canterville se despertó en él y tomó la resolución de hablar al otro fantasma en cuanto amaneciese.

Por consiguiente, no bien el alba plateó las colinas con su contacto, volvió al sitio en que había visto por primera vez al horroroso fantasma.

Pensaba que después de todo dos fantasmas valían más que uno solo, y que, con ayuda de su nuevo amigo, podría contender victoriosamente con los gemelos. Pero cuando llegó al sitio, hallóse en presencia de un espectáculo terrible.

Sucedíale algo indudablemente al espectro, porque la luz había desaparecido por completo de sus órbitas.

La cimitarra centelleante se había caído de su mano y estaba recostado sobre la pared en una actitud forzada e incómoda.

Simón se precipitó hacia delante y le cogió en sus brazos; pero cuál no sería su terror viendo despegarse la cabeza y rodar por el suelo, mientras el cuerpo tomaba la posición supina; y notó que abrazaba una cortina blanca de lienzo grueso, y que yacían a sus pies una escoba, un machete de cocina y una calabaza vaciada.

Sin poder comprender aquella curiosa transformación, cogió con mano febril el cartel, leyendo a la claridad grisácea de la mañana estas palabras terribles:

HE-AQUI-EL-FANTASMA-OTIS
EL UNICO ESPIRITU-AUTENTICO-Y-VERDA-
DERO
¡DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES!
TODOS-LOS-DEMAS-ESTAN-FALSIFICADOS

Y la entera verdad se le apareció como en un relámpago.

¡Había sido burlado, chasqueado, engañado!

La expresión característica de los Canterville reapareció en sus ojos; apretó las mandíbulas desdentadas y, levantando por encima de su cabeza sus manos amarillas, ju-

ró, según el ritual pintoresco de la antigua escuela, "que cuando el gallo tocase por dos veces el cuerno de su alegre llamada se consumirían sangrientas hazañas y el crimen de callado paso saldría de su retiro."

No había terminado de formular este juramento terrible cuando de una alquería lejana, de tejado de ladrillo rojo, salió el canto de un gallo.

Lanzó una larga risotada, lenta y amarga, y esperó. Esperó una hora, y después otra; pero por alguna razón misteriosa no volvió a cantar el gallo.

Por fin, a eso de las siete y media, la llegada de las criadas le obligó a abandonar su terrible guardia y regresó a su morada, con altivo paso, pensando en su juramento vano, y en su vano proyecto fracasado.

Una vez allí consultó varios libros de caballería, cuya lectura le interesaba extraordinariamente, y pudo comprobar que el gallo cantó siempre dos veces en enantías ocasiones se recurrió a aquel juramento.

—¡Que el diablo se lleve a ese animal volátil!—murmuró—; En otro tiempo hubiese caído sobre él con mi buena lanza, atravesándole el cuello y obligándole a cantar otra vez para mí, aunque reventara!

Y dicho esto, se retiró a su confortable caja de plomo y allí permaneció hasta la noche.

IV

Al día siguiente el fantasma se sintió muy débil, muy cansado.

Las terribles emociones de las cuatro últimas semanas empezaban a producir su efecto.

Tenía el sistema nervioso completamente alterado y temblaba al más ligero ruido.

No salió de su habitación en cinco días, y coneluyó por hacer una concesión en lo relativo a la mancha de sangre del *parquet* de la biblioteca. Puesto que la familia Otis no quería verla, era indudablemente que no la merecía. Aquella gente estaba colocada a ojos vistas en un plano inferior de vida material, y era ineapaz de apreciar el valor simbólico de los fenómenos sensibles.

La cuestión de las apariciones de fantasmas y el desenvolvimiento de los cuerpos astrales eran realmente para ellos cosa desco-

nocida e indiscutiblemente fuera de su alcance.

Constituía para él un deber ineludible mostrarse en el corredor una vez a la semana, y farfullar por la gran ventana ojival el primero y el tercer miércoles de cada mes. No veía ningún medio digno de suscribirse a su obligación.

Verdad es que su vida fué muy criminal, pero quitado eso, era hombre muy concienzudo en todo cuanto se relacionaba con lo sobrenatural.

Así pues, los tres sábados siguientes atravesó, como de costumbre, el corredor entre doce de la noche y tres de la madrugada, tomando todas las precauciones posibles, para no ser visto ni oído.

Se quitaba las botas, pisaba lo más ligeramente que podía sobre las viejas maderas carcomidas, envolvíase en una gran capa de terciopelo negro, y no dejaba de usar el "Engrasador Sol Levante" para engrasar sus cadenas. Me veo precisado a reconocer que sólo después de muchas vacilaciones se deslizó en el dormitorio de mistress Otis y se llevó el frasquito.

Al principio se sintió un poco humillado, pero después fué suficientemente razonable para comprender que aquel invento merecía grandes elogios y que cooperaraba en cierto modo, a la realización de sus proyectos.

A pesar de todo, no se vió a cubierto de matracas.

No dejaban nunca de tenderle cuerdas de lado a lado del corredor para hacerle tropezar en la obscuridad, y una vez que se había disfrazado para el papel de "Isaac el Negro, o el Cazador del bosque de Hogsley", cayó cuan largo era al poner el pie sobre una pista de maderas enjabonadas que habían clocado los gemelos desde el umbral de salón de Tapices hasta la parte alta de la escalera de roble.

Esta última afrenta le dió tal rabia, que decidió hacer un esfuerzo para imponer su dignidad y consolidar su posición social, y formó el proyecto de visitar a la noche siguiente a los insolentes chicos de Eton, en su célebre papel de "Ruperto el temerario, o el Conde sin cabeza".

No se había mostrado con aquel disfraz desde hacía setenta años, es decir, desde que causó con él tal pavor a la bella lady Bárbara Modish que ésta retiró su consentimiento al

abuelo del actual lord Canterville y se fugó a Gretna Green, con el arrogante Jack Castletown, jurando que por nada del mundo consentiría en emparentar con una familia que toleraba los paseos de un fantasma tan horrible por la terraza, al atardecer.

El pobre Jack fué al poco tiempo muerto en duelo por lord Canterville, en la pradera de Wandsworth, y lady Bárbara murió de pena en Tumbridge Wells, antes de terminar el año; así es que fué un gran éxito por todos conceptos.

Sin embargo, era, permitiéndome emplear un término de *argot* teatral para aplicarlo a uno de los mayores misterios del mundo sobrenatural (o en lenguaje más científico) *del mundo superior a la Naturaleza*, era, repito, una creación de las más difíciles y necesitó sus tres buenas horas para terminar los preparativos.

Por fin, todo estuvo listo, y él contentísimo de su disfraz.

Las grandes botas de montar, que hacían juego con el traje, eran, eso sí, un poco holgadas para él; y no pudo encontrar más que una de las dos pistolas de arzón; pero, en general, quedó satisfechísimo, y a la una y cuarto pasó a través del estuco y bajó al corredor.

Cuando estuvo cerca de la habitación ocupada por los gemelos, y que llamaré el dormitorio azul, por el color de sus cortinajes, se encontró con la puerta entreabierta.

A fin de hacer una entrada sensacional, la empujó con violencia; pero se le vino encima una jarra de agua, que le empapó hasta los huesos, no dándole en el hombro por unos milímetros.

Al mismo tiempo oyó unas risas sofocadas, que partían de la ancha cama con dosel.

Su sistema nervioso sufrió tal conmoción, que regresó a sus habitaciones a todo escape, y al día siguiente tuvo que permanecer en la cama con un fuerte reuma.

El único consuelo que tuvo fué el de no haber llevado su cabeza sobre los hombros; pues sin esto las consecuencias hubiesen podido ser graves.

Desde entonces renunció para siempre a espantar a aquella recia familia de americanos, y se limitó a vagar por el corredor con zapatillas de orillo, envuelto el cuello en una gruesa bufanda, por temor a las corrientes de aire, y provisto de un pequeño arcabuz

para el caso en que fuese atacado por los gemelos.

Hacia el 19 de setiembre fué cuando recibió el golpe de gracia.

Había bajado por la escalera hasta el espacioso *hall*, seguro de que en aquel sitio por lo menos estaba a cubierto de jugarretas; y se entretenía en hacer observaciones satíricas sobre las grandes fotografías del Ministro de los Estados Unidos, y de su mujer, hechas en casa de Sarow.

Iba vestido sencilla, pero decentemente, con un largo sudario salpicado de moho de cementerio. Habíase atado la quijada con una tira de tela amarilla y llevaba una linterna y un azadón de sepulturero.

En una palabra, iba disfrazado de "Jonás el desenterrado, o el ladrón de cadáveres de Chertsey Barn".

Era una de sus creaciones más notables, y de la que guardaban recuerdo con mayor motivo, los Canterville, ya que fué la verdadera causa de su riña con lord Rufford, vecino suyo.

Serían próximamente las dos y cuarto de la madrugada, y, a su juicio, no se movía nadie en la casa. Pero cuando se dirigía tranquilamente del lado de la biblioteca para ver lo que quedaba de la mancha de sangre, se abalanzaron hacia él, desde un rincón sombrío, dos siluetas, agitando locamente sus brazos sobre sus cabezas, mientras gritaban a su oído:

—¡Uú! ¡Uú! ¡Uú!

Lleno de un terror pánico, cosa muy natural en aquellas circunstancias, se precipitó del lado de la escalera; pero se encontró frente a Washington Otis, que le esperaba armado con la regadera del jardín; de modo, que cercado por sus enemigos, casi acorralado, tuvo que evaporarse en la gran estufa de hierro colado, que, afortunadamente para él, no estaba encendida, y abrirse paso hasta sus habitaciones por entre tubos y chimeneas, llegando a su domicilio en el tremendo estado en que le pusieron la agitación, el hollín y la desesperación.

Desde aquella noche no volvió a versele nunca de expedición nocturna.

Los gemelos se quedaron muchas veces en acecho para sorprenderle, sembrando de cáscaras de nuez los corredores todas las noches, con gran molestia de sus padres y de los criados. Pero fué inútil.

Su amor propio estaba profundamente herido, sin duda, y no quería mostrarse

En vista de ello, *míster Otis* se puso a trabajar en su gran obra sobre la historia del partido democrático; obra que había empezado tres años antes.

Mistress Otis organizó un *clam-bake* (1) extraordinario, del que se habló en toda la comarca.

Los niños se dedicaron a jugar a la barra, al *écarté*, al *poker* y a otras diversiones nacionales de América.

Virginia dió paseos a caballos por las carreteras, en compañía del duquesito de Cheshire, que se hallaba en Canterville pasando su última semana de vacaciones.

Todo el mundo se figuraba que el fantasma había desaparecido, hasta el punto que *míster Otis* escribió una carta a lord Canterville para comunicárselo, y recibió en contestación otra carta en la que éste le testimoniaba el placer que le producía la noticia y enviaba sus más sinceras felicitaciones a la digna esposa del Ministro.

Pero los Otis se equivocaban.

El fantasma seguía en la casa; y aunque se hallara muy delicado, no estaba dispuesto a retirarse, sobre todo después de saber que figuraba entre los invitados el duquesito de Cheshire, cuyo tío, lord Francis Stilton, apostó una vez con el coronel Carbury a que jugaría a los dados con el fantasma de Canterville.

A la mañana siguiente se le encontró tendido sobre el suelo de la sala de juego, en un estado de parálisis tal, que a pesar de la edad avanzada que alcanzó, no pudo nunca pronunciar más palabras que éstas:

—¡Seis doble!

Esta historia era muy conocida es su tiempo, aunque en atención a los sentimientos de dos familias nobles, se hiciera todo lo posible por ocultarla; y existe un relato detallado de todo lo referente a ella en el tomo tercero de las *Memorias de lord Tattle sobre el Príncipe Regente y sus amigos*.

Desde entonces el fantasma deseaba vivamente probar que no había perdido su influencia sobre los Stilton, con los que además estaba emparentado por matrimonio, pues

(1) Un *clam-bake* es un plato de cocina improvisado sobre unas piedras, en una gira campestre, a escote, aportando cada cual lo suyo. Mézclanse toda clase de ingredientes para elaborar esta torta.—(N. del T.)

una prima hermana suya se casó en segundas nupcias con el señor de Bulkeley, del que descenden en línea recta, como todo el mundo sabe, los duques de Cheshire.

Por consiguiente, hizo sus preparativos para mostrarse al pequeño enamorado de Virginia en su famoso papel del "Fraile vampiro, o el benedictino desangrado".

Era un espectáculo tan espantoso que, cuando la vieja lady Starbury se lo vió representar, es decir, la víspera del año nuevo 1764, empezó a lanzar chillidos agudos que tuvieron por resultado un fuerte ataque de apoplejía y su fallecimiento al cabo de tres días, no sin que desheredara antes a los Canterville, y legase todo su dinero a su farmacéutico de Londres.

Pero a última hora, el terror que le inspiraban los gemelos le retuvo en su habitación, y el duquesito durmió tranquilo en el gran lecho con dosel coronado de plumas del dormitorio real, soñando con Virginia.

V

Unos días después, Virginia y su adorador de cabello rizado dieron un paseo a caballo por los prados de Brockley, paseo en el que ella se desgarró su vestido de amazona al saltar un seto, de tal manera, que de vuelta a su casa entró por la escalera de detrás para que no la viesen.

Al pasar corriendo por delante de la puerta del salón de Tapices, que estaba abierta de par en par, le pareció ver a alguien dentro.

Pensó que sería la doncella de su madre que iba con frecuencia a trabajar a esa habitación.

Asomó la cabeza para encargarle que la cosiese el vestido.

¡Pero, con gran sorpresa suya, quien allí estaba era el fantasma de Canterville en persona!

Habíase acomodado ante la ventana, contemplando el oro llameante de los árboles amarillentos, que revoloteaba por el aire, las hojas enrojecidas que bailaban locamente a lo largo de la gran avenida.

Tenía la cabeza apoyada en una mano, y toda su actitud revelaba el desaliento más profundo.

Realmente presentaba un aspecto tan abrumado, tan abatido, que la pequeña Virginia en vez de ceder a su primer impulso, que fué echar a correr y encerrarse en su cuarto, se

sintió llena de compasión y tomó el partido de ir a consolarle.

Tenía la muchacha un paso tan ligero y él una melancolía tan honda que no se dió cuenta de su presencia hasta que le habló.

—Lo he sentido mucho por usted—dijo,—pero mis hermanos regresan mañana a Eton, y entonces, si se porta usted bien, nadie le atormentará.

—Es inconcebible pedirme que me porte bien—le respondió contemplando estupefacto a la jovencita que tenía la audacia de dirigirle la palabra.—Perfectamente inconcebible. Es necesario que yo sacuda mis cadenas, que gruñan por los agujeros de las cerraduras y que corra de noche. ¿Eso es lo que usted llama portarse mal? No tengo otra razón de ser.

—Eso no es razón de ser. En sus tiempos fué usted muy malo, ¿sabe? Mistress Umney nos dijo el mismo día que llegamos que mató usted a su esposa.

—Sí, lo reconozco—respondió incautamente el fantasma.—Pero era un asunto de familia y nadie tenía que meterse.

—Está muy mal matar a nadie,—dijo Virginia, que a veces adoptaba un bonito gesto de gravedad puritana, heredado quizá de algún antepasado venido de Nueva Inglaterra.

—¡Oh, no puedo sufrir la severidad barata de la moral abstracta! Mi mujer era feísima. No almidonaba nunca lo bastante mis puños y no sabía nada de cocina. Mire usted, un día había yo cazado un soberbio ciervo en los bosques de Hogsley, un hermoso macho de dos años. ¡Pues no puede usted figurarse cómo me lo sirvió! Pero, en fin, dejemos esto. Es asunto liquidado y no encuentro nada bien que sus hermanos me dejasen morir de hambre aunque yo la matase.

—¡Qué le dejaron morir de hambre! ¡Oh, señor fantasma!... Don Simón, quiero decir ¿es que tiene usted hambre? Hay un *sandwich* en mi costurero. ¿Le gustaría?

—No, gracias, ahora ya no como; pero, de todos modos lo encuentro amabilísimo por su parte. ¡Es usted bastante más atenta que el resto de su horrible, arisca, ordinaria y ladrona familia!

—¡Basta!—exclamó Virginia, dando con el pie en el suelo.—El arisco, el horrible y el ordinario lo es usted. En cuanto a lo de ladrón, bien sabe usted que me ha robado mis colores de la caja de pintura para res-



"Habíase acomodado ante la ventana..."

taurar esa ridícula mancha de sangre en la biblioteca. Empezó usted por coger todos mis rojos, incluso el bermellón, imposibilitándome para pintar puestas de sol. Después agarró usted el verdé esmeralda y el amarillo cromo. Y, finalmente, sólo me queda el añil y el blanco china. Así es que ahora no puedo hacer más que claros de luna. Y no lo he acusado aun estando fastidiada y a pesar de que todas esas cosas son comple-

tamente ridículas. ¿Se ha visto alguna vez sangre color verde esmeralda?...

—Vamos a ver,—dijo el fantasma, con cierta dulzura,—¿y qué iba yo a hacer? Es difícilísimo en los tiempos actuales agenciarse sangre de verdad, y ya que su hermano empezó con su quitamanchas incomparable, no veo por qué no iba yo a emplear los colores de usted para resistir. En cuanto al tono, es cuestión de gusto. Así, por ejemplo, los Can-

terville tienen sangre azul; la sangre más azul que existe en Inglaterra... Aunque yo sé que ustedes los americanos no hacen el menor caso de esas cosas.

—No sabe usted nada, y lo mejor que puede hacer es emigrar y así se formará idea. Mi padre tendrá un verdadero gusto en proporcionarle un pasaje gratuito y aunque haya derechos de puerto elevadísimo sobre toda clase de ideas, no pondrán dificultades en la Aduana. Y una vez en Nueva York, puede usted contar con un gran éxito. Conozco infinidad de personas que darían cien mil dólares por tener antepasados, y que sacrificarían mayor cantidad aún por tener un fantasma de familia.

—Creo que no me divertiría mucho en América.

—Quizá se deba a que allí no tenemos ni ruinas ni curiosidades—dijo burlescamente Virginia.

—¡Qué curiosidades ni qué ruinas—contestó el fantasma.—Tienen ustedes su marina y sus modales.

—Buenas noches; voy a pedir a papá que conceda a los gemelos una semana más de vacaciones.

—¡No se vaya, miss Virginia, se lo suplico!—exclamó el fantasma.—Estoy tan solo y soy tan desgraciado, que no sé qué hacer. Quisiera ir a acostarme y no puedo.

—Pues es inconcebible: no tiene usted más que meterse en la cama y apagar la luz. Algunas veces es difícilísimo permanecer despierto, sobre todo en una iglesia, pero en cambio dormir es muy sencillo. Ya ve usted, los gemelos saben dormir admirablemente, y no son de los más listos.

—Hace trescientos años que no duermo—dijo el anciano tristemente, haciendo que Virginia abriese mucho sus hermosos ojos azules llenos de asombro.—Hace ya trescientos años que no duermo, así es que me siento cansadísimo.

Virginia adoptó un grave continente, y sus finos labios se movieron como pétalos de rosa.

Se acercó, y arrodillándose al lado del anciano, contempló su rostro envejecido y arrugado.

—Pobrecito Fantasma—profirió a media voz—¿y no hay ningún sitio dónde pueda usted dormir?

—Allá lejos, pasado el pinar—respondió él con voz baja y soñadora,—hay un jardín-

cillo. La hierba crece en él alta y espesa; allí pueden verse las grandes estrellas blancas de la cicuta; allí, el ruiseñor canta durante la noche. Canta toda la noche y la luna de cristal helado deja caer su mirada y el tejo extiende sus brazos de gigante sobre los durmientes.

Los ojos de Virginia se empañaron de lágrimas y sepultó la cara entre sus manos.

—Se refiere usted al jardín de la Muerte—murmuró.

Sí, de la muerte, ¡que debe ser tan hermosa! ¡Descansar en la blanda tierra oscura, mientras las hierbas se balancean encima de nuestra cabeza, y escuchar el silencio! No tener ni ayer ni mañana. Olvidarse del tiempo y de la vida, morar en paz. Usted puede ayudarme; usted puede abrirme de par en par las puertas de la Muerte, porque el amor la acompaña a usted siempre y el amor es más fuerte que la muerte.

Virginia tembló. Un estremecimiento helado recorrió todo su ser y durante unos instantes hubo un gran silencio.

Parecía vivir en un sueño terrible.

Entonces el fantasma habló de nuevo con una voz que resonaba como los suspiros del viento:

—¡Ha leído usted alguna vez la antigua profecía que hay sobre las vidrieras de la biblioteca?

—¡Oh, muchas veces!—exclamó la muchacha levantando los ojos.—La conozco muy bien. Está pintada con unas curiosas letras doradas y se lee con dificultad. No tiene más que estos seis versos:

Quando una joven rubia logre hacer brotar una oración de los labios del pecador, cuando el almendro estéril dé fruto y una niña deje correr su llanto, entonces, toda la casa recobrará la tranquilidad y volverá la paz a Canterville.

Pero no sé lo que significan.

—Significan que tiene usted que llorar conmigo mis pecados, porque no tengo lágrimas, y que tiene usted que rezar conmigo por mi alma, porque no tengo fe, y entonces, si ha sido usted siempre dulce, buena y cariñosa, el ángel de la muerte se apoderará de mí. Verá usted seres terribles en las tinieblas, y voces funestas murmurarán en sus oídos, pero no podrán hacerle ningún daño,

porque contra la pureza de una niña, no pueden nada las potencias infernales.

Virginia no contestó y el fantasma reforzó las manos en la violencia de su desesperación, sin dejar de mirar la rubia cabeza inclinada.

De pronto se irguió la joven muy pálida, con un fulgor extraño en los ojos.

—No tengo miedo—dijo con voz firme—y rogaré al ángel que se apiade de usted.

Levantóse el fantasma de su asiento lanzando un débil grito de alegría, cogió la blonda cabeza entre sus manos con una gentileza que recordaba los tiempos pasados, y la besó.

Sus dedos estaban fríos como el hielo, y sus labios abrasaban como el fuego, pero Virginia no flaqueó; después la hizo atravesar la estancia sombría.

Sobre el tapiz de un verde apagado estaban bordando unos pequeños cazadores. Soplaban en sus cuernos adornados de flecos y con sus lindas manos hacíanle gestos de que retrocediese.

—Vuelve sobre tus pasos, Virginita. ¡Vete, vete!—gritaban.

Pero el fantasma la apretaba en aquel momento la mano con más fuerza, y ella cerró los ojos para no verlos.

Horribles animales de colas de lagarto y de ojazos saltones parpadearon maliciosamente en las esquinas de la chimenea, mientras la decían en voz baja:

—Ten cuidado, Virginita, ten cuidado. Podríamos no volver a verte.

Pero el fantasma apresuró entonces el paso y Virginia no oyó nada.

Cuando llegaron al extremo de la estancia, el viejo se detuvo murmurando unas palabras que ella no comprendió. Volvió a abrir los ojos y vio disiparse el muro lentamente, como una neblina, y abrirse ante ella una negra caverna.

Un áspero y helado viento los azotó, sin tiendo la muchacha que la tiraban del vestido.

—De prisa, de prisa—gritó el fantasma—o será demasiado tarde.

Y en el mismo momento el muro se cerró de nuevo detrás de ellos, y el salón de tapices quedó desierto.

VI

Unos diez minutos después, sonó la campana para el té y Virginia no bajó.

Mistress Otis envió a uno de los criados a buscarla.

No tardó en volver diciendo que no había podido descubrir a miss Virginia por ninguna parte.

Como la muchacha tenía la costumbre de ir todas las tardes al jardín a coger flores para la cena, mistress Otis no se inquietó lo más mínimo. Pero sonaron las seis y Virginia no aparecía.

Entonces su madre se sintió seriamente intranquila y envió a sus hijos en su busca, mientras ella y su marido recorrían todas las habitaciones de la casa.

A las seis y media volvieron los gemelos diciendo que no habían encontrado huellas de su hermana por parte alguna.

Entonces se conmovieron todos extraordinariamente y nadie sabía qué hacer cuando mister Otis recordó de repente que pocos días antes había permitido acampar en el parque a una tribu de gitanos.

Así es que salió inmediatamente para Blackfell-Hollow, acompañado de su hijo mayor y de dos criados de la granja.

El duquesito de Cheshire, completamente loco de inquietud, rogó con insistencia a mister Otis que le dejase acompañarle, mas éste se negó temiendo algún jaleo. Pero cuando llegó al sitio en cuestión, vió que los gitanos se habían marchado.

Se dieron prisa a huir sin duda alguna, pues el fuego ardía todavía y quedaban platos sobre la hierba.

Después de mandar a Washington y a los dos hombres que registrasen los alrededores, se apresuró a regresar, y envió telegramas a todos los inspectores de policía del condado, rogándoles que buscasen a una joven raptada por unos vagabundos o gitanos.

Luego hizo que le trajeran su caballo y después de insistir para que su mujer y sus tres hijos se sentaran a la mesa, partió con un *groom* por el camino de Ascot.

Había recorrido apenas dos millas cuando oyó un galope a su espalda.

Se volvió, viendo al duquesito que llegaba en su *poney* con la cara sofocada y la cabeza descubierta.

—Lo siento muchísimo—le dijo el joven con voz entrecortada,—pero me es imposible comer mientras Virginia no parezca. Se lo ruego, no se enfade conmigo. Si nos hubiera usted permitido casarnos el año último, no

habría pasado esto nunca. ¿No me rechaza usted, verdad? ¿No puedo ni quiero irme!

El ministro no pudo menos de dirigir una sonrisa a aquel mozo guapo y atolondrado, conmovidísimo ante la abnegación que mostraba por Virginia.

Inclinándose sobre su caballo, le acarició los hombros bondadosamente y le dijo:

—Pues bien, Cecil, ya que insiste usted en quedarse, no me queda más remedio que admitirle en mi compañía; pero eso sí, tengo que comprarle un sombrero en Ascot.

—¡Al diablo sombreros! ¡Lo que quiero es Virginia!—exclamó el duquesito riendo.

Y acto seguido galoparon hasta la estación.

Una vez allí, mister Otis preguntó al jefe si no habían visto en el andén de salida a una joven cuyas señas correspondiesen con las de Virginia, pero no averiguó nada sobre ella.

No obstante lo cual, el jefe de la estación expidió telegramas a las estaciones del trayecto, ascendentes y descendentes, y le prometió ejercer una vigilancia minuciosa.

En seguida, después de comprar un sombrero para el duquesito en una tienda de novedades que se disponía a cerrar, mister Otis cabalgó hasta Bexley, pueblo situado cuatro millas más allá, y que, según le dijeron, era muy frecuentado por los gitanos.

Hicieron levantarse al guarda rural, pero no pudieron conseguir ningún dato de él.



Horribles animales con colas de lagartos y de ojazos saltones, parpadearon maliciosamente...

Así es que después de atravesar la plaza, los jinetes tomaron otra vez el camino de casa, llegando a Canterville a eso de las once, rendidos de cansancio y con el corazón desgarrado por la inquietud.

Se encontraron allí con Washington y los gemelos esperándoles a la puerta con linterna, porque la avenida estaba muy oscura.

No se había descubierto la menor señal de Virginia. Los gitanos fueron alcanzados en el prado de Brockley, pero no estaba la joven entre ellos.

Explicaron la prisa de su marcha diciendo que habían equivocado el día que debía cele-

brarse la feria de Chorton y que el temor de llegar demasiado tarde les obligó a darse prisa.

Además, parecieron desconsolados por la desaparición de Virginia pues estaban agradecidísimos a mister Otis por haberles permitido acampar en su parque. Cuatro de ellos se quedaron detrás para tomar parte en las pesquisas.

Se hizo vaciar el estanque de las carpas, registraron la finca en todos sentidos pero no consiguieron nada.

Era evidente que Virginia estaba perdida, al menos por aquella noche, y fué con un aire de profundo abatimiento como entraron en casa de mister Otis los jóvenes seguidos del *groom*, que llevaba de las bridas al caballo y al *poney*.

En el *hall* encontráronse con el grupo de los criados, llenos de terror.

La pobre mistress Otis estaba acostada sobre un sofá de la biblioteca, casi loca de espanto y de ansiedad, y la vieja ama de gobierno le humedecía la frente con agua de Colonia.

Fué una comida tristísima.

No se hablaba apenas, y hasta los mismos gemelos parecían despavoridos y consternados, pues querían mucho a su hermana.

Cuando terminaron, mister Otis, a pesar de los ruegos del duquesito, mandó que todo el mundo se acostase, ya que no podía hacerse cosa alguna aquella noche; al día siguiente telegrafiaría a Scotland Yard para que pusieran inmediatamente varios detectives a su disposición.

Pero, he aquí que en el preciso momento en que salían del comedor, sonaron las doce en el reloj de la torre.

Apenas acababan de extinguirse las vibraciones de la última campanada, cuando oyóse un crujido acompañado de un grito penetrante.

Un trueno formidable bamboleó la casa, una melodía que no tenía nada de terrenal flotó en el aire. Un lienzo de pared se despegó bruscamente en lo alto de la escalera, y sobre el rellano, muy pálida, casi blanca, apareció Virginia llevando en la mano una cajita.

Inmediatamente se precipitaron todos hacia ella.

Mistress Otis la estrechó apasionadamente contra su corazón.

El duquesito casi la ahogó con la violencia

de sus besos, y los gemelos ejecutaron una danza de guerra salvaje alrededor del grupo.

—¡Ah! ¡hija mía! ¿dónde te habías metido?—dijo mister Otis bastante enfadado, creyendo que les había querido dar una broma a todos ellos—Cecil y yo hemos registrado toda la comarca en busca tuya, y tu madre ha estado a punto de morir de espanto. No vuelvas a dar bromitas de ese género a nadie.

—¡Menos al fantasma, menos al fantasma!—gritaron los gemelos continuando sus cabriolas.

—Hija mía querida, gracias a Dios que te hemos encontrado; ya no nos volveremos a separar—murmuraba mister Otis besando a la muchacha, toda trémula, y acariciando sus cabellos de oro que se desparaban sobre sus hombros.

—Papá—dijo dulcemente Virginia,—estaba con el fantasma. Ha muerto ya. Es preciso que vayáis a verle. Fué muy malo, pero se ha arrepentido sinceramente de todo lo que había hecho y antes de morir me ha dado esta caja de hermosas joyas.

Toda la familia la contempló muda y aterrada, pero ella tenía un aire muy solemne y muy serio.

En seguida, dando media vuelta, les precedió a través del hueco de la pared y bajaron por un corredor secreto.

Washington les seguía llevando una vela encendida que cogió de la mesa. Por fin, llegaron a una gran puerta de roble, erizada de recios clavos.

Virginia la tocó y entonces la puerta giró sobre sus goznes enormes, y se hallaron en una habitación estrecha y baja, con el techo abovedado y que tenía una ventanita.

Junto a una gran argolla de hierro empujada en el muro, y a la cual estaba encajado, veíase un largo esqueleto, extendido cuando largo era sobre las losas.

Parecía estirar sus dedos descarnados como intentando llegar a un plato y a un cántaro de forma antigua, colocados de tal forma que no pudiese alcanzarlos.

El cántaro había estado lleno de agua indudablemente, pues tenía su interior tapizado de moho verde.

Sobre el plato no quedaba más que un montón de polvo.

Virginia se arrodilló junto al esqueleto, y uniendo sus manitas, se puso a rezar en silencio, mientras la familia contemplaba con

asombro la horrible tragedia cuyo secreto acababa de serle revelado.

—¡Atiza!—exclamó de pronto uno de los gemelos, que había ido a mirar por la ventanita queriendo adivinar hacia qué lado del edificio caía aquella habitación.—¡Atiza! El antiguo almendro que estaba seco ha florecido. Se ven admirablemente las hojas a la luz de la luna.

—¡Dios le ha perdonado!—dijo gravemente Virginia levantándose. Y un magnífico resplandor parecía iluminar su rostro.

—¡Eres un ángel!—exclamó el duquesito, ciñéndole el cuello con sus brazos y besándola.

VII

Cuatro días después de estos curiosos sucesos, a eso de las once de la noche, salía un fúnebre cortejo de Canterville-House.

El carro iba arrastrado por ocho caballos negros, cada uno de los cuales llevaba adornada la cabeza con un gran penacho de plumas de avestruz, que se balanceaban.

La caja de plomo iba cubierta por un rico paño de púrpura, sobre el cual estaban bordadas en oro las armas de los Canterville.

A cada lado del carro y de los coches marchaban los criados, llevando antorchas encendidas.

Toda aquella comitiva tenía un aspecto grandioso e impresionante.

Lord Canterville presidía el duelo; había venido del país de Gales expresamente para asistir al entierro y ocupaba el primer coche con la pequeña Virginia.

Después iban el ministro de los Estados Unidos, y su esposa, y detrás Washington y los tres muchachos.

En el último coche iba mistress Umney. Todo el mundo convino en que, después de haber sido atemorizada por el fantasma por espacio de más de cincuenta años, tenía realmente derecho a verle desaparecer para siempre.

Cavaron una profunda fosa en un rincón del cementerio, precisamente bajo el tejo centenario; y dijo las últimas oraciones del modó más patético, el reverendo Augusto Dampier.

Una vez terminada la ceremonia, los criados, siguiendo una antigua costumbre esta-

blecida en la familia Canterville, apagaron sus antorchas.

Luego, al bajar la caja a la fosa, Virginia se adelantó colocando encima de ella una gran cruz hecha con flores de almendro, blancas y rojas.

En aquel momento salió la luna de detrás de una nube e inundó el cementerio con sus silenciosas oleadas de plata; y de un bosquecillo cercano se elevó el canto de un ruiseñor.

Virginia recordó la descripción que le hizo el fantasma del jardín de la Muerte; sus ojos se llenaron de lágrimas y apenas pronunció una palabra durante el regreso.

A la mañana siguiente, antes que lord Canterville partiese para la ciudad, mistress Otis conferenció con él, respecto de las joyas entregadas por el fantasma a Virginia.

Eran soberbias, magníficas.

Había, sobre todo, un collar de rubíes en antigua montura veneciana, que era un espléndido trabajo del siglo XVI, y el conjunto representaba tal cantidad, que mister Otis sentía vivos escrúpulos en permitir a su hija que se quedase con ellas.

—Milord—dijo el Ministro,—sé que en este país se aplica la mano muerta lo mismo a los objetos menudos que a las tierras, y es evidente, evidentísimo para mí, que estas joyas deben quedar en manos de usted como legado de familia. Le ruego, por lo tanto, que consienta en llevárselas a Londres, considerándolas simplemente como una parte de su herencia que le fuera restituída en circunstancias extraordinarias. En cuanto a mi hija, no es más que una chiquilla, y hasta hoy, me complace decirlo, siente poco interés por esas futilidades de lujo superfluo. He sabido igualmente por mistress Otis, cuya autoridad no es despreciable en cosas de arte, dicho sea de paso, pues ha tenido la suerte de pasar varios inviernos en Boston siendo muchacha, que esas piedras preciosas tienen un gran valor monetario, y que si se pusieran en venta producirían una bonita suma. En estas circunstancias, lord Canterville, reconocerá usted, indudablemente, que no puedo permitir que queden en manos de ningún miembro de la familia. Además de que todos esos *bibelots* y todos esos juguetes, por muy apropiados y necesarios que sean a la dignidad de la aristocracia británica, estarían fuera de lugar entre personas educadas según los severos principios, según los inmortales prin-

cipios, pudiera decirse, de la sencillez republicana. Quizás me atrevería a asegurar que Virginia tiene gran interés en que la deje usted la cajita que encierre esas joyas en recuerdo de las locuras y de los infortunios de su antepasado. Y como esa caja está muy vieja y por consiguiente deterioradísima, quizás encuentre usted razonable acoger favorablemente su petición. En cuanto a mí, confieso que me sorprende grandemente ver a uno de mis hijos demostrar interés por una cosa de la edad media, y la única explicación que le encuentro es que Virginia nació en un barrio de Londres al poco tiempo de regresar mistress Otis de una excursión a Atenas.

Lord Canterville escuchó imperturbable el discurso del digno ministro, atusándose de vez en cuando su bigote gris, para ocultar una sonrisa involuntaria.

Una vez que hubo terminado mister Otis, le estrechó cordialmente la mano, y contestó:

—Mi querido amigo, su encantadora hijita ha prestado un servicio importantísimo a mi desgraciado antecesor. Mi familia y yo la estamos reconocidísimos por su maravilloso valor, y por la sangre fría que ha demostrado. Las joyas la pertenecen sin duda alguna, y, creo a fe mía, que si tuviese yo la suficiente insensibilidad para quitárselas, el viejo tumbante saldría de su tumba al cabo de quince días, para infernarme la vida. En cuanto a que sean joyas de familia, no podrían serlo sino después de estar especificadas como tales en un testamento, en un acto legal; y la existencia de estas joyas permaneció siempre ignorada. Le aseguro que son tan mías como de su mayordomo. Cuando Miss Virginia sea mayor, le aseguro que le encantará tener cosas tan lindas que llevar. Además, mister Otis, olvida usted que adquirió el inmueble y el fantasma bajo inventario. De modo que todo lo que pertenece al fantasma le pertenece a usted. A pesar de las pruebas de actividad que ha dado Sir Simon por el corredor, no por eso deja de estar menos muerto desde el punto de vista legal, y su compra le hace a usted dueño de lo que le pertenecía a él.

Mister Otis se quedó muy preocupado ante la negativa de lord Canterville, y le rogó que reflexionara nuevamente en su decisión; pero el excelente Par se mantuvo firme y terminó por convencer al ministro de que aceptase el regalo del fantasma.

Cuando, en la primavera de 1890, la duquesita de Cheshire fué presentada por primera vez en la recepción de la reina, con motivo de su casamiento, sus joyas fueron motivo de general admiración. Porque Virginia fué agraciada con el tortil o lambrequín (1) de baronía, que se otorga como recompensa a todas las americanitas juiciosas, y se casó con su novio en cuanto éste tuvo la edad para ello.

Eran ambos tan agradables y se amaban de tal modo, que a todo el mundo le encantó aquel matrimonio, menos a la vieja marquesa de Dumbleton, que venía haciendo todo lo posible por atrapar al duquesito y casarle con una de sus siete hijas.

Para conseguirlo, dió lo menos tres grandes comidas costosísimas.

Cosa rara: mister Otis sentía una viva simpatía personal por el duquesito; pero, teóricamente, era enemigo del *particularismo*, y, según sus propias palabras, "era de temer que, entre las influencias debilitantes de una aristocracia ávida de placer, fueran olvidados los verdaderos principios de la sencillez republicana".

Pero nadie hizo caso de sus observaciones, y cuando avanzó por la nave de la iglesia de San Jorge, en Hanover-Square, llevando a su hija del brazo, no había hombre más orgulloso en toda Inglaterra.

Después de la luna de miel, el duque y la duquesa regresaron a Canterville Chase, y al día siguiente de su llegada, por la tarde, fueron a dar una vuelta por el cementerio solitario, próximo al pinar.

Al principio les preocupó mucho lo relativo a la inscripción que debía grabarse sobre la losa fúnebre de Sir Simón, pero concluyeron por decidir que se pondrían simplemente las iniciales del viejo gentilhombre y los versos escritos en la ventana de la biblioteca.

La duquesa llevaba unas rosas magníficas que desparramó sobre la tumba; después de permanecer allí un rato, pasearon por las ruinas del claustro de la antigua abadía.

La duquesa se sentó sobre una columna caída, mientras su marido, recostado a sus pies, y fumando un cigarrillo contemplaba sus lindos ojos.

(1) Cinta que enlaza alrededor de una corona, y es la insignia de barón.—(N. del T.)



"...vefase un largo esqueleto extendido cuan largo era sobre las losas."

De pronto, tiró el cigarrillo, y cogiéndole una mano, le dijo:

—Virginia, una mujer no debe tener secretos con su marido.

—Y no los tengo, querido Cecil.

—Sí los tienes—respondióle sonriendo.—No me has dicho nunca lo que sucedió mientras estuviste encerrada con el fantasma.

—Ni se lo he dicho nunca a nadie—replicó gravemente Virginia.

—Ya lo sé; pero bien me lo podías decir a mí.

—Cecil, te ruego que no me lo preguntes. No puedo realmente decírtelo. ¡Pobre Sir Simon! Le debo mucho. Sí, no te rías, Cecil, le debo mucho, realmente. Me hizo ver lo que es la vida, lo que significa la muerte y por qué el amor es más fuerte que la muerte.

El duque se levantó para besar amorosamente a su mujer.

—Puedes guardar tu secreto mientras posea yo tu corazón—dijo a media voz.

—Siempre fué tuyo.

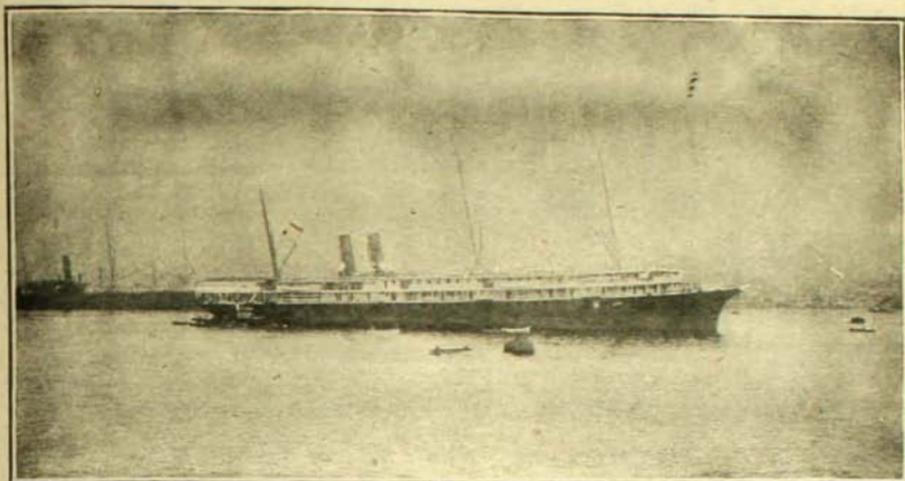
—Y se lo dirás algún día a nuestros hijos, ¿verdad?

Virginia se ruborizó.



Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 695



SERVICIO SEMANAL RAPIDO entre Valparaíso y Cristóbal en 14 días, atendido por los magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica.

Aysen - Huasco - Palena - Imperial

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde y tienen conexiones en Antofagasta y Arica con los trenes internacionales para Bolivia, los mismos días de llegada, y en Cristóbal para Estados Unidos, en las lujosas naves de United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

SERVICIO QUINCENAL entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú) en 14 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

Mapocho - Maipo - Cachapoal

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde.

AGENCIAS:

En Santiago: Carlos Rogers, Bandera esquina Moneda

En París: A. P. Dupont, Rue Halevy 4

En Nueva York: John R. Livermore Inc. 21-24, State St.

En Cristobal: United Fruit Company

En Buenos Aires: Expreso Villalonga, Balcarce esquina
Moreno

DE DONDE VIENEN LOS RUBIES

Desde los primeros tiempos los rubíes han sido piedras favoritas de la humanidad.

Ni el sutil nacarado de la perla, ni la resplandeciente pureza del diamante, ni la fina perfección del zafiro han emulado el fuego carmesí de los rubíes imperiales. Y es curioso que los grandes rubíes, desde la gema mítica grande "como la palma de la mano", tan explotada por la literatura, hasta la piedra sin par que los señores Boucheron exhibieron en París y estaban dispuestos a enajenar por 14,000 libras esterlinas, proceden todos del pequeño valle del lejano distrito de Birmania. Mogok se llama el lugar, al cual puede llegarse el viajero desde Thabeythkyin, aldea que dista una jornada de Mandalay, en las orillas del Irrawadi. El camino se dirige al Oriente atravesando selvas casi vírgenes durante sesenta millas, elevándose al fin entre la vegetación más parca de las gargantas, ya avanzada en las cadenas montañosas que separan a Birmania de China.

La pequeña ciudad de Mogok se levanta entre las exploraciones de rubíes. Las excavaciones avanzan poco a poco hacia la ciudad.

Ya las casas de media calle han sido hoy destruidas, y dentro de un año o dos caerá el campo de polo que allí tienen los ingleses en las fauces insaciables de las minas que avanzan sin descanso. Trabájase en ellas día y noche.

El "byon", o tierra provista de rubíes, se extiende por casi todo el valle de Mogok, y dondequiera que se halle su rica arcilla de color de oro viejo, encuéntranse rubíes. Pero el extranjero podría hurgar semanas enteras entre las explotaciones sin ver jamás el ansiado fulgor rojo.

La gente del oficio se transmite la broma tradicional de anunciar al visitante que puede guardarse todos los rubíes que encuentre, ofrecimiento de que hasta hoy nadie ha podido aprovecharse; y, sin embargo, allí están los rubíes, y luego que los troles de hierro han tirado de los desprendimientos y su carga tenaz ha sido levantada, removida, limpiada y repartida, no ofrece ya dudas el rico fulgor de los rubíes que salpican los montones de cascajo.

INSIGNIAS REGIAS VENERANDAS

Ningún pueblo, por lo menos ningún pueblo cristiano, tiene tanto respeto a los símbolos del poder real como los húngaros, para quienes la corona y manto de San Esteban y los demás signos materiales de la monarquía nacional son verdaderos fetiches.

Cuando Luis Kossuth, jefe del gobierno revolucionario de Hungría, tuvo que huir en 1849 a consecuencia de la intervención de Rusia, no atreviéndose a llevar consigo las insignias reales de que se había apoderado algún tiempo antes, las dejó enterradas cerca del Danubio, y hallándose ya en la emigración, envió un comisionado para recogerlas; pero el gobierno austriaco tuvo noticia de ello, y

después de mucho tiempo y repetidas investigaciones, las halló por fin en el año 1853. Desgraciadamente, la humedad de aquel paraje fué causa de que se destruyeran algunos objetos y se deteriorasen mucho los demás. En el sitio que ocuparon se ha edificado después una capilla.

El pueblo húngaro tiene tal veneración a estos objetos, que cuando Kossuth los recibió, la multitud que le rodeaba empezó a gritar que se descubriera la cabeza, lo que tuvo que hacer, en efecto, para acallar el descontento del pueblo que consideraba como una falta muy grave el que recibiese con la cabeza cubierta aquellas venerandas insignias.

DURMIENDO CON LOS OJOS ABIERTOS

Los peces no cierran nunca los ojos para dormir, por la sencilla razón de que no tienen párpados. Se les puede ver completamente inmóviles durante largos espacios de tiempo, indudablemente dormidos, pero como no pueden cerrar los ojos, y los tienen tan abiertos como siempre, es muy difícil asegurar si realmente duermen o están despiertos.

Con frecuencia se dice que la liebre duerme también con los ojos abiertos, pero esto no es del todo exacto. Las liebres tampoco tienen

párpados, pero poseen una membrana que se corre sobre el ojo como una cortina. Es la membrana llamada nictitante, que poseen casi todos los mamíferos y las aves y cuya misión es realmente limpiar los ojos de impurezas. El hombre y los monos no tienen esta membrana porque sustituyen su función con el parpadeo, y tampoco existe en los cetáceos, porque sus ojos se lavan constantemente con el agua del mar.

"LA VALPARAISO"

Compañía de Seguros Contra Incendios, Riesgos
Marítimos, Etc.

COCHRANE Núm. 879

VALPARAISO

Capital Suscrito. \$ 2.000,000.00
Capital Pagado. 1.000,000.00

Banqueros:

Banco A. Edwards y Cía.

CONSEJO DIRECTIVO

PRESIDENTE

Don Jorge Echeagaray

VICEPRESIDENTE

Don C. Gordon John

CONSEJEROS

Don Max Fontaine, Don Eduardo Deves, Don Francisco
Sampaio, Don Arturo García, Don José M. Ríos Arias.

GERENTE

Don Ricardo Swett O.

Agentes Generales en Santiago:

JORGE PHILLIPS y Cía.

AGUSTINAS 1120

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDA-
DES DE LA REPUBLICA



LINEA "GRACE"

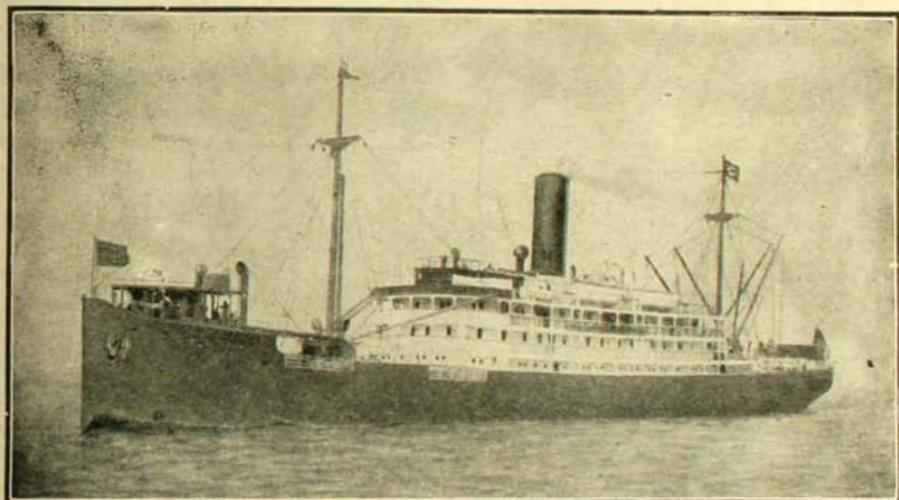
SERVICIO DIRECTO DE PASAJEROS

ENTRE CHILE, PERU Y NUEVA YORK

Vía Canal de Panamá. - Sin Traslado

POR LOS NUEVOS VAPORES AMERICANOS:

"SANTA ANA" y "SANTA LUISA"



VIAJES RAPIDOS DE VALPARAISO A NUEVA YORK EN 17 DIAS, UNICAMENTE
PARA PASAJEROS DE PRIMERA CLASE.

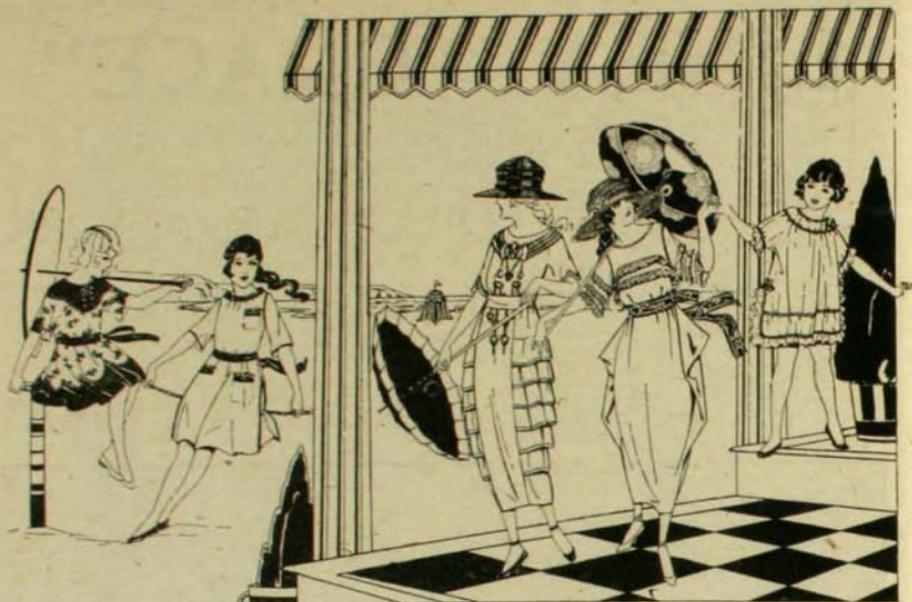
PROXIMA SALIDA

Santa Ana — Marzo 12 (más o menos)

ESCALAS EN LOS SIGUIENTES PUERTOS: Antofagasta, Iquique, Callao, Colón
y Nueva York.

W. R. GRACE & Cía. - Valparaíso
GRACE & Cía., Chile, (S. A.) - Santiago

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA.



LAS GRANDES REBAJAS EN LOS DEPARTAMENTOS DE CONFECCIONES Y MODAS

Con motivo de la temporada de vacaciones, GATH & CHAVES presenta a su distinguida clientela muy ventajosas oportunidades, pues ha rebajado en gran escala sus CONFECCIONES DE VERANO, su gran surtido de obras maestras del arte de vestir, SOMBREROS, TRAJES y TAPADOS que son una maravilla, por el sabio conjunto de sus detalles, que tan bien interpretan la época de luz y flores.

La armonía y elegancia incomparables de estas Confecciones, como bien lo saben las distinguidas clientes, se deben al genio de los grandes artistas parisienses, de originalidad inagotable y absolutamente encantadora, siempre tan comprendidos y tan del agrado de la culta sociedad de la capital; es naturalísimo que siendo estas oportunidades en realidad de innegable y positivo beneficio, las Señoras clientes se apresuren a adquirir estas primorosas Confecciones a precios extremadamente bajos, como son los que actualmente se les han asignado.

Gath & Chaves S.

Es muy corriente la idea de que la guerra recién pasada ha sido la primera que tuvo carácter científico, y aún más generalizada está la opinión de que son los alemanes los que le dieron este carácter. Sin embargo, en 1870, cuando la guerra franco-prusiana, hubo una multitud de inventos franceses que concibieron los principios fundamentales de muchas armas que hoy asombran al mundo, de muchos inventos de guerra que las personas mal enteradas consideran hoy como una novedad. De estos inventos, algunos ya entonces se utilizaron, mientras otros quedaron en proyecto por ser en aquel entonces irrealizables, por necesitar para salir del dominio de la utopía, cuarenta años de progreso científico e industrial. De todos modos, resulta que en esto, como en muchas otras cosas, el alemán no ha hecho sino aplicar y perfeccionar lo que en otro país se ha ideado.

Los trenes blindados y los autos de guerra, con tanto éxito utilizados por los aliados en la pasada guerra y que Alemania se ha apresurado a copiar, fueron ya preconizados en 1870 por varios inventores franceses. Más aún: la Compañía de Ferrocarriles de Orleans construyó en sus talleres un tren blindado que efectuó numerosas salidas en los campos de batalla próximos a París. El modelo se debía al famoso Dupuy de Lôme, que fué también encargado por el gobierno de la Defensa Nacional de construir un globo dirigible. El tren se componía de una máquina con una plataforma lateral que sostenía un cañón de marina. Máquina y pieza iban protegidas por un blindaje de siete planchas de hierro batido, de un espesor total de ocho milímetros, reforzadas con un tablero de castaño de medio metro de espesor. Un italiano apellidado Balbi ofreció también al gobierno francés los planos de una fortaleza rodante, que se construyó por suscripción pública, pero que no estuvo terminada hasta marzo de 1871, es decir, cuando ya no era necesaria. Era un aparato bastante pesado, movido por vapor, pero muy perfecto para su época. Una de sus más curiosas particularidades consistía en un techo cónico que giraba con vertiginosa rapidez y tenía el borde cortante, lo que impedía en absoluto que la máquina fuese tomada por asalto.

Muchos de los utensilios empleados en la guerra de trincheras, tuvieron sus precursores en la de 1870, y todavía antes. El periscopio, por ejemplo, lo emplearon ya las tropas de Napoleón III cuando la campaña de Italia.

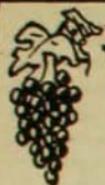
Entonces se le llamaba "polemoscopio", en vez de estar formado por una caja oscura, tenía los dos espejos fijos simplemente en un cuadro rectangular, cuyos cuatro pies descansaban en el suelo. El espejo superior era lo único que sobresalía del parapeto, y la imagen se reproducía en el inferior, situado un metro más abajo. Era, en suma, un aparato muy sencillo, pero llenaba perfectamente su objeto.

Cuando la guerra franco-prusiana, no se conocían esos potentes proyectores de cincuenta mil bujías que en las noches de ataque permiten seguir, casi como en pleno día, los movimientos del enemigo; pero ya se recurría a la electricidad para alimentar el aparato rudimentario que, en medio de las sombrías noches del sitio de París, proyectaba su haz luminoso en la terraza del "Moulin de la Gallette", barriendo con su luz toda la llanura al noroeste de la capital sitiada, desde Saint Denis, que bombardeaban las baterías prusianas de las alturas de Montmorency, hasta Buzenval y Montretout.

La ametralladora no es invención francesa, sino americana, pero también se utilizó en aquella guerra. El invento de Gatling era realmente un cañón giratorio lo cual tenía sus inconvenientes para hacer la puntería porque la rotación producía lenta e insensiblemente un desplazamiento lateral del arma. A principios de 1870, el general de artillería De Reffye, ayudante de Napoleón III, perfeccionó aquel invento asegurando ante todo la inmovilidad del cañón, que se componía de veinticinco tubos de acero, envueltos por un cilindro de bronce. Los alemanes se apresuraron a hacer un arma semejante; pero con treinta y siete tubos. Aquellas ametralladoras se alimentaban con un cargador que llevaba tantos cartuchos como tubos había, y que se introducía en la culata. Por medio de una manivela lateral, el tirador hacía funcionar una serie de percutores que iba accionando sucesivamente sobre los cartuchos, con una rapidez tal, que el cargador quedaba agotado en diez segundos.

Las ametralladoras funcionaron por primera vez en la batalla de Sarrebruck, el 2 de agosto de 1870, y surtieron un efecto verdaderamente prodigioso. Se habían fundado en ellas las más halagüeñas esperanzas, pero el ejército francés no llegó a tener nunca todas las que hubiera necesitado.

Algunos periódicos ilustrados han publicado recientemente las fotografías de una ametralladora de fuerza centrífuga, invento ameri-



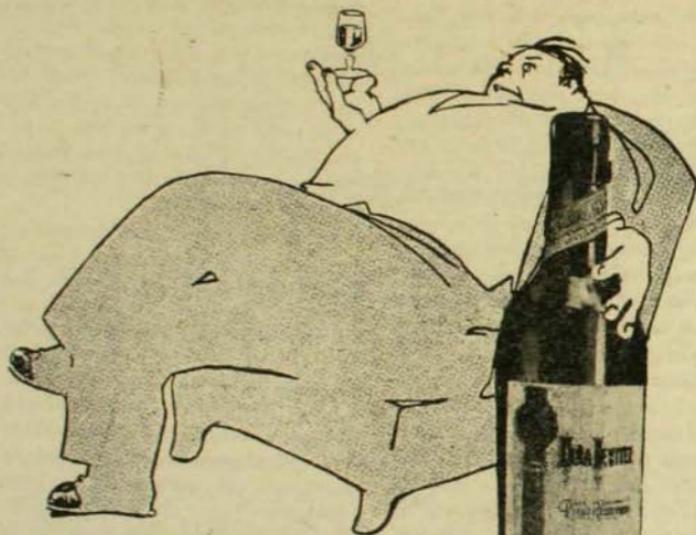
VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646



RECOMIENDA TODOS
SUS VINOS Y
ESPECIALMENTE EL

PINOT RESERVADO

COMPANÍA DE SEGUROS
CONTRA
INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

LA
"INTERNACIONAL-CHILE"

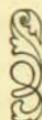
AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7 DE 1910

Capital Pagado	\$ 1.000,000.00
Fondo de Reserva	300,000.00
Fondo de Reseguros	500,000.00
Fondo de Fluctuaciones de Valores	800,000.00
Fondo de Eventualidades	1.000,000.00
Fondo de Futuros Dividendos	152,896.33
	<hr/>
	\$ 3.752,896.33

DIRECTORIO

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos García L., Don Gmo. Luis Plummer, Don Enrique Middleton
Cruz, Don Víctor Prieto Valdés, Don Marcos Montt,
Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

Oficina Principal:

VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en
Londres



Frat. Castagnetto



FABRICANTES DE ROPA BLANCA bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

AGRADECEREMOS PIDA DATOS, muestras y precios a otras partes y los compare con los nuestros y se convencerá de la gran ventaja de los artículos de nuestra fabricación.



Atendemos gratuitamente pedidos de nuestro Catálogo



cano. También este invento tuvo su antecesor en el de un francés, un tal Durand, que el 10 de enero de 1871 solicitó patente para una ametralladora centrífuga que lanzaba sesenta balas por minuto con una velocidad inicial como la obtenida con un fusil Chassepot.

En fin, la aerostación militar tuvo también sus preconizadores y sus eruditos en 1870. Ya entonces hubo quien propuso utilizar las cometas para remontarse y vigilar los movimientos del ejército invasor, y un partidario entusiasta de Montgolfier recomendó el uso de los globos para la defensa de las ciudades sitiadas. Su proyecto consistía en establecer alrededor de la ciudad una línea aérea, un verdadero rosario de aerostatos, cuyas barquillas contendrían vigilantes o defensores. La idea pareció entonces infantil y, sin embargo, ahora los alemanes la han aprovechado para instalar alrededor de Metz una verdadera barrera aérea, con objeto de oponerse a las incursiones nocturnas de los aviadores aliados.

Todo el que haya leído la historia de la

otra guerra, sabe los grandes servicios que prestaron los globos para asegurar las comunicaciones entre París y el resto de Francia. Como esta seguridad era muy relativa, se buscaron otros medios, pero los proyectos presentados, excepto el empleo de palomas mensajeras, eran irrealizables, por lo menos prácticamente. Uno de los más curiosos fué la esfera porta-despachos de M. Beort, bola metálica hueca que podía enviarse a las regiones invadidas aprovechando la corriente de los ríos. Esta esfera estaba interiormente dividida en tres cámaras: dos vacías, que aseguraban la ligereza suficiente para franquear los pequeños obstáculos del fondo e impedir que se hundiese en el cieno, y una destinada a recibir las cartas, fotografías, etc. Una serie de palas o aletas dispuestas alrededor, servían para su continua rotación. El inventor había olvidado que los fondos de los ríos no son carreteras, y que estas aletas quedarían enganchadas entre las piedras y plantas acuáticas.

UN NOMBRE OLVIDADO

Entre los nombres propios que parecen haber caído por completo en olvido en España, uno de los más ilustres era el de Urraca, que llevaron tantas españolas célebres y que hoy ningún padre se atrevería a dar a su hija. Después de todo, nada hay de extraño en ello, puesto que aún en su época este nombre era mirado con cierta prevención fuera de España, si no miente la historia.

En efecto, vemos en ella que la hija segunda de Afonso VIII de Castilla y de Leonor de Inglaterra, dejó de ser reina de Francia sólo porque sonó muy mal a los plenipotenciarios franceses el nombre de Urraca, que era el que llevaba la infanta.

Felipe Augusto de Francia les había dado ilimitados poderes para escoger para esposa de su hijo Luis la hija del rey de Castilla que considerasen más conveniente a dicho enlace; y aunque la infanta Urraca era más linda que su hermana menor, llamada Blanca, prefirieron ésta a aquella, sólo por razón del nombre; y a esta circunstancia, a lo mal sonante o áspero del nombre Urraca que llevaba su hermana, debió Blanca ser esposa del que fué Luis VIII de Francia y madre de San Luis.

En lo antiguo parece que en España era

este nombre lo mismo que Marica, Maruja, etc., y le usaban con frecuencia las mujeres distinguidas.

Ambrosio de Morales, en la vida del rey don Alfonso Magno, dice:—"De este nombre—Urraca—hubo algunas grandes señoras, como fué doña Urraca, hermana del rey don Sancho, el que murió sobre el cerco de Zamora, en cuyo nombre dice el romance viejo:

Moritos queréis, mi padre,
San Miguel os haya el alma.

Doña Urraca fué hija del rey Alfonso, que ganó a Toledo y le dejó la ciudad de Zamora.

Otra reina de Francia, mujer de Carlo-Magno, infanta de Castilla, tuvo este nombre, hija de un rey de Galicia, etc."

Romey, hablando en su "Historia de España" del nombre Urraca, dice— Morales quiere que sea una corrupción de Argonta, pero se hace más natural sacar su origen del nombre godo Ulrica, que con pronunciación bárbara, ha podido fácilmente mudarse en Urraca.

Ulrica viene de Udalrico, Uldarico o Ulrico, nombre de origen godo, que equivale a hombre rico, poderoso, y que llevó un santo obispo".

EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

COMPANIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado	7,500

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.º Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377



Mire Ud. esta lámina a la distancia y después de cerca! Esto le probará a Ud. que conviene examinar bien las cosas. Vaya Ud. por ejemplo a la calle San Agustín N.º 147, Valparaíso, o a Galería Alessandri N.º 20, Santiago, y haga un examen detenido del enorme surtido de Artículos de LIBRERIA en BLANCO y se convencerá que es allí donde se puede proveer mejor de todo lo relacionado con PAPELERIA PARA ESCRIBIR y ARTICULOS DE ESCRITORIO baratos al por mayor. Este almacén pertenece a la

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA "UNIVERSO"

que es la casa más fuerte de este ramo en toda la República. Los precios, calidad y enorme surtido dejarán a Ud. satisfecho.

COMPañIA

DE

LOTA Y CORONEL

Minas de Carbón en Lota y Coronel

Fábrica de Ladrillos, Baldosas y Cañería de Greda

AGENTES EN VALPARAISO

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL

AGENTE EN SANTIAGO:

SEÑOR LUIS VIDELA HERRERA

Calle Estado 91, esq. Moneda

(Edificio Banco Hipotecario de Chile)

CASILLA NUMERO 1 853



Lea estos certificados:

DEL DR. MARCIAL GUZMAN Z.—Especialista en enfermedades de niños.

DR. MARCIAL GUZMAN Z.—Consultas de 1½ a 4½ P. M.—Monjitas 345.—Teléfono 2667.—Septiembre 19 de 1916. Tiene el agrado de felicitarle por la oportunidad de darnos un alimento que reemplaza con grandes beneficios a sus similares extranjeros y que está perfectamente indicado en los niños, mayores de tres meses, y en especial en los que está contraindicada la alimentación lacteada.

MARCIAL GUZMAN Z.

DEL DR. EUGENIO CIENFUEGOS B.—Médico del Patronato de la Infancia y del Policlínico "Manuel Arriarán".

EUGENIO CIENFUEGOS B.—Rosas 1267.—Santiago, marzo 16 de 1916.—Empleo el "ALIMENTO MEYER" en la generalidad de los casos en que es menester agregar los farináceos a la alimentación de los lactantes.

Su composición, su gusto agradable, su fresca preparación y su bajo precio, me hace preferirlo a los alimentos extranjeros análogos.

Dr. CIENFUEGOS, médico del Patronato de la Infancia y del Policlínico "Manuel Arriarán".



**ALIMENTO
MEYER
ES EL
MEJOR**



CREMA FRESIA

Suavizador Ideal del Cutis

Pídala en todas las Boticas y Perfumería

Valparaiso: Independencia 752
Por mayor: E. CAUQUELIN

PACIFICO

⇒ MAGAZINE ⇒

MAYO
de 1920

PRECIO:
UN PESO





Los Piratas Modernos.

Quienes en tiempos remotos asaltaban a mano armada las naves indefensas no eran más alevosos que el droguista de nuestros días que atenta, a mansalva y sobre seguro, contra la salud de un cliente confiado, vendiéndole un sustituto peligroso en vez de una medicina legítima

Todas las tabletas de aspirina espúrea que quieren hoy hallar clientela entre cierto público incauto necesitan, para lograr tal fin, que algunos boticarios poco escrupulosos las hagan pasar como "iguales a las Tabletas Bayer de Aspirina" lo cual constituye la más elocuente confesión de que éstas son las verdaderamente legítimas y dignas de confianza. Jamás acepte Ud. aquellas sospechosas preparaciones. Recuerde que las Tabletas Bayer de Aspirina son únicas e insustituibles. No compre Ud. otras, por que si lo hace es muy probable que en vez de pagar por curarse pague por enfermarse. Exija siempre las legítimas

TABLETAS BAYER DE ASPIRINA

y para identificarlas fíjese en que tanto cada una de ellas como la cajita de cartón en que va el tubo, la etiqueta de éste y su tapa de rosca, lleven la Cruz Bayer, que es la única garantía de legitimidad y la mejor defensa que Ud. tiene contra los piratas que quieran asaltar la preciosa nave de su salud.



INSUPERABLE



PURO DE OLIVAS

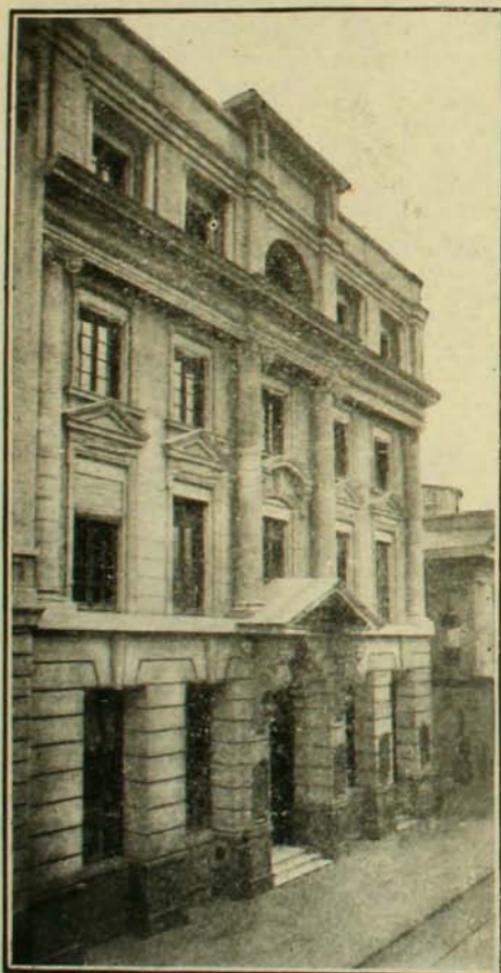
Banco de Londres y Rio de la Plata Ltdo.

VALPARAISO: Calle Prat — SANTIAGO: Calle Huérfanos

Oficina Principal: 7, Princes Street, London

Agencia: Cross Street, Manchester

CAPITAL AUTORIZADO.	£ 4.000.000
CAPITAL SUSCRITO.	" 3.000.000
CAPITAL PAGADO.	" 1.800.000
FONDO DE RESERVA.	" 2.100.000



SUCURSALES:

FRANCIA.—Paris, 16 rue Ha-levy.

BELGICA. — Amberes, 22 Place de Meir.

PORTUGAL. — Lisboa, 32 Rue Aurea.

ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA.—Agencia en New York, 51 Wall Street.

ARGENTINA. — Buenos Aires, Agencias en Buenos Aires: Barracas al Norte, calle Bernardo Irigoyen 1138, calle Sarmiento 2799, Once de Septiembre, calle Santa Fe 2122, Boca de Riachuelo, calle Almirante Brown 1159. Sucursales en Rosario de Santa Fe, Mendoza, Bahía Blanca, Tucumán, Córdoba, Paraná y Concordia.

PARAGUAY.—Asunción.

URUGUAY.—Montevideo, Agencias en Montevideo, calle Río Negro, Salto y Paysandú.

BRASIL.—Río de Janeiro, Manaus, Santos, Bahía, Sao Paulo, Pará, Pernambuco, Curitiba, y Victoria, Porto Alegre.

Emite y atiende Cartas de Crédito, vende y compra letras de cambio.—Transferencias telegráficas. Compra y venta de valores por cuenta de sus clientes. Guarda valores y documentos en custodia y se encarga al mismo tiempo del cobro de sus dividendos. Cobranzas de Letras, Recibe Depósitos a la vista y a plazo de tres, seis y doce meses. Abre Cuentas Corrientes en moneda corriente, oro, esterlinas y oro americano.

SAN FRANCISCO
ESTADOS UNIDOS
NEW YORK

BANCO ANGLO SUD AMERICANO LTD

CAPITAL Y RESERVAS
SUPERIOR A
£ 8.000,000



CENTRO AMÉRICA
GUATEMALA
SALVADOR
MANAGUA

CARACAS
MEDELLIN
BOGOTA
MANTA
GUAYAQUIL
QUITOS

LIMA

IQUIQUE
ANTOFAGASTA
COPIAPO
COQUIMBO
MENDOZA
SAN RAFAEL
VALPARAISO
SANTIAGO
CHILLAN
TALCAHUANO
CONCEPCION

SUD AMÉRICA
BRASIL
BOLIVIA

ROSARIO
BUENOS AIRES
MONTE VIDEO
BAHIA BLANCA
TRELEW
COMODORO RIVADAVIA
PUERTO DESEADO
SAN JULIAN
SANTA CRUZ
RIO GALLEGOS
PUNTA ARENAS

OFICINAS DE
THE COMMERCIAL BANK OF
SPANISH AMERICA

Este mapa muestra la situación de las Oficinas y Corresponsales del Banco e indica el territorio cubierto por sus organizaciones.

AGENTES Y CORRESPONSALES EN TODO EL MUNDO

CASA MATRIZ
OLD BROAD St. London E. C. 2

Sucursales en Bradford
Agencias en Manchester y Belfast

REPRESENTADO EN CENTRO AMÉRICA
POR

THE COMMERCIAL BANK OF
SPANISH AMERICA, LIMITED

“LA VALPARAISO”

Compañía de Seguros Contra Incendios, Riesgos
Marítimos, Etc.

COCHRANE Núm. 879

VALPARAISO

Capital Suscrito. \$ 2.000,000.00
Capital Pagado. 1.000,000.00

Banqueros:

Banco A. Edwards y Cía.

CONSEJO DIRECTIVO

PRESIDENTE

Don Jorge Etchegaray

VICEPRESIDENTE

Don C. Gordon John

CONSEJEROS

Don Max Fontaine, Don Eduardo Deves, Don Francisco
Sampaio, Don Arturo García, Don José M. Ríos Arias.

GERENTE

Don Ricardo Swett O.

Agentes Generales en Santiago:

JORGE PHILLIPS y Cía.

AGUSTINAS 1120

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDA-
DES DE LA REPUBLICA

COMPANÍA DE SEGUROS

CONTRA

INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

LA
"INTERNACIONAL-CHILE"

AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7 DE 1910

Capital Pagado	\$ 1.000.000.00
Fondo de Reserva	300.000.00
Fondo de Reseguros	500.000.00
Fondo de Fluctuaciones de Valores	800.000.00
Fondo de Eventualidades	1.000.000.00
Fondo de Futuros Dividendos	152.896.33
	<hr/>
	\$ 3.752.896.33

DIRECTORIO

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos García L., Don Gmo. Luis Plummer, Don Enrique Middleton Cruz, Don Víctor Prieto Valdés, Don Marcos Montt, Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

Oficina Principal:

VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en Londres

COMPañIA
DE
LOTA Y CORONEL

GERENCIA EN VALPARAISO
Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41
Nacional 391

**MINAS DE CARBON DE PIEDRA
EN LOTA, CORONEL Y GURANILAHUE**

FABRICA
DE LADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GRED A

AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANDERA 75 (Bolsa de Comercio)
CASILLA NUM. 1853

EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

COMPANIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado	7,500

VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.º Piso

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733
Teléfono Inglés, número 1377

Tarifa de suscripciones para el año 1920 a las revistas QUE EDITA LA EMPRESA ZIG-ZAG

	EN EL PAIS		AL EXTRANJERO	
	Annual	Semestral	Annual	Semestral
ZIG-ZAG	\$ 28.00	\$ 14.50	\$ 37.00	\$ 19.00
SUCESOS	25.00	12.50	34.00	17.50
CORRE-VUELA	9.00	5.00	16.00	8.50
PENECA	4.50	2.50	8.00	4.50
FAMILIA	10.00	5.50	14.00	7.50
PACIFICO	10.00	5.50	16.00	8.50

Todo pedido, acompañado de su valor, debe ser dirigido al Director-Gerente de la Empresa Zig-Zag, Casilla 84-D - Teatinos, Núm. 666 - SANTIAGO

EL PELIGRO DEL ESTOMAGO ACIDO

Sérias úlceras gástricas, dispepsia e indigestión crónica, resultados del descuido, dice una autoridad. Declara que de diez estómagos, nueve contienen "demasiado ácido".

Enfermedades del estómago, dispepsia, indigestión, agruras, gas, acedia, fermentación de los alimentos, etc., en cada diez casos, nueve son causados por "Estómagos Ácidos crónicos", dice una autoridad bien conocida.

El abrasador ácido hidrocórico se desarrolla en el estómago de un modo alarmante. El ácido irrita e inflama las delicadas paredes del estómago y con frecuencia es conducente a gastritis acompañada por graves úlceras del estómago. No medicine un estómago ácido con pepsina, digestivos artificiales que solamente dan un alivio temporal al dolor, arrojando del estómago a los intestinos los alimentos agrios y fermentados. El ácido causante de la disturbación se queda en su estómago, tan peligroso como siempre.

Es lugar de hacer esto, neutralice o purifique su estómago ácido, después de las comidas, con una copa de agua caliente y Magnesia Divina, y no solamente se desvanecerá el dolor, sino que sus comidas serán digeridas naturalmente.

Nada hay mejor para purificar y arreglar un estómago ácido que un buen baño de magnesia. Esta absorbe el ácido perjudicial en exceso, como lo haría una esponja o papel secante y su estómago obrará y se sentirá perfectamente en unos cuantos minutos. Magnesia Divina es la magnesia especial que debería usarse para este fin y puede conseguirse en cualquier droguería buena, es segura, digna de confianza, fácil y agradable al paladar, no es purgante y es muy barata.

LA LAMPARA FONOGRAFO

El fonógrafo es un aparato muy divertido, sin duda alguna, pero tiene dos inconvenientes: que no tiene en su aspecto exterior nada de decorativo y que exige un mueble para colocarlo encima. Ambos inconvenientes desaparecen, sin embargo, gracias al ingenio de un norteamericano que ha ideado una combinación del fonógrafo con una artística lámpara portátil de gabinete. El aparato parlante ocupa el pie de la lámpara y funciona, como ésta, por la electricidad, aunque el funcionamiento de ambas cosas es absolutamente independiente. En la base de la lámpara hay dos llaves, una para establecer la corriente que comunica el movimiento al disco y otra para regular la velocidad; no se da cuerda a mano, como en los fonógrafos ordinarios.

Un resultado inesperado de este invento, ha sido que los sonidos del aparato resultan más melodiosos y más dulces, lo que parece ser debido a alguna influencia de las ondas de calor que despiden la lámpara sobre las ondas sonoras. En efecto, cuando se hace funcionar el aparato teniendo la lámpara apagada, no se observa modificación ninguna en el sonido.

FORTUNA POR EL AHORRO

Con sólo CINCO PESOS que se pagan UNA SOLA VEZ Ud. puede tomar parte en TODOS los sorteos de los Bonos del Canal de Panamá que se verifican en París cada trimestre: el 15 de Febrero, el 15 de Mayo, el 16 de Agosto y el 15 de Noviembre, con derecho al cincuentavo de cada premio, y puede ganar hasta 10,000 fr. Con \$ 10, \$ 15, \$ 20 etc., se puede ganar hasta 20,000 fr. 30,000 fr., 40,000 fr., etc. El que alcanza a adquirir cincuenta cuotas de CINCO PESOS recibe un Bono y puede ganar hasta 500,000 fr.

176.º SORTEO verificado en París el 15 de Noviembre de 1919.—250,000 fr. No. 431351; 100,000 fr. No. 1112770; 10,000 fr. No. 654211; 5,000 fr. No. 973183; 2,000 fr. Nos. 64356; 1209693, 1531, 951, 1873, 115, 1935977, 1,000 fr. Nos. 814, 58945, 65826, 110, 508, 117467, 126371, 146027, 177539, 232221, 237400, 280034, 286427, 311264, 406178, 417373, 456741, 526410, 574374, 589808, 647028, 652241, 728187, 756255, 801056, 811258, 847635, 888172, 950798, 951045, 1072882, 1129594, 1216692, 1216990, 1257400, 1266229, 1278591, 1295827, 1367300, 1544670, 1573505, 1638721, 1688094, 1695715, 1809251, 1828284, 1852656, 1854876, 1949229, 1973501, 1984727.

El 15 Febrero y el 16 de Agosto el premio mayor es de 500,000 fr.
Las inscripciones se reciben por carta certificada, giro postal, bancario o telegráfico. Las cuotas y los Bonos se entregan a vuelta de correo. Las suscripciones SE REEMBOLSAN previo aviso de noventa días. NO ES LOTERIA. Nadie pierde su capital. Es un ahorro cuyos intereses se reparten cada trimestre en forma de premios.

M. MASBOUT

Agencia Franco-Americana.—Santo Domingo 060—Castille 1485.—Santiago de Chile.

MONOS, LADRONES DE TRENES

De todos los robos que se registran en la historia pintoresca del ferrocarril, los más curiosos son, sin duda alguna, los que estuvieron algún tiempo a la orden del día en la isla Mauricio. Esta isla es uno de los más importantes centros de producción de caña de azúcar, y hace algunos años se construyeron líneas férreas para poner en comunicación las plantaciones con la destilería y fábricas azucareras. Los monos que viven en las selvas de la isla, donde fueron acimatados por los franceses, pronto notaron la novedad y observaron que constantemente estaban cruzando los bosques vagones cargados de caña dulce. Al poco tiempo, los astutos animales habían adoptado la costumbre de poner centinela cerca de la vía, y en cuanto éstos veían a lo lejos un tren, avisaban con gritos estridentes a sus compañeros, que al paso de los vagones se lanzaban sobre ellos y se entregaban al saqueo en toda regla.

Lo más curioso es que los monos nunca se apostaban en un punto cualquiera de la vía, sino que buscaban las curvas, las pendientes y todos aquellos sitios, en fin, en que habían observado que el tren tenía que bajar la marcha.

Para luchar contra estos saltadores de

cuatro manos, los plantadores tuvieron que poner en los trenes vigilantes armados de escopetas y garrotes, que hicieron un escarmiento.

RECORTE ESTO

Maravillosa preparación para el catarro, sordera catarral y zumbidos de cabeza.

Si Ud. sabe de alguien a quien molesten los zumbidos de cabeza o la sordera catarral, recorte este párrafo y déselo, con lo que muy bien puede ser le libre de sordera total. Molestias como el catarro, la sordera catarral y el zumbido de cabeza, provienen de enfermedades constitucionales; las pomadas, rociaduras, inhalaciones, etc., podrán, quizá, contemporizar con el mal, pero rara vez o nunca remediado con permanencia. Porque esto es así, se ha empleado mucho tiempo en perfeccionar un tónico puro, benigno y, sin embargo, efectivo, que arroje prontamente hasta la última traza del veneno catarral del sistema. La receta eficaz que eventualmente se formuló, sigue a continuación en forma tan inteligible, que cualquiera la puede usar en su casa con poco costo.

Pídale a su boticario un pomito de *Parmenta* (Doble Fuerza); líveselo a casa y añádale 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulado; bátaelo hasta disolverlo y tómese una cucharada de las de postre, cuatro veces al día.

El alivio de los molestos zumbidos de cabeza, de la jaqueca, del estupor y de la confusión de ideas debe empezar con la primera dosis, y el oído aclarándose a medida que el sistema se vigoriza por la acción tónica del tratamiento. La pérdida de olfato, la goteadura mucosa al fondo de la garganta, son, asimismo, síntomas que demuestran la presencia del veneno catarral, y que a menudo ceden al gran efecto de este tratamiento. Siendo causados por el catarro casi el noventa por ciento de todos los males de oídos, mucha gente se lo tiene que curar por este sencillísimo tratamiento casero.

Toda persona que sufre zumbidos de cabeza, sordera catarral o catarro en cualquier forma, debe hacer una prueba con esta mixtura.



Mire Ud. esta lámina a la distancia y después de cerca! Esto le probará a Ud. que conviene examinar bien las cosas. Vaya Ud. por ejemplo a la calle San Agustín N.o 147, Valparaíso, o a Galería Alessandri N.o 20, Santiago, y haga un examen detenido del enorme surtido de Artículos de LIBRERIA en BLANCO y se convencerá que es allí donde se puede proveer mejor de todo lo relacionado con PAPELERIA PARA ESCRIBIR y ARTICULOS DE ESCRITORIO baratos al por mayor. Este almacén pertenece a la

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA "UNIVERSO"

que es la casa más fuerte de este ramo en toda la República. Los precios, calidad y enorme surtido dejarán a Ud. satisfecho.

SUMARIO

NUESTRA PORTADA:

Señorita **ELENA CLARO MONTES**

SUMARIO

Págs.

COMO FUI PRESIDENTE DE CHILE, Memorias de don Diego de Zamora. Ilustraciones de Coke.	193
EL DUELO A TRAVES DE LOS TIEMPOS, por Luis Braz.	205
LOLA MONTES, BAILARINA.	210
EL ESPIRITISMO EN EL CINE, con ilustraciones foto- gráficas	216
LA SOMBRA DEL CASERON, Comedia de Mariano Latorre. Juicio crítico por César Silva.	221
UN APOSTOL DE LA LIBERTAD, Cuento, por René Ramade, Ilustraciones de Coke.	223
RAPA NUI, libro de J. Ignacio Vives Solar.	229
FOTOGRAFIA ARTISTICA. Señorita Olga Zerweth S. (Foto. Valek).	230
CONVERSANDO CON M ^r . WILLIAM PARKER, por Alber- to Echeverría.	231
FOTOGRAFIA ARTISTICA. Srta. Matilde Avendaño Montt. (Foto. Rembert).	236
EL BUEN CARLOS. Episodio histórico, por Montesquieu.	237
LA FLECHA ENVENENADA, novela de J. H. Rosny.	241
AJEDREZ, por Alberto Conejeros S.	249
FOTOGRAFIA ARTISTICA. Señorita Marta Cruz Eyzaga- guirre.	252
EL ANIMA DE SO PARRITA, cuento de Luis Popelaire. Ilustraciones de Max.	253
EL ARTE EN EL HOGAR, por Esilda.	261
DOLOR, versos de Berta Vergara.	266
ELEGANCIAS, por Jeanne.	267
FOLLETIN, El hombre del sobretodo verde, novela de Gastón Ruz. Ilustraciones de J. Délano.	271



Como fuí elegido Presidente de Chile

(Memorias del ex-Presidente de la República, don Diego Zamora).

(Ilustraciones de Coke).

Santiago, Marzo 11 de 1925

Señor don

Manuel Rivas Vicuña

Mi muy querido amigo y consejero:

Sin el desengaño con que han descendido los presidentes de la República, desde don Bernardo O'Higgins hasta don Juan Luis Sanfuentes, le escribo esta carta viéndole a las puertas de la Casa que yo acabo de abandonar. Me atrevo a molestarle en estos días de agitación, porque estoy cierto de que el voto popular le elevará a Ud. a la primera magistratura de este país, que tanto amo y que tanto admiro.

Durante los cinco años en que he dirigido tan noble colectividad, Ud. ha sido para mí un prudente consejero, un sabio morigerador de mis energías, siempre demasiado impulsivas y caracterizadas en cada ocasión por mi temperamento entusiasta y aventurero. Le debo, pues, servicios que no olvidaré y, en consecuencia tengo la experiencia me creo yo, obligada, a mi vez, a aconsejarle, en estos momentos en que Ud., candidato popularísimo, lucha por llegar a la Presiden-

cia de la República. Soy hombre de acción y por ende poco filósofo, de manera que no haré consideraciones alrededor de la lucha en que triunfé brillantemente, sino que me limitaré a la escueta relación de lo acaecido, y Ud. sacará las consecuencias que sean más útiles para el éxito de la campaña en que se encuentra empeñado.

Retrotraigamos los hechos.

Ud. sabe que en el año 1920 existían tantos candidatos a la Presidencia de la República que los partidos políticos se encontraban en la situación que los franceses llaman "l'embarras du choix". Divididos estaban todos; puede decirse que no existían en ese momento partidos, sino que grupos que seguían a determinada persona. Además, el pueblo se agitaba subterráneamente en una onda amenazadora, incierta, que no era impulsada por caudillo alguno y que obedecía a influencias externas, a doctrinas obscuramente comprendidas, a pasiones hijas de los tiempos, en una palabra, a causas heterogéneas y difíciles de encauzar.

Ud. recuerda bien, mi querido Manuel, que los nombres que proclamaba la potente voz de la opinión pública y el vol-



cánico deseo de encontrar una persona que pudiera dar un rumbo al país, un tanto inquieto y no poco desmoralizado, eran los de Luis Barros, Arturo Alessandri, Eliodoro Yáñez, Ismael Tocornal, Enrique Mac-Iver.

Fracasados todos los sistemas de conciliación que podían llevar a un relativo acuerdo a los partidarios de los probables candidatos, y viéndose más que nunca indescifrable el problema de la Presidencia, un grupo de radicales, unido a la Federación de Estudiantes, pensó en mi modesta persona, a la cual atribuían aquellas condiciones de energía, de carácter y de conocimiento de los hombres, que dan los largos viajes y la lucha contra la naturaleza salvaje e indomable.

Fué una sorpresa para el pueblo chileno el hecho de que la Convención Radical-Democrata y Liberal-Reglamentaria, apoyara mi candidatura. Sin embargo, no había motivo para tal sorpresa. Este es el secreto, que pienso comunicarle.

Sólo los nombres de Arturo Alessandri y de Eliodoro Yáñez podían hacerme competencia en tal Convención. Era necesario, pues, eliminarlos.

El sistema no era para mí desconocido. En mis diversos viajes tuve ocasión, yendo de Europa a la India, de detenerme en la ciudad de Moussamoudon, capital de las Islas Comores, que cubren al norte el Estrecho de Mozambique, entre la parte NO. de Madagascar y la costa de Africa. Allí pude imponerme de la forma en que los nativos, mezcla de árabes y de negros, procedían a la elección de sus reyes. Los candidatos eran obligados a luchar hasta que el más fuerte triunfaba sobre sus competidores, dejándolos, la mayor parte de las veces, tendidos sobre el campo de batalla, con un pasaporte para la otra vida, dado por un horrible golpe de maza. Convencidos de esta manera los hijos de las Islas Comores, de que eran dirigidos por el hombre más vigoroso de la localidad, respetaban sus dictámenes y obedecían sus designios con el silencio respetuoso que inspira el temor. Los Ministros de las Islas Comores eran dulces como los ojos de las ovejas y jamás se habrían atrevido a levantar la voz ante su señor. Si lo hubieran hecho, habrían muerto instantáneamente. Así, la organización de tan felices Islas no conoció jamás la atrabiliaria influencia de los grupos

encarnada en la pálida sombra de los Ministros.

Pensé, pues, en el sistema eliminativo y me decidí a hacer desaparecer del globo terráqueo a Arturo Alessandri, el fuerte, el invencible, el León de Tarapacá.

Todavía se cierne sobre Chile el hondo misterio que envolvió la esfumación de este distinguido juriseconsulto y elevado patriota.

No hay, a pesar de todo, grave misterio en ello. Alessandri cayó muerto en la calle de Huérfanos, entre Ahumada y Estado, a las once del día, frente al edificio que ocupaba en esa época el cuerpo de abogados del Banco de Chile. Tenía una bala de rifle incrustada en la frente, y de la herida manaba sangre abundante. Nadie oyó ruido alguno de disparo, no se vió a alma viviente que atacara al candidato. El León se desplomó grave, lentamente, como las grandes fieras, en medio del tumulto que a esas horas invadía esa sección de la ciudad.

¿Cómo fué? ¿Qué pasó? Ahora que voy a partir, después de haber hecho tanto bien a mi país, puedo decirlo en la seguridad de que Ud., mi estimado Manuel, habrá de perdonarme, en virtud de tales antecedentes.

La caza de los tigres en Bengala ofrece dificultades sumas. El ruido de un disparo aleja a las presas que no son heridas por él, a enorme distancia. El cazador imprudente, que por aprovechar un tiro próximo dispara con los rifles acostumbrados, perderá todo el éxito de su empresa y habrá de contentarse con un solo ejemplar.

Eso lo sabe bien Chundro, mi criado; Chundro, que no reconoce más leyes que aquellas que me beneficiaban. ¡Como se cazan los tigres se cazan también los leones!

Después del miting que tuvo lugar el 3 de Mayo en la Alameda de las Delicias, y en el cual Arturo lanzó toda clase de denuestos sobre mi persona, yo indignado, y en medio de grande excitación, referí a Chundro el sistema eliminativo de las Islas Comores y lamenté que los sentimientos civilizados no me permitieran ponerlo en práctica. Oyó el criado hindú y guardó silencio con la sumisión decisiva de los que aman y obran.

Dos días después, el pobre Arturo, tan inteligente, tan esforzado, y tan meritorio, moría en la forma misteriosa que todo el mundo conoce.

Tan pronto como tuve conocimiento del hecho, comprendí que el hijo del Oriente había puesto en acción sus fatales conocimientos.

Es sabido que la detonación se produce por la violenta entrada del aire en el cañón del arma que dispara, donde la salida del proyectil origina el vacío. Haciendo sobre dicho cañón diversos agujeros situados a una distancia calculada para no debilitar el arma, el aire penetra siguiendo el proyectil que se escapa y haciendo sólo un pequeño ruido semejante al de un débil silbato. Cuando la bala sale al medio ambiente ya el cañón está ocupado de modo que el aire no puede penetrar en él y, en consecuencia, no hay detonación posi-

ble. Este sistema, tan usado en la India, fué el que puso en práctica Chundro para concluir con los días de mi poderoso adversario.

Fácil le fué contratarse como encerador de los pisos del edificio a que ya he hecho alusión, y allí, tendido sobre el suelo de un cuarto destinado a la guarda de los utensilios de aseó, esperó durante largas 48 horas, la pasada del león.

Esa expectación dolorosa y continuada no era nueva para él. Bajo el ardiente sol y la tibia luna de los trópicos, había Chundro experimentado mil veces las emociones de las cazas más extrañas.

No podría expresarle cuál fué mi impresión al darme cuenta de estos hechos. Mi carácter rudo, tembló un momento, pero no puedo negarle que una vaga sonrisa traicio-



El León se desplomó grave, lentamente, como las grandes fieras.

naba mi temperamento eternamente frío, al oír las declamaciones del público, el discurso de don Antonio Pinto Durán en la Cámara, quien en un párrafo decía exactamente. "Las brillantes cabezas de los pavos reales de la oligarquía comienzan a caer, víctimas de la obra silenciosa y aterradoramente de las masas que sueñan en pesadillas de sangre con el exterminio de los que usufructuaron de la opresión secular. Concluye la era del misticismo para dar paso al período de la acción vengadora. La ardiente nebulosa de Laplace vuélvese brillante en medio del caos de la eterna nada. La tierra nace, la finca tierra verdadera, igualitaria, comunista y profundamente respetable". No podía tampoco menos de sorprendernos ante el grave y pontifical editorial escrito en "El Mercurio" por

don Carlos Silva Vildósola, semi-súbdito británico que lucía en aquella época una casa nueva, la de las ideas nacidas del conflicto europeo, recién extinguido a la sazón.

Decía así: "Las dificultades de la hora presente se agravan cada día con las manifestaciones de incultura de nuestro pueblo y de nuestras costumbres. Víctima de una mano misteriosa y alevé, ha caído con ruido sordo e imponente, como el roble que se desgaja en la selva, el eminente político, el bravo luchador, el hombre que había sabido concentrar en sí las aspiraciones de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los pobres".

Desaparecido en tan extraña forma el temible adversario, no quedaba en pie sino don Eliodoro Yáñez, cuyo talento y preparación amenazaban dar al traste con mis ambiciones.

Esta vez la sangre hirviendo de Chundo, no bulliría, porque la frialdad del candidato hacía imposible el incendio del temperamento tropical. Era necesario proceder en forma cautelosa y por demás inteligente.

Si Juan Enrique Tocornal no tuviese el vigor exuberante de vida que le caracteriza, probablemente Yáñez habría llegado a la Convención. Me costó gran trabajo convencer a Tocornal de que era absolutamente necesario que el país conociera su actuación en aquella célebre Embajada comercial y diplomática que fué a Estados Unidos el año 19. Ardua fué mi tarea y para completarla tuve que celebrar largas conferencias con mi hombre; pero, después de haber aparecido el primer artículo en "El Mercurio", ya fué imposible ponerle freno a Tocornal, quien se desató refiriendo en letras de molde las cosas más originales y cáusticas respecto de la figuración de Yáñez. Tocornal, en tercer artículo, estaba delirante, era un verdadero poseído, y vibraba como un alambre en espiral que fuere recorrido por 75 mil volts. Yáñez, frío e impenetrable, leía los artículos y acumulaba antecedentes para defenderse en la hora oportuna, en la forma en que él sabe hacerlo: ampliamente, desde su sillón de senador, con documentación completa y con palabras firmes y elocuentes.

El hombre de estudio no podía dejar que se lanzaran sobre él tantos dardos y saetas,

y así, resuelto a poner las cosas en su lugar, un buen día abandonó el país, por breve plazo, dándose solamente el tiempo indispensable para hablar con Mathieu, con Fletcher, con Lansing, con Edwards, a fin de exponer de una manera nítida cuál había sido su actuación, siempre inspirada en el amor de la patria y en el civismo.

Mientras Tocornal vibraba, y Yáñez, infinitamente serio, buscaba antecedentes, yo iba de un lado a otro, estudiando los campos políticos y atrayendo las voluntades.

Un mes después de lo referido, el pueblo era mío. Santiago Labarca había encendido entre las sociedades obreras el fuego del entusiasmo, atizándolo con el misterio que me rodeaba hasta entonces y que, casi siempre es el secreto del éxito dentro de las masas, que no piensan, sino que sienten.

Los demócratas, que no van adelante de los asalariados, sino que van detrás, se apresuraron a seguir el rojo pendón de Labarca. Malaquías Concha quiso oponerse débilmente a la corriente, pero hubo de encauzarse en ella para no perder la poca influencia que aún le restaba dentro de su partido. Supe yo de buena fuente que Zenón Torrealba le sopló al oído: "Oiga don Malaca, la cosa es grave; en este momento no hay más que hacerse Zamorista, porque en el partido le están viendo ya a Ud. muchos tintes de oligarca y se teme, tal vez si con razón, que el día menos pensado se compre Ud. una máquina Gillette".

Los radicales, que vienen también un poquito más atrás en el desfile en pro de las reivindicaciones sociales, fueron conquistados fácilmente.

Busqué a quien representara los elementos más moderados dentro de esa colectividad, y me pareció que el más adecuado para mis fines era Armando Quezada. Celebré con él numerosas conferencias, pero no obtuve el éxito que esperaba. El hombre es franco, claro en sus expresiones y posee una lógica contra la cual es difícil batirse.

Por fin, un día, un lampo vino a mi cerebro. Varias veces había yo expresado a Armando mi temor de que el desaparecimiento de don Enrique Mac-Iver, ya tan anciano, traería como consecuencia, si no la ruptura que ligaba entonces el radicalismo al resto

de los partidos políticos, por lo menos un alejamiento considerable de éstos para aquél, y, en consecuencia, la pérdida casi total de las esperanzas radicales de usufructuar nuevamente de las delicias del Gobierno. El partido radical, decía yo a Quezada, no está en la actualidad ni al lado del pueblo, ni al lado de los elementos dirigentes; es un organismo que mientras desea escalar las alturas aspira también a permanecer con los que están abajo. Para cumplir con este difícil propósito deberá estirarse tanto que no sería raro que se cortase por el medio. Si los radicales aún han podido permanecer en esta situación de elástico, es sólo debido a que cuentan en su seno con personas que los ligan a los demás partidos, personas respetables que forman la cabeza que se acerca a la altura. El día que esa cabeza desaparezca, el elástico se recogerá y quedará abajo, retorciéndose y dando saltos, en un medio que no los ama. En una palabra, desaparecido un hombre como don Enrique, tal vez si habrán desaparecido también para siempre las esperanzas de Gobierno del Partido Radical.

Mientras así alegaba yo, veía brillar inquietos y deslumbrados los ojos de Quezada, que con dificultad trataban de ocultarse tras las gafas de oro.

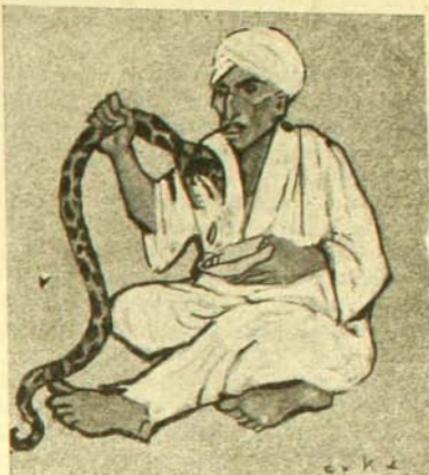
El economista y sociólogo es tímido, me dije, y hay que tratarlo como a tal.

Algunos días después de esta conversación, mi criado hindú, con especial desinterés, ayudaba a Quezada en la estación de Malloco, a subir al tren algunas maletas, varios ramos de flores, y dos o tres canastos con fruta. Quezada regresaba de su quinta de Peñafiel a Santiago.

Chundro, distraídamente, le dirigió al oído las siguientes palabras:

—Hoy día todo el mundo en Chile conoce quien es mi amo, don Diego de Zamora; se le teme y se le quiere. Ud. no ha querido acompañarle; tiembla por don Enrique, no sea que desaparezca también misteriosamente, como otros...

Nada más, supe después, pero ello es que las Asambleas Radicales comenzaron a cambiar de opinión y que luego vi mi triunfo casi completamente asegurado en la Convención pequeña, o sea, en aquella que celebra-



Chundro, como buen hindú, sabe extraer el veneno de estos reptiles.

ron radicales, demócratas, y liberales reglamentarios.

Cuando veía próxima la satisfacción de mis anhelos, regresó Yáñez del exterior, cargado de documentos y papeles. Pronunció en el Senado un discurso magnífico, en el cual todos los Ministros de Relaciones Exteriores, desde el señor Marín hasta don Alamiro Huidobro, que en esa época desempeñaba la cartera, quedaron hechos obleas. Tocornal no tenía ya voz y se retiró alámbrico y encorvado a su fundo en Pirque.

El peligro para mí era grave. La popularidad de Yáñez crecía. William Temple, hecho un adalid, se rompió los pulmones e hizo pedazos la trompa de la fama desde las columnas de "La Nación". No contento con ello, declaró que el Ministerio de Relaciones Exteriores era una pocilga, que el Archivo servía de cámara obscura para sacar retratos, que el Subsecretario tenía cáncer y que el sillón ministerial estaba lleno de chinches. ¡Pobre William Temple! Nunca le podré olvidar, como dijo el poeta. Murió en esos días de apoplética satisfacción.

Grandes son las sorpresas que se experimentan en esta vida. A pesar de que yo estaba cierto de que, herido Yáñez en su acción al estudio y a la investigación, no ha-

bria medio de que se levantara, nunca imaginé que el resultado de mis cálculos fuese tan preciso.

Los liberales reglamentarios y los radicales comenzaron, primero con temor y después en voz alta, a referir en los clubs y en los círculos sociales, que Yáñez estaba perturbado.

En efecto, cuando los partidarios de Eliodoro habían querido conferenciar con él, habían experimentado la más extraña de las impresiones. El jurista decía:

—Hablabamos un día de estos en la barca Lackawanna, donde estarán Mac-Iver, Lasterria y Jovino Novoa.

En otras ocasiones manifestaba que la Convención Presidencial debía celebrarse en Arica y que después de ella tendría lugar un banquete en la Quebrada de Sama, con asistencia de Leguía y de Luis Barros Borgoño. Porras no sería invitado por temor de que se excediera en la bebida.

En una palabra, Yáñez, tanto había estudiado para defender sus teorías sobre la vieja cuestión del Pacífico y para explicar que esas mismas teorías comprendían las instrucciones que recibiera del Gobierno para la dichosa Embajada, que había enloquecido.

No necesito referirle mi triunfo en la Convención; Ud. conoce y también el país entero lo que allí acaeció. Fué inútil el sarcástico chiste de Galvarino Gallardo; inútil también fué el tronar apocalíptico de la palabra de don Enrique Mac-Iver y cayó en el vacío la imponente y smártica silueta de Eduardo Suárez Mujica.

Triunfó.

Había vencido a dos poderosos candidatos con sus propias armas: al fuerte, con la violencia; al hombre de estudio, con su propia pasión por investigar la verdad.

La Convención grande, la de los liberales unionistas, eligió, como Ud. recordará, a don Ismael Tocornal, cuya candidatura era también propiciada por los conservadores. Mi rival era temible: un hombre simpático, de energías y de medios de acción. Tras él se destacaba una pléyade de luchadores que le amparaban: Carlos Larraín Claro, Luis Iz-

quendo, Luis Barceló, Pedro Felipe Iñiguez, etc. Toda gente de talento y resuelta.

Cuando vi alzarse frente a mí a Tocornal, me arrepentí de la jugada que había hecho a Ismael Valdés. Hubiera preferido tener a este último de enemigo; le encontraba más sonriente, más tímido, menos apto para el combate.

Ud. sabe bien que el desprestigio de Valdés fué acarreado por aquella súbita epidemia que invadió todas las gotas de leche del Patronato de la Infancia y contra la cual nada pudo el serum ni la actividad del Presidente de la institución. La Gota Abelardo Núñez, fué transformada en laboratorio y con toda la fiera desesperación de Alvaro Covarrubias, a ninguna conclusión llegaron los médicos en orden a descubrir el origen de la extraña enfermedad.

Sin embargo, el problema era por demás sencillo de resolver.

Ud. sabe, y más de una vez se ha reído de ello, que tengo en casa todos los bichos extraños que he recogido en mis numerosos viajes y que han podido aclimatarse en esta tierra. Entre algunos ejemplares de víboras y serpientes, poseo uno magnífico de la mortífera Coral.

Chundro, como buen hindú, sabe extraer el veneno de estos reptiles. Hecha la peligrosa operación, inyectamos una cantidad infinitesimal, cuya porción exacta no puedo ni debo decir, en unas veinte ratas más o menos.

Una vez que éstas dieron las primeras manifestaciones de la terrible sed que ocasiona ese tóxico, administrado en pequeñas dosis, no me faltó medio de introducir las en los establecimientos a que vengo haciendo referencia. Por aquellos terribles animales se propagaron así enfermos, y, locos de sed, por mucha prudencia y cuidado que se tuviera, lograron introducir sus hocicos pestosos en el agua, en la leche, etc. Infectadas las inocentes criaturas, comenzaron también a experimentar el terrible tormento de la sed, y la fiebre se apoderó de los resecos cuerpecillos. Felizmente, el veneno transmitido así no tiene una influencia mortífera sobre el organismo. La extraña epidemia que se llamó de las fauces sanguinolentas, pasó en un mes sin matar a nadie, pero haciendo el daño suficiente como para que Ismael Valdés fuera discutido,

inculpado y, por fin, convertido en un hombre sin ascendiente popular. Por lo demás, en esa ocasión, se probó la grandeza de alma de Valdés, quien no titubeó en abandonar totalmente las brillantes expectativas que se le ofrecían ante la dolencia de esos pequeñuelos que hace ya tanto tiempo viven de él y de su bondad. Volvió las espaldas a la lucha presidencial y se encaró con la pertinaz enfermedad.

Estoy convencido de que la preparación para ir a las urnas no vale de nada. La gran cuestión es que éstas funcionen en forma conveniente. Mi experiencia así me lo dice. En los sitios que desuicidé por creer segura la victoria perdí la campaña y en los que creía fracasar triunfé ruidosamente.

Lo que recuerdo con más cariño de aquellos días fué el atentado que con tanto talento me preparó Juan de Dios Morandé en la comuna de Yungay.

Probablemente, Juan de Dios se imaginó que yo no iba más allá de lo que pudo ir Agustín Gómez y que me vencería como venció a aquél. Sin embargo, las cosas fueron bien de otro modo.

No dejaba de ser audacia el invitar a los dos candidatos a la Presidencia de la República a una gran fiesta en su fundo, con el objeto de secuestrar, y tal vez de hacer desaparecer a uno de ellos. Cuando vi que el espléndido dormitorio que me había cedido el simpático anfitrión, no tenía más que una puerta, la cual fué cerrada con llave por fuera, comprendí inmediatamente la celada.

Nunca he sabido qué pretendió Morandé con esta encerrona, y calculo que su sorpresa debe haber sido muy grande al ver que el pájaro había volado sin que él lo sospechara. Juan de Dios nada dijo al público sobre lo acaecido y yo me guardé bien de hacerlo, porque la jugareta me parecía un tanto desprestigiante para mi decoro.

El hecho es que todavía no se apagaban los pasos de la persona que echó la llave a la puerta, cuando yo estaba en acción para escaparme.

No sé si Ud. recordará que al referir en el "Pacífico Magazine" una curiosa aventura que me acaeció en Rusia, hablé del octozumum, curioso aparato muy usado en Méjico y que consiste en una pequeñísima sierra que

tiene en el dorso una canaleta por donde se destila un ácido que ataca todos los metales y con mayor facilidad la madera; ácido que se extrae de la savia de cierta planta que lleva el mismo nombre del aparato y que se encuentra en el Sur de Méjico. Llevo siempre conmigo esta curiosa invención; se trata de un objeto de regulares dimensiones, que cabe sin incomodidad en el bolsillo.

Me puse al trabajo y en cuatro o cinco minutos había hecho un corte cuadrado en la puerta, en la parte misma en que estaba colocada la chapa. Extraje ese trozo de madera y con él la cerradura.

Me fué bien penoso caminar a pie desde las casas del fundo de Morandé hasta la vía férrea. Estoy tan habituado a hacer largas caminatas que no era el cansancio físico lo que me preocupaba, sino el temor de ser reducido a prisión por la Policía de Morandé, que le obedecía ciegamente y que dragoneaba en los caminos con aire poco tranquilizador. Vi pasar un coche y a la luz de sus faroles divisé en el fondo a Miguelito Varas, que venía de la Chacra que su señor padre poseía en aquellos campos. Podría haberle llamado y él habría tenido alta honra en lle-



...Ante la dolencia de esos pequeñuelos...

varme hasta Santiago; pero me abstuve de hacerlo para impedir el consiguiente ridículo.

Morandé es un buen muchacho y no quise aplicarle sino que un castigo de carácter cómico; así, puse en acción a Chundro para que averiguara dónde compraba su calzado Juan de Dios. Adquirí un par de esos botines y les coloqué en el fondo una plantilla eléctrica.

Cuando Chundro le ofreció, como vendedor ambulante, ese regio calzado Hannan por la mitad del precio corriente, no titubeé Morandé en adquirirlo.

El día del célebre desfile tocornalista, verificado el 25 de Mayo, Morandé formó una fiera batahola en casa, porque todos los zapatos habían desaparecido y no quedaba otro remedio que calzarse con los nuevos. Yo casi me desternillé de la risa al verle pasar por frente a los balcones de la casa del señor Tocornal, caminando con un paso que más bien parecía danza que modo de andar. El cosquilleo en las plantas de los pies era sin duda espantoso. Las gentes se miraban las unas a las otras verdaderamente extrañadas, y Morandé, rojo como una amapola, decía:

—Déjenme en paz, yo no sé lo que me pasa; creo que me voy a poner paralítico.

Cuando quiso hablar en la estatua Montt-Varas, la cosa subió de punto. El hombre no podía hilar dos palabras, y durante todo el tiempo del breve discurso movió las piernas en forma tal que el público se quedó convencido de que alguna necesidad imperiosa le impedía coordinar las ideas.

Otra aventura que ocupa también un recuerdo simpático en mi mente, es mi triunfo en el Huique, donde Pancho Echeñique tenía preparada una máquina infernal para dejarme sin un solo voto. Imagine Ud., mi querido amigo, que yo había invadido toda la provincia donde está ubicado el fundo, con gente de mi confianza, para que estuvieran listos en el momento de la grande desmoralización de Echeñique.

Efectivamente; media hora antes del escrutinio llegó a manos de Pancho un telegrama que decía: "Vente inmediatamente, situación grave; tontos sublevados, han tratado asesinar Madre Superiora, el bochinche es enorme, ya no se sabe si están tontos o locos. Policía resguarda edificio, Madre Peña horriblemente magullada. Se te espera urgentemente.—Daniel Vial Carvallo".

Segundos después, llegaba otro, que decía: "Asilado Mandujano, que tan sólo hace cuatro días está aquí, revolucionó establecimiento. Edificio a medio incendiar; yo casi asfixiada. Venga rápidamente.—Madre Superiora".

Echeñique perdió la calma, no se acordó más de la elección presidencial y salió corriendo como loco hacia la estación para tomar el primer tren que pudiera conducirlo a Santiago.

La desmoralización de las huestes de Echeñique fué enorme, y sus apoderados quedaron dueños del campo.

El triunfo fué grande, usted lo sabe bien, no tengo para qué repetírselo.

Sepa Ud. ahora que el tonto revolucionario no fué otro que mi fiel Chundro.

A pesar de la actividad gastada, al llegar al final de la campaña me faltaba un elector. Era verdaderamente triste haber empleado tantas energías para sufrir, al fin, una derrota. La cuestión era decisiva, si resultaba elegido Presidente del Colegio Electoral, Jorge Errázuriz, yo estaba perdido, si por el contrario, lo era Héctor Arancibia Lazo, la victoria se aseguraba.

La suerte no me favoreció, pues Errázuriz, que era un tocornalista olímpico y ditirámico ocupó el sillón presidencial. Había, sin embargo, una esperanza: según la ley, en caso de impedimento de Errázuriz, debía ser reemplazado por Arancibia Lazo. No era posible secuestrar a Jorge; hacerlo desaparecer habría sido criminal y, por fin, era mejor que la indisposición se produjera durante el funcionamiento del Colegio, para evitar que los enemigos alcanzaran a tomar medidas.

Con algún ingenio, se salvó la situación. La primera sorpresa fué considerable. Al sentarse Errázuriz en su sillón, dió un pequeño grito y se levantó rápidamente, volviéndose para examinar el cojín de la silla. Descubrió en ella una larga aguja, la cual extrajo con dificultad. Parecía estar unida a algo que la sujetaba desde los resortes. Hizo Jorge un gesto de desagrado, arrojó la aguja lejos de sí y comenzó a presidir la sesión.

Hablaba el presidente con rapidez vertiginosa, como acostumbra hacerlo, y desarrollaba esas energías nerviosas que le son peculiares. En cierto momento su lengua comenzó a ponerse trapesa y a no obedecer las órdenes del cerebro. Luego después, abrió



La sonrisa de Sanfuentes me ha perseguido como un fantasma...

desmesuradamente los ojos y el azul de la pupila se dilató en forma que parecía una gran mancha que había invadido todo el órgano visual, pasó las manos por las guedejas de sus cabellos, dió un suspiro y se desplomó sobre el respaldo del sillón. La atropina colocada en una jeringuilla de inyecciones que se ocultaba entre los resortes del sillón, y que dejaba afuera sólo la aguja, había hecho su efecto. El peso del mismo Errázuriz al sen-

tarse había hecho funcionar el émbolo y el veneno había penetrado en el cuerpo del amable juriseconsulto. Todos corrieron a ayudarlo, hubo momentos de confusión, e instantes después Arancibia presidía.

Joaquín Díaz Garcés, se desataba al día siguiente en las columnas de "El Mercurio". Decía: "Oprímese el corazón y acuden lágrimas muy amargas a los ojos, al ver cómo este país antiguamente sereno como un griego



en sus actitudes, y rígido como un espartano en su moral, venga en estos días en que el alma del mundo vibra abierta a todos los mejoramientos y a todas las más nobles esperanzas, venga, digo, a dejarse arrastrar como un pueril juguete por la audacia temeraria de ese extraño aventurero que se llama don Diego de Zamora.

No le ha bastado a este encantador, como diría don Quijote, llegar hasta el melancólico encierro donde reposan tranquilos en la obscuridad los ciegos de la mente, y moverlos a cometer crímenes como el incendio del Hospicio. No le ha sido suficiente contribuir a la pérdida de la más preclara inteligencia del país: la de don Eliodoro Yáñez, sino que

ayer no más, sin duda por su obra, ha caído víctima de un accidente que pudo ser fatal, Jorge Errázuriz, que constituye una de esas esperanzas en las cuales brillan la inteligencia, el honor y la caballerosidad.

Y es desgracia tener que anotar que Zamora es, puede decirse, ya el Presidente de la República.

No sé si vamos a retrotraernos al período de los Borgias o si vamos a representar en un inmenso escenario adornado en el fondo por la titánica Cordillera, "La Corte de los Venenos".

Tras los hijos del país que formara el vigor de O'Higgins y la energía de Portales, se va a cernir la amenaza aterradora de la vaina de terciopelo que encierra el puñal homicida, y veremos de nuevo el yeneno opalino ocultarse engañoso en la sortija que brilla en la mano perfumada de erótica dama...

Con todo, llegué a la Moneda y se efectuó solemnemente la trasmisión del mando.

A Ud., querido amigo, no quiero ocultar un rasgo curioso de Sanfuentes en aquel día. El ex-Presidente, en el Salón de

Honor del Congreso, puso en mis manos la banda presidencial, después me abrazó y me dijo: "Ud. honrará al país, no dudo de que impulsará el progreso, le deseo a Ud. mil felicidades".

Este último deseo fué acompañado por una sonrisa profundamente irónica; se balanceó dulcemente la vigorosa testa de Juan Luis sobre sus enérgicos hombros, y la sonrisa, la socarrona sonrisa quedó gravada para siempre en mi mente.

En los instantes dolorosos por que he atravesado durante los últimos años, la sonrisa de Sanfuentes me ha perseguido como un fantasma. Tenía razón.

Sólo la eterna frescura de mi espíritu, mi imponderable optimismo y mi energía física, han podido salvarme de la amargura que trae consigo el peso de las responsabilidades que gravitan sobre un Presidente.

Ahora que Ud. va a serlo, le doy mis consejos y le trasmito la sonrisa que me legó

Juan Luis.

Perdone que haya ocupado tanto tiempo la atención de Ud., destinada a cosas tan graves y tan serias, y quiera permitirme ofrecerme de Ud., como siempre, su affmo. amigo y S. S.

DIEGO DE ZAMORA.





Señora BLANCA VICUÑA DE CAMPINO

Foto. Rembert.

EL DUELO A TRAVES DE LOS TIEMPOS

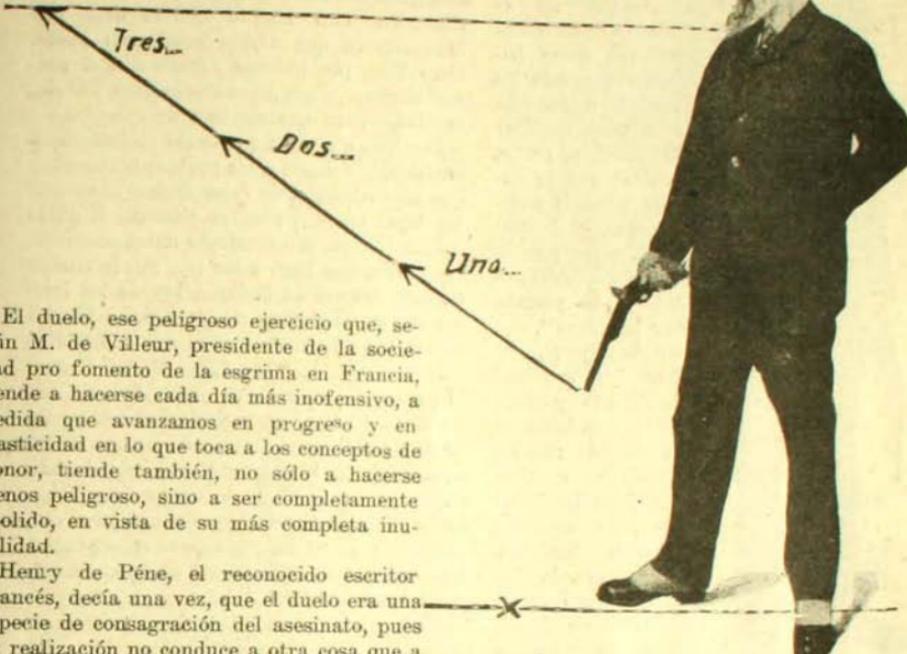
Por LUIS BRAZ

El duelo, ese peligroso ejercicio que, según M. de Villeur, presidente de la sociedad pro fomento de la esgrima en Francia, tiende a hacerse cada día más inofensivo, a medida que avanzamos en progreso y en elasticidad en lo que toca a los conceptos de honor, tiende también, no sólo a hacerse menos peligroso, sino a ser completamente abolido, en vista de su más completa inutilidad.

Hemy de Péne, el reconocido escritor francés, decía una vez, que el duelo era una especie de consagración del asesinato, pues su realización no conduce a otra cosa que a la muerte o lesión de uno de los contendores, o al ridículo para ambos si por una u otra causa el duelo no se verifica, como ha sucedido en algunos casos.

Los tratadistas en materia de duelo, que no han sido pocos, pues el asunto ha dado lugar a copiosa y pintoresca literatura, como se verá más adelante, han dividido los lances en tres clases o escalas, que miden exactamente, como dice Jorge de Courteline, la estupidez de los clientes. Estas tres escalas dividen el duelo en decretorio cuando se trata de un duelo a muerte, *propugnatorio*, si se trata sólo de defender la honra, sin matar, y *satisfactorio* si el duelo es electivo entre los contendores. Concertado el duelo, puede ser *solemne*, si hay asistencia de padrinos, o *privado*, si se efectúa sin ellos. En este caso el vencedor, si lo hay, corre el riesgo, según las leyes modernas, de ser acusado lisa y llanamente de asesinato.

Es regla corriente que el ofendido tiene derecho a la elección de armas. Esta condi-



Las fechas marcan la posición exacta del arma en cada uno de los tiempos de mando para disparar.

ción ha sido impuesta por la escuela italiana, como concesión al ofendido.

Antiguamente, como la mayor parte de los duelos eran privados, se usaba más generalmente la espada, que estaba al alcance de todas las manos. El uso de la pistola como arma de duelo comenzó en la Revolución, con Barnave y Cazales, muriendo este último de un balazo en la cabeza.

Los perfeccionamientos introducidos en el arte de matar han traído como consecuencia la aplicación al duelo de diversas armas, siendo el revólver y la espada, en los tiempos modernos, los más utilizados. Pero no son raros, sin embargo, los duelos libres, con carabina y a caballo, entre los cow-boys del Far West, o el vulgar "corvo" entre nuestros pampinos, sin testigos ni actas, ni salvaguardia contra las leyes represivas.

Historia del duelo

Aunque no se sabe a punto fijo en qué época hayan comenzado los duelos, o sea dicho, para explicar la palabra en el sentido que le daban nuestros antepasados, "el desagravio por propia mano de ofensa o injuria no penada por las leyes", debe suponerse, al leer las crónicas de Tácito y Tito Livio, que éstos no existieron ni en Grecia ni en Roma, pues los hombres de aquellos tiempos juzgaban degradante la lucha a brazo partido con un igual, como no fuera en los campos de batalla.

En cambio, para obtener satisfacción de las ofensas, preferían más bien someterse a las leyes y al dictamen de sus hom-

Posición defectuosa. El cuerpo no está firme sobre las piernas, que no tienen la rigidez suficiente. El brazo caído, no tendrá la energía necesaria, en la hora del mando, para asegurar la puntería en los tres tiempos.

bres de justicia, lo cual ha sido beneficioso, pues nos ha legado gran número de admirables piezas de oratoria forense, que no habríamos podido saborear si, empuñando el escudo y la espada, hubieran dado en destriparse en la forma en que lo hicieron sus sucesores itálicos.

Sin embargo, si no fueron comunes los duelos personales, los hubo entre grupos o colectividades de opiniones divergentes. Así, pueden citarse, entre los duelos de la época, los que tuvieron lugar entre los Curiaacios y los Horacios; el que tuvo lugar, con la autorización del Emperador, entre Toronato

Manlio y Galo, y el de éste con Valerio Corvino. Pero por lo general el duelo era castigado severamente, como lo fué el del descurión Tiro Manlio que se batió con Mennicio, en que ambos resultaron ilesos. Pero Tito, por haberse batido sin el consentimiento de sus jefes inmediatos, fué decapitado, para que sirviera de ejemplo.

Después, a medida que se fué mezclando la civilización romana a los pueblos bárbaros, y que las invasiones de éstos fueron aboliendo las leyes creadas por los clásicos, el duelo fué haciéndose tan corriente entre esos nuevos países, que llegó a ser ley. Puede citarse en este caso el de Rotario, rey de los lombardos, que autorizó el duelo como ley en su célebre edicto de Pavía, del año 644.

Después, ya en plena Edad Media, el duelo pasó más bien a ser un juego de habilidad y fuerza, en que los contendores hacían gala de su destreza en el manejo de las armas. De aquí nacieron los torneos, que se peleaban en los palenques de los castillos entre caballeros de la misma región o extranjeros que acudían a lidiar en justas que se organizaban con anticipación, como se hace actualmente con las fieras.

Mas, pronto volvió el duelo a hacerse satisfacción de cuestiones personales, y muchas veces los reyes, para evitarse dificultades con sus vasallos, lo permitían, sirviendo ellos mismos de jueces en las lides. A este respecto, hay que citar el caso de Enrique II, que autorizó el lance de Guy de Chabot, señor de Jarnac, con La Chataigneraye, en el cual fué muerto este último con una estocada descubierta por el primero y que ha pa-



Duelo a pistola detrás de las tribunas de Longchamps. Los padrinos miden la distancia estipulada.

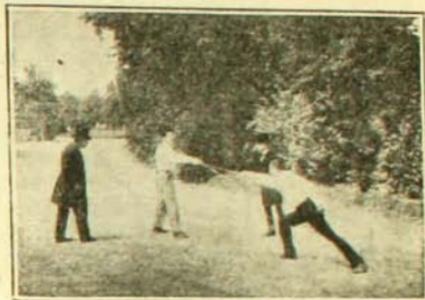
sado a ser célebre bajo el nombre de "botte de Jarnac".

Siguiendo el ejemplo de su antecesor, Enrique III autorizó también, el 27 de abril del año 1578, un duelo entre un grupo de sus cortesanos que se disputaban su favor. Eran éstos, de una parte, Caylus, Maugiron y Livarat; y por la otra, Antragnet, Riberac y Schomberg. Llevado a cabo el duelo, sobrevivieron sólo Antragnet y Livaraf, que recibió heridas que le tuvieron en cama seis semanas, en inminente peligro de muerte. En aquella época se distinguieron también como acérrimos duelistas Bussy d'Ambrise, de Mony y el caballero de Guisa.

Bajo el ministerio de Richelieu continuaron los duelos con el mismo encarnizamiento; puede decirse que con mayor furia, pues los duelos se efectuaban en las calles, en pleno día, a la vista de todos. Se recuerda principalmente en la historia, el duelo del señor de Montmoreney, conde de Bouteville, que, acompañado de su primo el conde de Chappelles, se batieron en plena Plaza Real contra los señores Beuvron y Bussy, el cual murió en el encuentro.

Richelieu, entonces, decidió aplicar su famosa ley represora del duelo, dictada en 1626, y ordenó la detención de Montmoreney y Chappelles, los cuales fueron encerrados en la Bastilla y decapitados en la Plaza de Greve al poco tiempo.

Este ejemplo bastó para que se concluyera el duelo por algún tiempo, reapareciendo en 1715, en que, por primera vez se batieron dos mujeres, Mm. de Wesle y Mme. de Polignac. Después, bajo Luis XVI, se hizo cé-



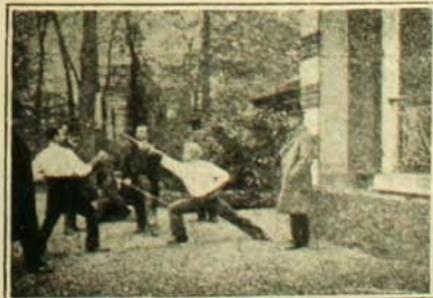
Duelo a espada. Parada de sexta de una estocada a la mano.

lere el duelo del conde de Artois con el duque de Borbón, el año 1778.

Desde la Revolución ha sido ya más frecuente el duelo, para lavar injurias personales. Entre los más conocidos y de mayor resonancia hay que citar los de Gambetta con Fourton, por cuestiones políticas, de Dichard y Massas, en que fué muerto el último de una estocada en el pecho (3 septiembre 1882); el de Floquet y Boulanger, funesto para el último (13 julio 1888); los de Rochefort, Déroulede, Laguerre, Castellin, etc., en Francia. En España pueden citarse el duelo de Espronceda y el conde de Cheste, por divergencias nacidas de una cuestión amorosa, y el del infante Enrique de Borbón con el duque de Montpensier, en que fué muerto el primero.

En los tiempos modernos, donde más que en ninguna parte ha seguido siendo el duelo la solución de los litigios personales, ha sido en Francia e Italia, país el último donde el duelo es severamente castigado. Los duelos de León Daudet, de Bernstein, en Francia, son incontables, como los de Marinetti, el campeón del futurismo en Italia. En América, fuera, como hemos dicho, de los duelos libres que se llevan a cabo en las praderas yanquis entre cow-boys, y los que de cuando en cuando tienen lugar entre los pampinos, con armas del todo diversas a las legales, todos los duelos terminan ante una buena mesa o con una excursión por las montañas. Fuera de eso, no tienen ningún peligro para los combatientes...

El duelo, como decía al principio, fuera de no probar nada, no castiga nada ni lava



Duelo a sable. Parada de un golpe a la cabeza.

nada; da ocasión, cuando mucho, al ofendido, para hacer gala de cierta dosis de valentía, que le afiebra lo suficiente para olvidar la ofensa de que ha sido objeto. Porque, suponed, por ejemplo, que un imbécil os insulte, levante en contra vuestra una atroz calumnia. Le provocáis y os mata. Morir es en sí mismo una cuestión bastanté desagradable. Pero dejar tras sí una reputación manchada y un nombre lleno de oprobio es aún mucho más desagradable. Esto sólo prueba que el duelo, lejos de lavar el honor, puede conducir, al contrario, a infamarlo, si a consecuencias del lance queda el ofendido imposibilitado para justificarse y legar un nombre sin tacha a los suyos. Para esto tienen los ingleses sistemas más prácticos: entablan al ofensor un proceso, que se resuelve muchas veces, para el ofen-

dido, en mucho mejores condiciones que un duelo; es decir, le deja el honor completamente limpio y agrega a su peculio un respetable montón de libras esterlinas.

Esto es, sin duda, menos caballeresco, pero también ménos perjudicial...

El duelo, por muy apetecible que sea por su carácter episódico y romántico, es soberanamente inmoral, pues viola el fundamento de las leyes que sirven de base a una sociedad civilizada, que tiende a evitar que los seres se hagan justicia por sí mismos. La verdadera honra de un hombre depende de una vida sin mancha más bien que de una estocada.

Al menos, así lo estiman quienes, libres de toda sospecha y con el alma tranquila, sienten profundamente el terror del ridículo...

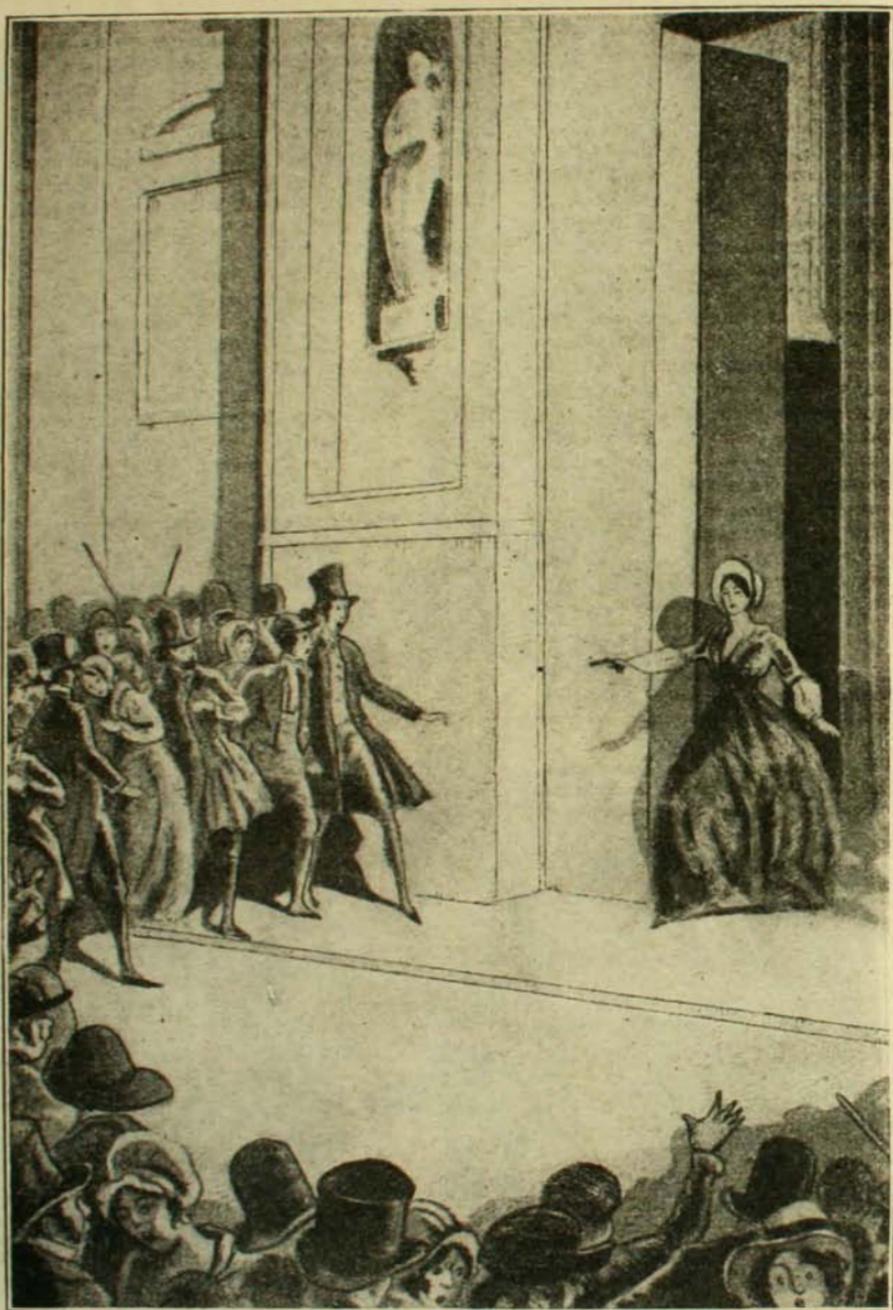


Epilogo del duelo. ¡Tocado!



Señorita LIA VERGARA HIDALGO

Foto. Rembert.



Refugiados en la iglesia de Los Teatinos Lola Montes y el rey, ésta última apareció en la puerta del templo, disparando una pistola contra los asaltantes.

Lola Montes, bailarina

María Dolores Isabel Rosana Guilbert, o Gilbert conocida con el nombre de Lola Montes, habría nacido en Sevilla, en 1823, según algunos. Pero, la verdad es que vino al mundo cinco años antes, en Montrosa, Escocia, o quizás en Limerick. Hija de un oficial británico, que murió poco tiempo después de su nacimiento, y de una criolla originaria de la Habana, casada en segundas nupcias con el Mayor General Patrick Craigie, Lola fué educada en Bath, donde recibió una cierta instrucción.*

Apenas cumplidos sus dieciséis años, se hizo raptar por el capitán Tomás James, quien se casó con ella. James la llevó a la India y, en el curso de la travesía, Lola es ya la heroína de aventuras pasablemente arriesgadas. Muy pronto, el capitán es designado para formar parte de una expedición contra los Afghans. Lola atraviesa en su compañía los reinos de Kaboul y de Cachemira, tiene diversas intrigas; después, aburrida, deja a su marido sin mayores miramientos, y comienza la más escabrosa y la menos confesable de las epopeyas. Sucesivamente, en Londres, en Madrid, en París, en Bruselas, se entrega a tales desórdenes que una pluma decente ni sabría pintarlos. Durante varios meses, se la pudo ver en Varsovia, llena de harapos, cantando en las esquinas de las calles. En fin, en 1839, es contratada como bailarina en el teatro de esa ciudad. Al año siguiente, se estrena en París, en la Porte-Saint-Martin, donde no obtiene éxito alguno. Parte entonces para Berlín, ahí cruza el rostro de un gendarme

prusiano con su fusta y vuelve a Varsovia, donde trata no menos caballerescamente a un gendarme ruso. Este doble incidente la decide a volver a París. Aquí pasa a ser la querida del gerente de la Prensa, Dujarier, y se encuentra mezclada en los dramáticos incidentes que costaron la vida a este último. Como Dujarier la dejara una veintena de miles de francos en testamento, Lola Montes se asocia con un tal Augusto Papon,—que unas veces aparece como capuchino y otras como marqués—y, después de una corta permanencia en Inglaterra, se trasladada a Munich. Ahí la espera una fortuna.

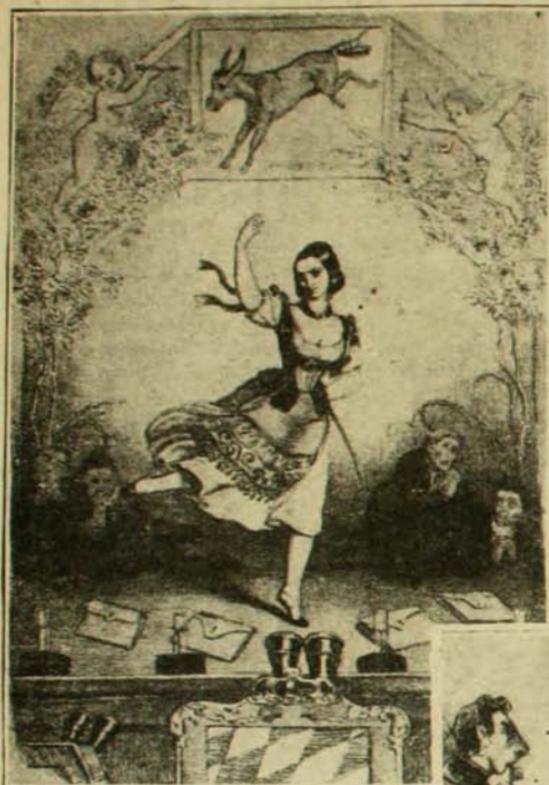
Estamos en el Otoño de 1846. La aventurera brilla con todo el esplendor de su belleza. De talle elegante, la frente ceñida con espesos bandeaux de cabellos negros, el rostro iluminado por inmensos ojos de azul sombrío, ejerce sobre algunos, por la audacia misma de sus maneras, una fascinación que otros tienen más dificultad para comprender. Luis I la vió, y bruscamente, la vemos, como ella misma se denomina, "la reina del corazón del rey de Baviera". "Señores,

se limita a decir el soberano a cuantos le rodean, "les presento a mi mejor amiga!"

El 14 de agosto de 1847, la naturalización bávara es conferida a Lola, y muy poco después los títulos de baronesa de Rosenthal y de condesa de Landsfeld, con escudos de armerías complicadas, en los cuales figuran, siguiendo los principios de la ciencia heráldica, un sable de plata, un león coronado, una rosa y un delphin. Luis le concede además una pensión



Lola Montes, según un pastel ejecutado al natural por Dartignenave, el año 1847.



La primera vez que bailó Lola ante Luis I en Munich, se transformó en "Reina del corazón del Rey", como se denominaba ella misma.

de 20 mil florines (52.000 pesos) y hace construir para ella una casa de estilo italiano, decorada suntuosamente. Mme. de Landsfeld es introducida en la Corte, donde los miembros de la familia real tienen orden de acogerla honorablemente y la Reina de condecorarla con el gran cordón de las canonesas de la orden de Teresa, que esta princesa acaba de fundar. Lola es en adelante omnipotente, rompe todo obstáculo. Los profesores de la Universidad, Lassaulx y de Moy, que le disgustan, son destituidos; el Ministro d'Abel y sus colegas, que rehusan inclinarse delante de su poder, son despachados; la favorita compone personalmente la lista de sus sucesores. Es que ella aspira a desempeñar y lo desem-

peña efectivamente, un rol político. Lola hace profesión de un liberalismo avanzado, casi republicano. Hé aquí como un escritor del "Fraser's Magazine", que le es favorable, describe el empleo de sus días y los rasgos esenciales de su carácter: "La mañana está consagrada a los negocios semi-públicos... A la hora de levantarse recibe los homenajes de los ministros presentes, de los profesores, de los artistas, de los Ingleses... Lola ama demasiado el poder por el poder, se abandona demasiado prontamente a sus antipatías y las conserva con demasiada perseverancia... Una idea fija envenena su reposo; ha consagrado su vida a la extirpación completa de los Jesuítas en la Baviera;



Cuando debutó en la Puerta de San Martín, en París, el año 1840, fué acogida con silbidos por la concurrencia.

Cree demasiado en su influencia activa... A todos los individuos por los cuales siente

antipatía, les convierte en Jesuitas... Tienen agentes y corresponsales en las diferentes cortes de Europa. En general, el rey viene a hacerle visita de once a doce del día. Algunas veces es ella la que acude a palacio, para deliberar con el rey o con los ministros sobre los negocios de Estado... El último cambio de ministerio es obra suya; a ella debe el príncipe Wallernstein su nombramiento de Ministro de Relaciones Exteriores, y M. Bern el de Ministro del Interior..."

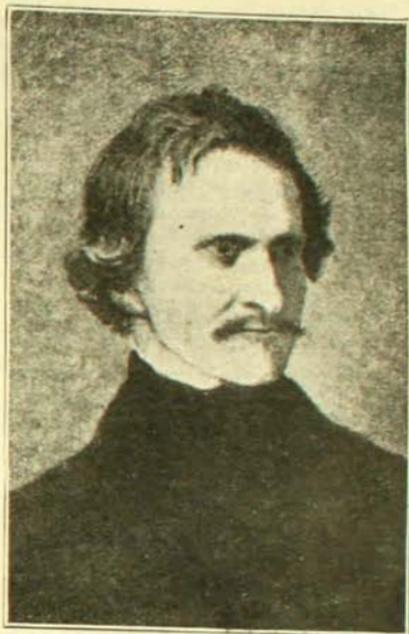
Semejantes manejos no tardan en levantar una reprobación unánime. De todas partes llegan quejas hasta el Rey. El obispo de Breslau escribe a Luis, pero éste se limita a responder en estos curiosos términos: "Mi amistad con la persona mencionada en vuestra carta no tiene nada de culpable: os doy mi palabra de honor. Pero, romper con ella, no puedo; sería deshonorarme, y no se puede exigir de mí lo que es imposible... Poseo un alma poética y no puedo ser medido con la misma regla con que se mide a los demás hombres".

Si los católicos hacen una viva oposición a la aventurera, un gran número de liberales también se indignan y no aceptan para sus ideas el imprudente patronato. Uno de ellos, Venedey, lanza en París una elocuente protesta bajo el título de "La bailarina española y la libertad Alemana". (Este folleto, publicado en Alemán, tiene la fecha de 1817.)

Entre tanto, Lola Montes, locamente altiva, escoltada por los gendarmes, azota en la calle pública a civiles y militares, si olvidan descubrirse a su paso e insulta públicamente al arzobispo de Munich. Por todas partes, los silbidos, los insultos, las frases intencionadas la persiguen. Una vez, la muchedumbre rompe los vidrios de su casa. Luis permanece ciego y sordo. Continúa prestando a Mme. de Landsfeld una invariable protección, y la vengada de sus detractores con versos como los que aquí se copian:

Plus ils te haïssent et plus tu es aimée;
Je t'appartiens à jamais.
Grace à toi ma vie est ennoblée,
ma vie qui, sans toi, était solitaire et vide!
Chaque persécution que tu endures
devient un nouvel anneau de la chaîne
dont en luttant pour le triomphe de la vérité
tu m'as enlacé pour le reste de ma vie!

Sin embargo, a comienzos de febrero de



Luis I era un hombre de alta estatura, de rostro irregular, agitado por "tics" nerviosos que le tenían siempre intranquilo.

1818, una serie de incidentes lleva al colmo la exasperación general. Existían en la Universidad de Munich cinco asociaciones de estudiantes que se distinguían por el color de sus sombreros, y las denominaciones de Pflazen, Selwarben, Franken, Bavaren e Isaren o sean los nombres de las diversas provincias del reino. A instigación de Mme. de Landsfeld, una sexta se forma con el nombre de Alemania, que adoptó una gorra colorada con los colores de la condesa. Los "Alemanen" se presentaron en el curso de M. Sieber, profesor de física, y como los otros estudiantes no quisieran mezclarse con ellos, el curso fué suspendido. Lola ordenó inmediatamente una encuesta. El 6 de febrero se repiten las mismas escenas, más violentas aún. Ni los profesores, ni el rector, ni el príncipe Wallernstein, logran restablecer la calma. El 9, el tumulto reviste un carácter netamente sedicioso. Asaltados, los Alemanen se refugian a toda prisa en casa de un conocido tratante Rottmner, donde acostumbran reunirse. Uno de ellos, exaltado, saca un puñal para defenderse de los asal-

tantes, pero es desarmado a tiempo. La efervescencia, sin embargo, se va apoderando de la ciudad entera. Lola Montes, apelando a toda su bravura, se lanza a la calle, sola, en medio de la muchedumbre enfurecida. La reconocen, y pronto, injuriada, amenazada, se ve obligada a huir buscando infructuosamente un asilo en las casas vecinas, que permanecen sordas a sus ruegos. Hasta se ve rechazada en la Legación de Austria, donde acude en demanda de protección. A esa mis-



Cuando estuvo en Berlín, probó su audacia y su poder dando de latigazos a un gendarme prusiano.



Lo mismo hizo a su vuelta a Varsovia, haciendo con su látigo a un gendarme moscovita.

ma hora, Luis daba una fiesta en Palacio. Al tener conocimiento de lo que ocurre, se lanza también a la calle, sin inquietarse por el motín, y ofrece el brazo a la condesa conduciéndola a la iglesia de los Teatinos. Transcurridos algunos minutos, Lola aparece en la puerta del templo armada con una pistola que dispara contra los manifestantes sin herir a nadie. En esos mismos instantes llega un escuadrón de caballería, a tiempo para salvarla de las iras populares.

Al día siguiente una ordenanza real cierra por un año la Universidad. Esa medida pro-

voca una verdadera sublevación, y los obreros y burgueses hacen causa común con los estudiantes. La insurrección se propaga a todos los barrios y aumenta de hora en hora. El cuerpo municipal solicita del soberano el alejamiento de la favorita. La Cámara de Senadores, inquieta por las proporciones que adquiere el movimiento, interviene también; Luis, entonces, ante la revolución inminente, consiente en ceder, no sin haber resistido hasta el fin. Lola se embarca en una berlina y sale de la capital custodiada por algunos gendarmes, mientras el pueblo invade el domicilio de la bailarina destrozándolo todo. El Rey, que guiado por una extraña fantasía ha querido presenciar el tumulto, es herido por una piedra y llevado a palacio cubierto de sangre. Aquella misma noche, Lola entra en Munich disfrazada e intenta, durante varios días, acercarse al rey, sin conseguirlo.

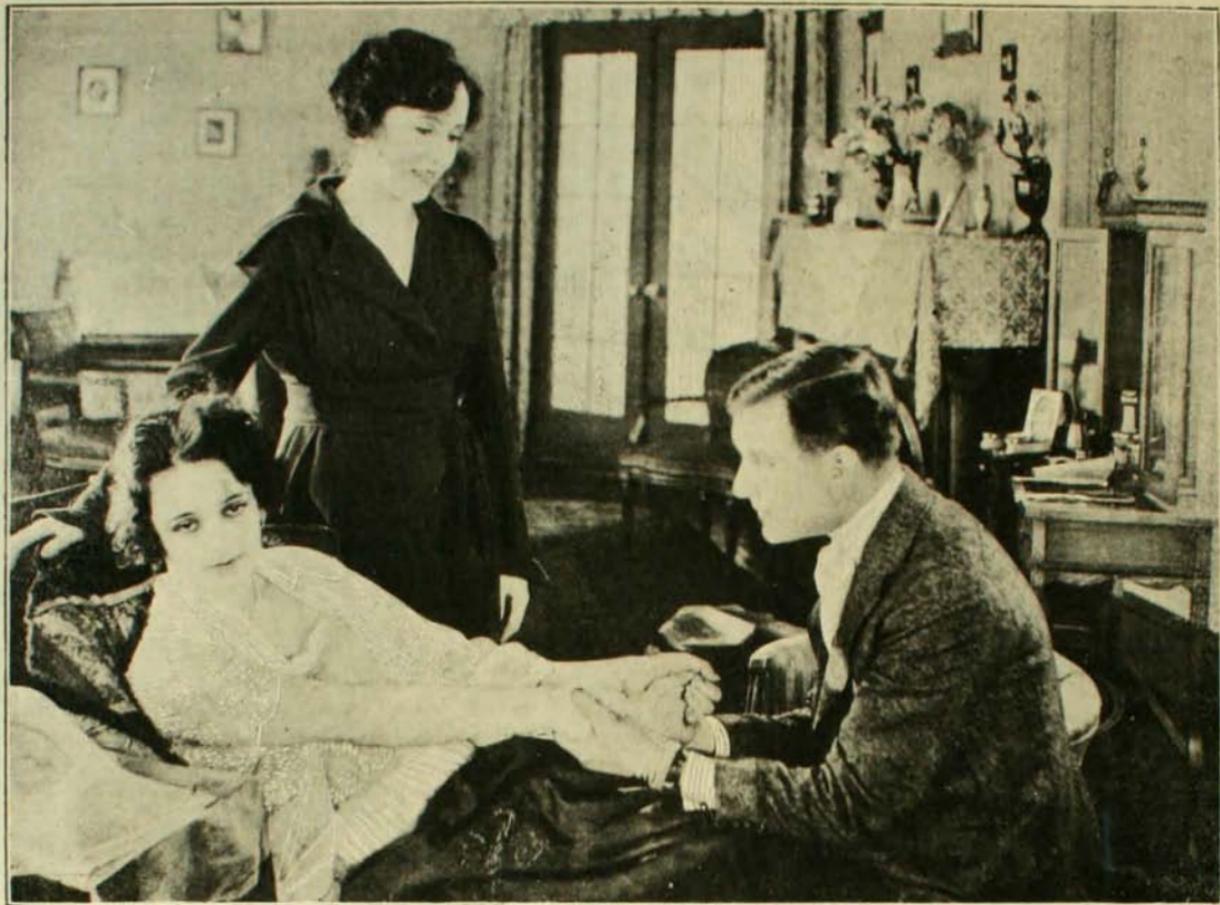
Sin embargo, el 24 caía en Francia el trono de Julio y se extendía por Europa la ola revolucionaria, encontrando en Baviera, donde es voz pública la vuelta de Lola al

favor del rey, un terreno particularmente propicio. El pueblo vuelve a sublevarse, lo cual obliga a Luis a renunciar al trono, el 20 de marzo.

Lola Montes, perdido el favor del rey, lo abandonó pronto, para buscar en otros

aquel esplendor que ballara en la corte de Baviera. Pero la aventurera no contaba con que su estrella había de palidecer, y murió, pobre y abandonada, en una pequeña villa de Alemania, a los treinta y nueve años de edad.





Sin emociones misteriosas, buscan olvidar el horrible fantasma.



Bajo la impresión del "espíritu 13", la "medium" tranquiliza los ánimos.

EL ESPIRITISMO EN EL CINE

Dicen que lo misterioso atrae, y tal vez ésta sea la principal razón del éxito que obtienen el espiritismo y sus congéneres, magnetismo, sugestión, etc. Basta nombrar la palabra, "espiritismo", en una reunión para que inmediatamente, alguien proponga conversar con los espíritus. Y como siempre hay alguno que conoce los secretos de esta ciencia o arte, resulta que las sesiones espiritistas abundan, y los creyentes aumentan en número considerable.

Hasta hace poco tiempo, nunca se habían llevado al teatro asuntos con este tema, pero los escritores teatrales, que andan siempre en busca de motivos nuevos y originales, encontraron por fin esta veta de una rica mina, para sacar dinero, y de aquí que hoy en los centros civilizados, los dramas

en que intervienen espíritus o fantasmas se hayan propagado con rapidez increíble. Pero, naturalmente, por muchos efectos de luces, y por abundante que sea la tramoya, siempre se ve el cartón, la farsa, que en lugar de impresionar, divierte.

En París, en plena guerra, se estrenó una obra titulada "La silla N.º 13", obra que alcanzó uno de los más ruidosos éxitos constituyendo para su autor un espléndido negocio. "La silla N.º 13" era un drama espeluznante por excelencia. Se refería el caso de un asesinato misterioso, y que se pretendía descifrar por medio del espíritu del asesinado. El autor aseguraba que el asunto no era una resultante de su fantasía, sino sencillamente era la fría crónica de un hecho perfectamente cierto. Fuera verdad o



En el prólogo de la obra.



En plena sesión.

mentira, el resultado final fué un éxito magnífico, que llenó de dinero a su autor.

Pero el hombre estaba descontento. Comprendía que por muy bien que se relatara la historia, en el teatro había ciertos detalles que se perdían lastimosamente. La artista que hacía de protagonista era la hermosa Yvonne Delva, mujer de extraordinaria belleza, y de un talento artístico excepcional. Un día, invitó a ver la obra a un americano, director de una compañía cinematográfica. El yanqui, al terminar la función, insinuó a su autor irse a Norte América y allí "filmar" su asunto.

Para esto adueña razones por demás convincentes, como era la de que en el teatro se veía fácilmente la tramoya, en tanto que en el cine, el espectador se sugestionaba por completo, y la sensación de verdad era perfecta. Así se trató de llevar el tema al lienzo y Pathé, el célebre productor americano, tomó la cosa de su cuenta. Cuando en Norte América, empezó a anunciarse un drama espiritista, la curiosidad fue enorme. Todos querían ver este nuevo género y deseaban saber el modo de que se habían valido para dar la impresión necesaria al espíritu de los espectadores sin la palabra.

"La Silla N.º 13" fué interpretada por la misma Yvonne Delva, que se fué a Norte América con este fin, y por Creighton Hale, actor de bastante cartel. Ellos eran los destinados a traducir en gestos y movimientos, la extraordinaria fuerza emotiva que tenían las frases en la obra francesa.

Y cuando apareció la escena en que alrededor de la medium se sientan siete personas, dispuestas a evocar los espíritus, ya la emoción se apoderó de todos. Repentinamente, la medium se fué iluminando. Fuerzas deformes, bajaban hasta ella. Se dirían espíritus angustiados, almas en pena, dolientes fantasmas, que se apoderaban de



El terror de los espíritus...

la medium, y la hacían hablar. Entonces uno de los presentes preguntó quién era el asesino y se le vió caer como fulminado. Allí el público no pudo mantenerse sereno. El drama era demasiado fuerte, impresionaba extraordinariamente, y por lo tanto, era uno de esos éxitos manifiestos, seguros.

Y desde entonces se vió que el cine se prestaba extraordinariamente para el espiritismo. Y los mismos propagandistas de esta nueva ciencia principiaron a valerse de él.

Indudablemente, el cinematógrafo es el medio más eficaz para emocionar a las masas. Cuanto de extraño, de insólito, de extraordinario o inverosímil, pueda imaginarse un escritor, el cinematógrafo puede darnoslo con la debida sensación de realidad. El hombre que anda sin cabeza, la casa que se construye sola, el fantasma que se

desprende de nuestros cuerpos, el buscado desdoblamiento espiritual y tantas cosas que solamente vieron en su ardiente fantasía algunos enfermos del sueño, hemos podido verlas todo lo realmente que el cine lo permite. Y es por eso que esas fuerzas extrañas de que nos hablan los espiritistas, esos espíritus que bajan e iluminan los mediums, esas manifestaciones que hacen los evocados, y que tienen el raro poder de crisparnos los nervios y erizarnos los cabellos, en la pantalla los vemos y sentimos, a pesar de saber perfectamente que estamos bien lejos de ellos, y apreciamos su influencia aterradora y extraña.

El espiritismo en el cine, es una de esas cosas que deben conocerse y apreciarse. Aun

cuando sepamos positivamente que todo lo que vemos no es sino producto de un arreglo bien tramado, o de un truco perfecto, siempre hay algo sobre nuestra razón, que se emociona e interesa. Diríamos que son restos de nuestros placeres infantiles, restos que siempre conservamos en nosotros, y que precisamente, mientras más hombres nos sentimos, más fuertemente se manifiestan.

Damos algunas fotografías de la película que se hizo con "La Silla No. 13", y que seguramente vendrá algún día a Chile, oportunidad que aprovecharemos para ver esta obra que tanto éxito y resonancia ha tenido en todas partes de mundo



Creighton Hale e Ivonne Deiva, en "La silla No. 13"

LA SOMBRA DEL CASERON

COMEDIA DE MARIANO LATORRE

La literatura de tesis aplicada al teatro es más difícil que aplicada a la novela, enormemente más difícil. En la novela, el autor dispone de amplio espacio, donde se mueve como le place, y puede hablar por sí y por boca de sus personajes. Las disertaciones estorban en ella menos la acción, y hasta casi no parece mal, ya que el novelista goza de la libertad de apelar a innumerables y legítimos recursos artísticos, conducentes todos a su fin, al analizar instintos, ideas, opiniones y sentimientos. Pero en el teatro, todo ocurre de muy distinta suerte. El teatro

es esencialmente dinámico, y la vida, la agitación, el movimiento son su base y su objeto. El espectador está pendiente, mucho más que en la novela, de lo que ocurrirá, y sigue las intenciones y los actos de los actores con anhelo creciente. Se ve que no tiene tiempo para otra cosa, y que las dilaciones lo impacientan. Quiere que la acción sea rápida, motivada, lógica, sumamente lógica, y que no se detenga con exposiciones o apreciaciones largas. Una vez puesto en la pista, sólo pide que se diga pronto cómo se desenvolverá y solucionará el conflicto propuesto, cómo las pasiones o intereses puestos en juego llegarán a su desenlace. Y todo esto requiere sobriedad extrema, puntualidad suma en la notación del diálogo, y un extraordinario instinto i experiencia teatral.

Aquí valen más las acciones que las palabras. Cuanto más valor tengan éstas en sí, menos se les concede a aquéllas no se imponen por su importancia, por su fuerza, por su poder de emoción; y si al fin no se verifica un suceso que las justifique, el espectador se siente defraudado y se vuelve contra el autor, negándole su aquiescencia.

Mariano Latorre, el estudioso y admirable cuentista, novelista casi, ha empleado casi infructuosamente sus raras dotes de paciente y sagaz observador en llevar a las tablas un asunto rebotante de tesis, que apenas si tuvimos tiempo para apreciar y juzgar durante la representación. Sin duda, la tesis nos atraía, nos interesaba; pero lo que hubiera debido ser inquietud, cu-

riosidad y contemplación apasionada, se convertía en reflexiones, en crítica, en distingos. Mientras tanto, la acción se evaporaba, se ponía fuera de nuestro alcance; o bien, supeditados a veces por ella, nos sentíamos desorientados, como quien ha perdido el móvil que lo impulsa.

Ahora que disponemos de tiempo para meditar, notamos que la tesis es discutible, porque se puede perfectamente haber vivido "a la sombra del caserón" y no tener los defectos que se le atribuyen, y se puede, del mismo modo, haberse educado en un liceo moderno y carecer de las prendas que se le otorgan.

Los vicios o malos hábitos inherentes a aquella sombra pueden o no existir; pero también existen o pueden existir otras cualidades que iluminen esa sombra; e igual cosa, bien que al revés, pasa o puede pasar con la educación de hoy. Y no es esto decir que los dos tipos femeninos de la obra sean inverosímiles. Al contrario, ambos abundan, sobre todo en nuestra clase media, y son como las dos únicas modalidades que asume la juventud de nuestra época; pero no es evidente, en nuestra opinión, que provengan, como producto exclusivo, de aquellas tendencias que el autor contraponen. La frivolidad de Luisa no es la característica esencial de las generaciones que nos han precedido; ni la finalidad de Teresa es la cualidad matriz de nuestros contemporáneos. Había otras prendas superiores en el espíritu de esas gentes, en quienes la sencillez, la seriedad y el recogimiento, si bien no engendraban la independencia y las aspiraciones modernas, tampoco podían producir el pololeo y la banalidad de la ihusa hermana, por lo cual el tipo de ésta no se encuentra bien generado y rompe la tesis que sustenta Latorre. Y es que son tantos los factores que forman el carácter, y es éste tan complejo, por lo general, que casi es imposible decidir de plano cuál es el determinante de nuestro ser, de lo radical de nuestro ser, y si este ser, habida cuenta de todos esos factores, puede manifestarse o no tan de una pieza como



Mariano Latorre, autor de "La Sombra del Caserón".

en el caso de las dos antagónicas protagonistas de la comedia.

No por esto creemos que la obra de Latorre es mala. Por el contrario, eliminados estos defectos, creemos que es buena, y mejor, sin duda, que otras de más felices o fáciles aciertos. Desde luego, y considerando el escollo casi insalvable en que ha tropezado su autor, la comedia revela pujanza de entendimiento en la elección del asunto, de incontestable trascendencia social, en el que Latorre demuestra, si no honda psicología, indudablemente notable ilustración y, a ratos, aguda perspicacia. Vemos también que su aptitud es grande para reflejar nuestro medio ambiente, sin caer nunca en el sainete, abismo en que ahora se despeñan tantos ensayistas; y, por último, si no nos convence su obra, me parece que debemos aplaudirla sin reservas por la liviandad de algunas escenas, por cierta discreta vis cómica y, sobre todo, porque hay mucha miga en el difícil asunto, no siempre mal desenvuelto.

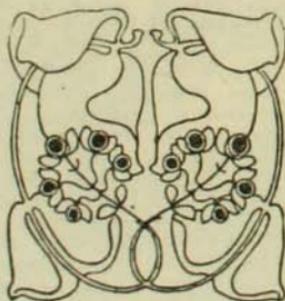
Acaso en "La Sombra del Caserón" no haya verdaderos caracteres, esto es, personajes que obren más en armonía con sus pasiones o sentimientos que con sus ideas, o

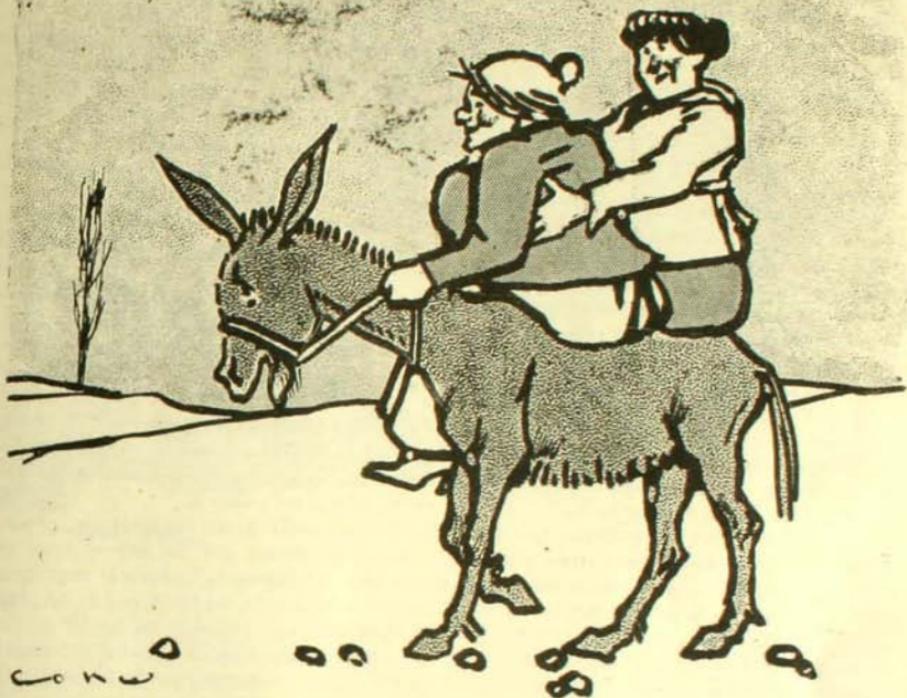
con los fines que les presta el autor, y falten, por lo tanto, esas sorprendentes adivinaciones del alma que son el rasgo más profundo del verdadero dramaturgo; pero, en todo caso, el veterano y hasta el periodista son seres copiados de la realidad, bien observados y con vida propia, que tienen el necesario relieve para que los reconozcamos y completemos en nuestra memoria. Ambos, y sobre todo el primero, están estéticamente delineados, y son consecuentes, en sus palabras, con el tipo a que pertenecen.

La comedia de Latorre está lejos, pues, de ser una obra baladí, accesible a cualquiera inteligencia y fácil de desarrollar por cualquier literato. Su primer acto, sobre todo, hasta el momento en que intervienen Carter y su amigo, es verdaderamente feliz, por la habilidad con que Latorre provoca y mantiene el interés, aunque después decaiga. Es también un cuadro de costumbres domésticas realizado en pocos perfiles.

En suma, la comedia vale menos que su autor; pero su autor comprueba evidentemente, con ella sola, que es capaz de hacer muchas mejores comedias. Y se lo deseamos muy de veras.

CESAR SILVA.





Sobre los lomos robustos, los robustos cuerpos de las maritornes.

Un apóstol de la libertad

(CUENTO QUE PUEDE SER FABULA)

Por René Ramade

A don Augusto Orrego Luco

En una hacienda del sur, en medio de la cual se alzaba un viejo caserón colonial, solar de una familia propietaria antes de viejos pergaminos heráldicos y hoy dueña de títulos salitreros, vivía un asno joven de modesto origen, que merced al desarrollo de la instrucción en nuestro país había logrado completar su cultura humanista optando finalmente al grado de Bachiller en Filosofía.

Sus modestos recursos y la carencia de parientes entre los distribuidores del Erario Nacional impidieron a nuestro personaje dar desarrollo a sus aspiraciones, y sus sueños de triunfo hilvanados en las aulas escolares se derrumbaron fragorosamente ante la imponente realidad.

Tuvo, pues, que recluirse entre las cuatro tapias de aquel fundo añogado de toda

alta viviente, y a donde llegaban, sólo de cuando en cuando, noticias exteriores por medio de libros y revistas que traían al viejo solar las últimas ideas de los más preciaros pensadores del siglo.

Nuestro buen asno se embebía en la lectura de esas portadoras de luz, y un ansia de renovación iba poco a poco apoderándose de él.

Con gusto hubiera penetrado en la biblioteca de sus amos a continuar su interrumpida instrucción, si estos se lo hubiesen permitido. Pero los viejos señores, que al par que muy ricos eran muy egoístas, no daban ocasión a nuestro culto asno para manchar con el barro de sus pezuñas la limpieza esmerulosa de las alfombras de Smyrna y del "parquet" suizo cuidadosamente encerado.

El asno recibía esas negativas rotundas y groseras con pasiva filosofía, contentándose con lo que las criadas le facilitaban, a hurtadillas de los amos avaros.

Estos no conocían las pasiones que agitaban el alma de aquel cuadrúpedo meditabundo, y mal podían comprenderlas, al mirarle pasar, gacha la cabeza, con las orejas colgando, cumpliendo el servil cometido de llevar a la más cercana aldehueta sobre los lomos robustos los robustos cuerpos de las maritornes campesinas.

Pero todo tiene su vuelta en este mundo y el ansia de nuestro héroe debía ser pronto satisfecha basta la saciedad: Un día, los señores habitantes del viejo caserón colonial, hartos ya de vida Diocleciana, de coles y betarragas y aire puro, resolvieron aprovechar el usufructo acumulado de sus estacas salitreras,—que usaban respetable cantidad,—y emprender largo viaje por las luminosas ciudades del Viejo Mundo hasta llegar a París, la incomparable.

El asno, al recibir la noticia, lanzó un rebuzno complacido. ¡Por fin, por fin iba a poder cumplir su sueño de cultura tanto tiempo acariciado! ¡Oh, los gruesos volúmenes de clásica, sabrosa y lozana literatura! ¡Cómo los iba a devorar! ¡Cómo se deleitaría en la lectura sabia de los viejos filósofos! Ya veía perfilarse en los lomos rojos de cuero de Rusia las letras doradas representando los nombres del Eclesiastes, Eróstrato, Averroes, Brahama, Bhuda, Platón... ¡Ah! Y la dilecta y amena literatura

de los dilectos Horacios, Virgilio, Ovidios, que se extendía sobre metros y metros de estantería severamente barnizada!...

Holgábase ya con anticipación del placer refinado que sentiría en masticar aquellos dísticos olorosos y frescos y en paladear glotonamente aquella prosa ágil y experta, llena de sentencias elevadas...

El día de la partida de los amos, parecióle más clara la campiña, más luminoso y más amplio el sol, más bajos los montes y más verdes y reidores los árboles bajo la naciente primavera...

Apenas descubierta en el horizonte polvoriento la chata diligencia, púsose a pensar el asno la forma más acertada de proseguir su trunca ilustración. Preguntábase si debía comenzar por la literatura y continuar con los filósofos, o iniciarse en los segundos y buscar el ameno reposo en las blanduras de la imaginación después del rudo trabajo del cerebro...

Indeciso, cedía a las inclinaciones producidas en su ánimo por las impresiones del momento: El aire de la mañana le impregnaba de una devoción bucólica que le levantaba enhiestas las orejas airosas; el sol de mediodía le calentaba de tal modo el testuz, que se sentía arrebatado por furiosos arranques revolucionarios: lanzaba entonces, como una irresistible catapulta, a través de los campos frescos, su cuerpo joven y nervudo en un galope desenfrenado. La tarde,—"ora dil tramonto", que diría d'Anquizio,—le llenaba de una inquietud mortificante.

—¿Seré poeta?—se preguntaba entonces, presa de una inefable angustia de lirismo.

Cada uno de esos períodos le hacía pensar en lo mismo: le hacía meditar sobre sus aptitudes más marcadas, las cuales fomentaría con el estudio metódico de las más selectas obras contenidas en la vasta biblioteca de los señores de Soto Alva, "actualmente en Santiago, de paso para París", según rezaba una gaecilla en la Vida Social de uno de los últimos números de "El Mercurio".

II

Usábase mucho, por aquellos días, en los periódicos, cierta palabreja rara que había llamado la atención de nuestro héroe, sin saber a punto fijo por qué: era la palabra



Gozábase de los arrebatos de Proudhon...

“maximalismo”, aplicada a las teorías revolucionarias practicadas en los pueblos del norte de Europa,—cuya especialidad había sido reservada a los rusos, quienes, a su vez la habían delegado en sus vecinos los tudescos.

Atrajéale sobre manera el estudio de esa palabra; tanto, que al cabo de unos días de vacilación, decidió adoptar como sendero único de sabiduría el alto camino de las ciencias sociales, cima y pináculo del entendimiento desde que dos hombres se juntaron con el propósito de formar lo que se llama sociedad...

Resolvió, pues, comenzar aquella misma tarde su cultivación en ese plantel, y dejando a un lado el herbolario bucólico que le deleitara hasta entonces, dióse a subir, con paso grave y magistral, las graderías que por lujosas dependencias conducían a la biblioteca amplia y selecta, almacén de los más agudos pensamientos humanos.

¡Cuántos “eureka” entusiasmados lanzó a la vista de tanto y tanto volumen ricamente empastado cuyo corte cubierto por un polvo sutil daba la patente exacta de su virginidad!

Es que, ocupados en la vigilancia de las siembras, en los esparcimientos sabrosos de la caza o de la pesca, leían poco esos nobles señores de Soto Alva... Siendo, para ellos, la lectura, oficio pesado que hacía perder la contemplación de esa magnánima naturaleza que encerraba su vasta y pródiga hacienda...

Nuestro asno no volvió, como antes, a retozar por los prados y a lanzar como bñndo errante su cuerpo rosillo, joven y nervudo. Caba.gó gafas sobre las narices robustas, tornóse paciente y mesurado, como conviene a los sabios profundos, y rebuznó mucho, mucho... El pacífico jumento, honra y prez de la raza asnal, se ensayaba como orador...

¡Ah! Y añadiera, a la vestimenta de que le dotó la Naturaleza protectora, un rojo pañuelo atado al cuello.

Es que leyera, en las tardes ociosas de aquel verano cálido, toda la cálida literatura de los ilustres maestros de la ciencia sociológica. Hundidas las orejas en las páginas, gozábase de los arrebatos de Proudhon, de las arengas luminosas y regeneradoras y libertarias de Marx, de Ferri, de Janet, de

Posada, de Guyot... ¡Y aquellos discursos de Jaurés!... ¡Cómo volvían a su imaginación esas palabras aborrecidas de "aristocracia", "plutocracia", "oligarquía!"...

—Sí, —se decía,—la propiedad es un robo, la separación de castas, una abominación, el gobierno por unos cuantos, una ignominia, el trabajo, un crimen... La Sociedad debe ser igualitaria... ¡Todos para uno, uno para todos!...

III

El asno, después de la lectura reconfortante que tantas y tantas nuevas ideas hiciera germinar en su cerebro, añadió un día a las gafas y el pañuelo rojo una gasienta gorra; y en la tarde, tendido en la muelle hierba, bajo la amable sombra de un durazno en flor, meditó largamente.

—Los apóstoles de las nuevas ideas, —pensó,—deben sacrificarse a los intereses comunes: quien haya descubierto la verdad, debe propararla a todos los ámbitos. Así, yo, que he descubierto que la sociedad está completamente corrompida, ¿por qué no he de divulgar ese descubrimiento en pro de la salvación de todos los esclavos?... Manos a la obra, pues, y cantemos loas a la libertad de los siervos!...

Se levantó y echó a trotar por el camino polvoriento bordeado de piedras musgosas entre las cuales murmuraban los expertos regatos abriéndose camino.

En los prados circundantes, unos hombres, pala en mano, desbrozaban la tierra húmeda.

Atravesó en su ruta un pinar. Más lejos, un vasto campo pardo, color de tierra joven, fecunda. En medio, pacífico, arrastrando tras sí toda su melancolía junto al arado, paseaba la majestad de un buey.

En el pinar silbaba un mirlo.

—He aquí la ocasión de hacer un adepto de la causa noble, —opinó el jumento.

Llegaba el crepúsculo. Desunido el buey después de la faena ruda, su conductor, un hombre, le dejó libre. El asno, desde la seña del camino, le observaba con atención.

El humilde descendiente de Apis, cuyas glorias cantaron los mejores poetas de todos los tiempos, escrutó con los vidriosos ojos todo aquel campo de tierra húmeda, joven y suelta, en busca de algo que comer. Mas, ni un haz de heno, ni una broza reseca, ni una raíz miserable que masticar y rumiar!...

¡Era el colmo! Un día entero de labor completa, bajo el asca del sol, con el magro gaznate abrasado de sed, ¡y ni una gota de agua, ni una brazada de pasto tierno y reconfortante en pago de las fuerzas gastadas!...

Un desaliento enorme embargó el espíritu del buey, que mugió tristemente.

—¡Desgraciados los siervos uncidos al carro del poderoso!, —comenzó.— ¡Desgraciados los esclavos del trabajo que ruedan por el abrupto camino sin hallar el tronco de un árbol joven que detenga su derrumbamiento!... ¡Desgraciado de aquél que nació pequeño en la viña sagrada del Señor! No se hizo la dulce vid para sus labios... Ni la alegría, ni el placer, ni la paz... El hambre, el azote, la reclusión: Eso es lo que nos queda a los de abajo, que aramos, sembramos, desbrozamos! Todo, para que una tarde llegue una teoría de hombres y mujeres armados de hoces... y sigue!

Escuchó el asno con oído complaciente las lamentaciones del buey. Se sintió feliz al saber que había ya alguien, entre sus hermanos, que, humillado y ofendido, como los héroes de Dostoiewsky, pedía la reparación de ofensas y humillaciones.

Acercóse, pues, con paso blando y mesurado, hasta su camarada en desgracias.

—Hermano, —le dijo,—tú que te quejas tanto, que tan vencido te hallas bajo el yugo, ¿no has pensado alguna vez en la sutil libertad? ¡La sociedad nos explota, viviendo a nuestras expensas! ¡Libertémonos de la esclavitud! ¡Desliguémonos de esos oligarcas que nos arrebatan el sudor de nuestras frentes! Yo, hermano, he descubierto que el único medio de arreglar esto, de solucionar todas nuestras necesidades, es presionar a esos capitalistas inicuos por medio de una huelga...

El buey le miró un momento fijamente. Como no se conocían, el buey desconfió un poco; pero tantas y tan buenas citas de Marx, de Bakunin, de Darwin, de Jaurés, de Trotzky, de Lenine y de otros, hizo el asno, que el buey comenzó a convencerse...

—¡Y qué se hace en estos casos?, —preguntó.— ¡Cómo se hace una huelga?...

—Sencillamente, no haciendo nada. ¡No hay que trabajar! ¡El trabajo es un servilismo! ¡Mueran el capital! ¡Mueran los explotadores!...

El buey, por fin, se convenció completamente, y coreó las excreaciones del jumento con un mugido que hizo estremecerse las ramas de los olmos cercanos...

—Ahora,—añadió el asno,—vamos a pescar... Ya no se trabaja... ¡Viva la libertad! ¡Viva el pueblo soberano!...

Salieron juntos del campo labrado, el asno revolucionario y el buey neófito. Por la carretera pororienta, por cuya orilla se deslizaban rientes y apacibles los expertos regatos, caminaron largo, muy largo...

Y dijo el buey:

—Hermano, bien está no trabajar; bien está rebelarse contra las leyes inicuas... Pero la fatiga trae al hambre, hermano...

El asno quedó estupefacto. ¡Comer, cuando se era libre!... Pero la fe del catequizado no debía decrecer. Entonces respondió:

—Amigo buey, ahí tienes un prado todo cubierto de trébol refrescante... Hártate, que yo te acompaño...

—Pero, hermano, ¿acaso no tiene dueño esa hierba apetitosa? ¿No pertenece acaso a nuestro amo y señor?...

—¡La propiedad es un robo, compañero!

Debemos distribuirnos la tierra y gozar del usufructo nosotros, que la cultivamos...

La verdad es que en su vida tirara el asno de un arado ni fuera uncido a una carreta. Pero el buey, viéndole su igual, le creyó mansa y cándidamente, y se entró para la verduz maseando copiosamente el verde y sabroso trébol...

Cuando terminaron, tendiéronse en el suelo a charlar. La noche, serena y moteada de estrellas, se cernió de pronto sobre ellos.

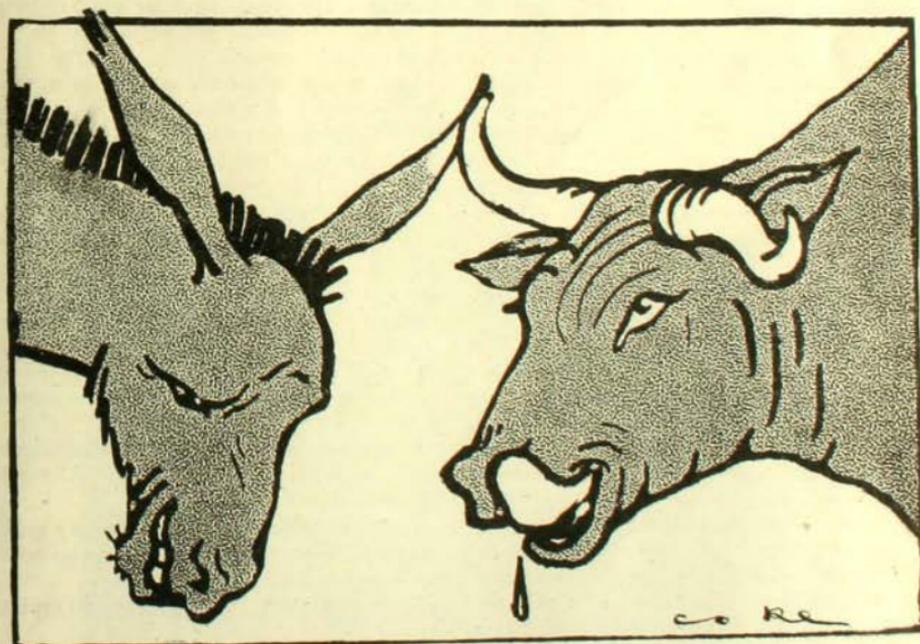
Habló el asno:

—Compañero buey: Ya que te has interesado por la libertad de los humildes y por derribar esa sociedad de aristócratas que nos mantiene en el más abyecto de los servilismos, debes imitar el gesto altruista que he tenido al iniciarte... Debemos pedir nuestro mejoramiento, y, al mismo tiempo, el mejoramiento de todos nuestros camaradas...

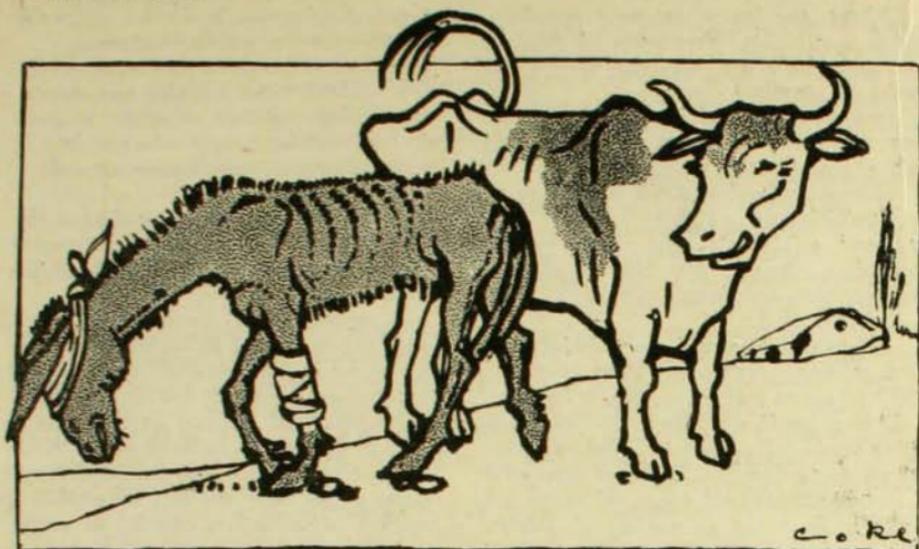
Debemos cantar por la libertad de los humildes... ¡Cantemos, compañero!... ¡Cantemos un himno de gesta!... ¡Cantemos!...

Y alzándose brioso sobre las escuálidas piernas, el asno canto...

Pero, ¡oh, desgracia!, las más claras vi-



—Hermano: le dijo...



—Oye, hermano, ¿qué haces que no cantas ahora?

braciones de su garganta asnal fueron interrumpidas: Una voz, salida sin duda del pecho de alguno de esos oligarcas llamados hombres, tronó un anatema aplastante:

—¡Aijuna! Y'onde los vine a hallar... ¡Y en la mejor siembra estaban los malditos!... Y vos, burro condenao, ¿d'ónde salís?... ¡Andando!... ¡Fuera buey, fuera!...

Y empuñando con fuerza el rebenque, a pesar de las protestas, los cantos libertarios y los rebuznos airados, echó a caminar delante de él al asno revolucionario y al buey neófito, hacia el infecto corral...

IV

Volcóse muchas veces la clepsidra cotidiana: muchos nuevos acontecimientos distrajerón la atención del mundo, mas, en el vasto solar de los señores de Soto Alva, las cosas seguían, como en unos versos conocidos, "siempre exactamente igual"...

Es decir, casi igual. Porque, después de la sorpresa de que fueran víctimas él asno filósofo y su acólito el buey, condenárase a uno a canteras, y al otro a seguir su vida perenne, hincando el arado rudo en la tierra parda, joven y fecunda...

Todos los días de la semana, de madru-

gada, bajo la fusta irritada del arriero, marchaba el asno hacia la cantera, a tirar el carrieoche Decauville lleno de cascajo hasta las carretas chatas que lo llevaban al ferrocarril más cercano.

Los domingos, desde la salida a la puesta del sol, uncido al malacate de la tahona, molía un trigo que no había siquiera de probar... ¡Ah! ¡La libertad!...

El buey, que no extrañara la vuelta al arado, no sentía tanto el peso de los días laboriosos. Su mansedumbre desencantada era siempre la misma, y ya no mugía cantos de rebelión al no tener qué comer.

Una tarde, a la hora del crepúsculo, venía por el largo camino polvoriento, hacia el corral, cuando por un atajo, conducido por la fusta irritada del arriero, apareció el asno.

Venía con la cabeza gacha, dejando colgar tristemente las flácidas orejas. Al verle, volvió la vista.

El buey, entonces poniendo en sus palabras toda la malignidad que pusiera un hombre, levantó la cabeza majestuosa:

—Oye, hermano, ¿qué haces que no cantas, ahora?...

Y dicho esto, siguió camino adelante, perdiéndose pronto en la polvareda sutil...

RAPA NUI

Por J. Ignacio Vives Solar

Recientemente ha aparecido, editado por la Librería Nascimento, este nuevo libro de don J. Ignacio Vives Solar.

Es una reunión de bellos cuentos cuyo asunto está tomado de escenas de la vida de Pascua, y en los cuales el autor describe con prolijidad de detalles, la psicología primitiva de los habitantes de esa isla legendaria. El estilo, fresco y sin alambicamientos, realza el valor total de la obra, que constituirá seguramente un éxito.



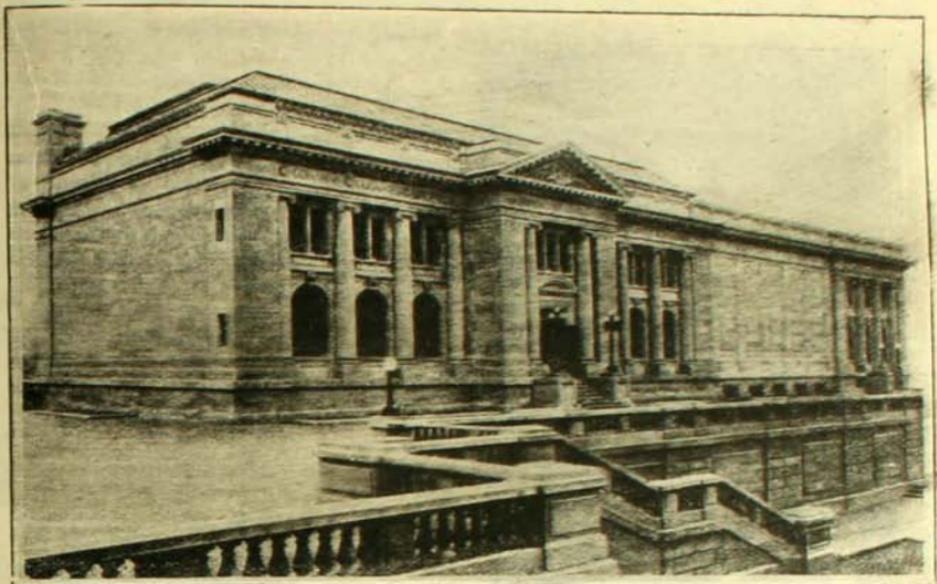
J. Ignacio Vives Solar





Señorita OLGA ZERWEKH S.

Foto Valck.



Edificio de la Sociedad Hispano-Americana en Nueva York.

Conversando con Mister William Parker

Por ALBERTO ECHEVERRIA.

En la compañía del excelente amigo Guillermo Feliú Cruz, llegamos una tarde al Hotel Inglés, residencia del señor William Parker, erudito y sagaz crítico inglés.

Hemos llegado a un 3.er piso. Dejamos atrás una estrecha galería que más adelante se abre en un pequeño hall desmantelado.

Siguiendo un pasillo obscuro nos detenemos al lado de una puerta de vidrios blancuados.

Feliú da unos golpecitos con el dorso de la mano. Un ruido de pasos lejanos se escucha sobre la alfombra.

Feliú se acerca y dice al oído: Es Mr. Parker.

Desde el primer momento me parece un hombre simpatiquísimo e inteligente.

De porte más b'en bajo que alto, regular-

mente delgado de cuerpo, son ágiles y nerviosos sus ademanes. Brillan en su rostro rosado y anguloso dos grandes ojos azules profundos que se agitan con viveza en las arcadas de las cejas. Su frente espaciosa, quebrada de arrugas, echada hacia atrás como descansando en la cabeza maciza de abundante cabellera gris.

Nos conduce una galita cuyos balcones caen a la calle Ahumada, dispuesta con lujo sencillo a la vez que elegante.

Sobre la mesa hierve bulliciosamente el té que desparrama por la pieza su aroma fragante.

—¿Hace algún tiempo, pregunto a Mr. Parker, que Uds. han llegado a Chile?

—Sí, muy cerca de dos meses, dejamos a Lima.



William D. Parker

—Feliú nos habló de una misión suya encomendada por la Hispanic Society de América.

—Sí. La Sociedad ha realizado eficazmente su labor literaria y cultural que nunca descuidará y hoy día se preocupa también de realizar una obra social de mayor utilidad para las buenas y armoniosas relaciones de los países de lengua española.

Mi viaje a América obedece a este deseo de la Sociedad. Ella me ha encomendado la misión de visitar cada uno de los países americanos y escribir biografías de sus hombres eminentes contemporáneos para remediar así nuestra ignorancia que sinceramente deploramos y estrechar fuertes lazos de amistad.

América nos es enteramente desconocida, si desapareciera (dice con voz triste, una vaga tristeza asoma a sus ojos claros al evocar la larga mano cariñosa del Tío Sam extendida hacia América, por la que tanto suspira), se conocería la vida de contadísimos

hombres, de algunos cuantos Presidentes, de don José Toribio Medina, muy leído y estimado por los eruditos de allá, de don Ricardo Palma y... nadie más...

De estas biografías que presenta en sus rasgos esenciales la vida de viejos y jóvenes, se esparraman millarés de ejemplares en los Estados Unidos. En pocos días más aparecerá el libro de los bolivianos que prepara la Imprenta Universitaria, y antes de dos meses el de los chilenos que escribimos desde algún tiempo con los señores Luis Ignacio Silva y Guillermo Feliú, mis inteligentes colaboradores, dice, dándoles una mirada llena de mañaca. Los electrotipos los envío a los Estados Unidos y allá se hace una nueva edición.

Una vocación alegre distrae la conversación.

—Algunos años más tarde, prosigue, sin cuidar de la mirada hostil y hurana del simpático muchachito, que se restrega con el dorso de la mano los ojos torcosos, fui designado editor, director de 'Del Atlantic Monty Magazine', juntamente con Walter Paegge, muerto el pasado año de Embajador de los Estados Unidos.

Es la más antigua de las revistas norteamericanas, fue fundada el año..., se detiene un momento, lleva la mano carnosa a las sienes para concentrar el vago recuerdo y añade después, el año 1857.

El año 1902 dejó la dirección de la revista para ocupar el cargo de censor literario de la firma editorial Houghton and Caisejero Mifflin.

—Interesante sería conocer la naturaleza y condiciones de su cargo, que no existe en nues- país.

—En Estados Unidos es costumbre que los libros los publiquen casas editoriales.

Cuando la casa desea solicitar libros para su publicación, es el censor quien señala los nombres de los autores que estima más convenientes, habla con ellos para conocer las obras, ajustar las condiciones y, finalmente, resolver de su aceptación.

Ocurre a veces que el censor se encarga también de enmendarlas.

Así se estorba decisivamente la aparición de obras sin mérito y se da un criterio literario a la casa editorial.

—Conoce Ud. entonces a grandes artistas y hombres públicos.

—Sí, recuerdo haber celebrado entrevistas con los Presidentes Roosevelt, Cleveland y Wilson.

—Hemos leído en diarios norteamericanos y últimamente en un artículo de Carlos Silva Vildósola, alusiones al carácter reservado y autoritario de Wilson.

Mr. Parker descansa la cabeza pensativa sobre la mano.

—Sí, balbucea trabajosamente, luego se detiene espantado de la afirmación que ha caído de sus labios secos.

—Diga Ud. con franqueza, nadie nos oye.

—Oh, Uds. son periodistas y de lengua muy suelta.

Su señora nos sirve en ese momento una taza de té hirviente, cuya fragancia revela su exquisitez.

Mr. Parker respira satisfecho, el té le ha salvado momentaneamente de una declaración que no hallaba medio de evadir.

Después de un momento de silencio le volvimos a acometer nuevamente.

—Oh, Uds. los periodistas son terribles... verdaderamente terribles.

Bueno, cuidado con decir algo, lo que voy a contarles es para Uds. Para Uds. nada más, viene a insistir clavándonos la mirada penetrante para descubrir la firmeza de nuestra resolución.

Refieren sus enemigos políticos, oigan bien sus enemigos políticos, que Wilson nunca oye los consejos e insinuaciones respetuosas de los hombres que le ayudan en el Gobierno. De cuantos problemas llegan a sus manos tiene conocimiento y los resuelve según su criterio personal.

Cierto prestigioso senador se acercó para decirle que en un viaje a Méjico había ahondado hasta sus entrañas la situación del problema y que tenía conocimiento de ciertos hechos que daban a la cuestión un sentido desconocido.

Lo hizo pagar a su despacho privado y oyó sin replicar la exposición de hechos e ideas del senador.

Al concluir, Wilson replicó secamente: El problema yo lo he resuelto, y se retiró a su escritorio, dejando confundido a su consejero

y con la palabra tembando en los labios.

Como huyendo del fuego, desvía Mr. Parker la charla.

—¿Las revistas y periódicos remuneran bien a sus redactores?

—¡Oh! Sí. Recuerdo haber pagado a Kipling mil dólares por un pequeño poema que ocupaba una página de la revista. Jack London, cuentista muy popular, me dijo cierta vez que diariamente escribía antes del almuerzo mil palabras (6 carillas de letra apretada y menuda, que un diario neoyorkino paga a 10 céntimos por línea). Es decir, 100 dólares diarios.

Después de apurar en silencio un pequeño sorbo de té, interrogo:

—¿Existe armonía entre el soberbio y espléndido desenvolvimiento de las industrias y el de la literatura?

—Me parece que no, dice sin vacilar. En concepto mío y es ésta una opinión personal, no existe hoy día en los Estados Unidos un hondo movimiento intelectual propio de razas más espirituales y sutiles. No hay ningún Kipling, añade moviendo la cabeza tristemente. Grandes poetas no los hay.

—Ud. parece tener por Kipling grande admiración.

—Sí, he escrito un libro que quiero mucho, "La religión de Kipling".

Sobre su consoladora filosofía de energía y de fuerza del alma sobre la materia rebelde. Es un espiritualista exquisito.

Los poetas norteamericanos pueden dividirse en dos grupos que representan dos tendencias perfectamente definidas, responde a una pregunta; la clásica humanizada con una débil palpitación romántica respeta con devoción los cánones rigurosos, las antiguas reglas de la creación artística; y los modernos, espíritus ácratas, rebeldes, llenos de inquietud, con los ojos clavados en el misterio, han recibido la influencia de Walt Whitman y de los decadentistas franceses, son las suyas pequeñas y oscuras voces que ahoga el grito vigoroso y claro del alma clásica.

Existen otras orientaciones artísticas, pero insignificantes que debilitan las fuerzas individuales divididas.

—Roberto Underwood, George Woodbarry y Heng que es también ensayista y cuentista

ta admirable por el colorido de la visión, son quizá las figuras de mayor relieve de la antigua tendencia a mantenerla puramente.

Van Dck, Ministro en Holanda, autor del fuerte y bello poema "Ríos Pequeños", John Finley, jefe del departamento de Educación de Nueva York, son de los más avanzados. Wilcot, poeta sentimental, ha sentido los dolores y tristezas del pueblo en hermosos versos que están en los labios sufridores de las muchedumbres. Recuerdo también a Eduardo Marekman, autor del famoso poema "El hombre con el azada" de ruda y primitiva belleza.

—¿Qué piensa Ud. de Walth Withman?

—Walth Withman no me gusta; es un gran rebelde, dice alisándose la cabellera revuelta.

—¿Ha sido decisiva la influencia de los simbolistas franceses sobre las nuevas generaciones?

—¡Oh! no, son muy poco leídos. El alma norteamericana altiva, es desdeñosa de toda extraña influencia, se nutre de su propia savia.

—¿Y la novela?

—Es el género, naturalmente, más popular, numerosos son los autores que alcanzan ediciones de sus libros de 500.000 mil y más ejemplares.

Su tendencia es la realista, es decir, reflexión de la vida. Llevar en este sentido la novela y alejarla del romanticismo enfermizo ha sido en mi concepto obra del cinema.

El cine ha dado a los argumentos vigor, energía, expresión fuerte y cierta vaga sensación de vida; la novela para interesar ha debido alejarse del sentimentalismo mórbido e ideal, de la filosofía caprichosa. El más popular es Jack London, **leader** de la escuela de Kipling, su carácter es realista pero no materialista. Mary Robert Rinehart, Owar Wister, han idealizado en sus numerosas obras interesantes estudios de la vida inquieta y febril de las ciudades.

Rew Bach, que entrega con mucha frecuencia argumentos al cine, me decía días antes de abandonar los Estados Unidos, que creía ganar un millón de dólares anuales, inventando argumentos para casas filmadoras.

—En Chile, le decimos, mientras da fuertes chupadas al cigarrillo medio apagado, se hace por cierto periodista mucho reclamo a Mar-

den Orisson Swett, autor de obras morales y filosóficas.

—Allá nadie le conoce, ni se preocupa de él. Es esta la primera vez que oigo tal nombre.

—¿Qué autores europeos son los más conocidos?

—Blasco Ibáñez, como Uds. saben, ha tenido un éxito sin precedente en los Estados Unidos; de algunas de sus obras se han vendido cerca de un millón de ejemplares.

Maeterlink es conocidísimo en Boston, la **Atenas de América**, como se la llama con justicia por su cultura y preocupación por los problemas de la vida. Massachusetts (Bostón es la capital de ese Estado), es el Estado que tiene mayor número de escuelas en el mundo. Es vieja costumbre en los Estados Unidos enviar a los jóvenes a hacer los estudios a sus Universidades. Existe la de Haward con sus 6 mil alumnos.

El sabio Harper, rector de la Universidad de Chicago, respondió en una oportunidad a un periodista que le interrogaba cuáles eran en concepto suyo las 6 primeras Universidades de los Estados Unidos.



Rudyard Kipling, célebre escritor inglés que ha influido poderosamente en la literatura norteamericana.

—La primera Howard y después es necesario dejar 5 puntos en blanco.

—A estos escritores es preciso añadir, continuó, los divulgados por la Hispanic Society.

—¿Quién es el fundador de la Hispanic Society?

—Mr. Archer M. Huntington, es un hombre joven de 48 años de edad, de cuerpo alto y macizo, pesa 330 libras y mide cerca de siete pies de altura.

A los 21 años emprendió un largo viaje por España. Quedó tan vívamente encantado de las bellezas del país, del alma gozadora y altiva de sus hombres, de la riqueza de su arte, que de regreso a los Estados Unidos publicó un hermoso libro, síntesis de sus sensaciones de España. "Apuntes de un viaje por el norte de España".

Adquirió valiosísimas obras de arte español. Su entusiasmo e interés por las cosas y hombres de la península aparece en este primer viaje.

En 1904, continúa; encendiendo un cigarrillo, fundó en Nueva York la "Hispanic Society", la más grande de las instituciones que se preocupan de la divulgación del arte español. La Sociedad tiene una idea, un fin, despertar un mayor conocimiento e interés reflexivo por España. Gracias a su acción cada día más extensa se revela en los Estados Unidos un entusiasmo real por conocer el español, que hoy día se enseña en casi todas las Universidades.

Mr. Ford (no el de los automóviles), el famoso hispanista, dice atusando las guías lacias del bigote rubio, ha escrito una gramática castellana para uso de las Universidades.

En Nueva York se editan tres periódicos en español.

Junto con fundar la Sociedad Mr. Archer y dotarla de un fuerte capital, le regaló un riquísimo museo artístico y una espléndida biblioteca, ambos avaluados en 12 millones de dólares.

Tiene, entre otras valiosísimas obras de arte, tres cuadros de Velasco (sólo el Museo del Prado de Madrid tiene más), varios de Murillo, Goya y Fortuny, muchísimos de Sorolla y Zuloaga.

Sorolla hizo la más completa y escogida de sus exposiciones de pinturas en el edificio de la Sociedad en Nueva York, con una asistencia calculada en 115 mil personas, número de concurrentes mayor al de otra cualquiera de las celebradas en el mundo.

Posee también una colección completa de obras de cerámica española y mejicana.

Ha publicado por cuenta suya, más de un centenar de obras c6lebres de la literatura española en hermosas ediciones cuidadosamente anotadas y dispuestas según el texto primitivo de sus originales por hispanistas tan eruditos como Foulché Delbosc, Leo Romain, Rodríguez y Marín, Bonilla y San Martín, y el propio fundador de la Sociedad.

Estos libros, responde a una interrogación nuestra, se envían a los socios y se ponen a la venta al precio de costo.

Hay cien miembros de número y 40 correspondientes.

De los primeros, recuerdo en España a Unamuno, Juan R. Jiménez, Rodríguez y Marín, Menéndez y Pidal, Blasco Ibáñez; Foulché Delbosc, en Francia, y dos en Argentina y Brasil designados por Mr. Archer en su viaje del año 1912 a esos países.

Su país, añade, tiene tres miembros correspondientes, los señores Domingo Amunátegui, José Toribio Medina y Rodolfo Lenz. Tengo el propósito de señalar 6 nombres más para socios.

Las últimas ediciones de la Sociedad son dos volúmenes elegantísimos de versos de Rubén Darío y Jiménez, seleccionados con finísimo gusto. El primero de ellos es particularmente muy leído.

Prepara un erudito estudio de la arquitectura b6rica del siglo XVI y una edición de lujo en 7 volúmenes del Quijote y un diccionario biográfico americano.

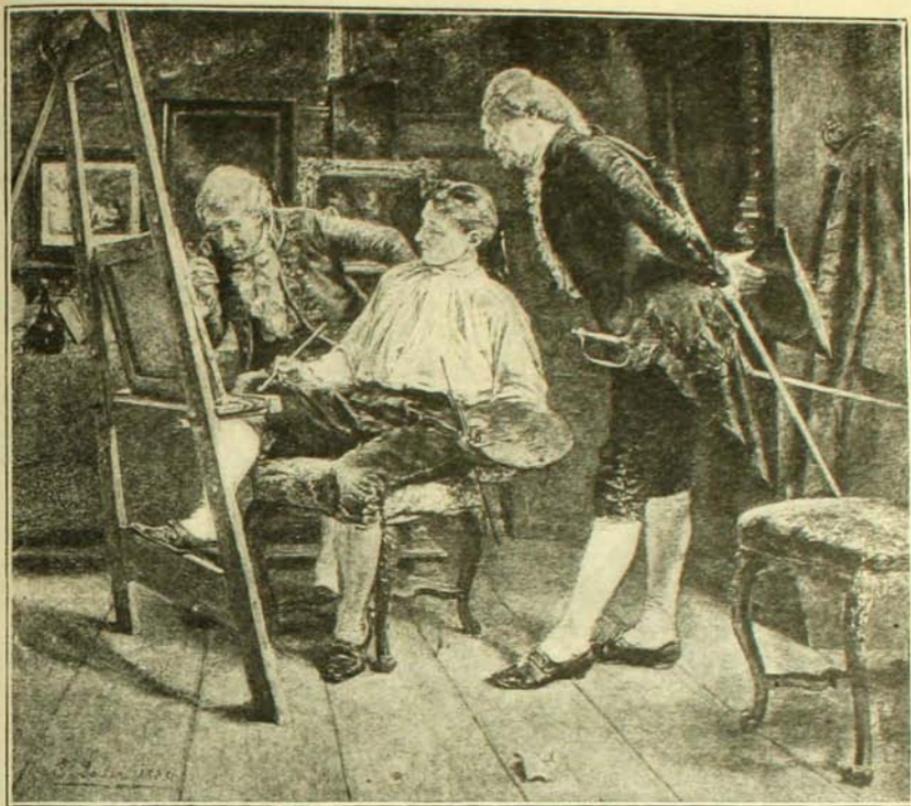
Han sonado las 8 en un reloj de la pieza vecina. Nos hemos levantado para despedirnos de la familia del cariñoso entrevistado.

En el umbral de la puerta que comunica con la galería enteramente alumbrada, seguimos conversando algunos momentos y bajamos de prisa a la calle, cruzada por algunos coches de alquiler que arrancaban ligeros bajo el látigo implacable del cochero azotando los caballos perezosos.



Señorita MATILDE AVENDAÑO MONTT

Foto. Rembert.



Su Alteza es: la madre de los estudiantes.

EL BUEN CARLOS

Por MONTESQUIEU

El duque Carlos Eugenio de Wurtemberg (1782-1793) educóse en Berlín y fué ferviente discípulo de Federico Guillermo, el famoso Rey Sargento. Su Alteza Serenísima gustaba mucho de banquetear a sus estudiantes y soldados. Y no obstante, el duque, a pesar de su refinada crueldad, había logrado inspirar a sus súbditos una verdadera veneración.

Desde que a lo lejos, en el campo, divisaban los labriegos al duque, bien a caballo dirigiéndose a una partida de caza, bien en

coche, dispuesto a dar un paseo, los aldeanos todos, hombres y mujeres, despavoridos, gritaban a sus rapazuelos:

—Aquí viene el duque, hijos míos, aquí viene el dispensador de toda gracia y de toda alegría. Prosteraos humildemente y hundíos en el polvo hasta confundiros con la tierra, para que no os vea vuestro augusto amo! Ansioso de expansionar su vocación de celador, celador severo, determinó el duque fundar en su propia Corte una escuela modelo, especie



Tu madre no ha muerto porque tu madre soy yo.

de Universidad perfeccionada, que más que nada fué una especie de cárcel-cuartel o prisión militar.

Allí todo estaba estricta y rigurosamente reglamentado a lo militar: clases, recreos, sueño, rezos. Allí reinaba, bajo la forma de terrorismo, un espíritu tal de orden que los escolares "apenas si se atrevían a respirar en presencia de sus celadores". El duque exigía a los alumnos la práctica de todas las virtudes, de que él, príncipe reinante, se encontraba adornado por derecho hereditario.

Todos los domingos, al dirigirse a sus protegidos, se dignaba Su Alteza tratar él mismo el tema de las buenas costumbres. En esto ponía un interés especialísimo, que se traducía en grandes propinaciones de vapuleos y días de encierro.

Schiller, hijo del jardinero mayor del prin-

cipe, fué admitido, **por orden**, a esta Universidad. Siete años más tarde, siete años, durante los cuales le asedió constantemente el deseo de huír, salió de la **prisión** de Stuttgart, enemigo furibundo de toda institución presente, pretérita y futura, abominando la tiranía y la corrupción de aquella pequeña Corte alemana, y descorazonado ante la miseria y villanía del pueblo servil.

Vibrando aún de indignación, pintó el poeta las costumbres que le inculcaran y las escenas que presenció tan de cerca, en su tragedia burguesa "Intrigas y Amor". En ellas expuso su desprecio por aquellas almas alemanas regidas con la misma uniformidad que las piezas de un reloj, esdrávas de un autómatas, que ni tienen el valor de las propias convicciones, ni saben separarse de la opinión del maestro. Esos hombres son, según Schiller, como caballos, que espoleados sin cesar, no se atreven jamás a morder el freno".

Los otros alumnos, de naturaleza más disciplinada o menos rebelde, creyeron más prudente y conveniente aparentar fe en su soberano y confesar humildemente:

—Su Alteza es el **padre** de los soldados y la **madre** de los estudiantes.

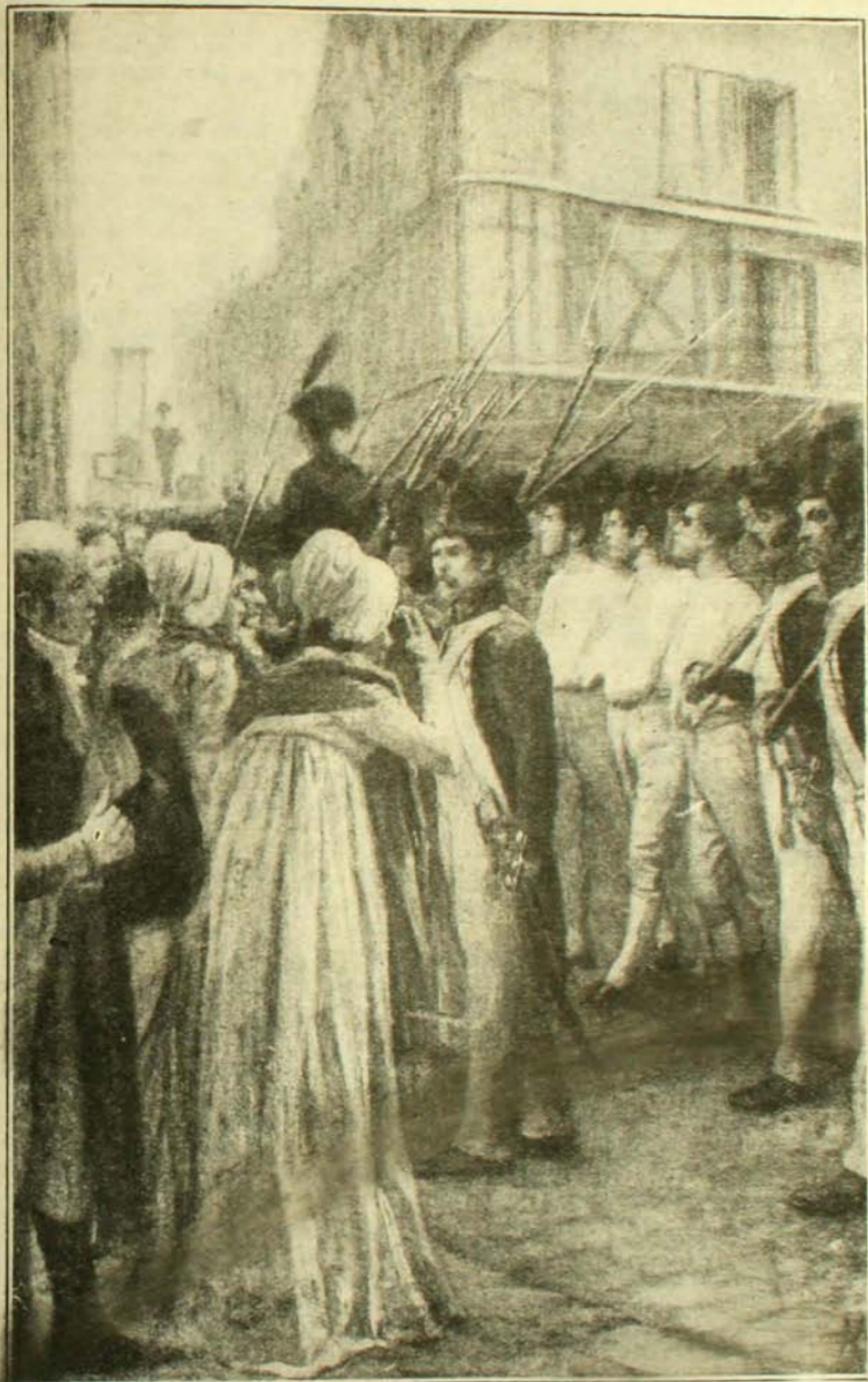
Y a fé que el duque se pavoneaba con tales títulos y lisonjas.

Un día acudió sollozando un alumno para pedir a Su Alteza un permiso por diez o doce horas para ir a enterrar a su madre. Carlos Eugenio le replicó con sequedad e indignación:

—¿Qué es lo que dices? ¡Tu madre no ha muerto, porque tu madre soy yo!

Y el alumno, todo confundido, se retiró pidiendo mil disculpas.

Como **padre** de los soldados no era más suave el comportamiento de Carlos Eugenio. Tenía el duque necesidad de algunos miles de luises para regalar un collar de perlas a su favorita? Inmediatamente llamada a su fiel Rieger, el coronel reclutador; le decía unas cuantas palabras y allá iba Rieger con sus ojeadores, dejándose caer sobre las aldeas vecinas a robar el número deseado de jóvenes aldeanos. Pronto se armaba una algarabía de gritos de desesperación entre los jóvenes, coreado por sus viejos padres, que les seguían sollozando.





—Y bien, hijos míos; vais a partir para Inglaterra.

Aquí una joven madre, desesperada, arrancaba del pecho a su hijo y le presentaba a las bayonetas de los raptores. Allí, el novio era separado, a sablazos, de su prometida. Y al redoble atronador de los tambores, que ahogaba los gritos, súplicas y llantos, los reclutados eran arrastrados hasta la ciudad. Allí se les proporcionaban uniformes. Después, antes de mandarlos al punto de destino, eran conducidos a la plaza de armas, donde el augusto amo se dignaba pasarles revista y confortarles con algunas frases en que vibraba toda su afección paternal:

—Y bien, hijos míos; vais a partir para

Inglaterra, de donde se os mandará a reparar buenos mandobles a los salvajes de América. Creo que estaréis contentos. ¿Verdad que lo estáis?

Fuera por instinto propio, fuera por consejo paternal, los jóvenes aldeanos inmóviles y mohinos, guardaban un silencio amenazador. Una vez, sin embargo, ante la amable sonrisa del duque, quince de aquellos infelices, más atrevidos o más cándidos, salieron de la fila y expusieron, ya que su Alteza tenía la increíble bondad de consultarles, que los progresos de la colonización inglesa les importaban a ellos muy poca cosa y que no se sentían con ninguna vocación para ser carne de cañón. Uno de ellos llevó su audacia hasta preguntar a Carlos Eugenio:

—¿En cuánto vende Ud. el par de hombres, monseñor?

Abochornado ante tamaña osadía, el duque perdió su sonrisa y replicó con gesto torvo:

—¡Yo no te vendo, idiota; la carroña no tiene valor ninguno, ni hay quien la compre!

Y a una señal de su Alteza, el fiel Rieger y sus batidores alinearon junto a una muralla al atrevido campesino y a sus catorce camaradas. Silbaron las balas y los cerebros saltaron esparcidos por tierra. Después de esto, recobrando su habitual sonrisa y su buen humor, golpeando alegremente su bastón, Carlos Eugenio concluyó:

—Ya veis, hijos míos, que yo no os hago violencia. ¿Quién es el que ahora para dar gusto a su papá, quiere partir voluntariamente?

Al momento, rompiendo en un solo arranque, el silencio y la inmovilidad, lanzando al aire sus sombreros en uno de esos raptos frenéticos guerreros que sólo saben tener los alemanes, todo aquel pequeño ejército de voluntarios se puso a gritar con entusiasmo loco:

—¡Viva nuestro paternal soberano! ¡Hurrah por la América!

... Y este duque de Wurtemberg fué el que su pueblo, sin guardarle el más mínimo rencor, por el fusilamiento de aquellos jóvenes soldados, ni por el vapuleo de los estudiantes designó e hizo famoso después por el nombre de el buen Carlos.

Así se escribe la historia.



Santiago Lefebvre se roía las manos, incapaz de comprender tal encarnizamiento de la suerte...

La flecha envenenada

Por J. H. ROSNY

Era para los Lefebvre una hora lúgubre, una de esas horas que parecen el fin del mundo, en que se espera la muerte. Cenaban de pan seco,—una libra para cinco personas. Sobre el cuarto desnudo se extendía la luz de un crepúsculo rojo, que diseñaba dos sillas calvas, un baúl ruinoso, que hacía oficio de mesa y tres pañadas desgarradas. Santiago Lefebvre se roía los puños, incapaz de concebir tal encarnizamiento de la suerte.

Tres meses de enfermedad, cuatro meses de diligencias, la caza espantosa a través de la selva social, con hombres que parecían fieras, tan indiferentes como los árboles, las piedras y las aguas. Cuando llega la miseria, todo se vuelve miseria. Es una avalancha

que arrastra otras avalanchas. Santiago y su mujer habían luchado con toda su endeble energía, que se había destrozado a cada vuelta del camino.

Por aquí y por ahí, una mancha fugitiva, un magro botín que se gastó luego, mientras el mobiliario se iba, pieza por pieza. Sólo queda un pariente, rico pero implacable,—alma de avaro, helada, inexorable,—a quien sólo ir, acientaron las súplicas de los desgraciados. ¿Es preciso morir?... Santiago mira a su mujer, palida, de hundidas mejillas y cuyos ojos se han vuelto siniestros, como aplastados en las cuencas; mira a sus dos hijas, raquílicas, que ya no creen, que tienen una piel de cera sobre los huesos es-

cuántidos; y mira por fin al muchacho que ha "heredado" de su amigo Honé, al cual se ha acostumbrado a querer como a un hijo. Pero a ése, fuera del hambre y la miseria, le roe otro mal, mal hereditario que es inexorable.

—¿Cuándo concluirá esto?, —interrogó Santiago en voz alta...; y pensar que hay tanto pan... tantas riquezas!...

Se lamenta entonces de no ser un artesano, imaginándose que los que trabajan con sus brazos desentran fuentes nuevas e inagotables; mientras que él, que es sólo un contador, con una pluma como herramienta, es el siervo de oscuros papeleos...

—Alguna vez ha de mirarnos la suerte!, —murmura la señora Lefebvre con voz apagada... Tengamos un poco de paciencia, mi pobre amigo!

En su alma de mujer, el optimismo es más profundo. Acepta esos azares, esas circunstancias absurdas que rondan en torno de todas las criaturas y que desaniman la lógica de Santiago. Sin embargo, sus fuerzas se agotan. Algunos golpes más, y, como su marido, aborrecerá la vida. Estrechada a sus tijas, en un gesto de suprema protección, mientras Lefebvre atrae hacia su pecho al pequeño Pedro, que se estremece de fiebre y parece más vibrante que de costumbre al abrazar a su protector con una brusquedad salvaje.

El crepúsculo se pierde entre las nubes; la luz decrece en el cuarto desnudo...

Una terrible acusación

Rompe el silencio el tilintineo de la campanilla. Todos se sobresaltan. Esa es la voz de lo desconocido, la que trae las noticias misteriosas. Ella es: el temor y la esperanza; amenaza y promete, feroz o consoladora, salvaje como un alarido o acariciadora como el susurro de las fuentes.

Temblosa, Mme. Lefebvre se dirige hacia la puerta. Aparece un hombrecillo, seco y ágil, demacrado como un actor, con pupilas que penetran y se esquivan en seguida.

—¿Tengo el honor de hablar con la familia Lefebvre?, pregunta con voz cascada, después de herir los rostros con sus ojos.

—Sí, señor,—dijo la mujer cansadamente.

—Bien... Muy bien!, —prosiguió el hom-

bre entrando a pasos menudos en el cuarto... Es que tengo una gravísima noticia que comunicarles.

Se detuvo, como queriendo escuchar el silencio de los desgraciados, silencio ávido y terrible; luego asestó la noticia:

—¡Vuestro tío Celestino Lefebvre ha muerto!

Sus ojos se agrandaron, para retratar las actitudes.

Fué primero una sorpresa semejante al terror.

Luego Santiago dió un grito ronco, en que se notaba una formidable liberación, expresada también por la faz muda de Mme. Lefebvre.

El recién llegado manifestó desengaño:

—¿Ustedes no lo esperaban, verdad?...

—Realmente, no,—dijo Santiago.

—¿Es usted su único pariente?...

—Somos sus únicos parientes. Mi mujer y yo somos primos hermanos... parientes del difunto en un mismo grado.

—¿Y por lo tanto únicos herederos del señor Celestino Lefebvre? ¿Está Ud. seguro?

—Absolutamente seguro.

—Entonces—dijo el hombre con una lentitud desesperante,—entonces su situación es grave.

Iba a hablar cuando sus ojos cayeron sobre los pequeños; se mordió los labios.

—Quisiera decirle algo particularmente,—prosiguió cortésmente.

Santiago se acercó al hombrecillo. Su palidez se acentuó. Mme. Lefebvre tenía también el rostro contraído, pero su actitud era, en suma, más serena que la de su compañero.

—Pedro,—dijo volviéndose hacia el muchacho,—¿quieres salir un momento a pasear las niñas?... ¡Mucho va usted a demostrar, señor?, —preguntó al desconocido.

—¿Oíste, Pedro? Ve, entonces, hijo mío Pedro titubeaba. Una emoción tierna y violenta hacía vibrar sus labios. Mostraba extrema nerviosidad, pareciendo que iba a precipitarse ante Lefebvre.

—Ve pronto,—repitió Mme. Lefebvre.

Entonces, como contra su voluntad, se decidió a obedecer, saliendo con las niñas.

—Estamos solos,—murmuró Santiago. ¿Qué quería usted decirme?



Ni Santiago ni su mujer osaban salir, pues seguramente los diarios se habrían encargado ya de sembrar en el barrio la abominable sospecha lanzada por el polleto...

—Quiero decir,—articuló el hombre con la misma lentitud impresionante, que pesa sobre usted una acusación formal!

Lefebvre dió un salto:

—¡Una acusación... sobre mí!

Sus manos y sus rodillas temblaban; la cólera hacía palpitár sus sienes. Sus labios se agitaban queriendo pronunciar palabras que se perdían en un murmullo.

—Es un absurdo y una infamia!,—dijo finalmente.

—Y una cobardía imperdonable,—agregó su mujer,—si ha habido usted sin pruebas!

—No soy yo quien le acusa,—dijo el hombre casi melancólicamente, — es el mismo muerto...

Un silencio. Santiago y su mujer, con la cabeza gacha, sintieron pesar una amenaza obscura. ¿Esa hora, que debía ser la hora de la libertad, sería más feroz que las otras?

Habló Mme. Lefebvre:

—¿Quién es usted?—preguntó al visitante, —y en nombre de quién viene usted a atormentarnos en nuestra miseria?

—Soy Andrés Maurain, inspector de la Seguridad,—repuso firmemente el hombre.

Era una respuesta prevista. No emocionó más a los desgraciados, pero les hizo sentir más hondamente el frío de acero de la situación. Por otra parte, les dió mayor firmeza, conforme a ese fenómeno psíquico tan conocido que, desde la niñez, hace a la mayoría de los hombres más temerosos ante un peligro obscuro que ante uno definido.

—Según entiendo, dijo Santiago, nuestro tío nos habría acusado antes de morir... Eso me parece casi imposible, dado su carácter... a no ser que haya delirado.

—No ha hablado. Ha escrito.

—Menos entiendo aún... ¿Cómo ha podido escribir si ha muerto asesinado? Supongo que será un secreto.

—¿Lo es acaso para usted?, preguntó con sorna el policía.

—Si usted tiene alguna experiencia de los hombres,—dijo Lefebvre con vehemencia,—mírenos bien, señor, oiganos... Tengo la seguridad de que no tenemos aspecto de asesinos.

—No,—respondió francamente Maurain... Pero si usted hubiera estado algunos años en la Seguridad, vería que frecuentemente los

culpables tienen aspecto de inocentes y los inocentes aire de culpables.

—Sea! En todo caso, ya que su pregunta no nos ha desconcertado, puede informarnos. ¿Cómo ha sido asesinado nuestro tío?

—Fué herido con una flecha envenenada con curare. ¿No les dice nada eso?

—Sí; mi tío había viajado mucho, y había traído una colección de armas exóticas; hasta pudiera ser que la flecha que le hirió, fuera de su colección.

—Exactamente. Fué sorprendido en los momentos en que examinaba parte de esa colección, por alguien que conocía muy bien esos detalles... que los conocía tan bien como los conoce usted. Esto sólo, a falta de otras pruebas...

—Comprendo—replicó Santiago con amargura brusquedad. Y cuando fué herido escribió para acusarme. ¿Es fantástico!

—¿Por qué lo encuentra usted fantástico?

—No cree usted entonces que lo primero que haría, sería procurar pedir socorro?

—¿Y si el asesino le hubiera imposibilitado para hacerlo?

—¿Pero, en qué forma? Debiera para ello haberlo atado dejándole sólo una mano libre... y cerca de esa mano un tintero, una pluma y papel, para que pudiera escribir!...

La víctima denuncia a sus herederos

Nuevamente ensayó el policía esa ojeada con la cual procuran los jueces turbar a sus víctimas.

—Sus observaciones son lógicas,—murmuró,—demasiado lógicas... Y, realmente, ¿no ve usted otro medio que hubiera imposibilitado a la víctima para huir?...

—Veo uno,—intervino audazmente Mme. Lefebvre. El asesino, al fugarse, puede haber tenido la precaución de cerrar la puerta con llave.

—Justamente, — repuso Maurain, cuya frente estaba surcada por profundas arrugas, tal era su atención.—Pero la víctima podía haber abierto la ventana...

—¿Oh, señor!—dijo la joven encogiéndose de hombros,—no pretenda usted cogernos en un lazo. Todas las ventanas de la casa de nuestro tío estaban guarnecidas de barrotes

de hierro. Por lo tanto, aunque hubiera estado en el piso bajo, le hubiera sido imposible salir.

—Está usted bien informada, señora,—apuntó fríamente Maurain.

—Desgraciadamente es así,—dijo Santiago,—ya ve usted que no intentamos siquiera ocultarlo. En definitiva, nuestro tío debe haber estado solo... Seguramente ha llamado... Y al ver que no venía nadie...

—Quiso por lo menos que el crimen no quedara sin castigo!—añadió rudamente el inspector.

—Pero no ha podido acusarnos!

—Os ha acusado.

—¿En términos formales?

El detective no respondió. Habíase cruzado de brazos y reflexionaba. Por fin dijo, con aire medio soñador:

—En el fondo, conviene más confesar!...

—¿Es absurdo!, gritó Santiago colérico. Es imposible que nos crea usted culpables. Dígame qué contenía la declaración de mi tío... porque espero que la he de conocer alguna vez siquiera...

—Pues bien, sea!... Contenia sólo cinco palabras: "Son mis herederos los que..."

—¿Eso es todo?

—Es todo.

—Pero eso no es una acusación... sobre todo no es una acusación formal!

—¿Le parece a usted? Creo que más claro...

Hubo un nuevo silencio. Santiago habló de nuevo con toda calma:

—¿A qué hora tuvo lugar el crimen?

—Entre las dos y las tres de la tarde.

—Pues bien, señor, entre las dos y las tres de la tarde de ayer he hecho tres diligencias sucesivas, todas ellas dentro del radio de la decimoséptima subdelegación, en casas de negociantes. El primero de ellos me ha recibido a las dos y algunos minutos, el segundo hacia las dos y media de la tarde y el tercero antes de las tres. He hecho antea-sala en dos de ellos. Como el crimen ha sucedido en Gentilly, la imposibilidad de mi culpabilidad debe parecerle clara!

—En cuanto a mí,—añadió irónicamente Mme. Lefebvre, (porque, al fin de cuentas, tanto como sobre mi marido recae la sospecha sobre mí) creo poder proporcionar

coartadas de la misma precisión. Vamos a escribirle los nombres de las personas que nos servirán de testigos... Si tiene usted conciencia, obrará sin retraso; sería demasiado cruel de su parte dejar en la incertidumbre a desgraciados que mueren de miseria!

Estas últimas palabras, pronunciadas con una simplicidad patética, turbaron positivamente al inspector. La astucia, la frialdad, desaparecieron momentáneamente de su voz y de su rostro.

Replió dulcemente:

—Les prometo obrar con la mayor prontitud. Esta noche misma procuraré comenzar mi investigación... Mientras tanto, les ruego no moverse de aquí,—a no ser para ir donde sus proveedores,—hasta que haya controlado sus afirmaciones! Si ustedes no son culpables...

—Somos inocentes!,—gritó Santiago con acento profundo.

El inspector apuntó rápidamente los nombres y las direcciones necesarias:

—Para obrar con absoluta eficacia, necesitaría la presencia de ustedes o sus fotografías... si existen.

Había algunas. Santiago las entregó a Maurain, que se retiró por fin lanzando una mirada al mismo tiempo inquisidora y amable.

Y al ver que Santiago permanecía sombrío:

—Mañana estaremos libres de esta pesadilla,—murmuró tiernamente su mujer. Al fin de cuentas,—añadió,—por muy grande que sea la desgracia, es una felicidad; es la alegría y la salud para nuestros hijos...

No tuvo tiempo de decir más. Pedro volvía con las niñas. Estas estaban más cansadas, pero no adivinaban nada del drama que se agitaba en torno de ellas. Pero el muchacho, muchísimo más vivo, tenía el rostro lleno de inquietud. Espió con disimulo a sus padres adoptivos, y bábuéeó estremeciéndose:

—¿No es nada, verdad? No hay nada?

—Nada, hijo mío,—respondió afectuosamente Santiago.—Nada más que buenas noticias: mañana, todos comerán hasta saciarse.

Gruesas lágrimas brotaron de los ojos del



Lanzó un grito siniestro, y prosternándose ante la joven dijo con voz anhelante:—No lo he hecho por mí... Yo muy bien sé que no puedo vivir mucho tiempo... ¡Pero debía dejaros morir...

niño, que se abrazó, con un sollozo de ternura, a Lefebvre.

En espera de la salvación

A fuerza de repetirse que las coartadas eran irrefutables, Santiago había concluido por dormirse. Pero Mme. Lefebvre permaneció aún mucho tiempo despierta. La agitación del drama continuaba en ella, aun cuando estuviese segura del feliz desenlace. Además, su fina intuición se encarnizaba sobre el enigma. Volvía a preguntarse, por centésima vez quizás, por qué el tío Celestino había escrito antes de morir tan singulares palabras. Vivía como un lobo, duro, feroz, odioso, pero sin hipocresías. No tenía ningún motivo de rencor contra sus sobrinos; por otra parte, aunque los hubiese habido, Mme. Lefebvre estaba segura que no habría adoptado tal medio de venganza. Aparte de eso, no la convenía aquello de que hubiese obrado bajo la influencia del delirio. Imaginábase, al contrario, que ese fragmento de frase encerraba una parte de la verdad. ¿Pero cuál? Toda suposición le parecía absurda...

Y la joven se revolvió sobre el duro lecho, presa de una agitación aguzada sutilmente por el hambre. De cuando en cuando, un movimiento de Santiago, de Pedro o de las pequeñas, la hacía estremecerse. Luego volvía a caer en su meditación obsesionante.

No se dormió sino al alba, con un sueño de plomo y de olvido.

En la mañana, todos se levantaron sintiendo que durante el sueño había crecido su ansia de famélicos. Al principio, esperaron. Ni Santiago ni su mujer osaban salir: seguramente los diarios se habrían encargados ya de sembrar en el barrio la abominable acusación traída por Maurain la víspera. Mas, ¿qué podrían hacer? Era demasiado temprano para hacer diligencias, y no quedaba ya en el cuarto nada que vender.

A las nueve, sin embargo, el hombre se decidió a lanzarse contra el destino. Se dirigía ya hacia la puerta, febril y violento, cuando sonó la campanilla...

Andrés Maurain estaba allí. Pero la mirada con que envolvió a la familia había perdido toda su suspicacia inquietante; sobre sus labios vagaba una amable sonrisa.

Inmediatamente dijo:

—He tenido suerte... He podido hablar con todas aquellas personas que me indicaron. Ya no es posible dudar...

Y añadió con una pálida sonrisa:

—Por otra parte, ya lo presentía.

Una alegría brusca puso un rayo de luz sobre las mejillas descarnadas de Santiago; pero, por sobre todo, la emoción del pequeño Pedro, ardiente, salvaje, frenética, llamó la atención del inspector.

—Un nervioso,—murmuró...—un nervioso y un precoz!

No vio la extraña melancolía que ensombreció por un momento los rasgos de Mme. Lefebvre, lo cual, el día anterior, le habría llenado de sospechas.

—Y ahora,—dijo Maurain con acento compasivo,—vamos a arreglar lo más apremiante. ¿Quieren ustedes permitirme que les preste algunos francos, o prefieren que les acompañe a donde los proveedores?

—Prefiero que nos acompañe donde los proveedores,—dijo Santiago.—Será matar dos pájaros de un tiro.

Entonces conocieron la dicha del hambre aplacada. Con un poco de pan, de leche y de chocolate, la atroz vida se había transformado en una brillante ilusión. El porvenir se presentaba lleno de sueños inmensos que sólo conocen aquellos que fueron crucificados por la miseria. El cuarto desnudo no era ya más que una leyenda que iba a esfumarse, a desvanecerse en el mundo de los recuerdos, donde adquiriría una tierna dulzura.

—¿Es posible que estemos salvados?—repetía Santiago.

Y besaba a su hijo: frenéticamente

Hacia las once, Mme. Lefebvre le decidió a salir un momento con las niñas; ella se quedaría con Pedro para algunas compras.

Cuando se quedó solo con él, le miró un momento silenciosamente; el niño se puso pálido; sus manos temblaban.

Entonces ella dijo con una enorme tristeza:

—¡Y eres tú quien lo hizo, desgraciado!

Una triste confesión

No dijo nada; se dejó caer en una silla y permaneció allí durante cinco minutos, como si estuviese muerto.

—Ayer, cuando te separaste de mí, te fuiste a Gentilly,—continuó la joven.—El tío Celestino estaba solo. Has reconocido las flechas... Ah! hijo mío, ¿por qué has hecho aquello?...

Lanzó un grito siniestro, se prosternó a los pies de la joven, y dijo con voz angustiada:

—No lo he hecho por mí... Yo sé que me queda poca vida. ¿Debía entonces dejaros morir a todos?... Lo hice por usted... por Juana y Gabriela... Lo he hecho más que por nadie por él... por mi padre...

—Sí, sí, entiendo, lo has hecho por él,—exclamó ella con cierta exaltación.

—El me ha querido tanto como a Juana y Gabriela... no ha pensado nunca en separarse de mí,—continuó el niño, cuyos ojos eran dos ríos de lágrimas.—Entonces, cuando vi las flechas...

Se detuvo, ahogado por los sollozos. Y Mme. Lefebvre pensó que estaba ante uno de esos casos que no han previsto ni prevenirán nunca las leyes ni la moral humana, uno de esos casos excepcionales y terribles que están fuera del límite individual, fuera del límite colectivo. Sólo el amor, el más puro amor, el más generoso, el amor de los grandes sacrificios, había guiado al niño. ¡Qué abominación sería la de denunciar aquella pobre criatura!

Se había arrojado sobre las manos de su madre adoptiva con una humildad de perro; y decía aún:

—No hay que decirsele a él... pensaría en ello toda la vida... Y sería desgraciado... muy desgraciado!...

Era demasiado cierto. Si llegara a conocer el enigma, Santiago no lo olvidaría nunca. Durante muchos meses, cada bocado le parecía de hiel. Y los ojos tristes de la joven, al cruzarse con los ojos anegados del niño, aceptaron el silencio, porque de otro modo todo sería remordimientos y dolor...

Por fin le dijo en voz baja:

—¿Le dirigiste alguna última súplica, al menos?...

—Me puse de rodillas, le supliqué con todas mis fuerzas... Entonces fué cuando se puso a reír y yo cogí las flechas...

Quince meses más tarde, M. y Mme. Lefebvre fueron a ver a Pedro al cementerio Montparnasse. Ambos permanecían mudos ante aquella lección formidable de la muerte que turbará a los vivos por todos los siglos de los siglos.

—¡Yo le quería sinceramente!

Mme. Lefebvre parecía escuchar voces interiores. Después dijo febrilmente.

—Si supieras cómo te amaba... Mira, recuerda que tu madre te quiso tiernamente, que pocas mujeres aman a sus maridos como te amo yo... Pues bien, en lo que él te amaba, había más amor que el que te tuvo tu madre... más amor que en el mío... ¡Y cuánto más amor tuvo el pequeño por nosotros que por su propia existencia!



AJEDREZ

Por ALBERTO CONEJEROS S.

"Pacífico Magazine" en su afán por satisfacer hasta al lector más exigente, no desecha ninguna oportunidad que se le presente y que tenga por objeto hacer más amena y variada su lectura. Al efecto, en el presente número se inicia una sección destinada al juego del ajedrez; que a pesar de su reconocida importancia en el desarrollo de la inteligencia, está tan poco cultivado entre nosotros.

En forma muy simple y metódica se expondrán las diferentes situaciones que se presentan en este juego; haciendo interesante su estudio tanto para los que empiezan, como para los viejos jugadores.

Hacer la historia y el elogio del que como intelectual, noble y honesto es el soberano de los juegos, sería defraudar a los lectores que buscan, en estas páginas amenidad y sencillez.

Antiguo su recuerdo, como el que más, atestigüa haber sido el solaz de generaciones y generaciones, las que desfilando ante sus infinitas combinaciones y problemas, han ido dejando, lentamente, clasificadas en estudios interesantes y abundante literatura, las partes más sobresalientes de su desarrollo y ataque.

Para el que nada entiende de este juego y quiere gozar de las bellezas que encierra el conjunto de una partida y comprender la sucesión lógica de las jugadas que constituyen una combinación, necesita estar familiarizado con el movimiento de las piezas; inertes trabajos que, confundidos y revueltos en el fondo de su cajoncito de madera, adquieren vida al ser dispuestos en el tablero, luciendo distintas jerarquías y diferentes movibilidades, como armas o instrumentos al servicio de dos inteligencias que combaten.

La diferencia misma de los valores y movimientos de cada pieza da origen a luchas apasionadas; donde las pretensio-

nes, afanes y porfias van a estrellarse con imprevistos extraordinarios, como por ejemplo: la derrota de una Dama, centro vigoroso del ejército, por un peonillo, humilde cooperador en el juego, a quien se debe la victoria; ataques audaces y agresivos que destruyen y desbaratan las defensas más fuertes; desarrollo progresivo de un plan que comprendemos y contra el que, no nos es posible oponer resistencia y que firme y gradual vemos claramente realizarse.

El aficionado sólo necesita un poco de buena voluntad para ejercitarse y dominar tres, cuatro o más jugadas sin equivocarse, dándose oportunidad para gozar ampliamente de una buena partida; pero en cambio, el que quiere triunfar y llegar a ser un ajedrecista, necesita, como para cualquier otro arte, inteligencia sana y vigorosa, útil en este caso para su defensa; imaginación viva y audaz, para un ataque, y un temperamento frío y calculador. A esto se debe, sin duda, que entre sus entusiastas admiradores los nombres de eclesiásticos, filósofos, marinos, guerreros sean muy comunes.

Inteligencias de primera magnitud se han puesto al servicio de este bello juego, modificando



Raúl Capablanca, que disputará próximamente el campeonato del mundo a Lasker, en Buenos Aires.

las formas de ataques y defensas estimadas antaño como invencibles, por atrevidas combinaciones de numerosas jugadas, que a pesar de detenidos estudios son ahora, por lo menos, consideradas como irrefutables.

El ajedrez ha tenido por admiradores a una legión de grandes hombres, entre los cuales pueden citarse a Ruy López de Segura, Obispo español, primer ajedrecista de su época e inventor de la apertura de su nombre; Juan Jacobo Rousseau, ilustre precursor de la Revolución francesa; el filósofo Leibnitz, que como gran admirador que era, lo llamaba Juego-Ciencia; Jaime Balmes, de quien un escritor español decía: "Que cuando se entregaba a este raciocinador ejercicio, no se sabía si jugaba el filósofo o filosofaba el jugador"; Evans, capitán de la Real Marina Inglesa, que le dió su nombre a un zambito; Cochrane, capitán y viajero inglés del que se conservan brillantes partidas ganadas a un Ibrahim de la India, tenido por uno de los más fuertes jugadores de ese tiempo; Federico el Grande de Prusia, estadista y filósofo; y Napoleón I, que en el tablero de ajedrez, como en el tablero de Europa, con ataques rápidos y brillantes obtenía la victoria. Y entre los que más, tanto profesionales como aficionados, han dedicado toda una vida a su estudio, están en primera línea: Andrés Danican Filidor, blanco de la envidia de sus contemporáneos y distinguido músico; Anderssen, brillante jugador alemán, que sólo cedió el cetro mundial del ajedrez ante el genio de Pablo Morphy, distinguido abogado franco-americano; Steinitz, que aparece como lumbrera después de la sucesión de varios grandes jugadores, creando la escuela moderna y que, con la razón perturbada por su desesperada situación económica y por los sufrimientos de las derrotas contra Lasker, campeón del mundo desde entonces, muere al igual del genio admirable de Morphy, en una casa de sanidad.

Como demostración evidente del interés que en todas partes y en todo tiempo se ha tenido por este juego, están los numerosos torneos que de año en año vienen realizándose en diferentes países del mundo y ahora, con el fin de disputar el campeonato mundial al incomparable Lasker, célebre por sus numerosas publicaciones y conferencias de divulgación.

Y debía tocar esta vez, a un joven centro americano, la gloria de luchar por el triunfo del primer lugar en el ajedrez, midiéndose con un viejo y lucido jugador, que además de su concienzuda preparación en este juego, tiene la experiencia adquirida en los sinnúmeros de juegos ganados con relativa facilidad.

Raúl Capablanca, que a la edad de cuatro años empezó a asombrar a cuantos lo rodeaban con su precoz conocimiento de este complicado juego, y quien, siendo muy niño, substituyó al general Loño, que acostumbraba a jugar con su padre, en una partida que le ganó fácilmente después de haberle dicho que como había aprendido las jugadas del general, si tenía deseos esta vez de jugar y perder, le aceptara ser su reemplazante. Los ajedrecistas del Club de la Habana, tuvieron desde ese momento la oportunidad de ver frecuentemente a este pequeño jugador que, como dice la "Ilustración Artística": "Más que profundo y reposado, su juego es rápido y brillante, amenizando las partidas con frases ingeniosas, con las cuales fustiga a sus adversarios derrotados. Para jugar un "Ruy López", se arrodilla en una silla, se apoya en el tablero con los brazos cruzados y como un Petit Caporal mandando en jefe, tan pronto como su contrario juega, le dice a cualquiera de los espectadores, con inimitable gracia, la jugada que hay que hacer, y cuando el enemigo se rinde, baja de la silla, hace algunas piruetas en el suelo y se vuelve a sentar esperando nuevos desafíos.

Sus triunfos posteriores, se han sucedido los unos a los otros; y es así, como a los 21 años, derrota a Marshall, campeón americano, y a los 22 gana el campeonato de San Sebastián, donde además, obtiene el primer premio de brillantéz en un juego contra el jugador Berstein, a los 25 ocupa el segundo lugar en el gran torneo de San Petersburgo. El año pasado derrotó al jugador serbio Boris Kostic y ahora sólo le queda triunfar sobre el poderoso Lasker, que jamás ha sido vencido en match individual.

Próxima parece la fecha en que deben medirse estas dos inteligencias y es muy probable que esto se verifique en Buenos Aires o en otra ciudad sudamericana.

Muy grata para los de este continente, es esta noticia y como para corresponder a esta

elección, se ha avivado en todas partes el interés por el ajedrez. Buenos Aires cuenta con un magnífico Club, a cuya cabeza está el campeón Illa.

Entre nosotros, con la fundación del Centro de Ajedrez, se ha dado un gran paso, facilitándose la oportunidad para que puedan medirse todos los jugadores de Santiago y aun de Chile; y muy especialmente los jóvenes que contando con mayores facilidades para el estudio, pondrán en duro trance a los viejos jugadores. Sin perder tiempo e inmediatamente después de su fundación, se procedió a la clasificación de los socios mediante un torneo, ocupando el primer lugar el joven campeón Carlos Peralta, y distinguiéndose tanto en este campeonato como en los que le precedieron, los siguientes jugadores: Dr. Pedro Brunswick, Camilo Rengifo, Nibaldo Silva Lira, Augusto Bohme Aldunate, Ismael Silva U., Juan Miquel Rodríguez, Pedro Montt V., Luis Prats Bello, Luis Salas Romo, Dr. Alejandro Mujica, Carlos Matte V., Abel Maldonado L., Enrique Lezaeta Acharán, Ri-

cardo Bohme Aldunate, Félix Escudero J., Enrique Yanke y muchos otros.

En el año próximo pasado, recibió su bautismo de fuego con el "entreciudades" Santiago-Concepción.

Para el Centro ha sido bastante tarea realizar todo esto, y es de esperar que mediante una vulgarización ordenada aumenten considerablemente sus admiradores.

Además del Centro de Ajedrez, este juego se practica con entusiasmo en varios clubs.

En el Club de la Unión, sus aficionados, sin contar a los señores Pedro Brunswick, Nibaldo Silva, Víctor Risopatrón Lira, que también pertenecen al Centro de Ajedrez, son innumerables; entre ellos se encuentra a los distinguidos políticos don Arturo Alessandri, don Luis Aldunate Echeverría, don Héctor Zañartu, etc.

En el Club de Septiembre, la figura prominente es el Dr. Hidalgo. Y le siguen los señores Federico Aldunate, Tomás Alcalde, Luis Vicuña, Luis E. Rissetti, Rafael Anguita y muchos otros distinguidos y simpáticos ajedrecistas.





Srta. MARTA CRUZ EYZAGUIRRE

(Foto Heffer.)

El ánima de Doña Parrita



Por LUIS POPELAIRE

(Ilustraciones de Maxi.)

Una nebulosa tarde de Agosto de 1891, el joven teniente de Granaderos don Javier Alfaro fué llamado a la oficina del comandante de su regimiento.

—Le he llamado, teniente, dijo el jefe, para confiarle una misión algo delicada y que espero cumplirá Ud. a satisfacción de S. E. el Presidente de la República y mía.

—Estoy a sus órdenes, mi comandante, respondió el oficial.

—Bien, gruñó el veterano después de toser gravemente. Se trata de llegar hasta la hacienda de Talhuen, propiedad de don Felipe Tellechea, acérrimo revolucionario, como Ud. sabe, y de proceder allí al enganche de gente para nuestro ejército y al requisamiento de caballos. De más está decirle que conviene obrar con prudencia.

—Trataré de corresponder a su confianza, mi comandante...

—No esperaba otra cosa de Ud. Póngase al habla con el capitán Salinas, escoja veinticinco hombres bien equipados, y salga mañana lo más temprano posible.

Al rayar el alba del día siguiente, los alfareros madrugadores de la pintoresca aldea de Talagante vieron pasar al galope un lucido escuadrón de caballería por el viejo camino de Melipilla.

El teniente Alfaro urgía a su tropa y rápidamente los soldados fueron dejando atrás los pueblos de San Francisco del Monte, Obiñhue y El Marco hasta llegar al golpe de las nueve de la mañana a la plaza colonial de Melipilla. En el cuartel de policía descansaron nuestros jinetes y sus cabalgaduras, para continuar después en dirección a Talhuen, si-

tando a unas cuatro leguas al SO. de la ciudad.

Las viejas casas de aquella hacienda eran ocupadas por el administrador, D. Salvador Arregni, y su hija Emilia, joven de dieciocho años, que era el encanto y el consuelo de su padre viudo y achacoso. La muchacha era gentil y hermosa, de carácter resuelto y ánimo emprendedor. Ayudaba a su padre su descanso en todos los trajes que origina la explotación agrícola de una propiedad extensa. Alegre, despreocupada y nada tímida, causaba la admiración de los inquilinos por sus ideas destituidas de añejos y prejuicios. Burlábase con bondadosa ironía del candor y la ignorancia de aquellas buenas gentes, de sus creencias y supersticiones, de sus relatos pavorosos sobre apariciones de fantasmas y ánimas en pena, que, al decir de todos, pululaban por los campos y las casas de Talhuen.

—Dios la va a castigar por lo hereje, le decía a veces la vieja criada Mercedes.

—No digas tonterías, Meche, contestaba la joven riendo, ¿por qué había de ser hereje?

—Porque no cree en las cosas de l'otra vía. Cuando el fantasma se apareció l'otra noche en la viña, su merec se rió...

—Pero si eso es una ridiculez...

—Y será también ridículé que toitas las noches, ende la muerte del finao Parrita, si aparece un burto blanco qui anda y anda por too el parque, por la viña y la huerta?

—Bueno, bueno, Meche, anda a preocuparte de tus ollas y cacerolas, no vaya a ser que alguna ánima te las robe...

Y la vieja se alejaba apenadisima por la incredulidad de su hermosa patrona.

Los acontecimientos que fueron consecuencia de la revolución del 91, como ser la sublevación de la Escuadra, la segregación de las provincias del norte del resto del país, el estado de sitio que imperaba en Santiago, el sangriento episodio de Lo Cañas, etc., llegaban al rincón lejano de Talhuen, ya por la lectura de uno que otro ejemplar de "La Nación", ya por las cartas de D. Felipe o, más comunmente, por lo que decían los viajeros que por aquellos campos transitaban. Pero en la paz del aislamiento y de la lejanía, las pasiones políticas eran menos violentas. Ocurría así que don Salvador y su hija casi vivían ajenos a la gran contienda; no odiaban a Balmaceda ni a su Gobierno a pesar de que el dueño de la hacienda y su familia eran opositores hasta la médula de los huesos. Seguramente que el apasionado encono del señor Tellechea contra el Dictador, habría ocasionado desavenencias entre el patrón y el administrador por lo añodino de las opiniones del bueno de Arregui. Felizmente, para las relaciones de ambos, la política y la costumbre retenían a don Felipe en Santiago desde las vacaciones de ese año y todo era paz y tranquilidad en las feraces campiñas de Talhuen.

Al bordear de un medio día, don Salvador y su hija esperaban sentados en los sillones de junco del corredor el anuncio del almuerzo. Un sol pálido había disipado ya las brumas matinales de Agosto y el calorcillo tímido de aquellos rayos alegraba el ánimo con sus promesas de primavera al besar los árboles todavía desnudos de la hojosa pompa del verano. En los corrales y los potreros mugían las vacas y balaban las ovejas mezclado todo al rumor del viento al pasar por entre los pelados ramajes de los álamos.

De pronto la jauría obligada de las mansiones campestres, atronó el espacio con sus ladridos y oyóse distintamente el sonoro galopar de una numerosa cabalgata y antes de que hubiese tiempo siquiera de averiguar a qué se debía aquel estrépito, el grueso pelotón de granaderos invadía el corral vecino a las casas de Talhuen. Don Salvador se levantó de su asiento para imponerse de lo que ocurría y llegó al final del corredor en el momento en que el oficial se apeaba de su cabalgadura. Alfaro saludó militarmente y pre-

sentó al administrador la orden que llevaba. Arregui leyó el documento y ante fuerza mayor no tuvo más remedio que inclinarse y obedecer. Pero, como "lo cortés no quita lo valiente", al decir del viejo agricultor, gran citador de refranes y sentencias, invitó al teniente a participar del modesto almuerzo ya preparado.

Alfaro no era un desalmado ni mucho menos. Era culto, medianamente ilustrado y de excelente carácter. Nada tenía que ver la indole de nuestro héroe con la de aquellos militarotes brutales de funesto recuerdo, que tanto desacreditaron la causa de Balmaceda con atropellos inicuos, como el de Lo Cañas.

—Acepto su atención, señor, dijo a don Salvador, sumamente agradecido. Siento la situación que existe entre nosotros, pero le ruego que no vea en mí más que al soldado que cumple con su deber, pero que, al mismo tiempo, respeta todo lo que no se relaciona con las órdenes que ha recibido.

—Agradezco a Ud. su declaración, contestó Arregui, con sequedad, mientras indicaba al joven el camino del comedor.

En la sala esperaba Emilia, a quien su padre impuso de lo que ocurría. Por el mismo hecho del alejamiento en que aquellos dos seres vivían, lo injusto y arbitrario de aquella imposición y la soldadesca enviada para cumplirla, les causaron una deplorable impresión de manera que el almuerzo fué silencioso y triste.

Alfaro, a pesar de la natural preocupación de las circunstancias, no dejaba de mirar a hurtadillas a la hermosa muchacha sentada frente a él y admirar su belleza y simpatía. De todas maneras, el final del almuerzo produjo una sensación de alivio y el oficial partió a cumplir su misión.

La noticia de la llegada del escuadrón era ya conocida en las cercanías antes de que la tropa echara pie a tierra frente a las casas de Talhuen y, como es natural, causó la consternación y el espanto entre los humildes vivientes de la hacienda. Pero la salvación estaba cerca: la montaña salvaje que divide los valles de Choelán, Culiprán y Codegua, los montes abruptos, llena de voricuetos, quebradas, cavernas y escondrijos inaccesibles para quien no hubiese nacido en aquellos parajes. Allí, pues, corrieron jóvenes y viejos



—Pero Ud. lo sirve y lo ayuda...

para no caer en manos de los granaderos. En pocos momentos los ranchos se vaciaron de hombres y sólo mujeres y niños fueron los que recibieron a los soldados.

Y empezó entonces una batida en regla; la tropa, bien provista de municiones de guerra y de boca, se lanzó a los cerros en busca de los fugitivos. Un día entero duró aquella primera razia y felizmente unos cuantos inquilinos fueron descubiertos y traídos a las casas.

Alfaro, por naturaleza y por deseo íntimo de complacer a la joven dueña de casa, hacía lo posible por suavizar las asperezas de su misión; pero tuvo que soportar la indignación del padre y de la hija a la vista de los infelices peones, familiares y abnegados servidores, siguiendo penosamente tras los caballos y obligados a marchar a su paso. Extenuados, yacían en un rincón del corral. Entre tanto, el cuadro que ofrecía el piño de caballos regalones arriados desde los potreros, era asimismo lamentable.

Emilia no pudo dominar su carácter impetuoso:

—¡Son Uds. unos salvajes!, exclamó indignada al ver todo aquello.

Alfaro bajó la cabeza y se disculpó lo mejor que pudo. La joven se tranquilizó, no se sabe si convencida por las razones del oficial o impresionada por sus miradas tiernas...

~ ~

Don Salvador, angustiado por aquellos deplorables acontecimientos, había partido a Melipilla con el objeto de telegrafiar a don Felipe sobre lo que ocurría en Talhuen.

Emilia, nerviosa y altanera, tanto por las escenas que presenciaba como por las protestas y lloriqueos de las mujeres que empujadas por la común desgracia, acudían a las casas buscando el amparo del patrón, vivía en continua ansiedad.

En la tarde del día en que don Salvador había salido, Alfaro llegó más temprano que los días anteriores. Ninguna captura se había hecho, de manera que los ánimos estaban menos exaltados. El oficial se acercó respetuosamente a la joven.

—Señorita, le dijo, Ud. no puede ni deber dudar de mis buenas intenciones.

—Pero los hechos lo demuestran, señor Alfaro, replicó vivamente la niña. Ya ve Ud. lo

que pasa, cómo se nos atropella y se nos despoja de lo que no es nuestro y cuya guarda tenemos; ¿qué dirá de nosotros don Felipe? Ud. al fin y al cabo es el jefe de esa gente que nada haría si Ud. no se lo ordenase.

—Ud. olvida que mi profesión no me permite discutir las órdenes que recibo y que lo que hago es simplemente lo que se me ha ordenado.

—¡Pero, por lo menos que no martiricen a esos pobres!

—Eso es lo que trato de ordenar y he mandado al sargento que reprima energicamente los desmanes de la tropa.

—Ud. podía hacer algo más...

—Todo lo que esté en mi mano lo haré para evitar a Uds. desagradados, pero el carácter de mi comisión es por sí mismo violento y hay cosas que no se pueden evitar.

—Lo que es inicuo y brutal siempre debería evitarse. Ahora le encuentro razón a don Felipe cuando dice que el Presidente es un Dictador y sus partidarios una gavilla de asesinos y bandidos!

—Comprendo su irritación, pero ella no es justa en lo que se refiere a mí...

—Yo lo siento por mi papá, interrumpió Emilia, con voz imperceptible y temblorosa, mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas, y yo le suplicaría, señor Alfaro, que tratase de no hacernos penosa su presencia...

—¡Eso sí que nó!, gritó casi el joven militar. Yo haré lo imposible por Ud., Emilia, aunque fuera en perjuicio mío. No quiero pensar siquiera en que yo pueda ser la causa directa de sufrimientos suyos. Si en mí estuviera, créamelo, me retiraría inmediatamente.

El acento del oficial era sincero, más todavía, fogoso. Su rostro bronceado respiraba honradez y Alfaro era arrogante. La joven serenóse y tendiendo su mano al granadero, le dijo:

—¡Quedamos amigos, entonces!

—Ahora y siempre y más de lo que Ud. se imagina, contestó Alfaro estrechando entre las suyas la hermosa mano que se le ofrecía.

Cuando Emilia entró en su habitación, la vieja Meche se lamentaba amargamente de

las "tragedias" que estaban pasando, y hacía votos porque algún horrendo castigo cayese del cielo sobre aquellos pícaros herejes que tantas desgracias ocasionaban.

—Dios y la Virgen habían de permitir, mascullaba entre dientes, que el ánima bendita del finado Parrita viniera una de estas noches y se los llevara a toitos a los prejundos infiernos.

La niña, confortada con las promesas de Alfaro, trató de desvanecer aquel rencor de la hosca servidora, pero la Meche no dió casi oídos a las reflexiones de su señora.

Al caer la noche llegó a Tshuen un propio con un recado del señor Arregui, diciendo que seguía viaje a Santiago para hablar con don Felipe, porque en Melipilla la línea telegráfica estaba sólo a disposición de las autoridades y que algo grave debía pasar porque en la Gobernación todo andaba revuelto.

Llegó la hora de comer y los jóvenes se sentaron solos a la mesa. La Meche, que servía, hubiera destruido con sus furiosas miradas al "milico" si en ella hubiera estado. Compañera, más que criada, de la familia, se le toleraba meter su cuchara de cuando en cuando en las conversaciones de sus patronos, facultad de que ahora hacía uso para murmurar por lo bajo en contra de aquellos descreídos cuyo jefe se veía obligada a atender.

En un momento en que la vieja salió del comedor, el teniente dijo:

—La actitud de esa mujer es el resumen de las protestas que andan por ahí, muy lógicas, por otra parte. Pero a fin de que no conserve Ud. demasiada mala impresión de mí...

—Pero si yo no tengo mala impresión de Ud...

—Le diré que estos "malones" ordenados cada vez con más frecuencia por el Gobierno, no son del agrado de muchos de nosotros tanto por lo arbitrario de ellos como por las antipatías que traen consigo para la misma causa que defendemos. En los cuarteles y en las esferas de Gobierno hay desconfianza y desorientación fomentadas por las delaciones y por las noticias que nos llegan del norte. Yo, por mí, no hubiera aceptado jamás esta ingrata tarea. Además, la tropa en estos casos se ensoberbece, como Ud. habrá podido notar, la disciplina se relaja con la lejanía del cuartel y es difícil manejar a esta gente.

Por otra parte, comprendo que el Presidente se extralimita en sus actos...

—Pero Ud. lo sirve y lo ayuda...

—¿Y qué quiere Ud. que haga? Soy pobre, tengo madre y hermanas y necesito de mi sueldo.

En ese momento entró la Meche exaltadísima y dirigiéndose al oficial:

—Ahí está su gente, le dijo, remoliendo que es un gusto. Le han pegado a ño Mella porque no les entregaba más vino.

Alfaro, resignado a un nuevo disgusto, salió del comedor con el objeto de imponerse de lo que ocurría.

La Meche continuaba en sus lamentaciones:

—Con el fantasma les va salir el jutre, decía.* Yo los veré no más. A ver si le pegan también como a ese pobre viejo baldío...

Emilia se quedó un momento mirando a la criada y escuchando sus pronósticos extraños. Una sonrisa picaresca animó sus agradecidas facciones y a poco, sin esperar a su compañero de mesa, fué a encerrarse en su alcoba.

✻ ✻

Tranquilizados los ánimos, así que el teniente hubo apaciguado el desorden, y recogido ya Alfaro a su dormitorio, un extraño rumor proveniente del viejo y largo parrón interrumpió el silencio de la noche. Las criadas, que daban la última mano a su labor, siguieron tranquilamente lavando platos y tazas creyendo que algún gato enamorado andaba por ahí para no desmentir las características del mes de Agosto. Pero el rumor se fué convirtiendo en ruido extraño y prolongado y de pronto gritos angustiosos de terror se oyeron por aquí y por allá. No Mella, el mayordomo de patio, y Pedro Cereño aparecen pálidos en el corredor exclamando con voz entrecortada:

—¡El pastasma, el pastasma...! ¡El ánimo que anda penando!

A tales voces la Meche acudió al galpón donde se alojaba la tropa y pudo ver que varios soldados, llenos de sorpresa, iban en busca del teniente. El sargento, tratando de aparecer valiente, gritaba:

—¡La laya e niños que son Uds...! ¡creyendo en esas lesuras!

Y como para desmentir aquellas palabras, dibujóse entre los álamos escuetos paralelos a una pírca, un bulto blanco que agitaba los brazos.

—¡Bendito sea Dios y María Santísima!, exclamó la Meche. Esa es l'ánima del ñao Parrita que viene a llevarse a estos condenaos masones! Yo lo estaba viendo que esto iba a pasar por las herejías de estos perros sarnosos...

Y sin dar paz a la lengua, la vieja llegó hasta el corredor donde estaba el teniente, a quien la bulla había obligado a levantarse. Allí estaban también el sargento, varios soldados y la servidumbre de la casa.

—¿Qué pasa, sargento?, preguntó Alfaro.

—Un fantasma que anda por ahí...

—¡Es l'ánima, l'áñimal, intervino la Meche.

—Cállese Ud., que no le pregunto nada.

—Castigo de Dios, insistió la terca mujer.

—¡Hágame el favor de irse a su cocina, le gritó el oficial, y no se meta en lo que no le importa!

—¡Lo filósofo que te han de ver, soldadillo hereje!, gruñó la vieja; pero se alejó aunque sin cesar de declamar y protestar poniendo a Dios por testigo de los crímenes de aquella gente.

Y en verdad, la vieja parecía una poseída, al lanzar sus imprecaciones y amenazas. Los soldados la escuchaban con cierto temor. Hijos del pueblo, al fin, eran también supersticiosos.

—Vamos a ver, explíqueme lo que ha pasado, sargento, dijo Alfaro.

—Estábamos ya recogidos, mi teniente, cuando oímos unos quejidos al lado afuera del galpón. Salí Sepúlveda a ver lo que era y llegó diciendo que andaban penando. Salimos nosotros también y entonces vimos un bulto blanco que andaba por entre los árboles.

—¡Pero, hombre!, interrumpió el jefe; ¡que les haya metido miedo un bulto blanco! ¡Lo que merecían Uds. es un buen arresto!

—Pero, mi teniente, si estas son cosas de l'otra vía, se permitió observar el cabo Sepúlveda.

—¡Qué otra vida ni que ocho cuartos!, gritó Alfaro. ¡Lo que hay es que todos Uds. son unos cobardes!

—Con el perdón de mi teniente, dijo el sargento Villegas; yo he peleado en todas las batallas de la guerra del Perú y nadie me ha tratado de cobarde...

—Muy bien. De todo esto sacamos en limpio entonces que son Uds. unos valientes. Retírense y déjense de andar creyendo en apariciones.

Mohinos e inquietos se retiraron los granaderos, porque la superstición y el temor que hace nacer en el alma popular todo lo sobrenatural, aunque sea ridículo, ya los había ganado a todos y unos a otros se confesaban sus incertidumbres.

Al día siguiente, la aparición tangible y efectiva del fantasma constituía el comentario de todos los vivientes de Talhuen y era unánime la creencia de que se trataba de un castigo de Dios por las violencias de la soldadesca balmacedista. Esta manera de apreciar lo sucedido llegó a convencer a los mismos soldados, que ya más humanos, comenzaron a alternar con los inquilinos y Alfaro pudo constatar que la aparición del dichoso fantasma había producido el efecto de apaciar las tendencias levantiscas de la tropa.

De manera que en el resto del día las diligencias para enrolar gente y requisar caballos, perdieron su carácter violento y el sargento Villegas era el primero en decir que había que ser bueno con los pobres y no "juarse con las cosas del otro mundo".

Don Salvador seguía en Santiago y allí se preocupaba en compañía de don Felipe, de conseguir el retiro del escuadrón que se había adueñado de Talhuen. Así las circunstancias contribuían a dejar en libertad a Emilia y al joven oficial, que aprovechaba muchos momentos para departir cordialísimamente con la niña. El asunto del fantasma hacía prorrumpir en careajadas a Emilia con gran escándalo de la Meche. Por su parte, el teniente observó que la joven prefería evitar la conversación sobre ese tema. Por lo demás, los resultados de la intervención de las ánimas en la vida de Talhuen eran evidentemente beneficiosos y el jefe de la tropa encontraba facilitada su tarea de dárselas de generoso ante la hermosa señorita Arregui.

A la hora de comer, ambos jóvenes conversaban, no ya con cierta confianza, sino con marcada intimidad en forma que nadie habría

sospechado, al escucharlos, los papeles que allí desempeñaban. Llegó la hora de recogerse y Alfaro, a quien tenía intrigado la aparición del fantasma, decidió alojarse en el mismo sitio que ocupaba la tropa para apreciar personalmente las fechorías del fino Parrita, quien, de seguro, no quiso defraudar al teniente, porque a eso de la media noche el famoso bulto blanco apareció allí en el confin de un corral. Los soldados se mostraban inquietos y el sargento quiso salir.

—Nadie se mueva de aquí, gritó Alfaro. Yo voy a ver lo que es eso.

Y el teniente se lanzó al encuentro del bulto que movía los brazos con fúnebre ademán. La terrible aparición no esperó al que venía a su encuentro y se volvió rápidamente en dirección a las casas. El oficial corrió detrás completamente decidido a no permitir la escapada del espíritu aquel. La distancia se acertaba entre éste y el perseguidor y Alfaro pudo notar las buenas formas del ánima de ño Parrita, y comprender que alguien que no tenía nada de extra-terreno jugaba el macabro rol. Apresuró la persecución y en un rincón obscuro logró el joven atrapar al bulto fatigado ya de correr. Una exclamación de asombro salió de los labios de Alfaro al estrechar entre sus brazos al habitante del Purgatorio.

—¡Ud... Ud., señorita Emilia!

A todo esto el fantasma temblaba como la hoja en el árbol y balbuceó apenas:

—Yo soy, sí... dispénsenme. Quise ver si podía ayudarle a protegernos, metiéndole miedo a esa gente... ¡Pero no me venda Ud!

Y como la ocasión era propicia y la emoción fuerte, el encantador fantasma se desmayó entre los cariñosos brazos que le sostenían. Alfaro para reanimar al fantasma creyó oportuno besarlo repetidas veces y con infinitas precauciones pudo conseguir trasladar a la joven hasta el comedor, sentarla en un sofá y despojarla de la sábana blanca que la envolvía. Llamó en seguida a la vieja Meche, que llegó azoradísima e impresionada con la aparición y le explicó que el miedo al fantasma le había producido un síncope a su señorita.

—¡Castigo de Dios! ¡Castigo de Dios...!

—¡Por los clavos de Cristo, vieja de los de-



—Adiós, Emilia, le dijo Alfaro.

monios! gritó enfurecido ya el militar; ¡preocúpese Ud. de su patrona o la meto presa!

Intimidada la criada, obedeció, pero sin dejar de refunfuñar.

✻ ✻

Al despuntar la aurora del día siguiente, un soldado venido a revienta cinchas de Melipilla, golpeaba a la puerta de la habitación del teniente. Un oficio de la Gobernación le trascribía la orden de abandonar todo, juntarse con otros esquadrones volantes diseminados en el departamento y encaminarse rápidamente a Valparaíso, por Casablanca, porque las fuerzas revolucionarias habían desembarcado en Quinteros y avanzaban hacia el norte. Alfaro dió inmediatamente las órdenes del caso y en media hora la tropa es-

taba lista. Se dió libertad a los inquilinos presos y sólo se tomaron unos cuantos caballos de repuesto para el largo viaje que debía emprender el escuadrón.

Emilia levantóse rápidamente, impuesta por la Meche de la noticia y, ruborosa e impresionada, fué a despedirse del joven.

—Adiós, Emilia, le dijo gravemente Alfaro. No me olvide Ud. Si la suerte me acompaña, esté segura de que volveré.

La muchacha, sin decir palabra, tendió su mano al granadero, quien la besó respetuosamente.

Y la cabalgata, a todo galope, desapareció luego al otro lado del estero de Chocalán.

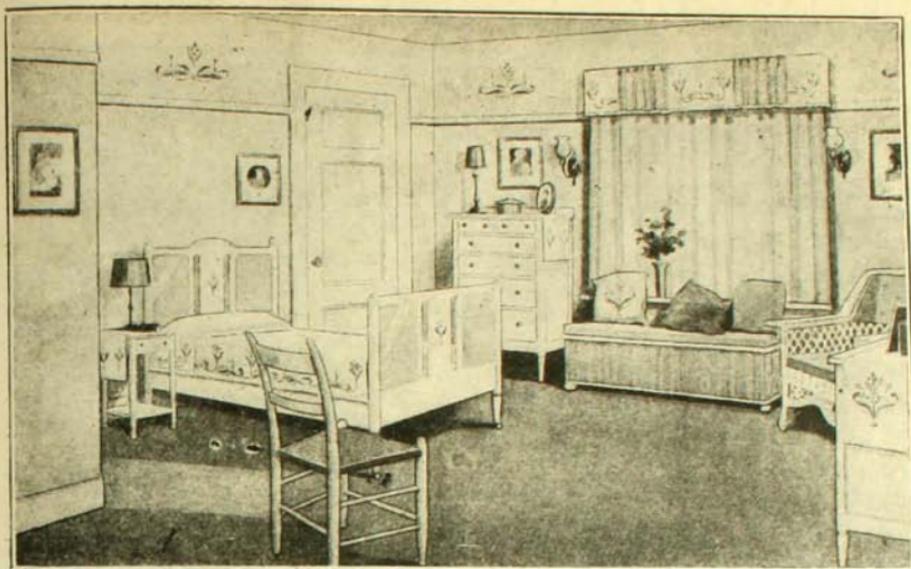
Los acontecimientos que se desarrollaron en Chile en la segunda quincena de Agosto del 91, son de todos conocidos. Nuestro amigo Alfaro se batió bravamente en Conceón y

La Placilla y después del triunfo de la revolución, se vió obligado a ocultarse. Un impulso más fuerte que él lo llevó un día a tomar el camino de Talhuen y ponerse bajo el amparo de don Felipe Tollechea. No hizo mal. El rico agricultor era todo un hidalgo y lo recibió afablemente. Cierta persona se encargó de hacer el elogio del joven ante el dueño de Talhuen, de tal manera que Tollechea llegó a creer que aquel hombre había sido el sal-

vador de su propiedad. Alfaro fué nombrado contador de la hacienda.

¿Queréis la conclusión? La de siempre: el matrimonio de Emilia Arregui con Javier Alfaro, que se hizo cargo de la administración de Talhuen a la muerte de don Salvador, quien jamás entendió claramente la terrible historia de la aparición del alma de ño Parrita; al decir de Alfaro, se había desvanecido cuando ya la tenía pescada...

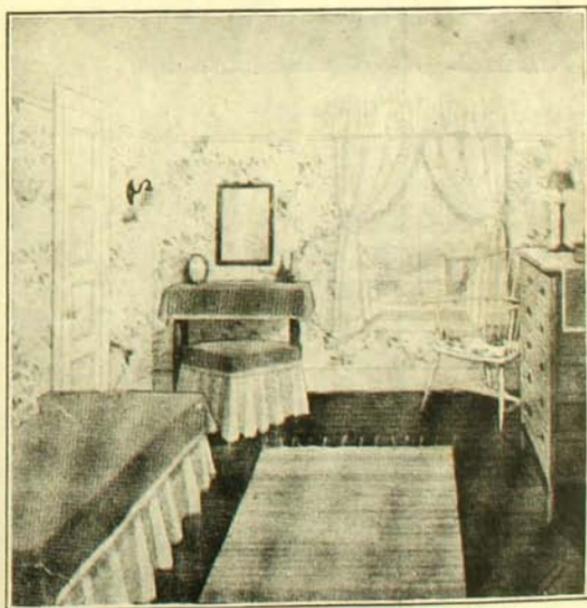
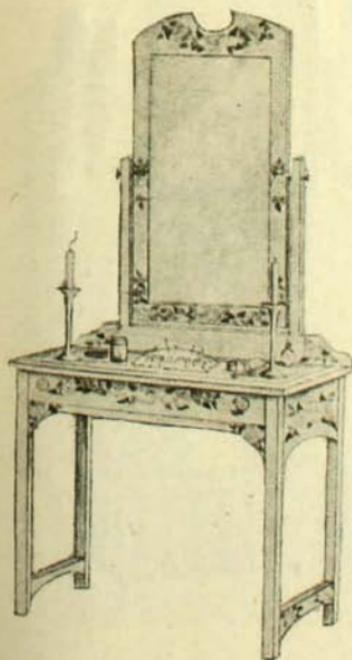


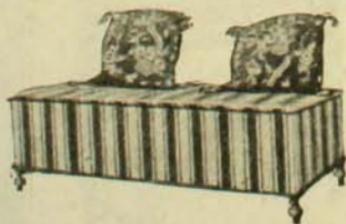
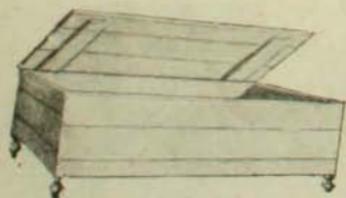
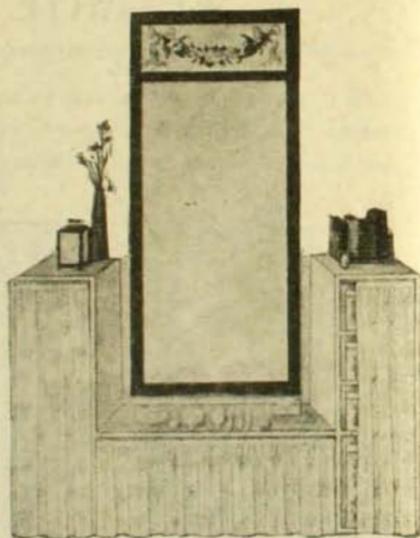
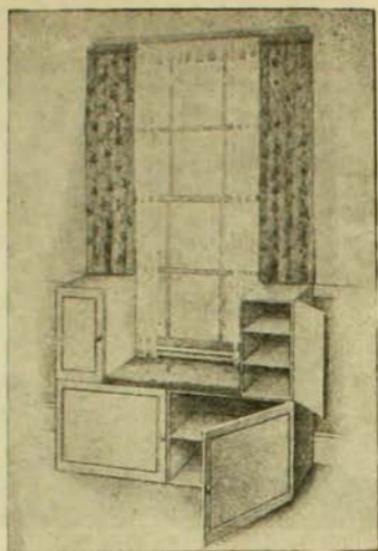
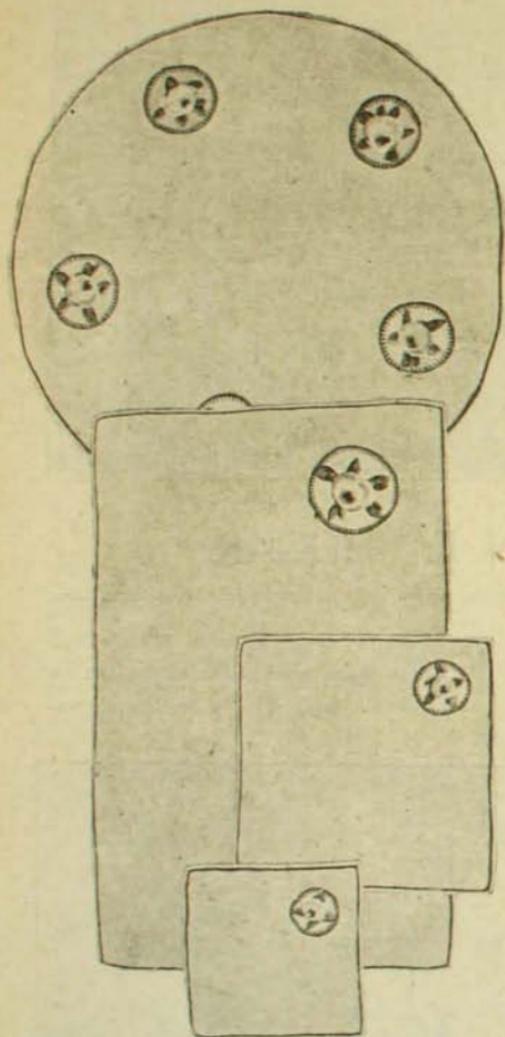


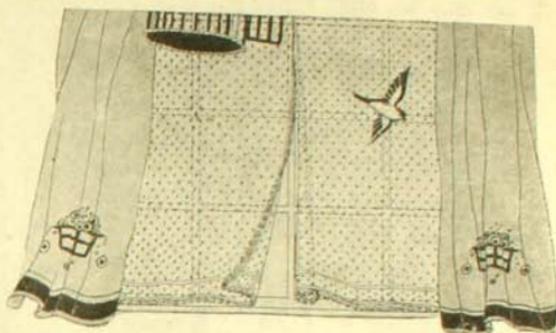
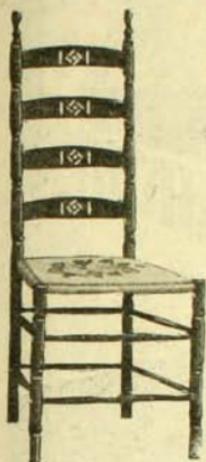
EL ARTE EN EL HOGAR

Puede decirse que ha terminado ya la temporada veraniega; así a lo menos lo es para ese mundo numeroso de los estudiantes. Ya

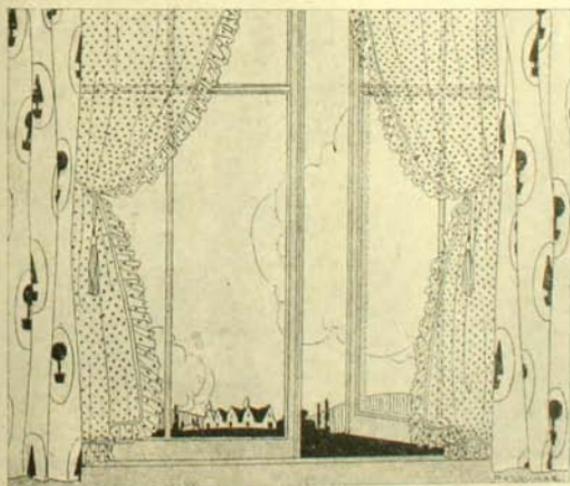
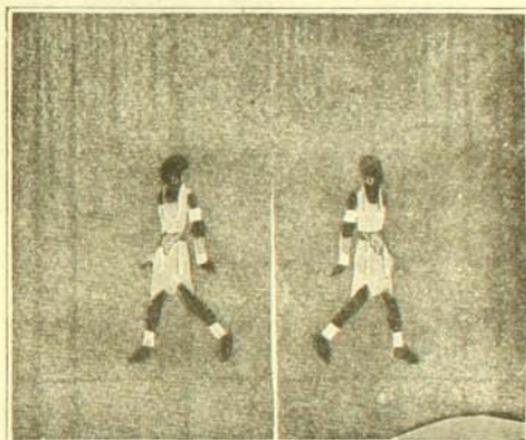
veo el regreso alegre o tristón de los chicos a sus clases, muchos ilusionados con los libros nuevos, con el cambio de clase, de pro-







fesor o de colegio; a éstos les preocupan poco, muy poco sus piezas, pues en eso piensan sus padres, o van al dormitorio común de un internado; pero hay otros estudiantes, los mayores, diría yo, llenos de nobles aspiraciones, que ya miran de frente la vida y les preocupa el



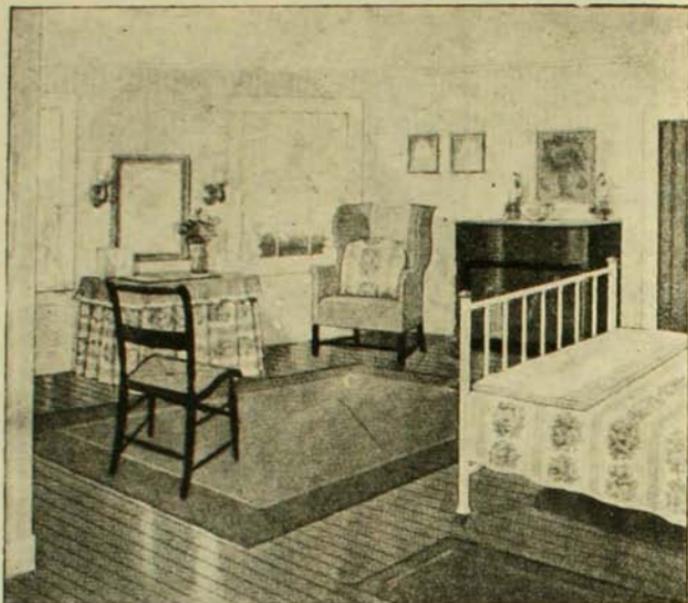
porvenir. Esos, casi la totalidad, vienen a pensiones y, ¡pobrecitos!, cuánto padecen. Cuántos de ellos trabajan al mismo tiempo que estudian, para no ser gravosos a sus padres, y si siquiera encontraran al finalizar dignamente sus tareas, una piececita aireada, donde descansar con ese confort que dan la sencillez, limpieza y orden de las habitaciones.

Se deberían reglamentar de una manera especial las casas de pensión para estudiantes, pues, salvo rarísimas excepciones, to-

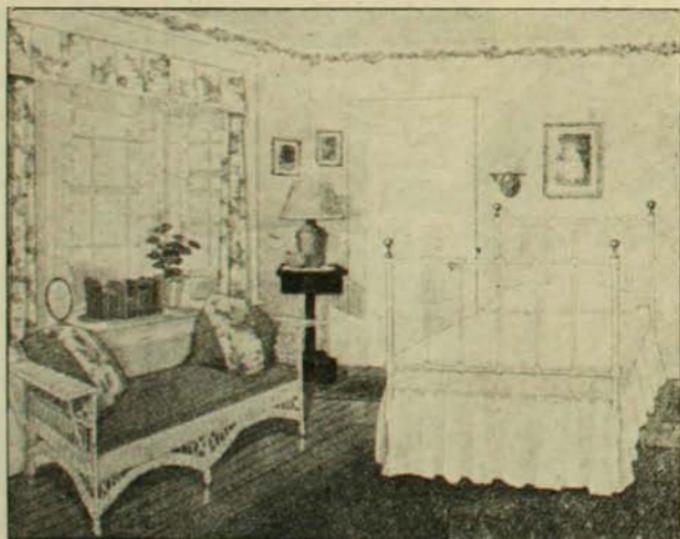
das ellas les ofrecen las peores piezas porque pagan poco. Los he visto hasta de a tres en un cuarto pequeño, todo aglomerado, todo sucio y en desorden, sin un solo detalle revelador del empeño de la "familia honorable" dueña de la pensión, para hacer agradable la permanencia en su casa de esos jóvenes estudiantes;

sin un detalle que hable de esa vida de familia que prometen darles.

Para los estudiantes, para empleados, para personas de pocos recursos, pero amantes del



ambiente de hogar y deseosos de tener siempre un rinconcito amable donde reposar, donde guarecerse de las injusticias de la vida, donde serenarse y acumular nuevas fuerzas



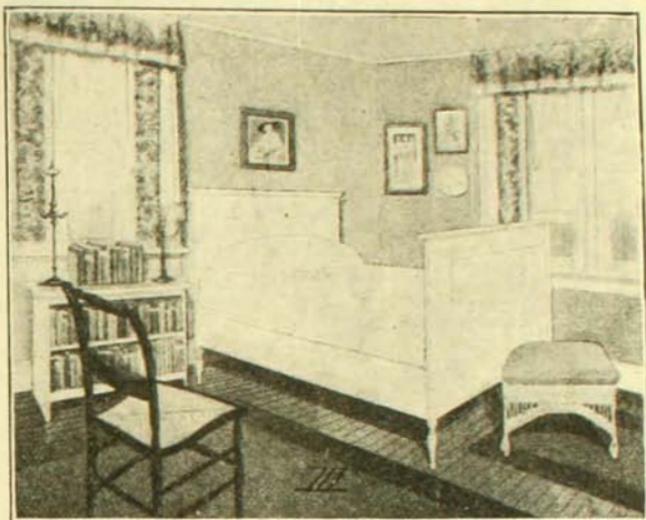
para la jornada siguiente, para ellos son esta serie de grabados sencillos, pero hermosos que pueden imitar con poco gasto, que les dará buen resultado; en ellos mismos pienso al mostrarles esas habitaciones con sillas de paja pintadas y adornadas con cretonas.

El N.º 2 es una pieza muy pequeña, los paños son

blanco y rosa, como el papel de las paredes, los muebles, verdes, el piso, café claro, y encerado; el todo, armonioso, sencillo y en realidad bonito.

El grupo de cortinitas dará buenas ideas para vestir las ventanas; plumetis y género de un color o cretonas, se ven muy bien. La cortina de abajo es amarilla con figuras hechas de pedacitos de cintas y sedas usadas; es original y económica.

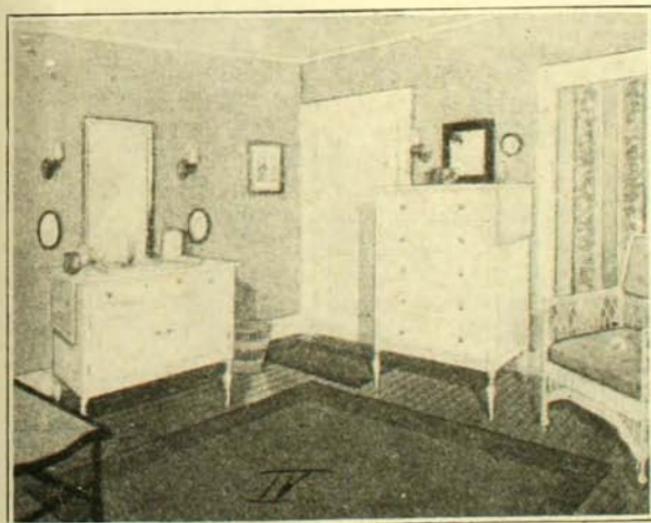
En otra página se ve la manera fácil de hacer una mesa de toilette útil, con espejo o



encuadrando una ventana. Un sofá que presta servicios de guardaropa y para estos muebles, unos lindos paños amarillos con aplicaciones de cretona.

Ojalá que las señoras dueñas de pensión se interesen por alojar bien a los estudiantes y les arreglen así con poca cosa pero bien y con gusto sus habitaciones y que se ingenien, para que esos jóvenes acostumbrados a vivir de cualquier modo, tomen interés en mantener limpio y hermoso el arreglo de su pieza.

Esilda





DOLOR

¡Tú nos mostraste lo desconocido!
En ti supe mirar que hay más hermanos
Que, sin decir jamás, te habrán sentido
En un cansado sollozar humano.

Lloramos, y en lo amargo de tu llanto,
Todo pasado fué, y es ya perdido.
Todos volvemos a saber un canto,
Somos de nuevo buenos, ¡somos niños!

Tus brazos, que aprisionan en callado
Torturar de caricias amorosas,
No dejan el sabor de aquel hastiado
Y egoísta cariño de las cosas.

Y en la duda fatal de ser un sueño
El llegar de la dicha, tan esquivo,
Te aclama la razón como a su dueño.
¡Dolor, tú eres lo grande y positivo!

BERTHA VERGARA.

ELEGANCIAS



Un traje de sarga azul bordado con motivos negros y una de las blusas más modernas serán siempre bien recibidos en el guardarropa. Para ser discreto, éste lleva un corpiño interior de raso negro, y para ser elegante, un delantal de volantes que bien pudieran ser también de raso negro.

El verdadero tailleur clásico, que no admite fantasía, lleva siempre la chaqueta medio larga, cerrada con un solo botón, falda lisa y estrecha, ya no tan corta como el año pasado. Acompañan a estos trajes, blusas chale-

co, cortas o largas, pero siempre puestas sobre la falda. Se ven también estos trajes acompañados de blusas estilo camisa de hombre; pero tanto classicismo es, en verdad, poco femenino y por eso es que muchas señoras prefieren el tailleur fantasía al clásico, que las masculiniza tanto.

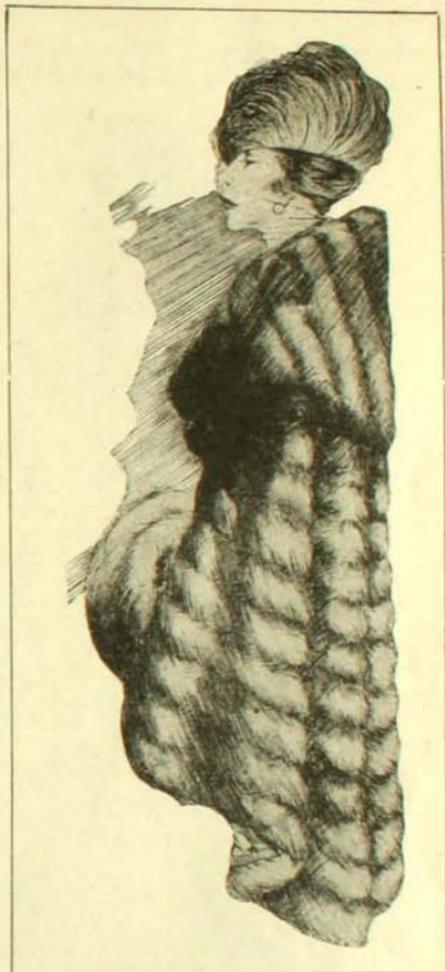
Se llevan en éstos las chaquetas largas, que cubren casi enteramente la falda. Cheruit, entre otros ofrece lindos modelos de este estilo. Los modelos de la ilustración N.º II son de lo mejor que he visto, y ese largo es el más usado. Los cuellos son en forma de chal, derechos y largos, o cuellos pequeños, levantados y sostenidos con un solo botón.

Posiblemente haya ya en nuestras casas de comercio los nuevos géneros pieles, buena imi-





Linda y sencilla capa para luto.



Capa "dernier cri", apropiada para una mujer delgada y alta. El gorro nos muestra una feliz disposición de aligretes.

tación de éstas, que serán muy útiles para el arreglo de trajes pasados de moda, haciendo con ellos cuellos, puños, quillas, etc., que harán muy bonito efecto. A menudo se usan en bandas más o menos anchas de cinco a veinte centímetros. Se deja encima de la banda un espacio en el género, como de diez centímetros, y en él se aplica un galón o un

bordado, lo que constituye una buena transición entre el género y la piel.

Con estos géneros pieles, que son flexibles,

se hacen chaquetas y a veces hasta la falda. Los bordados adornan lindamente estos trajes de género piel. Lanvin ofrece uno blan-

co bordado con negro.

En los modelos que doy, espero que encontraréis, queridas señoras, muchas cosas de donde sacar ideas para vuestros trajes de otoño.

JEANNE.



Elegante capa de piel de bisonte. Guantes Crispín con aplicaciones de cuero de color.



Traje de duvetina color ladrillo con bordados café muy obscuro.

El hombre del sobretodo verde

Por GASTON RUZ

Ilustraciones de Coke.

El crimen de la calle Condell

Los diarios del Puerto se ocuparon de este asunto con verdadera profusión de detalles, y todos coincidieron entonces en estimar que era aquél uno de los crímenes más audaces de que había memoria.

Fué en una tarde de Abril, un poco nebulosa. En la casa Donoso, Roles y Cía. reinaba la actividad de costumbre. Los empleados se desvivían por atender a los clientes; en total, daba aquello la impresión de una colmena.

Más o menos a las cinco—los empleados lo recordaban después con toda precisión—se presentó un joven de regular estatura, más bien delgado que grueso, con marcado aspecto extranjero, a preguntar por el jefe de la casa. Vestía un traje gris, llevaba un sobretodo corto, de media estación, color verde botella, y un sombrero verde también. Usaba bigote recortado, a la americana.

—Por ahí, señor—le indicó un empleado, mostrándole un departamento en el fondo, separado del resto del almacén por una mampara con medio cuerpo de vidrio opaco.

El visitante se dirigió resueltamente hacia donde se le indicaba, abrió la mampara con mano firme y la cerró tras él.

Ya los empleados no se preocuparon de su persona. Unos diez minutos después lo vieron salir un poco apresurado, y tomar la dirección sur, hacia el lado del Barón.

Sea porque le llamara la atención esta salida tan rápida, sea que le notara algo de extraño en el semblante, o por cualquier otra causa, el hecho es que el primer empleado

y cajero, se dirigió inmediatamente hacia el despacho del principal.

Lo que vió en cuanto abrió la mampara le hizo lanzar un grito de alarma. Don Pablo Robles, el jefe de la casa, estaba con la cabeza sobre el escritorio y los brazos caídos, como si lo hubiera dominado de repente un profundo sueño. Pero lo que alarmó al empleado fué la señal evidente de un golpe en la sien. Pensó en un aturdimiento solamente.

Su grito atrajo a los demás empleados y a varios curiosos del público. Varios se acercaron al señor Robles y lo remecieron, pero no daba señales de vida. Estaba rígido: era bien un ataque de catalepsia o la muerte.

En el acto, dos, tres, cuatro empleados salieron a la calle, y gritaron:

¡Socorro! ¡Al asesino!

Y corrieron hacia el lado sur, con toda la ligereza que les permitían sus piernas. No tardaron en agregárseles dos guardianes de a pie y varios curiosos. Los dos guardianes piteaban desafortadamente. Vinieron pronto otros dos guardianes de a caballo, luego un oficial. Corriendo llegaron todos a la plaza de la Victoria, y solo allí se les ocurrió preguntar a los transeuntes, a los cocheros, a los vendedores, etc., si habían visto pasar a un sujeto joven, delgado, que llevaba sobretodo y sombrero verdes.

Dos choferes que estaban detenidos en la plaza con sus autos respondieron:

—¡Ah! sí... Venía muy apurado; subió en el auto 279, manejado por Luis Carvajal...

—¿Y hacia dónde tomó?—preguntó el primer empleado.

—Bajó hacia la Avenida Brasil; después torció hacia el Barón...

—¡Va a Viña!—exclamó el oficial. Hay que seguirlo inmediatamente.

Subió a un auto, acompañado de un guardián. En otro subieron dos empleados de la casa, los cuales con el apresuramiento de la salida no habían tenido tiempo de ponerse el sombrero.

—¡Lo más rápido posible!—ordenó el oficial.—Sólo así hay esperanzas de alcanzar al pájaro.

Los choferes le dieron toda la velocidad a sus máquinas y antes de dos minutos estuvieron en el Barón. Para ir seguros, allí el oficial le preguntó al guardián del punto si había visto pasar el auto 279, llevando a un pasajero de sobretodo verde.

—Hace dos o tres minutos que partió para Viña, a toda velocidad—contestó el guardián.

Prosiguieron la marcha con la rapidez anterior, y no se detuvieron hasta el Madero. Allí un guardián les dió igual respuesta:

—Pasó hará unos tres minutos.

Desde ese punto, los dos autos más que correr, volaban. Acababan de pasar Miramar cuando divisaron a un auto que venía con marcha lenta. Moderaron la velocidad y se fijaron en el número: ¡era el 279!

Los dos autos que iban en la persecución se detuvieron en el acto, y gritaron al otro que hiciera lo mismo. El oficial interrogó al chofer del 279:

—¿Ud. acaba de traer un pasajero de sobretodo verde?

—Sí; desde la plaza de la Victoria.

—¿Y donde se bajó del auto?

—Lo dejé en una casa de altos, en la calle Valparaíso.

—¿Entró a la casa?

—Sí.

—Vamos a verlo... ¡Ese individuo acaba de cometer un crimen!

El chauffeur del 279 puso una cara de espanto. Se apresuró, sin embargo, a volver su máquina y partió adelante. Los otros lo siguieron de cerca. Cruzó la línea férrea por un paso bajo nivel, dobló por Valparaíso y fué a detenerse frente a una casa de altos.

—Aquí es—dijo.

En el acto saltó el oficial a tierra y penetró en la casa que el chofer le señalaba.

Franqueada la puerta de calle, se presentaba una escala ancha y recta, en cuyo final superior se veía una mampara. Trepó el oficial en dos o tres saltos y tocó el timbre. Vino a abrirle una sirvienta. Preguntó por el dueño de casa:

—No está—le respondieron.

—¿Y su señora?

—Si está.

—Debo hablar con ella en el acto.

Lo hicieron pasar a un pequeño salón, mientras que los empleados de la casa Donoso, Robles y Cia., junto con los guardianes, se quedaban en la mampara, como tapando la salida, por si el pájaro quería escaparse.

Se presentó ante el oficial una señora todavía joven, pero de serio continente.

—Señora, Ud. dispense, pero yo deseo saber quiénes viven en esta casa.

—Yo y mi marido solamente—respondió la señora un poco alarmada.

—¿Y nadie más? ¿Ningún alojado, ningún pensionista?

—Nadie. Nada más que nosotros, dos niños y una sirvienta.

—¿Nadie ha llegado de visita a esta casa?

—No, señor; nadie.

—¿Anda su marido con sobretodo?

—Sí, él que usan en los ferrocarriles. Es empleado en la estación de Viña.

—¿Y en este momento está en servicio?

—Sí.

El oficial se quedó un instante cabizbajo. —¡Qué raro!—exclamó luego.—Sin embargo, un chofer asegura haber dejado aquí y haberlo visto entrar a esta casa, a un sujeto de sobretodo verde, que acabó de asesinar a don Pablo Robles, en Valparaíso.

La señora escuchó esto con un espanto evidente, pero afirmó de nuevo:

—Nadie ha entrado aquí. ¡Estoy segura!

—¿No se ha quedado la mampara abierta?

—Siempre está cerrada, señor.

—Pero, por si acaso, por si hubiera entrado para acá, convendría registrar la casa.

—Como guste, señor.

El oficial dejó a un guardián en la puerta y con el otro procedió al registro. No dejaron rincón que no vieron, ni mueble que no abrieron y observaron. Nada se les escapó: miraron hasta por debajo de las camas. Luego fueron a ver si era posible que hubiera pasado a otra casa. Una huída por el techo

no era fácil, y además, habría formado mucho ruido. Pudo dejarse caer a la casa de los bajos; pero también habría hecho gran ruido... y exponerse a romperse lo menos una pierna.

¿Y entonces?... El oficial caviló unos minutos. El problema se le presentaba como un callejón sin salida. Bajó hasta la calle e interrogó de nuevo al chief:

—¿Pero, estás seguro de que entró en esta casa?

—Completamente seguro... Me pagó el viaje, y entró resueltamente, como si fuera su casa.

—Entonces ha tenido que salir momentos después...

Procedió entonces a interrogar a los vecinos. En efecto, una mujer del frente y dos o tres más de la vecindad vieron perfectamente que un joven de sobretodo verde había bajado de un auto y entrado a la casa indicada.

—¿Pero no lo vieron salir?

—No, señor...

El oficial se dió una palmada en la frente. —Y si fuera...

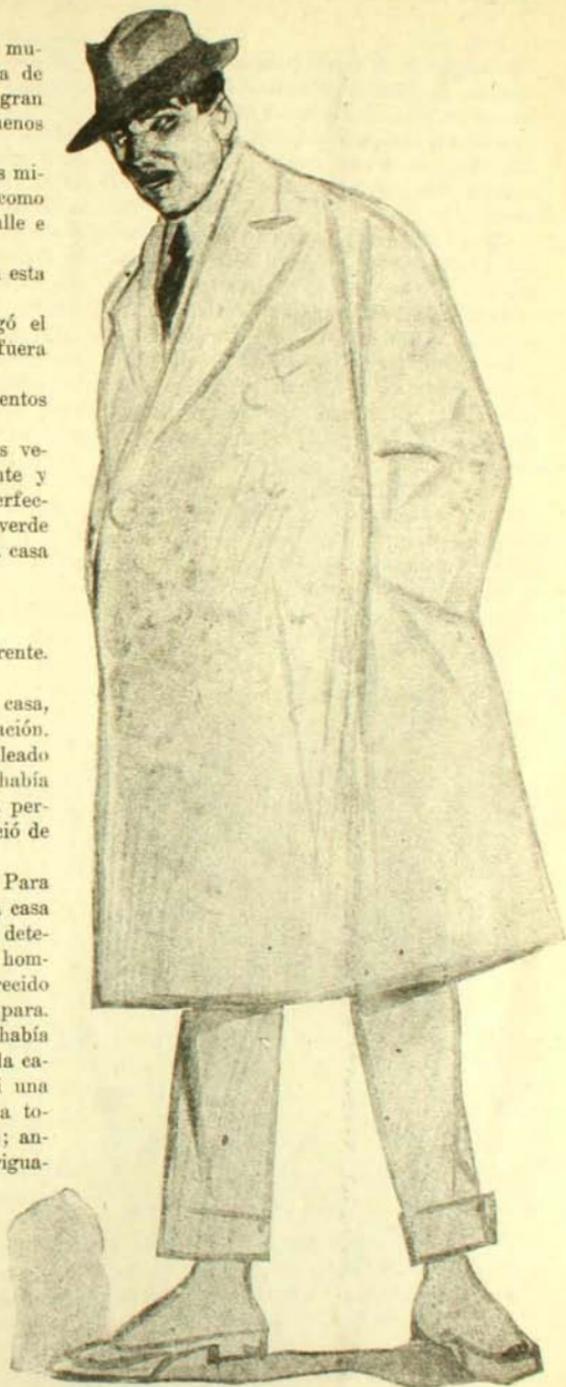
Dejó a dos guardianes vigilando la casa, e indicó al auto que lo llevara a la estación. Allí supo por el propio jefe que el empleado que vivía en la casa de marras no se había movido de su puesto. Además era una persona insospechable. El oficial se convenció de ello tan sólo con mirarlo.

Regresó verdaderamente confuso. Para aún más seguridad, otra vez recorrió la casa por todos los rincones. Luego examinó detenidamente la escalera. Era evidente: el hombre del sobretodo verde había desaparecido allí entre la puerta de calle y la mampara. ¿Hacia dónde había pasado? ¿Se lo había tragado la tierra? El oficial se tomaba la cabeza a dos manos y no le brotaba ni una idea luminosa. Interrogó nuevamente a todos los vecinos, a todos los transeúntes; anduvo dos o tres cuadras en estas averiguaciones y nada en absoluto sacó en limpio: nadie había visto ni la sombra del hombre del sobretodo verde.

—¿Ni vieron siquiera a alguien que llevara un sobretodo verde?

—Tampoco.

A no ser que se hubiera escondido en la casa de los bajos... Pidió permiso y la registró también.



El hombre del sobretodo verde.

Todo inútil.

Desesperado se volvió para el Puerto. Por si acaso, dejó allí de punto a uno de los guardianes de Viña, con especial encargo de que detuviera a cualquier sospechoso. Uno de los empleados de la casa Donoso, Robles le dió toda la filiación del hombre del sobretodo verde.

En el Puerto supieron que don Pablo Robles había muerto. El móvil del crimen había sido el robo, porque se encontró abierta la caja de fondos, y además, habían desaparecido la cartera y el reloj del extinto.

La prensa del día siguiente, al reñatar el hecho estupendo, le lanzaba sus pullas a la policía. Era, en efecto, increíble que el asesino se les hubiera podido escapar en pleno día.

El jefe de la Sección de Seguridad, don Enrique Bórquez, funcionario rígido, muy laborioso y muy hábil, puso en campaña a sus mejores agentes.

Sin embargo, pasaron dos semanas y nada se había descubierto; hasta que un día...

II

El misterio de la subida Urriola

Eran las tres de la tarde. El comerciante español don Pacomio Núñez llegó ante el cajero del Banco de Chile, don Ernesto Ordenes, con su libreta de cuenta corriente a depositar una gruesa suma. Casi inmediatamente llegaron a la misma ventanilla, con el objeto de cobrar unos cheques, los conocidos abogados porteños don Guillermo Gatto y don Jacobo Carvajal... Precisamente detrás de ellos, entró un joven de sobretodo y sombrero verdes; pero no llamó la atención, porque la imaginación de los porteños, demasiado preocupada de los negocios, pronto olvida los hechos sensacionales...

Aqueño ocurrió con la rapidez del rayo: el hombre del sobretodo verde se acercó a don Pacomio Núñez, le arrebató el fajo de billetes y se precipitó hacia la calle. Hubo un momento de estupefacción. Los abogados Gatto y Carvajal fueron los primeros en dar el grito de alarma y en salir detrás del ladrón. Los demás que estaban en el Banco salieron también, más por curiosidad que

por ayudar a la policía. El último en correr fué don Pacomio, pues el espanto lo había dejado como clavado en el sitio.

Con la indecisión del primer instante, el ladrón había tomado una regular ventaja; pero con todo, los abogados Gatto y Carvajal alcanzaron a verlo que torcía por la calle de Urriola hacia el cerro. Siguieron corriendo, y cuando llegaron a la esquina, lo divisaron que penetraba hacia la escala que va hasta la primera plazoleta del Cerro Alegre.

En la esquina de Urriola se les reunieron dos guardianes y otros curiosos, y todos juntos salieron en persecución del hombre del sobretodo verde. El abogado Gatto fué el primero en llegar a la puerta de la escala, y gritó:

—¡Allí va!

En lo alto de la escala alcanzó a ver, en efecto, la silueta del fugitivo, que torcía hacia la derecha. A todo correr subía los escalones, seguido de cerca por los dos guardianes; pero cuando llegaron arriba y torcieron hacia la derecha, no vieron a nadie.

—¡Ha entrado a alguna casa!—dijo Gatto.

—No hay duda—agregó Carvajal, que venía llegando.

Pero continuaron adelante, junto con los demás curiosos... ¡Nada! Al hombre del sobretodo verde se lo había tragado la tierra.

Los guardianes procedieron entonces a revisar las casas que quedan en la subida, previo permiso de sus moradores. En ninguna encontraron ni vestigios del fugitivo. En todas partes, además, declararon que las puertas o las mamparas habían permanecido perfectamente cerradas hasta ese momento, de manera que nadie había podido penetrar a ninguna casa.

A todo esto, la subida se había llenado de curiosos, que rodeaban a los guardianes y comentaban el extraño caso.

—¡Pero si yo lo he tenido al alcance de la mano!—exclamaba el abogado Gatto, verdaderamente excitado.—Y aquí, en esta vueltecita, se me hizo humo.

Entre los curiosos, estaba un joven delgado, harbilampiño, que se acercó a uno de los guardianes y le dijo:

—Creo que Uds. están siguiendo una pista falsa... El ladrón ha podido saltar hacia

el techo de la Bolsa, y penetrar por alguna chimenea...

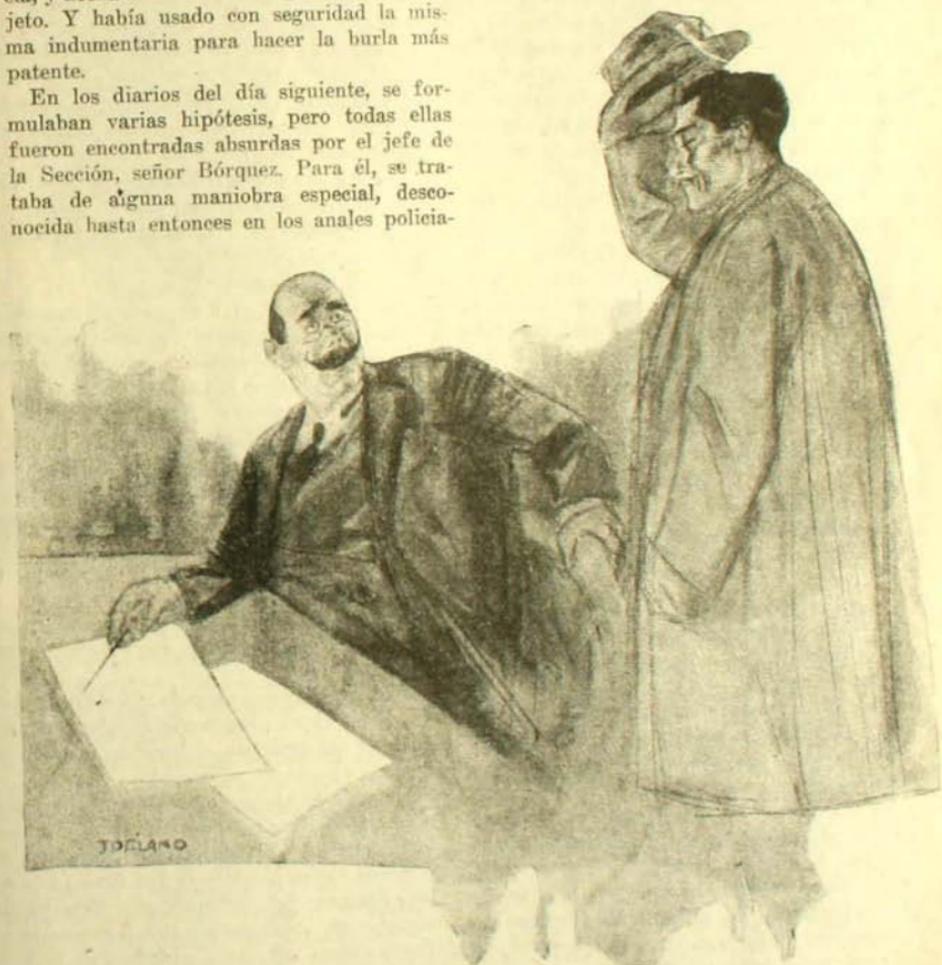
—¡De veras!—confirmaron varios. Y para ello le bastaba con ser un buen acróbata.

Llegaron más guardianes, agentes de la policía secreta, un oficial... Entre todos, continuaron buscando por todos los alrededores. Dos agentes de la sección fueron a revisar el edificio de la Bolsa, hasta el último piso. Todo resultó inútil. El hombre del sobretodo verde no había dejado ni huellas de su paso.

Era aquélla una segunda burla a la policía, y hecha indudablemente por el mismo sujeto. Y había usado con seguridad la misma indumentaria para hacer la burla más patente.

En los diarios del día siguiente, se formulaban varias hipótesis, pero todas ellas fueron encontradas absurdas por el jefe de la Sección, señor Bórquez. Para él, se trataba de alguna maniobra especial, desconocida hasta entonces en los anales policia-

les. Porque aquello de que un hombre desapareciera como por arte de magia en tan corto trecho, y en pocos minutos, en segundos más bien, era demasiado extraordinario para tener una explicación común. En el caso de Viña, el jefe de la Sección había tenido ligeras sospechas respecto de la señora que vivía en la casa, y la había hecho vigilar de cerca. Al ser la mujer, todo habría podido explicarse, pero ahora, esta desaparición casi a la vista del abogado Gatto, ¿cómo hacerla entrar dentro de esa hipótesis? Por el momento la cosa no tenía agarradero posible.



...Ante él estaba el hombre del sobretodo verde...

Para poder sacar algo en limpio o encontrar siquiera el más ligero indicio, fué personalmente, acompañado de un ayudante y de un agente, a recorrer todo el sitio del suceso. Nada le quedó por revisar. Y como resultado. quedó todo tan oscuro como antes.

III

El detective Romero

Otras dos semanas habían pasado. Ya los diarios sólo daban ligeros párrafos con el título consagrado "El misterio de la subida Urriola" y no dejaban de aludir a la poca diligencia que se gastaba la policía.

El jefe de la Sección de Seguridad, don Enrique Bórquez, acababa de arrugar un diario entre sus manos, al ver que se le pedía lo imposible, el don de la adivinación, cuando le avisaron que alguien lo buscaba con urgencia.

"Ángel Romero" decía solamente la tarjeta que le trajo un ordenanza.

—¡Que entre!—dijo con fastidio.

La mampara se abrió... y el jefe de la Sección de Seguridad se quedó lívido de asombro... ¡Ante él estaba el hombre del sobretodo verde!

Al asombro sucedió en él un impulso de alegría. ¡Viene a entregarse!—pensó.

Pero el visitante avanzó y se limitó a entregar una carta. La abrió el jefe apresuradamente, pasó la vista por ella, y alzó la cabeza extrañado...

—De manera que Ud....

—Soy un detective santiaguino, sí, señor...

—¿De la Sección de Seguridad?

—Sí, como agente especial, extra-secreto. Don Eugenio me ocupa sólo para los hechos sensacionales...

—En efecto, me dice aquí en su carta que es Ud. el único a quien cree capaz de desentrañar este misterio, que aquí nos tiene medio locos...

Pero como el visitante siguiera de pie, le indicó un asiento con gesto amable. Ahora el jefe lo miró sonriendo.

—¿Sabe lo que me pensé al verlo en ese traje? Que era Ud. el hombre misterioso que buscamos. Vestía así como Ud. y era de su figura, según todos los datos que tenemos... De modo que no sé cómo escapó Ud. que

la policía no le echara el guante por ahí...

—Es que me vine en automóvil desde la estación de Bellavista.

—¡Ah!

—Y en cuanto a vestir lo mismo que el sujeto tan buscado, entra en el plan que me forjé antes de salir de Santiago. Para que la ficción sea mayor, tengo, a lo que parece, un físico casi semejante al hombre del sobretodo verde.

—Sí; es una coincidencia singular.

—Ahora, señor jefe, sólo le voy a pedir un servicio: que esto de mi llegada quede sólo para los dos. Es necesario que ni la prensa ni nadie sospechen quien soy ni de donde vengo. De otra manera, fracasaría mi plan.

—Descuide Ud. Seré una tumba. Y para el caso que dé Ud. con el pájaro, ¿lo aprehenderá Ud. solo?

—Para eso necesito una tarjeta o un carnet, que me dé a conocer a la policía, por si es menester pedir la ayuda de un agente o de un guardián.

—Con mucho gusto.

Sin vacilar, el jefe extendió el carnet, y timbró el retrato que el visitante traía listo. Provisto ya de su carnet, se despidió con un fuerte apretón de mano, subió al auto y ordenó al chauffeur:

—¡Al Hotel Palace!

Algunos agentes que estaban en la puerta se lo quedaron mirando espantados.

—Cualquiera pensaría que es el hombre que buscamos—dijo uno.

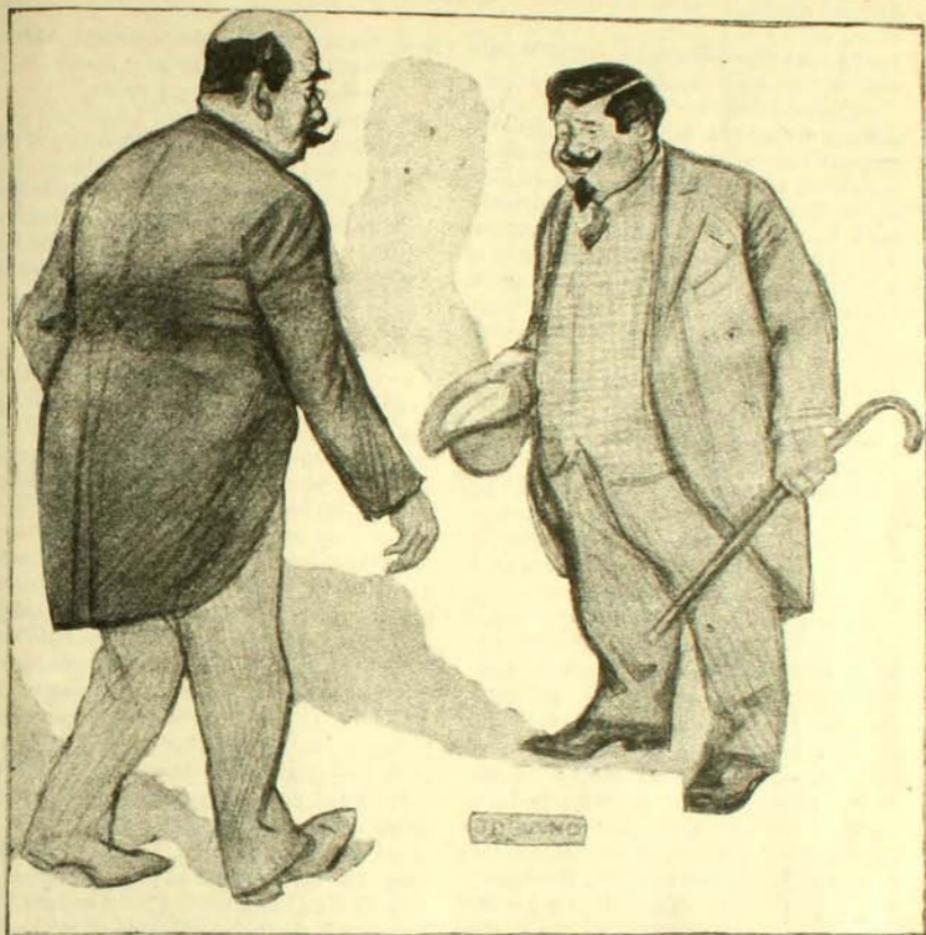
—¡De veras! Pero no será, puesto que el jefe lo deja irse.

Ya en el hotel, pidió una pieza, y en seguida bajó al comedor, sin haberse quitado el sobretodo.

Nadie de los que estaban allí dejó de sorprenderse; y en todos nació el mismo pensamiento: ¡si será éste el bandido a quien se busca!

Después de almuerzo, se le vió salir hacia la Avenida Brasil y encaminar sus pasos a la plaza de la Victoria. Luego bajó por la Avenida Pedro Montt y se fué deteniendo en las vitrinas. Su indumentaria llamaba la atención en todas partes. Los transeúntes se volvían para mirarlo. Un agente de la Sección de Seguridad, que pasaba, estuvo a punto de detenerlo.

Al día siguiente, uno de los diarios, bajo



...Se presentó un sujeto más bien bajo, un po co rechoncho...

el título de "Un visitante misterioso", daba la noticia, y se preguntaba: "¿Quién es? ¿Un detective? ¿Un loco que quiere vestir como el hombre que se busca? No hemos podido averiguarlo".

Pasaron otros cuatro días. El extraño visitante no había vuelto; y ya el jefe de la Sección empezaba a impacientarse, cuando una noche...

Eran más o menos las siete tres cuartos. La señora Blanca Díaz de Abarzúa, que vivía en una lujosa casa de la Avenida Manuel Montt, acababa de regresar del teatro Alhambra, en donde había asistido a la tauda vermouth. La había acompañado su marido, pero él había vuelto a salir, por una

diligencia impostergable. Precisamente pocos minutos después de haberse ido el dueño de casa, se presentó a preguntar por la señora un joven elegante, que llevaba sobretodo verde.

—Acaba de llegar del teatro y va a cambiarse ropa—le informó una sirvienta.

—Es que debo hablarle en el acto... ¡Es un caso urgentísimo!

La sirvienta fué corriendo a dar el recado, y volvió para decir:

—Dice la señora que pase.

Y lo hicieron entrar a un lujoso salón. Dos o tres minutos después, la servidumbre vió salir al visitante apresuradamente, al mismo tiempo que la señora adentro daba un

agudo grito. Inmediatamente la vieron salir con los brazos abiertos:

—¡Es un ladrón!... ¡Síguenlo!...

Salió apresuradamente el mozo, y dió el grito de alarma. Dos o tres transeuntes se agregaron, luego un guardián. El fugitivo corría velozmente sólo una media cuadra adelante. Lo vieron que se dirigía resueltamente a la plaza de la Victoria, llegaba allí y se introducía audazmente entre la gente que se estaba paseando.

Al primitivo guardián se habían añadido dos más, que piteaban ruidosamente. Acudieron otros a caballo, vinieron también unos agentes, y todos avanzaron hacia el centro de la plaza. Pero el hombre del sobretodo verde había desaparecido. Muchos de los presentes declararon que lo habían visto pasar junto a sí, como una sombra; pero nadie se dió cuenta hacia que lado tomó. Se hubiera dicho que se lo había tragado la tierra, allí en medio de los paseantes.

Al otro día, los diarios titulaban así el hecho increíble: "El robo del collar de perlas a la señora Abarzúa.—¡Siempre el hombre del sobretodo verde!".—Y terminaban con sátiras para la policía. En el mismo diario, se publicaba un aviso en que la señora Abarzúa ofrecía cinco mil pesos al que diera con el paradero de su collar, avaluado, según se decía, en algo más de treinta mil pesos.—Aquel hombre—lo refería la señora a la policía, al juez y a los reporters—le sacó el collar de un tirón y luego emprendió la fuga. Apenas si previamente le dijo unas palabras que ésa no entendió.

IV

Carlos Olmos en acción

Dos días después de los anteriores acontecimientos, se presentó un sujeto rechoncho, de rostro afeitado y que vestía con cierta corrección, ante el jefe de la Sección de Seguridad.

Escamado ya, lo recibió éste con cierto recelo. El visitante extendió una tarjeta:

CARLOS OLMOS

Redactor del "Diario"

—¡Ah! sí... yo lo conocía a Ud. de nom-

bre. ¿No tuvo directa intervención en aquello del crimen de Beekert?

—Precisamente.

—Y ahora...

—Venía a descubrir este misterio. Estas cosas así me encantan.

—¿Y Ud. ya se ha formado su opinión?

—Sí; en parte. Desde luego, eñ de los tres hechos sensacionales—el asesinato de Robles, el robo en el Banco y lo del collar de perlas—es un mismo sujeto...

—Eso no lo duda nadie, por su figura e indumentaria...

—Y por lo mismo, es el mismo sujeto el que se presentó ante Ud. un día... ¿A qué vino?

—Dijo llamarse Angel Romero y pertenecer a la Sección de Seguridad de Santiago.

—¿Y lo probaba?

—Sí; tomó a carta...

Abrió el jefe un cajón y tendió un papel al visitante.

—¡Es una falsificación admirable!—dijo.

—Lo que me llama la atención en todo esto es el uso constante del mismo sobretodo, exponiéndose a que por esto solo puedan sorprenderlo. ¿Se trata de una idea supersticiosa? ¿Es que el sobretodo ese tiene alguna virtud especial? Todavía no podría yo determinararlo; pero estoy seguro que por esta hebra daremos con el ovillo...

—Pero es que habrá tantos sobretodos iguales al suyo—objetó el jefe.

—No digo lo contrario; y sin embargo... ¡aquí está el busñis! Cuando a mí se me pone una idea...

El jefe se quedó pensativo...

—¡Puede ser... puede ser!... Lo raro es que para venir a verme usara el mismo sobretodo...

—Cierto; es raro... ¿Y no tuvo Ud. al verlo siquiera una ligera sospecha?

—Al principio me quedé espantado: creí que venía a entregarse; pero después, en vista de su carta-presentación y como me explicara que el uso del tal sobretodo entraba en sus planes, mis dudas desaparecieron...

—De todos modos, es un colmo de audacia... ¿Si habrá venido por demostrar que sí va con su sobretodo famoso, la policía nada puede contra él, aunque lo tengan a mano?

—Cierto. Eso debe ser.

—Lo cual nos confirma aún más que en el sobretodo está el busilís.

—Me inclino a pensar lo mismo.

—Entonces... ¿qué debemos hacer? Después de luego, conviene que los diarios insinúen una cosa: que nadie use en adelante un sobretodo verde, si quiere evitarse un incidente desagradable con la policía. Publicado esto, dispone Ud. que sus agentes aprehendan y le traigan a todo el que lleva tal sobretodo...

—Me parece muy bien; sólo que si alguno llega de fuera vestido de esa manera, ya en un tren, ya en un vapor...

—Sería una plancha; pero no importa... Además, Ud. comprende que la aprehensión se verificará sólo en el caso que el sujeto sorprendido con tal sobretodo, sea de estatura y contextura aproximada a la del sujeto que buscamos.

—En esa forma, sí. Hoy mismo enviaré la petición a todos los diarios.

Carlos Olmos le tendió la mano.

—Bien, señor Bórquez. Desde mañana me pongo en campaña.

—Le ayudaré en lo que pueda.

—Gracias.

De la Sección de Seguridad, se dirigió Olmos a un hotel del puerto. Eligió uno barato. Ello entraba en sus planes.

En la tarde, fué a las redacciones de los diarios, charló un poco, escuchó los diversos comentarios... y no hizo nada.

En seguida se fué al hotel, comió temprano, trató de escuchar todas las conversaciones, y luego se fué a recorrer los lenocinios elegantes. Con ello seguía su pista. Recorrió cuatro o cinco, conversó con varias mujeres sobre el hecho del día y se volvió tarde al hotel.

Al otro día, tuvo una sorpresa desagradable. Uno de los diarios daba la noticia de su llegada.

—¡Maldición!—exclamó.—Han puesto al pájaro sobre aviso.

Sin embargo, siguió el mismo derrotero. Ningún indicio tuvo tampoco en ese día; pero en la tercera noche le ocurrió una impresionante aventura.

Estaba en una de las casas más concurridas. Tarde ya—serían las dos de la mañana—salió hacia el segundo patio. Al volver, se

le atravesó una sombra, y se vió cogido por ambos brazos. Su sorpresa fué tan grande, que no pudo ni siquiera gritar... ¡Ante él estaba el hombre del sobretodo verde!

—¿Con que Ud. me anda buscando, señor Olmos?... Aquí me tiene... Pero no grite Ud. porque le puede costar caro.

No; Olmos no gritó ni podía hacerlo. Se sentía achunhado y cobarde. Soñó procuró observar mucho, para retener la fisonomía de aquel hombre. Vió unos ojos oscuros, una nariz bien perfilada, un bigote recortado a la americana... ¡las señas clásicas! Al ver la pasividad de Olmos, sonrió burlescamente y dijo:

—¿Con que Ud. quería pillarme?... ¡Aquí me tiene a mano y no me pillaré!

Pronunciadas estas palabras, soltó a Olmos y de dos saltos estuvo en el pasillo que daba al primer patio.

Olmos tardó unos segundos en reponerse, y luego, empuñando su revólver, corrió en la misma dirección. Pero en el primer patio no vió a nadie. Siguió hacia la puerta y se encontró con que tanto ésta como la manopara estaban cerradas. Por si acaso, salió hasta la calle, y vió sólo a un guardián apostado a media cuadra. Lo llamó para preguntarle:

—¿Vió Ud. en este momento salir a alguien de esta casa?

—A nadie.

—Entonces...—y se acercó al oído del guardián para decirsele—¡aquí adentro está el hombre del sobretodo verde! No se nos escapeará... Quédese Ud. aquí, no deje salir a alma nacida, y yo adentro procederé a un registro. Vaya en cuanto yo lo llame...

Como pareciera que el guardián dudaba, le mostró su carnet.

Acto continuo se fué al salón. Allí estaban los mismos que había dejado al salir: un señor gordo, italiano, despachero tal vez, dos jovencitos, seguramente empleados de comercio, otro rechoncho que había dicho ser de la Aduana y un español con facha de torero: por la figura y por el traje. No, ninguno correspondía en lo físico al hombre que buscaba. Se dirigió entonces donde la dueña de casa y le hizo ver la necesidad de registrar todas las piezas. Con ella y un sirviente se procedió al registro. Se abrieron los roperos, se miró por debajo de los catres, no

se dejó un solo rincón: nadie. Olmos dejó caer los brazos verdaderamente desconsolado.

De a pie se fué lentamente a su alojamiento, con el objeto de reflexionar con calma por el camino. No había andado dos cuadras cuando se dió una palmada en la frente:

—¡De veras! En aquel indicio que está en el sobretodo, reside todo el misterio. Luego... Pero se ve que el sujeto es muy astuto. ¡Sólo a fuerza de astucia podrá ser sorprendido! Entonces, ¿qué me conviene?... ¡Ah!

Se encaminó hacia la imprenta de "La Unión" y subió a la oficina del cronista:

—Hágame el favor de publicar—le dijo— al final de eso que trata del hombre del sobretodo verde, que yo regreso mañana a la capital en el expreso de la noche. Insinúen que he fracasado.

—Con mucho gusto... Y de veras, ¿se va Ud.?

—De veras... hasta cierto punto.

Aquel día se levantó tarde, y no salió a ninguna parte. Antes de las siete y media estaba en la estación del Puerto. Se despidió de algunos amigos que encontró por allí y se dirigió al tren. Desde su asiento observó atentamente a todos los que estaban en la estación, pero no dió con el que buscaba.— ¡No importa!... A ver si ahora te escaparás...

Había sacado, a la vista de todos, boleto para Santiago, pero se bajó en Limache. Se dirigió al primer hotel y pidió una habitación. Recorrió en seguida el pueblo, y cuando volvió, encargó que lo despertaran temprano, porque tomaría el primer tren para Valparaíso.

V

Contra pillo, pillo y medio

Acababa de comer el jefe de la Sección de Seguridad, don Enrique Bórquez, y se hallaba en tertulia con su familia cuando fueron a avisarle que un señor desconocido lo necesitaba con mucha urgencia.

—Háganlo pasar al escritorio...

Se le presentó un sujeto más bien bajo, un poco rechoncho, que usaba retorcidos bigotes y pera. Vestía de chaqué de largos

aldones, lo que le daba cierto aspecto de receptor de pueblo chico.

—¿No me conoce Ud., señor Bórquez?

El jefe lo miró atentamente.

—No; no lo conozco.

Entonces el desconocido cambiando de voz dijo:

—Soy Carlos Olmos...

—¡Pero, hombre!... Ud. se ha transformado maravillosamente.

—Me alegro, porque así solamente podré dar con el gaño. Me he convencido que con él debemos proceder "a pillo, pillo y medio".

—Pienso lo mismo.

—Se trata, como Ud. habrá visto, de un hombre muy astuto, y de una audacia a toda prueba. Debe creer también grandemente en el poder de la sugestión. Si se me presentó esa noche, fué para apabullarme y quitarme toda fe. Y para darle la razón, simulé esta partida a Santiago. Lo esencial es ahora que no me conozca, porque si llega a sospechar algo, estoy perdido.

—¿Pero no cree Ud. que ha podido irse o esté por marcharse de aquí?

—No lo creo, porque sospecho que tiene por ahí su mujer. Individuos como éste, armados de todas las artes para vencer, tienen en el amor, su talón de Aquiles... Además, ya sabe Ud. donde los grandes estafadores y ladrones derrochan su dinero...

—Sí; en las casas de diversión...

—Exactamente. Por ahí lo buscaré...

—Pero, ¿piensa Ud. que podrá conocerlo? El hombre se habrá disfrazado para dar sus golpes.

—De eso no hay duda; pero es que yo tengo un ligero indicio... Aun esa misma noche habría podido atraparlos, porque el hombre estaba allí, si nuestras facultades deductivas fueran más rápidas... Ahora necesito sólo que Ud. me proporcione dos de sus agentes más seguros. Le conviene a Ud., porque si triunfamos, la gloria será para Ud., puesto que serán agentes de la Sección los que lo aprehenderán.

—¿Dos agentes? Los que guste. ¿Desde mañana?

—Desde mañana... ¡Y encárgueles mucha reserva!

—No hay cuidado.

De la casa del jefe, se fué Olmos a un hotelito del Almendrañ. Quería estar lo más

cerca posible de su lugar de operaciones.

La pesquisa no fué tan fácil como a Olmos le parecía. Inútilmente recorrería por la noche hasta una docena de lenocinios más o menos elegantes y observaba atentamente a todos los que allí estaban. Ya empezaba a creer que el hombre del sobretodo verde se había ido del Puerto, cuando una noche le llamó la atención un inglés, que hablaba el español bastante malamente. Y si despertó su curiosidad, fué porque creyó notar que en lo de pronunciar mal había un poco de simulación. Buscó la manera de estar cerca de él, en forma que no apareciese ostensible, y cuando lo logró, le hizo distraídamente esta pregunta:

—¿Es usted inglés, señor?

—¡Oh! no Norteamericano.

Olmos lo observó entonces atentamente. Era de rostro fino, enteramente afeitado. Sus ojos, de mirar firme, parecían mostrar un carácter resuelto. Vestía un traje claro, de corte irreprochable. En la corbata llevaba un prendedor con una esmeralda...

Ante este pequeño detalle, Olmos casi dió un brinco... ¿Condensaría en esa joya toda su supersticiosa predilección por lo verde?

Podía no ser él, sin embargo... Nada, nada, revelaba que lo fuera. Pero él sospechaba porque sí.

De todos modos, tomó su resolución. Media hora después, tomó su sombrero y se fué. Ya en la calle, cruzó a la otra acera, y se acercó al vano de una puerta. Allí estaba apostado un hombre. Era un agente. A él le dió todas las señas del norteamericano y



... Olmos lo levantó triunfante...

encargó que lo siguiera hasta su alojamiento.

—Averiguado esto—concluyó—mañana me lo van a avisar a mi alojamiento.

Al otro día, a las ocho, se le presentó el agente.

—Vive en el hotel...

Era un hotel elegante. Esto le hizo dudar: ¿Si iría a hacer una gran plancha?

De todos modos, había que proceder. Se fué al hotel indicado, y preguntó si alojaba allí un norteamericano, con las señas que dió.

—Sí, señor... Mr. Stevenson.

—¿Muchos días?

—No, señor... Llegó anteayer solamente, por el vapor "Imperial".

Carlos Olmos sintió que el alma se le caía a los pies. Sin embargo, deseoso de ir hasta el fin, se fué donde el jefe de la Sección de Seguridad.

—Don Enrique, pida Ud. orden para allanar el hotel de...

—¿Está allí?

—Sólo ligera sospecha. Para que la plancha sea menor, en caso de que lo fuera, haremos el registro de la pieza cuando el sujeto no esté ahí. Ya dejé un agente apostado en la puerta para que me avise.

Se procedió como Olmos indicaba. Asistieron al registro sólo Olmos, el jefe y un agente de confianza. En cuanto entraron en la pieza, a Olmos le llamó la atención una maleta grande, con fuerte cerradura.

—Hay que abrir eso a toda costa—dijo.

—¿Entonces Ud. cree que tendrá por lo menos el cóilar?

—No; busco otro elemento aún de mayor convicción.

Olmos no se engañaba. En el fondo de la maleta encontraron un sobretodo verde. Olmos lo levantó triunfalmente:

—¡Aquí está!... Mire usted, don Enrique: ¡es toda una obra maestra!

El jefe lo examinó verdaderamente sorprendido. Era un sobretodo extraño; verde por un lado; gris oscuro por el otro, esto es, un sobretodo doble.

—Todo se explica ahora—dijo Olmos.— Cuando subió a la casa en la calle de Valparaíso, de Viña, se dió vuelta el sobretodo

en la escalera y luego, en un descuido de los vecinos, salió hacia la calle, y nadie lo notó, porque era ya otro, y tan otro puesto que también se habría dado vuelta el sombrero y quitado el bigote a la americana, que era, naturalmente, postizo. Lo mismo debió hacer en la subida del Cerro Alegre: ya transformado, pudo mezclarse fácilmente entre la misma multitud que a él perseguía. Tendrá tanta costumbre, que estas transformaciones las hará rápidamente.

—¿Y en la plaza de la Victoria?

—Muy sencillo: la operación la hizo a la sombra de un árbol, en cualquier parte, y otra vez aparecería como perseguidor de sí mismo.

—Está muy bien; pero ¿cómo explica usted su desaparición en aquella noche que lo tuvo Ud. a la mano?

—Muy fácilmente: no podía ser sino el español con fecha de torero...

—Pero entonces no llevaba sobretodo...

—No, efectivamente; pero—¿no ve usted—este sobretodo además de ser doble, está dividido en dos piezas. La parte de abajo puede ser desprendida, y queda convertido entonces en una chaqueta como la que usan los chulos en España...

Una hora después, el sujeto fué aprehendido. Ante aquellos elementos de convicción, se entregó sin resistencia. Cuando reconoció a Olmos, dijo solamente con todo cinismo:

—Me la ganó, compañerito... ¡Pero yo fuí el imprudente al meterme en la cabeza del león!





Lea estos certificados:

DEL DR. MARCIAL GUZMAN Z.—Especialista en enfermedades de niños.

DR. MARCIAL GUZMAN Z.—Consultas de 1½ a 4½ P. M.—Monjitas 345.—Teléfono 2667.—Septiembre 19 de 1916. Tiene el agrado de felicitarle por la oportunidad de darnos un alimento que reemplaza con grandes beneficios a sus similares extranjeros y que está perfectamente indicado en los niños, mayores de tres meses, y en especial en los que está contraindicada la alimentación lacteada.

MARCIAL GUZMAN Z.

DEL DR. EUGENIO CIENFUEGOS B.—Médico del Patronato de la Infancia y del Policlínico "Manuel Arriarán".

EUGENIO CIENFUEGOS B.—Rosas 1267.—Santiago, marzo 16 de 1916.—Empleo el "ALIMENTO MEYER" en la generalidad de los casos en que es menester agregar los farináceos a la alimentación de los lactantes.

Su composición, su gusto agradable, su fresca preparación y su bajo precio, me hacen preferirlo a los alimentos extranjeros análogos.

Dr. CIENFUEGOS, médico del Patronato de la Infancia y del Policlínico "Manuel Arriarán".



**ALIMENTO
MEYER
ES EL
MEJOR**

PRECAUCIONES

Es tal la carestía del calzado en Francia que un par de zapatos puede considerarse como un par de joyas.

A consecuencia de este alza un gran hotel de Lyon ha tomado sus medidas para que los huéspedes conserven sus botas. En cuanto llega un nuevo viajero le entregan un papelito en el que se lee lo siguiente:

“Esta casa no garantiza la pérdida del calzado; se ruega a los señores viajeros que todas las noches al retirarse no dejen las botas a la puerta de la habitación, sino que las entreguen en la caja donde se encargarán de su limpieza, y se les entregará un talón numerado con el que podrán recoger el calzado al día siguiente.

Al hacer esta formalidad deben cerciorarse si reciben las mismas botas que entregaron la víspera”.

HACE UN SIGLO

Hace poco más de cien años las tropas de Wellington ponían sitio a Bayona. Para poder asegurar el alimento de los defensores de la plaza, el alcalde pidió la ayuda pecuniaria de los habitantes y reunió la suma de 52.000 francos con los cuales se compraron víveres.

que entonces se creyó estaban pagados a precios exorbitantes y que ahora al precio que andan por ahí las subsistencias nos parecen una ganga.

Así, por ejemplo, se compraron 2.094 kilos de judías por 642 francos, 5.569 kilos de arroz por 4.714 francos; 7.475 litros de aguardiente por francos 8.312,50, 1.389 kilos de velas por 2.692 francos, y así por este estilo.

LOS HUEVOS PODRIDOS

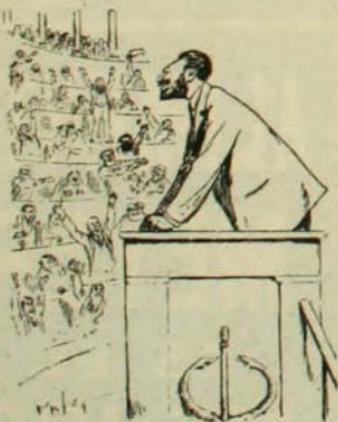
En todos los países civilizados los huevos frescos son los que más gustan; su precio está en razón inversa de su edad.

En China, sucede lo contrario y Yuan Shi Kai ha tenido que emplear toda su autoridad reformatoria para hacer desaparecer de los banquetes de lujo, el aceite de ricino que usan en la condimentación de los platos y los huevos podridos, el entremés más apreciado por los paladares chinos.

Este riquísimo manjar, según ellos, se servía completamente verde después de haber permanecido años entre cal o serrín y se pagaban por ellos precios tan elevados como aquí por los más añejos vinos.

Los huevos de pata y de oca sobre todo ofrecen al paladar de los entendidos un olor sulfuroso exquisito y alcanzan un precio superior al de los más ricos muebles de laca.

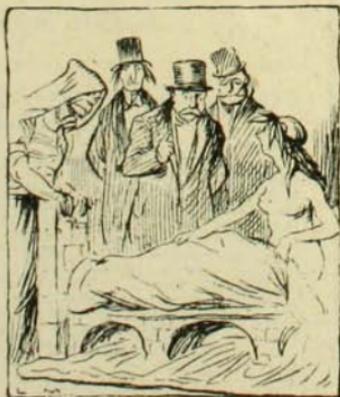
LA NUEVA DOCTRINA



El diputado socialista.—Ahora que estamos arriba, y para demostrar que no tenemos nada de común con la antigua Cámara, os propongo que elevemos nuestros sueldos a 30.000 francos.

(“Le Rire”, París.)

LAS INUNDACIONES DEL SENA

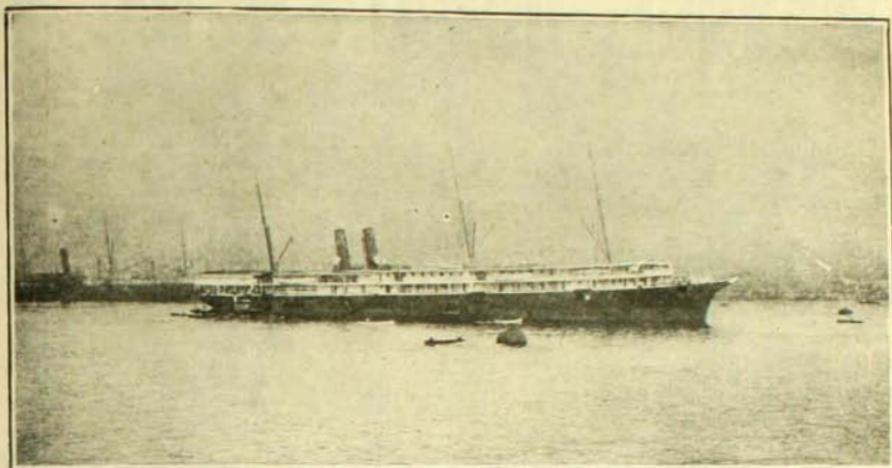


—¡Cuidado, señora! Si sale usted de su lecho, todo París va a enfermar...

(“Le Rire”, París.)

Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 895



SERVICIO SEMANAL RAPIDO, entre Valparaíso y Cristóbal, en 14 días, atendido por los magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica.

RENAICO - AYSEN - HUASCO - PALENA - IMPERIAL

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde, y tienen conexiones en Antofagasta y Arica, con los trenes internacionales para Bolivia, los mismos días de la llegada, y en Cristóbal, para Estados Unidos, en las lujosas naves de la United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

SERVICIO QUINCENAL, entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú) en 14 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

MAPOCHO - MAIPO - CACHAPOAL

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde

PROXIMAS SALIDAS:

- “HUASCO”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 24 de marzo de 1920.
- “IMPERIAL”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 31 de marzo de 1920.
- “CACHAPOAL”, para Pimentel (Norte del Perú) e intermedios, el sábado 3 de abril de 1920.
- “PALENA”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 7 de abril de 1920.
- “MAIPO”, para Pimentel, (Norte del Perú) e intermedios, el sábado 17 de abril de 1920.
- “AYSEN”, para la Zona del Canal (Cristóbal), e intermedios, el miércoles 21 de abril de 1920.
- “MAPOCHO”, para Pimentel (Norte del Perú), e intermedios, el sábado 1.º de mayo de 1920.

AGENCIAS

EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU

EN SANTIAGO: CARLOS ROGERS, Bandera, esq. Moneda

EN CRISTOBAL: UNITED FRUIT Company.

EN BUENOS AIRES: EXPRESO VILLALONGA, Balearce, esquina Moreno.

EN NUEVA YORK: JOHN R. LIVERMORE Inc. 21-24, State St.

EN PARIS: A. P. DUPONT, Rue Halevy 4.

EN LA PAZ: TOMAS BRADLEY, Avenida Montes 52.

ONTERÉ PLAZA.
Gerente.

WESSEL, DUVAL & Co.

Santiago, Valparaíso, Concepción
Antofagasta, Valdivia, Talcahuano, Callao, Lima, New York

Agentes Generales de la "West Coast Line"

LINEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE NEW-YORK Y LOS PUERTOS DEL PACIFICO

Representantes Exclusivos para Chile de la "BALDWIN
LOCOMOTIVE WORKS"

Representantes de la "HERCULES POWDER Co."

Unicos Importadores de los famosos Automóviles

Locomobile, Franklin, Paige y Marmon

Y DE TODA CLASE DE REPUESTOS PARA LOS MISMOS. CUENTA ADEMAS CON UN
PERSONAL EXPERTO Y CON MECANICOS COMPETENTES

Unicos Concesionarios de los insuperables Aceites Lubricantes
"GARGOYLE MOBILOIL, de la VACUUM OIL Co.

Importadores de Artículos de Primera clase

ACEITES lubricantes "Mobiloil"
ACEITES para máquinas de coser, "Campana"
ACEITE de semilla de algodón, "Campana"
AGUARRAS
ALAMBRE negro, galvanizado y Alambre de púas
CAJAS DE SEGURIDAD
CARBURO de calcio
CEMENTO "Vulcanite" "Colton"
CLAVOS de fierro cortado
COCHES para guaguas "Alwin"
ESCRITORIOS de roble americano "Roll-Top" y para máquinas de escribir
FRANELAS crudas "Campana" de X, XX, XXX y XXXX
GENEROS blancos marcas G. B. y H.
GLUCOSA
GRASA de Pino "Campana"
HARINA de maiz Monte Blanco
HILO de algodón para coser sacos

HOJALATA
LONETA de algodón "Campana" de 7, 8, 9, 10 y 12 oz.
OSNABURGO "Campana"
PAPEL imprenta
PAPEL Sulfito
PAPEL Toilet "Tacoma"
PINTURA de cobre
RESINA "G"
ROMANAS "Fairbanks"
SODA cáustica
SALMON Rosado
TOCUYO liso "Cabota"
TOCUYO liso "Elefante"
TOCUYO asargado "Campana"
TOCUYO asargado "Pepperell"
TOCUYO asargado "Caballo Alado"
VIDRIOS Americanos de todas dimensiones, en cajones de 90"
ZUNCHOS para cajones 1/2" 5/8" y 3/4"



Además del gran surtido de Alfombras que llevamos constantemente
en existencia, se encuentran: Toda clase de

Pisos de Alfombras

Pisos Afelpados

Pisos de Lana (Sheepskin Rug)

Pisos Lavables para Pieza de Baño.

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO

SANTIAGO



Frat. Castagnette



FABRICANTES DE ROPA BLANCA bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.



NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

AGRADECEREMOS PIDA DATOS, muestras y precios a otras partes y los confrónte con los nuestros y se convencerá de la gran ventaja de los artículos de nuestra fabricación.



Atendemos gratuitamente pedidos de nuestro Catálogo

LEYENDA INDOCHINA

Era en verdad habilísimo el sastre de Hué. Aunque ignoraba los caracteres del Tao-Ten-Kin, conocía otras muchísimas cosas.

La edad, la experiencia y la razón habían hecho de él un maestro en su arte y en el conocimiento de los hombres.

Por eso, desde tierras muy lejanas iban a pedirle consejo, y de muy lejos también, los más elegantes de Oriente le encargaban que cortase y bordase los más preciosos trajes.

A la puerta de su casa, el sastre, sentado como un buda componía dibujos admirables: pájaros, flores o dragones que sembraba de sedas admirables.

Al mismo tiempo distribuía a todos máximas que constituyen la sabiduría de los pueblos.

A la celosa Ti-Seu, le había aconsejado la confianza en su esposo y desde entonces reinó la paz y la calma en su hogar.

A Ti-Ba la orgullosa que llevaba su "corazón en el cuello" le había dicho: "La gallina que canta no cuida de sus polluelos. Oídate, mujer, de hacerte valer constantemente, la fama desgarrará los vestidos que te ha dejado".

Ti-Ba se había burlado de los consejos del sastre y los años dieron la razón al viejo artista.

Un día el gran ministro fué a ver al sastre y le encargó que le hiciese un traje de corte.

—Con mucho gusto os lo haré, excelencia,—dijo el sastre—para mí es un gran honor. He aquí mis mejores sedas bordadas con lunas de oro.

—Esta me gusta, hazme el traje.

—Se lo haré, altísimo señor, pero antes de cortar la tela desearía saber cuánto tiempo lleváis en el poder.

—Y eso a ti ¿qué te importa?

—Excelencia, yo no soy sino un triste sastre: mi pregunta no nace de la curiosidad, ni tiene por objeto molestar a mi señor en lo más mínimo, lo que os pregunto necesito saberlo para que corte el traje como es debido y tengáis una túnica perfecta.

—¿Y qué tiene que ver el tiempo que llevo en el poder con el corte del traje?

—Escuche, excelencia. Si hace poco tiempo que habéis sido favorecido con la confianza del rey, entonces andaréis satisfecho, con la

cabeza en alto, el pecho arqueado, un poco echado hacia atrás.

Para que la túnica le sienta bien, en este caso, es necesario que corte el paño delantero un poco más largo que el de atrás.

Si hace ya algún tiempo que desempeñáis vuestro alto y honrosísimo cargo, vuestro orgullo estará atenuado, andaréis recto, derecho solamente, y entonces ambos paños han de ser iguales, pero si lleváis muchos, largos y penosos años de gran ministerio sobre vuestras espaldas, si las injusticias y caprichos de vuestro soberano os han hecho bajar la cabeza; si el disgusto de la vida os da náuseas y la reflexión profunda os hace mirar hacia la tierra y encorvar el dorso, entonces, convendréis, excelencia, que su traje ha de ser más corto por delante que por detrás.

He ahí, por qué, gran señor, he parecido a vuestros ojos, curioso, hablador e impertinente, cuando lo que yo quiero es solamente hacer un traje a vuestra entera satisfacción.

El famoso sastre de Hué, hace mucho tiempo que ha muerto; es una verdadera lástima porque podía ser muy útil en nuestros días dando consejos a tanto celoso y orgulloso como ahora hay en Oriente y Occidente.

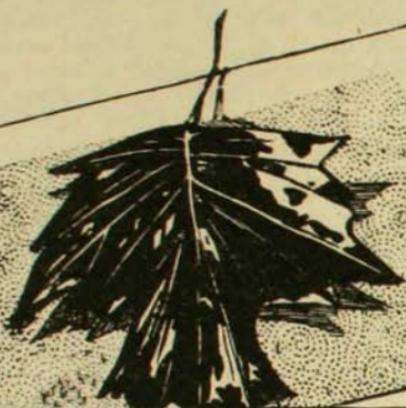
BUENA PESCA

Es la ballena un animal precioso.

Pescar uno de estos cetáceos es ganar de un golpe un premio gordo de la lotería, porque estos animales gigantescos producen de 26 a 27 barriles de aceite y una buena cantidad de hueso y barbas. Noruega es el país de los pescadores de ballena, y este año la campaña contra estos monstruos ha dado muy buenos resultados. Los 24 balleneros que poseen han producido 128.000 barriles de aceite que valen siete millones de coronas.

Los "Anales Marítimos" dicen que de la Georgia del Sur han llegado a Francia 31.000 barriles de aceite de ballena. Una sola sociedad armadora ha pescado 473 ballenas las cuales han producido 11.533 barriles de aceite y unas 25 toneladas de hueso y barbas.

Asombroso ha de ser el número de pecesillos que han tenido que ser engullidos, digeridos y asimilados para poder formar y alimentar esas enormes masas de grasa, carne y cartilago.



Sath e Chaves
saluda atentamente a Ud
y tiene el honor de invitarle
a la apertura de su _____
Gran Exposición de Novedades
para Otoño en los salones
de su 3^{er} piso



Santiago, Marzo de 1920

EL DIABLO VIOLINISTA

Se cuenta una historia curiosísima sobre la conocida composición del maestro Tartini, titulada "La Sonata del Diablo", en la que este diabólico personaje fué principal colaborador.

El músico había tratado varias veces de escribir una sonata original y rara, que satisficiera su capricho, pero todas las pruebas le habían salido infructuosas. Un día, desesperado y cansado después de varias horas de trabajo, y en busca de inspiración para su deseada sonata, se metió en la cama para descansar y dar un poco de calma a su calenturiento cerebro.

En cuanto se quedó dormido, tuvo una pesadilla en la cual vió que el mismísimo Becebú entraba en su alcoba, se apoderaba de su violín y se preparaba a tocar.

Al principio sufrió horriblemente pensando que la diabólica aparición iba a destrozar su instrumento favorito, pero Lucifer apoyando el violín al hombro izquierdo inclinó sobre la caja su cabeza, como para acariciarle con sus tiznadas mejillas, y delicadamente empuñando el arco empezó a tocar la más rara, la más fascinadora de las melodías.

Tartini no había oído cosa igual en los días de su vida. Absorto y conmovido escuchó la sonata que Satán ejecutaba, y al terminar, le suplicó que se la escribiera.

Poco complaciente el dios de los Infiernos, se negó a ello y haciendo una mueca diabólica desapareció.

Furioso el maestro, a la par que asustado, hizo un movimiento de desesperación y despertó.

Aún resonaban en sus oídos las mágicas notas, la melodía ultraterrestre había quedado grabada en su mente, y febril, sin perder momento, poseído de intensa emoción empezó a traspasar al papel los acordes que bullían en su cerebro. Poco a poco fué recordando diferentes partes de la música que el demonio había compuesto y ejecutado.

Así nació la maravillosa composición que se llama "La Sonata del Diablo".

COMO EN TIEMPO DE LAS VESTALES

El cirio más grande que se ha conocido fué uno fabricado para una catedral italiana, regalo de un individuo, preso en una cárcel, al que injustamente se le había condenado. Al poco tiempo se probó su inocencia y al salir

de la prisión regaló el citado cirio que tenía tres metros y medio de alto, veinte centímetros de diámetro y pesaba 310 kilos. Hecho de la mejor cera, costó la friolera de 7.500 pesetas. Este colosal cirio ardió durante dos años y medio seguidos sin apagarse un momento.

En una casa de campo, en Inglaterra, en la que la misma familia venía viviendo desde hace seiscientos años, hay un fogón en el que la tradición asegura, que no se ha apagado el fuego que allí se alimenta día y noche de turba desde hace doscientos años.

Estas especies de fuegos sagrados quedan eclipsados por el fuego de Brule cerca de Saint Etienne en donde hay una mina de carbón que está ardiendo hace muchos siglos y ha dado a la región un aspecto verdaderamente volcánico. Todos los esfuerzos que hasta ahora se han hecho para extinguir el fuego han sido inútiles.

Hay en Zwickan, Sajonia, un incendio, o por lo menos lo había al estallar la actual guerra, que empezó a arder en el siglo XV, a pesar de lo cual la mina está en explotación desde el año 1837.

PUENTE CURIOSO

Antes de que se tendiera el primer cable transatlántico, una compañía yanqui proyectó unir la América del Norte con Europa por medio de un alambre telegráfico que atravesando las selvas del Nuevo Mundo cruzara el estrecho de Behring y se extendiese a lo largo de Siberia hasta Europa.

El material necesario se hallaba ya en las selvas americanas dispuesto a ser colocado, cuando se tendió el cable suboceánico y en las soledades de Norte América quedó el alambre abandonado.

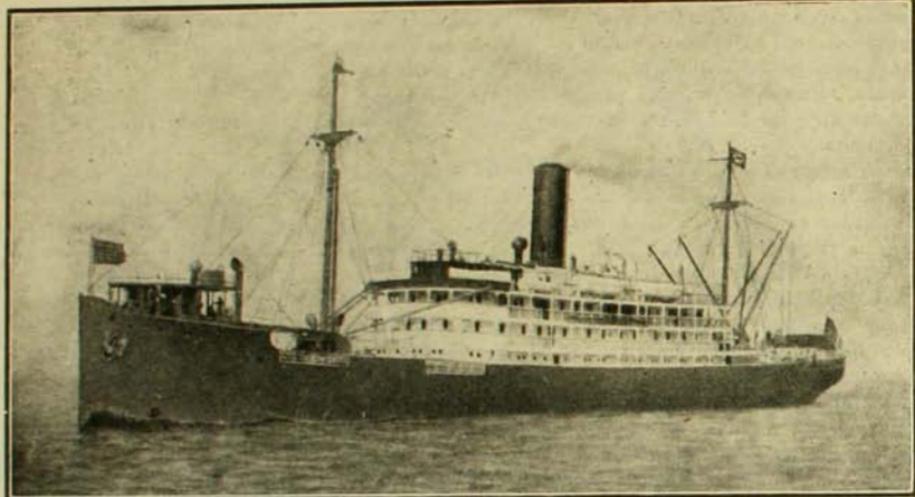
Los pieles rojas utilizaron este material construyendo un puente para franquear el difícil cañón de Butley al noroeste de la Colombia Británica.

Este puente, atado en los árboles de ambas orillas sirvió de paso a numerosos aventureros buscadores de oro, pero cuando se construyó un puente moderno y sólido, el de alambre telegráfico faltó de cuidados y reparaciones ha ido desapareciendo poco a poco destrozado por el tiempo. De todos modos, quedó demostrado que la empresa era posible, y si el alambre no sirvió para comunicar dos continentes, sirvió para unir las dos orillas de un barranco.

“GRACE LINE”

SERVICIO DIRECTO DE PASAJEROS

Entre Chile, Perú y Nueva York



CANAL DE PANAMA. - SIN TRASBORDO

POR LOS NUEVOS VAPORES AMERICANOS DE 10,000 TONELADAS:

**“Santa Ana”, “Santa Luisa”
“Santa Teresa” y “Santa Elisa”**

*Viajes rápidos de Valparaíso a Nueva York
en 17 días, únicamente para pasajeros de primera clase*

SALIDAS DE VALPARAISO CADA 15 DIAS

Los Martes, a las 4 de la tarde

ESCALAS EN LOS SIGUIENTES PUERTOS: Antofagasta, Iquique,
Arica, Callao, Colón y Nueva York

W. R. GRACE & Cía. - Valparaíso
GRACE & Cía., Chile, (S. A.) - Santiago

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA.



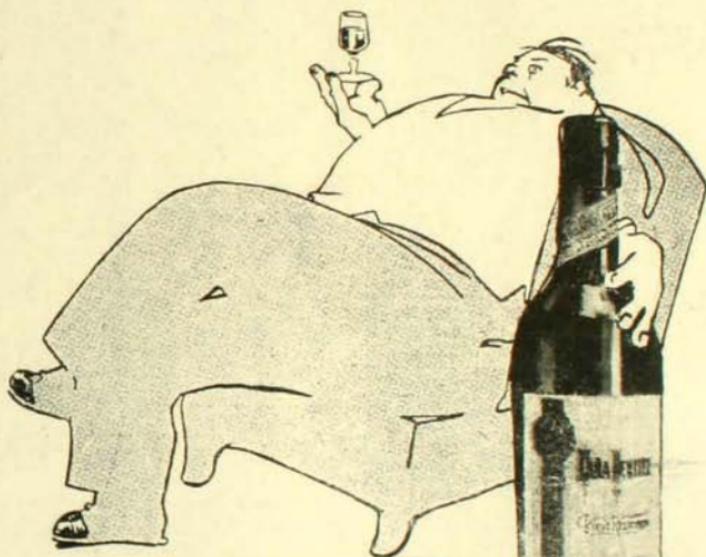
VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646



RECOMIENDA TODOS
SUS VINOS Y
ESPECIALMENTE EL

PINOT RESERVADO



EL
CALZADO

MARCA

Artigas

ES INDISPEN-
SABLE PARA
TODA
FAMILIA

M. ARTIGAS y Ca.

235 - AHUMADA - 239 - CASILLA 2970

ABRIL de 1920

PACIFICO

PRECIO EN PESO

MAGAZINE





La flecha más certera

para combatir los dolores de cabeza, espaldas, muelas, oídos y garganta; el escudo más efectivo contra el alevoso ataque de la influenza, la gripe, el trancazo y el dengue; el arma que más poder tiene contra el reumatismo, la ciática, el lumbago y las neuralgias, son las TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y FENACETINA (en tubos de etiqueta verde con la Cruz Bayer).

Estas Tabletas son una ingeniosa combinación de Aspirina y Fenacetina, es decir, de las dos substancias que la profesión médica considera MAS EFICACES para las enfermedades mencionadas antes. Como el dardo lanzado por brazo experto da en su blanco porque lleva en sí fuerza y certeza, cada una de estas tabletas ejerce siempre su efecto porque lleva en sí un extraordinario poder benéfico y es de una completa exactitud científica.

Si Ud. tiene siempre a su alcance estas admirables tabletas, la fortaleza de su buena salud será invencible.



COMPANIA DE SEGUROS

CONTRA

INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

LA
"INTERNACIONAL-CHILE"

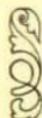
AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7 DE 1910

Capital Pagado	\$ 1.000,000.00
Fondo de Reserva	300,000.00
Fondo de Reseguros	500,000.00
Fondo de Fluctuaciones de Valores	800,000.00
Fondo de Eventualidades	1.000,000.00
Fondo de Futuros Dividendos	152,896.33
	<hr/>
	\$ 3.752,896.33

DIRECTORIO

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos García L., Don Gmo. Luis Plummer, Don Enrique Middleton
Cruz, Don Víctor Prieto Valdés, Don Marcos Montt,
Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

Oficina Principal:

VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en
Londres

LAS PIELES MAS VALIOSAS

Granjas de "renards" y de "skunks"

El capricho femenino, la moda que exige que las elegantes cubran sus lindos cuerpillos con pieles costosas, ha hecho que se creen verdaderos ejércitos de cazadores que vayan en busca de los animales que las producen.

Esta caza sin piedad ha hecho que empiecen a desaparecer y amenaza la extinción de muchos de los animales que mantienen la industria peletera, y este temor ha dado origen en la América del Norte a granjas de zorros plateados y de "skunks" o mofetas, cuyas pieles son hoy las favoritas de nuestras elegantes.

El "renard argenté" no es sino una variedad del zorro común de los Estados Unidos. El color de su pelo varía del rojo vivo al negro intenso pasando por todos los matices intermedios. Su cría no exige grandes cuidados ni terreno muy extenso; poco más de media hectárea basta para criar seis parejas. El terreno se cerca con tela metálica, y en este campo se hacen pequeños cotos o corrales en los que se colocan cabañas como las casetas de perros, cerca de las cuales se les pone el alimento diario: pan, leche, piltrafas de carne, conejos, ratas y ratones.

Estos zorros en cautiverio se reproducen una vez al año, de febrero a marzo y paren cinco cachorritos por término medio. Las crías crecen rápidamente y maman durante seis meses si antes no se les separa de la madre.

Al año ya se reproducen empezando por parir tres crías.

Las granjas de "skunks", obedecen al mismo plan. Lo curioso es que estos animalitos, que en su estado salvaje expelen un líquido en extremo pestilente, domesticados pierden en absoluto tan desagradable costumbre.

La cría de estos animales es muy productiva, pues si las pieles más ordinarias se venden a 1.000 pesos pieza, las más negras alcanzan precios de hasta 10.000 pesos.

Una pareja de zorros plateados vivos cuesta de 25 a 30.000 pesetas.

Las principales granjas se encuentran en el Maine, Alaska, península del Labrador y provincia marítima del Canadá.

Hoy, la industria peletera se encuentra limitada a la América del Norte sobre todo

en lo que se refiere a zorros y mofetas. Estas últimas se crían en todo el nuevo continente, desde Canadá hasta Patagonia, y hay varias especies, pero todas de piel muy apreciada. Nuestros compatriotas que en la América Ibérica se dedican a la agricultura, podrían sin gran dificultad explotar esta industria cuyos gastos son menores que los ingresos.

En Venezuela hay una variedad de mofetas, llamada mapurita, de piel blanca como la nieve que sin duda sería muy estimada en los mercados.

EL ARTE DEL TOCADOR EN OTROS SIGLOS

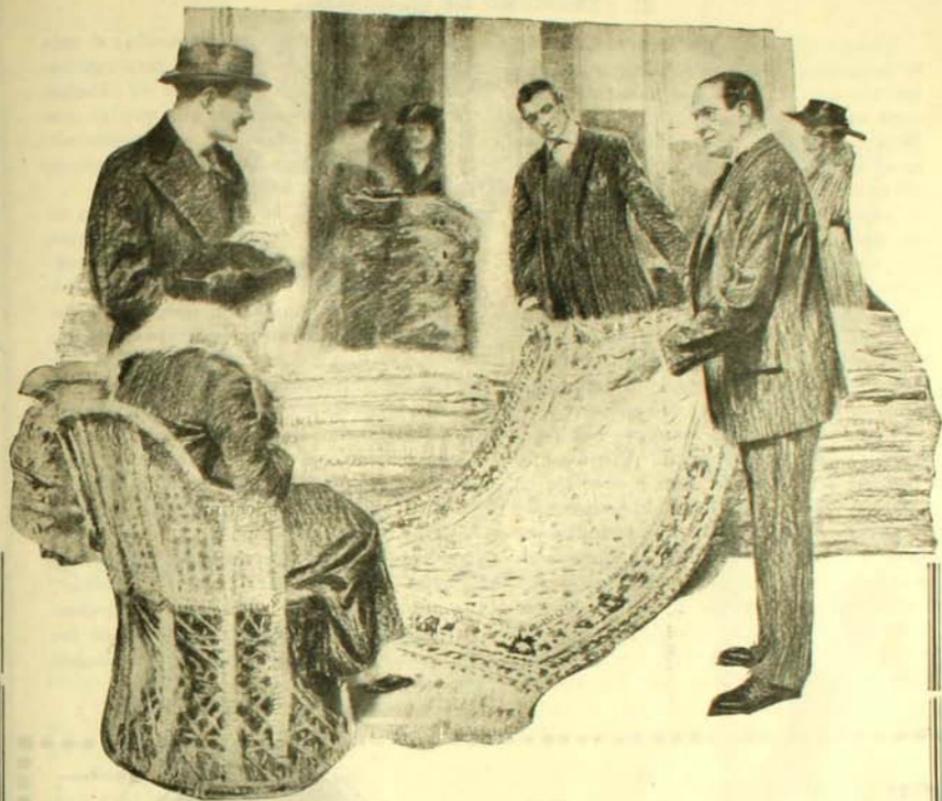
Una escritora norteamericana, Mrs. Spalding, acaba de publicar un curiosísimo libro sobre los secretos de tocador de las grandes bellezas de los tiempos pretéritos. He aquí un par de fórmulas de las contenidas en este notable resumen de la coquetería a través de los siglos:

Para colorear los cabellos.—En ciertos casos es preciso mezclar leche de una mujer que críe a un varón y destilarla junto con una golondrina viva y sin pelar.

Para tener el cutis terso.—Mezclar dos onzas de carbonato de plomo con otro tanto de tártaro de potasa; cinco onzas de una mezcla de sublimado y de plata en polvo, y adicionarle dos onzas de goma adrayante y de nitró de Sari. Se lava la cara por la noche antes de acostarse.

La muestra hará conocer lo que eran estas recetas de la antigüedad. Según el libro de Mrs. Spalding, esta receta fué hallada en un manuscrito de 500 fórmulas que Catalina Sforza—terrible ideal de la mujer del Renacimiento italiano—se hizo elaborar por sus alquimistas, para conservar la belleza de su carne. Es sabido que esta mujer, en medio de los sucesos de la guerra, cuidó siempre con esmero de su belleza, llegando a una avanzada edad en todo el esplendor de una hermosura asombrosa.

Las tales recetas, aunque nada prácticas—sabido es hoy en día que para tener mejillas sonrosadas, no hay que apelar a drogas, sino tener el estómago fuerte y limpio—interesan como documentos históricos venidos de las manos de esta mujer, a la cual las italianas de hoy perdonan de buen grado sus crímenes y sus violencias, para recordar su vejez austera y llamarla con ternura "La Dama de Forli".



Además del gran surtido de Alfombras que llevamos constantemente en existencia, se encuentran: Toda clase de

Pisos de Alfombras

Pisos Afelpados

Pisos de Lana (Sheepskin Rug)

Pisos Lavables para Pieza de Baño.

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO

SANTIAGO

EL FEMINISMO EN EL CHACO

Aunque generalmente se cree que todas las mujeres de los pueblos salvajes son seres que viven en la mayor sumisión, hay en esta regla sus excepciones, y entre ellas debemos incluir a las indias de la tribu de los tobas, en el Gran Chaco. Estas salvajes, bueno es advertirlo, son de un tipo repulsivo teniendo poco que agradecer a la naturaleza; pero en cambio disfrutaban de ciertos privilegios que no son comunes entre gentes de su nivel cultural.

Las tobas son crueles y celosas: armadas de espinas y huesos agudos pelean con inaudito encarnizamiento, hasta matarse muchas veces; los hombres presencian impasibles tan sangrientos combates femeninos.

El matrimonio está prohibido entre parientes, especialmente siendo próximos. El indio que desea casarse lleva y deposita un atado de leña en la puerta de su pretendida, poniéndolo a su disposición; entretanto que aquel se retira a su estancia, la mujer consulta con sus parientes; si del consejo de familia resulta aceptado el matrimonio, la novia recoge la leña; si sucede lo contrario, la quema en la misma puerta, y el solicitante no debe pensar más en ella. La ceremo-

nia del matrimonio es muy sencilla: el más anciano de los parientes, con intervención del Cacique, corta una guedeja de cabello de la frente de los novios, que quedan con ello, unidos hasta la muerte; es desconocida la poligamia en todas las tribus a excepción de los caciques.

En la guerra, las mujeres desempeñan un papel importante en el momento preciso, llevan cantando y en procesión, por los ranchos, cráneos, cabelleras y otros trofeos tomados de sus enemigos en combates anteriores; arrojan al aire todos esos objetos, recordando con gritos horripilantes las venganzas que ejercieron con sus adversarios; vuelven después a sus cabañas; distribuyen de propia mano las flechas a sus maridos recomendándoles valor y fortaleza, y ofreciéndoles si regresan victoriosos, abundante "ajoja". Los hombres, estimulados por esas espartanas salvajes, se ponen su cota tejida de "Karagutatá", sus corazas de piel de "jaguar" que son sus armas defensivas; sus lanzas, macanas y flechas; y alientan su ferocidad comentando los males que les han hecho los enemigos con los que tienen que combatir.

Sus cabellos blancos

Desarmonizan con la belleza de su
rostro.



Zinturo
MONARCH



NOVEDADES DE OTOÑO E INVIERNO

Para Caballeros y Jóvenes en SOMBRERERIA y CORBATERIA

Están en Exposición y venta las novedades recién recibidas, modelos elegantes y de gran moda, procedentes de las más célebres fábricas europeas y norteamericanas.

En **SOMBRERERIA**, se distinguen los Hongos y Calañeses de las famosas marcas "Steson", "Niágara", "Borsalino" y varios otros modelos ingleses.

CORBATAS forma "Nelson", "COLMARINE" y Papi-llón, en rica seda fantasía.

Corbatas tejidas de seda, en gran variedad de gustos.

Completo surtido de Tirantes de seda, rígidos y elásticos.

Carteras y Billeteras de cuero y gamuza, con adornos de plata y oro.

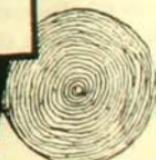
Bastones, puños curvos y rectos, con guarniciones de plata y oro.

Juegos de Bastón y Paragua, finos en estuche.

Gran surtido de Paraguas de rica seda, con puños de estí-los muy modernos.



The Chilean Stores.
Gath & Chaves Ltd



AVICOLA

Del adelanto a que se ha llegado en la cría de aves en gran escala, es testimonio una gran incubadora que existe en un establecimiento avícola de Puerto O'Connor, en Texas, en la cual se incuban a la vez 150.000 huevos y produce 7.200 pollitos por día.

Lo más notable de la instalación es el reducido espacio que ocupa: un local de sólo 5 metros y medio por 17. Una maquinaria movida por una simple manivela permite dar vuelta a 100.000 huevos en dos minutos. Un motor de cuatro caballos de fuerza pone en funcionamiento caloríferos y ventiladores que mantienen una temperatura y una aereación constantes, a la vez que varios chorros de agua mantienen en el ambiente el grado de humedad necesario.

NUEVA APLICACION DE LA MOSTAZA

En la oficina de patentes de Washington, se ha presentado hace poco la solicitud de derechos de propiedad para un curioso invento, a base de mostaza. No se trata de un nuevo sinapismo ni de ninguna salsa picante, sino de un aparato contra los ladrones. Sobre la puerta que se quiere defender, colócase un cilindro metálico lleno de mostaza, y en parte perforado por numerosos agujeritos. Normalmente, el cilindro tiene la parte perforada hacia arriba, pero al abrir la puerta, un dispositivo especial le hace girar, vertiendo una verdadera lluvia del picante polvillo. Como al girar produce el cilindro cierto chirrido, el que abre la puerta mira inconscientemente hacia arriba, y la mostaza le cae en los ojos, haciéndole perder la serenidad y las ganas de entrar. Naturalmente, el aparato puede montarse y desmontarse fácilmente, con objeto de que no funcione cuando hay que hacer uso legal de la puerta. No es cosa de recibir con una lluvia lacrimógena a todas las visitas.

CUESTION DE LENGUA

El célebre literato Eusebio Blasco fué un verdadero archivo de anécdotas. Una de las que con más frecuencia refería cuando se le pedía que contase algo, era la siguiente:

Hallábanse reunidos a la mesa de cierta notabilidad europea varios personajes, muy

conocidos en París y en el mundo por sus talentos y servicios al arte. Los banqueros y los políticos no faltaban tampoco en el banquete.

Entre todos aquellos personajes había dos que se distinguían por el contraste que formaban. Un diplomático alemán, que hablaba por los codos, y León Gozlan, el espiritual escritor, que no pronunciaba una palabra.

El diplomático se había empeñado en elogiarse su idioma, y no perdonaba medio de defenderlo.

—¡Oh, señores! perdonadme que me entusiasme de una manera que acaso os parezca exagerada—decía—pero no puedo menos de defender el idioma más bello que han hablado, hablan y hablarán los mortales. No hay que dudarlo, señores, no hay que dudarlo, la lengua alemana es la más enfónica, la más sonora, la más expresiva, la más elocuente. No vacilo en creer que era la que debían de hablar Adán y Eva en el Paraíso.

—Sí, dijo entonces León Gozlan; y por eso los hecharon.

COMO CURAR LA SORDERA CATTARRAL O LOS ZUMBIDOS DE CABEZA

Si Ud. tiene catarro, sordera catarral o siente los zumbidos de cabeza que el catarro ocasiona, o las flemas que gotean al fondo de la garganta, o siente catarro estomacal o intestinal, se alegrará de saber cómo se puede librar enteramente de todos estos síntomas aléctivos con muy poco trabajo, a muy poca costa y en su propia casa. Toño se reduce a conseguir un pomito con una onza de Parmenta (Doble Fuerza), llevárselo a casa, agregarle 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulado, batirlo hasta que se disuelva y de ello tomarse una cucharada de las de postre cuatro veces al día. Desde el primer día de tratamiento notará la mejoría; como va respirando con más facilidad, los ruidos y dolores de cabeza disminúndose gradualmente, así como la sensación de estupor y confusión de ideas, etc., bajo la acción tónica del tratamiento. Lo que se había perdido en oído y en paladar, aquel goteo de flemas en el fondo de la garganta, que también son síntomas sugestivos de catarro, todo ello va cediendo a la acción eficaz de este tratamiento. Casi el noventa por ciento de afecciones al oído provienen del catarro, y siendo esto así, muchos han de ser los beneficiados por un tratamiento casero tan simple como éste.

WESSEL, DUVAL & Co.

Santiago, Valparaíso, Concepción
Antofagasta, Valdivia, Talcahuano, Callao, Lima, New York

Agentes Generales de la "West Coast Line"

LINEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE NEW-YORK Y LOS PUERTOS DEL PACIFICO

Representantes Exclusivos para Chile de la "BALDWIN
LOCOMOTIVE WORKS"

Representantes de la "HERCULES POWDER Co."

Unicos Importadores de los famosos Automóviles

Locomobile, Franklin, Paige y Marmon

Y DE TODA CLASE DE REPUESTOS PARA LOS MISMOS. CUENTA ADEMAS CON UN
PERSONAL EXPERTO Y CON MECANICOS COMPETENTES

Unicos Concesionarios de los insuperables Aceites Lubricantes
"GARGOYLE MOBILOIL, de la VACUUM OIL Co.

Importadores de Artículos de Primera clase

ACEITES lubricantes "Mobiloil"
ACEITES para máquinas de coser, "Cam-
pana"
ACEITE de semilla de algodón, "Campana"
AGUARRAS
ALAMBRE negro, galvanizado y Alambre de
púas
CAJAS DE SEGURIDAD
CAREBURO de calcio
CEMENTO "Vulcanite" "Colton"
CLAVOS de fierro cortado
COCHES para guaguas "Alwin"
ESCRITORIOS de roble americano "Roll-
Top" y para máquinas de escribir
FRANERAS crudas "Campana" de X, XX,
XXX y XXXX
GENEROS blancos marcas G. B. y H.
GLUCOSA
GRASA de Pino "Campana"
HARINA de maíz Monte Blanco
HILO de algodón para coser sacos

HOJALATA
LONETA de algodón "Campana" de 7, 8,
9, 10 y 12 oz.
OSNABURGO "Campana"
PAPEL imprenta
PAPEL Sulíto
PAPEL Toilet "Tacoma"
PINTURA de cobre
RESINA "G"
ROMANAS "Fairbanks"
SODA cáustica
SALMON Rosado
TOCUYO liso "Cabota"
TOCUYO liso "Elefante"
TOCUYO asargado "Campana"
TOCUYO asargado "Pepperell"
TOCUYO asargado "Caballo Alado"
VIDRIOS Americanos de todas dimensiones,
en cajones de 90'
ZUNCHOS para cajones 1 1/2" 5/8" y 3/4"

LA MUERTE DE LA PRINCESA DE LAMBALLE

María Teresa de Saboya Carignán, nació en Turín el 8 de septiembre de 1749, y fué bárbaramente ultrajada, mutilada y asenada el 3 de septiembre de 1792. Era cuarta hija de Luis Víctor, príncipe de Saboya. A los diez y siete años fué casada con Luis Alejandro de Borbón, príncipe de Lamballe, que apenas contaba veinte años. La ceremonia se celebró en Turín, y al salir de la capilla, el príncipe Víctor que representaba a su hermano en este matrimonio por poder, siguiendo una antigua costumbre se acostó con la novia delante de los invitados. El representante del novio, se descalzó de un pie poniéndose en el otro una bota y una espuela. Era una ceremonia simbólica que legalizaba el casamiento por poder.

La joven princesa fué llevada a Francia donde se reunió con su esposo y presentada en Versalles a la corte más corrompida de Europa. El marido entregado al vicio murió al poco tiempo, no sin antes haber comuni-

cado a su esposa una enfermedad vergonzosa.

Viuda a los diez y nueve años, se dedicó a endulzar con caricias y cuidados la vida de su suegro con una ternura exquisita. Algunos personajes de la corte tuvieron la idea de casar a la princesa con el rey, lo que estuvo a punto de llevarse a cabo, pero las intrigas echaron por tierra el proyecto.

Cuando el delfín se casó con María Antonieta, ésta tomó gran cariño a la de Lamballe, estableciéndose una fuerte y estrecha amistad entre ambas. Sin embargo, esta amistad se enfrió un tanto 1776, sucediéndola como favorita la condesa Polignac. En 1785 la amistad de la reina por la princesa se avivó de nuevo.

Al estallar la revolución, la princesa de Lamballe tuvo ocasión de mostrarle su cariño, y fué una de las pocas que quedaron al lado de María Antonieta y se instaló en las Tullerías apareciendo como consejera de la reina.

El 10 de agosto siguió valientemente a la familia real a la Asamblea y al Temple; en la noche del 19 al 20 fué encerrada, y el 3 de septiembre compareció ante el tribunal revolucionario y fué condenada a muerte. Al sacarla a la calle un miserable quiso quitarle la cofia con la punta del sable y la hirió en la frente, otro la tumbó de un garrotazo, y un grupo de infames la remató a sablazos. El cadáver fué despojado de todas sus ropas, desgarrado y mutilado hasta en sus partes naturales. Luego le arrancaron el corazón, le cortaron la cabeza que colocada en la punta de una pica fué paseada por las calles de París. Llegando a llevarla al pie de las ventanas del Temple para enseñársela a los prisioneros, y fueron luego al Palacio real para presentar el horrible trofeo al duque de Orleans, que se retiró del balcón horrorizado, ante tal espectáculo.

Entre los verdaderos asesinos de la princesa figuran el tambor Charlat, muerto por sus camaradas por la participación en el crimen; un gendarme retirado llamado Grau Nicolás, Grizon, que fué después guillotinado, y Petit Mamin. Otros muchos fueron señalados como partícipes del crimen, pero sólo los ya citados son los que acepta la historia, los demás son desconocidos.

ACIDO EN EL ESTOMAGO AGRIA EL ALIMENTO

Dice que exceso de ácido hidrocórico en el estómago es la causa más frecuente de dispepsia, indigestión y gastritis

Una autoridad bien conocida manifiesta que enfermedades del estómago, dispepsia e indigestión, son casi siempre debidas a acidez—estómago ácido—y no, como mucha gente cree, a falta de jugos digestivos. Manifiesta que un exceso de ácido hidrocórico en el estómago retarda la digestión y principia la fermentación de los alimentos. Eructos los alimentos que comemos se agrían en el estómago, del mismo modo que pasaría a los desperdicios en una lata, formando fluidos corrosivos y gas que inflan al estómago como un globo. Entonces sentimos esa sensación pesada y torpe en el pecho, dolor de cabeza fuerte y agudo y eructamos alimentos agrios, gas o agrura severa, venterosidad, dolor de cabeza o náusea.

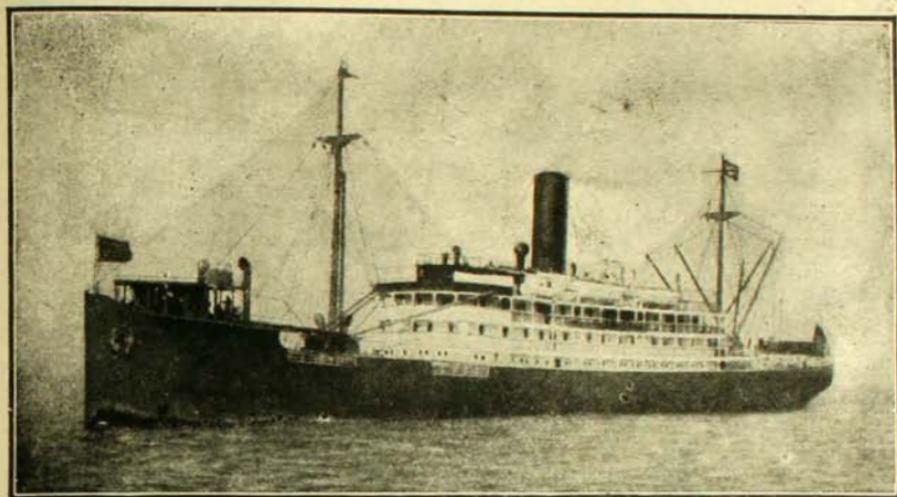
Esta autoridad nos dice que dejemos a un lado los digestivos auxiliares y en lugar de ellos, que consigamos con cualquier droguista un frasco de Magnesia Divina y después de las comidas tomar, en un cuarto de vaso de agua caliente, dos pastillas. Esto purifica el estómago, previene la formación de excesivo ácido y lo habrá acedía, gas o dolor de cabeza.

Ud. encontrará que teniendo la precaución de tomar dos pastillas de Magnesia Divina después de una comida, puede comer casi todo y saborearlo sin ningún peligro de que siga dolor o molestia. Este tratamiento simple es completamente inofensivo, muy barato y fácil de tomarse, y es usado por miles de personas que ahora saborean sus comidas sin temor de indigestión.

“GRACE LINE”

SERVICIO DIRECTO DE PASAJEROS

Entre Chile, Perú y Nueva York



VIA CANAL DE PANAMA. - SIN TRAS BORDO
POR LOS NUEVOS VAPORES AMERICANOS DE 10,000 TONELADAS:

“Santa Ana”, “Santa Luisa”
“Santa Teresa” y “Santa Elisa”

Viajes rápidos de Valparaíso a Nueva York
en 17 días, únicamente para pasajeros de primera clase

SALIDAS DE VALPARAISO CADA 15 DIAS
Los Martes, a las 4 de la tarde

ESCALAS EN LOS SIGUIENTES PUERTOS: Antofagasta, Iquique,
Arica, Callao, Colón y Nueva York

W. R. GRACE & Cía. Valparaíso
GRACE & Cía., Chile, (S. A.) - Santiago

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA.

INSUPERABLE



PURO DE OLIVAS

SUMARIO

NUESTRA PORTADA:

TRICROMIA DE LA COLECCION MORRIS
Y CIA.

(ESTADOS UNIDOS)

SUMARIO

	Págs.
UN FILOSOFO DE LA BIOLOGIA, <i>Félix Dantec</i> . . .	283
CARTA PERDIDA, <i>Dario Niccodemi</i>	229
LA CONQUISTA DE LAS PERLAS	308
VIÑA DEL MAR PINTORESCA	311
LAS ANTIGUAS CONVENCIONES PRESIDENCIA- LES, <i>A. E.</i>	319
LOS JUEGOS OLIMPICOS	335
LA CAFETERA, <i>Pedro E. Gil</i>	349
DON RICARDO PALMA, <i>Jorge Hübner Bezanilla</i> . . .	353
LOS ORIGENES DEL SPORT EN CHILE, <i>H. D. A.</i> . .	357
LA SEGURIDAD DE LOS AVIONES EN LAS TRAVE- SIAS MARITIMAS, <i>R. C.</i>	364
ELEGANCIA, <i>Jeanne</i>	365
EL ARTE EN EL HOGAR	369



Un filósofo de la Biología

Félix Le Dantec

LA publicación en un libro de un estudio expositivo de D. Armando Donoso, sobre Le Dantec y sus opiniones sobre la Biología general, da ocasión a una exposición crítica de aquellas opiniones e hipótesis. Por cuanto el señor Donoso les ha dado un consenso, a mi juicio, excesivo por donde tales hipótesis vienen a tomar el valor de leyes descubiertas sobre la vida, es oportuno traerlas a juicio y procurar señalar en cuanto quopa, su valor científico y su puesto entre las hipótesis a que da ocasión el hasta ahora impenetrable misterio de la vida: tema, a la verdad, el más interesante al hombre, ya que de su solución dependen la norma de la existencia y la base de los estudios psicológicos.

Es de tanto mayor interés aquilatar esas teorías cuanto en el abandono general de los estudios metafísicos que informa la mo-

derna filosofía, sólo va quedando la Biología general como una disciplina adecuada a deducciones del orden metafísico, porque versando sobre el origen y desarrollo de la vida, ahí cabe la investigación de las causas finales que en el común sentir presiden y encauzan la vida misma.

Fué Le Dantec, acaso más que sabio investigador, escritor difusivo; muchos libros salieron de su pluma y todos ellos destinados a formular, exponer y defender teorías que él dedujo de sus investigaciones sobre los protozoarios.

Estas deducciones proceden de su fe en el transformismo de Lamarck y en el mecanicismo de la escuela filosófica de Descartes; y aun cuando él ha dado a sus hipótesis mecanicistas de la vida, el título arrogante de "Nueva teoría de la Vida" (título de uno de sus libros) no obstante no será posible ver en ellas,



Armando Donoso, nuestro conocido colaborador, ha suscitado, con la publicación de su último libro "La senda clara", animadas discusiones sobre la superioridad de la ciencia sobre la metafísica y vice-versa.

procediendo con vigor crítico, sino una aplicación y una tentativa de comprobación de las teorías de Descartes y Lamarek.

Fué Descartes quien, reproduciendo el eterno problema del alma y el cuerpo, el espíritu y la materia, que ya dividieron desde antiguo las escuelas de Platón y Aristóteles, vino a dar vida nueva al dualismo, casi naufrago entre las garrulerías de los escolásticos de la decadencia del siglo XVIII, con aquella su radical separación entre las funciones del alma y del cuerpo.

No es difícil establecer esta filiación de las hipótesis de Le Dantec y ver cómo la corriente cartesiana, en uno de sus brazos en que vino a dividirse, alimenta este campo fecundo de la imaginación del biólogo moderno; tarea necesaria, ya que el señor Donoso nos habla convencido de la novedad de esa teoría y llega a considerarla como una adivinación genial. (1)

Tomemos un trozo de Descartes, sobre las funciones del cuerpo humano:

"Quiero, según esto, que consideréis que todas las funciones que he atribuido a esta máquina (el cuerpo humano), como la digestión de la comida, las contracciones del corazón y de las arterias, la asimilación y el crecimiento de los miembros, la respiración, la vigilia y el sueño, la recepción de la luz, de los sonidos, de los olores, del gusto, del color y de todas las demás cualidades de los órganos de los sentidos exteriores; la impresión de sus imágenes en el órgano del sentido común y de la imaginación, la retención o la huella permanente de las mismas en la memoria; los movimientos interiores de los apetitos y de las pasiones, y, en fin, los movimientos exteriores de todos los miembros, que tan maravillosamente responden a las acciones de los objetos que se presentan a los sentidos como a las impresiones acumuladas en la memoria, imitando lo más perfectamente que sea posible las de un hombre real; deseo, digo, que consideréis que estas funciones proceden naturalmente todas ellas, en esta máquina, de la sola disposición de sus órga-

nos; ni más ni menos como los movimientos de un reloj o de cualquier otro autómatas provienen de la cuerda y de la combinación de sus ruedas; de tal suerte que tampoco sea necesario concebir un alma vegetativa, ni sensitiva, ni ningún otro principio de movimiento y de vida que su sangre y sus espíritus agitados por el calor del fuego que constantemente arde en el corazón y que no es de naturaleza distinta del calor y del fuego producidos en los cuerpos inanimados".

De aquí el mecanicismo. El cuerpo humano vive por sí, mediante el corazón, cuyo calor, dice Descartes, arde constantemente y no es distinto del de los demás cuerpos inanimados; y aun cuando haya errado en este detalle, desde que no es el calor sino las contracciones del corazón lo que produce el movimiento vital, la afirmación de que no necesita el cuerpo ni alma sensitiva ni vegetativa para vivir, sino fuerza mecánica no distinta de la que mueve el reloj o el autómatas, quedó vigente y ha sido la norma del pensamiento de la mayor parte de los investigadores experimentales posteriores.

En la filosofía de Descartes quedan completamente separados el alma y el cuerpo. El alma tiene por función esencial el pensamiento; el cuerpo, funciones mecánicas.

En vano Descartes, apremiado por los filósofos de su tiempo y por aquella princesa Isabel que le formulaba objeciones, quiso proveer a la unión íntima del cuerpo y el alma, e inventó para este menester los espíritus animales, seres sutiles participantes de la naturaleza corporal y espiritual, que se mueven en el cuerpo y transmiten del alma y para el alma sus voliciones y sus impresiones externas; ingrátidos y activísimos garzones mandaderos, especie evolucionada superior del mediador plástico de los escolásticos.

En vano los inventó, porque espiritualistas y mecanicistas prescindieron de ellos como de inútiles intermediarios; y hasta filósofos conciliadores, a imitación de los que en la Edad Media quisieron soldar las corrientes aristotélicas y platónicas, como Fouillée, los hicieron a un lado e imaginaron las "ideas fuerzas", otro grado en la evolución de los mediadores plásticos que da a las ideas, producto o fenómeno mental, la fuerza, ya estática, ya dinámica, de la energía.

(1). Intentemos estudiar por partes esta explicación, que constituye la más revolucionaria y completa teoría de la vida que hasta ahora haya sido formulada.—"La senda clara", pág. 63.—"Pero descendamos aun más en la escala de las geniales verificaciones biológicas de Le Dantec".—Pág. 71, etc. etc.

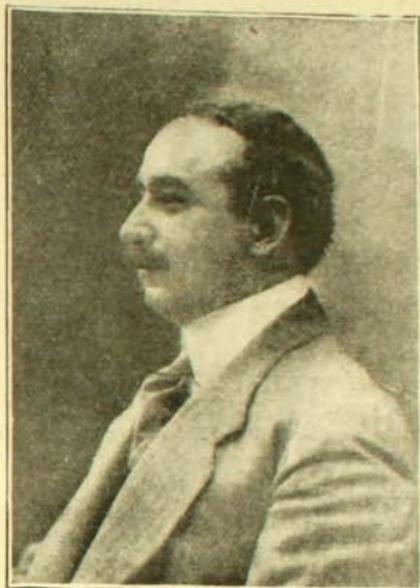
Preseindiendo de esta unión del cuerpo y el alma, sobre la base de los postulados fundamentales del cartesianismo, unos filósofos o psicólogos tomaron el pensamiento o el ser pensante como base de especulación y llegaron, a los extremos del anti-realismo, a no considerar existente sino este ser mental y negar la realidad del mundo exterior y todos sus fenómenos; y otros filósofos, naturalistas, biólogos, fisiólogos, etc., a no considerar existente sino la materia; y en cuanto a la materia viviente, no considerar sino el fenómeno del movimiento vital sometido a las leyes de la mecánica.

Fijándonos sólo en lo que se refiere a la biología, los elementos formales de las doctrinas de Le Dantec están en Lamarck y en Spencer. Para Lamarck, las especies animales no son sino demarcaciones actuales de una sola especie universal, hechas por los naturalistas para facilitar el estudio y la enseñanza. Todos los seres vivientes proceden de una sola sustancia que se diversifica por el influjo de las energías circundantes, y están continuamente en movimiento de diferenciación: la amiba llegará a caballo y el caballo a elefante o a hombre. En el tiempo y el espacio estas energías fisis-químicas van actuando constantemente e introduciendo modificaciones lentas y progresivas en todos los seres vivientes.

Spencer dió amplitud filosófica a esta doctrina que se halla en la antigüedad y que con el nombre de monismo informa casi toda la filosofía moderna, ya sea espiritualista y anti-realista, ya materialista.

Spencer tomó las doctrinas de Hume y de Kant sobre la base elemental de los conocimientos, reducidos a las impresiones (Hume) o los "fenómenos pasivos de la sensibilidad" (Kant) sobre los cuales, como sobre datos iniciales, se efectúa la elaboración intelectual; pero Spencer se refirió al origen de estos materiales. Este origen es la materia cósmica, una, permanente e invariable en cantidad, de la cual proceden todos los seres desde la piedra al hombre, desde la sensación al pensamiento, por una evolución (la palabra o al menos el concepto es suyo) o movimiento progresivo a que todo está sujeto.

No acepta como Hume que el alma sea una tabla rasa en la cual, como en una pizarra, se



Dr. José Ingenieros, conocido biólogo y mentalista argentino, cuyas teorías sobre el evolucionismo basadas en los fundamentos de Le Dantec, le han valido más de una vez, interesantes polémicas.

van imprimiendo los datos de la conciencia y dando material a la elaboración intelectual, sino que reconoce que en ella hay formas intelectuales, o una orientación hacia una asociación determinada de estados de conciencia; pero estas formas son residuo de la experiencia acumulada durante la evolución cósmica. Esta experiencia se transmite como ciertos caracteres físicos de los seres; es decir, se hereda.

En estas doctrinas están los elementos esenciales de la biología de Le Dantec, el cual viene a decir en resumen que:

El principio de la vida es un fenómeno fisis-químico que se realiza en los seres más elementales en forma de nutrición, o sea, en la asimilación de los elementos exteriores que el ser toma del ambiente y los transforma en sustancia igual a la suya.

Estos seres, el protoplasma u otros más elementales, están constituidos por sustancia coloidal. Esta sustancia coloidal "esquemáticamente, al menos, está compuesta de gotitas de un líquido químicamente definido en sus-

penión en otro líquido en que el primero no es soluble". Esta sustancia trasporta a los cuerpos de que forma parte sus caracteres químicos; y estos caracteres constituyen la herencia, que tratándose de cualidades morales, llamamos atavismo; pero sufren también modificaciones del ambiente y se someten a los estados de equilibrio que les impone el medio, y este sometimiento es la educación.

Hasta aquí se trata sólo de sustancia material; pero Le Dantec, fiel a la doctrina evolutiva, prepara el salto valiéndose de esos términos de herencia y educación para aplicarlos a las actividades mentales.

El ser vivo tiene conciencia de esas impresiones que comportan las modificaciones que experimenta su sustancia y las que soporta del ambiente. ¿Qué es esa conciencia? Un epifenómeno, es decir, un agregado al fenómeno que se realiza en el ser vivo; un agregado contingente que puede dejar de existir sin que se alteren las operaciones de las fuerzas químicas y físicas y que puede existir sin que nada les añada. La conciencia, por otro lado— aunque esto implique contradicción,— es para Le Dantec un carácter de la materia, dicho más filosóficamente, una cualidad y debe hallarse en las partículas elementales del ser viviente y sintetizarse y completarse cuando esos elementos se unen y combinan para formar la vida.

Por raro que parezca el dar conciencia a la materia y suponer que este acto indivisible por naturaleza sea formado de partes, Le Dantec no ha inventado tan bizarra hipótesis.

Ya Descartes, estrechado por las objeciones de la princesa palatina Isabel, que le hacía notar serle más difícil entender cómo el alma espiritual concebía impresiones materiales, consintió en que su real contendora estimase mejor que el alma era extensa, no al igual que la materia, pero con una clase de extensión inmaterial en que se grabasen tales impresiones; y siguiendo al maestro y constreñido a su vez por la lógica, el historiador de la filosofía cartesiana, Francisco Bouillier, escribió:

"Hay una compenetración absoluta de la conciencia en todos los fenómenos psicológicos y de éstos en la conciencia. La conciencia no es propia solamente de todas las facultades ineluctables sino que se extiende a todas las facultades del alma, sin excepción".

Y como lo esencial del alma es informar el cuerpo, se deduce que la conciencia está en todas las funciones espirituales y materiales del hombre, del compuesto humano.

Refiriéndose a las hipótesis materialistas actuales, dice Mercier en los "Orígenes de la Psicología Contemporánea":

"Se puede suponer con Wundt que todas las partículas de la materia organizada tienen su concomitante psíquico paralelo; o ir más lejos todavía y sostener con Durand de Gros, que toda la materia, aun la inorgánica, está dotada de vida en cierto grado (poliisomopolipsiquismo) o con Fouillée, que por todas partes en el fondo de lo físico existe lo mental; o, finalmente, con Paulsen, que nada hay en el mundo que no sea animado y consciente".

Y todo eso demuestra que Le Dantec no ha hecho sino repetir las hipótesis formuladas para unir las dos corrientes espiritualista y materialista que dividen el mundo de los filósofos desde que los hombres filosofan sobre el mundo.

Al afirmar que Le Dantec no ha hecho sino seguir la corriente monista, que informa casi toda la filosofía del siglo pasado, y que sus teorías no son sino aplicaciones de tantas otras formuladas antes, no pretendo quitar su valor propio a sus experiencias y estudios, pero sí insinuar que no hay motivo para considerarle genial ni descubridor de nuevas teorías de la vida. Lo que hizo fué estudiar los procesos vitales en los seres inferiores y construir una serie de hipótesis concomitantes y con apariencia de comprobatorias de las que, en forma general y como producto de la razón discursiva, se habían expuesto antes.

El mérito principal de Le Dantec es posiblemente el de divulgador. Escribió mucho y el tiempo que no gastó en escribir lo pasó inclinado sobre un microscopio; y aun cuando presume que no hizo sino ciencia pura, y él así lo cree, me atrevo a pensar que su imaginación científica le arrastró a novelar sobre los seres elementales y el origen de la vida.

Aun cuando Le Dantec manifieste gran desdén por la metafísica y aun cuando declare



en ocasiones que sólo ha experimentado e investigado conforme a un método científico y teniendo en vista sólo los datos obtenidos, guiándose en todo por los preceptos de Descartes, de no atenerse sino a las verdades evidentes o comprobadas, es preciso reconocer que Le Dantec añadió a su amor por la investigación experimental un grandísimo amor por la especulación y la generalización.

Cuenta él mismo que, encargado por el sabio Metchnikoff de estudiar las funciones digestivas de las amibas (protozoarios) él luego se lanzó a investigar de su cuenta el origen de la vida (tenía veinte años), y a poco lanzó un libro "Investigaciones sobre la digestión intracelular de los protozoarios", y luego, dos más, "La Materia viva" y "Nueva Teoría de la Vida".

Quedó así demostrado que más que la paciente y a veces infructuosa experimentación, le atraían las generalizaciones filosóficas; y esta preferencia ha sido confirmada en sus varias obras, y singularmente en esa cuyo arrogante título debió asombrar a los modestos o afamados sabios que inclinados años tras años sobre la placa del microscopio, acumulaban pequeños hechos capaces de ser sintetizados en una afirmación genérica: "Nueva teoría de la vida".

Tiene Le Dantec una cualidad que procede de su imaginación razonada, o si queréis, condicionada por la razón, la de generalizar y de hallar para sus síntesis nombres que al pronto dicen mucho y dan un cariz científico a sus hipótesis. A haber vivido más (murió a los 48 años, en 1914), habría clasicado en un lenguaje mecánico todas las hipótesis del mecanicismo vital catálogando con rótulos decidores los anaqueles cuadrículados del abanecén biológico: aspiración que se muestra en sus obras y es muy propia de los espíritus constructores.

No obstante, para el que ajeno a las investigaciones y cediendo al poderoso anhelo de saber, penetra con Le Dantec en los misteriosos subterráneos del organismo, adonde llegan las raíces de la vida, siente la sensación de ir bajando a espacios en que la nitida y semoviente construcción orgánica que admira en la superficie del suelo va adelgazando y sus columnas, en vez de ancho cimiento, se hunden en obscura sima movediza.

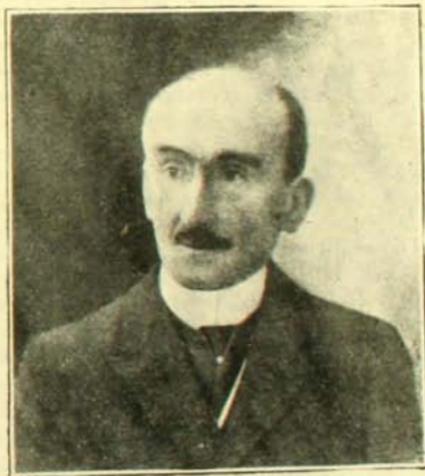
Pero la poderosa imaginación de Le Dantec, echa atrevidamente sobre este fondo evanescente y casi ilusorio, escalas de hipótesis que se anudan unas a otras.

He ahí al investigador inclinado sobre un potente microscopio estudiando un protoplasma. Necesita para verlo un ultra-microscopio iluminado con luz violeta difractada. Es un moco, una plástida, una sustancia gelatinosa en cuyo centro hay un núcleo y ocupa apenas unos tres milésimos de milímetro sobre la placa.

Largas y pacientes observaciones le llevan a este resultado: ¡las amibas se mueven! Las amibas se reproducen por segmentación, partiéndose en dos, de las cuales cada una se parte también en dos y así se multiplican por millones. Los fermentos de la cerveza, a no estorbarse mutuamente llegarían a 16 millones en una hora, según Pasteur. Es el milagro permanente de la creación.

Sobre tan escasos datos, el biólogo inicia su atrevida construcción sobre el origen de la vida, hasta llegar al hombre, que tiene conciencia de sí mismo, y compone un poema musical o literario, en que baraja la tierra y el cielo, lo humano y lo divino.

Las amibas se mueven, crecen, se multiplican. Más allá de esta su vida precaria no hay



Henry Bergson ha pretendido en la mayoría de sus obras destruir por medio de la ideología los precedentes científicos iniciados por Lamarck en su teoría sobre el evolucionismo.

nada; el biólogo entonces sienta su primera proposición: la vida se genera espontáneamente. La amiba nace sólo del concurso de energías que la circundan.

Puesto que crece, se nutre; se nutre de las sustancias químicas que están a su alcance, por medio de la energía que desarrollan estas sustancias al combinarse. Ellas son el resorte que pone en juego los órganos rudimentarios de la amiba; ellas, engendradoras del movimiento asimilador, constituyen la vida. La vida entonces son las fuerzas mecánicas.

Pero he aquí que ha entrado en juego un nuevo elemento: la asimilación. Este nuevo elemento es una fuerza inteligente; elabora las sustancias químicas, las transforma en una sustancia igual a la de la amiba y la distribuye superponiéndola y refundiéndola a la ya existente; y, naturalmente, la amiba crece y cuando no cabe dentro de sí, se divide en dos. A la asimilación ha dado Le Dantec un nombre elevado que significa actividad interrumpida, el de asimilación funcional; pero olvidó dar un nombre a esa otra fuerza que divide el protozoo en dos, pues el vocablo segmentación indica solamente el hecho de partirse.

Si nos detenemos un instante a considerar esta construcción lógica, veremos que sobre un hecho inicial, la existencia de un protoplasma que se nutre, es decir, que vive, hemos puesto algunas suposiciones no comprobadas: que nació espontáneamente del concurso fortuito de energías no definidas ni mensuradas; que la atracción de sustancias químicas puestas en contacto por una fuerza desconocida e inanimada ha determinado la combinación de ellas; que esta combinación ha desarrollado movimiento; que otra fuerza tan desconocida como la anterior, ha dado a estos movimientos mecánicos o físicos la facultad de transformar las sustancias químicas que la amiba, por efecto de otra fuerza tan desconocida como aquéllas, asimila determinando su crecimiento; y que otra fuerza igualmente ignota, la divide en dos amibas con iguales caracteres y composición química; y que Le Dantec ha bautizado todo este conjunto fortuito de fuerzas concordantes con un nombre sonoro: asimilación funcional.

Ya tenemos un tramo de escala para seguir ascendiendo hacia los seres organizados.

He aquí un primer problema que afecta a todos los seres vivientes: su forma o figura. ¿Por qué cada especie tiene su silueta distintiva y cada individuo dentro de esa forma, sus particularidades características?

Le Dantec nos dará una explicación en un nombre tan sonoro como el de asimilación funcional: nos hablará de las fuerzas "conquistadoras de espacio". En su sentir, en el ambiente fluctúan fuerzas sistemadas; ellas presionan al ser viviente. Recurre en uno de sus libros (Del Hombre a la Ciencia) a una imagen negativa: si la vida cesa, dice, si la llama se apaga, el espacio que ocupaba se llena inmediatamente. ¿Cómo entonces esa vida o esa llama desalojó antes el espacio que, desaparecidas, ocupan ahora otras sustancias? Por la fuerza conquistadora de espacio, por el vencimiento de la energía vital sobre esas otras energías ambientales.

La explicación, si no convence, no deja de tener gracia. Los sabios tienen a veces ironías serias y graves. Suponed un huevo humano fecundado. Es redondo. Crece. Su energía intrínseca lucha contra las presiones y energías extrínsecas; la lucha es formidable y continua; el óvulo pugna por expandirse y su fuerza interna está contenida y presionada como el agua hirviendo en la caldera; pero aumenta la presión interna y ¡zas! rompe por la parte más débil, en virtud de ley física, y sale un brazo a un lado y otro brazo al otro lado; dos piernas por abajo, una esfera por arriba; son como válvulas de escape de materia sólida, musculada.

El feto ha conquistado espacios; pero conquistador moderado y medido, no alarga sus brazos más allá de lo que necesita ni sus piernas toman el que ocupaban las del coloso de Rodas; no; se detienen en un punto en que la regularidad, la estética y su necesidad de andar las condicionan; y luego estas piernas realizan a su vez una pequeña o grande conquista: avanzan un codo ancho, plano por abajo, con cinco puntas, nada más que lo necesario para sustentarse verticalmente. Las mujeres, más moderadas, toman poco espacio; pero un alemán o un patagón devoran un espacio mucho mayor: lo que prueba que las presiones externas son inferiores para el hombre, menos aún para el alemán o el patagón.

¿No estará aquí el secreto de la superior-

dad del hombre sobre la mujer de pie pequeño y las tendencias imperialistas del alemán o del yanqui.

Pero no hagamos hipótesis; contentémonos con decir que, según Le Dantec, el ser viviente conquista el espacio que puede y como puede; que la energía ambiente es tan sabia que no le permitirá adquirir otra forma que la que le conviene y no consentirá jamás que una ameba, cualquiera que sea su potencia asimiladora en función, llegue a conquistar el espacio de un elefante o el del pulpo fantástico de Victor Hugo.

Sin salirnos todavía del protoplasma, debemos considerar una substancia cuyo porvenir en la ciencia es brillante, según Le Dantec. Se trata de los coloides.

Los coloides son como el archivo inicial de la vida; en ellos se forjan los caracteres distintivos de los seres y sus peculiaridades morfológicas y vitales.

“Un protoplasma, dice Le Dantec, puede considerarse como una superposición de cierto número de coloides definidos, cada uno de los cuales tiene una resonancia especial”.

El coloide es una substancia gelatinosa, en glóbulos o masas pequeñísimas, que esparcida en un líquido, no se cuela por el filtro. Le Dantec le compara a los infinitos grumos que se formarían si en un frasco lleno de agua salina se echara una gota de aceite y se sacudiera fuertemente el frasco. La gota se divide en millones de gotitas suspendidas en el líquido, tan pequeñas que le dan un aspecto turbio. Pues más pequeñas son todavía las masas coloidales de un protoplasma.

Supone Le Dantec que el coloide es la substancia vital de la plástida, y afirma sobre su palabra que el coloide guarda los caracteres vitales que transporta consigo adonde vaya, lo cual constituye la herencia; y recibe además las impresiones del ambiente, el cual lo condiciona en estado de equilibrio con las substancias y fuerzas ambientales, y estas impresiones forman las adquisiciones que hace, progresivas o regresivas, y son la educación.

Esto le servirá para explicar las transformaciones lentas de las especies y combatir al darwinismo, sosteniendo que toda modificación morfológica en una planta vegetal o animal no persiste si no es una modificación



Jules Lemaitre.

de la substancia cooide; y que no siendo lo es o mero accidente o cualidad poliforme de tal planta o animal.

El coloide se caracteriza por sus actividades resonantes. La resonancia es un vocablo por el cual Le Dantec nombra las modificaciones que el coloide introduce en substancias con las cuales se pone en contacto; y dice que cada substancia coloidal definida tiene su resonador, y los hay específicos e indiferentes. La diastasa corta o coagula la leche: he ahí un resonador específico. ¿Por qué a estas reacciones o modificaciones llama Le Dantec resonancia? Porque las compara a las vibraciones que se transmiten del cuerpo vibrante a otro cuerpo o gas; y si es efectivo que el coloide vibra y vibrando separa el cuajo del requesón, será bien aplicado el vocablo y si la cuajada se produce por reacción química, no tendremos sino una demostración de esa po-

tencia imaginativa de Le Dantec, que en su afán de hacer de todo una sola cosa o fenómeno, mezcla toda clase de nociones.

Con relación al mismo colóide vemos que luego lo compara a resortes en tensión; y es preciso tener en cuenta que no se trata de resortes de acero, sino de toda tensión térmica, vibrátil, cohesiva o repelente; física, química o moral: para él todo es lo mismo.

Pues este colóide, ahora resorte, va a explicar la vejez. Si bien nos fijamos, la vejez y la muerte son negaciones de la ley absoluta de la asimilación funcional y de las fuerzas conquistadoras de espacio, porque persistiendo la asimilación en función, el ser viviente crecería desmesuradamente, y he aquí que no crece sino hasta cierto término y luego decrece, se achica y feneces.

Envejecen las células constitutivas de los vivientes y con ellas envejece el total; esto se decía antes. Mas Le Dantec anuncia una nueva hipótesis sobre la vejez. Entran en juego los coloides. Los coloides resuenan y transmiten al ambiente su resonancia, es decir, modifican las sustancias con las cuales se ponen en contacto; pero los coloides envejecen, es decir, el resorte se afloja. "Igualmente que en una máquina térmica se afloja el resorte del calor, en una máquina viva aflojase también el resorte vital". Lo del resorte se explica así: un colóide vivo está en equilibrio entre dos fuerzas: la de cohesión, que le arrastra a unirse a otros, y las eléctricas, que le repelen; está, pues, como un resorte tenso. Se afloja el resorte; el colóide envejece y muere.

¿Qué hay de nuevo en esta hipótesis? Solo una imagen poética: comparar el envejecimiento del colóide a un resorte que se afloja.

Y en resumen, ¿qué se sabe de estos coloides? Muy poca cosa. He aquí una afirmación de Le Dantec:

"Cada colóide transmite al ambiente algo particular que le define respecto de los demás coloides. Pero no conocemos sino en ciertos casos las resonancias específicas de un colóide dado; por ejemplo, la cuajada se conoce en que su resonancia cuaja la leche. Se llama diastasa a todo colóide para el que conocemos un resonador específico". Tal es lo que positivamente se sabe de los coloides en sus relaciones externas; y en cuanto a ellos mismos,

"la visión, dice nuestro autor, de las partículas coloides observadas en el ultra microscopio a la luz difractada muestra que esas partículas están animadas de movimientos incasantes".

Los coloides móviles son almacenes de resonancias. "Son susceptibles de imitar los colores y los sonidos", es decir, de reaccionar como una masa clásica, con los sonidos.

Un protoplasma vivo (coloides complejos) que ha vivido mucho tiempo en presencia de vibraciones sonoras, radiaciones luminosas o de otras clases, y de coloides de ritmos variados es, por consecuencia de los equilibrios sucesivos de que ha formado parte y de los cuales guarda la huella, un almacén de resonancias registradas". (Del Hombre a la Ciencia, pág. 183).

He ahí una afirmación no contenida en los antecedentes. Si no conocemos sino en ciertos casos las resonancias específicas de los coloides, es decir, los resultados del contacto de coloides con sustancias químicas, ¿cómo se conocen esos resultados recíprocos en los coloides mismos? ¿Cómo ver la huella o el conjunto de huellas del mundo externo sobre el colóide? Es indudable que hemos entrado al reino de la fantasía por la ancha puerta de las suposiciones gratuitas.

En esa fantasía está no obstante el germen de las organizaciones superiores hasta el animal social que es el hombre y hasta la organización misma de las sociedades. ¿En tan débiles fundamentos reposa el mundo!

Si una masa coloidal gelatinosa vibra con las vibraciones del ambiente—luz, sonido—no lo sabemos hoy; y nos cuenta Le Dantec que además de vibrar sufre una modificación con ese temblorcillo de su masa infinitesimal y además conserva la facultad de guardar esa vibración y transmitirla en cualquier momento de su vida futura a los seres de que formará parte? Y esta atrevida suposición comporta otra no menos atrevida: la eternidad del colóide, por lo menos, su eternidad colectiva específica. Mueran los coloides, no sólo los dispuestos a vivir que componen un protoplasma, sino los inertes, lo que se sabe por las reacciones químicas que originan; viven vida efímera como todos los microbios; y no obstante, Le Dantec los hace el substratum y

el almacén de impresiones exteriores, de resonancias, que se conservan y perpetúan con su actividad prístina, hasta el punto de que en los seres vivientes de que forman parte, imponen el ritmo de sus vibraciones y determinan su carácter específico y sus peculiaridades individuales, lo que él llama, con atrevimiento sólo propio de sabios, herencia y educación. Si no temiera incurrir en atrevimiento semejante, llamaría extravagancia a todo esto; pero me contentaré con decir que no hay fanatismo igual al de las escuelas, ni hay eguedad mayor que la del sabio que se aferra a un sistema construido *a priori*. (1)

✻ ✻

Fiel al lamarckismo, a la hipótesis de las variaciones lentas acumuladas, Le Dantec combatió al darwinismo, cuya evolución principia en peculiaridades individuales que se transmiten, perfeccionan y perpetúan; variaciones que son, según Darwin, el puente de unión entre una especie y otra especie. Ya sabemos que el azar produce estas variaciones y la "selección natural" retiene aquellas cuyo carácter de utilidad las hace persistir; por donde, ayudadas de esta fuerza selectiva, esas variaciones útiles se perpetúan.

A un caballo criado entre toros bravíos le será muy útil un par de cuernos para defenderse de cornadas. Obligado a defenderse, lo hará con la cabeza (se supone); se le endurecerá el hueso frontal; formará una protuberancia, crecerá la protuberancia y llegará a ser cuerno. Los hijos del caballo que primero se defendió a cabezadas nacerán con el frontal más grueso; los nietos tendrán pro-

tuberancia; los biznietos o tataranietos o los frutos de la vigésima o centésima generación tendrán cuernos. Es la especie caballo que va en camino para especie vacuna. Como jamás se ha encontrado el animal intermedio entre dos especies, todo es una pura suposición, una

Le Dantec no acepta las variaciones bruscas; él cree en una variación lenta, interna, progresiva; y fiel a sus coloides resonantes, afirma que ningún cambio dura si no proviene de una modificación en la masa coloidal de los protoplasmas. Así aparece su teoría en su libro "Del Hombre a la Ciencia"; pero en su "Crisis del transformismo", da más importancia a las modificaciones químicas, y acepta que las modificaciones coloidales puedan sólo explicar o los casos de polimorfismo o la persistencia de ciertas variedades que no extravagan de las especies.

Para Le Dantec, las diferencias específicas son sólo agrupamiento de formas (morfología) actuales, producto de una convención útil al estudio; pero en cierta profundidad de los seres vivos hay sustancias componentes que manifiestan la unidad de todos los vivientes; sustancias cuya cantidad mayor o menor determina una alteración morfológica; siendo, por tanto, ésta, efecto y aquélla causa.

Reconoce que no podemos por hoy determinar esta unidad substancial, porque aun cuando son conocidos los elementos químicos que entran en los seres vivientes, no lo son sus cantidades y sus formas o condiciones de combinación, mezcla o agrupación; y es preciso, dice, confiar en los progresos de la química.

"Si la hipótesis que radica en la igualdad de los "patrimonios hereditarios" (sustancias químicas) la unidad vital no fuera buena desde el punto de vista práctico, dice, a causa de la insuficiencia de nuestras nociones relativas a la química de los protoplasmas, podríamos conservar confiando en los progresos ulteriores en química".

El ejemplo que da para comprobar esta hipótesis no puede ser menos convincente. "Un ejemplo entre mil, agrega: la cicuta de Sócrates o *conium maculatum* produce en todas partes, bajo el funcionamiento de sus sustancias vivientes, un alcaloide venenoso llama-

(1). Dice Le Dantec: "Defraudé las esperanzas del sabio ruso (Metchnikoff) abandonando inmediatamente el lado práctico de los estudios por la interpretación de los resultados observados. Me preocupaba poco de averiguar si una especie de amiba digería la celulosa y otra no; aunque experimenté la más viva satisfacción al explicarme por mí mismo, sin hacer intervenir ninguna propiedad vital, el fenómeno primario de la nutrición. Hoy entregado definitivamente a las explicaciones mecanicistas de la vida... me doy cuenta de que la amiba con sus vacuolas digestivas... son el asunto más propio para orientarme hacia la filosofía."—El señor Donoso se entusiasma con la falta de prejuicios de Le Dantec, con su método científico, con su carencia de sentimentalismo, su desinterés especulativo, etc. etc.

mado conicina. Este alcaloide se produce en cantidades muy variables segun los países en los cuales son cultivados los ejemplares de las cicutas estudiadas. Hay, pues, entre estos diversos tipos de una misma especie una identidad cualitativa (su composición química) con diferencias cuantitativas', (cantidad variable de los componentes).

Y en efecto, la cicuta que mató a Sócrates, quien al morir protestó precisamente del materialismo, fatuismo de su tiempo, en Chile se come: la papa que ya es cocida y comida; pero hay que agregar para comprender la inanidad de la hipótesis, que la cicuta permanece en la especie y que es distinguida, a pesar de ligeras variaciones por su morfología.

Le Dantec, no obstante sus afirmaciones sobre el puro convencionalismo de la división en especies, es llevado a reconocer que no tenemos hoy otro medio de conocer las variedades vivientes; y aun justifica esta división haciéndola radicar en los componentes químicos. Los coloides, que en otra de sus obras, eran el substratum de la vida elemental, han pasado a segundo término en esta "Crisis del Transformismo".

Pero se mantiene firme en las evoluciones lamarekianas, lentas, con desesperante lentitud.

La vida es representada por una correlación constante entre el ser viviente, A, y el medio ambiente, B, y de las relaciones o modificaciones constantes de uno y otro; de aquí su fórmula simbólica de la vida, igual a $A \times B$. Pero la vida, que es movimiento y asimilación, será igual en otro instante a $A \ 1 \times B \ 1$ y en el siguiente a $A \ 2 \times B \ 2$, etc., o sea, $A \ n \times B \ n$.

Esta fórmula comporta un elemento que Le Dantec no ha demostrado: el de las alteraciones de A y de B; él lo supone existente y actuando, y de ahí sus $A \ 1, A \ 2, A \ 3$, etc.

En la vida no se ve tal cosa; se observa, al contrario, que las especies son tan fijas que si una es desviada de su tipo por alteraciones del medio artificiales o naturales, o se convierte en infecundo al producto, o el nuevo producto vuelve al tipo primitivo.

Con gran sentido de veracidad combate a Des Vries, botánico holandés, que ha hecho estudios en cultivos, que él mismo hace, con

el fin de demostrar que hay variaciones individuales que saltadas en generaciones sucesivas, modifican las especies y producen la evolución de una a otra.

Al examinar Le Dantec esas variaciones, afirma que no son tales porque no radican en la sustancia constitutiva de la planta, sino en un cambio de medio; o son plantas poliformes, es decir, que toman al azar una o varias formas, que siempre son contadas y conocidas.

Es el caso de la Bistorta anfibia, que criada al aire, tiene una forma y criada en el agua, tiene otra. La forma acuática es la característica de plantas semejantes, tallos largos y flexibles; pero transplantada al aire, vuelve al tipo terrestre; y este tipo, llevado al agua, adquiere la forma acuática. En uno y otro caso no hay alteración ni substancial ni morfológica esencial.

La *Enothera lamarekiana*, llamada así por haberla presentado Lamarck como tipo de una planta que cambia, en los experimentos de Des Vries, da hasta 12 variaciones; de cien semillas sembradas, tres a lo más, no reproducen el tipo puro, sino variado. Dos de las variedades más características, bautizadas por Des Vries con el nombre de *Enothera scintillans* y *Enothera Elliptica*, fecundadas con su propio polen, dan más o menos una tercera parte de scintillans o elíptica y dos terceras partes de lamarekiana primitiva; las otras nueve variedades, fecundadas con su propio polen, o dejadas libres en su fecundación, producen también tipos variados, pero siempre dentro de las 12 formas conocidas y sin perder las características de la especie. Pero—esto es importante—ninguna de estas variedades ha resultado más robusta que el tipo primitivo y por tanto, ninguna lo ha suplantado, pues sembrando semillas, como ya se dijo, de cien plantas, 97 salen de la *Enothera lamarekiana* genuina.

No es preciso multiplicar los ejemplos. Ellos no hacen sino confirmar la ley general de la fijeza de las especies; fijeza tal, que los tipos que aberran por cualquier causa retornan al tipo primitivo o se tornan infecundos, como la mula, mestiza de burro y yegua; como la cebrilla, de caballo y cebra, y como muchas plantas mestizadas en los criaderos.

Los análisis de Le Dantec sobre las muta-

ciones de Des Vries comprueban que las especies no se transforman; e iguales observaciones son aplicables al transformismo de Lamarck; sólo que el lamarckismo puede subsistir como teoría en virtud de nuestra ignorancia. Se puede decir impunemente que la variación es lenta y puede venir a observarse dentro de miles o millones de años; nadie podrá hacer la comprobación. La vida, que es la fuerza activa de estas transformaciones, no es susceptible de medida: entre un cadáver y un ser vivo no hay diferencias ponderables; lo que los distingue es la vida, incommensurable hasta hoy, precisamente porque se ignora lo que es en sí. Se miden sus efectos por los fenómenos físicos, químicos, mecánicos que éstos originan; se mide desde la emoción y el pensamiento hasta la energía muscular; pero la causa de tales actividades es totalmente desconocida para las ciencias empíricas, vislumbrada por las metafísicas, estudiada en sus efectos por la psicología. Sólo una cosa es sabida: que existe.



No sé si he acertado a sugerir al lector la idea de que la construcción biológica de Le Dantec es un armadillo de hipótesis, palabra que en el lenguaje vulgar substituímos por suposición. Las hipótesis son útiles en la ciencia. Cuando una hipótesis se emite para explicar casos conocidos por la experiencia o la observación, se tiene un punto de mira al cual referir experiencias u observaciones posteriores; y de esta comprobación sale o el rechazo o la conservación de la hipótesis. Mas, para que tal suposición sea tenida en cuenta, es preciso que sea racional: que guarde conformidad con las verdades conocidas; que explique una serie de hechos no explicados antes; que fluya por analogía, inducción o deducción de otras teorías aceptadas; que sea susceptible de generalización.

La hipótesis inicial de Le Dantec es contraria a lo que la experiencia ha establecido: la generación espontánea ya no puede mantenerse entre las hipótesis. Las experiencias de Pasteur comprobaron que los seres minúsculos, los infusorios, en los cuales la generación

espontánea se había refugiado, no nacen espontáneamente: se propagan. Entre otras experiencias, bastó encerrar un caldo de cultivo esterilizado en una probeta de cuello encorvado hacia abajo, de suerte que por la gravitación los animáculos del aire no llegaran hasta el caldo, para demostrar que, permaneciendo éste infecundo, ningún ser nacía en él.

Al revés, en una probeta de caldo esterilizado se hace entrar aire colado; el caldo permanece infecundo, pero echando en él el algodón que sirvió de coladera, comienza la generación de infusorios.

En nuestros laboratorios del agua potable y desinfectorio se hacen con frecuencia tales comprobaciones para establecer el estado del agua y del aire.

Además de estas demostraciones por activa y pasiva, hay otro hecho vulgar: se ponen las sustancias químicas, carbono, hidrógeno, fósforo y oxígeno en contacto a todas las temperaturas posibles y no resulta, no digamos un ser viviente ni siquiera una albúmina. Se juntan albúminas y tampoco nace un ser cualquiera. Hay un abismo entre la albúmina inerte y la albúmina de los seres vivos.

Queda el sutil recurso de decir que la generación inicial sobre la tierra se produjo en ciertas circunstancias favorables; y esta suposición gratuita tampoco es sostenible, por-



Fernando Brunetiere.

que en un laboratorio se tiantan todas las situaciones de temperatura, presión, ambiente posibles y nada sale de allí. Es sabido que las teorías de Darwin engendraron en los sabios, hacia la mitad del siglo pasado, el vehemente deseo de hacer "vida" y que el homínulo fué una pesadilla como lo es hoy día, por ejemplo, el movimiento perpetuo.

El factor tiempo, que puede tener algún valor tratándose de mutaciones de especies superiores, desaparece si se consideran los seres unicelulares. (1)

Tomemos estos seres simples, compuestos apenas de una célula en gelatina. Su vida es efímera, su organismo delicado su capacidad reproductora enorme. Estos microbios, apenas visibles con el microscopio, son extremadamente sensibles a las condiciones ambientales: una alteración en el caldo en que se cultivan, un cambio de décimos de grado en el calor que necesitan provocan cambios en ellos y determinan su vida o su muerte. Todas las experiencias de laboratorio reproducen todas las condiciones posibles del medio ambiente, desde su composición química a la acción o presión de energías; y no obstante, hasta hoy no se ha comprobado el nacimiento espontáneo del más simple de los protozoarios, ni del más despreciable de los hongos. Parece que una casta de seres tan fecundos, con tanta ansia de vivir y reproducirse, llegarían a nacer solos, por la fuerza del deseo; pero no se ha observado todavía el caso. Pasteur ha demostrado que un solo glóbulo de levadura de cerveza engendraría en 24 horas dieciséis millones de glóbulos si no se estorbaran unos a otros. Pero el químico biológico ha sido hasta hoy incapaz de hacer nacer un solo glóbulo de levadura.

Le Dantec se ha visto compelido a radicar sus hipótesis en elementos infinitesimales: ha llegado hasta los coloides que forman el protoplasma.

(1). El señor Donoso se pregunta admirado: "Es posible concebir que se le pida al hombre que obtenga en corto plazo lo que la naturaleza ha realizado en millones de años de perfeccionamiento?" — Senda Clara, pág. 74. — "Lo de millones de años es suposición improbable e improbable; y aun cuando así fuera algunos años de vida humana representan millones de vida infusoria, porque en un día se suceden más generaciones de infusorios que en un milenio de generaciones humanas."

En la tendencia innata en el hombre de buscar la unidad de los hechos en una explicación activa, ya física, ya metafísica, se llega siempre al ser que reúne las dos cualidades eminentes, la acción creadora y la verdad trascendente, que es Dios; o suprimiendo el nombre, a la naturaleza que tendría tales cualidades.

Cuando la naturaleza no suministra la prueba visible, la hipótesis va siendo acorralada hasta los últimos rincones de la vida: creando nuevas unidades hipotéticas, pasará de la molécula a los átomos; de los átomos a los sub-átomos; de éstos a los iones; y en biología irá reculando de las células a los protoplasmas ya se les llamen plástidas, plastidulas, móneras, bioplasmas, etc., de las plástidas a los coloides; y no hallando allí el hecho experimental que revele el principio biológico Le Dantec dirá que lo hallaremos en elementos bioplásmicos aún más simples y pequeños. Y esto ya no corresponde a existencias comprobadas, sino a meras creaciones mentales, inventadas por la necesidad de asentar en algo desconocido la base de una suposición improbada e improbable.

¿Y cuál será el resultado de estos saltos en reculada de trinchera en trinchera? En el mejor de los casos será demostrar cuál es el proceso vital: es decir, el cómo se genera y propaga la vida; mas no el por qué la vida llega.

Pienso que a Le Dantec le ciega la pasión científica. El dice que nunca sintió la necesidad de creer en Dios; pero concibe una Ley omnipotente, creadora, inmutable y eterna; dé a esa Ley eso mismo que buscaba escudriñando protoplasmas, la vida, y la Ley será Dios.

Si nos fijamos un poco, veremos que estos sabios no son lógicos y juegan a las escondidas con sus propios pensamientos. Los disfrazan para engañarse con nombres nuevos empréstados del griego; pero a través del disfraz está el pensamiento lógico en su integridad. ¿No persiguen en la lógica y necesaria unidad de la materia, la ley que la gobierna, es decir, lo fijo, lo permanente, lo absoluto? ¿Y qué es lo Absoluto sino esto mismo que llamamos Dios?

Ya he indicado al pasar que Le Dantec pone en los coloides una substancia fija con una

eualidad (noción metafísica): la de transportar esta substancia a todas sus generaciones; y que saltando de los elementos inertes, de la experiencia pasa a lo intelectual, llamando a esas substancias "patrimonio hereditario" y "herencia"; y a las modificaciones o resonancias de esa substancia "educación". Es así como con el cambio de un nombre se tiende un puente desde el hecho particular a la generalización, o la abstracción que pretende englobar todos los hechos posibles en un concepto.

Y para justificar estos saltos lógicos, nos dirá que aun cuando una multitud de hechos particulares no justifiquen una ley absoluta, deberemos tener presente el factor ignorancia; pero que, por analogía, deberemos creer que lo que no parece ley en un peldaño de la escala, lo es en otro peldaño superior.

He aquí lo que se llama la ley de los grandes números. La define así: "La ley de los grandes números es la comprobación en su escala superior de una ley que, observada en una escala inferior, está disfrazada por fenómenos accesorios".

Así las compañías de seguro vital toman el resultado de la longevidad de millares de casos para fundar un negocio que no existiría tomando por base un pequeño número de vidas. De igual modo, ciertas leyes biológicas, disfrazadas por fenómenos accesorios, no se cumplen sino en grandes masas de seres vivos.

De aquí, y de aquellas herencias y educaciones coloides, viene a deducirse que el hombre, como la naturaleza, sujeto a leyes fatales, no es libre; sus actos están determinados por la ley vital, física, química, etc.

¿No confunde Le Dantec dos nociones distintas, la del determinismo con la de las condiciones de la existencia? Una cosa es estar limitado en una esfera de posibilidades, y otra estar determinado a una serie de actos inevitables; en el primer caso, nos moveremos dentro de nuestro mundo como el pato en el estanque; en el segundo, seguiremos una línea inflexible, como la del tren encajado entre rieles.

Una de las condiciones de la vida es el amor, medio de conservación de la especie; y aun suponiendo que el amor-instinto nos designe un cierto tipo simpático a nuestra na-

turalidad, hay miles de representantes de ese tipo entre los cuales podemos escoger; y todavía nos queda la posibilidad—desgraciadamente frecuente—de rehusar el tipo simpático para unirnos, por "razones" de otro orden—morales, intelectuales, físicas—a un tipo indiferente o contrario a nuestra naturaleza.

El mismo Le Dantec va a suministrarnos un ejemplo. Lamentándose de que atavismos ancestrales subsistan aún en hombres ilustrados, cuenta que un amigo suyo, hombre instruido y de superior inteligencia, le dijo un día que estaba decidido a conformarse con la ley natural de la reproducción. Y Le Dantec comenta:

"Si es necesario conformarse, no lo es a una ley natural; las leyes naturales son inevitables. La ley biológica se reduce a comprobar la conservación hasta nosotros en todas las líneas en que los individuos se reproducen sin interrupción: he ahí todo; si un individuo no se reproduce, la línea se interrumpe sin poderse volver a tomar. Pero no veo aún nada que pueda dar origen a esa necesidad metafísica, a ese deber de reproducción. Reproducos y tendréis descendientes; no os reproduzáis y no los tendréis. En eso se resume la ley de la reproducción". Y luego agrega:

"Conocer una ley natural es aprender el medio de volverla evitando las condiciones en que se aplica".

Pero evitarla o no evitarla es cuestión de la voluntad del hombre. El animal o el metal no "saben" que reproducen ni "pueden" evitarlo. Hay, pues, en el hombre una fuerza superior, de otro orden que la que preside la cópula del bruto o la combinación de los metales.

Mas la ley de los grandes números dirá: el hombre se reproduce. Reconozcamos que ésta es una condición de la existencia; pero dejemos al hombre la facultad (libertad) de escoger, dentro de sus posibilidades, la forma o condiciones secundarias de cumplirla o no cumplirla.

La ley de los grandes números también encaña, no en sí, sino en su interpretación. Bartrina escribiría:

"¡El hombre es libre! En el verano y en

la primavera hay muchos más suicidios que en el otoño e invierno".

Es posible; mas, como en la tierra coexisten el invierno y el verano, sumando los suicidios de uno y otro hemisferio, darían un número igual. ¿Y esto afecta a las causas por las cuales algunos hombres se matan?

La ley de los grandes números no empece a la libertad, a la relativa libertad de los actos humanos. Ella quiere decir que más allá de los límites de esta libertad domina una ley sobre la totalidad de la vida; y esto debe llevarnos a pensar que existe una ley teleológica, de finalidad que la experiencia no determina, pero que descubre la razón, y la religión afirma. Nuestra libertad y nuestra consiguiente responsabilidad se mueven dentro de nuestros medios y nuestros fines; y ella se restringe a escoger entre medios y fines inmediatos. Escoger dentro de nuestras posibilidades: he ahí todo.

El tren que va sobre la ferrocarril lleva un rumbo y va a una meta; pero el maquinista puede llevarlo más ligero o más despacio; puede detenerlo; puede hacerlo saltar de la vía. Así la vida humana está acondicionada a multitud de pequeñas leyes, que limitan su acción; pero dentro de esos límites escoge medios para llegar a fines próximos o mediatos.

Eso que llama Le Dantec ley de la escala es aplicable a los fenómenos intelectuales y morales del hombre. Hay escalas en los fenómenos naturales o diríamos tal vez más exactamente, planos: plano mecánico, químico, de los colores, de los sonidos, etc.; cada uno se rige por sus leyes y en un ser vivo se producen fenómenos de distintas escalas o planos. Hay también un plano superior, que se rige por leyes propias, el intelectual; y hay otro, el moral. ¿Podremos desconocerlos o negarlos porque no son mensurables en la escala química, por ejemplo?

Pero son mensurables—se barrunta la posibilidad de que lo sean—en otra escala. Puesto que la cultura y que la religión determinan una superior condición en el hombre, en la familia y en la sociedad y han engendrado civilizaciones; y puesto que estas civilizaciones guardan consonancia con los principios morales e intelectuales que animan a las religiones, es posible medir o ava-

luar los efectos, ya impulsivos, ya represivos, que ellas generan.

Esta fuerza dinámica y ascendente es un hecho; el sabio no puede negarla; y puesto que sus efectos son distintos y en ocasiones contrarios a las leyes que rigen la materia, debe buscar su causa en un plano de existencia superior a la materia.

Un biólogo no perturbado por preocupaciones y que estudia la ciencia e investiga, no para buscar comprobaciones a fortiori de prejuicios, sino para conocer la verdad, sería desde luego impresionado por la escala teleológica de los órganos y funciones corporales. No es el azar lo que gobierna la vida, sino una ley; y las leyes, si presuponen un legislador, también suponen una finalidad.

Cuando Le Dantec expone que la vida, en su raíz encuentra en las combinaciones químicas que se realizan en el estómago de los protozoarios, es un continuo e inagotable fluir en el cual los seres vivientes no son sino modalidades accesibles a los sentidos, presupone el paso continuo de una especie a otra, de la más elemental a la más complicada y perfecta. El proceso físico-químico es permanente y universal; la vida entonces es como un fondo inmutable en el cual la energía sigue en un perpetuo cambio de formas, y los seres vivientes vienen a ser como accidentes sobre la superficie de este fondo; formas de energía, figuradas por las presiones ambientales, que se trasmutan en otras formas, que a su vez mueren, es decir, se transforman. Ondas de un río que el viento riza, somos un accidente pasajero, figuras que aparecen, pasan y se desvanecen en la sima, donde las substancias seguirán su eterna combinación.

La terre s'entreuvre,
un peu de chair y tombe
et l'herbe de l'oubli, couvrant bientôt la
croît éternellement... (tombe

como dice Leconte de l'Isle.

Pero hay algo más que materia y fuerza. Tenemos conciencia de nuestros actos, y sobre esta conciencia, tenemos una facultad que concibe como ciertos, conceptos generales que no son producto de la conciencia de nuestras impresiones sensoriales; y este proceso mental sale, se encarama y vive por encima de los datos de los sentidos una vida suprema que

permanece aunque nosotros desaparezcamos.

Y estos fenómenos sobresalen de las combinaciones físico-químicas y de las psico-químicas; pasan más allá de la física; son metafísicos.

Perdonaremos al químico, al físico que prescindan de la metafísica, si su vocación es la de investigar el hecho particular; pero ¿cómo el biólogo, al estudiar las manifestaciones de la vida, puede prescindir de la finalidad de la organización viviente? Porque una cosa salta claramente ante el observador, y es que todo organismo tiene una finalidad, que no procede de la combinación de átomos elementales, sino a la cual se somete la combinación. No puede el biólogo dejar de comprobar que el estómago está construido para la asimilación y nutrición del organismo que lo lleva; que la complicada máquina del ojo está hecha para ver, y la de la oreja para oír y la trama sutil de los nervios para conducir a los centros de asociación del cerebro lo que aprenden del mundo exterior. Ni basta que se detenga en las causas eficientes ni en las causas finales inmediatas. Porque el hombre, por ejemplo, que lleva estos órganos que ven, que oyen, que gustan o se cercioran de la extensión de los cuerpos, sobre estos órganos tiene otros que reúnen estos datos en un centro nervioso donde se tiene conciencia de estas impresiones; y más arriba todavía, un órgano o facultad que toma estos datos,

los cataloga, depura y combina y los somete a un control que con el nombre de criterio, determina lo que en ellos hay de pasajero o ilusorio, lo que tienen de cierto y fijo y no sólo con ellos forma juicios, sino que los acondiciona en una categoría más alta y comprensiva de juicios que ella lleva consigo y que no fluye de la experiencia. Las nociones primeras, categorías o conceptos, verdaderos tipos de verdad con los cuales comprueba esa facultad la veracidad de los datos de los sentidos, ¿para qué existen y quién los dió a esta combinación de tejidos y células, a este montón de carbono, hidrógeno, oxígeno, fierro, azufre, etc., que forman el substratum de nuestro cuerpo?

Porque si la combinación de estos elementos químicos tiene por fin formar la célula; si el conjunto de células forman el órgano;



M. Brunetière en la Sorbona.

si el conjunto de órganos tiene por objeto hacer un organismo o ser viviente; si estos órganos tienen por misión poner al ser vivo en contacto con el mundo exterior; si estos datos del mundo externo están destinados a formar síntesis, y las síntesis a englobar verdades particulares para originar categorías; y estas categorías no parecen tener otro fin que conducirnos al conocimiento de la verdad, y de aquella verdad que las resume todas por modo eminente, siendo la más sublime-realidad; si en suma, todo tiende a un fin, ¿cómo el biólogo puede cerrar los ojos a las causas finales; y del mismo modo que establece las causas finales inmediatas, e indaga y afirma las causas eficientes, por qué rehuiría establecer la causa final mediata del hombre, el animal perfecto en quien la evolución termina y se corona con la conciencia y la inteligencia?

Le Dantec, no obstante, prescinde de esta causa final mediata que, explicando cuál es el fin del ser viviente, en sus respectivas escalas, le llevaría a una interpretación metafísica de la vida y de sus causas. Prefiere quedarse bajo el tejado, en el recinto del laboratorio.

Es un contrasentido. Aunque examine estos hechos particulares y contingentes, el biólogo formula juicios; y ya el concebir una causa eficiente o una causa final inmediata es metafísica.

En su afán de reducir al hombre a un producto químico, llega a proponer la duda de si

la conciencia no es sino una síntesis de partículas de conciencia esparcidas en los seres vivientes elementales; si la célula de la ameba o de cualquier infusorio no contiene una célula, digamos así, de conciencia, que se suma en las células de los organismos multicelulares, y se coordina en síntesis.

Olvídate de intento prescinde del hecho de que los sentidos nos dan la sensación a través de la célula periférica y que esta sensación provoca un acto de conciencia completo, a pesar de ser una la célula que recibe la impresión; y del otro hecho, que el conjunto de sensaciones se forma en centros nerviosos de asociación, que nacen después que el ser viviente siente. La embriología dice que después del primer mes del feto concebido empiezan a formarse las circunvoluciones cerebrales; que el feto tiene movimientos reflejos por lo menos desde el sexto o séptimo mes de su incubación y que los centros de asociación no vienen a ordenarse sino después del octavo o noveno mes de nacido; y no obstante, el infante siente las presiones, el calor, el frío, el hambre, etc.

Hay en esta hipótesis de Le Dantec una contradicción como tantas otras que hay en sus teorías. Si la conciencia acompaña a la materia, no es un epifenómeno, sino una cualidad integral suya y por tanto, un componente que modifica su existencia; y si es epifenómeno, un agregado que no está en la substancia sino como superpuesto, no procede de la materia; es algo distinto, con causa y fines distintos. Hurtando el cuerpo a estas lógicas conclusiones, dice que se limita a establecer el hecho de que los fenómenos van acompañados de epifenómenos de conciencia; y pasa adelante.

No ha sido mi ánimo al escribir estas reflexiones analizar todas las teorías de Le Dan-

tec; ello exigiría más estudio y espacio. Me he limitado a exponer las fundamentales, primero, con el intento de establecer que Le Dantec no ha descubierto una nueva ciencia ni lanzado una nueva hipótesis que pueda mantenerse en los dominios de la ciencia, y que su nombre no podrá inscribirse, como piensa D. Armando Donoso, entre los de Lamarck y Darwin; y segundo, que todas estas hipótesis son suposiciones que fluyen de otra hipótesis hecha a priori, no comprobada por la experiencia; y que estas hipótesis, si ayudan a la ciencia por cuanto provocan la contradicción y el estudio, no son ciencia, sino lo contrario. La ciencia es la expresión de las leyes abstraídas de series de fenómenos comprobados; se escribe, por tanto, a posteriori.

Una observación final. La investigación científica se somete a las leyes generales de la lógica y no podrá afirmarse que una cosa es efecto de una otra, si no cumple estas tres condiciones fundamentales: 1.º Puesta la causa, ocurre el efecto; 2.º modificada la causa, se modifica el efecto; 3.º quitada la causa, cesa el efecto.

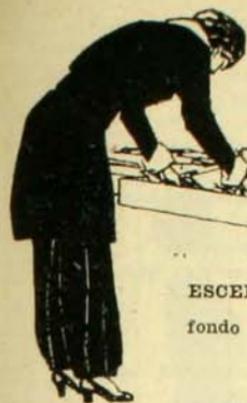
Sólo cuando esta estrecha y permanente correlación sea establecida entre dos fenómenos, de cualquiera clase que sean, se puede decir que entre ellos hay relación de causa y efecto.

Pero en los seres vivientes esta dependencia exige otra condición: la desviación uno de otro, la paternidad.

Injustificadas como son las hipótesis de Le Dantec en el terreno de la experimentación, son además contrarias a hechos establecidos; no tienen el valor de teorías, que tan denodadamente les da el señor Donoso, y muchísimo menos, el de leyes biológicas.

M. CORREA PASTENE





CARTA PERDIDA

COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES:

Carlos Gragny. Luciana Gragny.
Mauricio Seyssel. Juana, su hermana.
Augusto. Elena.

ESCENA.—Salón muy elegante. Muebles con cajones fáciles de abrir. Al fondo una puerta que conduce a una antecámara y hacia la salida. Una puerta a la derecha. Una puerta a la izquierda.

ESCENA I

LUCIANA (entra por la izquierda. Va rápidamente a la mesa para buscar algo entre las cartas, diarios y revistas que la cubren. No encontrando nada, se pone muy nerviosa).—¡Ah...! ¡Esto no es para creído! ¿Qué ha podido hacerse...? Estaba ahí... No me he movido... porque no sé qué decir, no me he movido... ¡Pero es algo ridículo...! ¡Es de morir de rabia! ¡Veamos! ¡Veamos! Un poco de calma: (se sienta y vacía sobre las rodillas el contenido de su bolsa). ¡Nada! ¡absolutamente nada! ¡El colmo de lo inverosímil...! (abre nerviosamente, ruidosamente los cajones de todos los otros muebles). ¡Ni la sombra siquiera! ¡Nada! Que se pierdan las cartas cuando han sido puestas en el correo... lo comprendo... pero antes, no...! (sigue buscando en todos los rincones).

JUANA (viene de fondo).—¡Estás lista? ¡Sí...? ¡Ya? ¡Pero, mujer! ¿Qué haces?

LUCIANA.—Busco en los cajones, que no han sido abiertos desde hace seis meses, una carta que tenía en la mano hace diez minutos.

JUANA.—Podías buscarla en otra parte.

LUCIANA.—¿Dónde? ¿Quieres decirme dónde? ¡Porque tú lo sabes, dímelo!

JUANA.—¿Qué nerviosa estás!

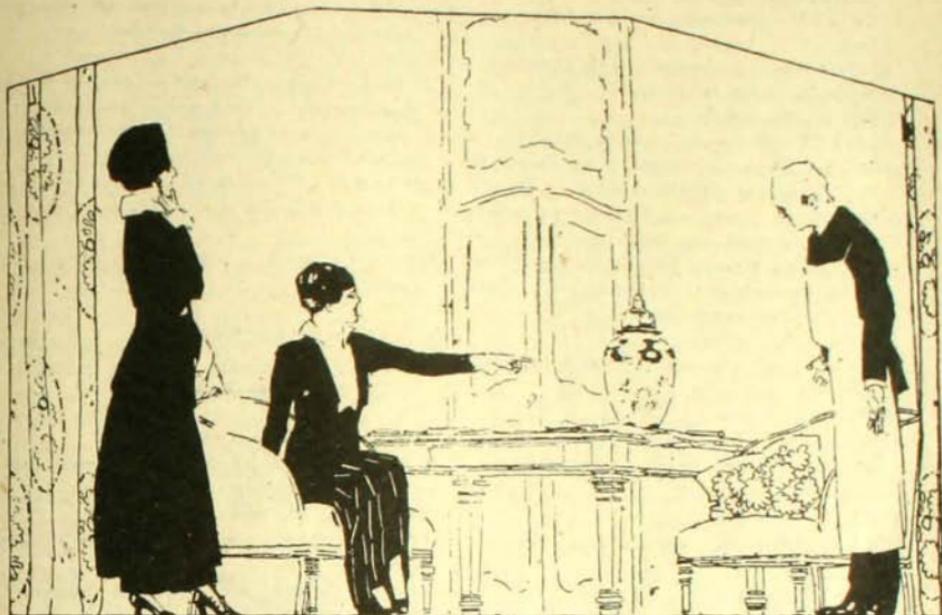
LUCIANA.—Pero no... ¡absolutamente! Sé lo que tú me dices que no sé buscar en mi casa algo que he perdido aquí mismo... Entonces, te pregunto dónde debo buscar... ¿Por qué estoy nerviosa? No se está nerviosa sin razón, a menos de ser tonta... y

no lo soy, que yo lo sé... ¡No dirás que soy una tonta...!

JUANA.—¿Pero qué tienes, Luciana, qué tienes!

LUCIANA.—¿Qué tengo? Sencillamente esto: hace poco he escrito una carta. Una carta sin ninguna importancia por lo demás... a... cualquiera que tú no conoces... Conque he escrito la carta, la he puesto en un sobre, lo he pegado, he escrito la dirección... En suma... he hecho todo aquello que se hace cuando se escribe una carta... ¿No es verdad? Y la he tenido en la mano... Como tú nunca estás a la hora fija... ¡oh! no protestes... nunca estás a la hora convenida... Y si tú hubieras estado a la hora convenida, no habría perdido mi carta... Pero sí... tal como lo oyes, por culpa tuya... Esperándote, daba vueltas por la casa, acomodaba mi velo, arreglaba el sombrero, probaba mis guantes... En fin, todo lo que se hace cuando se espera alguien que no llega... ¡No tengo necesidad de decírtelo...! ¡Ah! ¿qué decía? Pues... he entrado aquí... he ido a mi dormitorio; luego a la galería... De pronto me acordé que no tenía mi carta en la mano... ¿Adónde se fué...? Desde ese instante me afané en buscarla... He abierto todos los muebles de la casa... He andado veinte veces el mismo camino y he mirado veinte veces los mismos lugares; lo he revuelto todo, todo lo he puesto patas arriba... ¡y nada... nada... nada...! ¡Nada de carta! ¡Desaparecida! ¡Es mágico! ¡No la veo! Hace diez minutos la tenía en la mano y me parece que hace un

- mes que la busco. Esta casa debe estar hechizada... No sé que pensar, ¡tú estás ahí, mirándome sin hacer nada. Me miras como si fuese un fenómeno... Como si... ¿qué tienes para mirarme así?
- JUANA.—¡Pero cálmate! ¡No te agites de esa manera! Te aseguro que estás ridículamente nerviosa...
- LUCIANA.—¡Otra más! ¡Ahora soy ridícula!
- JUANA.—Pero no... ¡No he dicho eso! ¿Tu carta? ¡Bien! ¡Encontrarás tu carta! No la encuentras porque la buscas... Siempre sucede lo mismo... Vamos a tomar esa taza de té diplomática... te servirá de calmante... ¡No estamos muy adelantadas que digamos!
- LUCIANA.—¡No encuentras otra cosa que decirme! ¡Ah! tú crees que yo pienso en las tazas de té!
- JUANA.—¡Pero, es necesario, querida! ¡Es necesario! Por lo mismo que tu marido, dentro de poco, deberá reasumir su puesto en Bruselas, es necesario estar bien con las personas que deben ayudarlo... ¡Rápido, ven! ¡Sabes cuánto te lo agradecerá tu marido!
- LUCIANA.—Es necesario, antes que nada, que yo encuentre esta carta... Y luego, ¿quieres que te lo diga? Encuentro ridículo el ser embajador en Bruselas, a tres horas de ferrocarril... ¿Qué necesidad tiene Francia de un embajador en Bruselas? ¿Y por qué no en Asnières?
- JUANA.—¡Te molesta el viaje!
- LUCIANA.—¿Porque digo esto? ¿Cómo se te ocurre? Si tú supieras lo indiferente que es para mí...
- JUANA.—Preferirías no moverte.
- LUCIANA.—¡Hazme el servicio de no irritarme! ¡Te lo ruego!
- JUANA.—¿Entonces, es tan importante esa carta?
- LUCIANA.—¡Bien...! ¡Sí...!
- JUANA.—¡Me habías dicho que no!
- LUCIANA.—Eso te prueba la importancia que tiene.
- JUANA.—¡Exacto!
- LUCIANA.—¡Ah! Pero no te imagines que... Es una carta que... que... no querrás que... porque... tú sabes... En suma... es una carta, nada más que una carta!
- JUANA.—¡Qué claro está eso que me has dicho! ¡Y... a quién está dirigida esa carta?
- LUCIANA.—¡A Mauricio!
- JUANA.—¡Mauricio de Seyssel!
- LUCIANA.—¡Mauricio de Seyssel! ¡Naturalmente! No hay diez mil Mauricios entre nuestras relaciones... ¡No hay más que uno; ese!
- JUANA.—¡No habías dicho que no conocía a la persona?
- LUCIANA.—¡Yo no he dicho tal cosa!
- JUANA.—Te aseguro...
- LUCIANA.—Te has equivocado... ¡Todos se equivocan! ¡No tienes para qué pensar más por eso!
- JUANA.—¡Luciana!
- LUCIANA.—¿Qué?
- JUANA.—¿Se trata de una carta comprometente?
- LUCIANA.—¡No, porque es una carta de adiós!
- JUANA.—¡Oh! Son las peores... ¡Aquellas en que se dice todo! ¡La carta resumen!
- LUCIANA.—¡Todo! ¿Qué? ¿Qué pretendes decir?
- JUANA.—¡Me asustas! ¿Qué hay en esa carta? Soy tu hermana... En una palabra, soy como tú misma... Por consiguiente, puedes hablar... ¿Qué has escrito? ¿Quieres decirme?
- LUCIANA.—¡No puedo!
- JUANA.—¡Desgraciada!
- LUCIANA.—¡Pero no seas tonta! Nada... ¿entiendes? ¡Nada! ¡Menos que nada!
- JUANA.—¡No te creo!
- LUCIANA.—Tú bromeas...
- JUANA.—Por nada, por menos que nada, no estarías de este modo...
- LUCIANA.—¡Casi nada...! ¡Un flirt sin importancia... que dura años!
- JUANA.—Debiste haberlo terminado...
- LUCIANA.—¿Por qué? ¡Estoy segura de mí! Y eso me divierte.
- JUANA.—¡Nunca se está segura de sí cuando una se divierte!
- LUCIANA.—Hoy me ha escrito un billetito muy triste, desesperado... a causa de mi partida... y me pidió, como un supremo favor, que me dejase ver... un cuarto de hora, los dos solos.
- JUANA.—¿Nada más? Y tú...
- LUCIANA.—¡He aceptado!
- JUANA.—¿Una cita?
- LUCIANA.—¡Sí!
- JUANA.—¿Dónde?
- LUCIANA.—¡En su casa!
- JUANA.—¡Y se lo has escrito!



LUCIANA.—Sí.

JUANA.—¿En esta carta perdida?

LUCIANA.—Sí.

JUANA.—¡Ah, no! ¡Oye! ¡Es imperdonable! ¡Escribes cartas... de este género y las pierdes, para remate...! No hay derecho a ser aturrida hasta ese extremo. Piensa, si tu marido...

LUCIANA.—¡Cállate...! ¡Cállate...! No me asustes...

JUANA.—Y luego en este momento decisivo para su carrera; en este momento en el cual sus esfuerzos iban a ser coronados por el éxito, en que su talento le abre todos los caminos... ¡Un golpe así puede echarlo a rodar todo...! ¿No sabes que en este mundo rígido de la diplomacia, un escándalo es la ruina definitiva?

LUCIANA.—¡Pero cállate, cállate...! Carlos no sabe nada; no sabrá nada... ¿Cómo quieres que ellos sepan?

JUANA.—Sabéndolo, simplemente.

LUCIANA.—¿Cómo? ¿por quién?

JUANA.—¿Acaso lo sé yo? Por esta carta...

Es preciso encontrarla. ¿Has preguntado a la sirvienta? ¿Estás segura de ella?

LUCIANA.—Oh. ¿Segura de una sirvienta!

JUANA.—¡Llámalala!

LUCIANA.—¿Para qué?

JUANA.—Puede ser que la haya visto!

LUCIANA.—¿No es posible!

JUANA.—¿Dónde la escribiste?

LUCIANA.—¡Allí, en esa mesa!

JUANA.—¿Tu marido está en casa?

LUCIANA.—Quizá... creo... no sé...

JUANA.—Llama a la sirvienta...

LUCIANA (haciendo sonar la campanilla).—

¿Qué necesidad! ¿Qué necesidad tenía de escribir? Veo a Mauricio todos los días; dos veces, tres veces al día y, sin embargo, tengo necesidad de escribirle...

JUANA.—Yo me pregunto, ¿para qué se enseña a escribir a las mujeres?

LUCIANA.—Quizá para castigarlas de lo que piensan.

(Entra Elena).

ESCENA II

Dichas y Elena

LUCIANA.—Acabo de escribir una carta.

ELENA.—¡Sí, señora!

LUCIANA.—¿Lo sabías?

ELENA.—¡No, señora!

LUCIANA.—¿Entonces, por qué dices: sí, señora?

ELENA.—Para no contradecir a la señora.

LUCIANA.—¿Me entiendes?

ELENA.—No, señora.

LUCIANA.—Entonces, ¡vete al diablo!

JUANA.—¡Pero, no! (bajo a Luciana). Es ridículo lo que estás haciendo! (a Elena). Mi pequeña Elena, mi hermana ha dejado sobre esta mesa una carta que debía llevar consigo a salir. Cuando ha querido tomarla, la carta no estaba ahí... ¿Dónde está? Vos tal vez lo sepáis...

ELENA.—¡No, señora!

JUANA.—¡No digas eso...! eres una buena muchacha.

ELENA.—Sí, señora.

JUANA.—No estoy segura de ello... De otro modo se ve inmediatamente. Y además, estás bien aquí...

ELENA.—Sí, señora...

JUANA.—Entonces, respondeme francamente.

ELENA.—Sí, señora.

JUANA.—Luego... Veamos, habéis vestido a mi hermana, ¿no es verdad?

ELENA.—¡Sí, señora!

JUANA.—Y, luego, habéis entrado aquí.

ELENA.—No, señora.

JUANA.—¿El patrón ha entrado? ¿lo habéis visto?

ELENA.—No, señora.

JUANA.—Pero algo habéis hecho desde ese instante; habéis andorrecado por las piezas cumpliendo vuestras obligaciones.

ELENA.—Sí, señora.

JUANA.—¿Y no habéis visto esta carta en ninguna parte?

ELENA.—No, señora.

LUCIANA.—Vete, vete... Basta ya... basta...

JUANA.—Pero no, no hables... Estás demasiado nerviosa... No se sienta, Elena... y gracias por vuestros informes. ¿Queréis enviar a vuestro marido?

ELENA.—Sí, señora. (Sale).

LUCIANA.—¡Estamos lucidas! ¡Estamos lucidas! ¡Estoy perdida! ¡Esta gente sabe algo! ¡Estoy en sus manos! ¡Ven a Mauricio, aquí, continuamente...! Creen... ¡Los criados se alegran siempre de las desgracias de los patronos! Esta carta olvidada... es la venganza... ¡oh! ¡En las manos de mis criados! ¡No se puede descender más!

JUANA.—¡Oh! ¡No cabe duda! ¡Sí, señora! ¡No, señora! ¡Es un sistema, un plan preconcebido... mi pobre hermana...!

LUCIANA.—¿Y luego...? ¿y luego?

JUANA.—Luego, creo que es preciso hablar francamente... Esta gente quiere sacarte dinero... y es preciso dejarse explotar a la medida de tus recursos.

LUCIANA.—¡Si no fuese más que esto! ¡si no fuese más que una cuestión de dinero! Si no...

JUANA.—¡Espera! ¡Cállate! (Entra Augusto).

ESCENA III

Dichas y Augusto

LUCIANA.—Habéis tomado...

JUANA.—¡Espera! (a Augusto). Amigo mío, seguramente habéis visto una carta.

AUGUSTO.—No, señora.

LUCIANA.—¡Ah... no! no comencéis también vos.

JUANA.—¡Espera, por Dios! (A Augusto). Mi hermana está firmemente segura de haber dejado una carta sobre esta mesa!

LUCIANA.—¿Habéis visto al señor?

AUGUSTO.—Sí, señora.

LUCIANA.—¡Ah...! ¿Y le habéis hablado?

AUGUSTO.—¡Sí, señora!

LUCIANA.—¿Aquí... en esta pieza?

AUGUSTO.—¡Sí, señora!

LUCIANA.—¿Y después ha salido?

AUGUSTO.—¡Sí, señora!

LUCIANA.—¿Y os atrevéis a decir que no habéis visto una carta dirigida?...

JUANA. (interrumpiéndola).— ¡Una carta, sencillamente!

AUGUSTO.—¡No, señora...!

LUCIANA.—¡Mentís!

JUANA.—¡Luciana!

LUCIANA.—La habéis visto; la habéis tomado; quizá la habéis leído.

JUANA.—¡Cállate, Luciana!

LUCIANA.—¡Pero no! Ya que estamos en ello... es preciso hablar claro. No ves que está de acuerdo con su mujer, nos engaña... Pero que hable... que hable... Si es un negocio, explicaos para terminar de una vez!

JUANA.—¡Vos tenéis esa carta!

AUGUSTO.—¡No, señora!

LUCIANA.—¡Vos la tenéis! ¡Vos la tenéis!

... menos que no la hayáis vendido ya a mi marido! ¿Es así? ¡Decid! ¿Es así? ¿Vosotros la habéis vendido, no es verdad? ¡Es preciso que lo sepa todo! O tal vez se la habeis dado, no vendido, así, sin saber o... Me habia equivocado y os pido disculpas. Decidme, ahora, la habeis dado, ¿no es verdad?

AUGUSTO.—No, señora.

LUCIANA.—Salid de aquí... Idos... Os despidó y dejaréis la casa sobre la marcha, inmediatamente; no quiero ver más vuestra cara. ¡Idos! ¿Me habéis comprendido?

AUGUSTO.—¡Sí, señora!

LUCIANA.—¡Salid! (Augusto sale) ¡Ah, qué canalla! ¡Me tiene cogida! ¡Qué vergüenza...! ¡Qué bajeza! ¡Me tengo asco...! ¡No puedo más! ¡No puedo más...!

JUANA.—¡No te agites así, no llores...!

LUCIANA.—¡Oh! Si llorase hasta mi última lágrima, no tendría suficiente para disolver mi estupidez...

JUANA.—No exageres. Es preciso esperar.

LUCIANA.—¿Qué dices...? ¡Es la ruina! ¡Es el fin...! He aquí diez años de matrimonio, de amor, de estimación... de amistad... Diez años de vida desperdiciados... Embrutecidos para siempre, por una palabra escrita que está quién sabe dónde, indestructible, una palabra que penetra, que socava, que completa su obra mientras hablamos... Y lo que es más inverosímil en todo esto... es que esta palabra no significa nada, absolutamente nada, porque no hay absolutamente nada entre Mauricio y yo. Y lo que es más cómico en esta historia es que soy una mujer honrada... pero no lo seré de aquí en adelante sino para mí sola porque él no lo creará... ¿Comprendes? ¡No lo creará! ¿Y cómo, por qué lo creará por otra parte? Pero te juro... por lo que más quiero en el mundo, te juro, que no soy la amante de ese hombre, que nunca lo he sido, ni nunca lo seré! Entonces, no debes dudar de mí!

JUANA.—Te creo, mi pobre Luciana. Estoy persuadida que se trata de un *flirt* sin importancia y sin consecuencia...

LUCIANA.—¡Nada más! Un *flirt* sin consecuencias... ¿Pero existen *flirts* sin consecuencias para un marido celoso que tiene en sus manos una prueba tan concluyente, tan aplastante?

JUANA.—¿Pero qué hay en esa carta, desgraciada?

LUCIANA.—Oh... no mucho... Nada más que una palabra, una sola frase breve, clara, que en el fondo no quiere decir nada, pero que aparentemente puede decirlo todo!

JUANA.—¿Qué?

LUCIANA.—Tú sabes que Carlos va esta noche a las diez a casa del Ministro... He escrito entonces: **Esta noche a las diez, en vuestra casa, sin falta**... ¡Eso es todo! Los celos, que son malignos, pueden encontrar en esta frase premeditación, un cinismo tranquilo... **Esta noche** quiere decir que he calculado bien, porque sabía anticipadamente que estaría libre... **En vuestra casa** puede significar que allí nos hemos visto otras veces... **Sin falta**, quiere decir que he faltado a otras citas, pero que la de esta noche era segura. ¡Eso es todo! Jueces honrados no titubearían mucho en condenarme, en caso de divorcio... Y esto será, por decirlo así, justicia... ¿Ves? ¡No puedo hacer nada! ¡Nada puedo decir! Y es algo tan desagradable, que no puedo recordarlo sin lágrimas... Nosotras somos frecuentemente mejores que los hombres, pero cuando la fatalidad nos empuja... Por consiguiente, es algo espantable todo el mal que podemos hacer con un gesto, con una palabra, con una mirada... porque somos nosotras las que tenemos el privilegio de los gestos... de las palabras... y de las miradas irreparables... Y mi marido tendrá razón si no me perdona! Y no amo a nadie... No amo a ninguno... sino a mi marido...! Pero, ¿qué quieres? Estaba infatuada, ridículamente infatuada, ridículamente orgullosa de sentirme tan ardentemente cortejada y deseada por un hombre *chic*, por un irresistible. Tenía sed de novela. Estaba harta de la felicidad conocida, y quería probar también otra. Quería que me diesen la eterna letanía de las mentiras amorosas, el lamento invariable, la clásica serie de todas esas palabras que escuchamos siempre, de cualquiera parte que venga el engaño y siempre con la misma alegría inexplicable, con la misma vanidad satisfecha y coqueteaba... Le entregaba un dedo para que desease el brazo... Le mostraba un movimiento instantáneo de mis labios para darle la sensa-

ción del beso que nunca le he concedido... Delante de él cerraba de intento los ojos para hacerle creer que temía mostrárselos abiertos... fingía huirle para darle la inmensa y masculina satisfacción de que pensar que temía sus atractivos... Decíale palabras que eran promesas y le hacía promesas que eran desprecios... ponía en la obra las más finas aptitudes de mi espíritu, todo lo que en mí hay de lisonjero... por mantener, por desarrollar, por exasperar un deseo que yo no sentía. Hacía cuanto puede hacer una mujer honrada, para que creyese que no era una mujer honrada. Y con entera sangre fría, así, por un minuto de vanidad, lo llevaba donde yo quería, al olvido de todas las precauciones, de toda probidad... porque lo conducía a la traición de su vieja amistad por mi marido... Eso es todo; y este tráfico de pequeñas cosas inconfesables de pequeños desfloramientos clandestinos; y este retorcimiento de nosotras mismas; y este contrabando de sensaciones y de sentimientos; y esta estéril excitación al libertinaje

es lo que nosotros llamamos decentemente un flirt... ¡Oh! la palabra es bella, elegante, hábil y perfumada...! No dice nada y puede encerrarlo todo... Y la mujer casada, la mujer honrada que se abandona, se convierte de golpe en una bestia meramente malévola y nociva, algo así como un peligro público que sería preciso extirpar... ¡Y hasta este punto he llegado...! A los ojos de mi marido, no seré de aquí en adelante más que la mujercita vulgar que traiciona sin razón, sin excusa alguna... La mujercita que de coquetería en coquetería, de error en error, de incoherencia en incoherencia, llega a los peores resultados sin darse cuenta... ¡Esto es lo que yo soy! ¡Ah! ¡qué asco... qué asco...! ¡qué asco...!

JUANA.—Luciana, te lo ruego... te lo suplico, ¡cálmate...!

LUCIANA.—Todo esto es tan ridículo que me dan ganas de decirle a mi marido cuando me pida explicaciones que soy la amante de su amigo.

JUANA.—¡Estás loca...! ¡Loca...!

LUCIANA.—¡Y que lo amo...! Sí... le diré que lo amo para darle una excusa... para dármela a mí misma... Ruina por ruina, prefiero hundirme por una razón plausible... La sola razón que puedo invocar.

JUANA.—¡Tú no harás eso... te lo impediré...!

LUCIANA.—¡Pero qué quieres que haga? Diré que lo amo: que lo he traicionado porque lo amo! El podrá envilecerme, podrá pegarme, podrá pedir el divorcio, podrá matarme... pero no podrá despreciarme. Lo que se hace por amor, nunca es enteramente despreciable! Y no quiero que me desprecie, ¿entiendes? ¡Todo! ¡Pero esto, no!

JUANA.—Pero tú lo crees irreparable... Reflexiona... irreparable...!

LUCIANA.—¡Pero qué podría decirle para desengañarle? ¡Que soy inocente? ¡Que nada he hecho! ¡Verdaderamente...! ¡Oh... pobre pequeña! ¡Pero no sientes ya la cargajada tonta que lanzará cuando le diga que esta cita no significa nada; que iba a la casa de un hombre como Mauricio, a las diez de la noche, para hablarle de la salud del papá?... ¡No comprendes que reirá hasta desgañitarse? ¡Y crees que me



voy a exponer a eso...? ¡Ah... no...!
¡Ah... no! ¡No afrontaré su cólera, su
irrisión, quién sabe si su dolor, quién sabe
si su perdón! Me veo mujer perdonada para
toda la vida... perdonada a perpetui-
dad... ¡Oh, nada de esto...! Me voy in-
mediatamente...

JUANA.—¿Qué...? ¿Qué dices...?

LUCIANA.—¡Que me voy!

JUANA.—¿Pero dónde? ¿Dónde?

LUCIANA.—¿Acaso yo lo sé? ¡Tengo acaso
necesidad de saberlo...? ¡Me voy...! Ten-
go la valentía de irme, y me basta...

JUANA.—No te irás.

LUCIANA.—Sí! Tu tendrás, al hablarle, una
fuerza de persuasión que yo no encontra-
ría a causa de la turbación en que me en-
cuentro... No sabría decir nada... o le
diría tonterías... Es necesario que te que-
des...

JUANA.—Y tú también... No es necesario
que dejes la casa de esta manera... Ser-
ías imprudente hasta la locura...

LUCIANA.—¡Ah! si tú crees que intento si-
quiera ser prudente.

JUANA.—Te pondrías demasiado del lado
del agravio...

LUCIANA.—No me discutas... Tú te que-
das, lo esperas y se lo dices todo, desde el
principio hasta el fin. Cuéntale mi pecado
de imprudencia... Dile que estoy humilla-
da... y que me arrepiento con toda el alma...
Dile que si no cree en la verdad
de esta ligereza y me tiene por verdadera-
mente culpable, lo encontraré muy natu-
ral y que no por eso lo querré menos... y
que en este caso no espero de él ni piedad
ni perdón... y que, desde este momento,
estoy resignada a todo y que esperaré sin
pestañear las resoluciones que tome...
Le dirás todo lo que quieras... y no te
olvides de decirle que soy tan, tan des-
graciada... No te olvides de decirselo y
diciéndolo no harás sino decir la verdad,
porque soy desgraciada, desgraciada cuan-
to se puede serlo en este mundo!

JUANA.—Luciana... Luciana...

LUCIANA.—Y le dirás una cosa que por pu-
dor no podré decirle: que lo amo... Y si
río se lo dirás llorando... ¡Me lo prome-
tes...! Quédate... Cuánto te envidio por-
que puedes quedarte.

JUANA.—Pero tú... ¿adónde vas?

LUCIANA.—Y dile que no sufra... porque
una mujer que ha sido capaz de hacer lo
que yo he hecho no es digna de que se su-
fra por ella...

JUANA.—Quiero saber lo que vas a hacer...

LUCIANA.—Y dile todas las verdades que
encuentres en tu corazón y todas las im-
precaciones que encuentres en tu imagina-
ción para convencerlo que soy la última
de las perdidas... pero no la última de
las mujeres... Eso... es cuanto espero de
ti, querida... Tú lo harás, ¿no es verdad?
¡y lo abrazarás de mi parte como yo te
abrazo! Con todo mi corazón... Hasta la
vista... Nos volveremos a ver cuando es-
temos tranquilas y me dirás si no se ha
reído demasiado... Adiós, hermana mía...
Te pido perdón por las molestias que te
causo...

JUANA.—Pero no quiero que te vayas así...
¡No quiero...!

LUCIANA.—Ma voy... e inmediatamente
(al criado que entra). ¿Qué hay?

—El señor Mauricio de Seyssel...

LUCIANA.—¡Ah! no... No quiero...

JUANA.—¡Cállate! Espera...

LUCIANA.—No quiero verlo...

JUANA.—No lo verás... pero yo tengo que
hablar con él. (A Augusto). Hágalo pa-
sar...

LUCIANA.—Salgo por acá... ¡Ah! ¡si tú
supieses cómo detesto a ese hombre...!

JUANA.—¿Cómo? ¿No quieres saber si ya
ha ocurrido algo? Verdaderamente no eres
curiosa...

ESCENA IV

Dichas y Mauricio

MAURICIO.—Queridas y bellas señoras...

JUANA.—Luego... luego... nada de fra-
ses... podéis hablar delante de mí...

MAURICIO.—¿De qué queréis que hable?

JUANA.—¡Ah! Os aseguro que vuestra dis-
creción no puede ser menos oportuna. Os
digo que estoy al corriente de todo.

MAURICIO.—¿De todo! Sois afortunada,
porque yo no estoy al corriente de nada...

LUCIANA.—¿Habéis visto a mi marido...?
¿Dónde está?

MAURICIO (indicando a Carlos que entra).

—Hélo aquí...



ESCENA V

Dichos y Carlos

CARLOS.—Pero, Luciana, ¿todavía estás aquí?

LUCIANA.—Sí... creo...

CARLOS.—Y esa taza de té del Ministerio... Tanto que te lo había recomendado...

LUCIANA.—Ya lo ves... Voy... Me ponía el sombrero para ir...

CARLOS.—Quizá encuentres la taza, pero el té, lo dudo...

LUCIANA.—Pero... voy... Tú me has hecho retardarme... (bajo a Juana). Disimula para no aparecer demasiado estúpido... Me echa para quedarse solo con Mauricio... ¡Oh! Sus ojos... ¿no lo has observado...?

CARLOS (a Mauricio).—Apuesto que has sido tú el que las has impedido salir...

MAURICIO.—Pero yo no hacía otra cosa que...

CARLOS.—Deb'iste estar irresistible, porque a Luciana le importaba mucho ese té en el

Ministerio, como me importa mucho a mí la visita de esta noche al Ministro...

LUCIANA.—¿Ves... ves?

JUANA.—Veo... pero cállate... Vámonos ¡Es mejor!

CARLOS.—Mira, una de estas mañanas me despertaré seriamente celoso...

MAURICIO.—Querido, no cumplirás sino tu deber respecto de tu mujer y de mí sobre todo, que comienzo a cansarme de ser tratado como hombre inofensivo... Lo considero como la peor de las injurias...

CARLOS.—¿Quieres un consejo...? ¡Vete!

MAURICIO.—No es muy cortés tu consejo...

CARLOS.—Ve a tu casa... Encontrarás algo que te causará un gran placer...

LUCIANA (bajo a Juana).—¡Sus testimonios! Aquí estamos... ¡Oh...!

JUANA.—Ssst...

MAURICIO.—¿Quién es el que me espera en mi casa?

CARLOS.—Adivina...

MAURICIO.—Un regalo que tú me haces...

CARLOS.—Casi...

LUCIANA (bajo a Juana).—Tengo miedo... tengo miedo...

- MAURICIO.—¿Y qué es ese regalo?
- CARLOS.—Una carta de mujer bonita...
- MAURICIO.—¿No es posible!
- CARLOS.—De una mujer exquisita, esto te lo garantizo; una mujer que no escribe frecuentemente a los hombres, una mujer de primer orden que yo conozco tanto cuanto se puede conocer a una mujer...
- LUCIANA (bajo).—¿D'os mío! ¡Este juego es terrible...!
- MAURICIO.—¡Excitas mi curiosidad...! Se me hace agua la boca...! Veamos, ¿tú dices una mujer bonita? Si quisiera hacer frases galantes, pidiendo excusas a la señora, diría que no conozco sino una; la tuya...
- CARLOS.—¿Eres admirab'le! Has adivinado: Ella es...
- LUCIANA (con un gr'ito involuntario).—¡Yo!
- CARLOS (mirándola).—¿Qué tienes...! Pero sí, tú... Al salir, hace poco, he visto sobre la mesa una carta tuya dirigida a Mauricio... Creyendo hacerte un bien, la he puesto al correo junto con mi correspondencia...
- JUANA (bajo a Luciana).—Ríete... pero ríe, ¡por Dios!
- CARLOS (a Luciana).—¿Y bien?
- JUANA (bajo a Luciana).—¿No estás así... ¡Estalla en risa... luego... luego...
- CARLOS (a Juana).—¿Por qué ríes?
- JUANA (riendo tanto como puede).—¿Qué divertido...! ¡Qué divertido...!
- LUCIANA.—No es posible imaginarse una cosa más cómica... ¡Oh...! Es para sentirse mal... Figúrate...
- JUANA.—Sí, es así, figúrate... (bajo a Luciana). ¡En seguida...! ¡En seguida...! Ríete... más fuerte aún... hasta las lágrimas... ¡Vaya...
- LUCIANA (a Juana).—¿No puedo más...! (A Carlos). No te imaginas lo que ha pasado...
- CARLOS (dominado también por la risa).—¡En suma; ¿qué es?
- MAURICIO (riendo como 'os demás).—Se ríe se ríe... no se sabe por qué, pero se ríe...
- LUCIANA.—No... Esto es demasiado... Me enfermaré... ¿Sabes por qué me río?
- CARLOS.—Espero que me lo digas para reír menos estúpidamente...
- LUCIANA.—He creído, por esto, la casa hechizada...
- CARLOS.—¿Cómo?
- LUCIANA.—He querido despedir a los criados. Yo... no... espera... No puedo hablar aún... río demasiado...
- JUANA.—Quería romperlo todo...
- LUCIANA.—¿Todo...! ¿Todo...!
- CARLOS.—Pero, al fin...
- LUCIANA.—Sí... Te lo digo... Estaba vestida y esperaba con Juana la hora del té... Entonces...
- JUANA (bajo a Luciana).—No digas demasiado...
- LUCIANA.—Entonces... He dicho a Juana... ¿a quién le hacemos una broma?
- JUANA.—¿A Mauricio...!
- MAURICIO.—Gracias, señora...
- LUCIANA.—Entonces he escrito: "Esta noche a las diez, en vuestra casa, sin falta..." Y luego, tenía la intención de ir a buscarte al Ministerio para ir contigo!
- CARLOS.—¿Qué tonta!
- LUCIANA.—¿No! ¡Ya veo la cara que habría puesto viéndonos llegar juntos...!
- CARLOS (riéndose).—¡Pobre don Juan! ¡Ah... ah...! Habría sido divertido... Me parece que veo tu cara...
- MAURICIO.—También yo...
- LUCIANA.—Después de haberlo escrito he puesto la carta, ahí... y cuando he venido a buscarla... ¡Paf! ¡La carta ya no estaba! Entonces nos volvimos locas. He pensado que los criados querían hacerme una burla desagradable. Hemos dado vuelta toda la casa, de arriba a abajo... Y fuiste tú... tú... que... (ríe y hace el gesto de poner una carta en el buzón).
- JUANA (riendo y haciendo el mismo gesto).—Y fuiste tú el que...
- CARLOS.—Y fui yo... el que... (riendo, con el mismo gesto).
- MAURICIO (como los otros).—Y fué él el que...
- (Y 'os cuatro personajes ríen a más no poder mientras baja el telón).

DARIO NICCODEMI

Traducción de M. L.





La conquista de las Perlas

Afirma la historia que en un soberbio festín, Cleopatra desprendió de uno de sus pendientes una magnífica perla que lo formaba y se la dió a beber al victorioso general romano Marco Aurelio, disuelta en vinagre. ¡Cómo miente la historia! Porque, una de dos: o la noticia es inexacta o la perla no era tal, o por lo menos no era legítima, pues, a serlo, no hubiera sido tan fácil y pronta su disolución.

Hoy por hoy, la perla es la joya de moda, es la reina de las joyas, que acaba de conquistar el mundo. No ha mucho, el último verano, llegaron a París perlas que produjeron un total de más de cien millones de francos. Y en Estados Unidos, no ha sido menor el mercado de perlas y se calcula que se vendieron sólo en el segundo año de guerra, perlas por valor de sesenta millones de pesos, aumentando cada día la demanda de tales joyas. La India, Panamá, Colombia, Venezuela, Las Antillas, Anstralia, Taití, no pueden abastecer el mundo en su incesante demanda de perlas, desde que terminó la guerra.

Países neutrales, que pocos años atrás hacían poco gasto en el mercado de perlas, son hoy grandes compradores y piden por cientos los collares para adornar las gargantas de sus mujeres, las nuevas ricas, las hijas y esposas de los parvenus.

¡Cuántas perlas admiradas, codiciadas, robadas, vendidas, buscadas! ¡Cuántas que brillaron en la diadema de un sultán o en la garganta de una favorita o de una emperatriz! Perlas habrá que adornaron en otro tiempo, en los antiguos templos paganos, las estatuas de Venus, o habrán colgado de las orejas de las patricias que se las ponían de tres en tres, para recrearse con el sonido que al chocar producían en el oído. Merece recordarse la famosa perla de un millón que Tul'o César ofreció a Servilia, la madre de Bruto, así como las de Isabel de Baviera, las de María Stuardo, las de Catalina de Médicis, las de Enrique III y la famosa Peregrina de Felipe II.

Esas famosas perlas presenciaron dramas que podrían relatarlos con más exactitud que los historiadores de entonces. Qué de co-

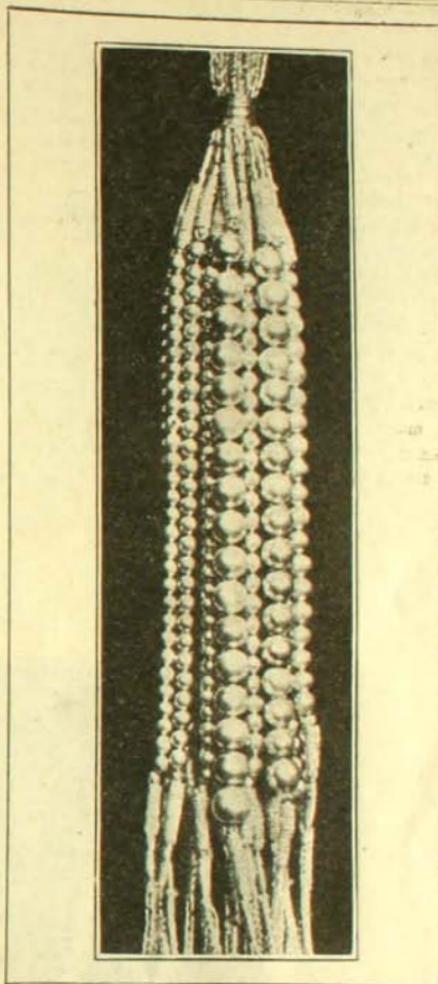
sas podrían contarlos aquellas preciosas gemas que sirvieron de adorno a las bellezas del Renacimiento florentino, de las intimidades dramáticas de aquel siglo XVI, sexual, trágico y asesino!

¿Dónde están todas esas estrellas célebres de la joyería perla? Pese a las leyendas modernas, la perla no muere. Su epidermis envejece, amarillea; pero si esa epidermis se levanta haciendo uso de procedimientos químicos, hoy bien conocidos, aparece de nuevo la perla con todo su esplendor y belleza, llena de vida y brillante, pues la perla posee el don de rejuvenecer eternamente.

Las antiguas perlas han desaparecido con los siglos; se han perdido las huellas de las perlas rejuvenecidas.

De este modo, se vendieron las perlas de la corona de Francia, que tal vez hoy sirvan de adorno al cuello de una tocinera yanqui, esas mismas perlas que embelacionaron un día el cuello alabastrino de la gran Emperatriz Eugenia.

Actualmente parece haberse despertado una fiebre loca de posesión por las perlas, y hoy día la inestabilidad del cambio, los fracasos de la Bolsa, la incertidumbre de los negocios e industrias de todo género, merced a la efervescencia de las bajas capas sociales, son causa de que los capitales se inviertan en algo seguro; de ahí la gran demanda de joyas, entre las que las perlas ocupan hoy el lugar preferente, como un tiempo lo ocuparon los diamantes. Hoy se invierten en perlas verdaderas fortunas, sobre todo esas fortunas nuevas, improvisadas y repentinas, con lo que se pretende tener a cubierto de incidentes imprevistos el capital acumulado a fuerza de privaciones y de suerte y especulaciones atrevidas; una fortuna encerrada en una cajita poco mayor que una caja de fósforos, puede ser de millones, y fácilmente se la puede librar del zarpazo de los bandidos y



Hilos de perlas avituados en varios millones de pesos. usurpadores, llámense éstos espartaquistas, comunistas o bolcheviquis.

Y preescindiendo aún de esta ventaja por las circunstancias del momento, las perlas son objetos que se llegan a querer y amar, y que en todos los tiempos han recibido un culto especial y una predilección universal.

Carece de la fría magnificencia de las piedras preciosas, pero son en cambio seres vivos, seres que por lo mismo que tienen vida parecen encerrar algo humano, y estar de hecho incorporadas a la belleza de la mujer, de la que forman una especie de complemento indispensable.



Una perla que vale una fortuna.

La perla es la rival y la amiga de la mujer: todo a un mismo tiempo; la rival porque despierta tanta admiración como la belleza misma a quien sirve de adorno; la amiga porque realza y completa esplendorosamente esa beldad.

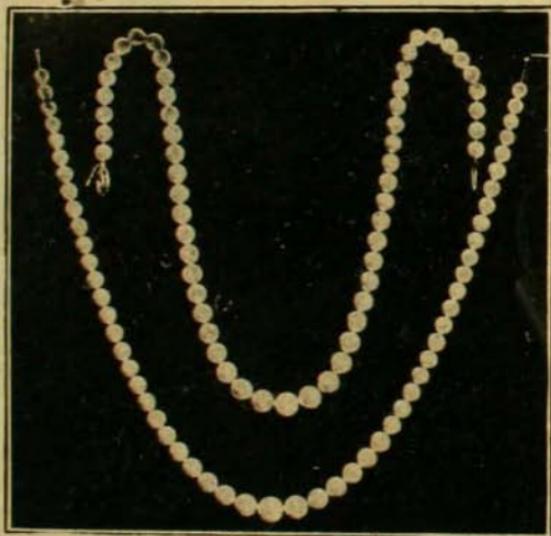
La perla es sensible y frágil como la mujer. Hay contactos que la molestan indudablemente.

Al lado de las grasas pierde sus tonos delicados; no puede jugar con el fuego sin inflamarse. Sufrir cuando no se la luce y no brilla; y si se la relega mucho tiempo al olvido y se la encierra en la obscuridad del estuche, palidece, se pone lánguida y anémica, como joven sentimental a quien privan del amor de sus amores, y va desfalleciendo de tedio, de aburrimiento y de pesar.

Para devolverle la vida, para tornarle su brillo, hasta ponerla a régimen, hasta que vuelva a sentir el contacto acariciador de un cutis aterciopelado, el roce benéfico de una blanca garganta, el calor de una belleza femenina.

No es, pues, extraño que hubiera un tiempo médicos de perlas, que poseían el secreto de curarlas y eran considerados como seres sobrenaturales, dotados de un poder semi divino.

Pero ya lo sabéis, la mejor medicina para las perlas, es el cutis de raso nacarado de una mujer hermosa, y cuanto más hermosa sea la mujer que las lleva, más brillo, más color y más vida podréis admirar en las preciosas perlas. Tratan ellas de rivalizar en belleza con sus encantadoras poseedoras.



Dos collares de perlas que valen 12 millones de pesos.

Viña del Mar Interesa



Vista panorámica de la Plaza de Viña y Avenida Libertad.

Aunque lejana en los tiempos su fama, nunca como ahora se había visto favorecida Viña del Mar, con tanta afluencia de visitantes, y nunca como ahora había sido ponderada como uno de los más modernos y elegantes balnearios.

Es que, comprendiendo sus habitantes y poseedores su importancia, se han preocupado en embellecerla y adornarla para hacerla más grata a todos los que, ya sean nacionales o extranjeros, acuden a sus playas suaves en busca del reposo reconfortante.

La población que, hace veinte años, estaba circunscrita en una decena de cuadras, mal edificadoas y disparrajadas, ocupa hoy más de ciento, en que se ha reunido cuanto hay de selecto y refinado en materia arquitectónica. La variedad y la opulencia de las mansiones veraniegas son enormes, y cada uno se ha esmerado en hacer de la suya una verdadera joya que llame la atención.

Las autoridades locales, por su parte, coadyuvando a la labor de embellecimiento iniciada por los particulares,

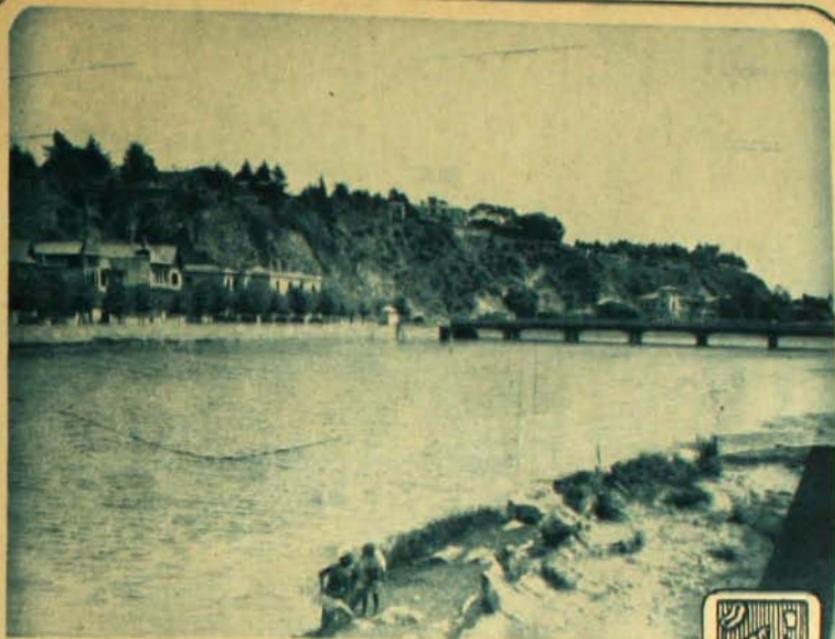
se han ocupado seriamente de la urbanización de la floreciente villa de baños. El alumbrado, las calzadas cuidadosamente mantenidas, las plazas siempre verdequeantes, son uno de los atractivos que se añaden a Viña del Mar, y que hacen de este balneario uno de los más pintorescos lugares de veraneo que haya en Sud-América, no teniendo nada que envidiar a los suntuosos establecimientos de Mar del Plata, su competidora y rival.

Ultimamente, sobre todo en los últimos tres años, se ha intensificado la afluencia de visitantes extranjeros, que vienen de todos los puntos de Sud-América a gozar en sus blandas playas del descanso de las tareas del año, a aspirar el aire siempre embalsamado del mar, y a estrechar un poco los vínculos sociales entre país y país.

El progreso de Viña, por tanto es justificado, y realiza una obra de acercamiento beneficiosa para todos; y ojalá dentro de algunos lustres se oiga contar en las remotas naciones de Europa, que en un lejano y pequeño país, Chile, hay un paraje delicioso llamado Viña del Mar, la espléndida.



La Pinya Nueva a la hora del baño.



El Estero de Viña y el nuevo puente que une el camino de Miramar con el nuevo camino de la Playa Grande; al fondo se ve el pintoresco cerro del Castillo.



Vista panorámica del paseo y playa.



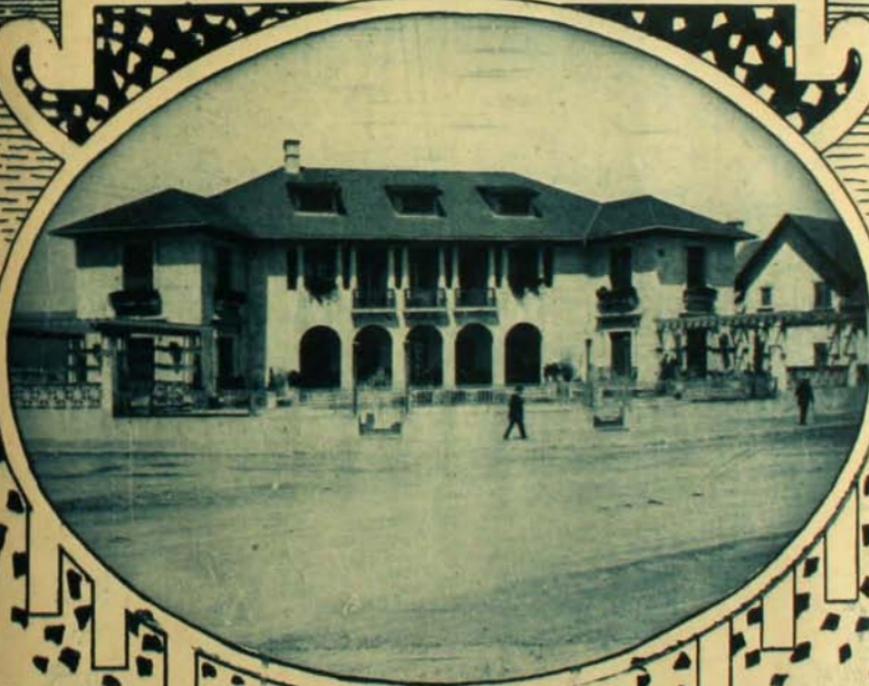
Vista panorámica de la playa de Miramar.



Chalets construídos a orilla de la playa y camino al balneario de la playa nueva.



Construcciones nuevas en la playa grande.



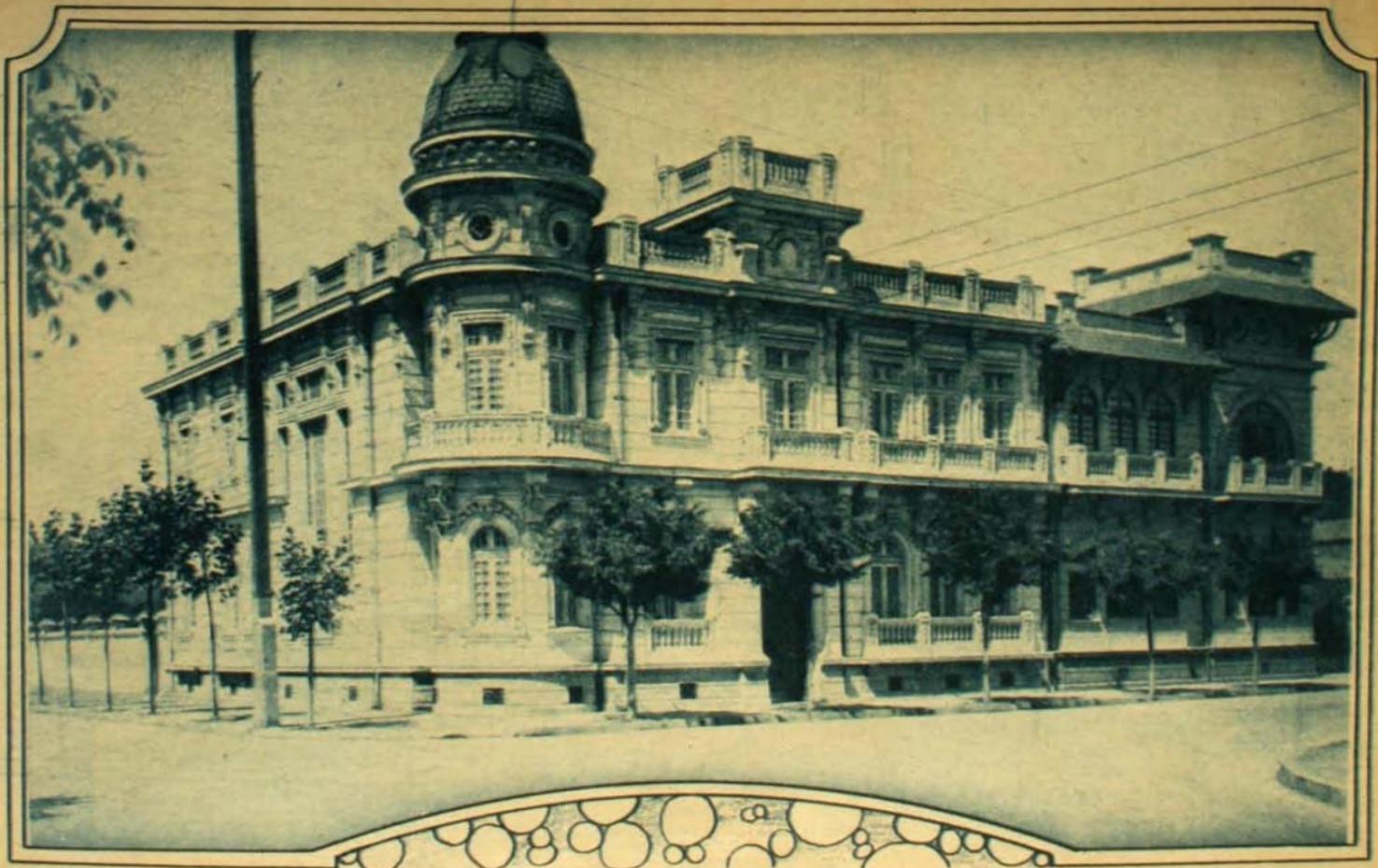
El hermoso chalet "Las Brisas", de don Alejandro Herquífilgo, en la playa nueva.



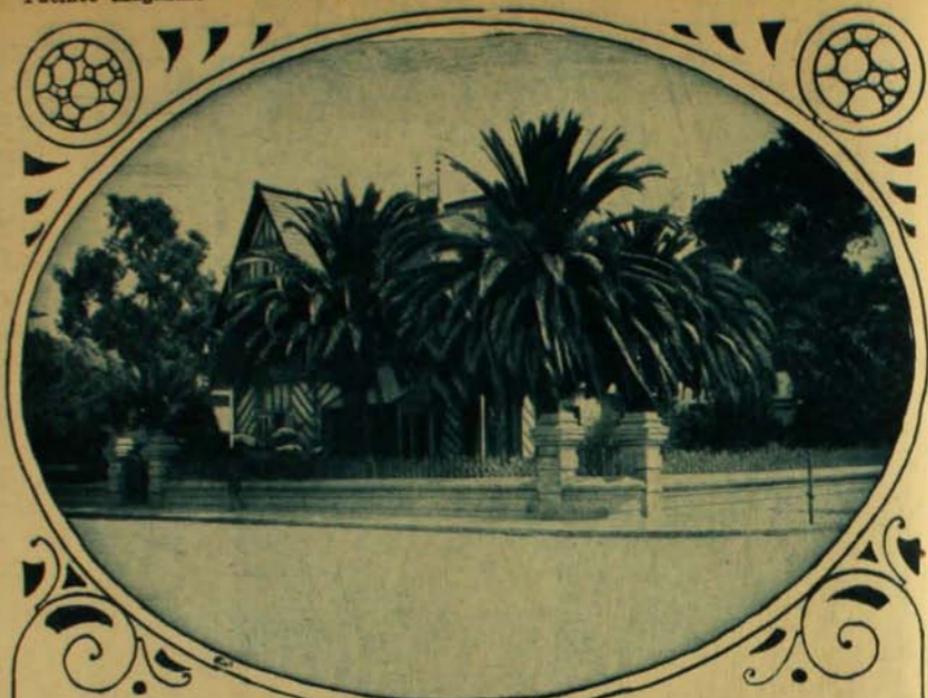
El hermoso edificio del Club de Viña del Mar, situado al frente de la Plaza Sucre, de Viña.



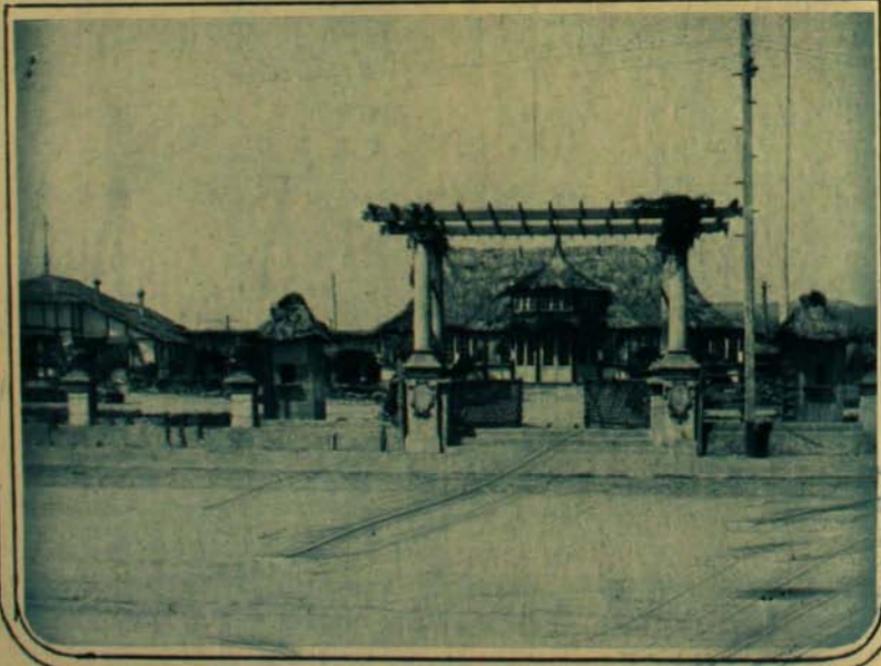
Chalet del señor Alejandro Huneeus (Villa Loreto) en la playa nueva.



Otra magnífica construcción, estilo palacio, frente a la Plaza J. F. Vergara.



Vista del frontis de la hermosa casa-quinta, rodeada de palmeras, del señor don Carlos Alvarez Condareo, situada frente a la plaza de Viña.



Entrada al Pabellón de la Playa Grande, sitio de moda de los veraneantes que pasan la temporada en Viña.



Don José Tomás Urmeneta



Don Federico Errázuriz Z.



Don Aníbal Pinto

Las antiguas Convenciones Presidenciales

Durante los primeros años de la República, ninguno de los Presidentes de Chile fué proclamado en Convención.

Los púlpitos cambiaban de Gobierno por medio de motines de cuartel y de asonadas populares.

Portales hizo a Prieto presidente, como único medio de evitar la restauración de O'Higgins, que habría significado el desbande de los elementos conservadores, que trabajosamente, comenzaban a organizarse.

En las elecciones presidenciales de 1841, lucharon tres candidatos: don Joaquín Tocornal, apoyado por los ultraconservadores; don Manuel Bulnes, por los pelucones progresistas, y don Francisco Antonio Pinto, por los liberales. Ninguno de ellos fué proclamado oficialmente por una asamblea de partidos.

Los magnates pelucones proclamaron la candidatura de don Manuel Montt en un almuerzo campestre. Una acta suscrita por los vecinos de Concepción fué el título con que don José María de la Cruz se lanzó a luchar por la Presidencia, en las urnas electorales y en los campos de batalla...

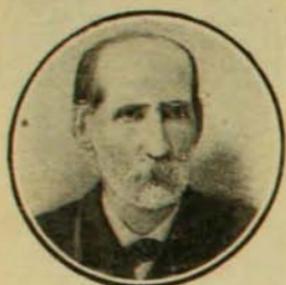
En 1861, el único candidato fué don José Joaquín Pérez, proclamado por la Junta Ejecutiva del partido nacional.

Diez años más tarde, en 1871, tuvo lugar la primera, en la fecha, de nuestras convencio-

nes presidenciales. La fusión liberal-conservadora que gobernaba el país desde 1862, iba mostrando evidentes síntomas de debilidad y desquiciamiento. Combatida desde su origen por el radicalismo reformista y por el partido nacional, sus enemigos habían crecido en número y en fuerza. La acusación de la Corte Suprema en 1868 y el movimiento iniciado por el Club de la Reforma, contribuyeron no poco a este resultado. Al mismo tiempo, la unión de los aliados de diez años era ya, por otra parte, menos estrecha: comenzaba a vislumbrarse la futura alianza liberal.

La oposición era poderosa, pero muy poco homogénea. Figuraban en ella los nacionales, ultraconservadores en política y los radicales, que representaban el reformismo democrático más acentuado. Como posible lazo de unión entre ambos partidos, se encontraban allí los hombres del Club de la Reforma, nacionales por tradición y radicales por su programa de reformas civiles. Algunos liberales que se habían separado de la fusión impulsados por generosos propósitos o por ambiciones frustradas completaban aquel cuadro bizarro.

Para luchar con esperanzas de éxito contra don Federico Errázuriz, el candidato natural y lógico (al menos en apariencia) de la fusión liberal conservadora, la oposición



Don Miguel Luis Amunátegui



Don Benjamín Vicuña Mackenna



Don Domingo Santa María

necesitaba ponerse de acuerdo, no sólo respecto de un hombre sino de un programa. Tal fué el origen de la Convención de los partidos independentes, que inauguró sus sesiones en Santiago, el 1.º de Enero de 1871.

Fuó una asamblea poco numerosa. Debían componerla noventa y seis delegados elegidos por los departamentos en proporción de los diputados que a cada uno correspondía, según el censo de 1866. Ninguna sesión se celebró, sin embargo, con asistencia de más de setenta y un delegados y el acta de proclamación del candidato fué firmada sólo por setenta.

Las seis primeras sesiones, celebradas entre el 1.º y el 4 de Enero, fueron destinadas a la discusión del programa. Dado el des acuerdo doctrinario que dividía a los convencionales, aquella obra no fué fácil y hubo de salirse del paso a fuerza de generalidades y afirmaciones vagas. Fué el programa algo como un reflejo pálido y desleído del proclamado meses antes por el Club de la Reforma. No podía salir otra cosa de esa Asamblea en que figuraban hombres de la derecha nacional como don Alejandro Vial, don Cosme Campillo, don Miguel Cruchaga, etc., al lado de los más atrevidos campeones de la reforma radical como don Pedro León Gallo, don Manuel Antonio Matta, don Enrique Mac-Iver, etc.

Más difícil fué elegir candidato, porque el Reglamento de la Convención exigía una mayoría de las tres cuartas partes de los miembros presentes.

Las votaciones se iniciaron en la séptima sesión, el 6 de Enero de 1871.

El resultado de la primera fué el siguiente:

Por don Jerónimo Urmeneta.	19	votos
" " Pedro León Gallo.	17	"
" " Rafael Larraín Moxó.	9	"
" " Silvestre Ochagavía.	8	"
" " Alejandro Vial.	5	"
" " Manuel Antonio Matta.	5	"
" " Cornelio Saavedra.	2	"
" " Domingo Santa María.	1	"
" " Antonio Varas.	1	"
" " José Rafael Echeverría.	1	"
" " Juan de Dios Arlegui.	1	"

Esta votación, aunque dispersa, indicaba bien a las claras la fisonomía de la Convención.

Don Jerónimo Urmeneta, antiguo Ministro de Bulnes y de Montt, vencedor de la revolución de 1859, nacional de tradición, presidente más tarde del Club de la Reforma, y hombre de ideas liberales en el sentido moderno de la palabra, era acaso el hombre más representativo de las diversas tendencias que trabajaban a la asamblea, y, en todo caso, el que las dividía menos. Fué el candidato de los reformistas y de la izquierda del partido nacional.

Don Pedro León Gallo, el vencido de 1859, el jefe reconocido de los radicales, obtuvo la segunda mayoría. No deja de ser curioso que se disputaran la proclamación en una asamblea de alianza política de partidos, en amigable consorcio, el revolucionario de doce años atrás y el Ministro que había sofocado la revolución.

Las antiguas convenciones Presidenciales

Don Silvestre Ochagavía y don Alejandro Vial eran los candidatos de la fracción más conservadora del partido nacional. Obtuvieron entre ambos 13 votos, o sea la tercera mayoría.

Don Rafael Larraín Moxó, extraño a la Convención y miembro del partido conservador, reunió 9 votos. Era el candidato de esa especie de políticos, que nunca faltan en las convenciones, cuya táctica consiste en desconcertar a los adversarios. Aquel viejo peluón, separado del Gobierno en 1857, nunca rompió muy violentamente con don Manuel Montt. Su actitud como presidente del Senado, durante los debates sobre la acusación a la Corte Suprema, le había granjeado el afecto de los nacionales y el respeto de todos los opositores. Su proclamación como candidato podía traer una inmensa perturbación en el partido conservador y dar al traste con la coalición imperante...

Don Manuel Antonio Matta, que obtuvo 5 votos, era un radical como Gallo y representaba poco más o menos las mismas tendencias.

Ya en la tercera votación, los sufragios se habían concentrado en los hombres que más genuinamente encarnaban las aspiraciones un tanto encontradas de los miembros de la asamblea.

El resultado de dicha votación fué el siguiente:

Por don Jerónimo Urmeneta	26 votos
" " Pedro León Gallo	20 "
" " Silvestre Ochagavía	12 "
" " Rafael Larraín Moxó	10 "
" " Manuel Antonio Matta	2 "

La cuarta y la quinta votación, que tuvieron lugar ese mismo día, dieron un resultado análogo.

No se adelantó gran cosa en las tres votaciones efectuadas en la sesión siguiente, aunque aparecieron en ellas nuevos votos dispersos por don Vicente Reyes y don Marcial Martínez...

La sesión siguiente sí que trajo algunas novedades. Los políticos que buscaran con el nombre de don Rafael Larraín Moxó perturbar a la fusión liberal-conservadora, abandonaron la partida. Surgió con parecidas miras un nuevo candidato, un hombre de espada, fusionista a medias, popular ante las masas, el vencedor de Papudo, el héroe de la guerra de España, don Juan Williams Rebolledo.

Los elementos radicales, por su parte, abandonaron a Gallo, que no podía ser muy grato a los nacionales y que representaba una tradición revolucionaria algo inquietante. La izquierda de la Convención concentró pues sus votos en don Domingo Arteaga Alemparte, diputado y periodista del decenio, miembro ardoroso del Club de la Reforma y hombre de ideas avanzadas, sin pertenecer al partido radical.

El resultado de la novena votación fué el siguiente:



General don Manuel Baquedano



Don José Manuel Balmaceda



Don Luis Aldunate Carrera



Don José Francisco Vergara

Por don Jerónimo Urmeneta . . .	34	votos
" " Domingo A. Alemparte . . .	21	"
" " Juan Williams Rebolledo . . .	10	"
" " Silvestre Ochagavía . . .	3	"
" " Manuel Antonio Matta . . .	2	"
" " Justo Arteaga Alemparte . . .	1	"

La décima votación fué, con diferencias de detalles, casi idéntica a la anterior.

En la undécima votación, los políticos abandonaron a Williams Rebolledo y lo reemplazaron por don José Victorino Lastarria, publicista de gran prestigio, capaz de introducir en la fracción liberal del fusionismo una perturbación análoga a la que esperaban con Larraín Moxó en el campo conservador. Los nacionales, en cambio, abandonando por completo a Ochagavía, y concentraron sus esfuerzos en Urmeneta. El resultado de la mencionada votación fué el siguiente:



Don Vivente Reyes

Por don Jerónimo Urmeneta. . . 37 votos

" " Domingo A. Alemparte . . .	22	"
" " José Victorino Lastarria . . .	11	"
" " Manuel Antonio Matta . . .	1	"
" " Pedro Félix Vicuña . . .	1	"

Era ya una novedad. El candidato nacional-reformista había obtenido ya la mayoría absoluta de los sufragios. El radicalismo no disimuló su descontento. Era de temerse que la Convención se disolviera...

Uno de los delegados tomó entonces la palabra para exponer que el tedio y la desconfianza se habían apoderado de la asamblea, que en el punto en que estaban las cosas,



D. Federico Errázuriz Echaurren

era imposible que un candidato llegara a reunir la mayoría de tres cuartos exigido por el reglamento y que era preciso que, abandonando los diversos partidos sus respectivas aspiraciones, se fijaran en un hombre más o menos extraño a la política y que, sin otra bandera que la de la Convención, la alzase sobre todos los grupos y los cubriese.

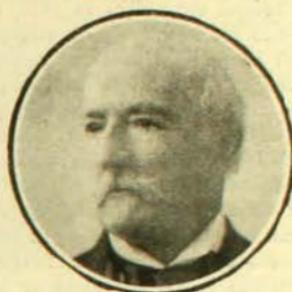
Se propuso una indicación para eliminar a todos los candidatos que hasta entonces obtuvieran votos, pero fué rechazada. Don Luis Urzúa propuso entonces la candidatura de don José Tomás Urmeneta.

Hubo capítulo de secretaría... Para muchos la proposición, evidentemente inesperada de Urzúa, no era un misterio.

Reunida nuevamente la asamblea, se procedió a la duodécima votación, cuyo resultado fué el siguiente:

Las antiguas convenciones Presidenciales

Por don José Tomás Urmeneta.	49	votos
" " José Victorino Lastarria.	11	"
" " Jerónimo Urmeneta	4	"
" " Luis Cousiño	2	"
" " Manuel Antonio Matta.	1	"
" " En blanco.	4	"



Don Claudio Vicuña

Agregando a los votos obtenidos por Urmeneta los en blanco, sólo faltaba un voto para que este caballero obtuviera los tres cuartos que se requerían. Don Waldo Silva propuso este temperamento, pero retiró su indicación a pedido de don Domingo Arteaga Alemparte, que la consideraba contraria a los principios republicanos. (¿Por qué?)

Tampoco se obtuvo resultado en la décimo-



Don Pedro Montt

ercia votación, aunque los votos de Urmeneta subieron a 51, contra 8 de Lastarria, 7 dispersos y 3 en blanco.

Por fin el desenlace se produjo en la décimocuarta votación, cuyo resultado fué el siguiente:

Por don José Tomás Urmeneta.	52	votos
" " José Victorino Lastarria.	7	"
" " Jerónimo Urmeneta	1	"
" " Luis Cousiño.	1	"
" " En blanco.	3	"
Total.		64

Siendo la mayoría absoluta de 32 votos y los tres cuartos de 48 votos, Urmeneta había adquirido la mayoría exigida por el reglamento.

Don José Tomás Urmeneta era el hombre más acaudalado del país. Pertenecía al par-

tido nacional pero nunca había figurado en la política activa. Era el resultado de una transacción por obra de la menor resistencia.

Su fortuna era una esperanza de triunfo. Acaso fué ésa la razón que dominó. De todos modos, en esa Convención, como en alguna otra del porvenir, fué candidato el hombre en quien menos se había pensado por lo menos fuera de los conciliábulos secretos de los iniciados en la alta política.

Don Ambrosio Montt definió la situación.

“Hace veinte años, dijo aludiendo a don Manuel Montt, y a los pelucones, los hombres más ricos de Chile se reunieron para elegir candidato al de más talento. . . hoy nos hemos reunido los hombres de más talento para elegir al más rico. . .”

Tristes exigencias del progreso democrático.

El sucesor de don Federico Errázuriz Zañartu fué también elegido en una Convención. Una de las bases fundamentales de la



Don Fernando Lázcano

Alianza Liberal organizada en 1875, fué que el candidato del Gobierno sería elegido libremente por los partidos liberales. A este efecto, se ideó una Convención en que por primera vez fué ensayado el sistema que llamaremos de las categorías. Los miembros de la asamblea no fueron esta vez designados por los ciudadanos de los departamentos, sistema que abría ancha puerta al ejercicio de las influencias gubernamentales y a toda clase de abusos o incorrecciones. Tuvieron en cambio derecho de formar parte de la Convención todos los miembros de los partidos liberales que fueran congresales, universitarios, profesionales o contribuyentes por una cuota de más de quinientos pesos en impuestos fiscales directos.

Dos candidatos se disputaron el triunfo en esa Convención o asamblea de notables, como la llamaron entonces. El uno don Miguel Luis Amunátegui, liberal de tradición, historiador y publicista notable que contaba o creía contar con el elemento intelectual, los profesores y universitarios y un numeroso séquito de amigos personales. El otro era don Aníbal Pinto, personalidad más opaca, y sin un gran pasado político, pero que tenía a su favor el apoyo del Presidente de la República, la simpatía de los nacionales y de algunos radicales y un prestigio en el sur, como heredero de las influencias de su padre político, don José María de la Cruz.

Antes de reunirse la Convención, Pinto ganó bastante en sus expectativas, logrando que se rebajara de quinientos a trescientos pesos la cuota de impuestos directos exigida a los contribuyentes. Sin ello habrían tenido un predominio incontestable en la asamblea los grandes propietarios del centro y de Santiago, pues en el sur, centro de las influencias de Pinto, la propiedad estaba muy poco valorizada entonces, y casi no existían contribuyentes de más de quinientos pesos. Esta concesión hecha a Pinto fué calificada por sus adversarios con el nombre de "la invasión de los Huilliches", palabra araucana que significa "gentes del sur".

El señor Amunátegui se ha-

cia también algunas ilusiones respecto de la fidelidad de los profesionales y universitarios. Muchos de ellos eran, en efecto, empleados públicos y estaban sometidos por tanto a las influencias del Presidente, que se ejercitaron con prudencia pero con decisión en favor del señor Pinto.

Se inscribieron en esta primera Convención de la Alianza Liberal, mil noventa y seis personas, número considerable para la época, y que justificaba hasta cierto punto la especie entonces propalada de que muchos de los inscritos no contaban con las condiciones requeridas.

Como únicamente había dos candidatos, sólo tuvo lugar una sola votación, cuyo resultado fué el siguiente:

Por don Aníbal Pinto.	523	votos
" " Miguel Luis Amunátegui.	414	"
Dispersos.	15	"
<hr/>		
Total.	952	votos

Don Aníbal Pinto tuvo por adversario en las urnas a don Benjamín Vicuña Mackenna, quien fué, a su vez, proclamado en una Convención que se reunió en Diciembre de 1875. Por lo visto, entonces se madrugaba más que ahora.

La Convención de Vicuña Mackenna pretendía ser más democrática que la de la Alianza Liberal y sus partidarios calificaban de oligárquico el sistema de categorías ideado por los partidos de Gobierno. En teoría los delegados de la Convención vicuñista debían ser elegidos por todos los ciudadanos liberales de los diferentes departamentos. En la práctica fué una asamblea de aparato y sin más objeto que consagrar una candidatura sin gran base política, pero que estaba rodeada de una popularidad bulliciosa y contaba además con el apoyo más o menos efectivo del partido conservador.

En la Convención liberal que eligió candidato a don Domingo Santa María, no hu-



Don Germán Riesco

bo verdadera lucha. Puede clasificársela entre las convenciones que llamaremos ad hoc y de aparato.

La Convención de Alianza Liberal que eligió candidato a don José Manuel Balmaceda, fué de la misma índole, se celebró en Valparaíso y en ella hubo unanimidad en la única votación que se produjo... Era de las convenciones llamadas democráticas, es decir, cuyos miembros, elegidos en teoría por los pueblos, lo sean de hecho por los directores de los partidos....

A más de esa Convención, se celebró entonces otra que también pretendía ser de Alianza Liberal y que, en realidad, contaba con adhesiones en todos los grupos de la gran familia, aunque su base principal eran los radicales y los liberales descontentos con el Gobierno. Como este partido liberal independiente estaba compuesto en buena parte por pretendientes a la candidatura y por sus amigos y paniaguados, se les llamaba "las luminarias" o "los sueltos".

Dos candidatos se disputaron el triunfo en esta Convención opositora: don Luis Aldunate, antiguo Ministro de Santa María, candidato presunto del Presidente en los años anteriores, pero que se había dejado arrebatar la popularidad en el país liberal, por su falta de decisión en las campañas teológicas y por su aristocrática terquedad. En un momento dado, Balmaceda se encontró con casi todas las cartas en su juego: la administración, la juventud oficial y las provincias le eran adictas... había aprovechado bien sus cuatro años en el Ministerio del Interior... Santa María hubo de inclinarse ante un hecho que no podía evitar.

Al lado de Aldunate, figuraba como candidato don José Francisco Vergara, hombre inteligente, útil y enérgico, pero de carácter trabajador, que había desempeñado un brillante papel durante la guerra del Pacífico. Miembro del partido radical y Ministro de Santa María en los primeros meses de la administración, había roto violentamente con el Presidente, cuando se diseñó la hostilidad del Gobierno para con sus correligionarios políticos.



Don Agustín Edwards

Ninguno de ambos candidatos obtuvo en la Convención la mayoría requerida. Sin embargo al fin fué proclamado Vergara lo que significaba el fracaso de la Convención; porque no era posible luchar contra Balmaceda con probabilidades de éxito sin el apoyo de los conservadores y Vergara no quiso o no pudo hacer concesiones doctrinarias para conseguirlo.

Don Jorge Montt no fué candidato de ninguna Convención sino por acuerdo de los partidos. Los primeros en proclamarlo fueron los conservadores. En esa ocasión, gracias a las circunstancias extraordinarias creadas por la revolución, fueron elegidos los electores de Presidente por los respectivos partidos, sin lanzar el nombre de candidato alguno. Los conservadores tuvieron casi la mayoría de los electores de segundo grado y en realidad podían disponer de la Presidencia.

Hubo un momento en que se creyó en la Presidencia de un conservador, don Manuel José Irrarrázaval, el verdadero jefe doctrinario de la revolución y que gozaba de merecido prestigio en todos los partidos. El señor Irrarrázaval tuvo el desinterés y la cordura de no aceptar una situación a todas luces equívoca.

Dos convenciones se celebraron en 1896, las dos ad hoc, aunque una de ellas tuvo la pretensión de no serlo.

Después de las elecciones parlamentarias de 1894 y del triunfo relativo que en ellas obtuvieron los balmacedistas y los radicales, se hizo imposible todo gobierno netamente liberal sin el concurso de los vencidos de 1891. Pero el acuerdo no existía al respecto entre los liberales constitucionales. Muchos de éstos preferían la coalición conservadora, o a lo menos manifestaban serias resistencias a la idea de un acuerdo con los balmacedistas. Por otra parte, la conducta de los radicales en las recientes elecciones, donde habían sacrificado implacablemente a los candidatos liberales en obsequio de los balmacedistas, les había suscitado antipatías y rencores entre sus aliados de la víspera.

Dos corrientes se diseñaron entonces en el



Don Ramón Barros Luco

seno de los liberales constitucionales, que formaban entonces un sólo partido con los nacionales. Los unos querían ir a un candidato que fuera grato a balmacedistas y radicales. Estos levantaron como enseña la unión de todo el liberalismo en frente de los conservadores. Su hombre fué don Vicente Reyes, personaje de gran prestigio social y popular que podía ser grato a los nacionales, por sus tradiciones de diputado y periodista del decenio, a los radicales por sus avanzadas ideas teológicas y a los balmacedistas por su actitud expectante y hasta cierto punto equívoca durante la revolución de 1891.

Pero el señor Reyes era violentamente resistido por muchos liberales: unos no le perdonaban su deserción en las horas de prueba de la guerra civil; otros temían en él la rehabilitación del balmacedismo, y no pocos miraban con desagrado la expectativa de nuevas luchas religiosas o el predominio excesivo de las ideas e influencias radicales en el Gobierno. A estos enemigos naturales de la candidatura Reyes vinieron a sumarse los otros pretendientes liberales a la presidencia y el séquito de cada uno de ellos.

La lucha se inició primeramente en el seno del partido liberal. Los que resistían la proclamación de Reyes maniobraron con gran habilidad, declarándose partidarios de una Convención amplia por categorías al estilo de la de 1875. En cambio los aliancistas deseaban una convención ad hoc cuyos miembros serían elegidos por los directorios departamentales de la Alianza Liberal, lo que equivalía a reconocer desde luego la preponderancia de balmacedistas y radicales, que eran

dos partidos contra una parte de otro, y por tanto, el triunfo de Reyes.

Los liberales aliancistas fueron designados entonces con el nombre de "restringidos" y los coalicionistas con el nombre de "amplios" en alusión a las formas de Convención que unos y otros propiciaban.

La inmensa mayoría del directorio liberal y de la representación parlamentaria del partido se pronunció por la Convención amplia y, por tanto, contra la expectativa de una candidatura balmacedista-radical. Los restringidos o aliancistas se separaron entonces y fundaron un nuevo partido que llevó, a lo menos en la práctica, el nombre de "liberal doctrinario".

Los doctrinarios, en unión de los radicales y balmacedistas, celebraron en Enero de 1896 una Convención ad hoc que proclamó por unanimidad y sin lucha la candidatura de don Vicente Reyes.

La Convención liberal amplia se celebró por su parte en el mes de Abril. Con raras excepciones, sólo formaron parte de ella los liberales y los nacionales. Hubo, sin embargo, en ella un grupo balmacedista y otro radical.

El verdadero organizador de aquella numerosísima asamblea fué don Federico Errázuriz, uno de los políticos más hábiles de las últimas generaciones. Se manejó con tanta destreza, que muy pocos se dieron cuenta de la obra que en el silencio se estaba consumando.

Cada uno de los pretendientes presidenciales se apresuró a inscribirse en los registros de la Convención, seguro de ser el elegido. La ambición es candorosa y no siempre sabe sacar cuentas. No sólo hubo zorzales en el liberalismo de centro, sino también entre los balmacedistas y radicales: los unos juraban por don Adolfo Eastman, los otros por don Manuel Recabarren.

Lo cierto era, lo que casi nadie sospechaba y muy pocos sabían a punto fijo, a saber, que esa Convención era ad hoc, que la casi totalidad de los convencionales eran errazuristas, porque sólo el señor Errázuriz se había ocupado personalmente en buscar adhesiones en las provincias, en tanto que sus émulos imaginaban que iban a ser elegidos en fuerza del prestigio de sus nombres...

Errázuriz deseaba conservar hasta el fin las

apariencias y la víspera de la Convención hizo circular la orden de que no se votara por él en las primeras votaciones... No fué oído por sus amigos, demasiado entusiastas, y salió proclamado contra su voluntad y por aplastadora mayoría en el primer escrutinio.

La candidatura de Errázuriz fué entusiastamente apoyada por los conservadores, para quienes el recuerdo de su padre no podía ser grato... Bajo sus balcones desfiló hasta don Abdón Cifuentes, el Ministro de 1873, que no dejaba de manifestar sus dudas sobre la posible lealtad del candidato. Sin embargo, más tarde los hechos lo obligaron a cambiar de opinión.

—Este hombre, exclamaba con cómico despecho, se ha empeñado en sacar a su padre del purgatorio...

En 1900, los jefes de la coalición liberal conservadora, imperante bajo el Gobierno de Errázuriz, se reunieron para acordar las bases de una Convención presidencial. No era fácil el arreglo, porque dentro de los partidos de gobierno había un candidato que al parecer contaba con indiscutible mayoría. Era éste don Pedro Montt, el más ilustre de los consejeros del Presidente a que hacían séquito todo el partido nacional, cuyas tradiciones encarnaba, algunos liberales, y, a lo que se creía entonces, el grueso de los conservadores.

Pero el liberalismo coalicionista no se conforma con la idea de que la Presidencia de la República, vinculada por tantos años al partido liberal, pasara a un nacional, aun cuando en aquel entonces este último partido se hallaba incorporado bajo un directorio común al liberalismo de gobierno.

La discusión se trabó sobre sí en la convención que iba a celebrarse, tendrían o no cabida, los liberales de oposición. Lo primero no era por cierto lógico y constituía una novedad sin precedentes. No es lo corriente llamar a la oposición a decidir sobre el candidato del gobierno... Pero ello era preciso para evitar la proclamación de Montt y el problema quedó planteado en esa forma original.

Está de más decir que no hubo acuerdo y las negociaciones sobre convención quedaron por lo pronto postergadas.

Entre tanto en Valparaíso, ciudad en que

don Pedro Montt contaba con muchos amigos, a lo menos en la sociedad dirigente, se comenzó a organizarse un banquete en honor del presunto candidato de la coalición.

Celebróse el banquete, y a los postres, no sin sorpresa de muchos de los asistentes, el que presidía la manifestación, después de un conceptuoso discurso, proclamó candidato a la Presidencia de la República al festejado. El señor Montt pronunció en seguida un discurso programa, acaso el más conceptuoso y sólido de los documentos de este género que conozcamos en Chile.

Aquello fué la señal del conflicto en el seno de la coalición. El procedimiento estaba dentro de las tradiciones nacionales, pues don Manuel Montt había sido proclamado también en un almuerzo, pero el mundo había dado no pocas vueltas desde 1851...

Los liberales coalicionistas que no simpatizaban con la candidatura Montt, celebraron entonces un acuerdo con los partidos de la oposición. El candidato a la Presidencia sería elegido por una convención de nuevo género en Chile. Como primera novedad tendrían a ella acceso los hombres de todos los partidos, incluso los conservadores. En cuanto al sistema, se ideó uno que conciliaba el de las categorías, ensayado en 1875 y 1896, y el del voto popular. Sólo formarían parte de la convención los congresales y los ex-congresales, esto es todos cuantos habían sido favorecidos en cualquier tiempo por el voto popular.

La convención se reunió en Marzo de 1901 y fué una de las más curiosas y accidentadas asambleas de este género que hayan teni-



Don Javier Angel Figueroa

nido lugar en Chile. Todos los partidos, salvo el nacional, estaban representados, y es de anotar, como dato curioso, que los conservadores concurren con casi la tercera parte de los congresales y ex-congresales que tenían derecho a inscribirse en ella.

La lucha fué larga y porfiada..... El candidato de la mayor parte de los liberales coalicionistas era don Fernando Lazcano, hombre de más tendencias conservadoras que el propio candidato de la coalición, pero que contaba con el apoyo de un grueso núcleo balmacedista y con el grupo conservador.

Los aliancistas estaban divididos entre dos candidatos: don Augusto Matte, liberal, y don Claudio Vicuña, balmacedista. Las preferencias de los radicales se repartían entre ambos.

Vicuña obtuvo constantemente la primera mayoría, y don Fernando Lazcano la segunda. Pero los tercios de éste último eran con mucho los mejor disciplinados y pronto fué visible que, a no mediar un acuerdo, el señor Lazcano estaba en el caso de impedir la proclamación de cualquiera de sus émulos, porque la mayoría exigida era la del sesenta por ciento....

Muchos esperaban que retirada la candidatura de Vicuña, los balmacedistas inclinarían la balanza a favor de Lazcano... Pero la lucha de ambos candidatos había suscitado enoños y resistencias recíprocas y Vicuña, cuando hubo abandonado las esperanzas de ser elegido, optó por un nuevo candidato, que apenas figurara hasta entonces con muy pocos votos en los escrutinios,

don Germán Riesco, uno de los grandes personajes de la coalición, que en materia de ideas, representaba tendencias parecidas a las de Lazcano, pero que para Vicuña tenía la ventaja de no haberle opuesto una resistencia obstinada.

En 1906 se celebraron dos convenciones presidenciales. La una, llamada de la Unión Nacional, fué ad-hoc, y no tuvo otro objeto que solemnizar la proclamación de la candidatura de don Pedro Montt ya acordada previamente por los partidos que formaron parte de ella. La otra fué de coalición y proclamó candidato a don Fernando Lazcano. Como cinco años, antes, los conservadores estuvieron divididos entre ambas asambleas.

A la muerte de don Pedro Montt, en 1910, se reunió la única convención que recuerda nuestra historia en que hayan estado representados todos los partidos Liberales, con la única exclusión de los conservadores.

La base escogida fué la de categorías, pero reconociéndose a cada partido una cuota fija proporcional a su representación parlamentaria.

Tres tendencias dividían a la convención.

Don Juan Luis Sanfuentes era el candidato del grueso de los balmacedistas y contaba además con las simpatías de los demócratas, con un pequeño grupo radical y con algunos liberales.

Don Agustín Edwards tenía a su favor a la casi totalidad de los nacionales, a muchos radicales, a un grupo de liberales y a ciertos balmacedistas disidentes.

Los liberales no tenían un candidato determinado, pero casi todos los convencionales del partido estaban de acuerdo en que el candidato debería ser, ante todo, liberal y sin apellido.

El señor Edwards desplegó en la convención una táctica análoga a la del señor Lazcano en 1901. Sus tercios no se desbandaron en ningún momento, procurando así que ninguno de los otros candidatos llegara a obtener la mayoría del sesenta por ciento exigida por el reglamento.

Después de tres votaciones sucesivas, el cuarto escrutinio debía limitarse a los tres candidatos que hubieran obtenido las tres



Don Juan Luis Sanfuentes

más altas mayorías. El señor Edwards confiaba en que, descartado de la lucha el candidato liberal, la mayor parte de los convencionales de este partido se inclinaran a su candidatura de preferencia a la balmacedista.

Los radicales sirvieron en parte este propósito del señor Edwards, pues, aunque no pensaban en tener candidato, mantuvieron en las votaciones libres el nombre del señor Mac-Iver. Así, gracias a esta circunstancia y a la indisciplina de los liberales, el candidato de estos últimos quedó excluido al tercer escrutinio.

El resultado no fué sin embargo el previsto por los directores de la maniobra. Los liberales comprendieron de donde venía el golpe, y, lejos de favorecer las pretensiones del señor Edwards, acordaron dividir sus votos entre los señores Sanfuentes y Mac-Iver, imposibilitando así la proclamación de cualquier candidato.

Por algunos días se repitió con ligeras variantes el mismo juego, el cansancio iba apoderándose de los convencionales, y llegó a temerse el fracaso y la disolución de la asamblea.

Por fin se llegó a un acuerdo entre liberales y balmacedistas. Los primeros votarían por el señor Sanfuentes en una votación, y, si en ella no se obtenía algún resultado, los balmacedistas votarían a su vez por un candidato liberal.

Aquello podría traer como desenlace la proclamación del señor Sanfuentes en el próximo escrutinio. Si la mayoría de los liberales cumplía el compromiso contraído, el señor Sanfuentes iba a contar con casi todos los balmacedistas, con buena parte de los liberales, con los demócratas y con un fuerte grupo radical.

Los nacionales concentraron entonces sus esfuerzos a impedir la proclamación del señor Sanfuentes. A fin de quitar a éste sus elementos radicales, proclamaron la candidatura de don Enrique Mac-Iver. Los radicales, a su vez, consiguieron para esa candidatura el apoyo de los demócratas.

Aquel día fué de grandes peripecias. En el primer escrutinio, Sanfuentes, que contaba todavía con los demócratas, obtuvo casi



Don Eliodoro Yáñez

la mayoría requerida: sólo le faltaron quince votos. En el segundo escrutinio, la candidatura Mac-Iver, fortalecida ya con los demócratas, y con todo el partido radical, con los nacionales y muchos liberales, obtuvo al fin la mayoría.

Sólo faltaba hacer la proclamación... El propio señor Mac-Iver presidía la asamblea... Cuando supo el resultado mandó suspender el escrutinio, alegando que éste adolecía de errores e incorrecciones.

El ilustre político temió acaso que su proclamación, un tanto sorpresiva, ocasionara el desbande de los elementos liberales y un resurgimiento de la coalición.

Entonces se produjo un desenlace inesperado. Los jefes de los partidos se reunieron en comité, y, a indicación del propio señor Mac-Iver, acordaron la proclamación como candidato de don Ramón Barros Luco, distinguido personaje liberal, retirado desde muchos años atrás de la política y que no despertaba resistencias serías en ningún grupo.

Frescos están los recuerdos de las últimas convenciones presidenciales de 1915. La que proclamó al señor Sanfuentes fué de las llamadas ad-hoc, pues la candidatura del actual Presidente de la República, había ya sido acordada de antemano por los directores de los partidos nacional, conservador y balmacedista.

En cambio la convención de la alianza liberal estuvo fuertemente dividida contra sí misma y al borde de un fracaso total.

Dos tendencias se dibujaron en el seno de aquella asamblea. Por una parte estaban

los elementos moderados que deseaban evitar una lucha demasiado agria y abierta con los conservadores, y de la otra los aliancistas puros, enfundados más o menos al partido radical. Estos últimos eran seguramente los más fuertes.

La lucha fué reñida: los convencionales de la izquierda acusaban a sus émulos de aristócratas, oligarcas y coalicionistas... Era ésta por cierto la manifestación de un espíritu nuevo de protesta social y de lucha de castas.

Hubo un momento en que pareció inminente la proclamación de la candidatura de don Eliodoro Yáñez, que representaba la corriente radical. Los convencionales de la tendencia opuesta amenazaron entonces con retirarse de la asamblea...

Entonces se llegó a un acuerdo en la persona de don Javier Figueroa.

La historia de las convenciones que deben celebrarse en este mes y en el próximo no puede escribirse porque está por hacerse.

Escritas las líneas anteriores ha tenido un púdo y esperado desenlace la convención llamada de la Alianza Liberal o del señor Alessandri. Como los maliciosos lo habían sospechado y como el acontecimiento ha venido a probarlo, dicha convención debe ser clasificada entre las ad-hoc.

El señor Alessandri la había organizado y el señor señor Alessandri ha sido proclamado por ella candidato a la Presidencia de la República.

Hubo, es cierto, como en 1896, quienes tuvieron el candor de creer otra cosa. El señor Alessandri que fué uno de los lugartenientes del señor Errázuriz en aquel tiempo

ya remoto, había aprendido en buena escuela las maniobras de su hábil maestro. Para los iniciados la trama de la comedia era demasiado conocida y pudo parecer burda. Pero el objeto se consiguió y hé allí lo que importa.

La historia no se repite nunca exactamente. En 1896 la jornada pudo llamarse la de los chasqueados; en 1920, la del chasqueado, porque sólo tuvimos uno.

Se trata de un caballero que goza en el país de bien fundada reputación, de talento y astucia. Así muchos no comprenden cómo haya podido caer en el garlito. Para los espíritus superficiales la fama de la víctima como lagarto y hombre de fino olfato ha desmerecido no poco.

¡Error psicológico! Cuando se trata de la banda presidencial al mejor cazador se le va la liebre. Lo mismo ocurre en la bolsa. ¿No se da allí el caso de diestros financistas que cada tres o cuatro años realizan una excursión triunfal por los campos de la especulación y se retiran después a cuarteles de invierno, llevando siempre, como ópimos despojos, pedazos de muchos incautos? Sin embargo, a tales financistas nunca les falta nuevos zorzales, y suelen coger también en sus redes a personas dignas de ser clasificada en otro género de volátiles menos desacreditados.

La causa de esos candores inverosímiles es la misma ya se trate de la bolsa o de la política: la sed de honores y la avidez por el dinero, son dos formas de una misma pasión que ciega a los que se dejan arrastrar por ella y que se llama la ambición.

A. E.



Don Arturo Alessandri



¿ES O NO POSIBLE EXPRESARSE SOBRE AMOR?

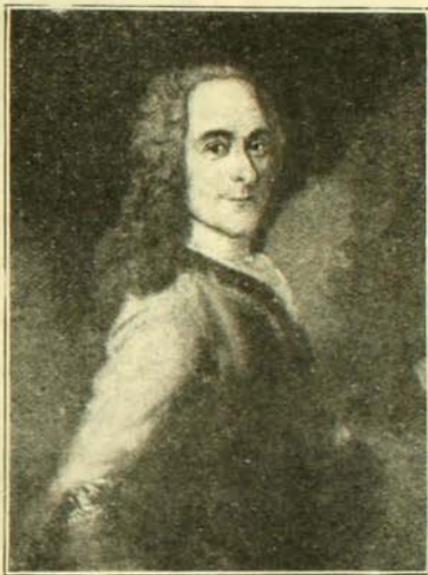
Por Eugenio Labarca

Lo que sobre amor han escrito y pensado numerosos literatos.—Enamora-
dos del amor.—Amantes históricos.—Cupidos yankees.— Luis
XV y un dístico grabado en su mesa de juego.

II

Andan por ahí unos versos que entre risa y veras proclaman que "el amor es una cosa que se siente y no se explica". ¡Y vaya que tienen razón! Es singular, sin embargo, que baste sentire, no digo enamorado, sino amagado solamente de amor, para que cualquier mortal, el más andaz como el más tímido, se lance a procurar explicarse su fenómeno o su caso y dé en escribir páginas vibrantes que son más o menos la inistroinspección, espiritual o el pretendido análisis de su estado exaltado o delirante.

"Es una cosa que se siente y no se explica", pero que se escapa por su propia cuenta... Eso no puede ser negado. Y justo es entonces que entre las gentes de letras, habituadas a escribir como están por "quitame allá esas pajas", se hable sobre amor con preferencia, con abundancia y hasta con éxito sonado. Y, francamente, ¿quién ignora que toda obra bella, aunque no lo revele, responde en verdad al soplo afortunado o fa-



Voltaire.

tal del diosencillo caprichoso?

Enumerar los casos en que el amor ha sido poderoso motor reconocido como tal, sería extenso, extensísimo, y no habría derecho a exceptuar tanto divino caso que seguramente ignoramos. Supongamos más bien, que en forma tácita interviene Cupido casi siempre, y veamos, mejor, al correr de nuestras lecturas diarias, cómo se han expresado sobre amor algunos personajes literarios. No, por supuesto, en textos sobre "la cansada cuestión", ni en detenidos

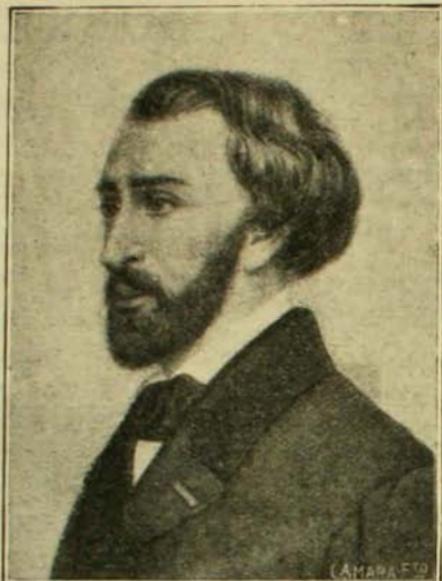
estudios, sino en frases lanzadas al pasar, como el que no quiere la cosa, y que tienen sobre aquellos discursos el valor de la espontaneidad indudable.

Desde luego, ¿cómo no encontrar razonable a Hesiodo cuando, interrogado por las musas, responde: "el amor es el más poderoso de los dioses"; a Shakespeare, cuando lo proclama "muy niño y que nada sabe de la conciencia"; y a Cervantes, conven-

iedo de que "son menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas?"

Realmente, está bien que ellos, sometidos como vivieron al amor, se expresen así; pero llama la atención que Voltaire, más tarde,—Voltaire, que al decir de Saint Beuve no era capaz de amar y sí de ser buen amigo,—haya compuesto esta sentencia a propósito del tiempo: "todo lo consume: sólo el amor lo emplea". ¿Lo sintió así, acaso, cuando a la vejez, haciendo el saldo de su vida un tanto estéril, la estimó incompleta? ¿O cuando leyó aquella frase de su admirada amiga Julie de Lespinasse, en uno de cuyos alaridos de pasión en honor del Marqués de Mora gritaba: "El amor, el amor, me es más necesario que el aire, puesto que no necesito vivir y en cambio me es indispensable amar?"... Simpática mujer: no es raro que hasta Voltaire se haya turbado ante sus frases.

Otra mujer, y de nuestros días, ha dicho más o menos lo mismo en otras palabras elocuentes: "Yo no entiendo el amor como



Alfredo de Musset, de quien dice uno de sus biógrafos, Charles Maurras, "que el amor le servía para gozar de sí mismo, como a Narciso la onda".



Julie de Lespinasse.

una necesidad carnal o como un vicio, sino como una religión", "como la religión única". Es Rachilde, la célebre novelista francesa, quien habla así. Y una americana, la extraña Delmira Agustini, cuya vida fué un poema tronchado que amargó a todo Monte video, y que hablaba de ella misma llamándose "fiera de amor, yo sufro hambre de corazones", y que decía por ahí por los cafés de la bohemia, en actitudes hieráticas, "amor es todo el Bien y todo el Mal", dejó en el volumen "Cálices Vacíos" esta estrofa que parece encadenar gritos ahogados:

"Amor es milagroso, invencible y eterno;
la vida formidable florece entre sus labios...
Rafz nacida en la entraña del Cielo y del
Averno,
viene a dar a la tierra el fuerte fruto eterno
cuyo sangriento zumo se bebe a cuatro la-
bios".

Es corriente, por lo demás, que las muje-

res-poetas den al amor sus mejores voces. Hasta entre nosotros, Gabriela Mistral, por ejemplo, lo ha hecho. Conocidos son algunos versos suyos estremecidos. Y prosa estremecida también. En una carta suya a un hombre joven, carta que ella quizás no recuerde haber escrito y que revela el nervio de la frase más que pensada, escapada a pesar nuestro, hay este consejo, como suyo, admirable de fondo y de forma: "Guarde los jugos de su corazón para uno o dos grandes amores que le beban la vida. No se desmenuce en aventuras: cuando se dé, dése



Amado Nervo.

¡Y cuánta razón tiene la Mistral! Mire Ud. que un deporte actual consiste en deformar el sentimiento: si así no fuera, no nos encantaría el nuevo tipo de cupido yankee, en que amor nos mira de reojo, o nos hace



Alfonso de Lamartine.

bien. Como cuando se viaja en tren, mirando cien paisajes, no se queda la gloria de ninguno de ellos estampada en las retinas, cuando la vida se pierde en amorfos breves e insípidos, se ha de llegar a la vejez sin llevar un gran recuerdo—tan deleitoso, — que la llene, y la entibie, y la libre del hambre espiritual. Un grande amor es una cumbre ardida de sol; las esencias más intensas y temibles de la vida se beben en él. El que quiso así, "no pasó en vano por los caminos de los hombres".



Rodó,



Ricardo León.

una morisqueta como que en saca la lengua mofándose. El chiquillo pícaro se sabe regaloneado, allá no haga de esas trastadas que no admitirían perdón si no provinieran de él. El hecho es que es aceptado como llegue... Y hay quienes piensan que mientras más veces venga, mejor. La Marquesa Rosalinda, esa enamorada del amor que de modo tan primoroso nos pinta Benavente en su comedia "Amor de Amar", es un tipo que entre hombres y mujeres, hombres y mujeres de letras, especialmente, constituye legión. Recuerdo que Zamacois, por ejemplo, escribió casi sin vacilar, casi sin pensarla, esta frase a alguien que solicitó un autógrafo del autor de "Tick-Nay": "En achaques de amor, la ingratitud es santa: ¡qué sería, en efecto, de nosotros, si todos los caprichos que hemos inspirado hubiesen sido eternos!" Y Guy de Chantepleure, seudónimo popularizado por Mme. Dussap, ha llegado a decir,—no sin cierta razón, acaso,—procurando excusar la facilidad que hay entre ciertas gentes para enamorarse, que "el verdadero amor consiste en hallar la

gracia a los defectos del ser amado". Quién sabe. Pocos serán en pensar así; pero ella ha de saber bien por qué lo dice; en cuanto a nosotros, sería necesario que conociéramos a Mr. Dussap....

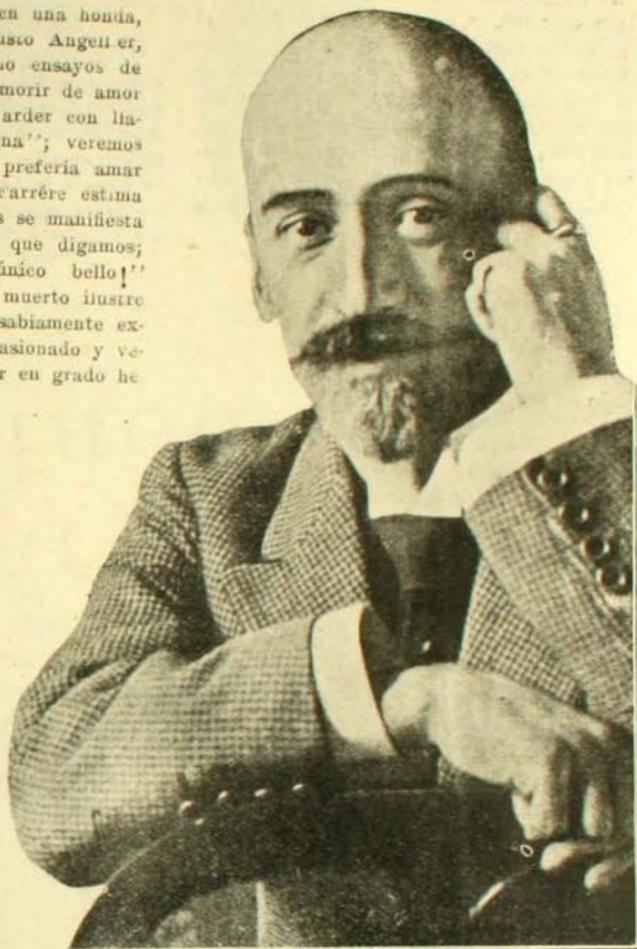
Y si miramos hacia atrás e interrogamos a los grandes amorosos-literatos de la historia, encontraremos que Alfredo de Musset, por ejemplo, el llamado "poète de l'amour", engarzó en sus composiciones frases como éstas: "El amor, ese cisne pasajero...."; "aimer n'importe quoi, c'est un peu de folie". No es raro, entonces, que uno de sus biógrafos, el hoy popularísimo Charles Maurras, en el libro admirable en que analiza el caso de "les amants de Venise", diga que el amor servía a Musset "para gozar de sí mismo, como a Narciso la onda". Y es curioso, a su vez, lo que agrega de George Sand, clasificándola entre las impropias para el amor por exceso de sensibilidad: "Por hablar amorosamente de infinidad de cosas humanas, Mme. Sand descuidaba hablar del amor". Y, por último, Charles Maurras, en su análisis de esas dos piras humanas, habla por su cuenta y sentencia así: "El amor huye de quienes lo buscan: colma y corona a los que de él se olvidan". Refuerza este autor su juicio con palabras que cita de Georges Valois, quien, con referencia a lo que él llama "la miseria del amor", habla así: "Para amar bien no es preciso amar el amor. No hay que buscarlo. Mejor es sentir por él algún odio. Si se quiere guardar todo la dulzura de su encanto y la fuerza de sus virtudes, el amor debe imponerse como un enemigo que reduce no como un halagüeño a quien se le llama. Mal sagrado no deseado sino sufrido".

Felipa Trigo, que, según algunos, supo mucho de amor, y que, según otros, no supo nada, expuso en cierta ocasión haber comprendido de diversos estudios a través de varios autores, lo que sigue. "Tolstoy niega el amor; Ibsen lo intelectualiza; Mirbeau lo desprecia; Lamartine—y por él ahora los neo-románticos—lo sueñan intangible y vestido de alma. D'Annunzio lo rebaja al rango de un vasallaje a su Alteza el Genio."

Y si como el autor de "La Altísima", damos también en ramillete el juicio de otros varios hombres de letras, veremos que para Rodó "un grande amor es el alma

misma de quien ama, puesta en una honda, original armonía"; para Augusto Angelier, "los primeros amores son sólo ensayos de amor"; para Ricardo León, "morir de amor es, como decían los místicos, arder con llama que consume y no da pena"; veremos que Amado Nervo, el poeta, prefería amar a ser amado, y que Claude Farrère estima que "los gestos por los cuales se manifiesta el amor no son muy bonitos que digamos; pero el amor es quizás lo único bello!" Escucharíamos, además, a un muerto ilustre que fué hombre serio y que sabiamente expuso: "el amor encendido, apasionado y vehemente a la criatura, el amor en grado heroico, aún cuando vaya errando en su objeto, no puede albergarse en espíritus mezquinos y vulgares, sino en almas nacidas para la contemplación y el fervor místico". Tal es la opinión de don Marcelino Menéndez Pelayo, muy respetable, por cierto, lo que no impide que sea verdad esta afirmación lanzada en nuestro medio: "El amor nos perfecciona". Lo expuso así en su conferencia sobre "el sentimiento afectivo a través de las edades", don Nicolás Novoa Valdés, quien desarrolló ante las señoras del Club ese juicio, en forma somera y acertadísima: "El que ama no puede ser malo,—dijo. Nadie puede pensar que Romeo fuera capaz de una felonía. En cambio, no se podría imaginar que el avaro de Shakespeare hubiera albergado en su alma una inspiración pura de amor".

Así es. Cada cual de nosotros arrastra algo que no sabemos a ciencia cierta qué es y qué equivale a una tradición entrañable que nos lleva a excusar los errores y las faltas a que suelen conducir las exaltaciones afectivas, y a agradecer las circunstancias probatorias de que el amor es palanca



Jacinto Benavente, en su admirable comedia "Amor de Amar", nos pinta un tipo amoroso que, entre hombres y mujeres,—hombres y mujeres de letras, especialmente,—hace legión.

de todo gran impulso. De impulsos artísticos, en especial, y literarios más que nada. Es inútil que en este sentido haya escrito Marcel Prévost: "Los poetas y los novelistas dicen sobre el amor cosas que no están ni por encima ni por bajo la realidad. Dicen cosas aproximadas, que no tienen sino una realidad literaria. El amor verdadero no puede ser relatado". Tiene razón y no la tiene. No hay, sí, para qué argumentar-

le: ya sabemos que "el amor es una cosa que se siente y no se explica", pero que se escapa por su propia cuenta y que nos somete, y que nos subyuga y que nos obliga a darle forma escrita o hablada. Creo que por mucho que nos resistiéramos, si fuéramos reyes, haríamos grabar en nuestra mesa de juego, convencidos y humildes, el distico que en letras de oro hizo incrustar Luis XV en la suya:

"Yo de todos el señor,
•eselavo soy del amor".

Y creo que a falta de **sentencia, reyes** o simples mortales, sentiremos en lo íntimo de nosotros mismos, en cualquier momento, la sensación clara de que comenzamos a vivir espiritualmente de rodillas... Es que nos ha llegado la hora y aunque no sepamos cómo expresarla en palabras, no podrá cabernos la menor duda: amamos.



Gabriela Mistral.



Julio Killian, Ch. (200 y 400 metros vallas).
Entrenador del equipo chileno

Hernán Orrego, Ch.
Saltos...

Adolfo Reccius, Ch.
(Saltos y vallas).

Enrique Calderón, Ch.
(5,000 y 10,000 metros)

Los juegos ——— ——— Olímpicos

Por José Risopatrón Lira

SU ORIGEN.—DE LA MITOLOGIA A LA HISTORIA.—OLIMPIA.—LAS OLIMPIADAS CLASICAS.—LAS OLIMPIADAS MODERNAS.—LOS JUEGOS OLIMPICOS SUDAMERICANOS.—LOS RECORDS MUNDIALES.
LOS ATLETAS CHILENOS.

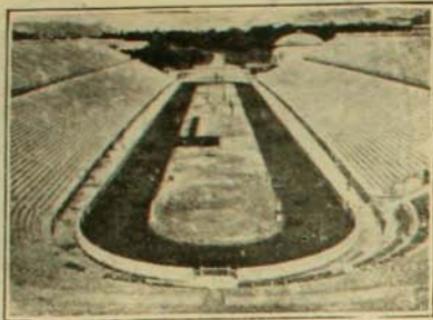
Entre todos los pueblos de la tierra, y comprendiendo todas las edades, ninguno como la antigua Grecia ha llegado jamás a dar tan alto culto al desarrollo físico, haciendo un sagrado rito del esfuerzo muscular, enlazando en una misma aureola de grandeza la fuerza, las artes y las ciencias, como si sólo uniéndolas pudiera seguir el sendero de la civilización. Por eso del pueblo griego salieron los modelos más perfectos de las más perfectas estatuas que inmortalizaron los nombres de Fidias y Praxiteles y en las glorias de sus atletas se inspiraron las divinas musas de Píndaro y Eurípides.

Remontan los griegos sus tradiciones de esfuerzo muscular hasta las tenebrosas edades del mito, donde aparecen endiosadas las figuras de Hércules, Teseo, Cástor y Pólux, a los que consideraron como los salvadores

de Grecia porque ellos libraron a su patria de grandes males y de peligros gigantescos.

Si las hazañas de los hijos de Júpiter sólo resisten a la investigación histórica que las respeta dentro de los límites de la verosimilitud, pronto aparecen hechos comprobados que indican el origen, los primeros pasos del cultivo metódico y, a su manera, científico que los griegos hicieron de sus juventudes privilegiadas.

Desde tiempo inmemorial se celebraron en Grecia los llamados juegos píticos, nemeos, istmíeos y olímpicos. Pero los que primero revistieron el carácter de amplia competencia, fueron los organizados por el rey de Pisa, Oenomaos, quien, orgulloso de su fuerza extraordinaria y de poseer los corceles más diestros en el tiro de sus carros, envió heraldos a todos los países conocidos, ofrecien-



Estadio Panatenco reconstruido.

de la mano de su hija Hippodamia al hombre que lograra vencerlo en diversas pruebas de esfuerzo y destreza. Muchos fueron los audaces que entraron a la lid en competencia con el invicto Oenomaos hasta que el cretense Pelopo, convencido de que, como todos, sería humillado, recurrió a una innoble estratagema, sobornando al conductor del carro de su adversario y conquistando así el tan ambicionado trofeo.

Pasaron muchos aos, hasta que Oxy-las, rey de Etolia, restableció las competencias atléticas en unos grandes juegos a que fueron convocados todos los atletas de Grecia y que debían ee-

lebrarse en la llanura de Olimpia, en el Peloponeso, vasto y hermoso campo situado a orillas del Alfeo y al pie del monte Altis, palabra que Píndaro usaba para designar el "bosque sagrado de Dios".

En esta llanura, consagrada por toda Grecia como hogar divino, se construyó pronto una ciudad original, sin habitantes permanentes, y compuesta de tres secciones: el Altis, recinto rodeado de muros, donde estaban edificadas los templos y en cuyos prados silvestres se levantaban diseminadas, sin orden, las estatuas de los dioses y de los olim-



Campeón de lucha



El discóbolo, según una estatua griega



Heracleo tirando el arco

piónikes, que eran los vencedores de las olimpiadas; el Estadio, grandioso recinto de 211 metros de largo por 32 de ancho, con cuatro declives, uno de ellos tallado en la roca viva de la pendiente del monte Cronión. Este recinto en sus graderías tenía capacidad para 40,000 personas; y por último, el Agora, residencia destinada a la multitud que acudía de todos los confines del Peloponeso.

Esta ciudad sagrada, destinada para el culto del esfuerzo y de los Dioses, prueba que la antigua Grecia daba a la cultura física un lugar preferente e inherente en sus cultos.

El año 776 antes de Jesucristo, visitó pomposamente la ciudad de Olimpia, ya formada, Héacleo, llamado el Hércules de Grecia, y abrió un concurso entre sus cinco hermanos, formalizando con él la primera justa que llevó el nombre de Olimpiada. De aquí en adelante, siguiéronse una tras otra, cada cuatro

años, estas fiestas grandiosas, cuya solemnidad fué tal, que servía a los griegos para marcar los períodos históricos, como los años lo hicieron después.

A las primeras olimpiadas se convocó solamente a los habitantes del Peloponeso, después a los de toda la Grecia, y por último, a los del Universo entero, cuya parte conocida era, por cierto, bien escasa en esa época.

Al principio estos torneos sólo consistían en carreras a pie; pronto abarcaron las carreras de carros, el salto, el pugilato y el lanzamiento del disco; y, por último, se agregaron a ellos los certámenes de poesía, música, ciencias y letras.

En la época primitiva, se daban a los ven-



Don Alfredo Betteley. Vice-presidente de la Asociación de Deportes Atlético de Chile

cedores premios en dinero, lo que pronto se cambió por la sencilla corona de olivo sagrado, que fué para los griegos la mayor recompensa a que podía aspirar un hombre. El que había sido honrado con este premio, quedaba para siempre rodeado del respeto y las consideraciones de todos sus compatriotas, y era tal la emoción que experimentaban los que recibían la coronación olímpica, que se conocen casos de atletas que al recibirla cayeron muertos de impresión, a pesar de ser hombres dotados de poderosa constitución física.

Pero el caso más patético entre todos los conocidos, es el de Diágoras de Rhodas. Siem-



Barón Pierre de Coubertin.

do muy joven, recibió la olímpica corona y en la plenitud de la vida vino nuevamente a presenciar los juegos de una olimpiada, en que sus dos hijos, vencedores en ella, fueron también coronados. El pueblo, delirante de entusiasmo, pasó en hombros al padre y a los hijos y, mientras las flores llovían a su paso y las mujeres entonaban himnos en su honor, una voz gritó, entre la multitud: "¡Diágoras! ¿qué haces que no mueres? Ya puedes irte al Olimpo. ¡Has vivido bastante!" La emoción ahogó de tal manera al viejo atleta que cayó inerte sobre los hombros de los que lo conducían. Sus dos hijos transportaron el cadáver hasta la puerta del Estadio, donde se le dió gloriosa sepultura.

El recinto sagrado de Olimpia contenía numerosos templos, entre los que sobresalía por su suntuosa magnificencia, el consagrado a Júpiter y en el que se alzaba una estatua del dios, obra de Fidias, cincelada en oro y marfil. Representaba al rey de los Dioses sentado en su trono y coronado de ramas de olivo, teniendo en su mano derecha una Victoria y en su izquierda un cetro rematado por un águila. El dios, sentado, tenía 9.25 de altura. Hermosos plátanos, que hoy se han ex-



Don Felipe Casas Espinola, el primer impulsor del atletismo en Chile.



Don Otto Johannsen, secretario de la Asociación de Deportes Atléticos de Chile.

tinguido en toda esa región, rodeaban los monumentos, altares y templos y a su sombra acampaban los atletas cuando acudían al llamado de los pregoneros. La multitud formaba pintorescas tolderías en el Agora. Fuera del Altis había una serie de edificios de diversas formas, que servían a los atletas para sus entrenamientos, a los magistrados y a los sacerdotes. Durante las olimpiadas reinaba en Grecia un período que se llamaba "tréguera sagrada", durante el cual se suspendían todas las querellas y rencores y aun los más encarnizados enemigos se reunían bajo los mismos techos.

Cuando las creencias paganas declinaron



Don Raul Slater. Pro-secretario de la A. D. A. de Chile y corredor en 200 metros planos del equipo chileno.

para ceder su paso al cristianismo, Olimpia pasó a ser un simple pasaje de turismo y fué Adriano el último emperador que llevó ofrendas valiosas a incrementar las que ya se habían acumulado. El año 393 de la Era Cristiana, se celebró la última olimpiada y Teodosio I prohibió su continuación. El año 426, Teodorico I ordenó el incendio y la destrucción de los templos paganos y a fines del siglo V, el primer templo cristiano se alzó sobre las piedras que immortalizara el cincel de Fidias. En el siglo VI, el río Kladeos experimentó una crecida extraordinaria y sus aguas, convertidas en lodo con los derrumbamientos del monte Kronos, tendieron un piadoso manto sobre la ciudad sagrada, aguar-



Jefes de la Delegación Uruguaya, señores Alfredo Clivio, presidente; Alfredo de Munno, secretario y Juan A. Astengo, delegado.

dando la obra de los arqueólogos contemporáneos y de los filántropos adoradores del arte clásico que a principios del siglo XIX debían rescatar, para gloria de la posteridad y honra de las civilizaciones primitivas, aquel santuario maravilloso de las artes.

A insinuación del sabio benedictino francés Montfaucon, el obispo de Corfú pidió la ayuda de Francia para rescatar del olvido las reliquias del pasado glorioso de la Grecia y el General Maison fué comisionado para llevar una legión de sabios arqueólogos, arquitectos e ingenieros, que pronto pudieron reconstruir un plano de la antigua ciudad.

Medio siglo después, los prusianos dieron un nuevo impulso a la obra reivindicadora



Delegados señores Juan A. Campos (1,500 y 400 metros planos), Héctor Berrutti (Garrocha); Ricardo Filloy (Saltos); Emecio R. Diez (10 y 400 metros vallas); David Estevez Martín (200 metros planos, disco y martillo).

En 1875, el Reichstag aprobó los créditos necesarios para hacer las excavaciones y el Emperador Guillermo I y su hijo Federico III, entusiasmados por la constante campaña del sabio historiador Curtius, fueron el alma de esa obra gigantesca. En ella se distinguieron los arquitectos Boetticher, Dorpfeld, Bohn, Bowmann y Groef y los arqueólogos Tren, Hirschfeld, Furtwangler y Purgold y después de invertir en los trabajos 1.000.000 de marcos, consiguieron dejar limpio de escombros todo el sitio ocupado por Olimpia.

En cuanto a los juegos olímpicos, tal como se los practicó en la antigüedad, la tradición y la historia están acordes en que servían de base a todas las instituciones civiles y religiosas de la Grecia.

Su gran auge comenzó en tiempo de Ifitos, el famoso campeón del disco, probablemente el que sirvió de modelo a la hermosa estatua del Discóbolo.

Habíase declarado en Grecia la guerra ci-

vil y una terrible peste assolaba sus mejores comarcas. Ifitos fué a consultar a la pitonisa de Delfos sobre el modo de conjurar tan grandes males y la sacerdotisa le respondió que el restablecimiento de los juegos sería la salud y la paz de la patria. Ifitos trabajó infatigablemente por restablecer los antiguos ejercicios de la palestra y predicando con el ejemplo, sobresalió en diferentes juegos.

Desde esta época las olimpiadas se efectuaban cada cuatro años y los griegos hicieron por ellas su cómputo del tiempo.

Los juegos se celebraban en presencia de un número de jueces que alcanzó hasta doce y que tenían el nombre de Hellanodices. Su fallo era inapelable y el único recurso que quedaba a los descontentos era apelar al oráculo de Delfos, que siempre les daba la razón a los jueces.

La época del año en que se celebraban los juegos era el solsticio de verano y duraban cinco días.



Delegados señores Isabelino Gindin (200 y 400 metros); José Soto (800 y 1,500 metros); José Amejeiras (Garrocha); Andrés Mazzalli (200 y 400 metros vallas); Primo Gianotti (Entrenador); Eduardo Flores (800 metros).



Harold Rosenquist, Ch. (Vallas y lanzamiento). Recordman Sudamericano en 2 pruebas.

Cuando se aproximaba la época de su celebración, unos heraldos recorrían toda la Grecia, convocando a los atletas y anunciando la tregua sagrada, que duraba un mes, y en cuyo plazo se suspendían todas las operaciones militares.

Durante las fiestas, las mujeres no podían asistir, ni siquiera cruzar el río Alfeo, siendo penada con la muerte la que faltase a esta ley. Sólo tenían acceso a un recinto especial las sacerdotisas de Ceres. La mujer que era sorprendida violando esta disposición era arrojada desde lo alto de la roca Tapes.

Sin embargo, a las carreras del Hipódromo podían asistir las mujeres y Bolística ganó el premio en una carrera de caballos en la Olimpiada XXVIII.

Para formarse una idea del alto concepto que los griegos tenían de sus deberes de atletas, éstos, antes de presentarse a la palestra, juraban ante el altar de Júpiter Hormus, que se habían entrenado esmeradamente durante diez meses y que en las lides lucharían siempre honrada y lealmente. Por eso se esmeraban casi tanto como por sobresalir en los ejercicios en que su actuación no diera el menor motivo de crítica o censura.

Los juegos consistían en ejercicios de fuerza y destreza y su número llegó hasta veintidós variedades.

Los juegos clásicos fueron instituidos, según Pausanias, en el siguiente orden:

Carrera a pie (185.20 metros) en la Olimpiada I.

Carrera a pie (1.374 metros) en la Olimpiada XIV.

Pugilato (pelea muy parecida al box moderno) en la Olimpiada XXIII.

Carreras de carros (2 caballos) en la Olimpiada XXV.

Panercia (idéntico a la actual lucha libre) en la Olimpiada XXVIII.

Carrera de caballos de silla, en la Olimpiada XXVIII.

Los niños, desde 12 a 16 años, fueron admitidos en la carrera y en la lucha, en la Olimpiada XXXVII y en el pugilato en la XLI.

Se calcula que el tiempo empleado en los 185.20 metros de la carrera era de unos 30 segundos.

La primera prueba de aliento en carreras fué un desafío entre Leonidas de Rhodas, a



Arturo Medina, Ch. (Lanzamientos). Recordman sudamericano del lanzamiento del dardo.



Marcelo Uranga, Ch. (Carreras pinnas). Recordman sudamericano en los 100 metros.



Oscar Guajardo, Ch. (400 y 1.500 metros). Recordman sudamericano de los 1.500 metros.



Juan Jorquera, Ch. (Maratón y carreras de largo aliento). Recordman mundial de la Maratón y sudamericano de 5.000 y 10.000 metros.



Armando Cámos, Ch. (400 y 800 metros). Recordman sudamericano de los 400 metros.



Evaldo Momborg, Ch.
(Lanzamientos y saltos). Recordman sudamericano de lanzamiento del martillo.

la edad de 32 años, y un joven de 18, carrera que duró 30 minutos y de la que desgraciadamente la historia no nos dice la distancia recorrida, eso sí, advierte que se hizo desplegando en todo el recorrido una gran velocidad.

Los griegos daban un lugar predilecto en sus juegos al pugilato, que era casi exactamente lo que el box moderno. Los atletas combatían a puño cerrado con una especie de guante que llamaban "cesto" y que consistía en unas vendas de cuero que se ligaban a la mano, llegando algunas veces hasta el codo, produciendo un aspecto parecido al de los actuales guantes de boxeo.

En el salto con impulso, que se hacía al compás de una flauta, se distinguieron los griegos; pero parece que algunos autores exageran al decir que hubo algunos que saltaron 50 pies olímpicos (15.34 metros).

El último día de las fiestas, o sea el quinto, se coronaba a los atletas vencedores, celebrándose la ceremonia en el Altis. Los atletas coronados con el olivo sagrado, ofrecían sacrificios en el templo de Júpiter, sus nombres eran inscritos en los registros públicos y se les daba un festín en el Pritaneo.

Era tal la veneración por los vencedores, que en sus ciudades se les erigían estatuas de mármol o bronce y a su regreso entraban en carros regimiento adornados, a los que, para abrirles paso, se derrumbaban trozos de los muros que cercaban la ciudad. Eran mantenidos por el Estado y quedaban libres de impuestos y en caso de guerra, tenían el derecho de combatir al lado de su rey.

En la época contemporánea, renació la idea de celebrar Olimpiadas el año 1889, a iniciativa del Barón Pierre de Coubertin. Después de una campaña tenaz se consiguió reunir un Congreso Internacional de Sport, que se inauguró el 16 de Junio de 1894, en la Sorbona de París, y en él se acordó verificar la primera Olimpiada el año 1896, en la ciudad de Atenas.

Un poderoso comerciante griego, de Alejandría, ofreció costear los gastos que demandara la reconstrucción del Estadio de Atenas, suma que ascendió a unos 3.000.000 de francos, y así, después de dormir 17 siglos bajo el manto del olvido, renació el



Humberto Ramírez, Ch.
(100 y 200 metros)



Héctor Benapres, Ch.
(Lanzamiento y saltos). Recordman sudamericano de lanzamiento del Disco.



Ricardo Müller, Ch.
(Saltos, vueltas, y carreras de velocidad).



Pedro Pérez, Ch. 18 años. (10.000 metros).



Alberto Asenjo, Ch.
(Vallas).



Oswaldo Kolbach. Ch.
(Lanzamientos)



Manuel Moraga. Cn.
(800, 1,500 y 5,000 me-
tros)



Manuel Bustamante. Ch.
(400 metros vallas)

grandioso monumento que recuerda la pujanza de los antiguos helenos.

El Estadio de Atenas tiene capacidad para 60.000 espectadores y abarca una extensión de 204 metros de largo por 33 de ancho.

En él tuvieron lugar los imponentes campeonatos que con el nombre de Primera Olimpiada hicieron memorable el año 1896 en los anales del atletismo universal.

Los juegos fueron presididos por el rey Jorge I de Grecia y aunque la concurrencia de atletas no fué la que correspondía al interés desplegado por los organizadores, llegó a constituir un núcleo respetable.

Un sportsman francés, Mr. Breal, instituyó un premio especial para que se disputara en una carrera Marathon, agregada a esa Olimpiada y cuyo triunfo correspondió a un griego, Louís, que supo mantener la famosa tradición de su antigua raza en la prueba más dura del campeonato.

Para la celebración de la segunda Olimpiada, se suscitó una larga discusión entre los partidarios de que las olimpiadas sucesivas se verificaran en distintas capitales del mundo civilizado y los que, encabezados por el helenófilo Mr. Bikelas, sostenían que debían seguir celebrándose en Atenas.

Triunfaron los partidarios de las olimpiadas circulantes y fué designado París para sede de la próxima, que debía tener lugar el año 1900. Se aprovechó la Exposición Universal de ese año para reunir en un solo programa de fiestas ambos acontecimientos.

El Comité Olímpico dividió el campeonato en tres secciones: la primera comprendía los antiguos juegos clásicos de Grecia, Roma, Egipto y de la India; la segunda las justas de la Edad Media, y la tercera los torneos gímnicos modernos en que debían competir la gimnasia alemana contra la sueca y en que se incluían los diversos sports modernos, como el foot-ball, el tennis y otros.

Los diversos juegos de la Olimpiada fueron distribuidos, con poco tino y errado criterio, entre los muchos números de fiestas de la Exposición, en fechas distantes unas de otras, lo que les quitó casi todo su interés de conjunto.

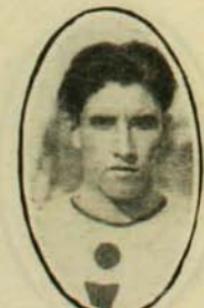
Borrada la desagradable impresión que dejó en los verdaderos amantes del atletismo, este fracaso de la Olimpiada de París, se comenzó a preparar con gran entusiasmo la



Francisco Japke. Ch.
(Saltos)



Carlos Osindacz. Ch.
(Saltos)



Carlos Escobar. Ch.
(800 metros)



Ernesto Goycolea. Ch.
(Garrocha)

Tercera Olimpiada Universal, que se había de celebrar en San Luis, dejando a un lado a Chicago, que había sido elegido primeramente como sede. Nuevamente se aprovechó la oportunidad de celebrarse allí una Exposición Universal y, como es de suponer, nuevamente también los campeonatos atléticos perdieron por esta causa gran parte de su lucimiento.

Este torneo se verificó en 1904 y en él se alcanzaron algunos records mundiales, que aún no han sido superados hasta hoy, como el de los 200 metros planos, que el americano Hahn recorrió en 21 3/5 segundos, y el del salto largo sin impulso en que Ray Ewry, también americano, alcanzó 3.52 metros.

La Cuarta Olimpiada tuvo lugar en Londres el año 1908 y su nota más impresionante la dió el atleta italiano Dorando, compitiendo en la carrera Marathon, a cuyo final y cuando iba ganando la victoria, sufrió tal extenuación y agotamiento, que cayó tres veces al suelo. Ayudado por dos sportsmen pudo alcanzar la meta, siendo, naturalmente, descalificado y pasando a ocupar el primer lugar el americano Jhon Hayes. Fué un espectáculo de intensa emoción ver cómo llovían las flores sobre el camino que Hayes recorría coronando su casual triunfo, mientras en sentido contrario, cruzaba el carro de ambulancia en que era llevado al hospital su valiente y esforzado adversario.

Si bien es cierto que en los antiguos juegos olímpicos de la época clásica no figuraba la carrera Marathon en los programas y por esta razón hay muchos que tratan de eliminarla de las olimpiadas modernas, también es cierto que esta prueba recuerda una hazaña prodigiosa del humano esfuerzo y puede dársele cabida lógica en los campeonatos que recuerdan e imitan los concursos atléticos de los helenos.

La Quinta Olimpiada se verificó en Estocolmo el año 1912 y superó en grandiosidad y en la concurrencia de atletas a todas las anteriores.

Más de cuatro mil fueron los atletas inscritos y ellos representaban a 26 naciones, en la forma siguiente:

Australia, 32; Austria, 259; Alemania, 228; Bélgica, 49; Canadá, 43; Chile, 14; Dinamarca, 781; Estados Unidos, 245; Francia, 254; Finlandia, 190; Gran Bretaña, 336, Gre-



Leopoldo Palma, ch.
(Vallas). Entrenador
del equipo chileno



Gustavo Kruger. Ch.
(Saltos)



Hipólito Claverie. Ch.
(400 metros y vallas)



Gavino Reginato. Ch.
(Carreras)



Francisco Barrox. Ch.
(400 metros)



Manuel Plaza. Ch.
5,000 y 10,000 me-
tros.



Osvaldo Warnken. Ch.
(Lanzamientos)

cia, 33; Holanda, 46; Hungría, 240. Italia, 120; Japón, 2; Luxemburgo, 24; Mónaco, 2; Noruega, 243; Portugal, 9; Rusia, 208; Serbia, 3; Suecia, 773; Suiza, 1; Sud Africa, 22; Turquía, 2. Total: 4.169.

También en esta olimpiada ocurrió un trágico suceso en el desarrollo de la carrera Marathon. Corridos 37 kilómetros, ocupaba el 7.º lugar el portugués Lázaro, que había partido en buenas condiciones y muy animoso. Súbitamente se le vió desplomarse y caer al suelo. Acudió la ambulancia con gran rapidez, pero ya era tarde y sólo se pudo constatar la muerte del atleta, producida por una falla del corazón.

Terminados los juegos oficiales, los atletas suecos organizaron un beneficio para socorrer a la familia de Lázaro y alcanzaron a reunir unos 12 a 15.000 pesos con tan filantrópico fin.

La Sexta Olimpiada, que se había acordado celebrar en Berlín en 1916, fracasó por la gran guerra iniciada en 1914 y que sorprendió a los atletas alemanes entrenándose en el Estadio de Reims, mientras terminaban la construcción del gran Estadio de Berlín.

“En el Congreso Olímpico, reunido en París, en la Sorbona, dice Joaquín Cabezas, en su libro sobre “Los juegos olímpicos”, en Mayo de 1914, bajo la presidencia del delegado alemán, se hablaba de paz y se consagró en él la fórmula latina: “Olimpica pax vobiscum” (que la paz de Olimpia sea con vosotros). Dos meses más tarde los cañones alemanes bombardeaban y destruían el Colegio de Atletas de Reims, en donde, precisa-

mente, se entrenaban para 1916 los campeones de los juegos olímpicos de Berlín.

¿Lástima que la antigua “Tregua Sagrada” no sirviera en 1916, como en los tiempos de la Grecia de Heracleo, para suspender, siquiera hubiera sido por corto plazo, la horrible carnicería que conmovió a la Europa!

Entre las Olimpiadas de San Luis y la de Londres, se verificó en Atenas otra extraordinaria, o mejor dicho, perteneciente a una serie que se ha pensado celebrar en la capital de Grecia permanentemente, intercalándola entre las olimpiadas de sede rotativa.

En cuanto a los juegos olímpicos sudamericanos, cupo a Chile el honor de iniciarlos y de haber sido sus atletas los primeros de la América Latina que han competido en los concursos universales, como lo hicieron en la Olimpiada de Estocolmo, en 1912, donde sin preparación, sin elementos y con increíbles entorpecimientos, ocuparon puestos bastante honorables.

Por iniciativa del entusiasta Director de nuestro Instituto Superior de Educación Física, don Joaquín Cabezas, se incorporó en el programa de festejos del IV Congreso Científico (Lo Pan Americano) un campeonato atlético al que desgraciadamente no pudieron acudir los atletas de los demás países de Sud América pero que revistió caracteres de sumo interés.

Los primeros juegos olímpicos, con carácter de Olimpiada en nuestro Continente, fueron los celebrados en Buenos Aires en Mayo de 1910, en conmemoración del Centenario argentino.

Asistieron a él atletas argentinos, chilenos, brasileros y uruguayos y con 9 campeones, se trajo Chile 25 premios, en las 18 pruebas de que constaba el programa.



Roberto Lecaros. Ch.
(100 metros)



Juan Marshall. Ch.
(800 metros)

Los juegos Olímpicos

La llamada 2.ª Olimpiada Sudamericana tuvo lugar en Mayo de 1918, también en Buenos Aires, y con 15 atletas chilenos ocupó Chile el primer lugar con 48 1/2 puntos contra 32 de los argentinos y 13 de los uruguayos. Cupo en esta ocasión a nuestro conacional Juan Jorquera batir el record mundial de la más grande de las pruebas de atletismo, la Carrera Marathon, en 2 horas, 23 minutos, 5 segundos 3/5, superando en 13 minutos al recordman anterior, el australiano Me Arthur.

Como complemento de esta información damos el siguiente cuadro de los records mundiales en las distintas competencias universales:

CARRERA DE 100 METROS PLANOS

1896	Atenas	Norteamericano	Burke	12"
1900	París	»	Jarvis	10 4/5"
1904	San Luis	»	Hahn	11"
1908	Londres	»	Walker	10 4/5"
1912	Estokolmo	»	Graik	10 4/5"
1912	Record mundial	»	Lippincott	10 3/5" (Fuera de Olimpiada)

CARRERA DE 200 METROS PLANOS (Prueba clásica)

1900	París	Norteamericano	Tews Klury	22 1/5"
1904	San Luis	»	Hahn	21 3/5"
1908	Londres	»	Kerr	22 1/5"
1912	Estokolmo	»	Graig	21 7/10"

CARRERA DE 400 METROS PLANOS

1896	Atenas	Norteamericano	Burke	54 1/5"
1900	París	»	Long	49 2/5"
1904	San Luis	»	Hillmann	49 1/5"
1908	Londres	Inglés	Halsnelle	50"
1912	Estokolmo	Norteamericano	Reidpath	48 1/5" (Récord mundial)

CARRERA DE 800 METROS PLANOS

1896	Atenas	Austriaco	Flack	2' 10"
1900	París	Inglés	Tysol	2' 1" 2/5
1904	San Luis	Norteamericano	Lightbody	1' 56"
1908	Londres	»	Sheppard	1' 52" 4/5
1912	Estokolmo	»	Meredith	1' 51" 9/10 (Récord mundial)

CARRERA DE 1.500 METROS PLANOS

1896	Atenas	Austriaco	Flack	4' 33" 2/5
1900	París	Inglés	Bennett	4' 6"
1904	San Luis	Norteamericano	Lighthody	4' 5" 2/5
1908	Londres	»	Sheppard	4' 3" 2/5
1912	Estokolmo	»	Jackson	3' 56" 4/5
1912	Record mundial	»	Kiviat	3' 55" 4/5

CARRERA DE 5.000 METROS PLANOS

1912	Estokolmo	Norteamericano	Kolehmainen	14' 36 3/5" (Récord mundial)
------	-----------	----------------	-------------	------------------------------

CARRERA DE 10.000 METROS PLANOS

1912	Estokolmo	Norteamericano	Kolehmainen	31' 20" (Récord mundial)
------	-----------	----------------	-------------	--------------------------

CARRERA DE 110 METROS, VALLAS

1896	Atenas	Norteamericano	Curtiss	17 3/5"
1900	París	»	Kraenslein	15 2/5"
1904	San Luis	»	Schule	16"
1908	Londres	Inglés	Smithson	15" (Récord mundial)
1912	Estokolmo	Norteamericano	Kells	15 1/5"

SALTO LARGO CON IMPULSO

1896	Atenas	Norteamericano	Clarek	6.35 metros
1900	París	»	Myer	7.11 »
1904	San Luis	»	Prinstein	7.34 »
1908	Londres	»	Irons	7.47 »
1912	Estokolmo	»	Gutterson	7.60 »
1901	Record mundial	»	O'Connor	7.61 »

SALTO LARGO SIN IMPULSO

1896	Atenas	Norteamericano	Ray Ewry	3.30 metros
1900	Paris	»	Ray Ewry	3.21 »
1904	San Luis	»	Ray Ewry	3.48 »
1908	Londres	»	Ray Ewry	3.34 »
1912	Estokolmo	»	Ray Ewry	3.37 »
1904	Record mundial	Griego	Taicliteras	3.52 »

SALTO ALTO CON IMPULSO

1896	Atenas	Nort-americano	Clarck	1.81 metros
1900	Paris	»	Conn Leahy	1.80 »
1904	San Luis	»	Jones	1.80 »
1908	Londres	»	Porter	1.90 »
1912	Estokolmo	»	Richard	1.93 »
1912	Record mundial	»	Horine	2.06 »

SALTO ALTO SIN IMPULSO

1896	Atenas	Norteamericano	Ray Ewry	1.57 metros
1900	Paris	»	Ray Ewry	1.65 »
1904	San Luis	»	Ray Ewry	1.49 »
1908	Londres	»	Ray Ewry	1.57 »
1912	Estokolmo	»	Platt Adam	1.63 »
1912	Record mundial	»	Platt Adam	1.67 »

SALTO CON GARROCHA

1896	Atenas	Norteamericano	Hayt	3.30 metros
1900	Paris	»	Baxter	3.30 »
1904	San Luis	»	Dvorack	3.50 »
1908	Londres	»	Gilbert	3.70 »
1912	Estokolmo	»	Babcock	3.90 »
1892	Record Mundial	»	Wright	4.19 »

LANZAMIENTO DE LA BALA

1896	Atenas	Norteamericano	Gauret	11.32 metros
1900	Paris	»	Sheridan	13.21 »
1904	San Luis	»	Ralph Rose	14.74 »
1908	Londres	»	Ralph Rose	14.20 »
1912	Estokolmo	»	Macedonald	15.34 »
1913	Record mundial	»	Ralph Rose	15.54 »

LANZAMIENTO DEL DISCO

(Prueba clásica)

1896	Atenas	Norteamericano	Sheridan	41.32 metros
1900	Paris	»	Baner	36.08 »
1904	San Luis	»	Sheridan	39.29 »
1908	Londres	»	Sheridan	48.38 »
1912	Estokolmo	Griego	Nilklander	45.21 »
1914	Record mundial	»	Taipalle	48.90 »

LANZAMIENTO DEL DARDO

1896	Atenas	Norteamericano	Lemming	53.49 metros
1908	Londres	»	Lemming	54.26 »
1912	Estokolmo	Húngaro	Saarfto	61.— »
1916	Record mundial	»	Peltonen	64.35 »

LANZAMIENTO DEL MARTILLO

1900	Paris	Norteamericano	Flanagan	51.03 metros
1904	San Luis	»	Flanagan	51.26 »
1908	Londres	»	Flanagan	51.90 »
1912	Estokolmo	»	Mac Grith	55.13 » (Record mundial)

SALTO TRIPLE

1896	Atenas	Inglés	O'Connor	14.75 metros
1900	Paris	Norteamericano	Ray Ewry	16.59 » (Récord mundial)
1904	San Luis	»	Ray Ewry	16.57 »
1908	Londres	»	T. J. Tearne	14.90 »
1912	Estokolmo	»	Lindhton	14.76 »

CARRERA DE MARATHON

(Prueba clásica)

1896	Atenas	Griego	Louis	2 h. 55'
1900	Paris	Francés	Theato	2 h. 59'
1904	San Luis	Norteamericano	Hicks	3 h. 28'
1908	Londres	»	Hayes	2 h. 55' 18"
1912	Estokolmo	Sud Africano	Mac Arthur	2 h. 36' 54"
1918	Buenos Aires	Chileno	Juan Jorquera	2' h. 23 5 3/5" (Récord mund.)



Confío en que mi mujer me perdonará, longánime como siempre, si ocurriere que se llegase a enterar de ellos por estas memorias íntimas, mis estupendos amores con una cafetera.

No dudo ni por un instante de que así va a acontecer, es decir, que mi bondadosa compañera se impondrá tarde o temprano de esta pequeña infidelidad a la fe jurada, ni de que, seguidamente, me va a absolver de ella.

Me apoyo para pensar así, primero, en que las memorias íntimas están destinadas desde antiguo a la más amplia publicidad, y, en consecuencia, se gasta en redactarlas la misma pulcritud de estilo que se emplearía en una pieza destinada a historiar en su hora, una negociación diplomática llevada a cabo dentro del sigilo que impone el dedo de Harpócrates en los gabinetes de las relaciones exteriores. Y mejor mientras más se refieran a hechos frescos y afecten a personajes sobrevivientes de la gestión. Ya han hecho su época las memorias póstumas, y el caso de Chateaubriand, disponiendo la publicación de las suyas para treinta años después de su fallecimiento, en los tiempos presentes resultaría un anacronismo.

Estoy cierto, pues, de que estas memorias mías no quedarán definitivamente ocultas a las miradas humanas, y de que las primeras en caerles encima serán las de mi mujer, llevada hasta ellas por esa curiosidad que es privilegio de su sexo. Y no me nos seguro estoy, como decía al principio, de que ella verterá sobre esta pasajera infracción a las ordenanzas conyugales per-

petrada por mí, el agua lustral de su absolución. Tanto como su largueza de ánimo, su cortedad de vista es el más poderoso motor de su indulgencia.

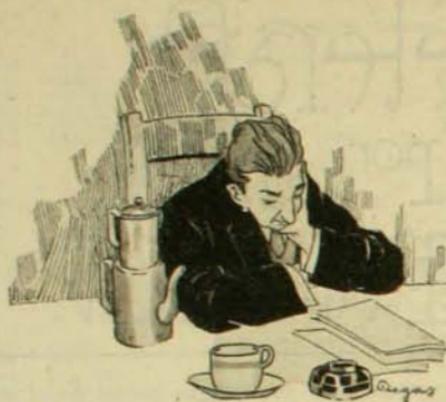
Se me observará que pude, y puedo, ahorrarme a mi esposa desazón como la prevista, manteniendo estas poco edificantes confidencias en un cajón secreto, o simplemente no escribiéndolas. Responderé a lo primero que abomino del secreto: yo divulgo hasta mis enfermedades, aunque ello sea del peor gusto. No tengo enfermedades secretas. Fuera de que las teorías wilsonianas han desterrado el secreto hasta de la cámara obscura de las cancillerías. Las neoceracias, si se me permite la palabreja, juegan hoy a cartas vistas. En cuanto a dispensarme a mí mismo de consignar estas confesiones en el papel porque maldito si harían falta alguna, menos que menos: justamente las he escrito porque a nadie se le van a importar una miga, lo cual es el mejor medio de interesar a las gentes.

Tampoco hacía falta este preámbulo, y pude entrar de golpe y porrazo al cuerpo del delito, pero así va el mundo que lo superfluo es lo que abunda, y lo que abunda no daña.

Entremos en materia.

Nadie podría jamás tachar de exóticos mis volanderos amores con la cafetera aquella. Como que no se trataba de una cafetera rusa, sino de quien fuera alumbrada y crecida a las márgenes del Mapocho. Y lo de que fuese crecida no es de extrañar: el Mapocho fué siempre famoso por sus crecidas.

A través del tiempo transcurrido, aún



siento que me envuelve y marea el capitoso aroma de aquellos amores. Aroma de moka legítima, a veces, como en otras lo era de Costarrica o de Guayaquil, (clase superior).

¿Cómo di con aquella gentilísima cafetera de mis futuros tormentos? Fué en una de mis frecuentes y minuciosas búsquedas a lo largo de los comercios de la ciudad, en demanda del delicioso hijo del suelo de Arabia. Allí, en el recodo que formaba el ensanche remozador de una vieja calle central, y en un depósito recientemente instalado del exquisito producto, la atisé por vez primera. Estaba ella acodada en el mesón, con las mandíbulas descansando sobre las palmas, circuída de un vaho impalpable y tibio de café recién tostado, y leyendo una novela de Trigo. En ese momento, todo era allí vegetal.

Al ruido que hice entrando, levantó la cabeza, me dió una mirada y se ruborizó. Probablemente este gesto de candor fué provocado por algún pasaje un tantico escabroso de la novela que leía. Hay autores inconsiderados que agotan el verde de su paleta, sin reparar en que pueden existir inocentes cafeteras en el mundo.

Explicaré de paso, y a posteriori, como Cervantes el rapto del Rucio de Sancho, que supe ser de Felipe Trigo el volumen leído por la muchacha, en lo de estar levemente levantada la tapa anterior, escapando a la suave presión del codo de la lectora. Fué un descubrimiento fácil. En cambio, nove-

listas hay a quienes no conocemos ni por las tapas.

Me acerqué al mostrador.

—Señorita, usted perdone, pero, ¿creo que es éste un depósito de café?

Tuvo ella una sonrisa benévola, porque el negocio no era para confundirlo con un almacén de música, pongo por caso. Ya había escondido rápidamente el Trigo, lo que me hizo pensar en si no pertenecería a alguna familia de acaparadores.

Me contestó afable:

—Sí, señor. ¿En qué le puedo servir?

¡Ah, en lo que hubiera podido servirme aquella criatura!

Me quedé mirándola a los ojos. Eran de color café. Unos ojos de sobremesa, como quien dice. Decididamente, esos ojos estaban destinados a quitar el sueño.

Repliqué después de un momento:

—Señorita, por el contrario, soy yo quien está dispuesto a ser su más atento y seguro servidor.

Me expresaba como en un final de carta; sólo faltaba la firma. La linda cafetera,—porque de veras era linda,—bisó su primera sonrisa.

—¿Cuál prefiere?

—El café de sus ojos.

—No tenemos de esa marca.

—¡Pero si está a la vista!

—Parece ser usted de buen humor.

—No, señorita; soy de Valparaíso.

—¿Puerto Rico?...

—¡Ya lo creo! El más opulento de la República.

—¿Costa Rica?...

—En eso se la ganan otros, que tienen más costa.

—Caballero, si usted tiene tiempo que perder, siento decirle que a mí no me pasa otro tanto.

—No se enfade usted señorita, y vamos al grano.

—¡Va a llevarlo usted en grano?

—Hablo de concretar la cuestión. Como vengo aquí por primera vez, usted excusará que le pregunte si todos sus cafés son legítimos.

—Todos proceden del cafetal.

—Si a mí no me importa que procedan del café tal o cual, sino el que sean de

buena familia. ¿Cuál me recomienda usted como el mejor?

—Hay uno de la casa que le va a gustar a usted.

—No, si el que le va a gustar soy yo.

—¿A mí?

—¡Ojalá! Yo voy a gustar el café, quería decir.

—Bueno, llévese el de la casa. No se arrepentirá.

—Venga. Un café tan de la casa debe de tener buenos sentimientos. Póngame usted medio kilo.

—¿No sería mejor echar el kilo?

—No creo que haya necesidad de echar el kilo para envolver una cantidad tan pequeña.

La graciosa cafetera no se dignó reparar en mi juego de palabras, y se puso a acondicionar la mercancía en un saquete, mientras gorgoriteaba las notas de un cuplé en boga, con una voz de ruisenior. ¡Qué pico de cafetera!

Una vez despachado, salí reculando con el objeto de contemplarla hasta el último instante, y así fué como me estrellé la mano en que llevaba el paquete con la mano derecha de la puerta, y estuve a pique de lanzar un grito.

Y tampoco pareció darse cuenta de este juego de manos.

Efectivamente, el café era de primera. Preparado por mí mismo, ya vertido en las tazas, las burbujas que emergían de su fondo sombrío cantaban gloriosamente la canción del insomnio. Un verdadero café cantante.

Durante el tiempo para que me alcanzó la cantidad adquirida, soñé todas las noches con la cafetera. Sueños inverosímiles, en que la protagonista era unas veces la cafetera del depósito, otras el depósito de la cafetera (de la de mi servicio de mesa), y no pocas las dos, refundidas en una sola.

Una noche, sobre todas: soñaba con mi cafetera,—la de mi batería doméstica—; soñaba que la tenía a mi lado,—la cafetera del almacén,—que sentía en mi rostro su hálito ardiente, y que al ir a abrazarla,—ahora era la cafetera de mi servicio,—¡paf!, se me derramaba el precioso líquido.

Desperté. Me había dormido sobre la mesa, junto a la cafetera aún humeante, y en un movimiento brusco habíala volcado, y la sabrosa bebida me escaldaba las rodillas...

Una vez agotada la provisión, volví a la cafetera. ¿Fué ilusión de mis sentidos? Creí advertir un leve sonrojo en la cara trigueña de la adorable vendedora. Quizás si no era más que el resultado de sus lecturas, igualmente trigueñas.

—A los pies de usted, señorita. Vengo en punto de que usted me eche al saco.

—¿Por qué?

—Porque vengo molido.

—¡Pobrecillo! ¿Vive usted muy lejos?

—En Yungas...

—¿Cómo es eso?

—Digo, en Yungay. La obsesión del café me hace trabucar los vocablos.

—¿Cómo encontré el de la casa?

—Como la encuentro a usted; de *primo cartello*.

—¡Tantísimas gracias. ¿Va a llevar usted del mismo?

—Ante todo, ¿no acostumbran mandarlo a domicilio?



—Según. Si se trata de una cantidad respetable...

—¿Qué entienden ustedes por cantidad respetable? ¿Una cantidad con toda la barba?

—Bien; deje usted sus señas.

—¿Aquí se entienden por señas? Me deja usted mudo. ¿La llevaría usted misma?

—¡Ah! nó; el mozo.

—¿Y una cantidad respetable la mandan ustedes con un mozo? Puede faltarla al respeto... y perderse con ella.

—Bueno, usted dirá.

—Lo que yo digo es que se me ha entrado usted por un ojo, y que la voy a dedicar alguna cosilla.

—¿Escribe usted?

—¡Huy! ¡Lo que he escrito yo! Más que su café antes de la molienda.

—No entiendo.

—Quiero decir que he escrito más que el Tostado.

—En fin, ¿de qué clase? ¿Superior?

—¡Indudablemente! Yo no escribo triquiñuelas.

—¿Cuántos kilos?

—Setenta y ocho.

—Ha bajado algo...

—Sí, he bajado como cuatro kilos, resultado de pensar tanto en usted.

—Digo que el café ha bajado algo en estos días, por si quiere llevar mayor cantidad.

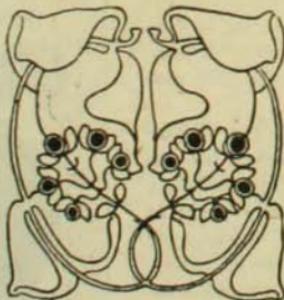
—¡Aprieta! Veo que es usted inexpugnable para el amor, y mientras yo sueño con usted, que no otra cosa es soñar con café todas las noches, usted seguramente soñará con Trigo. Son dos productos que no casan. ¿Me autoriza usted para amarla en silencio, y me despacha en seguida?

—No bien hube proferido estas palabras, vi a la cafetera cambiar de color, como si se le hubiera caído el esmalte, al mismo tiempo que sentí retemblar en mis orejas un vozarrón de comandante de caballería, que decía a todo caballo, como era lógico:

—¿Conque usted quiere que lo despachen en seguida? ¡Pues yo haré la diligencia por mi mujer! ¿Qué café va a llevar?

Calculé el nublado que se me venía encima y salí de estampía, no sin exclamar antes, y tómenlo ustedes como una interjección o como si pidiera una nueva clase de café:

—¡Caracolillo!!



Don Ricardo Palma

Por JORGE HUBNER BEZANILLA

Ciudad quieta, zalamera y patriarcal es Lima.

El oro indígena llevó allí, desde el nebuloso siglo dieciséis, a nobles españoles, con sed de andanzas y riquezas, y les permitió después, aplacada la juventud, tallar en piedra y caoba los sueños de sus espíritus y el asilo final de sus vidas.

Pone tranquilidad, aún hoy, ese aire dormido de ciudad cristiana y noble y se espera que, de los balcones salientes, vuelven floreados brocados y que se tiendan en las calzadas alfombras silenciosas para el paso de una procesión de penitentes. Ondas invisibles de zahumero, que se exhalan de los portones clavateados, hacen más honda la católica evocación.

En algunas avenidas se levantan ya aquellas sajonas moles de helado cemento, turbando la armonía de las viejas moradas; pero ellas siguen dominando en las calles más bellas, como construcciones que se alzaron pensando en la eternidad.

El río del tiempo parece desviar sus aguas vertiginosas de estos edificios que dormitan, verdaderos remansos de la vida, propicios

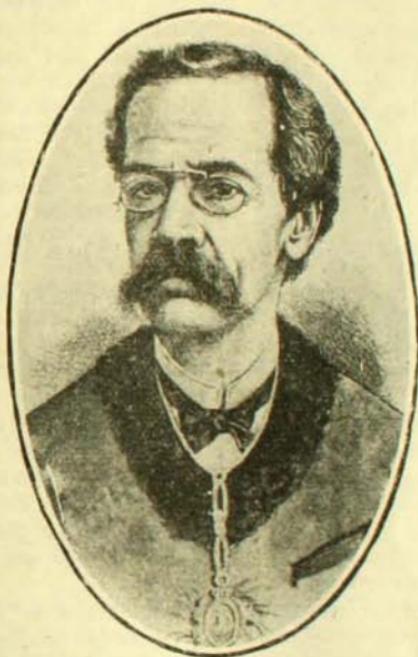
al ensueño melancólico y a la austera quietud del estudio.

Y allí le tocó nacer a quien debía reflejar, como un antiguo espejo metálico, todo el pasado galante, millonario, aventurero, piadoso y cruel de la colonia, don Ricardo Palma.

Toda mi niñez pasó en aquella ciudad colonial, envuelta largos meses en tibia neblina y (milagrosa claridad de los recuerdos infantiles) muchos de sus juegos le quitaron horas de lectura al glorioso viejo que llevaba su silla y sus libros a los anchos corredores del patio en que yo corría.

Cuando, en junio del pasado año, un gran dolor me llevó de nuevo a Lima, fué mi primer deseo ir a ver a Palma.

Pero me contuve...



Ricardo Palma

El señor don A. Fuenzalida Grandón, en bello análisis sobre la rica personalidad del tradicionalista, dice:

“No amaba a nuestro país; después del término de la guerra del Pacífico, se mantuvo en una reserva huraña y fría, derivada del pesar que le causara la desastrosa desaparición de los valiosos libros y ma-

nuscritos que formaban el acervo literario, histórico y bibliográfico de la Biblioteca Nacional de Lima y la suya propia de Miraflores. Esa herida en sus más caros afectos de hombre intelectual se mantuvo abierta siempre y en todo momento, no cerrándose nunca bien, sino con intermitencias breves y rápidas, para obtener en Chile los ejemplares impresos, que, poco a poco y con trabajo ímprobo, pudo coleccionar para restaurar aquellas colecciones. Este estado de ánimo lo retrajo de un intercambio de libros público y amplio".

El conocimiento de este tereco resentimiento me hacía no cumplir mi deseo de visitarlo; pero, a los pocos días de mi llegada, me llevó hasta él lo inesperado: una carta, cariñosa y fina, en que hacía un vago recuerdo de mi niñez.

¿Cómo estaría? Aquel año había cumplido los ochenta y cinco. Iba pensando, mientras el automóvil rodaba por la cuidada carretera que une a Lima con el balneario de Miraflores, donde residía, un pequeño pueblo claro y dulce donde descendiendo hasta mojarse en las olas del mar, pompones de flores y de hojas verdes. ¿Cómo estaría?

Pero, desde la entrada, cuando de la dificultad para erguirse triunfó el vigor de los nervios, yo vi que, si otros en el báculo, este anciano se sostenía en la virilidad de su espíritu.

Entramos en grupo. Periodistas, escritores que llevaban la emoción de reunirse junto a un hombre, alto y glorioso como un estardarte, y, entre ellos, unos pocos de una tierra distante, en la cual el nombre de don Ricardo Palma vibra como una campanada de gloria.

Antes de acercarnos, me llegó su invitación:

—¿Qué se acerque el que, de niño, jugaba con este pobre viejo!

Y en los cuatro pasos, torpes y precipitados, entre el grupo y él, pasé en visión vertiginosa, toda la infancia ida, mirando a este hombre que, al abrirme los brazos, parecía que iba a sepultar en ellos toda una edad lejana.

Entonces le miré los ojos, esos ojos que yo recordaba penetrantes sobre mis pupilas de

niño como para desentrañar el misterio de mi futuro, y sentí, en mitad de aquel abrazo de cariño, el helado llover del tiempo. Consumidos en la penumbra de las bibliotecas, aquellos ojos nebulosos evocaban dos esmeriladas lámparas de santuario.

Habló.

Mi atención de niño se perdía ante el rápido sucederse de caminos que abrían las palabras del viejo.

Y los años pasados, destacados claramente en su hablar lento, llenaron de luces los ojos, como de cristal esmerilado.

Nombres, fechas, generaciones brillaban un momento para apagarse de nuevo.

—Yo vi nacer a don José Toribio Medina. Estaba entonces en Chile... Por un pecado de juventud. Con José Gálvez concebimos el proyecto de arrestar al Presidente don Ramón Castilla. Ibamos a ir los dos solos a la habitación del General para arrestarlo. ¡Audacia! El proyecto paró en que tuve que escaparme; me vine a su país... Y allí, una noche... ¡cómo lo recuerdo! tan exactamente! Y era el año... era el año 1862... Yo conversaba en el escritorio de Medina padre... Una sirvienta entró para decirle un secreto al oído y Medina abandonó corriendo la pieza... Al volver, me rogó que, ante la inminencia del caso, me encargara yo de busear una partera... ¡Las cosas que hace la vida! Yo llevé la partera de quien, rodando el tiempo, iba a ser tan buen amigo mío. El niño que nació esa noche era José Toribio...

Siento un leve movimiento de pies. Miro. Dos muechachas han bajado la vista. Y siento que se tiene derecho para darles a las cosas su propio nombre, cuando, desde la altura de los años, se ha podido ver ¡tantas veces! cómo, a un tenue soplo de la vida, caen de todos los hombres los pesados mantos de mentira que han tejido los siglos.

—Por aquel tiempo, recorrí grandes extensiones en Chile, un país bellissimo. Tengo un especial recuerdo de la Serena. Y tuve buenos amigos en todas partes. Todos ellos ya duermen. Me acuerdo más del padre de José Toribio, de Valderrama, de los Artegas, de los Amunáteguis y de Benjamín... ¡de Benjamín! (Se refiere a don Benjamín Viña Mackenna)... Eramos un par de li-

bres pensadores que nos entendíamos a las mil maravillas y que causábamos miedo a mujeres, a niños y... a hombres. Teníamos un liberalismo avanzado y convencido. Creíamos poder renovar a la humanidad y hacerla feliz... Más de medio siglo ha servido para que yo comprenda que puede seguir, sin esas teorías, la maravilla de la vida...

Afuera, a través de la ventana, tal si la fuerza del espíritu le arrancara un ejemplo a la naturaleza, se ven pasar a baja altura bandadas y bandadas de pájaros y oídos, en el primer silencio que se produce, el cantar grave y tranquilo del mar...

Oyéndolo hablar con tal cariño de hombres y cosas de Chile, pienso que el viejo resentimiento ha muerto ya con la dulce serenidad de los años y le cuento, indiscretamente, que, en propias tierras del Perú, se decía que no recibía jamás a un chileno y que esta aseveración me estaba dejando sin verle.

Toma su voz una entonación de rabia. ¿Es por la violencia para negar la especie? ¿Es por el recuerdo de los libros perdidos para siempre?

—¡Es falso! ¡Falso! Usted tiene la prueba. Le he escrito, le he buscado, le he abrazado... Tengo ansias de conocer la nueva literatura de ustedes. Muchas veces pido libros... Y me dan el dolor de no mandármelos... Sólo los viejos me escriben. Allí vea usted el último libro de Guido Spano... El y yo somos los más viejos escritores americanos...

Han muerto ya los dos. ¿Qué escritor será hoy el decano de las letras en América?

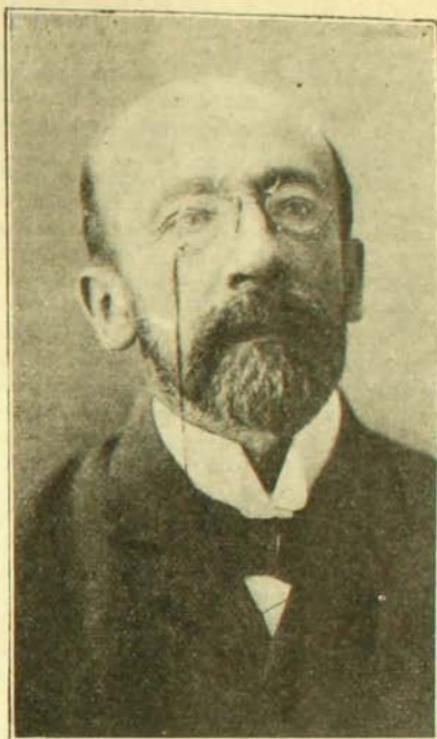
Una hija, Renée, una maravillosa hija de don Ricardo Palma, que tiene en los ojos la malicia de una chispeante tradición limeña, busca largos minutos en los estantes...

Angélica, mi secretaria, no está... y esta chica se demora siempre mucho...

Yo pienso: ¡y con esos ojos!

—Angélica fué a Lima a consolar a la viuda de Romero, un guardián de la Biblioteca Nacional, a quien fue treinta y dos años conmigo... Pero yo ¡yo sólo iré a Lima... cuando me lleven...

Ya ha ido, ha ido en la pomposa carroza de los muertos ilustres, entre el clamor de las bandas militares y el silencio recogido de un pueblo...



Don José Toribio Medina.

Las últimas generaciones literarias peruanas no querían a Palma. Lo veían de cerca y observaban demasiado sus defectos.

En realidad, don Ricardo no tuvo nunca espíritu artístico.

La juventud lo hizo creerse poeta y publicar unas "Armonías", trasunto mediocre del romanticismo que, llegado a Francia acaso por insospechada influencia de razas germánicas, ponía en las estrofas americanas una dulce y fácil manera, de fondo inconsistente. Fuera de aquella adolescente dulzura triste, (Hugo inundaba entonces la tierra con un mar de música, hecha espíritu) tentó los acentos grandes; pero, en la búsqueda sonoridad de las palabras, no se percibía la luz de la idea lírica: explicable en espíritu que antes miraba con curiosidad lo pintoresco, que se abstraía en la meditación filosófica o se elevaba en apasionados entusiasmos.

Aquellos detalles coloreados, aquellas ex-

presiones movidas y sabrosas, parte principal del mérito de sus "Tradiciones Peruanas", tuvieron cabida en su versificación festiva, que, con ser ingeniosa y liviana, vió él mismo, en su larga vida, irse cubriendo de tierra de olvido.

Así con sus críticas. Faltábale el sentimiento de la belleza pura, la capacidad de emocionarse para el exacto juicio de los obscuros medios que llevan la emoción, y la sutilidad cerebral con que, a lo menos, pudo simularse sensible.

Para su fortuna, balló manera de construir sus "Tradiciones" sin enamorarse de ninguna de sus limeñas, sin ensombrecerse con ninguno de sus inquisidores, sin envanecerse con ninguno de sus fijosalgos ni santificarse con ninguno de sus místicos, envolviendo todos los cuadros en una benévola mirada de viejo, destacando los rasgos con discretos trazados de caricaturista y haciendo arcaica y amable la narración con una fábula en que se confundían su chispeante modo personal, con el giro castizo y los proverbios que vivieron un día. Se unía un modo difícil con aquel a que, fácilmente, lo llevaba su natural.

Uno de sus hijos, Clemente, director de "La Crónica", periódico, y de "Variedades", revista, de Lima, ha querido, con perceptible esfuerzo, tomar el movido lenguaje del padre y, sin discreción, confundiendo todo género, tanto en el editorial diarístico como en el austero artículo literario, acude a locuciones y frases, que, imaginadas de gracia americana, resultan de criolla grosería: que ni la fuerza de la sangre justifica ni adornan las imitaciones serviles.

En cambio, otra de sus hijas, Angélica, suave y humilde, una hija en cuyos brazos descansó la vejez de don Ricardo y con cuya letra, desde diez años, iba toda la correspondencia de Palma, está tentando la novela con singular aprobación americana.

Sin haber llegado a la obra grande, hace agradable su labor una tierna simpatía femenina, unida, en raro consorcio, a un sobrio y discreto conocimiento del idioma.

¡Bíblica ancianidad, llevada sin enfermedades, encendida hasta la hora última la lumbré interior, gloriosa en más de un continente y sostenida por manos filiales, la que acaba de apagarse, acaso para darles mayor lumbré de juventud a los propios trabajos!



Los orígenes del sport en Chile

Se necesita una Historia del Sport en Chile.—Algunos recuerdos de 30 años.—Una sombra velada hasta los pies y que tiene el dón de la palabra.—El principal Club de Tiro peruano lo funda un chileno.—Don Roberto Rengifo era un gran ciclista.—Su poema épico inédito La Cicladia.—Una risa ancha, abierta y profunda.—Las señoras aficionadas a la bicicleta.—El fútbol en un laboratorio químico.—Poder electoral y administrativo del deporte...

Sería interesante escribir la historia del sport en Chile, desde sus orígenes remotos, aunque sólo fuera para probar a muchos que esta afición no es tan moderna ni tan importada como se lo imaginan; (1) pero,

por ahora, dejaremos ese trabajo a quien disponga de espacio y tiempo para realizarlo y nos limitaremos a recordar, en compañía de algunos antiguos deportistas, los principios de la gran corriente atlética que ha culminado en la Olimpiada de este abril.

Con este objeto celebraremos tres entrevistas.

La primera con un personaje verdaderamente raro, cuyo nombre hemos de callar, a pesar nuestro... Dice don Carlos Silva Vildósola que el mundo se divide en dos partes: las personas a quienes les gusta salir en los diarios y las personas a quienes no les gusta. Agrega: "estos últimos son muy pocos".

Pues bien, nuestro personaje pertenece a la última categoría y pertenece en tal forma que no admite ni nombre, ni retrato, ni detalles personales de ninguna clase, por más importancia que

(1). La chueca, esa madre pedestre del polo y prima araucana del golf inglés, era practicada tan fanáticamente por los indios que un dignatario eclesiástico del siglo XVII insinuaba la idea de prohibirla "pues no parece ya cosa de holgar inocentemente ni sin causa maliciosa, pero algún rito de sus abominables supersticiones..."

ofrezcan para la colectividad. El quiere ser una sombra velada hasta los pies y que tiene el dón de la palabra.

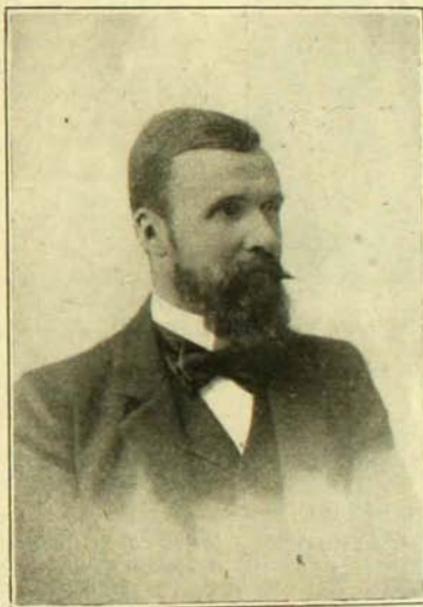
Será preciso complacerlo.

—¿La institución deportiva más antigua de Chile?—nos dice. Creo que el Club de Tiro Alemán, fundado en Valdivia, el año 1856, si mal no recuerdo. Le sigue en antigüedad el Club Hípico de Santiago.

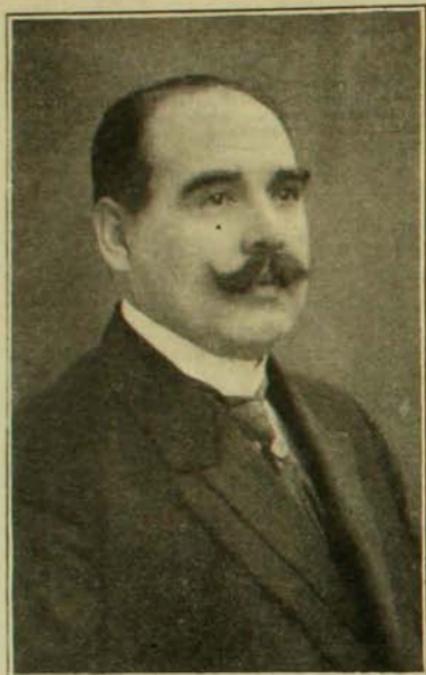
(Aquí vendría bien una discusión sobre el carácter deportivo de las carreras a caballo, las relaciones entre el juego y los verdaderos deportes, el papel social de éstos, etc., etc. Pero también lo dejaremos a los que tengan tiempo, espacio, competencia...)

En 1878 se fundó en la capital un Club de Tiro a Pistola y Revólver, con su pequeño polígono en la calle Dávila. Pertenecieron a él varias per-

sonas de nuestra sociedad, don José Luis Lecaros, don Moisés Errázuriz y otros. Su consecuencia más notable fué un hijo muy curioso e inesperado que tuvo en Lima. Uno de sus miembros se encontraba allí durante la desocupación del Perú por nuestro Ejército. Llevado de sus inveteradas aficiones, se juntó con algunos compañeros y echó las bases de un "Club Internacional de Revólver", el cual, tal vez debido a su denominación, no solamente subsiste to-



Don José A. Alfonso, publicista, filántropo, miembro de la magistratura judicial y uno de los más entusiastas socios del primer club ciclista (1892)



Don Joaquín Cabezas, director del Instituto de Educación Física; en 1892 los muchachos lo apedrearon por las calles, porque era el primero que salía en bicicleta.

davía, sino que ha prosperado mucho y es la institución principal en su género. Como Uds. saben, en el Perú los Clubs de Tiro al Blanco están muy desarrollados y hasta creo que los ejercicios son obligatorios a cierta edad. Pues bien, el núcleo de todos esos que se están preparando para matarnos, fué fundado por un chileno... Cuando se inauguró, cumpliéndose un acuerdo del directorio, se debían colocar en la sala de honor los pabellones de todos los países representados en la sociedad. Nuestro compatriota temió que se exceptuara el chileno y se dirigió a la fiesta llevando una banderita nacional de papel escondida en la chaqueta y resuelto a interpelar al Presidente y a clavarla en la testera de la mesa si era necesario. Felizmente, su alegría fué grande al llegar al polígono y ver que el tricolor estrellado lucía al sol en sitio de preferencia. Su influencia, sin duda, le afir-

mó el pulso a la hora de las pruebas y lo hizo colocar la primera "fama" en los blancos de la institución, hecho que la bautizó y del cual queda constancia en sus libros y en un diploma que le fué otorgado.

Más tarde, en 1884, miembros de esos mismos clubs anteriores fundaron en Santiago otro que se llamó de Gimnasia y Esgrima y que estuvo espléndidamente instalado en la calle Huérfanos, en el edificio ocupado ahora por la Compañía de Seguros La Nacional. Sus socios trajeron de Europa el primer profesor de esgrima que hayamos tenido y su local fué un animado centro de reuniones. La Revolución del 91 lo dispersó a los cuatro vientos. Pasada la borrasca, uno de sus fundadores remataba en subasta pública sus propias armas para formar con ellas una panoplia, en recuerdo...

Pero la semilla estaba echada y volvió a fructificar. En 1892, el Club de la calle Huérfanos renació en la calle Moneda y, más o menos por entonces, las ramas dispersas de los tiradores al blanco llegaban a contar unos veinticinco polígonos. Su buena puntería tuvo la desdichada consecuencia de provocar rivalidades con el elemento militar, el cual consiguió del Gobierno la creación de una Supervigilancia Oficial de estas instituciones; y como la iniciativa privada no soporta semejantes imposiciones, los clubs llevan hasta ahora una vida artificial y lánguida bajo la mano gubernativa.

El atletismo propiamente dicho nació en 1889 con el Club Ginnástico Alemán, que, incrementado por elementos nacionales, tuvo su auge en los juegos olímpicos chilenos de 1908, que presidió con toda competencia el director del Instituto de Educación Física, don Joaquín Cabezas. Recuerdo un detalle curioso a propósito de estos juegos. Al principio, sus organizadores mandaron citas a personas conocidas, caballeros de situación y jóvenes de buena familia. No acudió nadie. Entonces yo les dije: Si Uds. creen que van a hacer algo juntando apellidos, se equivocan; tienen que dirigirse a la gente de acción, de entusiasmo, de empuje. Lo hicieron así y el éxito superó a las expectativas. Tan grande fué el movimiento deportivo, que para

aprovecharlo y encauzarlo se fundó la Federación Sportiva Nacional, la cual ha reunido y dirige aún todas las ramas del sport en Chile. Con el objeto de prestarle ayuda y entenderse con ella, el Gobierno ha fundado recientemente una Comisión de Educación Física, de la cual forman parte don Felipe Casas Espínola, presidente; don Darío Salas, don Joaquín Cabezas, don José A. Alfonso, el General Altamirano, don Jorge Matte, don Alfredo Betteley, don Carlos Antmann y don Eliodoro Flores, secretario.

Agradecemos a nuestro misterioso incógnito sus datos, le prometemos no llamarlo ni siquiera el Padre de los Sports, como le dicen, porque entonces todos lo reconocerían, y nos dirigimos a buscar a otra persona.

A ésta la encontramos de noche. Caminando sobre el silencio de unas zapatillas de fieltro, se nos aparece revestido de largo batón sacerdotal, con una barba de mago y unos ojos emboscados, brillantes a la luz de dos candeleros de cobre, entre rimeros de libros, cuadernos, revistas, folletos y papeles confundidos con toda una colección de cacharros prehistóricos, pertenecientes a las primeras civilizaciones del planeta. En esta decoración, resulta irreverente y casi cómica nuestra pregunta, dirigida al crítico de arte, al pintor distinguido, al sabio profesor, al erudito y arqueólogo don Roberto Rengifo:

—¿De veras, señor, que Ud. fué uno de los primeros que anduvieron en bicicleta en Chile?

Sin embargo, es cierto; él es el primero en reconocerlo y en reírse con una risa ancha y profunda, que inmediatamente conquista la simpatía. Parece que lo divierte su universalidad de aficiones. A fuer de hombre concienzudo, que entiende de orígenes, empieza por rectificarnos y precisa los hechos:

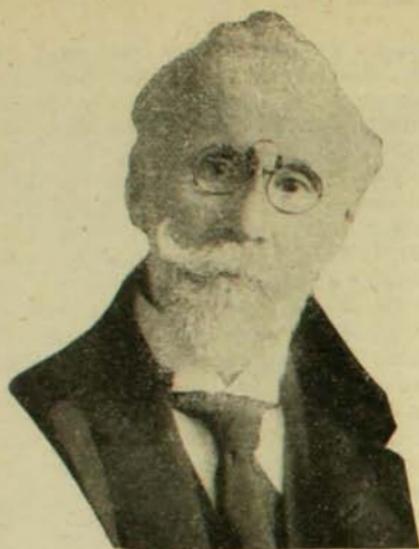
—No fui el primero que anduvo en bicicleta, pero formé parte del primer club de ciclistas en bicicleta de ruedas iguales que se organizó en Santiago. Esto fué—déjenme acordarme—el año 1892. Lo fundó Marcelino Larrazábal Wilson, un gran propulsor del sport, y pertenecieron a él

Joaquín Cabezas, a quien apedrearon los chiquillos por las calles cuando salió por primera vez en su bicielo; José y Paulino Alfonso, José Bernales, Samuel Ossa Borne, Eduardo Guerrero Vergara, Elías Díaz Sánchez, Daniel Vial, Arturo Montero, Marcial Récart, Enrique y Víctor Vargas Salcedo... Y sigue la lista. Entonces la bicicleta estaba restringida a un grupo de personas de sociedad; no era como hoy, que la usa todo el mundo, menos las personas de sociedad... Hasta las señoras eran ciclistas. Uds. conocerán a muchas de ellas, que por cierto ya no se dedican al mismo sport Julia Saavedra de Bernales, Luisa Ossa de Larrazábal, Josefina Smith de Sanfuentes, Josefina Martínez de Ferrari, doña Cristina Espantoso de Vial. Todas ellas pedaleaban admirablemente por los caminos de la Quinta.

Nosotros íbamos más lejos; realizamos excursiones a San José de Maipo, Rancagua, Melipilla, Cartagena; pero los caminos eran tan malos entonces, que poco a poco nos fuimos desanimando, hasta que el club se disolvió. Luego la edad y las distintas ocupaciones que cada uno toma... Pero hicimos buenas jornadas. Las primeras excursiones resultaban muy divertidas por el espanto de las gentes cuando nos veían pasar. Yo escribí unos versos sobre esas impresiones.



Don Marcelino Larrazábal Wilson, presidente del primer Club Ciclista que hubo en Chile.



Don Paulino Alfonso, escritor eminente. Académico de la lengua, ex-diputado y juriscónsul; formó parte del primer Club Ciclista de Chile.

A un ruego de nuestra parte, el señor Rengifo se levanta, entre el caos de su biblioteca derramada por toda la habitación, coge unos cuadernos y nos revela al hojearlos toda una serie de composiciones poéticas manuscritas en grandes páginas... Explica:

—Estos son los fragmentos de un poema épico que pensaba hacer y que se debía titular *La Cicliada*. Era la historia de la bicicleta desde sus comienzos, en el siglo XVIII, cuando ante la Corte de los Luises se apostaban carreras en dos ruedas unidas por un eje sobre el cual iba montado un individuo que pedaleaba en el suelo... La hazaña consistía en levantar los pies y mantenerlos el mayor espacio posible en el aire. Después se les ocurrió colocar el asiento sobre la primera rueda y moverla por pedales. ¡Gran descubrimiento! Para aumentar la velocidad, se hizo una rueda enorme y otra pequeñita, detrás; pero con la desproporción, al menor obstáculo el ciclista se iba de punta y daba con la cabeza en el suelo. Sólo a fines del siglo XIX vinie-

ron las bicicletas de dos ruedas iguales, como las conocemos.

Por fin, conversando y registrando, halla los versos y a la luz de los dos candeleros de cobre, donde una vela agoniza y la otra alumbrá muy alto, podemos leer:

El Huaso y los Ciclistas

Ande, compadre ¿le cuento?
Yo estaba allá en la posada
Con la bestia ya ensillada
Cuando ha pasado un portento.
Yo no vide cuasi nada
Al principio, de asustao,
Y estuve al creer que largao
Se habría alguna piñada
Del infierno ¡por Diosito!
Pero dei supe, y el susto
Me le pasó, y de lo justo
Me dió razón don Panchito.
Me dijo que eran chancletas
Que los gringos manijaban
Y que de a pie así viajaban
Moviendo unas pataletas.
A mí me dió no sé qué
Y aunque curioso no ei sío,
Zafé como un descoásio
Y bien juerte le arrimé.
Mas que tuve algún recelo
De qu'el potrón no aguantara
Seguí tostando y la piara
Vi de los gringos al vuelo.
En una hilera de a siete
Los divisé por la orilla,
En viaje pa Melipilla,
Lijerazos como cuete.
Dei se terciaron, compaire
Y en la cruzá los caché:
Yo ereida que iban de a pie
Y zancajeando en el aire.
Pero los vide patente,
Iban en ruedas montados,
Trabajándole apurados
Y con vestuario aparente.
Seguí puyándole al pingo
Y aunque algo iban retirados
A tiro e lazo alcanzados
Los treida onde ñor Domingo.
Entonces los vine a ver
Que con los pies unas cosas
Entre dos ruedas lustrosas

Movían para correr.
 La bestia me le espantó
 Y a fierro y punta e rebenque
 Se puso menos enclenque
 Y al laito se atracó.
 Era de ver lo al pasito
 Como se iban refalando,
 Sin bulla ni na tostando,
 Como un diacho, penaíto.
 De repente el de ahilante
 Tocaba con un cencerro
 Cuando topaba algún perro,
 Que disparaba al instante.
 Estuve al creer que madrina
 Llevaría aquella tropa,
 Por si acaso en la galopa
 Se pierden con la bolina.
 Más allá un garabato
 Sonaron, no sé pa qué,
 Un grito paré que jué
 Como perro ñaño e gato.
 Las gentes de las viviendas
 Salfan como a misión
 Y en más de una posesión
 Voltearon Folla e merienda.
 Atropellándolo todo
 En la puerta se persinaban
 Por si era el malo en tal modo.
 A mí me daba hasta rabia
 De ver la gente inorante
 Y de propio eché ahilante
 Al pasar por onde Davia.
 Hasta por ei los dejé
 Y aunque mi bestia no es lerdá
 Yo creo que son de cuerda
 Los estrumentos. Y paré.
 Me apié para acomodar
 Los pellones y un resuello
 Darle al potrón y ¡güen dar
 Si le estilaba harto el cuello!
 En esto yo me empaté,
 Compaire, euasi naitita,
 Cuando diviso otros tré
 Que vienen aquí cerquita.
 Naita se ilataron
 En allegarse ¡ai juna!
 Y por mi lao pasaron.
 Venían de a dos en una.
 La pura que parecían
 Como aquellos matapijós
 Pegados los dos venían
 Y treidan creo que anteojos.

¡Hácele, hombre, que te pillo!
 Le decían al puntero,
 Un patúo como grillo
 Y un gordo que iba de arriero.
 Bienaiga la cuchufleta,
 Llegaban a echar humito.
 Contra más juerte se aprieta,
 Más corre el aparatito.
 Como no suenan ni jiña,
 Naiden sabe cuándo vienen
 Y es capaz que hasta una niña
 Se roben, si ganas tienen.
 Y diga Ud. por mi maire
 Quién diantre los va alcanzar
 Cuando yo mesmo, compaire,
 Al fin me tuve que dar.
 Seguros que esos indinos
 No mareban así no más.
 Después supe en los caminos
 Qu'es más de uno un Barrabás.
 Me contaron que don Cuelo
 Un perro les animó
 Y que un trabuco largueho
 Un gringo al tiro sacó.
 No le hizo más que el punto
 Y se guardó la pistola



Don Roberto Rengifo, pintor, crítico, de arte,
 que fué socio del primer Club Ciclista fundado en el país

Y el perro quedó difunto
 Sin mover pata ni cola.
 A la verdad que otra vez
 De lejitos me les vengo
 Porque así la cosa es
 Y mucha familia tengo.
 Juan Segura muchos años
 Dicen que así los vivió
 ¿Cómo se yo si hacen daño
 Esos malditos de Dios?

Un ascensor tan lento que el ascensorista tiene tiempo de leer tres páginas de novela, atraviesa los cuatro pisos del Ministerio de Industria y nos deja frente al Laboratorio de la Dirección de Obras Públicas.

—¿El jefe, don Carlos M. Westman?

—Allí está su oficina.

Una gran ventana luminosa hace brillar tras los vidrios de los estantes tiosos de cristal de extrañas formas, polvos multicolores, frascos largos con etiqueta roja o azul, y en las grandes mesas de mármol, probetas de ensaye, retortas, tubos, almirces, todo el aparato de la moderna alquimia, oliente a ácidos acres.

—¿El señor Westman? Querriamos hablar con Ud. sobre el origen del *football* en Chile, las primeras sociedades que se fundaron, sus principales iniciadores, el desarrollo que ha tomado...

El señor Westman es una persona muy amable y conserva excelentes impresiones de sus años de *sport*; pero está sumamente ocupado y ofree darnos por escrito sus recuerdos. Al otro día recibimos seis carillas grandes cubiertas de una letra menuda y apretada. Por escasez de espacio, lamentamos tener que limitarnos a extractarlas.

—“El *fútbol*—dice—(palabra adoptada oficialmente para designar este juego) es de origen inglés y fué traído a Chile por los ingleses. Las primeras partidas regulares se jugaron en Valparaíso, allá entre los años 1885 o 1886. Al principio la gente se reía de los jugadores, los encontraba ridículos; pero luego empezaron a interesarse por el deporte y a ponerlo en práctica.

Sus primeros y más entusiastas propagandistas fueron los señores Ewing, Gemmell y Campbell, miembros de la “Foot-

Ball Association of Chile”, y a quienes debe considerarse beneméritos de este sport.

En 1896 se formaron en Santiago dos clubs nacionales: el del Instituto Nacional y el de la Escuela Normal de Preceptores. Les siguieron otros y otros. La Guardia Nacional de 1898 paralizó sus actividades sustrayéndoles sus mejores socios. Pero luego la afición continuó desarrollándose con tanta fuerza que, en 1904, en vista de su importancia y de los numerosos desafíos cruzados entre ciudades, creóse la Asociación de Foot-Ball de Santiago, presidida en su primer período por don José A. Alfonso, y en los siguientes por don Máximo del Campo, don Carlos Antmann, don Alcibíades Vicencio, don Jorge Westman, don Rafael del Canto, don Héctor Arancibia, don José Ramsay y don Angel Morales. Además, han contribuido eficazmente a la difusión del mismo sport personalidades tan distinguidas como don Felipe Casas Espínola, don Juan Esteban Ortúzar, don Miguel Salvo, don Benjamín Tallman, don Arturo Fernández Vial, don Fernando Subliceaux, don Ismael Pereira, etc., etc.

Naturalmente, al principio el juego no era tan culto como hoy; se hacía en forma tan brusca y hasta peligrosa, que despertaba resistencias entre los padres de familia; pero el tiempo ha ido educando a los jugadores y actualmente puede afirmarse que no existe en toda América un núcleo más numeroso y disciplinado de footballistas que el nuestro.

Es verdad que hemos concurrido a tres campeonatos internacionales y que en todos hemos obtenido el último lugar; pero ello se debe, en primer término, al espíritu individualista de la raza, poco apta para la cooperación sistemática, y en seguida a la falta de especialización en grandes partidas compuestas de los primeros jugadores de todo el país. ¿Esto es un mal muy grande? No lo creo. El principal papel del fútbol está en su vasta acción educadora, debido a su ilimitada difusión y al respecto no podemos quejarnos: en 1919 la Asociación de Fútbol de Chile, centro dirigente de este sport, contaba veintiséis mil quinientos treinta y un socios inscritos y el Directorio de la institución estimó en cua-

renta mil el número de jugadores activos dentro del país. Son cifras que hablan solas."

Por nuestra parte, podemos agregar que los footballistas disponen de fuerzas electorales para sacar un diputado en Santiago

y que no pocos funcionarios de instrucción han sido traídos a la capital debido a sus especiales aptitudes deportivas, siendo esperados en la Estación por los secretarios de diversos clubs, con los registros listos para firmarlos al bajar del tren...

H. D. A.



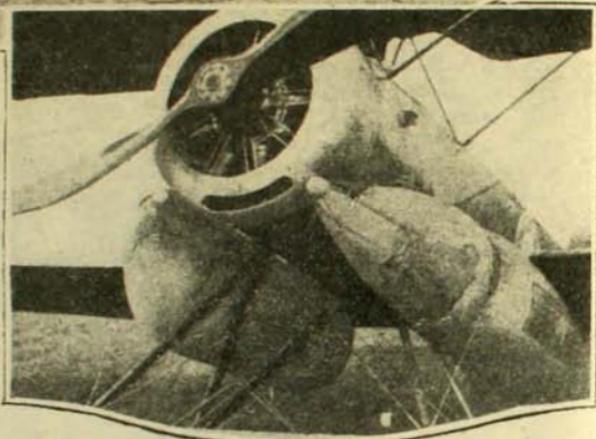
Don Jorge E. Westman, uno de los más entusiastas iniciadores del "fútbol" en Chile, ex-presidente de la Asociación de Football.

LA SEGURIDAD DE LOS AVIONES EN LAS TRAVESIAS MARITIMAS



Este aeroplano,—que no es un hidroavión,—ha sufrido una panne de motor sobre el mar. Gracias a sus flotadores plegadizos, podrá mantenerse sobre el agua sin peligro alguno.

Suando se trata de efectuar un viaje aéreo en que se debe atravesar un trozo de mar, se utilizan generalmente aviones de modelo corriente, prefiriéndolos a los hidroplanos cuyos flotadores fijos presentan serios inconvenientes: aumento de peso, dificultad para avanzar, etc.... El empleo de aviones de tipo ordinario tiene por otra parte, la desventaja de ofrecer graves peligros cuando a consecuencia de una panne sobre el mar, el aparato debe posarse sobre el agua. Si no está provisto de flotadores, se hunde rápidamente, arrastrando irremisiblemente consigo a sus pilotos y pasajeros. Para prevenir este peligro, se ha ensayado ya con éxito, en los aparatos que efectúan la travesía de la Mancha, un dispositivo imaginado por el coronel inglés Busteed, y puesto en práctica por el teniente A. Bonnet-Labranche, del ejército francés. El dispositivo consiste esencialmente en dos flotadores colocados a derecha e izquierda del fuselaje del avión: en vuelo normal, esos flotadores van plegados y no ofrecen ninguna resistencia apreciable a la marcha del avión. Están, por otra parte, unidos a uno o varios tubos de aire comprimido. En caso de peligro, basta abrir la llave de este tubo para hinchar dichos flotadores en menos de treinta segundos. Desde ese instante, el piloto puede posar en el agua su aparato con la seguridad de que no ha de hundirse. El sistema ha



En vuelo normal, los flotadores van plegados, y ocupan un pequeño volumen. En caso de panne sobre las aguas, pueden ser inflados instantáneamente, a voluntad del piloto.

sido concebido y dispuesto de tal modo que la llegada al agua se efectúa sin ninguna dificultad.

El peso del aparato, completo, destinado a ser aplicado a una máquina de una tonelada, no pesa más de 30 kilogramos, siendo el volumen de sus flotadores de 2,000 litros. El tubo, donde el aire es comprimido a 150 kilogramos, pesa aproximadamente 7 kilos y basta ampliamente para hinchar los dos flotadores. Aparte de esto, ha sido prevista una bomba de mano para suplir los escapes que pudieran tener lugar.

Este ingenioso dispositivo, como decimos, ha sido aplicado a todos los aviones que hacen la carrera Paris-Londres, y ha sido aplicado, durante la guerra, a centenares de aparatos ingleses y franceses, salvando la vida a numerosos aviadores víctimas de pannes en plena mar.

A. C.



Algunos peinados para teatro o baile; la peineta les añade una nota discretamente decorativa.

ELEGANCIAS

Por JEANNE

LOS TAILLEURS DE MODA

Al principio de la estación, parecía que se impondrían en absoluto las chaquetas sin cinturón; sin embargo, vemos también muchas de las otras, pero hay gran diferencia entre los cinturones de la estación pasada y los de ahora. Algunos siguen siendo angostos, y se llevan muy bajos, casi en las caderas; los del mismo género



del traje se cierran con una hebilla o botones casi siempre en forma de óvalo. Los más de moda son los de cuero, muy variados, con incrustaciones, o bordados con lanas blancas o de colores en armonía con el género del traje. He visto algunos de dos o más cueros diferentes combinados con arte; se hacen lindos cinturones de



Abrigo de rasku bordado con punto
de cruz en estilo rumano.

azabache y cuero, son preciosos y nuevos. Estos cinturones ponen en el tailleur sobrio y de corte sencillo una linda nota de rebuscamiento elegante.

Para los tailleurs se emplea mucho el terciopelo de lana o telas similares a esta;



Traje de sport: falda listada de verde y amarillo, blusa verde con el cinturón, cuello y puños forrados en amarillo.

los lindos colores de estos géneros sobre todo los café y marrón han venido para reemplazar al azul marino, que estuvo tan en boga.

Como forma se usa mucho la chaqueta larga, muy larga a veces, y en este último caso se puede poner sobre un traje de seda sencillo y esta combinación tiene la ventaja de que sirve a la vez como traje y como abrigo. Los tailleurs se adornan muy bien con pieles, pero éstas, (cuello o puños) son casi siempre independientes, de manera que se pueden sacar fácilmente,



La piel de mono sigue usándose, como se ve en estos lindos abrigos.

quedando intacto el traje, lo que es muy práctico, pero hay que combinar esto de modo que no se note muy gueso.



El paletó sin cintura es lo que más se lleva en trajes sastre.

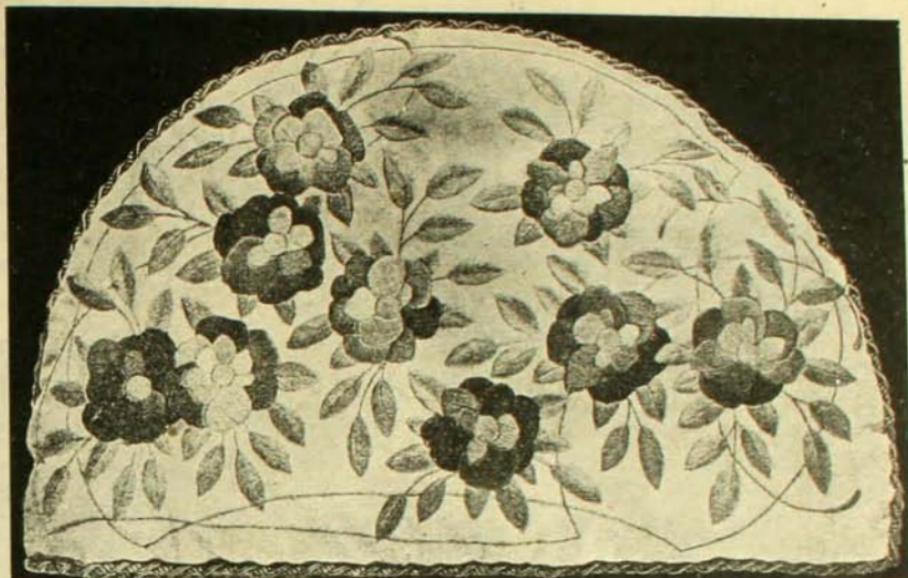
Doy algunos modelos de peinados nuevos y muy en uso en este momento, pero no hay que aceptar-



los si no sientan bien.

Los trajes para diferentes ocasiones son todos del mejor gusto.

Sombrero plisado, muy de moda.

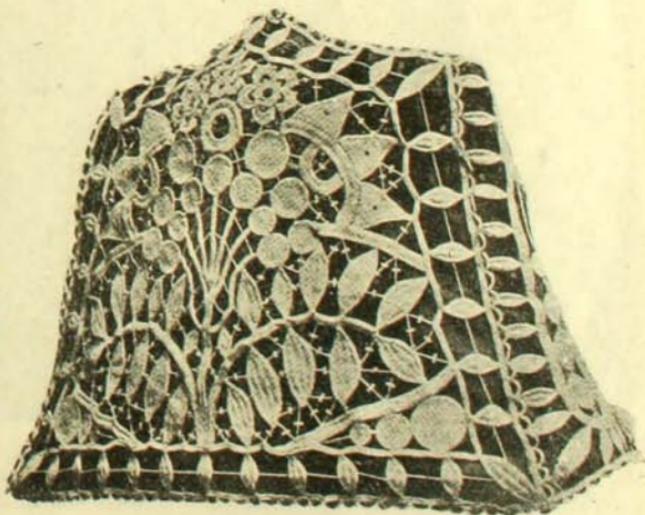


EL ARTE EN EL HOGAR

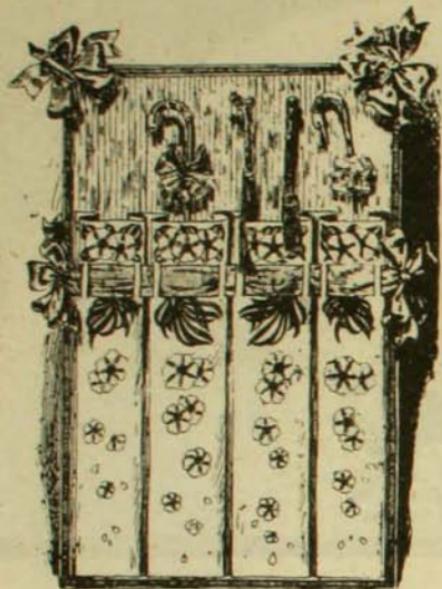
Bien saben ustedes, mis amables lectores, que en el arreglo completo de una casa no basta la mayor o menor riqueza de los muebles, la perfección de su estilo, el confort, la colocación, etc., sino que es además necesario la armonía de éstos con los accesorios o detalles. Un florero artístico, cojines, cortinillas o visillos vienen a completar el amoblado, casi diría a embellecerlo y es necesario esmerarse en su elección, pues más que otras cosas ellos son los reveladores del gusto de los dueños de casa.

Para las ventanas se

prefieren ahora las cortinillas de tules de color amarillo, violeta, o café; son unos tules que llaman metálicos, muy brillantes y que

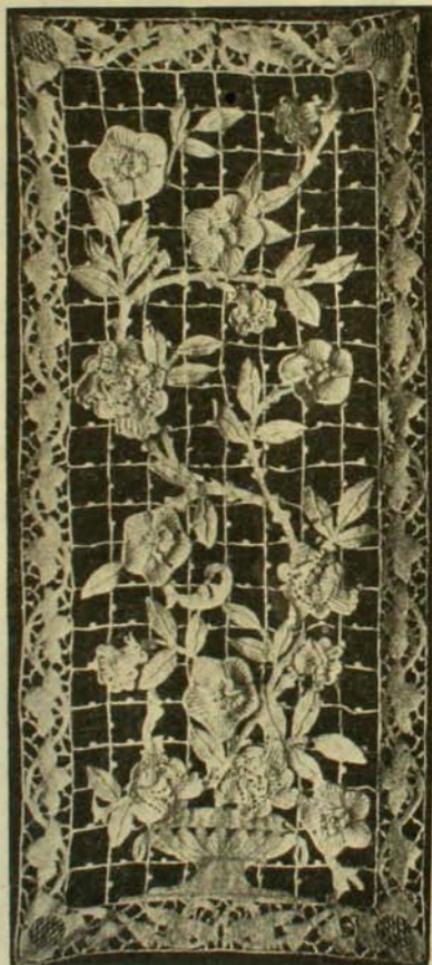


Dos lindos cubreteteras, uno en estilo japonés y el otro a crochet.



Esta bolsa para quitasoles y paraguas puede colocarse en la puerta del ropero, hacia adentro. Este modelo se puede fácilmente imitar.

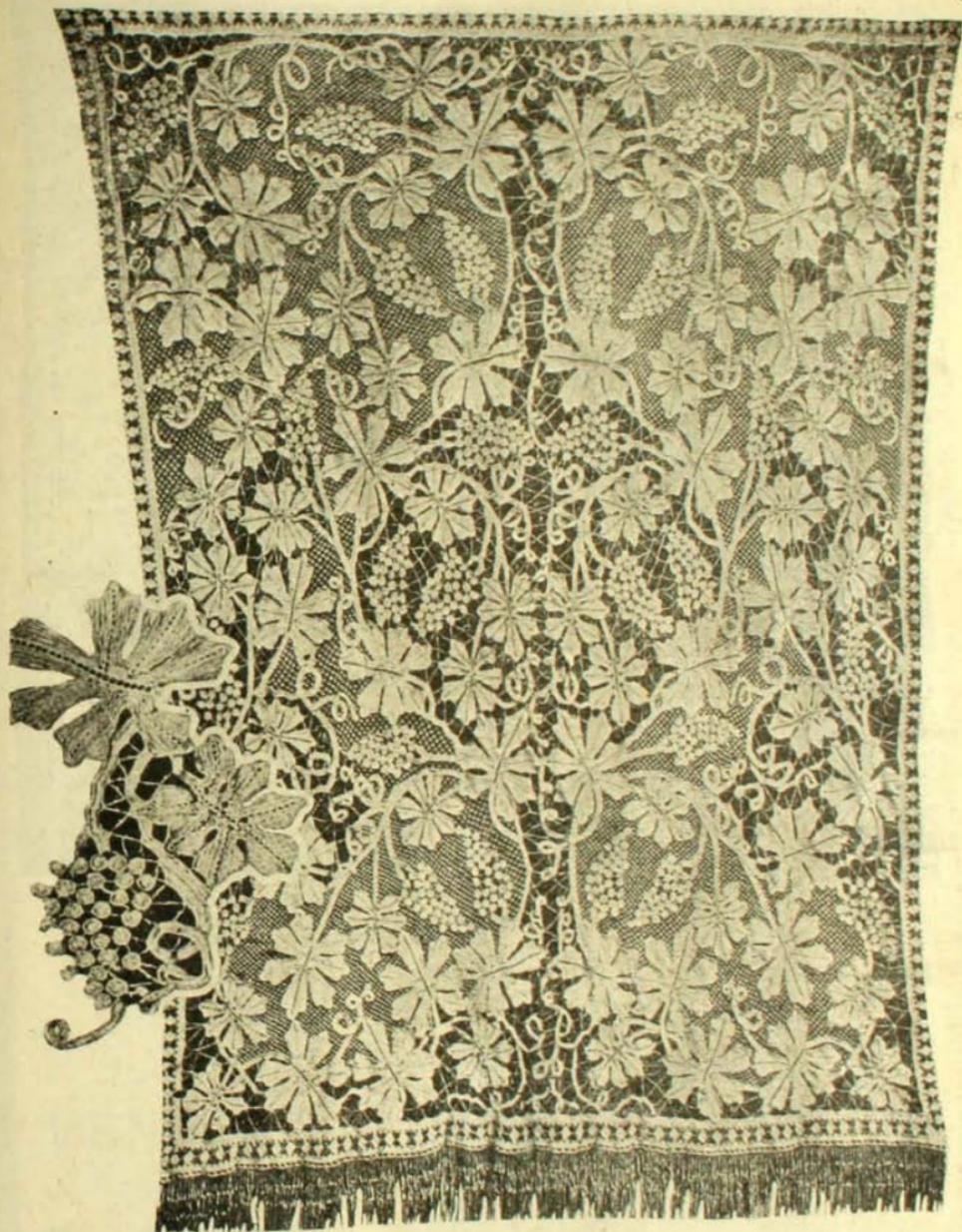
son artísticos y pueden ser ejecutados por nuestras mujeres del pueblo, que son hábiles para tejer y bordar, faltándoles sólo buenos modelos y dirección inteligente. El gran store es hecho al crochet,—muy lindo para comedor,—y debe hacerse con hilo fino. El visillo de malla es de forma nueva y original; los dos cubreteteras son elegantes, cada uno en su estilo.



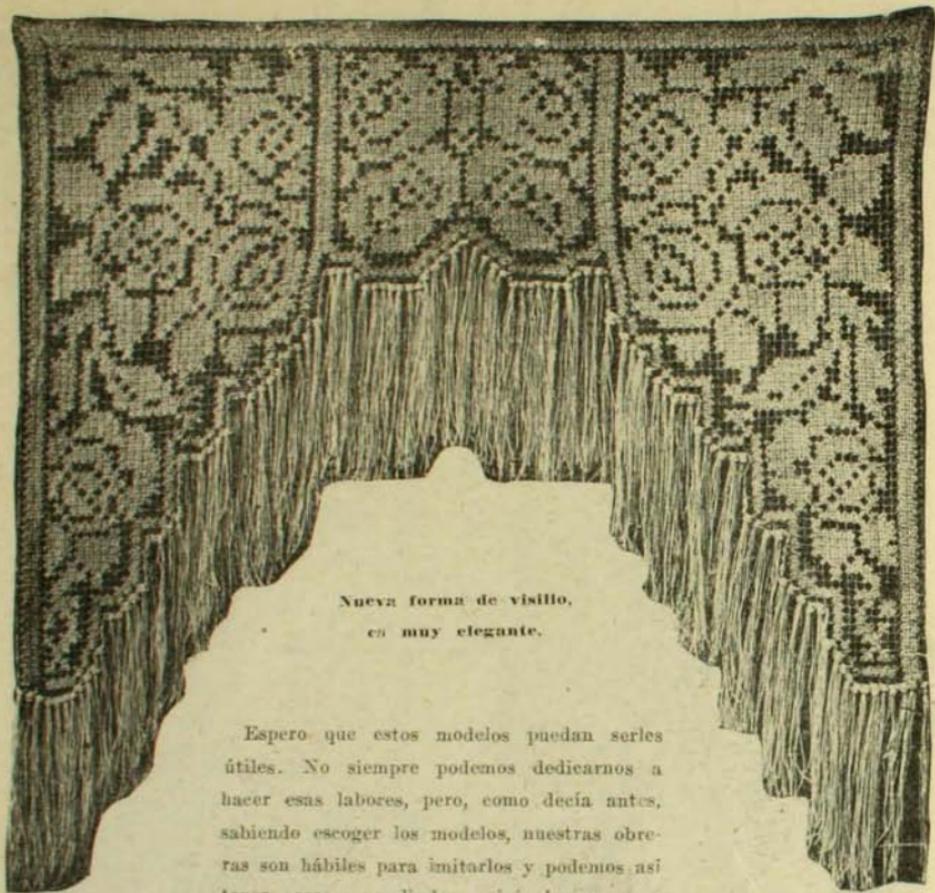
En las ventanas altas y angostas queda muy bien este pannelo que las cubre desde arriba. Se hace primero la malla tejida y sobre ella se colocan las flores hechas al crochet.

tanzan preciosamente la luz. He visto una linda pieza azul gris con cortinitas de este tul en color hueso de lúeuma; el efecto era precioso; los cojines de esta pieza, que eran muchos, la tela que cubría el sofá, las pantallas, estaban hechos en cretona de seda y otros géneros en toda la gama de los amarillos; uno o dos floreros de bronce oxidado, una linda pantalla amarillo claro cubierta con plumas de pavo real, daba una nota rara, riqueza de detalles, digo de material y un todo armónico hacían de esta pieza un rinconcito íntimo, amable, tranquilo y querido para su dueña. Bien sé que hay otras personas que tienen también su casa o su cuarto en donde viven con agrado, en donde se complacen en vivir,... pero, por desgracia, son las menos y, ¡ah!, yo quisiera que fuesen las más.

Doy algunos modelos de estos accesorios,



Gran store para comedor; está hecho al crochet.



Nueva forma de visillo,
es muy elegante.

Espero que estos modelos puedan serles útiles. No siempre podemos dedicarnos a hacer esas labores, pero, como decía antes, sabiendo escoger los modelos, nuestras obreras son hábiles para imitarlos y podemos así tener cosas muy lindas, originales y a un precio relativamente reducido.



VARIEDADES

El primer dreadnought botado al mar fué construído por Inglaterra en 1906. Su nombre fué precisamente el de "Dreadnought" que luego se ha generalizado para indicar a todos los buques similares. Dieho acorazado fué obra del arsenal de Portsmouth. Fué construído en menos de un año, lo que era algo extraordinario en aquella época.

Las matemáticas son, en algunos casos, una dificultad, cuando se trata de hacer definiciones fícticias. La razón es que las matemáticas son rigurosamente exactas y nos

obligan a afirmar lo que no sabemos de cierta.

Cuando se golpea sobre el yunque un metal ligero, como el calcio, se producen llamas, chispas y explosiones ligeras. Probablemente, son debidas a la volatilización de metal, seguido de su combinación con el oxígeno y el azoe de la atmósfera.

El señor Vaughan inventó una imprenta portátil para ciegos, una especie de máquina de escribir que traza los caracteres en relieve.

Ponemos en conocimiento del público que desde esta fecha los precios de las revistas que edita la EMPRESA ZIG-ZAG serán los siguientes:

FAMILIA

Número suelto.	\$	2.00
Suscripciones:		
	País	Extranjero
1 año.	\$ 20	\$ 25
6 meses.	\$ 10	\$ 13.25

ZIG-ZAG

Precio, el actual. Solamente aumenta el precio de la suscripción al extranjero, debido al aumento de franco fijado por el correo.

Al extranjero:

1 año.	\$ 41
6 meses.	\$ 19.55

SUCESOS

Número suelto.	\$	0.60
Suscripciones:		
	País	Extranjero
1 año.	\$ 28	\$ 41
6 meses.	\$ 14.50	\$ 19.55

CORRE-VUELA

Número suelto.	\$	0.40
Suscripciones:		
	País	Extranjero
1 año.	\$ 18	\$ 26.30
6 meses.	\$ 9.50	\$ 13.70

PENECA

Número suelto.	\$	0.20
Suscripciones:		
	País	Extranjero
1 año.	\$ 9	\$ 17.30
6 meses.	\$ 5	\$ 9.20

EL DIRECTOR GERENTE.

Banco de Londres y Rio de la Plata Ltdo.

VALPARAISO: Calle Prat — SANTIAGO: Calle Huérfanos

Oficina Principal: 7, Princes Street, London

Agencia: Cross Street, Manchester

CAPITAL AUTORIZADO	£ 4.000.000
CAPITAL SUSCRITO	" 3.000.000
CAPITAL PAGADO	" 1.800.000
FONDO DE RESERVA	" 2.100.000



SUCURSALES:

FRANCIA.—París, 16 rue Halévy.

BELGICA.—Ámberes, 22 Place de Meir.

PORTUGAL.—Lisboa, 32 Rue Aurea.

ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA.—Agencia en New York, 51 Wall Street.

ARGENTINA.— Buenos Aires, Agencias en Buenos Aires: Barracas al Norte, calle Bernardo Irigoyen 1138, calle Sarmiento 2799, Once de Septiembre, calle Santa Fe 2122, Boca de Riachuelo, calle Almirante Brown 1159. Sucursales en Rosario de Santa Fe, Mendoza, Bahía Blanca, Tucumán, Córdoba, Paraná y Concordia.

PARAGUAY.—Asunción.

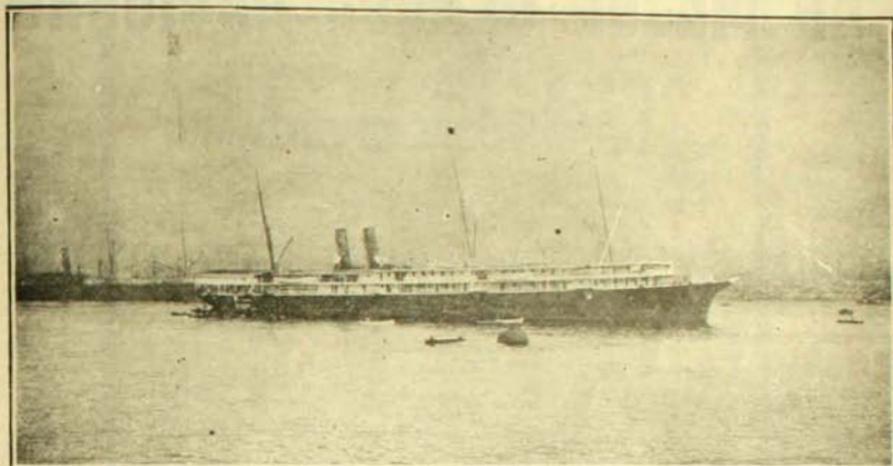
URUGUAY.—Montevideo, Agencias en Montevideo, calle Río Negro, Salto y Paysandú.

BRASIL.—Rio de Janeiro, Maaos, Santos, Bahía, Sao Paulo, Pará, Pernambuco, Curitiba, y Victoria, Porto Alegre.

Emite y atiende Cartas de Crédito, vende y compra letras de cambio.—Transferencias telegráficas. Compra y venta de valores por cuenta de sus clientes. Guarda valores y documentos en custodia y se encarga al mismo tiempo del cobro de sus dividendos. Cobranzas de Letras. Recibe Depósitos a la vista y a plazo de tres, seis y doce meses. Abre Cuentas Corrientes en moneda corriente, oro, esterlinas y oro americano.

Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 895



SERVICIO SEMANAL RAPIDO, entre Valparaíso y Cristóbal, en 14 días, atendido por los magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica.

RENAICO - AYSÉN - HUASCO - PALENA - IMPERIA

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde, y tienen conexiones en Antofagasta y Arica, con los trenes internacionales para Bolivia, los mismos días de la llegada, y en Cristóbal, para Estados Unidos, en las lujosas naves de la United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

SERVICIO QUINCENAL, entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú) en 14 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

MAPOCHO - MAIPO - CACHAPOAL

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde

PROXIMAS SALIDAS:

- “**MAPOCHO**”, para Pimentel (Norte del Perú) e intermedios, el 20 de abril de 1920.
- “**HUASCO**”, para Cristóbal (Zona del Canal) e intermedios, el 3 de mayo de 1920.
- “**IMPERIAL**”, para Cristóbal (Zona del Canal) e intermedios, el 10 de mayo de 1920.
- “**CACHAPOAL**”, para Pimentel (Norte del Perú) e intermedios, el 13 de mayo de 1920.
- “**PALENA**” para Cristóbal (Zona del Canal) e intermedios, el 17 de mayo de 1920.
- “**MAIPO**” para Pimentel (Norte del Perú) e intermedios, el 27 de mayo de 1920.

AGENCIAS

EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU

EN SANTIAGO: CARLOS ROGERS, Bandera, esq. Moneda

EN CRISTOBAL: UNITED FRUIT Company.

EN BUENOS AIRES: EXPRESO VILLALONGA, Balcarce, esquina Moreno.

EN NUEVA YORK: JOHN R. LIVERMORE Inc. 21-24, State St.

EN PARIS: A. P. DUPONT, Rue Halevy 4.

EN LA PAZ: TOMAS BRADLEY, Avenida Montes 52.

ONTERÉ PLAZA.

EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

COMPAÑIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado	7,500

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.º Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

"LA VALPARAISO"

Compañía de Seguros Contra Incendios, Riesgos
Marítimos, Etc.

COCHRANE Núm. 879

VALPARAISO

Capital Suscrito. \$ 2.000,000.00

Capital Pagado. 1.000,000.00

Banqueros:

Banco A. Edwards y Cía.

CONSEJO DIRECTIVO

PRESIDENTE

Don Jorge Etehegaray

VICEPRESIDENTE

Don C. Gordon John

CONSEJEROS

Don Max Fontaine, Don Eduardo Deves, Don Francisco
Sampaio, Don Arturo García, Don José M. Ríos Arias.

GERENTE

Don Ricardo Swett O.

Agentes Generales en Santiago:

JORGE PHILLIPS y Cía.

AGUSTINAS 1120

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDADES
DE LA REPUBLICA

LA ARISTOCRACIA DE LA ESCOBA

Una de las resoluciones más extrañas del bolchevismo es la creación de una nueva aristocracia proletaria rusa. Se compone de unos 1.500 miembros que nacieron entre harapos y se visten hoy de seda y se adornan con alhajas. Poseen ilimitadas ambiciones sociales. La mayor parte de ellos son mujeres, porque Rusia fué siempre un país en el cual influían mucho las mujeres y el bolchevismo las ha concedido nuevos y considerables derechos. Sin embargo, la vida de estos nuevos aristócratas no es siempre agradable, porque la masa de los proletarios los mira con odio y envidia y trata de amargarles la vida en lo posible. Se afirma en la misma Rusia que los hábitos de la antigua aristocracia reviven tal y como eran en tiempos del zarismo, con la única diferencia de que ahora son las cocineras y las barrenderas las aristócratas.

En el Soviet de Moscou una mujer, Bárbara Stehmine, ocupó durante mucho tiempo el palacio de los Romanof en calidad de "ama de gobierno". Tenía automóvil, criados, ricos vestidos y daba espléndidas recepciones. Los envidiosos del Soviet la hicieron marcharse y fué reemplazada por una prima de Lenin, Irene Leeskoff, que al poco tiempo comenzó también a dar recepciones.

La emperatriz de la aristocracia bolchevique es madame Andreyeff, a la cual Gorki hizo pasar por su esposa legítima en su viaje a América en 1906, lo que produjo gran escándalo. Actualmente Gorki se ha divorciado y se ha casado con ella y ha sido nombrada directora en jefe de los teatros de Petrogrado. Da recepciones en el palacio de mármol del gran duque Constantino y ha organizado un salón político-literario, muy frecuentado.

LA NAVEGACION FLUVIAL EN ALEMANIA

Si por el momento tiene Alemania que renunciar a sus proyectos de expansión marítima, le queda el consuelo de fomentar la navegación interior, que tanto contribuye al progreso de la industria y del comercio. Los alemanes habían empezado a comprender la enorme importancia de las vías fluviales antes de la guerra, y el mismo Gui-

lermo II acordó conceder a las Sociedades fundadas para fomentarla, subvenciones considerables y puso gratuitamente a su disposición marineros y "chauffeurs" pertenecientes a la marina militar.

Si en 1914, en el desarreglo general provocado por la guerra, el interés por la navegación no era muy grande, a partir de 1916 este sistema de transporte adquiere una importancia extraordinaria. A consecuencia del aumento de los gastos, tanto para el mantenimiento como para el entretenimiento, las ganancias realizadas al principio no corresponden al exceso de transportes efectuado, gracias a la utilización completa del material. Pero a partir de 1916, estas ganancias aumentan, y se aproximan cada vez más a las cifras anteriores a la guerra.

Tales resultados estimulan la actividad de las Sociedades de navegación y de todas las empresas fluviales de transporte. A pesar de las imperiosas obligaciones militares, se construyen numerosas unidades que aportan su concurso pecuniario y moral al Gobierno, el cual consagra a ello también importantes sumas.

Los ribereños se organizan en Sindicatos para estudiar y resolver los diversos problemas de la navegación fluvial. Los más importantes se hallan en Baviera, en Wurtemberg, en el gran ducado de Baden y en el de Hesse Darmstadt.

Los alemanes conceden tan gran importancia a que una ciudad manufacturera se halle provista de una vía de agua, que consideran como desheredadas a aquellas que no las poseen. La segunda gran ciudad manufacturera del imperio, Leipzig, se hallaba privada de ella hasta 1914; pero existía un proyecto de ligar el Elba de Torgau, por un canal de 58 kilómetros. En plena guerra, han ejecutado este proyecto; en ello fueron gastados 25 millones de francos votados para la mejora de las vías navegables.

El lugar que estos problemas ocupan en la gran Prensa demuestra claramente hasta qué punto interesan en Alemania. Para satisfacer este interés los diarios tienen colaboradores especialistas, y así cada ciudadano que lee su periódico se halla informado sobre los motivos, las condiciones y las consecuencias de las empresas públicas a las cuales tiene que contribuir con su cuota de gastos, así como recoger su proporción de ventajas.



Frat. Castagnette

FABRICANTES DE ROPA BLANCA bordada y
cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME
ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras he-
churas en fabricación son perfectas y esto lo atestigua
la enorme aceptación que el público nos dispensa.

AGRADECEREMOS PIDA DATOS, muestras y
precios a otras partes y los compare con los nues-
tros y se convencerá de la gran ventaja de los artícu-
los de nuestra fabricación.



Atendemos gra-
tuitamente pedidos
de nuestro Catálogo

COMPañIA
DE
LOTA Y CORONEL

GERENCIA EN VALPARAISO

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41
Nacional 391

**MINAS DE CARBON DE PIEDRA
EN LOTA, CORONEL Y CURANILAHUE**

FABRICA
DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDAS

AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANQUERA 75 (Bolsa de Comercio)
CASILLA NUM. 1853



Lea estos certificados:

DEL DR. MARCIAL GUZMAN Z.—Especialista en enfermedades de niños.
DR. MARCIAL GUZMAN Z.—Consultas de 1½ a 4½ P. M.—Monjitas 345.—Teléfono 2667.—Septiembre 19 de 1916.
 Tiene el agrado de felicitarle por la oportunidad de darnos un alimento que reemplaza con grandes beneficios a sus similares extranjeros y que está perfectamente indicado en los niños, mayores de tres meses, y en especial en los que está contraindicada la alimentación lacteada.

MARCIAL GUZMAN Z.

DEL DR. EUGENIO CIENFUEGOS B.—Médico del Patronato de la Infancia y del Policlínico "Manuel Arriarán".
EUGENIO CIENFUEGOS B.—Rosas 1267.—Santiago, marzo 16 de 1916.—Empleo el "ALIMENTO MEYER" en la generalidad de los casos en que es menester agregar los farináceos a la alimentación de los lactantes.

Su composición, su gusto agradable, su fresca preparación y su bajo precio, me hacen preferirlo a los alimentos extranjeros análogos.

Dr. CIENFUEGOS, médico del Patronato de la Infancia y del Policlínico "Manuel Arriarán".



**ALIMENTO
 MEYER
 ES EL
 MEJOR**

ANTIGUAMENTE SE TRABAJABA ASI:



Ahora hay que ver como trabaja la Sociedad

IMPRESA Y LITOGRAFIA

VALPARASO
Calle Prat
269

UNIVERSO

SANTIAGO
Galería Alessan-
dri 29



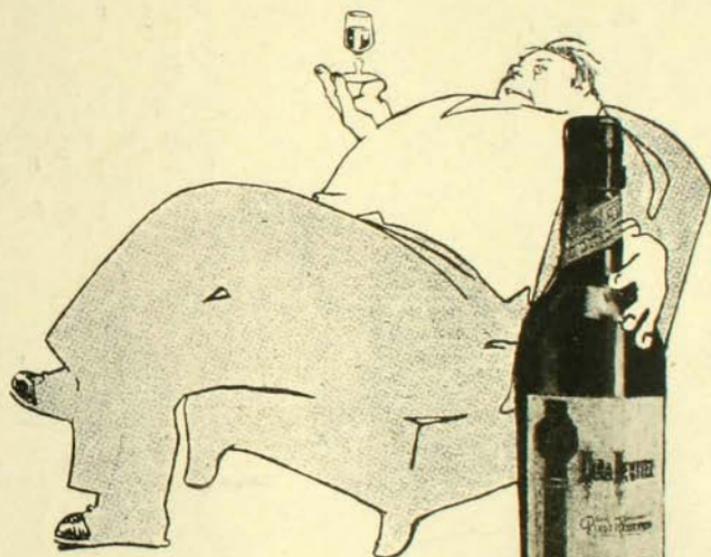
VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646



RECOMIENDA TODOS
SUS VINOS Y
ESPECIALMENTE EL

PINOT RESERVADO



EL
CALZADO
MARCA

Artigas

ES INDISPENSABLE PARA
TODA
FAMILIA

M. ARTIGAS y Ca.

235 - AHUMADA - 239 - CASILLA 2970



PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡





OS DEPORTES AL AIRE LIBRE son alegría para el espíritu y salud para el cuerpo. Pero suelen ofrecer peligros contra los cuales conviene precaverse debidamente. Un violento cambio de temperatura; una corriente de aire; un esfuerzo excesivo, pueden traer resfriados, catarros, neuralgias, depresión nerviosa e intensos dolores de cabeza. Por eso, quienes gustan de tales placeres y quieren gozar de ellos sin temor a consecuencias desagradables, deben tener siempre consigo las maravillosas TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y CAFEÍNA (tubo de etiqueta roja con la Cruz Bayer.) Su poder calmante, tónico y curativo es tan admirable que bastan dos de ellas para aliviar, en menos de DIEZ MINUTOS, los dolores de cualquier clase, cortar los resfriados, restablecer la circulación, apaciguar el sistema nervioso y devolver las fuerzas tanto físicas como mentales.

Además, son el mejor remedio para el malestar causado por el abuso de las bebidas alcohólicas y para los dolores de cabeza que produce el exceso de trabajo intelectual, lo mismo que para los cólicos menstruales, el reumatismo y la gota.



COMPANIA DE SEGUROS
CONTRA
INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

8941
LA
“INTERNACIONAL-CHILE”

AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7 DE 1910

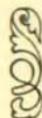
Capital Pagado	\$ 1.000,000.00
Fondo de Reserva	300,000.00
Fondo de Reseguros	500,000.00
Fondo de Fluctuaciones de Valores	800,000.00
Fondo de Eventualidades	1.000,000.00
Fondo de Futuros Dividendos	152,896.33

\$ 3.752,896.33

DIRECTORIO

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos García L., Don Gmo. Luis Plunzner, Don Enrique Middleton
Cruz, Don Víctor Prieto Valdés, Don Marcos Montt,
Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

Oficina Principal:

VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en
Londres

LAS BASURAS Y LA ELECTRICIDAD

Un aprovechamiento de las basuras muy poco conocido, es el que permite utilizarlas como combustible para los generadores de las fábricas de electricidad. En la ciudad de Preston se queman diariamente 53 toneladas de basura, en cuatro hornos de gran tamaño. Otras tantas puertas permiten cargar los hornos a mano y una corriente de vapor arrastra los gases de la combustión, quemándose todos los vapores nuevos. Las puertas miden 14 metros cuadrados permitiendo echar verdaderas carretadas de basura, y dos de los hornos tienen en la parte superior grandes aberturas que permiten introducir cadáveres enteros de animales.

CONTRA EL HUMO EN LAS CIUDADES

Interesante de veras es la campaña contra el humo, que actualmente se hace en Chicago. Ya se han conseguido resultados muy halagüeños, gracias a haberse descubierto que para disminuir el humo de las fábricas, debe dejarse un espacio de tres metros, por lo menos, entre el hogar donde se quema el combustible y la superficie de la caldera.

Cuando la habitación donde están las máquinas es bastante alta, cuesta poco trabajo levantar la caldera a dos o tres metros por encima del hogar. Si no es posible hacer esto, puede apelarse a otro recurso que consiste en colocar el fuego cerca del extremo anterior de la caldera.

También puede disminuirse el humo, quemando siempre carbón del mismo tamaño. Si se queman juntos carbón menudo y carbón grueso, uno y otro arden de un modo desigual y no hay manera de impedir el humo.

El éxito de la campaña ha llegado hasta el punto de que hoy puede asegurarse que la generación venidera no encontrará en toda la América del Norte una sola ciudad que sufra las molestias del humo.

Para acabar con ellas, se adoptan cada día nuevas medidas, y, entre otras, una muy curiosa: en vez de multar al propietario del edificio cuyas chimeneas dan demasiado humo, se le indica la mejor manera de evitarlo, y se le da un plazo prudencial para que haga las obras necesarias. Si al acabar aquel plazo sigue la chimenea ahumando toda la vecindad, y se descubre que el propietario no ha hecho reforma ninguna, se le impone la pena correspondiente a su desidia.

FORTUNA POR EL AHORRO

Bonos del Canal Interoceánico de Panamá.

Premios Anuales: Dos de 500,000 fr., dos de 250,000 fr., cuatro de 100,000 fr., cuatro de 10,000 fr., cuatro de 5,000 fr., veinte de 2,000 fr. y doscientos de 1,000 fr.

Sorteos Trimestrales: 15 de Febrero, 15 de Mayo, 15 de Agosto y 15 de Noviembre.

Con sólo Cinco Pesos, que se pagan una sola vez, se puede tomar parte en TODOS los sorteos con derecho al cincuentaavo de cada premio. Con \$ 5, \$ 10, \$ 15, \$ 20, etc. se puede ganar 10,000 fr., 20,000 fr., 30,000 fr., 40,000 fr. etc. Con cincuenta cuotas o un bono se puede ganar 500,000 fr.

177.º SORTEO verificado en París el 15 de Febrero de 1920.

500,000 fr.—No. 845,587.
100,000 fr.—No. 1,120,023.
10,000 fr.—No. 987,360.
5,000 fr.—No. 1,684,899.
2,000 fr.—Nos. 934447, 1461859, 1728000.
1857358 y 1994223.
1,000 fr.—Nos. 12162, 194648, 194863,
245205, 303843, 357674, 388108, 393806,
408234, 416293, 485961, 489201, 539168,
607348, 634931, 645379, 722479, 772136,
776436, 942578, 982313, 1009792, 1040744,
1078484, 1097192, 1162961, 1179744, 1206980,
1242465, 1243229, 1253598, 1377206, 1418260,
1423821, 1433131, 1451918, 1452136, 1408116,
1554530, 1594346, 1629661, 1640712, 1696379,
1720384, 1721872, 1724845, 1758562, 1766487,
1882755 y 1909209.

Entregamos las cuotas y los bonos a vuela de Correo. Reembolsamos las suscripciones previo aviso de 90 días. No se pierde nunca el capital. No es Lotería Es un ahorro, cuyos intereses se reparten cada trimestre en forma de premios. Avisamos personalmente a todos los dueños de los números sorteados. M. MASBOU, Agencia Franco Americana, — Santo Domingo 969, Casilla 1485, Santiago de Chile.

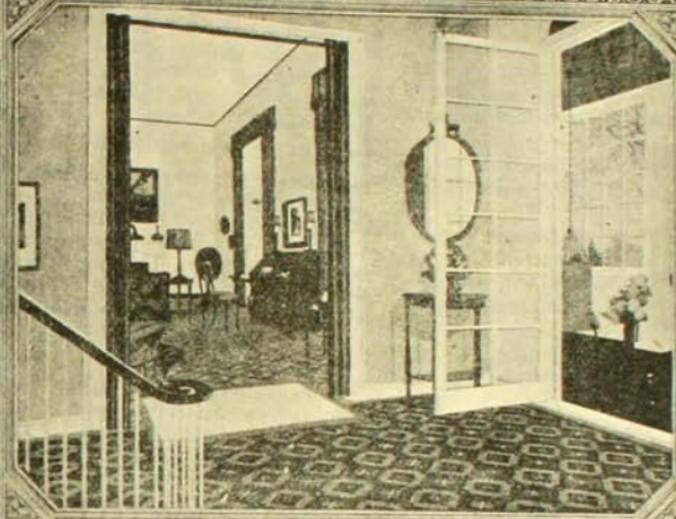
COMO DEBEN CUIDARSE LOS PAJAROS

Las personas aficionadas a los pájaros deben tener siempre muy presentes los consejos que vamos a transcribir, y siguiéndolos lograrán que las avejillas, que tanto alegran la casa, gocen de buena salud, y por lo tanto canten.

No se les debe tener en una habitación cuando se está barriendo, porque el polvo que se levanta se les introduce en la garganta y les estropea la voz. Las jaulas no deben colgarse en la parte de afuera de las ventanas o balcones ni donde les dé el sol directamente, no siendo después de haberse bañado el pájaro; pero hay que tener cuidado de retirarlo del lugar soleado en cuanto se le secan las plumas.

No deben ponerse en sitios donde haya corriente de aire ni en las cocinas, porque les dañan tanto la atmósfera muy húmeda como la muy seca.

Los higos, el azúcar y toda clase de dulces les hacen mucho daño. Tampoco se les debe acostumar a andar sueltos por los aposentos, porque dejan de cantar bien, ni darles a comer nabina o mostaza.



LINOLEUM,

Incrustado Inglés

El dibujo que se presenta en este linoleum pasa por todo el espesor, es decir, no puede borrarse con el uso constante que se le dé, y por consiguiente, nunca pierde su apariencia de nuevo.

Tenemos un gran surtido de linoleums a propósito para el Comedor, Hall, Dormitorio, y hasta para la Cocina, en más de 60 diseños para elegir.

MORRISON Y CIA.

SANTIAGO

VALPARAISO

EL PERRO AFILADOR

En una pequeña población de los Estados Unidos, Orange, llama la atención de todo el mundo un magnífico perro de San Bernardo, que afila navajas, hace helados y ejecuta una porción de habilidades por el estilo.

Su propietario ha construido una máquina parecida a un molino, dentro de la cual y corriendo jovialmente sobre una rueda de paletas, está el laborioso animal.

La máquina pone en movimiento un aparato para cortar y picar carne u otros manjares, y una piedra de afilar y una heladora.

De esta forma el perro trabaja dignamente, unas veces afilando cuchillas, otras cortando delgadísimas chuletas, picando carne o cebolla y otras preparando exquisitos helados.

EN VEZ DE BICARBONATO

El Dr. Mathieu dice que el citrato de sosa es preferible, en gran número de casos, al bicarbonato de sosa tan corrientemente empleado para combatir la acidez y las gasteralgias.

El empleo del citrato de sosa es inofen-

sivo: se administra a dosis de 1 a 4 gramos, según la violencia de la crisis, disuelto en agua. Se puede hacer más agradable el sabor añadiéndole unas gotas de esencia de naranja.

Si se trata de una gastritis alcohólica, medicamentos, o de dolores de afecciones graves, como los de las úlceras de estómago, los calmará en seguida. El dolor disminuye la hiperestesia del epigastrio y la sensibilidad dolorosa a la presión del estómago se atenúa y desaparece poco a poco. Como el citrato de sosa tiene acción anti-emética, en la pituita, los vómitos, las acideces, etc., está indicado su uso.

¿Cómo explicar la acción de esta sal? En presencia del ácido clorhídrico del jugo gástrico, el citrato de sosa se descompone, dejando libre el ácido cítrico y formando el cloruro de sodio. Esta sustitución de un ácido orgánico débil, el ácido cítrico, por uno más fuerte, el clorhídrico, y la adición de la sosa al jugo gástrico serán evidentemente la causa de que se produzca esa sedación rápida que se observa con el empleo de dicho producto.

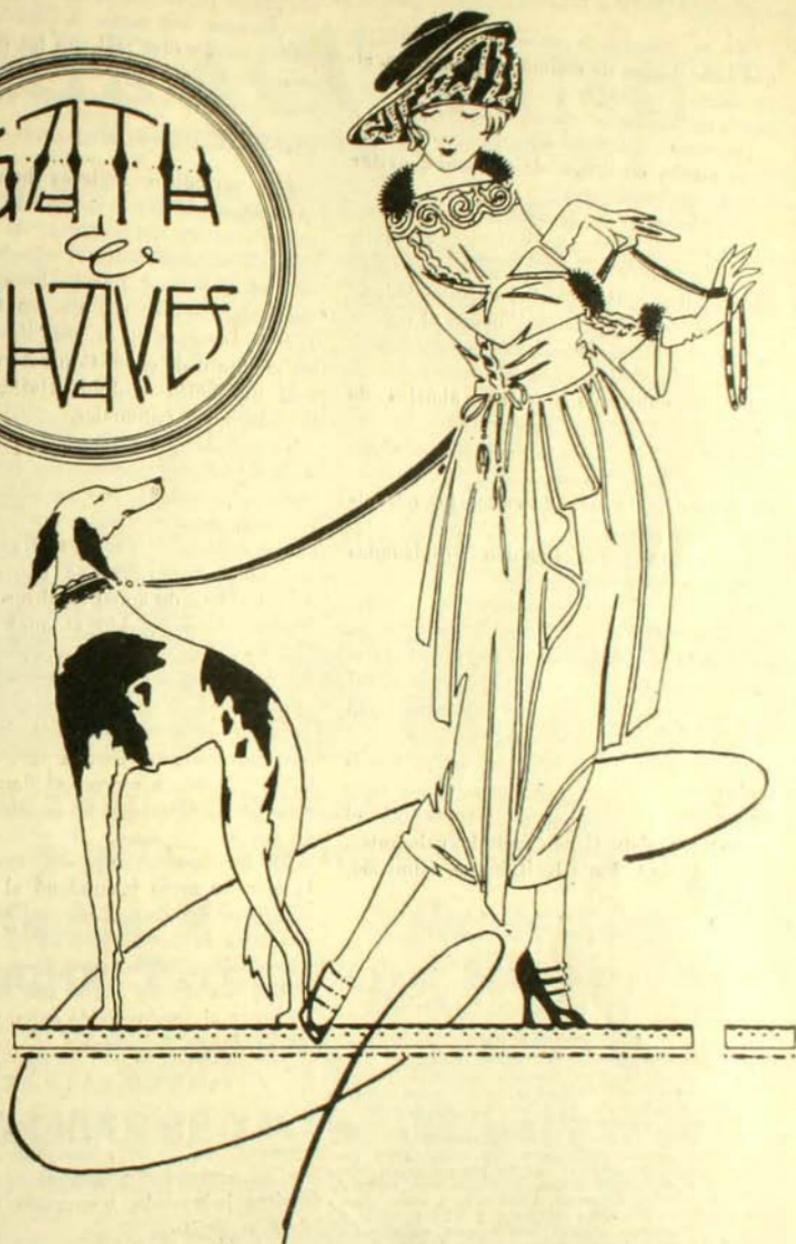
Los dispépticos pueden sustituirlo sin temor alguno por el clásico bicarbonato de sosa en caso de que este último no les produzca alivio.

Sus cabellos blancos

Desarmonizan con la belleza de su rostro.

Zinturo
MONARCH





OTOÑO Y INVIERNO

Los departamentos Confección Señas, Confección Niñas y Modas de la Casa Gath y Chaves, ofrecen las primicias de la moda actual, en estilos modernísimos, de originalidad exquisita, que revelan en su regia presentación el ponderable buen gusto, el arte y la gracia que han puesto en estas novedades los más famosos modistas parisienses.

Las pieles para invierno, cuyo elegante y fino surtido expone la sección garnitures (primer piso), son admirables de riqueza, y por la variedad en que las presentan los peleteros proveedores de Gath & Chaves, son sumamente atractivas.

LA UTILIDAD DE LOS PERFUMES

No es únicamente su agradable olor lo que hace dignos de estima los perfumes, sino también otras muchas propiedades, algunas de las cuales vamos a describir.

Un simple pañuelo impregnado de perfume puede, en época de epidemia, evitar el peligroso contagio.

Los antiguos no ignoraban las virtudes de los buenos perfumes, y un escritor latino cita más de cien que son al mismo tiempo remedios contra ciertas enfermedades.

La esencia de "violeta" ocupa el primer rango, si bien es necesario que su esencia sea pura y extraída de la misma flor.

La costumbre de nuestras abuelas de perfumar las sábanas con espíesgo, no era sólo por agradar a los que se posaban entre ellas, sino para favorecer su descanso, pues según se dice, la lavanda calma los nervios y excita el sueño.

El jazmín posee también propiedades medicinales por su olor.

Los escritores de otros tiempos lo recomiendan como tónico, pero hacen constar que si solo es beneficioso, al ser mezclado se convierte en muy perjudicial, fatigando los nervios y siendo susceptible de producir una penosa depresión y decaimiento.

El tomillo se considera como un poderoso tónico, el cedro y el palo de rosa son muy confortantes, de la misma manera que el musgo y la violeta tienen virtudes calmantes.

El agua de Colonia legítima es, asimismo, un fortificante.

COMO CURAR LA SORDERA CATARRAL O LOS ZUMBIDOS DE CABEZA

Si Ud. tiene catarro, sordera catarral o siente los zumbidos de cabeza que el catarro ocasiona, o las flemas que gotean al fondo de la garganta, o siente catarro estomacal o intestinal, se alegrará de saber cómo se puede librar enteramente de todos estos síntomas adictivos con muy poco trabajo, a muy poca costa y en su propia casa. Todo se reduce a conseguir un pomito con una onza de Farmenta (Doble Fuerza), llevárselo a casa, agregarle 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulada, batirlo hasta que se disuelva y de ello tomarse una cucharada de las de postre cuatro veces al día. Desde el primer día de tratamiento notará la mejoría; como va respirando con más facilidad, los ruidos y dolores de cabeza desaparecen gradualmente, así como la sensación de estupor y confusión de ideas, etc., bajo la acción tónica del tratamiento. Lo que se había perdido en el fondo de la garganta, aquel gotear de flemas en el olfato y en paladar, que también son síntomas sugestivos de catarro, todo ello va cediendo a la acción eficaz de este tratamiento. Casi el noventa por ciento de afecciones al oído provienen del catarro, y siendo esto así, muchos han de ser los beneficiados por un tratamiento casero tan simple como éste.

Sin embargo, de todo esto, nosotros participamos de la misma opinión de un escritor francés del siglo XVIII, que decía: "Oler bien y oler mal son los dos extremos opuestos; el término medio está en la limpieza, la cual consiste en no oler a nada".

EL REO DE SOMBRERO DE COPA

Los periódicos ingleses han resucitado la historia curiosa del proceso que se formó al inventor del sombrero de copa.

Era éste un inglés que se hallaba establecido en el Strand, una de las calles principales de Londres. El día 15 de enero de 1797 se presentó en la calle llevando puesto un sombrero de copa. Con este motivo hubo casi un motín y John Hetherington fué llevado a los tribunales.

El policía que lo detuvo acusó al procesado de "llevar puesto un sombrero que él llamaba de seda, que era de una estructura brillante, calcinado para asustar a las gentes tímidas". Varios testigos declararon que muchas mujeres se habían desmayado a la vista de aquel sombrero, que varios niños habían sufrido ataques histéricos y que un muchacho, hijo de un cordelero, había sufrido la rotura de un brazo entre los apretones de la muchedumbre. En su defensa John Hetherington dijo que no había atentado contra ninguna ley, sino que se había limitado a ejercer el derecho de aparecer en público con un sombrero inventado por él.

El lord corregidor, sin embargo, tomó la cosa en serio y condenó al procesado a que diera dos fianzas de a 500 libras cada una para garantizar que en lo futuro no se entregaría a tal extravagancia.

Hoy día no hay inglés que se respete que no gaste el sombrero de copa, por lo menos en las horas de oficina.

COLEGIO PARA PERROS

En París se ha abierto un colegio para enseñar reglas de urbanidad a los perros.

Los educandos aprenden a saludar a los visitantes brincando, meneando la cola y ladrando bajito.

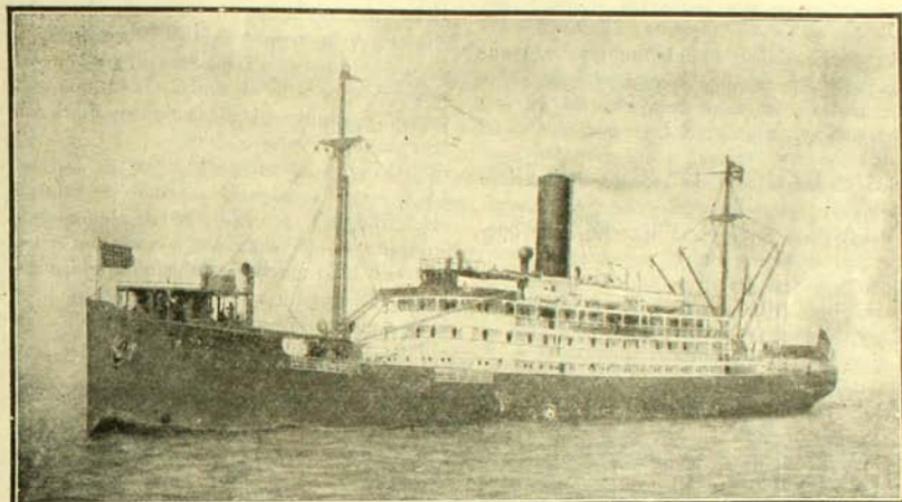
Para despedir a una persona la acompañan hasta la puerta moviendo el rabo sin cesar y allí hacen una especie de reverencia bajando la cabeza hasta tocar con el hocico en el suelo.

También se les enseña a recoger del suelo cualquier objeto que se caiga como, por ejemplo un pañuelo, un guante o un abanico y entregárselo a su dueño.

“GRACE LINE”

SERVICIO DIRECTO DE PASAJEROS

Entre Chile, Perú y Nueva York



VIA CANAL DE PANAMA. - SIN TRAS BORDO
POR LOS NUEVOS VAPORES AMERICANOS DE 10,000 TONELADAS:

“Santa Ana”, “Santa Luisa”
“Santa Teresa” y “Santa Elisa”

Viajes rápidos de Valparaíso a Nueva York
en 17 días, únicamente para pasajeros de primera clase

SALIDAS DE VALPARAISO CADA 15 DIAS

Los Sábados, a las 2 de la tarde

ESCALAS EN LOS SIGUIENTES PUERTOS: Antofagasta, Iquique,
Arica, Callao, Colón y Nueva York

W. R. GRACE & Cía. Valparaíso
GRACE & Cía., Chile, (S. A.) - Santiago

OPICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA.

INSUPERABLE



PURO DE OLIVAS

NUESTRA PORTADA

"VALENCIANA". CUADRO DEL FAMOSO

PINTOR ESPAÑOL HERMOSO.

SUMARIO

	Págs.
DOÑA DELIA MATTE DE IZQUIERDO, (Semblanza, por el Curioso Impertinente)	373
LA SOCIEDAD ARGENTINA	377
LA SEÑORA ISIDORA HUNEEUS DE URRUTIA	384
LOS NIÑOS QUE QUISIERON JUGAR CON LA LUNA, Almor	385
LA CONVENCION DE LA UNION LIBERAL	393
NATALICIO DEL REY DE ESPAÑA	403
TEATRO FRANCÉS, R.	405
OLVIDOS DE LOS REFORMADORES, N. Novoa Valdés	409
LA MAS GRANDE (A mi madre), Claude Farrere	416
EL SEÑOR MALVOA, C. Silva Vildósola	419
LOS ENEMIGOS MISTERIOSOS, Miguel de Fuenzalida	425
MUSICA MODERNISTA, Daniel Balmaceda	449
POETAS JOVENES ARGENTINOS	452
LA RIA EMBRUJADA, Carlos Acuña	453
PEQUEÑA BIBLIOGRAFIA EXTRANJERA	458
EL MISTERIO DE LA ISLA SAN LUIS, Pierre Ladoué	459
EN LA INTIMIDAD, Vieille Amie	465



Doña Delia Matte de Izquierdo

(Semblanza
por el Curioso Impertinente)

¿Cuándo conocí yo a doña Delia Matte de Izquierdo? ¿Cuándo la conociste tú, lector?... Ni tú ni yo lo sabemos, ¿no es verdad?, pues su silueta grácil y ondulante ha sido familiar desde hace años a la ciudad de Santiago.

¿Quién no la ha visto, mañana a mañana, subir lentamente por la calle de la Moneda, desde su palacio hasta el Santa Lucía, y deambular por él, sola o acompañada, apacible siempre, como dejándose mecer por la onda acariciante de su pensamiento fino? ¿Quién no la ha visto descender en seguila hácia el centro de la ciudad, avanzar por Ahumada, cruzar por la populosa Huérfanos, ir al Correo, y ocupar de vuelta el asiento que el hábito de ella y el respeto de las gentes le tenían siempre re-



Doña Delia Matte de Izquierdo.

servado a las doce y minutos? ¿Quién no la ha visto hojear publicaciones, tender la mano, sonreír al amigo que pasa, rodearse de gentes que la rinden culto, en ese asiento privilegiado de nuestra Plaza principal?

Tú has visto como yo, todo eso, y el día en que por casualidad no la encontrabas en tu caminata matutina, echabas de menos, como se dice, a esa gran dama que pasaba por entre la muchedumbre como esquivándose y despertando, sin embargo, vivos comentarios. Sí, comentarios, es la palabra, porque cada cual argüía algo a propósito de ella: desde luego sobre su toilette, puesto que ¿a quién no ha dejado de llamarle la atención la independencia con que se ha ataviado siempre? ¿Use lo que se use, no ha

cesado en llevar "misia Delia" lo que ella ha estimado elegante y señorial, lo que ha sido de su gusto, sin obedecer a imposiciones pasajeras musulmanas o parisienses, y dando a su silueta a través de los años, cierto carácter clásico que la liga por una eternidad a nuestra vida ciudadana.

No sólo tal fidelidad a sus modos de ser propios ha fijado la atención en esta señora, sino también, y acaso más, se ha comentado sobre sus aparentes singularidades en el modo de vestir:

—¿Lleva zapatos en punta? Pero si no se usan los zapatos en punta...

Sin embargo, dos meses después, comienzan a llegar a todas partes zapatos en punta. ¿Por qué?... Por que cuando "misia Delia" comenzó a llevar zapatos en punta en París y su modista se los envió de allá, directa y rápidamente, mientras las demás señoras tuvieron que esperar que los trajera Gath y Chaves.... Y así, dentro de su característica toilette, ha vestido ella no sólo a la última moda, sino también a la moda futura.

Y acaso ha sido ese el modo de ser de esta señora en todos los órdenes. Cuando ninguna señora de Santiago se interesaba aún por conferencias, iba ella a la Universidad y al Ateneo y escuchaba atenta los temas más varios; cuando ni a los hombres nos preocupaba todavía el teatro nacional, aceptó ella presidir el comité que había de darle nacimiento y concurrió a dignificar con su presencia el acto inaugural en medio de cuyo programa no se pudo menos que adelantarse espontáneamente; cuando ninguna señora sabía qué hacer de sus tardes, mano sobre mano y murmuración tras murmuración, surgió en ella la idea luminosa de constituirse en Círculo; cuando nadie sabía qué partido tomar ante la guerra, si el de Francia o el de Alemania, indicó ella el partido de la Humanidad y constituyó comités caritativos, se interesó por reconstruir la Biblioteca de Lovain, reunió fondos para los mutilados y los ciegos, lió vendas, infinitas vendas espirituales.... No es de extrañar, pues, que el nombre de doña Délia haya repercutido en el alma del Rey Caballero y le haya enviado no hace mucho una condecoración del Gobierno de Bélgica.

Todo esto y mucho más que no acude en el momento a los puntos de la pluma y que

no quiero buscar para no interrumpir el curso espontáneo de la semblanza, constituye lo que pudiera llamarse la actuación pública de esta señora. Y en cuanto a su vida de bogar, no me parece indirecto recordar las horas encantadoras que todo chileno bien nacido de alma ha disfrutado en la casa señorial de la calle de la Moneda; así como no es posible olvidar tampoco la hospitalidad franca a los extranjeros que han golpeado en aquella gran puerta, ni el aplauso jamás negado a los artistas, y qué sé yo cuántos otros detalles delicados y altos que hacen imaginar la noble vida íntima.

"Misia Délia" es la primera figura femenina del país. Su hermosura, su talento, su distinción, su fortuna, han contribuido a situarla ahí. Y digo han contribuido, porque estimo que algo hay en ella de tanto relieve como no lo hay en otra mujer de su situación: su bondad. La lleva en grado sumo y la reparte por doquiera. Y no me refiero sólo a que a aquella familia venida a menos le pague la casa, a que a tal otra visita, a que a esotra alimente; ni me refiero sólo a la cooperación que presta a las sociedades de beneficencia, a los mismos auxilios que ha aportado durante la tragedia europea, ni a la fundación que acaba de hacer de una olla infantil, uniendo en ello un fin santo a un recuerdo santo. Bien sé que todo eso en detalle es mucho y que sumado parece excesivo para acción de una sola persona; pero me parece más escasa de encontrar y más estimable por eso, su bondad de ser a ser, de persona a persona, traducida en la excusa constante para la falta o la debilidad ajenas; en la comprensión ante los errores de los demás, en el tono estremecido y reverente de su voz cuando sabe algo amargo, en la actitud de su brazo cuando hay que acoger.... Ella no distingue entre apellidos, entre fortunas ni entre situaciones; ella aprecia de cada cual lo que en él vale, y tiene cierta ceguera—¡bendita ceguera!—para anotar defectos. De quien se la oiga hablar, algo tiene de interesante o de virtuoso, y ¡cosa extraordinaria!—de ella no habla nunca. ¿Qué raro, no? Porque sin que fuera pecado, podría esta señora estar mareada: creo que escuchará las por ahora. Y ella, tan comprensiva como es, tan conocedora ya del mundo, tendrá



Retrato moderno de la distinguida dama.

que convenir en su fuero íntimo, muy a su pesar, en que merece la admiración que se le rinde. Sin embargo, permanece modesta. Recuerdo que recién se fundó el Club de Señoras, alguien le dijo a propósito de conferencias:

—Y usted, misia Délia, ¿cuándo nos da una?

—Yo no, mi hijita, mientras haya quienes lo hagan mejor.

Y hasta hoy, a pesar del ruego general, no lo ha hecho, ciertos como estamos de que no le significaría esfuerzo alguno. Lo creo firmemente, porque escribe esta señora mejor aún de lo que habla.

Quien haya conversado con ella estará de acuerdo conmigo en que teniendo ella facilidad suma de expresión, ayudándose con su fisonomía parlera y hermosa, subrayando como lo hace con el brazo alado, logra sugerir esta señora más que decir. Sugerir, como las más grandes obras de arte... Es tal vez éste uno de sus encantos principales y consigue siempre por éso, acaso, dejar como con la miel en los labios al que la escucha y que quisiera seguir escuchándola. Pero ella, solicitada como está en torno por diez personas que tienen algo que agradecerle o que consultarle, se escurre, se escapa, se aleja, dejando la huella de su porte estatuario y de su sonrisa magnánima.

Cuando escribe, en cambio, es sencilla y es concisa. Da, pide o alecciona con toda naturalidad. Y como naturalidades suyas, son hermosas y acusan miras altas. A la vista tengo una carta de ella, escrita en plena hecatombe europea. Uno de los párrafos dice:

“En el estado de sufrimiento por que atraviesa el mundo, todos nos sentimos atormentados por buscar las causas de tantas penas, y como solución a ellas sólo encontramos la unión y la cultura del sentimiento. Con esa unión y esa cultura hacemos propios los males ajenos, y el orgullo y la ambición los ponemos al servicio de ideales y no de pasiones.”

Está escrita en aquellas sus características esquelas antiguas que su luto actual no le permite seguir usando: azul-celeste, cuadrangular, con una esfinge de tonos vivos en lo alto sobre un friso que en letras de oro ostenta: DELIA.

Como la carta uno de cuyos párrafos he

transcrito he leído muchas suyas no inferiores. Creo, sin embargo, que nunca se dedicará a la literatura, como tampoco a la música, a la pintura, ni a ninguna arte. Sintiéndonlos todos, no practicará ninguno: es doña Délia Matte de Izquierdo el único espíritu de Santiago que cabe entre aquellos que veneró Rodó y que el maestro definió así:

“Yo tengo para mí que los más fieles devotos, los más finos y desinteresados amantes con que cuenta la belleza en el mundo, han de encontrarse buscándolos dentro de esa legión ignorada y tímida: la de aquellos que llevan en lo hondo del alma, desde el albor de su corazón hasta el ocaso de su vida, la predilección tiernísima por un arte, que adoran en las obras de otros, sin que acaso hayan osado nunca, ni aún en la intimidad y el secreto, descorrer el velo que oculta los misterios de la iniciación, por más que las voces interiores fiaran, más de una vez, a su alma, que allí estaba su complemento y su vía. ¿Quién sabe qué escogida voluptuosidad, qué voluptuosidad de misticismo, se guarece a la sombra de este como pudor immaculado y lleno de amor? ¿Quién sabe qué inefables dulzuras y delicadezas de su aroma, guarda, sólo para esas almas, la flor de idealidad y belleza, nunca empañada en ellas por la codicia de la fama ni el recelo de la gloria ajena?...”

La preocupación mayor de doña Delia Matte de Izquierdo es en la actualidad el Club que preside. Acude a él en las mañanas, en las tardes, y a todas horas vela por la conferencia, el curso, la audición, la recepción, que deben animarlo y manifestar públicamente lo intenso de la labor de esas señoras que han echado sobre sus hombros el peso de la no cultura femenina existente hasta ayer, y que ellas van restando a diario.

Fuí, pues, a verla al Club de Señoras y a pedirla autorización para publicar una semblanza suya en el Pacífico Magazine.

—Si usted quiere, qué he de hacerle. Usted sabe que hablo siempre con sinceridad y con sencillez. Usted siente como soy yo.

Y, así, modestamente, bondadosamente, me ha permitido esbozar la belleza de su espíritu. Sé que ante mis frases se herirá su natural ajeno a exhibicionismos; pero ¿qué culpa tengo yo de sentir cómo es y de estimar de conveniencia pública el conocimiento exacto de esta gran señora?



Señora Josefina Acosta de Noel.

LA SOCIEDAD ARGENTINA

DURANTE el mes que transcurre, ha celebrado la República Argentina, el aniversario de su Independencia.

Antes que la cultura general en Chile hubiera abierto en los espíritus los deseos de ilustrarse viendo y conociendo las costumbres, las instituciones y los sentimientos de otros países, pocas eran las personas que se habían dado la molestia de tomar el transandino para llegar hasta la capital de esa República floreciente con la cual nos ligan tantos lazos tradicionales

LAS VIEJAS FAMILIAS.— REUNIONES DE SEÑORAS CASADAS.— MUSICA.— LITERATURA.— LOS PALACIOS.— SUS MARAVILLAS.— LAS ESTANCIAS.— LA VIDA SOCIAL FEMENINA.— LA VIDA MASCULINA.— EL JOCKEY.— EL

: : : CIRCULO DE ARMAS : : :

de afecto que todo el mundo más o menos conoce por la historia.

En la actualidad, los hechos son muy diversos. Puede de-

cirse que desde hace tres o cuatro años, una verdadera romería de chilenos aprovecha los primeros soles de la primavera para trasladarse a Buenos Aires y pasar en esa simpática ciudad una temporada más o menos larga de solaz y de agrado.

Ambas sociedades, la chilena y la argentina, vienen uniéndose con una amistad



Buenos Aires (Rep. Argentina)
Avenida de Mayo.

que ya no es teórica, sino que se realiza prácticamente por medio del intercambio de visitas, de ideas y de sentimientos.

Creo que de estos viajeros, no hay ninguno que no tenga los más exquisitos recuerdos de sus estadas en la República Argentina. En verdad, es imposible olvidarse de la parlera animación que reina en la calle de Florida, de las rosas de Palermo y de esa reunión perfumada y distinguida que se llama el *The de Harrods*.

Estimamos que una breve charla sobre la sociedad argentina y su vida será una grata rememoración de las horas pasadas en aquellos días transcurridos en medio de la amabilidad y cortesía de los bonaerenses.

Como casi todas las sociedades nacidas de troncos españoles, la argentina es amiga de los pergaminos, ama la pátina de las cosas viejas y respeta con cariño las tradiciones aristocráticas.

El grupo de las gentes que significan antiguas glorias del país se ha mantenido en

el barrio sur de la ciudad. Pudiera decirse que es aquello como un pequeño faubourg Saint-Germain. Allí viven los Balcarce, los Alvear, los Anchorena, los Dorego, los Quintana, etc.

Hay, sin embargo, muchas de estas distinguidas familias que han inmigrado de los solares para ir al barrio norte, a levantar allí fastuosos palacios que dan una idea de la colosal prosperidad del país transandino.

En efecto, las bellísimas avenidas de Callao y de Alvear son una muestra del más refinado gusto. La distinguida severidad de los estucos, la nobleza de las líneas, el derroche del mármol y de la piedra tallada, hacen recordár, con mucha proximidad, aquellas aristocráticas avenidas de París en las cuales se alberga el espíritu delicado y encantador de ese pueblo que bien puede llamarse el creador moderno del color, de la línea y de la armonía.

Estas características que pudieran hablar de una sociedad exclusivista, apegada

a los prejuicios y a las cosas rancias, no significan, sin embargo, que en ella no tengan cabida aquellos elementos que se han levantado mediante su esfuerzo y su inteligencia.

Como en todas las colectividades contemporáneas, la sociedad argentina forma un conglomerado en que rivalizan las tradiciones con los éxitos del día, los recuerdos con la vida actual, hija del self-man.

Los salones que más se abren a los extranjeros son los de las distinguidas señoras Julia Elena de Martínez de Hoz y Rosa Freire de Aldao.

Todos los intelectuales, todos los políticos, todos los artistas, todos los personajes sociales que han visitado a Buenos Aires, llevan en su memoria el recuerdo grato y amable de la sonrisa de la primera y de la exquisitez de la segunda.

Hasta hace algunos años, sólo las niñas casaderas concurrían a los bailes y a los saraos. Las jóvenes desposadas permanecían ocultas en sus casas, al abrigo del hogar, preparando con ternura el corazón de

las hijas, que serían las madres de mañana.

Este ambiente de ideas, esta curiosidad febril, este deseo de sensaciones, que va hoy por el mundo como un torbellino, arrastrando primero las hojas, y sacando después de quicio los troncos más fuertes y venerables, ha llegado también, como a nuestra capital, a la urbe vecina, y las señoras se han agrupado para leer, para oír, para conversar, para saturarse de ese ardiente *simoun* que viene de las cálidas zonas del alma y del idealismo.

Así, alrededor de la señora Julia Elena Acevedo de Martínez de Hoz y de la señora Luceia Guerrico de Ramos Mejía, circula en enjambre de abejas laboriosas, una serie de damas jóvenes, hermosas, espirituales y artístas. Ahí está la señora Sansimena de Gálvez, María Magdalena Madero de Tornquist, Magdalena Bengolea de Sánchez Elía, Julia del Carril de Vergara Biedman, Juanita del Carril de Eyzaquirre, Sara Mezquita de Madero, Susana del Campillo de Mitre, etc.



Y en esas reuniones en que no hacen papel principal ni el buffet, ni las maravillas culinarias, se oye la voz deliciosa de la señora de Sánchez Elía, la inimitable manera de decir de la señora Victoria Ocampo de Estrada, quien no sólo sugiere por su arte, sino que también por su extraño y encantador tipo de mora.

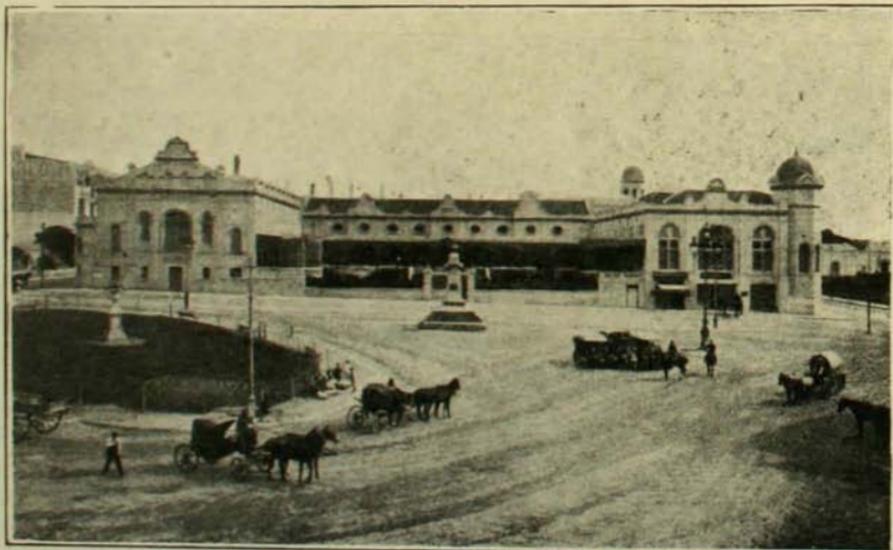
Rubinstein, el más noble de los intérpretes, ameniza a veces esas recepciones; el literato oriental Carlos Reyles ha entretenido también en más de una ocasión los oídos diminutos y atereopelados como un botón de rosa de aquellas juveniles damas. También frecuenta ese círculo Angel Estrada, y, por último, no han sido ajenos a ellas la amargura y el escepticismo de Anatole France.

En una palabra, no hay conferencista, ni artista, ni literato, que haya podido sustraerse a la influencia deliciosa de la hermosura, de la gracia y de la inteligencia reunidas.

La cultura artística de la sociedad argentina, no necesita mostrarse en los Museos, ni en las Catedrales, ni en los edificios públicos; basta con recorrer algunos salones de esa sociedad para apreciar su exquisito refinamiento.

Sería imposible dejar de admirar, como una maravilla del arte, el hall gótico-español auténtico, del palacio de la señora doña Josefa Alvear de Errázuriz; ni tampoco sería posible dejar de maravillarse ante las colecciones de incunables, ante el cuadro legítimo del Greco, ante las tapicerías españolas del siglo XVI (Marqués de Ozuna), ante el salón de boiserie antigua, ante los cristales de roca, ante la colección de porcelanas Ming, ante los mármoles del comedor Luis XIV, ante los cuadros de la escuela francesa del siglo XVI, etc., etc., que embellecen el palacio de la Avenida Palermo.

No le va en zaga la espléndida mansión de don Miguel Alfredo Martínez de Hoz,



Bristol Hotel, Mar del Plata, Argentina.



situada en la conocida calle de Parera, esa cuadra donde parecen haberse dado cita para rivalizar, los más finos arquitectos.

Llaman la atención en este palacio los cuadros de Boldini, entre los cuales figura el retrato de los dueños de casa y de su hija; el salón de laica de Kuramandel, que es una verdadera maravilla; las porcelanas **famille rose**, **famille vert**; las piedras preciosas esculpidas; las amatistas, el escritorio gótico-español, etc.

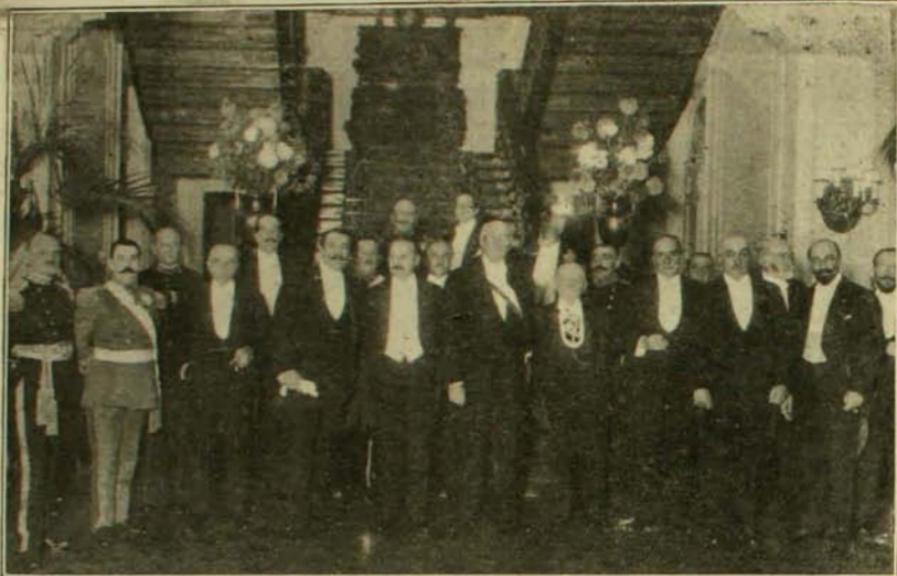
No podríamos concluir esta ligera reseña sin asomarnos también a la soberbia mansión de una de las propietarias de la prensa, la señora doña Celmira Paz de Gaínza. Está ubicado este elegante edificio en la Plaza San Martín. Lucen en sus salones las colecciones de porcelanas **bleu-vert** y **persas**; las dos espléndidas manolas de **Anglada** y el gran cuadro de **Dagnan-Bouveret**.

Fuera de la gran ciudad, en las pampas dilatadas, hay también maravillas; las grandes casas de campo; las ricas estancias: San Jacinto, de don Saturnino Unzué;

Chapalmalal, de don Miguel Alfredo Martínez de Hoz, que cuenta en sus haras con el célebre Botafogo, recién adquirido a don Diego de Alvear, en 475.000 nacionales al contado y con tres famosos toros que valen 162.000 nacionales cada uno, y la propiedad de don Aarón Anchorena, donde la aristocracia recorre los campos en alegres partidas de caza. Por fin, anotaremos el dilatado y precioso parque de la estancia **Harmonía** de don Héctor Cobo.

La vida callejera de Buenos Aires tiene su interés especial, pues está perfectamente caracterizada por gustos y aficiones muy europeas y refinadas que, desgraciadamente aún no han sentado plaza entre nosotros.

No hablaremos de la mañana, porque ella no pertenece a todo el mundo; hay tantas morenas de fuego y rubias de ilusión que gustan de dejarse mecer por el suave letargo matinal que trae consigo tantas imágenes dulces y tantas fantásticas esperanzas. Dejemos a las activas dueñas



Cofraternidad chileno-argentina.

de casa en sus cotidianos quehaceres y no interrumpamos la romántica ensoñación de las perezosas; pasemos a las horas que siguen al mediodía, cuando ya todas las actividades se encuentran en acción.

Como la alta aristocracia francesa, que pasea en el Bois después de almuerzo, así la argentina visita a las dos de la tarde ese parque delicioso que se llama Palermo.

A la hora del té, se concurre a los almacenes de Harrods, donde se da cita el todo Buenos Aires. Es aquella una reunión alegre, movida, amenizada por orquesta, que podría servir como una muestra de las hermosuras y de las elegancias que encierra la gran capital. No hay persona de cierta situación que no acuda a ella para recrear la vista ante el conjunto discreto, lleno de gracia y de soltura refinada.

Más tarde abre sus puertas el Odeón,

teatro donde se presentan los concertistas y los conferencistas. Si por un azar, no cuenta Buenos Aires con la visita de alguna notabilidad, las gentes se dirigen a los dos biógrafos principales que son el Select y el Empire.

Durante el invierno, la gran temporada de ópera apasiona los espíritus y divide las opiniones. Todos los años se produce, digamos, el match Coliseo versus Colón, el primero de estos teatros dirigido por el lusitano da Rosa y por el socialista Moechi, y el segundo por el italiano Bonetti. El año pasado figuraron en el Coliseo la della Ritzza, la Raisa, de Angelis, etc. En el Colón, Mizzio, Muratore, Gigli—gran tenor estimado hoy superior a Caruso,—etc.

La opinión general estimó que el partido tradicionalista, o sea el que prefiere el Colón, venció el año pasado y se cree que lo mismo acaecerá este año.

La vida masculina no está tampoco desprovista de interés. Los dos principales centros de reunión los constituyen el Jockey Club y el Círculo de Armas. El primero de estos clubs es más amplio que el segundo, tanto en el sentido de local, cuanto en la forma de recepción de los socios. No sólo acude a él cuanto existe de representativo en Buenos Aires, sino que también es muy concurrido por extranjeros. No hablaremos de su gran lujo, por ser este edificio demasiado conocido. Uno de los mayores atractivos que posee lo constituye la gran piscina de natación.

Quien visita el Jockey observa que los socios se reúnen en pequeños grupos para conversar, y no forman esa especie de gran asamblea vocinglera que caracteriza a nuestro Club de la Unión.

En otras épocas la sociedad argentina daba una muestra de sobriedad al no tener cantina en este club. Ahora acaba de abrirse una, lo cual demuestra que no todos los países están dispuestos a seguir las teorías católicas de Mr. Wilson.

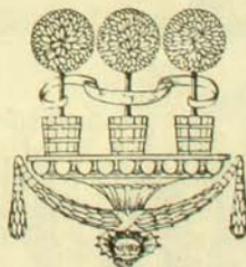
El Círculo de Armas, se distingue por características completamente diferentes. Es lo que llamaríamos un club cerrado, que se compone sólo de 300 socios. Para aceptar uno nuevo, tienen derecho a votar, todos los existentes y bastan cinco votos en contra para que el candidato sea rechazado. Además, un voto en contra anula cinco votos a favor. Como se comprenderá bien, con este sistema sólo pueden llegar a in-

gresar a este centro social, las personas de un mismo círculo, los amigos de los socios en ejercicio, de modo que la vida que allí se lleva tiene un especial sello de intimidad, casi podríamos decir de familia. En este club no hay restaurant y en él se cultiva especialmente el sport. El presidente es don Julio Rocca.

Los aperitivos se beben en la mañana en un restaurant muy popular que se llama La Colorada y que está ubicado en Corrientes y Florida. En la tarde muchos caballeros concurren al Bar del Plaza Hotel. Quien quiera asomarse por ese sitio a las siete de la tarde encontrará seguramente a los señores Miguel Alfredo Martínez de Hoz, Diego de Alvear, Saturnino Unzué, Ricardo Lécica, Aarón Anchorena, Martín Avellaneda, José Gálvez, etc.

Los jueves y domingos hay carreras en el Jockey Club. La costumbre es almorzar en el mismo hipódromo, pues las reuniones hípias comienzan muy temprano.

Y ésta, unida a los correspondientes trabajos, fué durante mucho tiempo la vida de Buenos Aires. Hoy día se agrega a estas actividades el entusiasmo por la política, esfera que antes no despertaba interés alguno entre los elementos pudientes. Los diversos problemas económico-sociales que agitan hoy al mundo entero civilizado, han tenido grave resonancia en la República Argentina, y en la actualidad todos se unen y estrechan para el estudio y mejor resolución de tan delicadas cuestiones.



LA SEÑORA ISIDORA HUNEEUS DE URRUTIA

EL mes de mayo ha pasado por Santiago dejando un recuerdo harto amargo: ha herido en lo vivo no sólo a un hogar tradicional, sino también a infinidad de criaturas que bebían el alma piadosa y tierna de una mujer bella, caritativa, que ha muerto; el mes de mayo se ha llevado a doña Isidora Huneeus de Urrutia.

Era una de nuestras mujeres representativas: hermosa, culta y abnegada, expresó sus ternuras de madre—ella, que no tuvo hijos, — en los hijos de las demás, con preferencia; por cierto, hacia aquellos que carecen de tanto y tanto; y que no podrán menos de gemir ante la falta que sin duda ya les hace su protectora infatigable y dulce.

La vida marcó a esta señora, ruta interesante que seguir, y obtuvo de todas sus situaciones a más del afecto de que se la rodeó siempre, el

prestigio de nuestra mujer: el presidente Roosevelt la proclamó en cierta ocasión tipo acabado y completo de la mujer sudamericana. A su distinción en la vida diplomática y política unió la naturalidad en su vida

intima y pasó por una y otra circunstancia iluminando el camino.

Ante su muerte, dolorosa y prematura, se ha unido el clamor de los agradecidos a su bondad, y una criatura protegida suya, dentro de espontaneidad adolorida y hablando quizás por cuántas que aún no saben expresarse, la ha despedido en el cementerio con palabras tan elocuentes como éstas: “¿Acaso faltan ángeles en el cielo?” Su fa-



milia, los pobres y la sociedad, se han preguntado lo mismo. No siempre sigue a la muerte ese intenso “in memoriam” general, y pocas veces podrá caminar con paso más firme a obtener la alta recompensa definitiva.

POR
ALMOR

ILUSTRADO
POR
J. DELANO.



J. DELANO

Los niños que quisieron jugar con la luna

Y la mamita extendió con ademán de misterio sus dedos torcidos de vieja, hacia el resplandor que se filtraba a través de los vidrios.

—¿Veis cómo desciende la luna a medida que la noche avanza?, dijo. Cuando suenan las doce en la torre, rueda por los campos como una bola inmensa que cae del cielo y da rebote.

Y ambos niños, que escuchaban acurrucados en sus camitas como dos pajaritos en sus nidos, abrieron ojazos de embeleso.

Sin duda que así era, y nada de extraño tenía que no hubieran visto el astro rodar por la campiña, porque jamás habían andando afuera a la hora en que se junta un día con otro día.

—¿Hay niños que juegan con la luna? preguntaron.

La viejecita sonrió y, al entreabrir sus labios grises, vióse un hoyo tenebroso, porque va no tenía un solo diente en la boca.

—Juegan con la luna los pequeñuelos que se hallan a medianoche donde ella cae, respondió mientras daba vuelta el botón de la luz y se obscurecía la pieza.

Los niños quedaron solos. En un rincón, débilmente iluminado por la franja luminosa que el astro tendía sobre el piso, destacábase la silueta grotesca de Polichinela, que dirigía miradas socarronas hacia la fila de muñecas alineadas y, mientras el caballo de palo, de melena erizada y de hocico rojo, balanceábase levemente, arro-

jaba densas columnas de humo la diminuta locomotora, con sus vagones de pasajeros, sus carros de equipaje, su tónder y furgón; porque los juguetes adquieren vida y se mueven cuando los niños duermen. Luego pareció que la quietud se hacía más intensa y los pequeñuelos, que habían sentido pesados sus párpados, inclinaron sus cabecitas ensortijadas sobre la almohada.

Había pasado, sin duda, el viejecito gris que arroja en silencio puñaditos de fina arena en los ojos de los niños que, entrada la noche, no quieren dormir.

Todo parecía invadido de sueño en el cuarto: el pequeño armario blanco, las sillas, las mesitas, las muñecas, el caballo de palo y aún Polichinela con todos sus cascabeles. Sólo la luna seguía vertiendo su luz apacible, contemplando, a través de las cortinas de muselina, con faz risueña, a los dos niños que dormían abrazados.

Pasaron algunas horas.

De súbito, el hermanito se incorporó en la cama y tendió los brazos hacia el astro de la noche, cuyos rayos subían hasta él, refulgentes.

Suavemente cojió la mano de su hermanita, que parecía un querubín dormido entre las sábanas luminosas.

—Pstt... Psttt..., murmuró el chico.

La menina, a su vez, se alzó en el lecho y, restregándose los ojos medio dormida, balbuceó:



VÍOSE VN HOMO TENEBROSO, POR
QUE YA NO TENIA VN SOLO DIENTE
PERO LA BOCA....

—¿Qué? ¿Qué quieres? ¿Por qué me has despertado?

—Mira la luna, dijo el niño, señalando la ventana, y ve cómo ha descendido ya! Antes de dormir aparecía su mentón redondo apenas diseñado sobre el vidrio y ahora vemos toda su cara y la sombra de su gran boca que ríe.

—¿Y bajará más, en seguida?, interrogó la pequeñuela con la voz llena de sueño.

—¡Ya lo creo, repuso el niño. ¿No te acuerdas lo que nos dijo la mamita: que a las doce rueda del cielo en la campiña?

Y luego agregó:

—Debe faltar bien poco rato para que el campanario cante la medianoche.

—Bien poco, murmuró ella en un hostezo.

Y hubo un silencio en que ambos pensaron una misma cosa nacida de un mismo anhelo. El niño habló primero.

—Oye—preguntó—¿crees tú que va a caer muy lejos la luna?

—No creo, opinó la menina.

El niño estuvo de un salto en la ventana.

—¡Oh ven, ven pronto!—exclamó con la nariz aplastada contra el vidrio—ha descendido tanto que pronto habrá de tocar la tierra!!...

—En la otra calle..., afirmó la hermanita que ya estaba a su lado.

—...O en la plaza donde nos llevan a jugar cuando no hace frío, agregó él.

Ambos se miraron y de alegría palmearon las manos y saltaron.

—Vamos, vamos pronto a buscarla, exclamaron.

Más, una duda, un secreto temor, los detenía. ¡¡Qué diría la mamá si lo llegaba a saber!... y luego, daba recelo salir, así, en la noche! Pero en seguida pensaron en lo cerca que venía descendiendo la luna y la idea de traerla allí, para jugar con ella en la pieza, hizo que de nuevo brincarán de júbilo.

Despacio abrieron la puerta, atravesando en puntillas la pieza donde dormía la mamá dando ronquidos formidables y, habiendo llegado al final del corredor, se deslizaron rápidamente por la escalera de servicio. En este preciso instante venía subiendo el "cuco" el que metía, al hacerlo, un ruido infernal. Tenía el pelo erizado como púas, las orejas más largas que las de un burro y las uñas engrifadas como garras. Sea porque no los viera o porque iba a acostarse, el hecho es que nada dijo a los niños aterrados. Entraron a la cocina, más muertos que vivos, y constataron con regocijo que la luna había seguido bajando y que rozaba ya, al parecer, los techos de las casas vecinas. Un leve rumor hizo que se dieran vuelta a un tiempo. Sobre la mesa de mármol, entre las cacerolas y las fuentes, el *ratón Pérez*—aquél que se casó con la hormiguita—tomábase la leche a grandes sorbos. Al ver a los dos niños que lo miraban levantó su hocico puntiagudo, cuyos finos bigotes estilaban de gotas blancas, y... ¡qué creéis que hizo? En vez de emprender la fuga habló con ellos.

—¿Adónde van tan tarde, preguntó, mientras se pasaba la lengua por la nariz.

—A recoger la luna que va a caer pronto, respondieronle.

—¿Sabéis por dónde desciende? interrogó nuevamente el goloso.

—No...

—Voy a mostraros el camino, renuso.

Y los niños, cogidos de las manos y seguidos del ratoncillo, salieron por la ventana.

Empezaron a caminar por la calle solitaria y la luna empezó a marchar con ellos.

—Nos tiene miedo y huye, declaró el niño con desaliento. ¡Volvamos!

—Volvamos, repitió la hermanita.

Pero ambos siguieron andando. De pronto surgió en una esquina un gato blanco de hermosa cola engrifada. Llevaba la espada al cinto y un gran chambergo sobre el cual flotaba al viento el más soberbio penacho de plumas. Creyeron los niños, en un principio, que era el "*gatito montés, patitas de trapo y pescucito al revés*" pero era el micifuz de las botas, aquel que casó al Marqués de Carabás con la hija del Rey.

El *ratón Pérez* creyó morir de espanto al ver a tan peligroso enemigo pero el noble Cucho, al averiguar que el pequeño roedor era de familia conocida, lo perdonó la vida y siguió con los niños en busca de la luna, que seguía bajando lentamente en el cielo.

De repente, los cuatro compañeros—los dos niños, el gato de las botas y el *ratón Pérez*—se detuvieron sorprendidos. Un rumor extraño salía de un tonel dado vuelta, sobre el cual permanecía, dignamente acurrucada, la *gallina de los huevos de oro*.

El micifuz—era todo un valiente—desenvainó su espada y la introdujo en la abertura del barril tumbado del que salieron trezados en batalla—¡no adivinaréis nunca quienes! *el gallo pelado* y *el pájaro azul*, que se batían por ella.

El gato, ayudado por el *ratón Pérez* y por los niños que temblaban un poco, convenció a las dos aves que era indigno de pájaros distinguidos reñir en esa forma y, habiéndoles explicado el móvil de esa gira nocturna, resolvieron todos agregarse al cortejo.

Pusiéronse, pues, nuevamente en marcha y ahora eran siete en número. Habían dejado atrás las últimas casas de la ciudad y empezaba la peregrinación bajo los árboles del campo mientras la luna, enrojecida, parecía tocar la cima de las montañas que aparecían en el fondo.

—Si cae de ese lado llegará rodando hasta nosotros, dijo el *ratón Pérez*.

—Preguntémoslo a esa gente que pasa, opinó el gato, mostrando con su pata a un grupo que se acercaba.

—Es *Pitipitón*, si no me equivoco, declaró *el gallo pelado* que estaba más implume



que nunca desde su riña con el pájaro azul!

En efecto era él con su novia la cabra, a quien acompañaba su madrina, doña Catalina que daba el brazo a don Juan Barrigón. Atrás venía, tocando la caja, el negro jetón, pero no había ninguna cequia cerca, de modo que no se le cayó el bastón.

—¿Viene cerca la luna? preguntó el pájaro azul.

—Sí, contestó la cabra levantando su velo nupcial, pero si la queréis coger a tiempo, es menester apurar el paso.

Siguieron todos en tropel hacia la colina que se veía oscura a pesar del fulgor de los astros. Eran doce ahora: los dos niños, el ratón Pérez, el gato de las botas, la gallina de los huevos de oro, el pájaro azul, el gallo pelado, Pilipilón, la cabra, la madrina, don Juan Barrigón y el negro jetón.

Pero había que atravesar un bosque es-

peso y, apenas encontrábase entre los árboles, llegó hasta ellos el rumor de unos sollozos. lo que hizo que todos se detuvieran invadidos de inquietud.

Apareció casi en seguida una criatura monísima que llevaba un canastillo rojo al brazo y que lloraba y suspiraba en forma que habría ablandado un corazón de piedra.

—¿Cómo te va, Caperueíta roja?— dijo el gato de las botas, que ya la conocía, sacándose el guante para saludarla (pues era muy galante). ¿Por qué lloras así?

Contó entonces la chiquitina de cómo el lobo había devorado a su abuelita por haberse quedado ella, desobedeciendo las órdenes de su mamá, cogiendo flores y fresas entre los árboles.

Y como todos estaban profundamente interesados en el relato, fueron internándose poco a poco, sin saberlo, en el bosque

hasta encontrarse en una espesura que hacía la obscuridad casi completa. La situación iba poniéndose grave cuando avistaron una lucecita, como una estrella entre los matorrales, que iba en aumento hacia ellos.

Grata fué la sorpresa al aparecer *Aladino* que iba de paseo por el bosque con su lámpara maravillosa.

Era éste un buen muchacho que se ofreció gustoso a iluminar la senda.

Cuando salieron del bosque una exclamación unánime se dejó sentir. La luna desaparecía lentamente al lado opuesto de

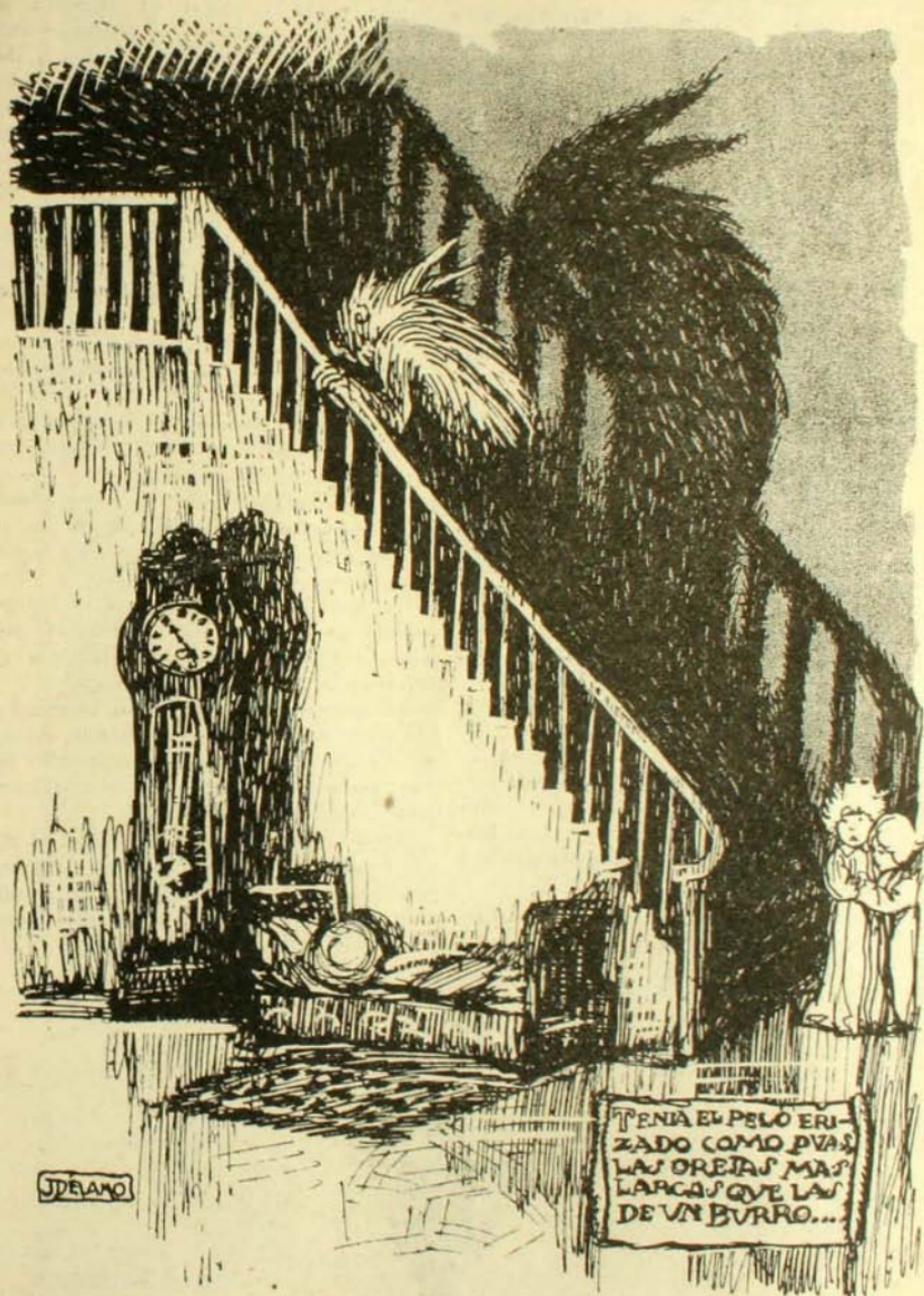
la montaña y solo se divisaba la mitad de su disco.

Los niños, que ya tenían ganas de llorar hacia rato, saltaron el llanto y habrían seguido derramando lágrimas si no hubiera empezado a tocar furiosamente la caja el negro jetón.

—Si andamos ligero—dijo—podemos ascender la colina y alcanzar la luna en el valle...

Empezaron a correr, lo que no era igualmente fácil para todos. Atravesaron, en esa forma, caminos, verjeles, puentes y aldeas. Despertados por el ruido que hacían aparecían innumerables niños detrás de los





vidrios de las ventanas, los que abrían ojos inmensos al ver a esos dos chucuclos, descalzos y en camisa, que corrían seguidos del *ratón Pérez*, del *gato con botas*, de la *gallina de los huevos de oro*, del *pájaro azul*, del *gallo pelado*, de *Pilipilón*, de la *cabra*, de la *madrina*, de don *Juan Barrigón*, del *negro jetón*, de la *caperucita roja* y de *Aladino*.

A medida que iban acercándose a la colina iba ésta creciendo y cuando se detuvieron por fin anhelantes a los pies de ella, era tan alta, tan alta, que parecía imposible alcanzar nunca la cumbre.

Sintióse entonces una vocecita que decía:

—Por el centro es más corto el camino.

Miráronse todos sorprendidos por cuanto nadie de los presentes había hablado.

—Aquí estoy con *Rin Rin Renacuajo*—dijo la vocecita nuevamente.

Entonces vieron a *pulgarcito*—aquél que guió con tan buen tino a sus doce hermanos cuando se perdieron en el bosque.

—Tú has de mostrarnos el camino, le dijo la *Caperucita*, aunque no haya migas de pan en el sendero.

Y empezaron todos a subir la cuesta. Claro que era muy fácil para el *gallo*, el *pájaro azul* y la *gallina de los huevos de oro*, y aún para el *gato*, el *ratón Pérez* y la *cabra*. Pero no así para el *negro jetón* que llevaba la caja auestas y para don *Juan Barrigón* que resoplaba como un fuelle.

Llegaron por fin arriba, en el instante en que la luna se sumergía en el mar ante la,

mirada embelesada de *Blanca Nieve* que había venido a peinar su cabellera de azabache en la cima de la montaña. Ante tamaña desgracia, rompieron todos a llorar. Cloqueaba el *gallo*, cacareaba la *gallina*, balaba la *cabra*, maullaba el *gato*, chillaba el *ratón Pérez*, gorgoriteaba el *pájaro azul*, bramaba don *Juan Barrigón* en tanto que todos los demás aullaban como los perros a la luna.

La tremenda bullanga despertó a *Barba azul* que vivía cerca, el que se precipitó iracundo de su palacio, armado de una terrible cachiporra!

Ante la pavorosa aparición lanzáronse todos cerro abajo, sin pérdida de tiempo, unos de cabeza, otros de lado, otros de espalda y otros rodando de lado, de cabeza y de espalda a un tiempo! Y fué tan rápido ese descenso que arrastraron en su caída a *Perico de los Palotes* que iba subiendo la montaña en dirección al castillo de la *cenicienta* que lo había invitado a comer con la *bella del bosque dormido*.

Los dos hermanitos, que no se habían soltado de la mano, fueron recogidos por *Santa Claus* que pasaba por ahí con su trineo repleto de juguetes.

Las narices de ambos niños sangraban.

—Esto pasa, decía el santo, por desear más de lo que se puede alcanzar. ¿No teníais bastantes juguetes en la casa para anhelar todavía la luna?

Tenía razón, sin duda. Los niños, al oír estas palabras, abrieron los ojos y vieron con sorpresa que el sol penetraba a raudales por la ventana abierta y que ambos se habían caído de la cama.



LA CONVENCION DE LA UNION LIBERAL



Don Luis Barros Borgoño, el candidato elegido.



La mesa directiva de la Convención.



Don Anibal Rodríguez y don Régulo Valenzuela, Ministro de Guerra.



Don Recaredo Ossa, don Fernando Alamos y don Carlos Cruzat.



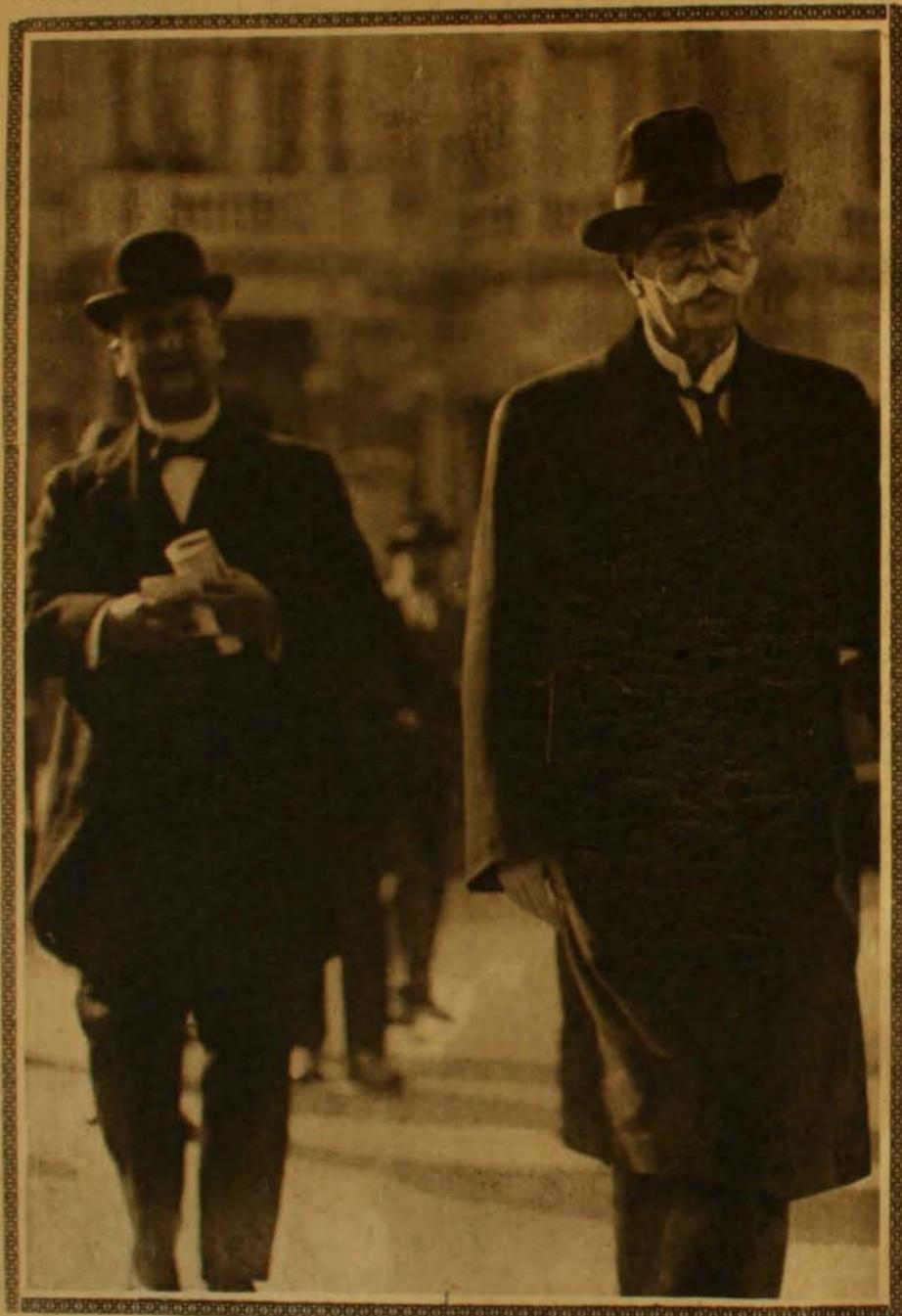
Convencionales saliendo de la sala de sesiones.



Don Rafael Orrego y don Alejandro Bengio.



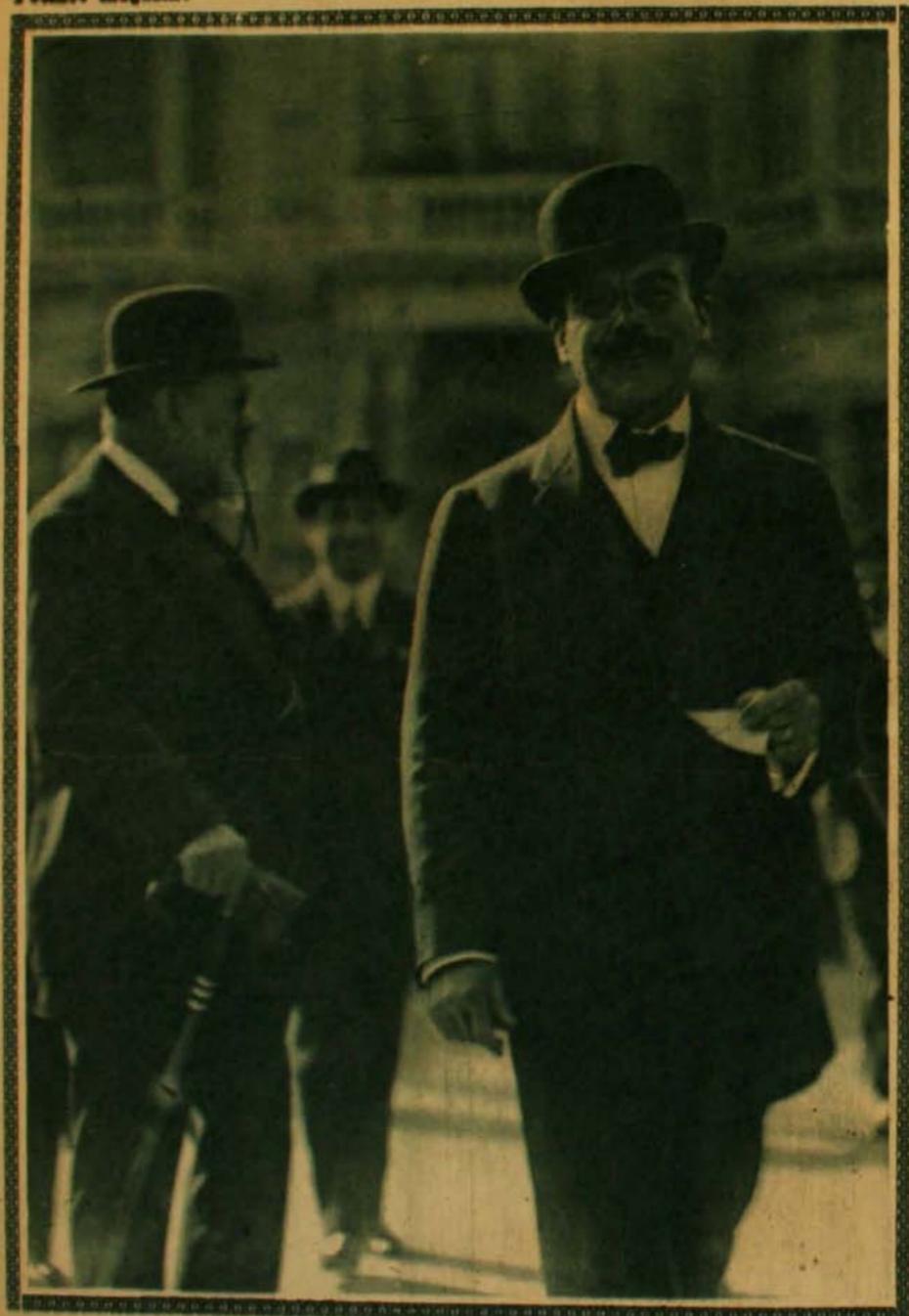
El Ministro del Interior, don Pedro Velasco Montenegro, comentando los resultados de las votaciones.



Don Anselmo Blanlot Holley y don Aristides del Canto.



Don Federico Casas Espinola.



Don Enrique Zabarte, el candidato que estuvo a punto de triunfar.

Natalicio del Rey de España



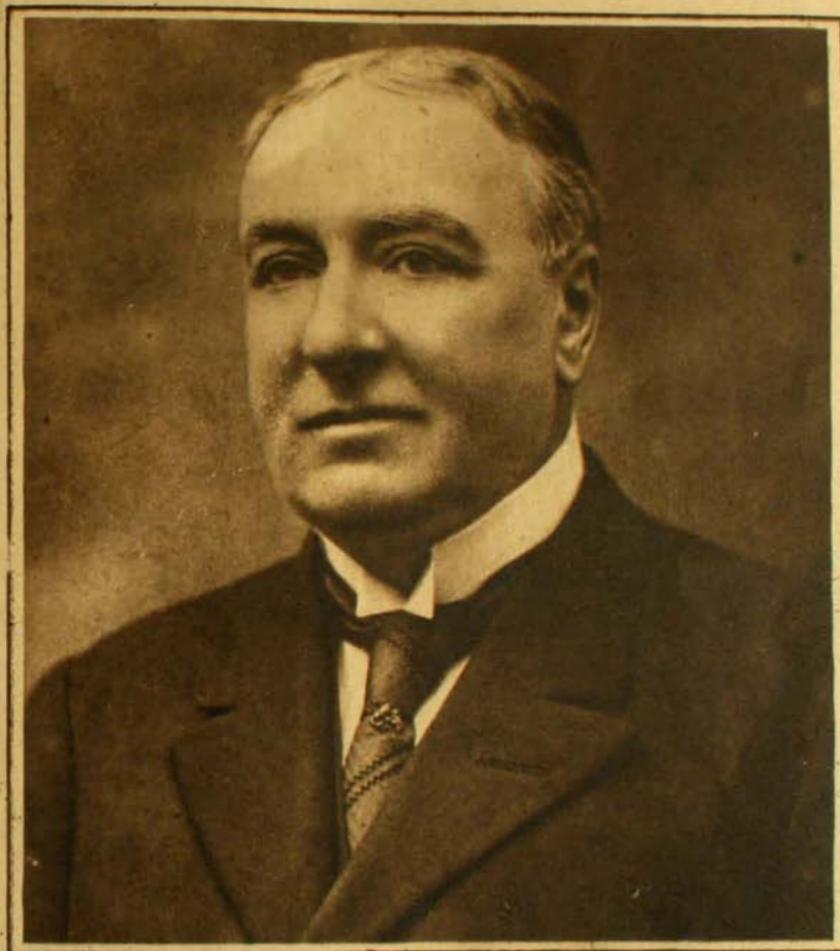
Hermoso y artístico retrato de S. M. D. Alfonso XIII. Rey de España, cuyo natalicio celebróse el día 17. El retrato es debido al pincel del ilustre pintor español Pons Arnau, y es considerado como una obra maestra del arte.



VERA SERGINE

Primera actriz de la compañía dramática francesa que actuará en el Municipal con Félix Huguénet.

TEATRO FRANCES
Félix Huguénet.-Vera Sergine



Félix Huguénet.

LA sociedad de Santiago conocerá dentro de pocos días, a dos grandes artistas del teatro francés contemporáneo. Uno de ellos, Félix Huguénet, es un gran comediante y con Guitry comparten los aplausos de la crítica parisiense.

La característica de Huguénet es la naturalidad escénica, que posee

en forma especial y no superada por actor alguno. Desde que aparece en la escena, se ve que la domina como señor absoluto. Por los retratos que publicamos, se puede apreciar la verdad de lo que dejamos afirmado; se ve en ellos al comediante maravilloso que sabe transformarse en los personajes que representa, sin perder su propia personalidad; esta facultad, este don de asimilación constituyen la gloria de este artista.

Félix Huguénet no pa-



Félix Huguénet en "Heureuse".

En "Le bonheur de ma femme".
Crepon.

só por las aulas del Conservatorio; lo debe todo a su talento y a su vocación artística. Hijo de un sombrerero, nació en Lyon y se lanzó con el entusiasmo de un meridional, a la carrera del teatro; empezó, como pudo, en la opereta y así recorrió algunos teatros del extranjero y de París. Muy luego la crítica inteligente llamó la atención sobre la sinceridad, el juego escénico y el talento del joven comediante, que abandonó la opereta, para ingresar en el Gymnase, donde alcanzó un éxito enorme, inter-



En "Souri d'hotel".
El croupier.

pretando el archiduque Paul en "La Carrière" de d' Hennant. Desde entonces data la fama creciente de Huguénat, como actor de comedia; emprende una gira triunfal por Rusia y otras naciones; los autores le escriben obras, que son otros tantos triunfos, y finalmente en 1909, ingresa a la Comedia Francesa, como pensionista, en las mismas condiciones que el gran Mounet Sully, el intérprete del teatro clásico. A pesar de esta situación privilegiada, Huguénat abandona la Comedia Francesa y vuelve a

su teatro y a sus giras, que aumentan diariamente su gloria. Su creación de "La robe rouge", la famosa obra de Brieux provocó una verdadera revolución en los círculos judiciales de Francia, y la crítica lo aclamó en "La Carrière", "El secreto de Polichinela", "L' enfant chérie", "Madame Sangene" "Papa" y todas esas obras que el público del Municipal apreciará dentro de pocos días.

Acompaña a Huguénat en su visita a Chile, una de las actrices más aplau-



En "Souri d'hotel".
El comisario.

didias de París, celebrada por su elegancia y por su talento, y cuyo retrato reproducimos.

No resistimos a la tentación de transcribir el siguiente juicio de Paul Bourget, sobre Huguénet: "Este comediante excelente aporta a todos sus roles la misma cualidad de composición sabia y profunda, el mismo arte superior, velado y como esfumado en bonhomía; una mezcla de la gracia con la Fuerza, y esa verdad absoluta, alrededor de la cual se adivina una admirable conciencia profesional. Un juego semejante, tan juicioso en la palabra, tan mesurado en la caricatura, tan cuidadoso de los efectos, y que no se sobrepasa jamás, todo esto, demuestra probidad artística. Ningún actor ha sido más completo, más continuado que Huguénet, actor francés, con las virtudes del gusto inteligente y pintoresco, en todo lo que esta palabra resume. Deliciosamente fino cuando habla, no lo es menos cuando calla. Es esto arte superior y tanto más refinado cuanto no se ve. Hé aquí definido en algunas palabras todo el talento de este notable actor".

R.



En "L'Anglais tel qu'on le parle",
Eugène.

Olvidos de los reformadores

Por N. NOVOA VALDES

NUEVAS IDEAS. — SOCIEDAD FUTURA. — EL PROBLEMA DE LA CRIMINALIDAD. — FALTA DE PODER REPRESIVO E INTIMIDATORIO DE LAS CÁRCELES. — LO QUE DICEN LOS CRIMINALES. — LO QUE DICEN LOS HOMBRES DE CIENCIA. — DESPRECIO ACTUAL POR ESTAS CUESTIONES.

UNA vibración que no puede llamarse oculta porque no significa para nadie un secreto, viene agitando los espíritus modernos en forma que hasta los niños y los ancianos parecen aspirar a una transformación de la tabla de los valores en todos los órdenes de la humana actividad.

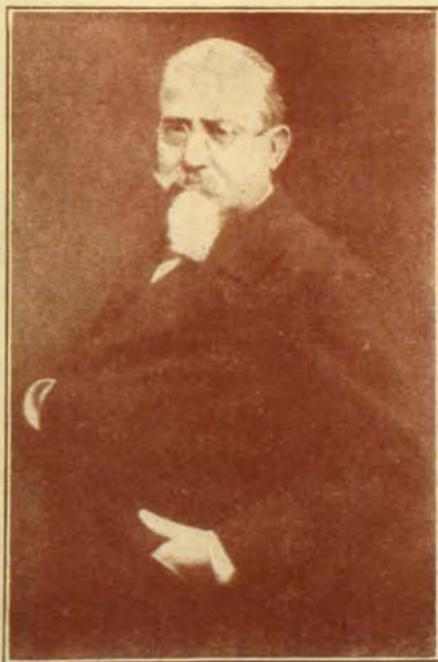
Los reformadores, tanto aquellos que agitaron los viejos tiempos olvidados como los contemporáneos que figuran en las revistas y en la prensa de ayer, explotan el sentimentalismo, ese fondo religioso, místico, que es el resorte matriz de los pueblos y de las masas.

Criticán, insultan, lloran, dan prematuros gritos de victoria, estremeciendo esa peculiar sensibilidad de las multitudes y de los individuos insatisfechos, románticos, eternos soñadores, sin presentar a la consideración de los cerebros lógicos y

organizados un proyecto de porvenir que modifique los males actuales y que sea garantía segura de una felicidad más o menos relativa, para los pobres hijos de Adán.

Yo no analizo la conformación económica de la sociedad actual. Lo creo inútil. Sé que las evoluciones se realizan sin estudio, sin cerebros, a pesar de los individuos mismos. Sé también que las revoluciones producen el fenómeno de la reacción y que si, a veces, dejan como estela un débil avance, la mayor parte de los movimientos violentos no tienen otro efecto que una vuelta atrás, que, o establece el equilibrio, o significa un retroceso.

Convencido, pues, como estoy de que nada útil traen a la humanidad las palabras, y que los hechos se manifiestan como fuerzas incontenibles, me quedo al margen de esta convulsión social de los



César Lombroso.



Princesa de Borbón.

tiempos contemporáneos, que cuenta con voceros tan eminentes como místicos.

El amor no es otra cosa que la lucha de la especie contra el individuo. Desde que la humanidad existe, dichos individuos tratan de ganar la batalla; se consideran libres y escriben volúmenes para demostrar que son capaces de escoger y que hay *motivos* voluntarios para sacrificar nuestras ternuras en el altar de una u otra persona. La especie continúa burlándose de estos místicos y obligándoles, por medio de la ilusión de bellos placeres, a acercarse determinadamente a los individuos que ella estima aptos para el porvenir del género humano.

No somos otra cosa que una de las tantas fuerzas que se desprenden misteriosas e insondables del cosmos. Es inútil luchar con palabras contra las fuerzas eternas. El que no quiera morir aplastado por una locomo-

tora, no oponga los brazos para detener la marcha.

Con todo, me llama la atención que estos corazones fuertes—no digo cerebros—que tienden en la actualidad a la modificación de todas las cosas, y que dicen amar a los desgraciados, hayan hecho caso omiso de uno de los problemas más importantes para el mantenimiento de cualquiera sociedad. Me refiero a la defensa de los hombres normales y honrados, únicos sostenes del bienestar colectivo, contra el ataque de los eriminales y delincuentes.

Sólo se habla hoy día de dinero; la cuestión económica, el deseo infinito de placeres parecen haber sofocado totalmente todo otro problema, toda otra cuestión.

Ante la expectativa de un mejoramiento del presupuesto individual, los reformadores olvidan que ha menester también luchar contra los hombres que quitan la vida a sus semejantes, que hieren, que roban, que degüellan, que violan y que siembran el terror y el espanto entre los mansos hijos del trabajo y de la constancia.

Sé que algunos de los más avanzados pensadores de la hora actual, creen que solucionado el problema económico, toda la lu-



Zamorano.

manidad será buena, dulce y apacible, y que, en consecuencia, la futura sociedad será la más brillante amalgama de ideas mientos nobles.

altruístas y de senti-

Sería muy largo destruir este simpático prejuicio. Básteme sólo declarar que la criminalidad nace del modo psicofisiológico de cada cual, y que si las condiciones externas influyen, sólo lo hacen de una manera secundaria. Los millonarios, que no necesitan de mayor suma de dinero, suelen estafar, violar y matar. La criminalidad puede modificarse, según las condiciones que ocupa el delincuente, pero siempre permanece latente. Las pruebas se encuentran en las bolsas de comercio, en los grandes negocios internacionales, en el alma de los hombres que llegan hasta dirigir a las multitudes.

No hay ciudad en la cual no se alce hoy día una cárcel. ¿Qué piensan hacer los re-



Bernardo Cena.

formadores con las cárceles? Nada se les oye al respecto. Ninguna idea brota acerca de esta materia en los cerebros creadores del futuro bienestar. Este problema de tan alta importancia social está reducido a los estudios de los hombres de ciencia, a quienes, en esta vorágine por el dinero, nadie oye ni da valor.

Sin embargo, en aquellos establecimientos hay una vida intensa que no es posible dejar de lado, una vida agitada, llena de vigorosos sentimientos, de pasiones, que encierra una considerable actividad. Muy al contrario de lo que piensa la mayoría de las personas, no es la cárcel el lugar tétrico y oscuro en que el delincuente considera con horror la larga serie de sus delitos. Como lo dice el profesor Lombroso, hay en la cárcel un organismo que se agita y que a veces pega y mata.

La cárcel es el punto céntrico de un mundo especial al cual no han querido penetrar los legisladores teóricos. Es allí donde se refinan gozosos los hijos del delito, comentan sus aventuras, trazan las líneas de lo que han de ejecutar más tarde en la vida libre, y por fin, enseñan a los inexpertos a conducirse como hombres avezados en el ejercicio de su carrera.

La cárcel carece en absoluto de todo poder intimidatorio y represivo, y lo que es peor, constituye un centro de instrucción en materia de delincuencia. Por algo se la ha llamado: la escuela del crimen.

Los tratadistas clásicos no pueden ya ar-



El chute Echeverría.



Corina Rojas.

guir en contra de este aserto. Holtzendorff, defensor empedernido de los sistemas penales de la actualidad, se expresa en esta forma: "Los sistemas penales han hecho bancarrota". Frascatti ha escrito una obra titulada "La Impotencia de la Acción Represiva en Italia y sus Causas". El tratadista americano White, concluye un estudio acerca del aumento de la criminalidad, diciendo: "Todo esto demuestra el fracaso deplorable de nuestras instituciones penitenciarias, lo mismo para la intimidación que para la corrección."

Pero no hay necesidad de citar autores para demostrar nuestra teoría; oigamos a los mismos delinquentes. En la obra de Lombroso titulada "La Antropología Criminal y sus recientes progresos" se reproducen los siguientes palimpsestos (dichos o sentencias escritos en las paredes):

"En cuanto a mí, doy las gracias a Dios; estoy más feliz que San Pedro. En la celda me sirven como a un príncipe. ¿Qué gananga! Aquí se está mejor que en el campo."

"Lo que este reo dice no es verdad; al contrario, aquí nos tratan demasiado bien;

tienen muchos cuidados para con los detenidos Aquél querría que le dejaran pasear en la Plaza del Castillo o ir a jugar a las cartas y al billar o más aún, ir a la casa de la señora Gastalli. ¡Ah!, imbécil, tú no eres digno de dejarte coger entre estos muros."

"¡Querida mía! No vienes a verme, cuando salga, te daré un beso con los dientes."

"Querido mío: te envío estas líneas para hacerte saber que estoy preso, y como me encuentro solo, te ruego que cometas algún delito, a fin de que puedas venir a acompañarme, pues entre dos el tiempo pasa ligero, y cuando estemos en galera nos contaremos nuestras vidas."

"Luego que salga de la prisión, quiero robar siempre, aun corriendo el riesgo de estar toda la vida preso."

"Oh!, ladrones, estos canallas de los jueces han arruinado nuestro oficio. ¡Valor y adelante!"

Bien puede colegirse que la mayoría de estos detenidos se sentían en la cárcel tan bien como en su propia casa y que sólo esperaban estar libres para volver a sus antiguas faenas.

Mr. Gautier refiere el caso de un hombre que, estando preso, hacía de economo de la cárcel de Clairvaux. Llegado el final de la



Alberto Duarte.

condena de este sujeto, escribió al director una carta concebida en estos términos: 'Señor: Usted me conoce bastante, sabe lo que soy, lo que valgo y qué clase de servicios puedo prestarle. Ahora bien, estoy en situación de ser devuelto al mundo en breve, donde francamente, no sé qué hacer. No demoraré mucho tiempo antes de hacerme detener de nuevo. Tenga usted, pues, la bondad de reclamarme para Clairvaux tan pronto como haya sido condenado a algunos años de prisión. Se lo avisaré oportunamente. Mientras tanto, tenga usted la bondad de retenerme mi colocación. Ni usted ni yo tendremos que arrepentirnos de este arreglo.'

Hay una canción en las cárceles de Palermo que dice así:

"Ci dici male di la Vicaria
ci farrissi la faccia feddi feddi.
Ci dici cá la carcere castia
comu d'ingannatti, puvireddi."

En español:

"El que habla mal de la Vicaría (prisión de Palermo), merecería tener la cara bordada a cuchillo. El que diga que la prisión castiga, se engaña como un pobre imbécil".

Garófalo tiene en su "Criminología" una comparación muy feliz que sirve para aclarar las ideas sobre nuestros sistemas carcelarios. Dice: "Supongamos un país de fá-



Un corredor de la Penitenciaría.

ula donde un rey austero prohíbe todo comercio amoroso, todo flirt, donde el castigo que amenaza al culpable es la prohibición de salir durante algunas semanas del Club, hotel magnífico con jardín y terraza, en el cual este señor encontrará sus mejores amigos, sus compañeros de mesa y de juego, que lejos de reñirle por sus actos, estarán, por el contrario, muy felices de poder imitarle. En este medio simpático es seguro que cualquiera se burla de la ley y de la sanción. ¿Quién no se sentirá presa de una risa loca, pensando que hay quien pretenda que después de tal castigo, el individuo no vuelva de nuevo a la vida ordinaria y no renueve los actos por los cuales ha sido castigado?

Ya bien, este caso es precisamente el mismo de los huéspedes de las prisiones. Allí están con sus amigos, con sus camaradas; poseen gratis el alojamiento y el pan; hacen nuevas amistades que podrán ser útiles para el porvenir. Su amor propio está tan harto de satisfacción como sus estómagos bien nutridos por el menú del establecimiento.



El estafador Angel Enrique Hoddart.

Todas estas características de la cárcel que dejamos comprobadas, son negativas. Las positivas son muchísimo más serias. No sólo el régimen carcelario no intimida ni corrige, sino que enseña al criminal y amplía su campo de acción. A este respecto, cedemos la palabra a Appert, quien en el tomo 3.º de su obra "Presidios, Cárceles y Crímenes", dice: "Los criminales de ocasión, al llegar a la cárcel, se sienten aturridos y espantados por las conversaciones que oyen a su alrededor; pero bien pronto reciben consejos, incitaciones, ofrecimientos de servicios, por parte de sus camaradas; se familiarizan con ellos, les cuentan algunas particularidades de su condena, proclamando su inocencia, hasta que esta pretensión se vuelve en contra de ellos y se transforma en motivo de zumba y de desprecio por parte de los viejos criminales, que no quieren ver gente honrada en su sociedad. Alentados por estos reproches de la experiencia, avergonzados por no hallarse aún a la altura de los sentimientos de sus amigos, se apresuran a despojarse de la antigua vestidura, abren su corazón y sus oídos a las lecciones de la sabiduría, y en poco tiempo llegan a adquirir la capacidad necesaria para profesar y seguir las mismas máximas de conducta".

Ferri refiere que un criminal decía, hablando de la cárcel: "Aquí los más inteligentes e instruidos enseñan a los demás la mejor manera de cometer los delitos. No se hace otra cosa".

Las grandes asociaciones criminales italianas, como la Maffia y la Camorra, tejían especialmente sus planes desde las cárceles, allí conquistaban sus mejores adeptos y los disciplinaban de manera conveniente para el éxito de sus hazañas.



El rancho entre los penados.

Aubry refiere que un testigo encerrado en la celda de un acusado de apellido Campi, con el objeto de arrancar a éste el secreto de su crimen, declaró que el dicho Campi había excitado de tal manera a sus compañeros de prisión, que uno de ellos, más que sexagenario, se había resuelto a matar a su mujer cuando saliera de la cárcel, por agravios recibidos de ella."

Sighele dice: "Por las mismas razones, Auril se convirtió en cómplice fiel y devoto de Lacenaire. Yo seré la cabeza y tú el brazo, le decía a este último, en la prisión de Passy, para decidirle a aliarse con él".

Los Congresos de Criminología han aceptado plenamente el hecho de que la cárcel aumenta los delitos. En el de Stokolmo el delegado canadiense decía: "Las penas de corta duración, repitiéndose, aumentan el delito. Después de una primera condena, una buena parte de los prisioneros de esta categoría, llegan a ser delincuentes de profesión."

Aubry refiere la historia de un desgraciado que después de cometer el primer delito por sugestión, se vió obligado a continuar robando, pues uno de sus principales encubridores le amenazó con denunciarle si trataba de volver a la senda honrada. "Y después, ya sabes,—se le añadía a manera de

argumento,—el código de nuestra sociedad es formal; la deserción es la muerte. Con que ¡ajo!

Los reformadores contemporáneos no parecen pensar en este grave problema de la criminalidad, que presentamos hoy día en su aspecto más coloreado y fácil de ser comprendido por el público.

Del hecho de que la represión sea ineficaz, se sigue que todo el orden penal actual, desde su base filosófica, es erróneo y que ha menester cambiar la idea de castigo por otros principios que sería largo analizar y justificar.

Bástenos decir que aún en las sociedades más avanzadas, y en los países que forman entre aquellos que dan la última palabra en materia de progreso, todavía se continúa pensando que el delincuente merece un castigo y que la cárcel es el mejor tratamiento para intimidar al que ha de seguir una y otra vez hiriendo los intereses de las gentes laboriosas y perseverantes.

La Rusia ha instaurado un nuevo orden económico. Hasta nosotros llegan las noticias que acusan el cambio trascendental en la organización de esa sociedad. Sabemos que existe el comunismo de las cosas y de las mujeres, que el Estado se hace cargo de la educación de los niños, que los padres contribuyen para ello; sabemos, en fin, más o menos confusamente, que allá en el Norte se está levantando un edificio con materia-

les nuevos y de rara estructura, cuya duración se encargará el tiempo de comprobar.

Nada sabemos, sin embargo, de lo que se haya hecho para defender este nuevo conglomerado social de los ataques del erimón. Ello no es raro; hoy día no existe la justicia sino para la mejor repartición del dinero; ya nadie piensa en la equidad moral, en el reconocimiento o rechazo, siguiendo el criterio de la utilidad social, de la máquina psico-fisiológica que constituye al hombre. Más tarde, tal vez, se comprobará la necesidad imprescindible de estudiar estos puntos que nuestra vieja sociedad, tildada de injusta y de explotadora, acogió con especial interés y cariño.

Hoy día flotan, impulsados por vientos extraños, los estandartes del placer, de la negación del sacrificio, del deseo de bienestar. Después de las horas de sangre de la guerra, se experimenta sólo la sed del dinero. Lo demás nada vale. ¿Qué importan los afectos, los sentimientos, la policía moral de las colectividades, los viejos problemas que ocuparon a los legisladores y hombres de ciencia de esta sociedad caduca?

Esta indiferencia debe seguramente nacer de la certeza de que las nuevas ideas y la realización de ellas, habrán de transformar milagrosamente el fondo de la humanidad, en un espacio más breve que los miles de miles de años que van trascurridos con modificaciones microscópicas.



Los reos de la Penitenciaría almorzando alegremente.

La mas grande a mi madre



Por _____

CLAUDE FARRERE

Ilustraciones de Gordon.

rojo. Y la niña de siete años gritó ¡pero no retrocedió ni un palmo! Siguió valiente, plantada como un hito entre el animalito asustado y el animalazo furioso, echó raíces, invencible, hasta que llegó gente con palos y látigos....

Era un buen comienzo. Nadie se extrañó cuando, doce o quince años más tarde, siguiendo siempre su vocación, se casó con un soldado. Un soldado de veras.

Era un capitán de infantería colonial. Ya les he hablado de él. Lo conocí muy íntimamente. Apenas casado, se llevó a su mujer tan lejos como pudo, por tierras de Gabón y del Senegal. Esto no era gran cosa. Lo peor fué que recibió una bala en el combate del Casamene y que su ordenanza lo recogió en el campo de batalla gravemente herido: moribundo, por mejor decir.

El ordenanza lo condujo. Fueron a su casa para avisar con todas las precauciones acostumbradas.

—¿Sabe usted?..... está herido, pero es poca cosa..... muy poca cosa.... muy poca cosa....

Ella interrumpió bruscamente los paliativos de los emisarios:

—¿Muerto?

Aquellos protestaron:

—¡No, no! Vea usted, ahí viene.

Y lo vió, en efecto: lo vió amarillo co-

CUANDO tuvo siete años, reveló su vocación, que era no tener miedo de nada absolutamente. Una vez, era un perro pequeño que comía la sopa en el borde de la acera. Llegó un perro grande, que zarandeo al pequeño para quitarle la comida. Pero ese perro grande no había contado con la huésped. La chiquilla, que estaba cerca, llegó, cogió al perro grande por una oreja, y tiró hacia atrás, muy fuerte, tomó la comida, la devolvió al perro pequeño y luego se plantó, erguida y resuelta entre el perro pequeño y el perro grande. El perro grande quedó tan asombrado, que al pronto, no protestó. Así se ganó la batalla.

La continuación, por desgracia, fué menos lucida. Al volver de su asombro, el perro grande, furioso, embistió, agarró con los dientes la manita tierna y regordeta y la mordió con tanta furia que la sangre brotó como el agua de una esponja. Y muy pronto hubo en el suelo un gran charco



mo la cera, cerrados los ojos, hundidos los carrillos.

Un cirujano inteligente se creyó en el caso de decir:

—Señora, la herida está muy arriba...

La amputación es completamente imposible.

Ella se irguió bravía:

—¿Imposible? ¡Así lo espero! Prefiero muchísimo más que me lo salve usted con las dos piernas.

Y así se hizo.

Pero ocurrió que unos seis años más tarde tuvieron un niño muy lindo, robusto y apuesto; y, naturalmente, tanto él como ella, marido y mujer, papá y mamá, lo adoraban. Pasó por allí la fiebre tifoidea y alcanzó al orro.

Y no fué en broma. Lo alcanzó de lleno. Llamaron al médico del lugar, al mejor.

—¡Hum!—dijo, es grave.

—Doctor,—dijo ella,—haga usted lo que pueda.

Hizo lo mejor que se pudo. Es decir, lo

La criatura de-
fué bastante.
pudo. Y no
mejor que él
ella—gracias de to-
—Doctor — dijo
murió.

cayó de nuevo y
cayó, se rehizo, de-
dos modos. Ha he-
cho usted todo lo que se podía hacer.

Tenían otro hijo, seis años más joven.
¿Quién sabe? acaso el mismo que escribe esta historia...

Y seis años más tarde cayó a su vez enfermo. Una fiebre tifoidea igual.

La madre llamó al médico. Al mismo.

Alguien le dijo:

—¡Pero es el que mató a su hijo mayor!

—Dios me lo dió,
Dios me lo quitó.
Dios me ha dado éste,
acaso no me lo quite.
Su misericordia es in-
finita

Y volvió el médico.
El mismo.

Y repitió lo que ya
dijo una vez:

—¡Hum!... es gra-
ve.

La criatura decayó,
se rehizo, volvió a
decaer. El médico hi-
zo todo lo que pudo,
como siempre. Lo me-
jor que se pudo. El
niño se salvó.

Y la madre, que lo
había velado treinta
noches seguidas, sin
dormir una hora, sus-
piró de contento in-
finito cuando lo vió
fuera de peligro.

—Dios me lo dió,
Dios me lo ha deja-
do. Otro médico qui-
zó lo habría cuidado

peor...

Y luego pasaron años. El marido murió
a su vez. Los demás hijos también. Sólo
quedaron ella y su hijo, el que escribe esta
historia. Siempre había sido *¡ladosa*. Y
continuó siéndolo. Su último hijo fué sol-
dado; de tal palo tal astilla. La mujer de
soldado, fué madre de soldado. Es casi lo
mismo. Basta tan sólo no tener miedo de
nada.

Un día—tenía entonces setenta años, y
seguida recia y robusta—su hijo estaba de
guarnición en Brest. En Brest, las escale-
ras de las casas no reciben luz alguna ni
por ventanas ni tragaluces, así es que son
oscuras como el infierno de los negros.

Una tarde su hijo estaba de servicio.
Ella, como es de rigor, se fué a la iglesia,
para rezar por él. ¿Para qué rezar por



ella? Hubieran sido
rezos bien inútiles.

Serían quizás las
tres de la tarde, y
fueran las de la ma-
drugada, la oscuridad
de la escalera, una
vez franqueada la
puerta, no hubiera si-
do más opaca. Abrió,
cerró y dió dos pasos,
buscando a tientas el
pasamano.

Entonces tropezó
con algo insólito. Pal-
pó y con ambas ma-
nos reconoció el obje-
to. Era un ahorcado:
un infeliz obrero sin
trabajo, que le había
dado por ahorcarse en
el hueco de la escala-
ra delante de la puer-
ta. Se colgó allí, sin
duda, por creer que
— ¿dónde caerse
muerto.

Ella palpó y reco-
noció. No sé de cierto
lo que habrían hecho
ustedes en su puesto.
Pero ella no vaciló.

Se inclinó un poco, se abrazó al ahorca-
do, lo levantó para aflojar la cuerda, lo
sostuvo y entonces, sólo entonces, gritó:

—¡Socorro!... ¡Auxilio!

Acudieron. Descolgaron al ahorcado.
Respiraba aún. Volvió del abismo de la
muerte en el que nadaba ya. Lo salvaron.
Es decir, lo salvó ella. Olvidé decirlos que
era muy pobre; ni un céntimo, pero en-
contró dinero para darle al ahorcado con
objeto de que no volviera a colgarse y re-
cobrara gusto a la vida.

Y ella siguió también viviendo. Ya les
he dicho que no tenía miedo a nada.

Era una mujer de soldado. Madre de
soldado, igualmente. La más grande.

Mi madre.....





El Señor Malvoa.
Por
© SILVA VILDÓSOLA.

EL secretario de la Legación solía hacerme entrega de algunos compatriotas para servirles de guía en Londres y por cierto que escogía a aquellos que, por un motivo o por otro, le parecían a él carga demasiado pesada.

—Tú, que admiras tanto el carácter nacional—solía decirme—hazme el favor de acompañar a un chileno silvestre que se me apareció ayer y que quiere ver algo de Londres.

De esta manera he podido visitar más de diez veces la Torre de Londres, en compañía de agricultores de Colehagua, comerciantes de Valdivia, profesores de Liceos provinciales, y he recogido sus impresiones frescas en medio del tumulto y la confusión de la capital británica.

Pero ninguno de estos amigos de unos pocos días, a algunos de los cuales hube de elegir el color de la ropa que deseaban comprar, mientras serví a otros de intérprete para adquirir un reproductor Durham, ninguno me ha dejado un recuerdo más duradero que el señor Malvoa.

Era un hombre alto y grueso, con una cabeza en que los rasgos indígenas estaban apenas ligeramente modificados, y cuyo cabello negro se alzaba recto del cráneo, como un bosque de quilas; la nariz era ancha y gruesa, la boca grande, con dientes muy sanos y labios carnosos, que cubría en parte un bigote tieso y encorvado hacia abajo. Ancho de espaldas, con un gran desarrollo torácico, manos burdas y pies muy amplios, el señor Malvoa era un hermoso tipo de la raza que se produjo inmediatamente después que los fornidos guerreros españoles amaron a las fuertes hijas de Arauco no domado.

No era rudo sino por el contrario amable y hasta melifúo, y aun cuando se advertía en él una personalidad independiente, era fácil darse cuenta de que deseaba agradar y mostrarse gentil.

Cuando el secretario me lo presentó, me tendió su enorme mano peluda y estrechó la mía, diciendo:

—Malvoa, un amigo más.

Esas solas palabras dichas con una voz profunda, en un tono resuelto y sin el menor rastro de una sonrisa, como quién oficia en un rito, evocaron ante mis ojos todo un mundo, todo el mundo de la buena, la sana, la grave y hasta sombría gente de mi tierra.

Convinimos allí mismo en hacer un paseo esa tarde por la City para que viera el centro comercial de Londres.

—Estaré aquí unos dos días no más—dijo resueltamente el señor Malvoa—; no me gusta esta ciudad.

—¿Cómo así?

—La hallo muy oscura, muy triste, muy sin animación.

—¿Ha visto algo ya?

—Sí, señor. Llegué anoche y anduve un poco por las calles. Llegaba a dar miedo la soledad. A mí me gusta París porque anda tanta gente por la calle, y todos van contentos y hay harta diversión para el extranjero.

Este primer juicio del señor Malvoa sobre Londres probaba que, aunque en exigua cantidad, la sangre latina influía en su temperamento; pero era debido en parte a que el hotelito adonde había ido a parar con sus cupones Cook, estaba situado en un rincón particularmente tranquilo del barrio occidental, en uno de esos

rincones tan apreciados por los ingleses, donde pasa un coche cada dos horas y están prohibidos los organillos y los gritos de los vendedores. De la clamorosa orgía de luz y de sonrisas en que se había hundido en París, el señor Malvoa había pasado al silencio y rigidez de un *residential quarter* de Londres.

Viajaba con un puñado de billetes de ferrocarril y cupones de hotel de la Empresa Cook, verdadero prodigio que por 2,000 francos le permitiría recorrer todos los países de Europa, excepto la Rusia y los Balkanes.

En la imperial del omnibus que nos lle-

vaba a la City, el señor Malvoa me hizo sus primeras confidencias:

—Yo, señor, me ocupo de comercio; tengo un almacén de abarrotes y mercaderías surtidas en.....

He olvidado la ciudad. ¿Era Lebu? ¿Era Cañete? ¿Era Victoria? ¿Era Osorno? Todo lo que sé decir es que aquello estaba al sur de Bio-Bío.

—Siempre me ha gustado ver mundo para ilustrarme, porque el hombre debe ilustrarse, y no porque uno es comerciante se debe quedar ignorante. Además que ahora hay tanta facilidad para viajar. Yo no sé idiomas, pero



...Entre tanto el ómnibus había pasado Pladille Circus entrado en la Plaza Trafalgar...

cuando uno habla des-
pacio, en todas partes
le entienden.

Parece ser que por
varios años, los telegramas
del extranjero que
publican los diarios, con
las ilustraciones que
suelen reproducir y las
etiquetas de las merca-
derías que vendía en su
tienda habían avivado
sin cesar en el ánimo
emprendedor del señor
Malvoa el deseo de via-
jar.

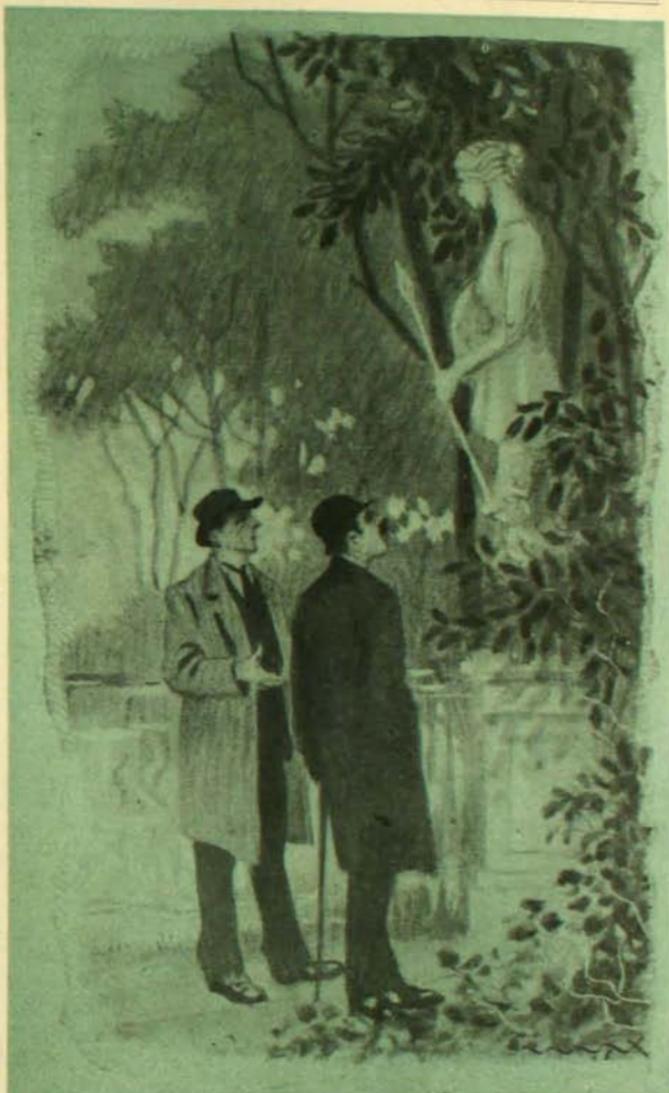
—Cuando veía en los
géneros y en otros ar-
tículos los letreros que
decían Sheffield, o Ham-
burgo o París, me da-
ban unas ganas de ver
donde hacían todo eso...
Y antes que se me olvi-
de... me tiene que de-
cir cómo se va para
Sheffield, porque yo
vendo cuchillería fina y
quiero ver la fábrica.

Entre tanto, el ómni-
bus había pasado Pic-
cadilly Circus, descep-
dido Havre...
trado en la Plaza Tra-
falgar. Explicando el
momento

se producir una impre-
sión en mi compañero;
pero él dió una mirada
y se limitó a decir:

—Grande la plaza,
pero mal arreglada.
¿Por qué no limpian
los edificios y las estatuas están todos llenos
de hollín.

Subimos por el Strand, pasamos Fleet
Street, giramos en torno de la Catedral de
San Pablo sin que el señor Malvoa diera
la menor muestra de admiración, no obs-
tante mis prolijos comentarios. La costra
negra que cubre los edificios de Londres,



En un punto de las avenidas sombrías, una estatua de Diana, se mira en las aguas...

lo estrecho de las calles tortuosas, la difi-
cultad del tránsito de vehículos le pare-
cían señales de un atraso que no se ha-
bría tolerado en Chile. Cuando estuvimos
delante del bajo y sombrío edificio del Ban-
co de Inglaterra, el centro de la vida finan-
ciera del mundo, el señor Malvoa me pre-
guntó:

—¿Ha visto el edificio nuevo del Banco de Chile en Concepción? Ese sí que vale la pena.

Aquello me iba cayendo sobre los nervios en una forma que mi compañero no podía sospechar. Pero donde de buenas ganas lo hubiera tirado de cabeza al río, fué cuando sobre el puente de Londres, ante el panorama único, grandioso, simbólico, del puerto envuelto en sus humaredas, la histórica Torre, la cúpula de San Pablo, cuando procuraba explicar todo eso y hacerle sentir, el señor Malvoa golpeó con su paraguas el parapeto y dijo con un tono ligeramente compasivo:

—Es curioso, señor, que en estos países que dicen que son tan adelantados tengan todavía puentes de piedra, parecidos al de Cal y Canto que había en Santiago cuando yo era muchacho.

Y así seguimos pasando por entre monumentos seculares, museos imponderables, suntuosos palacios, restaurants brillantísimos, yo agitándome en el exterior de mis últimos esfuerzos para que aquel hombre entendiera a Londres, y él severo, digno, sin mostrar nunca entusiasmo, pronunciando pocas frases en las cuales casi siempre comparaba lo que tenía delante con algo de su país para mostrar que, por lo menos, lo de Londres no lo sorprendía.

De la vida mundana de la gran capital no quiso saber cosa alguna:

—No me gustan las inglesas, señor. Cuando uno ha conocido a las francesas, no le queda nada que aprender. Porque usted ha de saber que en París he tenido muy buenas ocasiones y he conocido señoritas de primera, pero verdaderas señoritas, elegantes y con su casa propia bien puesta, donde había de un todo.

Y el señor Malvoa sonrió con una fruición retrospectiva, saboreando todavía sus veledas parisienas.

—La inglesa señor—dijo bajando púdicamente la voz—tiene buen cutis, pero poca forma.

Al día siguiente, otros chilenos lo llevaron a los alrededores, con la esperanza de que la naturaleza obrara un milagro. Entraron con él en la estúpida avenida de castaños seculares que sirve de inmenso pórtico al Palacio de Hampton Court, po-

blado de las memorias de Wolsey, de Enrique VIII, de Ana Bolena. En un punto las avenidas sombrías, oscuras y frescas como naves de catedral se abren en una explanada donde, en el centro de un estanque que navegan los cisnes, una estatua de Diana se mira en las aguas.

El señor Malvoa miró la estatua y dijo:

—Esa sería la dueña del Parque.

—Esa es Diana—apuntó alguien.

—Así se llamaría—insistió el señor Malvoa con una oscura y pertinaz convicción de que aquella dama tan ligera de ropas no podía ser otra que la propietaria del predio que atravesaban.

La visita a Hampton Court fué un desastre. Los patios evocadores, el Hall de los banquetes con su artesonado prodigioso, la galería de los retratos, todo pasaba delante de los ojos indiferentes del señor Malvoa sin interesarlo.

Cuando el señor Malvoa partió de Londres para ir a ver en Sheffield las fábricas de donde procedían los cuchillos que vendía en su almacén de abarrotes y mercaderías surtidas, se comentaba en la Legación con burlas y protestas la rudeza de nuestro compatriota y su incomprensión de Londres, de la vida y del genio de Inglaterra.

Pero un caballero que había oído en silencio los relatos de las impresiones del señor Malvoa, dijo cuando ya todos hubieron desahogado su indignación:

—Siento que no me hayan presentado al señor Malvoa y aún no sé si lo buscaré para acompañarlo en sus viajes. Me parece el primer chileno de veras que viene a Europa.

El que así hablaba era un viejo alto, con un puro tipo castellano, algo encorvado, que miraba por encima de las gafas y daba vueltas entre los dedos amarillos a un eterno cigarro casi siempre apagado. Pasaba por un original, hombre de talento, pero dado a la paradoja y a la contradicción. Esperábamos que explicara con una burla su admiración por el señor Malvoa, pero él prosiguió cada vez más serio:

—Malvoa es el producto de una civilización nueva, con una remota base latina,

por lo que tiene de origen español y por la importación de cultura francesa. Es hijo de una raza para la cual no tienen interés alguno las cosas viejas por la sencillez y justísima razón de que no tiene pasado y posee en cambio un enorme, un indefinido porvenir. Ha vivido en ciudades en que todas las casas son nuevas y mientras más nuevas, mejores. Ha pasado su vida vendiendo abarrotos y mercaderías surtidas que mientras más nuevos son mejores precios alcanzan. ¿Quieren decirme ustedes si no es una torpeza sin nombre exigirle a Malvoa que admire las cosas viejas sólo porque son viejas, aun cuando para él no representan ni tradición, ni recuerdo, ni nada? Somos nosotros los *poseurs*, que sin tener más relación con Nelson o con el London Bridge o con Hampton Court, repetimos lo que hemos leído en el Baedeker o en otro libro de historia o de viajes y hemos llegado a convencernos de que es espontánea nuestra admiración postiza.

Y como todos reían, tomando a broma la disertación, el viejo siguió más enfervorizado:

—¡No, caballeros, no es para la risa! Malvoa es un sincero, un genuino, no es una adulteración como ustedes, que por dentro son iguales a él y se dan humos de otra cosa. ¿Acaso no es cierto que los edificios de Londres son feos y sucios con su capa de hollín? ¿Por qué no reconocer que los puentes de hierro son más prácticos que los de piedra? ¿Qué tenemos que ver nosotros con la diosa Diana o con el Cardenal Wolsey o con Enrique VIII y sus escándalos? ¿Por qué se había de preocupar de eso el señor Malvoa, ni nos hemos de entusiasmar nosotros con lo que no entra en nuestra tradición, en nuestros recuerdos, en la formación de nuestra raza? Malvoa ha procedido exactamente como los viajeros ingleses y europeos en general que van a Chile y ha sido tan inglés para juzgar a Inglaterra como son Malvoas los gringos que nos visitan. Estos lle-



Las sonrisas se iban extinguiendo. El defensor del señor Malvoa daba un giro filosófico a su...

gan allá y se asombran del color de la cara de los rotos y de la pintura de las casas, y del manto de las mujeres y de que no les sean conocidos los personajes conmemorados en estatuas, y de que haya tantos clérigos, y de que las calles estén mal pavimentadas; y no sólo dicen sino que escriben en libros toda suerte de desatinos. ¿Qué es todo eso? Lo mismo de Malvoa: divergencia de puntos de vista, ignorancia de la historia, disparidad de razas. Malvoa no ha dicho ni pensado sobre Inglaterra disparates más gruesos que los que yo he oído en Chile a Ministros de Gran Bretaña y hombres considerados eminentes en este país. Un escritor inglés publicó un artículo humorístico después de un viaje a Chile, en que se burlaba de los "coches americanos" que nosotros usamos, sin darse cuenta de que lo más absurdo, lo más jocoso, lo más incómodo en materia de coches es el *hamson cab*. ¿Por qué no celebrarle a Malvoa que tenga el valor de decir lo que nosotros también vemos, que el hamson es feo, ridículo e incómodo?

Las sonrisas se iban extinguiendo. El defensor del señor Malvoa daba un giro filosófico a su discurso:

—Créanme ustedes: lo que se necesita en América es gente que tenga la honradez de sentirse producto de una nueva ci-

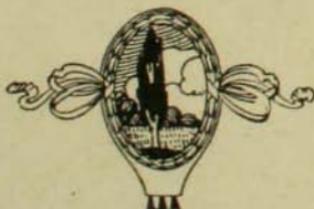
vilización, con criterio, formas y necesidades nuevas, sin el deber de admirar todo lo europeo y sin el prurito de copiar todos estos vejesterios artísticos, jurídicos, políticos y sociales. Y cuando en vez de convertirnos en micos de los europeos, que nos desprecian porque nos ven serviles, juzguemos la Europa desde nuestro propio punto de vista, tal como la juzga con su modesto bagaje intelectual, pero con un gran buen sentido el amigo Malvoa, entonces comenzarán a respetarnos.

El viejo se alzó y cogiendo su sombrero, se dispuso a partir, sin querer escuchar las observaciones que algunos querían oponerle.

—Adios, señores, y que lo pasen ustedes bien. Denle mi dirección a Malvoa, para tener la honra de saludar a la única persona que no ha perdido el juicio al pasar el Atlántico. Esa es una esperanza americana y nosotros somos unas frutas que se descompusieron al cruzar el Ecuador.

—Es un viejo muy inteligente—dijo uno de los que allí estaban—y maneja con gracia la paradoja, pero es loco.

—Solamente—agregó otro con timidez—que como Polonio en la del príncipe dinamarqués, encuentro cierto método en su locura.



LOS ENEMIGOS MISTERIOSOS

Por Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Oliver

NO sin alguna sorpresa, al llegar a casa una tarde del otoño último, encontré sobre mi escritorio la tarjeta de Diego Pardo.

Este nombre me produjo una impresión extraña, que me sería muy difícil definir, algo que participaba de la antipatía y del miedo.

Interrogué a la criada.

“El caballero de la tarjeta vino hace poco rato y quedó de volver en la noche,” fue la respuesta.

Hice un gesto de desagrado.... ¿Qué objeto podría tener en verme, aquel extraño y discentido personaje?... Yo apenas conocía a Pardo, y no era, por cierto, un personaje de mi devoción... No acierto,



sin embargo, con la causa verdadera de mi repugnancia.... Se trataba acaso de un simple fenómeno nervioso o de la evocación subconsciente de algún suceso desagradable y olvidado.

Iba a tomar el café cuando me anunciaron a Pardo.

—¡Allí está ese pájaro!, pensé encendiendo un cigarrillo para ahogar mi inextinguible malhumor. Era él, en efecto. Entró saludándome con una graciosa cortesía.

Seguramente estaba muy lejos de ser antipático y no recuerdo haber visto un hombre más hermoso. Su estatura apenas excedía de la mediana, pero sus formas esbeltas, airovas, bien proporcionadas, le hacían aparecer muy alto.

Sobre su cuello delgado y flexible se alzaba una cabeza pequeña de estatua griega, coronada por cabellos rubios suavemente ondulados. El rostro era de un óvalo perfecto; el cutis blanco, terso, tal vez un poco encendido; los ojos de un azul profundo; la mirada inteligente y altiva; la nariz regular y aristocrática; la boca fina y de líneas magníficas. Una sonrisa vaga y un tanto melancólica se dibujaba en la comisura de sus labios... El conjunto era de una distinción suprema... Producía la impresión de un gran señor y a la vez la de algo exótico, original, fuera de lo ordinario y corriente.

“¿Este es Diego Pardo?” me dije mientras lo saludaba; no lo hubiera creído.

A la verdad, a pesar del favorable aspecto de mi visitante, no podía desechar la desagradable impresión que experimentara al encontrar su tarjeta dos horas antes.

—¿Usted me conocerá algo de nombre? preguntó con cierta timidez.

Respondí afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—Pues, señor, usted dispensará la molestia que le causo, pero vengo a proponerle un negocio.

No le dejé continuar.

—Excúseme, caballero, interrumpí con alguna vehemencia; no pierda usted su tiempo... yo no soy hombre de negocios.

Diego Pardo sonrió tristemente.

—Lo sabía, repuso, y esperaba su contestación; pero ¿se negará usted a escucharme?

Aunque al oír la palabra negocio, se despertaron en mi ánimo con mayor fuerza las extrañas repugnancias de que antes he hablado, no pude menos de acceder a la demanda de Pardo. Había en sus palabras un acento de súplica, cierta insinuante tristeza que dieron cuenta de mis dudas y desconfianzas.

—Hable usted, le dije, aunque, se lo repito, ni hago negocios ni deseo hacerlos.

—Pues se trata de algo muy sencillo, continuó mi interlocutor, ya más sereno. Tengo encargo de colocar un magnífico lote de terrenos situados en la costa de Llanquihue; los títulos son de lo más claro que

hay en el sur de Chile; no hay en ellos ni la sombra de un litigio... He sabido que un sindicato holandés, representado aquí por el Banco de América y los Países Bajos se interesa por una propiedad de tales condiciones... Ahora, he aquí mi propuesta: encárguese usted de presentar este negocio al banco, y si se obtiene buen éxito, le participaré con la mitad de mi comisión: son sesenta mil pesos... ¿Quiere usted ver los títulos?

Lo detuve con un ademán muy expresivo. Aquello era demasiado extraño... Las circunstancias de tan brillante oferta eran algo más que sospechosas... ¿Con qué objeto, ese individuo se iba a desprender de una suma tan cuantiosa, para pagar un trabajo insignificante y que él mismo podía realizar sin inconveniente? ¿Y a qué escogerme a mí para semejante embajada?... ¿A mí, que no era su amigo, ni tengo experiencia en gestiones de esa índole?

La desconfianza debió pintarse en mi semblante.

—¿No quiere ver los títulos?, insistió Pardo.

—No entiendo de títulos, repuse.

—¿Rechaza entonces el negocio?

No me atreví a contestar definitivamente. La suma merecía alguna consideración, y además, lo confieso, el hombre comenzaba a interesarme.

—¿Querría usted antes desvanecer mis dudas?, pregunté después de reflexionar un momento.

—Por supuesto.

—Pues bien... Ante todo deseo saber por qué ha pensado usted en mí para este negocio.

Me pareció, aunque acaso se tratase de una ilusión, que Diego Pardo se turbaba un poco.

—Muy sencillo, dijo, sin embargo; en primer lugar usted es un buen amigo del gerente del banco interesado y yo no me encuentro por desgracia en el mismo caso...

Iba a decir algo más, pero se detuvo de improviso: la frase quedó bruscamente cortada.

—Usted tiene otra razón, insistí mirándolo fijamente...

El se sonrió.

—Sí, dijo, tengo otra razón, pero nada tiene que ver con el negocio mismo... No... no se alarme... Se trata de algo personísimo.

Diego Pardo tartamudeaba un poco, lo que me hizo pésima impresión.

El no me dejó tiempo para formular mi pensamiento.

—Señor, me dijo poniéndose de pie, yo parto mañana para Buenos Aires; mientras tanto, me permitirá que deje en su poder estos títulos... Si no le agrada mezclarse en el negocio, los guarda en su caja de fierro y asunto concluido... Tiempo tiene para pensarlo y si quiere, puede llevar los títulos donde un abogado... Sólo lo le pido que no se mezcla para nada mi nombre por ahora en este asunto.

Iba a decirle que se llevara sus papeles, cuando una idea luminosa cruzó por mi cerebro.

—Está bien, le contesté, voy a pensarlo.

Un rayo de inocente alegría brilló en el rostro de Diego Pardo.

—Gracias, señor, me dijo estrechándome la mano; ahora me voy más tranquilo.

Y, mientras mi misterioso visitante se dirigía hacia la puerta de calle, de pie, frente al escritorio, yo miraba sonriendo los títulos que acababa de dejarme.

—No será un abogado quien los examine, me decía... quien va a verlos, y muy luego, será Román Calvo...

II

No era fácil por aquel entonces encontrar a Román. So pretexto de que en Santiago no le dejaban en paz, consultándole asuntos cada vez más triviales y estúpidos, se había retirado a una casita solitaria al pie de la Cordillera, no lejos de los Baños de Apoquindo. Muy pocos conocíamos su escondite, y aun conociéndolo no siempre era posible dar con el estrambótico personaje, que pasaba días enteros recorriendo los campos y las montañas en busca de asquerosas alimañas: la manía entomológica

del gran detective estaba entonces en su período más agudo.

Sin embargo, en esa ocasión la fortuna me favoreció de un modo inesperado. Me preparaba a guardar en la caja de fierro los títulos de Pardo, cuando ví abrirse la puerta de mi escritorio y entrar por ella, como una exhalación, en cuerpo y alma, al mismísimo Román.

—No puedes venir en ocasión más oportuna, exclamé abrazándole con efusión.

—Ya lo creo, repuso triunfalmente. Aquí lo encuentro por fin...

—¿A quién?...

Ya iba a vender mi secreto, cuando me contuve.

—¿A quién?... Al *Plectronectus bifasciatus*, curioso lepidóptero nocturno, catalogado como de Buenos Aires y desconocido hasta ahora en Chile, repuso Román precipitándose hacia la lámpara, a cuyo alrededor revoloteaba una pequeña mariposa, atraída por la luz desde el jardín.

—No se trata ahora de polillas, dije algo picado, sino de un asunto importantísimo que pensaba ir a consultarte mañana.

—¿Cuestión de policía? murmuró desdenosamente... Ya no me ocupo de eso... Vas a dispensarme... Es imbécil.

—No... no voy a dispensarte... Es cosa personal mía. ¿Lo entiendes? Has auxiliado a extraños porque yo te lo he pedido; pero ahora es tu viejo y buen amigo quien te necesita...

—Bueno: sea todo por Dios... Pero deja antes asegurarme del *Plectronectus*.

Y sólo después que la pobre mariposilla estuvo metida en las profundidades de su cartera, Román Calvo, arrollándose en un sillón, junto a mi escritorio, estuvo en disposición de oírme.

—Quisiera que examinaras la validez de esos títulos, le dije mostrándole los que se encontraban sobre la mesa.

—¡Caramba! exclamó con cómico despecho... ¡Examina títulos! ¿Para eso crees que ha venido al mundo Román Calvo? Por poco no me confundes con un abogado.

Le referí entonces mi extraña entrevista con Diego Pardo, participándole mis dudas y desconfianzas, pero sin mencionar el nombre del interesado, porque me creí obli-

gado a la reserva que se me había pedido.
El me dejó concluir sin pronunciar palabra.

—¿No te gusta Diego Pardo?, me preguntó al fin con la mayor naturalidad.

Di un salto en mi asiento: estaba seguro de no haber pronunciado ningún nombre.

—Nada te he dicho de Diego Pardo, exclamé casi colérico... No puedo decirte de quién se trata: he prometido guardar el secreto.

—Pero no sabes guardarlo... Me hablas de títulos de tierras y de la desconfianza, que te merece el sujeto que los ha traído, me agregas que tu entrevista con él tuvo lugar hace pocos minutos, y, mientras yo te oigo todo eso, estoy mirando la tarjeta de Diego Pardo que tienes encima del escritorio... No es necesario ser muy lince para sacar la consecuencia. Supongo que este descubrimiento mío no quedará clasificado como casi sobrenatural.

—Piensa lo que quieras, murmuré por decir algo... Yo nada te he dicho ni te diré.

—En todo caso, me place hablar de Diego Pardo... ¿Tú lo conoces?

—Un poco, de nombre, aunque no sé a punto fijo qué clase de celebridad sea la suya... Se habla mucho de él. ¿No es cierto?

—Sí: se habla y poco de bueno, como su cede de ordinario en Chile. Es un sujeto original, que pasa entre sus amigos por un perfecto caballero y por la cabeza mejor organizada y el corazón mejor puesto del país. Al mismo tiempo es el hombre de los negocios turbios y de los inexplicables fracasos. No es raro que la mayoría lo conceptúe un truhán de buenas formas, o, en el mejor de los casos, un desequilibrado más o menos amoral. Es un caso raro...

—¿Y cuál es tu opinión?

—Permite que la reserve. Por lo demás no hace al caso... Quieres un consejo sobre esos títulos y voy a dártelo. Házlos examinar por un abogado. Lo mismo te diría si te los hubiera traído el propio Panchito Falcató. Un pilla puede hacer a veces negocios honrados... ¿Y si el asunto es limpio? ¿A qué echar por la ventana esa linda comisión?

—¿Entonces no te extraña la conducta de ese hombre?... ¿A qué desprenderse

de una suma tan considerable? ¿Qué razones ha tenido para dirigirse a mí?

—El te ha dado una.

—Mejor dicho, un pretexto.

—Más que un pretexto: Pardo no es tonto y sabe que un negocio presentado por él tiene grandes probabilidades de ser rechazado, *per odium auctori*: unos le tienen por pícaro, otros por deshabetado. Librando bien, le acusarán de chuncho, por que es increíble lo supersticioso que son esos mercaderes. Te busca pues a tí, a un amigo del gerente del banco, a un hombre intachable... Tú estudias la cosa con toda la desconfianza que quieras, y si es correcta, no vas por qué no apadrinarla.

La observación de Calvo me pareció justa, pero mi amigo es irónico por naturaleza y quedé sospechando en sus palabras algún sentido oculto.

—El mismo confiesa, observé pensativo, que ha tenido otra razón para confiarme el negocio.

—Por supuesto, y bien evidente...

Román hablaba con tal acento de seguridad, que me dejó perplejo.

—¿Sospechas esa razón, entonces?

—Yo nunca sospecho: sé a punto fijo unas cosas e ignoro otras, repuso Román. Esta la sé, pero me la guardo, porque tampoco hace al caso.

—Esta es tu noche de misterios, dije algo despechado.

Román se puso a reír.

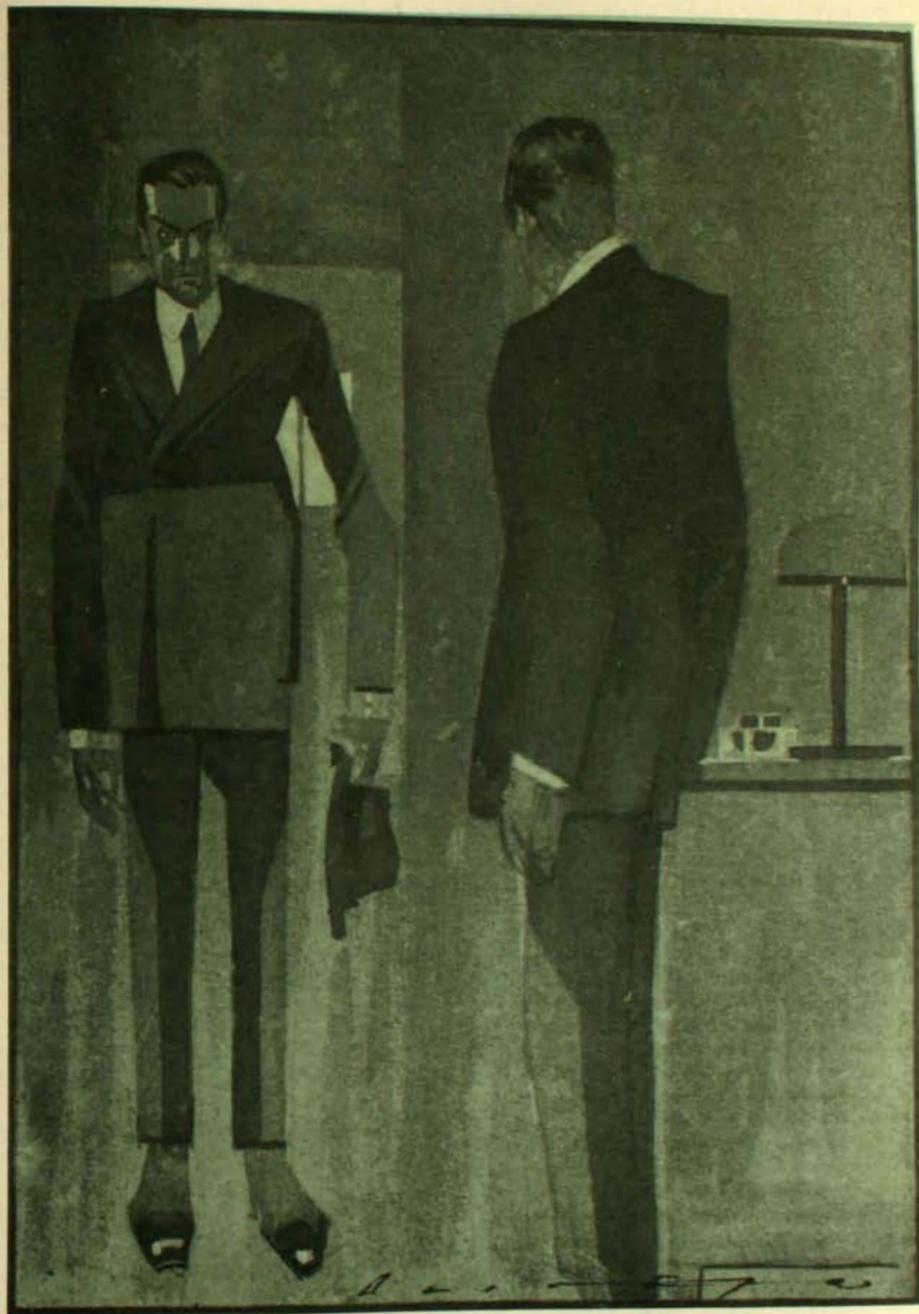
—Es que me hablas de asuntos fuera de mi competencia. Lo dicho: sigue mi consejo y no te arrepentirás... En cuanto a los títulos, es cosa que no entiendo: tu amigo Vicente Robledo te sacará de apuros en esta materia.

No pude ocultar mi disgusto.

—Vaya, continuó Román en tono zumbón, a toda costa quieres que yo intervenga en este excelente negocio tuyo. No habrá más remedio que darte gusto. Cuando hayas guardado en tu cartera los sesenta mil del plico, le pedirás al señor Pardo el servicio de que se vea conmigo. Dile que me interesa conocerle y escucharle.

Román acentuó esta última palabra en forma que me dejó pensativo.

—No busques tres piés al gato, continuó... Al negocio y buena suerte... Nada arriesgas, ni siquiera el honor... Román Calvo te lo jura y habrás de creerle... Aho-



Entró saludándome con una amable cortesía.

ca a otro asunto: hablemos del *Plectroecetus bifasciatus*.

III

Román Calvo tuvo esa vez razón como siempre.

El negocio de las famosas tierras de Llanquihue marchó en la forma más rápida y vulgar posible. Vicente Robledo examinó los títulos y los encontró impecables á a su vuelta de Buenos Aires declaró a Diego Pardo que estaba dispuesto a encargarme de la gestión que quería encomendarme; el gerente del Banco de América y los Países Bajos, a quien llevé el asunto, advirtiéndole que la persona dueña del negocio me parecía sospechosa, lo aceptó sin embargo con más que mediano entusiasmo... Fué aquello una marcha triunfal y fácil...

La noche del día en que se firmó la escritura, Diego Pardo apareció de nuevo en mi casa.

No lo recibí entonces como la primera vez. Cuando lo anunciaron, no sentí la menor sensación de disgusto. Noté sin embargo, al verlo entrar al escritorio, que venía tan turbado y tímido como antaño.

—Ante todo, me dijo, después de estrecharme afectuosamente la mano, aquí tiene usted su comisión.

Y me entregó un vale a mi orden, contra el Banco de Chile por sesenta mil pesos.

Sinceramente conmovido, le manifesté mi gratitud en los términos más efusivos; pero, cosa extraña, me pareció perplejo y avergonzado al oírme. Hubiérase dicho que se sentía reo de una mala acción. Sus ademanes, de ordinario serenos y correctos, eran ahora desordenados y nerviosos. Los ojos bajos, la mirada fugitiva, los labios contraindos por involuntarias contorsiones, presentaba el aspecto de un hombre agobiado por el peso de un remordimiento atroz. Creí que de un momento a otro iba a confesarme una culpa misteriosa.

Mis manos se crisparon sobre el vale que acababa de entregarme. Sin saber por qué, estuve a punto de devolvérselo.

El balbuceo algunas frases incoherentes... Mientras tanto, la turbación iba también invadiendo mi ánimo. No podría definir a punto fijo mis pensamientos... Uno, casi infantil lloró a dominar a los demás... Recordé haber prometido a Román Calvo una entrevista con el singular personaje que tenía delante, y no acertaba con la manera de pedírsela. Citarle ante el demasiado fa-

moso detective, me parecía algo como dar muestras de una desconfianza injuriosa a un sujeto que acababa de prestarme un inmenso servicio.

Pero la actitud extraña de Diego Pardo acabó de decidirme. Era preciso poner término a la duda que me roía el alma.

—Señor, le dije, usted va a encontrar muy rara la súplica que voy a hacerle... Soy amigo de Román Calvo, y él me ha manifestado el deseo de conocerle y escucharle....

Un rayo que hubiera caído en la habitación no habría producido en mi interlocutor mayor efecto. Al oír el nombre de Calvo, creí que iba a desmayarse; se puso densamente pálido y luego enrojeció hasta la raíz del cabello. Apenas le fué posible articular algunas palabras.

Sin embargo, tardó en serenarse mucho menos de lo que yo había imaginado. Algunos segundos después me pareció verlo sonreír al través de su sorpresa. Era todo un hombre.

—Tendré el mayor gusto de conocer al señor Calvo, me dijo en tono tranquilo y con ademán ya sereno; mande usted, estoy a sus órdenes....

Casi me avergoncé entonces de mis desconfianzas.

—Gracias, muchas gracias, le dije balbuceando. Si le parece iremos a Apoquindo mañana después de almuerzo.

—Perfectamente: pasará a buscarle en mi automóvil, mañana a las dos en punto.

Diego Pardo, como por obra de encantamiento, había recobrado su maravilloso aplomo; no quedaba en él rastro alguno de la profunda turbación de momentos antes; sólo la voz le temblaba un poco todavía.

No pude pegar los ojos en toda la noche. Después de guardar el vale de Pardo en la caja de fierro, formé la resolución de no volverlo antes de ver más claro en aquel misterioso enredo que dasafiaba todas mis suposiciones.

Me vestí casi con la convicción de que no volvería a ver a Pardo. Sin embargo, no fué así: a las dos en punto se me presentó sonriente, de buen humor, tranquilo, como quien solo tiene en vista un paseo agradable.

Cuarenta minutos después nos deteníamos frente a la residencia de Román. Era una casita de construcción antigua, casi una choza, encaramada sobre una colina árida y

desprovista de arbolado. Nada menos romántico que el retiro de mi prodigioso amigo.

El mismo Calvo salió a recibirnos y nos introdujo a una pieza bastante reducida donde se aglomeraban en pintoresca confusión, libros empolvados, legajos de papeles, instrumentos científicos, cajas y frascos de alcohol repletos de bichos extravagantes y varios otros objetos tan heterogéneos como pintorescos. En la Edad Media aquello habría pasado por el antro de un nigromante o de un astrólogo.

—Esperaba esta visita, dijo Román frotándose las manos con el mejor humor del mundo. Supongo que el señor es tu nuevo amigo, don Diego Pardo.

El aludido se inclinó, y todos tomamos asiento.

Román Calvo, después de arrellanarse en un viejo sillón de Viena, se puso a hacer girar los pulgares con aire satisfecho y fijando en Pardo su mirada enigmática y profunda, le dirigió estas palabras incomprensibles:

—Usted, señor, es un hombre de bien.

El otro, ruborizado y confundido, no supo qué decir. Más pareció que su ovido se enredaba de nuevo.

—Le digo que usted es un hombre de bien, repitió Calvo, y además muy listo... No se pierde usted... Ahora hable: estoy dispuesto a escucharle...

El mismo silencio embarazoso de parte de Pardo.

—¿Nada tiene usted que decirme?, insistió el detective.

Pardo hizo un gesto ambiguo que parecía una negativa tímida.

Entonces Román, sonriendo con infantil candor, se puso de pie y se dirigió hacia uno de los viejos armarios que guardaban la habitación. Allí estuvo buscando algo por un buen rato.

—Aquí está, dijo mostrando un papel azulado que entregó a Pardo con la mayor naturalidad... ¿Conoce usted eso?

Rojo como una amapola, Pardo apenas miró aquel papel, pero hizo con la cabeza un ligero signo afirmativo... Su ademán era el de un *receptiflo* es flagrante delito.

—Pues si usted conoce eso, continuó Román, siempre amistoso y sonriente, puede hablar; ya le escucho.

—Caballeros, balbuceó Pardo, permítanme que explique y justifique mi conducta...

—Chito y al grano, interrumpió Román... No quiero explicaciones... Va usted a ha-

cer un disparate... Sabe que estoy a sus órdenes... Miguel no sospecha cuán hábil es usted... ¿Me entiende?... Hable usted...

—Yo soy un hombre de bien, balbuceó Diego Pardo...

—Comencé por decirselo, interrumpió Román, y ahora le repito que con sus explicaciones corre riesgo de echarlo todo a perder. Hable como habría hablado cuando ese papel fué escrito y haga cuenta que nada ha ocurrido desde entonces... Es el único servicio que le pido...

—Gracias, señor, muchas gracias, balbuceó Pardo... Hablaré entonces...

—Sí, de sus enemigos misteriosos, dijo Román.

—Debo entonces referir la historia de mi vida.

—Aquí estoy para escucharlo... Nadie perderá nada en ello, salvo quizá la ciencia entomológica.

IV

Aquello era extraordinariamente inexplicable. Renuncié a penetrar el misterio del extravagante diálogo que acababa de oír y me dispuse a escuchar las confidencias de ese hombre que acababa de poner en mis manos un vale a la vista por sesenta mil pesetas.

son.

—El apellido de Pardo que llevo, comenzó nuestro interlocutor, es el de mi madre adoptiva: yo soy un expósito... triste es tener que confesarlo, pero la verdad antes —Me gusta así, observó Román... No olvide usted ningún detalle...

—La señora doña Domitila Pardo era bastante rica: viuda sin hijos, sinceramente religiosa, experimentó esas ansias de maternidad tan naturales en la mujer: me sacó de la Casa de Huérfanos de Concepción cuando yo era muy niño, en un tiempo muy anterior a mis primeros recuerdos, y me hizo dar la aduación de un caballero... Mucho más que eso tengo que agradecerle y es su cariño tierno, ilimitado como el de una madre....

Hasta muchos años después, no supe mi verdadera condición: La señora me trató siempre como a un hijo... Había querido que yo ignorase en todo momento el secreto de mi nacimiento. Por eso se trasladó conmigo desde Osorno, donde vivía, a Santiago y me colocó en el Colegio de los Padres Franceses... Esos fueron mis tiempos felices: por desgracia no duraron mucho. Querido por

mis condiscípulos, estimado por mis maestros, era el primero de mi clase y a fines de año obtenía casi todos los premios. Mi madre adoptiva habitaba una quinta en Nuñoa, y, durante las vacaciones, el alumno ejemplar del colegio era el niño mimado de un hogar respetable y casi opulento...

Todo aquello se derrumbó de pronto, y las circunstancias que rodearon esa primera desgracia de mi vida, me han hecho pensar más tarde que en ello debo también ver el ataque de esos misteriosos enemigos de que usted ha hablado...

Román Calvo se sonrió...

—Creo que la frase es de usted, dijo.

—Fué, señor, un golpe inesperado. Un día, en el colegio, creí notar algo extraño entre mis compañeros de clase: cierto despegó irónico, cuchicheos hostiles, miradas despreciativas, casi provocadoras. Por desgracia, muy luego tuve la explicación de aquel misterio. Me había yo empeñado en una discusión bastante agria sobre un asunto de juego con un condiscípulo, cuando intervino bruscamente en el debate un muchacho de ojos torvos y rostro cejrino, envidioso y maldiciente....

—¿Qué hablas con tanta *prosa*, me dijo mirándome desdeñosamente de alto abajo... Todos sabemos quien eres y de donde vienes, *guacho* indecente.

Nada hay más cruel que los niños... Las palabras de ese miserable arrancaron a casi todos los circunstantes una carejada casi universal. Lleno de secreta angustia, oprimido el corazón, incapaz por vez primera de devolver la injuria con la injuria, miré a mi alrededor como solicitando piedad y simpatía... La mayor parte de los amigos de ayer se alejaba dejándome solo.

Desde ese momento fuí en el colegio una especie de proscrito. Como se vengaron en mi caída los envidiosos de antes, como me excusaron su auxilio la cobardía y las vanidades necias, no tengo por qué referirlo... Usted, señor Calvo, comprenderá cuánto debí sufrir... Llegué llorando a mi casa el primer día de asusto, y entonces lo supe todo... Mi madre adoptiva ya no creyó posible ocultarme por más tiempo la horrible verdad. A pesar de sus caricias y consuelos, la herida recibida ya no se iba a curar más... Y, lo confieso, aquella desgracia debió contribuir a quebrantar mi moral... No... no llegué a hacerme malo... he continuado siendo un hombre de bien; pero, nada más desquiciador para la virtud de un pobre niño que el espectáculo que en ade-

lante hube de contemplar... Había visto desvanecerse lo que más estimaba en el mundo: el cariño y el aprecio de los que me rodeaban, sin culpa alguna de mi parte, por obra de un herlo del que yo no era responsable...!! "¿De qué me servirán ahira la virtud y aún el talenti?" me repetía...

Diego Pardo hablaba con el corazón; me sentí unmovilo y quise desviarte un poco de sus dolorosos pensamientos.

—¿Por qué atribuye usted, le pregunté, a la obra de enemigos invisibles una revelación como ésa? Ella tenía que llegar un día u otro.

—Es cierto... Pero tengo ahora la seguridad de que alguien *que no era un niño* había preparado lon toda calma y premeditación esa catástrofe... Supe poco después del incidente, que algunou de mis condiscípulis habías reribido una especie de circular anónimo, en que se daban los detalles más precisos y documentados acerca de mi origen... Esas no son cosas de niños, como ustedes comprenden...

—La madre adoptiva de usted era rica y no tenía herederos forzosos, observé... Estas circunstancias pueden explicar muchas cosas... Quizás algún pariente de la señora, interesado en su herencia...

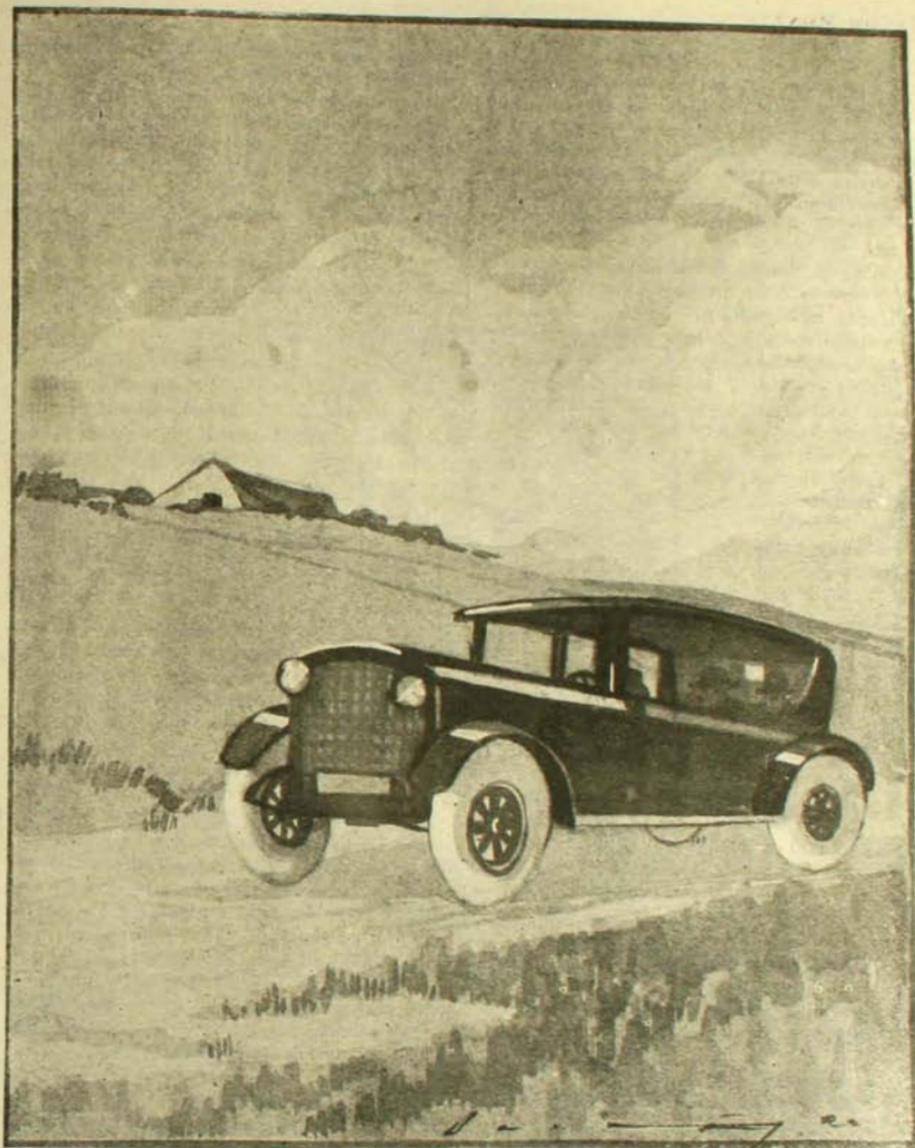
Román me miró sonriendo irónicamente.

—Te has convertido en mi émulo, dijo; pero ya lo sabes: como detective no eres muy afortunado... No te precipites a adelantar juicios. Deja que el señor continúe su relato...

—No es muy descaminada la suposición de don Miguel, observó Pardo, porque en la segunda desgracia de mi vida tuvo responsabilidad, aunque indirecta, un hermano de mi madre adoptiva, a quien yo llamaba entonces el tío Pancho...

—Don Francisco Pardo... le conocí, dijo Román.

—Exauto. Fué, mientras vivió, una mala cabeza. Apenas había salido yo del colegio para iniciar mis estudios universitarios, el tío Pancho se vino del norte, donde había residido por muchos años como empleado de una oficina salitrera. Mi madre adoptiva le dió un sitio en su hogar, aunque sus ideas y costumbres debían chocarle muchísimo... Por de pronto era un radical ultra y un solterón empedernido. No existía vicio, ni enico ni grande, que él no tuviera. Por lo demás sus modales eran los de un perfecto caballero y se ganaba a todo el mundo con su simpatía de buen muchacho calavera....



Cuarenta minutos después nos deteníamos frente a la residencia de Román.

La señora Pardo sentía debilidad por aquel hermoso pródigo y le consintió en su casa a pesar de que no pudo menos de prever la desastrosa influencia que ese hombre iba a ejercer sobre un muchacho en formación. . . .

El tío Pancho fué para mí el mejor y más alegre de los camaradas. Me trataba de igual a igual, como a un hombre hecho y derecho, cosa que los estudiantes agradecen sobre todas las cosas. . . . Inteligente, insinuante, nada desprovisto de tacto, supo en-

trarse en mi corazón como Pedro por su casa... Disponía, además, de dinero... A su contacto, no tardé en perder los sentimientos religiosos en que me educaron, y, si no me convertí en un tumante completo, poco me faltó para ello... Por último, consiguió que me inscribiera en los registros del partido radical y en la logia masónica a que él pertenecía.

Por algún tiempo la señora Pardo ignoró mis progresos... Confesaré que éstos fueron tanto más rápidos, en tanto que sentía, sin poderlo remediar, cierto oculto despecho contra la sociedad de vota y aristocrática en que había crecido... Me sabía un expósito, mi ser inferior ante las preocupaciones de cierto mundo... Recordaba la conducta de mis condiseñpulos y los sufrimientos de que había sido víctima en el Colegio de los Padres Franceses... Ustedes me comprenden... ¿No es verdad?

Román asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—El tío Pancho supo explotar a las mil maravillas esos sentimientos tan naturales y me llevó donde quiso llevarme... Sólo mi inexperiencia de la vida explica que no llegase yo a sospechar la consecuencia inevitable de mi conducta... Doña Domitila Pardo era, como antes he dicho, una señora muy devota, que detestaba a los radicales y masones como a comanditarios del mismo Satanás... Un día un anónimo la impuso de todo: de mi radicalismo, de mi ingreso en la logia, del sitio en que guardaba mis diplomas e insignias masónicas, de mis escapadas nocturnas, de mis ditirambos contra la oligarquía... Aquello fué el acabóse... “He criado una víbora en mi casa, me dijo muy irritada, ahora tú mismo te has encargado de demostrar lo que eres: un roto villano y de bajos instintos; anda que te den de comer los masones y vende, si te parece, tu alma al diablo”... Y doña Domitila Pardo me arrojó de su lado...

—Gran triunfo para el tío Pancho, exclamé; usted le estorbaba la herencia de su hermana.

—Van a tomarme por un inocente,—dijo Diego Pardo,—pero yo no creo que frea hombre de tales cálculos: le tengo y le tuve por sincero. El mismo hubo de explicarse conmigo algún tiempo después. Fanático por sus ideas quiso que yo participara de ellas... Es algo de lo más común y corriente si se tiene en cuenta la idiosincrasia de los espíritus místicos y extremos.

—La cosa es por lo menos sospechosa, insistí.

—No tanto como a primera vista parece, continuó Diego Pardo. El tío Pancho no podía esperar herencias de doña Domitila; ella tenía otras hermanas, devotas, solteras y muy necesitadas; mientras tanto él, si no rico, era hombre de recursos... Por otra parte la herencia de la señora fué repartida por iguales partes entre dichas hermanas y los colegios católicos de la diócesis de Aneud...

—¿De qué recursos disponía el tío Pancho? preguntó Román...

—Trabajaba en *negocitos sueltos* en la Bolsa de Santiago.

—¿Negocitos sueltos? He aquí un dato importantísimo: no lo olvides, Miguel...

A la verdad, no comprendí entonces la importancia del dato; pero Román es así y hay que renunciar siempre a seguir el rumbo de sus pensamientos.

—No veo, observé, por qué atribuye usted a una persecución misteriosa el acontecimiento que acaba de narrar: él se explica perfectamente sin la intervención de enemigos invisibles.

—Así es, dijo Pardo; pero me queda por referir una circunstancia que acaso modifique su opinión. Como usted comprenderá la vida se me hizo bastante difícil, después de mi salida de casa de doña Domitila. Un día paseábame por la Alameda, solo con mis tristes pensamientos, cuando me abordó de improviso el tío Pancho. “Vea, joven, me dijo, es necesario que yo me excuse ante usted: he sido la causa, aunque involuntaria, de su desgracia”. Yo, con el calor y la seguridad propia de mis años, le aseguré repetidas veces que me sentía feliz de sufrir por mis ideas, y que nada le agradecería a él más, que el haberme catequizado en las sublimes verdades del libre pensamiento. “Con todo, insistió él, necesito excusarme. Usted ha perdido a una noble y generosa protectora, pero no se desanime: en las logias cuenta usted con amigos poderosos y resueltos, que tienen en gran estima su talento y le auguran el más brillante porvenir... Sin revelarles un secreto que no me pertenece, puedo asegurarle que las altas autoridades masónicas deseaban desde hace mucho tiempo contar con el valioso concurso de usted y que no han reparado en sacrificio alguno para obtenerlo...”

—¿Qué extraño es esto! exclamé; no creía que los masones hilaran tan delgado...

—Así es, asintió Pardo... Yo mismo me quedé perplejo al oír esa confidencia. En el colegio había oído de conspiraciones tenebrosas urdidas en las logias contra la fe

religiosa de algún joven de talento; pero a la época de aquella mi última entrevista con el tío Pancho, tenía ya tales relatos como cuentos de viejas... y en igual concepto lo sigo teniendo... Así, dispensen ustedes mi debilidad, pero no puedo prescindir de preguntarme muchas veces ¿quién hizo los sacrificios aquellos que tan caro habían de costarme? Me imagino que fué alguien que no me quería bien....

—Los enemigos misteriosos, murmuró Román, con un dejo de sarcasmo.

—El hecho es, continuó Pardo, que por obra una vez de los alumnos de un colegio congregacionista y otra por obra de los masones, perdí, primero mi posición social y después mi hogar, mi madre adoptiva y las esperanzas de un risueño porvenir... y que en ambas ocasiones, las circunstancias de los sucesos daban que pensar en algo misterioso y fuera de lo ordinario y corriente.

El rostro de Román Calvo radiaba...

—Vea si tuve razón al sostener que usted era no sólo un hombre de bien sino muy listo, le dijo.

Creí que el detective se estaba burlando. En verdad, había algo de muy ridículo en aquella manía de un muchacho insignificante, sin familia, sin antecedentes, hábil sin duda, pero tampoco un genio sobrenatural, que se imaginaba perseguido casi desde la cuna por ocultos y poderosos enemigos resueltos a perderlo.

—La vanidad humana es insondable, pensó.

—No habré de referir, continuó Pardo, los innumerables fracasos subalternos que me abrumaron durante los primeros años que siguieron a mi expulsión de la casa de doña

Domitilia... Bástenos decir que muchas, muchísimas veces creí haber conseguido algo que asegurara mi porvenir: un negocio, un empleo... pues bien, siempre todo se derrumbaba como por obra de encanto y en el último momento...

—¿Vió o sospechó en ello la mano de sus enemigos invisibles?, preguntó Calvo sonriendo.

—No de un modo claro... Si tuviera algún indicio de mediano valor lo repetiría...

Pero nada conservo al respecto sino sospechas, una especie de superstición íntima...

—Bien: continúe usted...

—Para sostenerme mientras terminaba mis estudios de derecho, me ocupé como escribiente en el bufete de un abogado de cierta fama. Allí comenzó a sonreírme de nuevo la fortuna. Mi principal acabó por sobrarme aprecio y me hizo una vez la promesa formal de que, cuando tuviera mi título, me emplearía como auxiliar suyo. Ello podía ser mi porvenir... Dios no lo quiso... Conseguí por entoncees un empleo en el norte y tuve la mala inspiración de preferir la realidad

de un buen sueldo a las expectativas de un porvenir más brillante pero más incierto...

—Y cómo consiguió usted ese empleo? preguntó Román.

—En el concurso que abrió en Santiago la Compañía Salitrera "Pampa Valentina"... Necesitaban un contador-cajero que tuviera además algunos conocimientos legales... Yo había llevado libros en un tiempo para ayudar a mi subsistencia y he hecho estudios no malos de contabilidad.

—No anduvo usted muy acertado en abandonar el porvenir que tenía delante; supon-



Un día paseábame por la Alameda, solo con mis tristes pensamientos, cuando me abordó de improviso el tío Pancho.

go que esto no lo atribuirá usted a sus enemigos invisibles, dijo Calvo. ¿Cómo se le ocurrió a usted tomar parte en ese concurso?

—Por cierto que en ello no intervinieron mis enemigos, repuso Pardo, sino mi mala estrella. El presidente de la Compañía, don Teodoro Miller, era cliente de nuestro estudio... Por él supe casualmente lo del concurso y el sueldo me tentó... Ningún joven estudiante desdena diez mil pesos anuales... El señor Miller citó a los postulantes a la oficina de la Compañía en Santiago, nos hizo algunas preguntas sobre derecho y sobre contabilidad, y tomó muestras de nuestra letra... Tuve la suerte de ser elegido y, sin petulancia, creo que la resolución del señor Miller fue justa... Los demás pretendientes no sabían una palabra... Resultado de la pésima educación práctica de nuestros colegios.

Cuando quedé instalado en mi nuevo destino, creí que por esa vez la había acertado. Yo era el factótum de la oficina de la compañía en Iquique, y pronto conquisté el aprecio de los directores, todos ellos respetabilísimos y opulentos caballeros de la localidad... Vi el porvenir abierto... Y aquí, señor Calvo, tengo que referir la peor de mis desgracias, la que había de enturbiar mi reputación para siempre.

Tenía yo a mi cargo la caja y la contabilidad general de la Compañía en Iquique. El dinero destinado al pago de los operarios en la pampa lo sacaba del Banco los viernes por la tarde a fin de que pudiera salir por el primer tren del sábado... Como eran sumas bastante gruesas, entre doce y quince mil pesos, yo conservaba ese dinero en la caja de fierro de la oficina durante la noche.

Ahora bien, lo que voy a referir parece increíble, pero juro que es la verdad... Un sábado por la mañana, al abrir la caja para entregar al empleado que debía subir a la pampa, el dinero de la semana, trece mil y tantos pesos que guardara allí la tarde anterior, vi con espanto que los billetes habían desaparecido... Por un momento pensé volvérame loco... Pero un robo en esas condiciones era demasiado inverosímil...

Me apresuré a desochar al empleado dándole la suma requerida en un cheque, y corrí a casa de Mr. Miller...

Nunca podré agradecer bastante a este caballero su actitud para conmigo...

—Tranquílese, me dijo, su hombría de bien está más alta que cualquier sospecha... Por otra parte el hecho es demasiado ex-

traño: yo no creo en un robo... En todo caso, no tema por usted... Todos los consejeros le conocemos, y yo respondo por usted, cualquiera cosa que suceda...

Por desgracia, el misterio no pudo ser resuelto. Cuantas investigaciones se hicieron resultaron inútiles. La misma sencillez del asunto lo complicaba... No había a quien acusar... Solo tres personas tenían llave de la caja: Mr. Murphy, el gerente de la compañía, a la sazón en la pampa, el presidente, Mr. Miller, y yo... Alguien había fabricado una llave falsa, tomando por modelo alguna de las nuestras... Líbreme Dios de malos juicios, pero mis sospechas recayeron en alguno de la servidumbre de Mr. Murphy, pues supimos que había dejado en su casa su llavero, al marcharse días antes a la pampa... Nada más se pudo averiguar...

Mi protector, Mr. Miller, puso con gran nobleza fin al incidente...

“Vuelvo a repetirle que no pase cuidado, me dijo: creo en su honradez como en la mía, y espero que todos mis compañeros pensarán como yo... Yo arreglaré satisfactoriamente este asunto en el Consejo...”

Por desgracia, aquello se complicó en forma inesperada... Los directores, inspirados en los mismos sentimientos del presidente, estaban a punto de pasar lisa y llanamente la cantidad sustraída a la cuenta de ganancias y pérdidas, cuando uno de ellos, hombre de bien pero severo, dió lectura a un anónimo que el día antes había recibido, y en el que se le aconsejaba desconfiar de mí, porque pasaba las noches en el juego... Agregaba el infame autor de aquel escrito, que la víspera había yo perdido una gruesa cantidad jugando a baccarat en el Club Iquique...

Hube de sufrir un humillante interrogatorio... Para mi fatalidad había algo de verdad en la información anónima... La noche antes de mi desgracia me senté como solía en una mesa de poker, donde jamás se exponían sumas superiores a mis recursos... Perdí algún dinero, pero no mucho, y eso era todo...

Contra esta fatal coincidencia hubieron de estrellarse los generosos esfuerzos de Mr. Miller. Todo cuanto pudo obtener fué que se guardara entre los directores la mayor reserva acerca de lo ocurrido... pero perdí mi puesto...

“Representamos intereses ajenos, me dijo el director del anónimo, y dado lo ocurrido, no nos es posible conservarle...”

Por tercera vez mis enemigos ocultos

ocurría al anónimo para perderme. Siempre el mismo innoble y cobarde procedimiento.

Diga usted, preguntó Román, ¿cuando tuvo lugar esa reunión era ya pública en Iquique la pérdida de dinero ocurrida en la Compañía?

—No, señor, que yo sepa... Mis enemigos ocultos sí que no debían ignorarla... La casualidad era demasiado extraordinaria... Alguna indiscreción, alguna confidencia de familia, ¿qué se yo?... Por otra parte; dados estos antecedentes, no necesito agregar que no sólo se hizo muy luego pública la noticia de mi desgracia, sino que fué adornada con todas las pérdidas invenciones de la maledicencia... La buena voluntad de los directores de la Compañía de nada sirvió para impedirlo.

—¿Quién era el director del anónimo? preguntó Román.

Pardo indicó el nombre de un distinguido caballero, santiaguino neto y de su vieja escuela y como la mayor parte de sus congéneres, gran señor en todo, menos cuando se trata de esgrimir la lengua.

—¡Ah! Don Nicanor Zuloaga, dijo el detective... continúe usted.

—No necesito decir cuán difícil se me hizo la vida en adelante... Volví de Iquique pobre, sin familia y con la reputación perdida... La serie de mis extraños fracasos continuó como antes y peor que antes... Al fin, mis enemigos misteriosos estuvieron a punto de arrastrarme a la cárcel...

Un día, apenas recibido de abogado, paseábame por los patios del palacio de los tribunales, cuando un antiguo condiscípulo a

quien no veía desde muchos años atrás, se me acercó, acompañado por un sujeto de aspecto vivo e inteligente. "El señor Moisés Espina desea ser presentado, me dijo... Tiene que hacerme una proposición que acaso te convenga."

El aludido era un hombre atrayente e insinuante, muy locuaz. En pocas palabras me explicó lo que quería... "Soy un agente judicial, me dijo; lo que lamán de ordinario un tinterillo; pero no se alarme; puede tomar informes de mí y espero que todos le dirán que soy honrado... Mi trabajo aumenta de día en día y deseo asociarme con



Vi con espanto que los billetes habían desaparecido.

un abogado joven, porque el título me hace falta... Podría ofrecerle el treinta por ciento de mis utilidades..."

Usted comprenderá, señor Calvo; yo no tenía más capital que unos pocos pesos en el bolsillo y nada seguro para el mañana... Acepté, quizás con alguna ligereza... Después de lo ocurrido, debí ser más cauto... Pero estaba desesperado...

Los negocios del señor Espina no eran muchos ni muy brillantes y pronto comprendí que apenas iba a ganar para lo más preciso, poco más que el jornal de un peón... pero ¿qué hacerle?

En estas circunstancias se nos presentó el negocio de las tierras del Calen... ¿Ustedes han oído hablar del asunto? Los famosos títulos aquellos los trajo Espina del sur, donde los compró ad-referendum a unos insulares de Chiloé... Era una concesión de tierras en la Patagonia chilena, que contaba con más de cien años de antigüedad, y recientemente inscrita en el Conservador de Bienes Raíces de Achao... Personas muy competentes y serias declararon que no era posible poner en duda la autenticidad de esos documentos: las firmas, los sellos y el papel timbrado, todo estaba en regla... No se me ocurrió siquiera desconfiar. Buscamos un socio con relaciones en el alto comercio, y muy luego quedó organizado un sindicato que debía transformarse en una sociedad anónima con dos millones de capital...

Pues bien, una mañana, estaba acabando de vestirme cuando se presentó en mi casa la policía, con una orden formal de prisión y allanamiento. Me llevaron a la cárcel y pusieron sellos sobre cuánto me pertenecía...

—¿Otro anónimo? preguntó Román...

—Esta vez no era un anónimo, sino algo peor... La vespера, mi socio se había fugado para la Argentina, después de declarar al juez por medio de una carta, que los títulos de Calen habían sido falsificados por mí y que él mismo había sido cómplice de aquel supuesto delito.

Era ésa vez una maquinación horrible, pérfidamente preparada. En mi propio domicilio se encontraron los moldes de los sellos antiguos, el caleo de las firmas de los funcionarios que suscribían los títulos de Calen, toda una colección de papel timbrado de la época colonial, etc... etc...

Sali absuelto por falta de pruebas materiales, pero nadie, ni los mismos jueces, dudaron un momento de mi culpabilidad.

¿No había yo sido expulsado como ladrón por la Compañía Valentina?

No cansaré a ustedes, señores, refiriéndoles la triste historia de mis luchas posteriores. He vencido hasta cierto punto; he conquistado una posición desahogada, pero no un nombre sin mancha... Vivo entre sospechas y asechanzas... ¿Cuánto incidente misterioso en esa guerra implacable que me persigue!... ¿Recuerdan que cuando me presenté como candidato a diputado por el departamento de Coihueco, se me sorprendió falsificando un escrutinio y la Cámara anuló mi elección? De casos como ése está llena mi vida...

Por último, y esto ocurrió hace pocos meses, amaba yo a una creatura encantadora, la señorita Mercedes León... Su padre parecía favorecer mis pretensiones, y estoy seguro que yo no le era a ella indiferente. Un día, sin motivo alguno visible, se me cerró la puerta de ese hogar donde había esperado encontrar la felicidad y el olvido de un triste pasado... Supe luego que la señorita Mercedes estaba comprometida con un primo suyo, joven de cierto mérito, pero sin carrera ni porvenir, que la cortejaba desde algunos años atrás...

—¿Los enemigos de antaño? preguntó Román.

—Usted juzgará... Había muerto un pariente lejano de la niña, don Tadeo Cabrera, viejo avaro riquísimo, que dejó casi todos sus bienes a la beneficencia y trescientos mil pesos a la señorita Mercedes, con la condición de que se casara con su primo...

Aquí abandonó a Diego Pardo la anarante tranquilidad que hasta entonces había manifestado...

—Señor Calvo, balbuceó entre sollozos, si usted no me salva, yo no me siento capaz de seguir soportando la vida... ¿Qué he hecho yo para ser víctima de ese odio feroz, implacable...? ¿Quiénes son esos hombres que me arrebataron familia, hogar, fortuna, reputación, todo cuanto hace amable la existencia? ¿Son demonios encarnados los que se obstinan en enlodarme, en hacerme aborrecible la virtud, en arrastrarme al mal? ¿Cuál es mi delito?... Este misterio me mata... Usted, señor Calvo, no me abandonará...

V

El gran detective había esenchado aquel largo relato con una calma hasta cierto punto irónica. Cuando Diego Pardo hubo terminado, le miró fijamente y le dijo:

—Es usted extraordinariamente hábil, caballero; tengo ya de ello dos pruebas en lugar de una... Ahora, ¿Qué espera usted de mí?

El otro hizo un gesto muy expresivo de sorpresa y desconsuelo.

—Su auxilio, balbuceó; quiero conocer a mis enemigos invisibles y reducirlos a la impotencia.

—Su demanda me lisonjea en extremo dijo Román; de cuantos han acudido a mí desde que hago policía, usted es quizás el único a quien he juzgado lo suficientemente fuerte para no necesitar de mis servicios. Su problema es complicado, lo confieso; pero ya tiene usted casi todo el camino andado y lo que resta por hacer es un juego de niños... Ha descubierto usted a sus enemigos...

—No, señor, no los he descubierto, interrumpió Pardo con no fingido estupor...

—Ha descubierto que los tiene, y créame, eso era lo más difícil... De cien hombres colocados en la extraña situación de usted, noventa no lo hubieran siquiera sospechado... Se trata de algo tan inverosímil, tan diverso a las ocurrencias ordinarias de la vida. Lo que me sorprende es que con esa perspicacia suya, no haya conseguido ya individualizar a sus dos enemigos y no esté en el camino de averiguar los móviles de la persecución de que se le ha hecho objeto...

—No entiendo una palabra, balbuceó Diego Pardo... ¿Cuáles son esos dos enemigos...?

—Sin ofender a nadie, respondió Román calmamente, uno de ellos está en esta casa, y es usted mismo... En cuanto al otro, no creo necesario nombrarlo... Está también muy a la vista...

—Confieso que no he andado muy cauto...

—Ni mucho, ni poco... Desonés de lo ocurrido en Iquique, tenía usted todas las razones del mundo para guardarse de asechanzas del mismo género; pero acaso, quizás usted, sin darse perfecta cuenta, se alegraba de la persecución de que era objeto... El encarnizamiento de su otro enemigo era tal, que usted debía esperar que en cualquier momento descubriría su juego, como efectivamente ha sucedido. Por otra parte, no deja de ser consolador el verse perseguido en esa forma... Yo en su lugar daría gracias a Dios de lo que le parece una desgracia... Un enemigo menos cruel le habría dañado en forma más efectiva e irreparable...

En verdad, las observaciones de Román continuaban siendo griego para mí. Noté, en cambio, que la mirada de Diego Pardo iba iluminándose...

—Tiene usted razón, repuso con gran sorpresa mía... Pero, ante todo, le ruego que me dé el nombre de ese que usted llama mi otro enemigo...

La respuesta de Román fué una cargada estrepitosa.

—¡Diablos! exclamó. ¿Todavía no caemos en la cuenta? ¡Cosa más rara! Mucha perspicacia, una habilidad suma para manejarse y tan poco espíritu de análisis. Aquí tiene usted a Miguel, que no es un lince, y sin embargo, estoy seguro de que ya sabe tanto como yo...

—Debo confesar, dije verdaderamente confundido, que estoy en Belén, que no entiendo una palabra de todo lo que usted está hablando.

—Entonces me he equivocado, dijo Román levantándose de su asiento. Creía que la conclusión de ustedes iba a ser la mía... Tanto mejor... Esta noche nos veremos con Miguel en Santiago... Trazaremos juntos el plan de campaña... ¿Puede usted, señor Pardo, darme su dirección?... Aunque perdone, supongo que sea la misma que tengo aquí...

—Sí, señor... Vivo en la Avenida República, 178... Ahora, antes de despedirme, por favor, el nombre de mi enemigo...

—No haré semejante locura, repuso Román con serena firmeza... Si usted no lo sospecha, tanto mejor; podría usted cometer alguna imprudencia... No tenga cuidado, amigo, lo cogemos... Estoy seguro de ello.

No teníamos más que hacer allí, y, después de algunos cumplimientos banales, nos retiramos.

Román Calvo no faltó a la cita...

—¿Me explicarás esos endemoniados misterios tuyos?, le pregunté.

—Inmediatamente en cuanto a ti concierne e interesa, repuso Román. ¿Comprendes ahora la verdadera y principal razón que tuvo el señor Pardo en dirigirse a ti para la venta de sus títulos de tierras?

—Ya lo creo... Quiso ocultar ese buen negocio contra las maquinaciones de sus enemigos...

—¿Eso no más?, dijo Román en tono sarcástico; no ves más allá de tus narices. Lo que te han pagado con sesenta mil pesos no es tu entrevista con el gerente del

Baneo, sino mi intervención en el asunto. ¿Comprendes ahora?

Aquellas sencillas palabras me dejaron de una pieza.

—¡Diablo! exclamé; entonces te he vendido.

—Exacto... No hace mucho tiempo, recibí una carta sin firma, aquel papel azulado que mostré al señor Pardo hoy en la tarde. En él "un hombre que ha perdido la reputación por obra de enemigos invisibles e implacables" me suplicaba encarecidamente que empleara mis facultades en la obra de destruir aquella maquinación tenebrosa, ofreciéndome pagar este servicio con su gratitud eterna y lo que yo estimara justo como honorario. Contesté a la dirección postal que se me indicaba, diciendo que estaba resuelto a no emprender en adelante ninguna nueva investigación de carácter policial... Dos días más tarde, Diego Pardo te llevó aquel negocio tan fácil y lucrativo como extraño... En cuanto me impuse de ello no me quedó la menor duda acerca de su identidad con el autor de la carta; celebré su despejo, y, como recordaras, te di para él un recado diciéndole que deseaba conocerle y escucharle... Bien caro ha pagado este último derecho... ¿Cómo recibió la noticia?

Referí a Román la extraña actitud de Pardo en aquella ocasión.

—¿No ves? El pobre se hallaba incómodo y temeroso... Te iba a pedir como un servicio personal que le pusieras en relación conmigo, cuando tú le sacaste del mundo adelantándole a sus deseos...

La confianza me dejó perplejo... ¿Podía yo correctamente guardar el dinero que acababa de ganar? Participé a Román de mis dudas...

—No sólo puedes, sino que debes guardarlo, fué la respuesta. El asunto del señor Pardo me ha interesado... Hay en él particularidades tan extraordinarias que todos mis viejos instintos de investigador se han despertado de nuevo... Trabajaremos juntos para hacer justicia... Así pagas tu deuda...

—Dijiste, sin embargo, que la cosa era muy sencilla...

—Hasta cierto punto... El nombre del enemigo misterioso de Pardo es fácil adivinar... A este respecto no me queda la menor duda... Pero es preciso descubrir los móviles de su extraña y pérfida conducta... Ello requerirá tiempo, dinero, y, si no me equivoco, un largo viaje...

—Pero. ¿Quién es él?

—Lo sabrás a su tiempo... Ahora hablemos de otra cosa...

Ocho días más tarde, recibí una tarjeta de Román, pidiéndome tomar un pasaje para Nueva York, en el vapor "Orcoma" que debía partir una semana más tarde. "Partimos juntos", agregaba.

No tuve más remedio que hacerlo así. Creí que era para mí una obligación moral.

Conocedor de las originalidades de Calvo, poco me extrañó no verlo en todos esos días. La víspera de la partida, fui notificado por otra tarjeta de que debía embarcarme de todas maneras en el "Orcoma" y continuar viaje, con o sin él; las instrucciones me recibía en el camino. "Prudencia, discreción y no nombrarme para nada", terminaba la nota.

Nada notable me ocurrió durante los primeros días de viaje. Desembarqué en Iquique, donde el vapor se detuvo todo el día, y sólo regresé a bordo por la tarde. El camarero me recibió con una mala noticia; el mayordomo había colocado a otro viajero en mi camarote. Aquello me contrarió muchísimo. Me vería obligado a soportar durante algunas semanas la compañía nada agradable de algún yankee mal criado o de algún agente viajero español, intruso y charlatán.

Abrí mal humorado la puerta del camarote y allí encontré acostado sobre la litera superior a un sujeto pequeñito con la cara vuelta hacia la pared.

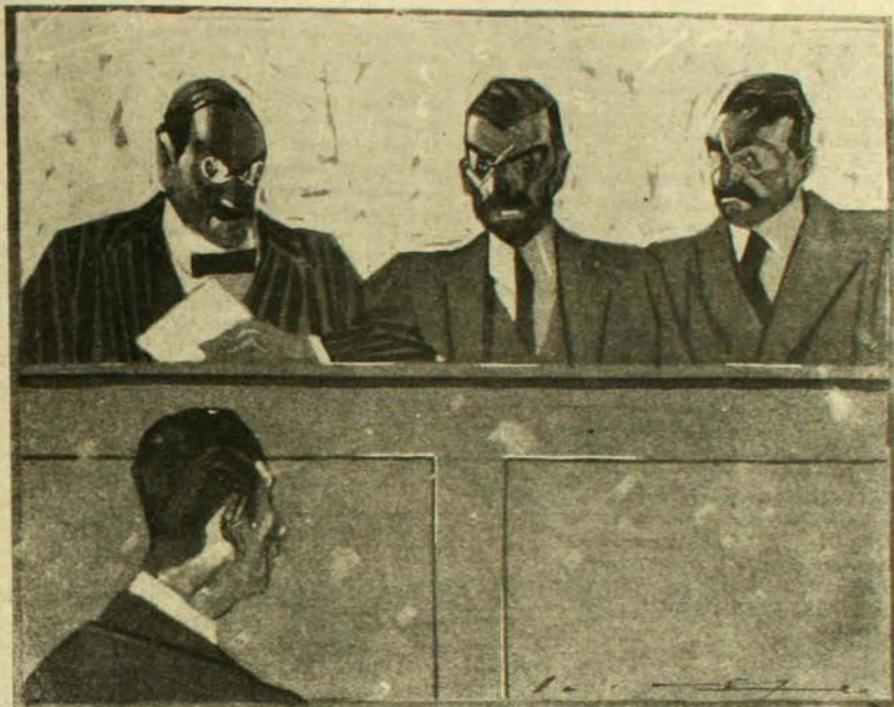
—Es un español, me dije.

El hombre pequeñito se volvió entonces, y con la alegría que se supondrá, me encontró frente a frente de Román Calvo.

—Estaré mareado hasta que salgamos de Arica, me dijo; no conviene que me vean... Aquí en Chile todo el mundo me conoce gracias a tus indiscreciones, y ahora luchamos con gente de primera fuerza...

—¿Querrás decirme lo que significa todo esto?, le pregunté. ¿Estás en tu juicio?... Me ereo obligado a ayudar a ese individuo, pero no puedo tomar a lo serio la persecución de que se dice ser objeto... ¿Porque esos hombres poderosos y con tales recursos, se obstinarían en hacerle daño?... Es algo más que inverosímil...

—La respuesta a esa pregunta tuya es, por ahora, todo el problema, repuso Román; conozco el hecho de esa persecución injusta, los medios empleados y el autor



Hube de sufrir un humillante interrogatorio.

de ella; me hace falta el móvil y voy a buscarlo...

No pude obtener de él otra respuesta.

Permanecimos tomando agua helada en New York casi quince días. Román no se dignó hacerme partícipe de sus operaciones y hasta me abandonó por más de una semana, diciendo que necesitaba ir solo a Pittsburg, en Pennsylvania.

—Ya tengo al profesor alemán, me dijo a su regreso.

—¿Qué profesor alemán?, pregunté extrañado...

—Cierto... No te había hablado de él, repuso; pero hay uno en el fondo de esta historia... Ahora, nos embarcaremos mañana para Inglaterra.

Sólo permanecemos en Londres el tiempo necesario para obtener de la Legación de Chile un pasaporte diplomático que nos permitiera ir a Alemania. Cuatro días más tarde llegábamos a la ciudad universal de Heildeberg en Baden.

Comenzaba a impacientarme... Al cabo

de una semana de estadía aparentemente ociosa en Heildeberg, Román Calvo, a quien apenas vi durante ese tiempo, volvió una tarde al hotel, nervioso y casi colérico.

—Si fracaso esta vez, me dijo, no volveré a ocuparme de esta clase de asuntos... Este es un enredo alemán del todo ininteligible... Vamos de nuevo a Inglaterra.

Su mal humor no pudo menos de contagiarme.

—¿Para qué diablos me llevas de aquí para allá?, le pregunté... No sales del misterio y de las medias palabras... Para hacer lo que estoy haciendo, mejor habría sido dejarme en Chile... ¿Te has vuelto loco?

—No me gusta viajar solo, me contestó con mucha calma. Tú me embarcaste en esta aventura y es justo que me ayudes a sobrellevar las consecuencias... No olvides que me vendiste por una comisión de sesenta mil pesos.

De Heildeberg nos fuimos a Cambridge,

otra ciudad universitaria, esta vez en Inglaterra. Allí hubo de representar el mismo papel pasivo y casi ridículo.

—Voy al fin a indemnizarte, me dijo Calvo por último. Vamos a hacer una excursión interesantísima... ¿Conoces las Dukeries?

—¿Qué es eso?

—Una comarca deliciosa en el condado de Nottingham, algo análogo a lo que es en Francia "el noble país de Caux", la residencia favorita de las más grandes familias inglesas.

Partimos muy de mañana en automóvil. Después de cuatro horas de viaje al través de los más hermosos campos de Inglaterra, nos detuvimos frente a un espléndido castillo, situado en medio de la selva de Sherwood, famosa por las hazañas de Robin Hood. Era un edificio algo vetusto cuya construcción remonta al reinado de Isabel.

—Tengo que dar un vistazo aquí dentro, me dijo Román... Espérame algunos minutos.

Román estaba inquieto, nervioso y no quise contrariarle, aunque su actitud extravagante y misteriosa iba sacándome de tono.

Volvió al automóvil pocos momentos después.

—Ahora a Londres, dijo con tono breve.

No llegamos a la capital de Inglaterra, sino al día siguiente por la tarde.

—Buen viaje pero no muy provechoso, murmuró al desembarcar frente al Hotel Savoy. Ahora ya no es mi culpa si salimos mal...

Me sentía inquieto... Nunca vi a Calvo más cerca de un fracaso.

El hombre no apareció en la mañana siguiente hasta la hora de almorzar. Le vi entrar entonces locuaz, expansivo, la mirada brillante, sonriente y lleno de vida...

—Creo que no te molestaré mucho tiempo más, me dijo al sentarse a la mesa...

—¿Has aprovechado hoy bien el tiempo?, le pregunté.

—Claro... He visitado la Galería Nacional... Es ridículo venir a Londres sin verla... Ni hay muchos museos como éste en toda Europa... Es necesario distraer el ánimo, ¡caramba! Nada contra el spleen como esa visita... Ahora en la tarde tengo que hacer una pequeña diligencia...

Mientras tanto, puedes ir a ver... Te recomiendo sobre todo el salón XVII... Hay allí magníficas pinturas... Míralas

una a una con la mayor detención... No dejes de hacerlo.

Después de almorzar muy rápidamente, nos separamos... Lo confieso: la curiosidad me roía... ¿Qué encerraba el salón XVII de la Galería Nacional? ¿Era todo aquello una burla de Román?... ¿O era el gran detective ocultar su evidente fracaso entre nubes de originalidad?

Compré un catálogo de la galería junto a la puerta. Volví rápidamente las páginas. El salón XVII estaba destinado a primitivos de la escuela flamenca... Fue aquello una desilusión. No era por cierto en un cuadro del siglo XIV o del XV, donde podía encontrar algo de interés para la solución de nuestro problema.

Subí en dos saltos la escalera y entré como una exhalación en la sala de que me hablara Román.

Nada de primitivos... Era una mezcla de todas las escuelas...

—¿Qué significa esto?, me dije...

A pesar de todo, comencé a examinar los cuadros uno a uno... Allí Van Dyck se colaba con Murillo y Velázquez con Gainsborough...

De pronto lancé una exclamación de sorpresa... Un gran retrato de tamaño natural había atraído mi mirada en forma irresistible. Representaba a un hombre muy joven, vestido en traje de montar, apoyado en un brioso corcel alazán... Y aquel retrato era el de Diego Pardo...

Busqué afanosamente en el catálogo... No había allí la menor alusión a la pintura. Como el guardián me observara que los cuadros habían sido variados de colocación con motivo de la guerra, registré todo el libro pero con el mismo resultado...

—No busque usted inútilmente, me dijo el guardia... Ese retrato sólo ha ingresado ayer a la galería...

—¿De quién es? ¿A quién representa?

—Es de un pintor americano famosísimo... Sergeant, según creo... Lo ha donado al gobierno, la propia persona que allí está retratada... Un gran millonario, no sé si un lord...

Pensé volverme loco... ¿Estaba, pues, en Londres, convertido en millonario o en lord, nuestro amigo Diego Pardo? ¡Imposible! ¿Cómo había podido en tan breve tiempo hacerse retratar por Sergeant? ¿Para qué esa donación a la Galería Nacional?

En medio de mi confusión no me can-

saba de contemplar la maravillosa pintura. De pronto, al volverme, encontré junto a mí a Román Calvo, que nos miraba al cuadro y a mí, sonriendo con aire triunfante...

—¿Es él!, grité a Román... ¿Qué significa esto?

—¿Lo reconoces?

—Pero si está hablando... ¿Qué gran pintor es ese Sergeant! ¿Lo has hecho retratar en Norte América? ¿Qué significa este enredo?

—¿De quién hablas?

—¿De quien na de ser? Del original de ese retrato... De Di go Pardo... No he visto un parecido más asombroso...

—El original de ese retrato lo tienes a tu lado, repuso Román, señalándome a un señor anciano de luenga barba blanca, que se encontraba a su lado... Voy a presentarte al señor duque de Albermale...

El viejo me alargó una mano que la emoción hacía temblar...

—Señor, me preguntó con voz conmovida, ¿no es verdad que mi hijo Ricardo se me parece?

—No tengo el honor de conocer al hijo de Vuestra Gracia, le contesté... Lo que me maravilla es el parecido de ese retrato con un joven chileno amigo mío... Diego Pardo...

—¿Mi hijo Ricardo!, exclamó el noble lord... Ya no me cabe la menor duda...

VI

—Nunca en una investigación policial, me dijo Román Calvo, al sentarse a comer aquella noche, debe uno desanimarse por la aparente extravagancia de los problemas que se le presentan... El caso de Diego Pardo excede a todo lo que para nuestro cerebro parece verosímil... La psicología de un alemán o de un judío es tan distinta de la nuestra, que en ha de pretendíamos adivinar sus encubiertos, es de tales gentes...

Mi único mérito en esta pesquisa es el de no haber imaginado nada... Reuní a ello desde el primer momento y tuve razón... El caso, con los antecedentes que conocíamos, era estupendo, sin explicación racional...

Se perseguía a un hombre desde niño, antes de que hubiea podido dañar a nadie... No era, pues, una venganza personal... El niño era un expósito... Se trataba de una venganza contra sus padres?

No era explicable tan peligroso encarnizamiento que podía poner a la víctima, como sucedió, sobre la pista de sus enemigos... Como venganza era bastante el haber arrebatado el hijo a su familia... ¿Qué había, pues?

Tuve la cordura de no lanzarme en el vasto e inseguro campo de las suposiciones... ¿Dios sabe cuánto me habría extraviado!...

En cambio, conocía el nombre del enemigo de Diego Pardo...

—Olvidas que yo lo ignoro, interrumpi...

—¿Todavía? Pero si es lo más claro del mundo... No acabo de comprender tu eguerra y la del propio Pardo a ese respecto... Reflexiona un momento... El enemigo en cuestión debía ser uno y no muchos... Eso era casi seguro... El caso de una venganza colectiva es muchísimo más raro... ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto.

—Aquel enemigo debía ser rico, hombre de muchos recursos... Analiza los hechos.

—Seguro que disponía de recursos... contesté muy convencido.

—¿Entonces? ¿Qué duda cab? En uno de los casos que conocemos, un hombre muy rico fué seguramente el autor del robo de que se acusó a Pardo... Sólo tres hombres tenían llaves de la caja de fierro de la Compañía Valentina: el gerente, el propio Diego Pardo y Mr. Teodoro Miller... El gerente se hallaba fuera de Iquique, partimos de la base que Diego no fué el ladrón... luego sólo queda el tercero... Un hombre rico, un millonario, Mr. Teodoro Miller...

Claro está que nadie pudo sospechar que ese opulento personaje cometiera un delito por obtener una suma poco superior a diez mil pesos... El hombre contaba con la impunidad absoluta... Lo raro es que Diego, que ya imaginaba ser víctima de enemigos invisibles, no cayera en la cuenta... La conducta generosa y protectora de aquel bellaes fué admirablemente fingida con ese objeto... Pero com tió el error de proceder por sí mismo y no por medio de ocultos cómplices, como en las otras ocasiones... Allí le cogimos... Teniendo al autor de una de las tenebrosas maquinaciones, no era dudoso que teníamos al de todas... Por otra parte, la persecución contra Pardo comenzó con la escena del colegio en 1891, cuatro meses después de la llegada de Miller a Iquique, su residencia casi continua desde entonces... Se estableció lejos del otro para deavaneecer toda sospecha... ¿De dónde

vino el tío Pancho, autor de la segunda maquinaquin? De Iquique...

—No creía que el tío Pancho fuese un miserable.

—No tenemos por qué afirmarlo... Pudo obrar inconscientemente y por fanatismo; pero es seguro que su regreso a Santiago no fué casual...

Podemos suponer que Miller le diera algunas comisiones reservadas o se valiera de cualquier medio más o menos indirecto para conseguir su objeto... Sus misteriosos medios de vida nos bastan... No vale la pena averiguarlo...

Viene en seguida lo del empleo en el norte; aquel concurso tan fuera de los hábitos comerciales, en que todos los aspirantes menos Diego, eran hombres buenos para nada... ¿Su autor? El propio Miller.

El caso de los títulos falsificados de Calen denuncia al hombre rico y de recursos. Algún dinero, y no poco, debió costar la fuga y el falso testimonio del tinterillo Espina.

Igual cosa ocurre con el matrimonio roto de Pardo... Un millonario avaro deja a una niña en su testamento una gruesa suma... De alguien la recibió en vida, ya muy enfermo... Es claro como la luz... Yo no me afané por investigar mejor esos detalles: nada más inútil.

Conociendo los hechos y al autor, era necesario encontrar el móvil... Nada quis: suponer, porque el caso salía de todo lo corriente... Suele suceder que por el interés de una hembra u otro motivo se robe a un niño y se le haga desaparecer, arrebatándole su personalidad; pero entonces, los autores del crimen se guardan muy bien de perseguir a la víctima en su nueva vida y menos en su honor...

No quedaba otro recurso que rastrear en la vida anterior de Teodoro Miller, el misterioso móvil de su conducta.

El personaje en cuestión era norteamericano y según sup: en Chile, había residido en Pittsburgo antes de su venida a Chile. A Pittsburgo nos dirigimos pues.

Allá encontré por de pronto la confirmación de una sospecha mía. Miller era de origen alemán.

—¿Por qué?

—Si el apellido Miller es común a los ingleses y a los alemanes, el nombre de Teodoro en cambio tiene un marcado tinte germánico. Además Miller hablaba el alemán con perfección rara entre los ingleses y su

conducta era genuinamente alemana... No te rías... Las razas muestran su idiosincrasia aun en el modo de cometer sus crímenes. Hay fechorías inglesas, francas, italianas, etc... Las de Miller eran al estilo de intelectual alemán... ¿Recuerdas a Becker?

Por desgracia, al lado de ese descubrimiento hice en Pittsburgo otro que estuvo a punto de lanzarme tras de una falsa pista. Teodoro Miller era hijo de un abogado o tinterillo de Heildelberg que se había trasladado a los Estados Unidos en 1868 acompañado de su mujer y de su único vástago. Allí vivió muchos años como agente judicial de negocios más o menos equívocos y en una situación vecina a la indigencia.

El padre de Miller era anarquista militante. Su odio a la sociedad existente y sobre todo a lo que llamaba la aristocracia rayaba en la locura... Su mujer no le iba en zaga y llevaba su exaltación hasta tomar parte directa en los clubs revolucionarios, cuyo centro era entonces Pittsburgo. El niño Teodoro había sido educado en aquella escuela de rencores y protestas.

Leí en los periódicos de la época algunos escritos de Miller padre y en ellos creí encontrar la explicación de la conducta de su hijo. Los Estados Unidos son un país de formas democráticas pero en el cual subsisten muchas ideas que no lo son. El orgullo de raza es inmenso, como lo prueba el odio al negro y la repugnancia por el cruzamiento con las razas aborígenes. El eugenismo, esto es, la idea de que las cualidades de las familias escogidas son hereditarias, tiene allí fanáticos... Pues bien, contra esta que el llamaba preocupación absurda, había concentrado Miller sus más fervorosos ataques. "Si los hijos de millonario, decía en un artículo, suelen valer más que los hijos de los obreros, es porque encuentran en la cuna, con el dinero, todas las facilidades y todos los privilegios... Estoy seguro de que si uno de esos niños que en el fondo son y deben ser degenerados, se encontrase por un accidente desposeído de las ventajas materiales que los rodea desde su nacimiento, descendería más bajo que el último de los miserables..." Miller repetía en todos los tonos afirmaciones de este género con una pertinacia que me hizo pensar en que era víctima al respecto de una verdadera obsesión.

Esa fué la causa de mi momentáneo error. Me di a imaginar, olvidando la prudente



Un gran retrato de tamaño natural había
atraído mi mirada.

línea de conducta que antes adoptara. "¿Qué cosa más natural, pensé, que un alemán de raza, haya querido hacer la experiencia de la doctrina favorita de su padre? Ha robado un niño de millonario, lo ha abandonado muy lejos, en una casa de expositos, y luego, viendo que su víctima había tenido la fortuna de ser adoptado por una señora rica y bondadosa, se ha empeñado en combatir contra la persistente buena suerte de aquel infeliz, para que su experimento, hijo más de la pasión que de la ciencia, no resultara fallido..." ¿Te sonríes, Miguel? ¿Ello te parece absurdo?

—Bastante raro, por lo menos...
—Para ti o para mí... Pero es preciso ser un poco más psicólogo; penetrar en el cerebro de otras razas, en la mentalidad de un profesor alemán, educado en el cientifismo experimental y trastornado por utopías y odios sociales... Un hombre así es capaz de eso y mucho más.

—Pero dices que tu hipótesis resultó falsa...

—Sólo hasta cierto punto, como vas a verlo... Dime a averiguar si en Pittsburgo había desaparecido algún hijo de familia distinguida hacia la época en que Diego Pardo fué expuesto en Concepción. Estas investigaciones me condujeron a un resultado desalentador... Teodoro Miller, ya rico por aquella fecha, gracias al descubrimiento casual de un pozo de petróleo, había estado ausente de los Estados Unidos, por muchos meses, en el año en cuestión, sin que fuera posible averiguar el lugar de su residencia ni siquiera el punto donde se había dirigido... Mi investigación estaba, pues, fracasada... Fué un mal momento, te lo juro.

Felizmente la imaginación, que había estado a punto de perderme, vino en mi auxilio... Di en pensar que los odios sociales no viven más que la miseria... Un profesor alemán millonario puede continuar siendo un anarquista teórico, pero no es probable que continúe encarnizándose prácticamente contra una sociedad de que ha llegado a formar parte... Acaso, me dije, el padre de Miller no habrá legado sólo doctrina a su hijo, sino algún odio de naturaleza más personal... Esa exaltación enfermiza de que su mujer participaba parecía probarlo... Quizás rastreando también su pasado, vería más claro... De allí mi viaje a Heildeberg... Iba, como te dije, tras de mi profesor alemán...

No me había equivocado. En Heildeberg lo supe casi todo.

Miller, hombre exaltado y demagogo desde su primera juventud, había contraído matrimonio, poco tiempo antes de trasladarse a los Estados Unidos, con Carolina Sebüle, hija de un profesor de música de la localidad, que había sido su prometida desde muchos años atrás. Durante una residencia con su padre en Inglaterra, esta joven, de extraordinaria belleza, fué seducida por un joven gran señor inglés, estudiante en la Universidad de Cambridge. En el tiempo de estas relaciones, Carolina tuvo un hijo, que su padre presunto se negó a reconocer... Siguióse de ello un proceso escandaloso que terminó con el encierro de la joven en una casa correccional, condenada por chantaje... Parece que se pudo probar que la hermosa alemancita tenía otros amantes...

Sea de ello lo que fuere, cumplida su condena, Carolina regresó a Heildeberg, llevando a su hijo, que no era sino nuestro conocido amigo Teodoro Miller... El antiguo novio de aquella desventurada tuvo el valor de darle su mano y de adoptar al niño fruto de la deshonra de su amada... Cosas de demagogo y cosas de alemán... ¿Comprendes ahora el origen de los odios sociales de los Miller?

—Demasiado bien...

—Era natural que ellos se concentraran principalmente en la orgullosa familia a quien Carolina culpaba de su deshonra y su desgracia. Todo era ahora explicable...

En Cambridge supe el nombre del duque de Albermale y algo de la historia ulterior de su vida... El noble señor, por muchos años continuó llevando una vida más o menos desordenada e independiente. Se casó ya maduro en 1889. De este matrimonio nació un solo hijo, que al nacer fué causa de la muerte de su madre... Pocos meses después, la creatura desapareció, sin que fuera posible averiguar su paradero...

Todo aparecía ahora claro como la luz... Su presunto hermano natural la había robado, no sólo para vengar con esa desgracia el deshonor de su madre y la mancha de su nacimiento, sino para convertirla en la hez, en la escoria de la sociedad, en un exposito sin honor, sin honradez, acaso en un presidario...

Entonces y sólo entonces aquel profesor se habría dirigido a la sociedad entera para decirle:

—Ved lo que valen vuestros prejuicios y vuestra nobleza... Yo, el hijo de nadie, des-



Cumplida su condena, Carolina regresó a Heidelberg, llevando a su hijo.

conocido y repudiado por mi padre, soy ahora un gran personaje, un millonario respetado de todos... Ved en cambio al hijo de la sangre azul, con sesenta y cuatro cuarteles de nobleza, el desendiente de los Plantagenet... Vedlo en lo más hondo del oprobio.....

Dies no quiso que esa complicada y tenebrosa intriga, hija de la imaginación enferma de un tudesco desequilibrado, llegara a su término...

—Ahora la historia del retrato, pregunté maravillado con aquella extraordinaria relación.

—Muy sencillo... Supuse con razón que en el castillo de Sherwood acaso encontraría

algún retrato del duque de Albermale en su juventud. Tú sabes que sobre todo en las familias aristoeráticas, donde se ha practicado durante siglos el matrimonio consanguíneo, los rasgos fisonómicos, se reproducen casi siempre con admirable fidelidad.

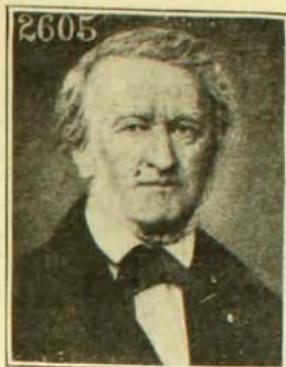
En Sherwood supe que existía en realidad un maravilloso retrato del duque, pintado por Sergeant hace muchos años, y que acababa de ser donado a la Galería Nacional de Londres por su propietario y original...

Esta mañana me fui apenas abrieron a la galería y vi lo que tú mismo viste. Cuando almorzamos, ya había tenido una entrevista con el duque de Albermale... El resto lo sabes tan bien como yo.





Goethe.



Wagner.



Mozart.

Música Modernista

"Hay en esa obra melodía, armonía, declamación, orquestación; pero nótese que, además de todo eso, hay ahí música".—VERDI.

A PENAS la obra del gran innovador Ricardo Wagner comenzaba a insinuarse en el gusto general cuando se vió a la música dar un nuevo y atrevido paso, alejándose más y más del terreno en que la situaron los clásicos, y, así, la música del porvenir, como, con razón se dió en llamar la música de Wagner, quedó convertida, a poco de nacer, en música del pasado. Esta es la obra del nuevo arte llamado Modernismo.

¿Y qué es el Modernismo? Nosotros no hemos oído definirlo; pero, atendiendo a sus características, pensamos no andar errados si decimos que es el triste fruto de las degeneraciones del genio, del agotamiento de la chispa creadora que produjo las obras eternas del arte clásico. Impotente la generalidad de los autores modernos para seguir las huellas de los padres de la música se orientaron hacia otros rumbos que disimularan la pobreza de su numen, revistiéndola de brillantes y extraños oropeles, sobre todo extraños. Se dió preponderancia

a los sentidos sobre el espíritu, a la fantasía sobre el sentimiento, a la forma sobre la idea, y quedó así consagrada la nueva escuela, tanto más bien recibida por la masa de autores cuanto que en ella tenían cabida y recibían la consagración de artistas, todos los que iban quedando a la puerta del templo donde oficiaron Bach y Beethoven.

Se ha dicho que los elementos del arte clásico no permitían al compositor ir a todas partes y decirlo todo; que la vida moderna ha sutilizado algunos sentimientos y creado otros que serían inexpresables con aquellos elementos. Y bien, ocurre preguntar ¿acaso hay en el hombre de todos los tiempos algún sentimiento que no haya tenido eco en el arte de los clásicos? ¿La vida del alma fué menos compleja, menos intensa, menos agitada de lo que es ahora en aquellos grandes sentimentales que se llamaron Beethoven, Mozart, Schumann, Chopin...? Se hace difícil creerlo.

Nosotros pensamos mejor que se busca



Baudelaire.

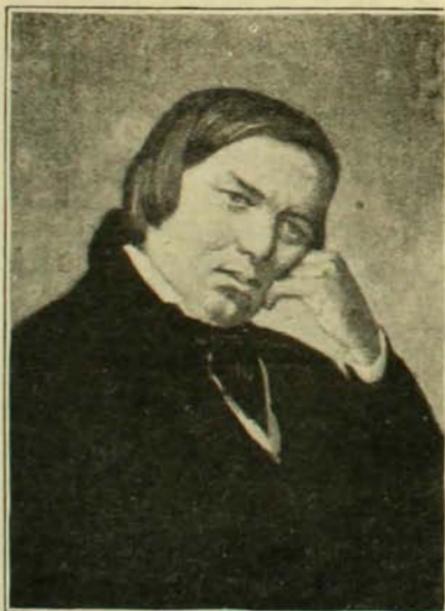
ahora la inspiración fuera del alma humana; que el alma sin alas de los músicos de la nueva escuela queda oculta dentro de su ser y salen sólo al pentágono los caprichos de la fantasía y los productos de la técnica, que, si bien graciosos y amables a los sentidos, carecen de la nobleza y de la elevación propias a las exaltaciones del espíritu. Los clásicos las vaciaban en sus obras; era aquella, música de ideas y de emociones; en cambio los modernistas parecen haber olvidado la música sentimiento para dar lugar preferente a la música descriptiva, a la música pincel. Díganlo, si no, los nombres de bautismo de sus producciones: "Un jardín bajo la lluvia", "El paso de un tímpano".

En la música modernista no se ama, no se hacen sentir las palpitations de la vida del corazón, las ansias del ser íntimo. Ahí sólo se ven dibujos y coloraciones exóticas, cuando no penumbras, vaguedades, incoherencias y extravagancias de todo género que

nos hablan de las torturantes visiones de los sueños del opio, del aschiz y de la morfina. Todo o casi todo queda ahí en los sentidos; nada o bien poco es capaz de llegar hasta el ser inmaterial.

Decid con sinceridad si el Modernismo os ha hecho verter una lágrima, si habéis encontrado en él vuestra alma, aquella alma sana y fuerte, sedienta de luz y de infinito, que recibisteis del cielo, no el alma infiltrada de las preocupaciones pasajeras de una época de banalidades y grosero materialismo, no el alma de los que cayeron al pantano que despiden, por boca de Baudelaire, sus "Flores del Mal".

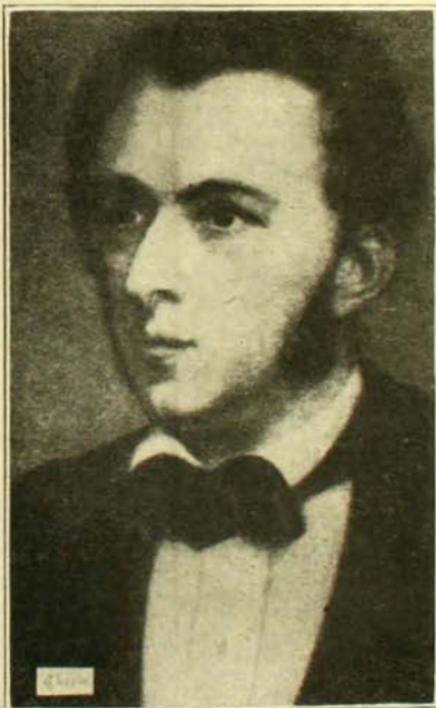
Mientras los clásicos tendían el vuelo hacia el azul, pidiendo con Goethe, luz más luz, el modernista baja al abismo y se viste con sus sombras; huye del sol y del aire; detesta lo sincero y espontáneo; quiere el artificio; desprecia la flor del prado y se deleita con las palideces y deformaciones de la flor de conservatorio. Inquieto, febril, angustiado en su atmósfera mezquina y en su afán insaciable de novedad, nos evoca, por antítesis, la noble serenidad del arte helénico, que es atributo de la belleza eterna.



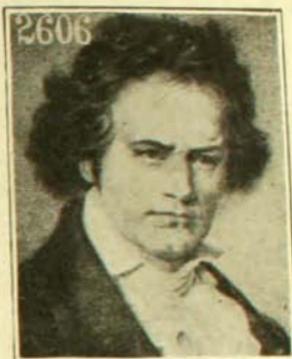
Schumann.

La índole de esta música ha inducido a los compositores en un sistema de armonía asaz original, que se diría es el reinado de la disonancia. Fuerza es, no obstante, reconocer que hay en ese sistema algunas bellezas indiscutibles, las que excusan en parte la pobreza del motivo melódico, generalmente frívolo, insustancial, falto de sentido y de calor de alma. Es éste más que el fruto espontáneo de la inspiración, una artificiosa línea, de bruscas sinuosidades, trazada pacientemente por el compositor como un esquema necesario del relleno armónico que vendrá después. El oído, estragado por el prurito de lo nuevo y de lo raro disfruta ahí de una áspera voluptuosidad; la misma que piden al placer las víctimas de sus abusos.

El hombre sano de espíritu y de sentidos no comprenderá la música modernista y si la comprende no le interesará, porque aquél pide al arte, ante todo, nobleza y elevación en el concepto, claridad en la expresión.



Chopin.



Beethoven.

El modernismo tiene, naturalmente, grados. En el de buena cepa, el de Debussy y Ravel, si encontramos los defectos inherentes a su origen, hay también cosas hermosas que recrean la fantasía y logran a veces interesar el espíritu. En los demás grados sus inconvenientes van creciendo hasta el punto donde la música se hace antimusical. Y esto tiene una fácil explicación: la nueva escuela proclama, entre sus principios, la más amplia libertad en el artista, y en este orden de cosas, como en todo, la libertad suele degenerar en licencia, produciéndose entonces el caso de la música anarquista.

Los modernistas se llaman a sí mismos "futuristas", creadores de las formas definitivas de la belleza. Si la crisis del genio va a seguir en aumento, si el futuro pertenece a los extravíos del gusto y del sentimiento, están ellos en la razón. Pero, nosotros creemos en un nuevo renacimiento que restaure y fecunde la pureza y sinceridad del arte clásico, que oriente a los creadores del futuro hacia un ideal más en armonía con un arte que responde a las ensañaciones y anhelos de liberación terrenal del espíritu y a las agitaciones de la vida del sentimiento, antes que a los caprichos de la fantasía y a las voluptuosidades del oído.

Volverán las buenas obras en que hay melodía, armonía, declamación, orquestación y, además de todo eso, música, es decir, voz del alma, y no del alma pequeña de una época, sino del alma eterna de la humanidad, que canta en las sinfonías de Beethoven y en la obra imperecedera de Ricardo Wagner.

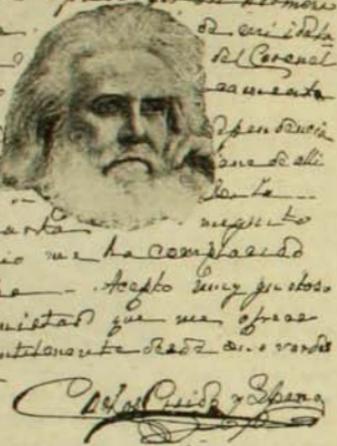
DANIEL BALMACEDA.

POETAS JOVENES ARGENTINOS

Carlos B. de S. y S.

*¿Quiero el viejo chetano
Bingense. Como el mismo se llama
con autógrafo uno. No repite
en recitarse. Finge la voz
viva simpático por ser hermoso
pateta.*

*¿Cada
de...
me...
fina carta
Bingense me ha conmovido
mucho. Acabo muy pronto.
La amistad que me ofrece
tan gentilmente desde sus
cielos.*



ACASO...

Andas por esos mundos como yo... no me digas que no existes. Existes: nos hemos de encontrar; no nos conoceremos. Disfrazados y torpes por los mismos caminos echaremos a andar.

No nos conoceremos... distantes uno de otro sentirás mis suspiros y te oíré suspirar... —¿Dónde está la boca, la boca que suspira? Diremos, el camino volviendo a desandar.

Quizá nos encontremos frente a frente algún día; quizá nuestros disfraces nos logremos quitar... Y ahora me pregunto: cuando ocurra, si ocurre, ¿sabrás tú de suspiros? ¿sabré yo suspirar...!

ALFONSINA STORNI



LIMOSNA

Ahora quiero un alma, ser el que voy buscando, ahora quiero un alma para poder amar; échame sobre el alma gota a gota tu alma, el cielo de tu alma, ya no pretendo más.

Quiero un alma, es un alma lo que busco en la vida, es un alma, es un alma; la sed me matará; y el alma es como un cielo; quiero un alma estrellada, con un alma estrellada me quiero iluminar.

Soy una pobre cosa; nadie más pobre cosa que yo que busco un alma sin poderla encontrar;

la compro con la vida, al que la traiga pago con mi vida su alma. ¿Quién me la quiere dar!

ALFONSINA STORNI



BENDITO SEAS, SENOR...

Bendito seas, Señor, por el día que me diste, olvidadas las tengo las angustias de ayer, y una suave alegría divinamente triste como un tiesto escondido comienza a florecer.

Son las dulces violetas del silencio bendito, que decoran mi alma con su gracia otoñal. En el pozo interior me asomo al infinito y oigo como Pitágoras, la ronda sideral.

FERNAN FELIX DE AMADOR



EPITAFIO PARA JULIO ANTONIO, EL ESCULTOR ESPAÑOL FALLECIDO

Vivió de un duro pan y un grande anhelo. Hizo hablar a la piedra y se fué al cielo.

FERNANDEZ MORENO

LEY

La línea del deber es como el filo de una espada tendida. Empero aquesta espada es el asilo único de la vida.

Espada cosmogónica fué puesta por los primeros dioses. Vanamente buscarás desde lo alto de la cuesta otra luz, otra senda y otro puente.

Anda por tu deber: no hay más camino. ¡Cuál será el galardón del que se enfeuda! Hay que saldar las cuentas del destino. Grábalo bien: el hombre es una deuda...

Caminar por el filo de una espada hace sangrar la carne que se duele. Pero camina tú, valiente, y nada más que tu sacrificio te consuele.

Pues, ya al fin sin cohecho y sin intriga, se cuenta o no se cuenta la jornada, ségn que el jornalero calle o diga: Caminé por el filo de la espada.

ARTURO CAPDEVILA



LA VISITA PIA

Cuando tu amor, en el nocturno duelo, enciende sus divinas luminarias, — en el ruego devoto de tu anhelo den su aroma las rosas ofrendarias,

y de la ausencia traspasando el velo, me busquen tus pupilas y sionarias, y me clames estrella de tu cielo, lámpara de tus noches solitarias,

irá mi alma hacia ti, clara y serena a derramarse en una gota buena hasta el fondo de tu alma desclada;

irá mi amor, en caridad converso, a deshacerse en lágrimas de verso sobre el lino bendito de tu almohada.

ROSA GARCIA COSTA



Por Carlos Acuña

(Ilustraciones de Max.)



E me ocurre una cosa; que tú, Ramiro Sáñez, transplantado del puerto, que abandonaste este alegre sonar de los martillos en las cuadernas de roble, por las faenas

livianas del periodismo y de la literatura, tienes mucha culpa en la pérdida de Artemio Valín...

—Tienes ocurrencias poco náuticas, Horacio.

—Poco náuticas, tal vez no; interrumpió el ingeniero Stolwin, porque Horacio quiere decir que tú contribuiste a que Valín fondeara para no salir a flote; ya ves tú como el agua anda de por medio...

—Lo que es yo no entiendo ni agua, repuso el interpelado. ¿Quieren esclarecerme el punto?

—Muy sencillo. Cuando tú comenzaste a intimar con Valín, era sólo un muchacho de trabajo. Desde el alba hasta la caída del sol, le veíamos en medio de los hombres de su astillero, dirigiendo la tarea. No se le había ocurrido todavía hacer versos.

—No se le había ocurrido publicarlos; pero él me mostró algunos que había escrito a los catorce años.

—¡Qué, hombre! Lo haría porque no lo creyeran en él una chifladura de última hora. ¿Cómo no íbamos a saberlo nosotros, que nos juntábamos con él todos los días? Artemio era hijo de su padre, un constructor de navés con todas las características hereditarias. El pecho récio, como abierto a la amplitud del mar, los bíceps musculosos y los brazos largos y ligeros de boxeador. Hasta se le parecía en el carácter, de ordinario dulce pero terrible en la cólera. Su minuciosidad de constructor era famosa entre los carpinteros y calafates de la ribera. Mi maestro mayor, que trabajó con el padre y el hijo, se acuerda siempre:

—Don Artemio era como el finado patrón, dice. Por el sonido echaba de ver que una tuercas o un clavo habían quedado mal. Y allá estaba encima de nosotros: "Tener cuidado, niños; un tornillo mal puesto nos puede embromar una embareación, y no hay rendija por donde no se cuele el agua traicionera".

Por eso, desde los tiempos de don Artemio

viejo, tuvo fama el astillero de los Valín: los encargos le llovían y daba gusto mirar el tendal de cascos de lanchas, goletas y pailebotes en pleno trabajo, que ocupaban la explanada junto al río. De aquellos buenos tiempos data el minarete blanco con persianas verdes, que se divisa desde aquí y donde los Valín tenían la contaduría y el pago de la gente los Sábados.

Así conversaban de Artemio en el astillero vecino, donde se daban los últimos toques al "Galvarino", un velero de 400 toneladas que construía Horacio Maurer y que sería echado al agua al día siguiente, con gran solemnidad. La mujer del diputado—una aristócrata de raza—que veraneaba en el balneario, debía ser la madrina del barco y rompería la clásica botella de champagne sobre el casco recién pintado antes de que lo largaran por las correderas ensebadas hacia la ría.

Con una de las velas nuevas del "Galvarino" habían improvisado una toldilla entre los arbustos del jardín, para guarecerse del sol, a pocos pasos del maderamen que apuntalaba el buque.

Del club habían hecho traer whisky, algunos sifones y cigarrillos y allí se estaban matando la tarde, que comenzaba a incendiarse de oro el poniente, por sobre los eucaliptos de la Isla.

—Para decirte algo agradable que disuene de la responsabilidad que me quieres echar encima, dijo Sáñez, he visto pocas veces mayor elegancia en las líneas de un barco que la que presenta tu buque, mirado desde aquí...

Los ojos de los tres hombres se encendieron con el brillo de las pupilas conocedoras... Ellos se deleitaban ante la bella silueta de un buque con la golosería del hombre sensual que contempla a una mujer bonita.

—La curva de la quilla es graciosa, continuó Sáñez, parece hender el aire y el mar. Los mástiles son fuertes y livianos; piden las velas escalonadas hasta arriba de los barcos de otros tiempos de aventuras, de piratería de alta mar. Se ve que Horacio, circunscrito por el contrato al velamen yanqui, no pudo olvidar-se del antiguo velero de la matrícula de Saint Maló, de sus antepasados.

—Choca, le interrumpió Horacio Mau-

rer, llenándole el vaso de la botella cuadrada de Muro's legítimo de Escocia. Si no sudas como nosotros entre los andamios del astillero, siquiera no le has perdido el amor a la industria genuina de la tierra.

—¿No ves tú, dijo Stolwin, que, a pesar de su apellido británico era intelectualmente el más comprensivo de la comparsa y aunque fumaba en pipa marinera, leía los versos de los poetas jóvenes, no ves tú como para algo sirven los literatillos? Tienen palabras que no se nos ocurre a nosotros.

Sáñez, fumando, se calló.

La charla, alejada por un momento de el motivo principal, volvió nuevamente a él por la insistencia de Horacio.

—Sí no niego, dijo, que ustedes los literatos dicen bien las cosas. Por lo mismo ejercen una seducción que puede ser pernicioso.

—Tú no vas a pretender que yo seduje a Valín. Desde luego creo que era uno o dos años mayor que yo. Y Artemio era tan hombre como ustedes. ¡Poco favor te haces, Maurer!

—No, hijo; vamos por partes. El whisky me da la verba que me falta de ordinario. ¿Crees que yo abomino de la literatura? Apenas recibí tu último libro de versos, se lo transpasé a mi prenda. ¡Ya irás viendo tú! Porque eso está bien para el sexo débil... Nosotros, hombres de acción no debemos embriagarnos de sentimentalismo. Cuando suena la campana que cierra el taller, hasta el otro día, bueno está que, después de la fiesta del músculo, hagamos la del espíritu. Así, en las horas de descanso y de recogimiento, tocaremos a la puerta del cerebro y del corazón...

—Dices muy bien; y te alabo, hombre de acción, que te dejas un rinconcito a la fiesta del espíritu. Pero todavía no me haces ningún cargo...

—Te lo voy a hacer, Ramiro; déjame continuar. Yo afirmo que, debido a tu influencia, Artemio Valín no esperaba que sonara la campana, porque, durante todo el trabajo, vivía poseído de la embriaguez de la literatura...

—¿Pero no has dicho tú mismo que Ar-

temio era famoso por su minuciosidad en inspeccionar la faena? ¿Y aquello del sonido agorero de la tuercera y del clavo?

—Eso fué antes, Sáñez; antes que te conociera a tí.

—Pero, hombre, ¡qué afán el de creer que Valín, que te revoleó más de una vez de una bofetada, iba a estar influenciando por mí! ¡Si lo menos de que sufría era de debilidad de carácter!

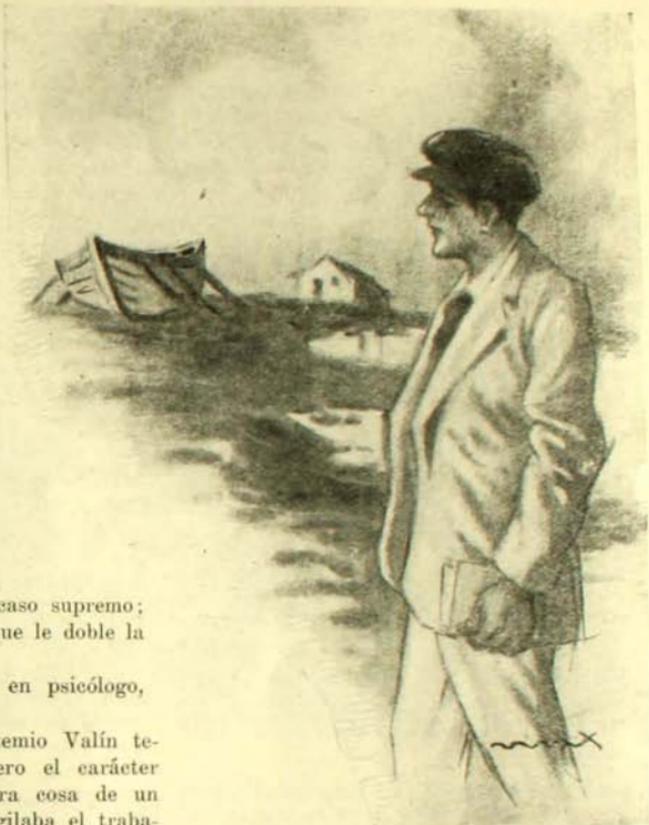
—Ya ves; tú, literato, olvidas que Valín era un impulsivo. El hombre ligero en dar una bofetada, es el que más pronto se deja conducir. Ahí tienes a Stolwin; no le ha pegado a nadie, sino en un caso supremo; y no ha habido nadie que le doble la voluntad.

—Te has transformado en psicólogo, Horacio...

—No hagas chunga. Artemio Valín tenía la bofetada fuerte pero el carácter débil. ¿Puede pensarse otra cosa de un hombre de 26 años que vigilaba el trabajo con una novela o un libro de poesías en la faltriquera? ¡No me digas! No hay trabajo posible en esa forma... ¡Mira! Yo te digo la verdad. El buen trabajador debiera ser un monje, un templario de los tiempos anteriores a la corrupción de la Orden. ¡Tal vez un genízaro constituiría el ideal del hombre de acción... ¡Una mujer... un libro? Allí está la tentación. ¡Literatura, tienes nombre de mujer! te diré parodiando—con alguna cursilería—la frase requetesabida. Lo ha dicho de la Vega, uno de tus poetas favoritos, no en parodia:

“Literatura, literatura maldita... ¡con qué fiebres ardientes me embrujas? Con qué vino de obscuros maleficios torciste mi destino? ¡Qué hechizo hay en el fondo de tu palabra escrita?

.....



“Con tu veneno a cuestras he de seguir mi vida que sabe a dolorosa literatura... El viento se ha llevado por tí, mi juventud perdida...”

Ahí tienes tú el poema vívido de Artemio Valín.

—El literato eres tú ahora, interrumpió Stolwin aspirando su pipa; estás forjando la novela de que Artemio le perdió el gusto al trabajo y se arruinó después, porque tuvo un amigo escritor con quien conversar de los gustos que se trajo al nacer. Me consta a mí como a Ramiro que Valín hacía versos a los catorce años en el colegio. Recuerdo unos que le escribió a mi hermana, y que, interceptó en el correo la tía Honorinda. ¿Quieren cortar, ahora, la diseusión? Yo conozco detalles de Artemio, que ustedes no saben. Lo co-

noéi dentro de aquel minarete blanco a que te has referido, Horacio. Tú has olvidado una cosa. El viejo don Artemio, el fundador del astillero, bebía y era enamorado. Y de esos padres que derrocharan alegremente la vida quedan hijos de un nervosismo orgánico. ¡Yo estoy por creer —como tantos hombres de ciencia— que hay una fatalidad hereditaria en los hijos de aquellos hombres de acción que compensaran demasiado en el placer las horas rudas del trabajo. ¿Sabes? Mi pasión por la acuarela que alguna vez te ha hecho sonreír, Horacio, ¿quién sabe si no fué obra de aquello! Mi padre, hijo de ingleses, adoraba el whisky y las muchachas bonitas....

—Esto ya va pareciendo una cátedra de Lombroso.

—Espera, literato, continuó Stolwin. ¿De dónde sacó Valín aquella obsesión del misterio, del embrujamiento de la ría? Quería sorprender sirenas, barcos, fantasmas, voces de ternura o de terror de los idilios o de las tragedias que desde la época española, dormían bajo el agua verdosa del puerto fluvial. Ustedes recordarán las locuras que hacía en el "Austro".

—Precioso yacht de río, dijo Horacio; no se ha hecho nada mejor en nuestros astilleros para calaverear a todo trapo sobre los tumbos de la barra. Recuerdo que Mr. Leigh, un piloto de aquel crucero inglés que se vió obligado a recalar a la vista del puerto por descompostura de las máquinas, se enamoró del "Austro".

—¿Is import'd this yacht. ¿New Castle or Tyne? ¿Mr. Bring, the best england constructor?

—No; Mr. Leigh, le contestó Valín; es de roble pellín maulino y lo construí yo en mi astillero. Dibujé yo desde la quilla hasta las velas y el gallardete con mi monograma A. V., letras azules, en campo blanco....

Mr. Leigh se quedó de una pieza. ¡Eran muy náuticos estos indios de América!

Le hizo hacer locuras la obsesión del embrujamiento de la ría. La literatura, dices tú, Horacio... Tal vez influiría algo.

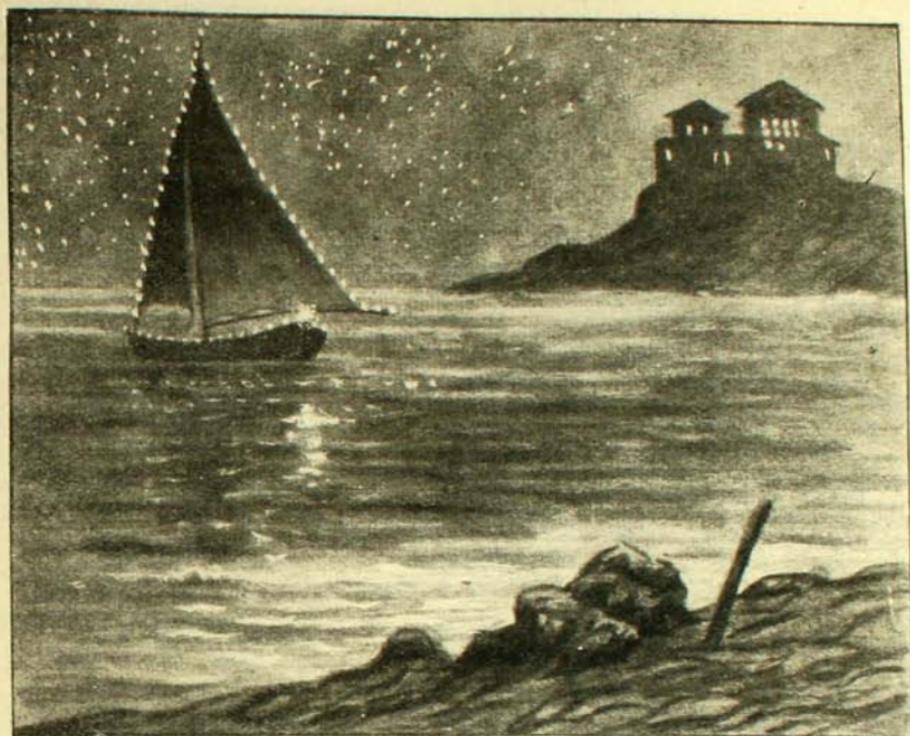
Aquellas excursiones locas, con el yacht iluminado con lamparillas eléctricas de funcionamiento intermitente, que hacían dar una visión fantástica del "Austro", con temporal desatado, "corcoveando" sobre la ría encrespada y peligrosa, tal vez hayan sido cosa de libros mezclada con la fantasía heredada de la crisis paterna...

—Añade tú, agregó Sáñez, que el amor anduvo de por medio. Uno de esos amores imposibles nacidos de que una enguantada mano había prendido el premio de unas regatas sobre el jersey azul del patrón y dueño del "Austro"... ¡Es que todo iba encaminado al mismo fin!

—Has dicho la verdad, Ramiro; continuó Stolwin. Casi nos abogamos, una noche, voltejeando con norte desatado, que a cada minuto hacía cambiar la "botavara" sobre nuestras cabezas mojadas por la garúa, frente al castillo enrocado de los Galerce, la familia del senador. Su hija Alicia, había sido la Reina de las regatas. Artemio Valín bebía ya mucho. Solía embarear, para dos o tres horas de excursión, un par de botellas de Munro's, que había hecho traer del club. Y no era nada agradable para los amigos acompañar a aquel desatinado, que hacía locuras desafiando a la muerte, con la mano puesta sobre la caña del timón. A pesar de su pericia nadie quería acompañarle después. Y entonces salía solo, manejando el mismo las esotas y el timón. Desde el muelle, las parejas de los veraneantes solían ver el yacht que se iluminaba a ratos para mostrar la silueta valiente y morena, el perfil romano de Valín, que se internaba en dirección a la barra, a buscar los misterios de la ría, el embrujamiento que él decía. De aquel tiempo dataron los más fantásticos relatos que solía hacer junto a una mesa del club, con su insolencia de impulsivo.

—Ustedes, idiotas, no han visto nunca a una sirena de verdad. Yo la he tenido anoche entre mis manos, al doblar el "Austro" la punta del Varadero. La carne era muy suave, pero muy fría y muerter al fin!!

Y de aquellas excursiones que habrían dado tema a Poe, una noche Artemio Va-



lín no regresó. La chalupa del resguardo encontró el "Austro" volcado, pero flotando aún. La gran vela latina y el foque pendientes del mástil altísimo, de una sola pieza—una maravilla torneada desde el tronco—habían estorbado el hundimiento final, contrapesados por la gruesa barra de plomo de la quilla. El yacht estaba vacío, sueltas las escotas con que tantas veces había jugado una mano experimentada. Sólo se halló adentro una botella barriguda de whisky, sin una gota, y unas

manchas de sangre, a popa, que salpicaban el timón.

El cadáver de Valín fué arrojado a la playa de Lolengo, a diez kilómetros al sur, sin cabeza. No fué hallada nunca la cabeza. Se quedó, tal vez, soñando con las sirenas en algún palacio encantado de las bellas leyendas marinas.

¿Le echarás ahora, Horacio, a Ramiro Sáñez, la culpa de que la ría haya embrujado al loco más simpático de que haya memoria en este puerto?



Pequeña bibliografía extranjera

Si se revisa la sección bibliográfica de las diferentes publicaciones extranjeras, se nota cierta pobreza de obras nuevas, debida, más que a la crisis de ideas, a la carestía del papel.

Francia continúa con el centro del movimiento literario. Así, al menos, se desprende del balance que de la "Literatura de la Guerra" hace Juan Vie. Con una paciencia, comparable sólo a la de nuestro infatigable investigador José Toribio Medina, el autor anota, hasta 1918, cuatro mil volúmenes, extracta su contenido y facéitita la rebusca con una tabla alfabética.

Desde la fecha apuntada, la producción disminuye en número y calidad, pero no tanto que carezca de interés mencionar algunos libros, unánimemente elogiados por la crítica, como "En la Batería", narración exacta y precisa, escrita en los combates por el teniente Fonsagrive. Con lenguaje sobrio, sencillo, salpicado de términos técnicos, refiere la vida de trincheras, llena de sobresaltos y de inquietudes. "Cuando estaba en tal punto, me sucedió tal cosa", dice el narrador y empieza la descripción con entera sangre fría. Estas páginas, según el parecer del crítico de la "Revue Bleue", constituyen un documento precioso para los futuros historiadores de la gran epopeya militar.

Los duros sufrimientos del cautiverio dan tema a Ludovico Vaudean, corresponsal del "Temps" para relatar lo que padeció "En prisión, bajo el terror ruso". Acusado de conspirador en la "Pravda", órgano del partido revolucionario, fué tomado prisionero. Testigo imparcial de los hechos, cuenta los horrores de las revueltas callejeras y perfila la figura de Lenin, "el papa místico de la revolución roja."

Con relación al caos que reina en Rusia, y que desorienta por completo, Raul Labry ha emprendido una "Recopilación de leyes, decretos y acuerdos principales del Gobierno bolchevista". A juicio del compilador, por muy vacilante que se presente todavía la nueva organización, puede ser durable en muchas de sus partes, por las costumbres, las aspiraciones y la mentalidad que despertará en el pueblo moscovita. Los que se dedican a estudios sociológicos, deben conocer esta obra, para salir de errores, desvanecer apreciaciones exageradas y tener un punto de apoyo en las discusiones que con frecuencia se suscitan alrededor del bullado problema de maximalismo.

Entre el farrago de libros destinados a inmortalizar acciones guerreras, surgen algunos dedicados a otros asuntos. Merece citarse la biografía de "Gambetta", debida a la pluma de Pablo Deschanel, cuyo so'o nombre evoca un pasado abundante en méritos y promete un porvenir florido de esperanzas. Hombre de estudio y de acción, supo compartir sus días entre las tranquilas tareas de su gabinete y las acaloradas discusiones del Parlamento, Académico de la len-

gua y Presidente de la Cámara, se impuso a la consideración de sus conciudadanos y llegó a la primera magistratura como un símbolo de la unidad nacional.

¿Qué labor más meritoria podía realizar este fecundo escritor, en los momentos presentes, que dedicar uno de sus más sentidos y vibrantes libros a la memoria del gran tribuno, que supo despertar el entusiasmo en horas de afición y desaliento?

Aparte de las obras ya enumeradas, para encontrar mayores novedades, hay que recurrir a la historia o al derecho. En la primera, se acopian documentos y testimonios para justificar que Francia fué arrastrada al conflicto armado. En el segundo, se propicia la tendencia de fundar el "derecho internacional sobre la base de la comunidad jurídica del género humano", ideal que ya había sustentado Grocio hace la miseria de tres siglos...

Con referencia a este noble anhelo de confraternidad universal, merece un franco aplauso la fundación de "Poesía", revista de carácter internacional, aparecida en Milán en Abril del presente año. Los editores persiguen el propósito de estrechar las relaciones entre los intelectuales de todos los países. En el primer número, lujosamente impreso, aparece un resumen de nuestra literatura y un saludo de los poetas chilenos a sus hermanos de Italia, debido a la pluma de Roberto Suárez Barros, muchacho inteligente, estudioso, activo, que desde su cargo de cónsul, sabrá dejar bien puesto el nombre de la patria.

Cada número—advertir el prospecto—contendrá composiciones de los mejores poetas italianos y extranjeros, en idioma original, acompañadas del respectivo retrato; erónicas de literatura mundial; fuertes páginas de crítica; artículos de polémica y de batalla.

Idéntico deseo de mutuo conocimiento manifiesta la "revista mejicana de cultura", Tricolor, que aplaude "la brillante colaboración de nuestros colegas de prensa de la República chilena, la buena voluntad de sus gobernantes y hombres de empresa; la perseverancia en sus firmes propósitos de acercamiento entre los pueblos hispano-americanos de nuestro primer mandatario, señor Carranza".

No estará demás advertir que la edición en que aparecen las líneas anteriores, está íntegra dedicada a dicho presidente, caso extraño y raro para nosotros. Se trata no de adulo sino de homenaje, dado que, según el editorial, extrajero el director y sacerdote el jefe de redacción, no aspirarán a ningún gaje administrativo.

Si en nuestro ambiente, empequeñecido por rencillas lugareñas, resultaría insólito que se exteriorizara de tal modo la admiración por un magistrado, cuánto más extraordinario parecerá que una revista argentina como "Hebe" consagre un número especial, con el fin de dar a conocer a los vates de la nueva generación?



El misterio de la Isla San Luis

ERA una sombría mañana de Febrero. Una bruma espesa y miasmática anegaba las casas, mojaba el pavimento... París...

Empezaba ya a animarse la calle de San Luis de la Isla, con ese ruido peculiar de barras quitadas a los almacenes, de cortinas corridas, de carricoches trotando sobre el pavimento desunido, cuando despertó el doctor Fulbert. Por una juntura de la gruesa cortina de *peluche*, penetraba una luz vaga en el cuarto, distinguiéndose al fondo débilmente el lecho Renacimiento de columnas y baldaquino. Sobre el parquet lucía una adusta piel de tigre, entre los muebles macizos, diseminados aquí y allá;

Por

PIERRE LADOUÉ

un amplio *secretaire* de ébano, sillones Luis XIII, una cómoda de brillante mármol...

¡Realmente, era original ese viejo doctor Fulbert, con su manía por las antigüedades!...

Demasiado poeta para ejercer la medicina, bastante rico para vivir a su antojo, espíritu con tendencia innata hacia el misterio, había en el curso de su larga carrera, estudiado muchas cosas. Después de la filosofía pasó a la historia; luego a las ciencias ocultas hasta llegar a crearse, finalmente, una atmósfera particular dentro de la cual se movía, aislándose casi completamente del mundo exterior y sintiéndose, por decirlo así, envuelto en una dichosa beatitud.

Su primera idea, al abrir los ojos aquella mañana, fué la siguiente:

—Vamos a ver de día ese cuadro holandés que compré anoche donde Mardoche.

Y el alto anciano de cráneo liso y corta barba blanca se levantó ágilmente. Sus ochenta años le pesaban poco sobre las espaldas, que seguían casi derechas. Revistióse una bata color de púrpura adornada con flores enormes, calzó babuchas, y después de cubrirse la cabeza con un birrete de terciopelo verde, pasó de su dormitorio a un gabinete contiguo.

Nada demostraba que fuera ése el estudio de un médico, salvo, quizás, algunos volúmenes que había en la biblioteca, más nutrida de obras sobre la arqueología, la historia, la mística y las bellas artes. Ya no entraba ningún enfermo a ese gabinete, mal alumbrado por dos altas ventanas que daban a una estrecha callejuela y cuyos vidrios estaban velados por cortinas de espesa muselina. No había siquiera en el techo una lamparilla eléctrica para suplir la luz natural, lo cual no debía hacer sin duda falta al doctor, que se recibía allí para hojear álbumes y libros cuando no andaba por las calles humeando de anticuario en anticuario...

Lo que sí había en todas partes era cuadros; colgados o apoyados simplemente en los muebles, sobre la chimenea, sobre los asientos, sobre la enorme mesa-escritorio cubierta de papeles, sobre los montones de libros adosados a las murallas... Pero sólo el doctor Fulbert sabía cuántos había; sólo él los tocaba, los manejaba, los mudaba de sitio. Su criada, Sofía, tenía orden formal de no tocar nada en ese cuarto, y el olor a polvo enmohecido, peculiar a las tiendas de bric-a-brac y de antigüedades, que llenaba el ambiente, no sofocaba mayormente las narices del viejo coleccionista.

Entre la semi claridad que se filtraba penosamente a través de los cristales opacos de las ventanas el dueño de casa se dirigió sin vacilar, arrastrando sus babuchas sobre el piso gastado, hacia una silla estilo Imperio contra cuyo dosel, en forma de lira, se apoyaba una telita sin marco, la adquisición de la vispera.

Se acercó, inclinándose, y extendió sus

dos largas manos con un gesto de estupor.

El cuadro, cuya pintura era de la buena época holandesa, representaba *La Partida de la hospedería*... Pues bien, uno de los personajes, que el doctor recordaba perfectamente, un joven rubio, de casaca violeta... *había desaparecido!* Faltaba nítidamente su silueta, y se destacaba en el centro del cuadro el trozo de tela amarillosa. La trama aparecía clara y limpia como si no se hubiera usado. El personaje habíase, decidida y positivamente, escapado del grupo...

—¿Qué significa esto?, murmuró el anciano. Sin embargo no noté esto anoche... ¿Habré rozado la tela, al subirla? ¿O será una broma de este bribón de Mardoche?... ¿Mañana mismo le devuelvo su cuadro!

Encendió la lámpara, examinó de nuevo el daño, y echó instintivamente una mirada circular sobre los otros cuadros.

Esa inspección tuvo por resultado hacer nacer en su espíritu una profunda estupefacción.

Frente a frente al sitio en que había sido depositada la nueva adquisición, se hallaba colgada de la pared, una tela de la misma Escuela, titulada "Concierto", y cuyas figuras estaban formadas por un grupo de damas y niñas...

En esa pintura, como en la otra, *había un vacío*... Entre los terciopelos y los sátiros amables había una mancha ocre... la trama de la tela aparecía también... ¿Y también allí faltaba uno de los personajes!... ¿Cuál?... ¡Ah! El doctor lo recordó: era una mujer joven, perfectamente bella y majestuosa, metida en un corpiño de terciopelo escarlata bordado de armiño, con un vestido de sañín blanco. Sus cabellos estaban adornados con un nudo de cinta y tocaba el arpa.

—Verdaderamente es bizarro... bizarro, a fé mía!...

Cualquiera otro que el doctor hubiera buscado al doble accidente una causa natural. Cualquiera hubiera acusado a Sofía de haber violado la consigna y haber puesto demasiado celo en abuyentar las arañas. Hubiera querido descubrir en el suelo siquiera los vestigios de la cáscara de colores caídos...

Pero no. El doctor Fulbert vió desde un



ángulo diferente ese acontecimiento cuyo aspecto maravilloso le llamara la atención desde el primer momento. Sesenta años seguidos de estudios, de investigaciones y meditaciones le habían acostumbrado ampliamente a respirar los aires del misterio, que sobrecoje sólo a los ignorantes. Por eso no le apasionó el singular descubrimiento que acababa de hacer. De pie, en medio de la pieza, con la cabeza inclinada y acariaciándose la blanca barba, comenzó a reflexionar tranquilamente. Se presentaba un enigma. ¡Pues bien, había que descifrarlo!...

La base del problema era clara, indiscutible, palpable. Durante la noche, dos personajes, de sexo diferente, de edad más o menos igual, pintados sobre dos cuadros de la misma época, se habían destacado simultáneamente de sus telas respectivas... *Inmediatamente surgió en la mente del doctor una palabra: atracción.* Había un fenómeno de atracción. Sin embargo, ¿en qué sentido debía interpretarse esta palabra? ¿En sentido propio o figurado? ¿O en ambos sentidos?... Fuera lo que fuera, debía ante todo, examinarse una cosa: ¿no habría, en la técnica de ambos pintores, una particularidad desconocida hasta ahora, que consistiera en mezclar a los colores usados algunas substancias inantadas u orgánicas?... Pero, para escrutar hasta ese extremo los secretos de factura de los autores de los dos cuadros, era necesario identificarlos con seguridad.

Para el "Concierto", no había duda. El autor era Peter van Zwoog, nacido en 1602, en Amsterdam, muerto en Amberes en 1680, alumno de Esaias van der Velde, contemporáneo y rival de Gabriel Metsu y de Gerardo Terburg, a quien igualaba en la exacta representación de los tejidos de satén...

Todos los biógrafos insistían en la riqueza y el fausto de ese pintor. "Era padre de dos hijas de extraordinaria belleza, cuyos rasgos reproducía en la mayoría de sus cuadros." La tela que poseía de él el doctor estaba fechada de 1649. La joven de corpiño escarlata,—la fugitiva,—era seguramente una de las hijas del pintor.

Cuanto al autor de "*La Partida de la Hospedería*", el anciano titubeaba entre varios nombres. La escena era clásica. Dos viajeros se aprontaban a montar a caballo,

y un tercero cabalgaba ya. Sobre el dintel, un huésped anciano, y una criada con un vaso en la mano. Al fondo, un pastor al lado de una cisterna. Aquí faltaba uno de los viajeros listos para montar. El doctor recordaba perfectamente la figura: aspecto de militar, sombrero empenachado y botas en forma de embudo...

¿Cuál era el pintor?

El doctor cogió de su biblioteca todos los volúmenes que pudieran guiario: Houbraeken, Pilkington, Immerzeel, y otros más. Compulsó largamente los tomos y meditó. De deducción en deducción, concluyó por descubrir, en un folleto anónimo, el nombre de Justus Johannes Bruyn, alumno de Abraham Bloemaert, nacido y muerto en Dordrecht, que florecía hacia 1650" y a quien parecía poderse atribuir la "*Partida de la Hospedería*". El autor del libracó, un erudito flamenco de comienzos del siglo XIX, que decía haber escrito a base de documentos de primera mano, papeles de familia, contaba que Bruyn había muerto de pena, en este año de 1650, "porque su único hijo, Pedro, bello y galante caballero, que frecuentemente le servía de modelo, se había arrojado al Mosa, desesperado por no haber sido aceptado como yerno por un artista rico y célebre, émulo de Gerardo Terburg"...

El doctor se tocó la frente sosegadamente... *Ya sabía.* Peter Van Zwoog había vivido en Dordrecht a mediados del siglo XVII... El émulo de Gerardo Terburg era él... La joven tocadora de arpa... su hija... y el joven rubio vestido de militar... el hijo de Justus Johannes: Pedro Bruyn!...

La escena fué reconstituída fácilmente por la imaginación del doctor. Vió al orgulloso van Zwoog recibiendo la petición del hijo de su colega desgraciado... "Amo a su hija... me ama" Ja, ja!... No bromeéis, amigo! Nunca será vuestra esposa!

Entonces... el Mosa!

Y he aquí que los amantes de antaño eran los fugitivos de hoy. No había duda que la aventura actual era una continuación del drama acaecido en Dordrecht el año 1650. No había duda. ¡Por algo impusierase la palabra *atracción* en el cerebro del doctor, momentos antes!...

Pero el misterio subsistía enteramente.

¿Qué había sido de ese joven y esa mujer que se habían amado, y cuyas efigies pintadas se habían encontrado frente a frente en ese sombrío gabinete de la calle San Luis de la Isla y habían podido unirse quizás por qué fuerza misteriosa? Era necesario llevar más allá las investigaciones nacidas del descubrimiento inicial.

Aprestábase el doctor a hojear otros infolios, más polvorientos aún que los primeros, cuando, violentando órdenes estrictas, penetró al cuarto Sofía, precedida del gato de casa, trayendo a su amo el desayuno de todas las mañanas.

Era una digna matrona de unos cincuenta años, de encarrujado bonete blanco, colocado en la nuca, sobre los cabellos grises peinados en "bandeaux". Se contentaba or-

dinariamente, con dejar la bandeja en la esquina de una mesa, y se retiraba sin decir palabra ni hacer el menor ruido. Esta vez titubeó un poco, farfulló algo entre dientes y no pudiendo contener su lengua, estalló por fin...

—Figúrese el señor... Hay un asunto de lo más grave en el barrio!... En el muelle de Aujou, ahí, a dos pasos de casa... acaban de retirar del Sena los cadáveres de dos jóvenes estrechamente abrazados... Un joven y una joven...



Y como el doctor, en ese punto del monólogo de Sofía, no hiciera el movimiento de desagrado que ella temía, y aparentara, al contrario, cierto interés, la digna dueña prosiguió:

—Es un suicidio, señor, seguramente, y no un crimen... Los dos enamorados, desesperados, debían salir, a lo que parece, de un baile de máscaras. El joven, alto, rubio, buenmozo, estaba trajado de mosquetero, y la joven, una morena, con una cinta en el pelo, tenía un vestido de seda y un corpiño de terciopelo encarnado. Ya estaba ahí la justicia... Todo el barrio en revolución... No tenían consigo ningún papel para poderlos identificar... Deben haberlos transportado a la Morgue... Ya vendrán seguramente los diarios a gritar: "*El misterio de la Isla San Luis!*..."

Terminado su relato, hecho de un tirón, Sofía salió desahogada, aunque un poco molesta porque el doctor no le hubiera preguntado nada. Sin embargo, la había oído lo cual no era muy corriente. Pero, juzgaba ella, la noticia tenía la importancia suficiente para ser recibida con más calor. Irritada por esto, Sofía se fué a continuar comentando el caso con las criadas del piso superior y la conserje.

En cuanto hubo cerrado la puerta, el doctor, que permaneciera impasible ante ella, quitóse el birrete y pasó varias veces las manos esqueléticas sobre el desnudo cráneo. Si su faz amarillosa no podía empalidecer, ni podían hundirse más los dos hondos pliegues que separaban sus cejas, la gran emoción aceleraba los labios de su viejo corazón.

Para él, el misterio se había despejado.

Ya no dudó. Ni siquiera se le ocurrió por un momento ir a ver por sus propios ojos, en el muelle,—o en la Morgue, si los llevaran ya,—a los dos abogados. Ni siquiera pensó que quizás fuera pura coincidencia el hecho de que aquella mañana hubieran retirado del Sena, a algunos pasos de su casa, a esa pareja vestida más o menos como los dos personajes ausentes de los cuadros. Le parecía inútil perder el tiempo en una información como ésa. Tenía la seguridad de que esos "desesperados" no eran otros que la hija de van Zwoog y Pedro Bruyn. El sabía eso, sabía lo que nadie más que él podía saber. Los desdichados amantes, al

encontrarse frente a frente después de cuatro siglos, habíanse reencarnado bajo la fuerza de su pasión contrariada; y, viendo que toda nueva vida les estaba prohibida, y viendo que continuaba pesando sobre sus cabezas el *fatum* implacable, el que antaño se arrojara al Mosa había renovado el antiguo gesto, arrastrando esta vez consigo a la esposa imposible, dentro de las turbias aguas, abismo de los paraísos perdidos...

¿En qué pensaba el doctor cuando quiso buscar lo claro del misterio en una imantación de la materia? ¡Ridícula idea! No había nada. No había realmente otra solución que la que se presentaba ahora nítidamente...

—Las fuerzas psíquicas dominan el mundo, dijo.

Y cerró sus infolios.

Aquella misma noche, vino a visitarlo su sobrino Santiago, estudiante de derecho, que vivía en la calle de las Escuelas. Venía de tiempo en tiempo, cuando no le llamaban a otro sitio visitas más atrayentes. El doctor, que parecía ligeramente febril, le condujo a su gabinete.

—Es preciso,—dijo,—es preciso que te muestre mi adquisición de ayer, la "*Partida de la Hospedería*, de Justus Johannes Bruyn, holandés. Le he identificado esta mañana, de una manera innegable.

Y como para evitar una interrogación del sobrino, prosiguió, con una volubilidad poco corriente en él:

—Inacabado, desgraciadamente... Incompleta la maravilla!... ¡Es lástima! Una hermosa tela de un maestro poco conocido...

Y habló sin transición, del viejo Mardoche, el mercaehiffe, del precio que había pagado por el cuadro, sin dejar sitio a su interlocutor para comentar esa falta de conclusión de la obra.

Pero nada estaba más lejos de la mente del joven que formular alguna pregunta embarazosa; pues mientras hablaba el doctor, Santiago pensaba sólo para sus adentros:

—¡Pobre tío!... Está perdiendo la vista... No ve que están espantosamente descascarados sus famosos cuadros... ¡Luego no quedará nada!... ¡Siquiera queda la esperanza de que me deje en su testamento algo más que su "galería"!...



INTIMIDAD
 Sí, la pa-
 labra cuyo
 verdadero

sabor tan pocas
 personas cono-
 cen! Sí, no me
 lo nieguen, lec-
 toras, pues has-
 ta por experien-
 cia sé que el ins-
 tante íntimo, es
 decir, ese mo-
 mento tan ar-
 diente en que lo-
 gramos estar

junto a alguien, cuyo espíritu deseamos vi-
 vamente sea afín del nuestro, suele conver-
 tirse quizás por qué en instante que nos
 crispa los nervios o que nos hace boste-
 zar.... Para obtener de la intimidad todo

EN LA INTIMIDAD

Por VIEILLE-AMIE

LLAMADO A LAS MUJERES DEL PAIS.—
 BELLEZA FEMENINA.—CONCEPTOS SO-
 BRE LA VEJEZ.—CONSEJOS A LAS NIÑAS

su beneficio,
 hay que usar de
 tiento, de tacto,
 de oportunidad,
 qué sé yo de
 qué suma de cui-
 dados que, sin
 ser de carácter
 capital, lo son a
 la vez... Tal
 vez yo no sepa
 explicarme bien:
 valgan por eso
 los ejemplos!
 ¿No es tan an-
 tigo como el

mundo casi, aquel decir que entraña tanta
 amargura y que se resume en "la soledad
 de dos en compañía"! Ahí tenéis un caso
 de intimidad fracasado, el más triste tal
 vez; pero hay tantos otros: el de hombres



que se aburren con hombres, el de mujeres que se hastían conversando momentos apenas con amigas, y el de mujeres y hombres que se sienten alejados los unos de los otros. ¿Por qué estas anomalías aparentes?

Porque la intimidad es la amistad en su grado más alto y porque para que no se enturbie o empañe, se requiere desplegar todos los matices de la sensibilidad aguzada y educada. Harto difícil, ¿no es cierto?, porque la irritabilidad mental a que nos arrastran los estados agudos, está casi reunida con la educación. Sin embargo yo quiero que entre tú y yo intentemos crear un afecto confiado y tranquilo. Te invito a que firmemos un contrato según el cual tú entras a mi intimidad, yo a la tuya, procurando ambas no darnos jamás recíprocamente, motivos para arrepentirnos de nuestra labor en común. ¡Y verás qué ventajas vamos

a obtener! Desde luego, seremos amigas a hurtadillas de los hombres y podremos así pelarlos o quejarnos, siquiere, de sus desvíos e indiferencias, sin halagarles con ello el maldito amor propio. Tú me cuentas con el corazón en la mano tu situación, tu estado de ánimo, las alteraciones de tu espíritu, y yo iré hasta ti con el consuelo, el consejo o la reprimenda que necesites. No me temas, es broma lo que te digo: siempre seré dulce contigo, quiero atraerte, oírte, y para eso sólo hay un camino: que te entregues confiadamente. Escríbeme, pero no me mientas ni exageres. Dí la verdad y yo he de escucharte toda oídos, toda corazón, y, así, dialogaremos en estas páginas que me ofrece el director de PACIFICO para que tengan



min amigas algo así como una tribuna libre desde donde lanzar sus ayes de pena o de alegría. Y me escribes con un seudónimo... Haremos entre las dos un tejido espiritual que beneficiará a muchas, a todas las mujeres, tal vez, porque cada una irá obteniendo para su intimidad algo de la experiencia ajena.

Mi intención, además, es contribuir no sólo al bienestar espiritual tuyo, sino a todo lo que contigo se relacione. Si no me escribes y no me llamas al diálogo, yo te hablaré de todos modos de cosas que te interesen. Aprenderás así a creer en mi buena intención y, cuando menos lo pienses, sentirás el impulso de confiarme cualquier secreto.

En general, desde estas páginas daré consejos y en dos o tres conversaciones íntimas conmigo, saldrás ganando como si hubieras leído bibliotecas. Mis palabras serán fáciles de poner en práctica e irán todas ellas orientadas al beneficio de tu cuerpo, de tu



la vejez, y se combaten con escalpelo y bisturí. Trabajan estos instrumentos enérgicamente en las carnes marchitas, las extienden de nuevo sobre los músculos y dan a las caras que ya van surcando las arrugas, la limpidez de la juventud. El tratamiento es doloroso, pero entusiasmador para la mayoría, ¿no es verdad? ¿Qué importa sufrir? ¿No es lo esencial acaso permanecer eternamente joven, no envejecer jamás y llegar a la decadencia física con una cara de veinte años?

¡Ah! No es lo esencial, mi querida señora; no es aun ni lo normal ni lo moral. Lejos de mí, por supuesto, la idea de combatir esos encantadores artificios a los cuales nos damos por entero para conservar la parte de belleza ó de atractivos que la natura-

salud, de tu humor, de tu cultura y hasta de tu economía. Sonríes incrédula, pensando en que cómo voy a adivinarte en tus aficiones, en que cómo voy a descubrir sobre qué cosas quieres que te hable... Pues mira: permite que sonría a mi vez: las mujeres sabemos siempre de qué hablarnos cuando no nos escuchan los hombres. Hoy, por ejemplo, he de dirigirme a ti, que eres jovencita, acaso, y a tu madre, que va no lo es. Oiganme ambas y lo que no sirva ni a ti ni a ella, servirá a cualquiera de las dos mañana, cuando bayan alcanzado la edad o las circunstancias apropiadas. He de hablarles sobre... No, mejor no les adelanto nada, y oigan:

Oiga usted, señora, y déjeme contarle que acaba de revelarse un nuevo servidor de la belleza femenina. Se llama el cirujano estético y es la verdad que a su influjo se combaten hoy las señales de



leza puede habernos dado; lejos de mí la idea de atacar ese muy legítimo, general deseo de conservarnos siempre frescas y de ofrecer a las miradas extrañas una fisonomía agradable de ver. Por el contrario, estimo que cuidar los dones naturales e intensificarlos, aspirar a la perfección física, constituye un deber hacia nosotras mismas y hacia los demás. A mí lo que me disgusta es el esfuerzo por forzar la naturaleza. Y eso es muy diferente. Querer detener su curso es querer violentarla y en la tierra todo tiene su utilidad. ¿Por qué había de constituir excepción la vejez?

La vejez, mi querida señora, tiene también su encanto y su utilidad. Compadézco a aquellas y a aquellos que se



rebelan contra una fatalidad que si bien se mira no es tal y que concluye siempre por llegar, hágase en contra cuanto se haga.

¿La vejez?... La vejez es el maduramiento del espíritu, de los sentidos y de las formas exteriores. Cuando se sabe envejecer, la bondad, la experiencia y la indulgencia entran en nosotros y nos cubren de un manto de sonriente y afable dignidad.

¿La vejez?... La vejez es el gran destino de la vida, es la alegría de ver crecer y prosperar alrededor de sí a aquellos que se ama, a aquellos que se ha educado y por quienes nos hemos desvelado

tanto; es un papel-tuteiar sobre los idolatrados requere-



ñitos recién venidos al mundo; es el respeto, la ternura, la abnegación de los seres queridos, es el atardecer de un bello día, como dijo el poeta; crepúsculo no melancólico cuando se dora con los reflejos de una existencia bien empleada. Y es esta calma, esta satisfacción, esta tranquilidad de espíritu, estas dulzuras íntimas y exquisitas, las que algunas quieren rebazar a cambio del falso placer de aparecer siempre la criatura frívola cuya excusa ya no se encuentra desde que dejó atrás la gracia y la ligereza inherentes sólo a la primavera de la vida.



¡Si nos diéramos cuenta de lo que perdemos! Más aún: no se piensa cuán hermosa puede continuar una mujer bajo los cabellos blancos, sin necesidad de engañar a nadie por medio de falsos expedientes. Y lo peor es que no basta desearlo para engañarse a sí misma: ahí estarán de todos modos la edad, las fuerzas que disminuyen, las ideas que se modifican, la inteligencia que declina, la evolución interior contra la cual nada puede ningún cirujano estético armado de bisturí y de escalpelo; y otros varios aspectos que no pasarán inadvertidos para los ojos indiscretos del prójimo. No compensa, pues, privarse de la santa alegría de envejecer agradablemente, para no ser otra cosa que un triste objeto de burlona compasión. ¿No es así, señora?

Y, ahora, niña, óyeme a tu vez. Quiero decirte cómo arregles tu dormitorio, cómo le des carácter agradable, gracioso, coqueto, y puedas pasear por él la vista recreándote o hacer que descanse tu espíritu cuando llegues a él a refugiarte.

Si dispones de cierta suma no escasa, elige una delicada reproducción Directorio: pequeña cama, cómoda-peinador y sillitas de madera, pintadas de verde suave con rayas doradas y rosa pálido. Cubre las murallas y el cielo raso de tela de hilo verde con rosas bordadas en diferentes tonos, formando guirnaldas redondas. Del mismo estilo, las cortinas y el cubrecama. Adorna el tocador con gasa verde drapada y los tomados que irán de vez en cuando serán sujetos también con rosas. Lámpara de cristal con lágrimas. Y coloca sobre la chimenea un reloj Directorio y jarrones de cristal cortado con rosas,—artificiales,—cuando no sea la estación,—y enredaderas de yedra.

Si tienes alguna amiga con menos renta que tú, aconséjale muebles bretones. Cama con columnas torneadas, cómoda, sillas de respaldo alto y demás muebles de madera de nogal encerada; cubrecama a cuadros azules y blancos y cortina igual. Lámpara de mimbre café. Evitarás el tapiz y sólo irán sobre las sillitas cojines que hagan juego con las cortinas. Procura que el maderamen de la pieza sea de color crema. Coloca sobre la cómoda o chimenea un paño delicado, hecho de "Fonds de Bonnets" mezclado con encajes bretones; alguna gran muñeca-lámpara vestida de

"paysanne" y candelabros de bronce con pantallas de encaje.

Si aún se quisiera arreglar un dormitorio más económicamente, pueden utilizarse muebles viejos que hayan pertenecido a la hermana mayor y que en ninguna casa faltan. Se pueden pintar con sapolín en blanco crudo con un ribete rojo vivo. El papel de la pieza será blanco con lunares rojos también. Cortinas y cubre-cama, de gasa blanca vaporosa ribeteada de lunares rojos también. Como alfombra, un petate chino con dibujos variados y de colores. Gran pantalla roja. Sobre la chimenea, bibelots japoneses de tonalidades vivas y canastillos con flores.

Y si quieres mayor modestia todavía, transforma un pequeño sommier en cama



diván. Pinta los muebles color gris claro; cubre las paredes de tela color cachemira; de la cual serán también las cortinas y el cubre-cama. Lámpara con gran pantalla de velos de gasa adornados de perlas. Alfombra de cáñamo o de totora. Y con cualquiera otra nota personal tu-

ya, tendrás un nido encantador dentro de su modestia. Además, tú sabes que la felicidad cabe en todo sitio. La gracia está en saber hacerla entrar y en no dejarla escaparse.

Esto de la felicidad, para niñas y para grandes. A unas y a otras, he de ayudar yo

si me dan ocasión y si me admiten en su intimidad.

NOTA.—Esta sección contestará por medio de la revista cualquiera consulta que quiera hacérsela sobre todo asunto relacionado con la vida espiritual y material de la mujer.



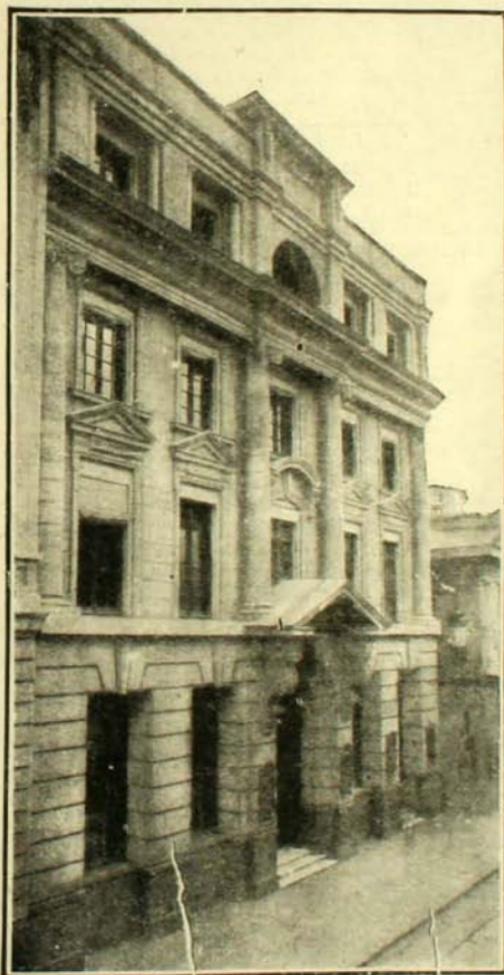
Banco de Londres y Rio de la Plata Ltdo.

VALPARAISO: Calle Prat — **SANTIAGO:** Calle Huérfanos

Oficina Principal: 7, Princes Street, London

Agencia: Cross Street, Manchester

CAPITAL AUTORIZADO.	£ 4.000.000
CAPITAL SUSCRITO.	" 3.000.000
CAPITAL PAGADO.	" 1.800.000
FONDO DE RÉSERVA.	" 2.100.000



SUCURSALES:

FRANCIA.—Paris, 16 rue Halévy.

BELGICA.—Amberes, 22 Place de Meir.

PORTUGAL.—Lisboa, 32 Rue Aurea.

ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA.—Agencia en New York, 51 Wall Street.

ARGENTINA.— Buenos Aires, Agencias en Buenos Aires: Barracas al Norte, calle Bernardo Irigoyen 1138, calle Sarmiento 2799, Once de Septiembre, calle Santa Fe 2122, Boca de Riachuelo, calle Almirante Brown 1159. Sucursales en Rosario de Santa Fe, Mendoza, Bahía Blanca, Tucumán, Córdoba, Paraná y Concordia.

PARAGUAY.—Asunción.

URUGUAY.—Montevideo, Agencias en Montevideo, calle Río Negro, Salto y Paysandú.

BRASIL.—Río de Janeiro, Maaos, Santos, Bahía, Sao Paulo, Pará, Pernambuco, Curitiba, y Victoria, Porto Alegre.

Emite y atiende Cartas de Crédito, vende y compra letras de cambio.—Transferencias telegráficas. Compra y venta de valores por cuenta de sus clientes. Guarda valores y documentos en custodia y se encarga al mismo tiempo del cobro de sus dividendos. Cobranzas de Letras. Recibe Depósitos a la vista y a plazo de tres, seis y doce meses. Abre Cuentas Corrientes en moneda corriente, oro, esterlinas y oro americano.

UN INSECTO QUE TALADRA EL PLOMO

En el período inglés "Diario de la Sociedad de Industrias químicas", mister Hare, da cuenta de un caso curiosísimo de perforación de una plancha de plomo cuyo espesor pasaba de 3 milímetros.

El animalito que llevó a cabo esta proeza es una avispa llamada "Sirex Gigas".

El plomo perforado estaba destinado a recubrir un cuarto para fabricar ácido sulfúrico y se había colocado, temporalmente, sobre un piso de madera sostenido por vigas de la misma materia.

El insecto salió de una de estas vigas, donde se había operado su metamorfosis y para salir al aire libre trató de vencer los obstáculos que a ello se oponían.

Costó poco trabajo a la avispa traspasar la madera del piso, pero al llegar al plomo, en lugar de retroceder lo atacó violentamente.

Aún no había terminado su trabajo, si bien le faltaba poco, cuando levantaron las planchas metálicas y se observó el agujero hecho por el "Sirex Gigas".

Sólo 48 horas había permanecido el plomo sobre el pavimento y por consiguiente el insecto no pudo emplear más tiempo en tan increíble trabajo que sin duda, hubiera acabado en unas cuantas horas más.

EL VALOR DE LAS LÁGRIMAS

No es preciso ser un gran anatómico para saber que a cada lado del cuello tenemos una arteria muy gruesa. Esta arteria, que se llama la carótida primitiva, al llegar junto a la laringe se divide en dos ramas que a su vez se subdividen en multitud de vasos sanguíneos. Ambos sistemas de circulación no son enteramente independientes uno de otro, sino que se comunican entre sí en la región de los ojos por medio de la arteria oftálmica.

Todo el mundo sabe que las lágrimas son consecuencia de dos causas muy diferentes: o de una gran tristeza o de una gran alegría. ¿Cómo explicar que sensaciones contrarias produzcan este mismo fenómeno? La risa, cuando es muy fuerte, desce el punto de vista fisiológico no es más que un esfuerzo. Cuando nos reímos a carcajadas, desarrollamos la misma energía muscular que cuando levantamos un gran peso. En ambos casos, si el esfuerzo es pequeño, contraemos los músculos que cierran la garganta y que contraen el estómago; pero si la risa es muy fuerte, entran en acción otros músculos, de tal modo, que todo el cuerpo se sacuda con su esfuerzo,

y dejamos de respirar normalmente. Entonces, los pulmones no reciben más aire que el que admiten algunas aspiraciones breves e intermitentes, y este aire no es bastante para impedir un principio de asfixia producido por la contracción de los músculos de la garganta. Basta mirar a una persona que ríe con toda su alma, para ver en su rostro los síntomas de la congestión.

La misma contracción de los músculos comprime las ramas de las carótidas que conducen la sangre a la cara, y toda la sangre que sube por la carótida primitiva busca entonces otro camino y asciende en dirección del cerebro. Puede calcularse cuáles serían los efectos de exceso de sangre en la cabeza, si no estuviese por medio la arteria oftálmica para salvar la situación. Este canal de comunicación entre las dos carótidas, permite que la sangre que subía al cerebro se esparza en torno de los ojos; éstos se inyectan, y las glándulas lagrimales aparecen congestionadas.

Las glándulas lagrimales convierten en lágrimas la sangre que llega hasta ellas, cosa que podrá parecer extraña, pero que está demostrada por el hecho de tener las lágrimas exactamente la misma composición que la parte líquida de la sangre.

Véase por donde, el saltarse a uno las lágrimas de risa, tiene sus ventajas; como que impide que sobrevenga una congestión cerebral. Pero no son menos útiles las lágrimas cuando estamos tristes.

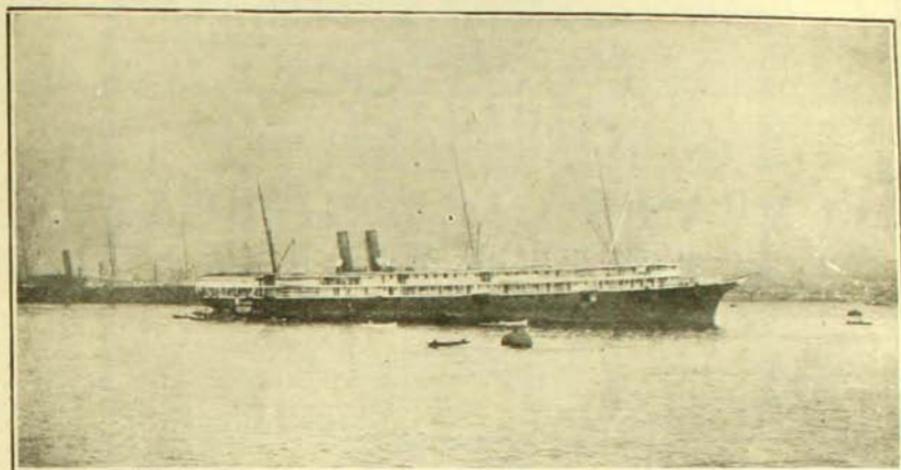
Así como se congestiona con la risa, el cerebro padece con la tristeza una anemia temporal. También en este caso las lágrimas se forman a expensas de la sangre destinada para el cerebro, y por consiguiente, aumentan dicha anemia. Pero precisamente la falta de sangre produce cierta torpeza cerebral, cierta indiferencia mental que, disminuyendo en el cerebro la facultad de recibir impresiones, disminuye considerablemente también el dolor psíquico que produce la tristeza. Es decir, que en este caso, las lágrimas constituyen una defensa contra la tristeza misma, un verdadero anestésico moral. Por algo se dice cuando una persona experimenta una gran pena, que es mejor que lllore, para desahogarse.

Es curioso que las muecas que hacemos cuando lloramos, resultan de la contracción de los músculos que afectan de algún modo a las glándulas lagrimales y la arteria oftálmica. Todos estos músculos, al contraerse, contribuyen a comprimir la región lagrimal y facilitan la expulsión de las lágrimas.

En los niños, y sobre todo en los que tienen naturaleza histérica, es incalculable el valor de las lágrimas.

Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 895



SERVICIO SEMANAL RAPIDO, entre Valparaíso y Cristóbal, en 14 días, atendido por los magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica.

RENAICO - AYSEN - HUASCO - PALENA - IMPERIA

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde, y tienen conexiones en Antofagasta y Arica, con los trenes internacionales para Bolivia, los mismos días de la llegada, y en Cristóbal, para Estados Unidos, en las lujosas naves de la United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

SERVICIO QUINCENAL, entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú) en 14 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

MAPOCHO - MAIPO - CACHAPOAL

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde

PROXIMAS SALIDAS:

- “**MAPOCHO**”, para Pimentel (Norte del Perú) e intermedios, el 29 de abril de 1920.
- “**HUASCO**”, para Cristóbal (Zona del Canal) e intermedios, el 3 de mayo de 1920.
- “**IMPERIAL**”, para Cristóbal (Zona del Canal) e intermedios, el 10 de mayo de 1920.
- “**CACHAPOAL**”, para Pimentel (Norte del Perú) e intermedios, el 13 de mayo de 1920.
- “**PALENA**”, para Cristóbal (Zona del Canal) e intermedios, el 17 de mayo de 1920.
- “**MAIPO**” para Pimentel (Norte del Perú) e intermedios, el 27 de mayo de 1920.

AGENCIAS

EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU

EN SANTIAGO: CARLOS ROGERS, Bandera, esq. Moneda

EN CRISTOBAL: UNITED FRUIT Company.

EN BUENOS AIRES: EXPRESO VILLALONGA, Balcarce, esquina Moreno.

EN NUEVA YORK: JOHN R. LIVERMORE Inc. 21-24, State St.

EN PARIS: A. P. DUPONT, Rue Halevy 4.

EN LA PAZ: TOMAS BRADLEY, Avenida Montes 52.

ONTERÉ PLAZA.

EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

COMPAÑIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado	7,500

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.o Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

“LA VALPARAISO”

Compañía de Seguros Contra Incendios, Riesgos
Marítimos, Etc.

COCHRANE Núm. 879

VALPARAISO

Capital Suscrito. \$ 2.000,000.00
Capital Pagado. 1.000,000.00

Banqueros:

Banco A. Edwards y Cía.

CONSEJO DIRECTIVO

PRESIDENTE

Don Jorge Etchegaray

VICEPRESIDENTE

Don C. Gordon John

CONSEJEROS

Don Max Fontaine, Don Eduardo Deves, Don Francisco
Sampaio, Don Arturo García, Don José M. Ríos Arias.

GERENTE

Don Ricardo Swett O.

Agentes Generales en Santiago:

JORGE PHILLIPS y Cía.

AGUSTINAS 1120

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDA-
DES DE LA REPUBLICA

RELOJ DE AGUA CHINO

China es el pueblo más maravilloso que se conoce.

Rara es la invención europea que no se atribuyen los chinos, a veces con algunos siglos de precedencia.

La imprenta, la brújula, la pólvora, las máquinas de vapor y los compases se cuentan entre los innumerables descubrimientos cuya paternidad se arrojan los compatriotas de Confucio, privando de esa satisfacción a los "diablos extranjeros" que es el remoquete con el cual designan a los europeos.

Ahora resulta que las antiguas clepsidras ya las conocían hace infinidad de siglos los implacables chinos.

En la populosa ciudad de Cantón existe una que tiene alrededor de 600 años de edad.

Este primitivo reloj de agua consta de cuatro cubos de piedra colocados unos sobre otros en forma de escalera.

El agua que sale del superior va a parar al segundo, y de allí sucesivamente hasta el cuarto, donde un flotador graduado sube a medida que se va llenando de agua el cubo.

Cada grado del flotador representa una hora, la cual se escribe sobre una pizarra para que los que por allí pasen puedan verla fácilmente.

Al cabo de las veinticuatro horas, se vacía por completo el cubo que está en primer término, teniéndose entonces que "dar cuerda" al reloj llenándolo nuevamente de agua.

Como verá el lector, la cosa no puede ser más sencilla.

Esto, no obstante, es de suponer que seiscientos años de uso habrán desgastado los agujeros por donde corre el agua y el reloj marcará las horas con excesivo adelanto.

LA FOTOGRAFIA SIN LUZ

Un sabio inglés, Mr. W. J. Russell, ha hecho un curiosísimo descubrimiento.

Si se toma una hoja y si, después de haberla comprimido fuertemente entre dos trozos de papel secante para quitarle toda la humedad posible, se le coloca contra una placa fotográfica en la obscuridad, muy cerca de ella, pero sin que esté en contacto con la película, se formará sobre la placa un imagen de la hoja, después de una exposición que oscile entre 12 y 18 horas.

Se puede acelerar la operación por medio del calor, con tal de que este no exceda de 50 a 55 grados centígrados.

Lo que ocurre con la hoja ocurre con casi todas las partes vegetales de una planta, siempre que estén cortadas en láminas muy delgadas y un poco desecadas por medio de la compresión.

Los granos de polen no obran sobre la placa sensible, ni tampoco la médula.

Esta propiedad de los vegetales se conserva durante mucho tiempo, y así se ha visto con hojas que han estado prensadas durante dos o tres años. Sin embargo, pierde su virtud de impresionar cuando la desecación es total, lo cual prueba plenamente que esa acción fotográfica es debida al jugo vegetal y que si es necesario quitarle parte de él es para evitar que el exceso de agua disuelva la gelatina de la película fotográfica. Este aserto lo acaba de demostrar el hecho de que el papel secante que ha servido para secar la hoja impresiona la placa tan bien como la hoja misma.

¿Cuál es la explicación de este fenómeno?

Mr. Russell cree que el agente que lo ocasiona es el peróxido de hidrógeno, resultante de la actividad vital de la planta.

El peróxido de hidrógeno es una de las substancias más importantes para el crecimiento, y así vemos que no se obtiene más que con las partes vivas y en vida activa de los vegetales.

* * *

LAS MURALLAS DE JERICÓ

El profesor Sellin, de la Real Academia de Ciencias de Viena, que se halla dirigiendo trabajos de excavación en los lugares donde estaba situada la antigua ciudad de Jericó, escribe a la Sociedad de que es miembro, dando cuenta de sus valiosos hallazgos.

Uno de los más importantes es el de las históricas murallas, construidas con ladrillos de barro cocido.

El célebre muro sólo tiene de espesor poco más de 3 metros, y está sustentado sobre cimientos de piedras de sillería.

En la parte occidental tiene el muro más de 12 metros de anchura.

A más de este descubrimiento se han encontrado infinidad de objetos curiosísimos, tales como lámparas, platos, vasos, agujas, pesos, etc., algunos de labor muy basta y grosura, otros, en cambio, delicadamente contruidos. En el centro de la población, cuyas ruinas están removiendo actualmente más de 100 obreros, se descubrieron hileras de casas.

El profesor Sellin espera que sus trabajos proporcionarán una gran suma de materiales para el estudio de los tiempos pre-Israelitas y del período Cananeo.



Fratelli Castagnetti

FABRICANTES DE ROPA BLANCA bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

AGRADECEREMOS PIDA DATOS, muestras y precios a otras partes y los compare con los nuestros y se convencerá de la gran ventaja de los artículos de nuestra fabricación.



Atendemos gratuitamente pedidos de nuestro Catálogo

COMPañIA
DE
LOTA Y CORONEL

GERENCIA EN VALPARAISO

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41
Nacional 391

MINAS DE CARBON DE PIEDRA
EN LOTA, CORONEL Y CURANILAHUE

FABRICA
DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDA

AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANCERA 75 (Bolsa de Comercio)
CASILLA NUM. 1853



Lea estos certificados:

DEL DR. MARCIAL GUZMAN Z.—Especialista en enfermedades de niños.
DR. MARCIAL GUZMAN Z.—Consultas de 1½ a 4½ P. M.—Monjitas 345.—Teléfono 2667.—Septiembre 19 de 1916. Tiene el agrado de felicitarle por la oportunidad de darnos un alimento que reemplaza con grandes beneficios a sus similares extranjeros y que está perfectamente indicado en los niños, mayores de tres meses, y en especial en los que está contraindicada la alimentación lacteada.

MARCIAL GUZMAN Z.

DEL DR. EUGENIO CIENFUEGOS B.—Médico del Patronato de la Infancia y del Policlínico "Manuel Arriarán".

EUGENIO CIENFUEGOS B.—Rosas 1267.—Santiago, marzo 16 de 1916.—Empleo el "ALIMENTO MEYER" en la generalidad de los casos en que es menester agregar los farináceos a la alimentación de los lactantes.

Su composición, su gusto agradable, su fresca preparación y su bajo precio, me hacen preferirlo a los alimentos extranjeros análogos.

Dr. CIENFUEGOS, médico del Patronato de la Infancia y del Policlínico "Manuel Arriarán".



**ALIMENTO
 MEYER
 ES EL
 MEJOR**



UNA IMPRENTA QUE SE AHOGA EN TRABAJO ES LA QUE NO CUMPLE SUS FECHAS DE ENTREGA

La industria gráfica tiene la particularidad de que la demanda de trabajos por parte del público no es regular. Hay épocas de mucho y de poco trabajo. Además no todos los trabajos ocupan en igual proporción el equipo de una imprenta, pues es muy variada la índole de los trabajos. La consecuencia de esto es la demora que a veces se produce en la entrega. Pero una buena organización subsana esto. Además una empresa que posee varios establecimientos elimina esta desventaja, pues reparte su trabajo entre ellos. La

SOC. IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO

está en situación de ofrecer ambas cosas.

VALPARAISO
Calle Prat, Núm. 269

SANTIAGO
Galería Alessandri, 20



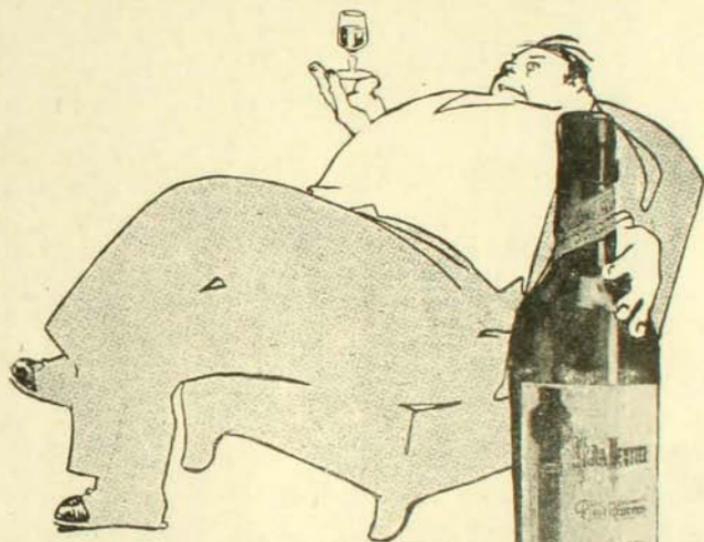
VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646



RECOMIENDA TODOS
SUS VINOS Y
ESPECIALMENTE EL

PINOT RESERVADO



NUESTRA EXPOSICION DE LOS NUEVOS
MODELOS PARA LA PRESENTE TEMPORA-
DA ES UNA REVELACION DEL ADELAN-
TO QUE HA ALCANZADO NUESTRO CAL-
ZADO.

Artigas

M. ARTIGAS Y Co.

AHUMADA, 235 - 239 - CASILLA. 2970

ENVIAMOS A PROVINCIAS CATALOGOS ILUSTRADOS

PACIFICO

MAGAZINE

Junio
de 1920

PRECIO:
2 PESOS





Las peores tempestades de la vida

son las enfermedades que suelen atacarnos cuando menos lo esperamos. El escalofrío, la fiebre y los dolores de cabeza que las preceden y acompañan, son para el organismo lo que el golpe de las olas enfurecidas, el azote del huracán y el fuego de los rayos para una frágil embarcación. Por eso debemos procurar siempre ponernos a salvo de tales infortunios. Nada hay más valioso cuando se trata de ciertas dolencias, como resfriados, dengue, gripe, influenza, dolores de cabeza, de muelas, de oídos y de toda clase, que las tabletas Bayer de **Aspirina y Fenacetina** (tubo de etiqueta verde con la Cruz Bayer), pues siendo como son una mezcla científica

del mejor analgésico y del más poderoso antipirético, alivian el dolor, apaciguan la irritabilidad nerviosa y hacen disminuir la fiebre, con más seguridad y rapidez que cualquiera otra preparación.

Las tabletas Bayer de Aspirina y Fenacetina representan para las personas que sufren, el faro que conduce al puerto de la salud y el bienestar.



¿Se ha fijado usted qué enorme porcentaje
de automóviles van equipados con neumáticos

“GOODYEAR”?

Esto se debe a que su calidad es insuperable y a que sus fabricantes no omiten sacrificios para mantener su buena reputación.

DISTRIBUIDORES PARA CHILE:

Graham, Rowe & Co.

SANTIAGO, VALPARAISO

Bandera 275

Cochrane 819

ANTOFAGASTA

CONCEPCION



VARIEDADES

Las calles de Berlín, sin contar las veredas representan una superficie de 6.500,000 metros cuadrados. De este total, el 57 por ciento está pavimentado con piedra, el 41 por ciento con asfalto y el 2 por ciento con madera.

El asfalto se emplea cada vez más. El pavimento de madera se hacía con pino de Suecia; últimamente—es decir, antes de la guerra—se ha empleado el eucalipto australiano. Se calcula que la duración del afirmado de madera es de veinte años, naturalmente con frecuentes reparaciones.

Asombran las extravagancias del lujo en la antigüedad clásica, pero lo cierto es que en los tiempos modernos se ha llegado a extremos seguramente no superados por los monarcas o los Cresos de la antigüedad. En el inventario de los bienes de la zarina Isabel, que se realizó poco después de la muerte de ésta, figuran quince mil vestidos de la zarina; en un banquete de Navidad, dado por a clubman de Londres a un grupo de amigos, se instaló en medio de la mesa una fuente de agua de Colonia que corrió durante toda la noche: esa cena costó 75,000 francos; la emperatriz Josefina gastaba un millón de francos anuales nada más que en artículos de toilette y mucho más en guantes: los cambiaba varias veces al día y jamás se ponía dos veces el mismo par. Una neoyorkina, la señora Werner, gastaba un millón de francos en artículos de vestir, la mitad de esta suma está representada por los vestidos, 100 al año, a 5,000 francos cada uno.

Un diario norteamericano realizó entre los literatos y profesores universitarios norteamericanos una encuesta para saber cuál es el

COMO REMEDIAR EL CATARRO

Nada más fácil y positivo. Si Ud. tiene catarro, sordera catarral o siente zumbidos de cabeza, haga que su boticario le facilite un pomito con una onza de Parmentá (Doble Fuerza); llévase esto a su casa, añádale un quinto de litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar y tómese una cucharada de las de postre cuatro veces al día.

Verá lo pronto y bien que esto le disipa los rumores de cabeza, le abre las raíces, le facilita la respiración y le pára la goteadura mucosa en el fondo de la garganta.

Es fácil de hacer, bueno de tomar y barato de conseguir. Toda persona acatarrada debe probar este tratamiento. Pruébelo Ud. y diga luego si no era lo que necesitaba.

mejor de los cuentos o novelas cortas escritos en todos los tiempos y en todos los países. Obtuvo el mayor número de votos el cuento del novelista francés Guy de Maupassant, titulado "La joya".

A propósito de lemas y divisas, el más delicado es sin duda el que adoptó una dama de la corte de la reina Isabel, que habiendo tenido que dejar la corte a causa de una intriga, figuró su desventura con la imagen de la luna cubierta con una nube y las palabras "ablata at alba", que también pueden ser leídas de derecha a izquierda, y significan: "empañada pero pura".

Homero y Virgilio escribieron una vida de Jesucristo... Entendámonos: la emperatriz Eudoxia seleccionó de las obras de Homero una cantidad de versos y frases aisladas y tenían en la obra por su relación con el resto de la composición y los ordenó y armonizó de manera que constituyeran un relato de la vida del Salvador. Igual cosa hicieron con las obras de Virgilio. Proba Falcoña y el sabio Alejandro Ross. Como en esos relatos no hay ni una sola frase que no sea de Virgilio o de Homero, puede decirse que ellos son los autores, por lo cual los dos grandes poetas paganos vienen a resultar evangelistas.

Hace cerca de un siglo, un alemán entretenido escribió una poesía al Rin en alemán, francés, inglés e italiano, juntos a veces hasta en una misma línea de verso. Esa composición es algo más que pintoresca en estos momentos en que a orillas del Rin hay tropas de ocupación que hablan alemán, francés, inglés e italiano, y donde en ocasiones ha de parecerse el lenguaje al de estos tres primeros versos de la poesía citada:

"Comme c'est beau! wie schon! che bello!
He who quaffs thy Lust und Wein,
Morbleu! is a lucky fellow."

Es muy frecuente entre los protestantes realizar el propósito de leer la Biblia in-

ALMORRANAS

Las Almorranas o varices anales, son debidas a la mala circulación de la sangre.

Como es una de las afecciones mas generalizadas, pocas personas ignorán que triste enfermedad constituyen las Almorranas ; pero como a uno no le gusta hablar de estos padecimientos, hasta con su mismo médico, se sabe mucho menos que existe desde algunos años un medicamento

el ELIXIR de VIRGINIE NYRDAHL

que las cura radicalmente y sin ningun peligro.

Esta medicación es prescrita por el Cuerpo Medical del mundo entero a causa de su acción energica sobre el sistema venoso, y de su sabor delicioso que gusta a los enfermos.

Un folleto explicativo de 150 Paginas sobre la enfermedad y su tratamiento es mandado gratuitamente a quien se dirige a :

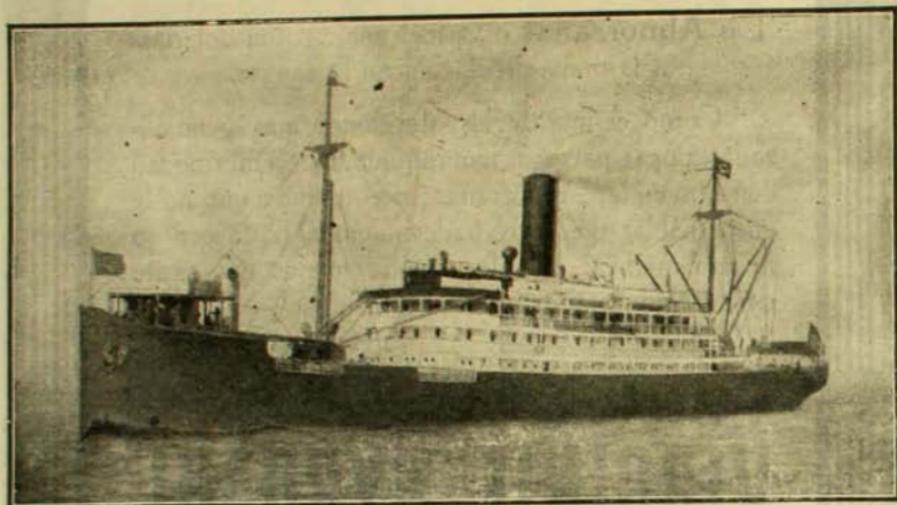
PRODUCTOS NYRDAHL, Casilla 1495, VALPARAISO

De Venta en todas las Boticas y Farmacias.

“GRACE LINE”

SERVICIO DIRECTO DE PASAJEROS

Entre Chile, Perú y Nueva York



VIA CANAL DE PANAMA. - SIN TRAS BORDO

POR LOS NUEVOS VAPORES AMERICANOS DE 10,000 TONELADAS:

**“Santa Ana”, “Santa Luisa”
“Santa Teresa” y “Santa Elisa”**

*Viajes rápidos de Valparaíso a Nueva York
en 17 días, únicamente para pasajeros de primera clase*

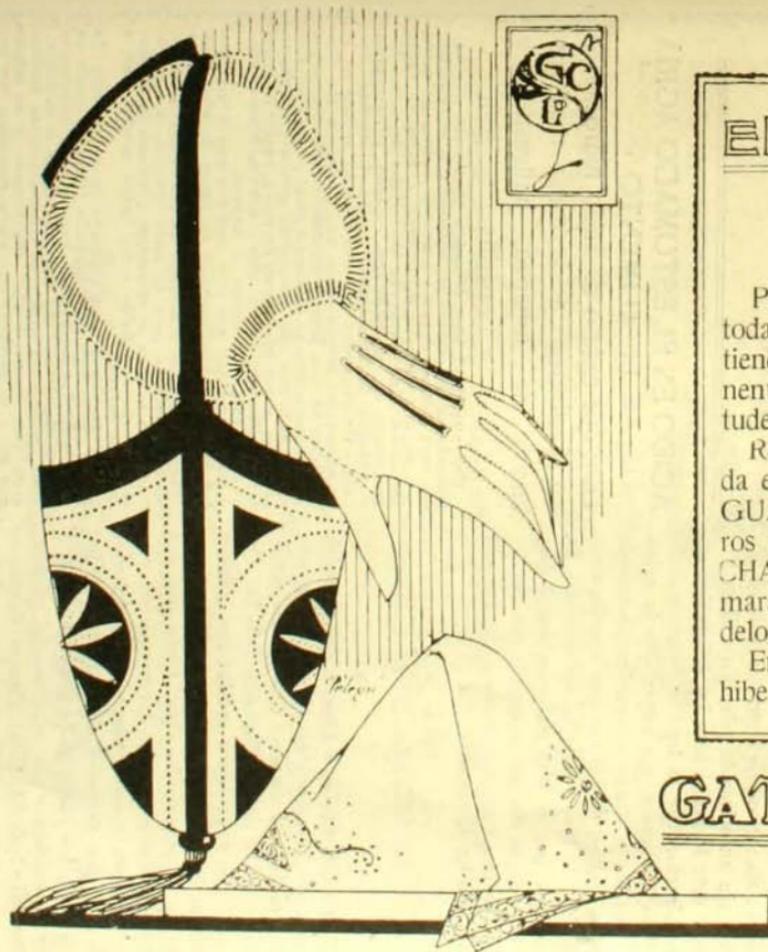
SALIDAS DE VALPARAISO CADA 15 DIAS

Los Sábados, a las 2 de la tarde

ESCALAS EN LOS SIGUIENTES PUERTOS: Antofagasta, Iquique,
Arica, Callao, Colón y Nueva York

W. R. GRACE & Cía. Valparaíso
GRACE & Cía., Chile, (S. A.) - Santiago

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA.



El Pañuelo y

el Guante

Prendas en que la tradición conserva toda una adorable leyenda de ensueño, tienen en GATH y CHAVES el exponente característico de sus amables virtudes.

Reynier, Fownes Dent's, Perrin, toda esa pléyade de artistas famosos del GUANTE FINO, para damas, caballeros y niños, han enviado a GATH y CHAVES, para el Invierno, un surtido maravilloso, entre el cual hay los modelos más variados y más elegantes.

En PAÑUELOS, Gath y Chaves exhibe también una selección primorosa.

GATH & CHAVES L^{TD}

VARIEDADES

tegra varias veces al año. No es tarea ligera y antes de formularse igual propósito uno debería tener presente que el Antiguo y Nuevo Testamento contienen en la más autorizada edición inglesa, 66 divisiones llamadas libros, 1.189 capítulos, 31.173 versículos, 773.693 palabras o 3.566.480 letras... Sólo la palabra Jehová aparece 6.855 veces.

En 1892, la famosa bailarina Miss Fuller solicitó en los Estados Unidos el derecho de propiedad de su no menos célebre danza serpentina. Poco tiempo después, otra artista reprodujo el mismo baile en público, sin autorización previa de Miss Fuller, y ésta la acusó ante los tribunales como infractora de la ley.

Pero los jueces, sin negar que la originalidad de la danza serpentina pertenecía a Miss Fuller, decidieron que aquella combinación de luces, telas y movimientos no constituía por sí sola un espectáculo dramático, digno de ser protegido por las leyes vigentes, y en consecuencia, la acusada fué absuelta libremente.

El Campo Santo o Campo del Espíritu Santo, de Pisa, es tal vez el cementerio más notable del mundo. Una de sus curiosidades es la galería llamada "de las Cadenas", de cuyo muro penden las grandes cadenas de hierro, que en otro tiempo ceurraban el puerto de Pisa, hasta que sus enemigos, los genoveses, las rompieron y se las llevaron como trofeo de su victoria. Cinco siglos después, olvidada la antigua rivalidad, las cadenas fueron devueltas, y hoy se exhiben como reliquias del pasado. Otra particularidad del Campo Santo, es que está edificado sobre tierra santificada,

habiéndose traído al efecto, en 1203, cincuenta y tres galeras cargadas de tierra de Jerusalén.

Escribir una composición poética y hasta un libro, sin emplear en todo su texto una letra determinada, ha sido una manía de que se cuentan ejemplos en todas las épocas. El más notable es el de un tal Gordiano Fulgencio, que escribió en latín un libro titulado "De la edad del mundo y del hombre", en cuyo primer capítulo no figura ni una sola vez la letra a; en el segundo suprimió la b; en el tercero la c; y así sucesivamente las letras del abecedario en los veintitrés capítulos del libro.

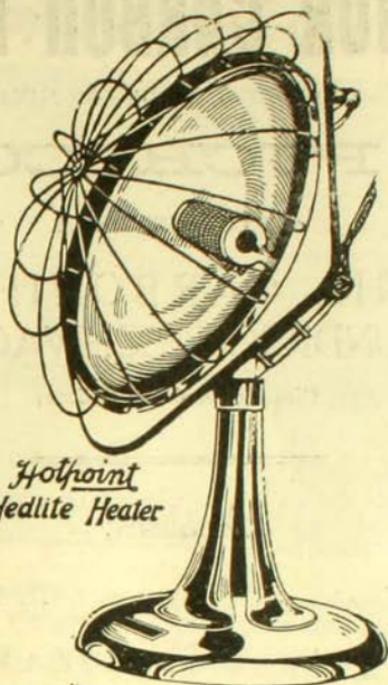
ACIDO EN EL ESTOMAGO AGRIA EL ALIMENTO

Dice que exceso de ácido hidrocórico en el estómago es la causa más frecuente de dispepsia, indigestión y gastritis

Una autoridad bien conocida manifiesta que enfermedades del estómago, dispepsia e indigestión, son casi siempre debidas a acidez—estómago ácido—y no, como mucha gente cree, a falta de jugos digestivos. Manifiesta que un exceso de ácido hidrocórico en el estómago retarda la digestión y principia la fermentación de los alimentos. Entonces los alimentos que comemos se agrían en el estómago, del mismo modo que pasaría a los desperdicios en una lata, formando fluidos corrosivos y gas que inflan al estómago como un globo. Entonces sentimos esa sensación pesada y torpe en el pecho, dolor de cabeza fuerte y agudo y eructamos alimentos agrios, gas o agrura severa, ventosidad, dolor de cabeza o náusea.

Esta autoridad nos dice que dejemos a un lado los digestivos auxiliares y el lugar de ellos, que consigamos con cualquier droguista un frasco de Magnesia Divina y después de las comidas tomar, en un cuarto de vaso de agua caliente, dos pastillas. Esto purifica el estómago, previene la formación de exceso ácido y no habrá acedía, gas o dolor de cabeza.

Ud. encontrará que teniendo la precaución de tomar dos pastillas de Magnesia Divina después de una comida, puede comer casi todo y saborearlo sin ningún peligro de que siga dolor o molestia. Este tratamiento simple es completamente inofensivo, muy barato y fácil de tomarse, y es usado por miles de personas que ahora saborean sus comidas sin temor de indigestión.



*Hotpoint
Hedlite Heater*

"Warms as the Sun warms"

RADIADOR ELECTRICO

que puede ser conectada a cualquier tomacorriente, proporcionando la mejor calefacción al más bajo costo.

Tan pronto se le da la corriente, empieza a radiar un calor agradable inodoro y sano, sin viciar el aire de la pieza.

Está contrapesado de tal modo, que si fuese volcado, asume una posición tal, que siempre el elemento de calor queda hacia arriba, evitando así todo peligro de incendio.

AGENTES GENERALES:

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO

SANTIAGO

Hemos recibido nuevos estilos de Lámparas Eléctricas, Pendientes y de Mesa.

EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

COMPAÑIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado	7,500

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.o Piso**

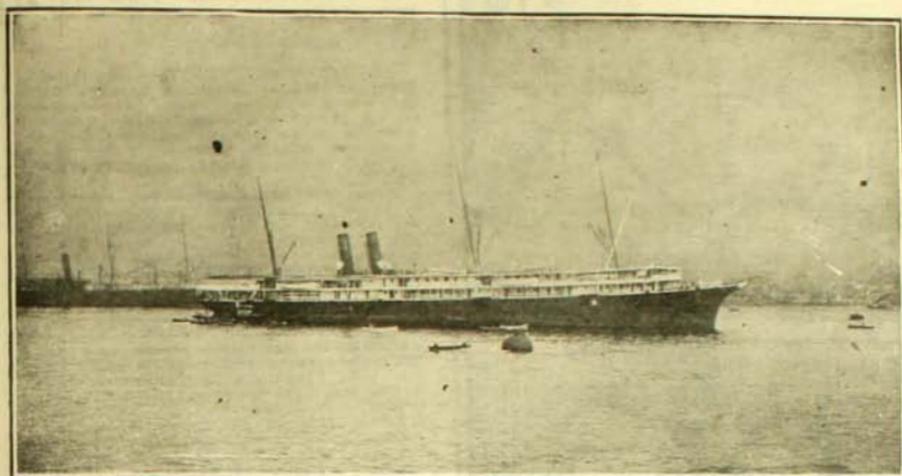
Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 895



SERVICIO SEMANAL RAPIDO, entre Valparaíso y Cristóbal, en 14 días, atendido por los magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica.

CRENAC - AYSEN - HUASCO - PALENA - PREHIMA

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde, y tienen conexiones en Antofagasta y Arica, con los trenes internacionales para Bolivia, los mismos días de la llegada, y en Cristóbal, para Estados Unidos, en las lujosas naves de la United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

SERVICIO QUINCENAL, entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú) en 14 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

MAPOCHO - MAIPO - CACHAPOAL

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde

PROXIMAS SALIDAS:

SALIDAS DE JULIO:

“PALENA”, para Cristóbal el 7 de julio de 1920.

“MAIPO”, para Pimentel, el 10 de julio de 1920.

“AYSEN”, para Cristóbal, el 14 de julio de 1920.

“MAPOCHO”, para Pimentel, el 24 de julio de 1920.

“HUASCO”, para Cristóbal, el 28 de julio de 1920.

GENCIAS

EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU

EN SANTIAGO: CARLOS ROGERS, Bandera, esq. Moneda

EN CRISTOBAL: UNITED FRUIT Company.

EN BUENOS AIRES: EXPRESO VILLALONGA, Balcarce, esquina Moreno.

EN NUEVA YORK: JOHN R. LIVERMORE Inc. 21-24, State St.

EN PARIS: A. P. DUPONT, Rue Halevy 4.

EN LA PAZ: TOMAS BRADLEY. Avenida Montes 52.

ONTERÉ PLAZA.

El Dr. COMMENTZ, especialista en enfermedades de niños, Médico-Director del Hospital de Niños "Manuel Arriarán", lo encuentra de primer orden, el mejor preparado y que satisface ampliamente las necesidades dietéticas:

ALFREDO COMMENTZ.— Santiago, Movjitas 379. — Santiago, octubre de 1915.—Señor Representante del "Alimento Meyer".—Presente.—Muy señor mío: No tengo inconveniente en satisfacer sus deseos, dándole la opinión que me merece al "ALIMENTO MEYER".

Según me he impuesto por las observaciones hechas en el Dispensario del Hospital de Niños "Manuel Arriarán", durante más de cinco meses y en numerosos casos, los resultados obtenidos satisfacen ampliamente las necesidades dietéticas.

Igual éxito he podido comprobar entre mi clientela particular, a la cual no he titubeado en recomendar el "ALIMENTO MEYER" como uno de los mejores preparados en los casos en que está indicada la administración de harinas para niños mayores de tres meses.

Debo, pues, felicitarlo por haber introducido en el país un alimento que, por su fórmula, considero de primer orden.

De Ud. Atto. y S. S.

Dr. COMMENTZ,



ALIMENTO MEYER
ES EL MEJOR

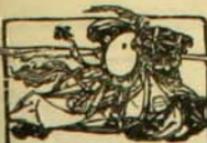
SUMARIO

NUESTRA PORTADA

OLEO DE M. CAPUTO. (DE LA GALERIA
DE DON RICARDO VALDES).

SUMARIO

	Págs.
CHUQUICAMATA, J. Boonen Rivera	471
EL MES TEATRAL, K. Marin	483
LA PROCESION DE BRUSELAS (Notas de viajes), C. Silva Vildósola	486
APERTURA DEL CONGRESO	491
UNA PIEDRA BLANCA. (Acerca del Cerro San Cristóbal), Oliver Brand	501
CARA FOSCA, Carlos Acuña	507
DOÑA ELENA ROBERTS DE CORREA	514
GABRIELA REJANE	518
DELITOS FINANCIEROS, Nicolás Novoa Valdés	521
EL BASTON DE JUANILLO (Página Infantil), Almor	527
LAS GRANDES COLECCIONES DE ARTE INGLESAS, Colección Wallace	532
AL MARGEN DE UN LIBRO VIEJO. (A don Daniel Balmaceda), Eugenio Labarca	537
LOS SANTOS DE BULTO. (De la vida privada antigua en Chile), Hernán Díaz Arrieta	539
EL TEATRO ESPAÑOL EN AMERICA, Ramón Martínez de la Riva	545
EN LA INTIMIDAD, Vielle-Amie	550
DIVULGACIONES DEPORTIVAS (El Polo), Rubrik	555



CHUQUICAMATA

Por J. BOOKEN RIVERA.

De paso por Antofagasta, visitaba el depósito de cobre, listo para el embarque, que tenía la Chilian Exploration Company, y que ascendía en ese momento a unas 25.000 toneladas de cobre electrolítico, con un valor de más de ochenta millones de pesos de nuestra moneda.

Galantemente invitados por el representante de la Compañía, el señor Baseden, nos dirigimos con el señor intendente de la provincia, coronel don Julio Navarrete, y el general don Pedro Morandé, a Chuquicamata, a fin de ver el importantísimo plantel de donde se había extraído esa fabulosa riqueza, para imponernos de las condiciones en que se hace la explotación, estudiando al mismo tiempo las medidas de seguridad que deberán tomarse en resguardo de los valiosos intereses norteamericanos allí radicados.

El mineral de Chuquicamata, situado al norte de Calama, a unos tres mil metros sobre el nivel del mar, unido con aquella oasis por un ramal desprendido de la línea férrea de Antofagasta a Bolivia, fué, sin duda, conocido por los incas, como lo prueban los numerosos martillos y combos de piedra allí dejados por primitivos trabajadores, herramientas que hoy reemplazan los más modernos y perfectos procedimientos industriales, implantados por el esfuerzo del capital yanqui, en proporciones que parecen un cuento de hadas y que con

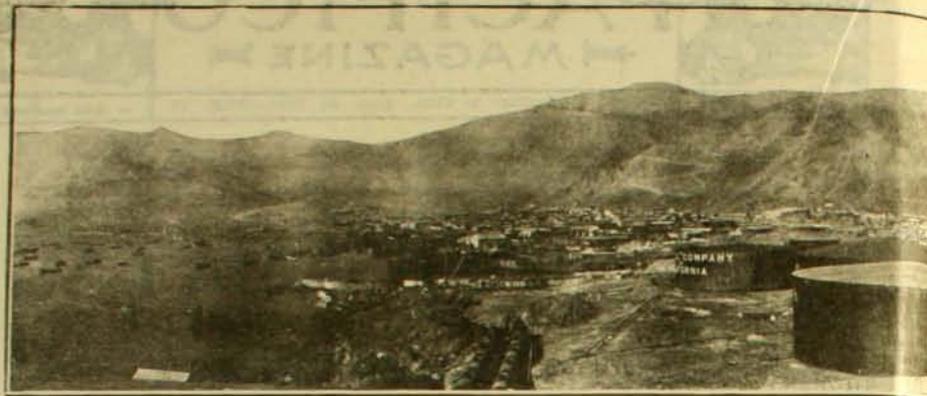
su ejemplo, en la práctica están transformando benéficamente las rudas condiciones en que se explotaban las inenarrables riquezas del desierto de Atacama.

Desde que se penetra en el recinto de la explotación, situado a corta distancia de Punta de Rieles, con el objeto de cerrar la entrada al establecimiento a los elementos viciosos que distraen del hogar la mejor parte del jornal ganado por el obrero con tanto esfuerzo, se nota el orden, la sabia distribución del trabajo y el contentamiento de la población, bien atendida y justiciaramente estimada.

Las habitaciones, alineadas en calles y distribuidas en manzanas en lo que antes era



Iglesia de la Plaza en el campamento nuevo.



un desolado yermo, ostentan muchas de ellas maceteros de fierro, enredaderas que recrean la vista, demostrando la relativa holgura de quien las ocupa. La limpieza de las calles, el aseo de todos los edificios, a pesar de la arena que a impulsos del viento se arremolina en todas partes y del humo de las máquinas que circulan rápidamente en todas direcciones, llaman la atención desde el primer momento.

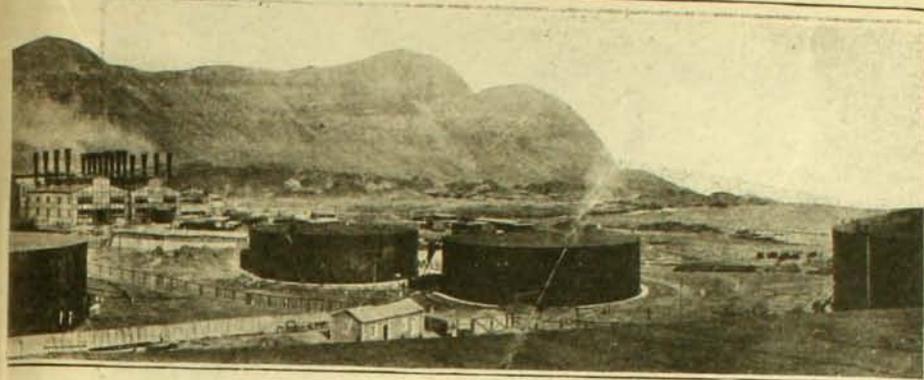
II

A nuestra llegada fuimos inmediatamente presentados por el señor Baseden al gerente general, señor Bellinquer, a los señores Wheeler, Foster, Perkins, Schaw, jefes de diferentes servicios, y que con la más exquisita cortesía y se apresuraron a darnos cuantas explicaciones pedíamos, mostrándonos en seguida la organización del trabajo y los diversos establecimientos en que éste se halla distribuido.

En la oficina del señor Bellinquer, se destacan las vistas panorámicas de la estación generadora de la fuerza eléctrica en Tocopilla, que envía por cables aéreos a Chuquicamata, o sea a 160 kilómetros, la energía de 116,000 volts, que es lo que se necesita para el movimiento de las maestranzas, fundiciones, grúas, palas, luz, lumbré, etc., de un establecimiento que emplea 5,000 trabajadores y remueve 23,000 tonela-

das diarias de mineral; el asiento del mineral con sus palas eléctricas y a vapor, sus líneas férreas para el acarreo del mineral recogido después de triturar el cerro con formidables tiros de 200 toneladas de dinamita y pólvora, sin que los efectos de esas tremendas explosiones dañen, desquicien o perturben las demás faenas del plantel. Pero lo que es más digno de admiración, son los gráficos que señalan la distribución del personal, indicando el camino que cada asunto recorre para llegar a conocimiento de quien debe resolverlo; de la asistencia del personal; de la tarea señalada a cada máquina y de la labor ejecutada; de la producción y beneficio del mineral, etc., etc., que permiten imponerse a cada instante, con una simple mirada, de la marcha de una de las más grandes empresas del mundo.

En yeso se halla reproducido de relieve el plano del mineral, minuciosamente cateado antes de emprender su explotación; las ciento y tantas sondas geológicas están marcadas y el terreno que atravesaron se ve en los diversos trozos en que se descompone la reproducción, los que, a modo de tajada de una enorme torta, indican la profundidad hasta que alcanzaron las sondas, una de las cuales llegó a 1,788 pies de hondura, la estructura, composición y de las capas mineralizadas, y demuestran que existe campo de explotación para más de 50 años.



a razón de 50 mil toneladas diarias con una ley media de 1.8 por ciento de cobre.

Los cuadros estadísticos no son menos dignos de admiración; el consumo y la existencia de todos los materiales empleados; la asistencia de todo el personal y jornal devengado; el movimiento de especies, de víveres, etc., todo se resume en cuadros que ahorran la lectura de largos informes.

III

La visita a las labores e instalaciones, dirigida personalmente por el señor Bellinquer nos hizo pasar por todo el procedimiento que se sigue desde la extracción a cielo descubierto del mineral, hasta la producción de lingotes químicamente puros (99.54%) de cobre electrolítico recorriendo la maestranza, talleres, laboratorios de esa gigantesca explotación.

Fué así como pudimos ver cargar en el vacimiento convoyes enteros por medio de palas a vapor y eléctricas—estas últimas están substituyendo las primeras—que importan cada una un millón de pesos m/c. y que están entregadas al cuidado de unos cuantos mecánicos chilenos, que rápidamente han aprendido su manejo y aun han perfeccionado algunos de sus órganos.

El convoy cargado se dirige por línea fé-

rrica a la fundición, donde una grúa gigantesca levanta a quince metros de altura, el carro lleno que le lleva un carretel eléctrico, lo vacía y lo deja en seguida a nivel, donde un nuevo carro cargado lo empuja para que automáticamente, descienda por un plano ligeramente inclinado y vaya a engancharse en el convoy que lo volverá a llevar al vaciamiento.

El mineral es triturado, reducido a polvo y en seguida el ácido sulfúrico se asimila el metal, al que por una cadena de procedimientos sucesivos en ríos de aguas azul oscuro, se despoja del cloro y demás sustancias adheridas y llega por fin a la fundición eléctrica, que lo convierte en lingotes destinados a la exportación y que se destinan, los de más alta ley, a la fabricación de alambre, y los demás a otras aplicaciones industriales.

Los talleres, aireados, luminosos, higiénicos, parecen realizar la aspiración de Emilio Zola en su admirable evangelio titulado "El Trabajo". Todo esfuerzo opresivo para el trabajador se hace por máquinas impulsadas por la electricidad esparcida a profusión por todas partes, las medidas tomadas para preservar la seguridad y la salud del obrero, hacen creer que se ha encontrado la solución práctica para ahorrar esfuerzos inútiles y para convertir los más duros oficios en algo

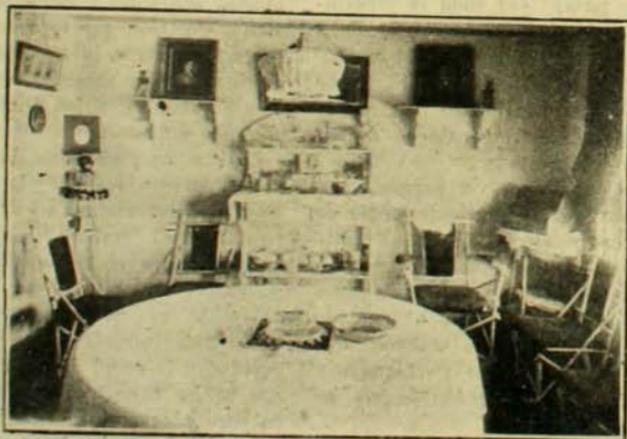


Tipo de casa designado para el personal de empleados. Esta completamente amueblada, tiene luz eléctrica, agua fría y caliente, baño y retrete.

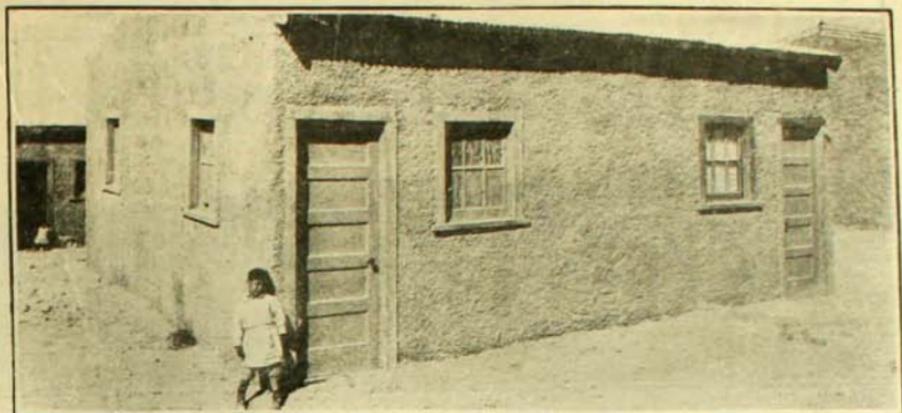
saludable y beneficioso. Los lavatorios con agua fría y caliente abundan en todas partes.

Ningún reclamo o petición se hizo al señor intendente de la provincia, todo el personal se mostraba contento y satisfecho de los jornales que recibía y que fluctúan desde 15 a 17 pesos diarios para los operadores electricistas; 12 a 18 pesos para los mayordomos; 8 a 10 pesos para los fogoneros; 8 a 12 pesos para los serenos; 7.50 a 8 para los jornaleros, y 4 a

6 pesos para los aprendices. Los obreros retiran su pago en dinero efectivo, diariamente si quieren, y no existen fichas o vales de especie alguna, teniendo ellos también que comprar en las pulperías todo al contado, pudiendo dirigirse libremente a las de la compañía—instaladas para evitar que se les explote por medio de precios exagerados, y donde obtienen todos los artículos de consumo de la mejor clase, estrictamente al precio de costo—o en las particulares, que no pueden elevar arbitra-



Interior de casa del tipo designado para los capataces chilenos, tal como está amueblada por el ocupante.



Habitación de obreros. Construcción de adobe, cuatro piezas, con cocina.

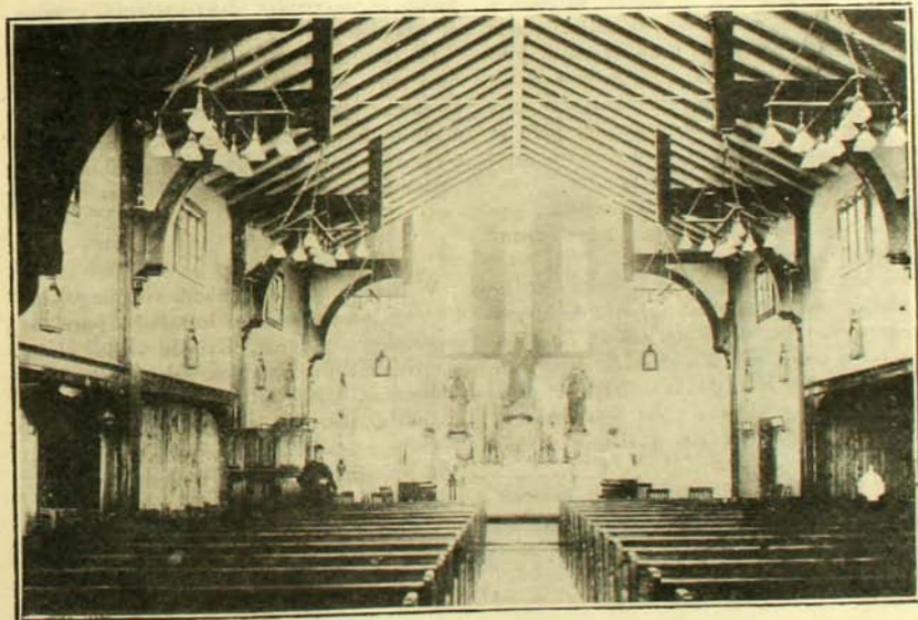
riamente sus precios, gracias a esa sabia combinación, que consulta a la vez la libertad, la economía y la higiene en beneficio del obrero.

Para fomentar la asistencia, todo obrero que trabaja 26 días en el mes, recibe

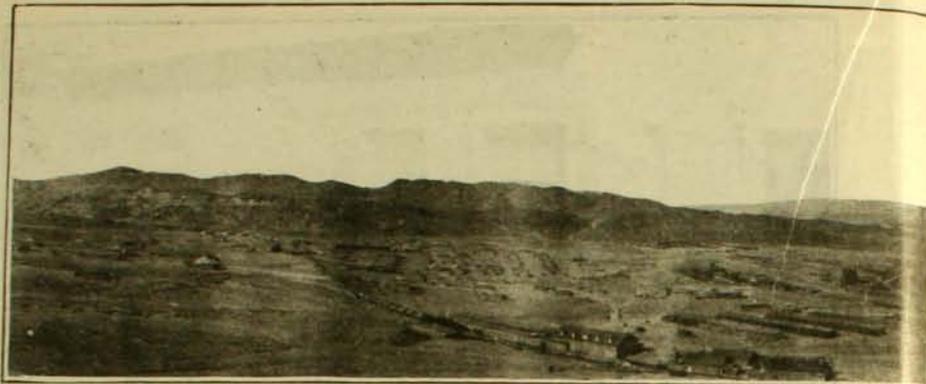
una gratificación equivalente al 10 por ciento de su salario.

IV

La población acumulada alrededor del yacimiento explotado, constituye una cin-



Interior de la iglesia.



dad de 14.000 habitantes que pronto subirá de 20 mil, pues se habían pedido propuestas públicas, para la construcción de 1.500 casas más, según el último modelo adoptado por la compañía.

Las casas primitivas constaban de tres piezas, cocina y retrete; las nuevas tienen cuatro piezas, cocina, baño y retrete. El baño, tina enlozada y lluvia, dispone a discreción de agua fría o caliente, que suministra la compañía gratuitamente, junto con la luz eléctrica. La ocupación de las casas sólo impone al trabajador una contribución de 3 pesos mensuales para el hospital, que además le da derecho a asistencia médica para él y su familia.

Visitamos numerosas casas ocupadas por nuestros conciudadanos y en todas encontramos holgura, aseo y salud.

El agua potable para el servicio de la población se trae por una cañería de hierro desde vertientes al pie del volcán San Pedro, o sea desde 85 kilómetros de distancia.

El agua para el riego de las calles y usos industriales se obtiene por una cañería que arranca del río Loa, a distancia algo parecida.

Las basuras y desperdicios se recojen a domicilio y se incineran diariamente.

Existe por cuenta de la compañía una

brigada de bomberos dotada de material automóvil.

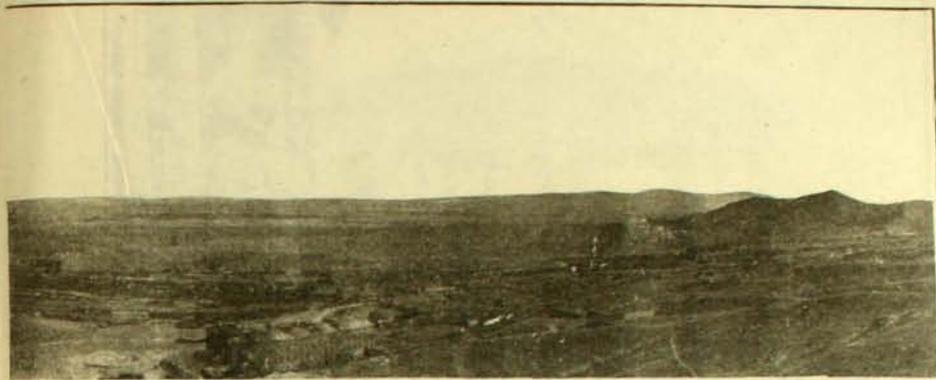
La población escolar, 1.500 niños, asiste obligatoriamente a tres magníficas escuelas mixtas, cuyo material pedagógico llama la atención por su sencillez, elegancia y comodidad. Los programas son los de nuestras escuelas primarias y la enseñanza se desarrolla objetivamente, gracias al más abundante y adelantado material.

Se instala actualmente una escuela técnica para adultos, donde éstos podrán perfeccionar sus oficios y adquirir los conocimientos de química, mecánica, electricidad necesarios para las diversas funciones que requiere la empresa.

V

Visitamos al día siguiente, domingo, los diversos locales sociales instalados para los empleados y obreros. Existen varios clubs con reglamentos liberales, salas de lectura, bibliotecas, salas billares, bolas, esgrima, gimnasia, piscina de agua templada, comedores y cantinas de bebidas sin alcohol.

El principal club, "El Chiléx", es presidido por el señor Bellinguer y puede aceptar la comparación con los más adelantados y bien instalados de nuestras grandes ciu-



dades. Es mixto y cuenta con todas las dependencias que demanda una asistencia de señoras y caballeros. La admisión está sujeta a reglas, pagándose una cotización moderada para sus diversos servicios. El local es de propiedad de la compañía.

Todos los deportes se cultivan en el propio recinto de la compañía y pudimos presenciar un campeonato de tenis y asistir a la 6.ª reunión de la temporada de 1920 en el "Chuquicamata Sport Club", cuyo programa contenía siete carreras disputadas en distancias de 600 metros y milla, con una inscripción de media docena de caballos en cada una y con premios de 250 y 500 pesos.

Cerca de la cancha de carreras, se halla una bonita y sencilla iglesia, en donde ese mismo día, el señor obispo de Olane, vicario apostólico de Antofagasta, daba la confirmación a numerosos feligreses y en medio de extraordinaria concurrencia que llevaba las naves de la iglesia.

La Recova y el Mercado, estaban bien surtidos y concurridos; las transacciones se hacen al contado, tanto en los establecimientos de la compañía como en los de iniciativa particular.

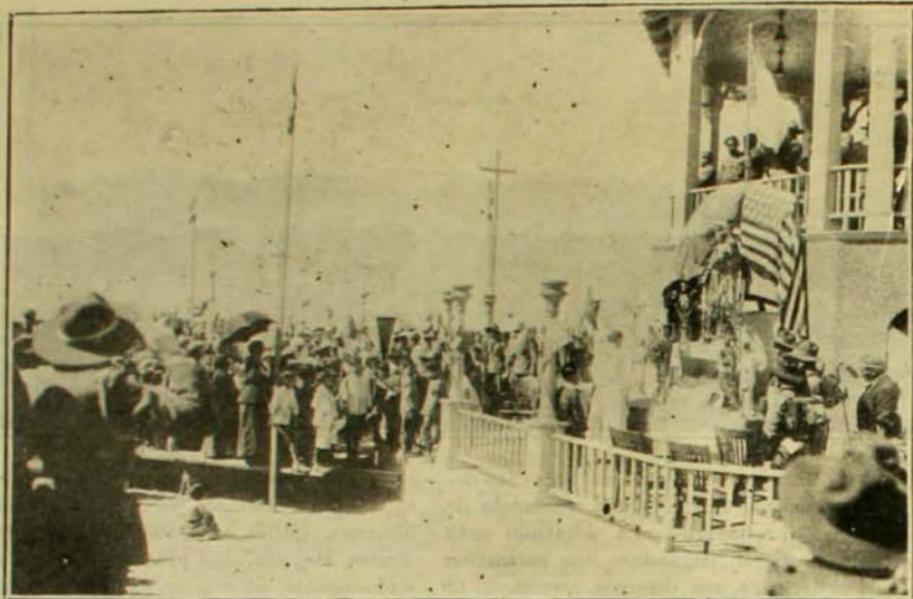
La principal pulperia de la empresa es una reducción de los almacenes de Gath

y Chaves. Todo se encuentra allí; géneros, ropa hecha, calzado, perfumería, muebles, menajes, útiles, herramientas, conservas, frutas, etc., etc. Los precios, revisados cuidadosamente, no arrojan utilidades en provecho de la compañía.

Para el consumo de vino y cerveza, siendo prohibido el de licores, cada trabajador o empleado puede adquirir diariamente un litro, estando el consumo reglamentado por tarjetas personales e intransferibles. Los vinos que se expenden son corriente de nuestras buenas marcas.

Gracias a esta medida y a la ausencia de cantinas y bares, no se ven borrachos, la asistencia del día siguiente de los festivos es normal, y se ha conseguido retener a los trabajadores en sus casas o en los deportes cultos que se les proporcionan, evitando al mismo tiempo que se dirijan a Punta de Rieles, donde en las cantinas y prostíbulos los despojaban de sus haberes y los intoxicaban física y moralmente.

La instalación de los servicios médicos es sin disputa, la más completa que existe en Chile. Hay pabellón para operaciones, montado según los más estrictos principios, de higiene y con todas las precauciones posibles para evitar infección. El material quirúrgico, comprende un valioso instrumental

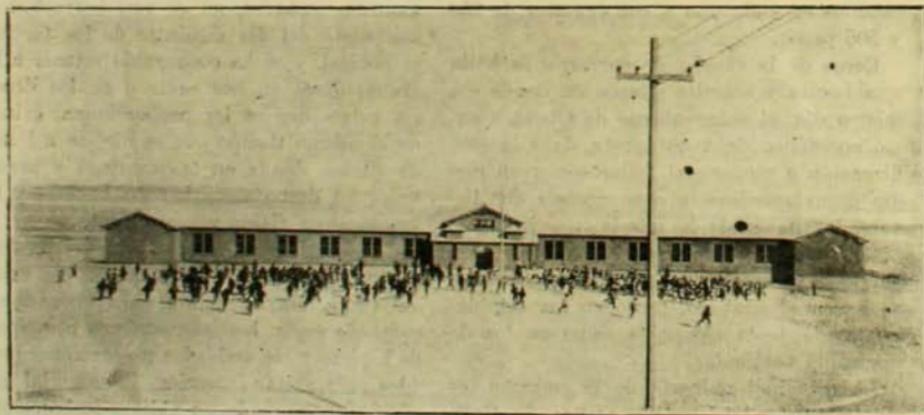


Servicio Eclesiástico en la Plaza del Campamento nuevo en las fiestas nacionales del año 1919.

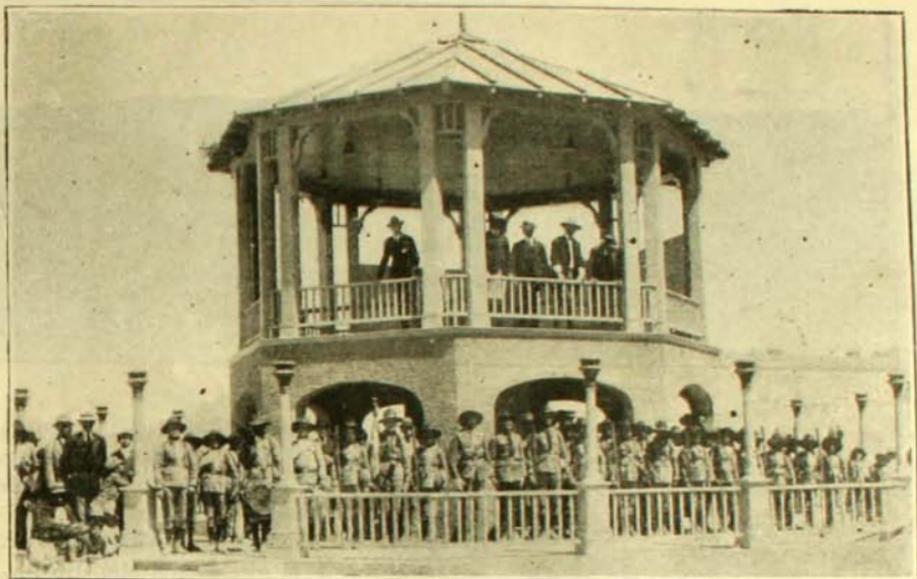
que permite emprender sin riesgos graves, operaciones complicadas, y es mantenido absolutamente fuera de todo contacto. Gabinete para Rayos X; luz de Fiosen; examen bacteriológico, etc. Todo instalado según los últimos adelantos de la ciencia, demues-

tra la competencia del doctor Schaw, jefe de este servicio y que lo organizó.

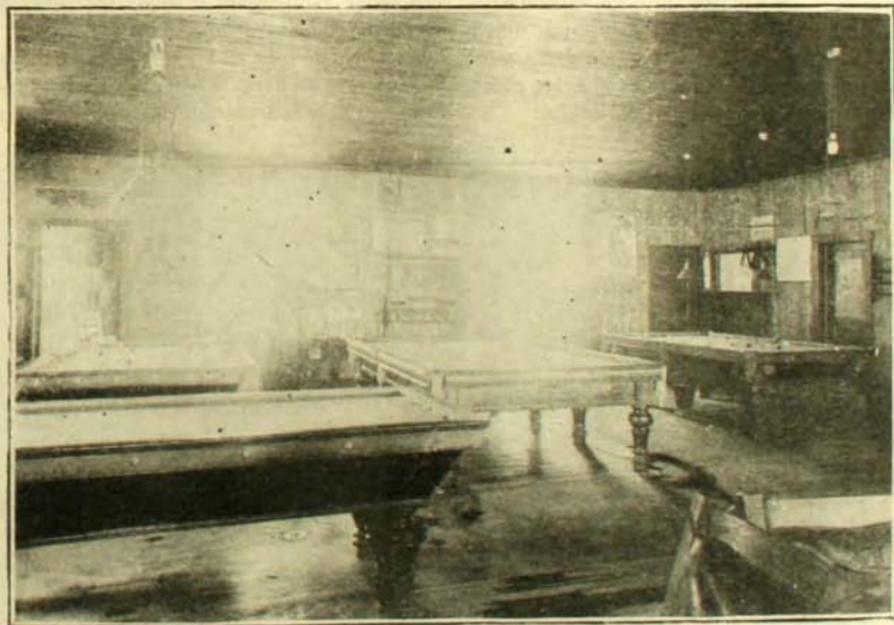
Existen pabellones de maternidad; de enfermedades comunes, baños de sol y de aire; pensionados de diversas categorías atendidos por un personal competente de



Edificio de la Escuela en el campamento nuevo, que tiene una asistencia de 500 niños y niñas.



K'osko de la Banda de Música con una Compañía de Boy Scouts.



Interior del Club Social de Chuquicamata.



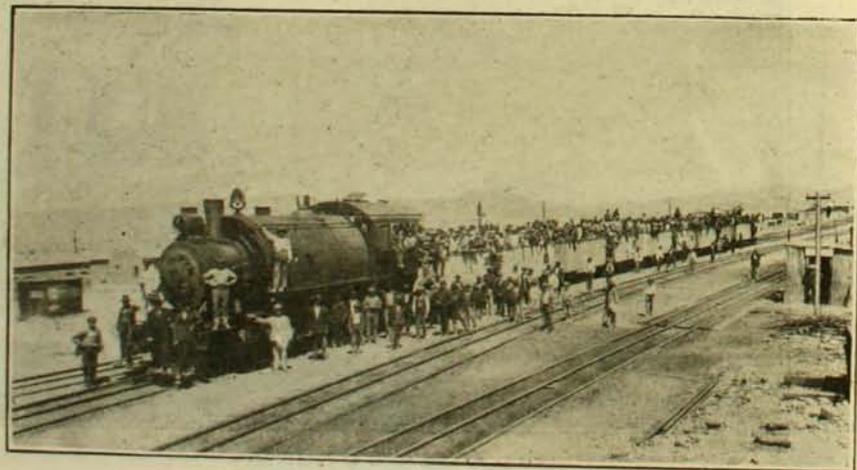
médicos y de enfermeras, y que, vestidos de un sencillo pero elegante uniforme, harían honor a cualquiera capital europea.

VI

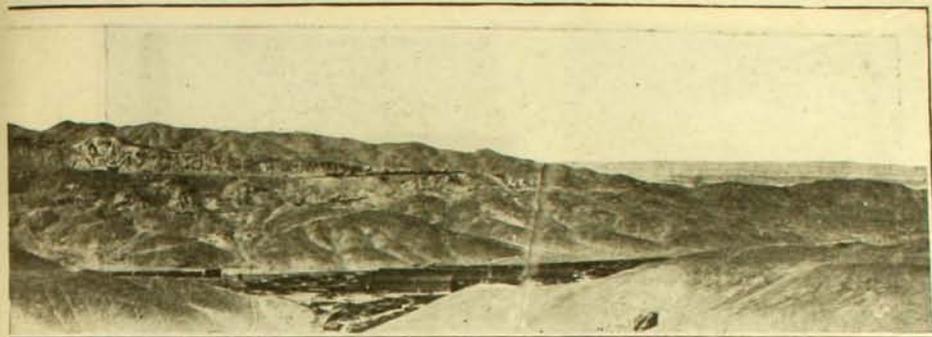
Tuvimos la honra de alojar en el palacete asignado al gerente general, señor H. C. Bellinguer, el notable químico que dirigió la instalación del plantel industrial, quien con su señora esposa, distinguida dama norteamericana, nos prodigaron todas las atenciones de su suntuosa hospitalidad.

En la noche, después de la jira efectuada por algunas de las dependencias de esa vasta empresa, asistimos a un banquete de unos treinta cubiertos, y al cual fueron convidados los señores Guggenheim y Porter, capitalistas de la sociedad, el Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos en Bolivia, señor Macguise, igualmente huésped del señor Bellinguer, y todos los jefes de servicios con sus señoras.

La mesa, servida en un comedor pompeyano, cubierto de flores y con las paredes tapiadas de enredaderas floridas, rodeadas por



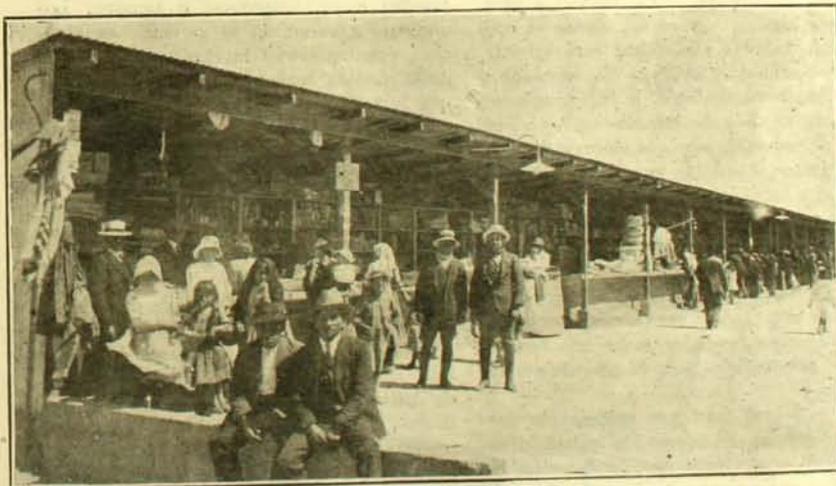
Tren que se usa para conducir a los trabajadores a su trabajo y regresarlos a su casa.



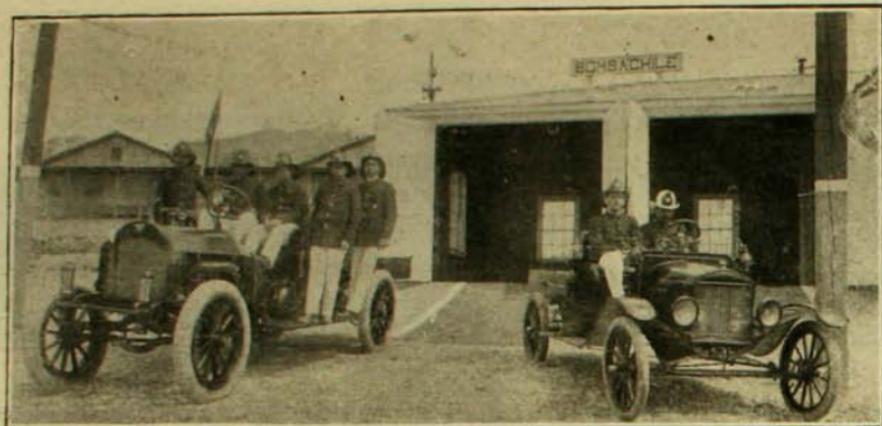
una fina concurrencia ataviada según las últimas modas de París y Londres, hacía preguntarse ¿estamos en realidad en el desierto de Atacama?

Durante la animada charla que siguió de sobremesa el señor Bellinguer, me decía las dificultades que había tenido en la organización de este enorme plantel, que pronto será triplicado y que entonces pasará a ser el primero del mundo en la industria del cobre. Confesaba que una de sus mayores preocupaciones había sido la solución equitativa del grave problema obrero y los

prejuicios contra nuestros trabajadores con que había llegado, ya que se los habían descripto como indisciplinados, borrachos incorregibles, pendencieros, reclamando perpetuamente, destructores por el solo placer de destruir, etc. Con cuánto gusto les hacía ahora justicia, pues estimaba que nuestro pobre roto es de corazón generoso, inteligente, docil cuando se le trata con las consideraciones que merece y de una aplicación al trabajo que lo tenía admirado. ¡Líbrenlo Uds., me decía, de la taberna y tendrán la raza más viril y más ade-



Vista del mercado público en el Campamento Nuevo.



Brigada de Bomberos con Automóvil de Mangueras.

enada para formar la población industrial, en que descansa el porvenir de esta tierra de verdadera promisión!

El señor Bellinger, con orgullo nos había hecho notar el aseo de las casas, el contentamiento de sus moradores, la concurrencia enorme que invadía las canchas de deportes y el entusiasmo con que todos los trabajadores que el día antes habíamos visto en los talleres, se entregaban a pasatiempos higiénicos y cultos, donde el consumo de bebidas alcohólicas está estrictamente prohibido. En vano los agitadores, perpetuos perturbadores de la armonía social, han tratado de introducirse en el recinto del mineral, jamás la empresa ha querido tratar con ellos o reconocer personalidad a los directores de los diversos gremios, que, habiendo pretendido mezclarse en sus relaciones con los obreros, han tratado de explotarlos.

La gerencia se entiende sola y directamente con todos sus empleados, cuyas reclamaciones fundadas acoge con benevolencia, prestándoles toda la necesaria atención.

Hace tiempo tuvo que reducir sus faenas y licenciar mil quinientos trabajadores. Se temía un trastorno por la dificultad de ejecutar equitativamente la reducción. El

señor Bellinger personalmente explicó a los obreros los motivos que lo obligaban a licenciar un 40 por ciento de los trabajadores: baja del precio del cobre, ausencia de fletes para llevar al mercado norteamericano la producción, etc., anunciando que a los licenciados se les pagarían sus salarios hasta fines del mes y que se les darían pasajes gratuitos para cualquiera de los puertos entre Valparaíso e Iquique. Los obreros agradecieron al gerente su atención, comprendieron la razón y la justicia de la medida tomada, exigiendo solamente que la reducción se hiciera por antigüedad y que a los licenciados se les avisara y se les diera preferencia en caso que la empresa volviera a ensanchar sus faenas. Esto se les concedió y me decía el señor Bellinger, de 1.500 licenciados, 1.462 regresaron tan pronto como se les llamó.

Nuestra despedida tuvo lugar después de un animado y encantador baile dado en el club social, en medio de los acordes de una música ejecutada por una orquesta reclutada entre el personal de empleados, viendo deslizarse encantadoras parejas y en medio de la más amena charla con gente cultísima y sinceramente cariñosa, cuyo recuerdo no podremos nunca olvidar.

Santiago, abril de 1920.



Sr. Osmán Pérez Freire.



Sr. Arsenio Perdiguero.

EL MES TEATRAL

Se han disputado el favor del público durante el mes de Junio, la compañía de comedias Díaz Perdiguero y la de operetas Valle Scillag, con varios elementos de variedades.

La primera nos ha dado a conocer algunas livianas producciones de Arniches, Abati, Muñoz Seca, y otras; dos obras del autor peruano Felipe Sassone, y algunas reprises nacionales de importancia. Además estrenó "El alma de la fuerza", de N. Yáñez Silva, obra que ha sido duramente combatida por la crítica, a pesar de su tema de aliento, que revela un esfuerzo en la producción dramática de este autor. En ella el autor trata de dar una entusiasta

voz de aliento y de optimismo a los espíritus pequeños y preconiza el poder inmenso de la voluntad bien encauzada. Tiene "El alma de la fuerza" escenas francamente acertadas, y la técnica del total casi no deja nada que desear, pero no se desprende de ella una emoción que llegue al público; de aquí la frialdad con que éste la recibió. Las reprises han sido: "La madeja del Pecado", vibrante drama de Rafael Maluenda, de admirables fragmentos, bien dialogado y escrito con soltura; sea esta obra principalmente por su escena final, brusca e inverosímil; un regocijado sainete de Carlos Cariola, titulado "Pilar", y el bofeto de comedia de Víctor Domingo Silva,



María Santa Cruz, célebre tiple de opereta, que se ha dedicado con gran éxito a la tonadilla y que se distingue en la interpretación de las composiciones de Pérez Freire.

“El hombre de la casa”, cuyo corte de tres cuadros cortos da la impresión de un ensayo escrito rápidamente, que resulta desusado en el teatro moderno.

La compañía de Opereta Valle Scillag ya nos había visitado en otras ocasiones. El repertorio naturalmente es el mismo de hace varios años; sabido es que en este género poco o nada se hace de nuevo, y lo que se hace nuevo parece ya muy hecho. Los viejos Conde, Princesa, Encanto, Eva, Casta, Geisha y demás han pasado por el cartel remozados con el trabajo liviano de

Stefi Scillag, que pone sincero entusiasmo en su labor, para disimular su falta de voz, y con la gracia natural y la acertada dirección de Enrique Valle, actor sóbrio y de recursos para el género. Entre los cantantes hay también elementos de valía, como Paquita Molins, Aída, Vela y otros, quienes no unen, por desgracia, a su excelente garganta una actuación más o menos discreta. Entre los elementos de variedades, ha alcanzado franca aceptación nuestra compatriota María Antonieta Castro, de hermosa figura para las danzas clásicas, hoy tan en boga. Tiene esta joven artista el mérito de saber darle originalidad a la interpretación de trozos clásicos, bailando con elegancia y fina gracia. Ha obtenido éxitos en Estados Unidos, donde no hay artista que por lo menos no sepa interpretar el momento musical de Schubert, y esto ya es decir mucho en su abono.

Y ya que de danzas hablamos, recordaremos a la gentil intérprete Maud Allan, que nos visitara últimamente. Era una inglesa



Srta. María Antonieta Castro, bailarina clásica.



Arturo Mario.

erminentemente artista y que sabía mover los brazos con una armonía raras veces vista. Prefería en sus danzas poéticas a Chopin, Schubert, Listz y compositores rusos modernos.

La Maravillita es el apodo teatral de una tonadillera infantil que ha tenido sus días de gloria entre nosotros. Es una diminuta artista de diez años, llena de gracia y de intencionada picardía, por cuyos labios de niña pasan con pena las letras canalleseas de los couplets de moda.

Osmán Pérez Freire, compositor chileno, que ha vivido largo tiempo en Argentina, hasta alcanzar una merecida popularidad, también ha estado entre nosotros, dándonos a conocer su enorme repertorio de tangos, aires criollos, estilos cuyanos y simpáticas tonadillas, cantadas por el propio autor y la agraciada tonadillera María Santa Cruz. Anotamos entre estos delicados trozos de música populachera "El pingo Pangaré", "El Ayayay", "Maldito tango", "El Moro volvió sin él" y "El delantal de la China".

El profesor Richards nos ha hecho gustar de sus interesantes experimentos de ilusionismo y magnetismo, género que siempre gusta.

Arturo Mario, el actor argentino, después de filmar su película "Manuel Rodríguez", ha formado compañía con el propósito de hacer repertorio extranjero mezclado con algunas obras nacionales, entre las cuales

anuncia "El Musgo", alta comedia en 3 actos de Yáñez Silva. Este conjunto vendrá pronto a la capital, donde los autores santiaguinos lo aguardan con bastante repertorio inédito.

Enrique Bágüena, el tesorero actor chileno, trabaja en el norte con su compañía, dando a conocer los últimos estrenos: "El Peuco" y "El Rancho del Estero", de Lautaro García; "Por el Atajo", de Acevedo Hernández; "La Oveja Negra", de Rafael Frontaura; "Aves sin nido", de Fabio Castro; "Entre gallos y media noche", de Carlos Cariola; "La sombra del caserón", de Mariano Latorre; "El amor que Dios quiere", de Jorge Berguño, y otras obras. Bágüena tiene en su poder varias comedias de autores chilenos para estrenar a su regreso, como "El Heredero", de Carlos Prieto Aravena, y "Amo y Señor", de Germán Luco Cruchaga, aparte de otras obras de Lautaro García, Martín Escobar, Mariano Latorre y Víctor Domingo Silva.

K. MARIN.



Mercedes Díaz.



Vista de Zurich, Suiza.

La Procesión de Bruselas

(NOTAS DE VIAJE)

JULIO DE 1913.

Por C. Silva Vildósola

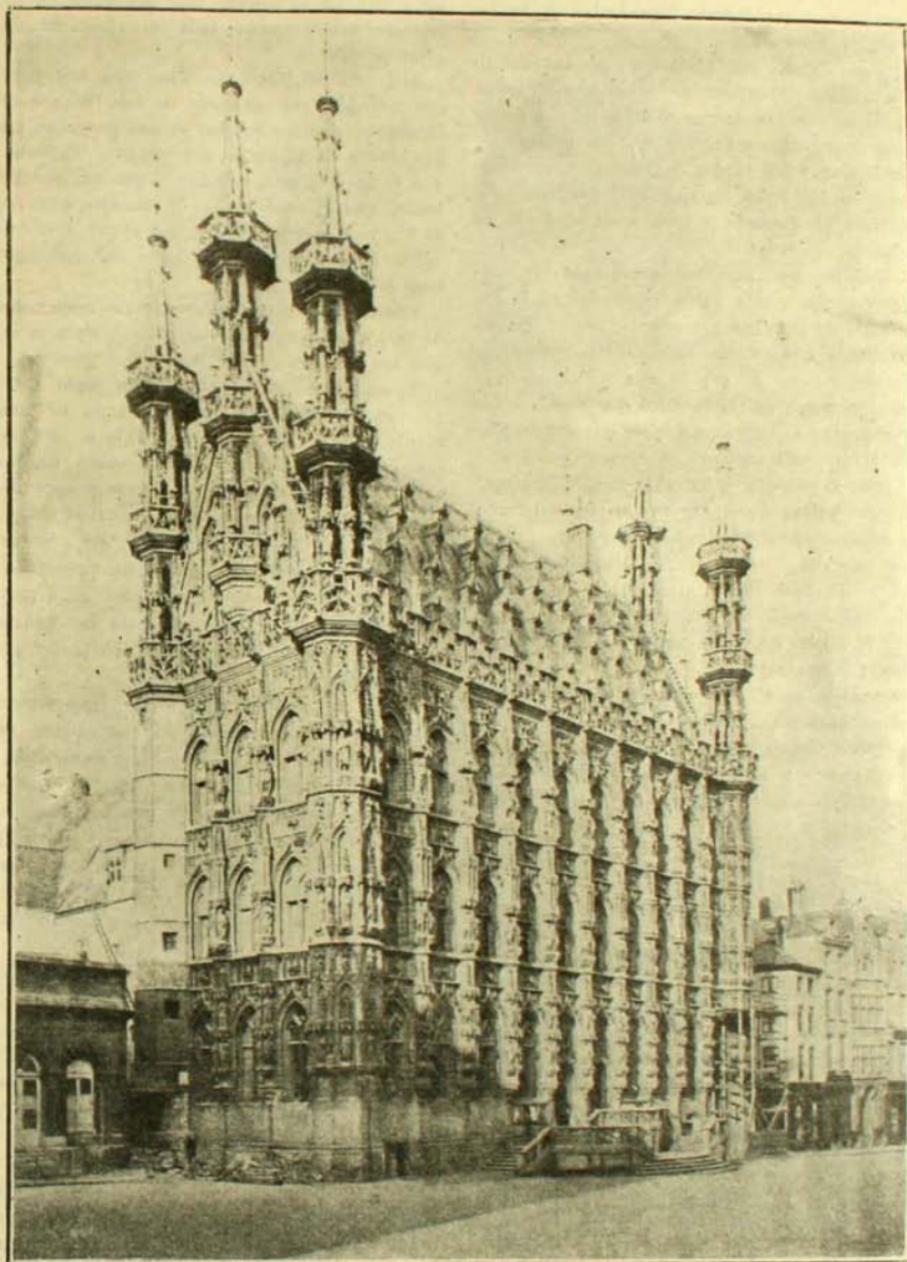
En la Iglesia Colegial de San Miguel y Santa Gúdula, julio de 1913, a la luz de las vidrieras ojivales donde viven en efigies los augustos donadores, ya terminan las sagradas ceremonias, y el anciano sacerdote ha tomado entre sus manos temblorosas la custodia de oro, esmalte y pedrería que labraron orfebres medioevales.

Canta el órgano las antifonas triunfales que resuenan en las bóvedas y despiertan a los santos de sus éxtasis. Todo el pueblo se prosterna sin osar poner los ojos en el Santo de los Santos; unos cantan, otros rezan, y en las naves se difunde una onda de misterio, de esperanza y de fé.

Pasa el clero salmodiando y las filas de alumbrantes iluminan con los cirios las hie-

ráticas figuras, las casullas de oro y plata. En la puerta bajo el arco ennegrecido que coronan las estatutas, está el palio y los suizos de tricorno, roja banda y alta maza abren calle entre las gentes apiñadas. Fuera aguarda reverente multitud que se descubre e hinea en tierra la rodilla.

Por las calles de Bruselas, que descienden la colina en tortuoso laberinto, entre viejas construcciones que sonríen con la gracia de sus techos puntiagudos, sus ventanas decoradas de verdura y la fértil fantasía de tallados e inscripciones, va pasando lentamente la sagrada procesión. Cada casa tiene izada la bandera roja, negra y amarilla, y del uno al otro lado cuelgan telas de colores con el símbolo eucarístico, con escudos



Hotel de Ville, Lovaina.—Belgica.

nobiliarios, con figuras legendarias de la heráldica flamenca.

Van delante las niñas coronadas de albas rosas sobre rubias cabelieras. Siguen músicos y coros, largas filas de alumbrantes que murmuran oraciones, cruces góticas de la Virgen y los santos, y flotando alegremente cien banderas, estandartes, gonfelones y divisas en disorde y prodigiosa sinfonia de colores.

Una imagen entre todas nos recuerda viejos tiempos y nos habla en un lenguaje familiar; es la Virgen española, con el manto recamado que cae en forma de campana, la corona y cetro de oro de una Reina, sentado en una mano del Niño Dios que nos bendice y flotando en sus espaldas un encaje de Malinas tan sutil que parece obra de arañas.

¡Oh, terrible y admirable madre España! Donde quiera que tus tercios conquistaron a otros pueblos ha quedado impreso el sello que llevaban en la punta de sus lanzas; y ni en Flandes ni en América, ni en la Italia que rigieron los Borbones se ha borrado aún la huella de tu férrea disciplina religiosa. Son tus santos, tus imágenes vestidas a la usanza de aquel tiempo tus salmodias, y tus ruidos anatemas, los que guardan como caras tradicionales estos pueblos que maldicen tu memoria y no logran arrancarse la honda marea que dejaste en sus espaldas.

Es un río de colores y armonías la santa procesión. Estrechadas en las calles que hacen ángulos y curvas, sus dos filas de alumbrantes se disgregan y se rompen las guirnaldas de los cirios. Pueblo y clero, los cantores y los músicos, los devotas portadores de los santos, los que llevan estandarte, inscripciones y coronas todos bajan como en ondas tumultuosas. Sólo el palió avanza siempre lentamente precedido de dos niños con sus túnicas de púrpura que, volviéndose al Santísimo, balancean los humeantes incensarios.

Y así bajan a la plaza del Palacio Comunal donde aguarda entre flores y palmeras un altar improvisado.

¡La Gran Plaza de Bruselas! ¡Qué otro

sitio hay en el mundo que contenga en un espacio tan pequeño toda el alma de un gran pueblo?

Ahí está el Hotel de Ville con sus góticas arcadas, sus estatuas de los Duques de Brabante, con las muñecas de sus gárgolas, las lumbreras en el techo que remedan capuchones de las brujas asomadas, y, por fin, aquella torre, que parece hecha de encajes, a través de cuyas fibras se ve el cielo y que sostiene en la alta flecha una imagen del Arcángel San Miguel.

Frente a frente, más modesto, respetuoso de la altiva burguesía comunal, el Palacio en que los Duques hospedaban a sus gentes.

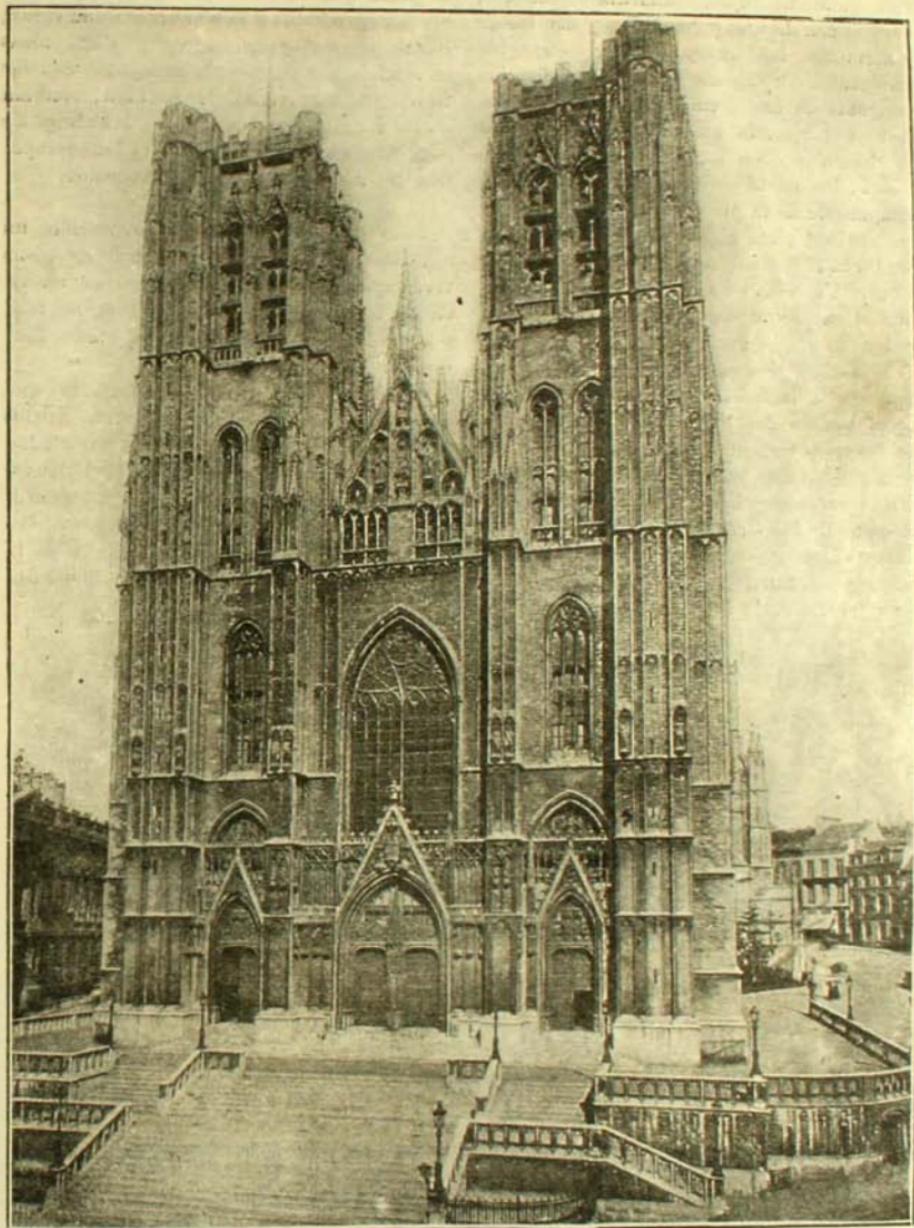
Y los otros edificios, sin que nada interrumpa la armonía, sin que haya ni una piedra ni una línea que no hable de un pasado heroico y libre, son las casas de los Gremios, esos cuerpos de maestros y aprendices, fundamento de la gran libertad municipal, que los reyes respetaban, que crearon la flamenca burguesía, que eran prenda de profunda paz social y pusieron su dinero y sus personas al servicio de la patria cuando Flandes fué invadida sin poder ser subyugada.

¡Todo un pueblo vive ahí! Una fuerte democracia ha grabado en esa plaza un testamento que no olvidan los flamencos.

Aquí fueron los torneos, y las justas, y los grandes Ommeganeks con los cortejos de los Gremios, y las kermesses que aún hacen resonar su careajada, y los mercados de frutas y de flores y los públicos comicios de los días de angustia o regocijo nacional.

¡Cuánta sangre aquí ha corrido!... ¡El patíbulo de Hornes y de Egmont!... ¡El del viejo Aneensens!... ¡Viejas piedras patinadas por el beso de los siglos! ¡Nobles piedras que abrigásteis las revueltas contra España, Austria y Holanda, contra propias o extranjeras tiranías...!

Pero ya toda la plaza está invadida. En el centro los muchachos revestidos de sotanas carmesíes y las chicas de albos tulles con su Niño Dios a cuestras; los rodean las banderas y las gentes con los cirios encendidos, las imágenes, los músicos y



La Catedral de Bruselas.

una densa multitud que se agolpa en las aceras y en los pórticos.

Llega el palio entre las nubes del incien-

so y el murmullo de los salmos. Toda aquella muchedumbre se prosterna, y flotando sobre ella quedan solo las imágenes y las

cien banderas rojas, amarillas, blancas, verdes, con dibujos y bordados, y con lemas y atributos: león rampante, flor de lys, las empresas de Brabante y de Borgoña, las insignias de los Gremios, los pendones de la fiera burguesía brabantona, las divisas en flamenco y en latín.

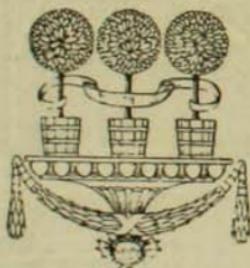
A la luz de la mañana, en el marco incomparable de la plaza, surge un cuadro en que reviven siete siglos de la historia con las formas, los colores y los símbolos de antaño. Tal como hace siete siglos ha subido el sacerdote por las gradas del altar; vuelve la hostia hacia las gentes y les da la bendición... Todo calla, sólo se oye el rumor de la brisa en las banderas... Aquel pueblo forma un todo indisoluble con los viejos monumentos, las estatuas en los nichos, y las gárgolas de piedra y las góticas rosetas y las plácidas fachadas de las casas de los Gremios.

Luego baja el sacerdote del altar improvisado y cantando nuevos himnos la procesión vuelve a la iglesia en la colina. En

la plaza quedan solas unas viejas que conversan agrupadas a la sombra de una ojiva; llevan largas capas negras y albas tocas reecogidas; tienen rostros arrugados con las líneas fuertes, rudas de su raza; son sin duda, los retratos de Hans Memling, de Albert Bouts, o van der Weyden escapados del Museo para ver la procesión.

Todo ha sido una irreal evocación, un mezclarse de los siglos, un pasar de cosas vivas que se hubiera dicho muertas, un vivir las cosas muertas que yacían en los brazos de la grande hechicera, el Hada Tradición.

Aún se oyen a lo lejos las plegarias que remontan la colina. El viento trae vuelos de campanas y rumores de la gran ciudad moderna. Las viejas escapadas del Museo se han borrado como un sueño. La confusión de siglos cesa, todo lo muerto vuelve al sueño majestuoso de la leyenda y de la piedra, todo lo vivo sigue la ambiciosa carrera hacia el futuro.



GENERAL MOTORS



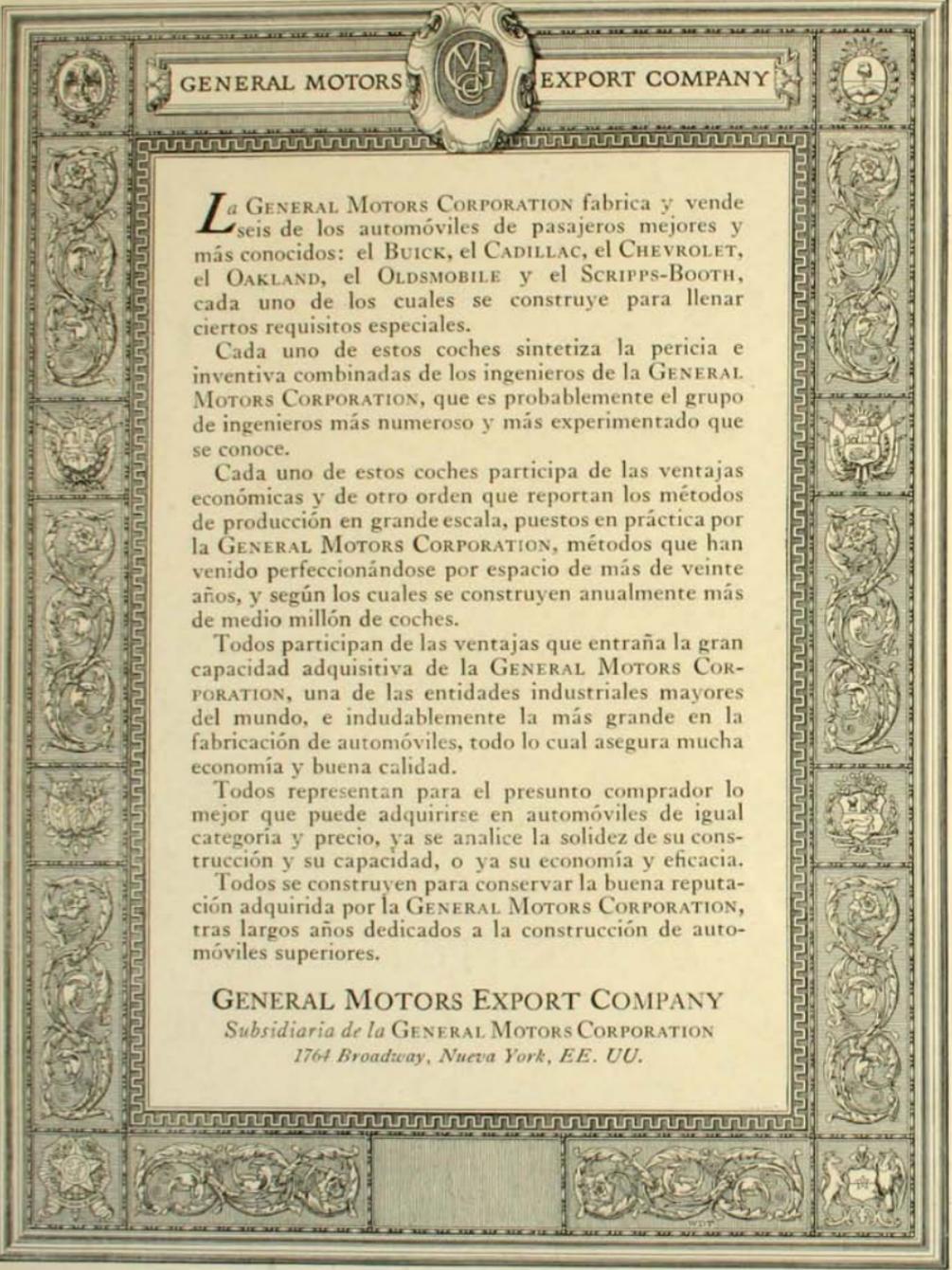
EXPORT COMPANY



*E*l SCRIPPS-BOOTH

reune toda la originalidad y elegancia de los coches de mayor precio, con la economía de costo y conservación características de los automóviles pequeños. Es éste el coche ligero de lujo, cuyos detalles reflejan el buen gusto y acertado criterio de su dueño.





GENERAL MOTORS

EXPORT COMPANY

*L*a GENERAL MOTORS CORPORATION fabrica y vende seis de los automóviles de pasajeros mejores y más conocidos: el BUICK, el CADILLAC, el CHEVROLET, el OAKLAND, el OLDSMOBILE y el SCRIPPS-BOOTH, cada uno de los cuales se construye para llenar ciertos requisitos especiales.

Cada uno de estos coches sintetiza la pericia e inventiva combinadas de los ingenieros de la GENERAL MOTORS CORPORATION, que es probablemente el grupo de ingenieros más numeroso y más experimentado que se conoce.

Cada uno de estos coches participa de las ventajas económicas y de otro orden que reportan los métodos de producción en grande escala, puestos en práctica por la GENERAL MOTORS CORPORATION, métodos que han venido perfeccionándose por espacio de más de veinte años, y según los cuales se construyen anualmente más de medio millón de coches.

Todos participan de las ventajas que entraña la gran capacidad adquisitiva de la GENERAL MOTORS CORPORATION, una de las entidades industriales mayores del mundo, e indudablemente la más grande en la fabricación de automóviles, todo lo cual asegura mucha economía y buena calidad.

Todos representan para el presunto comprador lo mejor que puede adquirirse en automóviles de igual categoría y precio, ya se analice la solidez de su construcción y su capacidad, o ya su economía y eficacia.

Todos se construyen para conservar la buena reputación adquirida por la GENERAL MOTORS CORPORATION, tras largos años dedicados a la construcción de automóviles superiores.

GENERAL MOTORS EXPORT COMPANY

Subsidiaria de la GENERAL MOTORS CORPORATION

1764 Broadway, Nueva York, EE. UU.

APERTURA DEL CONGRESO



El Presidente de la República acompañado de los Senadores don Antonio Varas y don Rafael Urrejola, abandona el Congreso después de la lectura del Mensaje.



Senadores don Arturo Besa y don Luis Claro Rial, Diputado don Guillermo Pereira y otros asistentes en el sitio del Congreso.



Monsieur Alois Masella, Nuncio de Su Santidad.



Excmo. señor Lefevbre Meaulle, Ministro de Francia; el Barón y la Baronesa de Lagatinerie.



Conde Nani Mocenigo, Ministro de Italia y el agregado militar de la Legación.



Excmo. señor García Jove, Ministro de España y el Secretario de la Legación.



Ministro del Uruguay, Excmo. señor Dionisio Ramos Montero.



Excmo. señor John T. C. Vaughan, Ministro de Inglaterra y el personal de la Legación.



General de Brigada señor Pedro P. Dartnell, Jefe de la Fuerza Aérea Nacional.



Excmo. señor Dionisio Ramos Montero, Ministro del Uruguay, que abandona nuestro país, donde dejó duraderos afectos.



Don Pablo A. Urzúa, Intendente de Santiago a mediados de 1916, cuando se pensó en realizar la transformación del San Cristóbal, y que en 1917 tomó posesión del Cerro a nombre de la ciudad.



Don Francisco Subercaseaux Aldunate, sucesor del señor Urzúa, que ha impulsado con activo y juvenil entusiasmo las obras del San Cristóbal

ACERCA DEL CERRO SAN CRISTOBAL

UNA PIEDRA BLANCA

Los romanos acostumbraban señalar con una piedra blanca los acontecimientos importantes de la ciudad antigua; nosotros, en nuestra ciudad moderna, deberíamos colocar una de esas señales para marcar el día en que el cerro San Cristóbal pasó de manos particulares a poder de todos.

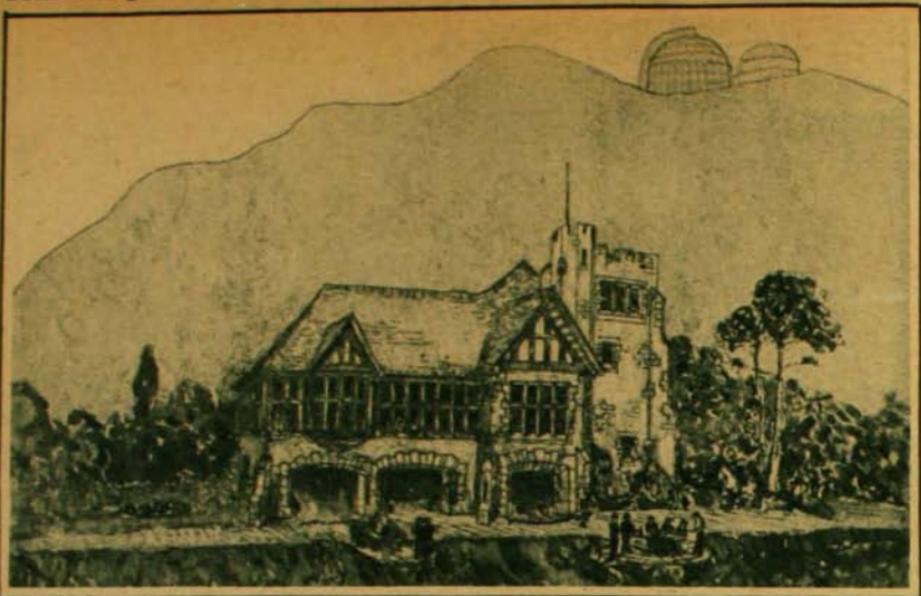
Fué ayer y sin embargo, mirando hacia atrás, parece que hubiera pasado mucho tiempo desde la época en que las canteras destrufan lentamente el Cerro y un aviso comercial profanaba el césped y las rocas de esa avanzada de la cordillera hasta nuestro valle. ¡Cuántos artículos largos y cuántos párrafos cortos se dispararon contra aquel aviso y esas canteras! Puede afirmarse que ninguna explosión de dinamita quedó sin su respuesta y, al fin, como en la novela de Victor Hugo, "esto mató aquello", la letra venció al combo y al martillo.

La idea que los diarios y los diaristas esparcleran por el ambiente lo había ya saturado cuando un día a mediados del año 1916,

tomó por fin cuerpo tangible en la mente de la autoridad. Las crónicas oficiales dicen que por entonces, en una de las frecuentes visitas que hacía don Pedro Bannen al Intendente de Santiago, don Pablo Urzúa, se conversó sobre ese proyecto y se resolvió tratar de ponerlo en vías de ejecución. Los primeros pasos, en esta tierra de informes, comisiones y consejos, fueron pedir su parecer a tres entidades técnicas: al Consejo Superior de Higiene sobre las ventajas sanitarias del proyecto, a la Comisión de Bellas Artes, sobre su importancia estética y a la Dirección de Obras Públicas, sobre el costo aproximado y las facilidades prácticas de su ejecución.

Los tres informes abundaron en el mismo sentido de recomendar la obra, y don Guillermo Subercaseaux, redactó un proyecto, que fué presentado a la Cámara, con la firma de varios diputados más, el día 25 de agosto del citado año. ¡Un día memorable!

Poco más de un año después era ley de la República y se nombraba una Comisión de



Proyecto premiado de restaurant para el cerro San Cristóbal, de los señores Frederick Sage Co. Ltd.

Hombres, calificados por el Gobierno con el sugestivo epíteto de Buenos, a fin de que tasaran las propiedades que sería necesario expropiar. La máquina legal estaba armada y el interés público la hizo caminar rápidamente.

Pocas obras públicas de tanto aliento hemos visto ir con la celeridad de los caminos del San Cristóbal: cuando menos lo pensaba, Santiago se encontró dueño del más estupendo mirador que tuviera ciudad alguna y de un paseo más, que casi duplicaba su área.

Ciertamente, antes que se expropiara el cerro y se trazaran sus espléndidas vías de acceso, el mirador existía, como había existido con anterioridad al primer Conquistador; pero hay mayor diferencia de lo que parece entre aquel cerro arduo y hosco, con senderillos erizados de piedras y perdidos en las malezas, y este otro que se deja subir sin sentirlo por suaves y admirables avenidas. Podemos alegar nuestra experiencia. Nosotros habíamos subido con frecuencia el cerro en su estado primitivo y creíamos conocerlo como pocos santiaguinos, entre los cuales muchos se cuentan que no lo han trepado jamás; y no obstante, cuando los caminos estuvieron terminados y pudimos recorrerlos a pie, de punta a cabo, francamente

deseñocimos al San Cristóbal, nos pareció una montaña distinta. A cada vuelta, descubríamos puntos de vista ignorados, notábamos proporciones desconocidas y nuestra vista alcanzaba hasta horizontes más lejanos. Es que el cerro se había hecho nuestro, se nos entregaba sin resistencia, sin oponernos el terrible cansancio de las ascensiones penosas ni la desorientación del que no encuentra puntos de referencia. Aquella gran senda no sólo tenía la virtud de hacer fácil e infinitamente agradable la subida, sino que, con sus grandes curvas admirablemente orientadas, ceñía, destacaba y por decirlo así dibujaba la masa misma de la montaña, haciéndola apreciar en conjunto de un modo que antes era imposible.

Pero sigamos la historia.

La Comisión de los Hombres Buenos designada por el Gobierno evacuó su informe el 1.º de junio de 1918 y el 17, el Intendente don Pablo A. Urzúa tomó posesión material del cerro, levantándose un acta que firmaron los siguientes señores, a quienes se recordará como padrinos del San Cristóbal: don Rogelio Ugarte, don Alberto McKenna (dos compadres muy bien avenidos entonces), don Guillermo Subercaseaux, don Pedro Bannen, don Paulino Alfonso, don Salvador Iz-



Un rebaño de cabros en la cuesta del San Cristóbal, proyectados sobre un mar de neblinas y la cordillera nevada



Toma de posesión del San Cristóbal: Don Pablo A. Ursúa (en su último acto público), Don Alberto Mackenna, don Rogelio Ugarte, don Guillermo Subercaseaux, don Paulino Alfonso, etc. etc.

quierdo, de Carlos Lira Infante, don Agustín Correa Bravo, don Rafael Valdés Vásquez, don Francisco Subercaseaux Aldunate, don Horacio Manríquez, don Carlos Dinator, don Vicente Izquierdo Phillips, don Manuel Corvalán, don Víctor Plaza, y don A. Salas Ibáñez.

Este fué el último acto público a que concurrió el requerido y recordado Intendente don Pablo A. Urrúta. Después cayó enfermo hasta morir. Después de semejante acto, podía morir tranquilo, seguro de obtener esa inmortalidad de la gratitud en la memoria de sus conciudadanos a que aspira y en que cree el positivismo altruista.

Le sucedió en la Intendencia don Francisco Subercaseaux Aldunate, el magistrado activísimo y el más extraordinariamente joven que haya visto Intendencia alguna. A este propósito, cuentan que cuando visitó Chile el Presidente Brum, (de edad de 35 años), hablaba mucho sobre su juventud y en todos los banquetes buscaba alguna frase para repetir:— Aunque tengo tan pocos años... a pesar de que mi juventud causa cierta sorpresa... — hasta que en una de las manifestaciones que se le ofrecieron, un paseo al Cerro San Cristóbal, le fué presentado el

Intendente de Santiago y, contemplándolo atentamente, declaró:—A su edad, joven, y todavía no figuraba en política.—Y desde entonces, la frase consabida se le escuchó con menos frecuencia.

El señor Subercaseaux ha dedicado todo su juvenil entusiasmo a impulsar las obras del San Cristóbal y bajo su dirección han avanzado, rápidamente hasta enterar su primera etapa, con el agotamiento de los fondos votados para iniciarlas.

He aquí la cuenta de los trabajos según documento oficial:

“De acuerdo con la ley se expropiaron terrenos por un valor aproximado de cuatrocientos mil pesos; sentencias judiciales las subieron en treinta y siete mil pesos. Con el resto, se han construido 10 kilómetros de caminos, se han hecho planos de altimetría y planimetría de los terrenos expropiados, se contrató al arquitecto paisajista don Carlos Thays para que confeccionara un plan general de ornamentación del paseo, se ha atendido a los gastos de administración, de adquisición de útiles y herramientas, a los de conservación y reparación de las obras ejecutadas, que han debido ser un poco subidas por la crudeza del último invierno y



El camino nuevo que sube serpenteando desde Lo Contador.



Don Crescente Errázuriz, arzobispo de Santiago, predica en el San Cristóbal.



El Presidente del Uruguay, don Baltasar Brum, el Intendente de Santiago, don Francisco Subercaseaux A. y comitiva.



La parte del río Mapocho que irá a regar el Cerro San Cristóbal.

por fin se han improvisado viveros para preparar las plantaciones que deberán hacerse. Quedan de los fondos disponibles unos cien mil pesos con los cuales se ha dado comienzo al canal de regadío".

La primera parte de este canal, cinco kilómetros hasta el Salto, se encuentra terminada y los fondos totalmente agotados. Del Congreso depende ahora que los trabajos sigan su curso. Se hace necesario, en primer lugar, atender a la reparación de los caudinos que las lluvias copiosas reblandecen y amenazan destruir por partes; y en seguida, concluir el canal de regadío. Esta obra, sumamente costosa, constituye la condición esencial de vida del futuro Parque San Cristóbal. En ella deberán ejecutarse grandes obras de arte, como dicen los ingenieros, enterrar cañones que soportarán hasta cien metros de presión y llevar el agua de punta a punta de cerros. Pero una vez terminada, lo demás será cosa del tiempo y de la naturaleza. La tierra es buena y los árboles crecerán frondosos a lo largo de esos gran-

des caminos desnudos, las cuevas áridas se poblarán de bosques, frescas y sonoras cataratas caerán sobre enormes fuentes de roca viva y cada primavera suspenderá un jardín maravilloso a la cabecera de la ciudad. El San Cristóbal convertido en Parque será el sitio de ídeal retiro para los que se sienten ahogados por el bullicio y el polvo mal oliente de las calles y habrá menos enfermos de los nervios cuando se le pueda ascender a la sombra de las encinas y de los plátanos orientales, todas las tardes. ¡Qué horas de lectura, de conversación y de contemplación silenciosa se podrán tener debajo de algún gran pino a cuyos pies habrá un banco que será balcón abierto hacia la cordillera!

Y pensar que la realización de eso que parece un sueño no les costará a los señores senadores y a los honorables diputados sino mover la cabeza afirmativamente o quedarse callados cuando el Presidente, después de leerse el Mensaje de subsidios del Ejecutivo, diga:— Si no hay oposición se dará por aprobado. Aprobado.

OLIVER BRAND.



Por el ceño severamente enérgico, a don Ramiro lo apodaban "Cara fosca".

CARA FOSCA

Por _____
Carlos Acuña

Dibujos de Oliver.

Sí; es un buen abogado, de una reputación intachable, pero de un carácter muy duro. ¡Basta mirarle la cara!

Era la opinión general en el pueblo.

Don Ramiro Lozada, había llegado muy joven a ejercer la profesión, en aquella tranquila ciudad provinciana. No había allí muchos pleitos civiles; pero cuando

se ventilaba alguno era de consideración. La región agrícola muy fértil y extensa, había formado un núcleo de agricultores ricos, testarudos en sus querellas; y así cuando recurrían al juzgado abrían generosamente el bolsillo. Más de alguno se había arruinado pleiteando... ¡primero

perder la fortuna antes que dar el brazo a torcer! A causa de ello, los dos o tres abogados de reputación, tenían la existencia asegurada, porque siempre les caía algo gordo entre manos. Y además, como las particiones y los albaceazgos eran suculentos—extensos latifundios de millonarios por lo general—la profesión de juriscónsulto resultaba verdaderamente reproductiva. Tal vez por eso un abogado de la talla de don Ramiro Lozada, que había obtenido todos los premios de su curso y cuya opinión jurídica era respetada hasta en los estrados de la Corte, se había envejecido en Colchagua, la capital de la provincia.

Muchas peticiones le habían hecho sus correligionarios para que abandonara la paz aldeana. Allí su claro talento de juriscónsulto no alcanzaba el brillo que merecía. Una diputación, una senaturía, o la carrera judicial: ¡Podría llegar a la Corte Suprema! ¡Estaba indicado!

Mas don Ramiro no se dejaba guiar por aquellos cantos de sirena.

Algo le retenía, apegado al terruño; tal vez fuera de los códigos, rimaría versos; tal vez era un enamorado de su rincón provinciano y prefería aquella existencia tranquila, libre de las contaminaciones de la curiosidad pública, que en las grandes ciudades no respeta el más íntimo retiro.

El hecho es que don Ramiro Lozada, no quiso nunca salir de la capital de su provincia.

Por el gesto habitual de su fisonomía de senador romano, con el ceño severamente enérgico, a don Ramiro lo apodaban "Cara Fosea". Aquel hombre huía del bullicio de las gentes mundanas; rehusaba los honores y vivía orgullosamente aislado, repartiendo su tiempo entre el bufete y el hogar.

Un gran respeto le rodeaba, a pesar de sus ideas un tanto heréticas, que disonaban del ambiente aldeano, teñido de fanatismo religioso. El cura lamentaba no haberlo sentado jamás a su mesa, la más suculenta del pueblo. Infinitas veces había invitado a don Ramiro, y siempre alguna enfermedad, algún accidente de familia, un

compromiso anterior, formaban el motivo de una carta de excusa muy bien escurita y muy señorial. El cura había concluido por aburrirse y ya no lo invitaba.

—El señor Lozada, es muy huraño, decía, nadie consigue sacarlo ni de su casa ni de sus casillas. Y era la verdad.

Sin embargo, en la intimidad, o cuando alguna emoción le embargaba, sus ojos habitualmente duros, bajo las blancas cejas expesas se teñían y se mojaban de simpática dulzura.

Le ocurría lo mismo cuando hablaba en público, lo que era frecuente, a pesar de las resistencias, hijas de su carácter retraído, pero su distinción de hombre de talento no le escatimaba estas sollicitaciones.

Una comisión de señoras o de hombres respetables invadía el retiro de su hogar y lo robaba al amoroso estudio de sus códigos.

Tenía siempre don Ramiro, alguna frase modesta:

—Yo no tengo brillo para hablar en público; hágame el favor, voy a aparecer deslucido, seguramente un fracaso...

Pero sus excusas—absolutamente sinceras—no valían.

La modestia excesiva del grande hombre le hacía confundir el brillo de los gestos y de la voz sonora, con el brillo de las ideas y de las galanuras de la oratoria que le sobraban y eran cualidad ingénita en él.

Hablabla elocuentemente. Tal vez el vulgo echaba de menos al comienzo la piroteína del tribuno que ha ensayado la pose ante un espejo. Don Ramiro hablaba como para un círculo íntimo que tenía fé en sus palabras. La retórica no entraba en sus discursos; una sinceridad deslumbradora iba de sus labios hacia los oyentes y se apoderaba de los corazones, sin agudos ni seducciones de tenor, sino que blandamente con la pristina corrección de la frase y la nobleza del concepto.

Si hubiera comenzado su prestigio a los 25 años, habría sido un orador completo, porque el brillo que restaba a sus oraciones la falta de colorido en la voz y la

medida de la mímica, sólo eran obra de la edad, ya lejana de la juventud.

¡Y cuando él era joven, su humildad innata le retrajo de hablar en público, porque no le empujaban, como ahora, a la tribuna!

Pero estas condiciones del orador juvenil, se hacían olvidar, cuando ya el discurso iba avanzado, y, en el modesto teatro del pueblo, una ovación incontestable recibía el final de sus arengas sabias y sin pretensiones.

—¡Qué bien habla don Ramiro!

¡Es un viejito muy lindo el señor Lozada, cantaba jubilosamente la muchachumbre de los palcos y de la cazuela, al abandonar la sala del espectáculo...

Don Ramiro no había tenido juventud. Siempre le vieron serio, correcto y un sí no es malhumorado. Los mozos de su tiempo no recordaban haberlo hecho jamás, tomar parte en una de las alegres "trifulcas", de la segunda adolescencia.

Con este pasado insospechable, de una austeridad verdaderamente estoica el abogado Lozada, se había matrimoniado alrededor de la treintena. La noticia de su noviazgo causó verdadera sorpresa.

Aquel idilio no había comenzado, como los demás, siquiera con los indicios de un "pololeo". Nunca se vió la silueta alta y delgada de don Ramiro, un poco cargada de espaldas, rondar ante la ventana de la Elvirita Nãñez, una muchacha preciosa, pero reservada y díscola.

—Tal para cual; barbulló el comentario social de las comadres bien vistas del pueblo. Esa tampoco ha flirteado con nadie antes de su noviazgo. ¡Jamás el cura habrá casado una pareja de que haya menos que decir.

—¿Ramiro? No ha tomado en su vida un taoe de billar en la mano. ¿Quién lo ha visto echar su cuarto a espaldas, como alguna vez le ocurrió al joven más cumplido de su edad? ¿Quién le vió a la salida de misa o en el paseo de la plaza?

—Es más, niña; si no sabe bailar. Nadie los ha visto juntos con la Elvirita; ni la Pepa Sánchez,—que todo se lo sa-



La Elvirita era en verdad la flor del pueblo.

be—puede decir que les sorprendió una mirada furtiva a esos novios ejemplares!

—¡Qué curioso, niña; qué curioso! ¿Cómo se puede ser novios sin que los demás nos demos cuenta?

—Ese Ramiro Lozada es un enigma.

—Y otro enigma ella; no le metió el diente ni el capitán González, aquel buen mozo que volvió loco a todas las muchachas del pueblo.

—Ahí ves tú cómo ese "Cara Fosca" pudo más que Don Juan y se va a llevar a la perla de Colchagua...

¡Misterio, chiquilla; misterio! Y lo peor es que no le podemos tirar la len-

gua ni a la Juanita Sellen, la hermana del cura, que parece estar de escuche en el confesionario cuando sabe tantas cosas...

—¡Bah! El cura se las contará!

—No blasfemes, Cantalicia; eso sí que nó; el secreto de la confesión es sagrado...

Así eran los comentarios de las comadres de la "eréme", colehehuina, cuando se hizo público el compromiso matrimonial de la Elvirita Nández con el abogado Lozada...

La Elvirita era en verdad la flor del pueblo. En el concurso organizado por el Alcalde de la localidad y que había merecido honrosas publicaciones de las bellezas premiadas en la revista más importante de la capital, la niña de Colehehue había hecho popular en el país su belleza tranquila y soñadora en que los ojos enormes y pestañudos, sombreados de unas ojeras maravillosas y raras a sus diez y seis años, ponían una nota de misteriosa originalidad.

Le habían sobrado los galanes; había presidido los juegos florales de la provincia, pero ni el poeta laureado ni el heredero del más rico latifundio, ni el adonis de uniforme germánico que hacía de efebo en la oficialidad del regimiento de guarnición habían logrado interesar su infantil cabecita de cabellos dorados.

Los dulces y pardos ojos virginales miraban la vida con la majestad de una posesión hereditaria.

¿Cómo y cuando el abogado Lozada, encerrado en la tranquilidad de su bufete logró cautivar a la hermosa estatua, acusada de frialdad? Nadie lo supo. La seducción del talento no entraba en los cerebros de Colehehue.

No lo sabía ni la Juanita Sellen, la marisabidilla del pueblo, la hermana del señor cura, a la que Cantalicia atribuía las confidencias del confesionario, pero Rosario sí que lo sabía.

Ella, la vieja sirvienta, la ama de llaves de los Nández, la mujer de confianza, había preparado muchas veces la vieja canasta inglesa de once, obsequio del capitán Mac-Lyever, el padre del senador.

Aquella canasta era una maravilla. Allí cabía de todo y había sitio para todo: para la vieja botella del vino reservado de la hacienda; para el pollo cocido por las propias manos de la Rosario; para las galletas y "el pan de la gente"; para el vasito de cuerno en que bebían los dos enamorados, para la servilleta blanca que ella se colocaba sobre las rodillas tan enjutas y tan blancas que la vieja sirvienta enjengaba en el baño, con deleite:

—Si don Ramiro, supiera lo que hay bajo la falda, solía murmurar la mucama de cabellos, grises, en aquellos entreveros!...

La vieja canasta inglesa, obsequio del capitán de buque, daba para todo, cabían las olorosas lúcumas del puerto que el serio abogado de treinta años sabía arrebatar a la enamorada, para morderlas en el mismo sitio que habían dejado raído los breves dientes blancos. Alguna chirimoya madura recién caída, al abrigo de los tapiales que le defendían de las rachas del puerto meridional, constituía el postre predilecto.

Eran una fiesta aquellas escapadas a la sombra de las rocas salvajes y milenarias. Algunas veces se avecindaban intrusos.

Don Ramiro que tenía el pudor de sus amores y un innato sentido de la galantería, corría a ocultarse primero. La hendidura de una roca, el abrigo de Elvirita, todavía tibio y perfumado por su cuerpo, tapaban al novio!

Era algunas veces una pareja burguesa, que caminaba por la playa precedida por dos o tres miembros de la numerosa prole con los pies descalzos.

En otras ocasiones, un mariscador de brazos y pantorrillas arremangadas que buscaba algas y luches en las rocas.

Cuando ya el peligro había pasado, Elvirita era la que reaccionaba primero y corría a destapar a su enamorado:

—Se fueron, Ramiro; ya se fueron.

Y en la alegría de encontrarse de nuevo, los dos novios verificaban algo jugoso y sonoro que hacía a la Rosario volver la vista para no taparse la cara.

Lo que no le impedía mascullar entre dientes:

—Y guíese Ud. de las apariencias. ¡Quién creyera que don Ramiro tan serio hubiera enamorado así a esta locuela!

¡Ay! Si los viera la Juanita Seller!

Se casaron un domingo por la mañana, muy temprano, a las 6 1/2, en la capilla del Hospital. Después del bautizo, era tal vez la primera oportunidad en que don Ramiro penetraba a una iglesia. La concurrencia era puramente familiar, pero muy selecta. Entre los invitados figuraba el Intendente, el senador de la provincia, y el presidente de la vecina Corte de Apelaciones.

Señoras invitadas, casi ninguna. No los casó el Cura Párroco, sino que el Gobernador Eclesiástico de Marimán, la famosa ciudad de allende el río. Todas las dispensas se habían allanado casi en secreto. Y las comadres tuvieron pasto por muchos días para su cháchara puntiaguda como el hociquillo de una zorra... Había ocurrido además una cosa estupenda. Ni don Ramiro ni la Elvirita habían usado traje de ceremonia; sólo el traje de calle. Dos días antes se había fijado el día de la boda, y a instancias enérgicas del novio debió realizarse en la forma que él quería. El correo y el telégrafo habían funcionado misteriosamente a voluntad del novio; y así los forasteros pudieron llegar a tiempo. ¡Qué fracaso! Un casamiento que podía haber sido bullado! Pero, a causa de las rarezas de Lozada, ni se había engalanado la parroquia con luces, flores y alfombras hasta el atrio; ni las Abilez habían cantado la clásica Ave María; ni se había efectuado en la sacristía aquella apretazón de los abrazos para que se pegara el Espíritu Santo de la novia...

¡Se había agitado la fiesta! ¿Quién iba a estar levantada y vestida—siquiera para ir a curiosear a la capilla del Hospital—a las 6 1/2 de la mañana? Cosas de malos de la cabeza!...

A los novios les esperaba en la casa de los Sáñez el coche del fundo, y allí se habían ido a enterrar, a diez leguas del pueblo, su luna de miel. Como sirvienta antigua



Los dos novios verificaban algo jugoso y sonoro.

—la Rosario—había sido despaclada con premura a limpiar las casas del fundo cerradas hasta el veraneo.

Ni siquiera se le podía preguntar a la Rosario—aquella vieja cerrada como una tumba a la curiosidad moderna—si al llegar a “Los Chileos” los había visto besar. ¡Qué fastidio!

¿Sabrá besar “Cara Fosca” a una mujer tan bonita como la suya?

Pasaron los años; llegó don Ramiro a la cincuentena y tuvo hijos casaderos. Su reputación de “Cara Fosca” no había variado. No se metía con nadie, no era hombre de Club, ni de fiestas en su casa, pero seguía gozando del respeto general de la ciudad.

Se le mostraba como un ejemplo de prestigio profesional. No era como el común de los abogados. Se recordaban dos, tres, cien pleitos en que podía haber obtenido grandes estipendios y que había rehusado defender—cuando un alegato suyo pleno de ciencia y de talento le habría dado el triunfo—porque no consideraba exentos a sus clientes de alguna tacha moral. En cambio defendía gratis a las viudas, a los huérfanos, a los desheredados de la fortuna y les había reconquistado el pan sin admitir remuneración que no fueran los gastos del juicio. Esta severidad austera



Y guíese Ud. de las apariencias.

le había conquistado el respeto, pero no las simpatías. Se le creía seco de corazón. Contaba la servidumbre antigua de su casa que jamás se le había visto acariciar a un hijo. Si lo había hecho alguna vez era cuando los niños dormían en la cuna, cuando no se podían dar cuenta del dulce afecto paternal.

—¿Creerán, decían, que a veces, durante el día no cruza una palabra ni con su mujer, ni con nadie de la casa?

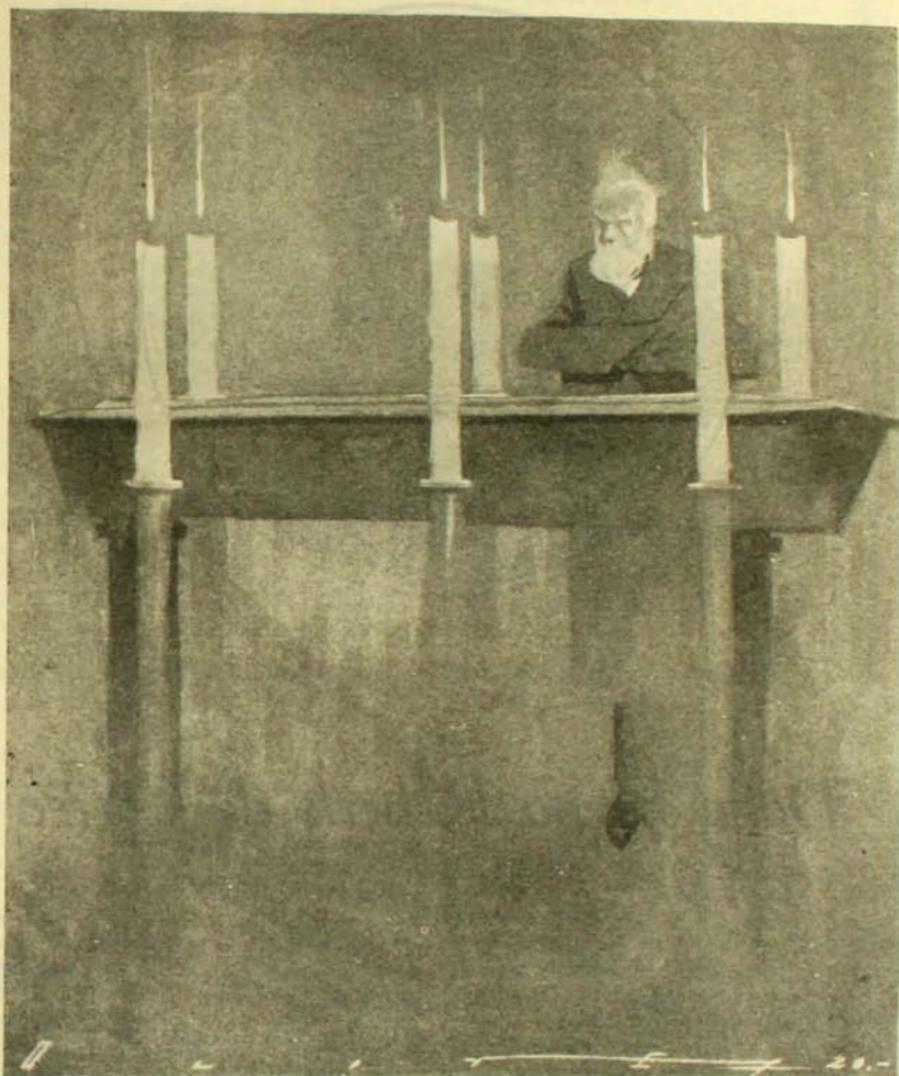
—Es raro; es tal vez un loco...

Pero un día la ciudad entera fué sacudida con el temblor de una de esas puras emociones, con el milagro de un hecho inesperado, tan distinto de la vulgaridad humana.

La esposa del abogado Lozada, la que fuera veinticinco años antes la encantadora belleza; Elvirita Sáñez, había muerto repentinamente. La sociedad entera del pueblo acudió respetuosa a presentar su condolencia, a la casa del duelo. Y hasta, en presencia de la muerte, don Ramiro, el mismo "Cara Fosca" de siempre seguía siendo original, desconcertante, único.

Nadie, ni sus hijos, consiguieron penetrar a la estancia mortuoria. Allí se encerró don Ramiro con la muerta; allí la veló, sólo en la larga noche, hasta la mañana de las exequias fúnebres. ¿Qué haría el esposo solitario con la muerta idolatrada, junto a los yertos despojos, sin saber del consuelo de una mano amiga que restañara su dolor supremo?

Y él tuvo fuerzas para llorar en la soledad frente al misterio avasallador de la muerte. El lavó el cuerpo amado, él lo vistió de ropas limpias; él lo encajonó en el féretro y cerró los ojos mortecinos y le cruzó las manos sobre el pecho. El puso en la frente y en los labios fríos el último beso del esposo. En la mañana—cuando ya doblaban las campanas de la parroquia para el funeral—los que fueron a golpear la puerta de la alcoba, le hallaron de pie junto al féretro cerrado por sus propias manos. Estaba muy pálido; no había pegado los ojos desde la desgracia; sus cabellos estaban más blancos; y más encorvada la figura del grave anciano. Dijo sólo una



Allí la veló solo en la larga noche'..

palabra, cuando invadió la alcoba el grupo conocido de los parientes y de los amigos.

—¡Vamos!

Y siguió tras el féretro.

Desde entonces, nadie dice que "Cara Fosca" tiene el corazón seco.

¿Qué mujer ha podido recibir un más bello homenaje de su enamorado de toda la vida?



Sra. Elena de Roberts de Correa.

Doña Elena Roberts de Correa

Bajo el arco severo de sus cabellos blancos brilla con reflejos y suavidades de seda el atardecer de esa belleza que fué la más sobresaliente de nuestra sociedad santiaguina, años atrás.

Es todavía francamente hermosa: sus ojos tienen dulzura; su nariz, aristocracia, y su boca, firmeza.

La fisonomía altiva y el mirar amplio de la señora Roberts de Correa, reflejan las galas mismas de su sér, que lleva en el fondo el valor de un caballero templario y la abnegación de un San Francisco.

Al conversar, acuden a su faz los matices cortesanos que acusan la agudeza y

el ingenio de la gran dama. Se abre su fisonomía y pasan por ella mil luces interiores, a veces llenas de vivaz intención que se cristalizan en frases evocadoras del minuet y de la gavota.

La señora Roberts no podría, justamente, llamarse reaccionaria en sus ideas. Su talento no le permitiría dejar de apreciar en los términos debidos la gravedad de los problemas que se presentan ante los ojos de la sociedad contemporánea. Muy por el contrario, ella ha visto en ellos horizontes amplios de deber imorescindible, y ha puesto en esa noble labor su temple de cruzada y su corazón generoso.

Ella lucha por la solución de los problemas modernos, buscándola en las ideas tradicionales. Y así, mañana a mañana, se la ve dirigirse en peregrinación piadosa hacia el templo para buscar en la plegaria la fuerza de la acción y la dulzura de la caridad. Y bendecida por el Altísimo, llevando en el semblante la paz y el amor en el corazón, va a derramar estos tesoros entre las pobres hijas del pueblo que educa la Escuela Victoria Prieto; entre las nobles catequistas, entre las señoras ávidas de conocimientos de la Liga de Damas Chilenas.

Mientras algunas orientaciones femeninas proclaman la emancipación de la mujer y el bienestar social en nombre de los derechos, de la cultura sin trabas y del desarrollo amplísimo del bello exo, la señora Roberts de Correa se cobija bajo el estandarte celeste del dolor y de la maternidad de María, y enarbola aquel que está teñido con el rojo apasionado de la sangre ardiente del corazón de Jesús. Pide la reforma, trabaja y lucha por ella, pero antes de pensar en las reivindicaciones y en las rebeldías, tiende primero a la formación de los espíritus bajo la égida suprema de la pureza y del amor divinos.

Y si es verdad que la práctica continua de las ideas cristianas exhala siempre un perfume especial que se llama modestia, nuestra indiscreción iría hasta decir que la señora Elena Roberts de Correa es una comprobación viva de este aserto.

Es inmenso el trabajo que cuesta que la distinguida dama ocupe la presidencia de cualquiera institución. Sólo lo hace en forma pasajera y por obligaciones ineludibles. Ellas ocupa comunmente el puesto de vicepresidente, y bajo este título secundario que libra sus grandes ojos del fulgurante brillo del sol, trabaja hacendosa y tenaz, sin ruido, sin exhibición, por el triunfo de sus ideales.

Y se trata en este caso de esas modestias que son innegables, porque se presentan casi a pesar de las personas que la poseen.

Es admirable la sencillez con que la se-

ñora Correa habla de su ignorancia, de su incompetencia, de su falta de preparación.

—“Yo estoy ya vieja, nada sé”, dice al que quiere realzar sus méritos; y agrega: “las mujeres del día han estudiado y son capaces; yo no tengo otra cosa que oponer a mi ignorancia, que mi buena voluntad”.

Y si se le responde negando esos hechos falsos y sosteniendo lo que resulta de la realidad misma, de su conversación vivaz y apasionada, responde vagamente y sus mejillas se tiñen con un delicioso rubor tan espontáneo y tan natural, como el del niño inocente y candoroso sorprendido en falta.

La instantánea que reproducimos es un verdadero milagro, pues no es del agrado de esta señora el exhibirse en fotografías destinadas a la publicidad. En la ocasión que reproduce la vista, fué necesario el ruego del señor Arzobispo, para que la señora quisiera exponerse frente al lente.

Y, por fin, tan cierto estamos de su modestia, que abrigamos la seguridad de que estas líneas turbarán la paz de su incógnito, y tal vez si una ligera impaciencia hará contraerse sus enérgicos labios: “Ah! muchacho indiscreto, no dejará jamás de hablar”. Y la veo serenarse luego, recoger la labor que abandonara, y mirar errabunda las nerviosas llamas de la chimenea que alienta la vida del amplio hall.

Con todo, y a pesar de la responsabilidad que pueda caer sobre El Curioso Impertinente, no me arredra la idea que acabo de exponer, porque bien sabe la humanidad que la perla vale precisamente porque se oculta entre paredes casi rocosas, y porque es ya tiempo de que el mundo vaya admirando las energías y estimando los corazones.

Fuera de la labor en las obras sociales, la señora Roberts de Correa dedica sus actividades y sus afeetos a la vida de su hogar, al cuidado y cariño de sus nietecillos que, juguetones como las libélulas y frescos como las flores, parecen rodearla de una eterna primavera. En esa casa se mece dulcemente como un efluvio especial la

influencia bienhechora y discreta del criterio firme y reposado de la abuela y de la madre consciente de sus deberes y de las palpitaciones de su corazón.

Si la providencia no quiso regalar a la señora Roberts el encanto de una hija que reflejara su propia hermosura, en cambio la ha sabido indemnizar dándole dos nueras cuya belleza no necesitamos ponderar porque está fija, como un recuerdo de arte, en la retina de los que perambulamos

por esta ciudad de Santiago.

Tal vez si en el alma de esta apostólica luchadora que palpita solamente ya para los grandes ideales, rodeada por un misterioso nimbo de misticismo, se encuentren grabadas, en vida real y verdadera las palabras de Cristo, comentadas por Kempis. "Mi paz os doy mi paz os dejo, pero mi paz no está en las cosas de este mundo".



GABRIELA REJANE



Madame Réjane. retrato por Th. Chartran.

GABRIELA REJANE

A mediados del mes ha fallecido en París, Gabriela Réjane, la ilustre comediente cuyo sólo nombre evoca toda una larga época de triunfos para la notable actriz y para aquellos autores que tuvieron la suerte de ser interpretados por el genio de Réjane.

Ha muerto casi vieja, retirada de la escena, y después de haber vivido la vida suya, la íntima, la propia, la bien nuestra, en medio de tantos sacudones como desarro-

llaban ante el público las tormentas espirituales de las heroínas.

No fué precisamente lo que se llama hermosa; pero fué lo que en París constituye una mujer "pire", es decir, peor que si fuera hermosa: elegante, apasionada, pícaro, simpática, envolvente, llegando por todo esto a encarnar como nadie el tipo medio de la mujer francesa. El pueblo la quería como cosa propia y la aclamaba con delirio cuando veía cruzarse por su naturaleza todos los impulsos y las ansias que a él mismo lo consumían.



Gabriela Réjane.

Estallada la guerra, accedió Réjane a reactuar para allegar fondos, logrando así reunir los francos a miles de miles, y haciendo a veces política con su arte. "Al saee", por ejemplo, la patriótica pieza de Lavedan, tuvo en ella la más alta encarnación, y los miles de especta-

dores sintieron surgir dentro de ellos toda la justicia porque clamaban los labios de la actriz, estremecidos de amor patrio, de ansias caritativas y de fiebre artística.



La pasión en ella dominante fué el teatro, tanto, que no supo ser feliz ni en su hogar por invitar constantemente la tragedia a casa. Divorciada, pudo darse libremente a sus roles con toda su alma; pero tuvo, sí, la precaución de retirarse a tiempo y de lograr que sus últimos años fueran respetados en la intimidad.

Ha muerto, pues, cuando los más significativos homenajes comenzaban a coronar, haciéndole justicia, su cabeza sexagenaria.



La Réjane en "La Silla N.º 13", obra inglesa vertida al francés, en que la gran actriz obtuvo uno de sus más recientes triunfos.

DELITOS FINANCIEROS

Por NICOLAS NOVCA VALDES

Los delitos financieros.—Sus características.—Los delincuentes en la Bolsa y en los Bancos.—Casos curiosos.—El famoso Arton.— Legislación al respecto.— Deberes sociales

Alguien, al conocer el tema del artículo que a continuación va, me advierte, en calidad de espíritu ponderado y un sí es no es pacato, que al leerme podrían sentirse heridas en su susceptibilidad, las personas que dedican en general sus actividades al orden financiero.

A pesar de la observación y del consejo mal disimulado que ella encierra, me he decidido a publicar mi artículo con la seguridad de que el criterio ambiente no es tan inferior como para achacarse condiciones estigmáticas que sólo se refieren a delincuentes.

Las finanzas y el comercio son honradas esferas de trabajo que ensalzan en vez de rebajar o disminuir, pero en ellas, como en otras, se desarrollan los gérmenes de ciertos delitos, sin que ello sea, por cierto, motivo para condenarlas.

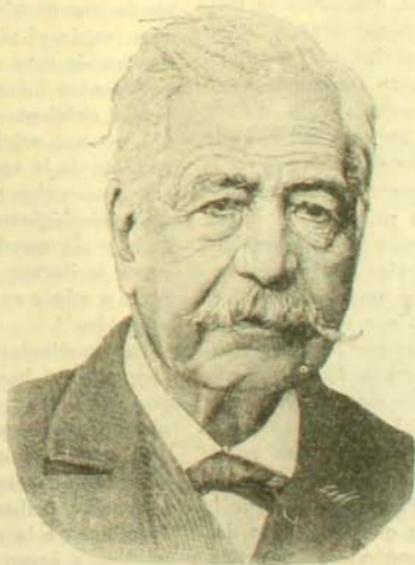
Y sin más entro en materia. La verdad sea dicha. Se ha olvidado ya, casi por completo, el valor del nombre; se ha olvidado también el fruto del esfuerzo hecho para llevar una vida honrada y laboriosa, y todas las alabanzas se guardan para prodigarse al Dios dinero.

Resultado lógico de tal situación es que todas las actividades de que el hombre dispone, se concretan a la adquisi-

ción de la fortuna, única palanca, dentro del siglo en que vivimos, capaz de dar la satisfacción de verse admirado y respetado. Hay quienes, en tal camino, parecen olvidar que el dinero es un medio de adquirir otras cosas, y lo consideran un fin al cual tienden todos sus actos, único ante el cual agotan y sacrifican sus más preciosas actividades. Para nuestros contemporáneos, el hombre con dinero tiene talento, es distinguido, amable, gracioso, etc. Y esta atmósfera no pasa inadvertida para el feliz poseedor de los millones. Desde que los adquiere, su palabra es grave, lenta y tiene un tono persuasivo. La admirable penetración del vulgo ha condensado este curioso estado de cosas en esa frase que dice: Fulano habla con el aplomo del dinero.

Es justo, pues, que así como las actividades pro-sociales se aguzan en la lucha de la conquista del gran elemento, las anti-sociales o criminales se agiten o agucen en la misma campaña.

De aquí el nacimiento del gran problema que encarna para los Estados y para los que viven honradamente, la aparición en nuestro medio social de una falange de criminaloides, empleando la frase de Lombroso, que encubiertos en los juegos de Bolsa, en las sociedades anóni-



Mr. Fernando de Lesseps, constructor del canal, que causó el "affaire" Panamá.



Mr. Joseph Caillaux, ex premier francés en cuyo proceso se persiguieron delitos bancarios.

mas y en las empresas bancarias, disponen como quieren de los valores, inventan las historias más inverosímiles para hacer subir y bajar las acciones, despiertan la confianza en los cándidos depositantes, urden las empresas más inmorales, etc., sacando, en cada caso, un enorme provecho personal, sembrando la desgracia y la miseria en el medio honrado: en casa del honesto médico, que ve perdidos sus ahorros, de la viuda, que ve desaparecer el modesto peculio que le legara su marido; del industrial, que ve muchas veces comprometidos hasta los mismos capitales productores.

Estos hechos son tales, que nadie se atrevería a negarlos; son, por desgracia, muchas las víctimas hechas por los delincuentes financieros, y consta a todos los que ojos y orejas poseen que esos sacerdotes de la ciencia económica fraudulenta, jamás perdieron dinero; que, salvo raros casos, después de las especulaciones levantaron edificios de gran valor; que después de la quiebra vivieron mejor que antes, que después de los vaivenes económicos desarrollaron tren de lujo y de fastuosidades.

Hay especulaciones que no sólo han con-

movido el medio estrecho del país en que se vive, sino que también al mundo entero. Bastaría citar el **affaire** Panamá para comprender el vuelo que a veces toman estos engaños de la gran Banca.

La ciencia ha puesto sus ojos sobre este tipo de delinciente y ha hecho estudios acerca de los puntos que lo caracterizan. R. Lasche, en su obra "El crimen financiero", clasifica a algunos de estos grandes especuladores en las zonas intermediarias entre el estafador y el criminaloide, y a otros francamente entre los criminaloides, con lo cual sigue la opinión del profesor Lombroso. Define Lasche estas zonas intermediarias de la siguiente manera: "Son constituidas, dice, por aquellas formas del fraude que toman la apariencia de Bancos, sociedades financieras, y operaciones de Bolsa, a fin de adormecer las desconfianzas y valerle mejor de la credulidad de los cándidos. Los autores de estos fraudes, continúa, son criminales cuyo talento, instrucción y condición social sirven para afinar aquellos malos instintos, que en todo estado de cosas los habrían llevado hacia el delito. Sólo que, en condiciones diferentes, sus crímenes habrían sido, probablemente, menos hábilmente organizados". Los criminaloides serían, según el mismo autor, el producto de una acción muy eficaz del medio sobre temperamentos incapaces de oponer una resistencia suficiente a la acción de las pasiones, no son originalmente criminales, pero resultan de la acción combinada de las causas ocasionales e individuales. "Tal sería, dice, psicológicamente el especulador arriesgado y sin escrúpulos a quien el deseo de ganar lo llevase a arruinarse, arruinando a otros y aún a sus mismos cómplices, todo a sabiendas".

Las particularidades de este tipo de delinciente le hacen especialmente temible, pues sus actos y su manera de obrar no despiertan, por la naturaleza misma de las cosas, una reacción tan violenta como la que surge de un acto criminal bárbaro no evolucionado. Sabedores de esta impunidad, fructifican a la sombra de la consideración pública, y hacen millares de víctimas mientras ellos aumentan cada día en dinero y respetabilidad. Muchas veces llegan a ser

los verdaderos directores de la política y de la Banca de un país; a tal punto alcanza la admiración de los incautos por este tipo criminal.

El primer punto que llama la atención y que es la característica que lo constituye criminal, es la falta de sentido moral. Tarde dice al hablar de esta característica en los agentes de cambio: "creen que toda operación es permitida, aun las más audaces, siempre que ésta tenga por objeto hacer subir o bajar los valores públicos; y, por otra parte, hacen alarde de una escrupulosa honradez en la ejecución de las órdenes de bolsa".

Tan es verdad que esta clase de individuos no tiene la menor idea de que sus actos son antisociales, y tan convencidos están de que son perfectamente lícitos, que cada vez que uno de ellos llega hasta los Tribunales, se jacta de su conducta, creen que su prisión es un hecho estúpido de la justicia y no manifiestan ningún síntoma de arrepentimiento, salvo accesos anormales de llanto infantil, hijos de ciertos histerismos que suelen observarse entre éste y otros tipos de delinuentes.

El famoso Arton, corredor de comercio, director de Banco, gerente de compañías ferrocarrileras, etc., que fué al fin reducido a prisión por haber querido pagar a la sociedad de Dinamita, tres millones de francos en papeles y títulos desprovistos de valor, decía, según la relación de Balaille en "Le Figaro", al verse frente al tribunal: "Si hubiese dispuesto de ocho horas más, me habría salvado", y cuando se le decía que sus títulos no tenían valor, respondía con orgullo: "¿Sí?, sin embargo, he hecho circular veinte millones en el mercado".

En materia de arte para engañar, según dice el citado Lasche, llegan a afinarse algunos de estos grandes personajes en forma que despertarían la envidia de los más hábiles estafadores. Cita, entre otros, al gerente del Banco Comercial e Industrial de Turín, que había descubierto los medios más ingeniosos que es dable imaginarse para sorprender la buena fe de los accionistas.

Hablando de la falta de seriedad moral de estos individuos, dice Crump: "El especulador delincuente que escoge delibera-

damente su profesión, debe estar constituido de una manera particular. Está generalmente dotado de singulares condiciones mentales que le permiten crear una historia inverosímil, lanzarla al público y sacar siempre algún provecho personal.

"Los sistemas que juzga como perfectamente legítimos en la Bolsa serían considerados como los peores fraudes por el común de los mortales...

"Colocan metódicamente en su trabajo toda clase de mentiras para tender un lazo a los ignorantes o a las inteligencias menos prontas para prever los acontecimientos".

Esto, naturalmente, en cuanto se refiere al especulador profesional y delincuente.

Otro rasgo sobresaliente en estos criminales es la prodigalidad, el gusto del lujo.

La hipocresía es característica muy acentuada también en los delinuentes financieros, como lo comprueban las estadísticas. Marre da una cifra de un 23.70 por ciento de delinuentes de fraudes que se han vuelto locos; lo que se explicaría por dicha hiperestesia.

La hipertrofia del yo es una de sus armas más terribles y perjudiciales; pues es ella la que les da el ascendiente sobre los in-



Bolo Pachá que en sus delitos contra la patria se reveló un hábil malhechor financiero.

cautos, la que los transforma en verdaderos meneurs de una turba inconsciente que deja en sus manos todo su haber.

Fuera de estos rasgos, nada se encuentra de definitivo en otros órdenes; por ejemplo, no hay rasgos degenerativos; las facultades afectivas son normales y su inteligencia siempre superior.

Es éste el conoicidísimo tipo contra quien ha de luchar vigorosamente la sociedad actual, y contra el cual se han puesto ya en armas muchas agrupaciones sociales.

El Código de Comercio italiano dice en su artículo 246: "Serán castigados con las penas fijadas en el Código Penal para el fraude aquellos que simulan o afirman falsamente la existencia de suscripciones o de pagos en una sociedad por acciones, o que a sabiendas hacen aparecer como formando parte de determinadas sociedades a personas que no pertenecen a ellas, o se sirven de cualquier otro engaño para obtener suscripción de acciones o cuotas".

La ley alemana de 22 de junio de 1896, significa el mayor adelanto en materia de legislación de Bolsas de Comercio.

Así dice:

"Artículo 75. Será castigado con pena de prisión o una multa no superior a 15.000 marcos quien con intención fraudulenta se sirve de medios artificiales para influenciar el curso de la Bolsa o el mercado de títulos o frutos. Perderá también sus derechos civiles.

Artículo 76. Quien promete o se hace acordar promesas de remuneración en cambio de noticias publicadas en los diarios para ejercer influencia en el precio de la Bolsa, será condenado con prisión de un año máximo o multa de 5.000 marcos.

Artículo 77. El que, a sabiendas, publique o propague una lista de precios alterada, será castigado con seis meses de prisión o una multa de 1.000 marcos.

Artículo 78. Aquel que, con el fin de ganar, ha lanzado a otras personas en especulaciones de Bolsa, extrañas a sus ocupaciones habituales, aprovechándose de la ligereza e inexperiencia de éstas, será castigado con una multa que no exceda de 15 mil marcos.

Artículo 79. Será castigado con prisión

el corredor que para procurarse o procurar a otros una ganancia, compromete el haber de su mandante, dando, contra toda buena fe, un mal consejo o una noticia inexacta acerca de un negocio, o que, en la ejecución de una orden obra, a conciencia, en detrimento de su mandante...

...La tentativa de estos actos será también penada".

Respecto a las quiebras, estatuye el Código Penal austriaco que la responsabilidad penal en la quiebra de una sociedad comercial, alcanzará a todos los socios, a los cuales hace responsables de la falta cometida.

Hay, además, legislaciones que asimilan las especulaciones de Bolsa al juego, o sea, que lo que se debe en razón de especulaciones no puede cobrarse ante los tribunales, ni repetirse lo pagado en estos mismos negocios. En estos casos, las Bolsas de Comercio han establecido penas severísimas, que han depurado mucho la calidad de las gentes que en ellas transan.

Millares de estas disposiciones se encuentran en los diferentes Códigos, fundados en los sistemas clásicos.

Así como el Código alemán ha sido el que ha llevado más allá el castigo del fraude financiero, ha sido también el único que ha dictado medidas de carácter verdaderamente práctico y de alcance fructífero. La ley de 22 de julio de 1896 ha instituido para las Bolsas de Comercio un tribunal de honor en que se juzga a los corredores que han faltado, en lo más mínimo, a la honorabilidad profesional. Las penas que dicta este tribunal consisten en la reprensión o expulsión del condenado, de la Bolsa.

Este sistema impide la casuística de las leyes; se basa en un principio científico: "en la separación del delincuente de la sociedad en que delinque". Es éste un medio absolutamente eficaz en el caso de los criminaloides, y depurador en alto grado en todo caso. De esta manera tendrá forzosamente que levantarse paulatinamente el nivel moral de estos centros de negocios. Desde el momento en que las sociedades o agrupaciones financieras se resuelvan a expulsar de su seno a todo elemento pernicioso, deben abrigar la seguridad de que marchan al triunfo.

Para con respecto a los Bancos se hace necesario exigir garantías a los administradores o gerentes, garantías que se harían efectivas desde el momento en que el Banco apareciese si no complicado, por lo menos prestando ayuda a esos grandes señores del crimen financiero. Este sistema pondría en guardia a los gerentes y evitaría en parte la obra de la sugestión, tan admirablemente ejercida por esta clase de delinuentes. Es también indispensable democratizarlos, ya que no es posible que el gran crédito, las grandes facilidades, se concedan sólo a una casta social, precisamente a aquellos en cuyo seno vive y se desarrolla la larva del fraude financiero.

El Estado, por su parte, debe preocuparse de evitar el engorroso funcionamiento de la administración, que a medida que crece se pone más lejos de la supervigilancia pública, y es, por ende, causa segura de fraudes. Todas estas medidas, y muchas otras que pudieran proponerse, son indudablemente muy superiores a los simples castigos estampados en nuestros códigos, desti-

nados solamente a sancionar el viejo principio del mérito y del demérito; pero que nada práctico encierran en ellos. Sin embargo, existe una medida que es superior a todas las enumeradas y que podríamos llamar, medida única. Esta consiste en la educación moral de los individuos que componen una sociedad. La formación, en cuanto lo permita el grado de educabilidad y de corregibilidad del sujeto, del sentido de la probidad, y, por fin, la instrucción suficiente para que los que poseen dinero o deseen adquirirlo sepan que el fraude es la mejor manera de apurar la desmoronización de una sociedad careomida.

Digamos con Laeche: "Sin duda que no está en el poder del hombre suprimir completamente el crimen: los factores individuales, debidos a la herencia y a la degeneración, se opondrán siempre; pero ahí donde éste es provocado especialmente por la inmoralidad y la injusticia, la victoria no será dudosa desde el momento en que las altas clases se den cuenta verdaderamente de su responsabilidad frente al porvenir".



Apunte del dibujante francés Bompard, tomado a Callaux durante el proceso.



EXCMO. SEÑOR DON MANUEL WALLS Y MERINO, MINISTRO DE ESPAÑA, QUE HA VENIDO A REEMPLAZAR AL SEÑOR MANUEL GARCIA JOVE.

El baston de Juanillo

Por ALMOR

Cumplía Juanillo ocho años y era un niño bueno y aplicado. Ya sabía leer y escribir y no había placer mayor para él que deletrear en la calle los grandes avisos que coronaban el frente de las tiendas y de los teatros.

Gustábanle también las travesuras y cuando no lograba pegarle una cola de papel a la "Miss" de anteojos que le enseñaba el inglés, entreteníase en vestir al gato, de pies a cabeza, como una señorita. El pobre animalucho, espantado al verse en esta situación, se lanzaba como un loco a través de las habitaciones produciendo la consiguiente alaraca.

Tras un breve castigo se le perdonaba la fechoría cometida por cuanto no tenía Juanillo mala intención y, además, poseía las dos virtudes que todo niño debe guardar en su alma: no mentía nunca y jamás hacía nada escondido de sus padres.

El día de su cumpleaños le llamó su mamá y, acariciando sus crespos de oro, le habló así:

—Juanillo, le dijo, ya tienes ocho años. Eres, desde hoy, un muchachito grande, serio y consciente. Sabes perfectamente lo que es "malo" y lo que es "bueno", lo que se puede y lo que no se puede hacer en la vida. Quiero considerarte, pues, como un hombrecito y, en recuerdo de este día, voy a obsequiarte algo que, no lo dudes, habrá de complacerte más que un juguete.

Al expresarse en esta forma, abrió cila el ropero en tanto que Juanillo sentía latir su corazón como si fuera un reloj. Percibió un leve rumor de papeles de seda y luego vio a su mamá que se acercaba a él con un bastoncito en la mano. Era precioso, de madera lisa, sombreada y de hermosísimo color. Pero nada impresionó más a Juanillo que la caña: era redonda como una bola y cambiaba de matices según el lado por donde se la mi-

rara. La luz, al reflejarse sobre ella, descomponíase en tonalidades diversas, ya verdes, ya azules, ya amarillas o rojas.

Juanillo embelesado ante tan soberbio obsequio se precipitó en los brazos de su madre besándole la frente, los ojos y las mejillas, hasta descomponerle el moño.

Una vez restablecida la calma, la buena señora sentó al niño en sus rodillas a fin de hacerle saber todo lo que significaba de halagador para él, tan lindísimo objeto.

El bastoncito había sido de su papá quien, a su vez, lo había recibido de su abuelo. No sólo había que considerar, pues, su precio material sino el valor que, como recuerdo, representaba.

—Al entregártelo, dijo la mamá, te doy una prueba de confianza, segura de que sabrás corresponderla. Un niño que lleva un bastón, agregó, debe ser todo un hombrecito, de lo contrario, aparece como si fuera el bastón que lo llevara a él. Una vez solo, Juanillo examinó minuciosamente el precioso regalo lanzándose en seguida con deleite a la calle con él. Avanzaba con donaire, haciéndole girar diestramente entre sus dedos, deteniéndose al frente de cuanto letrero encontraba, los que leía en alta voz a fin de dar cuenta a todos de sus vastos conocimientos.



Así fué como se impuso de la existencia de una feria que, en un paraje lejano, ofrecía al público las más estupendas exhibiciones. Aparecía en el cartel un papagayo amaestrado que disparaba una cureña diminuta, un oso que danzaba erguido sobre sus patas traseras y un pequeño príncipe de gran chambergo emplumado y de espada al cinto, idéntico al que volvió a la vida, con un beso, a la bella del bosque dormido. Pero lo que más llamó su atención fué el retrato de una dama, de traje deslumbrante, encajado de esmeraldas y de rubies, en torno de cuyo cuello ondulaban serpientes aterradoras, jaspeadas de manchas de oro.

Con la mente invadida por estas visiones llegó el chico a su casa y lo primero que le preguntó su mamá fué por el bastoncito.

Esa noche Juanillo durmió mal. En su espíritu afebrado vagaban, estrechamente confundidos, sus ocho años, la feria, el papagayo, la dama de las culebras, el oso bailarín, el príncipe diminuto y la varita de puño refulgente. Veíase atravesando el jardín de la mágica fiesta, hecho un hombre, apoyado en el bastoncillo.

Ir a ver tanta maravilla le pareció, en un principio, un sueño poco menos que irrealizable. Sabía que el camino era largo y que era menester andar mucho en tranvía; pero, poco a poco, el deseo vehemente que lo dominaba de ir a la feria hizo considerar menos inverosímil la hazaña.

Recordó entonces las palabras que le dirigiera su papá un día:

—Cada niño tiene en el fondo de su sér, le dijo, un ángel y un demonio que continua-

mente se desafían. Si el pequeñuelo es bueno, sumiso y obediente, domina el ángel, con su espada de fuego, al diablillo; pero ocurre lo contrario cuando se infiltran malos sentimientos en el alma.

Por primera vez en su vida le pareció a Juanillo que el angelito retrocedía levemente herido.

—¡No!, pensó. No debo desobedecer a mi madre.

El ángel nuevamente se erguía, en este instante, y embestía al diablillo; mas ¡ay! después de un rato, éste otra vez se abalanzaba sobre su santo enemigo.

Juanillo imaginaba planes: saldría temprano, después de almuerzo, a la hora del colegio, y estaría de regreso—como siempre—a tiempo para la comida. Nadie se daría cuenta de su ausencia. ¡Vería el oso, el papagayo y la domadora de culebras!

¡Oh cómo sangraba el corazón del pobre ángel, desgarrado por el demonio!

Aún hizo un esfuerzo por desplegar sus alas y erguirse—(titubeaba el niño)—pero el diablillo triunfaba agitando sus membranas de vampiro.

Pasó la mañana. Juanillo subió a su pieza, abrió el ropero, sacó el traje blanco con que iba a misa los domingos y se esmeró en que toda su indumentaria luciera el mismo color: sombrero, corbata, chaleco, guantes, calcetines y zapatos, brillaban como la nieve. No se ha visto nunca compostura igual, pensaba Juanillo, y, sin duda, que será objeto de la admiración general. Satisfecho e inflado como un palomo consideró su figura una vez más en el espejo y luego—sin olvidar el bastoncito—huyó por la puerta falsa a la calle. ¡Iba hecho un pan de azúcar!

Era la primera vez que cometía tan fea acción y su corazón latía con fuerza en su pecho en tanto que el ángel yacía, en el fondo de su alma, con la espada rota y las alas destrozadas.

Siguió, no obstante, adelante hasta alcanzar el tranvía en el que tomó asiento temblando y pronto a llorar.

Sin duda que el angelito hacía esfuerzos para reincorporarse... sin lograr realizarlo por cuanto el demonio tenía dominado con la rodilla sobre el pecho.

Para colmo de su desgracia vió Juanillo a un mozallete que, sentado al frente, reíase





en su cara. Más lejos sabieron dos viejas y, mientras se acomodaban, oyó con espanto, que una de ellas, mirándolo de soslayo, decía:

—¡Parece una crema!

No hay felicidad posible en la vida cuando se obra en pugna con la conciencia. Juanillo miró de reojo su pantalón de nieve, sus albos calcetines, sus zapatos blancos y... con el bastoncito entre sus manos enguantadas, se sintió ridículo.

¡Con qué felicidad habría dejado caer del carro para emprender la fuga en segunda hasta la casa donde la mamá, sin duda, le creía sentado en la escuela, inclinado sobre el cuaderno con la pluma entre los dedos!

No obstante, había llegado al sitio de la fiesta. La multitud se aglomeraba en la puerta de entrada y el aire vibraba sacudido por

el sonido de trompetas y tambores. La banda de música atronaba la atmósfera.

Confundido, arrojado de un lado a otro por la multitud ondulante, apenas se acertaba a dirigir la mirada hacia los saltimbanquis que, encaramados en sus tarimas, levantaban pesos enormes en tanto que los leones rugían en sus jaulas en forma aterrante. Allí estaba la mujer, que viera en el cartel, en torno de cuya cintura enroscábase una enorme serpiente boa de ojos fieros...

Juanillo retrocedió espantado yendo a estrellarse contra una masa oscura y movible... Al mismo tiempo oyó un ruido de cadenas y se sintió como apresado; constató con pavor que el oso tenía sujeto de la chaqueta en tanto que una gitana, de rostro mulato, se reía de su espanto.

Más muerto que vivo logró desasirse del



monstruo que se balanceaba a uno y otro lado, y se encontró en un recinto menos congestionado de gente. Se dejó caer exhausto en un banco y un tanto tranquilizado respiró profundamente. Se encontraba al frente de un enorme "carrousel" como no había visto jamás otro igual.

Había en él toda clase de animales, desde el elefante hasta la oveja. Todos ellos balanceábanse levemente en tanto que un hombre, vestido de rojo y galoneado de oro, llamaba a los niños a fin de que subieran. En el medio veíanse espejos que producían un magnífico efecto de luces y por todos lados colgaban guirnaldas maravillosas, gruesos y bulliciosos cascabeles, banderas, escudos multicolores y pompones de todos tamaños.

Juanillo vió a un grupo de niños que tomaban colocación en una carroza enganchada de caballos blancos empavesados de plumas, en tanto que otros se apoderaban de tigres y jabalíes.

¡Oh, qué delicia ha de ser subir allí, pensó ovidando sus congostas.

Pero el bastón, el malhadado bastoncito entorpecía sus movimientos; no podría estabilizarse bien sobre el lomo de la jirafa—que ya tenía elegido de antemano—si había de conservarlo en sus manos.

De pronto resonó una campana. ¡No había tiempo que perder! Juanillo miró afarolado en torno suyo y vió con grata sorpresa a un joven que se acercaba a él con la más afectuosa de las sonrisas.

Con frases amables se ofreció galantemente para encargarse del bastoncillo mientras él subiera al "carrousel". Nuestro amiguito no se lo hizo repetir dos veces y, lleno de júbilo, se abalanzó hacia la bestia de cuello largo, cuyo extraordinario aspecto tanto lo había atraído. Sentado sobre su lomo jaspeado se sintió magnífico, heroico, imponderablemente glorioso!

Una música bulliciosa, vibrante, animada de panderetas, campanas y tambores resonó; la jirafa, bajo Juanillo embelesado, empezó a coreobear y los espejos a girar en el fondo, lentamente en un principio, y luego más de prisa.

¡Era estupenda la sensación, inexplicable, divina y mágica!

Al pasar por primera vez frente a la entrada, Juanillo miró instintivamente hacia el joven amable.

¡Allí estaba! Sonreía inmóvil.

El aparato iba acelerando su marcha giratoria, los animales aumentaban la violencia del coreobeo, en tanto que crecía la bullanga ensordecedora de los cascabeles, de las trompetas y tambores.

Al pasar nuevamente frente al punto de partida, se pareció a Juanillo que su amigo se encontraba un poco más retirado. ¡Sería idea, sin duda!

No obstante, después de la tercera vuelta, nuestro "pancito de azúcar" vió con pavor indescriptible que el joven se alejaba precipitadamente en dirección a la puerta de salida con su bastón en la mano.

¡Adiós alegría! ¡Adiós placer! ¡Adiós delirio, entusiasmo y jolgorio, y adiós tigres, jirafas, elefantes y jabalíes!

El maravilloso "carrousel" pasó a ser, desde este momento, la más fatídica pesadilla para el pobre Juanillo que, abrazado del larguísimo pescuezo de su bestia africana, abría ojazos inmensos y desesperados. El ruido ensordecedor de todos los instrumentos puestos en movimiento a un tiempo, contribuían a aumentar su angustia, y eterna se hacía la vuelta, a pesar de la marcha verti-

giosa del aparato, para el desgraciado Juanillo que cada vez divisaba a su joven y obsecuente amigo más distante y más diminuto.

Cuando por fin, sudoroso y pálido, pudo poner pies en tierra firme, le pareció que su corazón vagaba, como un ser extraviado, en su estómago con intenciones de escaparse por la boca. Sea por motivo de la emoción sufrida o del movimiento rotativo del cien veces maldito aparato, el hecho es que Juanillo se tambaleaba a uno y otro lado hasta verse obligado a buscar apoyo junto a un árbol de sombra hospitalaria.

Con paso vacilante recorrió las diversas avenidas donde seguían gesticulando y dando voces los saltimbanquis y la dama de las serpientes.

Juanillo llegó a su casa, subió la escala, entró como una exhalación al cuarto donde lo esperaba la mamá y, ocultando su cabeza entre sus faldas, rompió a llorar.

Sentíase desgraciado y lleno de vergüenza

por la falta cometida que sólo le había traído sufrimientos: la pérdida del lindo bastoncito, los terrores ante las serpientes y el oso, el temor del castigo.

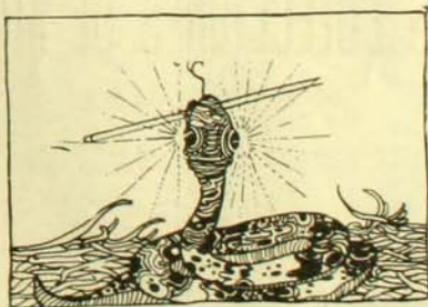
¿Le perdonaría ella? ¿Vencería nuevamente al diablillo el pobre ángel que yacía en el fondo de su alma?

Hay que esperarlo por cuanto Juanillo seguía sollozando, sacudido por el remordimiento.

No olvidéis lo que sigue, chiquitines:

No puede haber felicidad en el mundo cuando no se cumple con su deber. El sol más radioso y el cielo más azul se nublan y tornan grises, ante los ojos del niño que ha desobedecido porque lleva una sombra en el alma.

No importa, en cambio, que sople el viento y que los grandes nubarrones oscurezcan el día cuando el niño se ha portado como debe, porque lleva el sol y el cielo azul en su corazoncito.





La Lección de Música, por Watteau.

L GRANDES COLECCIONES DE ARTE INGLESAS

COLECCION WALLACE

Con motivo del aniversario de S. M. el Rey Jorge V de Inglaterra, hemos querido rendir a dicha nación el homenaje de un estudio en relación con el arte británico.

Es una de las más magníficas colecciones de arte con que cuenta Inglaterra. Está situada en Londres, a medio camino entre Hyde Park y Regent's Park, en el barrio perteneciente a Lord Portman, en un islote al fondo de Manchester Square, a todas las residencias señoriales inglesas construidas en los tres primeros cuartos del siglo XIX. Los pisos, los cielos, el decorado, todo en ella es británico; pero si entramos, Francia surge a su vez. Los muebles de Riesener, las porcelanas de Sévres, los bustos de Houdón, cuadros de

Watteau, de Fragonard, de Greuze, impregnan la atmósfera del perfume del siglo XVIII, que es el más francés de los siglos.

El hombre que ha reunido tan magnífico conjunto es el cuarto marqués de Hertford, aquel que vivió en Bagatelle, en esos pabellones hoy vacíos, donde las exposiciones organizadas por la Sociedad Nacional, no logran reemplazar la colección formada ahí, y de la cual son apenas fantasmas... El último poseedor de estos tesoros era medio hermano y heredero de Lord Hertford: se llamaba sir Richard Wallace, fué también parisiense de corazón, casó

con francesa, y a ella legó tales objetos. No es de extrañar, pues, que junto a la sensación de estar en Inglaterra, se sienta uno como bajo el cielo de Francia.

Pero ha sido exclusivamente a costa de dinero inglés como se ha constituido esta colección. Y gracias, además, a la afición apasionada de varias generaciones de amateurs ingleses, durante un período de casi ochenta años.

La inmensa fortuna que representa la colección Wallace proviene de tres perfectos excéntricos del siglo XVIII, que hicieron el gasto en la crónica escandalosa y mundana de la época de los Jorges. En primer lugar, de Francisco Carlos, tercer marqués de Hertford, llamado en la intimidad "el arenque ahumado", y que no es otro que aquel a quien Thackeray pintó en su FERIA DE VANIDADES bajo el nombre de Marqués de Steyne; y, en seguida, de dos personajes harto más singulares aún; de Jorge Selwin, aquel que se deleitaba ante los suplicios, que pasó la vida buscando dónde se quemaba, se colgaba o se decapitaba a alguien y que nunca estaba más contento que cuando el verdugo le tomaba por compadre; y del duque de Queensberry, viejo galantuomo que vivió eternamente sentado en la terraza de Picadilly, dando una ojeada a los paseantes, con un groom al lado, a caballo, listo siempre para llevar mensajes a las mujeres bonitas que divisaba desde su sitio el patrón amable. Y lo más curioso es que había en la sociedad lon-

dinense por entonces, una deliciosa jovencita, miss María Fagniani, Mie-Mie en la intimidad, de la cual creía ser el padre cada uno de aquellos dos originales, burlándose ambos de las pretensiones del otro. Y para colmo, la madre de miss Fagniani, nada hacía para disipar tales dudas injuriosas, sabiendo, en seguida, sacar de esa situación el mejor partido, porque obtuvo que Selwin y el duque de Queensberry testaran en beneficio de su hija, redondeándole así una dote considerable.

Y quisieron las circunstancias que esta Mie-Mie, se casará luego con Francisco Carlos, tercer marqués de Hertford, llamado "el arenque ahumado". Ambas fortunas unidas permitieron comenzar esta colección continuada por aquel cuarto mar-



Miss Haverfield, por Gainsborough.

qués que habito en París, y continuada también por el otro hijo de la anecdótica miss Fagniani, sir Richard Wallace, quien alcanzó a dejarla como la vemos hoy.

La individualidad de este coleccionista puede apreciarse en todo. Está patente. Desde que se entra se tiene la impresión de no estar en un museo. Se está en casa de alguien, de alguien que ama las cosas bellas y que las reúne sin sentirse obligado a adquirirlas ni a rechazarlas, porque sean o no sean de tal carácter o de tal época. No se ha seguido ciegamente el gusto reinante en la generación. No se siente ni la disciplina ni la precipitación del neófito. Y, además, el gusto por las artes en esta casa data desde antiguo: en el siglo XVIII una marquesa Hertford, se hizo retratar por Reynolds, y el maestro inglés está ahí como un amigo de la familia. Los demás maestros, venidos de todos los países y pertenecientes a todos los siglos, no son más que invitados, es cierto; pero invitados por simpatía y no por pretendido decoro u obligación.

Desde luego, llaman la atención en primer término, los holandeses, es decir, los padres de toda la pintura inglesa del siglo XVIII, excepción hecha de los retratos, y de la mayor parte de los pintores de género del siglo XIX. Los Wilkie, los Webster, los Leslie y los Ward, es natural que estén representados aquí: responden en absoluto al gusto, inglés por lo precisos y determinados que son. Hay también numerosos ejemplares de ese género que pudiéramos llamar "precursor de la fotografía" y al cual pertenecen las telas en que el sujeto se reproduce trozo a trozo, fielmente, sin originalidad, sin interpretación personal, y de los cuales es el más notable el "Interior" de Pieter de Hooch. Es admirable de realidad y, sin embargo, ¡cuántas condiciones le faltan para que satisfaga en absoluto como obra de arte! Basta compararlo a un Watteau, a cualquiera de los Watteau de la Galería Wallace, y apreciar, que a aquel género falta el prestigio de lo imprevisto, de lo efímero, de lo inexplicable. La poesía de los Watteau, no es la poesía corriente, es

la poesía de lo raro y de lo delicioso, de lo que no nos rodea siempre y que siempre ansiamos nos rodee. No hay en ellos nación, época, hora ni moda: nos transportan a plena ensoñación, a comedias de amor eterno, a una existencia libre de vicios y de dolores. No puede haber otro temor en tal ambiente que de los mandolinos brote una nota falsa... Y en esa existencia, la indolencia pasa a ser un sport, y no hacer nada, un arte de los más complicados... Esa antítesis entre el gesto justo e individual y las escenas indeterminadas y lánguidas hasta lo expirantes, es precisamente el resumen del arte de Watteau. En esta Galería pueden verse admirables ejemplos. Los títulos significan poco. El pensamiento del maestro no se deja apriisionar en palabras. Sus personajes no necesitan hablar para parecer espirituales: lo son en el modo de estar sentados, de pie o inclinados; en el modo de prender las flores en el corselete o de volver las llaves de los instrumentos musicales; lo son también en el aire de sus cabezas, en la inclinación leve de los cuellos, en la línea de los brazos y, sobre todo, en la punta de los dedos.

Y si en seguida miramos alguno de los Boucher, que saltan a la vista, observaremos que todo el espíritu del maestro está en las piernas de sus figuras. Redondas, jóvenes, regordetas, mofletudas, ausente la línea recta y triunfante la línea serpenteada; de color suave y aporcelanado, rosa que se deslía en azul, elasticidad en la forma y en el colorido, tanta que no nos sorprende el leve golpe que parecen dar esos amoreitos con el pie desnudo, esos amoreitos que se alzan y rebotan... Nada más alejado, por supuesto, que este verdadero sueño, del ideal inglés. Boucher es exactamente lo que el artista británico considera como la antípoda del arte, y todos ellos, desde Reynolds hasta Ruskin, han lanzado a Ninfas y a Cupidos, sus anatemas inflamados, lo cual no impide que en pleno Londres, en el corazón mismo de la ciudad rigorista, haya 21 Boucher en la Colección Wallace!

También hay algunos Fragonard. Aquel



Nelly O'Brien, por Reynolds.

famoso cuadro popularizado por las reproducciones. "Les Hazards heureux de l'escarpolette", que pintó en 1766 a los 34 años, está aquí. Lord Hertford lo adquirió en 1865, por 30.200 francos en la venta del Duque de Morny. Basta verlo para adivinar no sólo a Frago, sino todo su siglo. Esa personita ligera de ropas que lanza sus chinelas a las narices de Cupido, enajenada como está ante los deseos de abandonarse al vértigo del movimiento que la atrae y la seduce, es nada menos que la sociedad francesa en víspera de la revolución!

Y pasemos ahora el estrecho: todo cambia. Las bellas damas que se representan en Inglaterra en la misma época, hacen

con aquellas figuras ligeras el mayor contraste. Y, con justicia, el orgullo del pueblo inglés son esos retratos del siglo XVIII. La calma, el silencio, la naturalidad, el brillo de la tez y de los ojos de esas grandes señoras, son espejos donde les agrada reconocer los rasgos de su raza.

Los retratistas ingleses provienen de Van Dyck. No es raro, pues el maestro vivió once años en Inglaterra y dejó hechos en ella 350 retratos. Muchos admirables. En la colección Wallace figura entre otros, el de la mujer de Felipe Le Roy, señor de Ravel y amigo personal de Van Dyck. Lo pintó cuando ella tenía 16 años. Ha figurado en la Galería de Guillermo II de Orange y entró a la de sir Richard Wallace mediante el pago de 20,000

florines. Observándolo, es visible que el retrato verdaderamente inglés ha nacido de ahí. Pero, como es natural, el genio inglés ha agregado su marca, o mejor, sus marcas, porque hay tres bien notables; la simplicidad de las poses, la distribución de la luz y sombra, y el colorido en general.

Para apreciar la primera característica del retrato netamente inglés, basta mirar el de Miss Haverfield, pintado por Gainsborough en 1774 y uno de los más celebrados del maestro; o bien observar el no menos notable de Nelly O'Brien, debido a Reynolds. Ambos son simples, calmos, sin la menor ostentación. Activas, perezosas o pensativas, tales mujeres viven para ellas y no para nosotros. Tienen el

orgullo tranquilo de su raza y de su país.

En cuanto a la distribución de la luz y de la sombra, el artista inglés sitúa la figura en la penumbra por lo menos y de caer en la garganta y en la frente un rayo que las aclara. Así cada relieve de la fisonomía aparece seguido de sombra violenta que también se insinúa en la nariz. Esta característica se repite en los retratos ingleses.

Y respecto del colorido, usan preferentemente el blanco puramente blanco, los negros verdaderamente negros y nada casi de azul. Reynolds prescribía: "Los claros de una tela deben ser color fruto maduro: amarillo rojizo, blanco amarillento". Y le seducía el carmín.

Gainsborough tenía también factura vibrante, nítida.

La pátina del tiempo ha amortiguado el colorido de uno y otro de los maestros, pero todavía gritan sus retratos la personalidad briosa que poseían aquellos que elevaron el arte inglés a grado tan alto.

La extraordinaria impresión que del conjunto Wallace se desprende y que tiene relación con el arte mundial, ofrece su mayor mérito y acaso su mayor encanto en que reúne la grandeza de dos artes que no se confunden, que tienen vida propia, sugestión diferente: los artes de Inglaterra y de Francia. Las influencias de uno y otro son palpables en el mundo entero y el arte naciente de los países jóvenes lejos de huir esas influencias debe ampararse en ellas. Visitar, pues, la Colección Wallace, constituye una enseñanza y un deleite.



La mujer de Felipe Le Roy, por Van Dick.

Al margen de un libro viejo

(A DON DANIEL BALMACEDA)

Crónicas y estudios literarios de treinta años atrás.—Juicios sobre Rubén Darío y Nicanor Plaza.—Emanuel y Sarah Bernhardt en Chile.—Consagración del Arzobispo Casanova.—A. de Gilbert y su personalidad.

Por EUGENIO LABARCA

DE las manos de alguien que lo guarda con cariño, ha llegado a las mías un libro casi viejo. ¿Casi viejo?... Sí porque su edición se aproxima a la treintena y es todo él, además, suma de recuerdos y de evocaciones que lo hacen venerable. Venerable, porque, desde luego, apareció después de muerto aquel que escribiera sus páginas, constituyendo así la huella de un hombre noble; porque cada renglón es el latido acelerado de una naturaleza exquisita y atormentada; porque varios de sus capítulos son reflejo de la vida activa de una interesante época nuestra, y por último, porque acaso esas páginas hayan abierto surco para que tras ellas pasaran los artistas que hoy hacen en Chile críticas y crónicas estilo moderno.

Este volumen tan perfumado espiritualmente es la recopilación de los estudios y ensayos literarios que alcanzó a realizar Pedro Palmaceda Toro, desde los dieciocho años a los veintiuno.

¿Quién de entre nosotros no ha oído citar alguna vez al hijo del

Presidente Balmaceda muerto meses antes de la Revolución, privando el país de un artista dilecto y del alma fina y del corazón franco que encerraba ese niño demasiado excepcional para resistirse a sí mismo? ¿Quién no ha oído prodigios de él como escritor, como dibujante, como poligloto? ¿Quién ignora que hubo un *A. de Gilbert* en nuestra literatura y que compitió desde "La Epoca" con los Irarrázaval, con Manuel Rodríguez Mendoza, con Luis Lueo, con Narciso Tondreau, con los Huneeus, y con otros varios que comenzaban entonces a tender el vuelo que había de remontarlos?... Son cosas que todos sabemos; pero ¿quiénes se habrán detenido a pensar que esa vida fué apenas un fulgor?... Poquísimos, porque cuesta imaginar que en un cuarto de hora de existencia se labore tanto en beneficio público y se arraigue ahondando a profundidad tal, que no lo conmueva la vida triste y la muerte prematura, sino que muchos años más tarde, al recuerdo de ello, suba una congoja a la garganta de quienes



Don Pedro Balmaceda Toro.

adivinan a *A. de Gilbert* a través del encaje de su palabra.

Los ensayos que contiene el volumen habían muy alto de Pedro Balmaceda: se ve en ellos al artista, al erudito, al valiente, al justo y al bueno. ¿Qué tal?... Y si esos trabajos fueron encanto y sorpresa para nuestro antiguo medio intelectual, hoy pasan a ser ejemplo. Se nos cae la cara de vergüenza al compararnos a ese pequeño sabio y estoy cierto de que aborstarán en nosotros los empaques y lan altiveces, cuando, ufanos de nuestros talentos, recordemos que hubo uno que nos dió ciento y raya sin hacerlo pesar a nadie.

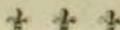
Por el contrario: ¡con qué entusiasmo elogía a Rubén Darío, por ejemplo, llegado entonces a Chile, ignorado, con los originales de "Abrojos" bajo el brazo, bajo el brazo enflaquecido por el ansia y el desvelo! Vuelca *A. de Gilbert* lo más escogido de su ánfora en homenaje al anónimo poeta nicaragüense, y crea a la vez, por bueno y por sincero, juicios inspirados: "Es Bécquer,—dice,—con el cielo de Sevilla; es un poco de Musset, con la tristeza aristocrática del faubourg Saint-Germain; es Leopoldo Cano, es Bartrina, es Heine; el único que ha tenido el cielo entre sus brazos, el único que ha acariciado a los dioses, que ha vivido en el Olimpo y que ha sufrido grandes contrariedades, a la altura de su genio y de su desgracia". Veintitantos años más tarde la crítica mundial ha dicho lo mismo y quizá si en forma no tan fina.

Igual acierto en su visión hacia el futuro reveló Balmaceda en sus elogios a Nicanor Plaza, el notable escultor muerto hace poco y en cuyo taller pasó el niño-artista horas de horas, empeñado en animar arcillas y gestando discursos sobre esté-

A. de Gilbert no se equivocaba en sus juicios ni esquivaba tampoco dar su verdadera opinión: lejos de eso, con el corazón en la mano, ensalzaba o criticaba, partiendo siempre de la base de que "la bondad es el instinto primitivo". Así lo estimaba, y con razón, ya que en él no estaba dormida.

Miraba Pedro Balmaceda desde considerable altura intelectual y podía por eso mezclar al comentario del hecho inmediato, observaciones agudas, advertencias oportunísimas, subrayables aún hoy, y que hacían de sus crónicas, al parecer ligeras, estudios interesantes. Valgan como ejemplos sus disertaciones sobre novela contemporánea, sobre pintura chilena, sobre la importancia de la religión en el arte, y sus múltiples impresiones teatrales ante la actuación de Emanuel y de Sarah Bernhardt, venidos por entonces al país. Y junto a ello, algo bien diferente y sin embargo no menos bien cogido, cierta manchita mística encantadora, emocionada, surgida ante la consagración del Arzobispo Casanova... Tomaba, pues, *A. de Gilbert*, indistintamente, del interior de sí mismo o del exterior, y matizaba tonos bellos en fondo de ternura y bonhomía. Por eso, entre crónicas, mezclados ahí como con pudor, hallamos trozos subjetivos que, pequeños cuentecitos, son pequeñas maravillas. "Las Violetas" es un camafeo cuajado de figuras de alma alada y de perfil puro.

No es extraño, pues, que cuando murió este hombre joven le llorara una ciudad entera y se recordaran sus virtudes y sus condiciones superiores; ni extraño de que alguien, en el cementerio, lamentara que a la desaparición de un Domeyko y de un Pissis, ocurridas en 1899, hubiera que agregar la de Pedro Balmaceda Toro, ido en el mismo año, en el invierno.



Los Santos de bulto

Hernán Díaz Arrieta

Cuenta Renan en sus "Recuerdos de Infancia y Juventud", que había en un santuario de Tréguier una imagen de bulto muy milagrosa y profundamente venerada por el pueblo. Destruída por el fuego durante un incendio, los sacerdotes la reemplazaron por otra, nueva y de hermosa talla, pero por un resto de piedad, conservan el cuerpo medio carbonizado del santo antiguo. Vióse entonces un rasgo de la fidelidad que caracteriza a los bretones. Todos los que entraban al templo, después de saludar al santo nuevo en el altar mayor, volvíanle respetuosamente las espaldas y elevaban sus oraciones al trozo informe que había sido objeto de la adoración de sus antepasados.

Algo semejante sucede con los arqueólogos o los simples aficionados a la historia antigua. Los santos modernos les interesan poco. Inclínanse ante ellos a la pasada, sin mucha fé, y dirigen su curiosa atención a seguir las huellas de las viejas devociones anotando sus vueltas, observando sus caprichos aparentes, estudiando sus raras peculiaridades y tratando de resucitar en la imaginación ese estado de alma tan diver-

so del actual y que, sin embargo, domina todavía en tantas almas y hace dirigir miradas de inquietud, no sin esperanza, hacia los viejos santuarios de otro tiempo.

En estas páginas queremos recordar, aun-

que sea breve y superficialmente, algunas de las principales imágenes llamadas de bulto, según aparecen en los templos antiguos, en los museos y en las historias de nuestra época colonial.



La célebre Virgen del Socorro traída por don Pedro de Valdivia, que el Cabildo declaró Patrona de los Ejércitos Reales en Chile. Se conserva en el altar mayor de la iglesia de San Francisco (Santiago).

La imagen de bulto más antigua conservada en Chile es una virgencita del Socorro que está en el altar mayor de la Iglesia de San Francisco. Desde abajo apenas se divisa; hay que subir a visitarla en su propio camarín para poder examinarla. Un hermano de buena voluntad, después de escuchar

con indiferencia que no vamos a confesarnos, se ofrece a servirnos de guía y nos lleva hasta el fondo del templo, donde sube por una escaleilla frágil, obscura y empinada, mientras nosotros seguimos tras la sombra de su hábito y el ligero rumor de sus sandalias. Arriba, detiénese en una especie de covachuela, tienta las paredes, aprie-

ta un botón y una angosta raya de luz aparece, que se va ensanchando poco a poco, hasta abrirse paso. Entrase por allí y nos hace una seña; con pie vacilante avanzamos a nuestra vez y nos vemos de pronto, entre candelabros luminosos, encaramados sobre el santo de los santos y a la vista del templo lleno de mujeres, cuyas oraciones nos llegan con un murmullo devoto. El hermano oprime otro botón, gira lentamente el piso del camarín y la histórica imagen se coloca temblando delante de nosotros, a dos dedos de distancia. Es muy bonita. Tiene una carita ovalada, suave, algo morenila, pero muy regular. Medirá 50 centímetros de pies a cabeza y está toda vestida de raso blanco, plateado y recamado, con vueltas azules. Soporta un enorme corona de plata maciza y la sustentan dos angelotes tallados y dorados en madera.

El hermano murmura a nuestro oído:

—Tiene tres vestidos más, uno de ellos mucho más lujoso que éste, bordado con perlas finas y con enaguas de encaje verdadero, que costó diez mil pesos. No la usa sino en las grandes fiestas.

—¿Es española?—preguntamos.

—No, italiana. ¿No le ve el tipo? La trajo don Pedro Valdivia, al aca, y le construyó una ermita en este mismo sitio; fué la primera iglesia chilena donde hubo Sacramento. ¡Ha hecho muchos milagros!

Le admitimos sin dificultad.

—Y es una suerte para ustedes—prosigue—poderla ver de cerca, porque antes no se podía; ocho años estuvo guardada por un Padre italiano que no dejaba subir a nadie, ni a los del Convento. La quería mucho. Se murió.

—¿La Virgen del Socorro le habrá socorrido como lo merece...!

—Amén.

Esta pequeña imagen fué la favorita de los santiaguinos durante la Colonia. En 1645, habiendo mandado el Rey que cada ciudad tomara por patrona a la Virgen María, bajo cualquier advocación, reunióse aparatosamente el Cabildo y por siete votos contra tres, que obtuvo la Virgen de las Mercedes, decidió que fuera Nuestra Señora del Socorro la protectora de los Ejércitos contra los indios. Más tarde, el Obispo y los oidores revocaron esa resolución, pro-

nunciándose en favor de la Virgen de la Victoria; pero los vecinos rehusaron sometersele y, por otro acuerdo, elevaron el asunto a la Corte, celebrándose mientras tanto en la ciudad dos grandes fiestas anuales, una a la Virgen de la Victoria y otra a la del Socorro.

Sin embargo, con su fino perfil y su aire dulce y sumiso, la Virgen traída por el conquistador de sus campañas de Italia no representa bien a los santos característicos de entonces. Las imágenes predilectas en aquella época guerrera y medioeval tenían otra cara, y se podrían clasificar en tres categorías.

La más modesta era la de los santos de cera decorada con trapos y colores, que se veían hasta en los más pobres hogares. Podemos apreciarlos por la descripción que hace María Graham de una visita a cierta vecina, curioso tipo de "lavandera hacendada". Tenía salón. "En una mesa—dice—veo una curiosidad religiosa que al principio tomé como juguete para los niños: un pequeño Jesús de cera, de una pulgada, retoza en las faidas de una Virgencita asimismo de cera, rodeados por José, los bueyes y los asnos, todos hechos de la misma sustancia y decorados con musgo". Es el nacimiento tradicional, cubierto de polvo o protegido por un vidrio, que todavía se conserva. Desde el punto de vista artístico y aún arqueológico, se comprende que estos pequeños íconos carecen de todo interés: eran sólo un detalle decorativo de los antiguos interiores.

Un punto más alto se encuentran los santos y las santas vestidos, de los cuales también quedan ejemplares demasiado numerosos para que sea necesario describirlos con minuciosidad. Eran los más comunes así en iglesias como en las casas privadas.

A propósito de un muchacho aficionado a la pintura que se le confió para instruirlo, María Graham—cuyo libro constituye el gran tesoro de datos sobre la vida privada colonial—habla algo sobre el estado de las artes plásticas en su época y, como mujer que venía de Roma y como autora de un estimable estudio sobre el Perugino, no puede menos de sonreír ante los immoderados elogios de varios cuadros sudamericanos hechos por personas que jamás habían visto

una buena tela ni una estatua regular. "Con mayores noticias—dice—he llegado a darme cuenta de que la escultura que aquí se practica consiste en tallar la cabeza, las manos y los piés de los santos que es preciso vestir. Estos los pintan después y sin duda producen una fuerte impresión de realidad; pero eso no es la escultura." Sigue una definición bastante discutible de este arte y concluye: "...así que sólo con cierta desconfianza he oído hablar de espléndidas novedades de cuadros y estatuas hechos por mano de los naturales que, según dicen, adornan las iglesias de Lima y de Quito. Lo que yo he visto aquí, en el templo de la Merced, son esculturas buenas para el local y evidentemente de algunos frailes españoles que han decorado sus iglesias a la usanza europea, con todo el esplendor que les han permitido las circunstancias.

Más adelante se refiere a la influencia del arte quiteño sobre toda la América Española de entonces. Según parece, los naturales del Ecuador manifestaban grandes aficiones plásticas con anterioridad al arribo de los Pizarros y esta disposición no hizo después sino desarrollarse prodigiosamente, al punto que todos los escultores establecidos en las diversas capitales del continente preferían con seguridad de Quito o se habían educado en esa especie de Atenas del mal gusto. Sus santos rígidos, brillantes y abigarrados con sus ojos de vidrio y sus caras inmóviles, poblaban las iglesias y las casas coloniales y llegaron a constituir un tipo de expresión popular: aún ahora se dice "cara de santo quiteño" para calificar ciertas fisonomías.

En su calidad de estricta protestante, Mrs. Graham no puede menos de sublevarse a veces contra esas imágenes y su culto exterior. Por ahí anota: "...oímos la misa dedicada a Nuestra Señora la de las relucientes cejas y oramos. Pero cuando la vi salir del templo, renacieron todos mis prejuicios: vestida con un traje oscuro y adornada de joyas valiosas, fué sacada en un anda y conducida cerca del mar... A la luz del día queda en descubierto la horrorosa superstición que realza la ridícula decoración de los santos: los espejos y los chiches de adorno son groseros y sin elegancia." En una procesión del Corpus, en Valparaíso:



"Un Franciscano de buena voluntad nos sirvió de guía..."

"...naturalmente, la Virgen estaba vestida de blanco, con aureola y guarniciones de plata, rodeada de espejos y sostenida de las manos por San Pedro y San Pablo, el primero con una casaca de encajes, el segundo con un vestido de madera tallado en el mismo trozo que compone su graciosa persona."

Otros viajeros nos describen santos y nos cuentan singularidades rituales verdaderamente curiosas.

Frezier, Oficial de Luis XIV que pasó por Chile en 1712, describe así una ceremonia religiosa celebrada el Jueves Santo (Valparaíso): "Se efectuó el descendimiento de la cruz con un crucifijo hecho a propósito, del mismo modo que se podría descender a un hombre. A medida que se quitaban los clavos y los instrumentos de la Pasión, el diácono se los pasaba a una Virgen vestida de negro que, por medio de un

sortes, los tomaba y los besaba unos tras otros. Por fin, cuando hubo descendido de la Cruz, se le colocó con los brazos doblados y la cabeza derecha en un sepulcro magnífico, entre hermosos paños blancos rodeados de encaje y bajo rica colgadura de damasco. Este lecho-sepulcro tiene una espléndida escultura dorada y rodeada de bujías."

Este aparato ingenuo y teatral, como el detalle decorativo de los espejos y eien otras sabrosas particularidades, han ido desapareciendo de las iglesias con el avance de la cultura. Por un cronista de coyunto sabemos, por ejemplo, que en el nacimiento del Señor celebrado en San Francisco figuraban dos padres en el oficio de comadrones, y el mismo claustro conserva todavía ciertas cabezas de yeso utilizadas en otro tiempo para la ceremonia de la Santa Cena. "Colocábase una mesa con viandas y en derredor de ella tomaban asiento Cristo y sus Apóstoles, cuyos cuerpos eran hechos con sacos llenos de paja, revestidos de túnicas."



Verdadera imagen de Santa Teresa de Jesús: antigua escultura en madera. (Museo Histórico).

El cielo estaba entonces más cerca de la tierra y se trataba a los bienaventurados con familiaridad no exenta de rudeza.

Durante una peligrosa navegación—cuenta el citado Frezier—después de implorar sin éxito el auxilio de San Francisco Xavier, los tripulantes juraban que jamás volverían a rezarles a los santos. Entonces el capitán sacó a cubierta una imagen de la Virgen, hízola colgar del palo de mesana y pasando repetidas veces ante ella le decía:

—Mi buena amiga, no te quitaré de ahí si no nos das buen tiempo!

Vancouver, en ocasión análoga, vió a un padre jesuita llevar en alto no sé qué imagen, amenazándola con echarla al agua si no calmaba la furia de los elementos; y dice que habiendo obtenido buen resultado, el religioso se holgaba mucho y se enorgullecía de ello.

Entre los santos vestidos y el tipo superior de los santos tallados, existe una clase intermedia: son los "santos estofados". Don Alberto Cruz Montt posee un curioso ejemplar de esta especie. A primera vista, parece esculpido en madera; pero golpeándole el traje, un s6n hueco advierte la calidad del vestido, hecho en cierta sustancia como pergamino o lata.

Llegamos a los más nobles, los más legítimos, los más elevados entre los santos de bulto: los de madera tallada y desnuda, entre los cuales pueden contarse verdaderas obras de arte.

Tanto en el Museo Histórico como en las colecciones particulares encontramos numerosas y excelentes muestras de la escultura religiosa dominante en Chile durante la Colonia. Algunos, como los que posee el señor Cruz Montt, revelan influencias bizantinas: una especie de Ap6stol negro, r6gido, proveniente tal vez del siglo XIV; un San Juan de noble rostro y buen ropaje, y entre varias im6genes menores, un Cristo espa6ol, sentado y fe6simo, sumamente característico. Su cuerpo flaco, su cabeza desproporcionada hablan con mayor elocuencia que las obras de los místicos de las mortificaciones ascéticas en que entonces consistía la devoción. Otro coleccionista de antigüedades que ha reunido los mejores tipos de santos de bulto coloniales es don Manuel Enrique

Grez, cuya casa de la Plaza Yungay constituye uno de los museos arqueológicos más dignos de visitarse. Sin contar cierta ícono ruso, extraña pintura encastrada en láminas de plata vieja, de un esplendor oriental, y un crucifijo de nácar, italiano, prolija obra del siglo XV, ambos traídos a Chile en época reciente y que por tanto no representan el espíritu religioso chileno, observaremos con detenimiento dos grandes imágenes de madera tallada. La primera es una Virgen de unos sesenta centímetros de altura, la expresión serena, abiertas las manos y el vientre tan pronunciado que debe de representarla poco antes de la Natividad. Escultura española del siglo XVI o XVII, está bastante bien conservada y fué de las mejores santas que recibieron los conventos coloniales. La segunda es una imagen netamente quiteña, parecida en la cara a Santa Filomena; cabeza grande, mejillas encendidas, talle desgarbado, ojos de vidrio y considerable desproporción de los miembros inferiores son sus características. Esto último acaso deba atribuirse a que antes estaba vestida y ahora no.

Pero como pieza arqueológica e histórica de verdadero interés, lo que Santiago posee de mayor mérito es el gran Crucifijo conocido con el nombre del Señor de Mayo y que todos los 13 de este mes sale de la Iglesia de San Agustín y anda por las calles centrales con sus brazos extendidos y su cara levantada y vuelta de hombre que se está ahogando.

Fué esculpido a principios del siglo XVII, en 1603 o 1604, por un lego agustino llamado Pedro de Figueroa y dice el Obispo Villarroel que algo habría de milagro en su escultura, pues el autor ignoraba completamente las reglas de arte. Durante el terremoto que destruyó la ciudad el 13 de Mayo de 1647, "el santo Cristo del Convento del glorioso patriarca San Agustín—agrega el mismo prelado—obró una cosa que se tuvo por maravillosa y fué que la corona que tenía en la cabeza, de agudas espigas, con los remezones del temblor se le fué cayendo por el rostro abajo y por el cerebro hasta la garganta; y así la tiene hasta hoy colgada del cuello, como gargantilla, en memoria de tan maravilloso suceso; que no quiso perderla ni que se le cayese al suelo,



El Cristo de la Agonía, popularmente conocido por el nombre de 'El Señor de Mayo'. (Convento de San Agustín).

en señal de que no quiso perder la corona de Rey y Señor de estas Indias Occidentales. Es un Cristo de cuerpo entero que pone miedo y respeto a cuantos le miran y mueve a lágrimas y penitencia a toda la ciudad. Después de la catástrofe, los padres franciscanos, cuya iglesia fué la mejor librada, sacaron en procesión a la Virgen del Socorro; y también los Jesuitas, los Mercedarios y los demás frailes, cada uno de los cuales podía contar algún prodigio, quisieron imponer sus respectivas imágenes; pero el fenómeno de la corona caída al cuello, la cara terrible del Señor de la Agonía y el haber quedado solo intacto entre las ruinas de su templo, le llevaron todas las voluntades de la ciudad y fué sacado en procesión y llevado a la Plaza "viniendo descalzos el Obispo y los religiosos, con grandes clamores, con muchas lágrimas y universales gemidos."

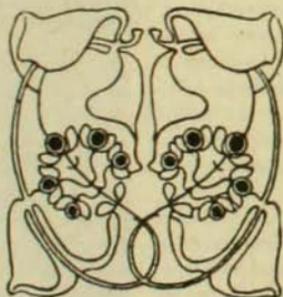
No pudiendo volvérselo a la iglesia destruida, se le llevó de allí a casa de su opu-

lenta y generosa vecina doña Catalina de los Ríos, famosa en la tradición bajo el nombre de La Quintrala; y dice el pueblo que desde entonces y no del terremoto data la expresión de su fisonomía. Doña Catalina no era una buena mujer. Mataba a sus amantes y "ceroteaba" a sus negros esclavos en presencia del augusto huésped; y cierta vez como le viera volver el rostro encolerizado, sin atemorizarse exclamó. No quiero hombres que me pongan mala cara en mi casa. Y el Señor de la Agonía fué expulsado.

El arrepentimiento le vino en hora oportuna y por su testamento legó a los Padres Agustinos, de quienes era protectora, seis mil pesos para costear perpetuamente la procesión del 13 de Mayo; lo cual le valió quedar suspendida para siempre de un cable a la puerta del infierno.

¿Qué hay de verdad en toda esta leyenda? El Padre Agustino que actualmente "corre con el Señor de Mayo" cree que nada o casi nada y atribuye la difusión y el crédito de estos prodigios a la fantasía destacada de don Benjamín Vicuña Mackenna.

Sea como se quiera, es el caso que esta sombría imagen con su extraña corona al cuello (la cual no podrá ser tocada sin que tiemble otra vez) al salir todas las tardes del día trece de Mayo y pasear por las calles comerciales, bajo los focos eléctricos, entre los empleados de las tiendas que salen a mirarla y la multitud moderna, curiosa e indevota agrupada en rededor, constituye la más inquietante visión de nuestro pasado fanático y es el último sobreviviente de una época desaparecida.





Don Fernando Díaz de Mendoza.

EL TEATRO ESPAÑOLEN AMERICA

POR

Ramon Martínez de la Riva

Antes de entrar en la estancia donde nos esperaba el gran actor entretuvimosnos en leer una porción de pergaminos que exornan las paredes de la galería. Todos ellos, homenajes de admiración o mensajes de gratitud, están dedicados a D. Fernando Díaz de Mendoza, marqués de Fontanar, conde de Balazote, grande de España.

Este, acodado sobre una mesita feble, juega al ajedrez con su hijo mayor, segundo Fernando de esta dinastía de aristócratas y artistas.

Hay una luz radiante en el jardín de invierno en que nos encontramos. Cons-

truido sobre la sala del teatro, entra el sol a raudales por la enorme claraboya que ciebra sus rayos en los eucharros de la Cartuja, en los dorados alambres de las jaulas donde cantan los canarios y en los colores chillones de los mantenes de Manila, que penden de las vigas sostén de las hamaca, dando todo ello una sensación perfecta de patio andaluz al improvisado jardín.

Fernando Díaz de Mendoza, fumando un largo veguero, alza el rostro en un gesto muy personal y va clavando su clara mirada en cuanto nos muestra. Los faro-



El ilustre actor en el jardín de invierno de su casa del Teatro de La Princesa.

les sevillanos que surgen de entre la maraña de enredadera, los pañolitos de seda colgados como en abandono, un candil de bronce que refulge y se balancea graciosamente. Los muebles, también sevillanos, cubiertos sus asuntos de paja con encajes, lucen en sus maderas pinturas que representan pájaros y frutas de cien colores.

Hay una alegría óptima y radiante en el ambiente, que se nos va filtrando muy adentro.

—Esto—nos dice Mendoza— es obra de María. Ella eligió los muebles, dispuso las cosas todas y consiguió este conjunto. Resulta el rincón más agradable de la casa.

—Así es— contestamos, ya retrepados en uno de los sillones—; parece el lugar más adecuado para el descanso.

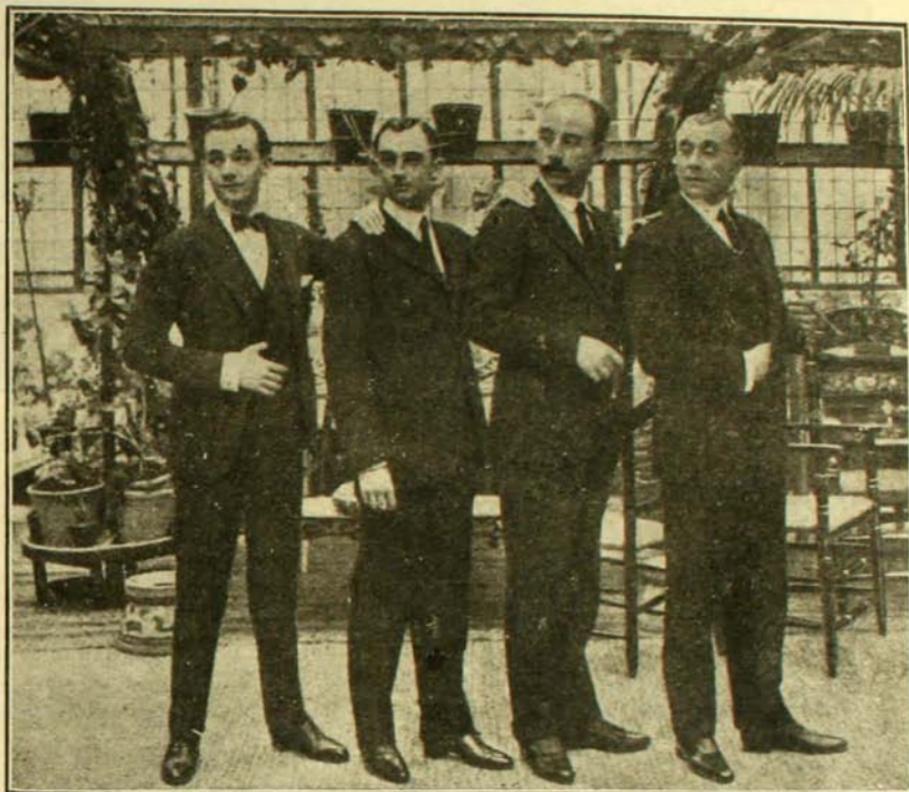
—Lo malo, querido amigo, es que no tenemos mucho tiempo para descansar. Hoy no ensayamos, porque dentro de una hora tenemos función de tarde. De no ser así, estaríamos en escena preparando los próximos estrenos.

—Llevan ustedes una temporada muy brillante.

—Estamos realmente satisfechos. Hemos estrenado cinco obras, todas con éxito, y entre ellas una que lo ha obtenido clamoroso y casi sin precedentes. Me refiero a la comedia de magia, de Jacinto Benavente, titulada **Y va de cuento**... Tengo la seguridad de que esta obra cuanto más se pon-



D.az de Mendoza con su hijo Fernando.



Díaz de Mendoza y sus hijos.

ga, mejor acogida será por el público, que irá descubriendo en ella mayores bellezas e irá notando desapercibidos efectos.

—Efectivamente, la crítica y el público —le hemos interrumpido— ha hecho grandes elogios de la obra, y aún más de la extraordinaria presentación con que ha sido puesta en escena. Se habla de sumas fabulosas invertidas en vestuario y decorado...

—¡Bah, bah...! Mire usted, lo digo muy sinceramente, no creo que la presentación de las obras influya en el éxito más que de un modo muy relativo. Es preciso que tengan lo que ésta, el interés de una fábula, unido a una maravillosa construcción y a un gran cúmulo de bellezas lite-

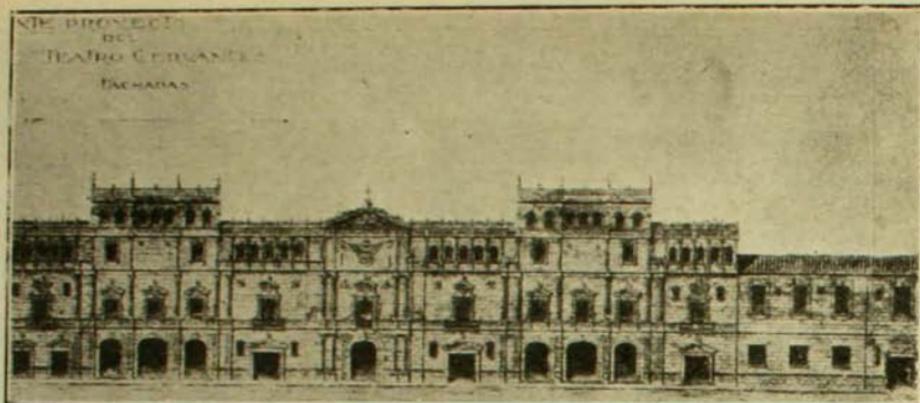
rarias. No hay para qué hablar de si ha costado tanto o cuanto ponerla en escena. Yo lo que puedo asegurar es que ha constituido el mayor éxito de taquilla que nosotros hemos tenido después de **Cyrano**. Sin duda alguna, el **Cyrano** y ésta. Quizá también **La Malquerida**...

—¿Y los otros estrenos...?

—Todos han obtenido éxito. **El aguilucho**, **El Alma es mía**, **El abanico de lady Windermore** y últimamente **El condado de Mairena** nos permiten asegurar el repertorio para nuestra próxima campaña en América.

—¿Qué otras obras se estrenarán antes de cerrar la temporada en Madrid?

—No creo podamos poner más que otras



El Teatro Cervantes, en construcción, en Buenos Aires.

dos: *Espigas de un haz*, de José Rincón Lazcano, y *Una mujer*, de Jacinto Benavente.

—¿E inmediatamente a América?

—Después de una temporada de veinte o veinticinco días en Sevilla. Y; si viera usted los deseos que tenemos de llegar a Buenos Aires! Sobre todo María; es la única ilusión que tiene en la actualidad. El teatro Cervantes, que allí estamos construyendo, constituye su constante preocupación.

—Se dice y no se acaba de la fastuosidad que ese teatro va a tener. Y claro está que constituirá un nuevo galardón para ustedes, a quienes el teatro español tiene tanto que agradecerles ya.

—Nosotros, teniendo en cuenta el entusiasmo que allí hay por nuestro teatro, quisimos que éste tuviera una mansión digna de su grandeza. El teatro Cervantes será, sin duda, el mejor teatro de verso del mundo. Y será, sobre todo, neta y castizamente español. En Sevilla, Valencia y Cataluña se están construyendo los azulejos para el pavimento y decoración. En nuestras fundiciones se forjan las rejas y balustradas, copia fiel de las de monumentos nacionales. Las butacas, las sillas de los palcos, del más puro estilo español, se están construyendo en Sevilla. Y los tapices se-

rán de la Real Fábrica. Queremos que aquello sea España, y no perdonaríamos detalle para conseguirlo.

—¿Actuarán sólo compañías españolas?

—De ningún modo. Estará abierto a cuantas compañías nacionales y extranjeras quieran en él actuar. Nosotros lo inauguraremos el próximo año; es decir, en la temporada siguiente a la que vamos ahora a realizar.

—¿Y el coste del teatro...?

—Unos trescientos mil pesos, recaudados entre todas las clases sociales de Buenos Aires, que cubrieron un abono por diez años.

Quedóse un rato pensativo el ilustre actor, como si quisiera abarcar con el deseo la ansiada realidad del magno proyecto. Había acudido a la familiar tertulia sus otros dos hijos: Fernando y Carlos, artistas ya consagrados como dignos sucesores de la dinastía Guerrero-Mendoza. Mientras charlaban animadamente en el regio salón a que nos habíamos trasladado, íbamos admirando las obras de arte que encierra. Entre los incunables, entre los autógrafos, entre las placas de oro y plata dedicadas a estos prodigiosos artistas gloria de España, hay dos cosas que llamaron preferentemente nuestra atención. Es una de ellas una placa en que se lee:

“La República Argentina a María Guerrero, brillante estrella de la Patria de Calderón y Lope, con cuya aparición resurgió otra vez la luz del siglo de oro del arte castellano difundándose por ambos mundos con gracia seductora”.

Es la otra un programa de una función

patriótica y benéfica, que ostenta sus arrugas en argentado marco. Una mano augusta ha escrito con lápiz al final:

“;Viva España! Alfonso XIII”.

¿Qué mayor homenaje y galardón para este linaje de artistas, grandes por su pro-sapia, por su patriotismo y por su arte?



Caricatura de Díaz de Mendoza
por Fresno.



Paulina Morgan, lleva un hermoso abanico.

EN LA INTIMIDAD

Modas.—Abrigos de cuero.—Capas.—Vuelta del abanico.—Alhajas antiguas.—Reuniones sociales.—Respuesta a consultas.

Antes de dirigirme en especial a varias amigas que me han escrito cediendo a mi invitación de que se consultaran conmigo sobre cualquiera circunstancia de esas que nos cercan en especial, quiero hablar a las mujeres en general. llevarlas un poco de la mano por diversos senderos e indicarles cosas para su conveniencia. Comencemos hoy, por ejemplo, a hablar de modas. Extensísimo el tema, como ven ustedes; pero no importa. Es un tema tan seductor

o más que cualquiera otro, ya que la moda es en sí tan variable, tan sorpresiva. En efecto, cada día nos trae una sorpresa, sorpresas que permiten a las elegantes, dar libre curso a su coquetería. Además, una moda uniforme, una sola línea admitida, limita hasta el número de los vestidos: las polleras campanas, los modelos Imperio, por ejemplo, fueron todos iguales, salvo los colores.

¡Cuán preferible es la moda actual que

lo permite todo, siempre que la toilette sea apropiada a las circunstancias!

Es en la noche sobre todo donde se ven surgir ahora las nuevas tendencias. En el teatro, en las recepciones, en los restaurantes, es donde admiramos los suntuosos modelos que mañana serán aceptados por todas. Después del enanchamiento de los vestidos livianos y de las túnicas drapeadas, veremos aparecer las chaquetas de raso con falda de encajes. Aquellas no serán sueltas, sino cortadas como antiguamente en pequeñas piezas cuyas costuras a la vista recordarán los corseletes Luis XV. Aún se presiente la fantasía de usar la punta de las chaquetas de entonces.

Antiguamente las mujeres estudiaban sus gestos y la gracia de sus movimientos. No hace mucho, de un momento para otro, tomaban la actitud de los muchachos y les copiaban sus **poses**. Entonces vimos a todas las elegantes, poner con aire caballeroso los puños en las caderas. En toilette de día o de noche, en un salón, en los estu-dios, en las fotografías, siempre las encontramos en la misma postura. Pero llegaron los panniers, todo el adorno a los lados, los vuelos sobre las caderas, y nos sorprendimos viendo que como por encanto cambiaron las mujeres su actitud. Se vieron obligadas a llevar los brazos adelante y luego las observaremos tal vez jugando ingenuamente con un abanico o con un



Una atrayente "toca"

ramo de flores"... ¡Cuánta poesía y encanto evocarán! La mujer es más interesante cuanto más se queda tal cual es.

En materia de abrigos, son las capas las que mejor permiten los movimientos graciosos y naturales. En escocés para la mañana, en tereopelo o piel para la tarde, dan siempre cierto aire aristocrático que a todas nos agrada. El mejor adorno para ellas es la pelerina, sobre todo en las capas de piel o lana. En las de gran toilette, la pelerina será larga y adornada en torno con bandas de piel.

Para reemplazar el abrigo de las mañanas, grandes costureros han creado el paletó de cuero, que viste mucho y no hace más gruesa. Como se necesita ser muy chite para llevarlo y será muy elevado su precio, no se generalizará hasta el hostigo. Se forrarán en lana escocesa o viva de colores, cuidando que la hechura sea perfectamente concluída, a fin de poder usarlos por uno y otro lado. Podrá agregárseles un cinturón también de cuero que ciña el talle.

El cuero se usa cada día más, no sólo en los abrigos, adornos de vestidos y sombreros, sino que los peleteros preparan modelos tentadores, combinándolo con pieles: nutria rayada con anexas tiras de cuero blanco, por ejemplo, o cuero cruzado por bandas de nutria.

En cuanto a sombreros, los cannotiers y gorros bordados que hicieron furor, han si-



Parisiense que luce una toca como un



El encanto de un severa sencillez.

do reemplazados casi en general por simpáticos bonetes evocadores de los gorros chinos, hechos de cuatro cascos, y que llevan en la punta la nota graciosa de una pequeña borla o pompón. Se hacen mucho de cue-

ro rojo laca, bordándolos con negro y oro, a imitación de los de los personajes chinos o arábigos. Suelen acompañarse de una pequeña cartera hecha de los mismos materiales y que pueda disimularse dentro del manchón.

Una bonita idea en materia de sombreros, consiste en llevar una toca de plumas naturales en forma de cabeza de ave, como ser perdiz, o pintada, sin otro adorno que un velo del mismo tono que las plumas y de grandes dibujos, muy ceñido a la cara y cerrado atrás.

La verdadera novedad en la moda es la vuelta del abanico, que ha tomado lugar decorativo en el conjunto de la silueta durante el baile. Como el simple abanico de láminas de carey o de nácar no puede dar ondulación suficiente a la línea, se ha creado uno especial que consiste en un mango de carey del cual partan tres desmesuradas plumas de avestruz de color vivo que caigan como un velo, siguiendo la pose. Es muy armonioso el efecto, y las plumas apoyadas descuidadamente sobre el hombro del danzante, son como el símbolo del obstáculo que se opone al acercamiento de las dos caras.

Otro abanico muy nuevo, es el hecho de plumas de águila de altura desigual y montado sobre varillas de carey rubio. No sólo es hermoso, sino que es imponente: tiene algo del ala del águila que se despliega majestuosa en las nubes. Es elegantemente completado si se escalona a lo largo del varillaje una divisa en letras de esmalte u oro.

Para la danza y para aquellos a quienes el fox-trott enloquece, viene un abanico que es el más caro de todos: el pequeño abanico español antiguo, hecho de seda bordada, incrustado de lentejuelas. Es pequeñísimo: se desliza fácilmente en el saeo y acude en socorro de aquellas que al final de la soirée languidecen por haber danzado en exceso. Este es el verdadero abanico que abanica.

¿Que qué otra novedad preocupa hoy?

Pues bien, otra moda que disfruta de la aceptación unánime es la de los numerosos brazaletes que cubren una parte del

antebrazo. Es un uso delicioso que hace resaltar considerablemente el dibujo de la mano. Aquella que no pueda llevar pulseiras de brillantes y otras piedras preciosas, debe engalanar su muñeca con todo lo que en sus cofres guarda desde hace años como joyas anticuadas.

Las pesadas cadenas de oro de nuestras abuelas, los brazaletes de una sola pieza con una gran piedra de color, las cadenas salpicadas de perlas, todo eso debe enroscarse en nuestro antebrazo, procurando que al menor movimiento se haga oír ese pequeño tin-tin-tin encantador y tan femenino...

Repentinamente se me ha ocurrido que no debo hablarles sólo de modas, o, mejor, será siempre de modas sobre lo que les



Una debutante parisina.

hable, pero procurando ampliar las noticias y referirme ahora, por ejemplo, a las reuniones sociales que harán furor, durante este año. Parece que los bailes de trajes serán los preferidos. Y es natural que así sea, porque esa mezcla de diferentes épocas en la cual se codean lo patético y la más fina ironía, tiene su encanto especial.

En otros tiempos han tenido mucha aceptación los bailes de verdadero disfraz, o sea de máscaras y antifaces. En estas reuniones, los dominós de un mismo color o de colores diferentes, sustituyen al traje de fantasía, y aun cuando el conjunto sea menos brillante y variado, no puede negarse que la diversión resulta más animada y se presta indudablemente a que las delicadas e ingeniosas intrigas tengan un éxito completo. En la sociedad mundial actual no tiene aceptación este estilo de reuniones, que han sido substituídas por los bailes de disfraces o de fantasía. Entre éstos, tienen el primer lugar de buen gusto los llamados bailes de estilo, por ejemplo: época de Carlos IX, de Enrique IV, de Napoleón I. En París y Madrid ha habido algunos notables en el invierno último. Para triunfo de la idea, los invitados procurarán que sus trajes sean del más riguroso estudio histórico, y los salones, antecorredores y comedor deben guardar la misma fidelidad a la reconstrucción de la época. En algunas residencias lujosas, hasta el mobiliario se ha acomodado a esa

artística exigencia. Las grandes salas de baile, salones de descanso, buffet, se alumbran con magníficos candelabros que sostengan velas de cera; y para producir más completamente el afecto de una reconstrucción histórica, los manjares y vinos de la cena se han preparado según se usaban en la época evocada. Las figuras del baile han sido igualmente acomodadas a ese fin, pues el duque de Anjou y Margarita de Valois no pueden bailar sino lentas pavanas...

Hay otra clase de bailes, y son los de trajes al estilo de alguna provincia, por lo cual se llaman regionales. Las danzas deben corresponder en tal caso al uso del país cuyo traje se ha elegido. Por ejemplo, los disfraces de manola, maja o gitana, exigen bailes propios de Andalucía. El pasado invierno se verificó en Santiago un baile de este estilo, puede decirse: el suntuosísimo cuanto original baile japonés que ofrecieron en los salones del Club Hípico, la señora Margot Mackenna de Edwards y la señorita Pilola Ossa Concha.

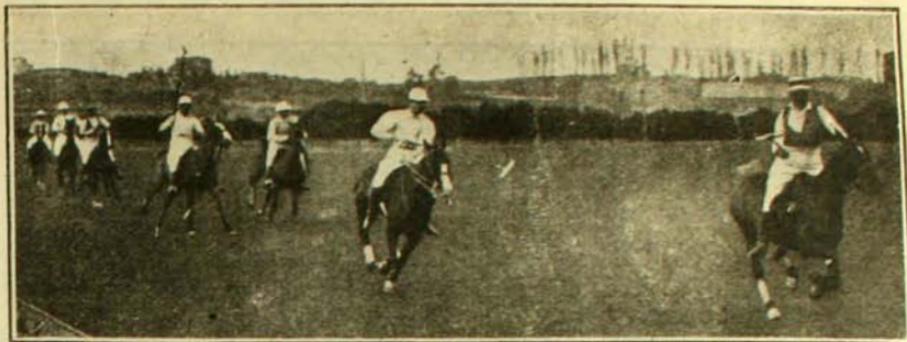
¿Quién no recuerda el verdadero trastorno que los preparativos rigurosos llevaron durante quince días a nuestros hogares aristocráticos?

Muy bonitos son también los bailes florales, algunos de los cuales han sido últimamente en Roma de gran atractivo. Las damas toman disfraces de flor: rosas, violetas, lirios, amapolas. El conjunto de tales bailes es verdaderamente delicioso y digno de un cuento de hadas, al cual puede agregarse la concurrencia de algunas mariposas. En fin, la fantasía puede en estos casos hacer derroches, pero hay que cuidar siempre de no pasar las vallas del buen tono.

Creo que si se consideran los detalles y el conjunto de esta especie de fiestas, entrarán también entre nosotros, por ser ellas originales, caprichosas, movidas, euajadas de sorpresas. El invierno será a su vez menos apático y casi sentiremos que se vaya para dejar su sitio a las estaciones buenas crudas.

VIEILLE-AMIE.





DIVULGACIONES DEPORTIVAS

EL POLO

POR Rubrik

Entre los ejercicios de fuerza y habilidad, verdaderamente atléticos, el deporte del **polo** ocupa puesto preeminente.

Sus apologistas remontan su origen allá a los tiempos clásicos de Darío y Alejandro Magno; quizá otros lo hagan arrancar de la época de los **Centauros**...; ello es que aun limitando su origen a más cercanas edades, puede considerársele como uno de los más antiguos de los que se practican al aire libre.

Desde luego está comprobado que entre los turcos era practicado este juego.

Pedro Tafur, en su libro **Andanzas e viajes por diversas partes del mundo avidos** (1435-1439), nos describe de la siguiente manera el deporte:

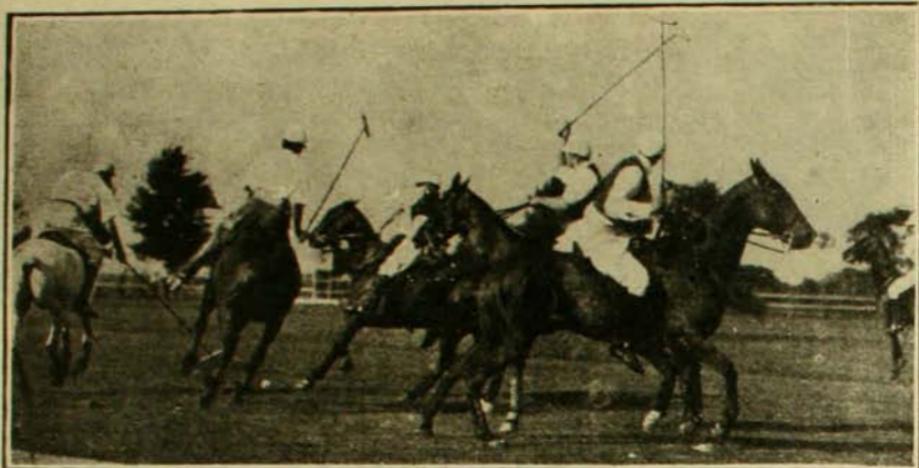
“El aquel día comió el Soldán allá en el campo; e después de comer fizieron un juego, que ellos acostumbra, en esta manera; ponen una bola en mitad del campo, e pónense de una parte mil de cavallo, o más o menos, e fassen sendas rayas delante de sí, e cada uno tiene en la mano uno como mazo de madera enastado en una vara, e arremeten los unos e los otros

yualmente a la bola, e los unos por la echar de la otra parte de la raya, e los otros por semeiante a los otros, así que que los que la echan ganan”.

Parece también que los tibetanos practicaban este juego, de los que los ingleses lo tomaron y al que dieron el nombre de **polo** por **pulu**, como llamaban los de la región del Tibet a la bola con que jugaban. Los oficiales ingleses en la India en 1855 lo jugaban ya. En 1870 se jugó por vez primera en Inglaterra, en el campo de Aldershot, por oficiales del décimo regimiento de Húsares.

Entró el juego en el temperamento inglés, y en seguida los regimientos y las Universidades diéronse a practicarlo; hubo entonces necesidad de unificar sus reglas, ya que cada cual establecía las que más convenientes le parecían. En la actualidad el reglamento del **Hurlingham Club** es el adoptado universalmente.

Los franceses hicieron su primer ensayo del juego en Pau, en 1880; pero hasta varios años después no tomó incremento con la creación del **Cercle du Polo** de París.



Jugadores de polo ingleses.

Entre nosotros apareció en 1896. En la dehesa de Morataiá se jugó por vez primera, constituyéndose la Sociedad **Madrid Polo Club**, que llega hasta estos momentos como una de las más fuertes e importantes entre las deportivas.

Los duques de Arión Montellano y Sandoña; los marqueses de Genal, Larios, Mohernando, San Miguel, Santa Cruz y Santo Domingo; los condes de Clavijo, Cimeira, Real y Torre Arias y don José María Creus fueron entre otros, los fundadores de la Sociedad que, andando el tiempo y con el nombre de Real Club de la Puerta de Hierro, iba a ser el **Country Club** más importante de cuantos en Europa hay.

Dos terrenos de **polo** hay en Madrid: el de Puerta de Hierro y el de la Casa de Campo. No se sabe cuál de los dos está mejor atendido, es más bonito, el campo está más cuidado, el aspecto es más elegante, en el cual se juega mejor. Si el marqués de Viana tiene especialísimo cuidado en que el de la Casa de Campo sea un campo de **polo** al que haya de envidiar el mejor de Inglaterra, el marqués de Santo Domingo se esmera por que el Campo de Puerta de Hierro sea la admiración de cuantos extranjeros vienen a Madrid.

Y así resultan tan lucidos cuantos par-

tidos se celebran en cualquiera de estos dos terrenos, que para realzar los muchos encantos de aquellos primorosos sitios, aristocráticas bellezas con su presencia hacen más sugestivo el cuadro.

No es fácil jugar al **polo**. Se necesita la gran condición de ser un consumado jinete, enérgico en el mando, con pleno dominio de la monta. Además se requiere la habilidad, que no todos tienen, de manejar con soltura el **mallet** o **stick** para, en pleno galope, poder tocar la bola impulsándola la dirección deseada; y como esto puede ser hacia adelante, hacia atrás o hacia los costados, de ahí la **difícil facilidad** del juego, que puede ser peligroso cuando manos torpes lo practican.

Así es que precisa un gran adiestramiento del jinete y del caballo, al que hay que dominar en absoluto y al que hay que entrenar en el juego.

Necesítanse de cuatro a cinco **jacas** para poder jugar. Los ingleses, cultivadores como ninguna otra gente de todo lo deportivo, han llegado a hacer un tipo especial de jacas para **polo**. Los **poneys** venían antes de Egipto, de Túnez, de Arabia y Marruecos. Con jacas **morunas** se estuvo jugando muchos años en Madrid. Estas jacas ofrecían la gran ventaja de ser muy



S. M. el Rey D. Alfonso XIII en el campo de polo del Club de Puerta de Hierro.

baratas, en contra de las especiales inglesas con las que hoy se juega, que llegan a alcanzar los precios de 2,500 hasta 10 o 12,000 pesetas. En cambio, aventajan a las demás en ser más duras y en su viveza.

Para jugar al polo se necesita un terreno de 280 metros de largo por 120 de ancho, cercado de una pequeña valla de 25 a 30 centímetros de altura para que la bola no salga. El piso es de hierba espesa para que presente una superficie uniformemente unida. En los extremos se colocan los **goals**. Grandes cuidados requieren su conservación y entretenimiento, necesi-tándose gente exclusivamente atenta a regarla, refrescarla y cortar la demasiada larga, y al propio tiempo a arreglar los huecos que hacen las jacas en su continuo galopar.

La **bola** con se juega es de madera; pesa, aproximadamente, 155 gramos y su circunferencia es de 0,082 metros.

Los jugadores visten camisa de franela, tela o seda con mangas cortas, chacó blanco, pantalón de franela o ante blanco y

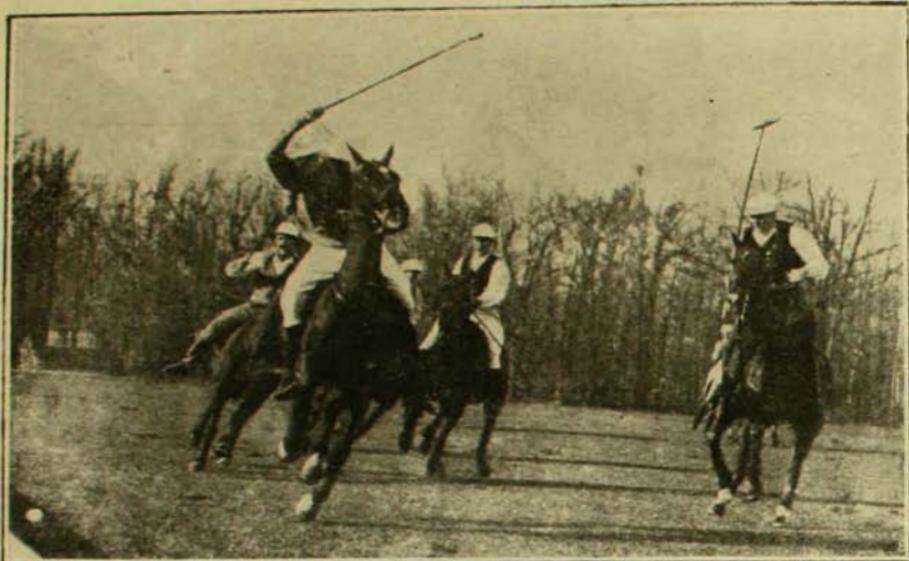
botas altas, de cuero rojo, con espuelas de rosetas sin puntas.

Es un juego en el que se puede tomar parte hasta edad bastante madura; mientras duren las energías físicas se puede jugar. El **stick** o **mallet** con que se hiere la bola es una caña de un largo que varía según la talla del jugador, con el puño cubierto de cuero y con un apéndice perpendicular a la caña de madera o de raíz de bambú de 0,15 por 0,04.

Ocho jugadores toman parte en el juego, formando dos bandos de cuatro, a los que se les denominan número 1 o **forward**, número 2, número 3 y número 4 o **back**.

Tiene cada uno su misión: el número 1, el delantero, debe llevar la bola y **marcar** al número 4 contrario; el número 2 debe marcar al 3 contrario; el 3 ayuda a su número 2 y estorba al 2 contrario; y el 4, el puesto más difícil del equipo, además de dirigir el **team** es el que defiende el **goal**.

Y a cuento viene lo que con este motivo me aconteció con cierta ilustre dama, ya



Un partido de entrenamiento en Lakewood (Estados Unidos).

fallecida, en cuya casa dábanse continuas fiestas mundanas. Preciábase esta señora de ferviente monárquica, y como viera la insistencia con que en mis revistas deportivas en A B C ponía siempre en **último lugar**, al citar el equipo de **polo** que jugaba por aquel entonces, a S. M. el Rey (era el número 4 del equipo), hubo de preguntar a un amigo y compañero si yo... ¿era republicano!

Su fe monárquica le hubiera llevado a

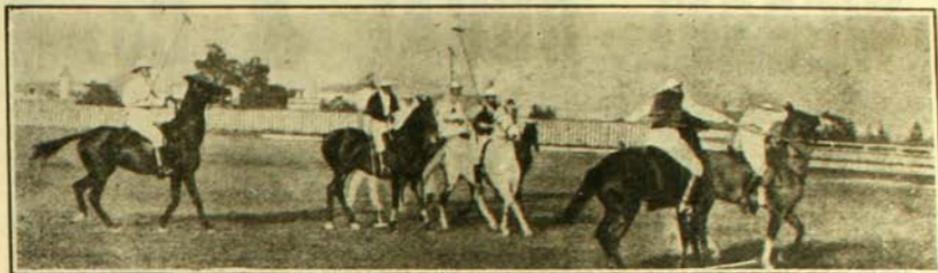
contestar, si el Rey le hubiese preguntado qué hora era:

—Señor, la que V. M. quiera.

La táctica del juego es sencillísima. Colocados los dos bandos cara a cara, en medio del campo, el juez o árbitro lanza la bola en medio del terreno; los de un **team** tratan de llevarla a través del campo enemigo e introducirla en el **goal** contrario, y los del otro, a la vez que se oponen a esta maniobra, intentan a su vez hacerla con



Una jugada reñida en un torneo norteamericano.



Un partido en el Campo de Polo de Moratalla.

los contrarios. El que la introduce logra un tanto o goal.

Es sencillamente el futbol a caballo.

Dado lo violento del juego, tanto para los jinetes como para las jaecas, se ha establecido que se juegue en siete tiempos de siete y medio minutos, dándose el descanso suficiente para poder cambiar de jaecas.

Al comenzar el partido, la bola, como queda dicho, se arroja en medio del terreno, y en los tiempos sucesivos se hace desde donde haya tocado a la valla al suspenderse el juego.

Un toque de campana avisa los tiempos, y el árbitro para el juego en cuanto la bola toque a la valla o salga fuera del terreno. Está prohibido el cruzarse con las jaecas; el hacerlo lleva como penalidad un golpe libre, que tira al bando contrario desde una distancia de 30 yardas del goal, teniendo que colocarse los que sufren el castigo detrás de la línea del campo, dejando libre el goal. Es el penalty del futbol, con la agravante de que no hay portero que pueda parar el golpe.

Se comete fault cuando su jugador co-

ge el palo no estando del mismo lado del que va a pegar la bola, y lleva como penalidad un golpe libre a 50 yardas, pero pudiendo colocarse los jugadores donde quieran. Igual penalidad tiene si el jugador echa la bola fuera por el campo donde está jugando. Notables jugadores tenemos entre nosotros, algunos de ellos bien reputados en Inglaterra. Y prueba la habilidad de los que lo practican que, siendo tan violento, tan varonil, tan fuerte, rara vez se registra alguna leve desgracia. Excelentes jugadores extranjeros nos han visitado, entre ellos el célebre team inglés que estuvo entrenándose para la Copa de América. La mayoría, oficiales del Ejército inglés, murieron poco después en el campo del honor.

Ahora tenemos entre nosotros un team bonaerense que pasará la primavera en Madrid.

Y como noticia final vaya la disposición del departamento de la Guerra americano, que ha dispuesto que a todo los regimientos acompañen 12 jaecas de polo para que los oficiales puedan practicar el deporte. ¡Lo útil con lo agradable!



WESSEL, DUVAL & Co.

Santiago, Valparaíso, Concepción

Antofagasta, Valdivia, Talcahuano, Callao, Lima, New York

Agentes Generales de la "West Coast Line"

LINEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE NEW-YORK Y LOS PUERTOS DEL PACIFICO

Representantes Exclusivos para Chile de la "BALDWIN
LOCOMOTIVE WORKS"

Representantes de la "HERCULES POWDER Co."

Unicos Importadores de los famosos Automóviles

Locomobile, Franklin, Paige y Marmon

Y DE TODA CLASE DE REPUESTOS PARA LOS MISMOS. CUENTA ADEMAS CON UN
PERSONAL EXPERTO Y CON MECANICOS COMPETENTES

Unicos Concesionarios de los insuperables Aceites Lubricantes

"GARGOYLE MOBILLOIL, de la VACUUM OIL Co.

Importadores de Artículos de Primera clase

ACEITES lubricantes "Mobiloil"
ACEITES para máquinas de coser, "Campana"
ACEITE de semilla de algodón, "Campana"
AGUARRAS
ALAMBRE negro, galvanizado y Alambre de púas
CAJAS DE SEGURIDAD
CARRURO de calcio
CEMENTO "Vulcanite" "Colton"
CLAVOS de hierro cortado
COCHES para guaguas "Alwin"
ESCRITORIOS de roble americano "Roll-Top" y para máquinas de escribir
FRANELAS crudas "Campana" de X, XX, XXX y XXXX
GENEROS blancos marcas G. B. y H.
GLUCOSA
GRASA de Pino "Campana"
HABINA de maíz Monte Blanco
HILO de algodón para coser sacos

HOJALATA
LONETA de algodón "Campana" de 7, 8, 9, 10 y 12 oz.
OSNABURGO "Campana"
PAPEL imprenta
PAPEL Sulfito
PAPEL Toilet "Tacoma"
PINTURA de cobre
RESINA "G"
ROMANAS "Fairbanks"
SODA cáustica
SALMON Rosado
TOCUYO liso "Cabota"
TOCUYO liso "Elefante"
TOCUYO asargado "Campana"
TOCUYO asargado "Pepperell"
TOCUYO asargado "Caballo Alado"
VIDRIOS Americanos de todas dimensiones, en cajones de 90'
ZUNCHOS para cajones 1 1/2" 5/8" y 3/4"

COMPANÍA DE SEGUROS
CONTRA
INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

LA
"INTERNACIONAL-CHILE"

AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7 DE 1910

Capital Pagado	\$ 1.000.000.00
Fondo de Reserva	300.000.00
Fondo de Reseguros	500.000.00
Fondo de Fluctuaciones de Valores	800.000.00
Fondo de Eventualidades	1.000.000.00
Fondo de Futuros Dividendos	152.896.33
	<hr/>
	\$ 3.752.896.33

DIRECTORIO

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos García L., Don Gmo. Luis Plummer, Don Enrique Middleton
Cruz, Don Víctor Prieto Valdés, Don Marcos Montt,
Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

Oficina Principal:

VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en
Londres

¿Vestirnos con leche? No es un disparate. En Francia se ha realizado un experimento que consiste en lo siguiente: se quita a la leche la gordura; después se la convierte en cuajo; de este cuajo, una vez hervido, expuesto al aire y tratado con acetona, se obtiene una substancia plástica, parecida al alabastro y que puede ser moldeada o laminada. Este producto es susceptible de ser transformado en una materia delgada, flexible y suave que puede sustituir a la seda para la confección de ropa interior, fina o en una materia sólida que imita al marfil.

No obstante lo bien organizado que está el sistema de aprendizaje, se ha comprobado que éste no es suficiente para proporcionar el conocimiento técnico necesario a fin de dominar bien el oficio, porque las exigencias respectivas son mayores cada día.

Teniendo por base estos resultados, la comisión investigadora ha recomendado la erección de una escuela de imprenta en la que haya todos los cursos necesarios para aprender la industria.

La dramática muerte de Guillermo II de Inglaterra, quien reinó en los comienzos del siglo XII, la originó un ciervo. Una mañana se dirigió el monarca a caballo a un bosque cercano a Winchester, con objeto de entregarse a la caza, su placer favorito. Entre los barones que acompañaban ordinariamente al rey, hallábase siempre un caballero normando llamado Tyrrel. Cuando los cazadores se hubieron diseminado por el bosque, quedóse Guillermo solo con Tyrrel, y apenas había empezado a hablar, se precipitó entre los dos un ciervo, al cual quiso el rey dispararle un venablo; pero habiéndose roto la cuerda de

su arco volviéndose contra su pecho aquel arma terrible y le derribó al suelo con el corazón atravesado. Dadas las crueldades que Guillermo el "Rojo" había cometido desde su elevación al solio, y de las que hacía principalmente víctima a la nobleza británica, no es de extrañar que los magnates ingleses consideraran al astado bruto de Winchester como su libertador y que decorasen con guirnaldas las cabezas disecadas de ciervos que ornaban sus salas de banquetes.

El parasol fué en tiempos muy remotos atributo de la dignidad real. Como tal aparece en antiguos bajo-relieves de Egipto y Asiria. Todavía en los países musulmanes conserva ese significado. Por otra parte, éste ha sido transmitido a los países occidentales, pues el dosel debajo del cual se sientan los reyes y el papa, así como el que se lleva en las procesiones católicas, es una modificación del antiguo parasol asiático como símbolo de dignidad. En las comarcas menos civilizadas de la India creen que todos los ingleses que las visitan son altos personajes, debido a su costumbre de llevar parasol o sombrilla.

Durante la guerra, Nueva York arrebató a Londres el primer lugar entre las ciudades impresoras del mundo, y ya se proyecta colocar a la primera aún más adelante en la industria de que se trata. Actualmente hay dos mil setecientas imprentas en la ciudad, las que representan unos 463.000.000 de pesos oro.

Las investigaciones recientemente efectuadas muestran que dicha industria crece en importancia y en producción y que emplea sin cesar nuevos métodos, aparte de lo que significa por los buenos salarios y los empleos permanentes.

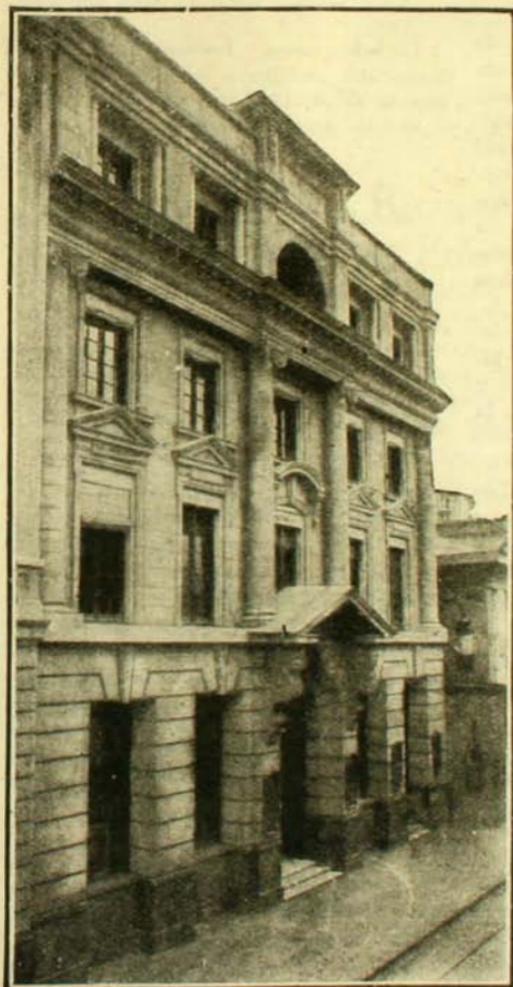
Banco de Londres y Rio de la Plata Ltdo.

VALPARAISO: Calle Przt — **SANTIAGO:** Calle Huérfanos

Oficina Principal: 7, Princes Street, London

Agencia: Cross Street, Manchester

CAPITAL AUTORIZADO.	£ 4,000,000
CAPITAL SUSCRITO.	" 3,000,000
CAPITAL PAGADO.	" 1,800,000
FONDO DE RESERVA.	" 2,100,000



SUCURSALES:

FRANCIA—París, 16 rue Halévy.

BELGICA—Amberes, 22 Place de Meir.

PORTUGAL—Lisboa, 32 Rue Aures.

ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA—Agencia en New York, 51 Wall Street.

ARGENTINA—Buenos Aires, Agencias en Buenos Aires: Barracas al Norte, calle Bernardo Irigoyen 1138, calle Sarmiento 2799, Once de Septiembre, calle Santa Fe 2122, Boca de Riachuelo, calle Almirante Brown 1159. Sucursales en Rosario de Santa Fe, Mendoza, Bahía Blanca, Tucumán, Córdoba, Paraná y Concordia.

PARAGUAY—Asunción.

URUGUAY—Montevideo, Agencias en Montevideo, calle Rio Negro, Salto y Paysandú.

BRASIL—Rio de Janeiro, Manaus, Santos, Bahía, Sao Paulo, Pará, Pernambuco, Curitiba, y Victoria, Porto Alegre.

Emite y atiende Cartas de Crédito, vende y compra letras de cambio.—Transferencias telegráficas. Compra y venta de valores por cuenta de sus clientes. Guarda valores y documentos en custodia y se encarga al mismo tiempo del cobro de sus dividendos. Cobranzas de Letras. Recibe Depósitos a la vista y a plazo de tres, seis y doce meses. Abre Cuentas Corrientes en moneda corriente, oro, esterlinas y oro americano.

VARIEDADES

La corbata viene de los croatas, aunque seguramente la mayor parte de los croatas nunca han usado corbata. Un antiguo autor francés, nos dice al respecto: "Se llama "cravate" (corbata) el lienzo blanco que uno se pone alrededor del cuello y cuyos dos extremos caen hacia adelante. Se le llama así a causa de que hemos tomado esta especie de adorno de los croatas llamados ordinariamente "cravates". Agrega que "esa especie de adorno" comenzó a imitarse de los "cravates" en 1636.

Costó mucho persuadir a la mayoría de los chinos a que se cortaran la ridícula trenza que llevan en medio de la bocha pelada. Todavía la llevan millones de chinos y creen que cometerían un atentado inicu contra su dignidad personal, contra la tradición venerable y contra la estética si sacrificaran la colita en aras de un par de tijeras. Sin embargo, costó mucho más hacerlas llevar esa trenza a que se han encariñado. Después de la conquista tártara, el emperador Hi Tsoung (1621) ordenó por edicto y bajo pena de muerte, a todos los chinos, que se afeitaran la cabeza y no llevarán más que una trenza, según la costumbre manchú. Hasta entonces los chinos usaban los cabellos largos. Hubo violentas protestas y hasta rebeliones. Los chinos preferían morir antes que usar trenza. Por fin los tártaros impusieron su voluntad, no sin derramamiento de sangre.

De esta famosa trenza de los chinos ha dieho un viajero que es la cosa más repugnante del mundo. Lo que no impide que del puerto de Shang-Hai salgan todos los años para Europa millares y millares de kilogramos de trenzas de los chinos. Todo ese cabello lo emplean los peluqueros de París, Viena, Berlín y Londres para fabricar postizos, trenzas, rellenos, pelucas, etc., que contribuyen a la exquisita elegancia de los occidentales.

Toda la antigüedad clásica, Alebiades y Virgilio, la Edad Media, Dante y Beatriz y buena parte del Renacimiento se sonaban las narices con la mano. Es penoso admitirlo, pero es la verdad. Todavía a mediados del siglo XVI un tratado de urbanidad aconsejaba limpiarse las narices con los dedos de la mano izquierda, y no con los de la derecha, que servían para tomar la carne del plato. Pues hasta entonces tampoco se conocía los tenedores y nuestros poéticos antecesores metían la mano en las salsas.

La boina vasca y bearnesa es ni más ni menos que una ligera modificación de una especie de gorra, llamada "pilos", que llevaban los antiguos atenienses.

Sólo allá por 1540 se empezó a usar en Venecia el pañuelo de bolsillo—llamado "fazoletto";—poco después en Francia y en 1580 en Alemania. Pero era casi un objeto de lujo, reservado para los nobles. Un edicto contra el lujo publicado en Dresde en 1595 prohibía su uso a la gente del pueblo o de baja condición.

La garza del Senegal, llamada por los ornitólogos "Scopus umbretta", es una de las aves que construyen un nido más curioso. Su vivienda, hecha con ramas y arcilla, está generalmente sobre algún árbol fuerte, y es de forma abovedada y bastante grande, midiendo a veces dos metros de diámetro por otro tanto de altura. Interiormente está dividida en tres compartimentos o habitaciones superpuestas; en la de más abajo, duerme la pareja y pone la hembra sus huevos; la del centro sirve de despensa donde almacenan las aves el producto de la caza y la pesca, y la más alta hace las veces de garita, situándose en ella el macho para, en caso de peligro, avisar a su compañera con un graznido para que emprenda la fuga.

"LA VALPARAISO"

Compañía de Seguros Contra Incendios, Riesgos
Marítimos, Etc.

COCHRANE Núm. 879

VALPARAISO

Capital Suscrito. \$ 2.000.000.00
Capital Pagado. 1.000.000.00

Banqueros:

Banco A. Edwards y Cía.

CONSEJO DIRECTIVO

PRESIDENTE

Don Jorge Etehegaray

VICEPRESIDENTE

Don C. Gordon John

CONSEJEROS

Don Max Fontaine, Don Eduardo Deves, Don Francisco
Sampaio, Don Arturo García, Don José M. Ríos Arias.

GERENTE

Don Ricardo Swett O.

Agentes Generales en Santiago:

JORGE PHILLIPS y Cía.

AGUSTINAS 1120

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDADES DE LA REPUBLICA

INSUPERABLE



PURO DE OLIVAS

Fratelli Castagnetto



FABRICANTES DE ROPA BLANCA bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimen-

tado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

AGRADECEREMOS PIDA DATOS, muestras y precios a otras partes y los compare con los nuestros y se convencerá de la GRAN VENTAJA de los artículos de nuestra fabricación.

ATENDEMOS GRATUITAMENTE PEDIDOS DE NUESTRO CATALOGO



Las mejores perlas del mundo se pescan en los mares que bañan las costas australianas. El oficio es rudo en extremo, y excepcionalmente peligroso, más como produce buenos rendimientos, son numerosos los pescadores furtivos, a pesar de las severas penas d'etadas contra ellos.

Si un barco cae en poder de los buques de guerra encargados de la policía en aquellos parajes, queda confiscado con todo lo que contiene, y su tripulación va a la cárcel durante un mes.

Peró su suerte es menos envidiable si caen en poder de los pescadores autorizados. Estos pagan una costosa licencia por el derecho de pescar, y ven muy mal que venga gente extraña a aprovecharse de prerrogativas que cuestan caras, por cuya razón, su venganza es la siguiente: todas las perlas que encuentran a bordo del barco furtivo las confiscan y a los tripulantes los desnudan, los atan boca abajo en el puente del barco, les pintan todo el cuerpo de alquitrán y abandonan la embarcación a merced de las olas.

Un buque francés encontró recientemente un barco de pesca con la tripulación atada y embadurnada en la forma que acabamos de decir. Los infelices llevaban cuatro días en el mar errando a la ventura. Dos marineros habían muerto, tres se habían vuelto locos, y los demás se hallaban moribundos.

En California hay una población que se llama Pelatuna, que tiene seis mil habitantes y cuenta con un millón y medio de gallinas.

La cría de éstas constituye la única riqueza del país y todas las familias no se ocupan de otra industria.

Todos los años la población de Pelatuna exporta alrededor de 140 millones de huevos.

El regimiento de Lanceros Ingleses, cumplió hace poco, el castigo que le fué impuesto hace un siglo por el duque de Wellington.

Durante la guerra de la independencia española, el regimiento incurrió en castigo por

haber asaltado los soldados ingleses que en aquella época lo formaban, un convento español, donde cometieron graves excesos.

El castigo consistía en lo siguiente:

Todas las noches, a las diez, el regimiento tenía que formar y estar así mientras su banda tocaba el himno español, el himno ruso, el canto de vísperas, el himno del príncipe de Gales y el himno inglés.

El duque de Wellington se mostró tan severo con el regimiento porque en su modestad había sido capitán en él y como general lo había distinguido con su confianza.

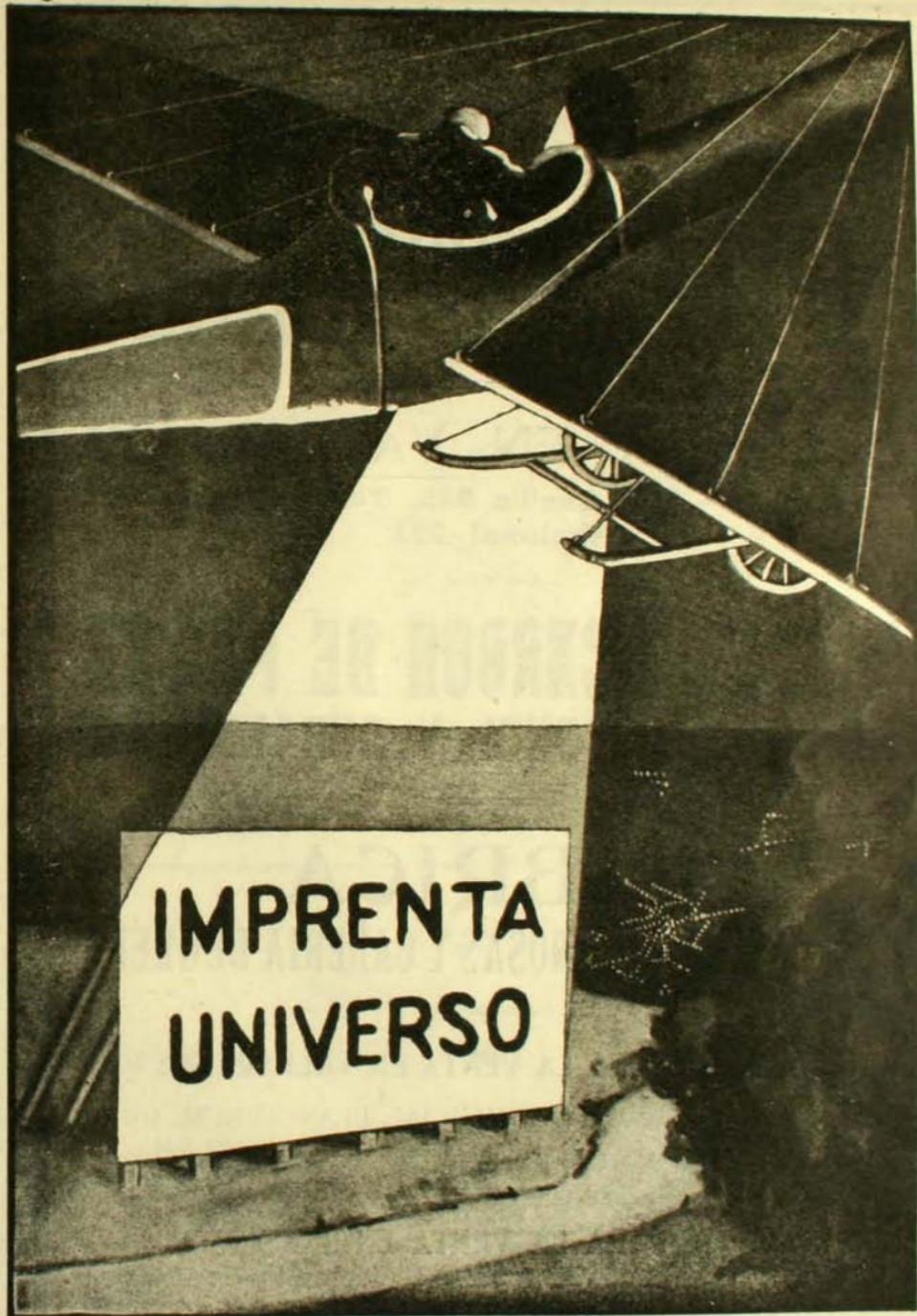
El martillo... más grande del mundo, funciona en Pittsburg, en los Estados Unidos. El yunque sobre que golpea el martillo, es un cubo de acero de 180 toneladas, qué fué fundido sobre los mismos cimientos en que reposa.

Un individuo aficionado a la estadística, afirma que la mayoría de las personas que llegan a la vejez son aficionadas a trasnochiar. De cada diez individuos que pasan de los ochenta años, ocho acostumbran a irse a la cama después de las doce de la noche.

Desde la última plataforma de la torre Eiffel, con un buen anteojo, se puede ver hasta noventa kilómetros. El faro tiene una luz que alcanza a 127 kilómetros. Encima del faro ha sido construída una plataforma con pararrayos e instrumentos de meteorología. Hoy la torre Eiffel, erizada de cañones y ametralladoras, es el vigía constante y la amenaza temible para los dirigibles y aeroplanos enemigos que pretenden bombardear París.

En muchas escuelas de los Estados Unidos se hace prestar a los jóvenes que ingresan, este juramento.

"No destruiré ningún árbol. No escupiré dentro de un tranvía, ni en el aula, ni sobre la vereda. No dañaré ninguna verja ni ningún edificio. Usaré siempre un lenguaje cortés. Protegeré los pájaros. Protegeré la propiedad como si fuera mía. Prometo ser un ciudadano honesto y leal."



La Sociedad Imprenta y Litografía Universo forma parte del grupo prominente de las industrias nacionales. Su actuación como proveedora de impresos, desde el boleto de tranvía hasta el bono al acero, desde el panfleto de botica hasta el catálogo más complicado, se extiende por toda la República. Tiene oficina en Santiago, Galería Alessandri 20, Valparaíso. Creat 269.

COMPañIA

DE

LOTA Y CORONEL

GERENCIA EN VALPARAISO

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41
Nacional 391

**MINAS DE CARBON DE PIEDRA
EN LOTA, CORONEL Y CURANILAHUE**

FABRICA
DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDA

AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANQUERA 75 (Bolsa de Comercio)
CASILLA NUM. 1853



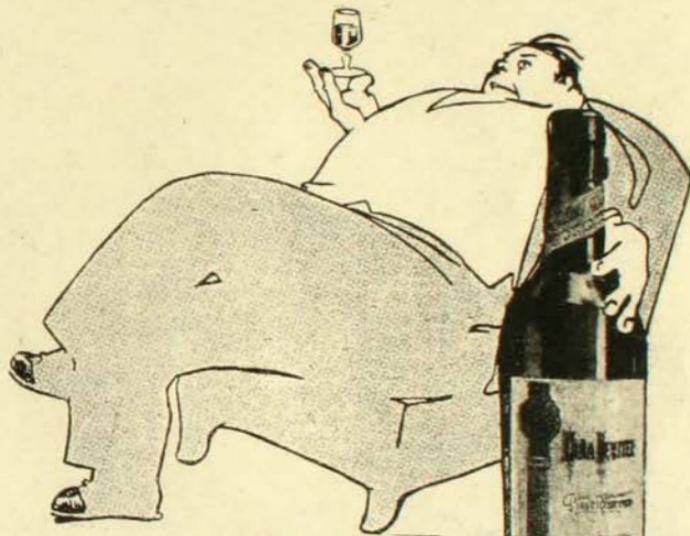
VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646



RECOMIENDA TODOS
SUS VINOS Y
ESPECIALMENTE EL

PINOT RESERVADO

Artigas

ES EL MEJOR



NUEVO SURTIDO
PARA
LA TEMPORADA

EL CALZADO QUE POR SUS IN-
MEJORABLES CUALIDADES SA-
TISFACE TODOS LOS GUSTOS.

M. ARTIGAS y Cai.

NUMERADA 235-239

Casilla 2070

Enviamos a Provincias Catálogos